



3 1761 05087791 9













*Presented to the*  
LIBRARY *of the*  
UNIVERSITY OF TORONTO

*by*

**THE DEPARTMENT OF  
SPANISH AND PORTUGUESE**















OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA





OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS  
POR LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
(NUEVA EDICIÓN)  
OBRAS DRAMATICAS

TOMO IV



MADRID  
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»  
Olózaga, 1.—Teléfono S. 13.85.  
1917





## PRÓLOGO

**L**AS veinte comedias que forman este cuarto volumen de las *Obras completas de Lope de Vega*, son todas raras; no impresas desde el siglo XVII y una de ellas inédita.

La primera, titulada *El buen vecino*, aunque no es absolutamente seguro que pertenezca a LOPE, y hasta puede tenerse como dudosa, no ya por no haber sido mencionada por él en ninguna de las listas de su *Peregrino*, como por el estilo, menos poético, y por la versificación, más trabajosa y descuidada que las usuales de aquel gran ingenio, si no es que pertenezca a su primera época, tiene, en cambio, a favor de su autenticidad, la declaración de los dos textos diferentes y únicos llegados a nosotros.

Fué impresa en la *Parte treinta y tres* de la colección de *Varios autores*, publicada en Valencia en 1642 (1); esto es, siete años después de muerto su autor, a cuyo nombre figura la décima en el orden del tomo. Existe, además, en nuestra Biblioteca Nacional un manuscrito de letra moderna, pero copia de otro o de una impresión mucho más antiguos. Hizo esta copia don Agustín Durán, sin declarar dónde estaba ni cómo era el original. Sería quizás alguno de aquellos que existían a la sazón en la biblioteca del Conde de Altamira y cuyas huellas se han perdido. (2)

---

(1) *Parte Treinta y tres de Doce comedias famosas de varios autores. Dedicadas al muy ilustre señor don Antonio de Córdoba y Aragón... Año (escudo) 1642. Con licencia. En Valencia. Por Claudio Macé... A costa de Juan Sonzoni, mercader de libros... 4.º; 4 hojas prels. y 265 foliadas. Aprobación de fray Juan Bautista Palacio (Valencia, 14 de julio de 1642). Escudo del Mecenaz: dedicatoria de Macé. "Al lector. Si algunas buenas comedias v. m. desea, pase este libro sin censurar ni buscar algún verso que haya de menester muletas, pues podrá ser que v. m. necesite más de ellas."*

A pesar de esto, no sólo hay versos cojos, sino omisión de muchos, lo que es más grave. Contiene el tomo tres comedias de Rojas Zorrilla, dos de don Pedro Rosete, cuatro de Jiménez de Enciso, dos de LOPE (ésta y *La Victoria por la honra*) y otra a nombre de LOPE, *El Gran Tamorlán de Persia*, que es de Luis Vélez de Guevara.

El encabezado de *El Buen vecino* dice: "De Lope de Vega Carpio."

(2) Manuscrito núm. 15.443, en 4.º, 18 hojas, las primeras de las 200 de este tomo, comprensivo de otras nueve comedias de LOPE. El encabezado dice: "*El Buen vecino.—Comedia de Lope de Vega Carpio.—Personas que hablan en ella.*" Letra de la primera mitad del siglo XIX.

Nos inclinamos a creerlo anterior a la impresión de Valencia, por la naturaleza de las variantes y porque está dividido en *actos*, según costumbre de LOPE, y no en *jornadas*, denominación que llegó a prevalecer en el resto del siglo XVII. En las notas designamos con la letra A al impreso y con B al manuscrito.

La comedia encierra un argumento muy común en nuestro antiguo teatro y por el mismo LOPE DE VEGA tratado en comedias tan importantes como *El Médico de su honra*, imitada por Calderón en la suya del mismo título y *El Toledano vengado*. La semejanza es también notoria con las comedias de Tirso de Molina *Siempre ayuda la verdad* y *El Celoso prudente*; esta última también imitada por Calderón en la titulada *A secreto agrazio secreta venganza*.

*La Burgalesa de Lerma*, comedia escrita y representada en 1613, fué impresa por el mismo autor en la *Parte X* de su colección propia, de que se hicieron en el siglo XVII no menos de cuatro ediciones: tres en Madrid, en 1618, 1620 y 1621, y una en Barcelona en 1618. (1) En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito antiguo, fechado en Madrid, a 30 de noviembre de 1613, con trazas de corresponder a un original mejor y más completo que el texto impreso. (2) Esto nos demuestra que, como LOPE no se quedaba con traslados de las comedias que daba al teatro, cuando llegaba el caso de imprimirlas echaba mano de los textos que primero se le ofrecían, aunque estuviesen ya reformados por los copistas y representantes. Del poco aprecio en que tenía sus obras da idea el prólogo irónico "Al lector" en que dice al final: "Lee estas comedias o déjalas, que no importa, pues ya me dieron el provecho que tú piensas que me quitas."

Hemos anotado cuidadosamente las numerosas variantes, algunas de suma importancia, que ofrece este manuscrito, sin omitir las que, ya por enmendar erratas o errores notorios, ofrecen las otras ediciones, que he-

(1) *Decima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Sacadas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz... Año 1618... En Madrid, por la viuda de Alonso Martín de Balboa. (Al fin:) En Madrid. Por Juan de la Cuesta. Año M. DC. XVIII. 4.º; 4 hojas prels. y 209 foliadas. Tasa: Madrid, 8 de enero de 1618.—Aprobación del doctor Gutierre de Cetina: Madrid, 7 de noviembre de 1617. La Burgalesa es la undécima del tomo.*

*Decima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio... Barcelona, Sebastian de Cormellas, 1618. 4.º; 4 hojas prels. y 298 foliadas.*

*Decima parte... Madrid, Por Fernando Correa de Montenegro, 1620. 4.º; 4 hojas prels. y 299 foliadas.*

*Decima parte... Año 1621... Madrid, Por Diego Flamenco. 4.º; 4 hojas prels. y 299 foliadas.*

Son todas, con poca diferencia, reproducción de la primera edición de Madrid, 1618.

(2) Manuscrito núm. 15.441 de la Bibl. Nac. El título dice: *La burgalesa de Lerma*. Al final: "en m.<sup>d</sup> a 30 de n.<sup>e</sup> de 1613 a.s." Es manuscrito casi todo él autógrafo, según parece por la letra; 116 págs. en 4.º Procede de la biblioteca de Osuna.

mos designado con las letras A, la primera impresión de Madrid, 1618; B, el manuscrito citado, y C y D, las reimpressiones de Barcelona, 1618 y Madrid, 1621.

*La Burgalesa de Lerma* es comedia de enredo, muy semejante a otras del mismo LOPE, como *La serrana de Tormes* y *La Villana de Getafe*, en que se mezclan las costumbres lugareñas con las cortesanas y que luego tan felizmente imitó Tirso de Molina en sus *Villanas*, de la *Sagra* y de *Vallecas*.

La comedia titulada *Las Burlas y enredos de Benito* se imprimió en el tomo *Cuatro comedias famosas de Don Luis de Góngora y Lope de Vega Carpio, recopiladas por Antonio Sánchez*, impresas en Madrid, probablemente en 1613 y otra vez en 1617. (1) Las comedias son *Las Firmezas de Isabela*, *Los Jacintos y celoso de sí mismo*, *Las Burlas y enredos de Benito* y *El Lacayo fingido*. La primera es, ciertamente, de Góngora, por haberse impreso, con otras suyas, en las colecciones de sus obras; las segunda y cuarta son indubitadas de LOPE DE VEGA; pero la tercera, que, como las demás, figura anónima en este tomo, es la que está en duda.

LOPE no la menciona en ninguna de las listas de su *Peregrino*. Era ya conocida en 1593, año en que fué representada en la villa de Navalcarnero por el *autor de comedias* Gabriel Núñez (2). Y aun quizá sea muy anterior si la copia manuscrita que hay en la Biblioteca Nacional corresponde a la fecha que se stampa en el papl en que hubo de trasladarse, en cuyo caso correspondería, si fuese de LOPE, a su primera época. (3)

(1) *Quatro Comedias famosas de Don Luis de Gongora, y Lope de Vega Carpio recopiladas por Antonio Sanchez. Dirigidas a Don Juan Andres Hurtado de Mendoza, Marques de Cañete, señor de las villas de Argote, &c... En Madrid, por L. S. Año 1617. A costa de Juan Berrillo. (Al fin:) En Madrid. En la imprenta de Luis Sanchez. Año M.DC.XVII. 8.º; 4 hojas prels., 269 foliadas y la del colofón. Tasa: Madrid, 6 de junio de 1617. Licencia del Ordinario: Madrid, 15 de diciembre de 1612.*

Parece, pues, que en 1613 debió de haberse hecho en Madrid la edición *princeps* de este libro, si no es que aprovecharon las licencias para estamparlo en Córdoba, donde también salió a luz en dicho año de 1613, en la oficina de Francisco de Cea, en 8.º (SALVÁ, I, 423.)

En la concedida en Madrid (15 de junio de 1616), se dice: "Por cuanto por parte de vos Antonio García, librero, nos fué fecha relación que con licencia nuestra *se había impreso muchas veces* un libro intitulado *Quatro comedias* de diversos autores recopilado por Antonio Sánchez", etc. Estas palabras suponen más ediciones que la cordobesa.

(2) PÉREZ PASTOR: *Nuevos datos acerca del histrionismo español*. Madrid, 1901; página 37. Es un contrato del cómico con el Mayordomo del Rosario de dicha villa, celebrado en 12 de julio de 1593, para ir a ella a representar el 1.º y el 2 de agosto inmediatos las comedias *Los Comendadores* (de LOPE) y *Los Enredos de Benitillo*.

(3) Manuscrito 15.206; en 4.º; en 11 hojas, letra de fines del siglo xvi. El título dice: "*Las burlas de Benitico*: es de Benavides." Debe entenderse el ejemplar, pues, como hemos dicho en su lugar, Luis de Benavides era un cómico que no escribió obras de teatro. En las guardas del manuscrito hay un recibo de Andrés de Taravilla, vecino de Pesquera, de unos vestidos de representar para el día del *Corpus* del año 1587, y se habían de volver



Pero del examen interno de esta obra se deduce que no debe de pertenecer a LOPE, sino más bien a un poeta andaluz, a juzgar por la abundancia de falsas rimas (1) y por la aspiración sistematizada de la letra *h*; cosas la primera ajena por completo al poeta castellano (2) y la segunda no usada por él sino cuando le era necesario alargar la sílaba para completar el verso. Y si no fuera por el gran número de faltas o pobreza en el arte de rimar (3), la juzgaríamos sin vacilar obra de Góngora; y aun con tales defectos, correspondiendo, como corresponde, a la juventud del poeta, pudiera ser suya.

Sólo atendiendo a la rareza de esta obra y a que pudiera ser causa de censura el haberla omitido, nos movió a darle cabida en este volumen, y aun a hacer de ella una esmerada edición, anotando con cuidado las infinitas variantes que, no siendo erratas, ofrece, con respecto al texto impreso, el antiguo manuscrito.

La comedia, bien que no poco inverosímil, es muy curiosa y por el estilo de LOPE; pudiendo notarse las grandes semejanzas que tiene con la titulada *Los Donaires de Matico*, incluida también en el presente volumen.

La cuarta comedia de él se titula *El Caballero de Illescas*, que LOPE

el viernes adelante, so pena de pagar otro alquiler de 60 reales. Una obligación de pagar a Luis de Benavides, por alquiler de trajes, a Pedro Siruendo y Domingo Gallo, dando en señal 16 reales y medio. (*Falta el resto.*) Otra de Alonso Gracián (tachado Francisco Sánchez), vecino de Montemayor, declarando alquilar de Luis de Benavides unos trajes para el día de la Magdalena, con pacto de devolverlos el jueves siguiente (no dice el año), so varias penas. Y carta de pago de Bernardino Enrique a Luis de Benavides de 72 reales por razón de cinco pares de calzas de gamuza, fechada a 21 de agosto de 586. Se trata, pues, de una copia de teatro de la cual era dueño Benavides.

(1) Además de las señaladas en el texto, hay en la pág. 79, columna 2.<sup>a</sup>, hechos consonantes *corso* y *corso*; en la 85, 1.<sup>a</sup>, *fresco* y *meresco*; en la 91, 2.<sup>a</sup>, *traza* y *pasa*, y en la 94, 1.<sup>a</sup>, *arisco* y *pellisco*.

(2) A no ser que hubiese adquirido tal resabio en Sevilla, donde sabemos que pasó algún tiempo en su primera mocedad. También puede suponerse que esta comedia, escrita por LOPE, haya sido retocada por algún poeta andaluz, como hemos visto en *El Príncipe prodigioso*. Nos sugiere tal sospecha la circunstancia de que una parte del argumento de *Los Enredos de Benito* está tomada de las *Cien novelas* del Giraldis (II déc., nov. 1.<sup>a</sup>) de un modo muy semejante al método empleado por LOPE en su comedia indubitada *El Hijo venturoso*, impresa en el tomo I de esta colección, donde el hecho que caracteriza el drama pertenece al autor italiano; pero el enredo amoroso es del poeta español. (Véase *Cien novelas*: déc. I, nov. 1.<sup>a</sup>)

(3) Véanse en las págs. 75, columna 1.<sup>a</sup>, en una redondilla, los consonantes *justa* y *justa*; los mismos en otra de igual página, columna 2.<sup>a</sup>: en la página siguiente, col. 1.<sup>a</sup>, *vivas* y *vivas*; en la 77, 1.<sup>a</sup>, *guarda* y *guarda* y *él* y *él*, todos juntos, y formando primero y cuarto verso de la redondilla *mira* y *mira*; en la 79, 1.<sup>a</sup>, *canas* y *canas* juntos; en la 80, 1.<sup>a</sup>, *trato* y *trato* juntos; en la 85, 1.<sup>a</sup>, *noche* y *noche*; en la 87, 1.<sup>a</sup>, *bien* y *bien*; en la 88, 2.<sup>a</sup>, *parte* y *parte*; en la 94, 2.<sup>a</sup>, *cuenta* y *cuenta*; en la 97, 2.<sup>a</sup>, *alegre* y *alegre*; en la 99, 1.<sup>a</sup>, *traza* y *traza*; en la 106, 1.<sup>a</sup>, *Francia* y *Francia*, todos juntos: esto es, formando los versos segundo y tercero de la redondilla; porque de primero y cuarto hay otros muchos casos.

debía de tener muy presente en la memoria, pues la mencionó en las dos listas del *Peregrino en su patria* (1603 y 1618). Sacóla a luz en el tomo o *Parte XIV* de su propia colección, con la interesante dedicatoria al maestro Vicente Espinel, célebre poeta y novelista, también famoso como músico teórico y práctico, que puede leerse en la pág. 108. (1)

Aunque impresa en 1620, esta comedia hubo de ser compuesta mucho antes, hacia 1602, como queda indicado, y a juzgar por las alusiones que creemos hallar en diversos lugares de la obra. Así, por ejemplo, en el acto tercero (pág. 138) hay un villancico cantado, que comienza:

Blancas coge Lucinda  
las azucenas.  
y, en llegando a sus manos,  
parecen negras.

Cuando sale el alba,  
Lucinda bella  
sale más hermosa,  
la tierra alegra.

Como en la obra no hay ninguna Lucinda, este nombre se refiere a personales recuerdos del poeta. Lucinda era la *Camila Lucinda* que LOPE había dejado en Sevilla y cuya memoria le perseguía sin descanso. Por eso, poco antes, en la pág. 136, disfrazándose LOPE con su conocido seudónimo literario de *Belardo*, manifestaba la soledad que le producía el verse privado de la presencia de la célebre cómica en este diálogo:

TIRRENO. ¡Par Dios, Belardo, no estemos  
en Castilla este verano!

BELARDO. ¡Voto al sol, Tirreno hermano,  
que poco en ello ganemos!  
Dios os dió su bendición,  
campos del Andalucía.

TIRRENO. ¿Es vuestra tierra?

BELARDO. No es mía.

RISELO. Tiene Belardo razón:  
que es miseria lo de acá.

BELARDO. Pero aquella es la mejor  
*donde un hombre tiene amor*  
y más en su centro está.

La comedia es del género semipicaresco, como *El Rufián Castrucho* y otras. LOPE dice, al final, que es historia verdadera y que la halló en Italia: quiere decir en algún libro italiano. (2)

(1) *Parte catorce de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador fiscal de la Cámara Apostólica, y su Notario, descrito en el Archivo Romano, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición... Año (escudo) 1620... En Madrid, Por Juan de la Cuesta... (Al fin:) En Madrid. Por Juan de la Cuesta. Año M.DC.XX. 4.º: 4 hojas prels., 313 foliadas y una de colofón. Hay muchos errores en la foliatura. Privilegio por diez años, el autor. Madrid, 26 de diciembre de 1619.—Tasa: 12 de junio de 1620. Cada una de las doce comedias va dedicada a distinta persona. El Caballero de Illescas es la sexta en el orden del tomo.*

En 1621 se hizo, también en Madrid, por la Viuda de Fernando Correa Montenegro, una reimpresión de este tomo, tan exacta, que hasta reproduce los errores de la foliación de las hojas mismas de la madrileña.

(2) Y debió de tener fama: porque, a pesar de no haberse vuelto a imprimir, trascendió al vulgo y la literatura popular recogió el tipo del protagonista en un romance titulado *Don Juan de la Tierra*, que es el nombre que en la comedia de LOPE tiene el caballero de Illescas. Parece compuesto en el siglo XVIII por un tal Pedro Salvador, según declara al final de cada una de las dos partes que contiene. Se cambia la época del suceso, que aquí

Más acentuado todavía lo picaresco del carácter del protagonista se halla en la comedia siguiente, *El Caballero del milagro*, impresa en Madrid dos veces en 1621, en la *XV Parte* de la colección especial de LOPE (1). Es también comedia antigua, pues aparece citada en la primera edición del *Peregrino*, que corresponde a 1603; y ofrece la particularidad de que primero tuvo el título de *El Arrogante español* (2), con el que se habrá representado; pero hubo de reflexionar LOPE que su Luzmán nada tenía de arrogante en lo moral, aunque lo fuese en lo físico, y, para evitar equívocos, lo rebautizó definitivamente.

*El Castigo del discreto* es una comedia moral que parece reñir con el género dramático español del tiempo de LOPE, y aun con los naturales sentimientos de este mismo respecto del modo de tratar a las mujeres. Curar el amor culpable de una dama noble y de respeto a coces y correazos es lo menos caballeresco que ha podido imaginarse. LOPE compuso esta comedia en su edad madura, pues no aparece impresa hasta 1617 ni la menciona su autor hasta el año siguiente en la segunda lista del *Peregrino*, prueba de que fué escrita por aquellos días. Las diferencias que ofrece la edición de Barcelona respecto de la primera de Madrid (3), que ha servido de texto, van recogidas en las notas.

es la de Felipe IV, a quien don Juan salva la vida en una aventura nocturna, recibiendo en pago el anillo y la misma promesa que en la obra de LOPE. En lo demás sigue la comedia, salvo algunos pormenores, como el de hacerse pasar en Italia por hijo del propio Felipe IV y la excesiva recompensa que éste Monarca le concede cuando don Juan regresa a España. La edición de este romance que hemos visto es de Madrid, Despacho de Marés, 1874; 4.º; 8 págs., a dos columnas y un grabado al principio. El encabezamiento es "*Don Juan de la Tierra. Nueva relación en que se da cuenta y declaran los hechos*", etc.

(1) *Decima Quinta Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, procurador fiscal de la Camara Apostolica y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigidas a diversas personas. Año (escudo) 1621. En Madrid. Por Fernando Corra de Montenegro. A costa de Alonso Perez, mercader de libros. 4.º; 4 hojas prels. y 304 foliadas. Tasa: 17 de diciembre de 1620.*—Aprobación del maestro Vicente Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620. *El Caballero del milagro* es la última del tomo.

La otra edición de Madrid, y de este año, fué hecha por la *Viuda de Alonso Martín*, y también a costa de Alonso Perez. El título y preliminares son los mismos. Sólo varía el tipo de letra, que es menor, y el número de hojas, que son 4 de prels. y 296 foliadas. Esta doble impresión, al mismo tiempo, prueba la gran venta que tenían las comedias de LOPE DE VEGA. Las variantes en el texto quedan señaladas en las notas.

(2) Dice al final la comedia:

Quien mal anda, mal acaba:  
esto es más claro que el sol,  
que este fin se me aguardaba;  
y aquí, senado, se acaba  
*El Arrogante español.*

(3) *El Fenix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Septima parte de sus Comedias. Con Loas, Entremeses y Bailes. Dirigidas a Don Luis Fernandez de Córdoba, Cardona y Aragon, Duque de Sessa... Año (escudo) 1617... En Madrid. Por*



Muy anterior es la que lleva el título *Los Cautivos de Argel*, que LOPE registra con sólo el de *Los Cautivos* en la primera lista de sus obras (1603). Pero tuvo la desgracia de no salir a luz en vida del que se cree su autor, sino en 1647, y tan estragada, que, a pesar de nuestros esfuerzos y de las copiosas notas aclaratorias y supletorias que se han puesto, quedó aún bastante defectuosa (1).

Esta comedia es, con nueva versificación, un trasunto de *El Trato de Argel*, de Miguel de Cervantes, compuesta y quizá representada en Madrid por los años de 1581. Pero como esta pieza quedó inédita, pues no se estampó por primera vez hasta el siglo XVIII, no hay otro arbitrio que suponer, o que LOPE, agradado del asunto, lo conservó en su memoria los diez y ocho años que tardó en darle nueva forma, o que tuvo a la vista algún manuscrito de la comedia cervantina (2). Lo primero resulta algo inverosímil, pues LOPE repite casi todos los episodios de la de su antecesor, y hasta imita y casi plagia ciertos pasajes en que sería muy difícil la coincidencia (3).

La comedia atribuída a LOPE es seguramente de 1599, como lo demues-

---

la *Viuda de Alonso Martín...* 4.º; 4 hojas prels. y 306 foliadas con errores. Tasa: 9 de noviembre de 1616. Aprobación del licenciado Alonso de Illescas: Madrid, 16 de junio de 1616. Privilegio a Francisco de Avila, por diez años, para las partes VII y VIII: San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616. *El Castigo en el discreto* es la segunda comedia del tomo.

Con el mismo título se reimprimió esta *Parte* en Barcelona, en casa de Sebastián de Cornellas, 1617. 4.º; 4 hojas prels. y 302 foliadas, con errores. Las mismas comedias y por el mismo orden que la de Madrid.

(1) *Parte veinticinco, perfeta y verdadera, de las Comedias de Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio. Sacadas de sus verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. Caragoça, Viuda de Pedro Verges, 1647. 4.º; 4 hojas prels. y 556 páginas.* Cómo serían los originales que este editor tuvo a la vista, resulta de la lectura de *Los Cautivos de Argel*, que es la sexta del tomo. El Quadrio, en su *Historia de la poesía* (V, 340), menciona una *Parte XXV* "en Madrid, por la viuda de Juan González, 1640", que no hemos visto ni debe de existir, por cuanto, en la de Zaragoza, dice el editor, Roberto Deuport, que las había sacado de la biblioteca del aragonés don Francisco Antonio González, señor de Berbedel. "*Salen a luz* estas poesías dramáticas, o por mejor decir, *se restituyen* a la copiosa biblioteca de V. m., donde hay tantas impresas y que *desean la estampa* que se pudiera hacer una lista muy numerosa dellas." Tampoco en la aprobación del Doctor Juan Francisco Andrés (Zaragoza, 29 de marzo de 1647), ni en la licencia para la impresión (8 de abril), se dice que hubiesen sido impresas antes.

(2) COTARELO Y VALLEDOR (D. Arm.): *El Teatro de Cervantes. Estudio crítico*. Madrid, 1915, págs. 222 y sigs.

(3) Por ejemplo, los versos del *Trato de Argel*, que dicen:

REY. No sé qué raza es esta destos perros  
cautivos españoles. ¿Quién se huye?  
Español. ¿Quién no cura de los yerros?  
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?  
Español. ¿Quién comete otros mil yerros?  
Español; que en su pecho el cielo influye

tran diversos lugares de ella (1). Ahora bien: ¿cómo Cervantes, en sus diatribas contra LOPE, no le echó en cara la evidente usurpación del argumento de *Los Cautivos de Argel*? ¿Será verdaderamente esta obra de LOPE DE VEGA?

Es tanto más legítima esta duda, cuanto que LOPE, en el mismo año de 1599, y también con ocasión de las bodas, en Valencia, de Felipe III, compuso, y allí fué representada, otra comedia de cautivos, que fué la titulada *El Argel fingido y renegado de amor*, que hemos dado en el tomo antecedente (2). Pero como es obra semiburlesca y hasta de sabor paródico, según ya hemos hecho constar, resulta que, de ser LOPE el autor de ambas, habría querido burlarse de sí mismo. Y como esto no es verosímil, ni tampoco que escribiése dos comedias de un mismo asunto para representarse en unos mismos días, habrá que buscar nuevo autor a la comedia seria de *Los Cautivos de Argel*.

Ahora bien; ¿qué fe merece el manuscrito aragonés del señor de Berbedel, en cuanto a ser obra de LOPE? No lo sabemos, porque el editor no quiso decirlo. Pero es plagio evidente del *Trato de Argel*, o éste del otro; cosa que no nos importa, porque siempre hay que atribuir una de estas

un ánimo indomable, acelerado,  
al bien y al mal contino aparejado.

LOPE los refundió así:

¿Quién mejor sabe engañar?  
Español. ¿Quién más fingir?  
Español. ¿Quién se levanta?  
Español. ¿Quién no se espanta?  
Español. ¿Quién se ve huír?

Español. ¿Quién rico esclavo?  
Español. ¿Quién nos da muerte?  
Español. ¿Quién es más fuerte?  
Español, que siempre es bravo.

(1) Aludiendo a la muerte, como reciente, de Felipe II, decía al principio de la tercera jornada:

MORILLOS. ¡Rey Helipe morir; no rescatar;  
no fugir; acá morir, acá morir!  
PEREDA. Murió, perros, aquel que es bien que llame  
prudente el mundo y Salomón cristiano  
por quien España lágrimas derrame.  
Pero vive su hijo, en cuya mano  
quedó la misma España vencedora  
del rebelde flamenco y africano.

Y al final, refiriéndose al casamiento de Felipe III, que se hizo en Valencia a principios de 1599, añade:

Porque Felipe Tercero,  
que Dios muchos años guarde,  
ha estado en Denia estos días,  
que fué a Valencia a casarse.

Hale hecho allí el Marqués  
fiestas, rey de Argel, tan grandes,  
que se han visto desde aquí,  
y no es mucho que el mar pasen.

El Marqués era entonces de Denia y Duque de Lerma al año siguiente, don Francisco de Sandoval y Rojas, favorito y ministro de Felipe III.

(2) Págs. 461 y siguientes.

dos comedias a Cervantes, la primeramente escrita (1), pues nadie más que él podía reflejar tan exactamente la vida del cautiverio. Y siendo esto así, y no habiendo sido nunca LOPE plagiario, que sepamos, más que en este caso, ¿no podría ser la obra en cuestión del propio Cervantes y refundición de su vieja y ya olvidada del *Trato de Argel*, que haría para representar en ocasión tan solemne y famosa como las bodas dobles del rey Felipe III y la de su hermana Isabel Clara Eugenia? (2)

La comedia de *La Competencia en los nobles* es del género caballeresco español más noble y simpático que produjo la pluma de LOPE DE VEGA. Todos los caracteres son bellos en lo moral, y, sin embargo, el conflicto dramático existe y se desenvuelve y termina con acierto. Además está la comedia gallardamente escrita y versificada toda en redondillas, quintillas y romances, contruidos con notable soltura.

Para esta excelente comedia hemos tenido presentes: 1.º Un antiguo manuscrito fechado en 1628, aunque quizá sea algo anterior. Lleva enmiendas y correcciones posteriores, unas buenas y otras tomadas del impreso que citaremos luego. Se halla en el Museo Británico y en las notas le designamos con la letra A (3). 2.º Un precioso manuscrito de la Biblioteca Nacional, tan antiguo como el anterior o acaso más, aunque, por desgracia, incompleto, pues le falta todo el acto tercero. Es el que denominamos B en las referencias y preferimos casi siempre como texto (4). 3.º Una impresión suelta, sin lugar ni año, aunque parece, por la semejanza con otras comedias identificadas, madrileña y de fines del siglo XVII o primeros años del siguiente. Va designado con la letra C y sus variantes

(1) El manuscrito del *Trato de Argel*, utilizado por Saucha en 1784, tampoco es decisivo, ni original de Cervantes, aunque sí antiguo.

(2) Es otro indicio de que pueda ser de Cervantes esta comedia el hecho de introducirse él mismo con el nombre de Saavedra, un cautivo discreto y considerado entre los otros. Véanse en este tomo las págs. 239, 240, 244, 245, 247 y muy especialmente las 248 y 249. El ruego que en ésta hace Saavedra al rey Felipe III recuerda aquel otro que en 1577 dirigía al padre del Monarca. Véanse también las págs. 250, 251 y 259: en el tercer acto Saavedra es personaje principal de la obra. Nótese, en fin, la estructura de esta comedia, tan distinta del modo de hacer de LOPE y tan semejante al de Cervantes, consistente en escribir escenas desligadas entre sí, aunque tengan cierta unidad total según el asunto.

(3) Este manuscrito dice en la cubierta, de letra moderna: "La Competencia en los nobles. Es de LOPE DE VEGA, y las enmiendas son de su propia mano." Esto último es inexacto: en nada se parece la letra de las enmiendas, tosca, vertical y desligada, a la suelta, tendida y trabada de LOPE. Es de la misma mano que escribió el reparto que hay en el acto segundo: es decir, uno de los cómicos o el apuntador de la compañía. La copia, sí, es de principios del siglo XVII y hecha por un buen calígrafo. La Academia tenía una excelente copia-facsimile de esta pieza; y el señor Bembert nos ha enviado generosamente la que él tenía hecha de su mano y unas interesantes fotografías de varias páginas del manuscrito, con la noticia de que fué adquirido por el Museo Británico en julio de 1894. Procedía de la Biblioteca de Osuna.

(4) Manuscrito núm. 15146, en 4.º Hay además otro completo, pero moderno, copia del texto impreso. Lleva el núm. 15443.



son más frecuentes en el acto tercero. Este texto es una verdadera refundición de los anteriores (que son casi iguales), añadiendo muchos versos y cambiando hasta el nombre de uno de los personajes (1).

Hemos dado los tres textos, prefiriendo en el cuerpo de la pieza, como es natural, el más antiguo, salvo rarísimos casos, y relegando a las notas las variantes de los otros dos, que son, como puede verse, abundantísimas y no poco curiosas. Creemos haber hecho una obra perfecta, o poco menos.

*Con su pan se lo coma*, drama de asunto bastante común, es interesante y está bellamente escrito, sobre todo en las escenas campesinas. Entra LOPE en ella con su ordinario seudónimo de *Belardo*, pastor que escribe comedias, aunque se queja de no acertar con el gusto del público. Pertenece a la madurez del poeta, quien la cita en la segunda de sus listas (1618), y la imprimió en 1621 en la *Parte XVII* de su colección de obras dramáticas, reimpresa en el mismo año y otras dos veces en el siguiente (2).

A esta comedia sigue la titulada *La Cortesía de España*, que, aparte de la inverosimilitud del argumento, es muy entretenida y en ella se presentan dos caracteres bien tratados bajo el aspecto artístico. El asunto parece tomado en parte de alguna novela italiana, y hasta creemos que lo es también de una española de la época de LOPE.

Recordóla el autor en la segunda de sus listas (1618), lo que demuestra que será algo anterior a dicho año y la imprimió al siguiente en la *Parte XII* de su colección particular, en dos imprentas a la vez (3).

(1) *La Competencia en los nobles. Comedia famosa de Lope de Vega Carpio. Representóla Tomás Fernández. 4.º*; sin lugar ni año. Es, como hemos dicho, una especie de refundición, cuyo alcance, mayor en el acto tercero, se reduce a ampliar y diluir algunas ideas expresadas más concisamente por LOPE DE VEGA.

(2) *Decima séptima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Dirigidas a diversas personas. Año (escudo) 1621... En Madrid, Por Fernando Correa de Montenegro... 4.º*; 4 hojas prels. y 312 foliadas. Aprobación del maestro Vicente Espinel: Madrid, 20 de octubre de 1620.—Tasa: Madrid, 27 de enero de 1621.—Privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 31 de octubre de 1620. *Con su pan se lo coma* es la primera comedia del tomo.

En el mismo año de 1621 se imprimió también esta *Parte XVII*, por la *Viuda de Alonso Martín*, y en el siguiente otras dos veces: *Por la Viuda de Fernando Correa, Madrid, 1622*; 4.º; 4 hojas prels. y 312 foliadas, la primera, y *Por la Viuda de Alonso Martín, Madrid, 1622*; 4.º; 4 hojas prels. y 312 foliadas, la segunda. Todas estas cuatro ediciones están hechas a plana y renglón sobre la primera; y, a pesar de ser cuatro, esta parte XVII es la más rara de las de LOPE.

Y ya que hablamos de esta gran difusión y consumo de las comedias de LOPE DE VEGA, no debemos dejar de consignar que en el año de 1621 se imprimieron solamente en Madrid las *Partes X, XIV, XV* (ésta dos veces), *XVI* y *XVII* (otras dos veces); es decir, 60 comedias, y 24 de ellas dos veces. Los años inmediatamente anteriores y posteriores ofrecen también semejante abundancia de ediciones. Y hoy todas son de extrema rareza.

(3) *Dozena Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. A Don Lorenzo de Cárdenas, Conde de la Puebla... Año (escudo) 1619... En Madrid. Por la Viuda de Alonso*



También procedente de algún cuentista italiano parece la comedia intitulada *El Cuerdo loco*, un príncipe de Albania que se finge loco para librarse de las asechanzas de su madrastra y los nobles de su Estado, que intentan despojarle del gobierno.

De esta comedia hay los textos siguientes: 1.º, la impresión hecha por el mismo LOPE DE VEGA en la *Parte XIV* de su particular colección impresa en Madrid en 1620 y 1621: texto definitivo (1); 2.º, un manuscrito autógrafo, fechado en Madrid a 11 de noviembre de 1602, que, procedente del archivo de la casa de Altamira, pasó a poder de lord Holland, cuyos herederos lo conservan. Lleva un gran número de aprobaciones y licencias, correspondientes a 1604, 1607, 1608, 1610, 1611 y 1615, fechadas en Valladolid, Zaragoza, Murcia, Granada y Loja, lo que demuestra que sirvió para las representaciones del teatro; 3.º, una copia de este autógrafo, hecha en 1781, en Madrid, por don Miguel Sanz de Pliegos, archivero del Duque de Sessa (2).

Esta comedia es de 1602, como se ha visto; pero, aunque esto no constara por el manuscrito original, resultaría de haberla mencionado el autor en la primera lista de sus comedias (1603) y en el curiosísimo pasaje del acto segundo, que, por su interés biográfico, hemos de transcribir:

BELARDO. Lejos de una breve aldea,  
patria derribada mía, (3)  
que solía ser mejor,  
y la habitó gente honrada,  
mi cabaña está fundada

junta al arroyo mayor. (4)  
Que después que faltó gente (5)  
ando a vivir por acá; (6)  
que cada día se va  
diez a diez y veinte a veinte.

*Martín. A costa de Alonso Perce, mercader de libros.* 4.º; 4 hojas prels. y 480 foliadas. Erratas: 11 de diciembre de 1618.—Tasa: 22 de diciembre de 1618.—Aprobación de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 6 de octubre de 1618. *La Cortesía* es la cuarta comedia. En el mismo año, con la misma portada, aunque el impresor fué en parte Juan de la Cuesta, se hizo otra edición de este tomo. Difieren en la letra los preliminares y el escudo de la portada.

(1) Véase su descripción más atrás, pág. 1x. *El Cuerdo loco* es la undécima comedia del tomo.

(2) Ms. núm. 14833 de la Biblioteca Nacional, en 88 hojas en 4.º Contiene, además, copia de la comedia autógrafa de LOPE *La Contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina*, fechada en 1600. Al final de la primera comedia lleva copiadas la data: "En Madrid, a 11 de Nobiembre, año de 1602", y las licencias; las primeras con el título de *El Veneno saludable* y las de 1610 y 1611 con el de *El Cuerdo loco o veneno saludable*; y al fin de todo: "Corregida y concertada con su original. Correcciones, Zensuras y licencias. Madrid y mayo de 1781.—Mig.<sup>l</sup> Sanz de Pliegos."

Aunque no son de gran importancia las variantes que ofrece este texto, como son muchas y contienen algunos versos omitidos en el impreso, las ofrecemos al curioso en el apéndice.

(3) Le llama "derribada" porque en 1601 se había ido la Corte a Valladolid.

(4) LOPE nació, como es sabido, en la calle *Mayor* de esta Villa.

(5) Vuelve a aludir a lo despoblado que quedó Madrid al perder la Corte.

(6) En Toledo era donde residía de ordinario por entonces.

Mi nombre propio es *Belardo*,  
 más conocido, sin duda,  
 que de las brujas la ruda,  
 por este capote pardo  
 y por algunas desdichas.  
 Que he andado más de mil mundos,  
 aunque dije que no había  
 visto el mar, de quien sabía  
 sus altos y sus profundos.  
 Ea, vamos a comer,  
 que soy hombre liberal

de mi bien y de mi mal  
 y sé ganar y perder.  
 Veréis allá una serrana  
 que, aunque saque su ganado  
 antes del sol, piensa el prado  
 que amanece la mañana.  
 No es bachillera ni es loca,  
 aunque he pensado ¡par Dios!,  
 que *en llamarse como vos* (1)  
 por alguna parte os toca.

Y sigue ensalzando la belleza de la serrana Lucinda con una desenvoltura que no debía de escandalizar poco a los que conocían aquellos amores.

De la comedia *La Defensa en la verdad* no hay más que un texto, y ése muy mediano. Es una impresión suelta, sin lugar ni año, de fines del siglo XVII o los primeros años del siguiente (2). La atribución a LOPE DE VEGA va sólo fundada en el encabezado de la comedia, porque él no la mencionó en ninguna de sus listas; si bien es verdad que en igual caso se encuentran otras muchas de autenticidad indudable. El estilo y versificación de los dos primeros actos no desmerecen en la mayor parte de los del claro ingenio, sobre todo en los versos de arte menor. Pero en los pareados de siete y once sílabas es, a nuestro juicio, casi seguro que son de la pluma de otro poeta que distaba mucho de parecerse a LOPE (3).

Esta comedia es de carácter histórico y se refiere a la época de la conquista de Portugal en tiempo de Felipe II. Al principio se cuenta extensamente la gloriosa jornada de las islas Terceras contra la Armada del Prior de Ocrato, unida a la francesa, derrotadas por el Marqués de Santa Cruz. Es, además, el personaje principal de la obra uno tan histórico como el insigne general Sancho de Avila, de quien ya desde la primera escena se hace el debido elogio.

Y así el español Monarca  
 para hazañas tan grandes,  
 envió al rayo de Flandes,

al cuchillo de la Parca,  
 al más valiente español...  
 Sancho de Avila, en efeto.

La descripción de la batalla marítima consta de 319 versos.

De la comedia *Del mal lo menos* existen abundantes textos, comenzando por el que el mismo autor dió a luz en la *Parte IX* de su propia colección, en 1617, reimpresa dos veces en el siguiente año (4). No es de

(1) Recuérdese que la dama con quien habla se llama en la comedia *Lucinda*. Es, pues, clara la alusión a Camila *Lucinda*, como designaba siempre en sus versos a la actriz Micaela de Luján, su amada.

(2) *La Defensa de la verdad. Comedia famosa de Lope de Vega Carpio. Representóla Olmedo*. 4.º: 19 hojas a dos columnas, sin otras señas de impresión, que parece (comparada con otras) ser madrileña.

(3) Véanse los de la pág. 439, columna primera, modelo de prosaísmo o más bien de ramplonería.

(4) *Doce comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por él mismo. Dirigidas*

extrañar, porque es una obra muy agradable y bien conducida hasta su desenlace, que también es acertado. En la persona de don Juan de Mendoza parece que LOPE quiso personificar, idealizándolo, al famoso almirante de Aragón don Francisco de Mendoza, cuyas aventuras dieron tanto que escribir a los cronistas de su tiempo.

Y no cede en mérito a la anterior la titulada *El Desconfiado*, que LOPE declaró suya en la segunda lista de sus comedias e imprimió en la *Parte XIII* de ellas, en 1620, primero en Madrid y luego en Barcelona, dedicándola a su gran amigo y panegirista el maestro Alonso Sánchez, cate-drático de Prima de Hebreo en la Universidad de Alcalá de Henares (1).

En esta dedicatoria, aparte de otras especies biográficas curiosas, como la de que LOPE estudió Letras en dicha Universidad y la de que el breve tiempo en que le había sido forzoso escribir muchas de sus obras era la causa de que saliesen imperfectas, dice también que la de *El Desconfiado* fué muy celebrada: "le dieron aplauso grande en la corte por el donaire y la *novedad* del argumento".

Será, pues, el primer modelo de la célebre comedia de don Francisco de Rojas Zorrilla *Donde hay agravios no hay celos* y sus imitaciones; si bien Rojas mezcló la parte cómica, dominante en la de LOPE, con elementos dramáticos que aumentan el interés de tan notable obra.

En el encabezado de la suya escribió LOPE: "Representóla Ortiz, famoso representante." Solía nuestro poeta estampar esta breve nota, con la que suministraba un importante dato a la historia del teatro, daba la inmortalidad al sujeto de ella y satisfacía el natural afecto hacia los mejo-

---

al Excmo. Sr. D. Luis Fernandez de Cordoba y Aragón, Duque de Sessa... Novena parte. Año (escudo) 1617... En Madrid, Por la Viuda de Alonso Martin de Balboa. A costa de Alonso Perez, mercader de libros. 4.º; 4 hojas prels.; 300 foliadas. Licencia del Ordinario: Madrid, 1.º de abril de 1617.—Tasa: 13 de julio de 1617.—Privilegio al autor por diez años: Madrid, 27 de mayo de 1617. *Del mal lo menos* es la séptima del tomo.

El siguiente año de 1618 se hizo una reimpresión en Barcelona, por Sebastián de Cormellas. 4.º; 4 hojas prels. y 300 foliadas. Hemos tenido ambas presentes.

Se estampó de nuevo en la *Parte treinta y ocho de comedias nuevas, por los mejores ingenios de España*. Madrid, por la Viuda de D. Francisco Nieto, 1673. 4.º; 2 hojas prels. y 448 págs. *Del mal lo menos* es la octava del tomo y va atribuida a *Un ingenio*.

Hay, además, una impresión suelta hecha en Bruselas, en casa de Huberto Antonio Velpio, 1649. 48 págs. en 4.º

(1) *Trezena parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica en el Arzobispado de Toledo. Dirigidas cada una de por sí a diferentes personas*. Año (escudo) 1620... En Madrid, Por la Viuda de Alonso Martin. A costa de Alonso Perez, mercader de libros. 4.º; 152 y 151 hojas foliadas, pero con errores. Tasa: Madrid, 18 de enero de 1620.—Privilegio al autor por diez años; Lisboa, 7 de octubre de 1619.—Aprobación: Madrid, 18 de septiembre de 1619. *El Desconfiado* es la quinta del tomo.

Se repitió esta impresión el mismo año en Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas. 4.º; 290 hojas foliadas, con los preliminares. Hemos señalado las escasas variantes que ofrece respecto de la impresión madrileña.



res intérpretes de sus dramas. En este mismo tomo hallamos: en *El Caballero de Illescas*, "Representóla el famoso Ríos"; en *El Caballero del milagro*, "Representóla Vergara"; en *La Competencia en los nobles*, "Representóla Tomás Fernández"; en *Con su pan se lo coma*, "Representóla Valdés"; en *El Cuerdo loco*, "Representóla Granados"; en *La Defensa en la verdad*, "Representóla Olmedo"; en *El Desposorio encubierto*, "Representóla Vergara".

De éstos el más amigo de LOPE fué el primero, Cristóbal Ortiz de Villazán, a quien una muerte prematura, en 1.º de julio de 1626, arrebató a la escena española; de que era ilustre ornamento. LOPE le atestiguó en dos ocasiones solemnes su particular aprecio, permitiendo, en 1617, que su hija Marcela fuese madrina de bautismo de una de las hijas del cómico (1) y bautizando él mismo, como capellán, otra dos años más tarde (2).

En la misma *Parte XIII* que la anterior comedia, y ocupando el penúltimo lugar del tomo, se halla la titulada *El Desposorio encubierto*, que LOPE dedicó al hijo de su grande amigo el novelista Juan Izquierdo de Piña, secretario de Provincia, el licenciado Jacinto de Piña, que seguía la carrera del Foro. Habría terminado por entonces, puesto que LOPE le dice, al final de su dedicatoria: "Guarde Dios a v. m. y le haga tan gran letrado, que digamos por él lo que por Baldo", etc.

Aunque citada sólo en la segunda lista del *Peregrino* (1618), esta comedia es muy anterior, porque en ella se dice que la representó (estrenó) Vergara, actor antiguo que dirigía compañías muy a los comienzos del siglo XVII. Pruébalo igualmente el corte y gusto italiano de la obra, ya que vemos en casi toda ella a un hombre casado solicitando, con no poco descaro y fingiéndose soltero, el amor de una doncella noble y rica. Por lo demás, la comedia está escrita y versificada con primor, llena de episodios interesantes y con gracioso y satírico lenguaje. Es probable que sea anterior a 1600.

Va también en este volumen *La Difunta pleiteada*, que, a nombre de Rojas Zorrilla, se imprimió en la *Parte XX* de la gran colección de *Comedias escogidas*, impresa en Madrid el año 1663 (3).

(1) "En... 24 de diciembre de 1617... yo, el Licenciado Corbalán... bapticé a *Isabel Lucía*, que nació en 13 de dicho mes, hija de *Cristóbal Ortiz de Villazán*, autor de comedias, y de *Ana María Ribero*, su legítima mujer, que viven en la calle de San Agustín; y fueron sus padrinos Domingo Navarro y Doña Marcela de Vega Carpio." (Arch. parr. de S. Seb. Lib. 7.º de Baut., fol. 98 vto.)

(2) "En... 25 de febrero de 1619 años, yo, el licenciado LOPE DE VEGA CARPIO, baticé a *María Luisa*, que nació en 29 de enero del dicho año, hija de *Cristóbal Ortiz de Villazán*, autor de comedias, y de *Ana María de Ribero*, su legítima mujer, que viven en la calle de Fúcar; y fueron sus padrinos Jerónimo de Herrera y doña Manuela Anríquez (sic).—LOPE DE VEGA CARPIO." (Arch. parr. de S. Seb. Lib. 7.º de Baut., fol. 208.)

Cristóbal Ortiz y su mujer tuvieron, además, otros tres hijos: *Leonor*, nacida en 1612 (23 de noviembre); *Juan Antonio*, en 1622, y *Micaela*, en 1625.

(3) *Parte veinte de comedias varias nunca impresas, compuestas por los mejores inge-*



LOPE DE VEGA nombró como suya, en la primera lista del *Peregrino* (1603), una comedia de *La Difunta pleiteada*. Ninguna otra existe de este título que sea conocida, excepto la de la *Parte XX*, impresa muchos años después de la muerte de LOPE, y aun de Rojas Zorrilla, a quien se atribuye. Como estas adjudicaciones tardías son harto inseguras, no ha faltado quien, prescindiendo de ellas, afirme que sólo es autor de *La Difunta* el Fénix de los Ingenios.

Esta cuestión de propiedad se relaciona con el fondo y origen del argumento de la obra, la cual parece tomada de una novela de Mateo Bandello, si bien los antecedentes son distintos y, por efecto de ellos, el desenlace opuesto al de la obra imitada. Según el Bandello, los jóvenes venecianos Gerardo y Elena, protegidos en sus amores por el ama y nodriza de ambos, se casan en secreto y se consuma el matrimonio. Muchos días después, auséntase Gerardo, por orden de su padre, y en tanto el de Elena quiere casarla con otro caballero. El disgusto de la joven se resuelve en un paroxismo semejante a la muerte, que todos creen, y dan sepultura al cuerpo el día mismo en que llega al puerto el ausente Gerardo. Con ayuda del patrón de la galera abre la tumba de Elena, advierte que late su corazón, la toma en brazos y conduce a casa de su amigo. Restablecida la dama, Gerardo, con anuencia de su padre, celebra sus bodas con la resucitada, diciendo ser una señora extranjera. Pero como entre los asistentes a la ceremonia estaba el burlado esposo, la reconoce; registra el sepulcro, que halla vacío, y pide se le entregue su prometida. El Consejo de los Diez impide el duelo, ya convenido, y manda substanciar el asunto ante los Tribunales, que, como es natural, sentencian en favor de Gerardo, primero y único marido, pues el otro no tenía a su favor más que una promesa ineficaz del padre de la novia (1).

El caso de *La Difunta pleiteada* es, por consiguiente, muy diverso, y el conflicto dramático existe, puesto que Manfredo, el salvador de la

---

mos de España. Madrid, Imprenta Real, 1663. 4.º; 4 hojas prels., 526 págs y una hoja de colofón. *La Difunta pleiteada* es la quinta comedia del temo.

(1) *Raccolta di novellieri italiani. Parte prima.*—Firenze. Tipografia Borghi e Compagni. 1833. 4.º; págs. 458 y sigs.

En el mismo sentido que el Obispo de Agen trató el argumento, con una ligera variante en el desenlace, Matías de los Reyes, escritor madrileño, en su *Menandro*, novela que, aunque impresa en Jaén en 1636, estaba ya escrita y aprobada en 1624 en el episodio de Camilo y Lucrecia, folios 58 y siguientes, pues la relación se interrumpe varias veces.

Y en el dicho año de 1624 acogió también este asunto el ingenioso don Alonso de Castillo Solórzano, quien lo ingirió en una de sus novelitas de la colección titulada *Tardes entretenidas*, impresa en Madrid en 1625 (V. págs. 217 y sigs. de la edición de Madrid, 1908), variando no poco los antecedentes, que parece tomó de otra comedia de LOPE DE VEGA, y algunas circunstancias, que debió a una de las *Cien novelas (Ecatommitti)* de Giraldo Cintio, y sobre todo el desenlace, pues el marido, al intentar asesinar a su mujer y al amante preferido y salvador, muere a manos de éste, en legítima defensa.

dama, tiene el supremo derecho moral de haberla devuelto a la vida y al mundo, contra el apoyo legal del marido.

Más parecido tiene la comedia con unos romances populares o de ciego que se han recogido en diversas comarcas de España y Portugal, cuya redacción actual, aunque posterior al drama, pudieron ser eco de una leyenda o tradición anteriores (1), si bien la intervención del elemento milagroso (pues la Virgen María resucita a la joven al cabo de nueve meses de enterrada) echa a perder tan bello asunto (2).

Pero ¿es en realidad esta comedia de LOPE DE VEGA? Después de más de sesenta años que anduvo rodando por los teatros de España, antes de fijarse su texto por medio de la imprenta, nada de extraño tiene hallar en la impresa en 1663 cosas que no suenen bien en los oídos acostumbrados a la poesía neta y armoniosa del gran poeta. Semejantes alteraciones no pudieron, con todo, borrar las huellas del león, que se descubren por doquiera. Hace tiempo que nos había chocado cierto pasaje que recordábamos haber leído en una comedia indubitada de LOPE y lo hemos citado, aunque sin el parejo, en otro libro (3). Hoy podemos poner el uno frente al otro. Pertenecen a la primera escena de la *Difunta* (página 543 del presente volumen) y a la primera de la jornada segunda de *La bella malmaridada*; que hemos impreso en el tomo anterior (página 625), y dicen:

(1) Los ha estudiado en su muy erudito folleto *La Difunta pleiteada* (Madrid, 1909) doña María Goyri de Menéndez Pidal con más antecedentes y casos en parte análogos en las literaturas extranjeras. Los romances en su estado actual son del siglo XVIII, y verdaderamente de ciegos, que los llevarían de una a otra comarca.

A los textos literarios congruentes aducidos por la ilustre escritora pueden añadirse, además de la novela de Castillo *El Socorro en el peligro*, ya citada, la comedia anónima de fines del siglo XVII *Hados y lados hacen dichosos y desdichados*, refundida luego con el título de *El Parecido de Rusia*, en que un amante desentierra a la joven muerta aparentemente y se casa con ella, y la historia popular *La enterrada en vida*, refundida y alterada varias veces, como toda la literatura de *cordel*, para modernizar el estilo y las aventuras. La resucitada, aunque ya casada y con dos niñas, vuelve a casarse con su salvador y primer novio, de quien logra otros dos hijos, y, siendo descubierta, se retira a un convento, donde muere poco después de sus dos maridos. La última refundición de esta historia se titula *Nueva historia de Beatriz, la enterrada en vida*. Madrid, sin año (hacia 1870), 24 págs. en 4.º El autor, olvidado de que el entierro y desentierro se ha hecho en una iglesia, según costumbre de la época en que por primera vez se habrá escrito la historia, pone la escena del reconocimiento del marido en un cementerio moderno, en el que supone existe el vacío panteón dedicado a la dama.

La escena de la violación de la sepultura está imitada de la realmente sucedida y llevada a cabo por el célebre poeta don José Cadalso, referida por él en sus *Noches lúgubres*, que también anda en historias populares.

(2) Desde el momento en que el poder del Cielo se manifiesta en favor del primer galán, para nada se necesitan las leyes humanas.

(3) *Don Francisco de Rojas Zorrilla*. Madrid, 1911, 8.º: pág. 160.

La dama que de perfeta (1)  
presume nombre tener,  
dicen todos que ha de ser  
en el estrado discreta,  
en casa fregona rota,  
cabra en el campo, en la calle  
señora, reina en el taller,  
pero en la iglesia devota.

(*La Difunta pleiteada.*)

Será dama en la ventana  
y en el estrado señora;  
en la aldea aldeana,  
en el campo labradora  
y en la mesa cortesana.  
En la calle, mucho amor;  
en la iglesia, cuanto pueda,  
devoción con el Señor;  
en la cama... Esto se queda  
para el discreto lector.

(*La Bella malmaridada.*)

Si a esto se añaden otras circunstancias particulares (2), no será muy temerario afirmar que la comedia, en su primera forma, perteneció a LOPE DE VEGA, aunque haya sido alterada y aun refundida en parte por don Francisco de Rojas Zorrilla u otro cualquiera (3).

Porque, cuanto más lo pensamos, menos podemos acomodarnos a admitir que los alegatos jurídicos pedantescos del final de la obra sean de LOPE DE VEGA, que ni era abogado, ni hubiera empleado semejante manera de argüir en una comedia. Y más aún, creemos que el desenlace ha sido cambiado totalmente: es decir, que LOPE lo habrá resuelto en favor de Manfredo, y no de Leandro.

Tal como se plantea la cuestión al final del drama, no hay conflicto: el matrimonio no lo disuelve una falsa muerte y la sentencia a favor de

(1) En el texto dice "discreta"; pero debe de ser errata, pues en el cuarto verso repite esta palabra.

(2) Por ejemplo, la de llamarse *Belardo* el criado de Manfredo, seudónimo que empleaba LOPE para introducirse él mismo en sus obras. En esta de *La Difunta* dice (pág. 363):

FULGENCIA. Belardo amigo, adiós.

BELARDO.

Con este nombre

parece que se hereda la desdicha.

Frases que no tienen sentido si no se aplican a la misma persona de LOPE.

De que se daba a sí propio este nombre hay pruebas en el presente tomo, en las comedias *El Caballero de Illescas*, *Con su pan se lo coma*, *El Cuervo loco* y *Don Lope de Cardona*.

(3) La señora Goyri, que también sostiene a favor de LOPE la propiedad de esta obra, la funda, ante todo, en otro motivo, diciendo (pág. 35): "Dejando a un lado la cuestión de estilo, que, como estamos viendo, se presta a tan opuestas apreciaciones, yo creo primeramente que la comedia en cuestión no es de Rojas, porque este autor tiene otra pieza con el mismo asunto y titulada *Varios prodigios de amor*, la cual no se ha advertido que es sólo uno de tantos arreglos llenos de enredo y languidez como los que en la época de Rojas se hacían tomando por base las comedias de la época de Lope de Vega." Efectivamente, en la *Parte XLII* (Madrid, 1676) de la gran colección de *Escogidas*, se atribuye a don Francisco de Rojas Zorrilla la comedia *Varios prodigios de amor*; pero no es suya, sino de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, quien la incluyó al final de la segunda parte de su novela *El Caballero puntual*, impresa en Madrid, por Francisco Abarca de Angulo, en 1619, dándole el título de *Los prodigios del amor*. Pudo Salas, aunque no consta, conocer la comedia de LOPE e imitarla, bien que, a nuestro ver, más parece tomada directamente de un modelo italiano; pero Rojas vuelve a recobrar sus antiguos derechos, por lo que valgan, a la refundición o arreglo de *La Difunta pleiteada*.



Leandro es inevitable. Otros argumentos, pues, que el largo desmayo de Isabel debió de haber empleado el defensor de Manfredo.

¿Es posible que LOPE dijese en serio estas palabras que pone en labios de este joven:

Yo, señor, estoy resuelto  
en que ya sin alma estuvo;  
y al fin la muerte y entierro  
apartan al matrimonio  
de que he dado testimonio?

¿Y no resulta también inadmisibile en el terreno del arte que Manfredo, después de tanto amor sustentado en toda la obra y trabajos sufridos por conseguir a Isabela, se aquiete neciamente al final, con la oferta de otra dama, sin saber quién sea, exclamando satisfecho:

Perdí mi Isabela amada,  
pero ya el Rey me remedia?

Toda la comedia, es decir, los dos primeros actos, están preparados para el desenlace en el sentido que indicamos, que es el popular de los romances y la mayor parte de las historietas análogas. Por eso Manfredo ocupa casi constantemente la escena y, por el contrario, apenas entra en ella su rival Leandro, figura secundaria, aunque indispensable para el conflicto moral, para que el amor grande y correspondido venza y triunfe de la ley y de la fuerza (1).

¿Cuál pudo ser, pues, el recurso empleado para deshacer el matrimonio? Creemos que, ya lo indica el autor al principio del segundo acto, donde dice que al oír en la iglesia las proclamas de Isabela y Leandro, se presentó otra joven, Horacia, diciendo que lo impedía, por tener cédula de casamiento firmada por Leandro. Ciertamente el padre de la novia cuenta rescatar el documento dando por él cuatro mil ducados; pero también es cierto que la opinión de los que conocían a Horacia era

que la mujer está loca,  
y no ha de alzar la querella  
si dan más oro por ella  
que a Crespo entró por la boca.

Las dos escenas de la interrupción de las proclamas por Horacia y compra de la cédula son del arreglador, a fin de preparar el desenlace al revés de como LOPE lo había concebido. Y la prueba está en que después (pág. 564) dice:

(1) No se olvide que el matrimonio de Leandro e Isabela no había llegado a consumarse. Por eso dice aquél (pág. 569):

¡Dulce señora mía!  
¿Tan presto, antes del gozo deseado,  
antes que pase un día,  
pájaro solitario me has dejado?, etc.



"CELÍN. Que con el miedo  
que no se vuelva del concierto Horacia,  
por los malos consejos de sus deudos,  
que la mujer es fácil de mudarse,

ya traen licencia de casalla.  
MANFR. ¿Cuándo?  
CELÍN. Esta noche."

Y ¿cómo se había de volver, si no tenía en qué fundarse, entregada ya la promesa de matrimonio? Prueba de que no hubo tal convenio o de que si lo hubo no produjo efecto en lo esencial, esto es, en la entrega de la cédula, quedando en pie las amenazas misteriosas del primer acto (págs. 552 y 553), cuando Horacia y Tulio, criado de Leandro, muy unidos y conformes en que la dama impida el matrimonio, dicen:

"HORACIA. Costaráme la vida  
o estorbaré con término secreto  
el que tuvo su gusto  
tan fuera de razón.

TULIO. Y será justo,  
que yo, con ser su criado,

culpo sus obras, su maldad afeo,  
debiendo a tu cuidado,  
a tus regalos y a tu buen deseo,  
esa mano enemiga  
que ahora en falso matrimonio liga."

Termina Horacia esta escena, después de otras muchas amenazas, diciendo a Tulio:

"Al remedio que aplico  
he menester tu voluntaria ayuda.  
Ven y sabrás el modo."

En el acto tercero aparece esta Horacia, ya casada con Tulio, el criado de Leandro, cosa imposible, porque al acabar el acto segundo aún estaba soltera y entonces es cuando sucede el desmayo y muerte aparente de Isabela (1). Además, siendo ya casada, ningún papel hacía en este acto; mientras que las palabras de rencor hacia Leandro y de alegría al saber la muerte de su rival manifiestan que estaba muy lejos de haber quedado satisfecha con la solución dada a sus aspiraciones. Ni aunque esto no hubiese, el personaje de Horacia sería también completamente inútil en los dos actos anteriores, pues entablada la cuestión en la forma que se le da al final, ¿qué importa que Leandro haya tenido amores ni dado palabra y cédula de matrimonio si nadie lo alega ni produce efecto alguno, por haberse cancelado antes obligación tan estrecha? ¿Es

(1) Es cierto que los viejos Camilo y Felino conciertan en el segundo acto esta boda; pero que esta escena es también del refundidor no puede dudarse, puesto que LOPE no ignoraba que las cédulas consabidas se daban, en su tiempo, como garantía de un matrimonio consumado anticipadamente. No podía, pues, cuando Horacia exclamaba:

"¿Paréceos galardón de mi honor muerto  
en dos años de amor tan mal gastados?",

responderle Tulio:

"Y soy dichoso,  
aunque bajéis del tono al canto llano,  
de seros, bella Horacia, indigno esposo;

que pues Leandro no os tocó una mano  
en el discurso de este amor forzoso..."

ni LOPE escribirlo, porque le parecería, como a todos, un razonamiento ridículo.

creíble que LOPE ni otro autor introdujesen sin objeto ni fin en la comedia episodio tan significativo y que tanto lugar ocupa en el drama?

A mi ver, al término de la obra, y cuando la discusión sobre el valor legal y canónico de la muerte aparente de Isabel fuese más viva y difícil de resolver, teniendo en cuenta el hecho de sacarla a la vida Manfredo y el amor que Isabela le profesaba, se presentaría Horacia con su cédula reclamando el cumplimiento de la promesa allí contenida. Y como el matrimonio de Leandro e Isabela no había sido consumado, podría Manfredo, sin repugnancia, recibir a la que ya antes había llamado su mujer. Este sería el desenlace artístico y lógico del problema propuesto en el drama. Escripulos quizá de rígidos moralistas que veían romperse un matrimonio autorizado por la Iglesia, sin reparar en cuán respetable era el vínculo anterior, movieron a Rojas o a otro poeta a refundir la comedia y cambiarle el desenlace. Pero como no se molestó en rehacerla de nuevo, según era necesario, quedaron las incongruencias, redundancias y contradicciones que hemos notado, y son indicativas de la reforma.

Después de *La Difunta pleiteada* va en el presente volumen la comedia novelesca *Dios hace reyes*, impresa en la *Parte XXIII*, especial de LOPE DE VEGA y a su nombre en 1638 y también suelta (1). Esto no obstante, la obra es antigua, de las primeras de LOPE (aunque no la haya él mencionado en sus listas), tanto por el carácter del argumento como porque no hay en él gracioso, personaje que se ha observado falta en las comedias de su mocedad.

El asunto de la presente es sumamente inverosímil, y la oposición a las clásicas unidades se lleva a punto de que entre el acto primero y el segundo pasan más de veinte años (2). Vemos también que un joven, sin padre conocido para los demás personajes, se casa por sorpresa con la hija y heredera del Emperador de Alemania. Está, por otra parte, bien escrita, aunque abundan los romances.

Citó LOPE en su primer *Peregrino* (1603) una comedia titulada *La Divina vencedora*, y una copia de ella existía en la biblioteca del Real Palacio de Madrid a principios del siglo XVIII. Y cuando el infante don Felipe, hijo de Felipe V, pasó a gobernar el Ducado de Parma (1748), sin duda para que se le representasen en su palacio, se le dió una gran colección de comedias antiguas españolas, cuyo razonado catálogo debemos al

(1) *Parte veinte y tres de las Comedias de Lope Felix de Vega Carpio, del abito de San Pedro y de San Juan... Por Manuel de Faría y Sousa... Año (escudo) 1638... En Madrid, Por María de Quiñones... 4.º; 8 hojas prels. y 304 foliadas. Privilegio a Luis de Usategui, yerno de LOPE: 16 de enero de 1638.—Aprobación de Valdivielso: 8 de julio de 1636.—Erratas: 25 de agosto de 1638. Dios hace reyes es la undécima comedia del tomo.*

(2) A ella aludía Cervantes (*Quij.*, I, XLVIII): “¿Qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?”

sabio profesor don Antonio Restori, como ya hemos tenido ocasión de recordar en los anteriores prólogos.

Entre las comedias que llevó el nuevo Duque de Parma fué, o había de ser, el manuscrito de *La Divina vencedora*; porque, sin duda por distracción de los encargados de elegirlas, se dejaron en España el acto tercero de la dicha, remitiendo a Parma sólo los dos primeros.

Y esta habrá sido la causa de que don Marcelino Menéndez y Pelayo no haya incluido esta pieza de carácter histórico en el lugar que le correspondía, entre las que se refieren a la época de San Fernando.

El acto tercero pasó a la Biblioteca Nacional en 1865, con otros libros de don Agustín Durán, y es exactamente el que faltaba en el ejemplar parmenense. El citado señor Restori ha enviado a la Academia Española, por nuestro intermedio, una esmerada copia del manuscrito de Italia, que, con la hecha del tercer acto de la Biblioteca Nacional, han servido para esta primera impresión de la comedia ya completa (1).

El texto ofrece caracteres de autenticidad por ser copia antigua, autorizada por un gran devoto de LOPE DE VEGA, como fué el librero Juan Martínez de Mora, y corregidas las erratas evidentes por el licenciado Francisco de Rojas, que también entendía de comedias y había escrito alguna.

El título que lleva es el que hemos dado en la pág. 616, confirmado y añadido por Mora en estos términos: "La famosa comedia de *la divina vencedora y famosos hechos de meledon gallinato y toma de Morón*, de lope de bega carpio. Año de 1624. Original. D. j.º (Juan) martínez de mora." A pesar de esto, la comedia no es original, sino una copia, probablemente anterior a 1624.

Al final del acto segundo escribió el mismo Martínez de Mora: "en acabando la segunda jornada se hace el entremés de *los golosos*, que le hace doña María, porque Mariana la acaba y comienza la tercera jornada. Despues, saldra a bailar sola entre esta jornada". La Mariana, que, por consiguiente, hacía el papel de Guadalajara, sería Mariana Vaca de Morales, mujer de Antonio de Prado, y la doña María que representaba a Fátima no debe ser otra que doña María Enríquez, mujer de Juan Bautista Valenciano, actriz que lo mismo hacía damas que graciosas, mejor estas últimas.

El acto tercero, que como hemos dicho se halla en la Biblioteca Nacional (2), no lleva indicación particular.

Lo que tenga de histórico el asunto de esta comedia, aun prescindiendo de los amores de Cardiloro y Guadalajara, no será mucho. El mismo protagonista Meledón, que se dice sobrino del célebre capitán don Lorenzo Suá-

(1) Hállase en un tomo (*Colecc. de Lope*, t. 37, fols. 246 a 288).

(2) Ms. núm. 16084; 18 hojas en 4.º Tiene enmiendas semejantes a las de los otros actos, las cuales suponemos también de mano del licenciado Rojas.



rez Gallinato, parece personaje de la fantasía de LOPE. Del castillo de Chincoya, refugio y centro de operaciones de aquel heroico guerrillero fronterizo, no hemos hallado noticia; ni en la comedia se habla, como supone Mora, de la conquista de Morón, villa que ganó San Fernando de poder de los moros hacia 1240, y que luego su hijo Alfonso el Sabio cedió a la Orden militar de Alcántara. Como esta comedia es obra de la juventud de LOPE, no debe uno extrañarse de las grandes libertades que se habrá tomado con la Historia. Sin embargo, es curiosa la relación que de la toma de Sevilla hace en las págs. 645 y siguiente don Lorenzo Suárez Gallinato, uno de sus conquistadores.

También de carácter histórico, aunque los sucesos sean todos fabulosos, es el excelente drama *Don Lope de Cardona*, que sirvió de modelo a Shirley para su *Joven almirante*. Compúsole LOPE después de 1603, pues no lo cita en la primera lista de sus comedias, aunque sí en la segunda, y lo imprimió él mismo en la *Parte X*, de que, como hemos visto (1), se hicieron cuatro ediciones en 1618 y 1620. Refiérese el asunto a las mocedades del rey don Pedro IV de Aragón, que entra en la comedia, así como su

(1) Véase más atrás, pág. vi, nota. De esta comedia hay también en la Biblioteca Nacional un manuscrito del siglo xvii (Ms. núm. 17417) en 22 hojas en 4.º El título es: "Comedia famosa de D. Lope de Cardona", y de otra letra de la misma época: "de Lope de Vega".

Hemos anotado las variantes que ofrece. Los versos que van al final de esta copia nada tienen que ver con la comedia. Algunos, los primeros, son para cantar (según se deduce de los números que llevan encima), como éstos:

"Ya la tierra, ya la aurora  
al sol divino presentan,  
una, platos de esmeraldas,  
y otra, racimos de perlas.

—  
Esta mañanita  
encontré un hidalgo  
que me dijo amores  
y ofreció regalos.  
Anduvo al principio  
liberal y franco;  
que me dijo amores  
y ofreció regalos.

—  
Mil veces estoy, memorias,

estoy, memorias,  
por decir que ya no os quiero;  
como si estuviera en mí  
el dexaros o el teneros,  
el dexaros o el teneros.

—  
El ava, Marica;  
el ava, que sale;  
cielo va, señores;  
no se aparte nayde.

—  
*Domina mea, dignare*  
que yo pueda mereceros:  
*domina*, si no hay dineros  
*pene potest non amare.*"

Sigue luego otra composición en unos 64 versos, que empieza:

"Si quieres ver el fin triste que espera  
a todas nuestras vanas fantasías,  
abre los ojos, mira y considera  
el miserable fin de nuestros días..."

Son octavas reales.



padre don Alfonso. Luce, sobre todo, en este drama, la virtuosa constancia, la nobleza y lealtad acrisolada de Cardona y la fe conyugal de su digna esposa Casandra. En cambio, el futuro rey *Ceremonioso* se presenta ya con el carácter y temple cruel con que había luego de revelarse en el trono. LOPE cargó bastante la mano en obscurecer la fisonomía moral de este Príncipe, sobre todo en la odiosa tentativa de duelo entre Cardona y su padre; género de maldad a que no llegó el tirano aragonés (1).

Y, por último, cierra nuestro volumen la comedia *Los Donaires de Matico*, una de las que LOPE DE VEGA compuso en sus mocedades y que se imprimió la primera vez en Zaragoza en 1604, y luego otras muchas (2).

Esta es aquella comedia que, aunque sin nombrarla, tomaron como ejemplo los adversarios de LOPE para combatir su teatro y arte dramático. Verdad es que pocas veces, con más ingenio, gracia y agudeza, se habrá escrito cosa más desafortada, incongruente e inverosímil que esta pieza. Una Infanta de León que se deja robar por un caballero, que luego resulta hijo del Rey de Navarra; y ambos, vestidos con pieles de animales, andan por los montes a correr mundo por espacio de muchos meses, sin que sufra el menor detrimento la honra de la doncella; que llegan a Barcelona, donde el galán se enamora y casa con una hija del Conde catalán; y que la burlada Infanta, al regresar a su tierra, vestida de hombre, como siempre anduviera, se acomode a servir de criado a otro caballero, que luego se ve es un amante desairado de la dama, pero que ahora, disfrazado de peregrino, la obliga a que cargue con las alforjas, son, en verdad,

Otra con cuatro décimas que principia:

"Cansado ya de llorar  
una difunta esperanza..."

Y, por último, otra copla que dice:

¿Qué me queréis, pensamientos?  
Pensamientos.  
¿Dónde me lleváis, desdichas?  
Desdichas.

Que si pasáis por la muerte,  
mayor mal hay en la vida.  
Hay en la vida."

(1) También LOPE se introduce en esta comedia bajo el nombre de Belardo, como pescador del Grao, algo superior en cultura a sus otros compañeros, tanto que, teniendo que dirigir la palabra al rey don Alonso, dicele:

"LAURO. Habla, Belardo, pues fuiste  
en Castilla palaciego."

(2) *Las Comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa... Año (escudo) M.DC.III (1604)... En Çaragoça. Por Angelo Tauanno. 4.º; 12 hojas prels., 176 + 191 foliadas, y una de colofón, que dice: "Impressas en Çaragoça. Por Angelo Tauanno. Año M.C.D.III (sic). La comedia de Los Donaires de Matico es la primera del tomo.*

De esta parte se hicieron hasta 1626 lo menos trece ediciones; pero todas calcadas sobre esta primera de Zaragoza.

tantos disparates, que difícilmente pudiera creerse que público alguno los tolerase.

Pero son tan originales las aventuras, tan bien presentadas las escenas, tan rico y gracioso el lenguaje, tan linda la poesía; hay, en fin, tanta vida, tanta frescura, tan sazónada malicia y un derroche tal de fuerza juvenil y simpática, que aun hoy el lector se embelesa con esta obra y siente dejarla de la mano hasta su término.

Quizás a esto se deba la fuerte impresión que produjo hasta en los impugnadores de LOPE, que era la que más recordaban, bien que para censurarla acremente. Apenas hubo quien, al combatir la escuela de LOPE, no recordase aquellas infantas de León, andariegas, que, en unión de audaces galanes, sabían, sin embargo, conservar su honra incólume, después de meses y meses de íntima convivencia, y que, disfrazadas de varón, servían de pajes a sus adoradores, tan torpes de vista como de entendimiento. Pero LOPE había ya escrito centenares de obras, en que no había tales "indecencias", como ellos decían; mas éstas les eran o fingían que les eran desconocidas.

EMILIO COTARELO Y MORI.

## INDICE DEL TOMO IV

	PÁGS.
61.—El buen vecino. . . . .	1
62.—La burgalesa de Lerma. . . . .	30
63.—Las burlas y enredos de Benito. . . . .	74
64.—El caballero de Illescas.. . . .	108
65.—El caballero del milagro. . . . .	145
66.—El castigo del discreto. . . . .	183
67.—Los cautivos de Argel. . . . .	223
68.—La competencia en los nobles. . . . .	261
69.—Con su pan se lo coma. . . . .	295
70.—La cortesía de España. . . . .	335
71.—El cuerdo loco.. . . .	374
72.—La defensa en la verdad. . . . .	422
73.—Del mal lo menos. . . . .	441
74.—El desconfiado. . . . .	477
75.—El desposorio encubierto. . . . .	507
76.—La difunta pleiteada.. . . .	543
77.—Dios hace reyes. . . . .	583
78.—La divina vencedora. . . . .	616
79.—Don Lope de Cardona. . . . .	655
80.—Los donaires de Matico.. . . .	693





# EL BUEN VECINO

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (1)

CÉSAR, *galán*.  
LUDOVICO.  
BITONTO, *gracioso*.  
JULIO, *criado*.

ELENA, *dama*.  
LUCRECIA, *dama*.  
HORACIO.

ARNESTO.  
El REY DE NÁPOLES.  
CARLOS, *conde*.

Dos SOLDADOS.  
Dos MÚSICOS.  
[CRIADOS.]

## JORNADA (2) PRIMERA

(*Salen CÉSAR y ELENA.*)

CÉSAR. Una sospecha celosa  
a tu casa me ha traído.  
¿Qué amante no es atrevido?  
Perdóname, Elena hermosa.  
Y si a los divinos Cielos,  
si a los soles de tus ojos  
hablando causare enojos,  
advierte que son los celos  
los que voz y lengua mueven,  
y los afectos celosos  
villanos son maliciosos,  
mal hablan cuando se atreven;  
y si tu crueldad me culpa  
de atrevido en este intento,  
sabrás que mi sentimiento  
a sí mismo se disculpa.  
¿Cómo quieres que mi amor  
no esté celoso, si viene  
Carlos, que tal dicha tiene.  
de Sicilia vencedor?  
El que fué tu antiguo amante  
y el que mereció primero  
los favores, por quien muero  
en desdichas semejante.  
¿Quién duda que el Rey querrá,  
en premio de su victoria,  
hacer que llegue a la gloria,  
que tu mano le dará?  
¿O quién ha dudado, di,  
que, en verle tú victorioso,

ELENA.

le deseas por esposo  
dando luego al Rey el sí?  
De los rebeldes triunfando  
viene Carlos vencedor  
y en el carro está mi amor  
por su despojo arrastrando.  
Mira si entre miedo y pena,  
y entre sospecha y cuidado,  
no ha de estar desesperado  
mi amor, bellísima Elena.  
Agravias la voluntad  
de mi firmeza constante,  
y te ofendes que, triunfante,  
arrastras mi libertad.  
¿Qué importa que vencedor  
Carlos de Sicilia venga?  
¿Qué importa que en el Rey tenga  
tal amparo, tal favor?  
Que a los rebeldes sujete,  
que triunfe Carlos no importa,  
que conmigo ha sido corta  
la desdicha que promete.  
Pecho tendré yo invencible  
que resistirá el poder  
de quien pretenda vencer  
en mí el mayor imposible.  
Tuya, César, he de ser;  
no temas al Rey ni al mundo,  
que en ti mi esperanza fundo  
y en mí la puedes tener.  
Dime, César, ¿no es mejor,  
pues a ti sola me inclino,  
con quien es del Rey sobrino  
que con un conde o un señor?  
Y cuando esto no mirara,  
el ver tu merecimiento,  
a no mudar pensamiento,

(1) En B (Ms.) este encabezado dice: "El Buen vecino.—Comedia de Lope de Vega Carpio.—Personas que hablan en ella,".

(2) En B, "Acto".

firmente me obligara.  
 Seguro tu amor esté;  
 ten de mi seguridad,  
 que morirá la lealtad  
 antes que muera mi fe.  
 Mas Lucrecia viene ahora:  
 vete, César, por mi vida.

CÉSAR. No es justo que se divida  
 de su centro quien te adora.

ELENA. Vete, César, que ya viene;  
 vete, no te vean aquí.

CÉSAR. Voime, señora. ¡Ay de mí,  
 cuántas penas mi amor tiene!

(Vase, y sale LUCRECIA con manto.)

LUCRECIA. Guarde el Cielo tu hermosura  
 y tu vida guarde, Elena,  
 con las glorias que mereces.

ELENA. La tuya guarde, Lucrecia.  
 ¿A qué vienes, dulce amiga?

LUCRECIA. A que remedies mis penas  
 y a que des a mis cuidados  
 el sosiego que desean.  
 Sabrás, señora, que a Carlos,  
 conde ilustre de Chelenza,  
 famosa sangre de aquellos  
 a quien Nápoles venera  
 (quiero decir los Carrafas),  
 de cuya gloria son lenguas  
 tantas historias antiguas,  
 que (1) sus hazañas celebran;  
 desde que a Nápoles vino  
 de su Estado y de sus tierras,  
 con tanto ardor le he querido,  
 con tanto amor le respeta  
 mi alma, que no he tenido  
 lugar tan estrecho en ella  
 que de su amor trasgado  
 no haya sentido su fuerza.  
 Procuré ocultar mi ardor,  
 quise callarle mi pena;  
 pero a quien ama es difícil  
 encubrir lo que desea.  
 En amorosas batallas  
 los ojos hablan, las quejas  
 publican en sus pesares  
 lo que el sentimiento engendra.  
 Publicó mi honestidad  
 cuanto desear pudiera,  
 que a menos riesgo mi amor  
 sus pasiones no dijera.

Vi en Carlos; que si no fuera (1)  
 gusto de correspondencia,  
 aunque jamás mi ventura  
 mereció los fines de ella.

Supe al fin que tus amores,  
 lo que yo enciendo me hielan,  
 lo que conquisto me roban,  
 lo que pretendo me llevan,  
 lo que busco me han quitado,  
 a lo que sigo me ausentan,  
 y a penar eternamente  
 me obligan y me condenan.  
 Bien sé que obligar a Carlos  
 será imposible, pues ciega  
 está su loca pasión

por tu superior belleza.  
 Bien conozco su rigor,  
 echo de ver su tibieza,  
 no yo, no, los desengaños  
 que dan voces a mi ofensa.  
 Pero como se fundaba  
 en mi afición verdadera,  
 quien rinde a cuanto ve Apolo  
 en regiones tan diversas,  
 no puedo dejar de amarle  
 aunque de mi fe se aleja,  
 ni puedo olvidar su olvido,  
 siendo ejemplo de firmeza.  
 Si hay piedad en pecho humano,  
 si ablandan las duras peñas,  
 si enternecen los peñascos  
 mis lástimas y mis quejas,  
 humildemente te ruego,  
 pues que tu amor le desprecia,  
 pues que tu fe no le admite,  
 pues no estimas sus querellas,  
 que si el Rey, o si tu padre,  
 con él casarte pretenda,  
 que con Carlos no te cases  
 que huyas de sus cadenas.  
 Y pues vuelves vencedor,  
 procura tú, hermosa Elena,  
 que al vencedor el vencido  
 en estos combates venza.  
 Así goces tu hermosura,  
 así tu beldad merezca  
 ver en abril de tus años  
 la gloriosa primavera.

ELENA. Cuando a Carlos adorara  
 y cuando a Carlos quisiera,

(1) En ambos textos, "que en sus".

(1) Este pasaje está equivocado.



le olvidara al mismo instante por agradarte, Lucrecia. Aunque el Rey me lo mandase y aunque mi padre lo quiera, negaré a entrambos el sí y a mi padre la obediencia. Primero el pecho haré aljaba de la más aguda flecha, tumba el tálamo será antes que mi dueño sea; primero verás al sol soltar el freno y la rienda a sus veloces caballos en la prolija carrera, para dar nombre a otro mar, imitando la funesta desgracia del caro hijo abrasando las esferas, que yo a Carlos dé la mano y que su esposa me vea, que siempre le aborrecí y de nombralle me pesa.

LUCRECIA. A tus pies postrada ahora las gracias te doy.

ELENA. Afrentas la voluntad con que el alma se lastima de tus penas.

LUCRECIA. Pues el alarde es forzoso que por Nápoles se vea en que Carlos ha de entrar con los triunfos de la guerra, y pues pasar por mi casa entiendo que es cosa cierta, podrás verle, si te agrada, desde las ventanas de ella.

ELENA. Mejor será que lo deje y que mis ojos no vean dichoso a quien aborrezco, con gloria a quien me da pena.

LUCRECIA. El Rey sale a recibirle; y con su corte merezca de ti este favor.

ELENA. Iré, pues lo mandas y lo ordenas.

LUCRECIA. (Al fin dijo que vendría. *(Aparte.)*) ; Cómo previenen saetas mis celos y mis cuidados, mis ansias y mis sospechas! Vamos, Elena divina.

ELENA. Vamos, hermosa Lucrecia. (Pensará que voy por Carlos, cuando voy por ver a César.)

(*Vanse. Suenan cajas, y salen por una parte el REY DE NÁPOLES y por otra CARLOS, con bastón y corona de laurel.*)

CARLOS.

A tus pies ; oh, gran Rey !, a tus pies sólo rindo el bastón y la corona altiva.

REY.

Alzate, Carlos, que de polo a polo tu nombre suena y tu valor le aviva.

CARLOS.

Aunque me ciña del laurel de Apolo, aunque Palas me preste verde oliva, para mostrar el triunfo y la victoria, postrado ante tus pies tengo más gloria.

REY.

La corona mereces dignamente, puesto que con victoria tan lucida de Sicilia la pones en mi frente. Un reino me das hoy.

CARLOS.

Diera la vida porque tu alteza gloriosamente la máquina del mundo viera unida ; porque reinara en cuanto el orbe encierra, en cuanto nada el mar y ve la tierra.

REY.

Por ti tiene mi reino y mis estados estimación y autoridad gloriosa.

CARLOS.

Por tu valor, señor ; por tus soldados gozas esta victoria generosa. Tu hechura humilde soy.

REY.

Ya castigados quedaron de tu mano poderosa los rebeldes, y (1) queda mi corona segura en tu valor y tu persona.

CARLOS.

Por no cansarte ahora no refiero los combates que tuve con tu gente ; ya de ellos te di cuenta, ya severo, con ejecución presta y valiente, rayos vió Mongibelo, que mi acero engendró en su montaña más ardiente.

(1) En ambos textos, "y ya queda" ; pero el verso es largo.

Tuya es Sicilia, y yo, señor, quisiera que cuanto alumbra Febo tuyo fuera.

REY.

Pide, Conde, en mi tierra, pide luego cuanto desea tu amor; pide mercedes, que a tu valor ninguna cosa niego.

CARLOS.

Pues en honrarme de esta suerte excedes, sólo pido, señor, que des sosiego a mis servicios, esto hacerlo puedes. Dame estado, señor, que esto desea quien te ofrece las palmas de Idumea.

REY.

¿Con quién deseas casarte, Conde amigo? Dime luego tu pecho y tu cuidado, que aunque no quiera casará contigo, pues a premiarte estoy tan obligado. Declara tu intención, pues que conmigo queda el secreto en mi amistad cerrado. Dime quién es, que nadie yo imagino que no estime en su dicha este destino.

CARLOS.

Con tu licencia pensaré en la corte hallar mujer que iguale a mi nobleza.

REY.

Elige aquello que a tu estado importe, la luz más alta, la mayor belleza; no tu modestia, Carlos, te reporte, que igualarás a la mayor grandeza. Príncipe eres del mar y de la tierra; el general famoso en paz, en guerra.

(Vase el REY.)

LUDOVICO. Mucho el Rey le favorece.

ARNESTO. Mucho Carlos le ha servido.

SOLDADO. Todo el Conde lo merece, pues que de un reino perdido el nuevo imperio le ofrece.

CARLOS. A solas os quiero hablar; allá os podéis retirar, sólo Arnesto y Ludovico, pues que se entró Federico, aquí se pueden quedar. De la guerra en el rigor acabó Bitonto fuerte; murió el donaire mejor, y él dió con su honrada muerte vida eterna a su valor.

SÓLD. 2.º Dios te guarde y te dé el Cielo lo que desea tu valor.

(Vanse.)

CARLOS. Solos quedamos ahora, retiraos aquí los dos. Si en la guerra es necesario siempre el acierto mejor, siempre el consejo más grave, pedírosle quiero yo. En guerras de mi deseo batalla mi corazón, pelea mi sentimiento y combate mi dolor. A Elena, que me aborrece, adora mi perdición; de Lucrecia, que me ama, huyendo los lazos voy. Si el Rey pretende casarme, ¿cuál ha de ser de las dos la que tome por mujer y la que estime mi amor? Esto que digáis os pido, esto os ruego y en esto hoy veré cuál me quiere más en mi triste confusión.

ARNESTO. Que con Lucrecia te cases me parece.

CARLOS. ¡Bueno estoy!

LUDOVICO. Que pidas al Rey a Elena es lo que aconsejo yo.

ARNESTO. Opinión contraria tengo, porque es falsa tu opinión.

LUDOVICO. Pruebo, Arnesto, lo contrario. Escucha con atención.

Si a Elena Carlos escoge, que aborrece su afición, consigue el fin que desea y obliga de ella el rigor. Conociendo el desengaño y viendo la obligación, como a su dueño es forzoso que le idolatre en su ardor.

ARNESTO. Siempre, amigo, lo dudoso en tal caso es lo peor. Podrá quererle, es verdad, aunque le aborrezca hoy; pero viendo que se casa sin gusto, podrá el dolor obligalle a no querer, forzarle a nueva afición. Si con Lucrecia se casa,

paga Carlos un amor que a corresponder le obliga, aunque él me diga (1) que no.

LUDOVICO. Adquirir lo conquistado no da glorias al valor; pero alcanzar imposibles es la ventura mayor. Procure vencer a Elena, sea su dueño y señor, obliguella con regalos, enternézcala su voz, ablándenla sus caricias, ciña Himeneo a los dos, que ella en amor trocará lo que no tiene de amor.

ARNESTO. Pague Carlos una fe, dé a una lealtad galardón, premie una noble firmeza, corresponda a su elección, busque quien sus pasos siga, huya el desdén que le huyó, corra a la verdad el velo no sea vista su pasión. Con Lucrecia al fin se case, sea cuerdo en esta ocasión, que él tendrá mayor sosiego y no ventura menor.

LUDOVICO. El casarse a su disgusto le ha de tener con temor, pues que los ojos dirán lo que siente el corazón. Celos le darán enojos, sospechas serán su ardor de que su esposa, advertida, conozca su perdición.

ARNESTO. ¿Y si en Elena ve Carlos disgusto en casarse hoy? Luego quedas convencido por esa propia razón. Cásese con quien le quiera, que celos, penas, dolor, sospechas, enojos, quejas y receloso temor cesarán con tal acierto.— Toma el consejo que doy, y, si por quietud te casas, no busques la confusión.

CARLOS. Ya de los dos he escuchado el consejo, y de los dos

elijo el de Ludovico porque parece el mejor. Con Elena he de casarme, que el tiempo y mi firme amor la obligarán de manera que el desdén trueque en favor. Perdona ahora Lucrecia, perdona la obligación, porque carcaj es mi pecho del más generoso arpon. Más puede Amor que Lucrecia, que la gratitud mayor puede más, porque su ley a ninguno perdonó.

ARNESTO. Que aciertes le pido al Cielo y no yerres la elección, pues no vale arrepentirse si el yerro se conoció.

(Salen el REY y CÉSAR.)

CARLOS. El Rey sale. Calla, Arnesto.

REY. ¿Resolvióse tu cuidado?

CARLOS. Resuelto y determinado le verás, señor, muy presto.

CÉSAR. (Fin a mis bienes funesto (*Aparte.*) le promete mi temor.)

CARLOS. A Elena pido, señor, por esposa, y porque en ella halló mi dichosa estrella nobleza y beldad mayor.

CÉSAR. (¡Ay, desdichas! ¿Dónde asido me lleva vuestra cadena (*Aparte.*) que del amor de mi Elena ser dueño no he merecido? ¡Perdiendo voy el sentido!)

REY. Y yo, Carlos, lo concedo.— Llamen a Horacio.

(Van a llamar a HORACIO.)

CARLOS. No puedo

agradecerte, señor, tan soberano favor.

CÉSAR. (Yo solo con (1) vida quedo.)

(Sale HORACIO y el CRIADO.)

CRIADO. Él a palacio venía.

HORACIO. ¿Cuándo tal dicha, señor, mereció quien...

REY. El temor reporta esta osadía.

(1) En ambos textos, "obliga", que no forma sentido.

(1) Así en ambos textos. Quizá diría mejor "sin vida".



HORACIO. Mayor es la gloria mía.  
¿Qué me manda vuestra alteza?

REY. Quiero premiar tu nobleza.  
A Elena quiero casar,  
porque se llegue a lograr  
su virtud y su nobleza.  
Con Carlos, mi general,  
la quiero casar ahora,  
que en su valor atesora  
gloria a su valor igual.

CÉSAR. (¡Qué desengaño mortal!) (*Aparte.*)

ARNESTO. (¡Plegue a Dios que pare en bien!)

REY. ¿Qué dices? ¿No te está bien?

HORACIO. Pues ¿no, si tal gloria gano?

REY. Da luego a Carlos la mano  
por tu hija aquí también.

HORACIO. Yo se la doy, y con ella  
los brazos. El regocijo  
no me deja hablar. ¡Qué hijo  
hoy me concede mi estrella!

CÉSAR. (¿Que pudo César perdella (*Ap.*)  
sin que perdiese la vida?)

HORACIO. Tu palabra obedecida  
será, pues me importa tanto.

CÉSAR. (Un mar de perpetuo llanto (*Aparte.*)  
dará mi pena crecida.)

REY. Luego quiero desposalle.  
A la boda he de asistir,  
porque se anime a servir,  
de esta suerte es bien honralle.

CÉSAR. (¿Mejor no fuera matalle?  
Pero mi amor le disculpa  
cuando mi enojo le culpa,  
que si como yo la quiero  
y la mereció primero,  
no tuvo de esto la culpa.)

HORACIO. Yo, con tu licencia, quiero  
prevenir lo necesario.

CÉSAR. (¡Ah, fortuna! ¡Ah, tiempo vario!  
¿Qué bienes me das, qué espero,  
si desesperado muero  
en pena tan conocida,  
que va siendo mi homicida?  
¿Cómo hallara de esta suerte  
el bien que busco en la muerte  
si está en mi muerte mi vida?)

REY. Parte, Horacio, porque luego  
con Carlos iré a tu casa.

HORACIO. Mi dicha el límite pasa.

(*Vase.*)

CÉSAR. (Por que se apure mi fuego.) (*Ap.*)

REY. Vamos, Carlos, que sosiego  
te daré.

CÉSAR. (Más me atormenta.) (*Ap.*)

REY. Seis mil ducados de renta  
tienes, Duque, y Miraflor.

CARLOS. Mi humildad habla, señor,  
que hablar con el alma intenta.

(*Vanse, y queda CÉSAR solo.*)

CÉSAR. Ya se fueron, y he quedado  
sin esperanza y sin bien.  
¿Quien muere de pena, quien  
todo su ser ha trocado?  
Fiera mudanza del hado,  
aleve fe de fortuna,  
inconstancias de la luna  
hoy me han podido mostrar,  
pues en crecer y menguar  
no hubo distancia ninguna.  
Crecí cuando vi el favor  
en el bien que pretendí,  
y aunque hasta entonces crecí,  
hoy va menguando. ¡Ay, rigor!  
Fué un Rey mi competidor,  
que Carlos jamás lo ha sido.  
¿Yo, que siempre fui querido,  
he de ser el desgraciado?  
¿Yo, que tuve el bien pasado,  
he de mirarle perdido?  
No, no, que puede mi amor  
ser firme en esta porfía.  
Antes iré donde cría  
el sol montañas de ardor,  
donde congele el rigor  
del cierzo nevada arena,  
que yo alivios dé a mi pena,  
que yo haga a mi bien agravios,  
pues con el alma en los labios  
he de repetir "¡Elena!"

(*Vase. Sale ELENA y LUCRECIA.*)

LUCRECIA. Tarde llegamos, Elena,  
porque Carlos había entrado.  
No verle me ha dado pena.

ELENA. Y a mí contento me ha dado,  
pues huyo de su cadena.

LUCRECIA. Cuando a palacio llegó  
muchas honras recibió  
de Federico, en efeto,  
y a muchos, por su respeto,  
envidias el Conde dió.  
Duque y General le ha hecho

ELENA. en término tan estrecho.  
Ni el ser Duque y General  
torcerán mi furia igual  
ni enternecerán mi pecho.

LUCRECIA. En tu palabra confío  
de que Carlos será mío.

ELENA. Con él no me he de casar,  
que nadie (1) puede forzar,  
ni aun mi padre, mi albedrío.

LUCRECIA. Es Horacio, según veo,  
el que te viene a buscar.

(Sale HORACIO.)

HORACIO. Hija, albricias puedes dar  
a mi amoroso deseo,  
pues en ti le he de lograr.  
Hoy, hija, el Rey te ha casado  
con el hombre más supremo  
que Nápoles ha mirado.

LUCRECIA. (Alguna desdicha temo.) (Aparte.)

ELENA. (Pena me da mi cuidado.) (Aparte.)

HORACIO. Es el más noble señor  
que Nápoles vió jamás;  
tiene del Rey el favor  
y, en fin, Elena, sabrás  
que es su privado el mayor.

ELENA. (¿Si fuese César aquel (Aparte.)  
con quien el Rey me ha casado?)

LUCRECIA. ¿Mas si es Carlos? ¡Ah, cruel, (Ap.)  
que descubrió su cuidado  
y a Elena casan con él!  
Recelos, ¿qué me queréis?  
¡Matadme, aleves celos,  
pues que matarme podéis,  
me hará triste en los desvelos  
que dentro en el alma veis!) (2)

ELENA. ¿Cómo, padre, me casaste  
sin saber mi voluntad?  
Entiendo, señor, que erraste.

HORACIO. De mi Rey la autoridad  
lo ha hecho; aquesto te baste.

ELENA. Dime con quién me casó  
y podré decir también  
el "sí" como ahora el "no".  
Dime quién es; dime quién  
al Rey, padre, me pidió.

HORACIO. Mi voluntad ha de ser  
la tuya, Elena, en tal caso.

Tu aumento he de pretender  
y tú, de mi amor al paso,  
me debes obedecer.  
Si es el mayor casamiento  
que Nápoles tiene ahora,  
poco importa que mi intento  
no te dijera.

ELENA. Mas llora  
mi dudoso pensamiento.  
¿Quién me ha de poder forzar?

HORACIO. Por ti palabra di al Rey  
que te habías de casar.

ELENA. Ni tu poder ni su ley  
me pueden, padre, obligar.

LUCRECIA. Dile quién es, que en sabello  
no ofende tu autoridad.  
(Asida estoy de un cabello.) (Ap.)

HORACIO. No casan con tu beldad,  
y no importa conocello.

LUCRECIA. Por amiga y servidora  
de Elena lo preguntaba.

ELENA. Dilo, padre, dilo ahora.

HORACIO. Es Carlos, en quien cifraba  
cuanto en sí el mundo atesora.

ELENA. ¡Ay de mí! ¿Cómo podré  
tener dicha con tal hombre?  
¿Todo el juicio perderé!

LUCRECIA. Mi desdicha es bien que asombre  
a la más constante fe.

ELENA. El casamiento es injusto,  
pues que sin mí le habéis hecho.  
No he de casarme sin gusto.

LUCRECIA. (Tengo el corazón deshecho.) (Ap.)

HORACIO. Lo que el Rey ordena es justo,  
lo que hace un padre es razón.  
Obedece, Elena, y calla.

ELENA. ¡Ay, amorosa pasión!

LUCRECIA. ¡Ay, temerosa batalla!

HORACIO. ¡Qué prolija confusión!

LUCRECIA. ¿Quién, Horacio, te obligó  
a que casases a Elena  
contra su gusto? ¿Quién vió  
que un padre obligue a tal pena  
a la sangre que engendró?

ELENA. Antes que el "sí" dé, señor,  
verás mi muerte en tal medio.  
No casarme es lo mejor;  
busca tú ahora el remedio,  
que todo por mí es peor.

LUCRECIA. Cese la boda, señor,  
que hacienda tienes bastante  
y calidad superior

(1) En A. "nadie me"; pero el verso sería largo.

(2) Así en ambos. Acaso estaría mejor:  
"¿Qué haré, triste, en los desvelos  
que dentro del alma veis?"

por que César, el infante,  
case con ella.

ELENA. ¡Ay, dolor!  
¿Yo marido he de tener  
que en vez, padre, de contento  
me obligue al fin a perder  
la paciencia y sufrimiento?

HORACIO. Al fin has de obedecer,  
que con el Rey empeñado  
y de su amor persuadido  
cuando fui en palacio honrado,  
por ti el "sí" le he prometido,  
lo que veré efectuado.  
Carlos ha de ser tu esposo,  
Carlos sea tu marido,  
o veré el fin lastimoso  
de quien hoy te ha defendido  
de este intento generoso.  
Nunca entendí que Lucrecia  
de ese modo defendiera  
quien mi autoridad desprecia;  
nunca entendí que ella fuera  
quien de ofenderme se precia.  
Pero viene el Rey ahora,  
y él persuadirá mejor  
a tu ingratitud.

LUCRECIA. Más llora  
el alma tanto temor  
que entre mis pasiones mora.

(Entra el REY, CÉSAR, CARLOS, ARNESTO y LUDOVICO.)

HORACIO. ¡Tanta merced, gran señor!

REY. Levanta, Horacio, del suelo,  
que para Carlos es poco  
los favores que le he hecho;  
más merecen sus servicios,  
pues en sus merecimientos  
aun los átomos del sol  
más breve número fueron.  
Mayores mercedes puede  
esperar el Duque, y quiero  
que los que me sirven vean  
cómo sus servicios premio.  
¿Hablaste a tu hija hermosa?

HORACIO. Ya le hablé, señor, y creo  
que, postrada ante tus pies,  
calla el alma su contento.  
La alegría que ha mostrado  
pudo turbarla el silencio,  
que de bienes no esperados  
siempre es mayor en su efecto.

ELENA. (¡Ah! ¡Quién pudiese, esperanza,  
soltar la rienda al deseo! (Aparte.)  
¡Ah! ¡Quién pudiera decir  
lo que callo y lo que siento!)

LUCRECIA. (¡Ah! ¡Quién pudiese, temores,  
pues de celosa reviento,  
mostrar en desdichas tantas  
las pasiones de mi pecho!)

CÉSAR. (¡Ah, desconfianzas locas! (Aparte.)  
¿Dónde me lleváis si pierdo  
de mi alma el mayor bien  
y de mis bienes el centro?)

CARLOS. (Dichosos trabajos míos,  
pues que merecéis por ellos  
la luz que da afrenta a Apolo,  
mejor lámpara del cielo.)

REY. Dé, Elena, a Carlos la mano.

ELENA. (¿Qué haré, Lucrecia? ¡Ay, desve-  
[los! (Ap.)

LUCRECIA. Mostrar firmeza a tu amante  
y ser de lealtad ejemplo.  
Ea, Elena, no te turbes,  
muestra ahora más esfuerzo;  
¿no ves que en la parte grave  
es mayor el vencimiento?  
Destituye los temores,  
corre a la vergüenza el velo,  
resiste a tantas desdichas,  
oponte a tantos tormentos,  
vence las contrariedades,  
toma en mi mal escarmiento,  
por fuerza, en fin, no te cases,  
y esto sólo te aconsejo.

ELENA. Turbada estoy, y mi padre  
que me resuelva en tal medio  
me dice, Lucrecia hermosa.  
¿Qué he de hacer en tal aprieto?)

HORACIO. (No afrentes hoy mi valor, (Aparte.)  
no me pierdas el respeto,  
no tus lascivas pasiones  
turben mis merecimientos.)

ELENA. (Entre confusiones tantas (Aparte.)  
mares de perpetuo incendio  
ha de navegar mi alma,  
pues mi mal será perpetuo.)

LUCRECIA. (¡Qué turbaciones me asisten!  
¡Con qué temores peleo!  
¡Con cuánta desdicha mía  
lloro agravios cuando muero!)

CÉSAR. (Mis recelos cuidadosos (Aparte.)  
me tienen loco y sin seso,  
mis pasiones me acobardan



cuanto más desdichas tengo.)

HORACIO. Da, hija, a Carlos la mano.

ELENA. Toma. (Mas no, que sospecho *(Ap.)* que al darle no vea la vida el fin de su luz postrero.)

CÉSAR. (¿Qué haces, Elena mía? *(Aparte.)* acuérdate que merezco más firme correspondencia.)

ELENA. De todo, César, me acuerdo. El alma te doy, y el alma te dice querido dueño, que tú eres sólo a quien amo, aunque al fin, César, te pierdo.)

HORACIO. Da aprisa a Carlos la mano.

REY. Yo lo mando y yo lo ordeno.

CARLOS. Yo os lo suplico, señora, pues a ser dichoso vengo.

ELENA. Tómala. (Que no la doy, *(Aparte.)* pues forzada a darla llego.)

LUCRECIA. (Yo me voy. Que no la goces ruego a Dios, pido a los Cielos. Huya la luz de mi vista, sea luto y dolor funesto cuanto en mí viere el amor, pues a la muerte me entrego. ¡Plegue a Dios, Carlos ingrato, que seas furioso escarmiento de las desdichas mayores en los abismos del miedo! Mas no es bien tomar venganza. Guarden a Carlos los Cielos, viva Elena con su esposo y a mí me den sufrimiento.)

CÉSAR. (Paris he de ser Troyano con esta Elena si el Cielo da lugar a mis ardores y favor a mis intentos. Aunque con Carlos casada la pretenderá mi fuego, la obligarán mis pasiones, la enternecerá el deseo. El disgusto que ha tenido será espuela, será el viento que la pique y la provoque a correr sin rienda y freno. El ser sobrino del Rey y su forzoso heredero me han de asegurar el pecho.)

CARLOS. (Acerté en lo que dijiste, Ludovico. Ya soy dueño de lo que más deseaba, ya he seguido tus consejos.

Pueden igualar mis dichas a las mayores.—Di, Arnesto, ¿no soy en todo dichoso?

ARNESTO. Elena lo está diciendo.)

REY. Vamos, Duquesa, a palacio, porque allí hacer fiestas quiero al Condestable.

CARLOS. Señor, beso tus pies.

ELENA. (Muerta quedo.)

CÉSAR. Yo celoso y desdichado.)

CARLOS. (Yo en ver a Elena suspenso; *(Ap.)* porque juzgo haber errado las elecciones (1) que he hecho.)

*(Vanse.)*

## JORNADA SEGUNDA (2)

*(Salen el REY y LUDOVICO con cartas en las manos, y acompañamiento.)*

REY. En estas cartas he visto lo que el Virrey avisó. Cuando a Sicilia conquisto Calabria se rebeló. ¿Cómo a mi furor resisto?

LUDOVICO. Las más lucidas ciudades se han rebelado, señor. Crezcan sus adversidades; prueben de hoy más tu furor.

REY. En vano me persuades, porque pienso castigar su atrevimiento y locura. Los campos he de manchar con su sangre.

LUDOVICO. Tu cordura puedes en esto mostrar.

*(Sale CARLOS.)*

CARLOS. Después de estar desposado no he visto al Rey, mi señor, aquel que me ha levantado al lugar tan superior donde pocos han llegado.

REY. ¿Es Carlos?

CARLOS. Dame los pies, pues que de ellos me levanto con tantas honras.

REY. No estés de ese modo.

(1) Así en ambos textos; pero debe haber error.  
(2) En B, "Acto SEGUNDO".

CARLOS.                                ¡ Gano tanto!  
 ¿ No soy en todo dichoso? (1)  
 Que lo hago por mi interés.

REY.                                ¿ Cómo te va con tu esposa?  
 ¿ Cómo te va de casado?

CARLOS.                                Está contenta y gustosa.  
 (Mi pecho encubre el cuidado, (Ap)  
 que [en] el alma no reposa.)  
 La vida de los casados  
 es muy dulce, es muy suave.  
 (¡ Ah, quién pudiera, cuidados,  
 decir el tormento grave  
 de mis ardores pasados!)  
 A tu majestad ofrezco  
 de nuevo ahora la vida,  
 pues por tu causa merezco  
 a Elena, prenda querida  
 (por quien tanto mal padezco).

REY.                                De verte, Carlos, contento  
 yo confieso que lo estoy,  
 y que fuese el casamiento  
 tan acertado.

CARLOS.                                (Yo voy (Aparte.)  
 acabando en mi tormento.)

REY.                                Como a General, es fuerza  
 que yo te publique ahora  
 lo que en mis Estados pasa.

CARLOS.                                Beso tus pies por tal honra.

REY.                                De Calabria me han escrito  
 que algunas ciudades solas  
 se han rebelado negando  
 la obediencia que me toca,  
 y que algunos han guardado  
 con tanto valor su costa,  
 que a mis galeras han roto,  
 viniendo a las manos todas.  
 Piden que socorro envíe  
 y que vaya mi persona  
 para quitar los rebeldes  
 que mis tierras alborotan.  
 Ya ves, Duque, que Calabria  
 es tierra tan deliciosa,  
 que al perdella perdería  
 el comercio de mis flotas.  
 A nadie debo fiar,  
 ni debe esta empresa honrosa,  
 sino es a ti, que en tu acero  
 tengo cierta la victoria.  
 Es fuerza, Duque, que dejes  
 el tálamo de tu esposa,

y que en vez de los regalos  
 vistas la grabada cota.  
 Presto en Dios espero, Duque,  
 y en tu espada generosa,  
 que a Nápoles volverás  
 con los triunfos de tu gloria.  
 Elige de aquella gente  
 que en Sicilia vencedora  
 fué asombro de Marte altivo  
 en las partes más remotas,  
 algunos soldados fuertes,  
 algunas valientes tropas.  
 Parte, Carlos, a vencer;  
 parte a ser del sol lisonja.  
 Guarda, Carlos, con tu espada  
 de mi frente la corona;  
 ya te esperan los soldados  
 y a pelear te provocan.  
 Ya las cajas con su estruendo  
 Carlos llaman, Carlos nombran,  
 y a emulación de la fama  
 la tuya dicen las tropas.  
 A vencer parte animoso;  
 ya las insignias tremolan  
 los alféreces galanes  
 con sus cifras vencedoras.  
 Parte, ilustre General,  
 asombro, feliz, gloriosa,  
 envidia de Italia y Francia  
 y aun de cuanto ciñe Europa.  
 Que tu consejo y tu espada  
 en acciones tan heroicas  
 vencerán al enemigo,  
 pues que rinden y pregonan.

CARLOS.                                Harto Carlos deseara  
 que el alma no replicara  
 a la obediencia que debe;  
 pero, señor, si se atreve  
 en que es por fuerza repara.  
 Bien quisiera...

REY.                                ¿ Tú dudoso  
 estás en este concierto?  
 ¿ Dónde está el pecho animoso?  
 ¿ Dónde dejaste el acierto  
 de tu poder valeroso?  
 En cosa que tanto importa  
 tu valor, dime, ¿ se acorta?  
 Presto, Carlos, volverás  
 y tu esposa gozarás.  
 La pasión, Duque, reporta.  
 Más la debes de querer  
 que al amor que te ha mostrado.

(1) Falta en B este verso.

Mal la pudieras tener  
si no te la hubiera dado  
mi favor (1) y mi poder.  
¿Que tanto el dejarla sientes?  
¿Que apartarte sientas tanto?  
No, Duque, a tu fama afrentes,  
que con sonoro canto  
hace tus glorias presentes.  
Mira...

CARLOS. Detente, señor.

REY. Escucha, Carlos.

CARLOS. Si haré;  
pero a solas quiero hablarte.

REY. Retiraos allá los tres.—

Refiéreme tus cuidados.

CARLOS. (¿Por dónde comenzaré?

Que en aprietos tan forzosos  
la vida llego a perder.)

No por las razones dichas  
ausentarme sentiré,  
por las contrarias, señor,  
puedo dudar y temer.

Sepa vuestra majestad  
como en el casarme erré  
las elecciones que a un hombre  
pueden darle el mal y el bien.

Cuando se elige, señor,  
cuerda y discreta mujer,  
amorosa, casta y limpia,  
un cielo elige también;

pero cuando lo contrario  
acierta un hombre a escoger,  
son disgustos los regalos  
y casarse infierno es.

Hoy de vuestra majestad  
fío mi honor para ser  
el vasallo más leal  
y el criado más fiel.

Soy tu hechura, soy tu esclavo,  
servirte mi gloria fué,  
y así negarte no puedo  
mi prolijo padecer.

Quise a Elena, que en su vista  
siempre rigores miré,  
y de su boca jamás  
buena respuesta escuché.

Forzada al tálamo vino (2)  
de tu imperio y tu poder.

; Ah, si entonces conociera  
lo que conocí después!  
Sin gusto casó conmigo,  
casó por mandarlo un rey,  
y desde entonces, señor,  
me muestra mayor desdén.  
Si la adoro, me aborrece,  
y en mi tormento, cruel,  
celos me causan enojos  
y arrepentirme no es bien,  
aunque hasta ahora la causa  
ignoro de ellos también,  
cuando su virtud admiro  
y cuando llego a temer.  
Disimular he querido,  
que en casos de honor perder  
se puede el mismo al decir  
lo que siente el pecho fiel.  
Por no hacer mayor mi agravio,  
si ofendido vengo a ser,  
de dónde nació el origen  
de mi mal me pregunté.  
Considera tú, señor,  
que Elena es libre, es mujer,  
es hermosa, está sin gusto,  
no me quiere, no me ve.  
Mira si entre miedo y pena,  
entre celar y temer,  
entre sospechas y agravios  
de ella ausentarme podré.  
Levanta, Duque, del suelo;  
levanta, Carlos querido,  
porque premiaré el desvelo  
de quien tan bien me ha servido  
dando a tu valor consuelo.  
Tu rey y tu amigo he sido,  
y así, te quiero advertir  
(mira lo (1) que has merecido)  
que no te puedes partir,  
pues no hay amor dividido.  
Yo te guardaré el honor;  
parte a esta empresa seguro,  
sin que de ausencia el temor  
dé la batería al muro.  
Tu vecino, Duque, soy;  
yo tu casa guardaré,  
porque en ella por ti estoy  
cuando tú, con mayor fe,  
por mí la has dejado hoy.  
Tu honor a mi cuenta está;

REY.

(1) En A, "furor".

(2) En A, "forzado al tálamo vine", y en B, "forzado al tálamo vive".

(1) En A, "mira yo".



yo le guardaré mejor;  
y mientras venzas allá,  
volviendo allá por mi honor,  
yo guardaré el tuyo acá.  
Defiende tú mi corona,  
que tu casa guardaré;  
defiéndame tu persona,  
que yo entre tanto veré  
lo que su valor abona.  
A los rebeldes castiga  
que a mi corona se atreven;  
haz, pues mi amistad te obliga,  
que mi enojo y furor prueben,  
porque el vencer se consiga;  
que yo sabré castigar  
a quien se atreva a tu honor,  
y al que pretenda robar  
la fama de tu valor  
la vida sabré quitar.

CARLOS. Si eres mi norte y mi estrella  
la honra y la vida es tuya;  
mi fama te dejo en ella,  
y la vida, con ser tuya,  
la traigo para perdella.  
Que cuando por ti la pierda  
será el hecho más glorioso  
y será la acción más cuerda.  
Yo parto más animoso.  
De lo que has dicho te acuerda.  
REY. Pues yo me voy a escribir  
para que te puedan dar  
lo que fueres a pedir.

(Vase.)

CARLOS. ¿Cómo me podré ausentar?  
¿Cómo me he de despedir?  
Mucho debo al Rey, y es justo  
ofrecelle la obediencia.  
De Elena el rigor injusto  
hace que tema mi ausencia  
algún funesto disgusto.  
¡Qué poco te debe, Elena,  
mi firmeza singular,  
pues a morir me condena!  
Mas si el Rey la ha de guardar,  
asegurase mi pena.

(Sale Bitonto, gracioso.)

BITONTO. ¿Señor?

CARLOS. ¿Quién eres?

BITONTO. Yo soy.

Bitonto, que más solía  
servirte.

CARLOS. Confuso estoy.

BITONTO. ¡Señor!

CARLOS. ¡Qué necia porfía!  
Di quién eres.

BITONTO. A eso voy,  
y a fe que tiene misterio  
el ver cuán vivo he venido,  
que al margen de un monasterio  
me vi entre muertos perdido  
sin pedir yo cementerio.  
Fué tan corta mi ventura,  
que entre Caribdis y Cila,  
de la guerra y noche obscura,  
como otros van a la pila  
me fuí yo a la sepultura.  
Que en la batalla sangrienta  
de Sicilia, en que me hallé,  
como la historia lo cuenta,  
entre los muertos quedé,  
por cierto yerro de cuenta.  
Vivo escapé, porque yo  
soy muy vivo, y así viva  
la vida que me vivió,  
que no puede estar más viva  
la madre que me parió.

CARLOS. Seas, Bitonto, bien venido;  
ya yo te tenía por muerto.

¿No quedaste mal herido?

BITONTO. Con la muerte hice concierto,  
y es provechoso el partido.

CARLOS. ¿Cómo?

BITONTO. Porque yo he quedado  
de esta pendencia valiente,  
y con ella he concertado  
que he de vivir de repente  
y morirme de pensado.  
Que si me muero se acaba  
toda la gracia.

CARLOS. Dices, Bitonto, verdad,  
que, como nunca empezaba,  
se acabara la frialdad.

BITONTO. Tú te partiste, señor,  
y a mí, herido, me dejaste;  
doblado ha sido el rigor,  
si no es, señor, que pensaste  
que tengo tanto valor.  
Si otra vez me dan herida,  
y si fuere tal mi suerte  
que llegue a estar tan perdida,  
mando, señor, en mi muerte  
que a ti te pidan mi vida,  
porque señor que a criado

tan mal paga sus servicios,  
tan mal su amor ha pagado,  
que son bastantes indicios  
de esto el haberme dejado  
entre el marcial alarido  
y la confusa arboleda  
de las armas, sin sentido,  
con la mucha polvareda  
como don Beltrán perdido,  
sin mandar solicitar  
el noble cuerpo buscar  
de Bitonto en la batalla,  
y en la manta de Cazalla  
procuralle sepultar.

Por lo menos no es razón  
que de tan noble criado  
confiese la obligación  
yo que a cuervos destinado  
¡oh, bendito San Antón!  
estaba si allí moría,  
sin que de mí se acordase,  
epitafio y obra pía,  
como si ser intentase  
Judas de la infantería.  
A las fieras destinado  
el cuerpo estuvo también  
del más valiente soldado,  
del gracioso más de bien  
y más honroso criado.  
¿Y no quieres que me queje?  
Por que su muerte procura,  
sin que nadie le aconseje,  
epitafio o sepultura  
el difunto más hereje.

CARLOS. Huélgome de verte, y quiero  
probar, Bitonto, tu fe,  
porque de tu industria espero  
lo que ahora te diré.

BITONTO. Criado soy verdadero,  
no en guardar mal un secreto,  
sino en la fe y el amor.

CARLOS. Bitonto, tú eres discreto,  
y así te encargo mi honor;  
tanto te estimo, en efeto.  
Vente conmigo y sabrás  
lo que de tu ingenio fio.

BITONTO. Cómo te sirvo verás;  
desde hoy no tengo albedrío;  
no podré servirte en más  
que en ser criado leal,  
diciendo lo que no viere,  
hablándote todo mal,

y venga lo que viniere.

CARLOS. Presto veré si eres tal.

(*Vanse. Sale ELENA y LUCRECIA.*)

LUCRECIA. ¿Cómo te va con Amor  
después de tu casamiento?

ELENA. Mayores desdichas siento  
y sufro pena mayor.  
Bien sabes, ¡oh, Cielo injusto!,  
que sin gusto casé, amiga,  
y bien sabes que esto obliga  
siempre a vivir con disgusto.  
Me enciende el pecho de suerte (1)  
que pido al Cielo la muerte  
por que se acabe el dolor.  
Jamás su amor olvidó  
la que quiso bien de veras,  
y así, en mis pasiones fieras,  
a César adoro yo.

LUCRECIA. A tu sangre y calidad  
(esto debes advertir)  
no le estuvo bien decir  
ofensa a su autoridad.  
Hasta dar la mano a Carlos  
a César pudiste amar;  
pero después refrenar  
tus cuidados y temprarlos.  
Hasta casarte fué justo  
a César corresponder;  
pero después es tener  
vil trato y término injusto.  
Es delito en su opinión,  
es afrenta en su nobleza  
eso que llamas firmeza,  
eso que nombras pasión.  
De mí te sabré decir  
que, cuando pudo ser mío,  
di a Carlos el albedrío  
sin poderme resistir;  
pero después que te dió  
la mano de esposo a ti,  
lo que hasta entonces le di  
mi nobleza me volvió.  
Ya de Carlos no me acuerdo,  
ni aun a nombralle me atrevo,  
por amistad que te debo  
y por ser consejo cuerdo.

(1) En ambos textos falta el primer verso de esta redondilla. Diría, poco más o menos:

"De César el tierno amor".

De lícito amor no pasa  
los límites mi desvelo,  
que sólo a mi honra celo  
y sólo mi honor me abrasa.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Amada esposa mía,  
de mis sentidos suspensión gloriosa,  
siempre mi amor porfía  
de ser entre sus luces mariposa  
para morir de amores,  
con lisonjear mis penas y dolores.

A despedirme vengo,  
que á Calabria me envía la obediencia  
que a Federico tengo.  
Encarecerle, Elena, en esta ausencia  
mis penas inmortales,  
de la Libia es contar los arenales.

LUCRECIA.

Reporte mi sentido.  
El honor que [me] asiste y me acompaña  
siempre el vencer ha sido  
hecho glorioso y venturosa hazaña;  
pero la mayor gloria  
es de sí mismo el alcanzar victoria.

ELENA.

(Parte, fiero enemigo, *(Aparte.)*  
que tu ausencia podrá darme la vida.)  
Yo voy, Duque, contigo,  
porque el alma a tu amor sigue rendida  
en esta ausencia grave.

LUCRECIA.

(¡ Oh, qué bien la Duquesa fingir sabe!) *(Ap.)*

(Sale un CRIADO, y BITONTO de labrador.)

CRIADO. Aquí traigo al labrador  
que ha mandado vucelencia  
que viniese.

CARLOS. En esta ausencia  
divertirá tu dolor.  
Tirso es su nombre, y podrá  
en mi ausencia divertirte.

BITONTO. Sabré, señora, servirte,  
y el tiempo te lo dirá.  
Con mi condición traviesa  
tanto te pienso alegrar,  
que el pueblo me ha de llamar  
cozquilla de la Duquesa.  
Mucho te pienso alegrar  
con donaire placentero;

mas ¡ voto a ños! que primero  
la panza tengo de hartar,  
aunque no como y meriendo  
ni almuerzo jamás.

ELENA. ¿ Por qué?

BITONTO. ¡ Qué bueno es eso, a la he!  
Porque siempre estoy comiendo.  
Deme un par de pies su lencia,  
que yo a entretenerla vengo,  
aunque en las gracias que tengo  
no hay ninguna indulgencia.  
CARLOS. Su simplicidad podrá  
disculpalla.

BITONTO. Di, en efeto,  
¿ no soy muy sabio y discreto?  
Digamelo.

ELENA. Claro está.

BITONTO. A los bolos jugaremos,  
o, con la honda en la mano,  
con lindo brío y ufano  
los dos nos apedrearemos.  
Saldrás al baile algún día  
y allí te divertirás  
y mil mudanzas sabrás.  
ELENA. (Hacerlas mi amor confía.) *(Ap.)*  
Adiós, señor.

CARLOS. Él te guarde.

ELENA. (A César hoy he de hablar *(Aparte.)*  
para poder descansar,  
haciendo de amor alarde.)

LUCRECIA. (¿ Es posible que aborrezca *(Ap.)*  
lo que yo adoraba Elena?  
¿ Que tanto bien le dé pena?  
¿ Que tanta gloria merezca?  
Mas ¡ ay! deteneos, desvelos.  
¿ Por qué a Carlos me nombráis?  
¿ Por qué de él os acordáis  
en mis tristes desconsuelos?  
Si entonces bebí el veneno,  
a mi honor no le está bien  
hoy el quererle también,  
que es Carlos de dueño ajeno.)

(Vanse las dos.)

CARLOS. ¡ Qué bien fingiste!

BITONTO. Señor,

no digo yo labrador  
por tu gusto ser espero,  
pero dueña y escudero,  
con ser la cosa peor.

CARLOS. He querido disfrazarte  
en mi casa de este modo,



Bitonto, para fiarte  
 todo cuanto temo, y todo  
 pretendo comunicarte.  
 Siempre las largas ausencias  
 dieron, amigo, licencias  
 a la juventud lozana,  
 porque venga a ser liviana  
 sin temor, sin resistencia.  
 Alguna criada mía  
 hablar de noche podría  
 con quien trata casamiento,  
 y el que lo mirase atento  
 por malo lo juzgaría.  
 (No es bien dar al que lo ignora  
 de maliciar ocasión  
 y piense que es la señora  
 la que está hablando a pasión  
 que dentro del alma mora.)  
 Podrá la Duquesa estar  
 descuidada en este medio.  
 Tú por mí te has de quedar  
 dando, Bitonto, el remedio,  
 con procurarle estorbar.  
 Mira y nota disfrazado,  
 pues te quedas en mi casa,  
 lo que advierte mi cuidado,  
 y avísame lo que pasa  
 para que esté asegurado.

BITONTO. Argos seré vigilante,  
 seré la misma lealtad;  
 no haya miedo que me canse  
 Mercurio con suavidad,  
 ni que Júpiter me espante.  
 Piedra seré en el secreto;  
 de todo te avisaré,  
 y en no recibir seré  
 como ministro perfeto  
 desde la cabeza al pie.  
 Parte, señor, descuidado  
 que harto seguirte quisiera  
 y no guardar el ganado  
 mujeriego, por ser fiera  
 que el infierno la ha engendrado.  
 Yo parto con gusto ahora.

CARLOS. Vete aprisa, y vente luego.

BITONTO. Por mi Elena el alma llora.

CARLOS. ¿Cómo ha de tener sosiego  
 quien tanto enredo atesora?

(Vanse. Salen CÉSAR, ARNESTO y LUDOVICO.)

ARNESTO. Antes de partir, señor,  
 de ti a despedirme vengo.

CÉSAR. Estimo, Arnesto, tu amor,  
 y a premiarte me prevengo  
 siempre con gusto mayor.

LUDOVICO. A lo mismo me ha traído  
 el respeto que te debo.

CÉSAR. Ya le tengo conocido,  
 porque, Ludovico, pruebo  
 en ti el amor más rendido.  
 ¿Cuándo el Duque volverá?

ARNESTO. Eso el tiempo lo dirá,  
 que sus mudanzas y efetos  
 descubrirán los secretos  
 que la guerra ocultará.

LUDOVICO. Es tan valiente soldado,  
 que hasta sosegarlo todo  
 él no estará sosegado.

ARNESTO. Con su destreza y su modo,  
 ¿qué vitorias no ha alcanzado?  
 Desde palacio salió  
 por el parque al muelle.

LUDOVICO. Ya  
 la falúa alegre se oyó.

ARNESTO. La noche llegando va  
 y el sol su luz escondió.  
 Partamos a embarcar,  
 porque zarpan las galeras.

CÉSAR. De los dos me he de acordar.

LUDOVICO. Adiós, César.

(Vanse los dos.)

CÉSAR. Penas fieras,  
 bien os podéis sosegar.  
 Amé a Elena y la perdí,  
 quise seguir su favor,  
 forzada ¡ay, Amor! la vi  
 en poder de ajeno amor  
 cuando le dió al Rey el sí.  
 Aunque no con los efetos  
 bien sé que me corresponde,  
 y que ha guardado respetos  
 al Rey, porque no me esconde  
 los más íntimos secretos.  
 Ya de Carlos el ausencia  
 me da la ocasión altiva;  
 aliéntese mi paciencia  
 y mi sentimiento viva  
 a manos de su clemencia.  
 Capa del amor desnudo  
 y de amorosos delitos,  
 sed mi defensa y escudo,  
 mis tormentos infinitos,  
 mirad con aplauso mudo.

No vuestro esplendor saquéis  
entre luciente arrebol,  
que de afrentas moriréis,  
porque veréis mayor sol  
y mejor luz miraréis.

(Sale un CRIADO y dos MÚSICOS.)

CRIADO. Ya los músicos llegaron  
y las guitarras templaron.

CÉSAR. Comiencen luego a cantar.  
¡Ah, quién pudiese cantar (1)  
lo que mis ojos lloraron!

(Cantan.)

“Si todo mi bien perdí,  
¿para qué quiero la vida?  
¿Para qué desea la gloria  
quien sufre tantas desdichas?”

(Sale ELENA a la ventana.)

ELENA. ¿Quién a estas horas será?  
Mas si es César, que ha venido  
después que el Duque ha partido,  
viviendo mi pena va.  
El sólo puede atreverse  
a llegar a estos umbrales,  
porque él sólo de mis males  
puede, al fin, enternecerse.  
Mas quiero ahora escuchar  
y asegurarme mejor.

CÉSAR. Decidle mi firme amor.  
Volved de nuevo a cantar.

(Sale BITONTO a una ventana baja, con tocador y una tranca.)

BITONTO. Desde aquí pienso escuchar  
lo que en esta calle pasa,  
y así el honor de esta casa  
centinela he de guardar.  
Apenas al mar se entrega  
Ulises, que le contrasta,  
cuando a Penélope casta  
turba una alcahueta griega.  
Mi amo apenas salió,  
cuando hay sombras a la puerta  
de quien su entrada concierta.  
Mas ¿qué puerta Amor no abrió?  
¡Oh! ¿quién bajando pudiera  
con más secreta invención  
matar aquéstos, que son  
causa de pena tan fiera!

(1) Así en los dos textos; pero quizá deba decir  
“borrar”, “olvidar” o cosa parecida.

Mas hoy secreto he de ser.  
Ya al balcón salió mi bien.  
Cantad músicos, también,  
que ya llega a amanecer;  
saludad como las aves  
a esta aurora celestial,  
decildes tiernos mi mal  
con los acentos suaves.

(Cantan.)

“Ya no tengo que temer,  
pues en tan dulce conquista  
conocí tu voluntad,  
que es cadena de la mía.”

(Sale el REY, de noche.)

REY. Ya Carlos navega el mar,  
ya miro la obligación  
que le tiene mi afición  
y es justa cosa el pagar.  
Por él su casa he guardado  
y por él guardarla espero.  
Allí hay hombres. Aquí quiero  
ver lo que pasa embozado.  
A buen tiempo habré venido,  
y fué el venir provechoso.

CÉSAR. Cantad a mi sol hermoso  
cómo en miralla he vivido.

(Cantan.)

“El alma puede esperar,  
pues el cielo de tu vista  
le asegura la bonanza  
en tormentas tan prolijas.”

CÉSAR. ¿Cómo, Elena, he de llegar  
si no puede el sentimiento  
referirte mi tormento  
ni mis penas declarar?

ELENA. ¿Y quién te podrá decir  
lo que siento en tanto amar?  
¿Quién, dime, podrá contar  
este perpetuo morir?

REY. (César es ¡válgame el Cielo!  
que así ofende mi opinión  
con descubierta traición  
y declarado desvelo.  
Quién soy no podrá saber,  
que la voz he de mudar.)  
Caballero, este lugar  
no debes de conocer.  
Del Duque las casas son,  
y dar música en su ausencia  
con tan pública licencia  
es de villana intención.

Porque soy de ellas vecino,  
del sol bello en los ocasos,  
a detenerte los pasos  
con valor me determino.  
No digo criada yo,  
pero a una esclava, no es justo  
que mire aplaudiendo el gusto  
quien de ofenderle pensó.

CÉSAR. ¿Eres guarda, o eres dueño  
de esta casa? ¿De esta suerte  
lo preguntas?

BITONTO. (Vela, advierte,  
que no te rindas al sueño.)

REY. Si alguna criada adoras,  
¿por qué le inquietas su casa?  
Porque del límite pasa  
con que su opinión desdoras.  
¿No conoces el amor  
que le tiene el Rey?

CÉSAR. ¡Villano!,  
¿quieres que con esta mano  
te deshaga mi furor?  
¿Cómo corre por tu cuenta  
defender este lugar?

REY. Un vecino ha de guardar  
la casa del que se ausenta,  
y avisarlo sabré al Rey  
cuando prosiga tu error,  
porque muestra su rigor  
con su justicia y su ley.

BITONTO. (¡Por Dios! que mi amo tiene  
quien le defienda la casa.)

ELENA. (Aquí alguna traición pasa  
que algún amante entretiene.)

BITONTO. (Grande traición a ver llevo;  
mas yo estoy con tal aviso,  
que defendiendo el paraíso  
con una tranca de fuego.  
¡Qué bien el Duque recela!  
Mas si es él, que por su calle  
anda en pena hasta que halle  
de su honor la centinela;  
pero yo entre tanto, ufano  
de mostrarle eterno amor,  
seré grulla de su honor  
con un guijarro en la mano.)

CÉSAR. (¿Quién puede ser quien ha habla-  
do? Mas si Carlos no se ha ido? [do?  
¿Mas si la ausencia ha fingido  
por ver de Elena el cuidado?]  
Poco derecho imagino  
que Carlos en ti traspasa

para defender su casa,  
pues no eres más que un vecino.—  
Volved a cantar. Cantad  
mis recelos y desmayos.

(Metén manos todos contra el REY.)

REY. De mi fuerte acero rayos  
probad, villanos, probad.

(Entranse acuchillando.)

CÉSAR. A tu furia me opondré.

REY. Y tú mi rigor verás.

CÉSAR. Tú mis rayos probarás  
donde mi rigor se ve.

(Vuelve a salir CÉSAR y los Músicos.)

CÉSAR. Otra vez vuelvo a tus luces,  
porque en mi dolor mortal  
a ser en él inmortal,  
bella Elena, me reduces.  
Vuelvan las voces y el canto  
a decirte mi pasión,  
porque ya mi corazón  
escollo es de un mar de llanto.

(Sale el REY.)

REY. La voz primera ¡traidor!  
no ha bastado a persuadirte,  
pues ya quiero reducirte  
a que pruebes mi rigor.

(Vuelven a acuchillarse, y vanse.)

BITONTO. (Ya los sigue y los alcanza  
y ya les da pan de perro.)

ELENA. (¿Cómo el temor no destierro?)

BITONTO. (¡Qué bien entre ellos se lanza!

¡Oh, embozado más valiente  
que de tres no hiciste caso!

¡Por Dios, que alargaba el paso  
el amador penitente!

[¡Oh,] hideputa, bellaco!

¡Qué de estocadas que tira!

¡Qué bien a los tres retira!

¡Por Dios, que hace en un saco  
que quepan honra y provecho!

¡Por Dios, que lo pasan mal,  
aunque lleve cada cual

un suegro puesto en el pecho,  
porque entre las tres espadas

tan rayo se arroja airado,

que parece que le ha dado  
perlesía de estocadas!

¡Oh, quién supiera el que ha sido  
aquel divino valor



de quien, con tener amor,  
los tres hombres han huído!)

ELENA. (¡ Ah, quién ahora supiese  
quien me causa este dolor,  
porque treguas al temor  
dar mi tristeza pudiese!)

BITONTO. (Al Duque voy a escribir  
este suceso fatal.)

ELENA. (Yo me entro, porque en mi mal  
todo es penar y morir.)

(*Vanse. Sale JULIO.*)

JULIO. Vuestra majestad, señor,  
sosiegue el pecho turbado,  
porque le miro alterado  
con más notable rigor.

REY. Nadie sepa que he salido,  
y dame otra capa luego.  
Traigan luces.

JULIO. Yo voy.

REY. Ciego  
de más cólera he venido.  
(*Sacan un bufete con luces y otra capa.*)

Si César viene podrás  
decirle que le he esperado,  
y para escribir recado  
también ahora traerás.  
Cuando con César me vieres,  
dadme cerrado un papel.

JULIO. Y ¿qué he de escribir en él?

REY. Escribe a mujeres,  
a César escribe; yo  
solamente he de leer;  
sea en blanco. Tú puedes ver  
lo que te advierto; mas no,  
escribe lo que gustares,  
y al dármele aquí dirás,  
cuando con él me verás,  
porque en mi afecto repares,  
que un vecino te lo dió  
de estas casas centinela.

JULIO. Yo voy.

REY. Y con tal cautela  
mi secreto se encubrió.

(*Sale CÉSAR.*)

CÉSAR. ¡ Por Dios, que fuí desgraciado!  
¡ Qué enemigo tan valiente  
se opuso a mi amor ardiente  
por que muriese afrentado!  
¡ Ah, Elena, luz peregrina,  
encanto de mi pasión,

moriré por tu ocasión,  
pues a la muerte me inclina!  
No temeré de hoy más  
cualquier contrario ofendido,  
que al verte seré atrevido,  
pues valor me infundirás.  
Por ver al Rey he venido,  
que sino en la calle fuera  
quien el alba hermosa viera  
llena de aljófar lucido.  
Pero allí escribiendo está.

JULIO. Rato ha que el Rey, mi señor,  
te espera.

CÉSAR. ¿ A mí? ¡ Ah, rigor,  
de quien muere y pena ya!  
(*Llégase al bufete.*)

¿ Qué manda tu majestad,  
pues aquí tienes tu hechura?  
REY. (Mi sufrimiento se apura.) (*Aparte.*)  
Ese retrete cerrado.—  
(*Vase JULIO.*)

¿ De dónde vienes?

CÉSAR. Señor,  
lejos de palacio vengo,  
y como en servirme tengo  
firme y puntual amor,  
de priesa ahora he venido.

REY. Por gran contento tuviera  
que lejos de aquí viniera  
quien cerca de aquí ha venido.  
Vuele la garza, el neblí,  
haciendo puntas al cielo,  
que así luce su desvelo  
y es mejor vitoria así.  
El cazar dentro del nido  
a las aves no es valor,  
buscarlas en lo interior  
del monte más escondido  
es gallarda valentía.

CÉSAR. No entiendo a tu majestad.

REY. Dentro de casa es maldad,  
fuera de ser cobardía.

CÉSAR. Confuso estoy de manera  
que no acierto a responderte.

REY. Siempre ha sido mejor suerte  
fatigar mucho la fiera  
que de ella alcanzar vitoria  
del puesto cerca, y no lejos,  
que son las penas espejos  
donde se mira la gloria.

CÉSAR. En la más grave atención  
con que escucharte procuro,

si a responder me aseguro  
me causa más confusión.

(Sale JULIO.)

JULIO. Un vecino me dió agora  
este papel de secreto.

CÉSAR. (Amor, ¿cómo tu respeto (*Aparte.*)  
mis escarmientos desdora?)

(*Abre el REY el papel.*)

REY. Un vecino cuidadoso  
me dice en este papel.

CÉSAR. (¿Hay tormento más cruel? (*Ap.*)  
¿Hay dolor más riguroso?)

REY. ¿César?

CÉSAR. (Enigmas propone (*Aparte.*)  
con la vista y la palabra.)

REY. ¡Ah, César, tu infamia labras!

CÉSAR. (A matarme se dispone.) (*Aparte.*)

REY. Mucho se deben honrar  
a los vasallos ausentes  
que hacen las glorias presentes  
de quien llega a gobernar.  
Sangre derraman allí  
para volver por mi honor,  
que el Rey guardarle mejor  
habrá de saber aquí.  
Lo que ahora te he advertido  
por metáfora y rodeos,  
te descubren mis deseos  
y te declara el sentido.  
Aunque eres tú mi sobrino  
y aunque heredes mis Estados,  
en premiar a los soldados  
yo soy el mejor vecino.

(*Vase.*)

CÉSAR. Cuanto más se declaró  
menos entiendo en mi pena,  
lo que a morir me condena  
y lo que Amor me estorbó,  
si el vecino le avisó.

Él lo dijo, puede ser;  
mas no, que no pudo haber  
lugar para que avisase  
lo que mi bien estorbaba (1)  
con tan no visto poder.

¿Yo cobarde en la ocasión  
en que Amor dichas señala  
a quien el sol mismo escala  
con amorosa pasión?

Ventura es la perdición,  
gloria es la pena más fuerte; (1)  
sigamos, pues, alma mía,  
con generosa porfía  
lo que es mi dicha y mi suerte.

## JORNADA TERCERA (2)

(Salen ELENA y LUCRECIA.)

LUCRECIA.

Después que tus dolores  
aumentaron de ausencia los rigores,  
deseo saber, Elena,  
si halla sosiego tu prolija pena.

ELENA.

No del Duque la ausencia  
me causa el daño, amiga;  
de César el amor me le ha causado,  
a quien en más violencia  
es bien que mi fe siga  
en tan penoso y miserable estado,  
que pues permite el hado  
desdicha semejante,  
en eternos dolores  
pretendo ser amante,  
aunque los ven mayores,  
que así tendrá mi fuego,  
muriendo amando, en él mayor sosiego.

Del Duque los amores,  
los regalos y fiestas  
con que quiso obligarme,  
unos fueron rigores,  
otros, penas funestas  
a quien no pudo el tiempo sujetarme,  
pudieron, sí, aumentarme  
el tormento penoso,  
la desdicha más grave,  
el dolor riguroso  
de mis sentidos llave,  
que el alma abrió la puerta  
para que a César siempre quede abierta.

Una noche que quiso  
decirme su tormento,  
en tan arduos desvelos,  
para ver mi Narciso,  
salió al paso el contento,

(1) En ambos textos falta a la décima un verso  
que rime con éste.

(2) En B, "ACTO TERCERO".

(1) Falta en A este verso.

perdiendo los recelos.  
 ¡Ay, tristes desconsuelos!  
 Apenas llegué a velle  
 cuando fui destinada, (1)  
 y llegando a perdelle,  
 con el alma y la vida,  
 por unas cuchilladas,  
 fui Argos en seguille las pisadas.

LUCRECIA.

Mucho siento tu pena  
 y más tu afrenta siento  
 con que al honor infamas.  
 Rómpase la cadena  
 de tu grave tormento,  
 porque eso que amor llamas,  
 con que tu amor disfamas,  
 es ofensa alevosa.  
 El Duque te adora;  
 es vileza afrentosa,  
 cuanto tu alma llora.  
 ¿No te advierte el sentido  
 que el Condestable, Elena, es tu marido?

(*Entra un CRIADO.*)

CRIADO. El Rey viene a visitarte.

ELENA. ¿Qué dices?

CRIADO. Agora sube.

ELENA. Siempre temiéndolo estuve.

LUCRECIA. Es novedad el hablarte.

(*Sale BITONTO.*)

BITONTO. (¿A qué habrá venido el Rey  
 a casa? Quiero acechar.)

(*Sale el REY.*)

ELENA. Por merced tan singular  
 beso tus pies.

REY. Esto es ley.

BITONTO. (Esto es cumplir con mi amo;  
 nadie me apriete a decillo,  
 que diré, viendo el cuchillo,  
 Fuenteovejuna me llamo.  
 Para negallo mejor  
 diré que Iglesia me llamo,  
 porque he de ser por mi amo  
 mártir y no confesor.  
 No hay que temer que lo diga,  
 que, aun queriéndome enterrar,  
 los gusanos me han de hallar  
 secretos en la barriga.)

(1) Así en los dos textos.

REY. Siéntate, Elena, y sabrás  
 por qué a tu casa he venido.

BITONTO. (Porque falta su marido,  
 quién duda que le dirás;  
 que ha venido el mismo día  
 porque quiere su insolencia,  
 en esta penosa ausencia  
 hacerla más compañía.

No dirán, pues tales son  
 las visitas que han venido,  
 que de un villano han tenido  
 tan maliciosa lición.

Vara he de ser de alguacil  
 si eres caña de pescar,  
 por que te puedas quejar  
 que te ha perseguido un Gil.

Yo publicaré tu fe  
 y lo que honras esta casa,  
 y lo que en su honra pasa  
 a mi amo le diré.) (*Aparte.*)

REY. ¿Quién es este labrador?

BITONTO. Un hombre no muy labrado,  
 porque solo me han dejado  
 por guarda de esta labor.

REY. ¿Qué dices?

BITONTO. Que en los yerros  
 de muchos surcos que sigo,  
 cuando espero coger trigo  
 temo que me nazcan berros.  
 (Mas yo le saldré al atajo  
 avisando a mi señor,  
 que al fin fin só labrador  
 y cómo de mi trabajo.)

Espía soy y adalid  
 que cuanto pasa he de ver,  
 porque más justo he de ser  
 que no las calzas del Cid.)

REY. Al Duque obligado estoy  
 por su amor y su obediencia,  
 y así he querido, en su ausencia,  
 honrar estas casas hoy.  
 Para avisalle después  
 de tu salud, he querido  
 informarme de ti.

ELENA. Ha sido  
 grande el favor. (Mas ¿si es (*Ap.*)  
 porque a Lucrecia desea  
 y viene a verla en mi casa?)

LUCRECIA. (¿Si el Rey de amores se abrasa  
 en Elena los emplea?) (*Aparte.*)

REY. Hanme dicho, Elena hermosa,  
 que en tu casa una criada,



del amor libre prendada,  
habla de noche. Esto es cosa  
que da mucho que celar,  
y más cuando ha permitido  
que le den música; ha sido  
mucha licencia de amar.  
Por mí el Duque está ausente,  
y es justo que yo por él  
pague con amor tan fiel  
estando mi fe presente.

LUCRECIA. (¡Qué prudencia y qué valor! (Ap.)  
Sin duda el Rey ha sabido,  
y, como cuerdo, ha fingido  
de la Duquesa el amor.  
Honrosa correspondencia  
muestra con Carlos tener,  
pues a celar y a temer  
llega por él en su ausencia.)

BITONTO. (¡Por Dios, que ha salido el cuento  
diferente de lo que era!  
Yo pensé que amante fuera  
y es guarda de mi convento.  
¡Por Dios, que es cosa graciosa  
lo que a su fe corresponde,  
viendo que en su pecho esconde  
otra guarda cuidadosa!)

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Agora vino un correo  
con estas cartas del Duque.

BITONTO. Todo mi amor se zabuque  
en el mar de mi deseo.

REY. Esta viene para ti,  
porque dice el sobre escrito  
"A mi esposa".

ELENA. No permito  
gozo al bien que conocí.

(Lee la carta.)

REY. "Después que llegué, señor,  
una vitoria alcancé;  
de mucha importancia fué,  
y otra espero que es mayor.  
Porque sólo a Catanzaro  
y Ríjoles no he venido.  
No me pongas en olvido,  
pues eres, señor, mi amparo."  
¿Hay soldado más famoso?  
¿Hay vasallo más leal?  
¿Hay hombre más principal?  
¿Hay Rey como yo dichoso?  
Tanto a Carlos he estimado,  
que el que a su honor se atreviere,

como si al mío ofendiere  
será de mí castigado.  
El que intentare ofendelle  
que ofende a mi amor advierta,  
y ha de entrar por esta puerta  
cuando alguno le atropelle.  
Quédate, Elena, con Dios,  
y advierte que el Duque ha sido  
el que sólo ha merecido  
seamos uno los dos.

(Vase.)

ELENA. Suspensa el Rey me dejó,  
y en lo que dijo confusa.

LUCRECIA. (No ha de hallar Elena excusa (Ap.)  
en lo que el Rey la advirtió.)

BITONTO. Ello es bueno a toda ley  
lo que al fin te ha aconsejado.  
¡Pardiez, ama, que ha mostrado  
tener buen caletre el Rey!  
Él debe de ser prudente,  
pues que dice en cierta cosa  
que está la fe peligrosa  
estando el marido ausente.

ELENA. Pues el sol se va poniendo  
aquí te puedes quedar,  
que estar sola da lugar  
a que te lo niegue.

LUCRECIA. Entiendo  
que daré incomodidad,  
y así me darás licencia  
de ir a mi casa.

ELENA. Inclemencia  
ha de ser en tu amistad.

LUCRECIA. Mira la carta y responde,  
que yo quedaré contigo.

ELENA. (Hacerla quiero testigo  
del dolor que el pecho esconde.  
Quedándose aquí Lucrecia,  
cuando hablar me vea en rigor,  
diré que es ella. ¡Ay, Amor,  
tu ley a todos desprecia!)  
Dice así la carta: "Elena,  
después que en la guerra estoy,  
batallando siempre voy  
con mi temerosa pena.  
Rebeldes castigo aquí;  
mas no puedo castigar  
la rebeldía del Cesar  
y lo que he adorado en ti.  
Presto me verás vencer  
cuando llego a pelear,

porque me alienta el amar  
y el deseo de volver.”  
(Si entre los muertos quedaras *(Ap.)*  
mejor nueva me trujera  
esta carta lisonjera  
llena de ponzoñas claras.)  
Voy, Lucrecia, a responder  
y luego a buscarte vengo,  
pues que tal huésped tengo  
menos pena he de tener.

(*Vase.*)

BITONTO. (Pues que soy leal criado  
y yo no me he de pudrir,  
quiero a mi amo escribir  
todo aquesto que ha pasado.  
Relación será infinita  
de lo que pasa en su ausencia,  
hasta que me dé licencia  
el Rey para tal visita.)

(*Vase.*)

LUCRECIA. ¡Que Elena juzgue a desdicha  
lo que el alma deseó  
y aborrezca lo que yo  
tuviera por mayor dicha!  
¿Qué dices, Lucrecia? Advierte  
que a tu sangre honrosa infamas;  
no descubras, no, las llamas  
que pudieron encenderte.  
A Carlos ha dado dueño  
el Cielo, ¿qué es lo que intentas?  
¿Cómo a tu valor afrentas?  
Rindiendo me voy al sueño.  
Quiero en esta silla agora,  
hasta que aquí vuelva Elena,  
sosiego dar a mi pena

(*Echase a dormir.*)

y alivio a un alma que llora.  
¿Qué es lo que sueña mi amor?  
¡Carlos mío, Duque amado,  
cómo se turba el cuidado  
de mi esperanza al temor!  
¿Los brazos me das? ¿Qué espero?  
¡Llega a abrazarme! ¡Desvía,  
que no eres tú prenda mía  
cuando en mi mal desespero!

(*Sale BITONTO.*)

BITONTO. Soñando está. Quiero oír  
lo que habla el corazón.

LUCRECIA. Lucrecia soy, mi afición.

BITONTO. ¿Aquesto puedo sufrir?  
LUCRECIA. Carlos Carrafa mi dueño...

BITONTO. ¿Aquesto dices agora?

LUCRECIA. Que me ha de servir...

BITONTO. Señora,  
esto no parece sueño.

LUCRECIA. Deja que llegue a tus brazos,  
pues yo por tu honor peleo.

BITONTO. Descubriré su deseo  
con más cautelosos lazos.

LUCRECIA. ¿Quién me llama?

(*Despierta.*)

BITONTO. ¿Discurrías  
a solas?

LUCRECIA. Tirso, ¿qué dices?

BITONTO. Agora te contradices.  
¿No hablabas cuando dormías?

LUCRECIA. Que te engañas te confieso.

BITONTO. ¿Quieres ver mi carta?

LUCRECIA. Quiero  
con gusto escucharla.

BITONTO. Espero  
que de él perderás el seso.

(*Lee BITONTO la carta.*)

“Desde que te fuiste, señor, no parece que  
te has partido, porque no pareces ausente. La  
ausencia dicen que causa olvido, y no he visto  
mayor memoria, porque se acuerdan mucho de  
ti. Ven pronto, antes que no sea menester, por-  
que eres menester mucho. Dios te guarde.”

¿Has visto carta como ésta?

LUCRECIA. Discreta está.

(*Sale ELENA.*)

ELENA. En ésta escribo

que ya a tu gusto apercibo  
al Duque breve respuesta.

Esta carta toma, y luego  
a palacio partirás.

Tirso, dime, ¿no sabrás  
hacer esto que te ruego?

BITONTO. ¿No está claro que sabré  
si sé lo que pasa y todo?  
(Porque yo lo sé de modo *(Ap.)*  
que lo que callo diré.)

ELENA. A César tengo de hablar  
esta noche en cierta pena.

LUCRECIA. Mucho voy temiendo, Elena,  
lo que puede resultar.

ELENA. Resuelto tengo mi amor.

LUCRECIA. Algún pesar adivino.

BITONTO. Si yo no yerro el camino,  
presto sabré aqueste error.

(Vanse. Sale CÉSAR, de noche.)

CÉSAR. Pisando tus sombras frías  
¡oh, noche! con pie cobarde,  
en mis ardientes porfías  
salgo a ver mis bienes tarde  
por deslumbrar las espías.  
Ya la triforme Diana  
sube el carro diamantino,  
no como el alba de grana  
cuando su puro camino  
va anunciando la mañana,  
sino de luces más bellas  
entre glorioso arrebol,  
para competir con ellas  
sol a luz y luz al sol,  
siendo luces sus estrellas.  
Si cuando busco sosiego  
en tu jornada luciente  
abrasándome en el fuego  
de una adoración ardiente  
adonde la vida anego,  
¿por qué descubres mi amor?  
¿Por qué mis penas no ocultas?  
¿Por qué declaras mi ardor?  
¿Cómo en mi mal no sepultas  
por que goce el bien mayor?  
Si entonces fui conocido  
y si entonces agraviado,  
si del Rey reprehendido  
y de su rigor tratado,  
¿cómo, ingrato, mal nacido,  
en esta noche podrás,  
noche oscura o noche clara,  
porque mejor luz verás  
cubrir de horrores tu cara,  
porque así me encubrirás?  
Goce ahora la ocasión  
que me estorbó la desdicha.  
Oiga Elena mi pasión,  
su sombra aliente mi dicha,  
su obscuridad mi afición.  
El puesto quiero mirar  
por si hay en la calle alguno.  
Tarde es, no hay que recelar;  
mas no parece ninguno,  
que es hora de descansar.  
Antes que el nuevo candor  
desde la cima de Oriente  
saque Febo con fervor

y antes que haga el Occidente  
sombra a su puro esplendor,  
a mi dueño quiero hablar  
y la seña quiero hacer.

(Da con la espada en el suelo, y sale ELENA al  
balcón.)

ELENA. La espada es aquella. ¡Oh, Amor,  
cuánto fuerza tu poder,  
cuánto puedes obligar!

CÉSAR. El balcón abren. ¡Ay, Cielos,  
parad, parad un instante  
los distintos paralelos!

(Sale el REY.)

REY. Yo soy sombra del Infante,  
cuidadoso en mis recelos.  
Aquí, pues la noche da  
para esconderme ocasión,  
quiero encubrirme.

ELENA. ¿Está  
en la calle mi pasión  
y quien mi dueño será?

CÉSAR. En la calle estoy, señora,  
esperando en tu beldad  
lo que mi esperanza adora.

REY. (¡Qué descubierta maldad!  
¡Cómo a su sangre desdora!)

ELENA. ¿Y habrá en la calle quien sea  
de nuestros bienes espía  
por que el delito se vea?

Aunque en amor, quien porfía,  
vence guardas de Medea.

CÉSAR. ¿Quién tus cuidados desvela?  
Nadie en esta calle siento.

ELENA. No haya alguna centinela.

CÉSAR. Esto fué fingido.

REY. (Atento  
mi amor por el Duque vela.)

CÉSAR. ¿Qué dices?

ELENA. Que estoy muriendo.  
¿Y tú?

CÉSAR. Que estoy adorando.

ELENA. ¿A quién?

CÉSAR. A quien me está oyendo  
y por quien estás penando.

ELENA. Por lo que quise viviendo.

CÉSAR. Luego ¿no estás viva?

ELENA. No.

CÉSAR. ¿Cuándo perdiste la vida?

ELENA. Cuando un poder le rindió  
a quien [fué] de ella homicida



para que muriese yo.  
 CÉSAR. De ser mía prometiste;  
 muerta no lo has de cumplir.  
 ELENA. Quise, en el bien que perdiste,  
 ver la muerte con vivir,  
 porque en ti mi vida asiste.  
 CÉSAR. ¿Que eres, en fin, de otro dueño?  
 ELENA. Al Duque sólo desdén.  
 CÉSAR. ¿Y así?...  
 ELENA. Por tu causa agora  
 desdichas el alma llora,  
 que fué de tu amor empeño.  
 REY. (Será estorbarlo razón,  
 porque cuanto lo dilato  
 tanto afrento mi opinión  
 y soy con el Duque ingrato  
 si hago pasar la ocasión.)  
 CÉSAR. ¿Qué remedio he de tener?  
 ELENA. En mi firmeza esperar.  
 CÉSAR. ¿Cómo, Elena, he de poder?  
 ELENA. Yo el modo sabré buscar.  
 CÉSAR. Y yo sabré padecer.  
 ELENA. ¡Si al Duque diesen la muerte!  
 CÉSAR. ¡Qué contento que sería!  
 ELENA. ¡Qué dicha!  
 CÉSAR. ¡Qué buena suerte!  
 Y aunque no muera.  
 ELENA. Porfía.  
 CÉSAR. ¿Que podré amando vencerte?  
 ELENA. Vencida me tienes ya.  
 Mas lograrás tu deseo.  
 CÉSAR. Espera.  
 ELENA. ¿Qué?  
 CÉSAR. Mira.  
 ELENA. El va  
 con temor.  
 CÉSAR. ¿Quién?  
 ELENA. En mi empleo  
 el honor que voces da.  
 CÉSAR. Sigue el gusto.  
 ELENA. Ya le sigo.  
 CÉSAR. ¿Forzaron tu voluntad?  
 ELENA. Sí, César.  
 CÉSAR. ¿Vienes conmigo?  
 ELENA. Sí. ¿Qué aguarda mi lealtad?  
 CÉSAR. Pues ya el alma va contigo.  
 (Hace que quiere entrar.)  
 REY. ¡Tente, atrevido, detente!  
 CÉSAR. ¿Eres fantasma o ilusión?  
 Déjame ahora.  
 REY. No intente  
 tu alevoso corazón

otra mentira aparente.  
 ¡Vive Dios que he de matarte!  
 CÉSAR. ¿Así mi valor infamas?  
 REY. La vida sabré quitarte.  
 CÉSAR. Vetteré encendidas llamas.  
 REY. Con ellas sabré abrasarte.  
 (Entranse acuchillando.)  
 ELENA. ¿Hay desventura mayor?  
 Si es el Duque quien lo ordena,  
 temeroso está mi amor.  
 ¡Ay, César! ¡Ay, dura pena!  
 ¡Ay, desdichas! ¡Ay, rigor!  
 (Sale CÉSAR turbado, con la espada desnuda.)  
 CÉSAR. La luz te ha dado la vida,  
 que a no encontrarla primero  
 tú la vieras más rendida  
 a mi formidable acero.  
 ELENA. ¿Es César?  
 CÉSAR. Prenda querida,  
 esto a mi pecho constante  
 para mi agravio apercibe.  
 Sin duda aqueste es tu amante,  
 que el amante, donde vive,  
 vive con fe semejante.  
 Celoso y resuelto vengo  
 de morir o de vencer;  
 muchas sospechas prevengo.  
 ¿Quién imperio ha de tener  
 de estorbarme?  
 ELENA. Si detengo  
 a tu voz con replicarte,  
 será culpa conocida.  
 No es término de obligarte  
 tener la fe dividida,  
 y el amor en otra parte  
 asegura los recelos.  
 CÉSAR. Celos me causan enojos  
 ELENA. Pierde, César, los desvelos,  
 porque no serán despojos  
 de sospechas y de celos.  
 (Sale el REY.)  
 REY. (Otra vez sigo los pasos  
 de este alevoso traidor.)  
 ELENA. Más venenos en más vasos  
 me va apurando el Amor,  
 siendo de ventura escasos.  
 CÉSAR. Ruido en la calle siento.  
 ELENA. Asegura tu cuidado.  
 CÉSAR. Celoso está mi contento.  
 ELENA. Para que esté asegurado

quiero aliviar su tormento.  
 Por que no te vean podrás  
 hablarme por el jardín;  
 con esta llave abrirás,  
 y, para glorioso fin,  
 tus deseos lograrás.  
 Confieso que mi valor  
 ha resistido a tu amor  
 en mis sentimientos graves;  
 ya vencistes, pues la llave  
 te he entregado de mi honor.

CÉSAR. Besaré la blanca arena  
 que me concede pisar  
 tu belleza, amada Elena;  
 esta llave me ha de dar  
 la dicha de (1) glorias llena.

REY. (Aquí Carlos ha de ver  
 que su honor supe guardar;  
 quien soy ha de conocer,  
 porque pretendo estorbar  
 cuanto le pudo ofender.)

CÉSAR. La llave, Elena, rompi.

ELENA. Entra, y ciérrate la puerta.

CÉSAR. Yo voy.

ELENA. Yo bajo.

CÉSAR. Vencí.

REY. Pues quedó la puerta abierta,  
 tras él quiero entrarme allí.

(*Entrase el REY tras CÉSAR. Sale CARLOS.*)

CARLOS. Antes de entrar vencedor  
 al Rey veré de secreto  
 por ser mi dueño y señor,  
 aunque me pone en aprieto  
 un recelo de mi honor.  
 A mi casa he de llegar  
 entrando por el jardín.  
 Celoso vengo en amar,  
 y temo a mi honor al fin,  
 que es lo que supe estimar.  
 Ya llego. ¡Qué mal agüero!  
 Abierta la puerta está.

CÉSAR. (*Dentro.*) Por tu causa, mi bien, muero.

CARLOS. Dentro es la voz. ¿Qué será?

REY. (*Dentro.*) Morirás.

CARLOS. ¡Ay, Dios! ¿Qué espero?

CÉSAR. (*Dentro.*) ¡Elena del alma, Elena!

CARLOS. "Elena" repite. ¡Ay, Cielos!

CÉSAR. (*Dentro.*) Con tu nombre...

CARLOS. ¡Qué gran pena!

CÉSAR. Acabarán mis desvelos  
 de tu amorosa cadena.

CARLOS. ¿Qué suspensión me detiene?  
 ¿Qué presagios me acobardan?  
 ¿Dónde está el valor? ¿No viene?  
 Mis ardidés ¿cómo tardan?  
 Sólo morir me conviene.  
 Pero esfuércese el valor,  
 aliéntese mi sentido,  
 porque en dudas del honor  
 siempre quedaré ofendido  
 si no descubro el error.

(*Sale el REY con CÉSAR muerto en los brazos.*)

Entro, pues.

REY. ¿Quién va?

CARLOS. ¿Quién es?

REY. ¿Quién lo pregunta?

CARLOS. ¡Ah, traidor,  
 dentro en mi casa no estés!

REY. ¿Tuya es la casa?

CARLOS. ¡Ah, dolor!

REY. ¿Que estoy en ella no ves?

CARLOS. Pues ¿cómo estás en mi casa?

REY. Porque soy la guarda de ella.

CARLOS. El alma en fuego se abrasa.

¿Así mi amor se atropella?

Esto en mis desdichas pasa.

Haréte, infame, pedazos,

y por ese abierto pecho

veré esos infames lazos.

REY. ¿Quieres tú con este muerto  
 ocupar entrambos brazos,  
 duque Carlos?

CARLOS. ¡Rey, señor!

¿tú en mi casa de esta suerte?

REY. Yo, Duque, con tal rigor  
 he dado, con esta muerte,  
 eterna vida a tu honor.  
 ¿Venciste, en fin?

CARLOS. He vencido,  
 y de secreto venía  
 a referirte...

REY. Yo he sido

de tu lealtad guarda y guía.

CARLOS. Las vitorias que he tenido.

REY. Cuando al contrario has vencido,  
 para premiar tu memoria,  
 guarda de tu honor he sido:  
 esta es, Carlos, **mi** vitoria,  
 por la que tú allá has tenido.  
 Allá, tú, con más valor

(1) En A, "en".

ensalzaste mi corona;  
 yo acá guardando tu honor;  
 porque ofendió tu persona,  
 de César maté el error.  
 La que te llegó a ofender  
 bien pudiera castigar,  
 pues que tuve igual poder;  
 mas vinieras a quedar  
 con deshonra y sin mujer.  
 Dentro queda la Duquesa,  
 pues que tus iras provoca,  
 venga aquesta infame empresa,  
 que ya lo que a mí me toca  
 este muerto lo confiesa.  
 Maté a César, en efeto,  
 porque te pudo agraviar;  
 calla aqueste fiero aprieto,  
 y, mientras lo oculta el mar,  
 guarda tú también secreto.  
 Al ver que era mi sobrino  
 pude dudar y temer;  
 pero en tu ausencia imagino,  
 Duque, que llegaste a ver  
 que fui yo el mejor vecino.  
 César, en fin, no ha ofendido  
 tu honor, porque entre su empresa  
 quedó muerto y detenido,  
 bien que fué de la Duquesa  
 pensamiento consentido.  
 Pues si la noche primera  
 que esto estaba concertado  
 César no entró, ni pudiera,  
 tu honor no queda manchado,  
 aunque por ella pudiera.  
 Quédate a considerar  
 la venganza que has de hacer;  
 mira lo que has de vengar,  
 si él no te pudo ofender  
 y ella lo llegó a intentar.

(Vase el REY.)

CARLOS. Ya mi agravio averigüé;  
 lo que al partir recelé,  
 temeroso en mi dolor,  
 pudo mostrarme el valor  
 de Federico en la fe.  
 Matar a Elena es forzoso,  
 pues él mató [a] su sobrino.  
 ¡Muera el término alevoso  
 por que halle mi honor camino  
 para no estar receloso!  
 A vengarme parto airado,

para que con este medio  
 quede el reo castigado,  
 mi deshonra con remedio  
 y yo con su muerte honrado.

(Vase, y sale LUCRECIA y ELENA turbadas, y ELENA con candelero y una vela en la mano.)

LUCRECIA. ¿Qué tienes, hermosa Elena?  
 ¿Cómo te miro turbada?  
 ELENA. No puedo decir mi pena,  
 que tengo la lengua atada  
 con temerosa cadena.  
 LUCRECIA. ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?  
 ELENA. ¡Ah, César! ¡Pierdo el sentido!  
 LUCRECIA. ¿Qué hubo?  
 ELENA. A todo mi bien...  
 LUCRECIA. Acaba, dilo también.  
 ELENA. Dieron la muerte.  
 LUCRECIA. ¿Perdido  
 está el honor que has guardado?  
 ¿Cómo? Dime tu cuidado.  
 ELENA. Porque mi amor le concede  
 el premio que busca.  
 LUCRECIA. ¿Puede  
 contra el Duque haberle dado?

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Todas las puertas abiertas;  
 desierta toda la casa.  
 ¡Mis desdichas fueron ciertas!  
 ELENA. Esto, amiga, es lo que pasa  
 en mis esperanzas muertas.  
 CARLOS. Este es el retrete. Aquí,  
 sin duda, Elena ha de estar.  
 Viéndola estoy ¡ay de mí!  
 Pero a dos quiero escuchar,  
 pues que dos están allí.  
 ELENA. Quise a César.  
 LUCRECIA. También yo  
 a Carlos quise; mas luego  
 que a ti su mano te dió,  
 fué templado el libre fuego  
 que en mi alma se encendió.  
 CARLOS. ¡Oh, cuánto mejor me fuera  
 que con Lucrecia casara!  
 ELENA. Remedía mi pena fiera.  
 LUCRECIA. ¿Cómo he de poder?  
 ELENA. Repara  
 en lo que digo.  
 LUCRECIA. Quisiera  
 remediar tanto dolor.  
 ELENA. Tú no eres casada, amiga;



di que César por tu amor  
vino esta noche.

CARLOS. No siga  
otra infamia mi valor.

ELENA. Dirás que para quererte  
te habló en la calle, y así  
vendrás a excusar mi muerte.

LUCRECIA. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ELENA. Esto pueda enternecerte.

LUCRECIA. La vida y cuanto tendré  
puedo dalle por tu amor.

ELENA. Estimo, amiga, tu fe.

LUCRECIA. Pero, Duquesa, el honor,  
claro está que no podré.  
Si tomaras mis consejos  
más seguridad tuvieras.

CARLOS. Cerca estoy con estar lejos.

ELENA. Matadme, pasiones fieras,  
en mis cuidados perplejos.

LUCRECIA. ¡Que el Rey a César matase!  
Fué leal en su promesa.

ELENA. ¡Que su sangre derramase!

LUCRECIA. De su desgracia me pesa.

ELENA. ¡Que con vida me dejase  
para sentir, para ver  
tantos males, tantos daños;  
pero en tanto padecer  
mátenme los desengaños,  
por que me puedan vencer!

CARLOS. Quede en jaspes, Federico,  
tu nombre y tu fama impresa.  
A la venganza me aplico,  
porque en tan honrosa empresa  
¿cómo al temor no replico?

ELENA. ¿Cómo vienes?

CARLOS. ¡Aspid fiero,  
que me hechizas, que me encantas!  
¡Muere, infame!

ELENA. Espera.

(Métela dentro, y LUCRECIA tras ella con la luz.)

CARLOS. (Dentro.) Espero  
que mueras.

ELENA. ¡Desdichas tantas,  
alegre en mis penas muero!  
(Vuelve a salir CARLOS.)

CARLOS. Ya murió, dando en su vista  
al sol lucidos desmayos,  
al Cielo mejores rayos  
y a Carlos mayor conquista.  
Asista mi amor, asista  
a detener mi furor,

que puede tanto el dolor,  
conocido en mi tormenta,  
que perdonara a la afrenta  
porque viviera el amor.

Ya de rayos coronado  
del día se ve el farol;  
bien es que saliendo el sol  
me vea el mundo más honrado.  
En la noche vi agraviado  
mi decoro y mi valor;  
véame el día con honor,  
para que entre agravios tales  
vaya aliviando mis males  
y sosegando el dolor.

(Sale ARNESTO.)

ARNESTO. Su majestad viene a verte,  
que por el parque ha pasado,  
sabiendo que habías llegado.

\* Ya llega.

CARLOS. ¡Qué gran[de] suerte!

(Sale el REY, LUDOVICO, LUCRECIA y acompaña-  
miento.)

REY. ¿Que murió, Carlos, tu esposa?  
¿Que la Duquesa murió?

CARLOS. Ya expiró su luz hermosa,  
y en noche eterna dejó  
un alma siempre penosa.  
Todas son desdichas mías.  
Sepulcro de eterno llanto  
daré a sus cenizas frías.

REY. Dime el suceso.

CARLOS. Oye cuánto  
dolor aguardan mis días.

El lado dejé de Elena  
para servirte, señor,  
y, volviendo vencedor,  
se mudó mi gloria en pena.  
Murió su beldad serena,  
que es la vida un breve sueño,  
y en sus espacios pequeño,  
por cuyas memorias juro,  
antes morir que perjuró,  
la mano dar a otro dueño.

LUCRECIA. Deja, Carlos, de jurar,  
que es juramento su ley.

Oye delante del Rey  
lo que aparte quiero hablar.

REY. Apartaos allá. (Ahora (Aparte.)  
verás, Carlos, cómo miente  
el que tan fingidamente  
lo que ya aborrece llora.)

LUCRECIA. Oigame tu majestad,  
óigame Carlos, pues oyen  
mi nunca vista firmeza  
cielo, tierra, fieras y hombres.  
Yo, por secretos misterios  
de estrellas mil superiores,  
estimé un tiempo de Carlos  
fama, sombra, imagen, nombre  
porque las partes que el Cielo  
le dió a su sangre conformes  
obligaban que mi pecho  
le ame, estime, quiera, adore.  
Nunca merecí su mano,  
no merecí sus favores;  
digan hoy si lo he sentido  
quejas, llantos, pena y voces.  
Elegió a Elena, ¿qué mucho,  
si fué Paris en amores,  
que la Troya de su pecho  
arda, gima, sienta y llore?  
Apenas de Elena ha sido,  
cuando estas inclinaciones  
vence el honor soberano,  
borra, olvida, niega y rompe.  
Nunca ofendí la pureza  
de mis pensamientos nobles,  
que vencen de este jardín  
rosas, murtas, fuentes, flores.  
Como era honesto mi amor,  
guardo siempre pundonores,  
mereciendo por anales  
libros, vidas, siglos, bronces.  
Sabe el Cielo que de Elena  
envidié la dicha entonces,  
juzgándome yo sin Carlos  
triste, infeliz, sola y pobre.  
Consejos le daba siempre  
con más claros resplandores  
que da el sol cuando ilumina  
cielos, valles, mares, montes.  
Siempre a sus ojos propuse  
sus deudas y obligaciones,  
porque su casa tuviese  
clausura, amor, honra y orden.  
Siempre temí de su amor  
los más vencidos rigores,  
que era un afecto y pasión  
vano, osado, libre y torpe.  
Quisieron César y ella,  
hizo tu elección errores,  
siendo Faetón que despeña  
luz, caballos, vida y coche.

Tú mismo precipitaste  
tu honor vencido de amores,  
sufre, pues, de la fortuna  
ruedas, giros, vuelcos, golpes.  
Pero ya que quiso el hado  
que aliento en su muerte cobres,  
siendo púrpura en su espada,  
puño, vaina, punta y corte.  
Ya que Elena desdichada  
Tisbe ha sido de tu estoque  
y el lazo del juramento  
libras, sueltas, quitas, rompes,  
no hagas el juramento  
si no casarte propones,  
que no siempre dan espinas  
campos, valles, selvas, bosques.  
No todas las nubes paren  
rayos fuertes y veloces,  
que con su furia deshagan  
gavias, cumbres, pinos, torres.  
Mujer te ofrezco y un alma  
llena de castos amores,  
que para ser tuya tiene  
honra, amor, nobleza y dote.  
Lucrecia será una esclava  
que te sirva y que te adore;  
no me excede Elena en ser  
buena, humilde, amante y noble.  
La que viéndote sangriento  
entre sombras y entre errores  
te quiere, no tiene el pecho  
falso, libre, aleve y torpe.  
Amor y honor me acompañan,  
que son dos polos, dos soles  
que vence su estimación  
gracia, beldad, oro y dones.  
Siempre me estará causando  
la tragedia de esta noche,  
entre el amor de mi esposo,  
miedo, horror, pena y dolores.  
Sólo querré que mi dueño,  
mientras rodaren los orbes,  
a la luz mis pensamientos  
mire, estime, entienda y goce.  
Ya mereció mi constancia  
lo que mi lengua propone,  
y hallar entre majestad  
vida, amparo, bien, favores.  
Esto suplico, esto sea;  
sepan mi fe brutos, hombres,  
cielos, mares, luces, vientos,  
fuegos, aves, campos, montes.

REY. Razón será que te cases  
con quien tiene pecho noble,  
y de secreto se hagan  
las bodas aquesta noche.

CARLOS. Pues tú lo mandas, señor,  
en obediencia conforme  
será el servirte mi dicha  
por estimar tus favores.  
La mano doy a Lucrecia  
con pagar obligaciones  
que debo a su amor constante,

por que mis bienes se logren.  
Tuya fué la primer flecha  
de mis dulces perdiciones,  
con haber después errado  
la elección mi pecho entonces.

REY. A todos haré mercedes,  
y aquí el senado perdone  
las faltas del *Buen Vecino*,  
que es de la comedia el nombre.

FIN DE LA GRAN COMEDIA DEL *Buen Vecino*.

~~~~~



# COMEDIA FAMOSA

DE

# LA BURGALESA DE LERMA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON FÉLIX, *galán.*

CARLOS, *galán.*

POLEO, *lacayo.*

El CONDE MARIO.

TRISTÁN, *su amigo.*

CLAVELA, *dama.*

LUCÍA, *criada.*

LEONARDA, *dama.*

FLORELO, *galán, su her-*

*mano.*

PAYO, *su criado.*

INÉS, *criada.*

BELARDO, *villano.*

GERARDO, *criado.*

[Un PAJE.]

## ACTO PRIMERO (1)

(*Salen DON FÉLIX, DON CARLOS y POLEO, vestidos de camino.*)

D. FÉLIX. Esta es Lerma.

CARLOS. Bien se ve  
el buen dueño.

POLEO. Por lo menos  
medra quien los tiene buenos.

D. FÉLIX. ¿Diceslo por mí?

POLEO. No sé.  
Debo de estar muy medrado  
después que tu hacienda soy.  
¡Por Dios, que envidioso estoy  
de esta calle (2) y de este prado!  
Más quisiera aquí ser casa  
que de otras muchas señor.

CARLOS. ¿Cómo va, Félix, de amor?

D. FÉLIX. No sé ¡por Dios! Mal se pasa;  
mas si es común opinión  
que se templa divertido,  
yo pienso que no he venido  
a Lerma en mala ocasión.  
Dejé a Clavela en Madrid  
celoso y por divertirme,  
he querido persuadirme  
a un engaño.

CARLOS. ¿Cómo?

D. FÉLIX. Oíd.  
Dile a entender que venía  
a tomar en Miraflores  
un hábito.

CARLOS. Los amores,  
en una docta elegía

comparó Ovidio a la guerra,  
porque los mismos engaños,  
estratagemas y daños  
hasta la victoria encierra;  
y así dice que milita  
todo amante.

POLEO. Ese poeta  
dijo que es guerra discreta  
y que su bien (1) solicita  
tomar la posta un amante,  
que algún diablo la inventó,  
o ¿qué culpa tengo yo  
de ferrión semejante,  
para venir por la posta  
en un caballo postizo,  
si naturaleza hizo  
cosa tan flaca y angosta?

El parar sobre las manos  
de golpe y con mil traiciones,  
matarme entre los arzones,  
¿tal pueden sufrir cristianos?  
¿Esto es huir del amor?  
¡Guarda posta, malos años!  
D. FÉLIX. Disculpa Amor los engaños  
que nacen de ajeno error.  
Celos, Carlos, me trujeron,  
que no hay mal que desatine  
como celos, donde vine (2)  
celos con oro me dieron.  
Celos de un conde extranjero  
han sido tan rigurosos,  
porque los más peligrosos  
son los celos del dinero.

(1) En B, "que buen fin".

(2) En A, "don vine". Corregido por C. En B,  
"donde viene".

(1) En B, "Jornada primera".

(2) En B (Ms.), "este valle".

Talles, Carlos, en Madrid;  
sangre, gracias, (1) discreción  
de ningún efecto son,  
ni esto de venir el Cid.  
Y para mí disculpadas  
muchas mujeres están,  
pues lo mismo que las dan  
las tiene tiranizadas.  
Con lo que cuesta un jubón  
se casaba antiguamente  
una doncella entre gente  
de mediana condición.  
Las galas no las condeno;  
pero yo sé que han causado  
tanto mal...

CARLOS. Hablas picado.

POLEO. ¡Que venga por gusto ajeno  
un hombre de bien, sin ser  
ni Amadís ni don Quijote,  
en un rocín matalote  
que era de una noria ayer!  
¡Que aprenda un hombre a danzar  
sobre (2) una haca zaina y flaca  
medio bestia y medio urraca!

D. FÉLIX. ¿Cuándo dejarás de hablar?

POLEO. Cuando tú dejes de ser  
tirano de mi salud.  
Sin puente traigo el laúd;  
ni aun me he sentado a comer.  
Dirás que tienes razón,  
que celosas competencias,  
se pagan (3) bien en ausencias,  
pero mis ausencias son.  
Si don Félix, mi señor,  
no es loco, no tiene orate  
el Nuncio. ¡Qué disparate!  
¿Celos en Madrid? ¡Qué error!

CARLOS. Dice bien, (4) que es necedad  
amar en Madrid de veras.

POLEO. Aprende de mí y no quieras  
con tanta puntualidad.  
Yo me bajo a Manzanares  
y, orilla de sus arenas,  
de mil desnudas sirenas  
oigo los dulces cantares.  
Parecen de esquina a esquina,  
cuando a mirarlas comienzo,  
por' los golpes, carne y lienzo,

procesión de disciplina.  
No busco puño de asombro  
con afeitada muñeca,  
sino un rollo de manteca  
desde la muñeca al hombro.  
No busco por vano antojo  
truchas del Barco empanadas,  
sino de aquellas pescadas  
de a seis horas en remojo.  
Dígoles mis requiebritos;  
responde con ojos bajos,  
encubriendo los zancajos  
en la blanca arena escritos.  
Tuerce y sale de su espejo,  
al trasponer su arrebol,  
Juan Rubio.

D. FÉLIX. ¿Qué rubio?

POLEO. El sol,  
que eso de Apolo es muy viejo.  
Subimos el pasamano  
de la puente en mil concetos  
sustanciales, no discretos.  
Agarro una limpia mano,  
sin sebo, hieles ni lirios,  
sino muy bien jabonada,  
y a media puente pasada,  
que le he dicho mil martirios,  
cómprole, si es en invierno,  
castañas, y si en (1) verano  
turrón, y así mano a mano  
nos vamos por lo más tierno.  
Llego a su puerta, y sabiendo  
su casa, el juego se entabla;  
de lo que hablo me habla,  
ni me ofende ni la ofendo;  
si le doy unos listones  
me da un torrezno por prenda;  
ella me cose y remienda  
las camisas y calzones,  
y no hay diez por ciento aquí,  
y sabe, por que te alteres,  
que hay mohatras de mujeres.  
Borracho estás.

CARLOS.

POLEO. Yo lo vi.

El que diese por un mes  
la dama al que la idolatra,  
claro está que hace mohatra,  
pues tiene el mismo interés,  
porque se queda con ella  
y del ribete se goza. (Ruido dentro)

(1) En B, "gran sangre".

(2) En A y C, "en una haca".

(3) En A, "paguen".

(4) En B, "Bien dices".

(1) En A y C, "es".

D. FÉLIX. ¡Qué gente!

CARLOS. ¡Brava carroza!

D. FÉLIX. Tal príncipe viene en ella.

CARLOS. Gran gente se va juntando.

D. FÉLIX. Las fiestas dan ocasión.

POLEO. Quedo, que en nuestro mesón  
se están, señor, apeando  
de dos dichosos pollinos  
dos labradoras tan bellas,  
que si hay caballos de estrellas  
de serlo también son dignos,  
y en las figuras celestes  
tener asiento y lugar.

(Salga LEONARDA, dama, que es la BURGALISA, y INÉS,  
su criada, vestidas de labradoras, con unos velos  
de plata por el rostro.) (1)

INÉS. Aún no tienes donde estar,  
cuanto más donde te acuestes.

LEONARDA. Yo no he de dormir aquí.  
Dile al huésped que te dé  
algún lugar en que esté.  
¿No son hoy las fiestas?

INÉS. Sí.

LEONARDA. Pues esta noche es forzoso  
volvemos, que si volviese  
mi hermano a Burgos y viese  
que antojo tan peligroso  
a Lerma me había traído,  
aunque este disfraz no sabe,  
de la daga haría llave  
para mi pecho atrevido.

INÉS. Él tuvo culpa en contarte,  
cuando de Burgos partía,  
las grandes fiestas que había  
en Lerma, pues fué obligarte  
a buscar (2) esta invención;  
que no es discreción hacer  
a la más cuerda mujer  
de estas cosas relación.  
Callan muchos en los ojos  
de las preñadas las cosas,  
cuando son (3) dificultosas,  
para no darles antojos;  
mas (4) con todas ha de ser

guardada sin excepción  
tal regla en su condición;  
porque basta ser mujer,  
que están como, al fin, privadas  
de sus propias libertades,  
para gozar novedades  
desde que nacen preñadas.

LEONARDA. Tal me ha sucedido a mí.  
Cuando de Burgos partió  
mi hermano, pues, me incitó  
para que viniese aquí.  
Pintábanme al Rey de España  
con aquella autoridad  
y natural majestad  
que su persona acompaña.  
Pintábame (1) la belleza  
del Príncipe, que Dios guarde,  
sol (2) que en nuestras almas (3)  
por propia naturaleza. [arde  
La de la Reina, su hermana,  
divino sol de hermosura,  
del que le puso luz pura  
en su estampa soberana.  
De otros ángeles también,  
rayos del sol español,  
y las estrellas que al sol  
dentro de su esfera ven.  
Después de tan bellas damas,  
tantos grandes y señores,  
tan dichosos sucesores  
de sus nobles troncos ramas,  
que apenas él se apartó (4)  
cuando este disfraz tomé  
y a ver las fiestas llegué  
que él mismo me encareció. (5)

INÉS. A gran peligro te has puesto;  
pero ya que en él estás,  
¿cómo a las fiestas irás?

D. FÉLIX. (Gallardo traje y honesto.

CARLOS. Usan, Félix, en Castilla  
vestirse algunas señoras  
en traje de labradoras,  
que es divina maravilla.  
En Valladolid lo vi,  
en Segovia y en Medina.

(1) Esta acotación dice en B: "Entra LEONARDA,  
dama burgalesa, en hábito de labradora bizarra, con  
toca de argentería por el rostro; INÉS, criada."

(2) En A y C, "tomar".

(3) En ídem, "que han de ser".

(4) En ídem, "y".

(1) En B, "Contábame".

(2) En ídem, "luz".

(3) En ídem, "nuestros ojos".

(4) En A y C, "partió".

(5) En B dicen estos versos:

"y a ver, como ves, llegué  
lo que él mismo me pintó".



POLEO. Pues a fe que la vecina  
no era mala (1) para mí.

CARLOS. Estando en nuestro mesón  
tengo a gran descortesía  
no hablarlas.

D. FÉLIX. Y yo querria  
por divertir mi pasión.)  
(*Léguense a ellas.*)

El haber vuestra merced  
llegado (bien sea llegada)  
a nuestra misma posada  
la obliga a hacernos merced  
de servirse de un rincón  
que nos dan por aposento,  
y de aqueste ofrecimiento  
a nosotros la ocasión.  
También somos forasteros,  
bien se puede descubrir.

LEONARDA. Cuando importara servir  
a tan nobles caballeros  
de aderezar la comida  
a la usanza de una aldea,  
que les sirviéramos crea.

D. FÉLIX. Vos merecéis ser servida  
y respetada también:  
que el sol que a romper provoca  
las nubes de aquea toca  
dice que obediencia os den  
aquestos prados de Lerma,  
como al alba se la dan.

LEONARDA. Mire que somos, galán,  
de una aldea pobre y yerma.  
No gaste delicadezas  
de la corte entre aldeanas,  
que burgalesas serranas  
no entienden esas ternezas.  
A la fiesta hemos venido  
y a ver al Rey y a la Reina,  
que en nuestras entrañas reina  
y es luz de nuestro sentido.  
Si merced nos quiere hacer,  
haga que aquese criado  
dé a los pollinos recado,  
que nos pensamos volver  
en acabando la fiesta.

D. FÉLIX. ¿Poleo?

POLEO. ¿Señor?

D. FÉLIX. De presto.

POLEO. Di que se descuiden de esto.

CARLOS. La mesa tenemos puesta;

comer pueden con nosotros.

LEONARDA. Eso habéis de perdonar.

POLEO. ¿Para qué es melindrear, (1)  
si habéis de comer con otros?

(*Vase.*)

D. FÉLIX. Fiad, señora, de mí  
que no sea descortés,  
que fuera de que no es  
mi condición serlo así,  
traigo (2) cierto pensamiento  
que me impide cualquier gusto.

LEONARDA. Yo os sirviera, mas no es justo,  
sino mucho atrevimiento,  
del aposento, si hay dos.  
acepto, porque he pensado  
que está el lugar ocupado.

D. FÉLIX. Estálo mucho ¡por Dios!,  
y así al vuestro os llevarán  
la comida.

LEONARDA. Yo la acepto  
de tan gallardo, discreto  
y cortesano galán.

(*Váyase DON FÉLIX; queden ellas y CARLOS.*) (3)

CARLOS. Yo os juro que el blanco velo  
orlado de argentería  
hace en esa celosía  
no sé qué de sol y cielo.  
Labradora podéis ser,  
pero diciendo verdades  
en campos de voluntades.

LEONARDA. Entraos, señor, a comer.

CARLOS. Al revés sois del Amor.  
No sé cómo enamoráis.

LEONARDA. Ya os he dicho que comáis.

CARLOS. Erró la tabla el pintor,  
que al amor que más provoca  
a ceguedades y antojos  
pintan con venda en los ojos  
y a vos, señora, en la boca.  
Sois Amor que puede ver,  
pero no que puede hablar,  
que amor secreto ha de estar.

LEONARDA. Entraos, señor, a comer.

CARLOS. Ya voy, aunque ya comí  
por los ojos; lo que creo  
que ha de hacer mal al deseo.

(*Váyase CARLOS y ellas se destapan.*)

(1) En C, "melindrar".

(2) En B, "tengo".

(3) En ídem, "Entrese FÉLIX".

(1) En A y C, "noramala".

LEONARDA. ¿Inés?

INÉS. ¿Señora?

LEONARDA. Esta sí  
que es gente de bendición.

INÉS. Cierto que los cortesanos,  
a tener quedas las manos,  
tienen linda condición.

LEONARDA. El otro me ha contentado.

INÉS. Tiene no sé qué atractivo. (1)

LEONARDA. Es más blando y efetivo...  
¡Qué lindo talle!

INÉS. ¡Extremado!  
Con éstos podemos ir  
a las fiestas.

LEONARDA. Gran (2) ventura  
si la voluntad segura  
quiere callar y sufrir.  
Entra, que temer podría;  
mas ¿qué daño puede hacer  
voluntad que ha de tener  
principio y fin en un día?

(Váyanse, y salgan en Madrid CLAVELA, dama, y LUCÍA, su criada, con una carta.)

LUCÍA. Esta carta te escribió  
Félix, tu perdido amante,  
estando Fabio delante,  
cuando a Burgos se partió.

CLAVELA. Pues ¿cómo no me la dió  
habiendo ya tantos días?

LUCÍA. Por la pena que tenías,  
si es de mayor sentimiento.

CLAVELA. No pueden tener aumento  
mi amor ni las ansias mías.

Muestra, que el mayor pesar  
que puede venir en ella  
me quitará abrilla y vella  
solamente con mirar  
aquel dichoso lugar  
donde (3) la mano ponía  
cuando el papel escribía.

LUCÍA. Toma, y no digas después  
que tengo culpa.

CLAVELA. No es  
sino la desdicha mía.  
(Dale LUCÍA la carta a CLAVELA y léela.)

"En el estado que Amor  
tenía nuestros deseos,

nunca de ajenos empleos  
celos me dieran temor;  
pero ya que tu rigor  
tan ingrato corresponde,  
que a las visitas del Conde  
das lugar tan libremente,  
tú misma mi agravio sienta  
y por mis celos responde.

Pero ¿qué responderás  
donde respuesta no tienes,  
si no es que a negarlas vienes  
después que tan libre estás?  
Ya no más por no ver más,  
que a mí basta que me sobre,  
Clavela, un hábito pobre.  
No me verás en tu vida  
pues la esperanza perdida  
no hay posesión que la cobre."

LUCÍA. Yo me voy.

CLAVELA. ¿Para qué leo,  
Lucía, tales locuras?

¿Quédanle más desventuras  
a mi imposible deseo?  
Félix me deja; no creo,  
pues tan engañado estás,  
que de mis ojos te vas  
por ocasión que te di;  
mas ¿cómo escribes aquí  
"ya no más por no ver más"?

Si el conde Mario, Lucía,  
el visitarme emprendió,  
no tuve la culpa yo,  
pues que Tristán le traía  
y celos no presumía  
que un extranjero le diera.

LUCÍA. No sientas de esa manera  
su ausencia.

CLAVELA. De espacio estás.  
"Ya no más por no ver más",  
pues ya es lo menos que muera.  
¿Don Félix en religión  
y yo en el mundo? Yo he sido  
quien su remedio ha perdido,  
yo quien le di la ocasión.  
Demonios los celos son;  
que si dicen que del cielo  
cayendo, el aire y el suelo  
muchos de ellos habitaron,  
celos también se quedaron  
en (1) las regiones del hielo.

(1) En B, "atrevido".

(2) En A, "Grande".

(3) En B, "en que".

(1) En B, "por".

LUCÍA. Hecho me has imaginar que los (1) que llamar pretendes demonios son estos duendes que suelen siempre habitar el más obscuro (2) lugar; que es de celos condición una oscura confusión, burlas y transformaciones, que averiguando opiniones de dos mil colores son.

Y si los pinta la gente con una mano de hierro y otra de estopa, no es yerro decir que no es diferente. Cuando sospecha se siente da con la mano de estopa; mas cuando en casa se topa averiguando el encierro, da con la mano de hierro y quiebra huesos y ropa.

CLAVELA. Celos, en fin, o demonios, duendes, o quien tú quisieres, que a tantas nobles mujeres levantan mil testimonios, con que a tantos matrimonios deshechos siempre verás, han causado que jamás vuelva a ver mi bien ausente, pues me escribió libremente: "Ya no más por no ver más."

; Ay de mí! Perderé el seso si don Félix, pues, de mí se queja y dice que fuí la causa de este suceso.

LUCÍA. Templá, señora, el exceso de tus quejas.

CLAVELA. ; Muerta soy! Por darme la muerte estoy.

LUCÍA. Señal de que viva estás.

CLAVELA. "Ya no más por no ver más."

LUCÍA. Detente. (3)

CLAVELA. ; A matarme voy!

(*Quiere irse alborotada y salga el CONDE MARIO y deténgala, y TRISTÁN, amigo del CONDE.*)

CONDE. Detened, señora, el paso.

CLAVELA. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

CONDE. Que escuchéis y que me deis cuenta de tan triste caso:

que vuestras quejas oí cuando por la sala entré.

CLAVELA. Un pajarillo encerré, que con la liga cogí de unos ojos amorosos. Cantaba en dulce prisión su libertad, que estos son silbos de amor lastimosos. Vino un pájaro extranjero y espantómele de modo, que, rompiendo el hierro todo, va por el aire ligero. Ya no pienso (1) que jamás volveré a (2) verle cantando, que va diciendo y llorando: "Ya no más por no ver más."

CONDE. ; Pájaro? Tened, oíd. Otros encerrar podéis.

CLAVELA. Ninguno habrá que me deis como el que perdí.

CONDE. Advertid que aunque tengan más valor que el fénix, podré comprarle.

CLAVELA. Era de tal lengua y talle, que me mataba de amor, y eso de fénix le viene muy bien el nombre; me agrada con una letra mudada, si ponéis ele por ene.

LUCÍA. (Señora, perdida estás.

CLAVELA. ; Qué te espanta que esto intente si me escribe aquel mi ausente: "Ya no más por no ver más"?)

(*Váyanse CLAVELA y LUCÍA; queden el CONDE y TRISTÁN.*)

CONDE. (3)

¿Qué accidente es aqese que le ha dado?

TRISTÁN.

Yo siempre os dije que ésta tiene el pecho en otros pensamientos ocupado.

CONDE.

Ya estoy de sus engaños satisfecho.

TRISTÁN.

No pienso, Conde, yo que os ha engañado, pues no le ha resultado más provecho del que sabéis de las visitas vuestras.

(1) En A y C. "que estos".

(2) En los impresos, "oculto".

(3) En B. "Espera".

(1) En los impresos, "espero".

(2) En ídem, "tengo de".

(3) En B. "Mario" en todos los lugares que en los impresos "Conde".



CONDE.

Si otras estima, cansarán las nuestras.

TRISTÁN.

Es el primer precepto cortesano,  
entre las damas de mayor decoro:  
"No ocuparás la casa ajena en vano."

CONDE.

Pues ¿qué remedio si a Clavela adoro?

TRISTÁN.

Ponerle cebo y se vendrá a la mano.

CONDE.

¿Qué cebo hay en Madrid?

TRISTÁN.

Dicen que el oro;  
que Amor, para que vayan más estrechas,  
ya tira bolsas en lugar de flechas.

CONDE.

Menos es una bolsa de doblones  
que llena de paseos y suspiros,  
noches esquinas, armas y pasiones.

TRISTÁN.

Y aun sé yo que hacen más derechos tiros.

CONDE.

Si cuanto truje de Alemania pones,  
aunque fueran diamantes y zafiros,  
en la balanza de Clavela, es poco.

TRISTÁN.

Perdido estás.

CONDE.

Mejor dijeras loco.

TRISTÁN.

¡Oh, cuán acepto fuera, conde Mario,  
un libro, pues no hay luz que más importe  
que llaman a su autor Itinerario  
para los extranjeros de la corte!

CONDE.

No dudo yo que fuera necesario.

TRISTÁN.

Mientras la pluma algún ingenio corte,  
un borrador te quiero dar.

CONDE.

No creas  
que en mis engaños desengaños veas.

(Váyanse, y salgan LEONARDA y INÉS.)

INÉS. ¡Bravas fiestas!

LEONARDA. Para mí  
notables, Inés, han sido.  
Mis pensamientos corrí  
haciendo coso el sentido,  
por cuyas ventanas vi.

INÉS. ¿Qué viste?

LEONARDA. Suertes que ha hecho  
este Félix en mi pecho.

INÉS. Si a su lado te sentaste  
y toda la tarde hablaste,  
¿de qué te espantas?

LEONARDA. Sospecho  
que si éste en Burgos viviera,  
o si yo a la corte fuera,  
perdiera el seso por él;  
milagros he visto en él,  
por quien el alma le diera.

INÉS. De tu mucho encerramiento  
¿qué se podía esperar  
sino ese fácil intento  
que así te deja llevar  
del primero movimiento?  
Ya vi que te dijo amores,  
este libre cortesano,  
saliéndote más colores  
que al principio del verano  
brotan por los campos flores.  
Ya vi que una vez tomó,  
a hurto de aquella gente  
que en el tablado subió,  
tu mano, y que libremente  
en blanco marfil bebió;  
y también la priesa vi  
con que de los (1) rojos labios  
la desviaste.

LEONARDA. Es así; (2)  
pero no fueron agravios  
de la sangre que hay en mí,  
pues él no sabe quién soy,  
ni el rostro me vió jamás.  
Pero sabe Dios que estoy  
muy necia.

INÉS. ¿Tan ciega estás?

LEONARDA. ¡Ay, Inés, perdida voy!

INÉS. Toros que gente no ven,  
esos los más bravos son;  
mujeres que hombres también,

(1) En los impresos, "sus".

(2) En C y D, "así".

porque con la privación  
todo les parece bien.  
Toro fuiste que arremetes  
al primer hombre que viste.

LEONARDA. ¡Ay! Déjame, no me aprietes,  
que si en belleza consiste,  
bien es que al amor respetes.  
Si vieras tan cortesanos  
amores, si tales ojos,  
tal donaire, tales manos,  
disculparas mis enojos,  
culparas rigores vanos.

INÉS. ¡Todo el hombre es hecho de oro!  
¡Sí, que aún tiene su lacayo  
su poquito de decoro!

¿No le viste como un rayo  
partir del tablado al toro?  
Pues te juro que sacó  
la espada y que me miró,  
y que brava suerte hiciera  
si el toro no le cogiera,  
que en efecto le cogió.  
Amor, en fin, de hoy nacido,  
mañana se ha de acabar.

LEONARDA. La ropa que hemos traído  
junta, si es para olvidar  
partir el (1) mejor partido:  
que es fuerza que caminemos  
toda la noche, y mañana  
en Burgos disimulemos.

INÉS. Tu hermano en una ventana  
vi haciendo bravos extremos.

LEONARDA. Harto temí que me vieses.

INÉS. Félix entra en su aposento.

LEONARDA. Si desde éste oír pudiese (2)  
lo que habla, Inés, no hay contento  
mayor que tener pudiese.

INÉS. Tú lo oirás, y aún lo verás,  
pues sólo le ataja un paño.

LEONARDA. Si habla en mí no quiero más.

*(Apártese a un lado, y salga alborotado DON FÉLIX,  
y CARLOS, y POLEO.)*

D. FÉLIX. Cuanto procuro es engaño.

CARLOS. Pues ¿tan aprisa (3) te vas?

D. FÉLIX. Las fiestas se han acabado:  
¿qué tengo ya más que hacer?

POLEO. Descansa.

D. FÉLIX. Ya he descansado,  
puesto que no puede ser  
que lo esté de mi cuidado.

INÉS. Cuidado tiene de ti.

LEONARDA. Pues que de él me enamoré,  
bien lo puede estar de mí.

D. FÉLIX. Aquella mujer que hablé  
me ha puesto, Carlos, así. (1)

INÉS. Sin duda que está perdido.

LEONARDA. Con eso alegre me iré,  
que aunque herido el que ha reñido,  
se despica como esté  
también su contrario herido.

CARLOS. Pues ¿qué es lo que ha despertado  
esta labradora en ti?

D. FÉLIX. De mi Clavela el cuidado;  
con que partiré de aquí  
más loco y enamorado.

LEONARDA. ¿Clavela dijo?

INÉS. No sé;  
mal la palabra me suena.

LEONARDA. ¿Que yo su amor desperté?

INÉS. Solicitaste su pena  
y diste fuerza a su fe.

LEONARDA. De toros, por que me asombre,  
¿qué suerte libre se escapa?  
Este, engañado en el nombre,  
hizo (2) en mí lo que en la capa  
y vuelve a seguir al hombre.

D. FÉLIX. No sé qué prendas tenía  
en la faltriquera, Carlos,  
mientras a esta burgalesa  
le decía amores falsos,  
que estaban, como habrás visto,  
los corazones picando  
los gavilanes hambrientos. (3)  
haciendo el mío pedazos.  
Sacarlas quiero y decirles  
que por qué me están matando,  
cuando la injusta Clavela  
vive con el conde Mario.

*(Saque unos papeles y un retrato.)*

No era nada lo que había;  
papeles son y un retrato  
de su mano y de su rostro.  
¡Ay, Dios, qué rostro y qué manos!

(1) En los impresos, "así".

(2) En ídem, "hace".

(3) En ídem, estos dos versos dicen:

"los gavilanes picando  
los corazones hambrientos".

(1) En los impresos, "es".

(2) En ídem, "yo le oyese".

(3) En ídem, "aprieta".

Mas yo ¿por qué los venero  
y engaños estimo en tanto?  
Hereje soy del amor,  
pues en Clavela idolatro.  
¡Muera Clavela!

(*Rompa el retrato.*)

CARLOS.

¡Detente!

D. FÉLIX. Hice el rostro dos pedazos.  
Agora, Conde, está bien;  
pues dos caras hizo a entrambos,  
tomad la media; (1) mas no,  
que entera la habréis gozado;  
que para espaldas a mí  
bastaráme un naipe en blanco.  
Acaben estos papeles  
como el dueño.

(*Rómpalos.*)

CARLOS.

Si acabamos

cuanto es prendas de Clavela,  
vamos a Madrid despacio.

POLEO.

Y dice Carlos muy bien.  
No me des caballo cuarto,  
así Dios te dé ventura;  
no pasemos más trotando  
el puerto de Somosierra  
entre peñascos y cabos.  
Si ha de ser del postillón  
por fuerza el mejor caballo,  
el segundo para ti  
y el tercero para Carlos,  
¿qué ha de quedar para mí  
sino algún hijo del diablo, (2)  
que me vaya a costa mía  
sobre la silla (3) enseñando  
aquestos bailes de agora,  
todos visajes y saltos;  
que me dicen que bailaba  
el otro día un hidalgo,  
y pasando hora por él  
le quedó la boca a un lado,  
la barriga en otros muslos  
y hecho tarabilla el brazo?

D. FÉLIX. Ahora bien, si yo me muero,  
aunque la estoy infamando,  
por Clavela, ¿cómo quieres  
que vaya mi amor despacio?  
Muero ¡por Dios! por Clavela.

Si no lo creéis entrambos,  
diré a voces que me muero.

(*Esto diga DON FÉLIX muy alborotado, y lléguese LEONARDA.*)

LEONARDA. ¡Jesús, señor! ¿Qué os ha dado?  
¿Es alguna enfermedad  
de la corte o de palacio  
esto que llamáis Clavela?  
Que dicen que aquestos años  
hasta las enfermedades  
los señores cortesanos  
buscan nuevas en la corte.

D. FÉLIX. ¿Vos nos estáis escuchando?

LEONARDA. Estos juntos aposentos  
fueron la causa.

D. FÉLIX.

Burlamos

Carlos y yo de los hombres  
que pasan por los engaños  
de las damas de Madrid.

LEONARDA. ¿Burlas con tantos desmayos?

Pero si de ellas burláis,  
que dicen que saben tanto,  
¿qué haréis de las burgalesas?

D. FÉLIX. Adorar en su recato

y en sus honestas razones.

LEONARDA. Ahora bien, ¿mandáisme algo,  
que me parto luego a Burgos?

D. FÉLIX. ¿Tan presto?

LEONARDA.

Tengo un hermano

en las fiestas, y no quiero  
que, llegando más temprano,  
le enfade mi atrevimiento.

D. FÉLIX. Ya que os vais y no he de hablaros  
ni veros más en mi vida,  
os ruego, por lo pasado  
entre los dos en los toros,  
donde merecí esas manos  
y algunas tiernas razones,  
que os bajéis la toca.

LEONARDA.

¡Paso,

que no son todas Clavelas  
ni hay en Burgos condes Marios!  
No queráis mi rostro entero,  
que pensaréis que es retrato,  
y cuando estéis en Madrid  
haréis su imagen pedazos.  
Oíd aquí sin testigos.

D. FÉLIX. Decid.

(*Aparte LEONARDA a DON FÉLIX.*)

LEONARDA.

Cortesano ingrato,  
sacarme ¡por Dios! quisiera

(1) En B, "vuestra".

(2) En A, "de un". En C, "sino un hijo de algún diablo".

(3) En los impresos, "arzón".



los ojos que habéis (1) mirado,  
y de la boca me huelgo  
porque fué libre en hablaros.  
Quede la boca cubierta,  
por cuyas rejillas os hablo,  
siete leguas que hay a Burgos,  
por venganza de este (2) agravio,  
daré tormento de toca.

D. FÉLIX. ¡Señora!

LEONARDA. ; Ah, mal cortesano!

(*Vase LEONARDA.*) (3)

POLEO. Tente (4) tú, Juana o Lucía.

INÉS. ; Vaya el pícaro lacayo!  
; Mal haya el toro gallina  
que no le comió a bocados  
las calcillas y... ya entiende!

(*Vase INÉS.*) (5)

POLEO. Pues, fregona (6) de los diablos,  
¿qué retrato he yo roto  
o qué papeles rasgado?

CARLOS. ; Buena estaba la mujer!

D. FÉLIX. Carlos, a los que están hartos  
siempre se ofrece que coman,  
y a los muy enamorados  
ocasiones de querer.  
Busca postas y partamos  
a Madrid.

POLEO. Deja partir  
en sus reverendos asnos  
estas damas (7) burgalesas.

D. FÉLIX. ; Ay, Clavela!

CARLOS. Escucha un rato,  
que llora la burgalesa.

D. FÉLIX. ¿Tan presto?

POLEO. En mujer el llanto  
está detrás de la puerta.

D. FÉLIX. ¿Qué puerta?

POLEO. La del engaño.

(*Váyanse, y salgan en Madrid CLAVELA y LUCÍA, el  
CONDE y TRISTÁN.*)

CONDE. Ya que estáis más sosegada  
de aquel pasado rigor, (8)

; qué le mandáis a mi amor?

CLAVELA. A vuestro amor poco o nada;  
a vuestras obligaciones  
mejor pudiera atreverme  
si no temiera ponerme  
en mayores ocasiones.

CONDE. La que yo puedo tener  
es sólo a vuestro valor.

TRISTÁN. Los terceros del Amor  
saben lo que se ha de hacer;  
y así (1) os quiero concertar,  
aunque este nombre no es santo,  
porque quien os quiere tanto  
lo pueda en algo (2) mostrar.  
Hoy es día en que esta villa  
celebra el Angel con fiesta,  
en cuya balanza puesta,  
sin torcella ni impedilla,  
de las almas está el peso.  
Feria franca y día feriado  
en que el más galán cuidado  
hace algún notable exceso.  
Vaya (3) en su coche Clavela  
hasta la calle Mayor,  
o si es poco al grande amor  
que al condé Mario desvela,  
puede ir a la Platería.  
Joyas hay; ferie diamantes  
como aquel valor constante  
que el Conde vencer porfia,  
y podrá también la puerta  
de Guadalajara dalle  
telas que adornen su talle,  
ámbar que el gusto despierta.  
Hará el Conde como quien  
desea mostrar valor,  
y Clavela, de su amor,  
se satisfará también;  
que las obras son amores  
y no hay amores sin ellas.  
CONDE. Si vendieran estrellas  
o los planetas mayores  
para diamantes, Tristán,  
o rayos del sol por joyas,  
bien en piedras y oro apoyas  
la obligación (4) de un galán.  
Si pudiera dar ciudades,  
palacios, huertos, pensiles,

(1) En A y C, "así".

(2) En B, "esto".

(3) En ídem, "salga".

(4) En A y C, "la voluntad".

(1) En B, "los dos ojos que has".

(2) En ídem, "de su".

(3) En los impresos, "*Váyase*".

(4) En ídem "Oye".

(5) En ídem, "*Váyase*".

(6) En A, "fuego no", por errata.

(7) En los impresos, "daifas".

(8) En ídem, "furor".

- fuera bien; pero son viles oro y plata a mis verdades; Con todo, vaya, Clavela, y conocerá mi amor.
- CLAVELA. A quien de vuestro valor menos grandeza recela (1) esas pruebas fueran bien, no para mí, que conozco vuestra sangre y reconozco que amor os debo también. Iré solamente a ver la feria y calle Mayor; más por celos de mi amor, que sé que los ha de haber, que por perlas (2) ni diamantes.
- CONDE. Si en aquesta ocasión fuera rey del mundo, os ofreciera...
- CLAVELA. ¡No más!
- CONDE. Prendas semejantes no admiten (3) comparación.—Id delante.
- CLAVELA. Allá os espero.
- TRISTÁN. Tú harás como caballero.
- CONDE. Esta es la primer lición.

(Váyanse el CONDE y TRISTÁN; queden CLAVELA y LUCÍA.)

- CLAVELA. ¿Qué te parece de mí?
- LUCÍA. Que no hay que fiar de Amor, y que el consejo mejor es esa mudanza en ti. ¿Tú eres la religiosa? ¿Tú la que ya concertabas el dote?
- CLAVELA. ¡Qué necia estabas, cuando me viste llorosa, en creer esto de mí! Todo amor, toda porfía nos dura apenas un día. ¿Quieres bien al Conde?
- LUCÍA. Sí.
- CLAVELA. Muy entre dientes lo dices.
- CLAVELA. Es porque miento también; pero para que hoy más bien este galán solenices, liberal, como extranjero, ven a la calle Mayor; y nunca me ayude Amor...

- LUCÍA. Di lo demás.
- CLAVELA. Si le quiero.
- LUCÍA. Mucho confío del oro.
- CLAVELA. Cuanto ves y el tiempo ordena es entretener la pena de aquel ausente que adoro.

(Váyanse, y salgan en Burgos LEONARDA y INÉS, en hábito de dama y criada.) (1)

- INÉS. No me acabo de admirar que tal desatino intentes.
- LEONARDA. Pues con estos accidentes ¿no tengo de delirar? Yo adoro a don (2) Félix; mira si intentaré mi remedio.
- INÉS. Cuarenta leguas en medio, como imposible me admira. ¿No decías al salir de Lerma que solo un día el amor te duraría?
- LEONARDA. Pensélo; pude mentir. Pensé que amor que nació en Lerma, en Lerma muriera.
- INÉS. Es sentencia verdadera, que nunca a nadie faltó, el saber dónde ha nacido, mas no dónde ha de morir.
- LEONARDA. Si el engañar, si el fingir blasón de mujer ha sido, hoy verás una invención que a cuantas has visto espante.
- INÉS. Tu hermano tienes delante.
- LEONARDA. El viene a buena ocasión.
- (Salga FLORELO, galán, hermano de LEONARDA, vestido de camino, y PAYO, lacayo, con él.)
- FLORELO. Hasta verte no he querido quitarme botas y espuelas.
- LEONARDA. Galán vienes y contento.
- FLORELO. ¡Oh, hermana, qué lindas fiestas!
- LEONARDA. ¿Sin preguntar mi salud?
- FLORELO. ¿Para qué, viéndote buca?
- LEONARDA. ¿Viéneslo tú?
- FLORELO. ¿No lo ves?
- INÉS. ¿Payo?
- PAYO. ¿Inés?
- INÉS. ¿Fué bien?
- PAYO. ¡Braveza!

(1) En A, "grandezas recelas". Es errata.  
 (2) En A y C, "joyas".  
 (3) En B, "tienen".

(1) En B, esta acotación dice: "(Entrense y salgan LEONARDA, INÉS; LEONARDA, en hábito de dama gallarda, y INÉS, de criada.)"

(2) En ídem, "yo muero por".

INÉS. ¿Los toros?  
 PAYO. Leones vivos. (1)  
 INÉS. ¿Las cañas?  
 PAYO. Del Amor flechas.  
 INÉS. ¿Los Reyes?  
 PAYO. Como quien son.  
 INÉS. ¿Las damas?  
 PAYO. Como quien eran.  
 LEONARDA. En fin, hermano Florelo,  
 ¿tú te has holgado?  
 FLORELO. Quisiera  
 que hubieras visto, Leonarda,  
 la hermosa plaza de Lerma.  
 Un cuadro como en pintura.  
 Fuertes pilares de piedra,  
 balcones todos iguales,  
 ventanajes y vidrieras;  
 en una de ellas al Rey  
 con la hermosísima Reina  
 de Francia; el Príncipe, en quien  
 discreción, gracia y belleza  
 compiten sobre el lugar,  
 y tienen igual sentencia  
 los demás ángeles (2) bellos  
 como el sol y las estrellas;  
 el Príncipe de Saboya,  
 las damas, en quien pudiera  
 sacar Zeuxis más hermosa  
 la diosa que admira a Grecia;  
 el Duque y muchos señores,  
 que la villa entonces era  
 ciudad, corte y huésped rico  
 de majestad y grandeza.  
 Un caballero de Burgos  
 con ocho rejonos entra,  
 galán, de negro y azul,  
 a dar principio a las fiestas.  
 Salen los toros, Leonarda,  
 que la romana soberbia  
 no corrió en su anfiteatro  
 del Asia tan bravas fieras.  
 De Segovia un caballero,  
 que allá en sus fiestas dió muestra  
 del valor de su persona,  
 quiso también darle en éstas; (3)  
 lanzadas y cuchilladas  
 como delante el Rey vieras,  
 porque el Rey es como el sol,

y el sol cuanto mira alienta.  
 Detrás de la galería  
 hay una trampa encubierta,  
 que el despeñadero llaman  
 porque, en entrando por ella,  
 no hay volteador en maroma  
 que dé tan extrañas vueltas  
 como da un toro hasta el río,  
 que en su corriente le espera  
 cubiertas de blancos cisnes  
 que le han de hacer las obsequias,  
 porque cantan en la muerte,  
 y debe de ser en éstas.  
 Muchos cayeron allí,  
 que, para que el Rey los viera,  
 se arrojaron a morir,  
 que aun hay lisonja en las bestias.  
 Duró la fiesta la tarde,  
 y entró por remate de ella,  
 Leonarda, el juego de cañas,  
 que de a cuatro pienso que eran.  
 Seis cuadrillas las más nobles,  
 las más lucidas y bellas  
 que tiraron caña a adarga,  
 ni vieron lanza jineta,  
 sacó el Conde de Saldaña,  
 hijo del Duque de Lerma,  
 con que queda encarecido;  
 no hay más, Leonarda, que sepas;  
 dos puestos cuyas colores  
 eran pardo y verde, y piensa  
 que una esperanza tan alta  
 tan justos trabajos cuesta.  
 Don Luis Lasso, hijo del Conde  
 de los Arcos, a quien diera  
 el suyo Amor aquel día  
 como al de Rentín las flechas,  
 con don Francisco de Prado  
 y aquel honor de su tierra  
 don Carlos.

LEONARDA. ¿El de Arellano?

FLORELO. El mismo.

LEONARDA. ¡Oh, cuánto me alegras!

FLORELO. El Duque de Peñaranda,  
 hijo de Alejandro o César,  
 de aquel gran señor que yace  
 como águila en la aguilera;  
 el Conde de Puñonrostro,  
 con quien iba en competencia,  
 galán, don Pedro Mejía,  
 fueron en los dos; no creas  
 que se han visto tales galas.

(1) En A y C, "bravos".

(2) En los impresos, "Príncipes".

(3) En ídem falta "darle".



LEONARDA. ¡Ay, Florelo, y quién los viera!

INÉS. (Cuerdamente disimula  
el haber estado en Lerma.)

FLORELO. Don Fernando de Toledo,  
mancebo cuya prudencia  
al bisabuelo que tuvo  
su nombre aspira y contempla,  
de azul y negro sacó  
un puesto que no dijeras  
sino que era cielo y noche,  
si eran padre y hijo estrellas,  
que el Duque de Alba, su padre,  
cuya gentileza hereda,  
salió como alba del sol,  
aunque a la mano derecha;  
iba luego don Antonio  
de Avila, donde vieras  
al mismo Amor, pues la envidia  
le ha puesto en los ojos venda;  
que es del Marqués de Velada,  
hijo y del águila excelsa;  
de Priego fué don Alonso  
de Córdoba.

LEONARDA. Corto quedas.

FLORELO. Pardo, blanco y encarnado,  
mira qué bien se conciertan,  
fueron del Conde del Risco,  
ya monte de altas empresas,  
colores de su cuadrilla,  
llevando a su padre en ella...

LEONARDA. ¿Quién?

FLORELO. El Marqués de las Navas.

LEONARDA. ¡Cuerda elección!

FLORELO. La más cuerda,  
porque llevar a su padre  
fué honor, fué amor, (1) fué exce-  
pero mira ¡por tu vida! [lencia;  
qué dos corrieron parejas  
en el puesto del Marqués,  
pues no hay más que te encarezca.

LEONARDA. ¿Quién?

FLORELO. El Duque de Pastrana  
Silva y de mil flores selva,  
por ausencia de Belisa,  
llevaba una banda negra  
(que un mismo color se visten  
la tristeza y el ausencia), (2)  
y el Príncipe de Esquilache,  
único en armas y en letras,

de rosa seca y de blanco;  
su puesto el Duque de Cea  
sacó en el quinto lugar,  
como Marte en quinta esfera;  
es aqueste bello Adonis  
hijo del Duque de Uceda,  
nieta del heroico Duque  
de Lerma y Marqués de Denia,  
es quien hereda su casa.

LEONARDA. Si sus grandezas hereda  
ocupará de la fama

las alas, plumas y lenguas.

¿Quién iba con él, Florelo?

INÉS. (¡Qué bien fingida inocencia!)

FLORELO. El Marqués de Floresdávila,  
de quien la casa se precia  
de Zúñiga, y con razón,  
porque es de los buenos de ella.  
De aqueste puesto y cuadrilla  
don Vicente Belvis era,  
con don Diego de Aragón.

LEONARDA. Y ¿quién llevó la postrera?

FLORELO. El Marqués de Peñafiel.

LEONARDA. ¿Qué color?

FLORELO. Congoja honesta.

LEONARDA. Pues ¿eran leonado y blanco?

FLORELO. Los mismos.

LEONARDA. ¿Quién iba en ella?

FLORELO. El Marqués de Fuentes iba,  
que con gallarda presencia  
acompañaba al bizarro  
Marqués, dignísima prenda  
del Duque de Osuna, el Duque  
que hoy a Sicilia gobierna, (1)  
por quien dijera Virgilio  
mejor que vuelven a ella  
aquellos siglos dorados,  
reinos del primer planeta.  
Con el galán don Manuel,  
sangre ilustre portuguesa  
del gobernador de Oporto,  
que de los últimos era,  
iba don Luis de Guzmán,  
a quien virtud y experiencia  
conocida en verdes años  
(que así la virtud se premia),  
el gobierno de Segovia  
dieron, y con quien se cierra

(1) Esta comedia es de 1613, según consta del manuscrito y comprueban esta referencia y la descripción de las fiestas de Lerma, que son de dicho año.

(1) En los impresos, "fué amor, fué honor".

(2) Faltan estos cuatro versos anteriores en B.

el número de los puestos,  
y advierte que estas libreas  
no eran invención morisca,  
sino cristiana y moderna.  
Marlotas y capellares,  
capas y vaqueros eran,  
y los bizarros caballos,  
que el carro del sol desprecian,  
con aderezos de monte.

LEONARDA. ¡Linda invención!

FLORELO. Linda y nueva.

LEONARDA. ¡Oh, quién los hubiera visto!

FLORELO. De no llevarte me pesa  
en el coche aquella tarde.

LEONARDA. Así ¡por tu vida! Espera;  
unas cartas tengo aquí  
que un cortesano que vino  
en este mismo camino  
me las dió (1) ayer para ti;  
que a Burgos la devoción  
me dijo que le traía.

FLORELO. Muestra a ver.

LEONARDA. (¡Oh, industria mía,  
valedme en esta ocasión!) *(Aparte.)*  
Toma.

FLORELO. La firma he mirado.  
"Don Félix" dice.

LEONARDA. ¿De quién?

FLORELO. "De Toledo."

LEONARDA. Muestra bien  
nombre y nacimiento honrado.

*(Dele LEONARDA la carta a FLORELO y él la lee.)*

"Descuidado estaba de tener tan valero-  
so (2) caballero por primo, y cuando murió el  
Gobernador, mi señor, me advirtió que v. m.  
lo era, y que, sirviéndole, reconociese mis obli-  
gaciones, y así le suplico que, no olvidándose  
de las suyas y de su sangre, (3) venga a esta  
corte a pretender un hábito, que con sus mé-  
ritos y mi favor le tendrá cierto. Advirtiéndole,  
ante todas cosas, que ha de ser mi huésped  
y dueño de mi casa. (4) Vivo a la Merced.—  
*Don Félix de Toledo.*"

¿Primo en la corte? ¿Qué es esto?

LEONARDA. No sé ¡por tu vida! hermano.

Si tú lo ignoras, es llano  
que yo sabré menos de esto.

FLORELO. Sin duda debe de ser  
hijo de aquel nuestro tío  
indiano; el intento mío  
allá debió de saber,  
pues del hábito me escribe.

LEONARDA. Mis ojos con él te vean,  
que es todo el bien que desean.

FLORELO. Primo que en la corte vive,  
rico y lleno de favor,  
mucho me puede importar; (1)  
mas no te puedo dejar,  
satisfaciendo mi honor,  
sola en Burgos.

LEONARDA. ¿Por qué no?

FLORELO. Porque será infamia en mí  
que vivas tú sola aquí  
y asista en la corte yo.  
¡Por Dios! que si tú quisieras  
que era gallarda (2) ocasión  
de esta justa (3) pretensión  
si a Madrid conmigo fueras.

LEONARDA. ¿Yo a Madrid? ¿Estás en ti?

FLORELO. ¡Oh, hermana, míralo bien!

LEONARDA. ¿Qué hay que mirar, pues tan bien  
puedo yo quedarme aquí?

FLORELO. Eso no, si tú no vas  
no hay pretensión acertada,  
supuesto que acompañada  
de tu virtud siempre estás.

LEONARDA. Ahora bien, esto requiere  
más espacio, que has venido  
de Lerma tierno y perdido  
por la corte.

FLORELO. Si no fuere  
contigo no hay que tratar.

LEONARDA. ¡Oh, cuánto a un mozo le agrada  
la corte!

FLORELO. Mi sangre honrada  
sólo me puede obligar.

LEONARDA. Entra y descansa.

FLORELO. ¡Hola, Payo!  
Quítame estas botas.

PAYO. Voy.

*(Váyanse FLORELO y PAYO; queden LEONARDA y INÉS  
solas.)*

(1) En los impresos, "me dejó".

(2) En B, en lugar de las cuatro últimas palabras,  
dice: "que tenía tan generoso y noble".

(3) Faltan en B estas cuatro anteriores palabras.

(4) En B dice este párrafo: "En esta casa esta-  
rán juntos, que unida de ser mi huésped y el se-  
ñor de ella."

(1) En B, "harto me puede ayudar".

(2) En idem, "notable".

(3) En idem, "honrosa".

LEONARDA. ¡Brava (1) invención!  
 INÉS. Loca estoy.  
 LEONARDA. Pues éstas son como ensayo  
 de las que pretendo hacer.  
 INÉS. ¿A Félix tu primo has hecho?  
 LEONARDA. Que iré a su casa sospecho.  
 INÉS. Tu engaño (2) se ha de saber.  
 LEONARDA. Sabré yo entonces hablalle.  
 INÉS. Y a Félix, con la afición  
 de Clavela, ¿qué invención  
 podrá desenamoralle?  
 LEONARDA. Todo lo enreda quien ama.  
 Si en Madrid llevo a la empresa,  
 tú verás la burguesa  
 hacer un hecho de fama.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## ACTO SEGUNDO (3)

de LA BURGUESA DE LERMA.

(Salen CLAVELA y GERARDO, *criado*.)

CLAVELA. ¿Estás loco?  
 GERARDO. Lo que vi  
 ¿es locura que lo afirme?  
 CLAVELA. ¿Don Félix en Madrid?  
 GERARDO. Sí,  
 porque el amante más firme  
 se suele mudar así.  
 Como toro con maroma,  
 quien ama que no se acuerda,  
 cuando (4) la costumbre doma,  
 por lo que alcanza la cuerda,  
 todo aquel espacio toma;  
 mas tirándole verás  
 que más furioso que (5) parte,  
 vuelve con la cuerda atrás,  
 don Félix vuelve a buscarte.  
 CLAVELA. ¿Más rendido?  
 GERARDO. Mucho más.  
 CLAVELA. Luego ¿yo la cuerda soy  
 que de la frente le tira?  
 GERARDO. En esa sospecha estoy.  
 Toda su celosa ira  
 pára en rendimientos hoy.

Tente fuerte si le quieres.  
 CLAVELA. No eres mal necio.  
 GERARDO. El rigor  
 rinde.  
 CLAVELA. Ya te digo que eres  
 necio si en artes de amor  
 enseñas a las mujeres.  
 Para estratagemas tales  
 todas nacen enseñadas.  
 GERARDO. No nacéis todas iguales;  
 tiernas sois si sois airadas,  
 traidoras si sois leales.

(Sale LUCÍA.)

LUCÍA. El Conde te viene a ver.  
 CLAVELA. Llega (1) esa silla, Gerardo.

(*Salgan el Conde y TRISTÁN.*)

CONDE. Ya no será menester,  
 que si vuestros pies aguardo  
 su estrado pretendo ser.  
 CLAVELA. No viene bien al estado  
 vuestro ser de nadie estrado; (2)  
 aquesta silla tomad.  
 TRISTÁN. Cumplimiento y voluntad  
 juntos nunca (3) se han sentado,  
 que es como decir y hacer.  
 CONDE. Ya, señora, os obedezco.  
 ¿Cómo estáis?  
 CLAVELA. Con nuevo ser  
 después que veros merezco.  
 CONDE. No sabré (4) yo responder  
 si vos me atajáis (5) así.  
 TRISTÁN. ¡Qué humilde y necio es Amor!  
 CLAVELA. ¡Niego!  
 TRISTÁN. ¡Pruebo!  
 CLAVELA. A ver.  
 TRISTÁN. Si aquí  
 hacéis al Conde el favor,  
 de que yo testigo fui,  
 y él dice que desmerece  
 el favor que vos le hacéis,  
 niega aquello que apetece,  
 y vos en duda ponéis  
 lo que en ser quien es merece;

(1) En los impresos, "linda".

(2) En idem, "enredo".

(3) En B, "Jornada segunda".

(4) En los impresos, "lo que".

(5) En B, "se".

(1) En B, "Pon".

(2) En A y C, "vuestro, señor, ser de nadie es-  
trado". En D, "vuestro ser de nayde estrado".

(3) En A y C, "jamás juntos".

(4) En B, "No podré".

(5) En idem, "tratáis".



luego por esta humildad  
necio es Amor.

CLAVELA. Falsedad,  
pues sabéis que en toda acción  
implican contradicción  
humildad y necedad.  
Tanto tendrá de discreto  
cuanto de humilde el más sabio;  
que la soberbia, en efeto,  
es del ingenio un agravio  
que hace al más cuerdo (1) imperfe-  
Yo vi ingenios de mil modos [to,  
por la soberbia tan necios,  
que los murmuraban todos.

CONDE. Al vuestro rindan sus precios  
griegos, romanos y godos.  
Pero esto dejando aparte,  
corrido estoy de las ferias.

CLAVELA. Amor aborrece el arte.  
Tratemos de otras materias.

TRISTÁN. El Conde intenta culparte, (2)  
pues ninguna joya hubiera,  
si la bordaran diamantes  
como en la más alta esfera,  
tan grandes, tan semejantes,  
que liberal no te diera.

CLAVELA. Aquel Cupido bastó  
que a una ninfa le ofrecía  
las alas, con que mostró  
que la libertad rendía  
que el Cielo en volar le dió,  
que es lo mismo que rendir  
un hombre el propio albedrío.

TRISTÁN. ¡Qué bien lo sabe decir!

CLAVELA. Así fué el Cupido mío.  
Pudo volar, pudo huír.

(Sale LUCÍA.)

LUCÍA. Un caballero está aquí,  
recién venido de Lerma,  
que me pregunta por ti.

CLAVELA. Pues dile (3) que estoy enferma.

CONDE. No, no; si lo hacéis por mí.  
Tres cosas ningún discreto  
dijo burlando.

CLAVELA. ¿Qué han sido?

CONDE. Que está por ningún efeto (4)

pobre, enfermo y desvalido. (1)  
CLAVELA. No las decir os prometo.

(Salgan DON FÉLIX y POLEO.)

D. FÉLIX. Vengo, con vuestra licencia, .  
a cumplir mi obligación,  
aunque de tan breve ausencia.

CLAVELA. Pagáis las que dignas son  
de justa correspondencia.  
¿Cómo por Lerma os ha ido?

D. FÉLIX. Notables fiestas han sido  
las que el Duque al Rey ha hecho.

CLAVELA. Es aquel heroico pecho  
admirado y conocido  
del mundo por la grandeza,  
por la piedad y el valor,  
que admira a Naturaleza.

CONDE. ¿Qué villa es Lerma?

D. FÉLIX. Señor,

si tuviera la destreza  
que tuvo pintando Apeles,  
la villa y campo os pintara  
sin lisonjear doseles;  
mas para cosa tan rara  
son muy toscos mis pinceles.  
Está tan bien adornada  
de la plaza y del palacio,  
y en tan buen sitio fundada,  
y por su fértil espacio  
de tantos templos cercada,  
que no os la sabré pintar,  
pues campos, ríos y fuentes  
que hacen envidioso al mar,  
sotos, prados, vegas, puentes  
dieran sujeto y lugar,  
a Virgilio, si viviera.

Yo me vi en un campo un día  
de su famosa ribera,  
que codicié la poesía  
y escribiera si supiera.

Pensé (2) también que venía  
sin amor, y su hermosura  
me enamoró (3) tanto un día,  
que suspiré; qué locura!  
al pie de una fuente fría,  
donde unas ninfas están  
de jaspe y mármol.

CLAVELA. ¿Qué nombre  
tiene el lugar?

(1) En los impresos, "roto, pobre o encogido".

(2) En ídem, "pienso".

(3) En ídem, "despertó".

(1) En B, "alto".

(2) En los impresos, "culpase".

(3) En ídem, "digan".

(4) En ídem, "defeto".

D. FÉLIX. Fuente Imán,  
que es fuente imán para un hombre  
adonde celos le dan.

CLAVELA. ¿En efeto imán ha sido  
la que os trajo?

D. FÉLIX. Por ser hiedra  
codicié el muro perdido,  
que una imán y fuerte piedra  
me ha vuelto y vuelto el sentido.

CLAVELA. Hanme dicho que hay allí  
unas vacas extranjeras.

D. FÉLIX. Bien dices, que yo me fuí  
por tan extranjeras fieras,  
que en sus cuernos me perdí. (1)  
Todo ganado extranjero  
suele ser más estimado.

CONDE. (Yo entiendo este caballero.

TRISTÁN. Es el galán olvidado.

CONDE. Pues desocuparlos quiero,  
que de metáforas fuí  
toda mi vida enemigo,  
y debe de hablar en mí. (2)

TRISTÁN. Cuerdo estás.

CONDE. Al tiempo sigo.  
Esto en Madrid aprendí.)  
Un poco tengo que hacer.  
Dadme licencia, señora.

CLAVELA. Vuestra soy y lo he de ser.

CONDE. No deis pesares agora,  
que es tiempo de dar placer.  
Hablad a esta fuente imán,  
que merece este galán  
más justa correspondencia.

CLAVELA. Para ir os doy licencia,  
no para hablar.

CONDE. (¿Qué hay, Tristán?

TRISTÁN. Allá fuera te diré  
lo que de aquesto he sentido.

CONDE. ¡Muerto voy!)

(Váyanse el CONDE y TRISTÁN.)

CLAVELA. Pues bien, ¿qué fué  
la causa de haber venido  
de Lerma vuesa merced?  
¿Es esta la religión (3)  
por quien iba (4) a Miraflores?

(1) Este y los nueve versos anteriores faltan en los impresos. Son necesarios para el sentido y constan en B.

(2) En C y D, "de mí". En A, "y pienso que hablan de mí".

(3) En los impresos, "relación"; pero es errata.

(4) En ídem, "que llevaba".

D. FÉLIX. Flores en amores son,  
pero flores en amores  
sécanse sin posesión.  
Mas bien podré preguntarte  
del hábito que allá oí (1)  
que tomabas.

CLAVELA. Imitarte  
pensaba; (2) mas presumí  
que sabes de Amor el arte,  
y que de burlas te fuiste,  
finjiendo esos celos vanos.

D. FÉLIX. ¿Vanos? Si agora me viste  
que los toqué con las manos,  
¿en qué la verdad consiste?

CLAVELA. ¡Cuántas cosas se han tocado  
con las manos que no han sido  
verdad!

D. FÉLIX. Si se han engañado  
los ojos, manos y oídos,  
sordo, ciego y manco he estado.  
¡Ah, cruel, que no viniera  
de donde me fuí, a no ser  
para que tu infamia viera:  
que eres, traidora mujer,  
falsa, inconstante y ligera!  
¡Di que este Conde extranjero  
no ocupa más de una silla! (3)

CLAVELA. ¡Mientes!

D. FÉLIX. Y aun el alma espero.

CLAVELA. ¡Oh, qué vieja está Castilla,  
pues vienes tan majadero!  
¡Vete, no entres más aquí!

D. FÉLIX. ¿Aquesto te ofende? (4)

CLAVELA. Sí.

D. FÉLIX. Oye.

CLAVELA. No es tiempo de necios. (5)

D. FÉLIX. Clavela, tales desprecios...  
¡Ten, ten lástima de mí!

(Váyase CLAVELA.)

POLEO. Oye tú, doña (6) Lucía,  
oye a tu amante Poleo.

LUCÍA. Váyase ¡por vida mía!

(1) En los impresos, "hallé oy".

(2) En ídem, "quería".

(3) En ídem, las palabras "más que una silla" las dice Clavela, y sigue con la exclamación "¡Mientes!", que hace confuso el sentido.

(4) En ídem, "¿Pues esto te ofende?"

(5) En ídem, este verso lo dice todo Clavela en esta forma: "que ya no es tiempo de necios".

(6) En ídem, "Juana o Lucía".

a un hospital, señor feo,  
que me huele a barbería.

POLEO. Lucía, no soy espliego;  
Poleo soy.

LUCÍA. Pues que aquí  
no le derrame le ruego.

(*Váyase.*)

POLEO. En no te admitiendo a ti  
llevamos perdido el juego;  
que tú eras quien paraba  
con Clavela, y por de fuera  
yo con Lucía apostaba.

D. FÉLIX. ¡Oh, Medea! ¡Oh, Circe fiera!

POLEO. ¡Oh, sierpe! ¡Oh, tortuga! ¡Oh,  
[Cava!

D. FÉLIX. Si dentro el Conde estuviera,  
no dudes que le rompiera  
la puerta.

POLEO. Ven hacia casa,  
porque la gente que pasa  
no piense alguna quimera.

D. FÉLIX. Milagro ¡por Dios! ha sido  
no haber muerto esta mujer

POLEO. Que te reportes te pido,  
pues remedio puede haber.

D. FÉLIX. ¿Remedio?

POLEO. Sí.

D. FÉLIX. ¿Cuál?

POLEO. Olvido.

D. FÉLIX. Andaos ¡por Dios! a olvidar.  
No es este amor niñería,  
y debes considerar (1)  
que no es para cada día  
morir y resucitar.

POLEO. Mira que vas por la calle.  
Pon bien la capa y sombrero,  
y quéjate con buen talle.

D. FÉLIX. Olvidar y callar quiero;  
dile a Amor que olvide y calle;  
mas ni olvidar ni callar  
quiere Amor, que hablar porfía...  
y mejor será acabar; (2)  
que no es para cada día  
morir y resucitar.

POLEO. Ponte bien, que viene aquí  
Carlos.

D. FÉLIX. Carlos me reporta.

(*Sale (1) CARLOS.*)

CARLOS. A buscarte vengo.

D. FÉLIX. ¿A mí?

CARLOS. A ti ¡por Dios! y te importa.

D. FÉLIX. Si me importa, Carlos, di.

CARLOS. ¿Qué es esto?

POLEO. De visitar  
esa Clavela salía.

D. FÉLIX. Dile, si lo has de contar,  
que no es para cada día  
morir y resucitar.

CARLOS. Ya entiendo (2) lo que habrá sido,  
sin que tú me lo refieras.  
Diríale muy rendido  
que perdió con ansias fieras  
en esta ausencia el sentido;  
y como toda mujer  
a quien fingió no querella,  
y después la ve querer (3)  
más rinde y más atropella,  
y aun le suele aborrecer,  
siente el desprecio.

POLEO. Es verdad.

CARLOS. Pues, Félix, con estas nuevas  
templarás la voluntad.

D. FÉLIX. ¿Nuevas para mí?

CARLOS. Y tan nuevas,  
que os harán dificultad.

Llegándoos a buscar a vuestra casa  
de un coche vi que se apeaba gente,  
y, cuidadoso de saber quién era,  
vi un caballero de gallardo talle,  
mucha espuela dorada, mucha pluma,  
sacando de la mano cierta dama,  
que os certifico (4) que Clavela puede  
rendirle vasallaje en hermosura.  
Luego como me vieron preguntaron  
por su primo don Félix de Toledo.  
Son burgaleses, y, a lo que he pensado,  
vienen a ser en vuestra casa huéspedes.

DON FÉLIX.

¿Estáis en vos?

CARLOS.

Lo que ha pasado os cuento.

DON FÉLIX.

¿Yo primos burgaleses?

(1) En B, "imaginar".

(2) En idem, "fuera callar".

(1) En B, "(Entra)".

(2) En los impresos, "Ya yo sé".

(3) En B, "luego que la vió".

(4) En B, "aseguro".



CARLOS.

Haceos cruces,  
 porque con una carta vuestra vienen  
 buscando vuestra casa; mas sospecho  
 que aquestas pesadumbres de Clavela  
 os hacen olvidar de vuestra sangre  
 y las obligaciones que se deben  
 a cosas del honor. Si habéis escrito  
 aqúeste caballero que de Burgos  
 venga derecho a vuestra casa, Félix,  
 ¿será bien despedirle con mal rostro?  
 ¿Será bien que conozca esta flaqueza?

DON FÉLIX.

Vos debéis de intentar que pierda el seso.  
 Si tal carta escribí, ¡plega (1) a los Cielos  
 que muera a manos de tan locos celos!

CARLOS.

¿Que no la habéis escrito?

DON FÉLIX.

Ni conozco  
 tal primo en todo el mundo.

CARLOS.

Pues, don Félix,  
 mientras estáis en duda que lo sea,  
 no os podéis excusar de recibille,  
 porque será bajeza, si lo fuese,  
 indigna de tan noble caballero, (2)  
 y cuando no lo sea, ¿qué hay perdido?

DON FÉLIX.

¿Qué hay perdido decís? Pues ¿qué se gana  
 en tener en mi casa tantos huéspedes?

CARLOS.

Yo os lo diré si vos me estáis atento.

La hermana de este primo, o lo que fuere,  
 es hermosa mujer, como os decía.  
 Si Clavela vengándose porfía  
 en daros celos, luego que le cuenten  
 que tenéis esta dama en vuestra casa  
 veréis que se deshace y que se abraza;  
 que es condición de la mujer la envidia,  
 y la envidia es la madre de los celos.  
 Luego veréis sus ansias y (3) desvelos;  
 y por lo menos tomaréis venganza,  
 si no de su desdén, de su mudanza.

(1) En A, "ruego".

(2) Falta en los impresos este verso.

(3) En ídem, "sus".

DON FÉLIX.

Vos habéis dicho la más alta cosa  
 que hubiera respondido (1) en mi remedio.  
 Carlos, el mismo oráculo de Apolo,  
 celos de celos es remedio sólo,  
 que Amor sabe de coro estos estilos,  
 de herir a quien les hiere por los filos.  
 Norabuena vinieron a mi casa,  
 con verdad o sin ella, aquestos primos.  
 Yo quiero (2) que lo sean.

POLEO.

Pues detente,  
 que a recibirte salen a la sala.

DON FÉLIX.

¡Gallardo es él, por Dios, y ella es hermosa!

(*Salgan FLORELO y LEONARDA de camino; PAYO y  
 INÉS y un PAJE de DON FÉLIX.*) (3)

PAJE. (4)

Aqué! es mi señor.

FLORELO.

¿Cuál?

PAJE. (5)

El más alto.

DON FÉLIX.

¿Cómo se llama el burgalés?

CARLOS.

Florelo.

DON FÉLIX.

Seáis, señor Florelo, bien venido.

FLORELO.

Seáis, señor don Félix, bien hallado.

DON FÉLIX.

Y vos, prima y señora, si merezco  
 esos brazos, honrad a quien desea  
 aposentaros en el alma propia. (6)

LEONARDA.

Yo os confieso, señor, que no he venido  
 a la corte con gusto, antes forzada;

(1) En A, "que pudiera decir"; en C, "que pa-  
 dieras decir", y en D, "que pudiera decirse".

(2) En los impresos, "gusto".

(3) Esta acotación, en B, dice: "(*Entren FLO-  
 RELO, LEONARDA, de camino, y luego, detrás, PAYO,  
 LUCÍA y LISENO, criado de DON FÉLIX.*)"

(4) En B, "LISENO".

(5) En ídem, "LISENO".

(6) En los impresos, "misma".

pero que sólo con haberos visto de aquella resistencia me arrepiento.

FLORELO.

Luego que en Burgos recibí la carta, señor don Félix, en Madrid escrita, adonde me mandasteis que viniese, vuestra casa ofreciéndome, dispuse dejar la mía; y porque a veces corren las pretensiones con algún espacio, para excusar cuidados de su ausencia, truje a Leonarda, como veis, conmigo.

DON FÉLIX.

En eso yo os confieso que me siento tan obligado, que me habéis pagado el deseo que tengo de serviros. Bien lo veréis en vuestras pretensiones.

FLORELO.

Yo solamente vengo a lo del hábito, fiado más en vos que en mis servicios, si bien dejé la guerra por la muerte de mis padres, mirando que quedaba Leonarda sola.

DON FÉLIX.

(¿Qué es aquesto, Carlos? Hermana, Flandes y hábito. ¿Qué es esto?)

CARLOS.

Calla, que todo es tu remedio.

DON FÉLIX.

¿Adónde (1)  
o cuándo le escribí tal carta?

CARLOS.

Mira  
el talle de Leonarda, en quien los Cielos  
ponen la contrahierba de tus celos.)

INÉS.

(En fin, has visto a Félix.

LEONARDA.

Y en su casa  
estoy, como me ves.

INÉS.

No me ha espantado  
la invención de la carta, con que has hecho  
que te traigan de Burgos a la corte,  
sino que don Félix reconozca

a tu hermano por deudo y que conceda  
con cuanto le propone.

LEONARDA.

¡Ay, Inés mía;  
esas son cosas que el Amor las guía  
y una cierta deidad que a los amantes  
favorece en sujetos semejantes.

INÉS.

Todo está bien; mas ¿cómo harás agora  
que se desenamore de Clavela?

LEONARDA.

¿Yo no le he visto? Pues aquesto basta.)

DON FÉLIX.

Florelo, ya es razón que del camino  
descanse vuestra hermana y mi señora.  
Mi casa entrad a ver, puesto (1) que agora  
por desapercibida se avergüenza;  
mas no hay dificultad que Amor no venza.

FLORELO.

Entre deudos no es justo el cumplimiento.

DON FÉLIX.

La voluntad os hace el aposento.

(Váyanse todos y quede PAYO y POLEO.) (2)

POLEO.

Sea vuesa merced muy bien venido.

PAYO.

Sea vuesa merced muy bien hallado.

POLEO.

¿El nombre?

PAYO.

Payo, a su servicio.

POLEO.

Ha sido  
nombre en toda Galicia muy honrado.

PAYO.

¿Y el de vuesa merced?

POLEO.

Nombre he tenido  
que en flores suele perfumar el prado.

(1) En los impresos, "pues lo".

(2) Esta acotación en B, dice: "(Todos se en-  
tran y quedan los LACAYOS solos.)"

(1) En los impresos, "¿Cómo".

PAYO.

¿Es tomillo salsero, es cantueso,  
es anís, es orégano?

POLEO.

¡Qué exceso!

¡Oh, cuántos romadizos he quitado!

PAYO.

Nombre con que se quita romadizo,  
sin duda es bueno para ser quemado.

POLEO.

No soy romero, no, ni advenedizo;  
antes ando sin penas derramado,  
y sin ser almizcleño aromatizo.

PAYO.

Quedo; Poleo dije.

POLEO.

¿Y eso? (1)

PAYO.

Ya entrevo,  
conozco que a la corte vengo nuevo.

POLEO.

Si habemos de vivir en esta casa,  
sea con amistad. Toque esos güesos.

PAYO.

(Será la de Trastulo y de Ganasa.)

¿Qué corre por acá?

POLEO.

Varios sucesos.

Fregatíferas hay de pasa pasa  
que en cubiletes hacen falsos pesos,  
y otras de más entonos (2) que, a las puertas,  
en diciendo basura dan espuelas.

Hay mozas de sayuelo y de corpiño  
que bajan (3) a la tienda por aceite,  
mozas que dejarán (4) llorar a un niño  
tres horas (5) por hablar con su deleite;  
hay otras de más toldo y más aliño,  
gente que ya repite para afeite,  
hurtan los botecillos a sus amas  
y a traición enjalbegan las escamas.

Hay gallega rolliza como un nabo,  
entre puerca y mujer, que baja al río  
y lava más gualdrapas que un esclavo,

(1) En los impresos, "Isso".

(2) En ídem, "Hay otras de más toldo".

(3) En B, "salen".

(4) En los impresos, "gente que dejará".

(5) En ídem, "seis días".

cantando como carro en el estío;  
hay otras que en bailar, mas no lo alabo,  
a lo que es desvergüenza llaman brío,  
y entre el tendido paño que se seca  
van haciendo barreno la muñeca.

En fin, aquí hallarás de todo un mapa.

PAYO.

Y el río ¿qué persona?

POLEO.

Es falso amigo,  
que falta al mejor tiempo, aunque le escapa  
ser cortesano, y yo lo mismo digo.  
Hombres te ofrecerán hasta la capa  
y en la necesidad morir contigo;  
y Manzanares son, pues, de aquel (1) modo:  
en siendo menester, se seca todo.

PAYO.

Bien haya Burgos que las casas tiene  
sobre el agua, que eterna baña y corre  
sus cimientos, a quien cargada viene  
de truchas, con que siempre le socorre.  
¿No has visto aquella puente que contiene  
tan bella arquitectura y la gran torre  
donde están los jueces de Castilla?

POLEO.

Burgos, Payo, es octava maravilla.

Echa por esta esquina y probaremos  
lo de a ochenta, licor tres veces fino.

PAYO.

Hoy como hermanos amistad haremos.

POLEO.

¿Es cosa tuya Inés?

PAYO.

Eso imagino.

POLEO.

Pues a su bienvenida beberemos. (2)

PAYO.

Seis reales tengo; cinco para vino  
y uno para castañas.

POLEO.

¡Necedades!

PAYO.

¿Cómo?

POLEO.

Querer comprar ventosidades.

(1) En los impresos, "de este".

(2) En ídem, "brindaremos".



(Vanse, y salen CLAVELA y GERARDO.)

CLAVELA. ¿Quiéresme quitar el seso?

GERARDO. De ti me espanto, señora,  
que tu sentimiento agora  
me parece injusto exceso.

CLAVELA. Pues ¿cómo no he de sentir  
que me digas que casado  
viene Félix?

GERARDO. Si al cuidado  
me pudiera persuadir  
con que te veo, no creas  
que fuera el primero yo;  
y Lucía me contó  
que ya en el Conde te empleas;  
por eso te lo conté.

CLAVELA. En tanto que a Félix vi  
muerto y celoso de mí,  
esos aceros mostré;  
mas en llegando, Gerardo, (1)  
a que quiera a (2) otra mujer,  
¿no ves que ha de perecer  
del Conde el amor bastardo?  
¿No ves que se ha de quitar  
la ceniza que cubría  
aquel fuego, (3) que tenía  
dentro del alma lugar?  
¿Tu nueva me ha muerto!

GERARDO. Yo  
pude engañarme, señora.

CLAVELA. Pues ¿qué es lo que viste agora?

GERARDO. Vi que en un coche llegó  
una dama burgalesa,  
como el mismo sol hermosa,  
y que se apeó briosa  
en el zaguán. (4)

CLAVELA. Cosa es ésa  
que me ha de costar la vida.  
¿Quién la traía?

GERARDO. Su hermano,  
decían, de cuya mano  
bajó del estribo asida.

CLAVELA. ¿Qué vestido?

GERARDO. De color;  
y al bajar cierto rodeo  
me mostró un rico manto  
de estos de marca mayor.

Dijo una cosa discreta  
uno de estos cortesanos:  
que es con tantos pasamanos  
el laberinto de Creta;  
queriendo en esto decir,  
por el gasto o el deseo, (1)  
que quien entra en tal manto  
no ha de acertar el (2) salir.

CLAVELA. ¿Buenos bajos?

GERARDO. ¿Estás loca?

CLAVELA. Di presto.

GERARDO. Virillas vi;  
cintas de nácar, y allí  
poniendo el Amor la boca.

CLAVELA. ¿Maldigate Dios, amén!

GERARDO. ¿Para qué preguntas nada?

CLAVELA. Que me la alabes me enfada,  
mas no que la pintes bien.

GERARDO. De aquesto sólo argüí  
que viene Félix casado,  
que nadie me lo ha contado  
y puedo (3) engañarme así.

CLAVELA. No, Gerardo, no te engañas,  
que en casa de un hombre mozo  
con tanto alboroto y gozo,  
y con galas tan extrañas,  
no se apeara mujer  
públicamente.

GERARDO. A mí creo  
que el temor, y a ti el deseo,  
nos hace imposibles ver:  
que este mirar por cristales  
hace las cosas mayores.

CLAVELA. Celos de varios colores  
pintan quimeras iguales.  
Celos son vista de ciego  
que está en la imaginación;  
celos un sujeto son  
donde caben hielo y fuego; (4)  
celos son una señal  
hecha con algún color,  
por donde corta el Amor  
aquel hábito inmortal;  
celos son una esperanza  
de vengarse de la ofensa,  
que del que vengarse piensa  
hacen la primer venganza;  
celos son una ilusión

(1) En los impresos, "pero en llegando, ¡oh, Gerardo!".

(2) En B, "a querer otra".

(3) En los impresos, "amor".

(4) En ídem, "jardin".

(1) En los impresos, "empleo".

(2) En ídem, "a".

(3) En ídem, "pude".

(4) En ídem falta esta redondilla.

con que el crédito se burla,  
y son una necia burla  
de amigo sin discreción;  
celos son un pensamiento  
que se viste de colores,  
donde los propios temores  
pintan figuras de viento;  
celos un principio son  
de locura peligrosa,  
que es pensar siempre una cosa  
locura y no discreción; (1)  
celos son niños y locos  
que osan decir las verdades  
y de cuyas calidades  
hablan muchos, saben pocos. (2)  
Yo los tengo, y pues por ti  
hoy me tengo de acabar,  
yo te he de matar.

(Arremete a él y sale Lucía.)

LUCÍA. Lugar  
pide para hablarte aquí  
don Félix, que trae consigo  
un hidalgo burgalés.

CLAVELA. ¿Burgalés?

LUCÍA. Y dice que es  
su primo; y Carlos, su amigo,  
viene con los dos.

CLAVELA. ¿Aquí  
trae don Félix su cuñado?

LUCÍA. Habla bajo, que han llegado.

GERARDO. (De gran peligro salí.)

(Salgan DON FÉLIX, FLORELO y CARLOS.)

D. FÉLIX. Habiendo, Clavela hermosa, (3)  
mi primo, el señor Florelo, (4)  
llegado agora de Burgos,  
me pidió...

CLAVELA. Sentaos primero,  
y él sea muy bien venido.

FLORELO. A vuestro servicio vengo,  
si con mi casa y mi hermana  
os fuere de algún provecho.

CLAVELA. Muchos años la gocéis.

CARLOS. Y yo, Clavela, que os veo  
en este punto, mil veces  
los pies y manos os beso.

CLAVELA. Bien venido, señor Carlos.  
D. FÉLIX. Mi venida, prosiguiendo,  
digo que gustó de ver  
lo que hay en Madrid Florelo.  
Pidióme que le enseñase  
sus grandezas, a quien luego  
dije que las de Madrid  
estaban en aposentos.  
Tomamos los tres un coche;  
vimos el palacio, y dentro  
lo que pudo ser posible;  
compró a su hermana un espejo,  
una arquilla de cristal  
y un librito en prosa y verso.  
Desde allí fuimos al Prado,  
esa calle Mayor viendo,  
donde son sus edificios  
no casas, coches diversos;  
llegamos a la del Prado  
y, por sus fuentes volviendo,  
vimos la huerta (1) del Duque,  
edificio que os prometo  
que parece a todos bien;  
y por no pasar más lejos,  
le dije que aquí no había  
iglesia como en Toledo,  
ni puente como en Segovia,  
hecha por Hércules griego;  
ni naves como en Sevilla,  
del indiano mundo nuevo;  
Alhambra como en Granada,  
como en Lisboa extranjeros,  
como en Valencia jardines,  
como en Zaragoza templos,  
como en Valladolid plaza,  
como en Salamanca ingenios,  
como en Córdoba caballos,  
en Avila caballeros  
y vidros en Barcelona, (2)  
sino un apacible cielo  
que cubre fáciles casas,  
que hoy las comienza su dueño  
y mañana vive en ellas,  
a medio secar los techos.  
Que era lugar que tenía (3)  
de gente en grados diversos,  
todas las grandezas vivas,

(1) Faltan en los impresos las dos redondillas anteriores.

(2) En ídem, "sienten muchos y hablan pocos".

(3) En ídem, "hermosa Clavela".

(4) En A y C, "Florencio".

(1) En B, "plaza".

(2) En los impresos varía algo el orden en la colocación de los 13 versos anteriores, en esta forma: 3, 4, 1, 2, 5, 6, 9, 10, 11, 12, 7, 8, 13.

(3) En ídem, "en que había".

donde hallaría discretos  
en sumo grado, y también  
en el mismo muchos necios.  
Damas y galas que traen  
encima en cualquiera tiempo  
más de lo que queda en casa;  
armas, valentías, juegos.  
Pero que si la hermosura  
tan gran ciudad de mancebo (1)  
quería ver como en cifra,  
donde es secretario el cielo,  
viniese a veros conmigo,  
aunque ha sido atrevimiento,  
donde Leonarda, su hermana...

CLAVELA. No digáis más, yo lo creo;  
ya sé su mucha hermosura;  
pero diérame contento  
que entre todas estas cosas  
le enseñara vuestro acuerdo  
un caballero sin fe,  
si puede ser caballero  
quien tan mal término tiene;  
que hay alguno en este pueblo  
que por monstruo de inconstancia,  
puede espantar los ajenos,  
cuando se ausenta llorando,  
celoso, perdido y tierno,  
vuelve casado a Madrid,  
y arrepentido sospecho,  
pues vuelve a buscar la dama  
de quien antes iba huyendo.  
Esto le habéis de enseñar  
en la corte, que os prometo  
que es más de ver que edificios,  
damas, palacios, Consejos.  
Ilustre ciudad es Burgos  
y cabeza de aquel reino.

Tú lo habrás visto allá  
diversas veces, Florelo;  
pero el hombre que yo digo  
entre bárbaros no creo  
que se habrá visto jamás. (2)

FLORELO. Por Félix responder quiero,  
y digo que monstruo igual  
fuera bien, como a portento  
del mundo, haberme enseñado.

CLAVELA. Yo os le enseñaré muy presto. (3)

(1) Este verso es oscuro. En B, "mancebos", que no lo aclara.

(2) En B, "que le hayan visto los hombres".

(3) En los impresos, este verso lo dice don Félix.

D. FÉLIX. Mas si monstruo de hermosura  
y deslealtad; si un espejo  
en que se ve la inconstancia  
y toma formas Proteo;  
si una veleta en quien prueba  
toda su mudanza el viento;  
si un imán que sigue al Norte  
tocada en oro y dinero;  
si un ángel en piedra dura,  
en cuyos helados pechos  
rompe Amor todas las flechas  
y interés tiene aposento (1)  
quisiéradles ver, yo os juro...

CARLOS. No digáis más, que Florelo  
no viene a ver monstruos hoy.

FLORELO. A ver esta dama vengo;  
que por discreta y hermosa  
merece el justo conceto  
que de ella tengo por fama.  
Y porque enseñado vengo  
que hacen breves visitas  
en la corte los discretos,  
no quiero quedar con vos  
hoy en opinión de necio.  
El Cielo os haga dichosa.

CLAVELA. Y a vos os guarden los Cielos.  
A la señora Leonarda,  
mientras voy a verla, os ruego  
que le deis un gran recado.

FLORELO. Ella y yo nos ofrecemos  
a servirlos como esclavos.

D. FÉLIX. (¿Qué te parece de aquesto?)

CARLOS. Que acertaste en la invención,  
pues queda perdiendo el seso.

D. FÉLIX. Para celos, Carlos mío,  
no hay remedio como celos.)

(Vanse DON FÉLIX, CARLOS y FLORELO.)

LUCÍA. ¡Buena quedas!

CLAVELA. ¿Por qué abriste?

LUCÍA. Él se entró, yo no le abrí.

CLAVELA. ¿No estaba Gerardo aquí?

LUCÍA. ¿Qué tienes? ¿De qué estás triste?

CLAVELA. ¡Mal haya tu necesidad!

¿De qué estoy triste, preguntas,  
viendo el mar y (2) estrellas juntas  
en mi nueva tempestad?  
¿No ves lo que ha dicho aquí  
don Félix tan libremente,

(1) Faltan en los impresos este verso y los siete anteriores.

(2) En A, "viendo las".



y que me trae esta gente  
por darme veneno a mí?  
¡A mis ojos su cuñado!  
¡Milagro ha sido de Dios  
el no rifar con los dos  
este amor desatinado!

LUCÍA. Y el Carlos ¡qué falso estaba  
haciendo a don Félix señas!

CLAVELA. Fuése a vivir entre peñas;  
hábito humilde buscaba,  
y casado vino acá  
con la dama burgalesa.

GERARDO. Mucho de tu error me pesa;  
que por dicha no lo está.

CLAVELA. ¿Que no lo está, si en su casa (1)  
la tiene? Engañarme quieres.  
Entre públicas mujeres  
esta libertad, (2) no pasa.  
¿Qué había de hacer allí  
si no fuera su mujer?  
¡Yo me tengo de perder!

GERARDO. Ven y piérdete por mí.

CLAVELA. ¡Ay, Gerardo! Pues ¿qué haré?

GERARDO. ¿Quieres saber la verdad?

CLAVELA. Y del alma la mitad  
por saberlo te daré.

GERARDO. Visítala, (3) pues te ha dado  
su hermano justa ocasión,  
y verás si es posesión  
o casamiento tratado.

CLAVELA. ¿Cómo?

GERARDO. Dando el parabién  
a Leonarda de casada  
con Félix.

CLAVELA. Mucho me agrada  
la invención; dices muy bien.  
Haz que me pongan el coche  
mientras me voy a tocar,  
que celos la quiero dar.

(Vase GERARDO.)

LUCÍA. Por lo menos esta noche  
sabrás de quién tienes celos;  
que una celosa imagina  
una belleza divina,  
un milagro de los Cielos,  
y en viendo que no es así  
todo el rigor se sosiega.

CLAVELA. ¿No llega el coche, no llega?

LUCÍA. Ahora parte de aquí  
Gerardo por él. Advierte  
que te querías tocar.

CLAVELA. ¿Cómo eso puede olvidar  
imaginación tan fuerte?  
Y si es cierto, ten por cierto  
que me tengo de matar,  
pues muriendo ha de quedar  
Amor en mi pecho muerto.

(Vanse, y salen LEONARDA y INÉS.)

INÉS.

En fin, vivir, Leonarda,  
en casa de don Félix, ¿te parece,  
por lo que Amor aguarda  
el premio de las penas que padece,  
a vista de quien ama,  
centro seguro y invención de fama?  
¿Aquí, en efeto, piensas  
hallar remedio al mal que te fatiga?

LEONARDA.

Puesto que las ofensas  
de la hermosa Clavela, mi enemiga,  
me dan desconfianza,  
la posesión aumenta la esperanza.

No porque lo posea  
el pecho de don Félix, que me abraza;  
pero basta que sea  
digno mi amor de su aposento y casa;  
que, en fin, todos los días  
con verle templo las desdichas mías.

Aquí, cuando a la mesa  
se sienta, le pregunto y me responde,  
y puesto que me pesa  
que calle y puerta de Clavela ronde,  
verle volver deseo,  
que no puedo dormir si no le veo.

Detrás de mi aposento  
escucho lo que habla y el ruido,  
y cuando viene siento  
del broquel arrojado; es a mi oído  
la cosa más süave  
hasta en la puerta el revolver la llave. (1)

En fin, yo estoy contenta  
con ver a Félix, que a Clavela adora.

INÉS.

Atrévete y intenta  
decir tu pena alguna vez, señora.

(1) En A, "en Toledo".

(2) En los impresos, "tal desvergüenza".

(3) En C, "visitarla".

(1) Las cinco anteriores estrofas faltan en los impresos.

LEONARDA.

¡ Ay, Dios! Llegar a hablalle  
Amor me manda, y el temor que calle.

Pero si por ventura  
en ocasión de tanto bien me viese,  
que mi afición segura  
decirle a Félix mi dolor pudiese,  
no dudes que intentase  
que me diese remedio y me matase.

(Sale (1) FLORELO.)

FLORELO. ¿Vino mi primo?

LEONARDA. ¡ Oh, Florelo!,  
¿ cómo sin él?

FLORELO. Fui, Leonarda,  
a ver con él este mundo  
en cifra en sucinto mapa;  
esta máquina famosa,  
prado de verduras varias,  
donde, como en otros flores,  
nacen en aquéste casas.  
Este anfiteatro insigne,  
en cuya hermosa campaña  
representa la fortuna,  
autora de antigua fama,  
comedias con los que (2) sube,  
tragedias con los que (3) baja.  
Y después de haber mirado  
tantas calles, tantas plazas,  
tantos templos, tanta gente,  
que la grandeza romana  
no vió más (4) varias naciones  
cuando se vió coronada  
del imperio de la tierra,  
me llevó a ver una dama;  
dama suya, y nunca fuera,  
pues no ser mía bastaba,  
y no ser suya, que, en (5) fin,  
parece que a la esperanza  
da con la puerta en los ojos.  
Vila y, no dudes, hermana,  
que sin ser Faetonte, vi  
la esfera del sol y el alba,  
sin ser de la noche fría  
lo postrero de su capa.  
Vi, sin ser Endimión,

la luna, y miré a Diana  
sin ser príncipe de Tebas  
y sin temer rayos de agua.  
¿ Cómo te podré decir  
de la manera que habla? (1)  
Piensa cuando alguna rosa  
abre el cogollo de nácar  
para beber en las hojas  
las perlas de la mañana. [ra (2)  
Mas ¿qué digo? ¡ A Dios pluguie-  
que no hablara, pues hablaba  
sólo en celos de don Félix,  
con que me abrasaba (3) el alma!  
Ella, supuesto que en cifra  
de ingratitud se quejaba,  
si puede haber alma de hombre  
a tal hermosura (4) ingrata.  
Yo vengo bueno ¡ por Dios!  
Si adora a don Félix...

LEONARDA. Calla,  
que es liviandad que (5) a una vista  
se rinda un hombre.

FLORELO. ¡ Ay, Leonarda,  
que es Clavela un serafín!

LEONARDA. (Esto sólo me faltaba  
para remediar (6) mis celos.)

(Salga (7) PAYO.)

PAYO. De una carroza gallarda  
se apea, señor, Clavela,  
a la puerta de tu casa;  
Clavela, a quien en la suya  
visitaste.

FLORELO. ¡ Cosa extraña!  
¿ Clavela aquí?

LEONARDA. Mira bien  
si por ventura te engañas.

PAYO. Digo que dice Clavela.

LEONARDA. Pues a verine, ¿ por qué causa?

PAYO. Viene a darte el parabién,  
que dice que estás casada  
con don Félix.

LEONARDA. ¿ Con mi primo?

FLORELO. Si vieron que te apeabas

(1) En B, "Entra".

(2) En los impresos, "el que".

(3) En idem, "el que".

(4) En idem, "tan".

(5) En idem, "al".

(1) En los impresos, "hablaba".

(2) En B, "¡ ay, Dios! Pluguiera a Dios". En A, "mas ¿qué digo? Dios pluguiera"

(3) En idem, "ha abrasado".

(4) En los impresos, "belleza".

(5) En A y C falta este "que".

(6) En los impresos, "averiguar".

(7) En B, "Entra".

en su casa, habrán pensado  
que lo estás, o que te casas.

LEONARDA. ¿Esa ha sido la ocasión?

FLORELO. Oye ¡por tu vida!, hermana. (1)

Ésta con celos de Félix  
a verte viene engañada;  
si decimos que es mentira,  
proseguirá su esperanza;  
si decimos que es verdad,  
celosa y desengañada, (2)  
ha de aborrecer a Félix,  
y será mi dicha tanta,  
que admita mi nuevo amor.

LEONARDA. No habrá cosa que no haga  
por el tuyo.

FLÓRELO. Voy por ella.

(Váyase FLORELO.)

LEONARDA. ¿Pudiera pensarse traza  
más a mi gusto en el mundo  
para sembrar en las almas  
de estos amantes discordia?

INÉS. Amor te ayuda.

LEONARDA. Y me mata.

¿Que tengo de ver, Inés,  
esta Clavela adorada  
de Félix, esta enemiga,  
ésta a quien rinden las almas  
los más libres corazones,  
como para ejemplo basta  
mi hermano, que viene loco? (3)

INÉS. Y agora puedes mirarla  
y ver si es estrella suya,  
o ser su hermosura tanta  
que hay mujeres que las quieren,  
por un no sé qué de gracia,  
que no se sabe lo que es.

LEONARDA. Calla, que entran.

INÉS. ¡Brava dama!

(Salgan FLORELO y CLAVELA y LUCÍA, con mantos,  
y GERARDO.) (4)

FLORELO. Aquí tenéis a Leonarda. (5)

(1) En B, "escucha, por Dios, hermana".

(2) En los impresos, "desesperada".

(3) En ídem, estos dos versos dicen:

"como por ejemplo se halla  
mi hermano, que viene muerto".

(4) En B, esta acotación, dice: "(Salga CLAVELA de visita, bizarra; LUCÍA y GERARDO acompañándola.)"

(5) En los impresos, este verso se divide en dos, así:

LEONARDA. A vuestra esclava diréis,  
que con el alma os aguarda.

CLAVELA. Con mucha razón tenéis  
fama de ser tan gallarda.

LEONARDA. Eso quede para vos,  
que suspensa me ha dejado  
vuestra hermosura.

FLORELO. ¡Por Dios,  
que habéis la historia imitado  
de Aquiles y Héctor las dos!  
No con menos ademanes  
fueron a ganar la joya  
de plumas y armas galanes  
sobre los campos de Troya  
los dos fuertes capitanes.

CLAVELA. Puesto que yo Aquiles fuera,  
armas y espada rindiera  
a la señora Leonarda.

LEONARDA. Quien en veros se acobarda,  
mejor la ventaja os diera. (1)  
Haced cuenta que Héctor soy  
y que las armas os doy.

CLAVELA. Pues si los ojos me dais,  
armas con que vos matéis,  
y con que de vos lo estoy,  
yo seré de Amor Aquiles.  
¡Ay de los hombres!

FLORELO. No habléis  
por términos tan sutiles.

LEONARDA. Razón, Florelo, tenéis  
de que partes tan gentiles  
os hayan rendido así.

FLORELO. A mi hermana dije aquí  
que vine muerto de veros.

CLAVELA. No sé que pueda creeros  
que halléis que mirar en mí  
cuando venís de mirar  
a Leonarda. Mas por ser  
tarde, sólo os quiero dar  
parabién de ser mujer,  
déjeosle el Cielo gozar,  
de don Félix de Toledo.

LEONARDA. De que os holgáis de mi bien,  
Clavela, segura quedo.

CLAVELA. Vos os empleáis en quien  
(¿Es posible que hablar puedo?)

"Aquí, señora Clavela,  
tenéis presente a Leonarda."

Pero la rima queda mal, pues con la escena comienza  
nuevo metro, quintillas.

(1) En los impresos, "armas y espada os rindiera".



en quien es la gallardía  
de este lugar. (¡Ay de mí,  
cierta fué la muerte mía!)

LEONARDA. Dichosa en extremo fui.

CLAVELA. (Llegó de mi muerte el día.)

FLORELO. (¡Cómo siente el casamiento!

LEONARDA. No puede disimular.)

CLAVELA. Yo por más dichoso siento  
a don Félix en llegar  
a tanto merecimiento.

FLORELO. Yo sé, Clavela, quién fuera  
más venturoso.

CLAVELA. ¿Quién?

FLORELO. Yo,  
si otro tanto mereciera  
de vos.

CLAVELA. (Félix me engañó. (1)  
¡Quién tal deslealtad creyera!  
Mas ¿qué venganza mayor  
puedo tomar de un traidor  
que da lugar a Florelo?  
Troquemos celos, que el Cielo (2)  
vuelve a engendrar el amor;  
y aunque esto no llegue a ser,  
bastará para vengarme  
fingir que soy su mujer.)  
No pudiera yo emplearme  
donde pudiera tener,  
Florelo, mayor contento;  
mas cosas del casamiento  
quieren espacio.

FLORELO. Es así;  
basta la esperanza en mi  
de vuestro merecimiento.

CLAVELA. Leonarda y señora mía,  
vos sois forastera; el día  
que os importare mi casa,  
os suplico, pues que pasa  
el amor de cortesía,  
la honréis con término llano.

LEONARDA. Si os mereciese mi hermano,  
juntas las dos viviremos.

CLAVELA. Pues (3) despacio nos veremos.  
Yo me voy. (4)

FLORELO. Dadme la mano.

CLAVELA. Hasta el coche os la daré.

FLORELO. Hasta la muerte quisiera.

CLAVELA. Quedaos.

LEONARDA. Con vos bajaré.

CLAVELA. Eso no.

GERARDO. (¡Quién tal creyera! (1)

LUCÍA. ¡Casado está!

GERARDO. ¡Verdad fué!)

(Váyanse todos, y queden LEONARDA y INÉS.)

LEONARDA. ¿Qué te parecen mis dichas?

INÉS. Que corren, señora, apriesa,  
y que sólo temo el fin.

LEONARDA. Con buen principio no temas.

INÉS. Y de Clavela, ¿qué dices?

LEONARDA. Que va sin alma Clavela  
pensando que soy mujer  
de don Félix.

INÉS. ¡Qué resuelta  
aceptó el ofrecimiento  
de Florelo!

LEONARDA. Cuando llega  
una mujer a vengarse,  
hasta el honor atropella. (2)  
Pero ¿qué dirías tú  
si de esta visita necia  
naciese el decirle yo  
a don Félix que me quiera?

INÉS. Eso espero, porque ver  
que don Félix aún no sepa  
que le quieres, siendo tú  
la que todo aquesto enreda,  
no sé de qué ha de servirte.

LEONARDA. Él viene.

(Salgan (3) DON FÉLIX y CARLOS y POLEO.)

CARLOS. Pues bien ¿qué piensas (4)  
decir al Conde?

D. FÉLIX. Si el Conde  
supiese, Carlos, mis prendas  
y que pretendo casarme,  
pienso que no entrase a verla.

POLEO. Mirad (5) que está aquí Leonarda.

D. FÉLIX. ¡Oh, prima!

LEONARDA. Las buenas nuevas  
que aquí una dama me ha dado  
de tal manera me alegran,  
que por la merced, don Félix,

(1) En B, mató".

(2) Este verso, en A y C, dice: "Mudemos celos,  
que el celo". En D, "mudemos celo, que el celo".

(3) En los impresos, "Más".

(4) En idem: "LEON. Pues adiós."

(1) En C falta el "tal".

(2) En los impresos faltan éste y los anteriores  
siete versos.

(3) En idem, "Entren".

(4) En idem, "intentas".

(5) En idem, "Oíd".

que queréis hacerme en ellas,  
me confieso vuestra esclava.

D. FÉLIX. En siendo para vos buenas,  
también lo son para mí.

LEONARDA. De aquí se parte Clavela,  
una dama de buen talle,  
ni muy linda ni muy fea,  
aunque para mí fué un ángel.

D. FÉLIX. ¿Clavela aquí?

LEONARDA. Muy compuesta,  
vino a darme el parabién,  
don Félix, de mujer vuestra.  
Mi hermano dijo que sí,  
y que el casamiento era  
cierto; mas yo, que ignoraba  
mis dichas, a él y a ella  
di mil agradecimientos,  
de imaginar satisfecha  
que Florela y vos tratasteis  
este casamiento en Lerma.  
Mas ya, Félix, que está hecho,  
aunque libertad parezca,  
os juro que de teneros  
por dueño estoy tan contenta,  
que desde que a Madrid vine  
me agradasteis de manera...  
Pero vergüenza me ocupa.  
Mas ¿qué mucho que enloquezca  
tanto bien a una mujer?  
Por ella me voy.

(Váyase LEONARDA y INÉS.)

D. FÉLIX. Si hubiera  
encantamientos ahora;  
bosques de amor, verdes selvas,  
creyera, Carlos, que andaba (1)  
en aventuras por ellas.

CARLOS. ¿Qué dice aquesta mujer?  
Ella con razón se alegra;  
que si Clavela, celosa,  
viene a tu casa y resuelta  
por (2) mujer tuya le ha dado  
el parabién, que lo crea  
no te espante.

D. FÉLIX. ¿Cómo no?  
Conciértate tú con ella  
y quitaréisme la vida.

CARLOS. Félix, el enojo temple;  
que no digo yo que tiene

razón en esto Clavela,  
sino que Leonarda está  
con mucha razón contenta  
si dicen que eres su esposo.

D. FÉLIX. Carlos, si son burlas éstas,  
¡por Dios! que son muy pesadas.  
Que esta burgalesa venga  
a ser mi prima en Madrid  
y que me gaste mi hacienda,  
vaya; yo me huelgo, Carlos,  
por dar celos a Clavela;  
pero que estando ignorante  
me hayan casado con ella, (1)  
¡vive Dios! que vuelva loco  
al hombre de más prudencia.

CARLOS. Digo que tienes razón.

D. FÉLIX. Coman, gasten, vivan, duerman,  
manden, quiten, pongan, Carlos,  
en mi casa, norabuena;  
pero casarse conmigo,  
y esto sin que yo lo sepa... (2)

POLEO. ¿Cosa que, por sosegar  
al Conde, intente Clavela  
fingir que vienes casado?

D. FÉLIX. Por eso o por celos sea,  
iré a decirle...

CARLOS. No vayas  
sin pensarlo bien.

D. FÉLIX. Quien piensa  
con Amor, Carlos, no ama.  
Haré pedazos su puerta (3)  
si no me quisiere abrir.

CARLOS. ¿Y el Conde?

D. FÉLIX. Puesto que fuera  
el conde Orlando...

CARLOS. Pues vamos,  
que de la blanca a la negra,  
en los hombres de valor  
hay muy poca diferencia.

POLEO. ¿Y yo no vengo a ser nada?

(1) En los impresos dicen estos dos versos:

"pero casarse conmigo,  
y esto sin que yo lo sepa".

(2) También en los impresos están alterados estos  
versos, así:

"Gasten, coman, vivan, duerman,  
manden, pongan, quiten, Carlos,  
en mi casa en hora buena;  
pero que, estando inocente,  
me hayan casado con ella..."

(3) En A, "las puertas". En C y D, "sus puertas".

(1) En A, "jurara que andaba, Carlos".

(2) En los impresos, "de".

Pues ¡vive Dios! que si llegan  
que ha de ser rastro la calle  
de asaduras y cabezas.

ACTO TERCERO

de LA BURGALESA DE LERMA.

(Salgan LEONARDA y INÉS, con mantos, y CLAVELA y  
LUCÍA en su casa.) (1)

CLAVELA. ¿Tan presto, hermosa Leonarda,  
la visita me pagáis?

LEONARDA. Si tan cortésmente habláis,  
quien debe y paga no tarda.  
Solamente mi afición,  
Clavela, me ha de culpar,  
más que el venir a pagar  
tan debida obligación.

CLAVELA. Yo la tengo de quereros,  
y de que os quiero estaréis  
cierta, pues de vos sabéis  
cuánto obliga sólo el veros.—  
Quita este manto, Lucía,  
a la señora Leonarda.

LEONARDA. Deja (2) ¡por tu vida!, aguarda;  
no el manto ¡por vida mía!,  
que no puedo detenerme.

CLAVELA. Pues ¿eso es venir a honrarme?

LEONARDA. Voy al campo, a desviarme  
de mí misma por no verme.

CLAVELA. Si son tristezas, en él  
hallaréis mayor tristeza.  
¡Oh, qué bien puesta cabeza!  
Dejaos ver, ya sois cruel.  
¡Qué gracioso apretador!

LEONARDA. ¿Burláis de la burgalesa?

CLAVELA. No se burla quien confiesa  
que os tiene tan justo amor.  
¡Bien'el cabello traéis!

LEONARDA. Mas si yo el vuestro mirara,  
entre sus lazos hallara  
más almas que hebras tenéis.  
Creedme que mis cuidados  
me dan muy poco lugar  
de que me pueda tocar.

CLAVELA. ¿Ellos son mal empleados?  
¿Son acaso pretensiones

de vuestro hermano Florelo?  
Sois nueva en Madrid, recelo  
que os cansarán dilaciones.  
Pues, mi Leonarda, advertid  
que pintaba un cortesano  
con una caña en la mano  
a un pretendiente en Madrid.  
Vuestros negocios, en suma,  
para ver si van picando,  
siempre habéis de estar mirando  
un corcho con una pluma.  
Saldrá cuatro veces Febo  
antes que saquéis un pez,  
y aun es tal alguna vez  
que ha costado más el cebo.

LEONARDA. Clavela, no es pretensión  
de mi hermano, sino mía,  
quien mi pasada alegría  
puso en tanta confusión;  
y perdonad, que en llegando  
a estas cosas, los enojos  
quieren salir a los ojos.

CLAVELA. Quedo ¡por Dios! ¿Vos llorando?  
¿La mano en los ojos bellos?  
Mas, Leonarda, bien hacéis,  
pues en nácar recogéis  
las perlas que salen de ellos.  
Apartaos aquí conmigo.  
Vuestro mal, vuestro dolor  
me habéis de decir, si Amor  
es bueno para testigo,  
y más que con vos me quiero  
ir al campo.—¡Hola! ¿Gerardo?

(Sale GERARDO.)

GERARDO. Aquí estoy.

LEONARDA. (¿Qué me acobardo?  
¿Qué me detengo? ¿Qué espero?)

CLAVELA. Parte al Conde, que a su huerta  
estos días se ha pasado,  
y de mi parte un recado  
como quisieres concierto  
diciendo que a entretener  
una dama forastera  
va (1) a llevar la primavera  
si el jardín la ha menester.  
Ve al momento. (2)

GERARDO. ¿Y si añado  
que os tenga de merendar?

(1) En B, esta acotación, dice: "(Salen CLAVELA,  
INÉS y LUCÍA; CLAVELA y INÉS, con mantos atrás.)"

(2) En A y C, "Oye".

(1) En A y C, "o", por errata.

(2) En ídem: "GERARDO. Voy al momento."



CLAVELA. Que vamos basta avisar,  
que él lo hará si es avisado.

LUCÍA. Mientras hablan nuestras amas,  
¿cómo a vuesarcé (1) le va?  
¿En Madrid hállase ya?  
¿Qué le parecen sus damas?  
No hay por acá las salidas  
de Burgos, todo es entradas;  
no hay casas tan bien labradas  
ni fuentes tan bien vertidas,  
aunque por hacerle honor  
estos días han echado  
unas ensanchas al Prado,  
con que parece mejor.  
Mas (2) él, cansado de ser  
alcahuete tantos años,  
da mil conciertos y engaños  
que en él se suelen (3) hacer,  
dicen que haciendo un camino  
se fué a meter recoleto  
de jerónimo; en efeto,  
es ya descalzo agustino.

INÉS. Todo me parece bien;  
que aunque es Burgos gran ciudad,  
pasábamos soledad.  
Notables cosas se ven  
en este mar de mentira;  
sólo de él me desagrada  
que de lo poco se enfada  
y que en lo mucho no mira.  
¿Entiendes esto?

LUCÍA. Pues ¿no?

Y de amor, ¿hay algo nuevo?

INÉS. Oye.

LEONARDA. Pues a hablar me atrevo,  
loca estoy.

CLAVELA. Más lo estoy yo.

LEONARDA. Pues me has forzado a que diga  
los males que me atormentan,  
y por que es comunicarlos  
con persona tan discreta  
cerrarlos con llave y dar  
dos vueltas a la maestra,  
con que es entrar imposible,  
sabrás, hermosa Clavela,  
que este verano fué el sol  
de España y del mundo a Lerma;  
Lerma, fundada a la vista

de Burgos, que siete leguas  
de ella, entre montes y prados  
mira lo que Arlanza riega.  
Luego supo la ciudad  
con su venida las fiestas,  
y se previno Florelo,  
mi hermano, para ir a ellas.  
Quedé envidiosa; y, en (1) fin,  
tú juzgarás con qué fuerza  
nos rinden las novedades,  
y más si nos niegan verlas.  
Traté con esa criada,  
bien entendida y secreta,  
ir a las fiestas (2) vestida  
de villana burgalesa.  
Tomé basquiña de paño;  
tomé sayuelo de seda,  
delantal bien guarnecido,  
cadena y sarta de perlas,  
listón con cabos de plata,  
sombrero con borlas negras,  
rebozo de argentería...

CLAVELA. Ya te imagino con ellas,  
y pienso (3) que con razón  
las llamaron tembladeras,  
que delante de ojos negros  
aun las mismas almas tiemblan.

LEONARDA. Humíllanseme (4) a los tuyos.  
Mas por que mi historia sepas,  
y es tarde para gozar  
de las flores de esa huerta,  
con este disfraz que digo  
llegué al mesón de la Estrella,  
que no me sirvió de guía,  
pues que de él salí tan ciega.  
Mas no fué suya la culpa  
si entré en el mesón sin ella,  
que puesto que me guió  
quedóse la estrella fuera. (5)  
La triste con que nació,  
ésa, en entrando la puerta,  
a don Félix y a este (6) Carlos  
me mostró.

CLAVELA. Prosigue.

LEONARDA. Espera.

(1) En los impresos, "al".

(2) En ídem, "de ir a la fiesta".

(3) En ídem, "cierto".

(4) En ídem, "Humíllaréme".

(5) Faltan en los impresos los cuatro versos anteriores.

(6) En C y D, "ese Félix y ese". En A, "a ese Félix y a ese Carlos".

(1) En A y C, "vuesancé". En D, "vesancé".

(2) En los impresos, "pero".

(3) En C y D, "que en él solían". En A, "que en él se solían".

Mil cumplimientos me hicieron;  
tanto, en fin, los dos me ruegan,  
que aceto (1) ¡ay, necia de mí!  
la posada y aun la mesa,  
como a parte regalada  
de entrambos, y a ver las fiestas  
me llevan los dos. Mal digo,  
que Félix solo me lleva.  
Sentéme donde mi hermano  
no me viese; mas ¡qué necia  
prevención!, si me sentaba  
donde me viese quien era  
más peligro de mi honor,  
pues entre gentes diversas,  
y en un banco de un tablado,  
fui blanco, Amor, de tus flechas.  
Las palabras de este ingrato,  
los amores, las ternezas, (2)  
el desmayar las colores,  
el desalentar (3) las fuerzas,  
el suspenderse, el volver  
cortésmente a sus finezas  
pintando sus humildades,  
no lo encarezco, Clavela,  
porque sé que tú lo sabes  
y que no poco te cuesta.

CLAVELA. ¿Yo, Leonarda?

LEONARDA. No lo niegues,  
que yo sé que le deseas,  
como yo, puesto que tienes  
menos causa y menos quejas. (4)  
Ya sé cuán falsa veniste  
para saber si era cierta  
su traición, a darme entonces (5)  
el parabién.

CLAVELA. Tus sospechas  
te engañan.

LEONARDA. Ya lo sé todo,  
Clavela. ¡Al Cielo pluguiera  
que nunca le hubiera visto!

CLAVELA. Pues ¿hay cosa que te (6) pueda  
llegar al honor?

LEONARDA. Si sólo  
querer (1) a don Félix fuera...  
Quien amó puede olvidar  
y más si hay en medio ausencia.  
Débeme don Félix mucho;  
que, como noches y fiestas  
de los días que allí estuve  
pudiese el trato y la mesa  
obligarme a descubrir,  
y le dijese quién era,  
con palabra de marido,  
con juramentos, (2) con fuerzas,  
con lágrimas...

CLAVELA. Basta y bastan  
las tuyas y el ver tus prendas.  
Confieso que le he querido  
y en la sangre de mis venas  
ardió su amor; pero ya  
con ese hielo (3) se templó,  
¡Oh, traidor! ¡No más, no más!  
¡Salid presto, salid fuera  
del alma, que no es posada  
para que traiciones quepan!  
Por ser casa de traidor  
Amor la echará por tierra  
y la sembrará de sal  
para que no nazcan hierbas:  
que no ha de haber esperanzas  
donde fruto no se espera. (4)  
Tú has sido bien desdichada;  
mas ven, que en aquella huerta  
podremos hablar despacio,  
como primero me creas  
que te he de favorecer  
hasta que el villano entienda  
que tales obligaciones  
las favorecen las piedras,  
y que no han de trampear  
los hombres con justas deudas,  
pues hacen a Dios testigo  
cuando el deleite los ciega.

INÉS. (¿Qué es esto?)

LEONARDA. Famosamente  
a la mujer más discreta  
llevo engañada.

INÉS. ¿Es posible?

LEONARDA. Hoy verás la burgalesa.)

(1) En los impresos, "aceté".

(2) En A, "promesas".

(3) En C, "desalterar".

(4) En los impresos, "fuerza".

(5) En A, estos dos versos dicen:

"para saber si eran ciertas  
las nuevas, a darme entonces".

(6) En los impresos, "se", por errata.

(1) En los impresos, "el ver".

(2) En ídem, "juramento".

(3) En ídem, "fuego", por errata.

(4) En ídem faltan este verso y el anterior

(*Vanse, y salen el CONDE y TRISTÁN, de huerta.*) (1)

CONDE.

Mal templa amor el campo.

TRISTÁN.

Amor se aumenta entre las soledades; esto (2) verde y el agua que lo baña y lo alimenta, (3) hacen que el alma de su bien se acuerde. Aquí con mil deseos representa Venus la causa (4) y la ocasión que pierde: que como Amor engendra cuanto nace, como es la causa los efectos hace.

CONDE.

Yo me vine al jardín sólo pensando que divertiera en él mis pensamientos, que (5) van sus soledades aumentando.

TRISTÁN.

¿No son estos de Amor divertimientos?

CONDE.

Pasáralo mejor jugando.

TRISTÁN.

Y dando ligerísimas aves (6) a los vientos. Un pleito es bueno contra amor, que olvida de la verdad a un hombre y de la vida.

CONDE.

¡Que dé Clavela tan perdida y loca en amar este Félix!

TRISTÁN.

No se mide amor con la razón que Amor provoca, con (7) lo que menos la razón le pide.

CONDE.

Si rompe (8) el oro la más firme roca, ¿de qué será Clavela, pues impide al oro sus efectos?

TRISTÁN.

De amor toda.

(*Entra GERARDO.*)

GERARDO.

¡Qué bien al campo el Conde se acomoda!

CONDE.

¿No es aqueste Gerardo?

TRISTÁN.

Y el Mercurio de tu diosa Clavela.

CONDE.

¿Cómo viene sin alas en los pies, como le pintan?

TRISTÁN.

Como dejan las varas (1) los ministros a la puerta de aquellos que los mandan, así las alas este paraninfo.

CONDE.

Gerardo, ¿qué es aquesto?

GERARDO.

¡Oh, Conde ilustre!

CONDE.

¿Es esto ver los cuadros y las fuentes? O ¿qué se ofrece en que serviros pueda?

TRISTÁN.

Vendrá por ferias el señor Gerardo.

CONDE.

Tiene mucha razón; descuido ha sido.

GERARDO.

Antes vengo, señor, con un recado de mi señora.

TRISTÁN.

¡Bien pidió las ferias!

CONDE.

¿A mí, Gerardo? ¿A mí, que soy el centro de su aborrecimiento y de su olvido?

GERARDO.

Con una dama forastera viene a ver este jardín.

CONDE.

Venga en buen hora.

(1) En los impresos, "Moros", por errata.

(1) Esta acotación dice en B así: "(*Vase. Entrense, y salgan el CONDE MARIO y TRISTÁN.*)"

(2) En los impresos "que esto".

(3) En ídem, "le baña y alimenta".

(4) En B, estos dos versos, algo oscuros, dicen:

"Aquí, con varias flores le presenta causa al deseo y la ocasión que pierde:".

(5) En los impresos, "y".

(6) En B, "ligerísimos ayes", por errata.

(7) En los impresos, "a".

(8) En ídem, "vence".



GERARDO.

Esto sólo quería.

CONDE.

Pues decilde

que el alma (1) es grande si es la casa humilde,  
y que en aquestos verdes cenadores  
les daré (2) de cenar con mucho gusto.

GERARDO.

Yo parto con el mismo.

CONDE.

Y yo esta noche  
daré al señor Gerardo sus albricias.

GERARDO.

En (3) serviros, señor, las he ganado.

CONDE.

(Tiene muy buena traza este criado.)

GERARDO.

(De pescar el dinero a los amantes  
de la señora; clavos y canela.)

CONDE.

¿Que ha de venir a mi jardín Clavela?  
¿Hay ventura mayor?—¿Hola, (4) Belardo?

TRISTÁN.

¿Qué le quieres?

CONDE.

Decir que pues aguardo  
hoy en nuestro (5) jardín la primavera,  
aperciba las fuentes e invenciones,  
que corone los árboles de fruta  
y, si es posible, nuevas flores siembre. (6)

(Sale BELARDO, jardinero.)

BELARDO.

¿Qué es lo que mandas?

CONDE.

A la huerta viene, (7)

Belardo, el alba, el sol, la misma Flora; (1)  
corran las fuentes, porque quiero agora  
que salga a la puerta a recibilla  
como a divina octava maravilla.

BELARDO. Si la señora Clavela  
viene a la huerta, señor,  
y el recibirla (2) os desvela,  
echad en otro licor  
la flor de la pimpinela;  
a los troncos de estos peros  
poned tortadas y aves,  
o de los ramos postreros  
colgad por frutas süaves  
bolsas llenas de dineros.  
Dijo Ovidio que Jasón  
fué a conquistar el tesoro,  
que manzanas de oro son,  
porque con manzanas de oro  
se gana toda afición.

Yo os juro que si ponéis  
doblores en estas ramas,  
que la cojáis y engañéis; (3)  
que de éstos comen las damas  
más que de almas que les deis.  
Fuentes y cristales hechos  
de agua son vanos provechos.  
Mujer conozco que trata  
de irse al Río de la Plata  
por echarse en él de pechos.

CONDE. Con extraño humor venís.

BELARDO. Después que Julia murió (4)  
tales desgracias me oís.

CONDE. Gentil humor se os perdió.  
Ya ni cantáis ni escribís. (5)

BELARDO. Llevóme el entendimiento  
Julia, que era Julia en mi  
alma de mi pensamiento.  
La pluma y papel rompí,  
colgué a un sauce el instrumento;  
no hará falta, (6) que en verdad  
que estos días ha salido  
de plumas gran cantidad,

(1) En los impresos, "pecho".

(2) En A y C, "dará", por errata.

(3) En ídem, "sin".

(4) En B, "ventura como ésta?—¿Ah, Belardo?"

(5) En los impresos, "este".

(6) En B dicen estos versos:

"y, si es posible, nuevas flores siembre  
y corone los árboles de fruta".

(7) En los impresos, "vienen".

(1) Este verso dice en los impresos:

"Belardo, el mismo sol, la misma aurora".

(2) En ídem, "y su venida".

(3) En ídem, "que las cojáis y enlacéis".

(4) No sabemos qué Julia será ésta. *Belardo* era nombre poético del mismo LOPE.

(5) La alusión de LOPE a sí mismo parece evidente y no poco curiosa.

(6) En los impresos, "haré faltas", por errata.

si bien no les he sentido  
invención ni novedad;  
y (1) como por las primeras  
estampas corren ligeras,  
yo vengo a ser el jabón;  
mías las señales son  
y suyas son las tijeras.

TRISTÁN. Siempre, Belardo, decís:  
"Con ésta no escribo más";  
pero en efeto escribís.

BELARDO. Ya tengo puesto el compás  
donde vos no presumís;  
dos puntas tiene, y recelo  
que, en llegándole a asentar,  
no habrá más, porque en el suelo  
una tengo de fijar  
y dar con otra en el cielo. (2)

CONDE. Ahora bien, llamadme a un paje  
que espada y capa me baje,  
y de camino daréis  
agua a esas fuentes.

BELARDO. Haréis  
que la de mi llanto ataje.

CONDE. Hoy tendrán mis celos fin.

BELARDO. Adonde viene Clavela  
no era menester jardín,  
que ella le hará (3) con la suela  
de su dorado chapín.

(Váyanse y salen DON FÉLIX, CARLOS y POLEO.)

D. FÉLIX. Siempre decís disparates.

POLEO. Siempre a ti te lo parecen.

CARLOS. Aunque celos te enloquecen,  
es bien que el remedio trates.

D. FÉLIX. Tórname a decir, (4) Poleo,  
lo que has visto. (5)

POLEO. Digo, pues,  
que vi a Leonarda y Inés,  
tu desdén y mi deseo,  
ir con Clavela al jardín  
del conde Mario, y que (6) luego  
a (7) tu serafín de fuego  
hice reverencia al (8) fin.

(1) En los impresos, "Que".

(2) Alude al estado sacerdotal, en que acababa de entrar.

(3) En los impresos, "que más hará".

(4) En ídem, "Vuélveme a contar".

(5) En ídem, "lo que viste".

(6) En ídem, "Mario, mas".

(7) En ídem, "que a".

(8) En ídem, "en".

Con la voz alfeñicada (1)  
"¡Pára, pára!", dijo a voces.  
Yo entonces, ya me conoces,  
llego, la faz mesurada,  
y, frunciendo los ojitos,  
le pregunto: "¿Dónde va  
vuesa merced?" Pero ya  
que andamos (2) sin sobrescritos,  
como cartas declaradas,  
me dijo: "A casarme voy  
con Florelo." Aquí me doy  
tres o cuatro bofetadas  
y digo: "¿Quién es Florelo  
que tal puede merecer?  
No habéis de ser su mujer."  
Mas ella, engastando (3) en hielo  
los dos corales, responde:  
"¡Majadero!" A quien replica  
Leonarda: "Pica ¡ho!a! pica,  
pica a la huerta del Conde."  
¿No has visto cómo partió  
don Plutón con Proserpina  
cuando con pez y resina  
toda la Mancha abrasó?  
Pues de esa suerte se fué,  
y diciendo: "¡Aguarda! ¡Espera!",  
como si en comedia fuera,  
haciendo el bobo quedé.  
Pero viendo que matar  
dos frisiones no era hazaña  
digna de quien te acompaña,  
di a la cólera lugar  
con naranja y San Martín,  
y siguiendo poco a poco  
el coche...

D. FÉLIX. ¡Vuélvome loco!

POLEO. Llego (4) al famoso jardín.  
Pero apenas las narices  
entraron por él, señor,  
cuando topan el olor  
de capones y perdices,  
de zorzales y de mirlos, (5)  
de tórtolas, pues aun sin verlos  
daba tal gusto de olerlos,

(1) En A y D, "alfenicada". En C, "alfellicada". En todos es errata.

(2) En los impresos, "cuando más", por errata.

(3) En ídem, "pero ella volviendo".

(4) En A, "Llegué".

(5) En los impresos dicen "mirlos", "verlos", "olerlos" y "engullirlos"; pero será errata, pues también se habla de zorzales y capones.

que gloria será engullirlos.  
Metí la cabeza y vi  
asar ciervos, elefantes,  
águilas, terneras, antes,  
monas, simios, (1) jabalí,  
fénix, gallos, avestruces, (2)  
mandrágoras, (3) un mochuelo...

D. FÉLIX. Calla ¡maldigate el Cielo!,  
que mis desdichas reduces  
a chacota y desvarío.

CARLOS. ¡Bravo convite será!  
pues el fénix asan ya  
siendo uno solo.

POLEO. Amo mío,  
procúrote divertir.

D. FÉLIX. Carlos, fénix no será,  
sino Félix, que ya está  
asado a puro (4) sufrir.  
¡Clavela se casa! ¡Cielos,  
que truje con quien se casa  
a mi casa y a su casa!  
¿Estos llamaránse celos?  
No, Carlos; no llamarán  
sino desesperaciones.  
¡Oh, qué buenos galardones,  
Carlos, los huéspedes dan!  
Vino (5) Florela a mi casa;  
hícele aposento, y luego  
llevéle a ver aquel fuego  
con quien se casa y me abrasa.  
¡Lindo premio, vive Dios!  
¿Que sólo se usan ya  
engaños? Pues bien está.  
Vernos tenemos los dos.  
Para tales desagrazos  
se inventaron las espadas.

CARLOS. En las fortunas airadas  
dan un remedio los sabios.

D. FÉLIX. ¿Es acaso la paciencia?

CARLOS. A lo menos la templanza,  
que a ver (6) en todo mudanza  
nos enseña la experiencia.

D. FÉLIX. ¡Templanza!

CARLOS. Pues ¿no es virtud  
digna de un hombre discreto?

D. FÉLIX. ¿Es buena para conceto?

CARLOS. Y para tener quietud. (1)

D. FÉLIX. Mil cosas dicen los sabios,  
ni saben ellos los modos (2)  
que han de tener los agravios.  
Yo, Carlos, he de matar  
a Florela.

CARLOS. ¡Lindo acuerdo!

D. FÉLIX. ¿Qué agravio has visto cuer-

CARLOS. Yo no te quiero apretar [do? (3)]  
a que no tomes venganza;  
mas que con espacio sea,  
y que primero se vea  
adónde el agravio alcanza.  
Vamos, Félix, al jardín  
y por una tapia entremos,  
que en sus árboles podremos  
escondernos.

D. FÉLIX. ¿A qué fin?

CARLOS. A fin de entenderlo (4) todo:  
que por ventura (5) Clavela,  
como te adora y te cela,  
quiso buscar (6) este modo  
de darte nuevo martelo,  
y a Poleo le engañó.

POLEO. Verdad es que se rió (7)  
cuando dijo "con Florela".  
Pero vamos, que yo sé  
por dónde podéis entrar  
y aun esconderos.

D. FÉLIX. Lugar  
a mis agravios daré  
sólo porque a ti te pesa.

CARLOS. Pues el silencio advertid.

POLEO. ¡Qué cierto trujo a Madrid  
esta ninfa (8) burgalesa!

(*Entrense, y salgan el Conde y Tristán.*)

TRISTÁN. Si me dijeran que había  
Tajo su corriente clara  
vuelto atrás, o que excedía (9)  
los términos donde pára  
el mar con nueva osadía;

(1) En los impresos, "ximios".

(2) En ídem, "osos, fénix, avestruces".

(3) En ídem, "mandrágulas".

(4) En ídem, "para", por errata.

(5) En ídem, "Truje a".

(6) En ídem, "que a hacer".

(1) En los impresos, "salud".

(2) En ídem, "ni aun ellos saben los modos".

(3) En C: "¿Qué agravio has visto cuerdo?" En B: "¿Qué agravio ha sido cuerdo?"

(4) En los impresos, "saberlo".

(5) En ídem, "que puede ser que".

(6) En ídem, "haya buscado".

(7) En ídem, "riyó".

(8) En ídem, "dayfa".

(9) En ídem, "que este día", por errata.



CONDE.

si me dijeran que Apolo  
 su resplandeciente coche,  
 que turbó Faetonte solo  
 en la mitad de la noche  
 sacaba ilustrando el polo,  
 no me fuera tan (1) molesto  
 ¡oh, Conde! como (2) creer  
 al (3) ver tu pecho dispuesto  
 a que olvidar y querer  
 pasen por tu amor tan presto.  
 Trae Clavela al jardín  
 esta burgalesa dama,  
 y tanto amor tiene fin.

Serafin de amor se llama,  
 porque es, Tristán, serafín.  
 Y no debe esta mudanza  
 admirarte, pues no es bien  
 querer con descónfianza;  
 basta que ocasión me den  
 tiempo y lugar de venganza.  
 Ella me dió sangre luego,  
 y no te parezca error  
 verme de su amor tan ciego,  
 que siempre el fuego mayor  
 consume al que es menor fuego.  
 El sol es alta criatura,  
 y en un día se desvía  
 de un polo a otro y procura  
 hacer noche lo que es día  
 y día la noche obscura. (4)  
 Yo vi la mujer más bella  
 que ha visto el mundo (5) en Leo-  
 narda, pues a Clavela atropella, [narda,  
 y es tan discreta (6) y gallarda  
 que hallé mi remedio en ella.  
 Luego vengarme propuse;  
 y como el alma dispuse,  
 Amor el camino halló,  
 que alegre me agradeció  
 el lugar en que lo puse.  
 Convidélas a cenar  
 al pie de esta fuente fría;  
 Clavela empezó a rogar  
 a Leonarda, que decía  
 que le faltaba lugar,

porque tiene aquí un hermano;  
 mas quedó el concierto llano  
 con que el hermano viniese,  
 y aunque de estorbos me pese,  
 ya es ido a buscarle Albano,  
 y téngolo por mejor,  
 porque si amistad hacemos  
 tendrá lugar el favor.

TRISTÁN. ¿Si es éste?

CONDE. Y los dos extremos  
 de mi olvido y de mi amor.(Salen CLAVELA, LUCÍA, LEONARDA, INÉS y FLORELO  
 y GERARDO.) (1)

CLAVELA. Besad las manos al Conde.

FLORELO. Y los pies por tal merced.

CONDE. Nunca la verdad se esconde  
 a (2) la lisonja.FLORELO. Creed  
 que ella en mi abono responde.

CONDE. Huélgome de conoceros.

FLORELO. Y yo, señor, (3) de serviros.

CONDE. Yo me holgaré (4) de teneros  
 por amigo.CLAVELA. ¡Bravos tiros!  
 Mas no haya más, caballeros,  
 que nos corremos de ver  
 que allá pasen los favores.LEONARDA. Si a mi hermano se han de hacer,  
 yo los tengo por mejores.TRISTÁN. Meter paz es menester.  
 No haya más de cumplimientos,  
 sino tomemos asientos.

CONDE. ¿Habéis ya visto el jardín?

FLORELO. Halló en él el arte fin.

CONDE. ¡Hola! Traigan (5) instrumentos.

TRISTÁN. ¿Vistes las fuentes?

FLORELO. Y vi  
 dos ninfas junto a una de ellas,  
 que pienso que están aquí,  
 más que las de mármol bellas.  
 CONDE. Y más duras para mí.  
 FLORELO. Vi la diferencia luego,  
 que aquéllas eran de agua  
 pero aquéstas son (6) de fuego.

(1) En B, "más".

(2) En ídem, "para".

(3) En los cuatro textos, "que el", pero es errata.

(4) Faltan estos cinco versos en los impresos.

(5) En B, "sol".

(6) En los impresos, "hermosa".

(1) La acotación, en B, dice: "(Entren FLORELO, LEONARDA, CLAVELA y CRIADOS.)"

(2) En B, "en".

(3) En los impresos, "yo me honraré".

(4) En ídem, "honraré".

(5) En ídem, "traed".

(6) En B, "y estotras eran".

CONDE. (Ya el Amor sus celos fragua,  
presto a sus azares llevo.  
TRISTÁN. Pues no paréis tanto amor  
si el azar de celos veis.)

(Sale GERARDO.)

GERARDO. Los instrumentos, señor,  
están aquí.

CONDE. Que cantéis  
os dice aquel ruiñeñor.

CLAVELA. A lo que aquí se cantara  
fuera bueno que danzara  
Leonarda, que por extremo  
la alaba Florelo.

LEONARDA. Temo  
que aquí desacreditara  
la buena y justa opinión  
de los bríos burgaleses.

CONDE. Que nos honréis es razón.

LEONARDA. Si tú, Clavela, me dices  
favor en esta ocasión,  
pienso que me atrevería.

CLAVELA. No ha de ser la culpa mía.

CONDE. Pues vaya, que todo es prado.

TRISTÁN. Yo canto.

FLORELO. Yo estoy turbado.

LEONARDA. ¿Qué danza?

CLAVELA. La Serranía.

(Bailan LEONARDA y CLAVELA y cantan INÉS y TRISTÁN.) (1)

“Al monte de Burgos  
iba yo, mi madre, (2)  
donde Mudarrilla  
mató a Ruiz Velázquez,  
arcabuz al hombro,  
con pólvora fácil,  
frascos de marfil,  
portafrascos de ante.  
De las altas sierras  
vi bajar a un valle,  
a buscar las sombras  
de los verdes sauces,  
dos serranas bellas  
con canciones tales,  
que a escuchar el tiempo  
pudiera pararse.

(1) En B, la acotación dice: “(Danzan, cantan y bailan.)”

(2) En los impresos, “fuera yo una tarde”.

Ya no cogeré verbena (1)  
la mañana de San Juan,  
pues mis amores se van.  
Ya no cogeré verbena,  
que era la hierba amorosa,  
ni con la encarnada rosa  
pondré la blanca azucena.  
Prados de tristeza y pena  
sus espinos me darán,  
pues mis amores se van.

Ya no cogeré verbena  
la mañana de San Juan,  
pues mis amores se van. (2)  
Para ver entonces  
sus hermosos talles  
celosías hice  
de unos arrayanes,  
la más blanca de ellas,  
bella como un ángel,  
los cabellos de oro  
desataba al aire.  
La menor, trigueña,  
entre dos cendales,  
rizadas cubría  
hebras de alamares. (3)  
Vi bajar tras ellas  
dos bellos zagales  
del prado de Lerma  
y en su villa alcaldes.

(Salen dos a bailar.)

Pellicos de seda  
llenos de alamares,  
calzones de Holanda  
con puntas de Flandes.  
“¡Hola!—dicen ellas—,  
los del nuevo traje,  
¿viste en la villa  
a sus majestades?”  
“Al Rey—les responden—  
vimos una tarde,  
y a sus bellos hijos,  
que Dios se los guarde.  
Las fiestas que vimos  
han sido notables,

(1) En B, “yo verbena”. En A y C, “la verbena”; pero es el verso largo.

(2) Estos tres últimos versos de estribillo faltan en los impresos.

(3) Los 12 versos anteriores faltan en los impresos.

bien podemos de ellas  
componer un baile.”  
Diéronse las manos,  
reverencia se hacen;  
luego los tres de ellos  
hácense a una parte.  
Como toros dicen  
que a la plaza salen,  
alquilé ventana  
por ver y guardarme.

UNO. (1) Niña, guárdate del toro.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Guárdate del toro, niña.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Es amor que desatina.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Arma la frente de lira. (2)  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Al que coge sin guarida.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Mata de celos y envidia.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Niña, guárdate del toro.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Guárdate, niña, del toro.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Da engaños y pide oro.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Da vueltas al más dichoso.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
UNO. Al más cuerdo vuelve loco.  
TODOS. Y a mí mal ferido me ha.  
UNO. Igualarlos quiere a todos.  
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.  
Guárdate del toro, niña,  
que a mí mal ferido me ha.—

Luego vi que hacían,  
queriendo imitarles,  
el juego de cañas  
que hicieron los grandes,  
y aplicando a todo

(1) En los impresos, “Músico I”.

(2) En ídem está este pasaje con los versos algo trocados y faltan los versos “Arma la frente de lira”, “Igualarlos quiere a todos”. En A llevan este orden:

“Al más cuerdo vuelve loco...  
Da vueltas al más dichoso...  
Da engaño y pide oro...  
Al que coge sin guarida...  
Mata de celos y envidia...  
Al más cuerdo desatina...”

sus dulces cantares,  
dos a dos entraban  
diestros y galanes. (1)  
Parta, as; parta, as; parta, as;  
toca las trompetas, as.  
Donde las damas están;  
carreritas vienen,  
carreritas van.  
Corra Amor, háganle plaza,  
quede el interés corrido,  
que un hombre tan mal nacido  
no es justo que entre en la plaza.  
Si Amor la desembaraza,  
a la noche abrasarás;  
parta, as; parta, as; parta, as;  
toca las trompetas, as,  
donde las damas están;  
carreritas vienen,  
carreritas van. (2)  
Acabado el juego  
pasan por delante  
del Rey y la Reina;  
humillados vanse.”

(En acabando de bailar suene dentro ruido y salga  
BELARDO alborotado.)

CONDE. ;Hola, criados! ;Qué es eso?  
;Agora ruido y voces?  
BELARDO. Mal al villano conoces,  
aunque el azadón profeso.  
TRISTÁN. ;Qué es eso, Belardo?  
BELARDO. Estaba  
una ensalada cogiendo;  
siento en esa tapia estruendo;  
vuelvo a ver quién le causaba,  
y veo unos gentiles hombres  
que por ella descendían. (3)  
CONDE. ;Por ella?  
BELARDO. Y que entrar querían  
por fuerza, por que te asombres.  
Suelto el negro perejil,

(1) Faltan en los impresos los cuatro versos anteriores.

(2) En ídem, este pasaje está así:

“¡Aparta! ¡aho!; toca las trompetas  
donde las damas están;  
carreritas vienen,  
carreritas van,

(Siguen iguales cinco versos:)

a la noche acudirá.  
¡Aparta! ¡aho!”, etc.

(3) En ídem, “descendían”



las lechugas y borrajas  
y saco de entre las pajas  
el arcabuz pastoril;  
y en el cáñamo le asiento  
tal piedra, que ; por San Juan!  
que allá por los bardos van,  
tomo por rastrojo el viento.  
¿Fuéronse, en fin?

CONDE.

BELARDO. Ya se han ido.

CONDE. La huerta os quiero enseñar  
mientras nos dan de cenar.

(*Vanse todos; quedan BELARDO y GERARDO.*)

GERARDO. Buen rato os habéis perdido.

BELARDO. Habrán bailado estas damas.

GERARDO. Honestamente y muy bien.

BELARDO. Viva mil años, amén,  
el que ha vuelto por sus famas.

GERARDO. ¿Quién eran los que querían  
por estas tapias entrar?

BELARDO. No es gente que viene a hurtar.  
Buenas personas tenían.  
Celillos deben de ser  
de estas damas por ventura,  
que yo, aunque trato en verdura,  
no es, como veis, alcacer.  
Tiempo fui que conocía  
de aquestas enfermedades.

GERARDO. Vos decís puras verdades.

BELARDO. Pues sabed que presumí  
que han de entrarse, a mi pesar,  
si acaso no se han entrado,  
y que de lástima he dado  
a sus intentos lugar.

GERARDO. Discreto sois y piadoso.

(*Sale (1) CLAVELA.*)

CLAVELA. Por experiencia he probado (2)  
cuán mal sosiega el cuidado  
de un pensamiento celoso.  
Entre las sonoras fuentes,  
que ojalá fueran de olvido,  
dejo al Conde entretenido  
de sus nuevos accidentes,  
y como no está en Florelo  
mi gusto, como pensé,  
también allá le dejé.

BELARDO. (Que vuelven a entrar recelo.

GERARDO. Dejaldos, que ser podría

que os diesen algún placer,  
que quien entra sólo a ver  
no os hace descortesía.)  
Venid, que tengo que daros  
un regalo.

BELARDO.

Yo os he visto  
con ojos de hombre bien quisto,  
tal nombre quiero llamaros.  
Si sois de estos que entretienen  
mientras hablan los amantes,  
medraréis, que semejantes  
a medrar de presto vienen.  
Si servís de tenedor  
mientras que se trinchá el ave,  
tenéis un oficio grave,  
no le pretendáis mejor.  
Cierto que estoy bien con quien  
tiene costumbres tan buenas,  
que cubrir (1) faltas ajenas  
es muy de gente de bien.  
Noble sois de condición;  
que tengáis tal nombre es justo;  
los que tratan en dar gusto  
nobles, en efeto, son;  
pero callemos verdades  
que de vergüenza las dejo.

GERARDO. Villano, en fin.

BELARDO. Estoy viejo.  
y enfádanme (2) mocedades.

CLAVELA.

Hermosas aguas, puras, cristalinas,  
que dais (3) al cuerpo de estas fuentes venas  
y hasta que os levantáis de perlas llenas  
buscáis su centro por secretas minas.

Plantas (4) que hacéis con esmeraldas finas  
para seguridad verdes almenas  
de fruto, que entre ramas siempre amenas  
os hace con el arte peregrinas.

Oíd mis quejas; (5) pero no conviene  
quejarse un triste a libres arroyuelos,  
ni a un árbol verde quien celoso viene.

Oigame el Cielo en sus azules velos,  
pues por los celos, que de él nombre tiene, (6)  
dicen que el cielo se vistió de celos.

(1) En los impresos, "encubrir".

(2) En idem, "cánsanme".

(3) En idem, "hacéis".

(4) En idem, "Flores".

(5) En B, "celos".

(6) Este verso, en los impresos, dice:

"pues por los celos que de él se tiene"

(1) En B, "Entra".

(2) En los impresos, "sacado".

(Sale (1) FLORELO.)

FLORELO.

Alegres (2) flores que con varias tintas (3)  
pintó Naturaleza soberana  
y al claro aparecer de la mañana  
de la verde (4) prisión salís distintas.

Fértiles campos, (5) apacibles quintas,  
gloria del sol, envidia de Diana,  
cuando la aurora con su nieve y grana  
sale tocada de diversas cintas.

Si es triste condición amor con miedo,  
decildo agora que la noche fría  
quiere bañaros (6) de su obscuro enredo.

Mas ¡ay de mí! que esperaréis el día  
en que os alegre el sol (7) y yo no puedo,  
que toda es (8) noche la esperanza mía.

(Sale (9) DON FÉLIX.)

DON FÉLIX.

Entré por laberintos tan extraños  
adonde tengo puestos (10) los deseos,  
que todos los remedios son rodeos  
y todos los consejos son engaños.

Quieren, para salir de tantos daños,  
ser el ingenio y la razón Tescos;  
mas no se alabarán de sus trofeos, (11)  
pues no ha podido el curso de los años.

Amor, que en las costumbres se transforma,  
por ellos (12) viene a ser naturaleza  
que, como cuerpo, al alma se conforma.

Cégume el resplandor de tu belleza;  
ave de noche soy, y estoy de forma,  
que no quiero más luz que mi tristeza.

FLORELO. (O la obscuridad me engaña  
de la noche, en cuyos velos  
la tarde se esconde y baña,  
o la sombra de los celos,  
que al sol de amor acompaña,  
o es que (13) éste es Félix. Él es.

(1) En B, "Entra".

(2) En los impresos, "Hermosas".

(3) En ídem, "pintas". Es errata.

(4) En ídem, "dulce".

(5) En ídem, "prados".

(6) En ídem, "cubiertos".

(7) En ídem, "para que os dé su luz".

(8) En ídem, "que es toda".

(9) En B, "Entra".

(10) En los impresos, "presos".

(11) En ídem, "empleos".

(12) En ídem, "pero más".

(13) En ídem no hay el "que".

que sin licencia se ha entrado.  
¡Bravo amor! ¡Bravo interés!  
Si Clavela me ha engañado,  
satisfaréme después.

Arboles, dadme favor,  
aunque de la noche sobra.)

Aquí los oiré mejor,  
pues un desengaño cobra  
cuando pierde un loco amor. (1)

CLAVELA. (Al paso de mis desdichas  
crecen mis locos deseos,  
pues si ellos son inmortales  
inmortales serán ellos.  
¡Oh, quién pudiera quejarse!  
Pero los criados temo,  
que por estos cenadores  
la cena van previniendo.  
Mas ¿cómo podré callar? (2)  
¿Daré voces a los Cielos  
de la sinrazón de un hombre?  
Pues a vosotros me quejo,  
decid: ¿es mía la culpa?

D. FÉLIX. Sí.

CLAVELA. ¿Que sí? Cielos, ¿qué es esto?  
Criados que andan aquí  
que a otras cosas respondieron  
a propósito, me han dicho  
que sí, pero fui mintiendo.  
¿Félix no es culpado?

D. FÉLIX. No.

CLAVELA. Pues juntando el sí primero  
y este no, dirán si no;  
pues si no, ¿por qué me ha muerto?  
¿Por qué con tales traiciones  
aflige mis sentimientos? (3)  
¿Quién me dará desengaños  
de mis engaños?

D. FÉLIX. El tiempo.

CLAVELA. Esto ya no ha sido acaso.  
Alguno que me está oyendo  
oráculo se ha fingido. (4)  
Pues, hombre, si eres discreto,  
responde en forma de Apolo  
a mis preguntas.

D. FÉLIX. Di presto.

CLAVELA. ¿Don Félix no se fué a Lerma

(1) En B, estos tres versos anteriores los dice Félix.

(2) En A, "llamar", por errata.

(3) En los impresos faltan este verso y el anterior.

(4) En ídem faltan estos dos versos.

celoso de un extranjero,  
a quien Amor es testigo  
que yo aborrezco en extremo?  
¿Cómo se ha casado en Burgos?

D. FÉLIX. Mientes.

CLAVELA. Oráculo necio,  
no seáis tan mal criado  
con quien viene a vuestro templo;  
porque de lo que es tan claro  
¿quién pudo engañarme?

D. FÉLIX. Celos.

CLAVELA. Celos nadie los confiesa,  
yo confieso que los tengo.

FLORELO. ¡Buenas van mis esperanzas!  
¡Buenos van mis pensamientos!  
Pues a la voz de Clavela  
hace don Félix los ecos,  
para tales desengaños  
flaco está mi sufrimiento.  
Algo me ha de suceder.)

CLAVELA. Señor Apolo, muy diestro  
respondéis a mis preguntas; (1)  
de vos me han dado celos.  
¿Quién os ha dicho mi historia?  
¿Sois el Conde?

D. FÉLIX. No, por cierto.

CLAVELA. Pues ¿quién sois?

D. FÉLIX. El que se esconde.

CLAVELA. ¿De qué os escondéis?

D. FÉLIX. De miedo.

CLAVELA. ¿Sois Tristán?

D. FÉLIX. No, sino un triste.

CLAVELA. ¿Sois Gerardo?

D. FÉLIX. Arder me siento.

CLAVELA. ¿Sois Carlos?

D. FÉLIX. Ya os acercáis.

CLAVELA. ¿Sois Florelo?

D. FÉLIX. En flor me pierdo.

CLAVELA. ¿Sois don Félix?

D. FÉLIX. Sí, yo soy,

que ya por paredes vengo  
a verte en ajenos brazos  
si hoy te casas con Florelo.  
Pues ¡vive Dios! que han de ver  
las mesas que están poniendo  
ctras bodas de Hipodamia,  
otro valeroso griego.  
Hoy seré azar de tus gustos  
y de tus glorias infierno.  
Hoy verás...

CLAVELA. No digas más,  
infame, vil caballero.

D. FÉLIX. Trátame bien.

CLAVELA. ¿Que es tratarte  
bien?

D. FÉLIX. Porque yo lo merezco  
y porque te adoro.

CLAVELA. ¿Tú?

¿Tú me quieres?

D. FÉLIX. Yo te quiero.

CLAVELA. ¡Fuego de Dios en los hombres!

D. FÉLIX. Si sois las mujeres fuego,  
ya desde Adán nos alcanza  
esa maldición.

CLAVELA. ¿Qué intento  
te trujo al jardín?

D. FÉLIX. Pedirte,  
si el casamiento no es hecho,  
que no me dejes a mi  
por este necio Florelo.  
que ni es mi primo, Clavela,  
ni le conozco, ni tengo  
sangre en Burgos, que ya sabes  
que habla en mis cartas (1) Toledo.

CLAVELA. ¿Hay hombre más vil que tú?

FLORELO. ¡Buen primo! ¡Qué honrado deu-  
Medrando voy ¡por mi vida! [do!  
con aquestos parentescos.) (2)

CLAVELA. Dime, Félix, o sin fe;  
no sé por qué te pusieron  
nombre que con fe comienza  
siendo un bárbaro en sus hechos:  
¿casarte quieres conmigo  
siendo casado?

D. FÉLIX. Yo niego.

CLAVELA. Pues ¿no es tu mujer Leonarda?

D. FÉLIX. Eso, Clavela, es enredo.

CLAVELA. ¿Enredo? Ya lo sé todo,  
y que Florelo, viniendo  
a Lerma, le dió ocasión  
y de las fiestas deseo.  
Ya sé que en hábito vino  
de labradora.

D. FÉLIX. Sospecho  
que es una a quien de piedad  
di en mi posada aposento.

FLORELO. (¿Qué es esto que oigo?)

CLAVELA. Pues di,  
si con tus traiciones luego

(1) En B, "desdichas".

(1) En los impresos, "partes".

(2) En ídem, "aqueste parentesco".



la llevaste a ver los toros  
y le (1) estuviste diciendo  
toda aquella tarde amores...

D. FÉLIX. Es verdad, yo lo confieso;  
mas por vengarme de ti.

FLORELO. (Amores. ¡ Bueno va esto!)

CLAVELA. Y luego...

D. FÉLIX. ¿Qué luego?

CLAVELA. Calla.

D. FÉLIX. ¿Qué he de callar?

CLAVELA. ¿Es bien hecho  
para tan noble mujer  
palabra de casamiento,  
y forzándola esa noche  
con lágrimas (2) y con ruegos,  
dejarla así ya, después  
que a Madrid, con tus enredos,  
haces venir a su hermano?

FLORELO. (¿ Hay maldad como ésta, Cielos?)

D. FÉLIX. ¿ Yo?

CLAVELA. Tú, pues.

D. FÉLIX. ¿ Carlos? ¿ Ah, Carlos?

(Salen CARLOS y POLEO.)

CARLOS. Aquí estoy.

POLEO. Y aquí Poleo.

FLORELO. (Gente escondida tenía;  
mas no importa.)

CARLOS. ¿Qué tenemos?

D. FÉLIX. Dice Clavela que yo  
forcé (3) a Leonarda viniendo  
en hábito de serrana  
a Lerma.

CARLOS. ¡ Graciosos celos!

POLEO. ¿ Luego Leonarda y Inés  
eran las dos que vinieron  
pollinarmente de Burgos  
con los rebozados velos?  
¿ Hay tan extraña gazapa?

CLAVELA. ¿ Qué falso por lo discreto,  
que se admira el lacayazo!

D. FÉLIX. La verdad dice.

CARLOS. Y es cierto,  
como ser de noche agora.  
Si te casas con Florelo,  
¿ de qué sirven invenciones?

FLORELO. Poco a poco, (4) caballeros,  
que hay parte en esta desgracia.

D. FÉLIX. ¿Quién es?

FLORELO. Un pariente vuestro  
por la parte de Leonarda,  
que no por padres y abuelos.  
Huélgome de haber sabido  
el agravio que habéis hecho  
a un hombre que está tan cerca,  
que no será agravio presto.  
¿ Para esta infamia escribiste  
tales cartas? Sacad luego  
la espada; el jardín es campo.  
Pocos sois tres ni trescientos. (1)

CLAVELA. Florelo, paso, (2) ¡ por Dios!

FLORELO. Quitaos, señora, de enmedio.

CLAVELA. Porque me habéis agradado,  
Florelo, en medio me he puesto.

(Salen el CONDE y TRISTÁN.) (3)

CONDE. ¿Qué es esto? ¿En mi casa espadas?

FLORELO. Yo no soy quien os ofendo,  
sino los que entran paredes  
y deshonoran caballeros.

D. FÉLIX. Yo no he deshonrado a nadie.

(Salen LEONARDA y INÉS, GERARDO y LUCÍA y PAYO.)

LEONARDA. (Logróse mi pensamiento.)  
¿Es don Félix?

D. FÉLIX. Soy, Leonarda,  
un grande enemigo vuestro.

CONDE. ¿Pues don Félix en mi casa?

D. FÉLIX. No os espantéis, que los celos  
son siempre dobles espías  
y son ladrones secretos.  
De Florelo vine a ver  
el tratado casamiento.

CONDE. Pues ¿quién se casa en mi casa?

D. FÉLIX. Florelo.

CONDE. Y ¿con quién, Florelo?

D. FÉLIX. Con Clavela.

CLAVELA. Yo lo dije  
por burla; pero ya quiero,  
por amor o por venganza,  
hacer este casamiento,  
y ya, como soy cuñada  
de Leonarda, te prometo  
la venganza de su agravio. (4)

FLORELO. Yo, señor Conde, me quejo

(1) En A, "la".

(2) En los impresos, "promesas".

(3) En ídem, "gocé".

(4) En A, "Paso, paso".

(1) En los impresos, "trescientos".

(2) En ídem, "Teneos, Florelo, por Dios".

(3) En B, la acotación dice: "(El CONDE, LEONARDA, PAYO, INÉS, TRISTÁN y GERARDO, entran.)"

(4) En los impresos, estos versos dicen:

de que don Félix, negando que es mi primo, que es mi deudo, niega a Leonarda una deuda que no ha de tener remedio sin hacernos (1) mil pedazos.

D. FÉLIX. Señor Conde, si tal debo, quíteme (2) el Cielo la vida. Ni sé de este parentesco, ni escribí a Florelo cartas, ni aun hoy (3) conozco a Florelo.

TRISTÁN. Este es negocio muy grave, (4) a vos os toca saberlo como persona tan grave (5) y de aquesta casa dueño.

CONDE. Pues ¿qué remedio ha de haber? (6)

TRISTÁN. Examinemos primero los criados uno a uno.

CONDE. Bien dices.—¿Hola, mancebo?

POLEO. ¿Dice a mí su señoría?

CONDE. A vos. ¿Qué sabéis de aquesto?

POLEO. Verdad es que una serrana de ojos y cabellos negros vino a Lerma desde Burgos y estuvo en nuestro aposento. Yo, como salí a los toros con otros dos compañeros, remojéme los bigotes, como si fuera un tudesco, con treinta y nueve de copas, de que me vino tal sueño, que era ya partido el Rey y yo no estaba dispierto.

TRISTÁN. Este es un loco, dejalde.

CONDE. ¿Hola, vos?

PAYO. (Temblando llego.)

CONDE. ¿A quién servís?

PAYO. A mi amo Florelo.

CONDE. ¿Qué sabéis de esto?

PAYO. Que en materia de doncellas decía un hombre discreto que el preguntárselo a ellas era el testigo más cierto.

CONDE. ¿Qué te parece, Tristán?

"y ya, como a tu cuñada, de don Félix te prometo la venganza de este agravio".

(1) En *A*, "haceros": pero es errata.

(2) En los impresos, "me quite".

(3) En ídem, "yo".

(4) En ídem, "Este negocio muy grave".

(5) En *C* y *D*, "a tan grave persona".

(6) En ídem: "Pues ¿qué puedo hacer, Tristán?"

TRISTÁN. Que no era malo el consejo, (1) si pudiera preguntarse.

CONDE. Señores, algún remedio ha de haber en este agravio.

CLAVELA. Quedando yo con Florelo, disponed de los demás, que quiero un marido cuerdo y no un amante traidor.

LEONARDA. Pues si ya elección has hecho de mi hermano, la verdad, señores, de este suceso es que yo fui a ver las fiestas en ausencia de Florelo, adonde a don Félix vi; y de su talle y requiebros volví tan perdida a Burgos, que, aquellas cartas fingiendo, hice venir a mi hermano, que a Félix tiene por deudo, el cual fué cortés conmigo, y hago testigo los Cielos que en Lerma no vió mi rostro; pero también saben ellos las lágrimas, los suspiros, las quimeras, los enredos que me cuesta amarle tanto.

D. FÉLIX. ¿Qué haré, Carlos?

CARLOS. Yo no puedo negar que un amor tan justo no merece un casamiento.)

D. FÉLIX. Dadme, Leonarda, la mano.

CONDE. Como quien sois habéis hecho.

POLEO. Dadme vos la vuestra, Inés.

INÉS. Vos sois mi dueño, Poleo.

POLEO. Y vos mi zaragatona.

PAYO. Lucía, toca esos güesos.

LUCÍA. No te acostarás sin luz.

PAYO. Candil de mis pensamientos serás de noche y de día.

CONDE. Tristán, Carlos, caballeros, a cenar están llamando.

LEONARDA. Pidamos perdón primero a tan discreto senado, a quien por Belardo ofrezco *La Burgalesa de Lerma*, escrita a honor de su dueño.

FIN DE LA COMEDIA

de LA BURGALISA DE LERMA. (2)

(1) En los impresos, "Que era el testigo muy cierto".

(2) El manuscrito lleva al final la nota que dice: "En Madrid, a 30 de noviembre de 1613."

# LA FAMOSA COMEDIA

DE

## LAS BURLAS Y ENREDOS DE BENITO <sup>(1)</sup>

### FIGURAS, LAS SIGUIENTES

|                              |                               |                            |                                |
|------------------------------|-------------------------------|----------------------------|--------------------------------|
| <i>El REY CRISTIANO.</i>     | <i>La INFANTA, su hija, y</i> | <i>Dos CRIADOS del REY</i> | <i>Dos GUARDAS.</i>            |
| <i>El PRÍNCIPE, su hijo.</i> | <i>por otro nombre, BE-</i>   | <i>CRISTIANO.</i>          | <i>SERGIO, paje del REY.</i>   |
| <i>GERARDO, príncipe.</i>    | <i>NITO.</i>                  | <i>Un CAPITÁN.</i>         | <i>Otro VASALLO.</i>           |
| <i>La princesa PINARDA.</i>  | <i>CELÍN, moro.</i>           | <i>Un MAYORDOMO.</i>       | <i>Otro PAJE.</i>              |
| <i>La princesa ROSELA.</i>   | <i>Tres MOROS.</i>            | <i>Un GUARDADAMAS.</i>     | <i>[MOROS y VASALLOS.] (2)</i> |
| <i>El REY MORO.</i>          | <i>Dos VASALLOS.</i>          | <i>Un VIEJO.</i>           |                                |

### JORNADA PRIMERA

(*Sale el REY CRISTIANO y dos CRIADOS poniendo mano a las espadas contra el príncipe GERARDO.*) (3)

REY. ¡Muera, muera, o vaya preso!  
¡Dalde si se resistiere!

GERARDO. El que morir no quisiere  
luego, no se ponga en eso;  
que no por esos espantos (4)  
penséis que me he de rendir.

REY. ¡Dalde o (5) hacelde morir!  
¿A qué aguardáis, pues sois tan-  
[tos?] (6)

CRIADO 1.º ¡Muera! ¡Muera! ¡Pese a tal!

(*Sale el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE. ¡Paso! Teneos, caballeros.  
CRIADO 2.º ¡Muera!

(1) El manuscrito 15206 de la Biblioteca Nacional lleva el título de "*Las burlas de Benitico*: es de Benavides." Debe entenderse el propietario del ejemplar, porque Luis de Benavides era un actor que nunca escribió comedias.

(2) El Ms. trae la lista de personajes en esta forma: El Rey.—El Príncipe, su hijo.—Gerardo, príncipe.—Tres Criados.—Rosela.—Pinarda.—Celín y Dos Moros.—Sergio, paje.—El Rey de Argel.—Troila, su hija.—Un Capitán.—Un Viejo.—El Guardadamas.—Un Mayordomo.

(3) Todas las variantes señaladas a continuación se refieren al Ms. de la Biblioteca Nacional; no repetiremos, pues, la advertencia en cada caso. Esta acotación dice: "(*Sale el REY y el PRÍNCIPE y tres CRIADOS acuchillando a GERARDO y al REY.*)"

(4) "que por no ver que sois tantos".

(5) "¡Muera! hacelde morir".

(6) "¿a qué aguardáis hechos cantos?"

PRÍNCIPE. ¿No queréis teneros?  
Hareos tener por mal.

CRIADO 3.º Caballeros, volvé atrás,  
pues el Príncipe lo manda.

REY. ¿Quieres tomar la demanda  
de un traidor? Loco ¿qué has? (1)

PRÍNCIPE. Soy Príncipe, y pésame,  
señor, que a un Príncipe mates.

REY. Mato a un traidor.

GERARDO. No me trates,  
señor, tan mal sin por qué.  
¿Por qué me llamas traidor,  
que nunca lo supe ser?

REY. Pues ¿qué nombre ha de tener  
quien contra Dios y mi honor  
en una justa aplazada  
con armas entró en la empresa,  
siendo condición expresa  
que nadie metiese espada?  
Porque te sacó Reimundo  
con la lanza del arzón,  
le sacaste tú a traición,  
con el estoque, del mundo.  
¿Sabes bien que dejas muerto  
al mejor Príncipe de él?

GERARDO. Ciégate el furor cruel,  
Rey, pues no escuchas lo cierto.  
Si el que ofendido se halla,  
viendo aquel que le ha agraviado,  
sea en campo o en poblado  
le puede pedir batalla,  
y del Príncipe Reimundo  
me hallaba yo ofendido,  
y esto tan público ha sido

(1) "¡Loco! ¿En qué das?"



que lo sabe todo el mundo;  
pues, estando tú delante,  
como lo sabe tu hijo, (1)  
sobre palabras que dijo,  
y dije, me tiró un guante,  
¿qué ocasión (2) pude buscar  
más legítima y más justa  
que buscallo en una justa  
para poderme vengar?

PRÍNCIPE. Pues si era (3) la ofensa antigua,  
lo que hizo no fué exceso.

REY. Con todo, tiene de ir preso  
en tanto que se averigua.

GERARDO. Pues ir preso es imposible,  
en piezas bien puede ser.

REY. Si no se deja prender,  
matalde.

PRÍNCIPE. ¡Caso terrible! (4)  
Haceos a un cabo, (5) villanos,  
no muera un Príncipe así.—  
Príncipe, fíaos de mí  
y entregaos preso en mis manos,  
que os doy la palabra (6) y fe  
de que miraré por vos.

GERARDO. Quedando eso entre los dos,  
Príncipe, yo lo haré.

¿Veis? Aquí rindo mis armas  
y en vuestras manos me entrego.

REY. Llevadle (7) a una torre luego [mas  
con doscientos (8) hombres de ar-

*(Llévanle preso, y sacan al muerto, en un pavés,  
dos de sus VASALLOS, y sale PINARDA, sueltos los  
cabellos, llorando, y ROSELA con ella.)*

REY. ¿Qué rumor (9) es el que suena?

CRIADO I.º Sacan al Príncipe muerto  
del pavés. (10)

REY. ; Oh, desconcierto!

; Oh, muerte de dolor llena!

ROSELA. Deja, Princesa, el cabello,  
no pague lo que no ha hecho.  
que no es de ningún provecho  
el arrancallo o torcello. (11)

REY. Lévese el muerto a palacio  
con el aplauso debido.

PINARDA. Primero, señor, te pido  
me des para hablar espacio.

Y di, el principal intento  
de esta justa en ti, ¿qué ha sido?

REY. La causa que me ha movido,  
Princesa, es tu casamiento,  
porque, como sabes bien,  
el Rey de Albania, tu padre,  
murió, (1) y la Reina, tu madre,  
a pocos días también; (2)  
y quedando tú pequeña,  
tu madre, (3) cuando testó,  
por tu tutor me dejó.  
como en su archivo se enseña.  
Y el tiempo veloz, que vuela,  
pasó y veniste a crecer,  
y yo, viéndote (4) mujer.  
en mi poder y tutela,  
pretendí darte marido  
y que fuese, como es justo,  
el que a ti te diese gusto,  
pero ninguno has querido.  
Y yo, porque quien (5) lo fuese  
lo fuese con causa justa.  
ordené que en esta justa (6)  
te llevase el que venciese,  
por que, ya que te llevaba,  
te llevase con (7) valor.

PINARDA. Pues ya yo tengo, señor,  
el marido que esperaba.  
que es el príncipe Reimundo  
que en aqueste suelo yace,  
que sólo él me satisface (8)  
más que todos los del mundo. (9)  
Y si había de ser yo  
el premio del que venciese, (10)  
él venció antes que muriese,  
no pierda lo que ganó:  
v así, como a vencedor, (11)

(1) "como es testigo t. h".

(2) "razón".

(3) "si fué".

(4) "¡ Oh, caso".

(5) "lado".

(6) "mi palabra".

(7) "Llévenle".

(8) "ducientos".

(9) "clamor".

(10) "del palenque".

(11) "el desgajallo y rompello".

(1) "faltó".

(2) Aquí una acotación que dice: "*(Sale el PRÍNCIPE.)*"

(3) "padre".

(4) "y viéndote ya m".

(5) "porque el que".

(6) "procuré con causa j".

(7) "por".

(8) "sólo él m. s".

(9) "más que todos en el m".

(10) "del interese".

(11) "y así como a mi señor".

quiero dalle (1) esta corona  
y al premio, que es mi persona,  
no dalle (2) otro poseedor.  
PRÍNCIPE. ¿Vióse más notable y cierto  
agravio que el que recibo?  
¡Que no me premie a mí vivo  
esta fiera y premie al muerto!  
Quiérome ir, que ver no puedo  
a mis ojos tal afrenta.)

(Vase.)

PINARDA. Tu mujer soy, y contenta  
contigo, aunque muerto, quedo,  
y así, como a (3) mal logrado,  
te doy la mano de esposa,  
y si es (4) excusada cosa  
esto en un difunto helado,  
ya que de esposa no puedo,  
te doy la mano de ser,  
en vengarte, tu mujer,  
pues en nombre de tal quedo;  
y fía que, aunque no vivas,  
serán mis promesas ciertas,  
que amo más tus glorias muertas  
que de otras esperanzas vivas.  
Y es la causa, (5) Rey, de modo,  
que debo ya demandarte  
su venganza, como parte  
que perdió en su vida el todo.  
¡Venganza, venganza, Rey;  
que aunque hay ley que hacen los  
el estado de las leyes [reyes, (6)  
para un traidor no haya ley!  
No por ser Príncipe deje  
de castigarse Gerardo.  
Viva soy, justicia aguardo,  
no quieras de ti me queje.

VAS. 1.º Y sus vasallos no menos  
su venganza demandamos.

REY. Haremos a lo que estamos  
obligados como buenos.

VAS. 2.º Vénguese el fuerte Reimundo;  
no quieras que sus vasallos  
tomen armas y caballos  
y abrasen con guerra al mundo.

REY. Caballeros, bueno está.—

- (1) "darle".  
(2) "darle".  
(3) "y así mozo m."  
(4) "es ya".  
(5) "su esposa soy".  
(6) "que aunque es ley que hace a reyes,".

Princesa, dejad el llanto,  
que no sabréis pedir tanto  
como mi justicia (1) hará.  
Si el muerto está en el pavés,  
en la cárcel está el preso  
y en mis manos el proceso,  
que sabré ser buen jüez.  
Dejaldo, y tened por cierto  
que en mí no hay menos codicia  
de ejecutar mi justicia (2)  
que en vos de vengar el muerto.  
Retiraos, que aquí estáis mal,  
y vamos a mi aposento.  
Darásele al cuerpo (3) asiento  
en mi capilla real,  
y juntaré mi consejo  
sobre lo que se ha de hacer.

PINARDA. Yo sé que harás el deber.  
En tus manos, Rey, lo dejo.

(Vanse (4) todos y salen dos GUARDAS.)

GUARDA 1.º Todo el mundo viva alerta,  
camarada, que conviene.

GUARDA 2.º ¿La escuadra? (5)

GUARDA 1.º La fuerza (6) tiene,  
y a entrambas cabe la puerta. (7)

GUARDA 2.º Mirad que es Príncipe el preso  
y también Príncipe el muerto.

GUARDA 1.º Guarda de cuidado es cierto,  
porque es negocio de peso.  
¿Si dicen hasta qué día  
ha de durar esta guarda?

GUARDA 2.º Yo apostaré que no tarda  
dos días.

GUARDA 1.º ¡Por vida mía!

GUARDA 2.º Está el Rey muy enojado,  
y llévalo muy de paso.

GUARDA 1.º Es atroz y fuerte (8) el caso.

GUARDA 2.º Y aun muy justo, bien mirado.

(Sale el PRÍNCIPE y un PAJE.)

PRÍNCIPE. ¿Eso está como ha de estar?

PAJE. Como tu alteza mandó.

PRÍNCIPE. ¿Él de mí no se fió?

- (1) "como sobre esto se hará".  
(2) "de castigar su malicia".  
(3) "al muerto".  
(4) "y meten al muerto y salen".  
(5) "¡Ea, escuadrón!".  
(6) "Las fuerzas".  
(7) "ya estamos cabe la p.".   
(8) "fué muy atroz, cierto,".

pues téngole de librar,  
que por ser quien es es justo  
y porque sacó (1) del mundo,  
en dar la muerte a Reimundo,  
un contrario de mi gusto.)  
Pues, amigos, ¿qué se hace?  
¿El preso está bien guardado?

GUARDA 1.º De una escuadra está cercado.

PRÍNCIPE. Aqueso me satisface.  
Advertid bien que os encargo  
yo de mi parte esta guarda,  
que el Príncipe que se guarda  
bien sabéis que está a mi cargo,  
porque él se me (2) entregó a mí  
y debo dar cuenta de él.

GUARDA 2.º Si el mundo viene por él  
no le sacará de ahí. (3)

PRÍNCIPE. Con todo esto, (4) quiero entrar  
a requerir las prisiones.

PAJE. (A gran empresa te pones.  
Dios te la deje acabar.)

(*Entranse el PRÍNCIPE y el PAJE.*) (5)

GUARDA 1.º Oigan éstos; fíaos aquí  
de palabras de un señor.  
No hay confianza mejor  
que fiarse el hombre en sí.  
"Entregaos, que mi fe os doy  
de que miraré (6) por vos",  
y agora, placiendo a Dios,  
le hará degollar hoy.

GUARDA 2.º No quiebra, si bien se mira,  
la palabra.

GUARDA 1.º ¿Cómo no?

GUARDA 2.º Si la palabra le dió  
de mirar por él, ¿no mira?  
¿No mira que no se vaya  
y recorre (7) las prisiones.

GUARDA 1.º Dejémoslos de razones (8)  
y póngase al hablar raya.  
Tened ojo a aquesa puerta,  
que es de noche y hace obscuro.

GUARDA 2.º Eso importa, yo os lo juro,  
que el hablar no es renta cierta.

Ya querría que saliese  
el Príncipe, por cerrar. (1)

GUARDA 1.º Excusar pudo el entrar. (2)

GUARDA 2.º Ya sale.

GUARDA 1.º Mas ¿si me oyese?

(*Sale GERARDO con el vestido del PRÍNCIPE, y el PAJE,  
y queda el PRÍNCIPE, en su lugar, preso.*)

GERARDO. Las prisiones están buenas.  
Andad, vámonos de aquí. (3)

GUARDA 1.º ¿Qué dijo, hola?

GUARDA 2.º No lo oí,  
que la boca no abrió apenas.

PAJE. Lo que dice (4) es que se tenga  
cuidado.

GUARDA 1.º Perderlo puede.

GERARDO. ¡Que por mí preso se quede  
y yo con libertad venga!  
Si un siglo, Astolfo, procuro  
pagarte, será imposible.—  
¿Viéronme?

PAJE. No fué posible,  
que es de noche y está obscuro. (5)

GERARDO. Basta que se ha hecho bien  
el trueco, y a poca costa.  
¿Tienes a punto la posta?

PAJE. La posta y armas también.

GERARDO. Pues vamos, subiré en ella  
y partiré al punto apriesa.  
¡Adiós te queda, Princesa,  
cruel tanto como bella!  
¡Huyendo voy de la muerte,  
que es lo propio que de ti!

(*Vanse los dos.*)

GUARDA 1.º ¿Hola? ¿Qué hacemos aquí?  
Rondad, velemos el fuerte.

GUARDA 2.º ¿Una escuadra no le ronda?  
¿Para qué habemos (6) de ir?

GUARDA 1.º Un hombre veo venir.—  
¿Qué gente? (7) ¿Quién va? Res-  
[ponda.

(*Sale SERGIO.*)

SERGIO. Amigos, Sergio es quien viene.

(1) "libró".

(2) "porque se me".

(3) "no le sacaré de aquí".

(4) "eso".

(5) "y dice la GUARDA".

(6) "de que yo mire".

(7) "y requiere".

(8) "Dejemos esas r.".

(1) "por entrar".

(2) "y podelle visitar".

(3) "¡Cuidado! ¡vamos de aquí!"

(4) "dijo".

(5) "y hace oscuro".

(6) "tenemos".

(7) "gente es?"



GUARDA 2.º Un (1) poco más que estuviera en responder, no pudiera.

SERGIO. ¿Tanto rigor hay?

GUARDA 1.º Conviene.

GUARDA 2.º Pues, amigo, ¿de dó bueno?

SERGIO. De Palacio vengo, Horacio.

GUARDA 1.º Pues ¿qué hay de bueno en Palacio?

SERGIO. Por malo lo que hay condeno. Queda un muido puesto en armas, y de una y otra acera hay tantas hachas de cera como se ven hachas de armas. Unos entran, otros salen, aquéste rempuja [a] aquél; otros, en ciego tropel, de los leves pies se valen. Otros están hechos muela, donde un hablador preside, y en llegando otro le impide con una nueva novela. Todo lo que todos tratan es si hará justicia de él; dice éste que sí, y aquél apuesta que no le matan.

GUARDA 1.º En efecto, ¿qué se sabe?

SERGIO. No se sabe, se barrunta.

GUARDA 2.º ¿Morirá?

SERGIO. Está en la junta. (2) No se sabe hasta que acabe; pero lo que se murmura entre el común a una voz es que el delito fué atroz.

GUARDA 1.º Y morirá. ¡Ah, desventura!

SERGIO. Señor, es Príncipe el muerto.

GUARDA 1.º También lo es el matador.

GUARDA 2.º Usa de grande rigor el Rey en matalle, cierto. Demos agora una vuelta, no se nos duerma la guarda.

GUARDA 1.º Cierre esa puerta. ¿Qué aguarda? (3)

Dé (4) bien la llave la vuelta.

(Vanse. Salen GERARDO y el PAJE de camino.)

GERARDO. Tantas leguas en tan poco, mucho correr fué de posta.

PAJE. Esta, señor, es la costa, que tocas con el pie y toco;

frente del mar lusitano, costa de España y frontera, pues que desde esta ribera (1) se conoce el africano.

GERARDO. Pues vete (2) a la corte, amigo, y al Príncipe le dirás que ya no me obligue más, pues tengo tan buen testigo.

PAJE. Queda adiós. Yo (3) lo haré así.

(Vase.)

GERARDO. Ve y ayúdete fortuna, si queda esperanza alguna que pueda volver por mí. ¿Dónde voy sin orden tuya, mi Pinarda, siendo tuyo? ¡Princesa, que muerte huyo que de la vida no huya! ¿Vióse vida más perdida que (4) la que yo llevo alguna, pues que voy huyendo a una de la muerte y de la vida? Reimundo murió en el mundo y yo estoy muerto en tu gracia. Yo me duermo; si es (5) desgracia dormiré, (6) sueño es profundo, por ser imagen de muerte. Perder la ocasión no quiero, y ojalá fuese el postrero, porque lo fuese mi suerte.

(Echase a dormir, y sale CELÍN, capitán moro, y otros MOROS con él.)

CELÍN.

Con lentos pasos el cristiano margen podéis pisar, por que de alguna torre no sea nuestra entrada descubierta, y en haciendo la presa (si se ofrece) volveos (7) todos juntos hacia el agua, levar el ferro y levantar (8) las velas.

MORO 1.º

Quedo, que presa veo, y a (9) la orilla un hombre he descubierto y sepultado en un profundo y soñoliento olvido.

(1) "De cuya opuesta ribera".

(2) "vuelve".

(3) "Queda adiós que".

(4) "Cual".

(5) "que es".

(6) "venirme".

(7) "volvemos".

(8) "Levad el ferro y levantad".

(9) "y hacia".

(1) "Si un".

(2) "Están en junta."

(3) "Cerrar esta puerta. Aguarda".

(4) "Da".

CELÍN.

Pues llegad quedo, no despierte acaso  
y mueva, defendiéndose, alboroto.

MORO 2.º

Ya le tengo la espada yo ganada.

MORO 3.º

Y perderá la vida si hablare.

(Despierta GERARDO y quítale la espada.)

GERARDO.

¿Qué es esto, descreídos? ¿A un dormido,  
y tantos? ¿Tan dormida está en vosotros  
la virtud que usar suelen los honrados? (1)

CELÍN.

Virtuoso señor, cierre los labios,  
o haréle harpar la suelta lengua.

GERARDO.

Dame una espada, bravo matasiete,  
y hárpame (2) la lengua si pudieres,  
vos en (3) cuadrilla y todos los que os cercan.

CELÍN.

Esta le diera, sino que está bota  
de filos; mas daréle una muy buena  
dentro en Argel, y dentro (4) de tres horas.  
Mas, ¿qué gasto en palabras tiempo? Va-  
dejemos luego la cristiana arena, [mos, (5)  
que no quiero más presa de una y buena.

(Vanse, y salen el REY MORO y la INFANTA, su  
hija.) (6)

INFANTA. (7) ¿No gustas de ver la mar, (8)  
señor, y sus ondas canas?

REY MORO. Pues naciéndome (9) las canas  
en él, ¿qué (10) no he de gustar?  
Viendo sus crecidas olas  
he estado en (11) aquel balcón

puesta la contemplación  
en las tierras españolas.  
Y desde sus blancos senos  
he visto una galeota  
que hacia acá trae su derrota  
los lienzos de viento llenos;  
que ya me vi en corso un tiempo  
lleno de trofeos y gloria,  
y ya sola la memoria  
vive (1) de aquel pasatiempo  
que robaba al español  
sus flotas en sus riberas.  
y volvía (2) en mis galeras  
bravo y galán como (3) el sol.  
Pasóse la edad florida  
y vino la edad cansada.

INFANTA. (4) No por eso perdió nada,  
señor, tu famosa vida;  
que eso tiene aquel que es hombre  
como tú has sabido sello,  
que el tiempo no ha de vencello,  
mas vence el tiempo su nombre.  
¿Qué cosario hay que levante  
en sus gavias media luna  
que si quiere hacella una  
no te lleve a ti delante?

REY MORO. Aunque haya de eso en mi parte,  
cese, hija, el alabar,  
que quien os oyere hablar  
dirá que habláis como parte.  
¿Vos sabéis quién anda en corso?

INFANTA. ¿Con cuántas fustas?

REY MORO. Con una.

INFANTA. Celín es, sin duda alguna.  
¿Y es ligera?

REY MORO. Como un corzo.  
Pues ésa de Celín es  
la fusta que venir vide.

(Entra un PAJE.)

PAJE. Licencia Celín te pide  
para besarte los pies.

REY MORO. Licencia tiene Celín,  
pues su valor se la ha dado.  
No me había yo engañado,  
Celín ha de ser, (5) al fin.

(1) "la virtud de que usar suelen los hombres."

(2) "harpadme".

(3) "vos, la".

(4) "en menos".

(5) "en palabras vanas tiempo?"

(6) "y TROILA, su hija, que es la que se veuve

BENITO, y dos MOROS".

(7) "TROILA".

(8) "el mar,".

(9) "nacíronme".

(10) "y".

(11) "de".

(1) "viven".

(2) "venia".

(3) "mas".

(4) En los lugares que dice INFANTA el texto im-  
preso, dice el Ms. TROILA.

(5) "Celín vino a ser,".

(Sale CELÍN con GERARDO, cautivo.)

CELÍN. Vuestra grandeza me dé  
a besar los pies reales.

REY MORO. A moros tan principales,  
no pies, las manos (1) daré.  
Valiente Celín, ¿qué hay?  
¿Ha sido buena la presa?  
Sin duda es famosa empresa  
la que de esta vez se trae.

CELÍN. Los márgenes lusitanos  
he pisado de esta vez.  
Serán hasta nueve o diez  
los prisioneros cristianos,  
y entre ellos este señor,  
que, según presumo de él,  
hay tanta nobleza en él  
como en su espada valor.  
Y queriendo presentarte  
de los diez esclavos uno,  
no hallé, (2) señor, ninguno  
más bueno que poder darte.

REY MORO. ¿Qué nación?

CELÍN. En lengua y traje,  
español muestra que es.

REY MORO. Pregúntale el nombre, pues,  
Celín, allá (3) en su lenguaje,  
pues lo sabes.

CELÍN. Es tan diestro  
que responderá en cualquiera,  
que de la propia manera  
que nosotros habla el nuestro.

REY MORO. ¿Quién eres?

GERARDO. Un mercader,  
que en comprar y vender trato.

REY MORO. Pues aunque es vender tu trato,  
no te has sabido vender.  
Por mercader te nos vendes,  
muy mal has disimulado.

GERARDO. Mercader, mas he quebrado.

INFANTA. (4) ¿Quebrado? Pues ¿en qué entien-

GERARDO. En comprar y vender joyas, [des?  
y eché todo mi caudal  
en una, y salíome tal,  
que me perdí.

REY MORO. (5) No le oigas,  
que no es mercader ni noble,

sino algún soldado lengua  
que, por saber nuestra lengua,  
sirve a su Rey de espía doble.—

(1) Echalde en la frente un clavo,  
pues sabe bien (2) el lenguaje;  
con sólo mudar el traje  
no le tendrán por esclavo,  
y así, (3) pensando que es moro,  
se huirá (4) de la prisión.

GERARDO. ¡Señor!...

REY MORO. En resolución,  
te han de herrar.

GERARDO. Daréte de oro...

REY MORO. Aunque tanto oro me des  
como tú puedes pesar.—  
Yo me voy a reposar.  
¿Vienes, hija?

INFANTA. Iré después.

REY MORO. ¿Hola, Alcaide? Hágase al punto  
lo que te dejo encargado.

(Vase.)

GERARDO. Siempre a aquel que es (5) desdi-  
le viene todo el mal junto. [chado

INFANTA. ¿Sientes mucho que te hierren?

GERARDO. Sí, que al fin hay sangrè y hierro.  
No siento, señora, el hierro,  
lo que yo siento es que yerren.

INFANTA. ¿Quién yerra?

GERARDO. El Rey en herrarme.

INFANTA. Pues ¿por qué? ¿Hace (6) el Rey  
en ponerte esa señal? [mal

GERARDO. Muy mal hace en señalarme,  
que si agora (7) soy cautivo,  
primero fuí de otro esclavo,  
y si el Rey me pone un clavo  
mucho ha que con otro vivo;  
y aunque un clavo saca a otro,  
el primero es de manera  
que no le podrá echar fuera  
por bien que se clave esotro.

INFANTA. Según esto, dama es ésa  
de quien te pintas esclavo.

GERARDO. Huelgo de que estés al cabo. (8)

(1) "brazos".

(2) "no hallo".

(3) "mi Troila".

(4) "REY MORO".

(5) "CELÍN"

(1) "REY MORO".

(2) "porque, sabiendo".

(3) "así".

(4) "irá".

(5) "Siempre oí que al".

(6) "Pues ¿en qué hace".

(7) "que si yo acá".

(8) "TROILA. Huélgome de estar al cabo."



INFANTA. (1) Y a mí de estarlo me pesa.  
 Ahora dime: ¿gustarías  
 que yo ese hierro (2) estorbese?  
 GERARDO. Si yo ese don (3) alcanzase  
 suma merced me harías.  
 INFANTA. Y si yo esto por ti (4) hiciese,  
 ¿no harás por mí tú también,  
 si es cosa que te esté (5) bien,  
 aquello que te pidiese?  
 GERARDO. Como a mí me esté bien, digo,  
 Infanta, que [yo] lo haré.  
 INFANTA. Tomo esta palabra y fe.—  
 Alcalde, veníos (6) conmigo,  
 que os quiero mandar un poco  
 en que me habéis de servir.  
 CELÍN. Si importa por ti morir,  
 señora, lo tendré en poco.

(*Vanse, y sale el REY CRISTIANO y ROSELA, su hija,  
 y PINARDA y un VASALLO (7) del muerto y un  
 CRIADO.*)

REY. El Príncipe, ¿dónde está  
 que desde ayer no le veo?  
 ROSELA. Señor, a lo que yo creo,  
 ido de la corte se ha; (8)  
 porque mi hermano es amigo  
 del Príncipe que está preso,  
 y en su siniestro suceso  
 no querrá ver el castigo.  
 REY. Y aun de aquesa mesma suerte  
 es bien que todos nos vamos  
 y a la corte no volvamos  
 hasta que pase (9) su muerte.  
 CRIADO. Señor, mira lo que haces,  
 que es un Príncipe el que matas.  
 VASALLO. Señor, si más lo dilatas  
 tu real crédito deshaces.  
 Véngale al muerto su muerte,  
 ro des lugar a su estado  
 de que salga en campo armado  
 a vengarle y ofenderte.  
 CRIADO. Si es por miedo, no permitas  
 que muera el Príncipe preso,  
 que haces mal si por eso

- (1) "GERARDO".
- (2) de que este hierro".
- (3) "Si yo eso de ti".
- (4) "eso".
- (5) "está".
- (6) "venid".
- (7) "dos VASALLOS".
- (8) "ido de corte se habrá".
- (9) "pague".

la amada vida le quitas.  
 Porque si por no matallo  
 te hacen guerra los del muerto,  
 si lo matas ten por cierto  
 que tenemos de vengallo.  
 REY. No lo dejo por temor  
 ni lo he de hacer por miedo, (1)  
 que yo soy hombre que puedo  
 tener y mostrar valor.  
 Sólo tiene que morir,  
 porque es justicia que muera.  
 ¿Qué estruendo es el de allá fue-  
 ROSELA. Gran tropel siento venir. [ra? (2)]

(*Sale el CAPITÁN con el PRÍNCIPE, vestido los vesti-  
 dos de GERARDO.*)

CAPITÁN.

Llegando ahora, señor, con dos escuadras  
 de infantes y jinetes a la torre,  
 donde en prisión Gerardo estaba preso,  
 para sacalle de ella, cual mandaste,  
 a voz de un pregonero por la calle (3)  
 que fuesen publicando su delito  
 hasta que sobre un alto cadahalso,  
 que en la plaza mayor estaba hecho,  
 como mandaste, fuese degollado,  
 en su lugar, señor, hallé a tu hijo  
 vestido con las ropas que tenía (4)  
 cuando en prisión Gerardo quedó preso. (5)

REY.

Pues ¿qué dicen las guardas?

CAPITÁN.

Enmudecen.

PRÍNCIPE.

No tienen culpa, porque yo, movido  
 de la palabra que le entregué al preso  
 cuando en mis manos se entregó sin armas, (6)  
 las guardas engañé diciendo que iba  
 a requerir del preso las prisiones;  
 trocamos yo y el preso los vestidos (7)  
 causa de libértalle (8) de la muerte,  
 y yo, señor, quedase a ella sujeto.

- (1) "Ni lo hago por temor  
 ni he de dejarlo de miedo".
- (2) "¿Qué ruido suena fuera?"
- (3) Verso suplido por el Ms. 15206.
- (4) "traía".
- (5) "cuando estaba en prisión Gerardo puesto".
- (6) "entregó sus armas".
- (7) Verso suplido por el Ms.
- (8) "causa de que él librase".

Haz de mí aquello que por bien tuvieres,  
y viva mi palabra y muera luego.

REY.

Quisiera, hijo por mi mal nacido...

Mas ¿qué digo quisiera? Quiero, digo, (1)  
yo por mis manos...

ROSELA.

Padre y señor, tente. (2)

No pèrmitas que el Príncipe mi hermano  
a manos de tu ira quede muerto.—

Quitálde de delante, caballeros.

¿Queréis que muera mal logrado el Príncipe?

REY.

Esperad. ¿Dónde vais?

CAPITÁN.

Donde mandares. (3)

REY.

Llévadle a la prisión y muera en ella  
el injusto contrario de mi gusto.

Pague con justa pena aqueste susto.

(Llévanlo preso.)

PINARDA. Siento de modo, señor,  
este infelice suceso,  
de que se haya ido el preso (4)  
sin vengarse mi dolor,  
que, aunque ya determinaba,  
muerto el príncipe Reimundo,  
de no casarme en el mundo,  
que así a mi honor importaba, (5)  
si yo valgo alguna cosa  
para el premio de esta empresa,  
desde aquí hago promesa  
de no ser de nadie esposa  
sino de aquel que mostrare  
por mi causa tal valor,  
que aquel infame traidor (6)  
en las manos me entregare;  
y de la hecha promesa  
te hago a ti mismo (7) testigo.

REY. Pues yo lo confirmo y digo  
que quede por ley expresa,

(1) "Mal digo que quisiera. Quiero, digo,".

(2) "yo propio, por mis manos."

ROSELA. ¡Tente, padre!"

(3) Falta este verso en el Ms.

(4) "de haberse huido el preso".

(5) "con quien yo tanto ganaba".

(6) "que al aleve matador".

(7) "propio".

que quiero tanto tu gusto,  
mi Pinarda, como esto  
quede desde aquí propuesto,  
que con título muy justo  
quedará por tu marido,  
de consentimiento expreso,  
al que te entregare preso  
el Príncipe que ha huido.  
Y entrémonos por ahora  
a tratar con más despacio  
esto dentro de palacio. (1)

PINARDA. Vamos, señor, en buen hora.

(Vanse. Salen GERARDO y CELÍN, riñendo sobre una carta.) (2)

GERARDO. Suéltame la carta, moro,  
si no quieres con tu daga (3)  
que algún disparate haga  
si me pierdes el decoro.

CELÍN. He de enseñársela al Rey.

(Sale la infanta TROILA.)

INFANTA. (4) ¡Paso, cristiano! ¿Qué es esto?  
¿Con armas y en este puesto,  
y contra hombre de mi ley?

GERARDO. Díome el bárbaro (5) ocasión.

INFANTA. ¿Ocasión te ha dado?

GERARDO. Y harta.

CELÍN. Vile escribiendo esta carta  
y presumo que es traición,  
que éste debe ser espía  
y quiero que el Rey la vea.

INFANTA. Bastará que yo la lea. (6)  
Dámela ¡por vida mía!,  
que yo veré lo que es  
y a mi padre avisaré,  
y tú calla.

CELÍN. Callaré,  
pues lo mandas.

INFANTA. Vete, pues.

(Vase CELÍN y lee la INFANTA la carta.)

"Al muy poderoso Rey  
de España." Mal puede ser  
ser tú, Fabio, mercader  
y enviar cartas al Rey.

(1) "Desto dentro en mi palacio."

(2) "(Entranse y sale GERARDO con una daga tras CELÍN, que le ha tomado una carta.)"

(3) "no quieras que con tu daga".

(4) El Ms. dice siempre TROILA y no INFANTA.

(5) "villano".

(6) "vea".

Ahora veamos la firma.  
 "Tu obediente hijo, *Gerardo*."  
 (Príncipe es. ¿Qué es lo que aguarda su firma lo confirma? [do, Bien trocó el Gerardo en Fabio y el príncipe en mercader.)

GERARDO. (¿Que al fin se vino a saber?)

INFANTA. Fabio, no moveré el labio.  
 Yo me he holgado de sabello por saber tu calidad;  
 mas poca necesidad tengo yo de tratar de ello.  
 Bien sabes, amigo Fabio, y no te llamo Gerardo, Príncipe, porque me guardo de hacerte algún agravio. (1)  
 Digo, pues, que sabes bien que hice hacer contrahecho tu hierro, porque me has hecho tú otra promesa también, de que haciendo esto por ti, aquello que te pidiese, como a ti bien te estuviese, lo habías de hacer por mí.  
 Pues lo que quiero que hagas solamente es que me quieras. Dame luego un "sí", ¿qué esperas? que con bien poco me pagas; y si quieres reparar en si te está bien o no, príncipes somos tú y yo, bien por fuerza te ha de estar.

GERARDO. Querer tú que yo te quiera es, Princesa, por demás, porque no querré jamás a otra que la primera.

INFANTA. ¿No?

GERARDO. No, si el clavo fingido de veras en mí se labra.

INFANTA. Pues la jurada palabra, ¿cómo, traidor, la has cumplido? (2)

GERARDO. Porque la di a estarme bien, pero no a estarme tan mal. (3)

INFANTA. Yo haré que esa señal fingida te asiente bien.

GERARDO. Cuando asientes bien el clavo que antes mandaste fingir me holgaré para decir

que no te tuve (1) en un clavo.  
 INFANTA. ¿Que no puedo por aquí, fermentido? Pues aguarda.—  
 ¡Hola, hola! ¡Ah, de la guarda!  
 ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aquí!

(*Salen dos MOROS.*)

MORO 1.º ¿Qué nos mandas que se haga, mi señora, en tu servicio?

INFANTA. Que estorbéis un maleficio que éste intentó con la daga. Porque yo le persuadía a que se volviese moro, perdiéndome el real decoro darme la muerte quería.

MORO 1.º ¡Oh, perro!

INFANTA. ¿Qué vas a hacelle?

MORO 2.º ¿Qué? A dalle mil veces muerte.

INFANTA. No ha de ser de aquesa suerte, que mejor será prendelle, vendrálo el Rey a saber y darásele el castigo.

GERARDO. (¿Hay tal embuste? Ahora digo que no hay fiar en mujer.)

MORO 2.º ¿Que tal mandas?

INFANTA. Yo os lo ruego.

MORO 1.º Pues como gusto te dé, no hablaré.

MORO 2.º Yo callaré.

INFANTA. Salíos allá fuera luego.

MORO 2.º Ven acá, perro sin ley.

INFANTA. ¿Quiéresle algo, di?

MORO 2.º Llévalle.

INFANTA. Dejalde, que he de hablalle cosas que importan al Rey.

(*Vanse los dos MOROS.*)

¿Qué dices de lo que he hecho?  
 ¿No hablas?

GERARDO. Tiéneme mudo,

Troila, ver que caber pudo tan gran traición en tu pecho; mas lo que has hecho no sé qué significa o qué dice.

INFANTA. El pecho con que lo hice ahora te lo diré.

Luego me has de dar palabra, y fe de que me querrás, o no está tu vida en más de cuanto este pecho abra,

(*Saca la daga*)

(1) "no te haga el Rey agravio".

(2) "rompido".

(3) "pero esto estáme mal".

(1) "que no lo tuve".



que dándome muerte a mí,  
los de la guarda, muy cierto,  
pensarán que tú me has muerto,  
y te matarán a ti. (1)

GERARDO. ¿Vióse más graciosa fuerza?

INFANTA. Ea, ¿quíeresme o no?

GERARDO. Espera.

INFANTA. No hay esperar.

GERARDO. De manera  
¿que se ha de querer (2) por fuerza?

INFANTA. Máto me.

GERARDO. Espérate un poco,  
que no miraras, Princesa...

INFANTA. ¡Qué espacio para mi priesa!  
No hemos de ir tan poco a poco.  
Dame al momento un abrazo  
en señal de que me quieres,  
o doime.

GERARDO. Espera.

INFANTA. ¿Qué quieres?  
¿Aprieto, o detengo el brazo?

GERARDO. (Ella se mata de hecho  
y dirán que yo la he muerto;  
no hay duda, dirán lo cierto;  
supo bien hacer su hecho. (3)  
Mas he aquí que se da muerte,  
¿qué me puede a mí venir?  
¿hacerme también morir?  
Pues muera y triunfe mi suerte.)

INFANTA. Si tan tarde te resuelves,  
daréme.

GERARDO. Mas que te des.

INFANTA. De ésta va.

GERARDO. Acabemos, pues.  
Pues ¿qué es esto? ¿Atrás te vuel-

INFANTA. ¿Qué me dices? ¿Sí o no? [ves?

GERARDO. ¡A mí!... (4)  
(No se dará, a buen seguro.)

INFANTA. Habla claro.

GERARDO. ¿Esto es obscuro?  
Digo mil veces que sí.

INFANTA. Digo que no quiero ciento.

GERARDO. Yo mil veces que lo creo.

INFANTA. No me mato porque veo,  
traidor, tu dañado intento,  
y por poder tener vida  
para trazarte la muerte,  
que ya no quiero quererte

- (1) "y te darán muerte a ti".  
(2) "que te he de querer".  
(3) "que bien supo hacer su hecho".  
(4) "Sí."

ni verme de ti querida,  
que eres falso, cruel, ingrato. (1)  
¿Qué es esto? (2)

GERARDO. Si es por matarte,  
bien puedes, si quieres, darte.

INFANTA. No, traidor, ya no me mato;  
mas voy a hacer que ese clavo  
contrahecho sea de veras.  
(Dílo por que me quieras,  
que no te he de hacer esclavo.) (3)

(Vase la INFANTA.)

GERARDO. ¿Qué es esto? Muchos combates  
te da fortuna, Gerardo.  
Ocasión tengo, ¿qué aguardo  
a ésta y a sus disparates?  
¿Yo no sé la lengua suya,  
y en la recámara real  
tengo mando (4) principal?  
No es bien que así me destruya.  
Quiero hurtar un vestido  
para poderme huír. (5)  
Al fin, a mi tierra he de ir  
en puro amor convertido. (6)  
Que, en fin, en traje de moro  
yo me sabré dar tal maña,  
que tome puerto en España  
sin que me rescate el oro.

## JORNADA SEGUNDA

(Sale GERARDO, en hábito de moro, solo.) (7)

GERARDO. Si no me engaña el deseo,  
sin duda la tierra piso  
donde está mi paraíso.  
Véola y aún no lo creo;  
porque aqueste es su palacio  
y esta su misma ventana, (8)  
donde suele en la mañana (9)  
gozar el fresco de espacio. (10)

- (1) "traidor, desleal, ingrato".  
(2) "que estoy..."  
(3) "(Dílo por que me quiera;  
que no he de hacelle esclavo.)"  
(4) "poder".  
(5) "encubrir".  
(6) "de puro amor convencido".  
(7) "(Sale GERARDO de moro y un hierro en la  
cara.)"  
(8) "y aquella es su ventana".  
(9) "donde suele la inhumana".  
(10) "espacio".



PRÍNCIPE.

¿Hacéis la traición mía  
y venís a traición? Bien lo habéis vuelto.

GERARDO.

¿Tantos a uno? Aqueso es villanía.  
No lo he de consentir. ¡ Afuera ! ¡ Afuera !

VASALLO 1.º

Dale por ese lado.

VASALLO 2.º

Ya querría.

GERARDO.

Quien no se retirare muera.

PRÍNCIPE.

¡ Muera !

ROSELA.

Caballero, quitalde. (1)

VASALLO 1.º

Gente carga.

PINARDA.

Quitémonos de aquí.

ROSELA.

Pinarda, (2) espera.

GERARDO.

Ya la ruin cuadrilla el paso alarga.  
No los sigáis, señor, que no es cordura.

ROSELA.

Señor, tenedle.

GERARDO.

Aquesto se me encarga.

Ya no os he de soltar.

PRÍNCIPE.

Será locura;

que tengo de ir. Soltadme, caballero. (3)

GERARDO.

No porfies, que en vano se procura.

PINARDA.

Vámonos, no nos vea algún portero.

(*Quítanse de la ventana las dos.*) (4)

PRÍNCIPE.

¿Que no me dejaréis? (5)

(1) "ayudalde".

(2) "Aguarda,".

(3) "no seguillos. Soltadme, caballero."

(4) "(*Vanse PINARDA y ROSELA.*)"

(5) "¡Que no me dejéis ir!..."

GERARDO.

De ningún modo.

PRÍNCIPE.

Pues a lo menos conoceros quiero  
por ver quién es la parte, y aun el todo,  
de esta victoria, porque de vos siento  
ser en sangre español, en valor acodo.

GERARDO.

Cuando fuera, señor, de algún momento,  
supiérades mi patria, nombre (1) y suerte;  
mas no os importa nada, según siento. (2)

PRÍNCIPE.

No sé, señor, de qué manera acierte  
a rendiros las gracias de este hecho,  
en que os mostrastes tan honrado y fuerte.

Y por la gran merced que me habéis he-  
y que se sepa, yo me determino (4) [cho, (3)  
de pediros (5) quién sois.

GERARDO.

No es de provecho.

Sólo os digo que en mí tendréis contino,  
para lo que mandardes, un criado.

PRÍNCIPE.

¿Estáis de asiento aquí?

GERARDO.

Voy de camino,

que en cautiverio hasta ahora (6) he estado,  
y ahora (7) de cautivo vengo a España  
con un hierro en la frente señalado.

Y es engaño que el hierro desengaña,  
que soy hidalgo y traigo ejecutoria,  
como se puede ver.

PRÍNCIPE.

¡ Desgracia extraña ! (8)

He sentido en el alma vuestra historia,  
que en vuestro proceder y hidalgo trato  
la bondad que en vos hay se ve notoria.

Ya de que me digáis quién sois no trato;  
pero no me neguéis esto que os pido,  
pues nace de sencillo y llano trato.

(1) "mi nombre, patria".

(2) "pero no os importa en nada siento".

(3) "Y porque la merced que me habéis hecho".

(4) "se sepa bien, señor, me determino,".

(5) "a pediros".

(6) "agora".

(7) "agora".

(8) Los cuatro versos anteriores están muy incorrectos en el Ms.



Quiero, pues que de vos fuí socorrido;  
a mi casa nos vamos, porque en ella  
de la suerte que yo seáis servido.

GERARDO.

Iros he (1) acompañando hasta ella,  
que es muy justa razón.

PRÍNCIPE.

También es grande,  
que la aceptéis, pues gusto de hacella,  
que un hombre como vos en ella mande.

(*Vanse. y salè la INFANTA mora vestida de PA-  
JE.*) (2)

INFANTA. ¿Cómo ha sido tal mudanza?  
Falso amor, ¿dónde me llevas?  
Con esperanzas me cebas  
no habiendo firme esperanza.  
En la lengua confiada,  
porque la sé hablar bien,  
vengo a buscar a mi bien  
de mi tierra desterrada.  
Y para podello hacer  
mejor, mudé traje y nombre;  
quizá alcanzaré por hombre  
lo que no pude mujer. (3)  
Ya en la Lusitania estoy,  
donde Fabio tomó puerto,  
y anda en esclavo encubierto,  
que de este arte le vi hoy.  
También supe de una guarda  
del Rey lo que me ha pesado, (4)  
y sé que está enamorado  
de la princesa Pinarda.  
Que preguntándole yo  
quién fué el príncipe Gerardo,  
dijo: "Un Príncipe gallardo  
que a otro Príncipe mató."  
Y en efecto, éste me dijo (5)  
cuanto en sus amores pasa,  
y yo, como en otra casa  
he de estar, la suya (6) elijo.  
Y esto es por que no haga algo  
sin que yo lo vea y oya,  
y así (7) le he dado una joya

a un pobre viejo hidalgo (1)  
por que diga que es mi padre  
y me siente (2) de su mano,  
que con el oro en la mano  
halla el hombre padre y madre.  
Esperando estoy al viejo,  
que entró a hablar al Mayordomo.

(*Salen el VIEJO y el MAYORDOMO.*)

MAYORD. Digo que a cargo lo tomo;  
que mil vienen y los dejo.  
¿Es aquéste?

VIEJO. Sí, señor.

MAYORD. ¿Cómo se llama?

VIEJO. Benito.

MAYORD. En verdad que es muy bonito.  
¿Tenéis otro?

VIEJO. Otro mayor.  
(Mira bien cómo te llamas,  
que he dicho que soy tu padre.)  
MAYORD. Este no hay a quien le cuadre  
tan bien como a nuestras damas, (3)  
porque es, en efecto, niño,  
y se podrán de él fiar.

BENITO. (4) ¡Niño! Bien sé pelear  
aunque espada no me ciño.

MAYORD. Diabólico es el rapaz.

VIEJO. Al diablo es de decidior.  
Dadme licencia, señor,  
que me voy.

MAYORD. Andad en paz.

VIEJO. Adiós, hijo.

BENITO. ¿Vase, padre?

VIEJO. Sí. En buena casa quedáis,  
y mirad que siempre hagáis (5)  
como hijo de buen padre;  
porque, en fin, en casa os dejo  
donde el bien anda rodando.  
Yo vendré de cuando en cuando;  
no os olvidéis de este viejo.  
BENITO. Por testigo pongo el tiempo.  
Id, padre mío, con Dios.

(*Vase el VIEJO, y sale el GUARDADAMAS.*)

MAYORD. ¡Oh, Guardadamas! ¿Sois vos?  
Huelgo (6) que vengáis a tiempo.

(1) "Ireos".

(2) "(*Vanse, y entra TROILA en hábito de hom-  
bre y llámase BENITO.*)"

(3) "lo que no alcancé".

(4) "cuanto le ha pasado".

(5) "Porque, en efecto, me dijo".

(6) "la real".

(7) "así".

(1) "hijodalgo".

(2) "y me iguale".

(3) "Tan bien como al guardadamas."

(4) Siempre el Ms. le llama TROILA.

(5) "mirad de que en todo hagáis".

(6) "Gusto".

Veis aquí que os he buscado  
un paje para el cancel.  
Hacedlo muy bien con él,  
que es hijo de un hombre honrado.

(*Vase.*)

GUARDAD. Amigo, ¿cómo te llamas?

BENITO. ¿Yo, señor?

GUARDAD. Vos, mancebito.

BENITO. Señor, llámome Benito.

GUARDAD. Muy buen paje haréis de damas, (1)  
que, en efecto, sois pequeño,  
muy bonito y muy agudo.

BENITO. Despierto, muy a menudo;  
mas dormido, soy un leño.

GUARDAD. ¿Dormís mucho?

BENITO. Las mañanas.

GUARDAD. Y ¿las noches?

BENITO. Si me dejan,  
y con voces no me aquejan,  
Dios sabe mis buenas ganas.

GUARDAD. Mozo es, a fe, de cuidado;  
mas esto remedio tiene,  
que si tan dormilón viene  
acostaráse a mi lado;  
que yo duermo como viejo,  
y aunque al alba me levante,  
le haré levantar delante.

BENITO. No, no, no se lo aconsejo.

GUARDAD. ¿Por qué?

BENITO. Porque pego sueño,  
que en buena fe si le echasen  
par de mí, no le arrancasen  
de la cama con un leño.

GUARDAD. ¿Que aunque me den muchas voces  
no me podrán despertar?

BENITO. No le podrán levantar (2)  
aunque le diesen de coces. (3)

GUARDAD. ¿No sabéis lo que me pasa  
por la cabeza, Benito?

BENITO. ¿Qué os pasa?

GUARDAD. Aquí se me ha escrito  
que entráis por mi mal en casa;  
porque no han de saber tanto  
los muchachos como vos.

BENITO. Calle, (4) por amor de Dios.  
En (5) verdad que soy un santo.

GUARDAD. Miren qué dos cosas éstas:  
santo, y llámase Benito.  
Vamos, que buen sambenito  
Benito me ha echado a cuestras.

(*Vanse, y sale el PRÍNCIPE y GERARDO.*)

PRÍNCIPE. Hicete, Fabio, veni  
a mi casa a ser servido,  
y veo que no has querido  
servirte, sino servir.  
Hicete mudar de ropa,  
habiendo de ser mi paje,  
y no quieres mudar traje,  
esto yo no sé en qué topa;  
pero, sea lo que fuere,  
que en todo sigo tu gusto.

GERARDO. Mi deseo está muy justo  
a lo que a ti te cumpliera. (1)  
Soy tu criado el menor.

PRÍNCIPE. Llégate, Fabio, a esta parte,  
porque quiero darte parte  
de un amoroso favor.  
Quiero decirte mis daños,  
que, aunque ha poco que te trato,  
me ha aficionado tu trato  
cual si hubiera largos años.

GERARDO. Aquesa mesma afición  
que tú me muestras tener  
habrás echado de ver  
que (2) tiene mi corazón.  
Y así, (3) en lo que se ofreciere  
en que te pueda (4) servir,  
harás mal en no acudir  
a quien por servirte muere.

PRÍNCIPE. Pues quiero que cuando ahora  
yo con mi padre esté hablando,  
que estaremos paseando  
en el jardín más de un hora, (5)  
des a mi Pinarda hermosa  
de tu mano este papel,  
y mira qué hace con él,  
o si está muy desdñosa.  
Y así, Fabio, en mi amor puro,  
haciéndolo de esta suerte,  
podrás librarme de muerte,  
estando (6) tú muy seguro.

(1) "Buen paje seréis de damas."

(2) "arrancar".

(3) "no sólo a voces, a coces."

(4) "Callad".

(5) "que en".

(1) "a lo que a ti se ofreciere".

(2) "te".

(3) "Y así". También en los demás lugares.

(4) "en que poderte".

(5) "casi un hora".

(6) "andando".

GERARDO. ¿Que así te aseguraré de muerte?

PRÍNCIPE. Débeslo hacer, siquiera por parecer a otro que de ella libró.

GERARDO. ¿A un hombre que me parece has librado tú de muerte?

PRÍNCIPE. Y parécesle (1) de suerte, que en viéndote se me ofrece.

GERARDO. Sabe que soy ese propio.

PRÍNCIPE. ¿Quién dices que eres, amigo?

GERARDO. Que soy ese propio digo, señor, por hablar al propio, (2) que es como si te dijese que por servirte haría todo aquello que podría hacer sirviéndote ése.

PRÍNCIPE. Toma, pues, y ve ordenando lo que mis ojos desean, y voime por que no vean que estoy contigo hablando. (3)

(Vase.)

GERARDO. Vete en buen hora, señor, que el orden que das aquí, aunque es bueno para ti, para mí es mucho mejor. Ya, mi Pinarda querida, que tengo ocasión de verte, tengo por vida la muerte que me quitaba la vida. Quiérome ir y estar a punto para, en viendo la ocasión, (4) que cosas de Amor no son cosas para perder punto.

(Vase Salen ROSELA PINARDA y BENITO.)

ROSELA. Basta que se han recibido dos pajes nuevos en casa.

PINARDA. ¿Cómo, Rosela? ¿Qué pasa? ¿Otro sin Benito ha habido?

ROSELA. Ya mi hermano recibió en su servicio al de anoche.

PINARDA. ¿Cuál?

ROSELA. Aquel que a media noche en la cuestión le ayudó.

PINARDA. ¡Por mi vida, que es valiente!

ROSELA. Sí; mas no he visto tal paje.

PINARDA. ¿Qué tiene?

ROSELA. De moro el traje y con un clavo en la frente.

PINARDA. ¿En la frente trae un clavo?

¿De esa suerte, esclavo ha sido?

ROSELA. Dicen que es muy bien nacido; mas que entre moros fué esclavo y que estando en cautiverio le mandó el moro herrar, y que no quiere mudar de ropas.

PINARDA. (No es sin misterio.)

ROSELA. Diz que no hay orden con él de que quiera mudar traje.

BENITO. ¡Si fuese Fabio este paje! Sin duda alguna que es él.)

(Entra un PAJE.)

PAJE. El Rey mi señor, señora, manda que a su cuarto pases.

ROSELA. ¿Mandó que a las dos llamasen, o a mí?

PAJE. A ti.

ROSELA. ¿Qué querrá ahora?

Yo me voy. Adiós, Pinarda.

PINARDA. ¿Que al fin os vais?

ROSELA. Vamos, ¿hola?--

Sí; mas no quedáis muy sola, que ahí queda un ángel de guarda.

(Vanse ROSELA y el PAJE.)

BENITO. A ser bueno, no tan malo.

PINARDA. Luego ¿no sois ángel bueno?

BENITO. No, que soy ángel que peno, que es muy propio de ángel malo.

PINARDA. Y ¿qué pena padecéis?

BENITO. Una que no la hay mayor.

PINARDA. La mayor es la de Amor, y si vos ésa tenéis, no es bueno, (1) quien sabe amar, para ser paje de damas, que quien anda entre las llamas por fuerza se ha de quemar. (2)

BENITO. En vano ese miedo cobras, porque es hablar todo esto, que no tienen un supuesto (3) las palabras y las obras.

PINARDA. Son palabras muy despiertas las tuyas.

(1) "parécete".

(2) "más propio".

(3) "que contigo estoy hablando".

(4) "en la primera ocasión".

(1) "muy malo es".

(2) "te has de abrasar".

(3) "que tarde tienen un puesto".



BENITO. Pues así vivas,  
que son mis palabras vivas;  
mas mis obras, obras muertas.  
PINARDA. Benito, no soy amiga  
de tan profundo lenguaje.  
Mirad qué quiere este paje.

(Sale GERARDO.)

BENITO. ¿Qué quiere mi duque, diga? [bio?]  
(Mas ¿qué digo? ¿Este no es Fa-  
GERARDO. ¡Cielos! ¿No es esta Pinarda?)  
BENITO. ¿Viene por algo? ¿Qué aguarda?  
Gentil hombre, mueva el labio.  
GERARDO. El Príncipe, mi señor,  
me mandó, por si jugase,  
una camisa llevase  
esta tarde al corredor.  
Hágame merced, galán  
de entrar por ella allá dentro.  
BENITO. Pláceme; por ella entro.  
PINARDA. Las doncellas la darán.  
BENITO. ¿Qué camisa he de pedir?  
GERARDO. De pita o de otra manera. (1)

(Vase BENITO.)

PINARDA. ¿Vuestro amo es ido fuera?  
GERARDO. No, señora; mas quiere ir. (2)  
PINARDA. ¿Ha mucho que estáis con él?  
GERARDO. Menos ha que estoy sin mí.  
PINARDA. No os entiendo por ahí.  
GERARDO. Pasara yo bien sin él.  
PINARDA. Pues ¿qué? ¿tenéis por desprecio  
que se nombre vuestro amo?  
GERARDO. Suyo me nombro y me llamo,  
pues me deja quien más precio.  
PINARDA. Salíos, hermano, allá fuera,  
que allá os sacarán recado.  
(¡Qué plática había hallado  
para que me entretuviera!)  
GERARDO. Paso ¡por amor de Dios!  
no me tratéis de ese modo,  
que no hay en el mundo todo  
quien más pueda hacer por vos.  
PINARDA. Vos ¿qué habéis de hacer por mí?  
GERARDO. Lo que vos más deseáis.  
PINARDA. Si más a entender no os dais,  
no os entiendo por ahí.

(1) "BENITO. ¿Qué camisa he de pedir?  
¿De pita?"

GERARDO. O de otra manera."

(2) "mas ha de ir."

Decidme más claro eso:  
¿qué es lo que haréis por mí, amigo?  
GERARDO. Daros a vuestro enenigo  
Gerardo en las manos preso,  
que por eso vine a casa,  
más que por servir de paje.

(Salen el REY, ROSELA y BENITO.)

REY. ¿Quién le ha ayudado?  
ROSELA. Este paje  
del hierro.  
REY. ¿Así que tal pasa?  
¿Que en cuadrilla le embistieron  
y que a mí no se me avisa? (1)  
BENITO. Tome; ved ahí la camisa  
del modo que me la dieron.  
Llévela bien, no se aje, (2)  
que no ha de llevarse así. (3)  
REY. ¿Qué es eso que dais ahí?  
¿Qué es lo que quiere ese paje?  
GERARDO. Una camisa llevaba  
al (4) Príncipe, mi señor.  
REY. ¿No había (5) en casa otro menor  
que viniese? ¡Cosa (6) brava!  
Mirad que me enfadaré  
otra vez, os certifico;  
venga siempre un pajecico,  
y si no, no se le dé.  
¿Dónde visteis (7) pajes grandes  
entrar do están las mujeres?  
GERARDO. Una vez se erró, y no esperes,  
señor, que otra vez lo mandes.  
REY. Mejor estaréis allá.—  
Estad vos en esto, hija.  
Esta entrada se corrija,  
y no volváis vos acá.— (8)  
Vamos, que conviene que ésos  
que al Príncipe acometieron,

(1) "y que eso no se me avisa?" Sigue esta aco-  
tación: "(Sale BENITO con la camisa y dice:)"

(2) "no la abaje"

(3) "llevarla ansi".

(4) "del".

(5) "¿No hay".

(6) "¿Cosa es".

(7) "¿Dó visteis vos".

(8) (Estos cuatro versos están en el Ms. así:)

"PINARDA. No es justo que más te aflija;  
que yo, señor, me voy ya.  
REY. Mejor estaréis allá;  
entraos vos con él, hija."

si acaso (1) no se prendieron,  
sean buscados y presos.

(*Vanse.*) (2)

ROSELA. Yo me recojo allá dentro.  
¿Vienes o quedas, Pinarda?

PINARDA. En ese balcón me aguarda,  
Rosela, que luego entro.

(*Vase ROSELA.*)

¿No podré alcanzar, Benito,  
yo cierta cosa de ti?

Que si la haces por mí  
me obligarás infinito.

BENITO. Di lo (3) que quieres que haga,  
si es cosa que puede ser.

Deja ya de prometer  
obligaciones ni paga.

PINARDA. Querría, si ser pudiese,  
buscasses cierta invención,  
moviendo alguna ocasión,  
en que con Fabio me vieses;  
que tengo que preguntalle  
cierto negocio importante;  
sin que nadie esté delante  
querría velle y hablalle. (4)

BENITO. ¿Hay más que llegar (5) yo aparte  
y decir que tú le llamas?

PINARDA. ¿Y el portero de las damas  
que nunca de aquí (6) se parte?

BENITO. Así que eso no se excusa.  
Ese estorbo es el diablo.

PINARDA. (Moriré si no le hablo,  
que me dejó muy confusa.)

BENITO. Ahora vete norabuena,  
que a trueque de que le hables  
daré mil trazas notables.

PINARDA. ¿Iréme?

BENITO. Vete sin pena.

PINARDA. A escribir voy un papel  
con que enviarle a llamar.

BENITO. Muy bien te puedes entrar,  
que al momento voy por él.

(*Vase PINARDA.*)

Ahora bien: ¿qué es lo que he he-  
Yo, que había de apartallos [cho?  
¿he de procurar juntallos?

(1) "si luego".

(2) "(*Vase el Rey.*)"

(3) "Pues pide".

(4) "que pueda verme, y hablalle."

(5) "más de llegar".

(6) "allí".

¿No estaría malo el hecho!

Mas si quiérollos juntar;

quizá con aquesta traza

podré saber lo que pasa

y de quién me he de vengar. (1)

(*Vase, y salen GERARDO y el PRÍNCIPE.*) (2)

PRÍNCIPE.

¿Tanto en mi daño, Fabio, se apresura (3)  
el rigor de mi estrella y duro hado?

¿Tanto resulta ya en mi desventura?

GERARDO.

Así pasa, señor, como he contado. (4)

PRÍNCIPE.

¿Y que, al fin, te mandó precisamente  
que más no entrases con algún recado? (5)

GERARDO.

Sí, señor.

PRÍNCIPE.

El Rey anda impertinente.

¿En ser celoso quiere dar ahora?

No sé qué piensa, qué imagina o siente.

¿Y viste si dijo algo mi señora?

GERARDO.

Nada me dijo; sólo sé decirte (6)

que ella no alzó los ojos en una hora.

Y entiendo que si entro allá a servirte (7)  
suceda otra desgracia como aquésta.

PRÍNCIPE.

No tienes, Fabio, tú por qué afligirte.

Basta lo que de pena a mí me cuesta.

Y ¿qué dijo Pinarda a mi recado?

GERARDO.

¿Ya no te digo? No me dió respuesta,  
ni pude verla.

(1) (Los cuatro versos anteriores dicen en el manuscrito:)

"Mas yo los quiero juntar;  
que [es] buena ocasión y punto;  
que así veré, si los junto,  
de quién me he de guardar."

(2) "(*Entran el PRÍNCIPE y GERARDO y apartase TROILA.*)"

(3) "se conjura".

(4) "cual lo he contado".

(5) "por ningún recado."

(6) "No pude verlo; sólo sé decirte".

(7) "y yo siento que habiendo en qué servirte".

PRÍNCIPE.

¡ Bien he negociado !  
 ¡ Buen remedio a mi mal en eso hallo !  
 ¡ Ya mis cosas están en buen estado ! (1)

(Entra BENITO.)

BENITO.

(¡ Ah, Fabio: no me harto de mirallo,  
 que te precias de noble porque amas !  
 Pero ¿ yo no lo soy porque me callo ?)

PRÍNCIPE.

De cólera me abraso en vivas llamas.—  
 ¿ Quién es este galán ? ¿ Es forastero ?

GERARDO.

Un paje que hoy le vino al Guardadamas.

PRÍNCIPE.

¿ Y hijo de quién es ?

GERARDO.

De un escudero  
 hijodalgo.

PRÍNCIPE.

Buen talle tiene, Fabio,  
 y no muy mala edad para tercero.  
 Hombre parece que es discreto y sabio.—(2)  
 El nombre ¿ cómo es ?

BENITO.

Señor, Benito,  
 hablando con perdón, si en ello agravio. (3)

PRÍNCIPE.

(Discreto anda por cierto.

GERARDO.

Es muy bonito.

PRÍNCIPE.

Este podrá llevarme los recados,  
 que parece que es hábil. (4)

GERARDO.

Infinito.

PRÍNCIPE.

Pues, Fabio, tú que sabes mis cuidados,  
 hazte su amigo ; sabe granjealle  
 de modo que andéis siempre apareados.  
 Que el mozo, granjeado, tiene talle  
 de hacer cuanto quisiéremos que haga.

GERARDO.

Para que yo procure regalalle,  
 baste, señor, que a ti te satisfaga.)

(Vase el PRÍNCIPE.)

GERARDO. Alegréme ; vive Dios !  
 cuando en casa os vide entrar, (1)  
 que hemos de ser, deja estar,  
 grandes amigos yo y vos, (2)  
 y dormir en una cama.

BENITO. No, que soy de mal dormir,  
 y no me podrá sufrir.  
 Que es un descuido del ama,  
 que no me ató bien atado  
 los brazos cuando pequeño,  
 y si algunas veces sueño  
 dejo sin cara al del lado.

GERARDO. Sufríme vos otro a mí,  
 y os sufriré ese resabio.

BENITO. ¿ Y qué es el resabio, Fabio ?

GERARDO. Benito, no es para aquí.  
 No ha de haber pariente pobre,  
 linda vida y muy gustosa,  
 sin desear jamás cosa  
 que en esta casa no os sobre.  
 Que mi amo siempre se emplea  
 en cosas de pasatiempo,  
 y más que estamos (3) a tiempo  
 que da una brava librea,  
 y querrá que andéis bien puesto  
 el Príncipe, mi señor.

BENITO. (¡ Que haya podido el Amor  
 transformar a aquéste en esto !)  
 Con el intento que sigo,  
 Fabio, os quiero asegurar  
 que lo que aquí me hizo entrar  
 fué sólo ser vuestro amigo.

GERARDO. No estáis, Benito, engañado.

BENITO. Antes creo (4) que lo estoy.

GERARDO. No estáis, a fe de quien soy,  
 que os quiero como he mostrado.

BENITO. Si cual la muestra hacéis... (5)

GERARDO. Saldrá cierto lo que digo.

BENITO. Al tiempo doy por testigo.

GERARDO. Benito, vos lo veréis, (6)  
 y más que os he de mostrar,

(1) Este pasaje está muy incorrecto en el Ms.

(2) "Hombre me parecéis discreto y sabio."

(3) "si en algo agravio."

(4) "cuerdo".

(1) "hoy cuando en casa os vi entrar".

(2) "los dos,".

(3) "entramos".

(4) "veo".

(5) "lo hacéis..."

(6) Este pasaje dice en el Ms.:



si vamos por esas calles,  
mil damas de buenos talles  
con quien podernos (1) holgar.

BENITO. Antes meterme no quiero  
en sus amorosas llamas.  
Procurad vos, Fabio, damas,  
que yo sólo a vos os quiero.

GERARDO. La deuda que os debo es tal,  
según la merced me hacéis,  
que no sé si cobraréis.

BENITO. Luego ¿siempre pagáis mal?

GERARDO. Nunca he hecho tal delito.  
Ahora bien, muy tarde es;  
voime. Veámonos después.

BENITO. Adiós, Fabio.

GERARDO. Adiós, Benito.

(*Vase GERARDO.*)

BENITO. ¡Qué de cifras tan gustosas  
hemos de pasar los dos!  
Ahora bien, espero en Dios  
que se han de hacer bien mis cosas.  
No quise decirle nada  
de que Pinarda ha de hablalle  
hasta que la ocasión halle,  
que la traza está pensada.  
Sólo lo que ahora falta  
es que el Guardadamas venga.  
¡Plega a Dios no se detenga!  
Mas ¿que es éste? Él es, sin falta.  
Animo y destreza aquí,  
que el ánimo (2) es para ahora.

(*Sale el GUARDADAMAS.*) (3)

—¡Válame Dios, mi señora,  
qué no alcanzara de ti! (4)  
¿Qué decís? ¿Qué me queréis?  
Pues yo digo que os adoro (5)  
y que mil lágrimas lloro  
el rato que no me veis. [no?  
—¿Qué? ¿Queréis que os dé la ma-  
Vamos, mi bien, poco a poco.

GUARDAD. Este muchacho está loco,

"BENITO. Si cual la muestra lo hacéis,  
saldrá cierto lo que digo.

GERARDO. Al tiempo doy por testigo,  
Benito, y vos lo veréis."

(1) "poderos".

(2) "ingenio".

(3) "(*Entra el GUARDADAMAS, y habla entre sí*  
BENITO.)"

(4) "qué no alcanzaréis de mí!"

(5) "Yo confieso que os adoro".

que habla con el aire vano.

BENITO. ¿Qué decís? ¿Que está ya bueno?  
Sentaos, que ahí tenéis dónde.

GUARDAD. Él se habla y se responde,  
y sólo todo (1) en su trueno.

BENITO. ¿Que me queréis ver danzar?  
Danzaré (2) con mil donaires.  
(*Danza.*)

GUARDAD. Dale, hijo, bríos, aires; (3)  
él se ha de descalabrar.

BENITO. ¿Que queréis oír? Pues, ea,  
que yo seré el escudero.  
¿Que no me quite (4) el sombrero?  
Como quisiéredes sea.  
¿Hémonos de ver después?

GUARDAD. ¿Con quién hablas? (5)

BENITO. ¿Con quién hablo? (6)

GUARDAD. Estate quedo, diablo.  
¿Tienes azogue en los pies?

BENITO. ¡Ay de mí! ¡Dios sea conmigo!  
¡No ha quedado sangre en mí!

GUARDAD. Pues ¿qué hacías ahora aquí  
hablando a solas contigo?

BENITO. ¡Ah, pobre, qué poco entiende  
lo que en esta casa pasa!  
Mas ¿qué cuánto ha que está en casa  
que no ha sabido que hay duende?

GUARDAD. Cuarenta años ha que estoy  
en ella y no he visto tal.

BENITO. Pues yo entré ayer, por mi mal,  
y di con el duende hoy.

GUARDAD. Pues ¿cómo yo no lo vi?

BENITO. Porque no está (7) en su querer  
el dejarse ahora ver (8)  
de vos y luego de mí;  
que ya se convierte en hombre  
y ya en mujer se transforma,  
tomando la misma forma  
de otro y el mismo nombre.

GUARDAD. Y ahora ¿qué parecer  
tenía con vos, Benito?

BENITO. Da en decir que soy bonito  
y fíngeseme mujer;  
y si me dice un requiebro  
dígole yo otro mayor,

(1) "y todo sólo".

(2) "Pues danzo".

(3) "¡Ea, hijo, dale aires!"

(4) "No, no quitarme".

(5) "¿A quién hablas?"

(6) "¿A quién hablo?"

(7) "Porque esto está".

(8) "y ahora se deja ver".

y en sintiéndole de humor  
danzo hasta dar de celebro.  
Y como le sé las mañas  
no le oso hablar arisco,  
que hay duende que da el pellizco (1)  
que le mete en las entrañas.  
GUARDAD. ¿Eso tenemos ahora?  
Yo me voy a mi cancel.  
Hacedme amigo con él,  
Benito.

BENITO. Muy en buen hora.

GUARDAD. ¡Válgate el diablo por duende!  
¿Dónde acá remaneciste?

(Vase.)

BENITO. Muerto de miedo va el triste;  
él va como se pretende.  
Ahora tendré lugar  
de hacer lo que quiero de él.  
Quiero entrar por el papel  
con que a Fabio he de hablar.

(Vase, y sale GERARDO.)

GERARDO. ¡Ah, Gerardo! ¡Triste vida  
es la que en palacio tienes,  
cercado de mil desdenes  
de aquesta fiera homicida!  
¿No me fuera harto mejor  
gozar de mi estado y gente,  
donde estuviera al presente  
mandando como señor, (2)  
paseando (3) en un caballo,  
sirviéndome noche y día?

(Sale BENITO.)

BENITO. Hallar a Fabio querría  
y en palacio no le hallo.

GERARDO. Benito, ¿dónde (4) de paso?

BENITO. ¡Oh, Fabio, tan buen encuentro!

GERARDO. ¿Vienes ahora de allá dentro?  
¿Has visto a Pinarda acaso?

BENITO. Sí, Fabio, que hoy me (5) llamó,  
y, sin que nadie lo viese,  
me mandó que éste te diese.

GERARDO. ¿Para mí? Mira que... ¿No  
pudo ser que te engañases?

(1) La rima entre "arisco" y "pellizco" no es perfecta.

(2) En el impreso, "como quien soy", pero no rima; en el Ms. está bien.

(3) "pasear".

(4) "¿adónde".

(5) "y aun me".

BENITO. No, que tuve buena cuenta,  
que es memoria de una cuenta  
que dijo que trasladases.

GERARDO. Sea así; (1) no me acordaba.  
(¿Hay más venturosa gloria?)

BENITO. (Traslada bien tu (2) memoria,  
cruel, en el (3) que me acaba.)  
Mucho te alegras con ella; (4)  
pero tienes mil razones.

GERARDO. Es de cuenta de perdones  
que (5) me ha de absolver con ella.

BENITO. Ahora bien, lee tu memoria,  
trasládala norabuena,  
que yo sé quien siempre pena (6)  
de que sientas tanta (7) gloria.

GERARDO. ¿Quién, Benito? Dilo presto,  
que me tienes con cuidado.

BENITO. Yo, que en verte enamorado  
en esta pena me has puesto.

GERARDO. ¿Yo enamorado? No hay tal.  
¿En qué lo echas tú de ver? (8)

BENITO. Claro se deja entender  
en una clara señal.

GERARDO. ¿Qué señal has visto en mí  
que aqueso te declaró?

BENITO. La alteración que te dió  
cuando este (9) papel te di.

GERARDO. Benito, eres tan discreto,  
que me obligan tus razones  
y tus buenas intenciones (10)  
a fiarte (11) mi secreto  
y a ofrecirme por tu siervo.  
Mas, porque no escuche alguno,  
a lugar más oportuno  
el contarte esto (12) reservo.  
Sabrás mi dolor y pena  
y si hay causa de tenello;  
mas ponte primero al cuello,  
en mi nombre, esta cadena,  
y adelante tú podrás, (13)

(1) "Ansí, ansí,".

(2) "la".

(3) "la".

(4) "con vella".

(5) "y".

(6) "siente pena".

(7) "esa".

(8) "¿Y en qué lo echaste de ver?"

(9) "ese".

(10) "a contarte mis pasiones"

(11) "y a fiarte".

(12) "el contártelo".

(13) "verás".

si quieres, siéndome amigo, (1)  
ganar harto más conmigo  
que con mi amo ganarás. (2)

BENITO. Poco en esta coyuntura  
ha importado tu prisión,  
que yo sé que al corazón  
echaste otra más segura.

GERARDO. Eso el tiempo lo dirá,  
y tú vete por ahora  
y mira, porque es ya hora,  
si el Rey quiere salir ya.

BENITO. Cuando me dió éste Pinarda  
me dijo te quería hablar;  
lee, y verás el lugar (3)  
donde esta tarde te aguarda.

(Vase BENITO.)

GERARDO. ¿Habías ya de dejarme?  
Que aunque el papel me trajiste,  
todo lo que me tuviste  
sin leerle fué matarme.

(Lee.) (4)

"Si como escribo, Fabio, te pudiera..."

(Sale el PRÍNCIPE solo.)

[PRÍNCIPE.]

Dame una ropa ¡hola! Amigo Fabio,  
¿qué haces melancólico acá fuera? [vio. (5)]  
¿Qué es aque-so que escondes? Que me agra-  
Muestra aque-se papel, que ése lo causa (6)  
que tengas blanco el rostro y pardo el labio.

GERARDO.

Un antiguo dolor, señor, lo causa,  
que en mí renueva unas memorias viejas,  
y es mal que, aunque es antiguo, no hace pausa.

PRÍNCIPE.

Muestra, que quiero ver de qué te quejas.  
Letra es de dama. ¿Quísote algún tiempo,  
o no sintió tus amorosas quejas?

GERARDO.

Antes cuando me quiso vino a tiempo,  
que no pude valerme, ni aun hablarla, (7)  
porque todo su amor fué pasatiempo.

Pero una vez que fuí a solicitarla (1)  
concedióme un papel, que es este propio,  
el cual me aseguró bien de gozarla. (2)

Y pareciendo ser papel impropio  
a su desdén imaginé rasgalle,  
porque me pareció castigo propio.

Mas, después que otra vez volví a miralle,  
consideré que mi amo la servía.  
(Con la misma verdad he de engañalle.)

PRÍNCIPE.

¿Qué la quería (3) tu amo?

GERARDO.

Pretendia

verla, y si con recado me enviaba,  
por las suyas mis penas le decía.

PRÍNCIPE.

Al fin, ¿en qué paró?

GERARDO.

Cuando empezaba  
a volvello a leer, entró mi amo,  
peligro grande para quien amaba,  
y cogióme con él. Fabio me llamo, (4)  
pues supe hacer de modo que le tuvo,  
y le leyó, y no cayó en quien amo.

PRÍNCIPE.

¿Que todavía la amas?

GERARDO.

Poco estuvo  
en echarme a perder; fué cosa de aire.  
Basta la ceguedad que le mantuvo. (5)

PRÍNCIPE.

Al fin, ¿que ella hacía de ti donaire?  
No importa, que es común condición ésa  
de hacer quejas ajenas al desgairre. (6)

Mas dime, ¿has visto más (7) a la Princesa?

GERARDO.

Algunas veces; pero no la he hablado.

PRÍNCIPE.

Ahora bien, yo me entro, que la priesa  
no da lugar; mi padre me ha llamado.

(1) "si puedes, siendo mi amigo".

(2) "podrás".

(3) "léele, que ahí dice el lugar".

(4) "(Lee el papel, y al primer ringlón de la carta sale el PRÍNCIPE y él esconde el papel.)"

(5) "¿Qué es lo que escondes? Mira que no."

(6) "que es lo que causa". [agravio.]

(7) "ablandalla".

(1) "solicítalla".

(2) "en el cual me asegura de gozalla."

(3) "que la quiere".

(4) "PRÍNCIPE. ¿Y cogióte con él?"

GERARDO. Sabio me llamo."

(5) "¿No ves que la fe dada no mantuvo?"

(6) "mirar ajenas quejas al desgairre".

(7) "Y, di: ¿no has visto más".



GERARDO.

Contigo habré de estar aunque me pesa.

(*Vanse, y salen PINARDA y BENITO.*)

PINARDA. ¿Que aunque nos encuentre el viejo me dices que hablalle puedo?

BENITO. Hablalle puedes sin miedo, pues en el puesto te dejo.

(*Sale GERARDO.*)

PINARDA. Según del papel sentí, ha de estar en esta sala.

GERARDO. A ocasión vengo, y no mala; ella es ésta que está aquí.

PINARDA. Heos hecho, Fabio, llamar porque, desde ayer que os ví, cierta razón que os oí no me deja reposar. (1) Dijístesme (2) esta razón: que érades quien en el mundo podía vengar a Reimundo, dando a Gerardo en prisión.

GERARDO. Cuanto os he (3) dicho, señora, y lo que fui a prometer de hacer y deshacer, os vuelvo a decir ahora.

PINARDA. ¿Por qué tardas, di, si puedes entregar preso a Gerardo?

GERARDO. Temo, que por eso aguardo, que sin pagarme te quedas.

PINARDA. No es impedimento ése, que tienes no sé qué, esclavo, que si tú traes puesto el clavo, a mí me has puesto la ese.

¿Y eres tú quien puedes darme en mis manos a Gerardo? (4) Que por ser tuyo le aguardo más que por poder vengarme.

GERARDO. Pues con esa confianza, mi Pinarda, haré el entrego. Aquí (5) a Gerardo te entrego colgado de esa (6) esperanza.

(*Quitase el clavo.*) (7)

(1) "sosegar".

(2) "Dijistes".

(3) "cuanto yo he".

(4) "el preso, dame a Gerardo".

(5) En el texto, "He aquí"; pero sobra el "He" para el sentido. En el Ms., "En que", que es peor todavía.

(6) "una".

(7) "(Descúbrese y arrodíllase. Quitase el clavo.)"

El mismo que entrega es entregado (1) y prisionero. Prémíame, mi bien, primero y castigame después.

PINARDA. ¡Ay, mi Gerardo, no creo que eres tú en esta ocasión, sino fantasma o visión que me ha formado el deseo! Digo que te premio Fabio y Gerardo te perdono, y desde aquí te coronó por amador firme y sabio. Mas si encubrirte pretendes tórnate a poner el clavo.

(*Entra el GUARDADAMAS.*) (2)

GUARDAD. No vuelvo la vista a cabo que no piense que veo duendes. ¿Qué es aquello que veo allí? (3)

¿Fabio y Pinarda no son los que hablan? ¿Si es visión?

¿Es el duende? Creo que sí.

GERARDO. De placer, de juicio salgo.

PINARDA. Heme holgado infinito.

GUARDAD. Allegaos acá, Benito.

¿Hacia aquel lado veis algo?

BENITO. A aquel lado a Fabio veo.

GUARDAD. ¿Y no veis una mujer?

BENITO. ¿Cómo la tengo de ver no habiéndola?

GUARDAD. Yo lo creo.

El duende es, sin duda alguna.

Una mujer hay, Benito.

BENITO. ¿Si es el duende?

GUARDAD. ¡Ce, pasito, no sienta cosa ninguna!

BENITO. ¿Parécese a alguien de casa?

GUARDAD. A Pinarda en talle (4) y gesto.

PINARDA. Fabio, yo me voy.

GERARDO. ¿Tan presto?

PINARDA. Verános el Rey si pasa.

GERARDO. ¿Quiéresme dar un abrazo?

PINARDA. Sí; mas ha de ser apriesa.

GUARDAD. Que piensa que es la Princesa y la abraza; aprieta el brazo. Hacia acá viene. ¡Jesús, Dios mío! ¡Tú me defiende de esta visión, de este duende!

(1) "entregante".

(2) "(Sale el GUARDADAMAS y BENITO.)"

(3) "Mas, ¿qué es lo que veo allí?"

(4) "traje".

¡ Jesús! ¡ Cata aquí la cruz! (1)

(*Vanse GERARDO y PINARDA.*) (2)

No es cosa de gran donaire.  
Helo aquí que no sé yo  
cuál es el duende o cuál no.  
Benito me trae en el aire.  
Yo me quiero recoger  
y hacer cruces sobre mí.

(*Vase.*)

BENITO. En donosa industria di.  
El juicio ha de perder.  
Mas no lo pierda yo más  
de haber visto lo que he visto.  
De la tercería desisto.  
Ya no más por no ver más.  
De hoy más he de procurar  
meter cisma entre los dos.

(*Sale el VIEJO, padre de BENITO.*)

VIEJO. Hijo mío, ¿qué es de vos?  
¿Habíaos ya de hablar? (3)  
BENITO. ¡ Oh, padre! Pues ¿qué hay de nue-  
VIEJO. Hijo, en vuestra busca vengo, [vo?  
que como pobreza tengo  
siempre me llevo a lo bueno. (4)  
Quiero, pues que por mi mano  
estáis vos en esta casa  
y sé yo que lo que pasa  
en ella es por vuestra mano,  
movido de caridad  
me negociéis una plaza,  
que si vos queréis dar traza  
yo sé habrá (5) facilidad.  
Y queriéndoo todos bien  
y teniéndoo por mi hijo,  
como al principio se dijo,  
querrán al padre también.  
BENITO. Padre mío, yo ya sé  
que es mucho lo que yo os debo;  
mas soy en casa muy (6) nuevo,  
que ayer metí en ella el pie;

(1) "Cruz" es sólo asonante de "Jesús".

(2) "*Viénessz hacia el GUARDADAMAS y tiembla  
atapados los ojos, y éntranse, y dice:*"

(3) "¿Habíaos yo de hallar".

(4) Rima imperfecta; quizá diría:  
"siempre me arrimo a do debo".

El Ms., "siempre me allego a lo bueno".

(5) "yo sé que hay".

(6) "tan".

y esa es cosa que el hacello  
está en voluntad ajena;  
mas echaos esta cadena  
ahora de presente al cuello,  
y si hay necesidad  
vendedla, (1) que yo os la doy,  
y en lo demás aquí estoy;  
no queda por voluntad.  
No dejéis vos de acudir,  
que al primer cargo de tomo  
yo hablaré al Mayordomo  
y él os hará recibir.

VIEJO. Dios os pague la cadena,  
hijo, y el nuevo cuidado.

BENITO. Dios os guarde, padre honrado.

VIEJO. Quedad, hijo, en hora buena.

Yo volveré por acá.

BENITO. Cuando fuéredes servido.

(*Vase el VIEJO.*)

Gran rato me ha detenido.

Quiero ver si comen ya.

## JORNADA TERCERA

(*Salen el PRÍNCIPE y ROSELA, su hermana.*)

ROSELA. ¿Qué pena es la que en ti asiste  
que no hay cosa que te alegre?  
¿No solías ser tú alegre?  
¿Quién, hermano, te ha hecho tris-  
PRÍNCIPE. Un eterno padecer, [te? (2)  
hermana, y un cruel olvido,  
que me trae muy divertido  
de lo que yo solía ser.  
Y enajéname (3) de modo  
de lo que yo ser solía,  
que no tengo cosa mía,  
porque es de Pinarda todo.  
Suyo es cuanto hay en mí,  
solas son mías las penas,  
que aquí estás, por no ser buenas,  
se quedaron para mí.  
Cruel fortuna, ¿no acabas? (4)  
ROSELA. Sí, di mal de la fortuna,  
que no hay afrenta ninguna  
con que su (5) nombre no alabas.

(1) "vendella".

(2) "¿Quién te ha vuelto, hermano, triste?"

(3) "y enajenado".

(4) "¿qué no acabas?"

(5) "que con su".

Ríome yo de vosotros  
 todos los enamorados,  
 que en no estando concertados  
 los gustos (1) unos con otros  
 luego a fortuna decís:  
 “¡Traidora, que el bien me quitas!  
 ¡Cruel! ¿que aquesto permitas?”  
 Pobres, y nunca advertís  
 que si ella de contino,  
 hace mal y puede hacello,  
 que aunque es afrentalla (2) aquello,  
 loalla (3) es por su camino.

PRÍNCIPE. Pues con Pinarda no valen  
 ya respetos cortesianos,  
 valgan fuerzas, valgan manos,  
 que del buen estilo salen.  
 Y porque estoy padeciendo, (4)  
 probarlo he sin que haya duda; (5)  
 sólo he menester tu ayuda,  
 que no he de vivir muriendo.

ROSELA. Pues en cosa como esa  
 ¿en qué te puedo ayudar? (6)

PRÍNCIPE. En sacar a pasear  
 de su cuarto a la Princesa  
 allá por el corredor  
 o abajo por el jardín,  
 que fuera del cuarto, al fin,  
 hay comodidad mejor.  
 Y aquesto que digo aquí  
 ninguno lo ha de saber.

(Sale BENITO.)

BENITO. (No soy de ese parecer.  
 Tracen, que yo estoy aquí.)

PRÍNCIPE. Parece que estáis dudosa.  
 ¿Hacéis esto con disgusto?

ROSELA. En cosa de vuestro gusto  
 no puedo dudar en cosa;  
 mas temo al Rey, en efecto,  
 que lo sentirá en extremo.

PRÍNCIPE. También yo, hermana, le temo;  
 empero el Rey es discreto.  
 ¿Atrevéisos a hacello?

ROSELA. Al fin fin, me determino.

PRÍNCIPE. Benito, toma el camino.  
 Vámonos a tratar de ello.

(Vanse, y queda ROSELA.)

ROSELA. ¿Qué temeridad es ésta  
 que ahora emprende mi hermano?  
 Pero ello le (1) saldrá en vano,  
 pues que yo guío la fiesta.—  
 ¿Quién está en la puerta? ¿Hola?

(Sale el GUARDADAMAS.)

GUARDAD. Yo, señora. ¿Qué me mandas?  
 ¿No sabría yo en qué andas  
 fuera del cancel y sola? (2)

ROSELA. En lo que os importa a vos,  
 y vos estáis descuidado.

GUARDAD. Pues, señora, ¿qué ha pasado? (3)  
 (¿Qué será? ¡Válame Dios!)

ROSELA. ¿No me vistes aquí ahora  
 con el Príncipe hablando?

GUARDAD. Ya os vi a los dos platicando  
 juntos ha más de una hora. (4)

ROSELA. Pues sabed que aquesta noche  
 quiere robar a Pinarda,  
 y para hacello aguarda  
 al punto de media noche.

GUARDAD. ¿Robarla quiere? Eso no;  
 el Rey lo habrá de saber.

ROSELA. No soy de ese parecer.  
 Otra (5) traza daré yo.

GUARDAD. ¿Podréis remediallo vos?

ROSELA. Es, que cuando yo y mi hermano  
 viniéremos mano a mano  
 y os llamáremos, (6) los dos  
 hagáis dos mil ademanes  
 de que Pinarda se ha ido,  
 diciendo que se ha huído  
 ella por ciertos desvanes.  
 Yo os sacaré a paz y a salvo  
 de este peligro presente.

GUARDAD. Y haciendo eso, (7) finalmente,  
 ¿quedaré del todo salvo?

ROSELA. Digo que sin duda. Vamos.

GUARDAD. Vamos, señora, en buen hora.

(Vanse, y sale BENITO.)

(1) “en gustos”.

(2) “afrentarla”.

(3) “Joarla”.

(4) “Aquesta noche pretendo”.

(5) “robarla, sin que haya duda”.

(6) “¿cómo os puedo yo ayudar?”

(1) “pero creo le”.

(2) Sigue la acotación: “(Sale BENITO y dice ROSELA.)”

(3) “Pues dime lo que ha pasado.”

(4) “juntos, y más ha de un hora.”

(5) “Mejor”.

(6) “habláremos”.

(7) “si hago eso,”.



BENITO. Ya deseo ver la hora  
que de este enredo (1) salgamos. (2)  
Ya el Príncipe está resuelto  
de robar a su Pinarda,  
y sola la noche aguarda.  
La fortuna por mí ha vuelto;  
que, Pinarda en su poder,  
me queda libre mi Fabio.  
Mas ¿permitiré este agravio?  
No, que Pinarda es mujer.  
Por lo que de mujer tengo  
no será bien que consienta  
que se le haga esta afrenta;  
antes de librala tengo.  
Yo he de estorbar el agravio  
que a Pinarda se le traza,  
y tengo de buscar traza  
como no la goce Fabio.

(Sale GERARDO.)

GERARDO.

¿Qué es aquesto, Benito? Di, ¿en qué pien-  
[sas?

BENITO.

Pienso, Fabio, en las cosas de este mundo  
y que sus inconstancias son inmensas.

GERARDO.

¿Y en qué te fundas, dime?

BENITO.

¿En qué me fundo?

En un caso que, bien considerado,  
me transporto, me elevo y me confundo.

Ya, Fabio, tu Pinarda te ha olvidado;  
sola es la que procura tu Rosela  
servirte y agradarte.

GERARDO.

¡Duro hado! (3)

¿Quién, Benito, te ha dicho esa novela?

(1) "trance"

(2) Sigue la acotación: "(Vanse, y queda BENITO)"

(3) Este pasaje dice en el Ms.:

"GERARDO. ¿Qué es aquesto, Benito, qué ha pasa-  
¿Hay novedad alguna, por ventura? [110]

TROILA. Ya, Fabio, tu Pinarda te ha olvidado,  
Sólo Rosela es ya la que procura  
servirte y agradarte.

GERARDO. ¿Quién?

TROILA. Rosela,  
la hermana de tu amo.

GERARDO. ¡Oh, suerte dura!"

BENITO.

Ella, que hoy me mandaba que te diese  
cierto recado, cuando con cautela

llegó Pinarda, y, sin que yo la viese,  
el recado escuchó muy recatada  
y aguardó que Rosela se partiese.

Y luego que Rosela fué apartada,  
llegóse a mí Pinarda y dijo recio:

"¿Tan presto fuí de Fabio desdeñada? (1)

¿Que al fin me estima en tan pequeño precio?  
Adore a su Rosela, que le adora,  
y despréciese a mí, que le desprecio." (2)

GERARDO.

¿Rosela se enamora de mí ahora (3)  
y Pinarda me olvida en este instante?

BENITO.

(Yo le volveré el seso en una hora.) (4)

Y sin decirme más, en un instante  
se metió en su retrete. Yo no entiendo (5)  
la causa de desvío semejante.

Pinarda por tu amo anda muriendo  
y toma por achaque que su hermana  
a ti de amores anda persiguiendo.

GERARDO.

¡Oh, suerte, más que todas (6) inhumana!  
¿Cómo tendré, Benito, sufrimiento  
viendo que sale mi esperanza vana?

BENITO.

Nunca aquesto te cause descontento.  
Quiere tú a quien te quiere, y yo sé de ella (7)  
cual andas en su nuevo pensamiento. (8)

Rosela es, por mi fe, harto más bella;  
pero si se mudare, (9) yo no quiero  
incitarte a mudar nueva centella.

¿Quién era una Troila que primero (10)  
que a Pinarda quisieses mucho amaste?

(1) "despreciada".

(2) En el Ms. faltan este verso y el anterior.

(3) "agora".

(4) Los tres versos anteriores, muy incorrectos  
en el Ms.

(5) "Mas yo entiendo".

(6) "sobre todas".

(7) "y quédese ella".

(8) "ocupada en tan nuevo pensamiento".

(9) "pero si has de mudarte".

(10) "Quiere Fabio una Troila a quien primero,  
según me dicen, en extremo amaste.

GERARD. No me la mientes, digo.

TROILA. ¡Y qué no muero!"

GERARDO.

No me la mientes digo. ¿Ves que muero?

Aborrecí esa mora que nombraste.  
Sólo a Pinarda quiero, y te protesto  
que aun muerto he de seguilla.

BENITO.

Fabio, baste.

Haz en eso tu gusto, y oye el resto  
de aquello que Rosela más me dijo.

GERARDO.

No me lo digas.

BENITO.

Yo acabaré presto.

Díjome...

GERARDO.

¡Qué recado tan prolijo!

BENITO.

“Dile, Benito, a Fabio que no es justo,  
pues por su mismo amor me guío y rijo,  
que no escuche mis quejas con disgusto,  
sino que admita mi amoroso ruego  
y que no le repunte (1) por injusto.”

GERARDO.

¡Oh, Amor, qué bien te pintan niño y ciego!  
¡Que dé en quererme (2) aquella que desamo!  
Benito, yo me voy y vuelvo luego,  
que voy con un recado de mi amo.

(Vase GERARDO.)

BENITO. Bien finjo en lo que se ofrece,  
pues le hice entender ahora  
que ya Rosela le adora  
y Pinarda le aborrece.  
Buena burla para esotro,  
mudar ambos el intento  
sin que por el pensamiento  
les pase al uno ni al otro.  
¿Pensábades que no hay más  
de querer y aborrecer?  
Yo os haré, Fabio, entender  
lo que no entendí jamás.  
Ahora quiero dar la orden  
que a Pinarda más convenga,  
antes que la noche venga  
y suceda algún desorden.  
Mas ¿no es esta la Princesa,  
que sale al balcón?—¿Señora?

(Sale PINARDA a la ventana.)

PINARDA. Vengáis, Benito, en buen hora.  
¿Adónde con tanta priesa?

BENITO. A un negocio que te importa.

PINARDA. ¿Que me importa?

BENITO. Y en (1) extremo,  
y eres tan corta, que temo  
que te has de perder de corta.

PINARDA. Di ya qué; pasa adelante, (2)  
de que te tardes me agravio.

BENITO. Conviene que hables a Fabio  
sobre un negocio importante.  
¿Atreveráste a faltar  
dos o tres horas de aquí (3)  
sin que (4) te echen menos?

PINARDA. Sí,

Bien puedo estar o no estar  
sin que nadie me eche menos,  
si quedo dentro o si falto,  
porque el cuarto, en bajo y alto,  
tiene mil piezas y senos.

Y se podrá presumir  
que estoy abajo o arriba;  
la falta (5) que hay no estriba,  
sí sólo en poder (6) salir.  
Porque si yo salir quiero  
ha de verme el Guardadamas,  
y si tú a la puerta llamas  
ha de salir él primero.

BENITO. Y él ¿dónde está?

PINARDA. Por ahí anda;  
no puede estar lejos él,  
que abierto deja el cancel.

BENITO. ¿Dónde está?

PINARDA. Hacia esa banda.

BENITO. ¡Que ha de poder éste tanto!  
Pues más que él he de saber. (7)  
¿No sabes lo que has de hacer?  
Ir y cobijarte un manto;  
que pues ha dejado abierto  
he de gozar la ocasión.

PINARDA. Dices, en resolución...

BENITO. Que con un manto cubierto  
te deciendas a esta puerta  
de allá de parte de dentro,

(1) En el original, “es”; corregido por el Ms.

(2) “Di lo que es; pasa adelante”.

(3) “ahí”.

(4) “aunque”.

(5) “que el secreto”.

(6) “sino en el poder”.

(7) “poder”.

(1) “no le deseches”.

(2) “seguirme”.

y yo le saldré al encuentro;  
y aunque te vea cubierta (1)  
yo me le sabré engañar.

PINARDA. A cubrirme voy un manto.

BENITO. Pues tiene de ser en tanto.

PINARDA. No tardo un punto en bajar.

(Vase.)

BENITO. Ahora bien, aqueste es  
gran hecho si con él salgo.

(Sale el GUARDADAMAS.)

GUARDAD. Benito, ¿es menester algo?  
¿Qué tenéis? Tened los pies.  
¿De qué estáis alborotado?

BENITO. ¿El Rey, si miraste, viene?  
Decídmelo, que conviene.—  
¿Quién me dió aqueste (2) cuidado?

GUARDAD. No viene, no; sosegaos.  
¿No sabré yo qué tenéis?

BENITO. Ved si viene, si queréis.

GUARDAD. Que no viene, reportaos.

BENITO. Habréis de saber que ahora  
me dió el Príncipe una dama,  
no de las de buena fama, (3)  
que estuvo con ella (4) un hora;  
y mandó que la llevase  
hasta donde ella moraba,  
y como yo la llevaba  
y un paje del Rey pasase,  
díjome—¡mal haya él!—  
que entraba el Rey, que huyese,  
y yo, porque no la viese,  
metíla en este (5) cancel.

GUARDAD. Pues ¿mujer de esa manera  
dentro del cancel metéis?

BENITO. Fué forzoso. ¿Qué queréis?

GUARDAD. Aguarda; sacarla he fuera. (6)

(Vase.)

BENITO. ¿Vióse enredo más galano  
como es aqueste que urdo? (7)  
Ya viene (8) el borrego burdo  
y me la trae de la mano.

(Sale el GUARDADAMAS con PINARDA de la mano.)

GUARDAD. Toma, veísla aquí, Benito,  
y no hagáis de aquí adelante  
disparate semejante,  
que me enojaré (1) infinito.  
¿Rameritas en mi cuarto?

BENITO. ¡Por Dios, que andamos muy bue-  
Señor, no pudo ser menos. [nos!

(Vanse BENITO y la PRINCESA.)

GUARDAD. Sin duda trajo (2) el demonio  
este muchacho a esta casa;  
él se halla en cuanto (3) pasa,  
de todo da testimonio.  
Que es sin duda un puro diablo, (4)  
que después que él entró (5) aquí  
yo no sé si estoy en mí,  
no sé si sueño (6) o si hablo.  
En entrando en esta casa (7)  
luego se vió duende en ella,  
y no hay dueña ni doncella  
que no esté como una brasa;  
que, como él es tan bonito,  
muérense por el rapaz.  
¡Señor, Tú me saca en paz  
de las manos de Benito!

(Vase, y sale PINARDA y BENITO.)

PINARDA. Así ¿que de esa manera  
se ha trocado ese cruel?

BENITO. Nunca tal creyera de él  
si yo mismo no lo viera.

PINARDA. Pues ¿cómo? ¿Qué ha sucedido?  
¿No le diste mi recado?

BENITO. Sí, y (8) de habérsele yo dado  
estoy de ello muy (9) corrido.

PINARDA. Pues ¿cómo? ¿Qué fué la causa (10)  
de que mude de opinión? (11)

BENITO. Una reciente afición  
es, señora, quien lo causa.

PINARDA. ¿Nueva pasión le desvela?  
¿Cómo, Benito? ¿Qué ha sido?

(1) "pesará".

(2) "trujo".

(3) "en lo que".

(4) "Pero es peor que el diablo".

(5) "está".

(6) "duermo".

(7) "en entrando que entró en casa".

(8) "Y aun".

(9) "es de lo que estoy".

(10) "Pues di, ¿cómo fué la causa,".

(11) "de que mudase opinión?"

(1) "como que a encontrarme acierta".

(2) "¿Quién me dió a mí este".

(3) "de las de no buena fama".

(4) "él".

(5) "metíla tras el".

(6) "Andad, sacalda acá fuera."

(7) "que es aqueste que yo urdo".

(8) "sale".



BENITO. Hate puesto a ti (1) en olvido y muérese por Rosela.

PINARDA. (Ya entiendo, Gerardo mío, tu desdén. Eres discreto, que por que haya más secreto has fingido este desvío.) Benito, al fin, qué ¿mostró gran pesar con mi embajada? Y ¿qué te respondió?

BENITO. Nada, que casi no la escuchó. Mas pareceme que de esto muestras sobrada alegría; si entiendes que es burla mía desengañarte he yo (2) presto, que si te he traído aquí es sólo porque lo veas y evidentemente creas que lo que (3) digo es así. Alza este paño, y tras de él serás tú propia testigo de todo cuanto te digo y verás tu daño en él. (4) Y verás cómo es razón que viva Fabio en tu olvido, y el Príncipe sea querido, pues es mayor su afición. Mas ya Fabio viene allí; escóndete, como dije, verás del mal que te aflige claro desengaño aquí.

PINARDA. Tu gusto quiero cumplir. Has tu gusto, háblale (5) luego, y no diga, al Cielo ruego, lo que tanto deseo oír. (6)

(Escóndese PINARDA y sale GERARDO.)

BENITO. ¿Dónde al Príncipe has dejado?

GERARDO. En su cámara (7) quedaba.

BENITO. Pues prosigue, Fabio, acaba de responder al recado.

¿Qué responderé a tu dama?

GERARDO. ¿Mía la nombras? No hay tal.

BENITO. ¿Posible es quieras tan mal a la que tanto te ama? Digo que es crueldad crecida.

(1) "Que a ti te ha puesto".

(2) "desengañaréte".

(3) "que cuanto".

(4) "siendo el confesante él".

(5) "llega".

(6) Este pasaje está alterado.

(7) "aposento".

Qué ¿tan poco su mal sientes?

GERARDO. Benito, no me la mientes, que es acabarme la vida. Dile que yo soy leal, y que ese (1) amoroso intento es en mí tan violento como esotro natural.

BENITO. (¿Oyes aquesto que pasa?)

GERARDO. Y que si mucho porfía, aunque sea a costa mía dejaré luego esta casa.

PINARDA. (¡Oh, Gerardo desleal, nunca yo acertara a verte, y no trocara mi suerte tanto bien en tanto mal.)

BENITO. Respuesta terrible y fiera para quien muere por ti.

GERARDO. No se muera ella por mí. ¿Mándole (2) yo que se muera? Esto le puedes decir.

BENITO. Harélo, pues tú lo quieres.

PINARDA. (Aunque tan mudable eres, al paso te he de salir para ver si se desdice, (3) estorbando noche y día.) ¡Oh, Fabio!

GERARDO. ¡Oh, señora mía!

PINARDA. (Bien uno con otro dice.) Bien, Gerardo, te has trocado, pues a quien tanto te quiere, sabiendo que por ti muere, ¿le envías ese recado?

GERARDO. Pues muy mejor (4) lo enviara si entendiera que lo oías.

BENITO. (¿Oyes lo que no creías? ¿Quieres más prueba a la clara? (5))

PINARDA. Corta es en ti una afición.

GERARDO. Pues más corta es (6) mi ventura.

BENITO. (Perdido soy si más dura la comenzada cuestión.) El Rey viene. Fabio, huye. Señora, llégate acá.

(Vase GERARDO.)

PINARDA. ¡Ay de mí, si nos vió ya! ¿Quién es quien mi bien destruye?

(1) "y que su".

(2) "Dígole".

(3) "y que no me martirice".

(4) "peor".

(5) "¿Quieres ya prueba más clara?"

(6) "Más corta está".

BENITO. No es el Rey, que me he engañado;  
fué antojo, sin duda alguna.

PINARDA. ¡Oh, desdichada fortuna,  
no das bien cuando es quitado!  
¿Fuese mi Fabio? ¿Qué es de él?  
¿Por qué le echaste de aquí?

BENITO. Porque me importaba a mí  
que tú no hablastes con él.

PINARDA. Dejárame que le hablara  
y luego me le quitaras.

BENITO. Eso no, que averiguaras  
lo que quizá me pesara.

PINARDA. Benito, ¿no buscarás  
algún remedio a mi pena?

BENITO. Allá, al bajar por la cena,  
le hablaré y tú lo verás.

PINARDA. Vamos, pues que aqueste hecho  
de ti solo lo confío.

BENITO. Es negocio propio mío,  
mira si lo haré a provecho.

PINARDA. Quiero volver a mi cuarto.

BENITO. Al tuyo no, que no es cosa,  
por cierta causa forzosa  
que te podría dañar harto.

PINARDA. Pues ¿dónde?

BENITO. Al del Rey.

PINARDA. ¿Por qué?

BENITO. Yo te lo diré después.

PINARDA. Sigamos tu gusto, pues.

BENITO. El tuyo se sigue, a fe.

(*Vanse, y sale el GUARDADAMAS.*)

GUARDAD. ¡Grande mal, grande desdicha,  
que no parece Pinarda!  
No fué la culpa en mi guarda,  
no, sino (1) en mi poca dicha.  
No dejo en toda la casa  
rincón que no haya buscado.  
¿Qué harás, Rey desdichado,  
cuando sepas lo que pasa?  
Y tú, Rosela, que esperas  
que lo habia de fingir,  
¿qué podrás ahora decir  
cuando sepas que es de veras?  
Sin duda el Rey y Rosela,  
en el punto que oigan esto, (2)  
me han de hacer colgar de un cesto  
como a falsa centinela.

(*Sale el PRÍNCIPE y ROSELA, BENITO y GERARDO.*)

GERARDO. ¿Adónde vamos, señor?  
¿No se tiene de saber?

PRÍNCIPE. Adonde, si es menester,  
muestres, Fabio, tu valor.  
Yo tengo de hacer un hurto  
de cosa bien estimada,  
donde es (1) menester tu espada.  
Todo esto está ya (2) surto.

GERARDO. Ello es un (3) bravo delito  
contra ley y contra Dios.  
(Este es trato (4) de los dos.  
Bien me dijo a mí Benito.)

PRÍNCIPE. ¿Cómo a Pinarda no llamas,  
que me parece que es hora?

ROSELA. Yo haré, señor, ahora  
que la llame el Guardadamas.

PRÍNCIPE. Alto, (5) ¿qué es lo que se aguarda?

GUARDAD. Rosela, ¿qué os contaré?

ROSELA. ¿Qué ha pasado?

GUARDAD. Que se fué. (6)

PRÍNCIPE. ¿Quién se ha ido?

GUARDAD. ¿Quién? Pinarda.

PRÍNCIPE. ¿Cómo dices? ¿Quién se ha ido?

GUARDAD. Ya digo que la Princesa.

PRÍNCIPE. ¡Por Dios, linda guarda es ésa!

GUARDAD. Culpa ninguna he tenido.

GERARDO. Si es que lo haces por reír,  
mira que nos atribulas.

ROSELA. (Ea, bien lo disimulas;  
de ese arte lo has de decir,  
GUARDAD. ¡Mal haya quien me parió!—  
Que no miento, que es verdad.)

PRÍNCIPE. ¿Vióse tan grande maldad?  
¿Quién la llevó?

GUARDAD. ¿Qué sé yo?  
(Yo muero de ésta, sí, a osadas.

ROSELA. Eso todo se requiere.

GUARDAD. Que no es fingido.—Esta quiere  
que me dé de cabezadas. (7)

(1) "sólo he".

(2) "que todo aquesto está".

(3) Suplido el "un" por el Ms.

(4) "Trato ha sido".

(5) "ROSELA. Padre,".

(6) "ROSELA. ¿Qué, padre?

GUARDAD. Que se me fué."

(7) A continuación, en el Ms.:

"ROSELA. Si de veras lo dijeras,  
no lo fingieras mejor.

GUARDAD. Eso tengo por peor,  
que es que se ha ido de veras."

(1) "pero fué".

(2) "al punto que sepan esto".

- ROSELA. Mucho lo afirma ¡ay, cuitada!—  
¿Fuése, para entre los dos?
- GUARDAD. Que digo, que juro a Dios  
que se ha ido.
- ROSELA. ¡Ay, desdichada!
- PRÍNCIPE. ¿qué hemos de hacer,  
que la Princesa se ha ido?
- PRÍNCIPE. Que pues tal bien he perdido, (1)  
no me queda qué perder. (2)
- GERARDO. Esté en el cielo o profundo,  
se ha de buscar. ¿Qué aguardáis?

(Sale BENITO.)

- BENITO. Deteneos. ¿Adónde vais,  
que partís hundiendo al mundo?
- GERARDO. A buscar a la Princesa.
- BENITO. ¿A qué Princesa?
- PRÍNCIPE. A Pinarda.
- BENITO. El Rey la tiene en su guarda.  
¿Dónde vais con tanta priesa?
- PRÍNCIPE. Pues ¿quién al Rey la llevó?
- BENITO. Yo, que él me envió por ella.
- GUARDAD. Luego ¿Pinarda era aquella  
que di con mis manos (3) yo?
- BENITO. La propia.
- PRÍNCIPE. ¿Que aqueso pasa?
- GUARDAD. Bien sé yo lo que me hablo  
cuando yo digo que el (4) diablo  
Benito, os trajo a esta casa.
- PRÍNCIPE. Pues el Rey ¿qué la quería?
- BENITO. Tratar que mude de intento,  
porque aqueste casamiento  
no vaya de día en día;  
mas ella responde al Rey  
que sólo ha de gozar eso  
quien diere a Gerardo preso  
como está puesto por ley.
- ROSELA. ¿Qué hacemos? Vamos a vella  
al cuarto del Rey, Benito.
- GUARDAD. Vamos, que de él no me (5) quito  
hasta que (6) me vea con ella.

(Vanse, y queda el PRÍNCIPE y GERARDO.)

PRÍNCIPE.

En el trato ordinario se ve luego  
cuanto uno ama (7) a otro, Fabio caro,

- (1) "Pues aqueste bien perdido."  
(2) "¿qué me queda por perder?"  
(3) "por mi mano".  
(4) "cuando digo que algún".  
(5) "Vamos que mi miedo".  
(6) "cuando yo".  
(7) "cuando un amigo".

y mira si lo apruebo (1) bien, pues niego  
decir a todos (2) lo que a ti declaro.  
Crece en mí de Pinarda tanto el fuego  
y es mi mal tan sin medio ni reparo,  
que me parece aquí que se requiere  
usar por maña, pues por bien no quiere.  
Querría fiar de ti, Fabio, un (3) secreto  
que has de hacer por mí; pero primero  
quiero saber si en ti habrá algún defecto  
de remediarme a mí (4) del mal que muero.  
Has de saber que gustaré, en efeto...  
Atrás me vuelvo si decillo quiero.

GERARDO.

Dímelo presto y no tan poco a poco. (5)  
Si de mí dudas, es tenerme en poco.

PRÍNCIPE.

Sabe que tú pareces (6) en extremo  
a este Gerardo que Pinarda pide,  
y yo en las llamas de este amor me quemo.  
Y es este inconveniente quien lo impide.  
Pedir lo que pedirte quiero, temo;  
pero mándame Amor, que en mí reside,  
que te pida que mudes el vestido  
y quedes en Gerardo convertido.

GERARDO.

(¡Ay, fiera, amarga, triste y dura suerte!)  
Digo, señor, que eso será lo menos  
que yo podré hacer por complacerte.  
¿De mí dudas?

PRÍNCIPE.

Al fin vienes de buenos.  
Mucho, Fabio, me obligas a quererte.  
Vamos, mi Fabio, no puede ser menos.

GERARDO.

Vamos, señor.

PRÍNCIPE.

Pondráste, Fabio, luego  
el vestido del preso. (7)

GERARDO.

(¡Oh, Amor ciego!)

- (1) "si lo muestro".  
(2) "otros".  
(3) "Queriate fiar de un gran".  
(4) "en remediarme aquí".  
(5) "Dímelo presto, que mi juicio apoco".  
(6) "te pareces".  
(7) El pasaje anterior, muy incorrecto en el manuscrito.





VIEJO. Beso a su merced las manos.

GUARDAD. Y yo las de su merced.  
(No queda gazzate en pie  
al segundo besamanos.)  
Vuestra merced goce el cargo  
por muchos años y buenos.

VIEJO. Su merced, ni más ni menos,  
dè descanso un siglo largo.

GUARDAD. (Qué recio habla. Propia falta  
de un sordo, que atruena a uno.)

VIEJO. (Ahora no hay sordo ninguno  
que se escape de esta falta.)

GUARDAD. Ande acá, verá un cancel  
que gustará de mirallo.

VIEJO. Pues sabré yo bien guardallo  
y dar buena cuenta de él.

GUARDAD. (No me entendió lo que dije,  
pues a tiempo (1) no responde.)  
Venga acá, señor. (2)

VIEJO. ¿Adónde?

GUARDAD. (Jesús, y cómo me aflige!)  
No alce la voz tan alta,  
que como quiera oigo bien.

VIEJO. Yo oigo muy bien también.

GUARDAD. (¿No conocerá (3) su falta?)

VIEJO. ¿Cuándo se va a descansar?

GUARDAD. ¿Cuándo ha de partir a Francia?

VIEJO. (Aqueso es pueblos en Francia,  
no se le puede aguardar.  
¿No es bueno que sea tan necio,  
que es él sordo y que me atruena?)

GUARDAD. (Ahora, en forma, me da pena.  
¿Que un sordo hable tan recio?)  
¿No hablará un poco más quedo?,  
que yo muy bien le oigo todo.

VIEJO. Y yo oigo muy bien y todo;  
bien puede hablar quedo.

GUARDAD. ¿Puedo?  
Pues ¿cómo aquél me engañó?  
¿Oyeme ahora?

VIEJO. Muy bien.

GUARDAD. Y ahora, ¿óyeme?

VIEJO. También.

GUARDAD. Luego ¿no es sordo?

VIEJO. Yo, no.  
Y él ¿es sordo?

GUARDAD. Yo tampoco.  
que bien oigo. (¡Dios bendito,

no digo yo que Benito  
tiene de volverme loco!)  
¿Tampoco será arquitecto?  
VIEJO. Jamás tuve ese ejercicio.  
¿Ni él dejará el oficio  
que ahora tiene? (1)

GUARDAD. Yo, ¿a qué efecto?  
(Ahora digo que me libre  
Dios del diablo y de Benito.)

(Vanse. Entra el REY, PINARDA, ROSELA, el PRÍNCIPE, GERARDO y BENITO.) (2)

REY. Heme holgado infinito  
de que no quedases libre,  
por que pagues la traición  
con que mataste a Reimundo.

GERARDO. Quítame, señor, del mundo  
y venga tu corazón,  
que yo gusto de morir  
porque tu hijo tenga (3) vida.

PRÍNCIPE. Ya es tiempo, señor, que pida  
lo que se debe pedir.  
Pues está por ley expresa  
que el que a Gerardo prendiere  
al punto que se le diere  
se case con la Princesa,  
yo ya le tengo aquí preso;  
cúmplase luego la ley.

REY. Dejara yo de ser Rey  
cuando no cumpliera eso.—  
Dalde, Pinarda, la mano  
al Príncipe en casamiento.

PINARDA. Bueno fué tu pensamiento,  
Príncipe, mas saldrá (4) vano.—  
A obedecerte estoy presta,  
mas has de darme (5) licencia  
de hacer una (6) diligencia  
que solamente me resta.—  
Príncipe, este no es Gerardo,  
sino vuestro paje Fabio.

PRÍNCIPE. (Faltábase ya otro agravio.  
Fortuna, ¿qué es lo que aguardo?)

REY. Pues ¿engañarnos querías?  
Loco, ¿qué es tu pretensión? (7)

(1) "de portero?".

(2) "(GERARDO, vestido como cuando estuvo preso.)"

(3) "cobre".

(4) "traído, más salíote".

(5) "pero hasme de dar".

(6) "cierta".

(7) "¿qué era tu intención?"

(1) "a cuento".

(2) "Véngase conmigo".

(3) "confesará".

GERARDO. (Yá tienen aquí ocasión de acabar las ansias mías.)  
Príncipe, yo hice por ti todo lo que me has mandado.

PRÍNCIPE. La culpa de esto ¿en qué ha estado?

GERARDO. En tu ventura y no en mí.

PRÍNCIPE. No tienes tú culpa alguna, que (1) bien me has servido, Fabio, que quien me hizo este (2) agravio fué solamente fortuna.

GERARDO. Señor, es ley que se debe, de consentimiento expreso, que el que te entregare el preso por suya a Pinarda lleve.

REY. Es tal, que ya (3) sólo aguardo a quien con el preso llegue para que a ella se le entregue.

GERARDO. Pues, Rey, veis aquí a Gerardo.

(*Quítase el clavo.*)

Dame a mi Pinarda luego, pues la gané justamente, que si yo fui el delincuente yo soy también el que entrego. Y de razón y justicia es bien que el premio me des, y yo premiado, (4) después haz, señor, de mí justicia.

REY. Hay dos cosas que hacer, que es premiarte y castigarte, y en castigarte y premiarte solo no tengo poder; yo y Pinarda le tenemos.

PINARDA. Pues si hay dos cosas que hacer y está en los dos el poder, (5) bien es que nos conformemos. (6) Haga cada uno la suya, que de esta suerte, Rey justo, como sea con tu gusto, es bien que esto se concluya. Haz la una, que es premialle con darme por su mujer, que lo otro yo lo he (7) de hacer al punto con perdonalle.

REY. Pues yo digo que le premio.

PINARDA. Yo digo que le perdono.

GERARDO. Yo digo que me coronó por vencedor de (1) tal premio.

PRÍNCIPE. Yo que siempre tuve escrito en la frente lo que ha sido.

BENITO. Yo, pues que esto ha sucedido, (2) quien quisiere sea Benito.

GERARDO. Si ser Benito no quieres, Benito, ¿quién quieres ser?

BENITO. Fabio, Troila, mujer, firmeza de las mujeres.

GERARDO. ¿Estoy sin seso o con él? (3) ¡Troila! ¿Qué es esto, Cielo? Rey, pisando está tu suelo la hija del Rey de Argel.

REY. Pues, Princesa, ¿cómo ha sido la venida vuestra acá?

BENITO. Gerardo, Rey, (4) lo dirá que la causa de ello (5) ha sido. Víneme tras él perdida por un amor mal fundado, y el tiempo que le he tratado (6) jamás vi que fui querida. (7) Un año habrá que a mi padre perdí, porque le dejé, y medio habrá que cobré la santa Iglesia por madre, que, aunque no tengo bautismo, sigo la Iglesia Romana.

REY. Pues deseos, hija, mañana, siendo el padrino yo mismo.

PRÍNCIPE. Pues con tu consentimiento, pues sigue el cristiano gremio, porque no quede sin premio tan loable y santo intento, le doy de esposo la mano y la acepto por mi esposa.

ROSELA. Al fin es esa (8) una cosa que guía Dios (9) por su mano.

REY. Yo digo que lo consiento, pues por Él viene ordenado, y aquí se acaba, senado, el discurso de este cuento.

FIN

(1) "muy".

(2) "el".

(3) "Es tan ley que".

(4) "y esto permite y".

(5) "querer".

(6) "concertemos."

(7) "que la otra he yo".

(1) "con".

(2) "yo que, pues quedo corrido".

(3) "con seso o sin él?"

(4) "el Príncipe".

(5) "esto".

(6) "porque, aunque él fué de mi amado,".

(7) "jamás yo fui del querida."

(8) "esta".

(9) "Dios guía".



# EL CABALLERO DE ILLESCAS

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL MAESTRO VICENTE ESPINEL Y SU MAESTRO

Debe España a v. m., señor Maestro, dos cosas que, aumentadas en esta edad, la ilustran mucho: las cinco cuerdas del instrumento, que antes era tan bárbaro con cuatro; los primeros tonos de consideración, de que ahora está tan rica, y las diferencias y géneros de versos, con nuevas elocuciones y frasis, particularmente las décimas, que si bien se hallan algunas en los antiguos, no de aquel número, como en Juan de Mena, las que comienzan: *Muy más clara que la Luna*. Composición suave, elegante y difícil, y que ahora en las comedias luce notablemente, con tal dulzura y gravedad, que no reconoce ventaja a las canciones extranjeras. Verdad es que en la lengua francesa las he leído escritas por el señor de Malherbe, en las obras de diversos poetas; pero, por el año de su impresión, consta que pudo imitarlas, si bien se diferencian en la cadencia del verso quinto. Justamente se debe a ese peregrino ingenio el nombre de Apolo español, pues en la música y poesía (de que le hacía Dios la antigüedad), ha sido Fénix único, y pluguiera al Cielo que, como le pintaba siempre joven v. m., pudiera serlo, Maestro mío. Esta propiedad, entre otras, le dió Calímaco:

*Et idem,*

*Formosus semper, invenisque, nec ille.*

*Faemineae quantum nigrent lanugine malae.*

¡Oh ciego error de esta providencia (1), no premiar tales méritos! ¡Oh méritos dignos de haber nacido donde tuvieran premio! Pero, como desterrado del Cielo por el sentimiento de la muerte de Esculapio, le pinta Luciano en sus *Diálogos*, no es mucho que pase los trabajos mismos.

*Et clarum Appollinem*

*Viris laetitiam amicis,*

*Propinquum custodem ovium,*

dijo Pindaro en sus *Pythacos*. Notable fué la estimación que los antiguos hicieron de la música, cuyos

milagros deben ser creídos como de cosa celestial y divina. Pitágoras, tañendo, enfureció un mancebo, y viendo que, celoso, quería romper las puertas de su amiga, para matarla, mudó el son frigio en el cromático, música de quien hace memoria Natal Cómite en su *Mitología*: "*Chromaticum melos adhibuerunt ad demulcendos animos*", con que el furioso mozo detuvo el suyo. Así lo cuenta Boecio y Marco Tulio, y lo dijo Aristóteles en el libro octavo de sus *Políticos*: "*Saepe aleviat Melodia iratos et facit laetos*." Y por darla lugar en las virtudes, quisieron que Clitemnestra fuese casta, mientras la entretuvo aquel insigne músico que le dejó Agamenón cuando se fué a Troya, como lo afirman Filelfo y Séneca. Con música curaban mortales enfermedades Terpandro, Arión y Hismenias, graves filósofos, y lo confirma la opinión de Avicena. Solamente en honra de la música hallaron en las rigurosas leyes de Licurgo blandura los lacedemonios. Dejó Alejandro el convite y tomó las armas, incitado de la música de Timoteo Milesio, a quien v. m. parece tanto, pues de él se dice que *Deciman, et undeciman Lirae chordam addidit et antiquam musicam in meliorem mutavit modum*. De este rapto hace Cicerón memoria y San Basilio Magno, y el ejemplo de David con Saúl es de mayor fuerza: ¡gran excelencia de la música, que muchos de los espíritus malignos no puedan sufrirla, porque no pueden asistir a su celestial armonía y suavísimo concento! Y así también la victoria de Josaphad, cuando los israelitas cantaron delante del ejército. Mas, ¿para qué alabo yo este divino y liberal arte con ejemplos comunes al mismo Apolo y de mayor oráculo que el Delfico? Quédese, pues, la música especulativa y práctica a quien de entrambas ha sido insigne monstruo, que, volviendo a las quejas de esta edad ingrata, tengo consuelo en que han de pagarle los futuros siglos lo que ha faltado el discurso de estos infelices años, que la virtud es premio de sí misma y la fama no muere, pues hoy vive la de Anagenoris, a cuya música debieron

(1) En la edición de 1620 "provincia".

su libertad cuatro ciudades. Y desde el origen que le dió Tubal (como consta de las Sagradas Letras), a la edad nuestra, donde tanto han florecido Guerrero, Tejeda, Cotes, Filipe Roger y el capitán Romero, no ha borrado el tiempo de los libros de la inmortalidad la fama, nombre y vida de docto músico, ni olvidará jamás en los instrumentos el arte y dulzura de v. m., de Palomares y Juan Blas de Castro. Homero dijo que les dictaba Júpiter a los que cantaban, a lo que aludió San Agustín, llamando a la música, en una de sus Epístolas, *Dei donum*. Cuya máxima se ha confirmado en v. m. con notable ejemplo, pues parece que lo que ha cantado le ha dictado el Cielo, en tan excelentes versos, que le podríamos decir lo que Ovidio de Apolo: *Per me concordant carmina nervis*. Pero, pues la figura Música, como v. m. sabe, es una señal representativa de voz, o de silencio, de voz por la diversidad de los puntos, y de silencio por las pausas, haciéndola yo a este discurso, como músico práctico y no teórico,

*Suspenderé la pluma, y no el deseo,  
que, en tanto sol, semínima, me veo.*

Y, dejando los tres géneros de música: diatónico, cromático y enarmónico, en el cuarto y poético, con reconocimiento justo de mis obligaciones, al Apolo de la poesía latina y española dedico esta comedia; aunque saliendo tantas con su aprobación, todas son suyas. Bien fuera justo consagrarle una lira de oro, como a español Orfeo, o colocar la suya donde puso la Astrología la que, con siete cuerdas, a imitación de los siete planetas, hizo aquel sabio, y ahora se miran transformadas en siete estrellas, pues laureles ha merecido tantos, aunque a la grandeza de su ingenio desiguales todos; pero no pudiendo más, desearele la salud y vida que debe a su doctrina, ya que en la tierra no ha tenido el descanso digno a sus letras, pero sí *peregrina virtus in terris, et in coelis civis*.

Cantó y escribió Espinel,  
para que le diese igual,  
la música celestial,  
como la pluma el laurel.

El se alabe, pues no hubiera,  
para encarecerle bien,  
ni quien cantara tan bien  
ni quien tan bien escribiera.

Capellán de v. m.,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

|                              |                          |
|------------------------------|--------------------------|
| JUAN TOMÁS, <i>labrador.</i> | OCTAVIA, <i>su hija.</i> |
| SU PADRE.                    | SIRENA.                  |
| CLENARDO.                    | CELIO.                   |
| FELINO.                      | HORACIO.                 |
| DOROTEA.                     | FABRICIO.                |
| TEODORA.                     | FILANDRO.                |
| CORREGIDOR.                  | ROBERTO.                 |
| ALGUACILES.                  | LEONELO.                 |
| CAPITÁN.                     | TEODORO.                 |
| CAMPUZANO.                   | TIRRENO.                 |
| MENDOZA.                     | RISELO.                  |
| ROSALES.                     | BELARDO.                 |
| ALVARADO.                    | CASILDA.                 |
| LISENA.                      | El MARQUÉS DE SANTI-     |
| DON LOPE DE MENDOZA.         | LLANA.                   |
| DON JUAN DE TOLEDO.          | SIXTO.                   |
| DON TELLO DE GUZMÁN.         | El REY FERNANDO. (1)     |
| El INFANTE DON FERNANDO.     | La REINA DOÑA ISABEL.    |
| CAMILO.                      | [REGIDOR.                |
| El CONDE ANTONIO.            | RIBERIO.]                |

Representóla el famoso Ríos.

ACTO PRIMERO

(Sale JUAN TOMÁS, *labrador*, con un capotillo de dos aldas, polainas y una vara en la mano, y dice:)

JUAN. ¡Malas adivas tostadas,  
que las revienten, amén!  
Que no es posible que estén  
sólo un momento paradas.  
Mas que una pierna te quiebres;  
todo es prisa de comer.  
¡Juro a Dios que han de meter  
el carro hasta los pesebres!—  
¿Quién está acá? Buenos días.

(Dentro TOMÁS, *viejo*, su padre.)

PADRE. Buenos los tengas.  
JUAN. Quisiera  
tenerlos buenos si hubiera  
con qué alegrar las encías.  
PADRE. En eso vendrás pensando.  
JUAN. Mientras vos estáis durmiendo,  
¿con pedir esto os ofendo?  
Debo de venirme holgando.  
PADRE. Para quien es haragán  
cualquiera trabajo bonda.  
JUAN. ¡Par Dios, no sé qué os responda!  
¡Gentil almuerzo me dan!  
Debo yo de haber estado

(1) Es el mismo que antes llamó "EL INFANTE DON FERNANDO".

sornando a mi buen placer,  
teniendo bien que pacer  
la grama y hierba del prado.

PADRE. Vendrá muerto de las eras;  
no habrá dormido en la parva.

JUAN. ¡Que a un hombre de tanta barba  
esto le digan de veras!  
¡Soy un bellaco!

PADRE. A lo menos,  
no me parecéis a mí.

JUAN. Luego ¿en las malvas nací?

PADRE. No son de padres tan buenos.

JUAN. No lo digáis, que yo os juro  
que os excuso de mentir.

PADRE. Tan bueno, os puedo decir.

JUAN. Que podéis, os aseguro;  
mas no sé yo si es verdad.

PADRE. Pues ¿hay en Illescas gente  
más honrada?

JUAN. Llanamente,  
yo vengo almorzar bondad.  
Padre, ¿vengo yo a informarme  
de que soy hombre de bien,  
o a que de almorzar me den?

PADRE. ¡Por Dios, que puedo alabarme  
que ha habido de mi linaje  
más de seis clérigos!

JUAN. Cierto.  
Padre, que aún no estáis despierto,  
haced que Casilda baje.

PADRE. Hijo, aunque con pobres capas,  
tenemos gran clerecía.

JUAN. ¿Y cuántos ¡por vida mía!  
de éstos, padre, fueron papas?

PADRE. ¿Papas?

JUAN. Pues ¿qué os alabáis?

PADRE. ¿No es hartó tener un cura  
por pariente?

JUAN. ¡Gran ventura  
si de algún mal enfermáis!

PADRE. Puts, necio, los más honrados  
linajes que pueda haber,  
¿qué más bien pueden tener  
que clérigos y soldados?  
Triste de él si de esto escapa;  
que del soldado, en rigor,  
se hace el Emperador;  
del clérigo se hace el Papa.  
Y el que clérigo y soldado  
tiene en su linaje, crea  
que no es posible que sea  
ni pobre ni desdichado.

JUAN. Los que escuchan a los viejos,  
como yo ahora os escucho,  
puesto que no almuerzan mucho  
aprenden buenos consejos.  
Si érades aficionado  
a clérigos, ¿por qué a mí  
labrador me hicistes?

PADRE. Fuí,  
padre, en tu crianza, honrado.  
Lo primero que ha de hacer  
un padre es considerar  
cuál hijo puede estudiar  
y cuál ganar de comer;  
advertir su inclinación  
y darle en ella, y que siga  
lo que su estrella le obliga,  
que juntas muy fuertes son.  
Dos tuve: tú, Juan Tomás,  
y Pedro, que fué el mayor;  
mas llevómele el Señor.

JUAN. ¿Lloráis?

PADRE. No puedo hacer más.  
Vile ingenioso y prudente,  
humilde y bien entendido;  
púsele a estudiar, que ha sido  
del bien la primera fuente.  
Y pienso que si viviera  
pudiera ser gran letrado.  
Tras de esto, considerado  
tu humor de dentro y de fuera,  
y averiguado el proceso  
de tu traviesa niñez,  
ví que a mi mala vejez  
prenotaba un mal suceso.  
Dite el campo, el aguijada,  
el azadón, carro y trillo,  
la vendimia, el escardillo  
y, en fin, la capa y la espada,  
que tal vez de un labrador  
sale un soldado valiente,  
que a sí y a toda su gente  
cubre de hacienda y de honor.  
Eres un Roberto el Diablo,  
no me obedeces ni quieres,  
sólo el juego y las mujeres  
es tu ordinario vocablo.  
Vendísteme, allá en Toledo,  
tres lechones ahora un año;  
tomaste a tu hermana el paño,  
que aún tengo a su llanto miedo;  
húrtasme el trigo y cebada;  
juras, votas, no te acuestas;



esgrimes todas las fiestas;  
traes broquel, ciñes espada.  
Es más notable tu historia  
que la puente de Mantible,  
y tu enmienda es imposible.  
JUAN. Aquí gracia y después gloria.  
Bien vi yo que había de haber,  
en pidiendo de almorzar,  
sermón para no lo dar  
con tema de no querer.  
Mas, pues decís que soy bueno  
para negocios de guerra,  
y yo vivo en esta tierra  
de tantos enfados lleno,  
yo os juro a Dios que algún día  
me dé de almorzar el Rey.

PADRE. ¿A ti?

JUAN. A mí.

PADRE. ¿Qué hermoso buey!

JUAN. ¿No puede ser?

PADRE. Bien podría,  
que Dios, que hizo hablar la burra  
de Balán, bien puede hacer  
que el Rey te dé de comer.

JUAN. ¿Quién habrá que no se aburra  
y se vaya noramala?

PADRE. ¿Dónde vas?

JUAN. Por la mohosa.

PADRE. Oye, almuerza.

JUAN. ¿Linda cosa!

¿Cuál vida a mi vida iguala?

¿Qué trabajo tiene un hombre  
en la guerra como el mío?

(Vase JUAN.)

PADRE. Al partir, gallardo el brío;  
tiemble el suelo, el aire asombre,  
porque al salir de la tierra  
todo es matar y romper  
con furia; mas al volver,  
vienen mansos de la guerra.  
Sale el soldado galán  
lleno de plumas y viento,  
y al primer alojamiento  
soñó que era capitán.  
Llega, pelea muy bien,  
pasa el frío, el viento fresco,  
vuelve con calzón flandescos  
por la Francia sin argén.  
Trac la pierna por mil cabos  
con más plomo y hecha harnero,  
que una pierna de carnero

se ve con ajos y clavos.  
No tuvo en corte favor  
ni de allá trujo papeles,  
y, envuelto en dos arameles,  
murió a manos de un doctor.  
Así será mi buen Juan.

(Sale JUAN TOMÁS, con una espadilla mohosa.)

JUAN. ¿Mandáis algo?

PADRE. ¿Dónde bueno?

JUAN. Por el lugar.

PADRE. No condeno  
a los que a la guerra van;  
mas aquellos tornilleros  
como pollos maltrapillos,  
humildes para dos grillos  
y con los huéspedes fieros,  
unos que suelen decir  
que les asen una pierna  
de un niño, y si no está tierna  
que la pongan a manir;  
y habiéndole al Rey comido  
cien socorros y gozado  
las franquezas del soldado  
en las armas y el vestido,  
siete leguas amanecen  
de la compañía el día  
que dejan la compañía,  
y allá en su lugar parecen.  
Mira bien adónde vas.

JUAN. Yo en Illescas andar quiero,  
no para ser tornillero.  
¿Iré a la guerra? Jamás,  
que sólo me voy de casa  
porque no os puedo sufrir.

PADRE. ¿Mas que vienes a dormir?

JUAN. Allá veréis lo que pasa.

(Vanse. Salen CLENARDO y FELINO, DOROTEA y TEODORA, con sombrerillos, como que se apean de un carro.)

CLENARDO. Temprano hemos llegado.

FELINO. Almorcemos.

CLENARDO. Eso quiero.

DOROTEA. Oigamos misa primero.

FELINO. Está muy bien acordado,  
y tomaremos medidas  
de la imagen.

TEODORA. Y es razón

y que por mi devoción  
que digan seis misas pidas.

DOROTEA. Pues vamos, que no estoy buena.

TEODORA. El carro te ha mareado.

FELINO. ¿Si habrán la ropa guardado?

CLENARDO. Nadie guarda ropa ajena.  
Cuidado me da; ya vuelvo.

FELINO. Esperad, iré con vos.

CLENARDO. Un poco esperad las dos.

(Vanse FELINO y CLENARDO.)

DOROTEA. A no partir me resuelvo  
a Toledo hasta que el sol  
se aleje del mediodía.

(Sale JUAN TOMÁS con su espadilla, muy rozagante.)

JUAN. Sufrillo es gran cobardía  
un hombre, y hombre español.  
¡Vive Dios!, de no volver. (1)  
Quedo, que hay damas aquí.  
No hay naranja para mí  
como ver una mujer.

La cólera me han quitado;  
como claro espejo han sido,  
que tiembla al más ofendido  
en habiéndose mirado.—  
¿Dónde van vuestras mercedes?

TEODORA. A Toledo.

JUAN. ¿Y solas van?

DOROTEA. No vamos solas.

JUAN. ¿No harán  
a esta espada mil mercedes  
en que la nombren por suya  
y al dueño por su escudero?

TEODORA. ¿Sabe como es majadero?

JUAN. Vuestra merced lo atribuya  
a término y cortesía.

DOROTEA. ¿Hay tan gracioso villano?

JUAN. Pues no he tomado la mano,  
que por el nombre podía;  
antes a cortés lo aplique.

TEODORA. Váyase, amigo capote.

JUAN. ¿Capote?

TEODORA. Sí, y pique, y trote.

JUAN. ¿Pique y capote?

TEODORA. Y repique;  
que bien puede repicar  
un villano, (2) pues lo es.

JUAN. ¿Cientos juegan?

DOROTEA. Sí, y después  
docientos (3) le haremos dar.

(1) Quizá "no he de volver".

(2) Alusión al baile de este nombre.

(3) Azotes, se sobreentiende.

JUAN. Por mí sé que andan discretas;  
que bien puedo en este llano  
repicar ese villano  
con tal par de castañetas;  
aunque las veo muy rotas  
de mudanzas de panderos,  
y en los cientos también quiero  
contar catorce de sotas.  
Y ¡por vida de las tales!  
que se tomen, sin dar voces,  
estos sopapos y coces.

(Dadas.)

DOROTEA. ¿Hay tal maldad?

JUAN. Atabales,  
no os espantéis que yo os toque.

TEODORA. ¿Clenardo? ¿Felino?

JUAN. Bien,  
que a saber que tienen quién,  
las hiciera un alcornoque.

(Salen FELINO y CLENARDO a las voces.)

FELINO. ¿Qué es esto?

TEODORA. Que este villano  
nos ha muerto a coces.

CLENARDO. ¿Cómo?

JUAN. ¿Cuál de ellos es mayordomo  
de estas ninfas de verano?

FELINO. ¡Infame! ¿Eres loco?

(Metén mano.)

JUAN. ¡Afuera,  
que son bellacos los dos,  
y mienten!

CLENARDO. Bueno ¡por Dios!

FELINO. ¡Dale! ¡Dale!

CLENARDO. ¡Muera!

FELINO. ¡Muera!

(Caiga CLENARDO muerto dentro.)

CLENARDO. ¡Ay! ¡Muerto soy!

JUAN. Huir conviene.

A la torre me deslizo.

FELINO. ¡Matóle!

JUAN. El hierro lo hizo,  
que sin zapatilla viene.

(Vase JUAN.)

DOROTEA. ¡Triste yo!

FELINO. ¿Huyes, traidor?  
¡Tenelde, que ha muerto a un hom-  
[bre]

(Va tras él FELINO.)

TEODORA. ¡Que tanta maldad no asombre la tierra!

DOROTEA. ¡Amigo! ¡Señor!

TEODORA. Mira si habla.

DOROTEA. No puedo hablarle, que estoy turbada.

TEODORA. ¡Ay, desdichada jornada!  
¡Nunca yo fuera a Toledo!

(*Vanse. Salen el CORREGIDOR, dos ALGUACILES y FELINO.*)

FELINO. Ya entró en la iglesia, señor.

CORREGID. ¿Fué traición?

FELINO. Pues ¿no lo fué?

CORREGID. Si lo fué, lo sacaré.

ALG. 1.º Mientras se prueba, es mejor.

ALG. 2.º A la torre se ha subido,  
y sabéis su condición.

CORREGID. No importa, si fué traición.

¡Favor al Rey! ¡Favor pido!

(*En lo alto JUAN TOMÁS con dos cantos.*)

JUAN. ¿Ah, señor Corregidor?

CORREGID. ¡Oh, perro, sin Dios, sin ley!

JUAN. ¿Favor pide para el Rey  
siendo el Rey quien da favor?  
Cuando pretende en la corte  
¿no busca quien se le dé  
para el Rey?

CORREGID. Si traición fué  
no hay para qué me reporte  
la inmunidad, pues no hago  
fuerza.—Traed fuego.

JUAN. ¿Qué es fuego?

CORREGID. ¡Baja, infame! ¡Baja luego!  
(*Deja caer un canto de arriba.*)

JUAN. Toma esa carta de pago.

CORREGID. ¡Perro, yo te ahorcaré!

JUAN. ¿Luego ya es verdugo?

CORREGID. Digo  
por sentencia.

JUAN. Pues prosigo.

ALGUACIL. No hayas miedo que se dé.

CORREGID. Date, incorregible.

JUAN. ¿Es ley  
dar cada cual lo que tiene?

CORREGID. Venga gente.

JUAN. Si más viene,  
más piedras hay.

CORREGID. ¡Favor al Rey! (1)

(*Sale un REGIDOR.*)

REGIDOR. Vuesa merced deje el preso,  
que ha venido un capitán,  
y ya sus soldados van  
con tanta furia y exceso,  
que presumen alojarse  
por fuerza y sin las boletas.

CORREGID. Señor Regidor, ¿son tretas  
para que pueda escaparse?

REGIDOR. No las acostumbro hacer.  
Ponga guardas a la torre.

CORREGID. Aunque el tiempo te socorre,  
villano, yo he de volver.—  
Quedad los dos a la puerta.—  
Vos venid, por que juréis.

FELINO. Que fué traición hallaréis.

CORREGID. ¿Hola?

ALGUACIL. ¿Señor?

CORREGID. Ojo alerta.

(*Vanse; quedan los dos ALGUACILES.*)

ALG. 2.º ¡Par Dios, que temo a este mozo!  
No le quisiera guardar.

ALG. 1.º Él es rayo del lugar.

ALG. 2.º Antes de apuntar el bozo,  
sobre entrar en una viña  
descalabró dos o tres.

ALG. 1.º ¿Y no tuvo ahora [ha] un mes  
una peligrosa riña  
en que dejó medio muerto  
a mi sobrino Polanco,  
y a Francisco Esteban manco,  
y a Hernán Sánchez patituerto?  
¡Voto a tal, que no quisiera  
guardarle!

ALG. 2.º Si a tirar vuelve  
y en no se dar se resuelve,  
no hay sino sacar pie afuera.  
¿No habéis oído decir  
ladrillo de retraído?

ALG. 1.º El ver el peligro ha sido,  
que no importara el huír. (1)  
Que apedree en una viña  
no es tanto, aunque da tristeza;  
pero sobre la cabeza...  
más quisiera tener tiña.

(*Sale JUAN TOMÁS con la espada desnuda; acuchilla las GUARDAS.*)

JUAN. ¡Fuera, perros!

(1) Verso largo. Diría: "piedras hay.—¡Favor al Rey!"

(1) En A "oír".



ALG. 1.º ¡Ay de mí!  
¡Muerto soy!

JUAN. ¡Fuera, villanos!

ALG. 2.º Detén, Juan Tomás, las manos, que nadie te ofende aquí. Nadie te guarda ni quita que no te vayas.

JUAN. No quiero mataros sin que primero mate al que esto solicita.

(Vase JUAN.)

ALG. 1.º Digo, señor Juan Tomás, que se vaya donde quiera.

ALG. 2.º Sin duda va a la bandera. No le prenderán jamás.

¿Hizoos algo?

ALG. 1.º Un coscorrón del primero cintarazo.

ALG. 2.º A mí me ha quebrado un brazo.

ALG. 1.º Que quise dalle lanzón y luego punta, y no supe.

ALG. 2.º Vamos al Corregidor dando voces: ¡Al traidor!

ALG. 1.º Quiero que esta plaza ocupe.

¿Yo ser alguacil de Illescas?

¡Váyale el diablo a prender!

ALG. 2.º ¡Par Dios, que habrá menester cien alabardas tudescas!

(Vanse los ALGUACILES (1); sale el CAPITÁN y SOLDADOS.)

CAMPUZ. Pongan esa mesa aquí.

CAPITÁN. Y tú cuelga esa bandera.

CAMPUZ. Gran gente acude de fuera.

(Sale JUAN Tomás con la espada desnuda.)

JUAN. Hasta vuestros pies corrí, por salvarme en vuestros pies.

CAPITÁN. ¿Qué has hecho?

JUAN. Reñí, y llegó mi espada.

CAPITÁN. ¿No fué más?

JUAN. No; mas murió el hombre después.

CAPITÁN. ¿Querrás ser soldado?

JUAN. Sí, que antes lo había pensado.

CAPITÁN. Escriban este soldado.

(1) En los impresos "VILLANOS".

JUAN. Escribanme ¡pesia mí!, que pierde el Rey un Aquiles. (1)

CAPITÁN. ¿Buen labrador?

JUAN. Soy de acero. Comeréme un buey entero; beberéme diez barriles.

CAPITÁN. Bien ha dicho; que el caballo que bien come bien camina.

JUAN. Si aprendo en vuestra dotrina no tendrá el Rey tal vasallo.

CAPITÁN. Di tu nombre.

JUAN. Tengo un nombre bien fácil de adivinar.

CAPITÁN. (Creo que me ha de alegrar el humorcillo del hombre.)

JUAN. Es mi nombre... Escuchá un poco.

CAPITÁN. Digo, soldado, que escucho.

JUAN. De un santo que creyó mucho y de otro que creyó poco.

CAPITÁN. Santo que creyese más y que más viesse no sé, ni el santo de menos fe.

JUAN. Yo me llamo Juan Tomás.

CAPITÁN. Bien dice, que Juan creyó mucho, vió mucho, y Tomás creyó poco.

CAMPUZ. Escrito estás.

MENDOZA. ¿No se juega?

CAMPUZ. Aquí estoy yo.

MENDOZA. ¿Naipes?

CAMPUZ. Por aquí es forzoso, que es muy bisofía la gente. Parémonos llanamente, seor Mendoza el valeroso.

(Juegan.)

MENDOZA. Aquí aguarda mi dinero.

ROSALES. Rosales viene a terciar.

CAMPUZ. Y yo empiezo a barajar.

MENDOZA. Tomad el naipe primero.

ROSALES. Alzo.

MENDOZA. Sotá.

CAMPUZ. ¡Ah, bujarrona!

ROSALES. Torno [a] alzar.

MENDOZA. Tenéis azar.

JUAN. ¿Y tengo yo de mirar, pesia la cierta y la errona? ¿Qué venderé? Mas ¿no soy criado del Rey? ¿Qué digo?—

¿Seo Capitán?

CAPITÁN. ¿Qué hay, amigo?

(1) En A, "Archiles".

JUAN. Oigame, a Cristo me doy.  
¿El Rey no tiene a su cuenta  
mi vida desde este punto?

CAPITÁN. Sí.

JUAN. Por eso lo pregunto,  
que, aunque poco a poco, es renta,  
yo he menester un real,  
o cien ducados.

CAPITÁN. ¿Qué humor  
de arrojado labrador!  
¿Qué buen color de sayal!  
El real es éste, prestado  
por el socorro de hoy,  
que en los ducados no estoy  
de nuestra cuenta enterado.  
Buscad una camarada,  
tomad posada con él,  
para que no gastéis de él,  
que está la gente alojada.

JUAN. Jugaréle y trataremos  
después de lo que es comer,  
porque eso no puede ser  
que en Illescas no lo hallemos.  
Y si gano ¡vive Dios!  
que le he de dar gran barato.

CAPITÁN. ¿Qué gracioso mentecato!

JUAN. Calle, que hemos de ir los dos  
a matar media Turquía.  
Voy a parar el real.

CAPITÁN. Pára el medio.

JUAN. ¿Pesía tal!  
¿El medio parar tenía?  
Parara dos mil millares  
sin guardar ¡por Dios! ninguno,  
cuando fuera cada (1) uno  
el real de Manzanares.

CAPITÁN. ¿Dios te ayude!

JUAN. ¿Estornudé?

CAPITÁN. No, pero en todo te ayude,  
y ese realejo te mude  
en seis.

JUAN. Los tres te (2) daré.

(Llegue a jugar JUAN TOMÁS, y salen ALVARADO y  
LISENA, en hábito de hombre.)

ALVARADO. ¿Que juegue esta cadenilla  
te pesa tanto, Lisena?

LISENA. No me dió, Alvarado, pena,  
ni de ti quise encubrilla  
porque mis prendas te niegue;

(1) En B, "nada"; pero es errata.  
(2) En A "le".

mas porque juegas picado,  
y has de perder, Alvarado,  
pues no hay cosa que más ciegue.

ALVARADO. Lisena, cuando yo estoy  
picado quiero las prendas;  
que te empeñes, que te vendas,  
licencia entonces te doy.  
Jugaré, cuando he perdido  
un bigote ¡vive Dios!  
Paro ese real a ese dos.

JUAN. Digo a todos.

ROSALES. Eso pido.

CAMPUZ. Yo quiero el siete.

ROSALES. ¿Ay, el as!

MENDOZA. Perdió la suerte Rosales.

JUAN. ¿Ya tenemos dos reales,  
por vida de Juan Tomás!

MENDOZA. Barajo.

CAMPUZ. Alzad, Alvarado.

ALVARADO. No sé qué mano me tengo.  
Con esta cadena vengo;  
pesa ciento y un ducado.

JUAN. El uno es curiosidad.

ROSALES. A ese seis.

JUAN. Yo [a] aquella sota  
los dos reales.

MENDOZA. Ea, (1) devota.

ROSALES. Andad con el naípe, andad.

MENDOZA. Dejadme mirar.

ROSALES. No quiero.

ALVARADO. El seis.

JUAN. Cuatro son al justo.

MENDOZA. Dejadme perder con gusto  
ya que pierdo mi dinero.

ALVARADO. Tomo el naípe y ésta juego.

ROSALES. ¿Momo?

ALVARADO. ¿No lo veis?

ROSALES. Adiós.

JUAN. Otra vez paro a ese dos  
estos cuatro.

ALVARADO. Al Rey me allego.

JUAN. El dos. Tener.

ROSALES. Esto gano. (Aparte.)

CAPITÁN. ¿Ah, soldado?

LISENA. ¿Oh, mi señor?

CAPITÁN. ¡Bravo tallazo!

LISENA. Y valor  
de soldado castellano.

CAPITÁN. ¿Habéis vos de ir a Zamora  
contra el portugués?

(1) Quizás "Es" y no "Ea".

- LISENA. He de ir,  
porque he venido a servir  
a la Reina, mi señora.
- CAPITÁN. ¿Qué decían en la corte  
de casarse nuestra Reina?
- LISENA. Si pacífica no reina,  
no ha de hacer cosa que importe.  
Dícese que de Aragón  
traen, o van procurando,  
al infante don Fernando  
para tan alta ocasión.
- CAPITÁN. Teniendo Isabel marido,  
don Juan, Rey de Portugal,  
a su persona real  
tendrá el respeto debido;  
que injustamente pretende  
que doña Juana posea  
la corona que desea,  
pues ya la verdad se entiende,  
y nuestro rey don Enrique,  
que Dios tiene, declaró  
no ser su hija.
- ALVARADO. ¡Que yo  
de esta manera me pique!
- CAPITÁN. Pienso que pierde Alvarado.
- LISENA. ¿Quién duda? Va en mi ventura.
- CAPITÁN. Nunca con tanta hermosura  
hay ventura, seo soldado.  
Y ¡por mi vida! que creo  
que si os queréis desquitar (1)  
podéis, sin perder, ganar  
al juego de mi deseo.  
Si queréis marchar conmigo,  
hareos paje de jineta.
- LISENA. Estoy de ese hombre sujeta;  
sus pasos, como veis, sigo,  
aunque no estoy muy contenta.
- JUAN. Todo esto se reínató.
- ALVARADO. ¡Que pierda con hombres yo  
que el perder parece afrenta!  
¡Por vida de...!
- JUAN. Poco a poco.
- CAMPUZ. ¿Qué poco a poco? ¿Él se atreve  
a hablar?
- JUAN. Hable como debe.
- ALVARADO. Estoy de coraje loco.
- CAMPUZ. ¡Que venga con un real  
un hombre medio fullero  
a quitarnos el dinero!
- JUAN. Hable bien si entiende mal,
- que ¡voto al hijo!... Y dejemos  
esto, que si un real jugué,  
de mi honrado sueldo fué  
que todos del Rey tenemos.
- ROSALES. ¡Oh, qué gracia! Un pensamiento  
no habrá que aquí se alistó  
y ya el sueldo mereció.
- JUAN. Yo tengo merecimiento  
para que el Rey me le dé  
por sola la voluntad  
de servirle, y que es verdad  
sustentaré a firme pie,  
y ténganse afuera todos.
- CAMPUZ. Los villanos disfrazados  
que se alistan por soldados  
con estas flores y modos  
de andar hurtando el dinero...
- JUAN. ¡Miente el infame que diga  
que soy ladrón!
- CAMPUZ. Esto obliga  
de un desmentido primero.
- ALVARADO. Obliga.
- CAMPUZ. ¡Muera!
- CAPITÁN. ¿Qué es esto?  
*(Pónese el CAPITÁN en medio.)*
- CAMPUZ. Agradeced, ganapán,  
la vida al seo Capitán,  
que de por medio se ha puesto;  
que si no fuera por él...  
Pero aquí en campaña espero.
- JUAN. Agradeced vos primero  
la vida, picaño, a él,  
que si no hubiera llegado  
a socorremos a vos,  
por vos y por otros dos  
hubieran clamoreado.
- CAPITÁN. No se vayan.
- ALVARADO. No podemos  
dejar de irnos por aquí.  
*(Vanse los SOLDADOS.)*
- CAPITÁN. ¿Disteis ocasión?
- JUAN. Yo, sí.
- CAPITÁN. ¿Cuál fué?
- JUAN. Que no perdemos.  
Que como yo no ganara  
no hubiera dado ocasión  
a que tanto fanfarrón  
se me atreviera en la cara.
- CAPITÁN. ¿Qué ganastes?
- JUAN. La cadena  
que veis.

(1) En A "esquitar".



LISENA. (1) Esa prenda es mía.

JUAN. Y yo vuestro.

CAPITÁN. No querría  
que os diesen alguna pena;  
que es honrada aquesta gente,  
y de mi escuadra, y el uno  
es cabo de otra.

JUAN. A ninguno  
conozco.

CAPITÁN. Vos sois valiente  
y hombre de bien; yo os cobré  
amor al punto que os vi.  
Oíd, no salgáis de aquí,  
y por los demás iré  
y haremos las amistades.

(Vase el CAPITÁN.)

JUAN. Vaya vuerced en buen hora.—  
¿Prenda era vuestra, señora?

LISENA. Fué, y si va a decir verdades,  
huelgo que la hayáis ganado,  
que sois honrado y brioso.

JUAN. No era menos valeroso,  
reina, el señor Alvarado;  
pero no tuvo razón,  
que yo gané y otras veces  
he perdido.

LISENA. No pareces  
hombre de mal corazón.  
¡Vive Dios, que si tuviera  
tu lado, más lo preciaría  
que si un reino conquistara  
o el mundo parías me diera!  
¿De dónde eres?

JUAN. De aquí soy;  
que entre Madrid y Toledo  
no nacen hombres con miedo.

LISENA. Yo con hartó miedo estoy.

JUAN. Si tendréis, que sois mujer,  
o me engañan mal los ojos.

LISENA. Y mujer que tiene antojos  
de que te quiere querer.  
Ya te vi venir, y vi  
que a la torre te subiste,  
vi lo que aquí respondiste  
y que me pierdo por tí.  
Eso de bravo y poder  
dije que me pierde toda.

JUAN. Pues, hola, a mí te acomoda  
y vámonos a perder,

que soy hombre para todo.

LISENA. ¿Tu nombre?

JUAN. Juan.

LISENA. Pues, Juan mío,

yo me sujeto a ese brío  
y a tu lado me acomodo.  
Hay limpieza y no interés,  
no soy vendible (1) ni boba,  
sé de almohada y de escoba  
y soy cabeza y soy pies.  
Enfrénome por mi gusto,  
vivo sin tiros ni ensayos,  
ni celosa con desmayos,  
ni con celos doy disgusto.  
No soy mudable, que este hombre  
me trata mal y desprecia,  
y toda mujer es necia  
que no respeta su nombre.

JUAN. Esto basta para ser  
estimada y no ofendida.  
Yo no he querido en mi vida  
de asiento alguna mujer;  
pero por verte en el traje  
que estás, pues valor promete,  
quiero que a ti me sujete  
ese tallazo y lenguaje.  
De volver éstos aquí  
resultará no poder;  
pero si tú eres mujer  
para venirme tras mí,  
marcha seis leguas de fama  
hasta la villa famosa,  
y serás mi reina y diosa,  
mi prenda, mi dueño y dama.  
¿Tendrás ánimo?

LISENA. ¿Oh, qué lindo!

JUAN. Pues pica.

LISENA. Sígueme y calla.

JUAN. Ponte, mi bien, de batalla.

LISENA. Sólo a tus ojos me rindo.

JUAN. Dime tu nombre.

LISENA. Lisena.

JUAN. Pues, Lisena de oro, ven,  
que quiero quererte bien.

LISENA. Pon el calcorro a la arena,  
cala bien el gavión,  
revuelve el zarzo, mi vida,  
y avizora a la partida  
si corre viento soplón,  
que te traeré como en palmas,

(1) En B "Ca" (Capitán). Es errata.

(1) En B, "vencible".

JUAN. y de suerte que te asombres.  
Pues yo mataré mil hombres  
sólo por darte mil almas.

(Vanse. Sale el CAPITÁN y ALVARADO, CAMPUZANO,  
MENDOZA y ROSALES.)

CAPITÁN. Basta, que yo tome en mí  
la injuria, cuando la hubiera.

CAMPUZ. ¿Vuesa merced considera  
lo que dijo y respondió?

CAPITÁN. Muy bien lo tengo mirado.  
De mi nombre firmaré  
que no hay agravio.

ALVARADO. Yo sé  
que no agravía un agraviado.  
Pero, señor Capitán,  
advierta que es un picaño,  
que se alistó con engaño,  
y que todos lo dirán,  
porque vive de esa flor.

CAPITÁN. Callen, que era un mentecato,  
hombre de muy llano trato,  
pacífico y labrador.

ALVARADO. ¿Pacífico y retraído  
en una torre por muerte?  
¿Labrador y que a una suerte  
perdiendo paró el vestido?  
¿Labrador que a la trocada  
quinientos reales paró,  
que con un real me ganó?

CAPITÁN. Callen, que todo eso es nada,  
que aquello es buen natural.  
Los dos la mano me den,  
que todo se ha de hacer bien  
y no llevarse por mal.  
Yo haré que vuelva de todo  
la más parte.

CAMPUZ. Esa es mía.

CAPITÁN. No es bien que mi compañía  
se alborote de ese modo.

ALVARADO. Yo la doy también, que basta  
que en ello vuesa merced...

CAPITÁN. Que yo conozco, creed,  
villanos de aquella casta.  
Nacen con arriscamiento,  
son duros y pertinaces.  
Mejor es tratar de paces,  
y darme en esto contento;  
que llevándole por bien,  
dará más que le pidamos.

ALVARADO. Aquí, señor, le dejamos  
y aquella mujer también.

CAMPUZ. ¿Dónde fué?

CAPITÁN. ¿Qué digo? ¿Juan?  
¿Juan Tomás?

MENDOZA. De aquí salió  
ese villano, a quien yo  
dije que el seo Capitán  
andaba en las amistades;  
pero no quiso esperar.

CAPITÁN. ¿Si se salió del lugar?

ALVARADO. Mis sospechas son verdades.  
Vuesa merced lo ha causado,  
y ahora echará de ver,  
pues se llevó la mujer,  
si era ladrón disfrazado.

CAPITÁN. ¡Por Dios, que era algún rufián,  
y que me he corrido!

ALVARADO. Creo  
que este Juan era correo  
y espía de otro galán.  
La vía de Madrid llevan.  
Licencia me habéis de dar.

CAPITÁN. Pues váyanle a acompañar  
cuantos amistad me deban,  
que ¡por vida de quien soy!  
que le he de echar en galeras.

ALVARADO. ¡Ah, Lisena, mujer eras,  
bien desengañado estoy!  
Ir a acompañaros quiero.

CAPITÁN. Haréisme mucho placer.

CAMPUZ. Ya que llevó la mujer,  
dejáranos el dinero.

(Vanse. Salen JUAN TOMÁS y LISENA solos.)

JUAN. Ya estoy, Lisena, en la tierra  
más fértil y más famosa,  
más saludable y hermosa  
que el sol mira, el mar encierra.  
Aquí tiende el rumbo y mira,  
como me trates verdad,  
que tienes en amistad  
un hombre que el mundo admira,  
un ministro de la muerte,  
un rayo, un tigre, un león,  
para cuyo corazón  
no hay cosa en el mundo fuerte.  
Los muros y terraplenos  
son de alcorza en estos brazos,  
que haré sus piedras pedazos,  
voto a tus ojos serenos.  
Dos hombres soy con dos nombres,  
a quien dos mil tienen miedo  
y así por dos hombres puedo.

Lisena, por que te asombres,  
comeréme un elefante,  
desharé un rinoceronte,  
que tengo carnes de monte  
y pieles de cuero y de ante.  
Con sólo que tú me nombres  
verás el mundo temblar,  
y así no te ha de espantar  
que me mate con mil hombres.  
Haré que malos y buenos,  
en sabiendo que te trato,  
te respeten el zapato,  
y esto será lo de menos.

LISENA. Juan Tomás, cuanto más miro  
tu brío, talle y valor,  
más me enciendes en tu amor,  
más te quiero y más suspiro.  
De tus promesas me pago,  
que decir quien sabe hacer,  
puédelo hacer y creer  
que ese amor le satisfago.  
Cuando Illescas no tuviera  
cosas que le hacen famosa,  
dejando la misteriosa  
luna que al sol vió en su esfera,  
bastaba haber tú tenido  
la primera cuna en ella.  
Digo que ese pie atropella  
cuantos espada han ceñido,  
y que a solo (1) un puntapié  
estaré yo tan rendida,  
que llesves el alma asida  
por donde el golpe me dé.  
Estos ojos ya no son  
ojos más que para ti.  
De Juan soy, Juan tiene en mí  
legítima posesión.  
Haz cuenta, Juan, que tú has sido  
de quien he de estar vestida;  
tomóme Amor la medida  
y de ti cortó el vestido.  
Justo me vienes al pecho,  
no te me podrás salir.

JUAN. Ojalá sepas vestir  
de Amor el hábito estrecho.  
Pero ¿qué es esto que siento?  
¿Ayer no era yo un villano,  
con una azada en la mano,  
armas de mi nacimiento?  
¿Quién me ha dado este valor?

¿Ya sé hablar? ¿Ya digo amores?  
Pero enseñan tus favores  
y va aprendiendo mi amor.  
En fin, ¿eres mía?

LISENA. Soy.  
JUAN. ¿Para siempre?  
LISENA. Eternamente.  
JUAN. ¿Mientes?  
LISENA. Si el tiempo miente.  
JUAN. ¿Desde cuándo?  
LISENA. Desde hoy.  
JUAN. ¿Eres mujer?  
LISENA. Soy constante.  
JUAN. ¿Eres flaca?  
LISENA. Soy acero.  
JUAN. ¿Sabes querer?  
LISENA. Cuando quiero.  
JUAN. ¿Sois de vidrio?  
LISENA. Soy diamante.  
JUAN. ¿Qué te obliga?  
LISENA. Tú me animas.  
JUAN. Pues ¿quién soy?  
LISENA. Mi vida eres.  
JUAN. Dichoso yo si me quieres.  
LISENA. Dichosa yo si me estimas.

(Salen los SOLDADOS y un ALGUACIL.)

ALVARADO. Yo daré la información  
de que es ladrón y fullero.  
ALGUACIL. ¿Por Dios, que daré dinero  
por hacer esta prisión!  
CAMPUZ. Lo que es ruñán, es sin duda.  
En fin, todos jurarán.  
ALVARADO. Quedo, que juntos están.  
ALGUACIL. ¡Favor al Rey! ¡Aquí! ¡Ayuda!  
(Sacude en ellos.)  
JUAN. ¡Fuera, infames!  
ALGUACIL. ¡Tente, perro!  
JUAN. Huye, Lisena.  
LISENA. Sí haré.  
CAMPUZ. ¡Ay, que me ha muerto!  
(Caiga dentro.)  
JUAN. No fué  
más de ofenderos por yerro.—  
¡Ah, perros, que no sabéis  
que me llamo Juan Tomás,  
y que mientras toméis (1) más  
más me queda que llevéis.  
ALVARADO. Prendelde, señor, que ha muerto  
mi camarada.

(1) En B, "sólo a".

(1) En B, "teméis".



ALGUACIL. ¡Aquí, ayuda!

JUAN. Antes que más gente acuda  
me voy.

ALVARADO. Este hombre es Roberto.

(*Vanse. Salen DON LOPE DE MENDOZA, DON JUAN DE TOLEDO, DON TELLO DE GUZMÁN, de camino, muy bien aderezados, y el infante DON FERNANDO, con una capa gascona, con sombrero y plumas.*)

DON LOPE.

Rebócese esa capa vuestra alteza,  
que aquel que mira enfrente es el palacio.  
Allí está de la Reina la belleza,  
y cifra un ángel tan pequeño espacio.  
Encubra esa persona y gentileza,  
que, como en mina rústica el topacio,  
arroja rayos por el tosco traje,  
de su grandeza espléndido celaje.

La famosa Isabel, señora nuestra,  
de Castilla legítima heredera,  
en tan alta elección ha dado muestra  
del bien que España de tal junta espera.  
Esta heredera transversal, siniestra,  
que a Portugal violentamente altera,  
la pone en el cuidado de marido,  
entre tantos opuestos, elegido.

Quiere verle primero disfrazado,  
por eso le traemos de esta suerte.

DON TELLO.

Espere vuestra alteza rebozado,  
como don Lope de Mendoza advierte,  
que, aunque la Reina vive con cuidado,  
el peligro es cruel, la envidia es fuerte.  
Que hay muchos de los grandes de Castilla  
Luzbeles hoy de la primera silla.

Quede don Juan aquí mientras bajamos.

INFANTE.

Si yo fuere a propósito, señores,  
y la reina Isabel y yo juntamos  
las barras y castillos vencedores,  
sospecho que a don Juan freno pongamos  
y a todos los injustos pretendores,  
y que la posesión justa se aplique  
a la heredera del Rey Cuarto Enrique.

Bien sé que soy indigno y que pudiera  
algún grande en Castilla preferirme;  
pero como Isabel mi humildad quiera,  
Dios nos bendiga, el Papa lo confirme,  
ninguno habrá, supuesto que se altera,  
que no nos sirva tan leal y firme  
como siempre lo han hecho sus pasados.

DON LOPE.

Castilla os vea en ese yugo atados.

Que aunque es verdad que está revuelta aho-  
y que con grueso ejército la aprieta [ra,  
Portugal por la puerta de Zamora,  
esto es lo que en el alma la inquieta.

INFANTE.

Id y hablad a la Reina, mi señora;  
que si una vez su voluntad me aceta,  
Dios nos dará favor.

DON TELLO.

Vamos a hablalla.

(*Vanse DON TELLO y DON LOPE.*)

INFANTE.

Don Juan, ¿es bella?

DON JUAN.

¿Quién sabrá pintalla?

Ha mandado que a vueltas embozado  
de aquesos caballeros, luego entrases  
que dejases la posta.

INFANTE.

Estoy turbado.

DON JUAN.

Y que al descuido por la sala pases.  
Está de tu persona confiado,  
que verte falta para que te cases,  
y así al descuido mírala en entrando,  
verás un sol y cegarás mirando.

(*Cuchilladas dentro.*)

INFANTE.

Ruido siento y rebatir espadas.  
Si viene gente pueden conocerme.  
Parte y mira lo que es.

DON JUAN.

Mil cuchilladas.

Allá voy.

INFANTE.

Esto falta de ofenderme.

(*Vase DON JUAN.*)

¡Oh, estrellas, que parece que, inclinadas,  
a un alto bien queréis favorecerme;  
no me dejéis, que es alta maravilla  
hacer desde Aragón Rey de Castilla!

Poned a vuestra cuenta que Fernando  
goce de esta corona y de Isabela.

(Sale JUAN TOMÁS solo, y se aparta el infante DON FERNANDO.) (1)

JUAN.

Ruido siento. ¿Si me van buscando?  
¡Oh, cuánto el delincuente se recela!  
Que me buscan estoy imaginando.  
Ya no querrán prenderme con cautela,  
sino de mano armada y sin espacio.  
Quiérome entrar, que abierto está palacio.

INFANTE.

¿Quién va?

JUAN.

Un soldado que huye de esa gente.  
(*Repare.*)

INFANTE.

(De aquí quiero quitarme, que si llegan  
me podrán conocer.)

PEDRO.

Con más de veinte  
vinieron a matarle, y después niegan.

(*Salen tres SOLDADOS, las espadas desnudas. Miran  
al INFANTE y acuchillanle; defiéndose el INFANTE.*)

SOLDADO 2.º

¿Este es de ellos?

SOLDADO 3.º

¡Traidor!

INFANTE.

¡Villano, tente!

PEDRO.

¡Matalde!

INFANTE.

No soy yo. ¿Cómo se ciegan  
vuestros ojos así?

JUAN.

¡Bien riñe el hombre!  
No hay espada entre tantas que le asombre.  
A su lado me pongo.—Ea, mancebo,  
daldos, que son bellacos.

INFANTE.

Dios te ayude,  
que a tan buen tiempo llegas.

JUAN.

Como al cebo  
baja el ave, mi espada al són acude.

(*Huyen los SOLDADOS.*)

¿Huís, gallinas?

INFANTE.

Tente, que te debo la vida.

JUAN.

¿No queréis que a los tres mude  
las caras de otra suerte que las tienen?

INFANTE.

No puedo hablarte, mis criados vienen.  
Quisiera conocerte; no es posible.  
Toma aqueste diamante, y si se casa  
Isabel con Fernando, y el terrible  
tiempo de aquesta guerra injusta pasa,  
véndele al Rey, que es pieza conveniente  
al valor y grandeza de su casa,  
y no le des a otro aunque te veas  
en más necesidad que verte creas.

(*Vase el INFANTE.*)

JUAN.

En palacio se entró con otros hombres.  
¡Qué buen olor y talle! ¡Caso extraño!  
¿Qué habrá, fortuna, con que no me asom-  
¿Adónde huiré de tu mudanza y daño? [bres?  
Ayer, en un arado, por sus nombres  
llamaba al uno y otro buéy, y el año  
pasaba en la campaña al hielo frío  
o a los calores del furioso estío.

Hoy, sin saber por qué, mi pensamiento  
me levanta con humos de soldado  
a arar la arena y a sembrar el viento,  
de un loco desatino acompañado.  
Castilla es tierra corta; mar violento,  
en ti recibe mi esperanza a nado.  
A Italia voy, que de villano espero  
volver a ser de Illescas caballero.

## ACTO SEGUNDO

DEL Caballero de Illescas.

(*Salen JUAN TOMÁS y CAMILO, huésped.*)

CAMILO. ¿Tan bien os ha parecido  
Nápoles?

JUAN. Vengo admirado

(1) Esta acotación dice en A: "(Sale JUAN TOMÁS solo, el REY se aparta, digo EL INFANTE DON FERNANDO.)"

de haber visto el más honrado  
lugar que Europa ha tenido.  
Ya de la mar la fiereza  
y las fortunas pasadas  
son, huésped, bien empleadas,  
hoy que he visto su grandeza.  
De paraíso le dan  
nombre, y débelo de ser;  
pues en él me vengo a ver  
tan en cueros como Adán.  
Soy, huésped, un caballero  
español. Tragó mi hacienda  
el mar; dejóme una prenda,  
que empeñar o vender quiero,  
porque todos mis criados  
me dejaron en el puerto  
buscando dueño más cierto.  
Es ley de los poco honrados.  
Luego, en viéndome sin ropa,  
mudaron de pareceres;  
que criados y mujeres  
corren la fortuna en popa.  
Pero en mudando la cara  
el criado más leal,  
la mujer, con más caudal  
de amor, luego desampara.  
Tal fueron éstos conmigo  
en mis trabajos pasados,  
que no hay deudos ni criados  
como un verdadero amigo.  
No sólo vine a probar,  
en tan áspera contienda,  
que se atreven a la hacienda  
las inclemencias del mar,  
mas que al mismo Amor se atreven,  
a la honra y la lealtad.

CAMILO. A compasión y piedad  
vuestras desdichas me mueven;  
que el veros venir a pie,  
sin gente, y aun sin vestido,  
y siendo tan bien nacido  
como en el talle se os ve,  
las piedras enterneciera.

JUAN. Mirad lo que haré por vos.  
¡Págueoslo, buen huésped, Dios,  
en quien mi fortuna espera!  
Oídme ¡por vida mía!,  
sabréis mi intención mejor,  
conoceréis mi valor  
y yo vuestra cortesía.  
Pues descubrirme a vos puedo,  
sabed que soy natural

de un lugar muy principal  
entre Madrid y Toledo.  
Llámanse Illescas: allí  
sabe Dios que me formó  
el mismo que ser le dió  
al Rey, que como él nació;  
pues siendo yo caballero  
y de tan noble solar,  
¿cómo he de poder pasar  
en Nápoles sin dinero?  
Que le busque me conviene,  
que en el mundo, aunque esto asom-  
no tienen en más a un hombre [bre,  
que piensan que el hombre tiene.  
La prenda que yo os decía  
es este hermoso diamante,  
al lucero semejante  
aposentador del día.  
Si sobre él me queréis dar  
lo que fuere vuestro gusto,  
haréis lo que a un noble es justo  
y me podéis obligar.  
Que tengo deudos aquí  
en la casa de Aragón,  
que en sabiendo la ocasión  
vendrán por vos y por mí,  
y veréis cuánto acertáis  
en ampararme.

CAMILO. Señor,  
piedra de tanto valor  
¿en qué precio la estimáis?  
JUAN. No entiendo que tiene estima.  
Bien podéis, huésped, prestar.  
CAMILO. Cuando pudiera dudar,  
vuestra presencia me anima;  
pero sabed que aquí enfrente  
vive el conde Antonio, un hombre  
en Nápoles de gran nombre  
y de linaje excelente.  
Es de piedras tan curioso  
y sabe su estima tanto,  
que de haber visto me espanto  
cómo este diamante hermoso  
se le viene a su poder,  
que parece piedra imán  
de las piedras que aún están  
en las minas por nacer.  
Llevaréle, y yo os prometo  
que tiene bien que prestar.

JUAN. Pues bien le podéis llevar,  
que si es tan noble y discreto  
conocerá su valor.



CAMILO. Pues en tanto descansad,  
si el andar por la ciudad  
os ha cansado, señor.—  
¡Qué luz tan divina encierra!

JUAN. Con razón os espantáis.

CAMILO. ¿Cómo diré que os llamáis?

JUAN. Decid don Juan de la Tierra.

CAMILO. Yo voy.

(*Vase el HUÉSPED.*)

JUAN. ¿A qué puede más  
llegar el valor de un hombre?  
Ya he puesto un don a mi nombre,  
mudando en Tierra el Tomás.  
No dirán los apellidos  
de España que les tomé  
sus nombres, pues éste fué  
de quien todos son nacidos.  
Bien sé que llamarme puedo  
Guzmán, Enríquez, Guevara,  
Zúñiga, Cárdenas, Lara,  
Cerde, Mendoza, Toledo,  
Castro, Rojas, Sandoval,  
como otros muchos de España,  
no sólo por tierra extraña,  
mas en la que es natural.  
Pero no lo quiera el Cielo,  
que un hombre que ha de nacer  
de sí, sólo ha de querer  
siete pies que le da el suelo.  
Naturaleza heredó  
al hombre más vil que encierra  
en siete pies de la tierra,  
y con éstos nació yo.  
Y así, me quiero llamar  
de la tierra en que nació,  
y en que he de ser lo que fuí,  
que éste es mi propio solar.  
Sólo me da confusión  
que el huésped la piedra lleve  
al Conde, y que el Conde pruebe  
si es falsa o no mi invención.  
Diómela un hombre en España  
a quien de tres defendí;  
guardéla porque entendí  
que algún valor la acompaña,  
mas no porque yo lo entienda,  
que sólo en piedras del suelo  
que araba, me ha dado el Cielo  
lición con humilde hacienda.  
Si es falsa, diré que fuí  
engañado de un platero

en Barcelona, y que espero  
volverle a buscar allí;  
si es fina, es grande, y sospecho  
que bien valdrá mil ducados,  
y si éstos me da prestados  
haránme grande provecho.  
Que la cadena vendí  
y la gasté en el viaje,  
después que perdí aquel paje  
por quien el soldado fuí,  
que mi padre me decía,  
aunque no me vió tornar...

(*Sale SIRENA, hija del HUÉSPED.*)

SIRENA. Bien puede ya descansar,  
patrón, vuestra señoría,  
que ya está la cama a punto.

JUAN. ¡Señoría! ¡Cosa extraña!  
¡Qué (1) pobre vive en España!  
¿Madona?

SIRENA. ¿Patrón?

JUAN. Pregunto:  
¿vuesa merced es casada?

SIRENA. Maritada soy, señor.

JUAN. (Ya la tengo algún temor;  
dice que está espiritada.)  
¿No comeré yo primero?

SIRENA. Bien podrá vueseñoría.

JUAN. ¿Qué tenemos?

SIRENA. A fe mía  
que ha tardado el despensero;  
pero no falta vitela.

JUAN. ¿Habrá un poco de piñata?

SIRENA. No mancará, si dilata  
la comida, y coceréla. (2)

JUAN. ¡Qué lástima, manca es!  
mas dice que, aunque lo está,  
a mí no me mancará.)  
¿Querísme servir después?,  
que lo tendré a gran regalo.

SIRENA. No merezco ese favor,  
porque a vuestro gran valor  
de ninguna suerte igualo.  
Allí enfrente tiene el Conde  
una gallarda fillola,  
que a vuestra gracia española  
altamente corresponde;  
ésta sí es digna de vos.

JUAN. ¿Hija hermosa?

(1) En A, "¿Cuál".

(2) En B, "cocetela".

SIRENA. Y muy hermosa.

JUAN. Sí, mas imposible cosa  
que nos hablemos los dos.

SIRENA. Ella es cortés de extranjeros.  
Cuanto es hablar, bien podéis,  
privilegio que tenéis  
las damas y caballeros.

JUAN. Yo quiero ser su galán.

SIRENA. Venid ahora (1) a comer.  
El nombre deseo saber.

JUAN. Mi nombre propio es don Juan.  
¿Y el vuestro?

SIRENA. El mío es Sirena.

JUAN. ¿Sois de la tierra o del mar?

SIRENA. No suelo a nadie engañar.

JUAN. Para en la tierra sois buena.

SIRENA. El mar el nombre me ha dado,  
la tierra me ha dado el pecho.

JUAN. No estaréis ya de provecho  
si ha tanto que sois pescado.

(*Vanse. Salen el CONDE y CAMILO, y OCTAVIA, hija del CONDE.*)

CONDE. Vale, Camilo, el diamante  
doce o trece mil ducados.

OCTAVIA. ¿Hombre solo y sin criados?  
¿A quién habrá que no espante?

CAMILO. ¿Ya no digo que en la mar  
toda su hacienda perdió  
y que desnudo salió  
y a Nápoles vino a dar,  
que era lástima miralle?

CONDE. ¿Qué persona?

CAMILO. Un gentil brío.  
Yo os prometo, señor mío,  
que tiene un gallardo talle. [dueño

OCTAVIA. No hay duda, que hombre que es  
de tal piedra, será un hombre  
principal. ¿Díjote el nombre?

CAMILO. Por fuerza, para este empeño.

OCTAVIA. ¿Cómo?

CAMILO. Don Juan de la Tierra.

CONDE. Será español apellido.  
Llámale, y di que he sabido  
qué valor la piedra encierra,  
y que prestaré al presente  
sobre ella dos mil ducados.

CAMILO. Voy.

(*Vase CAMILO.*)

(1) En B, "agora".

CONDE. Perdió la hacienda y criados  
y quedóle solamente,  
Octavia, esta pieza hermosa,  
con que se podrá volver  
a España después de ver  
a Italia.

OCTAVIA. ¡Suerte dichosa!

CONDE. ¡Por Dios, que ningún señor  
era bien que caminase  
sin que una joya llevase  
de este o de mayor valor.  
Altérase el fiero mar,  
roban a un hombre en la tierra.  
o cautívanle en la guerra,  
y puédese remediar.  
No sé por qué los romanos,  
y Nerón, de seso ajeno,  
usaban llevar veneno  
para casos inhumanos.  
¡Cuánto mejor los sacara  
de este peligro una joya,  
con que aun presumo que Troya  
menos tiempo se guardara!

OCTAVIA. A la cuenta, este español  
debe de ser principal.

CONDE. No lo muestra, Octavia, mal  
la claridad de este sol,  
que te certifico es bello,  
y que, si puedo comprarlo,  
en tu dote has de llevarlo  
y en tu vínculo ponello.

OCTAVIA. Bellas cosas tiene España.

CONDE. Es rica, aunque por las guerras  
no están fértiles las tierras  
que el mar en su margen baña.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. El español ha venido.

CONDE. Entre.

(*Salen JUAN TOMÁS y CAMILO, huésped; JUAN, vestido de galán.*)

JUAN. Vuestros pies me dad.

CONDE. Ya de vuestra calidad  
testigo esta piedra ha sido,  
y en información igual  
podemos jurar los dos  
que hasta las piedras de vos  
dicen que sois principal.  
Huélgome de conoceros,  
porque este abono es bastante.

JUAN. Yo le agradezco al diamante

el bien de llegar a veros.  
Y el precio que le habéis puesto  
es tan propio a su valor,  
que me he espantado, señor,  
de lo que entendéis en esto.  
Dicen que daréis sobre él  
dos mil ducados; sea así,  
y vos le tendréis por mí  
mientras yo vuelvo por él,  
que esta tarde escribo a España  
y me enviarán letras luego.

CONDE. Cobrad contento y sosiego,  
sin pensar que es tierra extraña  
Nápoles, adonde estáis,  
pues esta casa es tan vuestra...

JUAN. No quiero ya mayor muestra  
que el ver yo lo que me honráis,  
y he tenido a gran ventura  
que en tanto rigor del Cielo  
me ayude vuestro consuelo.

OCTAVIA. ¡Qué buen talle y compostura!  
¡Oh, España, no sé qué tienen  
tus hombres!

CAMILO. ¡Bizarros son!

OCTAVIA. ¿Tienen esta condición  
todos los que de allá (1) vienen?

CAMILO. Este vino muy perdido,  
que para entraros a hablar  
yo le hice reparar  
aqueste galán vestido.

Que en viéndosele poner  
dije que era caballero

Mendoza o Puertocarrero.

OCTAVIA. Bien claro se echa de ver  
que le trató mal la mar.

Siempre las desdichas vienen  
a hombres que estos talles tienen  
y aquesta gracia en hablar.

¿No seré yo tan dichosa  
que como éste venga a ser  
a quien yo pueda querer  
y él me quiera por (2) esposa?

CAMILO. ¿Por qué no, si merecéis,  
gran señora, lo mejor  
del mundo?)

JUAN. Haréisme favor  
de que el dinero me deis,  
que tengo necesidad.

CONDE. Vámoslo a contar adentro.

JUAN. A recibir merced entro.

CONDE. Ya me debéis voluntad.

(Vase el CONDE.)

JUAN. (¿Hay tal suceso? Ahora digo (Ap.)  
que hombre pobre, y en su tierra,  
o ningún valor encierra  
o es de su bajeza amigo.  
Trece mil ducados vale  
la piedra que yo traía.  
¡Oh, piedra del alma mía,  
y qué de su centro sale!  
¡Vive Dios! Si éste dijera  
que valía un solo escudo  
que le tomara, y tan mudo  
como la piedra me fuera.  
En su lengua estuvo sola.  
¿Quién será aquel caballero  
que me la dió? ¡Oh, fuerte acero!  
¡Oh, mano honrada española!  
¡Oh, benditas cuchilladas  
que remedian tantas penas!  
Aun en la cara eran buenas  
siendo tan bien empleadas.  
Voy a contar los dos mil  
y entrar luego en veinte grescas.  
Ahora (1) sí que de Illescas  
soy caballero gentil.)  
¿Huésped?

CAMILO. ¿Señor?

JUAN. Los dos vamos,  
por que el dinero llevéis.

(Vanse los dos, JUAN y CAMILO.)

OCTAVIA. ¿Ahora (1) no me diréis,  
pensamiento, en qué quedamos?  
¿De qué sirve imaginar  
que posible hubiera (2) sido  
que para darme marido  
arroje un hombre la mar?  
Donde tantos hay en tierra,  
¿para qué del mar le espero?

PAJE. Buen talle de caballero  
valor y nobleza encierra.

OCTAVIA. Aguárdate, Celio.

PAJE. A mí  
bien el español me agrada.

OCTAVIA. ¿Y estaré yo reportada

(1) En el original, "allá"; quizá sería mejor  
"ella".

(2) En A. "por su".

(1) En B. "agora".

(2) En A. "hubiese".



si el hombre te agrada a ti?  
¿Cómo podré yo saber  
sus padres?

PAJE. Cuidado tienes.

¿Cuánto va que a amarle vienes?

OCTAVIA. ¡Ay, Celio, no puede ser!

PAJE. ¿Cómo?

OCTAVIA. Porque ya le quiero.

PAJE. Si es el hombre de valor,  
haz que el Conde mi señor  
honre a tan gran caballero.  
Coma en casa y, por ventura,  
verás por pasos más ciertos  
que presto se hacen conciertos  
entre el trato y la hermosura.

OCTAVIA. Yo le quiero regalar  
como a forastero. Ven,  
que de mi parte también  
hoy le has de ir a visitar,  
que esto cabe en cortesía.

PAJE. Por ahí comienza Amor.

OCTAVIA. ¡Ay, español, tu valor  
me ha dado tanta osadía!

*(Vanse. Salen CAMILO, con el dinero, y JUAN Tomás con él.)*

JUAN. Poned en esa arca presto  
ese dinero, Camilo.

CAMILO. Por aqueste mismo estilo  
dice el Conde dará el resto.

JUAN. ¿Qué bellos doblones tiene  
el buen viejo!

CAMILO. Es un avaro.

JUAN. Yo poco en eso reparo,  
aunque es lo que más conviene.  
A Octavia miré, y es bella.

CAMILO. Los españoles tenéis  
más codicia cuando veis  
alguna hermosa doncella  
que a los tesoros del mundo.

JUAN. Harto bien me pareció,  
aunque el oro que me dió  
entre en el lugar segundo.

CAMILO. Decid quién sois y mostrad  
a quien os conozca aquí,  
que yo sé que él dirá sí,  
y ella os tiene voluntad.  
Cogeréis bello dinero  
y una moza como un oro.

JUAN. Quiero ponerme en decoro  
de hombre principal primero.  
Id y el dinero guardad

y quien me sirva traed,  
que le haré toda merced  
y buena comodidad.

CAMILO. De eso ¡oh! hay en Nápoles tanto,  
que a toda ciudad excede.  
¿Qué casa queréis?

JUAN. No puede

tanto un extranjero cuanto  
le pide su calidad,  
y más quien el mar perdió;  
páreceme a mí que yo  
viviré en esta ciudad  
hasta que letras de España  
vengan, con quien sirva de ayo  
a mi hacienda, algún lacayo  
y dos pajes de campaña.  
Quiero decir que ceñidas  
las espadas me acompañen,  
y para que no se extrañen  
mis plantas, harto ofendidas  
de esto poco que ando a pie,  
compradme, Camilo hermano,  
un frisón napolitano.

CAMILO. A todo volando iré.

Un mayordomo, un lacayo,  
dos pajes de espada son,  
vuestra casa y un frisón.  
¿Queréislo castaño o bayo?

JUAN. Como os diere a vos contento.

CAMILO. Voy.

JUAN. ¿Caballo pide ya  
quien acostumbrado está  
al perezoso jumento?  
¿Ya mayordomo, y lacayo,  
y pajes? ¿Qué es esto, Juan?  
Mas sujetas siempre están  
las altas torres al rayo.  
¿Qué intentáis? ¿Qué pretendéis?  
¿No érades vos labrador?  
¿Quién os mete a ser señor,  
que es ciencia que no sabéis?  
Pero como al que es muy pobre  
no le puede suceder,  
no teniendo que perder,  
cosa que en valor no cobre,  
necio seré si no emprendo  
que Illescas un hombre tenga,  
que a ser caballero venga  
por donde serlo pretendo.  
Si me ha dado la fortuna  
de una vez tantos ducados,  
para mayores estados

es señal que me importuna.  
 Servir quiero esta mujer  
 con todo aqueste dinero,  
 que si yo soy caballero  
 dineros he menester.  
 Con ellos yo sé que igualo  
 la sangre más noble y franca,  
 que un caballero sin blanca  
 es como espada de palo.  
 Parece un señor lo que es,  
 mas no tiene ejecución,  
 y así no importa el blasón  
 donde falta el interés.  
 Es ejemplo aquel diamante  
 con que a más subir me enseño,  
 pues tiene, en ser tan pequeño,  
 precio y luz tan importante.  
 Y así, aunque tan vil me siento,  
 quiero que haya precio en mí.  
 Un criado viene aquí.  
 Callemos, señor contento.

(Sale CELIO, con un tabaque cubierto.)

PAJE. La señora Octavia Andrea  
 a visitaros me envía,  
 que muy de veras querría  
 que entendáis que lo desea.  
 Dice que seáis bien venido,  
 que hoy de temor no os habló  
 cuando aquel dinero os dió  
 su padre.

JUAN. Yo estoy corrido  
 de no haber, como era justo,  
 reconocido el valor  
 que tiene el mundo mayor.

PAJE. Siente mucho el gran disgusto  
 que tendréis de no tener  
 servicio, señor don Juan,  
 y así dice que vendrán  
 los que fueren menester  
 de su casa hoy a servirlos.

JUAN. Ya, señor, casa he tomado.  
 A lo que quedo obligado  
 no es menester advertiros.

PAJE. Dice que, pues vuestra ropa  
 y cosas tan importantes  
 guarda el mar, que a navegantes  
 sirve el mar de guardarropa,  
 que os sirváis de esta docena  
 de camisas, y creáis  
 que por que de ella os sirváis  
 la estima y tiene por buena.

Vienen lienzos, vienen guantes  
 y otras cosillas así.

JUAN. Vienen lazos para mí  
 a los grillos semejantes.  
 ¡Tanta merced, tal favor!  
 Dad una voz a Sirena.

PAJE. ¿Sirena?

JUAN. Octavia, y tan buena (1)  
 [a] Octavia, advertid mi amor.  
 Decid que si aquel diamante  
 tuviera aquí, suyo fuera.  
 Vendrán letras, y Dios quiera  
 que valga yo para amante.  
 Que tendré mayor fineza...

(Sale SIRENA.)

SIRENA. ¿Qué manda vueseñoría?

JUAN. Ese lienzo, amiga mía,  
 es muestra de la grandeza  
 de Octavia, a quien doy la palma  
 de más valor que a mujer.  
 Guardadlo bien, que ha de ser  
 para mortajas al alma.

SIRENA. Vos, mi señor español,  
 merecéis aquesta salva,  
 que es bien que entre las del alba  
 se envuelva en naciendo el sol.  
 Voilo a guardar.

JUAN. Esperad.  
 Decid al huésped que luego  
 dé a Celio...

PAJE. Eso no. Yo os ruego  
 que deis sola voluntad.

JUAN. Denle docientos escudos.

SIRENA. ¿Qué dices?

JUAN. Esto ha de ser.

SIRENA. Más luce en corto poder.

PAJE. Serán otros tantos nudos  
 en lazos de obligación  
 como la que yo tenía.

(Vanse; queda JUAN solo.)

JUAN. No entro mal ¡por vida mía!,  
 para el primero escalón.  
 ¿Doscientos escudos? Bueno.  
 ¿Cuándo soñó mi linaje  
 dar tan sólo un cuarto a un paje?  
 ¡Oh, dulce dinero ajeno!  
 Si yo lo hubiera ganado,  
 más cuerdo lo despendiera.

(1) Este verso está errado.

Ya yo estoy de la manera  
que está un recién heredado.  
Fuera de que cuando Octavia  
sepa esta dádiva, creo  
que doblará su deseo,  
si, como es hermosa, es sabia.  
Yo me quiero acreditar.  
Trece mil tengo. ¿Qué importa?  
Amante que se reporta,  
pues pára, no ha de alcanzar.  
Son los pasos del que ama  
el dinero, el interés;  
pues si le faltan los pies,  
¿cómo ha de alcanzar su dama?

(Sale CAMILO con FILANDRO, mayordomo.)

CAMILO. Podéis fiar de este hidalgo,  
señor don JUAN, vuestra hacienda.  
Yo os la doy por propia prenda,  
si para fianzas valgo.

(Pasease JUAN TOMÁS.)

JUAN. ¿En qué oficio?

CAMILO. Mayordomo.

JUAN. ¿De dónde sois?

FILANDRO. De aquí soy.

JUAN. ¡Buen talle! Contento estoy.  
(Ved la gravedad que tomo.  
¿Hay tal desvanecimiento?  
Pero no es desvanecido  
hombre que se ha conocido  
y que intenta un fingimiento.  
Aquel se tiene por loco  
que cree que es gran señor  
teniendo humilde valor;  
pero ¿yo téngome en poco,  
sino que voy procurando  
ser algo por mí, en efeto?)  
¿De aquí sois? ¡Qué buen sujeto!

CAMILO. (Mucho le vais contentando.  
Es un grande caballero.)

FILANDRO. Aquí estoy para serviros.

JUAN. Yo no tengo qué deciros;  
a Camilo me refiero;  
él hará el acostamiento  
y quedaréis por mi cuenta.

FILANDRO. Beso esos pies.

JUAN. (¿Quién no intenta  
tan notable atrevimiento?  
Como esas cosas habrá  
con principios tan humildes.)

CAMILO. Pajes hay aquí.

JUAN. Decildes,  
Camilo, que entren acá.

(Salen FABRICIO y HORACIO, pajes, y él paseándose.)

FABRICIO. Denos vuestra señoría  
los pies.

JUAN. Seáis bien venidos.  
Ya estáis los dos advertidos  
de lo que en esto querría.  
¿Traéis espadas?

HORACIO. Sí, señor.  
(Pasease.)

JUAN. ¿Cómo os llamáis?

FABRICIO. Yo, Fabricio.

HORACIO. Yo Horacio, a vuestro servicio.

CAMILO. Son mozos de gran valor.

JUAN. ¿De dónde sois?

FABRICIO. Yo, romano.

HORACIO. Yo, señor, soy ginovés.

JUAN. (Mirad el mundo lo que es,  
todo es nada y viento vano.  
Con dos bueyes solía ir,  
hoy con dos pajes paseo;  
éste, sin duda, es rodeo  
del nacer para morir.  
Desvela la autoridad  
cosa que alcanza el dinero,  
pues yo con tan poco espero  
cobrar tanta calidad.  
Ser caballero és tener,  
sin que noticia se tenga,  
de dónde el principio venga,  
pues todos somos de un ser.  
La nobleza es la virtud,  
todos nacimos de un padre,  
es la tierra común madre  
de la cuna al ataúd.)

CAMILO. ¿Queréis el lacayo?

JUAN. Quiero  
ir acompañado a misa.  
Cosas de honor quieren prisa.  
Entre y veréle primero.

(Sale ROBERTO vestido de lacayo.)

ROBERTO. Las de vuestra señoría, (1)  
príncipe español.

JUAN. Por cierto  
que es bueno. ¿El nombre?

ROBERTO. Roberto.

JUAN. ¡Buen talle, por vida mía!

(1) Así en los textos. Quizá diría: "Beso a vuestra señoría,".



A ver, paseaos un poco.  
 ROBERTO. ¿Soy caballo, o soy lacayo?  
 JUAN. ¡Qué tieso!  
 ROBERTO. Parezco un mayo.  
 JUAN. ¿Qué partes?  
 ROBERTO. Borracho o loco.  
 JUAN. ¿Decíslo de veras?  
 ROBERTO. Soy  
 limpio, cual veis, y aseado,  
 pícome de enamorado,  
 hago piernas, pecho doy.  
 De la braveza no os digo  
 más de que por perspectiva  
 es imposible que viva  
 el que no fuere mi amigo,  
 y tengo gracia en hacer  
 versos, que canto a un laúd.  
 JUAN. Cual tengáis vos la salud,  
 todo eso debe de ser.  
 ROBERTO. Quedo, que no hemos comido  
 tanto pan que no podamos  
 retozar si nos burlamos.  
 JUAN. ¡Lindo humor!  
 CAMILO. Es escogido.  
 JUAN. Yo sé también de la hoja,  
 y no hay año que por mayo  
 no despedace un lacayo  
 porque su sombra me enoja.  
 ROBERTO. No es amo que he menester.  
 Adiós.  
 JUAN. Volved ¡pesia tal!,  
 que no os habéis de hallar mal.  
 ROBERTO. Famoso debéis de ser.  
 Estos amos son los buenos,  
 y no alcorzas afeitadas.  
 JUAN. Busca dos negras espadas,  
 mataréte por lo menos.  
 ROBERTO. Norabuena, que deseo  
 ser muerto de buena mano.—  
 Yo me voy, Camilo hermano,  
 a buscar mi nuevo empleo.  
 Ténganme caballo aquí  
 para la vuelta.  
 CAMILO. Así sea.  
 JUAN. ¿Qué hav del frisón?  
 CAMILO. Que pasea  
 mejor que en mi vida vi.  
 ¿No os agrada?  
 JUAN. Sí ¡por Dios!  
 Basta venir de esa mano.

(*Vase JUAN, el LACAYO delante; los PAJES, detrás:  
 entrase muy grave; quedan CAMILO y FILANDRO.*)

CAMILO. Aunque es español marrano,  
 lo ha de hacer muy bien con vos,  
 que toca en la vanidad,  
 y ceremonia y lisonja  
 le chuparán, como esponja,  
 dineros y voluntad.  
 (*Salen LEONELO, caballero, y dos criados, TEODORO y  
 RIBERIO.*)  
 LEONELO. ¿Español decís?  
 TEODORO. Señor,  
 español y caballero.  
 LEONELO. ¿Si es deudo del Conde?  
 TEODORO. Quiero  
 que conozcas su valor  
 en lo que te he referido  
 del diamante.  
 LEONELO. ¿Qué, es tan bueno?  
 TEODORO. No da el sol, de rayos lleno,  
 más luz estando encendido,  
 que a respeto de sus partes  
 tan pequeña cantidad.  
 LEONELO. Arguye su calidad.  
 RIBERIO. No es cosa por que te apartes  
 del intento venturoso  
 de la pretensión de Octavia.  
 LEONELO. ¿Cómo que no, si me agravia  
 y estoy celoso y quejoso?  
 Del que haya entrado en su casa  
 no formo celos ni quejas,  
 de que ose mirar sus rejas  
 cuando por la calle pasa,  
 ni de otras cosas así;  
 mas que Celio haya contado  
 que mil regalos le ha dado  
 me tiene fuera de mí.  
 ¿Camisas Octavia a un hombre  
 español y forastero?  
 ¿Guantes y lienzo primero  
 que su marido se nombre?  
 ¡Ah, Conde, ayer mercader,  
 a quien dió hacienda el mar fiero,  
 y el título dió el dinero!  
 TEODORO. Todo se ha echado de ver.  
 RIBERIO. Ya dicen que está en su casa.  
 LEONELO. ¿También?  
 RIBERIO. ¿A qué se previene?  
 Pues si allí aposento tiene,  
 tú verás a lo que pasa,  
 que es mala naturaleza,  
 y, en fin, españoles son,  
 que llegan al corazón

y empiezan por la corteza.  
 TEODORO. ¡Matarle!  
 LEONELO. Hablaste, Teodoro,  
 con mi propio pensamiento.  
 Pero vesle aquí qué atento  
 mira el oriente que adoro.  
 ¿Hay más loca vanidad  
 que la de esta pobre gente?  
 ¡Que esto a Octavia le contente!  
 TEODORO. Son la misma liviandad.  
 Siempre escogen lo peor,  
 y es gracia, si así la llamas,  
 que a un extranjero las damas  
 gusten de hacerle favor.

(Sale JUAN TOMÁS con sus PAJES y LACAYO, y él, detrás, grave.)

JUAN. ¿No se pone en el balcón?  
 FABRICIO. Denantes estaba allí.  
 JUAN. ¿Voy bien puesto?  
 HORACIO. Señor, sí.  
 JUAN. (¡Qué buen trocar de azadón!  
 Parezco en estos combates  
 mar que crezco con la luna;  
 del pincel de la fortuna  
 soy tabla de disparates.  
 ¿Qué pinturas hay brutescas  
 que se puedan conferir  
 a ver por Nápoles ir  
*El Caballero de Illescas?*  
 ¡Qué fábula representa  
 el mundo en mi elevación  
 más ridícula!)

LEONELO. (No son  
 amigos amor y afrenta.  
 No puedo sufrir que estén  
 juntos, Teodoro, en mi pecho,  
 porque si él les viene estrecho  
 no dudes que a mí también.  
 ¿Si será ocasión de hablalle?)  
 TEODORO. Paréceme a mí que no.)

(Sale CELIO.)

PAJE. Don Juan, mi señora os vió  
 paseando por la calle,  
 y os ruega que a vella entréis.  
 JUAN. Idos todos por ahí.—  
 (¿Que tan dichoso nació,  
 Celio?)  
 PAJE. Vos lo merecéis.)

(Vanse JUAN TOMÁS y CELIO solos.)

RIBERIO. Llamóle el paje y entró.

LEONELO. Esto es hecho. ¿Yo qué aguardo?  
 TEODORO. ¡Por mi vida que es gallardo!  
 ¡Con qué donaire pasó!  
 LEONELO. Pasó con tanto donaire  
 a los ojos que yo miro,  
 que como bala de tiro  
 me pudo matar el aire.  
 La noche quiere cerrarse.  
 Tarde saldrá. Armar me quiero.  
 TEODORO. Y de paciencia primero.  
 LEONELO. Eso no es, Teodoro, armarse,  
 es confesarse rendido.  
 ¡Ay, español vitorioso!  
 ¡Guárdate bien de un celoso  
 en visperas de ofendido!

(Vanse. Sale JUAN TOMÁS solo y OCTAVIA con él.)

JUAN. Estimo la cortesía,  
 mi señora, que me hacéis.  
 OCTAVIA. A lo que vos merecéis  
 y a lo que el alma os debía  
 todo es muy poco, don Juan.  
 JUAN. Sin el anillo no es bien  
 que aquesas manos estén,  
 hoy el anillo os darán.  
 Daré los dos mil ducados  
 aunque a cambio tome mil.  
 OCTAVIA. Ya que en todo sois gentil,  
 seldo en pagar mis cuidados.  
 Si queréis que en vuestro nombre  
 le traiga, yo os enviaré  
 el dinero, o le diré,  
 aunque del plazo se asombre,  
 que vos lo habéis enviado.  
 JUAN. Por enlazaros consiento  
 este descortés intento  
 en lo que a mí me ha tocado.  
 Dádselos en hora buena  
 por que luego le traigáis.  
 OCTAVIA. Por la prenda que me dais  
 os doy aquesta cadena.  
 JUAN. Yo la tomo como quien  
 ya es esclavo de esos ojos.  
 OCTAVIA. Guardaos, no vengán antojos  
 que otros ojos os los den.  
 JUAN. Seré luego conocido  
 y doblaréisme la pena.  
 OCTAVIA. Doblaré yo la cadena  
 de otras vueltas.  
 JUAN. Eso pido.  
 (¿Qué Indias son éstas, Amor?  
 Quien de su concha no sale,

a una vil piedra se iguale  
en cantera sin valor;  
mas la que sale de allí  
y sirve en rica portada,  
ya tiene valor, labrada,  
como yo lo tengo aquí.)  
Mi señora, con deseo  
estáis de saber quién soy.

OCTAVIA. Con tanto deseo estoy,  
que a mis pensamientos creo.  
¿No sois español? Pues basta.

JUAN. No quiero tanto favor,  
mas que entendáis el valor  
de mis padres, nombre y casta.  
Nací en la mitad de España,  
que poniéndole un compás,  
por ninguna parte hay más  
de las partes que el mar baña.  
Yo soy don Juan de la Tierra,  
apellido en mi linaje  
que por el prólogo ataje,  
pues quien se alaba al fin yerra.  
Nací como el Rey nació  
y tengo sangre como él,  
que mi linaje fiel  
del primer rey decendió,  
que fué señor en el mundo.  
Son mis armas un arado  
en campo verde de un prado,  
blasón de Wamba segundo.  
Salí a ver a Italia, en fin.  
Mi padre come la renta  
de las tierras que sustenta  
retirado en un jardín,  
donde él propio la cultiva;  
que algún senador romano  
plantó a veces con su mano  
el mirto, el olmo y la oliva.  
No tengo, después que el mar  
tanta hacienda me robó,  
cosa con que os pueda yo  
esta voluntad mostrar,  
ni que quien soy acredite,  
sino es que el alma veáis.  
que por el pecho miráis  
y el pecho al cristal imite.  
Pero cual soy, cual estoy,  
extranjero y perseguido,  
vuestro soy y vuestro he sido,  
y el alma en prendas os doy.

OCTAVIA. Español, don Juan, amigo,  
tres títulos que podrán

asegurarte que están  
todas mis fuerzas contigo.  
Inclinada a tu nación  
por decreto celestial,  
desprecié mi natural,  
si es natural condición,  
y era todo un cierto agüero  
de que te había de amar.  
No puedo despacio hablar  
en lo que te adoro y quiero,  
porque hay padre y hay testigos,  
a quien ya he echado de ver  
que es pedirme por mujer  
tenerlos por enemigos.  
Pero mira quién será  
contra Amor tan atrevido,  
que o tú serás mi marido  
o que por nacer está.  
No juzgues atrevimiento  
lo que voy contigo hablando,  
porque la mujer, amando,  
carece de entendimiento,  
sino mira con piedad,  
para que tu amor me crea,  
que quien ama, si desea,  
**no tiene dificultad.**

JUAN. Si no la tiene quien ama  
y no os puedo pretender  
por legítima mujer,  
haced un hecho de fama.  
Venid a España conmigo,  
adonde seréis señora  
de cuanto en mi tierra agora  
a vuestro servicio obligo,  
que aunque es poco, es en la parte  
de esta provincia mejor.

OCTAVIA. ¿Qué negará un grande amor?  
Don Juan, mal hice en amarte.  
Traza el modo sin que entienda  
mi padre tan gran locura,  
que si tu fe me asegura  
que soy y seré tu prenda,  
iré a España y hasta donde  
jamás llegó humana planta.

JUAN. Pues tu voluntad es tanta  
que a mi firmeza responde,  
esta mano es prenda, y tal,  
que sólo podrá la muerte  
deshacer lazo tan fuerte  
sobre mi forma inmortal.  
El modo será que estés,  
la noche que te avisare,



sin que ninguno repare  
que me hablas ni me ves,  
a punto para partir,  
que yo tendré una tartana  
velera, fuerte y liviana  
para que podamos ir  
hasta España por el mar,  
que con un ángel yo sé  
que en su margen pondré el pie  
sin que me vuelva a engañar.

OCTAVIA. ¿Cumpliráslo?

JUAN. Es infalible.

OCTAVIA. ¿Cuándo será?

JUAN. Brevemente.

OCTAVIA. ¿Quién hay que amando no intente  
alguna cosa imposible?  
Torno a decir que soy tuya  
y que te espero.

JUAN. Verás,  
Octavia, a qué tierra vas.

OCTAVIA. De tus efetos se arguya.  
Bien haya la tierra, amén,  
que tales hombres produce.

JUAN. (No es oro lo que reluce.)

OCTAVIA. ¡Adiós, alma!

JUAN. ¡Adiós, mi bien!

(Vase OCTAVIA; queda JUAN.)

Subí, llegué, toqué. Cometa he sido;  
sólo me falta deshacerme luego.  
Pero si yo estoy en la región del fuego,  
¿qué mucho que de allá salga encendido?

Tracé, dije, rendí, dióse a partido  
la gran ciudad a cuyas puertas llevo;  
porque siendo español parezco griego  
en el engaño y el andar perdido.

Es fuerza, para aumento de sus glorias,  
cebo dorado que las almas pescas,  
la vela con que salen mis historias;  
porque tendrán, si el viento me refrescas,  
Toledo fiestas y Madrid vitorias,  
laurel Amor y caballero Illescas.

### ACTO TERCERO

DEL *Caballero de Illescas*.

(*Suenan dentro voces como de tormenta.*)

UNO.

Ten cerca de la orilla, acosta a tierra.

OTRO.

Boga, que nos deshace el viento. ¡Amaina!

OTRO.

¡Ah, mar traidor, qué gran peligro encierra  
esa tu condición de bestia zaina!

JUAN.

¡Virgen de Illescas! ¡Virgen de mi tierra,  
la espada de rigor piadosa envaina  
al Hijo que pariste!

OCTAVIA.

Ya zozobra.

JUAN.

La tierra es ésta, Octavia, aliento cobra.

(*Salga JUAN TOMÁS y trac en brazos, medio desnuda,*  
a OCTAVIA.)

JUAN.

Siéntate, si por dicha tienes vida.

OCTAVIA.

Aún tengo vida en el postrero aliento  
a la esperanza de la tuya asida.

JUAN.

¡Mal me trata el furor de este elemento!  
Ya queda la tartana sumergida.

OCTAVIA.

¡Indómito rigor! ¡Contrario viento!  
¿Nuestras ropas y joyas?

JUAN.

Allá quedan.

OCTAVIA.

Las vidas basta que librarse puedan.

JUAN.

En mal punto de Nápoles salimos,  
entre tantas espadas y contrarios.

OCTAVIA.

Hazaña temeraria acometimos.

JUAN.

Son todos los amantes temerarios.

OCTAVIA.

¿Qué tierra es ésta?

JUAN.

España.

OCTAVIA.

¿Qué perdimos?

JUAN.

Dineros, joyas y vestidos varios.

OCTAVIA.

¿Qué importa, si es la tierra en que se encierra de vuestro estado la dichosa tierra?

Demás que aquel anillo es venturoso.

JUAN.

¿Viene con vos?

OCTAVIA.

Conmigo, don Juan, viene.

JUAN.

Reliquia contra el mar tempestuoso ese diamante en sus peligros tiene.

OCTAVIA.

Pésame que venderle es ya forzoso.

JUAN.

De ninguna manera nos conviene, que cuando su valor alguno entienda, nos costará las vidas y la prenda.

OCTAVIA.

¿Por qué razón?

JUAN.

Es joya tan preciosa, y estamos tan desnudos y perdidos, que dirán que es hurtada.

OCTAVIA.

¡Ay, mar furioso!

¡Ay, crédito del mundo en los vestidos, decid quién sois!

JUAN.

¡Ay, mi querida esposa, clara y divina luz de mis sentidos, ya estamos en España!

OCTAVIA.

Si ya estamos, ¿de qué teméis? A vuestra casa vamos.

JUAN.

Hay un gran mal.

OCTAVIA.

¿Qué mal, teniendo vida?

JUAN.

No lo puedo decir.

OCTAVIA.

Decildo, os ruego.

JUAN.

Daraos gran pena.

OCTAVIA.

Es pena prevenida.

No os receléis de que me mate luego.

JUAN.

Si aquesta calidad fuese fingida, vos Troya, Octavia, y yo Sinón el Griego, vendido el Conde y de su inobediencia castigo esta maldad, ¿tendréis paciencia?

OCTAVIA.

¡Válgame el Cielo! ¡Y qué temores tengo! ¡Ay, español! ¿Qué has hecho? ¿No eres hombre del valor que dijiste? [bre

JUAN.

A tiempo vengo que has de saber mi verdadero nombre.

OCTAVIA.

Dime, dime mi mal.

JUAN.

Ya le prevengo, para que más mi término te asombre, y, condolido de tu pena el Cielo, me dé castigo a mí y a ti consuelo.

Sabrás, desdichada Octavia, que yo no tengo nobleza, y que de padres villanos nací en la villa de Illescas. Si te dije que mi nombre era don Juan de la Tierra no te engaño más que el don, la tierra no, pues soy de ella. De la tierra somos todos mientras que en esta corteza vive el alma, que allí pára cuanto de su nada engendra. Oí decir a mi padre un día en sus mismas puertas, acabando yo de echar un carro de paja en ellas, que ilustraban los linajes o las armas o las letras. Las letras no las sabía, las armas obrando aciertan; tomé mi espada y maté un hombre junto a la iglesia, donde me amparó su torre; ¡qué buen principio de ciencia!

Salí con algún peligro  
y, acogido a una bandera  
de un Capitán que alojaba,  
seguir propuse la guerra.  
Dióme un real el Capitán  
y, jugando en cierta gresca,  
gané quinientos con él  
y dos vueltas de cadena.  
Matarme quiso un picado,  
y, mientras que se concierta,  
robéle su misma dama,  
mujer más libre que honesta.  
Llevé mi prenda a Madrid  
sin que se alterase Grecia,  
que ella fué Elena a lo sordo  
y yo fuí Paris de Illescas.  
Siguiéronme los soldados,  
Menalaos de esta empresa,  
y echándome la justicia  
corté una vara y dos piernas.  
Perdido andaba una noche  
cuando, temiendo su fuerza,  
viéndome junto a palacio,  
hice sagrado su puerta,  
donde, llegando tres hombres  
de aquella misma pendencia,  
dieron sobre un caballero  
que estaba inocente de ella.  
Salí y púseme a su lado,  
y, rompiendo tres cabezas,  
hice oficio de padrino.  
Y esto te ruego que adviertas:  
que el hombre estaba embozado,  
aunque mostraba en las señas  
ser persona principal,  
y me habló de esta manera:  
“No puedo decir quién soy;  
mas toma este anillo en prendas  
de que te estoy obligado.  
Mi gente viene. Adiós queda.  
Si se casare Isabel  
y se acabaren las guerras  
de Portugal y Castilla,  
vende este anillo a la Reina.”  
No cuidé de lo que dijo.  
Pasé a Italia, y la cadena  
y el dinerillo jugué  
antes que saltase en tierra,  
donde salí sin vestidos,  
porque, llegando a la prueba,  
era la cadena falsa  
y era cierta mi inocencia.

Yo lo que gané perdí;  
mas soldados de galera  
son algo más atrevidos,  
y saltamos en la arena,  
donde, no siendo disculpa  
que mi villana experiencia  
jamás conoció más oro  
que los hierros de una reja,  
maté dos y me acogí  
a vuestra Nápoles bella,  
donde a Camilo le dije  
todas aquellas quimeras.  
Llevé el anillo a tu padre,  
que si dice que la prenda  
es falsa, tú tienes honra  
y yo me quedo sin ella.  
Dióme los dos mil ducados,  
puse casa, di libreas,  
conquisté tu voluntad  
y debió de ser tu estrella.  
Por Nápoles paseaba,  
donde en las calles y tiendas  
“Veis allí—decían todos—  
al caballero de Illescas.”  
Con esto arrojaste el alma  
a lo que a los dos nos cuesta,  
el estar en esta playa  
yo con honra y tú sin ella.  
Soy un pobre labrador  
sin nobleza y sin hacienda,  
no mal nacido ¡por Dios!,  
que a los nueve salí fuera.  
Murióseme cierto hermano,  
hombre de buen talle y letras,  
que estudiaba para obispo  
—allá en el Cielo lo sea—  
y mi padre me juró  
que mi casta era tan buena,  
que por lo menos había  
siete clérigos en ella,  
y que alguno sería Papa.  
¡Plega al Cielo que suceda,  
por que el Conde eche de ver  
con qué persona emparienta!  
OCTAVIA. Caballero o labrador,  
que el uno o que el otro seas;  
español, que español solo  
tan gran locura emprendiera,  
esta ha sido mi fortuna,  
no quiera Dios que aborrezca  
mi vida por tu traición;  
haz lo que quisieres de ella.



Sólo me pesa que el mar,  
inexorable y soberbia,  
me robase tantas joyas  
con que en España vivieras.  
Mas lo que puedes hacer  
es matarme, que mis fuerzas  
no sé si podrán sufrir  
vida de tantas miserias.  
Cuando voy a aborrecerte  
considero tantas prendas  
como tienes de mi honor,  
y que es razón que te quiera.  
Quiero quererte, y mirando  
tu alevosía y mi ofensa,  
aborrezco tu maldad.  
¡Qué afrentosa competencia!  
Déjame, fiero español,  
el más cruel. Mas, no; espera.  
Ampárame, español mío;  
moriréme si me dejas.  
Desvíate, no me toques,  
infamia de mi nobleza;  
pero sí, que con tu amparo  
tendrá mi culpa defensa.  
Flaqueza fué de mujer  
quererte. Mas ¿quién creyera,  
viendo tu artificio y talle,  
que no eras señor de Illescas?  
Ahora bien, llévame allá;  
que, como si yo naciera  
en tus campos y labranzas,  
iré siguiendo mi estrella.  
Viviré en hábito humilde,  
que es justo que así se vea  
quien por el mejor amante  
el más vil padre desecha.

JUAN. No prosigas, bella Octavia,  
y, pues eres tan discreta,  
mira en ejemplos del mundo  
muchas historias como ésta.  
De una Infanta de León  
en toda España se cuenta  
que Meneses, labrador,  
mereció casar con ella.  
Ven a Illescas, a mi casa,  
que no hay casa tan estrecha  
que, si me tienes amor,  
palacio no te parezca.  
No te faltarán vestidos,  
saya de grana las fiestas,  
manto con que irás a misa,  
limpia cama y mejor mesa.

Iremos los dos al campo,  
y al primer hijo que tengas  
le llamarás rey, si es hombre,  
y emperadora, si es hembra,  
pues quien ha de parir reyes  
téngase en puntos de reina,  
que los casados, con hijos,  
sólo ese reino desean.  
Yo viviré tan sujeto,  
mi señora, a cuanto quieras,  
que me querrás más villano  
que caballero de Illescas.  
Tan bien vivirás en paño  
como el señor en la seda,  
que el contento es alquimista  
y el latón en oro trueca.  
No pienses en los vasallos,  
que si en los vasallos piensas,  
dile a la fortuna en burlas  
que lo que tienes desechas,  
que todo en la muerte sobra,  
y a ninguno, cuando muera,  
le han de dar más que aquel lienzo,  
como fardo de la tierra.  
Ven conmigo a Barcelona,  
que yo haré allá de manera  
que alleguemos a mi casa  
sin tocar en esta prenda.

OCTAVIA. Bien harás, porque algún día  
podrá ser que el dueño venga  
a hacerte algún bien, don Juan.

JUAN. El nombre, señora, deja;  
sólo Juan me has de llamar.

OCTAVIA. Pues, Juan, yo voy más contenta  
que si fueras igual mío.

JUAN. Eres, Octavia, discreta.  
Correrás a la fortuna  
si ve que te burlas de ella.

OCTAVIA. ¿Eres mi marido?

JUAN. Sí.

OCTAVIA. Pues eso basta que seas.

(Vanse. Salen el CONDE ANTONIO y LEONELO, caballero.)

LEONELO.

¿De qué sirve, señor, desconsolaros  
ni con tanto dolor perder el seso,  
pues el dolor no puede remediaros?

CONDE.

Si no debo sentir este suceso,  
¿cuál otro alguno a sentimiento obliga?  
Una palabra no confiesa el preso.

LEONELO.

¿Qué queréis vos que en el tormento diga  
Camilo, que sin duda está inocente?  
Mejor será que al español se siga.

CONDE.

Si supiera, Leonelo, claramente  
por dónde va el traidor, no perdonara  
la edad, que ya decrépita se siente.

LEONELO.

Que a España la ha llevado es cosa clara,  
y que en su tierra la tendrá sospecho.

CONDE.

¡Oh, España, para mí tan cara!

Allá tuve un hermano sin provecho  
en cosas de los reyes ocupado,  
a quien pasaron una noche el pecho.

¿Contentaráse España de haber dado  
este premio a Fabricio, sin que ahora  
haya a mi Octavia un español robado?

LEONELO.

Siendo tan principal, poco desdora  
vuestra nobleza.

CONDE.

Entiendo que era noble.

LEONELO.

Nápoles os consuela.

CONDE.

Mi honor llora,  
y yo no tengo corazón de roble,  
aunque él sea noble, para estar contento,  
viendo que usó conmigo trato doble.

Llevó mis joyas, que fué bajo intento;  
pero, perdida Octavia, todo es poco;  
de sola Octavia tengo sentimiento.

LEONELO.

Ahora os digo que, celoso y loco,  
yo le pensé matar.

CONDE.

¡Dios lo quisiera!

LEONELO.

Pero temblando en el suceso toco.

Riberio, yo y Teodoro, al salir fuera  
de tu casa una noche le aguardamos.  
Solo salió don Juan. ¡Quién lo creyera!

Apenas las espadas le mostramos,  
cuando, a los golpes de la fuerte suya,  
sangre y deshonor todos tres llevamos.

CONDE.

Que es ido a España es justo que se arguya,  
pues es señor de Illescas; y así quiero,  
si me acompaña la persona tuya,  
irle a buscar. Mas llevaré primero  
del Rey para el de España algunas cartas,  
que en Aragón, Leonelo, hallarle espero.

LEONELO.

Justicia llevas y razones hartas;  
tus quejas bastan. Sólo te suplico  
que brevemente a lo que dices partas.

Ese hombre es noble, es generoso y rico,  
y, en fin, señor de Illescas, villa honrada,  
sin algo que a sus límites aplico.

Honra a tu hija y déjala casada.

CONDE.

Tú me aconsejas bien. Yo parto luego,  
que por la mar es breve la jornada,  
si no resiste a mi amoroso fuego.

(*Vanse. Sale PEDRO (1) TOMÁS, viejo, y BELARDO, TIRRENO, RISELO, segadores.*)

PADRE. A tres y medio en buen hora,  
y si no no hay que tratar.

BELARDO. Buen año para segar.

PADRE. Así van otros ahora.

TIRRENO. ¡Par Dios, Belardo, no estemos  
en Castilla este verano!

BELARDO. ¡Voto al sol, Tirreno hermano,  
que poco en ello ganemos!  
Dios os dió su bendición,  
campos del Andalucía.

TIRRENO. ¿Es vuesa tierra?

BELARDO. No es mía.

RISELO. Tiene Belardo razón,  
que es miseria lo de acá.

BELARDO. Pero aquella es la mejor  
donde un hombre tiene amor,  
y más si en su centro está,  
y ¡por tu vida!, Risele,  
que allá vamos a segar.

RISELO. De servir y no medrar  
canso con quejas al Cielo.—  
Nosamo, a cuatro, o adiós.

PADRE. Ahora bien, por ser la gente  
de buen talle, a cuatro asiente,  
y al precio quiero otros dos.

(1) Así en este lugar; pero luego dice sólo "Pa", al parecer "Padre", y este nombre para uniformar el texto le seguiremos dando; ya que así está también en las primeras escenas.

RISELO. No sé si los hallaréis;  
pero el campo nos mostrad  
y la comida enviad  
a las horas que sabéis.  
(Sale CASILDA, labradora.)

PADRE. ¿Casilda?  
CASILDA. ¿Señor?  
PADRE. Al punto  
sobre el pollino os pondé.  
BELARDO. ¿Es hija de su merced?  
PADRE. ¿Por qué lo decís?  
BELARDO. Pregunto.  
PADRE. Si es.  
BELARDO. Guárdesela Dios.  
TIRRENO. (¿Ya le clavastes el ojo?)  
BELARDO. Pues no tengamos enojo,  
que otras hay para los dos.)  
PADRE. Enseñaldes la heredad  
y volved a apercebir  
la comida.  
CASILDA. ¿Que he de ir  
con ellos?  
BELARDO. Pues ¿no?  
CASILDA. ¿En verdad?  
BELARDO. En verdad que habéis de ser  
esta vez estrella nuestra,  
que quien a tres hombres muestra  
tal nombre puede tener.  
Si del trigo se hace el pan,  
y Dios baja al pan, yo os digo  
que van, donde nace el trigo,  
casi a Belén los que van.  
De una reina se decía  
que a los cueros se humillaba  
adonde aquel vino estaba  
que para el cáliz servía;  
y, siendo así, no está mal  
esta mi imaginación.  
TIRRENO. ¡Par Dios, que Salamelón  
no dijera enigma igual!  
RISELO. Es Belardo persabido.  
BELARDO. Las desdichas lo han causado,  
que el que de ellas es letrado  
no sale poco entendido.  
TIRRENO. Mejor dijeras que fué  
ángel Casilda.  
BELARDO. ¿En qué modo?  
TIRRENO. ¿Pastores no somos?  
BELARDO. Todo  
primero lo imaginé,  
y era más ángel que estrella;

pero todo lo será:  
estrella, por luz que da,  
y ángel, porque es tan bella.  
CASILDA. ¡Pardiez, padre, que tenéis  
segadores de buen pro!  
PADRE. Saca el jumento.  
CASILDA. Y que yo  
temo que ensuegrar queréis.  
PADRE. Anda, loca.—Entrad vosotros,  
y por do fuera seguilda.  
BELARDO. (¡Perdido voy por Casilda!  
RISELO. ¿Y somos bestias nosotros?)

(Vanse los SEGADORES y CASILDA.)

PADRE. Por este tiempo me acuerdo  
que aquel traidor mal nacido  
se fué de Illescas perdido,  
si la memoria no pierdo.  
Aquí fué donde metió  
la paja aquel mismo día,  
que de cuanto me debía  
sólo en pajas me pagó.  
¿Qué habrá hecho la fortuna  
de hombre tan desatinado?

(Sale JUAN TOMÁS y OCTAVIA, humildemente vestidos.)

JUAN. A buen tiempo hemos llegado.  
Casi no hay gente ninguna.  
OCTAVIA. Es de mañana, mi bien.  
Aquí un hombre se pasea,  
sin que conozca quién sea.  
PADRE. ¿Qué es lo que mis ojos ven?  
JUAN. ¡Ay, Octavia! Este es aquel  
que dió principio a mis días.—  
Yo llego como Tobías  
con el ángel Rafael.  
PADRE. ¿Es mi soldado perdido?  
JUAN. Es tu hijo, padre amado.  
PADRE. ¡Válate Dios por soldado!  
¿Cómo tan presto has venido?  
¿No se hace buen pan allá?  
JUAN. Sí, señor; buen pan había;  
mas la carne cierto día  
quiso echarme por acá.  
PADRE. ¿Es tuya aquesa mujer?  
JUAN. Estoy medio desposado;  
que es hija de un padre honrado.  
OCTAVIA. ¡Ved en qué me vengo a ver!  
PADRE. Pues mientras la otra mitad  
de ese desposorio hacéis,  
iros a dormir podéis



al campo de mi heredad,  
que es buena cama de campo;  
que yo en casa no recojo  
bellacos.

JUAN. ¡Templa el enojo!

PADRE. Ya sabéis que yo me estampo  
con el padre que me hizo.  
¡Ved a lo que fué a la guerra!  
Llamóle el pan de la tierra  
al bellaco tornadizo.  
No paréis aquí.

JUAN. ¡Señor,  
oye, que ésta es mi mujer!

OCTAVIA. Por serlo podéis tener  
de mi desdicha dolor.  
Mirad que soy bien nacida,  
aunque soy más desdichada.

PADRE. Porque parecéis honrada,  
vergonzosa y encogida,  
os admito con palabra  
que será la boda cierta,  
porque os juro que esta puerta  
de otra suerte no se abra.—  
Entrad, señor, y vestíos  
de los hábitos pasados,  
porque ya de los soldados  
habéis de dejar los bríos.  
Agradeced el entrar  
a esa mujer.

JUAN. Bien decís.

PADRE. Que tan quebrado venís  
que tengo bien que soldar.  
Y tomad en hora mala  
la reja en que el buey suspira:  
ni es para el asno la lira  
ni para el pobre la gala.  
Id a segar con la gente  
al campo, pues a los ojos  
me traéis estos despojos  
de guerra tan insolente.  
Y ella, si quiere ir allá,  
vaya, o quede en la cocina.

OCTAVIA. Aún soy de ese oficio indigna  
y es el que mejor me está,  
aunque por la compañía  
de mi marido allá iré;  
seré yo la que les dé  
la comida al mediodía.  
¿Mandáislo así?

PADRE. Vos haréis  
lo que en casa os diere gusto.—  
(Vase OCTAVIA.)

Ea, vos, que estáis muy justo,  
¿de qué ahora enmudecéis?  
Quitaos la sucia plumilla,  
tomad sombrero de paja,  
coma de lo que trabaja,  
buey a quien el yugo humilla.  
¡Alto al campo, picarón!  
JUAN. ¡Ved en qué paró mi brío!  
Sólo vos, por padre mío,  
me dijera esa razón.

(Vase JUAN TOMÁS.)

PADRE. En no os pareciendo bien,  
las Italías es mejor.  
¿Quién le mete al labrador  
en que otro oficio le den?  
Porque danza al són del parche  
vuelta en jineta la reja,  
diga al buey, arando: “Ceja”,  
y no al soldado que marche.  
¡Oh, vanidades del mundo!

(Sale SIXTO, labrador.)

SIXTO. El Corregidor os llama,  
buen Pedro, y sabed que es fama,  
fama que en verdad la fundo,  
que los Reyes de Castilla,  
casados con bendición,  
como tan devotos son  
de la imagen de esta villa,  
vienen a cumplir su voto.  
Illescas quiere hacer fiestas,  
y aún hay personas dispuestas.  
Para escoger en el soto  
de toros media docena  
os dan este oficio a vos.

PADRE. Huélgome, Sixto ¡por Dios!,  
de la fiesta que se ordena;  
mas por ser tiempo ocupado  
yo me quisiera excusar.

SIXTO. Sois Regidor, no hay lugar;  
ya el Concejo lo ha mandado;  
no hay sino escogerlos luego.

PADRE. Vamos a la plaza.

SIXTO. Vamos,  
y a mandar que pongan ramos  
y a la noche enciendan fuego.

(Vanse. Sale BELARDO, TIRRENO, RISELO, cantando  
este villancico.)

Cantan. “Blancas coge Lucinda  
las azucenas,

y en llegando a sus manos  
parecen negras.  
Cuando sale el alba,  
Lucinda bella,  
sale más hermosa,  
la tierra alegre.  
Con su sol enjuga  
sus blancas perlas;  
si una flor le quita  
dos mil engendra,  
porque son sus plantas  
de primavera,  
y como cristales  
sus manos bellas,  
y así, con ser blancas  
las azucenas,  
en llegando a sus manos  
parecen negras."

(Sale CASILDA con la comida.)

CASILDA. Ya estaréis todos cansados  
de esperar.

BELARDO. ¡Par Dios, que había  
pensado que el mediodía  
se perdió entre esos nublados!  
¿Era tiempo que vinieras?

CASILDA. Sentaos y tomá placer.

TIRRENO. Como no le hay sin comer,  
tú sola darle pudieras.

Mira aquea bendición  
de manadas que hemos hecho.

CASILDA. ¡Oh! Que os entre en buen prove-  
la comida y la ración. [cho  
Ea, partid.

(Siéntense los cuatro a comer. Sale LEONELO y el  
CONDE ANTONIO y CELIO de camino.)

LEONELO. Esta gente  
nos dirá si cerca estamos.

CONDE. Buena gente, decid: ¿vamos  
bien a Illescas?

BELARDO. Bien, pariente,  
y agradeced al comer  
que dos pullas no lleváis;  
por más que del Rey seáis,  
no es poco de agradecer.

CONDE. (Dondequiera que pasamos  
preguntan si el Rey se acerca;  
sin duda que viene cerca  
y que de él muy cerca estamos.  
No viene mal a mi intento  
que venga al mismo lugar.)

RISELO. Quiero a Belardo brindar.

BELARDO. Que lo oigo y que consiento.

RISELO. Pues ¿es notificación?

BELARDO. Estoy ya tan enseñado,  
que hasta el beber he pensado  
que pleitos del cuerpo son.

LEONELO. ¿Sois de este lugar?

CASILDA. Yo soy,  
señores, de este lugar.

Si algo queréis preguntar  
aquí, como veis, estoy.

CONDE. ¿El señor de Illescas vino  
con su mujer?

CASILDA. ¿Qué señor?

CONDE. Don Juan.

CASILDA. ¿Don Juan? ¡Lindo humor!

CONDE. (Mi desventura imagino.)

LEONELO. ¿No está aquí el señor de Illescas?

CASILDA. El Rey es aquí señor.

LEONELO. ¿El Rey?

CONDE. (¡Confuso temor!)

BELARDO. ¿Son de las guardas tudescas?

LEONELO. No, hermanos, napolitanos.

RISELO. Y ¿a qué vienen a la guerra?

LEONELO. Luego don Juan de la Tierra  
¿no está en esta villa, hermanos?

CASILDA. ¿Cuál don Juan?

CONDE. Uno que fué  
a Italia.

CASILDA. Un Juan conocí  
que tiene su padre aquí  
y esta tierra que se ve,  
que se fué a Italia soldado,  
travieso y incorregible,  
y de Illescas no es posible  
que otro fuese.

CONDE. (¡Estoy turbado,

Cielos, si es este español  
dueño de la infamia mía!

Mas ¿cómo tener podía  
un diamante como un sol?  
Si no es que yo me engañé  
y era falso, que soy hombre.)

LEONELO. Ese Juan ¿tiene otro nombre?

CASILDA. Si es el que de Illescas fué,  
es mi hermano Juan Tomás,  
dispuesto a cualquier enredo.

CONDE. Mucho lo confirma el miedo.  
No quiero que digas más.

TIRRENO. Gran gente suena.

LEONELO. Sospecho  
que el Rey debe de venir.

CONDE. Justicia voy a pedir  
del agravio que me han hecho.

LEONELO. Acertarás en hablar  
al Rey en esta ocasión.

CONDE. Las cartas del de Aragón,  
Leonelo, le quiero dar,  
que este Infante es su sobrino,  
aunque es de Castilla Rey,  
que por justísima ley  
a Isabela el reino vino,  
hermana del cuarto Enrique.

LEONELO. Ven a verle.

CONDE. ¡Ay, hija mía!

BELARDO. En la fiesta de este día  
¿quién hay que al lugar no pique?  
Queden las azas adiós,  
que a los Reyes quiero ver.

TIRRENO. Lo mismo pensaba hacer  
si os quedarades los dos.  
Pues vamos acompañando  
a Casilda.

CASILDA. Es gran favor.

BELARDO. Mujer que no tiene amor,  
acompañarla burlando.

(*Vanse. Sale JUAN TOMÁS y OCTAVIA, vestidos de  
labradores.*)

OCTAVIA.

Es mi consejo, al parecer, tan justo,  
que harás mal en querer tenerle en poco.

JUAN.

De obedecerte en lo que dices gusto;  
mas el peligro con las manos toco.

OCTAVIA.

Ningún peligro te ha de dar disgusto.

JUAN.

Pues ¿no es bastante a que me vuelva loco  
si pierdo este diamante por consejo  
que tú me das y de su amor me quejo?

OCTAVIA.

Si viene el Rey y trae aquí consigo  
sus grandes y señores, y pregonas  
el anillo del modo que te digo,  
mas tu lealtad y condición abonas,  
harás a un Rey de tu valor testigo,  
pues entre tan gravísimas personas  
vendrá, sin duda, aquel que te lo ha dado,  
de quien serás, como es razón, premiado.

Porque querer vender dos labradores  
diamante tan precioso, es cosa cierta

que nos han de culpar, y que a mayores  
peligros abriremos mayor puerta.

JUAN.

Si ha habido tantos yerros por amores  
y el que ama, si obedece, errando acierta,  
yo quiero, como amante, obedecerte,  
pues no hay peligro ni temor de muerte.

Y pues el mar furioso en su tormenta  
nos sepultó más precio que el diamante  
en joyas, cuya luz me representa  
a los ojos tragedia semejante,  
piérdase aquéste si tu pecho intenta  
que pregonarle así pase adelante,  
que, en fin, al que viniere a dar las señas,  
conoceré mejor, como me enseñas.

Y siendo tal, como parece fuerza,  
a quien de este diamante dueño ha sido,  
tan gran servicio a galardón le esfuerza,  
y tendrá más valor que no vendido.

OCTAVIA.

Cuando de este propósito se tuerza  
nuestra fortuna habremos conocido,  
y, sin tener temor y confianza,  
viviremos seguros de mudanza.

Parte, mi bien.

JUAN.

Yo voy a que pregone,  
el que lo suele hacer en esta villa,  
este diamante, aunque el valor perdone,  
con que parece octava maravilla.  
Cuando el sol los antípodas corone  
y del mar español deje la orilla,  
te volveré a decir, Octavia mía,  
el fin de la fortuna de este día.

OCTAVIA.

No tiene fin persecución alguna  
de las que con mi estrella comenzaron,  
porque a los desdichados en la cuna,  
comenzando a nacer, los sepultaron.  
Torrero he sido yo de la fortuna;  
sus flechas me cubrieron y gastaron  
de suerte, que me espanto que me acierte,  
pues sólo falta el golpe de la muerte.

(*Sale BELARDO, segador.*)

BELARDO.

Ven a la plaza, que te guarde el Cielo,  
con tu cuñada a sólo vella, Octavia;  
verás al Rey del castellano suelo  
con nuestra Reina belicosa y sabia



medir como las águilas el vuelo,  
cuya divina vista el sol no agravia,  
sobre el corto lugar que a su grandeza  
hoy aposenta en rústica pobreza.

Ven a mirar el rostro milagroso  
de este famoso aragonés divino,  
de quien Castilla espera el venturoso  
siglo que ha tantos siglos que no vino,  
y el de Isabela en tanto grado hermoso,  
honesto, puro, grave, heroico y digno  
de ser, pues con más luz su margen baña,  
como Apolo en el cielo, el sol de España.

Verás tantos gallardos escuadrones  
de soldados, de guardas, de banderas;  
tantos príncipes, duques y barones,  
que de estos dos planetas son esferas;  
tantos Mendozas, Zúñigas, Girones,  
Sandoval, Enríquez y Cabrerías,  
con otros mil linajes de importancia,  
que no pudo aprendellos mi ignorancia.

Mil fiestas tiene el pueblo prevenidas,  
a pesar de la siega comenzada,  
para alegrar las dos famosas vidas  
que han de poner el pie sobre Granada.  
Allá dicen que van apercebidas  
de hacer al moro una famosa entrada.  
¿Qué aguardas que no ofreces juncia y ramos  
a aquellos pies?

OCTAVIA.  
Bien dices.

BELARDO.  
Vamos.

[OCTAVIA.] [Vamos.]

(*Vanse. Sale acompañamiento y música, y los reyes detrás.* DON FERNANDO y DOÑA ISABEL; el REY, (1) leyendo una carta; el CONDE.)

INFANTE. ¿Vos sois el Conde?

CONDE. Señor,  
yo soy el Conde.

INFANTE. Está bien.  
¿Quién es este don Juan?

CONDE. Quien  
robó en Italia mi honor.

INFANTE. ¿Qué apellido?

CONDE. De la Tierra,  
y señor de este lugar.

INFANTE. Éste os debió de engañar.

CONDE. Quien confía en mujer, yerra.

INFANTE. Como fuere en quien confía,  
que si mil vidas tuviera  
en confianza las diera  
a un cabello de la mía.

ISABEL. Beso, señor, vuestras manos  
por tal merced y favor.

INFANTE. Más debo a vuestro valor  
y méritos soberanos.

ISABEL. Quien ama, de cuanto trata  
saca cómo hacer merced  
a quien quiere bien; creed  
que no soy, Fernando, ingrata.

INFANTE. De los ajenos errores  
sale para mí el favor,  
que los yerros de otro amor  
nos hacen tratar de amores.  
Dice el conde Antonio, un hombre  
que el de Aragón me encomienda,  
que le han hurtado una prenda  
con fingido trato y nombre.—  
Id, Marqués de Santillana,  
y sabed quién es aquí  
don Juan de la Tierra.

SANTILL. A mí  
me parece incierta y vana  
la diligencia, señor;  
que la tierra es apellido  
común de cualquier nacido,  
y será buscarle error;  
pero yo haré diligencia.

(*Vase.*)

INFANTE. Encomiéndame mi tío  
vuestro negocio, y es mío  
cualquiera suyo en su ausencia.

ISABEL. ¿Que un español se atreviese  
a un hombre tan principal  
fuera de su natural!

INFANTE. ¿Quién queríades que fuese?  
Lo que no emprende español  
ninguna nación lo acaba.

CONDE. Pudo una industria tan brava  
cerrar los ojos al sol.  
Caballero se fingía  
con notable gravedad;  
la opinión de la ciudad  
aseguraba la mía.  
Como es allá costumbre

(1) Sin embargo, en los versos que siguen le llama INFANTE; pero es el mismo.

decir al que es principal  
el caballero de tal,  
sin saberse campo o lumbre,  
vasallos, cazas ni pescas,  
creí [a] cuantos le trataban,  
porque todos le llamaban  
el Caballero de Illescas.  
Sacó una noche a mi Octavia,  
y, en una tartana, el viento  
ayudó su pensamiento,  
que ayuda el mar al que agravia;  
y a mí, que era el agraviado,  
me detuvo, y no llegué  
a poner en tierra el pie,  
que quise pasarlo a nado.

(Sale el MARQUÉS DE SANTILLANA.)

SANTILL. Haciéndose información  
de esa nueva maravilla,  
me dicen que en esta villa  
hoy se va dando un pregón  
que, por cosa tan notable,  
es bien que vuestras altezas  
lo sepan.

ISABEL. Serán grandezas  
de amor, vasallo admirable.

SANTILL. No es de esa suerte, señora;  
más os iréis admirando.

ISABEL. ¿Cómo?

SANTILL. Que van pregonando  
por esas plazas ahora  
que quien hubiere perdido  
a la puerta de palacio  
de Madrid, con mucho espacio,  
siendo error tan conocido,  
un diamante de valor  
de catorce mil ducados,  
por lapidario tasados,  
diga el engaste y labor  
del oro y se le darán.

INFANTE. ¿Tenéislo a burla?

SANTILL. Pues ¿no?

INFANTE. Pues ése he perdido yo,  
si mis señas bastarán.

SANTILL. ¡Caso extraño! ¿Vos, señor?  
Verle sin señas podéis.

INFANTE. Venga el dueño.

CONDE. Aunque juzguéis  
este pensamiento a error,  
digo, señor, que podría  
ser este diamante mío.

INFANTE. ¿Vuestro? ¿Cómo?

CONDE. Y aun confío  
hallar mi honor este día,  
que el hombre que me engañó  
me empeñó una piedra a mí  
de ese valor.

INFANTE. ¿Cómo así?

CONDE. Y ésta con otras me hurtó  
mi hija, que estará aquí,  
pues la vende o la pregon.

INFANTE. Fué mía, y a esa persona  
la di, que no la perdí,  
aunque él dice que es perdida,  
y fué la noche dichosa  
que el ver mi Isabel hermosa  
pudo costarme la vida.

ISABEL. ¿Cómo, señor?

INFANTE. Aguardando  
los caballeros que fueron  
a hablaros, porque temieron  
a los del contrario bando,  
me acometieron tres hombres,  
y me pusieron de suerte  
que temí, Isabel, mi muerte.

ISABEL. ¡Ay, mi señor, no la nombres!

INFANTE. Pero un mancebo que estaba  
a la puerta, me ayudó,  
y los hirió, y me libró;  
algún ángel le ayudaba.  
A quien por obligación  
aquel hermoso diamante,  
que no tiene semejante  
en valor a mi opinión,  
díjeme que os le trajese  
sí el Rey casaba con vos;  
y, en viéndonos a los dos  
juntos, quiso que supiese,  
con este pregón que ha dado,  
que es a quien la piedra di.

SANTILL. Ya viene su dueño aquí  
con su padre, un viejo honrado.

(Salen el MARQUÉS, JUAN TOMÁS y su padre PEDRO TOMÁS.)

INFANTE. ¿De dónde eres?

JUAN. De aquí soy.

INFANTE. ¿Es tu padre aqueste viejo?

JUAN. Sí, señor.

CONDE. De quien me quejo  
a tus pies mirando estoy.  
Señor, aqueste es don Juan.  
Mándale prender.

INFANTE. Espera.

JUAN. (¡Ay, Cielos!)

INFANTE. ¿De qué manera  
veré el anillo?

JUAN. Aquí están  
el anillo, el corazón,  
alma y vida a tu servicio.  
Tu grandeza y real oficio  
señas de crédito son.  
Este es, señor, el diamante.

INFANTE. Este es mío. ¿De qué suerte  
vino a tu poder?

JUAN. Advierte...

CONDE. (¡Cielos, traje semejante!)

JUAN. Huyendo de este lugar  
vine a Madrid, y a la puerta  
de su palacio, una noche,  
vi un mancebo de estas señas:  
con una capa gascona,  
hasta la cara (1) cubierta,  
y de un sombrero de plumas  
coronada la cabeza.  
Tres hombres, con las espadas  
desnudas...

INFANTE. Basta las señas.  
¿Qué te dijo al dar su anillo?

JUAN. Que le vendiese a la Reina.

INFANTE. Dame tus brazos, mancebo,  
(*Abrázale.*)  
que ¡por vida de mí y de ella!  
que me pesa que hombre humilde  
con valor tan noble seas,  
que te hiciera un gran favor.

ISABEL. Dejadme, señor, que vea  
a un hombre que os dió la vida  
y a quien toda España deba  
tener tal Rey como vos.

CONDE. Luego ¿no tendré licencia  
para pedirle mi hija?

INFANTE. Ven acá. ¿Qué prenda es ésta  
que este caballero pide?  
Di verdad, pues la profesas.

JUAN. Si mis pensamientos altos,  
envueltos en flacas fuerzas,  
me despeñaron a Italia  
y se aumentaron en ella,  
que, empeñando este diamante  
al Conde, le dije que era  
señor de Illescas, mi patria,  
y caballero de Illescas.

(1) En A, "barba".

Don Juan de la Tierra fué  
mi nombre, no Lara o Cerda,  
que, como en tierra nació,  
fué mi nombre de la tierra.  
Robéle su hija al Conde;  
si hacerme algún bien deseas,  
la vida sólo te pido.

CONDE. Mira si es justa mi queja.

INFANTE. ¿Dónde la tienes?

JUAN. Señor,  
habiéndonos la mar fiera  
echado a tierra desnudos,  
nos venimos a esta aldea,  
donde, en casa de mi padre,  
encubre sus altas prendas  
el mismo rústico traje.

INFANTE. Vaya la guarda por ella.

ISABEL. ¿Eres su padre, buen hombre?

PADRE. No, señora.

JUAN. ¿Cosa nueva!  
Pedro Tomás, ¿qué decís?  
No temáis que mal os venga.  
¿Cómo negáis ser mi padre?

PADRE. Señor, de Nápoles era  
su padre de Juan Tomás,  
que no don Juan de la Tierra.  
Al rey Enrique servía.  
Tuvo en una dama bella  
un hijo, que fué este mozo,  
y, por ser prenda secreta,  
la dieron a mi mujer.  
Mas, cumpliendo un año apenas,  
le mataron a su padre  
sobre negocios de hacienda.  
Yo, por no desamparalle,  
criéle con mi pobreza,  
y quedóse labrador;  
ved si la nobleza muestra.

CONDE. El caballero que dices,  
¿qué oficio tuvo en la guerra,  
y qué nombre?

PADRE. Era su oficio  
ingenios y fortalezas;  
Fabricio el nombre.

CONDE. ¿Qué escucho?  
Y mis brazos ¿a qué esperan?  
Fabricio fué hermano mío,  
que quiere el Cielo que seas  
mi sobrino y yerno.

JUAN. Soy,  
señor, quien tus plantas besa.



(Sale OCTAVIA.)

OCTAVIA. Aquí vengo a obedeceros,  
aunque con tanta vergüenza  
como mi delito pide.

CONDE. Octavia mía, no tengas  
vergüenza; yo soy tu padre.  
Llega a don Juan, pues hoy llega  
a ser tu primo.

OCTAVIA. Señor,  
¿ya no culparás mi estrella?

INFANTE. A buena dicha he tenido  
que tan bien nacido sea  
hombre que me dió la vida;  
y si el servicio se premia,  
dispense Su Santidad,  
y a sus bodas mi Isabela  
y yo seremos padrinos.

ISABEL. Seis mil ducados de renta

CONDE. quiero que tenga don Juan.  
El tiene en Nápoles tierra  
y alguna hacienda también  
que yerno y sobrino hereda.

INFANTE. Por armas tenga el anillo,  
y porque es bien que agradezca  
al labrador la crianza  
del hombre, la mayor deuda,  
por él doy dos mil ducados  
y una legua de dehesa  
en las orillas del Tajo.

PADRE. Beso los pies de tu alteza.

JUAN. Aquí, senado, se acaba  
esta historia verdadera,  
que halló su autor en Italia,  
de *El Caballero de Illescas*.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA  
DEL *Caballero de Illescas*.

# EL CABALLERO DEL MILAGRO

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

A PEDRO DE HERRERA

Comencé esta décimaquinta parte de mis comedias con el nombre del insigne jurisconsulto don Francisco de la Cueva y Silva, y doile fin con el de v. m., para engastarla en dos tan preciosas piedras, y porque entre los dos, como en tan alta esfera, sirva mi voluntad de linea equinocial, círculo verdadero, y no imaginario, como el celeste que pasa por medio del mundo de Levante a Poniente, en igual distancia de los dos Polos, para que el sol de tales ingenios iguale en mi amor el suyo, como el del Cielo, en ella, los días y las noches. He deseado a v. m. sumamente el premio de sus estudios y de este raro entendimiento; pero confieso que le he dudado, porque ya para él son rodeos los méritos, no por defecto de los Principes, de quien dijo quien pudo: *In quibus non est salus*, sino de la fortuna, que, por opinión del filósofo, los desampara. Preguntó a un hombre Júpiter, en las antiguas fábulas, por un agradable sacrificio que le había hecho, cuál quería más, riqueza o ingenio, el hombre (más codicioso de honra que de tesoros, pues él alcanza a ser inmortal y ellos no pasan, con el dueño, del límite de la vida), y respondió que más quería el ingenio; diósele Júpiter: fué gran filósofo, astrólogo y aritmético; mas viendo que pocos entendían sus estudios y que ninguno se los premiaba, alzando los ojos al Cielo, dijo:

“;Oh, Júpiter: si dieras  
a todos un ingenio como el mío,  
premiarán mis estudios!  
Mas ;ay, que es desvario,  
pues si lo mismo que yo sé supieran,  
ningún premio me dieran.  
; Dame riqueza, Júpiter divino!  
Pues el que ignora, sea bajo o grave,  
está contento con saber que sabe.”

Y aquí me parece que los dos versos de Virgilio en la *Geórgica* (allá verá v. m. la ocasión por que los dijo), si quiere aplicarla a los poderosos (tomando la alegoría de aquellas aves), vienen muy a propósito:

*Haud equidem credo, quia sit divinitus illis,  
Ingenium, aut verum fato prudentia maior.*

Los escritos de v. m. ya tienen premio, o impresos o manuscritos, entre los hombres doctos y que con desapasionados juicios advierten la doctrina, la elegancia, la locución, el ornamento, la copia de tanta variedad de letras humanas y inteligencia de negocios, así extranjeros como nuestros, así del Estado como de la guerra, políticos y eclesiásticos; pero tal vez la naturaleza, en su divina música, no

tiene por menos arte dar una consonancia en vacío; v. m. me entiende:

*Qui sit Maecenas, ut nemo quam sibi sortem,  
Seu ratio dederit, seu sors obiecerit illa  
Contentus vivat.*

Y lo demás de aquel elegante discurso del poeta Horacio, en esta parte moral filósofo; pero, realmente, es bueno para la especulación y el desengaño; mas no me conformo con que, habiéndose de vivir a la puerta del premio y de la honra, veáis que se da a quien no le merece, y que falta a la virtud y estudios, pues también toca a la opinión que os estimen si la multitud más juzga por los lugares que por los méritos.

*Potera e nuda vai Philosophia,*

dijo el Petrarca; mas, porque no me obligue a reprehensión de mí mismo, lo que Garcilaso dijo a Boscán:

“Que a Sátira me voy mi paso a paso,  
y aquesta que os escribo es Elegía.”

Reciba v. m. en su protección a EL CABALLERO DEL MILAGRO, que no lo será pequeño tener para sus fábulas tan excelente Demóstenes por oyente, que, con respeto suyo, no sólo se levanten los demás, pero le den aplauso. Dios guarde a v. m. con los bienes que le desee.

Su capellán y aficionado servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

|                          |                           |
|--------------------------|---------------------------|
| ISABELA.                 | EUGENIO.                  |
| BEATRIZ.                 | PACHÓN, <i>lacayo</i> .   |
| OTAVIA.                  | FABIO, <i>paje</i> .      |
| FILIBERTO.               | LOMBARDO, <i>criado</i> . |
| LEONATO.                 | LOFRASO.                  |
| LUZMÁN.                  | HOSTALERO.                |
| TRISTÁN, <i>criado</i> . | ALGUACIL.                 |
| CAMILO.                  | DEOFRIDO.                 |
| PATRICIO, <i>viejo</i> . | TULIO, <i>paje</i> .      |

Representóla Vergara.

## ACTO PRIMERO

(Salen LUZMÁN, *gentilhombre*, y TRISTÁN, *criado*.)

LUZMÁN. ; Vengo bien puesto, Tristán?

TRISTÁN. Peregrino talle tienes.

LUZMÁN. Si vengo bien, digo.

- TRISTÁN. Vienes  
por todo extremo galán.
- LUZMÁN. Eso sólo te pregunto,  
que ya yo sé que en mi talle  
puso, el que pudo formalle,  
su poder y gusto junto.  
Errar vestirme recelo,  
que lo hecho mal podría:  
vestirme es a cuenta mía,  
el talle, a cuenta del Cielo.  
Y el Cielo no pudo errar,  
que cuando tomó consejo  
con el cristal del espejo,  
el sol no pudo envidiar.  
En una borrada copia,  
para hacer mi gentileza,  
dió el Cielo a Naturaleza  
su poder en causa propia.  
Fué como diestro pintor:  
diseñóme al natural  
y dejóme al oficial  
que me acabase mejor.  
Es del Cielo el artificio,  
el borrón y la destreza,  
y de la Naturaleza  
los colores y el oficio.
- TRISTÁN. Has hecho un discurso breve  
del Cielo y de tu hermosura.
- LUZMÁN. Creo que a la compostura  
alguna cosa se debe;  
y aun es razón que le den  
lo que yo no pienso dalle,  
que mil hombres de mal talle  
vestidos parecen bien.  
¡Ah, si durara el estado  
de nuestros padres primeros,  
que andando todos en cueros  
se viera el mejor formado!  
Cuál hay que con calza larga  
encubre lo que es mal hecho,  
y cuál con lana del pecho,  
o de la espalda, la carga;  
cuál el brazo, cuál la pierna  
con el jubón o la calza,  
porque así la baja o alza  
como a ser de cera tierna;  
cuál el pie con la chinela  
o con el corcho lo falto,  
y cómo a parecer alto  
el que es bajo se desvela.  
Pues en llegando a las damas,  
no hay fea, no hay fiera o mostro

que no curen más del rostro  
que de sus obras y famas.  
Cuál, con unto de caballo,  
crece el pelado cabello;  
cuál quita con hilo el vello,  
que es lo mismo que pelallo;  
cuál, con canas, lo ennegrece,  
y si por dicha está calva,  
de este peligro se salva  
y con cabello amanece;  
cuál lo enrubia si está cano,  
o, por quererse alegrar,  
con jengibre de dorar,  
oro chico y palo indiano.  
Ver las vanas composturas  
del rostro, las redomillas,  
tuétanos de manecillas,  
unto de gato y criaturas;  
las mudas para trocarse  
de aquel ser en otro ser,  
cual si fueran menester  
achagues para mudarse;  
zumo de zadiva y lirios,  
de abenate y limón agro,  
que para hacer un milagro  
pasan docientos martirios.  
Verlas hacer serafines  
con mil pomos y bujetas  
del aceite de violetas,  
de almendras y de jazmines;  
el mostillo y vinagrillo,  
taragontia, dormideras...

- TRISTÁN. Deja esas vanas quimeras,  
que no es de tu honor decillo,  
ni se puede comprender  
proceso tan infinito.
- LUZMÁN. ¿Yo qué les pongo ni quito?
- TRISTÁN. Más sabes que una mujer  
y callar será mejor,  
por que alguna no disfame  
los hombres, si algún infame  
se ha puesto afeite y color;  
que más de alguno habrá sido  
de Heliogábalo retrato.
- LUZMÁN. ¿Cuándo tú me has visto ingrato  
al ser de que fuí nacido?
- TRISTÁN. ¿Cuándo? ¡Oh, qué bien lo acomo-  
Mas cuando tú no lo fuiste, [das!  
que sólo de ellas naciste  
para burlarte de todas:  
que habiendo nacido de una,  
y que alguna te da ser,



yo no te he visto querer  
de veras mujer ninguna.  
Esto es más claro que el sol,  
y que muchas que te aman  
por toda Roma te llaman  
el arrogante español.  
¿De qué sirve componerte?  
¿Para quién te vistes galas,  
si no es que a Narciso igualas,  
como en el talle, en quererte?  
No te quieras tanto a ti  
que a ninguna mujer quieras,  
pues que gozarte no esperas  
si alguien no goza de ti.  
No hay cosa que más desee  
ser vista y comunicada  
que la hermosura extremada  
en aquel que la posee.

Por hallarse una mujer  
en el espejo hermosa,  
viene a ser tan amorosa  
al que la viene a querer.  
De modo que no eres bello,  
pues que no te comunicas.

LUZMÁN. Tarde consejos me aplicas.

TRISTÁN. Matarte tiene el cabello.  
Morirás como Absalón,  
pues que de tantas mujeres  
ninguna estimas y quieres,  
siendo el quererlas razón,  
y aborrecerlas repugna  
la naturaleza de hombre.

LUZMÁN. No es razón que eso te asombre  
pues no me agrada ninguna,  
y el querer no es elección,  
porque ha de ser accidente.

TRISTÁN. Quererte tan tiernamente  
¿no ha de moverte afición?  
¿El Amor no obliga a amor  
y a justa correspondencia?

LUZMÁN. En mí verás la experiencia.  
Tristán, de tu falso error:  
yo aborrezco siendo amado,  
y a quien me adora desprecio.

TRISTÁN. Mucho es porque no eres necio,  
si no lo es ser confiado.

¿Cómo no quieres a quien  
con tanto extremo te adora?

LUZMÁN. Diréte la causa agora,  
y la disculpa también.  
Considero en las mujeres  
mil faltas y liviandades,  
locuras y libertades

y diversos pareceres.  
Las que para ser queridas  
exterior belleza tienen,  
ya por el alma a ser vienen  
justamente aborrecidas.  
Las que el alma tienen tal  
que sus malicias reforma,  
tienen el cuerpo de forma  
que es a Lucifer igual.  
Por esto, generalmente,  
las aborrezco y maltrato.

TRISTÁN. ¿Tú eres hombre?

LUZMÁN. Sí.

TRISTÁN. ¡Y qué ingrato!

Pero escucha atentamente,  
diréte de su valor  
lo que no podrás negar.

LUZMÁN. Yo no te quiero escuchar.

TRISTÁN. Pues ¡quién venciera tu error!

LUZMÁN. Por no oír decir bien de ellas  
no te escucho; pero advierte  
que el tratallas de esta suerte  
me está más bien que querellas;  
que, como no me amartelo,  
puedo engañar cuantas miro.

Ya finjo el "¡Ay!" del suspiro,  
ya la lágrima, ya el celo,  
ya la desesperación,  
y todo aquesto que ves  
es por mi propio interés,  
que mis tributarias son.

¿Ya no has visto que me dan  
todo lo que juego y visto?

TRISTÁN. Ya de sus joyas te he visto  
rico, bizarro y galán.

LUZMÁN. Si de una me amartelara,  
¿qué fuera de mí?

TRISTÁN. ¡Detente!

(Sale OTAVIA, dama.)

OTAVIA. ¡Con mujeres sois valiente!  
¡Yo os haré cruzar la cara!  
¡Volved acá, fanfarrón!

TRISTÁN. Otavia, señor, es ésta.

OTAVIA. Yo os haré dar la respuesta  
de tan infame razón.

¿Atrevimientos a mí  
y presumir de lo bravo?

Pues aunque me dé a un esclavo...

LUZMÁN. Yo lo soy, y estoy aquí.

¿Qué es esto, gentil Otavia?

¿Cómo o con quién has reñido?

¿Quien te agravió no ha sabido

- que mi propia vida agravia?  
 Sosiega el sol alterado,  
 si no es que quiere llover  
 sobre quien hoy pudo ser  
 la ocasión de este nublado;  
 que si la cierta esperanza  
 de vengarte no te anima,  
 de lo que el mundo me estima  
 tomará el tiempo venganza.  
 ¿Quién es ese medio muerto  
 que ha puesto lengua en tu fama?
- OTAVIA. El que hoy a la tuya infama  
 de tus hazañas incierto;  
 un hombre que ya se fué,  
 y con eso se acabó.
- LUZMÁN. Luego ¿no lo sabré yo?
- OTAVIA. ¿Tú, mi vida, para qué?
- LUZMÁN. Para sacalle la lengua  
 que movió para tu agravio.
- OTAVIA. Menos valiente y más sabio.
- LUZMÁN. Hablas en mi daño y mengua.  
 ¿Quién te ha ofendido? ¿Quién era  
 aquel de quien te quejabas?
- OTAVIA. Si supiera que aquí estabas  
 mi enojo y voz reprimiera,  
 que no te quiero yo a ti  
 para pendencies, mi bien.
- LUZMÁN. Pues eso ha de hacer también  
 la que me quisiese a mí:  
 y pues para sólo el gusto  
 como cobarde me tienes,  
 y el disgusto con que vienes  
 no es para darme disgusto,  
 quédate adiós, que en tu vida  
 te pienso volver a ver.
- OTAVIA. ¿Cómo, mi bien, puede ser  
 si está de la tuya asida?  
 Vuelve, que mi mucho amor  
 negar la causa me hacía,  
 que mal creará cobardía  
 quien conoce tu valor.
- LUZMÁN. Que no me des por disculpa  
 que eso causó tu afición;  
 yo conozco tu intención  
 y la razón que te culpa.  
 Ese que tú prometías  
 te sabrá mejor vengar.
- OTAVIA. ¿Querrásme agora matar  
 como otras veces solías?  
 Oye y diréte quién es.
- LUZMÁN. De saber mejor me holgara  
 quién te vengara y matara  
 esos dos y a mí después;
- que pues hay quien me desprive,  
 mis manos me matarán.
- OTAVIA. Si en mí no vive Luzmán,  
 no es alma la que en mí vive.  
 Sosiega, león, el pecho,  
 amaina la colerilla,  
 que esta esclava se te humilla  
 tuya por justo derecho.  
 Tú eras quien yo decía,  
 como si ya le nombrara,  
 que cruzaría la cara  
 a quien ofendió la mía.  
 Y por que sepas quién fué  
 el de este bellaco trato,  
 era el alférez Leonato,  
 hombre que doy con el pie.  
 Este, que me ha perseguido  
 como aborrecido amante,  
 hoy se me puso delante,  
 más que discreto, atrevido,  
 porque unas cintas compraba  
 en casa de un milanés,  
 y como grande interés  
 cinco o seis varas pagaba.  
 A quien yo dije al instante  
 que para sí las pidiese  
 y a sus zapatos hiciese  
 servicio tan importante,  
 porque quien me diese a mí  
 niñerías de galán  
 era en el mundo Luzmán,  
 y así le dejé y me fui.  
 Respondió que pagaría  
 las cintas al milanés,  
 y que en manos, y no en pies,  
 después las ocuparía.  
 Que a Guzmanes cortesanos  
 y a hombres como tú eres  
 con cintillas de mujeres  
 les solía atar las manos.  
 Repliquéle que mentía  
 y tiróme un bofetón,  
 que imagina el fanfarrón  
 que fué tu lengua la mía.  
 Llegó...
- LUZMÁN. No me digas más.  
 Entrate en tu casa luego.
- OTAVIA. Escucha un poco.
- LUZMÁN. ¿Reniego!
- OTAVIA. Mira, mi bien...
- LUZMÁN. ¿No te vas?
- OTAVIA. Ya me voy.
- LUZMÁN. Vete y no esperes

moverme con cuentos vanos.  
¿A mí Leonato las manos  
con cintillas de mujeres?

OTAVIA. Que no me...

LUZMÁN. ¡ Por vida de...!

OTAVIA. Ya me voy; detén la daga.

LUZMÁN. ¿Quieres, por dicha, que haga  
disparates?

OTAVIA. Yo me iré.

(Tristán, no le dejes ir;  
repórtale por un rato.)

(Vase OTAVIA.)

LUZMÁN. ¿A mí las manos Leonato?

¡ Hoy Leonato ha de morir!

¡ Hoy arrancaré su lengua!

TRISTÁN. ¿Podré mirarte?

LUZMÁN. Podrás,

que de palabras no más  
a nadie resulta mengua.

TRISTÁN. Pues ¿has de hacer lo que dices?

LUZMÁN. Antes tengo pensamiento  
de intentar un fingimiento  
que alabes y solenices.

TRISTÁN. Luego ¿no le buscarás?

LUZMÁN. Soy oveja y león me pinto.

¿Yá se te olvida del quinto  
que dice: "No matarás."?

A un hombre tan gentilhombre  
le está muy mal ser valiente,  
que no es negocio decente  
para conservarse un hombre.  
Si toda aquesta belleza

presumiese aventurar,  
¿tú no ves que es agraviar  
la misma naturaleza?

Antes de la misma suerte  
es lástima conocida  
que haya de tener mi vida  
el límite de la muerte.

Yo soy propio cortesano,  
puesto que liciones tomo.  
De milagro visto y como,  
juego, triunfo, pierdo, gano,  
tengo mujeres y amigos  
y en todo buena opinión.

TRISTÁN. Pues éstos pienso que son.

LUZMÁN. ¿Quién?

TRISTÁN. Tus propios enemigos.

(Salen LEONATO y CAMILO.)

LEONATO.

En fin, es imposible que se ablande.

CAMILO.

¿Tanto a Luzmán adora?

LEONATO.

Pierde el seso.

No hay quien como él su casa rija y mande.  
Juzgadlo vos por el presente exceso.

CAMILO.

¿Que un hombre como vos se pierda y ande  
en la solicitud de un mal suceso  
por una, en fin, mujer interesable!

LEONATO.

Palabra os doy que es en extremo amable.

CAMILO.

¿Qué tiene?

LEONATO.

Bellos ojos, bellas manos,  
bello mirar gracioso, boca bella...

CAMILO.

¡Qué hermosa mujer!

LEONATO.

¿Donaires vanos  
al tiempo que me veis morir por ella?

CAMILO.

Presto veréis sus imposibles llanos,  
si agora su desdén os atropella,  
que de cualquier mujer (1) sabemos esto,  
que de un extremo en otro pasan presto.

Y porque este negocio siempre es maña,  
y se altera y deshace con la fuerza,  
no habéis de hacer la prometida hazaña,  
pues la palabra a mal hacer no fuerza;  
fuera de que Luzmán salió de España,  
cosa que a procurar honor esfuerza,  
y ya sabéis la presunción que tiene  
el villano más vil que de allá viene.

Ansí, ¿pensáis poder atar los brazos  
con una delicada y tierna cinta  
a quien tiene opinión de hacer pedazos  
al mismo Marte y a su esfera quinta?  
Haced más fuertes esos tiernos lazos.  
Desnudo Amor la antigüedad le pinta.  
No con cintas de seda a quien agravía,  
con lazos de oro atad la mano a Otavia.

Récipe, dice el interés: dinero,  
uncías, las que el enfermo demandare,

(1) En la edición de la Viuda de Alonso Martín,  
"persona"; pero el verso queda largo.



y sanará del corazón primero  
que el mismo pensamiento imaginare.  
Mortal es el enfermo, el daño fiero  
cuando esta santa epítima faltare.  
Yo hablo como diestro cirujano:  
¿queréis negociar bien? dinero en mano.

LEONATO.

Altamente, Camilo, me aconseja.  
Mas ¿qué he de hacer si prometí matalle?

CAMILO.

¿Cómo matar, que es fábula y conseja?  
Yo haré con él que os lo perdone y calle.  
¿Qué cena apercebida que le deja  
o qué dineros que pensaba dalle?  
Si tal palabra os pide, que me maten.

LEONATO.

¿Qué extraños pensamientos me combaten!

CAMILO.

¿Dónde traéis las cintas?

LEONATO.

He querido  
tratar como a favor lo que es agravio.  
En la toquilla están, porque éste ha sido  
el puesto donde más mi honor agravio;  
que como ya los cuernos me han salido,  
imito a Midas desdichado y sabio:  
él los cubrió con hiedra y yo con cintas.

CAMILO.

¡Válame Dios y qué Macías te pintas!

LUZMÁN.

(Aquí, Tristán, te espera, y verás presto  
cómo de todos vitorioso salgo.)

Huélgome de que estéis en este puesto  
si por ser español, señores, valgo,  
y pues favorecer es caso honesto  
fuera de su nación un hombre hidalgo  
que de un peligro en este punto escapa,  
prestadme ese sombrero, espada y capa.

Que de un celoso puedo fácilmente,  
mudando el traje, ser desconocido,  
y impórtame llevarle diferente,  
ser otra vez adonde fué admitido;  
atrévome a los dos seguramente  
por ser de mi nación favorecido,  
y porque juntamente con aquesto  
desocupado me dejéis el puesto.

LEONATO.

Por vuestro talle os soy aficionado  
desde que en Roma os vi la vez primera,

y sé que me debéis este cuidado  
de que de espacio larga cuenta os diera;  
pero pues que venís tan ocupado,  
menos servicio deteneros fuera.  
Esta es mi capa, espada y mi sombrero,  
y la persona que ofreceros quiero.

LUZMÁN.

Después me habéis de hacer merced, y agora  
será mayor desocupar la calle  
para que el dueño de ésta, mi señora,  
me vea en diferente forma y talle.

CAMILO.

(Este es Luzmán, el que tu dama adora.

LEONATO.

¿Este es aquel que prometí matalle?  
Mas piénsola engañar con su vestido  
diciendo que a mis pies quedó tendido.

CAMILO.

Cumplirás tu palabra de esa suerte.)

LEONATO.

¿Dónde os tengo de hablar?

LUZMÁN.

Aquesta tarde,  
junto al castillo de Santángel fuerte.

LEONATO.

Pues, alto. Dios os guíe.

LUZMÁN.

El mismo os guarde.

¿Tristán?

TRISTÁN.

¿Señor?

LUZMÁN.

¿Qué dices de esta muerte?

TRISTÁN.

Que eres muy cuerdo. (Iba a decir cobarde.)  
¿Qué trueco es éste?

LUZMÁN.

Que lo entiendas quiero:  
por cogelle las cintas del sombrero.

TRISTÁN.

Pues ¿qué has de hacer con ellas?

LUZMÁN.

Ir a Otavia...

TRISTÁN.

Di lo demás.

LUZMÁN.

No es tiempo que lo entiendas.

TRISTÁN.

¿Engañarla querrás?

LUZMÁN.

Pues ¿no?

TRISTÁN.

Es muy sabia.

LUZMÁN.

¿A quién no engañarán aquestas prendas?  
Ella sabe que son de quien la agravia.

TRISTÁN.

Y ¿cómo podrá ser que te defiendas  
del alférez después si entiende el caso?

LUZMÁN.

Pues ese es el milagro.

TRISTÁN.

Este es Lofraso.

(Sale LOFRASO, criado.)

LOFRASO. Albricias pudieras darme,  
señor Luzmán; si tuvieras  
con qué pagarme, pudieras  
peligroso aventurarme.  
Hoy, después que te dejé,  
desde Santiago a la plaza  
te he levantado una caza.

LUZMÁN. ¿Buena?

LOFRASO. Milagrosa, a fe.

LUZMÁN. Traslada, Lofraso mío,  
del cartapacio dos bellos  
sonetos.

LOFRASO. ¿Qué bien con ellos  
me defenderé del frío!

¿Qué jubón se le desmanda?

LUZMÁN. Muy presto le has de tener.

TRISTÁN. (De azotes había de ser,  
por el oficio en que anda.)

LUZMÁN. Cuéntame lo que has hallado,  
ventor de caza sabrosa.

LOFRASO. Una mujer muy hermosa.

LUZMÁN. Lejos de mi intento has dado.

Lo que yo te dije ayer,  
y lo que Luzmán desea,  
es mujer mayor y fea,  
mas rica y noble mujer;  
que mi intención es pelar  
mujeres de este jaez.

TRISTÁN. Tanto pelas, que una vez

pelado habrás de quedar.

Déjale decir lo que es.

LUZMÁN.

Di, veamos.

LOFRASO.

Si ésta es rica,  
hermosa y bella, ¿qué implica?  
Pues hay gusto y interés.

LUZMÁN.

¿Qué nación?

LOFRASO.

Es veneciana.

Mujer de un Patricio viejo.

LUZMÁN.

¿Viejo?

LOFRASO.

Sí.

LUZMÁN.

¡Gentil espejo  
para una mujer lozana!

Mirarase en sus antojos,  
pero no podrá cumplillos.

LOFRASO.

Tú podrás mejor suplillos,  
que tienes claros los ojos.

LUZMÁN.

En fin, ¿te parece a ti  
que me ha de querer?

LOFRASO.

Querrá.

LUZMÁN.

¿Y que me dará?

LOFRASO.

Dará.

LUZMÁN.

¿Eres eco?

LOFRASO.

Señor, sí.

TRISTÁN.

Cosa que dices en seco,  
señor, con estos regalos;  
porque si dijese palos  
lo mismo responde el eco.  
Déjate de esto y advierte  
en la confusión que estás,  
y que prometido has  
dar a Leonato la muerte.

LUZMÁN.

Para todo habrá lugar.

LOFRASO.

Oye, señor ¡pesia mí!

Gente nueva viene aquí.

(Sale una dama francesa de camino, llamada BEATRIZ, y un galán suyo soldado, FILIBERTO, y un CRIADO detrás.)

BEATRIZ.

¡No me acabo de admirar!

¡Qué bravas torres y templos!

¡Qué soberbios edificios!

¡Qué de ruínas, indicios

de los pasados ejemplos!

¡Qué bravo espacio que toma

entre esos montes su asiento!

Mas ¿cómo alabarla intento?

¿No basta decir que es Roma?

FILIBERTO.

Esta fué, Beatriz hermosa,  
del mundo la gran cabeza,  
que sólo tu gran belleza  
la iguala en el ser famosa.  
Esta fué la antigua madre

de Césares y Cipiones,  
hija de aquellos varones  
que a Marte tienen por padre.  
Esta fué la patria bella  
de Fabricios y Torcatos,  
y de los Claudios, ingratos  
al bien que heredaron de ella.  
Aquí Virgíneo (1) mató  
a su hija; allí Lucrecia,  
antes loca y después necia,  
hierro con hierro sacó;  
quemóse la mano Mucio,  
y echóse en el hueco espacio  
sobre su caballo Horacio.

(LOMBARDO, *criado*.)

LOMBARDO. Pregúntale si era rucio.—  
¡Pesar de quien me vistió!  
Ves que posada no hallas  
y estamos en antiguallas  
si erró Lucrecia o si no.  
¿Qué le va agora en saber  
si Horacio se echó a caballo?  
¿No habrá tiempo de contallo  
cuando acabes de comer?  
De la comida acabada  
dicen que la fiesta es  
contar fábulas después,  
que antes es burla pesada.  
No hemos hallado mesón  
y andamos de calle en calle,  
y agora querrás contalle  
la vida de Cicerón.

FILIBERTO. Bien dices para tu gusto,  
que no hay historia que sepa  
sino el vino que le quepa.

LOMBARDO. ¿Y esto te causa disgusto?  
¡Cuerpo de Dios con Torcato,  
que ha mil años que pasó!  
¿Qué culpa le tengo yo  
si fué liberal o ingrato?  
Vamos de aquí, que en comiendo  
nos contarás esa historia.

(Hable LUZMÁN *aparte*.)

LUZMÁN. (Voy, Tristán, en la memoria  
un engaño apercibiendo.

TRISTÁN. ¿Engaño? Pues ¿a qué efeto?

LUZMÁN. La francesilla me agrada,  
que es fresca y recién llegada  
y peregrino sujeto,  
que para mi inclinación,

fundada en sólo interés,  
extremada pieza es.

TRISTÁN. Y extraña tu condición.

¿No ves que éste es su galán?

LUZMÁN. Ese es milagro, necio.

TRISTÁN. No tiene tu ingenio precio.

LUZMÁN. Oye una industria, Tristán.

TRISTÁN. ¿Querráste alzar con la dama?

LUZMÁN. Oíd los dos al oído.)

BEATRIZ. Aquí dicen que ha venido  
una española de fama.

FILIBERTO. No estará Roma sin ellas;  
mas tú valdrás tanto más,  
cuanto ventaja hallarás  
que hace el sol a las estrellas.  
De lo que es casa y criados  
hay grande comodidad.

BEATRIZ. Sí; pero en esta ciudad  
se halla a peso de ducados.

FILIBERTO. Antes vives con engaño,  
que hay de alquiler bravas cosas  
y, cuando fuesen costosas,  
fían hasta fin del año,  
y para entonces, Beatriz,  
tu buena dicha es la renta,  
que sin pagar la pimienta  
nadie ha de comer perdiz.  
Yo no pienso darte pena,  
que a un hombre no ha de faltalle  
vividor y de buen talle.

LUZMÁN. (¿Es buena la industria?

TRISTÁN. Buena.

LUZMÁN. Pues parte, Lofraso.

LOFRASO. Voy.

TRISTÁN. ¡Bravo embuste intentas!

LUZMÁN. ¡Bravo!

Si llego con él al cabo,  
Tristán, mis guantes te doy.)

LOFRASO. ¿Buscáis acaso posada  
en esta calle, señores?

FILIBERTO. Por buscar de las mayores,  
ninguna de éstas me agrada.  
¿Sois de alguna, por ventura?

LOFRASO. No está muy lejos de aquí  
la que yo os ofrezco.

FILIBERTO. ¿Ansí?

LOFRASO. Y es limpia, honrada y segura.

FILIBERTO. ¿Sois vos el dueño?

LOFRASO. Antes soy  
criado, a vuestro servicio.

BEATRIZ. De honrada posada indicio.

LOFRASO. Menor de lo que es le doy,

(1) Así en los dos textos.



porque es posada tan grande  
que es un palacio encubierto.

BEATRIZ. No permitáis, Filiberto,  
que más por las calles ande.  
Llevadme allá.

LOFRASO. No es razón  
que sin vella entréis en ella.  
Venga este criado a vella,  
que no es humilde mesón,  
sino posada tan bella  
para príncipes y grandes,  
que de España, Francia y Flandes  
vienen a posar en ella.  
Hay la perdiz, la vitela,  
pavo, capón y conejo,  
pan del Papa, vino añejo  
y cuanto en el aire vuela.  
De manjar blanco, y tortadas  
de pasteles y rosquillas,  
puedo contar maravillas,  
y de hermosas ginebradas.  
Lo que es camas, con la nieve  
se atreven a competir.

FILIBERTO. Bien puedes, Lombardo, ir  
donde ese hidalgo te lleve,  
y aquí te aguardamos.

LOFRASO. Vamos,  
que quiero darte a beber.

LOMBARDO. Romano debes de ser.  
¿Hay de Candia?

LOFRASO. Hoy lo sacamos  
de una secreta cantina (1)  
que ha un año que no se abrió.

LOMBARDO. ¿Hay con que beba?

LOFRASO. Pues ¿no?  
Una brizna de cecina.

(Vase LOMBARDO y LOFRASO.)

LUZMÁN. (Ya le lleva. Acude agora.

TRISTÁN. Yo voy.

LUZMÁN. Muy despacio vas.  
Llega y dale por detrás.)

FILIBERTO. Sentaos un poco, señora,  
si tan cansada venistes,  
que cerca estará el mesón.

TRISTÁN. ¿Acordáisos, fanfarrón,  
del bofetón que me distes?  
Pues tomad.

FILIBERTO. ¿Qué dices, hombre?

(Dale TRISTÁN a FILIBERTO dos espaldarazos y huya;  
mete mano FILIBERTO y síguete.)

¡Oh, bellaco! ¡Espera! ¡Aguarda!

LUZMÁN. (La industria ha sido gallarda.)

BEATRIZ. ¡Ay de mí!

LUZMÁN. Nada os asombre  
que para echarle de aquí,  
después que siguiendo os vengo,  
con dos criados que tengo  
posada y palos fingí.

BEATRIZ. ¿Luego no era mesonero,  
y éste que se fué, agraviado?

LUZMÁN. Uno y otro es mi criado,  
y yo serlo vuestro espero.  
Soy un español que en Roma  
gasto mi hacienda a mi gusto;  
sirvo bien y doy disgusto  
a quien conmigo se toma.  
Que estuve para matar  
el galán que os ha traído,  
a no haber duda tenido  
que vos le debéis de amar.  
Que si no es ansí, mi vida,  
y sois tan recién llegada,  
del alma y de mi posada  
quiero que seáis servida,  
donde regalo y vestidos,  
hasta que os acomodéis,  
deseo y gusto tendréis  
por vuestra boca medidos.  
Este hombre me parece  
de mal trato y proceder,  
de que os puede suceder  
lo que un mal trato merece.  
Si de él estáis enfadada  
esta es gentil ocasión,  
y hombre yo de condición  
que le haré rueca la espada.  
No le temáis por lo fiero  
si por lindo no le amáis.  
BEATRIZ. Mayor confusión me dais  
de la que tuve primero.  
Aunque vuestro honrado talle  
hace, en la pena en que estoy,  
que cuando a enojarme voy  
en viéndoos el rostro calle,  
callo, en fin, y la invención  
agradezco de algún modo,  
porque sois amable en todo  
y os voy cobrando afición.  
El hombre, digo, el soldado  
que decís, me ha parecido,

(1) En la de Alonso Martín, "Cantiña".

más que de hierro vestido,  
 algunas veces pesado.  
 Es carga que por mi culpa  
 traigo en hombros más de un año,  
 y así doy a vuestro engaño  
 librarme de él por disculpa.  
 Vamos a vuestra posada,  
 donde seré toda vuestra.

LUZMÁN. (A quien no engaña la muestra  
 de aquesta bella portada,  
 no llega a su entendimiento  
 lo que dentro de ella pasa.  
 Todo es portada en la casa,  
 que dentro no hay aposento;  
 pero el milagro ha de ser,  
 sin dinero y sin posada,  
 con lo que es lengua y espada,  
 granjear esta mujer.)

BEATRIZ. (¡Qué gran ventura la mía,  
 pues apenas he llegado,  
 cuando ya el Cielo me ha dado  
 lo que menester había!  
 Buen talle, riqueza, gusto,  
 y español. ¡Braveza es todo!)(*Ap.*)

LUZMÁN. (De llevarla pienso el modo  
 para no darla disgusto,  
 y no sé cómo ha de ser.) (*Aparte.*)

BEATRIZ. (Luego le pido un vestido  
 de mil piedras guarnecido.) (*Ap.*)

LUZMÁN. (¿Qué haré de aquesta mujer?  
 Pero bien ya lo he pensado.) (*Ap.*)  
 Ven, señora, y no nos halle  
 tu soldado.

BEATRIZ. (¡Qué buen talle!  
 Yo os dejaré bien pelado.) (*Aparte.*)

LUZMÁN. (No sé dónde halle dineros.) (*Ap.*)

BEATRIZ. Ven, pues.

LUZMÁN. ¡Dichoso el que os goza!

BEATRIZ. ¡Tuya soy!

LUZMÁN. (¡Qué buena moza!  
 Y pienso dejarla en cueros.)

(*Vanse de la mano, y sale FILIBERTO.*)

FILIBERTO:

¿Hay maldad semejante? ¡Vive el Cielo,  
 que diera el corazón por alcanzarle!  
 ¡Que esto sustente Roma! ¡Que esto críe!  
 Pero bien puede ser que me tuviese  
 por el que le afrentó, y ser tan cobarde  
 que a dos espaldarazos fuese huyendo.  
 Pero diómelos bien para sin ánimo.  
 ¡Oh, pesia tal con la bellaca burla!

Parecerse los hombres en los rostros  
 cosa es común a la naturaleza,  
 y engañarse también es cosa fácil  
 en el talle, en el cuerpo, en el vestido;  
 pero que en las espaldas se parezcan,  
 en mi vida diré que tal he oído.  
 ¿Cuál es aquel bellaco que parezco  
 por las espaldas? ¡Vive Dios, que a hallarle  
 hiciera un desatino con las tuyas,  
 que ya no estoy con quien me dió enojado!  
 Mas ¿dónde está mi francesilla hermosa?  
 ¿Beatriz? ¿Qué digo, amores? No parece.  
 Sin duda vino del mesón Lombardo  
 y la llevó como la vió tan sola.

(*Sale LOMBARDO.*)

LOMBARDO.

Esto pudiera sólo sucederle  
 a un hombre sin comer como yo estaba.  
 Quien fía de bellacos lo merece.

FILIBERTO.

¿Lombardo?

LOMBARDO.

¡Oh, mi señor!

FILIBERTO.

Seas bien venido.

¿Está ya mi Beatriz acomodada?

¿Es bueno el aposento y a su gusto?

¿Trajiste de comer?

LOMBARDO.

Todo está hecho.

FILIBERTO.

Eres para servir a un rey.

LOMBARDO.

¿Qué dices?

Déjote aquí con mi señora agora,  
 ¿y dícesme si queda acomodada,  
 si es bueno el aposento y si he traído  
 de comer, que ha diez días que no como?

FILIBERTO.

Como que no está aquí Beatriz.

LOMBARDO.

Pues ¿dónde?

FILIBERTO.

¿No la has llevado tú?

LOMBARDO.

¡Búrlate un poco!

Que a un hombre sin comer son propias burlas.

FILIBERTO.

¿Y el hombre con quien fuiste?

LOMBARDO.

Era un bellaco

que me llevó por mil desterraderos, hasta que, en una casa de dos puertas, entró por una y se salió por otra.

FILIBERTO.

Engañado nos han.

LOMBARDO.

¿De qué manera?

FILIBERTO.

Siguiendo a un hombre que por su enemigo me tuvo aquí, que aquesto fué el engaño, aunque para la espalda fué bien cierto, dejé a Beatriz y, vuelto, no la hallo.

LOMBARDO.

¿Que no la hallas?

FILIBERTO.

No.

LOMBARDO.

¡Buenos quedamos!

(Sale LUZMÁN.)

LUZMÁN.

(Bien se ha trazado. Acomodada queda en tanto que procuro mejor puesto. ¡Oh, pesia tal! ¿Aqueste es el valiente?)

FILIBERTO.

Por ventura se entró en alguna casa.

LOMBARDO.

Pregúntale por ella a aqueste hidalgo.

FILIBERTO.

Señor, en cortesía, ¿habéis por dicha visto aquí...

LUZMÁN.

No paséis más adelante.

¿Es una dama de nación francesa, sombrero y capotillo de camino, los ojos...

FILIBERTO.

Sí, los ojos... Esa misma.

LUZMÁN.

Aquí vino un Alferez de buen talle y, haciendo que un criado sacudiese

de palos al galán que ella traía, mientras que le siguió, se la ha llevado.

FILIBERTO.

¡Válame Dios! ¿Sabéis acaso el nombre?

LUZMÁN.

¿Su nombre? Y ¡cómo! Llámase Leonato.

FILIBERTO.

¿Leonato? Y ¿dónde vive?

LUZMÁN.

Siempre suele pasearse con otros camaradas junto a Santiago de los españoles.

FILIBERTO.

¿Préciase de valiente?

LUZMÁN.

Es un gallina, sino que es todo embustes y marañas.

FILIBERTO.

Ven conmigo, Lombardo. ¡Vive el Cielo, que le he de hacer pedazos!

LOMBARDO.

¿No sería mejor comer primero? ¿Cómo quieres matar tan gran Alferez en ayunas?

FILIBERTO.

Ven conmigo, cobarde.

LOMBARDO.

¡Ah, pobre estómago!

Roma es, en fin, cabeza de la Iglesia. Aquí están los ayunos en su punto. Hoy he ayunado todo el año junto.

(Vase FILIBERTO y LOMBARDO.)

LUZMÁN. Bien voy saliendo de todo, y más con lo que he trazado, pues del Alferez vengado quedará de aqueste modo. Que éste, por cobrar su dama y satisfacer su afrenta, rematará con la cuenta de su vida y de su fama.

(Sale OTAVIA.)

Hoy muere Leonato.

OTAVIA.

(Creo

que algún mal suceso aguarda, pues tanto Luzmán se tarda.)



¡Gracias a Dios que te veo!  
¿Eres tú?

LUZMÁN. ¡Desvíate allá!

OTAVIA. Pues ¿no merezco tus brazos?

LUZMÁN. Ya queda hecho pedazos  
tu Alférez.

OTAVIA. ¿Que muerto es ya?

LUZMÁN. ¿Conoces este capote,  
este sombrero y espada?

¿De qué estás alborotada?

OTAVIA. ¿No quieres que me alborote?  
Esto del Alférez es.

LUZMÁN. ¿Y estas cintas?

OTAVIA. Estas son  
las que en tan triste ocasión  
compraba del milanés.  
¿Cómo has hecho esta locura?

LUZMÁN. ¿Cómo has querido perderte?  
No me hables de esa suerte,  
sino el remedio procura;  
yo he de salirme de Roma  
dentro de un hora, o ser preso.

OTAVIA. ¡Ay, desdichado suceso!

LUZMÁN. (Más que de veras lo toma.) (Ap.)

A Nápoles quiero irme,  
donde puedes ir, Otavia,  
si este mismo amor te agravia  
y está en mi ausencia tan firme;  
porque voy a la ligera  
y de prisa no te llevo;  
pero Tristán, a quien debo  
la vida, en Roma te espera;  
con él, mi bien, ir podrás,  
y quédate adiós.

OTAVIA. ¿Ansí  
te me vas? Vuelve. ¡Ay de mí!  
¿Qué llevas?

LUZMÁN. Esto no más.

OTAVIA. Pues ¿sin dinero y huyendo?

LUZMÁN. La capa basta y la espada.

OTAVIA. Aguarda.

(Vase OTAVIA.)

LUZMÁN. Bien va guiada  
la burla que hacerla entiendo,  
que lo que ésta me ha de dar  
vendrá como a maravilla  
para que a mi francesilla  
pueda mejor engañar;  
que con poco que la dé  
en parte tan necesaria,  
la he de hacer mi tributaria  
y mandalla con el pie,

y seráme de importancia  
para el intento que tengo.  
Hela aquí por dónde vengo  
a tener un censo en Francia.

(Sale OTAVIA con una ropa y una cadena.)

OTAVIA. Luzmán, dinero me falta;  
pero aquesta ropa es buena,  
y estas vueltas de cadena  
que esta joya de oro esmalta.  
Toma, y a Nápoles parte,  
donde con Tristán iré  
dentro de un mes.

LUZMÁN. No podré  
ser para partirme parte,  
y si lo fuere será  
muriendo. Mas ¡ay de mí!  
¿cómo se detiene ansí  
quien en tal peligro está?  
¡Adiós, adiós, vida mía!  
¡Mi Otavia, adiós!

OTAVIA. Él te guarde.

LUZMÁN. ¿Irás presto?

OTAVIA. Luego y tarde,  
el cuerpo y la fantasía.

(Vase LUZMÁN.)

¡Brava es la cólera fiera  
de este animoso mancebo!  
El amor, no el caso apruebo  
por el peligro que espera;  
pero pues partido es  
y en Nápoles es soldado,  
toda la pena y cuidado  
será la ausencia de un mes.  
¡Bien dice y hace en un día!  
¡Qué bien las cintas cobró!  
Mal el Alférez le ató  
las manos como decía.  
Pero ¡ay de mí! ¿qué visión  
es ésta que agora veo?

LEONATO. Por vuestro gusto deseo  
hacer aquesta invención,  
Otavia.

OTAVIA. ¿Es Leonato?

LEONATO. Sí.

OTAVIA. ¿Que no eres visión ni sombra?

CAMILO. (Visión y sombra te nombra.

LEONATO. ¿Cómo?

CAMILO. Y se espanta de ti.)

LEONATO. ¿Qué tienes?

OTAVIA. ¿Que no eres muerto?

LEONATO. ¿Muerto yo?  
 OTAVIA. Luego ¿estás vivo?  
 LEONATO. Vivo, y por servirte vivo.  
 OTAVIA. Detente hasta ver si es cierto.  
 LEONATO. ¿Cómo cierto? Llega, toca,  
 no dudes, dame esa mano.  
 OTAVIA. ¿Que eres vivo?  
 LEONATO. Y es tan llano,  
 como tú engañada o loca.  
 OTAVIA. Déjame certificar.  
 CAMILO. ¡Válame Dios! ¿No le ves?  
 Digo que el Alférez es.  
 LEONATO. ¿No me ves andar y hablar?  
 CAMILO. ¿Quién te ha engañado?  
 OTAVIA. ¿Has reñido  
 con alguien?  
 LEONATO. Con un galán.  
 OTAVIA. ¿Cómo se llama?  
 LEONATO. Luzmán,  
 y le he quitado el vestido,  
 y con las cintas que viste  
 le dejo a un árbol atado.  
 OTAVIA. ¿Tú atado?  
 LEONATO. Yo; y le he quitado  
 las prendas que tú le diste.  
 ¿No conoces el sombrero?  
 OTAVIA. Conozco que fui engañada  
 y que agora soy burlada,  
 y que escarmentar espero.  
 ¡Qué extremados fanfarrones  
 para Bravos y Guzmanes!  
 Ellos son para galanes  
 o afrenta de sus naciones.  
 Para engañarme los dos,  
 truecan los dos el vestido.  
 CAMILO. (Luzmán primero ha venido  
 al mismo engaño. ¡Por Dios,  
 en linda afrenta caístes!)

LEONATO. Oye, que me estoy burlando.  
 OTAVIA. Y yo estoy desesperando  
 de ver qué gallinas fuistes.  
 LEONATO. Oye, y sabrás la novela  
 cuando un momento me aguardes.  
 OTAVIA. No me hablen los cobardes,  
 que buscaré quien los muela.  
 CAMILO. Detente por mí este rato.  
 OTAVIA. ¿Qué quieres? En hora buena  
 que una ropa, una cadena  
 me cuesta el vivir, Leonato.  
 LEONATO. ¿Cómo, o quién, o cuándo ha sido?  
 OTAVIA. Luzmán, que aquí me contó  
 que te mató.

LEONATO. ¿Me mató?  
 OTAVIA. Y me mostró tu vestido,  
 y aun las cintas me ha mostrado.  
 LEONATO. Vete, que ya sé lo que es,  
 y no han de dar hoy las tres  
 sin que esté todo cobrado.  
 OTAVIA. Si eso haces, yo me ofrezco  
 de ser tuya.  
 LEONATO. Ve con Dios.  
 OTAVIA. Español, ¿conmigo vos?  
 Pero yo me lo merezco,  
 que de un pobre y fanfarrón  
 por sólo el talle y la lengua  
 me ha pagado, y por mi mengua  
 le he dado gusto y pensión.

(Vase OTAVIA.)

CAMILO.

Admirado me tiene la cautela  
 del soldado atrevido.

LEONATO.

No te espantes,  
 pues casi fuera igual nuestra novela.

CAMILO.

¡Que ande este mozo en pasos semejantes!

LEONATO.

Si en iguales embustes se desvela,  
 las plantas le serán bien importantes,  
 que si él en Roma vive de este modo,  
 vendrá por todo y a pagarlo todo.

(Salen FILIBERTO y LOMBARDO.)

FILIBERTO.

Estos parecen, en el talle y traje,  
 soldados españoles.

LOMBARDO.

Preguntemos,  
 pues hay lugar adonde suba y baje  
 la coleta en ayunas que traemos.

FILIBERTO.

Ponte muy bien.

LOMBARDO.

¡Pesar de mi linaje,  
 matémoslos de presto, y comeremos!

FILIBERTO.

Dios los guarde, señores españoles,  
 como del mundo y de las arinas soles.

LEONATO.

Vos seáis, caballero, bien venido.  
¿Mandáis que os sirvamos?

FILIBERTO.

Suplicaros  
quiero, por forastero, aunque atrevido,  
y por un caballero preguntaros  
que será, por famoso, conocido,  
y porque es español.

LEONATO.

Podré nombraros  
cuantos en Roma de esa nación viven.

CAMILO.

(Parece que las armas aperciben.)

FILIBERTO.

¿Quién es un cierto alférez, un Leonato?

LEONATO.

Ese soy yo: Leonato es nombre mío.

FILIBERTO.

¿Vos sois Leonato?

LEONATO.

Yo.

FILIBERTO.

Pues ¿en qué trato  
cupiera hacer tan loco desvarío?  
Hoy cuerpo a cuerpo aquí con vos me mato,  
o para la campaña os desafío.  
¿Soy hombre yo con quien usarse puede  
término que de ser honrado excede?

LEONATO.

Fuera de que en mi vida yo os he visto,  
no puedo imaginar qué causa he dado  
para que pueda estar con vos malquisto,  
ni menos sin razón desafiado.

FILIBERTO.

Yo sé que con mil causas me enemisto  
con hombre que la vida me ha quitado,  
la honra, el gusto, la opinión y fama,  
y, últimamente, una francesa dama.

CAMILO.

¿En qué hostería habrá comido acaso?  
Que debe de ser bueno ¡por mi vida!

LOMBARDO.

¡Pluguiera a Dios!

FILIBERTO.

Hablad cortés, y ¡paso!  
que haré que algo a pies la calle mida.

CAMILO.

¿Si es Sacripante?

LEONATO.

No, sino Gradaso.

FILIBERTO.

Agora lo veréis en esta herida.

CAMILO.

¡Muera!

FILIBERTO.

¡Oh, traidores!

LEONATO.

No se teme poco  
la espada en manos del borracho o loco.

## ACTO SEGUNDO (I)

(Salen LUZMÁN, TRISTÁN y LOFRASO.)

LUZMÁN. Está mi Beatriz hermosa,  
Tristán, por extremo buena  
con la ropa y la cadena.

TRISTÁN. Y Otavia extremo celosa.  
¿Cómo podrás aplacalla  
cuando sepa este desprecio?

LUZMÁN. Este es el milagro, necio,  
que el sabio oye, mira y calla.

LOFRASO. Y eso del Alférez muerto,  
¿también es fácil empresa?

TRISTÁN. ¿Y el dueño de esta francesa?

LUZMÁN. ¿Cómo dueño?

TRISTÁN. Filiberto.

LUZMÁN. Que no hay dueño sino yo.

TRISTÁN. Luego ¿de esto saldrás bien?

LUZMÁN. Y del suceso también  
que hoy Lofraso comenzó.

TRISTÁN. ¿Es el cuento de Isabela,  
la mujer del veneciano?

LUZMÁN. Hoy esa Lucrecia allano.

TRISTÁN. ¿Hoy?

LUZMÁN. Escucha la cautela.

TRISTÁN. Escucho.

LUZMÁN. Aquesta es gallarda,  
y mujer de un viejo.

TRISTÁN. Bien.

LUZMÁN. Gusto le falta.

TRISTÁN. También.

(I) La impresión de la V. de Alonso Martín año-  
de "del Caballero del milagro".



LUZMÁN. De este viejo no le aguarda.  
TRISTÁN. Es imposible.

LUZMÁN. Pues quiero  
que vea mi bizarria  
hoy desde esta celosia  
y hacer la calle terrero.  
Vosotros comenzaréis  
a decir mal de ella a efeto  
que yo la defienda, excepto  
que en su opinión no toquéis;  
vendrá el negocio a las manos  
y a las espadas también.

LOFRASO. Yo estoy en tu engaño bien;  
llega a la reja y verános;  
pero advierte que, riñendo,  
nos puedes, señor, herir.

LUZMÁN. Eso pretendo fingir,  
ansí como vais huyendo,  
y, para obligarla más,  
Lofraso dirá que es muerto.

LOFRASO. Mira bien que es el concierto  
de burlas.

LUZMÁN. ¿En eso estás?  
Lleguemos.

TRISTÁN. ¡Oh, gran ventura,  
que a la ventana se ha puesto!

(ISABELA se pone a la ventana.)

LUZMÁN. Yo digo verdad en esto,  
y lo demás es locura.  
Isabela es la más bella  
de cuantas en Roma vi.

ISABELA. ¿Qué hablan estos tres de mí?

TRISTÁN. Mal haces en defendella,  
porque es una mujer loca,  
sin propósito y cordura.

LUZMÁN. Haber visto su hermosura  
a lo que veis me provoca;  
y conforme a su opinión  
su hermosura celestial  
no puede tener igual  
mayor que su discreción.

LOFRASO. ¿Isabela discreta?

LUZMÁN. Sí; (1)  
y en tanto extremo discreta,  
cuanto es más bella y perfeta  
que cuantas en Roma vi.  
Aquel mirar dulce y grave  
ansí la lengua le adorna,

que en gloria y dulzura torna  
la pesadumbre más grave.

ISABELA. Basta que vuelva por mí  
el español.

TRISTÁN. No creyera  
que un hombre tan ciego hubiera.  
¿Cuándo la viste?

LUZMÁN. Hoy, aquí,  
cuya grave majestad  
a una reina competía,  
y como el sol luz al día,  
daba a Roma autoridad.

LOFRASO. ¿Posible es que un caballero  
que ha corrido el mundo todo  
encarezca de ese modo  
lo que es un demonio fiero?  
¿Vos habéis visto en España,  
o en Francia, saraos o fiestas?

LUZMÁN. He visto damas compuestas  
en tierra propia y extraña;  
he visto damas que son  
por divinas celebradas,  
y a Isabela comparadas  
no tienen comparación.

ISABELA. ¡Qué buen tallo tiene el hombre!

TRISTÁN. De gustos no hay disputar.

LOFRASO. Vos os debéis de engañar,  
señor Luzmán, en el nombre.

LUZMÁN. Digo que es esta Isabela,  
mujer de Patricio ilustre,  
y que es de Venecia lustre  
de su sangre y parentela,  
y que el hombre que la ofende  
tiene engañada opinión  
y habla mal, y con pasión.

ISABELA. ¡Con qué gracia me defiende!  
¡Oh, español aficionado  
al honor de la mujer!

TRISTÁN. Mejor podéis responder.  
Hablad bien, señor soldado.

LUZMÁN. Yo hablo bien, y el que dijere  
que Isabela no es hermosa,  
noble, honesta y virtuosa,  
le mataré si puidere.

LOFRASO. Ya no se puede sufrir  
esta española arrogancia.

LUZMÁN. Aquí veréis la distancia  
que hay del hacer al decir.

TRISTÁN. ¡Muera el perro!

LUZMÁN. Aunque sois dos,  
sois ruines, y sois ninguno.

(Vanse riñendo.)

(1) Sobra una sílaba. De fijo Lope escribiría  
"Isabel".

ISABELA. ¡Traidores, dos contra uno!

LOFRASO. ¡Muerto soy! ¡Válame Dios!

ISABELA. ¡Oh, valiente gentilhombre,  
ya del uno ha dado cuenta!  
Si su talle me contenta,  
me mata el verle tan hombre.  
¡Que esto intentase por mí,  
por mi defensa y valor!  
¿Cómo no tendré yo amor  
a quien me le tiene a mí?

(Sale LUZMÁN.)

LUZMÁN. Allá irán los atrevidos  
que de tan hermosa dama  
quieren ofender la fama  
con los hombres bien nacidos.  
¡Y ojalá que me esperaran!

ISABELA. ¿Ah, gentilhombre?

LUZMÁN. ¿Quién es?

ISABELA. Llega.

LUZMÁN. ¿Adónde?

ISABELA. ¿No me ves?

LUZMÁN. Lengua y ojos se declaran.

ISABELA. ¿Qué es esto que habéis tenido?

LUZMÁN. ¿Yo, señora? Mirad bien  
que no he sido yo.

ISABELA. Pues ¿quién  
sino tú, español, has sido?  
¿Conoces esa Isabela  
que has defendido?

LUZMÁN. Por fama,  
y hoy de vista, y sé que es dama  
cuya fama el mundo vuela;  
y de que no la serví  
como era mi obligación  
estoy corrido.

ISABELA. ¿Quién son  
los dos que hablaban aquí?

LUZMÁN. Soldados y gente loca;  
aunque tengo por muy cierto  
que el uno de ellos es muerto,  
o tiene el alma en la boca,  
y que no va mal herido  
el otro.

ISABELA. ¿Qué te movió  
a defenderla?

LUZMÁN. Ser yo  
español y bien nacido,  
y porque hoy la vi en Santiago  
y su nombre pregunté.

ISABELA. ¿Sabes su casa?

LUZMÁN. No sé

más que de mirarla pago;  
porque de su vista bella  
tal gloria me resultó,  
que a más valor me obligó  
del que he mostrado por ella.

ISABELA. ¿Y tú piénsasla servir?

LUZMÁN. Aunque caballero soy,  
en lugar humilde estoy  
para tan alto subir;  
que un rey, señora, es indigno  
de tan alto pensamiento.

ISABELA. Pues ¿qué harás?

LUZMÁN. Estar contento  
de ver su rostro divino.  
Miraré el sol desde lejos,  
los ojos y el alma en calma,  
y haciendo espejo mi alma  
a sus divinos reflejos.  
Sabré su casa, y allí  
alguna vez la veré,  
y en la estampa de su pie  
pondré la boca.

ISABELA. (¡Ay de mí!)

Dime, español, te suplico:  
¿en su casa qué has de hacer?

LUZMÁN. Como el pobre quiero ser  
que está a la puerta del rico,  
que viéndole tantas veces  
alguna se duele de él.

ISABELA. Aunque es rico, no es cruel.  
Limosna y piedad mereces.

LUZMÁN. Vos, señora, que me habláis,  
¿conocéisla?

ISABELA. Sí, muy bien.

LUZMÁN. ¿Sois deuda suya?

ISABELA. También.

LUZMÁN. También en deuda me estáis.  
El rostro quisiera ver.  
¿Parecéisle?

ISABELA. Sí parezco.

LUZMÁN. Pues si yo veros merezco,  
este bien me habéis de hacer.

ISABELA. ¿Y si te agrado?

LUZMÁN. Será

por pareceros a quien  
es mi remedio y mi bien.  
La Justicia suena ya.

Mirad si me mandáis algo.

ISABELA. Que en mi casa te defiendas,  
que al dueño le sobran prendas  
para guardar un hidalgo.

LUZMÁN. ¿Que entre dentro decís?

ISABELA. Si,  
que yo te sabré esconder.  
LUZMÁN. ¿Dónde?  
ISABELA. En mi alma ha de ser.  
LUZMÁN. Pues ¿quién me ha de hallar ahí?  
¿Sois vos Isabela?  
ISABELA. Soy.  
LUZMÁN. ¿Tanto bien he merecido?  
ISABELA. Entra, español bien nacido,  
y casa y alma te doy,  
que a quien defendió mi fama  
será de mi casa dueño.  
LUZMÁN. Será esclavo el más pequeño.  
ISABELA. De hoy más su dueño te llama.  
Así quiero que la pises.  
LUZMÁN. ¿Entro?  
ISABELA. Bien puedes entrar.  
LUZMÁN. ¡Qué bien la supe engañar!  
¡Malos años para Ulises!

(Vanse y sale BEATRIZ con manto.)

BEATRIZ. Aunque sobre la afición,  
si falta la libertad,  
se cansa la voluntad  
y se aflige el corazón.  
Afición tengo a Luzmán;  
mas como es recién nacida,  
de verme tan recogida  
melancolías me dan.  
Díome esta ropa y cadena;  
mas no me parece paga  
para que por ella haga  
el alma, que es propia, ajena.  
No hay perlas, plata ni oro  
que a la libertad se iguale;  
ser libre es joya que vale  
un infinito tesoro.  
Promete ser mi galán  
y que ser suya prometa;  
pero de verme sujeta  
melancolías me dan.  
Que mal aparté de mí  
mi antiguo amor sin razón,  
y aunque loco y fanfarrón  
no me sujetaba así.  
Y este arrogante mozuelo  
está de sí tan pagado,  
que piensa que no ha criado  
igual hermosura el Cielo.  
Todas me dice que están  
muertas en ver que me rindo,  
y yo, de verle tan lindo,

melancolías me dan.  
Creo que, pues he salido,  
ya no acertaré a volver.

(Sale OTAVIA con manto, y DEOFRIDO, gentilhombre.)

OTAVIA. De ti me vengo a valer  
en esta ocasión, Deofrido.  
DEOFRIDO. ¿Acudes al desdeñado  
cuando lo estás de tu bien?  
OTAVIA. ¿Desdeñado tú? ¿Por quién?  
DEOFRIDO. Responda el galán amado;  
Luzmán te responda, Otavia,  
por quien a todos nos dejas;  
a muchos con muchas quejas,  
pero a mí con mucha rabia;  
que habiendo dado el tributo  
de mis celos a tu amor  
y de mis años la flor,  
jamás he cogido el fruto.  
OTAVIA. Nunca de amor el efeto  
se ve en el favor tan bien,  
porque sólo en el desdén  
se conoce si es perfeto.  
Si desdeñado me adoras,  
agora lo pienso ver.  
DEOFRIDO. ¿Qué fe se puede tener  
de tus palabras traidoras?  
OTAVIA. Luzmán en mi casa entró  
hoy con este falso trato,  
diciéndome que a Leonato  
por mi servicio mató.  
Creílo, y para que huyese  
a Nápoles, le entregué  
mi cadena de oro, y fué  
para que nunca le viese;  
que el Alférez está vivo  
y yo muerta de pesar.  
DEOFRIDO. ¡Quién te pudiera mostrar,  
espíritu vengativo!  
Mas pues con lo que se quiso  
es la venganza crueldad,  
castigaré su maldad  
si de Luzmán tengo aviso.  
¿Qué hay más en esto que hacer.  
Dime, Otavia, lo que resta.  
OTAVIA. Espera. ¿Qué ropa es ésta  
que tiene aquesta mujer?  
¡Por el siglo de mi abuela,  
que es la mía!  
DEOFRIDO. ¿Cómo así?  
¿Conócesla?  
OTAVIA. Como a mí.



DEOFRIDO. Háblala, pues.

OTAVIA. Hablaréla.—  
¡Dios la guarde, reina mía!  
¿Qué aguarda en la calle?

BEATRIZ. Aguardo  
lo que he menester.

OTAVIA. (Ya tardo. *(Ap.)*)  
¡Qué flaqueza y cobardía!  
Mas no se me irá por pies  
ya que una vez la cogí.)  
Diga, ¿es extranjera?

BEATRIZ. Sí.

OTAVIA. Y aun esta ropa lo es.  
¿Costóle mucho la hechura?  
¡Por mi vida que es galana!

BEATRIZ. Váyase con Dios, hermana.

OTAVIA. Aun en armas, por ventura.  
Descúbrase a ver si es tal  
la hermosura como el talle.

BEATRIZ. No me destape en la calle,  
¿no ve que parece mal?

OTAVIA. Oiga, que trae cadena.  
¡Qué limpia y bien puesta viene!  
¿A ver el peso que tiene?

BEATRIZ. ¡Suelte!

OTAVIA. ¡Por mi fe que es buena!  
¿Qué tiene de oro?

BEATRIZ. ¡Ay, qué enfado!

OTAVIA. Llégate, Deofrido, acá.

DEOFRIDO. Cadena tenemos ya.

OTAVIA. Todo el galán se lo ha dado.

DEOFRIDO. ¿De veras?

OTAVIA. Como lo cuento.

[DEOFR.] Del español; lo adivino.

BEATRIZ. ¿Iréme ya mi camino?

OTAVIA. Espere sólo un momento.

¿Trae buenos bajos? ¿A ver?

BEATRIZ. ¡Ay, qué enfado! Suelte, amiga.

OTAVIA. ¿Amiga? Más enemiga,  
y aun hoy su muerte he de ser.

¿Quién le dió ropa y cadena?

BEATRIZ. Díomela cierto galán.

OTAVIA. ¿Y era, por dicha, Luzmán  
quien le dió cadena ajena?  
Desnúdese luego al punto.

BEATRIZ. ¡Que me roban! ¡Que me matan!  
¿Ansí una mujer maltratan?

DEOFRIDO. ¿Y la saya?

OTAVIA. Todo junto:  
manto y saya he de quitalle,  
para que el picaño entienda  
que tengo yo quien le ofenda.

BEATRIZ. ¿No hay gente en aquesta calle?

DEOFRIDO. Desnúdate ya, llorona,  
que te asentaré los cinco.

OTAVIA. De puro contento brinco.

DEOFRIDO. No hay en la calle persona.  
Si quieres desnudaréla  
hasta la camisa.

OTAVIA. Basta,  
aunque no es dama tan casta  
que la vergüenza le duela.—  
Dígale a Luzmán, señora,  
que Otavia la puso ansí.—  
Vamos de aquí.

DEOFRIDO. Ven tras mí.

OTAVIA. ¡Qué enfadada queda agora!

DEOFRIDO. “¡Ay, qué enfado! ¡Suelte, amiga!”

OTAVIA. Vente ya, que suena gente.

(Vanse DEOFRIDO y OTAVIA.)

BEATRIZ. ¡Cómo el Cielo justamente  
mi mal término castiga!  
Lo que tengo merecí,  
pues por un tesoro vano  
dejé el pájaro en la mano,  
cuya esperanza perdí.  
¡Buena he quedado! ¿Qué haré?

(Salen PATRICIO, viejo, marido de ISABELA, y EUGENIO, criado.)

PATRICIO. Cierta que el Embajador  
es hombre de gran valor.

EUGENIO. En su presencia se ve.

PATRICIO. De la honra que me ha hecho  
estoy muy agradecido.

BEATRIZ. Señor, por merced os pido  
cubráis mi desnudo pecho.

PATRICIO. ¿Qué es esto?

EUGENIO. Una hermosa dama  
desnuda, robada y sola.

PATRICIO. ¿Es francesa o española?

EUGENIO. Francesa.

PATRICIO. ¿Cómo se llama?

BEATRIZ. Beatriz me llamo, señor,  
aunque no es mi propio nombre.

PATRICIO. ¿Cuál fué el tirano, si es hombre,  
que hizo en vos tanto rigor?  
(¡Por mi vida, que no vi  
una mujer tan hermosa!)

BEATRIZ. Efetos de una celosa  
son éstos que veis en mí.

PATRICIO. ¿De celos, y mujer fué  
la que el vestido os quitó?

EUGENIO. Y pues que no la mató  
al Cielo obligada esté:  
que no hay venenosa fiera  
como la mujer celosa.

PATRICIO. (Con ella hiciera una cosa  
si Isabela no lo fuera.

EUGENIO. ¿Y es?

PATRICIO. Que la metiera en casa  
y la remediara allí.

EUGENIO. Mi señora viene aquí.

PATRICIO. Pues diréle lo que pasa.)

(Sale ISABELA.)

ISABELA. A daros cuenta, señor,  
vengo, más que a recebiros,  
de un suceso.

PATRICIO. Y yo a deciros,  
mi señora, otro mayor.

ISABELA. ¿Cómo?

PATRICIO. Esta pobre mujer  
a nuestra puerta han robado,  
y, si no os causa cuidado,  
la quisiera recoger,  
que es forastera y francesa,  
y me parece que es justo.

ISABELA. Siéndolo vuestro, es mi gusto.

PATRICIO. Eso es si acaso no os pesa,  
que de otra suerte no tengo  
obligación ni poder.

ISABELA. Basta la de ser mujer  
y el propósito a que vengo,  
que es a éste parecido.

PATRICIO. ¿Cómo?

ISABELA. Cierta gentil hombre  
mató en esta calle un hombre,  
o queda de muerte herido,  
y quiero que le amparéis  
en vuestra casa, si es justo.

PATRICIO. Tengo por ley vuestro gusto.  
¿Dónde está?

ISABELA. Aquí le veréis.—  
Llama a ese español.

EUGENIO. Ya sale.

LUZMÁN. Aquí estoy, señor Patricio,  
humilde a vuestro servicio,  
y de quien me ampara y vale.

PATRICIO. Gusto, español, de serviros  
en esta honrada ocasión.

ISABELA. ¿Francesa es vuestra nación?

BEATRIZ. Desdicha podré deciros.

ISABELA. ¿Quién os ha tratado así?

LUZMÁN. (¿No es Beatriz aquella, Cielos?)(Ap.)

BEATRIZ. Así me han tratado celos.  
(¿No es Luzmán el que está allí?)(Ap.)

ISABELA. No os aflijáis, que en mi casa  
no os ha de faltar remedio.

BEATRIZ. Ya, señora, estoy en medio  
del mal que el extremo pasa.

LUZMÁN. (¿Hay hombre más desdichado?  
¿Quién trajo a Beatriz aquí?  
Todo el remedio perdí  
por tanta industria ganado.)

PATRICIO. Entremos dentro y sabremos  
las historias de los dos.

LUZMÁN. (Afligido voy ¡por Dios!  
en medio de dos extremos.  
Mas quien a casos tan graves  
remedio sabe poner,  
¿qué puede agora temer?)  
Vamos.

PATRICIO. ¡Ay, ojos suaves!  
Hoy he metido en mi casa  
carcoma, fuego y polilla.  
Eugenio, la francesilla  
me desvanece y abrasa.

EUGENIO. (Mejor lo dirás por mí,  
que por ella voy sin seso.)

ISABELA. (¿Hay más extraño suceso?  
¡Luzmán, piérdome por ti!)

LUZMÁN. (¿Qué es esto, Beatriz?

BEATRIZ. ¡Traidor!  
¿Qué me preguntas qué es esto?  
Tu Otavia cual ves me ha puesto.

LUZMÁN. ¿Otavia? ¿Y tanto rigor?

BEATRIZ. Otavia, con su galán,  
por la ropa y la cadena.

LUZMÁN. No tengas, mis ojos, pena,  
que aquí mis brazos están.  
Hoy he muerto otro más bravo,  
y por eso estoy aquí.

BEATRIZ. ¿Qué piensas hacer de mí?

LUZMÁN. Ser, como hasta aquí, tu esclavo  
Entra, no nos echen menos,  
que hemos de salir medrados.  
¿Qué miras, ojos airados?

BEATRIZ. ¿Meréceslos tú serenos?  
¡Oh, traidor!

LUZMÁN. Anda, bobilla,  
que el viejo es rico y te adora.

BEATRIZ. ¿Cómo?

LUZMÁN. Oí que dijo agora:  
“Yo adoro la francesilla.”

BEATRIZ. Creo que tienes razón.  
¡Mi ventura lo quisiese!

LUZMÁN. ¿Querrásme a mí?

BEATRIZ. Aunque me pese.

LUZMÁN. Entra, y te daré lición.)

(*Vanse, y salen LOFRASO y TRISTÁN.*)

LOFRASO.

¿Puede, en la industria, comparalle el mundo  
con todos los que fueron celebrados  
en tiempo de Alejandro y de Semíramis?

TRISTÁN.

Deseo verle y ver en qué ha parado.

LOFRASO.

Hablando le vi yo con Isabela  
después que nos tiró las cuchilladas.

TRISTÁN.

Sin duda que la tiene ya rendida.

LOFRASO.

Tiene extremado talle y linda labia.  
Cicerón no le iguala en la elocuencia,  
ni en persuadir la lengua de Demóstenes.

TRISTÁN.

¡Qué sagaz, qué fingido, qué doblado!  
¡Qué astuto llega, pide, teme y ruega!  
¡Cómo muda el color! ¡Cómo le finge!  
¡Qué presto está colérico y turbado,  
y en qué momento afable, manso y blando!  
¡Cosa es de ver la vida de este mozo!  
¡Qué ricamente viste, come y gasta!  
¡Cómo juega tan pródigo y reparte  
lo que tiene entre todos sus amigos,  
sin que se le conozcan en su tierra  
dos florines de renta o patrimonio!

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

¿Hay cosa como verle sin dineros,  
y otras veces desnudo, y en un punto  
jugar, pedir prestado y no volverlo,  
tomar baratos, engañar mujeres,  
quitarles la sortija, la cadena,  
hasta el espejo donde está colgado,  
y que con todo le aman y le adoran,  
le visten, le desean y le buscan?

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

Pues verle andar con príncipes y grandes...  
Es cosa de locura lo que estiman

que hable, escriba o cuente alguna cosa;  
danle su mesa, asíéntanle a su lado,  
honralle (1) más que a un igual suyo pueden.  
Nunca le faltan cuentos, nuevas, fábulas,  
sucesos de Alemania, España y Flandes;  
sabe todas las damas de memoria,  
hasta las más ocultas alcahuetas;  
dice de las que tienen buenas partes  
y las que con secretas faltas viven;  
de su salud avisa a sus galanes;  
canoniza mujeres por discretas;  
la que está en su opinión, la tiene en Roma;  
la que llega de fuera, él la registra;  
no se hace fiesta donde no se halle,  
ni eternamente viste su medida  
y todo se le ajusta como propio.  
No come cosa que en la plaza compre;  
el rey no come con mayor regalo;  
es valiente, es galán, es estudiante,  
es hijo de quien quiere, y es tan noble,  
que a veces tiene don y a veces título.

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

¡Paso, que sale de la misma casa!

LOFRASO.

¡Y qué contento sale!

TRISTÁN.

Por extremo.

LOFRASO.

¡Qué fin tan triste a sus locuras temo!

(*Sale LUZMÁN.*)

LUZMÁN.

Hoy llega por la mar mi rota nave  
con el viento suave  
a la playa dichosa  
después de una esperanza trabajosa;  
hoy llego, en fin, al esperado puerto,  
por la fortuna de mi estrella incierto.  
La vela amainen mis deseos perdidos,  
cuélguense los vestidos,  
ofrézcase el milagro,  
cuya tabla a tu templo, Amor, consagro.  
Agora sí que en breve tiempo espero  
ofrecerte de cera un caballero.

(1) Así en el texto. Quizá deba decir "hónranle".



TRISTÁN.

Entre esos votos que al Amor ofreces,  
si acaso ya mereces  
el fin de tu esperanza,  
¿qué le das a Tristán?

LUZMÁN.

Su parte alcanza.

LOFRASO.

¿Y a Lofraso?

LUZMÁN.

También, que juntos fuistes  
los nortes que a la playa me trajistes.  
Hablé a Isabela y díjela que había  
muerto un hombre, y quería  
acogerme a sagrado,  
cuando Amor, en mi engaño disfrazado,  
entrándose en su pecho, me detiene,  
y a darme el alma con la casa viene.  
En ella estoy agora retraído,  
adonde su marido,  
aunque de esto me pesa,  
trajo también a mi Beatriz francesa,  
a quien, con celos y furiosa rabia,  
quitó la ropa y la cadena Otavia.

TRISTÁN.

¿Que Beatriz está aquí?

LUZMÁN.

Como lo cuento.

LOFRASO.

Y ¿qué te ha dicho?

LUZMÁN.

Intento

engañarla de nuevo.

Mas esto quede aparte, pues me atrevo  
a vivir por la mano de Isabela.

TRISTÁN.

¿Que, en fin, te quiere bien?

LOFRASO.

¡Brava cautela!

LUZMÁN.

Yo os diré de qué suerte, que ha querido  
que hoy mude de vestido,  
con más costosos trajes;  
lacayo me ha mandado traer y pajes,  
y para que caballo compre y tenga  
me ha dado aqueste plus.

LOFRASO.

¡Qué dulce arenga!

¿Eres tú el griego que, contando cuentos  
de tierra, mar y vientos  
(o parecerle quieres),  
engañaba los hombres y mujeres?  
¿Qué hechizo es éste de tu lengua sabia?

LUZMÁN.

Liciones son de la discreta Otavia.  
Partid los dos, pues que sabéis mi gusto,  
que solamente gusto,  
y para serlo muero,  
de parecer a todos caballero.  
Yo para reyací, sino que ha sido  
contraria estrella la que no ha querido,  
y no es posible, aunque a maldad responde,  
sino que un duque o conde,  
perdóneme mi padre,  
amores tuvo con mi hermosa madre;  
que de esta inclinación autor no fuera  
quien oficio mecánico tuviera.  
Partid, pues, juntos y traed criados  
de buen talle y honrados.

TRISTÁN.

¿A qué posada mandas?

LUZMÁN.

Adonde haya portal, patio y barandas;  
donde, cuando me vista, salga y vea  
regalar mi caballo.

LOFRASO.

¿Y das librea?

LUZMÁN.

Alquiladme la casa, traed la gente,  
que en eso brevemente  
mi sastre dará traza.

TRISTÁN.

Los dos, señor, iremos a la plaza.

LUZMÁN.

Mirad que don Luzmán he de llamarme,  
y aun quiero de una casa antigua honrarme.  
¿Cuál os parece noble allá en España?

TRISTÁN.

Dicen que de Alemaña  
los Guzmanes vinieron,  
que después Duques de Sidonia fueron.

LUZMÁN.

Guzmán es muy común.

LOFRASO.

Mendoza es bueno.

LUZMÁN.

Todo está el mundo de Mendozas lleno.

TRISTÁN.

En los Enríquez hubo reyes claros,  
de cuyos hechos raros  
hay llenas mil historias.

LOFRASO.

También de los Manriques hay memorias,  
si en historias reparas;  
que es sangre antigua los famosos Laras.

TRISTÁN.

¿Agrádante Toledos?

LOFRASO.

No lo ignores,  
porque de emperadores  
su decendencia tienen,  
que de Constantinopla a España vienen.

TRISTÁN.

¿Quieres Cerdas, Girones?

LUZMÁN.

¡En qué terrible confusión me pones!  
Ahora bien, yo me llamo...

TRISTÁN.

Escoge en todos,  
que vienen de los godos.

LUZMÁN.

Ya el nombre me alborozas.  
Don Luzmán de Toledo y de Mendoza,  
Girón, Enríquez, Lara.

LOFRASO.

¡Qué brava firma!

LUZMÁN.

Luego en esto para.

TRISTÁN.

Pues si otros nombres sobre limo (1) abarca,  
en papel de la marca  
habrás de hacer la firma.

LUZMÁN.

Ahora bien, en los cinco me confirma,  
y vete a lo que digo.

TRISTÁN.

Ven, Lofraso.

LOFRASO.

Hele aquí caballero.

TRISTÁN.

¡Extraño caso!

(Vanse TRISTÁN y LOFRASO.)

LUZMÁN.

¡Dichoso el bien nacido, el noble, el grande,  
que sin virtud hereda la nobleza,  
sin que del mar y tierra la aspereza  
ni los peligros de las armas ande.

No hay ley que a su grandeza se desmande,  
con ser de muertos padres su grandeza,  
y más si le acompaña la riqueza,  
porque entonces no hay rey que tanto mande.

Nacimos todos y vivimos todos  
hasta la muerte el tiempo permitido;  
pero por varios y diversos modos  
aquél busca el sustento y el vestido,  
y éste, porque deciente de los godos,  
es adorado y por señor tenido.

Mas el plazo cumplido  
se viene a conocer que el mundo yerra,  
pues que juntos los dos se vuelven tierra.

(Sale LEONATO y CAMILO)

LEONATO. Por el buen talle, Camilo,  
le conocí desde lejos.

CAMILO. Sus embustes y consejos  
desde hoy mudarán de estilo.  
Llegad alzando la espada.

LEONATO. Esa lición fuera buena  
si estuviera la cadena  
o la ropilla cobrada.

CAMILO. Vuestro es el sombrero y capa.

LEONATO. Todo el vestido es ajeno,  
y de más pedazos lleno  
que tiene líneas un mapa.

CAMILO. Pues hablalde.

LEONATO. Y es mejor.

CAMILO. No os engañe, que es astuto.

LEONATO. Conociéndole, es sin fruto.—  
¿Ah, gentilhomme?

LUZMÁN. ¡Oh, señor!

¿Es Leonato? ¿Es el espejo  
de los soldados de España,  
aquél en plaza y campaña  
blando y fuerte, mozo y viejo?  
¿Es el Alférez galán  
de que hay hoy tantos testigos

(1) Así en el texto. Acaso "sobrescrito".

que mató más enemigos  
que ha escrito versos Luzmán?  
¿Es mi amigo y defensor,  
y el que morirá por mí  
si se me ofreciese aquí  
cosa que toque al honor?  
¿Es de quien yo digo a todos  
su nobleza y cortesía,  
su ingenio y su valentía  
y que viene de los godos?  
¿Es quien, queriéndome honrar,  
digo yo que es mi pariente,  
y que es deudo y decendiente  
de la casa de Aguilar?  
¡Ah, qué padre que tuviste,  
príncipe, y qué mi señor!  
Toca, que te tengo amor  
sólo porque bien naciste.

LEONATO. (¿Qué os parece?)

CAMILO. ¿Yo no os dije  
que os había de engañar?

LEONATO. ¿Podráse aquesto cobrar?)

LUZMÁN. (¡Oh, cuánto el temor me aflige!)

LEONATO. (¿Qué he de hacer a un hombre hon-  
que me ha recebido así, [rado  
que quiere honrarse de mí  
y que es, como yo, soldado?

CAMILO. ¡Ta ta! ¿Aflojáis?

LEONATO. No sé,  
que sogá de ahorcado tiene.)

LUZMÁN. (Este con enojo viene;  
pero yo le aplacaré.)

CAMILO. (Dalde ya ¡cuerpo de tal!  
no os engañe con lisonja.)

LUZMÁN. ¿Tenéis una deuda monja  
en España, en Ciudad Real,  
que es una hermosa señora  
y la mayor conservera  
que tiene el mundo?

CAMILO. (¿Qué espera?

¿Por qué no le pega ahora?

LEONATO. ¿No veis que tiene buen talle?)

LUZMÁN. (El enojado es Camilo.

Quiero, por el mismo estilo,  
si puedo, desenojalle.)

¡Oh, buen Camilo; el mejor  
entre mil soldados grandes  
que, con el tercio de Flandes,  
mostró su esfuerzo y valor!  
Lo que hiciste en Anamur (1)

ya en verso lo pongo y trazo,  
porque no hay tu espada y brazo,  
Camilo, del Norte al Sur.  
¡Qué damas que allí tuviste!  
¡Qué amigos, dinero y galas!  
¡Qué juego! A Alejandro iguales  
en los baratos que diste.  
Aunque de mí no te acuerdas,  
te debo más de un doblón,  
que tienes real condición  
o que ganes o que pierdas.  
Pues al esguazar el río,  
y en el Rebelín, (1) ¿qué hiciste?  
CAMILO. (Digo que razón tuviste.  
Su amigo soy si él lo es mío.)  
LEONATO. Luzmán, si habéis menester  
alguna cosa, aquí estamos.  
CAMILO. (Que, en efeto, ¿así nos vamos?  
LEONATO. Pues ¿qué podemos hacer?)  
LUZMÁN. ¿Cómo menester? ¡Qué lindo!  
Vámonos a una hostería,  
cenaréis a costa mía  
y habéis de ver cómo os brindo.  
Aquí hay dinero.

LEONATO. Pues ¡alto!

Confírmese el amistad.

CAMILO. (Ya le cobro voluntad.)

LUZMÁN. Jamás de aquesto estoy falto;  
prestaré cuando se ofrezca.

LEONATO. (Digo que es el hombre honrado.)

LUZMÁN. Basta español y soldado,  
y que por vos lo merezca.

CAMILO. Mira, Luzmanillo, toca,  
que te quiero más que a mí.

LUZMÁN. Esto has de hacer, bobo, así,  
y mediréte la boca.

Si quieres lascivia, soy  
peregrino trujamán;  
si quieres andar galán  
te daré liciones hoy.

Por mi arancel, regla y tasa  
has de vivir desde hoy más.

CAMILO. Veamos lo que me das.

LUZMÁN. Hoy te enseñaré la casa,  
que es una perla de carne,  
que da gusto y colación.

CAMILO. ¿Tiénela alguien?

LUZMÁN. Un valón  
que la trajo de Viarne;  
mas alárgale la rienda.

(1) Namur.

(1) Será "rebellín".



CAMILO. ¿Que es francesa?  
 LUZMÁN. Francesita.  
 CAMILO. ¿Bonita, en fin?  
 LUZMÁN. Rebonita,  
 que no hermosura de tienda;  
 no hay más del agua del Tibre  
 y una brizna de color.  
 CAMILO. Buen gusto tienes y humor,  
 que de afeites Dios me libre.  
 ¿Es algo aquella tudesca  
 que anda por Roma en carroza?  
 LUZMÁN. Verdad es que es buena moza,  
 porque es colorada y fresca.  
 LEONATO. Vamos a cenar, Luzmán,  
 ¿En esa historia te metes?  
 LUZMÁN. ¡Cuál les llevo a los pobres!  
 pues la cena pagarán.)

(*Vanse, y sale FILIBERTO y LOMBARDO.*)

FILIBERTO. ¿Que viste, Leonardo, en fin,  
 la saya de mi francesa,  
 a una mujer que profesa  
 ruin trato y a un hombre ruin?

LOMBARDO. Conocíla en la color,  
 y, cuando cerca llegué,  
 por su dueño pregunté,  
 que fuera el callar mejor;  
 porque dicen que un Luzmán,  
 español, aragonés,  
 la quitó a cierto francés  
 y es ahora su galán,  
 y aquella dama, de celos,  
 la dejó en la calle así.

FILIBERTO. ¿Luzmán?

LOMBARDO. Sí.

FILIBERTO. ¿Y español?

LOMBARDO. Sí.

FILIBERTO. ¿Que tal permiten los Cielos!

LOMBARDO. Maltratóla y desnudóla,  
 que el galán la dió también  
 prendas suyas.

FILIBERTO. Eso, bien.  
 ¿Y esa ninfa es española?

LOMBARDO. Española, y de lo grave;  
 de toldo, estrado y tapiz.

FILIBERTO. Y ¿dónde quedó Beatriz?

LOMBARDO. Responde que no lo sabe.

FILIBERTO. El hombre que iba con ella,  
 ¿era español?

LOMBARDO. No.

FILIBERTO. Pues ¿qué?

LOMBARDO. Napolitano.

FILIBERTO. ¿Y que fué  
 con ella?

LOMBARDO. Y adora en ella.

FILIBERTO. Vamos a cobrar la saya.

LOMBARDO. ¡Necedad!

FILIBERTO. ¿Por qué?

LOMBARDO. Cobremos  
 tu dama, y después podremos.

FILIBERTO. Bastará que después vaya.  
 Dices bien. Mas dime: ¿dónde  
 podré hallar este Luzmán?

LOMBARDO. Españoles te dirán  
 dónde la tiene y esconde.  
 Vamos hacia su cuartel.

(*Sale TRISTÁN y un huésped, HOSTALERO.*)

TRISTÁN. De la casa me contento.

HOSTAL. Digo que tiene aposento  
 que el rey puede entrar en él.  
 ¿Y es el nombre?

TRISTÁN. Don Luzmán  
 de Toledo y de Mendoza.

HOSTAL. ¿Es título?

TRISTÁN. No le goza;  
 pero alimentos le dan.  
 Girón Enríquez y Lara  
 en su apellido también.

HOSTAL. Tantos no habrá dónde estén.

TRISTÁN. Uno es solo.

HOSTAL. Eso declara,  
 que ya estaba arrepentido  
 de haber el cuarto alquilado.  
 ¿Y agora es recién llegado?

FILIBERTO. ¿Has lo que dice advertido?)

HOSTAL. ¿Vendrá acaso a pretender  
 algún capelo?

TRISTÁN. Es seglar.

HOSTAL. ¿Seglar?

TRISTÁN. Sí.

HOSTAL. Pues no hay que hablar,  
 que por lo dicho ha de ser.

TRISTÁN. Quitaréis los dos florines.

HOSTAL. Sea. Llamarle podéis.

TRISTÁN. Para ir a misa tendréis  
 también un par de cojines.

HOSTAL. De terciopelo escogido.

TRISTÁN. ¿Qué color?

HOSTAL. Morado.

TRISTÁN. Bueno.

¿Sillas?

HOSTAL. Su aposento lleno.

TRISTÁN. Adiós.

HOSTAL. ¿Queda en lo que pido?

TRISTÁN. Digo que sí.

HOSTAL. Pues, adiós.

TRISTÁN. Ya lo más tenemos hecho.

FILIBERTO. ¡Dios os guarde!

TRISTÁN. (Este es, sospecho, el valón.) Así haga a vos.

FILIBERTO. Oí nombrar a Luzmán, a quien busco. ¿Sabéis de él?

TRISTÁN. Ahora estuve con él.

FILIBERTO. ¿Y vos servísle, galán?

TRISTÁN. Sirvole. ¿No lo habéis visto en la casa que alquilé?

FILIBERTO. Por eso os lo pregunté. (Todo el enojo resisto hasta saber lo que intento.) ¿Sabéis, acaso, si está con él una dama?

TRISTÁN. Ya... (Ya tengo entendido el cuento.)

FILIBERTO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Que ya no la tiene.

FILIBERTO. Pues ¿quién?

TRISTÁN. Cierta veneciano, de cuya avarienta mano procuralla no conviene.

FILIBERTO. ¿Por qué no, si es cosa mía?

TRISTÁN. Porque es un grande alcahuete que en su posada y retrete cien veces las vende al día, y en son de recogimiento lleva mil hombres allá; y ésta, como nueva, está por principal fundamento, que le ha valido en dos días gran suma de oro.

FILIBERTO. ¿Eso pasa?

¿Y sabéis, señor, la casa que encubre deshonoras mías?

TRISTÁN. Si os reportáis, sí diré. Esa es que enfrente está.

FILIBERTO. Lombardo, vamos allá.

TRISTÁN. ¡Lindamente le engañé! Liciones son de Luzmán.)

FILIBERTO. ¿Cómo se llama?

TRISTÁN. Patricio.

FILIBERTO. ¿Y que vive de ese oficio?

TRISTÁN. Vuestros ojos lo verán.

FILIBERTO. Id con Dios.

TRISTÁN. (Yo parto a ver si Lofraso halló criados.)

(Vase TRISTÁN.)

FILIBERTO. ¡Hoy, casa, hoy, cantos helados, de mi fuego habéis de arder!

LOMBARDO. Repórtate un poco, y mira que es bien saberlo primero.

FILIBERTO. Siendo daño que yo espero no es posible que es mentira. Y si esta casa no abraso es sólo porque deseo cobrar mi bien.

LOMBARDO. Bien lo creo.

FILIBERTO. Llama.

LOMBARDO. Llamo.

FILIBERTO. No tan paso. Echa esa casa en el suelo. ¿Ah de arriba?

ISABELA. ¿Quién da voces?

FILIBERTO. El honor, que no conoces, que baja en rayos del cielo.

ISABELA. ¿Si es loco? ¿Qué es lo que quieres?

FILIBERTO. ¿Dónde está aquel viejo ruin?

ISABELA. ¿Quién?

FILIBERTO. Patricio.

ISABELA. ¿Es Candia?

FILIBERTO. ¡Habla, infamia de mujeres!

ISABELA. ¡Jesús! ¿Qué es esto?

FILIBERTO. Estarás muy humilde a tus galanes y harás graves ademanes, y conmigo hablando estás.

(Sale PATRICIO.)

ISABELA. ¿Hola, criados?

PATRICIO. ¿Qué es esto? ¿Qué tenéis, señora mía?

FILIBERTO. Esto es lo que yo quería.

¡Dame a Beatriz presto, presto!

PATRICIO. ¡Ah, pobre loco!

FILIBERTO. ¡Alcahuete, que para venderla a ciento finges el recogimiento de tu posada y retrete! ¡Dame a Beatriz!

PATRICIO. ¡Es furioso que hay que escuchar! ¡Guardaos

FILIBERTO. ¡Dámela, viejo cruel, [de él] encubridor afrentoso!

ISABELA. Entraos y cerrad la puerta.

LOMBARDO. Ellos se han entrado ya.

FILIBERTO. ¿Cerraron?

LOMBARDO. Cerrado está.

FILIBERTO. Pues será a coces abierta.

LOMBARDO. Es muy fuerte y barreada,  
y con linda clavazón.

(EUGENIO, arriba, con agua.)

EUGENIO. ¡Ah, hermano loco! ¿Es mesón?

FILIBERTO. No, sino casa afrentada.

EUGENIO. ¡Agua va!

LOMBARDO. ¡Guarte!

FILIBERTO. Cogióme.

¿No hay justicia?

EUGENIO. ¡Guarda el loco!

Si aquí te esperas un poco

harás que un ladrillo tome.

FILIBERTO. ¡Ay de mí! ¿Qué me aconsejas?

EUGENIO. ¿Derribo edificio?

LOMBARDO. ¡Guarda!

FILIBERTO. Ya me voy, hombre.

EUGENIO. ¿Qué tarda?

FILIBERTO. Tardo en declarar mis quejas.

¡Muero por Beatriz! ¿Qué haré?

LOMBARDO. Estáte un poco, señor,  
y quitaránte el amor  
desde la cabeza al pie,  
si no es con algún ladrillo.

(Sale LUZMÁN.)

LUZMÁN. Cenando los dos están.

LOMBARDO. (Oye, ¿no es éste Luzmán?)

LUZMÁN. (Del cordel salté al cuchillo.

¡Vive Dios, que es Filiberto,  
a quien quité la mujer!)

LOMBARDO. (En las señas no hay que ver.

FILIBERTO. Él es, sin duda.

LOMBARDO. Él es, cierto.)

FILIBERTO. ¿No es Luzmán vuesa merced?

LUZMÁN. Para serviros lo soy.

FILIBERTO. Seguro, señor, estoy  
que me habéis de hacer merced.  
Topé con vuestro criado  
y por Beatriz pregunté,  
que hoy dicen que vuestra fué  
y que un viejo os la ha quitado,  
el cual es grande alcahuete,  
que para venderla aquí,  
con otras que tiene así,  
grande interés les promete.  
Esto supe del criado,  
y luego, sin más consejo,  
parto a disfamar al viejo.

LUZMÁN. Y qué, ¿habéisle disfamado?

FILIBERTO. Díjele toda su vida  
y por loco me dejó.

LUZMÁN. (¡Qué bien Tristán le engañó!  
¡Oh ciencia bien aprendida!)

FILIBERTO. De la ventana, en efeto,  
me han mojado, como ves.

LUZMÁN. Mal la casa conocéis.  
¡Oh, viejo astuto y discreto!  
Partid por un alguacil  
que con cuatro esbirros venga,  
para que castigo tenga  
su trato afrentoso y vil,  
que yo juraré lo que es.

FILIBERTO. ¿Juraréis?

LUZMÁN. Digo que sí.

FILIBERTO. Yo voy; esperadme aquí.

LUZMÁN. Otra burla habrá después.  
Todo me sucede a gusto.  
Yo nací con buena estrella,  
pues sola hablando atropella  
todo trabajo y disgusto.

(Sale LOFRASO con FABIO y TULIO, pajes, y PACHÓN,  
lacayo.)

LOFRASO. Aquí me dijo Tristán  
que la casa había de ser.  
Paso, que he acertado a ver  
a mi señor don Luzmán.

LUZMÁN. ¿Qué hay, Lofrasillo?

LOFRASO. Señor,  
los pajes traigo y lacayo.

PACHÓN. ¿Es caballo rucio o bayo,  
corvetero y saltador?  
¿Es rodado o es morcillo?  
¿Es turco o napolitano?  
¿Es cuadralbo o de una mano?  
¿Bebe con blanco? ¿Es rosillo?  
¿Tiene alguna enfermedad?  
¿Está de los cascos largo?

LUZMÁN. Buenos son; doite este cargo.

LOFRASO. Ea, los pies le besad.

FABIO. Deme vuestra señoría  
los pies.

LOFRASO. ¿Cómo has nombre?

FABIO. Fabio.

LUZMÁN. Levántate.

FABIO. Fuera agravio.  
Deja.

LUZMÁN. ¡Bien, por vida mía!

TULIO. Yo me llamo Tulio, y soy  
romano.

LUZMÁN. ¿Y vos, hombre honrado?

PACHÓN. Si es caballo doctrinado  
por menos partido estoy,



que cobra un hombre afición  
al ganado y compañía.  
TULIO. Pregunta su señoría  
el nombre.  
PACHÓN. ¿El nombre? Pachón.  
LUZMÁN. ¿De dónde sois?  
PACHÓN. Bergamasco.  
LUZMÁN. No era malo para un remo.  
¿Coméis formacho?  
PACHÓN. En extremo.  
LUZMÁN. ¿Bebéis bien?  
PACHÓN. Bien alzo un frasco,

que è gratato en macarrón,  
cancaro en li marioli,  
e su tuti li españoli  
fusin amazato... (1)

FABIO. Al son  
podéis bailar un poquito.  
PACHÓN. ¡Quién tuviera el almohaza!

(Sale el ALGUACIL con FILIBERTO y CORCHETES.)

ALGUACIL. Si aquesta prisión se traza,  
la opinión a todos quito.  
FILIBERTO. Aquí está quien bien lo sabe.  
ALGUACIL. Las de vuestra señoría.  
LUZMÁN. Bien vengáis ¡por vida mía!  
LOFRASO. (¡Qué bien que finge lo grave!)  
LUZMÁN. Apartaos aquí conmigo.  
(Sabad que aqueste hombre es loco.  
ALGUACIL. Yo lo he conocido un poco  
en lo que él habló conmigo;  
que si es Patricio este viejo  
que el necio alcahuete llama,  
de su república infama  
a Venecia el claro espejo.  
LUZMÁN. El mismo Patricio es,  
y a fe que ha de escarmentar;  
que en la cárcel ha de entrar,  
y en el cepo cuello y pies.  
Veis aquí cuatro florines.)  
ALGUACIL. Bueno, loco sois aquí.  
LUZMÁN. Asilde todos ahí.  
FILIBERTO. ¿A mí, villanos, rüínes?  
LUZMÁN. ¡Asilde, que está furioso!  
ALGUACIL. ¡Vaya a la cárcel!  
FILIBERTO. ¡Oh, perros!  
ALGUACIL. ¡Amansaránle los hierros!  
¡Tira!  
FILIBERTO. ¡Oh, español caviloso!  
ALGUACIL. ¡Entra!

FILIBERTO. ¡Oh, traición española!  
LOFRASO. ¿Qué es esto en que agora das?  
LUZMÁN. Allá después lo sabrás.—  
Llama al huésped.  
LOFRASO. Entra.  
LUZMÁN. ¿Hola?

ACTO TERCERO (1)

(Salen LUZMÁN y ISABELA.)

LUZMÁN. Si no eres mi propia vida,  
tu alma falte a mi alma,  
pues quedará muerta en calma  
estando a la tuya asida.  
No me pidas celos vanos,  
pues no hay razón que me acuse,  
que nunca en tu ofensa puse  
ni pensamientos ni manos.  
Si amor suelen engendrar  
las grandes obligaciones,  
por ésta y por mil razones  
te debo, Isabela, amar,  
y habiendo la que es mayor,  
¿para qué formar querellas?  
ISABELA. Amor que se engendra de ellas  
no puede llamarse amor,  
que parece que se funda  
en haber sido interés.  
LUZMÁN. Que aprovecha si después  
tan buen efeto redunda.  
Cuanto más que el mismo día  
que mi alma vine a darte  
no fué interés de tu parte  
sino afición de la mía.  
Si después tus buenas obras  
han conservado este amor,  
de que haya sido mayor  
injustas sospechas cobras.  
ISABELA. Las sospechas que he tenido  
son de que tu amor fingiste,  
pues de aquel hombre que heriste  
vivo ni muerto he sabido,  
ni te ha buscado justicia,  
ni he visto que se hable en ello.  
LUZMÁN. Que murió puedes creello,  
y lo contrario es malicia.

(1) Este pasaje, así en el original.

(1) Añade la impresión de la V. de Alonso Martín "del Caballero del milagro".

- Pero como era extranjero  
y Roma es grande, ocultóse,  
y esta sospecha acabóse  
con diligencia y dinero,  
que cualquier delito encubre.  
Mas si verme en la prisión  
te asegura el corazón,  
hoy la verdad se descubre;  
yo iré y diré que le he muerto;  
ya la información crearás,  
y así, para lo demás,  
me darás crédito abierto.
- ISABELA. Vuelve acá, hechicero mío,  
lengua de fuego que abrasa,  
que también por amor pasa  
antes del fuego este frío.  
Son las sospechas cición  
y el amor la calentura,  
que sólo un momento dura  
y para más fuego son.  
No quiero yo que me informes  
de tu afición con tu daño;  
o sea verdad o engaño,  
basta que estemos conformes.  
¿De qué sirve que me tuerzas  
el rostro enojado ahora?
- LUZMÁN. A tus agravios, señora,  
no tiene un Hércules fuerzas.  
Tus obras, para tu gusto,  
podrán muy bien sujetarme,  
pero no para agraviar me  
y en la opinión, que no es justo.  
Que si no tengo opinión  
con la persona que trato  
ese día seré ingrato  
a toda su obligación.  
Ello es que ya te has cansado,  
como, en efeto, mujer.
- ISABELA. ¿Agora querrás hacer  
del valiente y enojado?
- LUZMÁN. No ; por Dios ! ; pero es muy cierto  
que en loca esperanza estribo,  
pues que teniéndome vivo  
me preguntas por un muerto.  
Y ¿qué más muerto que yo  
si ya lo estoy en tu gusto?
- ISABELA. No has de mirar el disgusto.
- LUZMÁN. Pues ¿quién?
- ISABELA. A quien te le dió.
- LUZMÁN. ¿Quién me le dió?
- ISABELA. Mi sospecha,  
de un inmenso amor nacida.
- LUZMÁN. Para mi opinión perdida  
¿qué disculpa te aprovecha?  
Déjame ir.
- ISABELA. ¿Ya me quieres  
matar?
- LUZMÁN. ¿Yo a ti?
- ISABELA. Vuelve a ver.
- LUZMÁN. Queréis a un pobre tener  
muy sujeto las mujeres;  
que en dándonos cuatro blancas  
le queréis herrar los pies,  
y es porque milagro es  
en vosotras el ser francas.  
De cuanto los hombres dan  
¿es mucho que algo nos deis?
- ISABELA. Enojos darnos soléis  
como el que me das, Luzmán.  
Y ¿por qué dices de dar,  
que sólo [a] afrentarme vienes?  
Hoy dos mil florines tienes,  
en que hay largo que jugar.  
Digo tienes, que una llave  
sacó en cera donde están.  
A fe que triunfe el galán.  
Hágase agora muy grave,  
y desea ya cogellos  
para ir a buscar sus damas.  
¿Qué sirve andar por las ramas?  
Ya piensas lo que harás de ellos:  
estás diciendo entre ti  
que has de hacer y que has de dar,  
y no me quieres mirar.
- LUZMÁN. ¿Mirar? ¿Para qué yo a ti? (*Ríese.*)
- ISABELA. Ea, que te estás riendo.
- LUZMÁN. ¿Yo?
- ISABELA. Tú, pues.
- LUZMÁN. Míralo bien.
- ISABELA. Estos dos ojos lo ven.
- LUZMÁN. ¿Cuáles?
- ISABELA. Estos lo están viendo.
- LUZMÁN. ¿El uno o los dos?
- ISABELA. Los dos.
- LUZMÁN. No es posible.
- ISABELA. No porfies.  
Di que agora no te ríes.
- LUZMÁN. Dices la verdad ; por Dios !  
Ea, los brazos son tuyos.
- ISABELA. Luego irán de enfado llenos  
donde, de quien valga menos,  
gusten de abrazar los suyos.
- LUZMÁN. Basta, que te has enojado  
como me has visto rendido.

ISABELA. ¿Piensa él que no he sentido el enojo que me ha dado?

LUZMÁN. También tú te ríes agora.

ISABELA. ¿Yo?

LUZMÁN. Tú, pues.

ISABELA. Míralo bien.

LUZMÁN. Estos dos ojos lo ven.

ISABELA. ¡Ay, boca falsa y traidora! Dame esos brazos, acaba.

LUZMÁN. Yo no me vuelvo a enojar, porque era nunca acabar, que a fe que ya lo pensaba. ¿Qué se ha hecho la francesa?

ISABELA. ¿Duélete ahí?

LUZMÁN. No ¡por Dios!

ISABELA. Mirado os habéis los dos.

LUZMÁN. De que lo pienses me pesa.

ISABELA. Patricio la quiere bien.

LUZMÁN. Tendrás buen competidor.

ISABELA. ¿Y va adelante ese amor?

LUZMÁN. Y su locura también.

ISABELA. ¿Cómo?

LUZMÁN. Sacóla de aquí y en otra casa la ha puesto.

ISABELA. ¿Y tú tienes celos de esto?

LUZMÁN. ¿Patricio celos a mí?

ISABELA. Pues hale dado vestidos y joyas de mil ducados, escuderos y criados con raciones y partidos, y no digo que lo sé.

LUZMÁN. ¿Y quieres que esté celosa?

ISABELA. Digo que es extraña cosa que tan poco se te dé.

LUZMÁN. Como yo te tengo a ti, doile esta licencia a él, que no estoy celosa de él por que no lo esté de mí.

ISABELA. Siempre esta duda he tenido, por más valor que me cuenten, de mujeres que no sienten los celos de su marido.

LUZMÁN. Porque ¿cómo puede ser, si no es que tenga su gusto, que no le causen disgusto los celos a la mujer?

ISABELA. Pero propósito muda y ese escritorio me enseña.

LUZMÁN. Es fuerte como una peña.

ISABELA. El abrille pongo en duda.

LUZMÁN. Mal sabes mi buena maña.

ISABELA. Calla, que hoy la llave espero.

LUZMÁN. (Si pesco tanto dinero, *(Aparte.)* yo doy conmigo en España.)

(*Vanse, y salen LEONATO y CAMILO.*)

LEONATO. Desde la burla pasada no le he visto más, Camilo.

CAMILO. Yo le he visto hoy.

LEONATO. ¿Dónde?

CAMILO. Vilo dentro en su misma posada.

LEONATO. ¿Que posada tiene?

CAMILO. Bueno; yo le vi en un corredor, que no estuviera un señor de más arrogancia lleno.

LEONATO. ¿Cómo?

CAMILO. Estaba don Luzmán con su ropa de damasco, y un lacayo bergamasco sacando un potro al zaguán; algunos pajes allí y el caballero y todo.

LEONATO. ¿Que señor es de ese modo?

CAMILO. Quien tiene dineros, sí.

LEONATO. ¿De qué tiene éste dineros?

CAMILO. De milagro es lo que veis.

LEONATO. ¿Renta no le conocéis?

CAMILO. La de Adán, que es renta en cueros.

LEONATO. Pues ¿quién el milagro hace?

CAMILO. Algún ángel.

LEONATO. ¡Brava cosa!

CAMILO. O es juego o es dama hermosa.

LEONATO. Del uno o del otro nace. Pero a fe que ha de pagar la burla de la hostería; dijo que luego volvía al acabar de cenar. Creí que por dicha fuese su necesidad forzosa, o que por alguna cosa de dulce enviar quisiese, y agora está por volver.

CAMILO. No tener blanca sentí.

LEONATO. Pues no me sobraba a mí. La sortija quité ayer. Cortarle pienso la cara.

CAMILO. Yo una oreja.

(*Sale LUZMÁN.*)

LUZMÁN. ¡Gran ventura!

¡Oh, rueda en mi bien segura, con este milagro para!



Haz que venga bien la llave  
y que se saque el dinero,  
que para el paso que espero  
es epítima suave;

que si cojo tanta suma  
caballero voy a España.)

LEONATO. Será el caballo de caña  
y la esperanza de pluma.  
A él digo.

LUZMÁN. (¡ Oh, pesar de mí!  
¿ Qué tengo agora de hacer?  
Sigue el pesar al placer,  
y así me ha seguido a mí.)

LEONATO. ¡ Ah, mi señor don Luzmán  
de Toledo y de Mendoza,  
señor de potro y carroza!

LUZMÁN. ¡ Oh, Alférez fuerte y galán!  
¡ Vive Dios que en este punto  
de tu parte hablando estaba  
con Apolo, y que me daba  
su armonía y verso junto!  
Estaba haciendo un soneto,  
príncipe, en tu propio loor.

LEONATO. ¿ Pagar no fuera mejor  
la cena?

LUZMÁN. ¡ Oh, bravo concepto!  
¡ Oh, musas bien empleadas!

CAMILO. (¿ Qué aguardas que no le das?)

LUZMÁN. (¡ Oh, santo Apolo, que estás  
sobre las nubes doradas;  
si me ayudas, te prometo  
hacer un elogio cuando...)

LEONATO. Como nos dejó cenando,  
¿ qué digo?

LUZMÁN. ¡ Oh, bravo conceto!  
¿ Conceto? No dije bien.  
Conceto con p es mejor.

CAMILO. ¡ Ah, señor conceteador,  
escúcheme a mí también!

LUZMÁN. (Ya me ayudas, en efeto.  
Mira, Apolo, que son dos.)

CAMILO. (¿ Sacúdole?

LEONATO. ¡ No, por Dios!

CAMILO. ¿ Cómo no?)

LUZMÁN. ¡ Oh, bravo conceto!  
Ya el soneto es acabado.  
Oíd, que decirle quiero.

LEONATO. De risa ¡ por Dios! le espero.

CAMILO. (Otra vez nos ha engañado.)

LUZMÁN.

Leonato ilustré, valeroso armífero,  
contra el fiero cismático y herético

y contra el falso alárabe profético;  
alférez fuerte, capitán belífero.

Tú que el pendón católico y cristífero  
has puesto sobre el muro mahomético,  
honrando al suelo vandalino y bético  
de ingenios y armas fuerte y salútfiero.

Si a Carlos Quinto, príncipe invictísimo,  
la fama llega de tu esfuerzo bélico,  
verás de premios un inmenso cúmulo.

Serás en vida espléndido y riquísimo  
y en muerte, como a milite evangélico,  
dos mil banderas honrarán el túmulo.

LEONATO. (¿ No es lástima que se ofenda  
hombre de esta habilidad?

CAMILO. Por ella le haré amistad,  
y le quiero dar mi hacienda.)

LEONATO. Dadme, señor don Luzmán,  
un traslado del soneto.

LUZMÁN. Eres discreto, en efeto,  
y valiente capitán.—  
A su dama de Camilo  
haré un romance esta tarde.

CAMILO. (¿ A quién hay que no acobarde  
con este engañoso estilo?)  
Será la que prometía.

LUZMÁN. Esa yo te la daré,  
que faltar dinero fué  
dejaros en la hostería,  
y iba a buscarlo, en verdad,  
sino que una moza hallé,  
que a su casa acompañé,  
y es fuera de la ciudad.  
Pero agora, si tú quieres,  
te daré una aragonesa  
como un oro.

CAMILO. ¡ Buena es ésa!

LUZMÁN. Mujer tendrás, y mujeres;  
así sobrarán dineros  
como de este menester;  
hoy gozarás la mujer  
y mañana la harás fieros;  
que quiero que contribuya  
para tus galas y juego.

CAMILO. Pues vamos a verla luego.

LUZMÁN. Vamos, y dirá que es tuya,  
y aun cenaremos allá;  
pero fáltame dinero.

CAMILO. Darte dos escudos quiero.

LUZMÁN. No, no, que no faltará.

CAMILO. Yo gusto de que ella entienda  
que yo gasto.

LUZMÁN. Haces muy bien,  
que un hombre escaso también  
no hay cosa que más ofenda;  
y en viéndole liberal  
le adora toda mujer.  
Vamos, si la quieres ver.  
CAMILO. ¿Es bonita?  
LUZMÁN. Es celestial.  
CAMILO. ¿Vamos, Leonato?  
LUZMÁN. Y a ti  
¿no te ha de alcanzar del paño?  
LEONATO. Pues ¿no?  
LUZMÁN. (Ya trazo un engaño *(Ap.)*  
para apartallos de mí.)

(*Vanse, y salen ISABELA y TRISTÁN.*)

ISABELA. Darás este cofrecico  
y este papel a Luzmán.  
TRISTÁN. Mucho pesa.  
ISABELA. Pesarán  
las joyas que en él aplico,  
porque si no es seis camisas,  
no lleva otra cosa dentro.  
TRISTÁN. Aunque fuera de oro el centro  
mi lealtad en vano avisas.  
Soy hombre de bien y hidalgo,  
y de buena nación.  
ISABELA. ¿Quieres  
que le abra?  
TRISTÁN. ¡Extraña eres!  
¡Perdona! ¿Ofendite en algo?  
ISABELA. Tristán, cuando de mí quieras  
dineros o joyas de oro,  
verás si a Luzmán adoro  
y si te sirvo de veras.  
El día que en esto pruebes  
lo que yo te sé querer,  
verás que no he de creer  
que no has de hacer lo que debes.  
Toma en buen hora, y valiera  
este cofre mil ducados.  
TRISTÁN. Fueran seguros y dados  
como tu mano los diera.  
Voy a buscar, porque es tarde,  
a don Luzmán, mi señor.  
ISABELA. ¿Cierto quedas de mi amor?  
TRISTÁN. Sí quedo.  
ISABELA. El Cielo te guarde.  
TRISTÁN. Alúmbrete San Onofre,  
si acaso lo has menester.  
¿Qué puede dentro tener  
con tanto peso este cofre?

Pero lo que fuere sea;  
aquí he de ser montañés;  
porque gran bajeza es  
que le descerraje y vea.

(*Salen FILIBERTO y LOMBARDO.*)

LOMBARDO.  
¡Gracias a Dios que sales de ser loco! (1)

FILIBERTO.  
No lo tengas en poco haber salido,  
según era creído de la gente,  
por furioso impaciente. ¡Oh, cárcel dura!

LOMBARDO.  
¡Y qué fiera y oscura te la dieron!

FILIBERTO.  
Ya que me conocieron y el engaño  
tuvo su desengaño en dos amigos  
que fueron los testigos que abonaron  
mi crédito y juraron que era cuerdo:  
quiere el Cielo que pierda cuanto había  
sacado de Pavía.

LOMBARDO.  
¡Mal fracaso!  
FILIBERTO.  
No acierto a dar un paso sin dinero.

TRISTÁN.  
(¿No es éste el valón fiero del engaño?)

FILIBERTO.  
(¿No es éste aquel picaño españolejo  
que me dijo que el viejo era alcahuete?)

LOMBARDO.  
(¿Qué es aquello que mete en capa y cubre?)

TRISTÁN.  
(Si aquéste me descubre, yo soy muerto.)

LOMBARDO.  
Llega.

TRISTÁN.  
(Mi mal es cierto.)

FILIBERTO.  
¿Ah, gentilhombre?

Si es este vuestro nombre, ¿era yo acaso;  
tened, no os turbéis, paso; algún villano?

(1) El artificio de estos versos, como en otros ya señalados en el tomo anterior, consiste en rimar el primer hemistiquio de cada uno con el final del anterior. Ejemplo: "loco" y "poco". "salido" y "creído", "gente" e "imprudente", etc.

LOMBARDO.

Mete a la espada mano.

FILIBERTO.

Espera un poco.—

Y aquel que me hizo loco, ¿dónde queda?  
¿Qué es eso? ¿Trae moneda? ¡Suelte luego!

TRISTÁN.

Que no toquéis, os ruego, al cofre.

FILIBERTO.

¿Cómo?

LOMBARDO.

Dale con ese pomo en la cabeza.

FILIBERTO.

¡Qué donosa simpleza! ¡Que no toque!

LOMBARDO.

Sólo eso te provoque. ¡Suelta, diablo!

TRISTÁN.

(De turbado no hablo, ni aun acierto.)  
Escucha, Filiberto, si has pensado  
que Tristán te ha burlado, y dame albricias  
si acaso hallar codicias tu francesa.

FILIBERTO.

Segunda burla es ésta.

TRISTÁN.

Ven conmigo,  
y pondréla contigo en un momento.

FILIBERTO.

Si eso es verdad, no siento justa paga.

TRISTÁN.

Dame, cuando lo haga, el cofre.

FILIBERTO.

Digo

que es tuyo.

TRISTÁN.

Ven conmigo.

FILIBERTO.

Vamos luego.—

Dale el cofre.

LOMBARDO.

¿Estás ciego?

FILIBERTO.

Estoy perdido.

TRISTÁN.

(Si yo le cobro, gran ventura ha sido.)

(Vanse, y sale LUZMÁN con BEATRIZ.)

LUZMÁN. De que estés en tan buen punto  
por todo extremo me alegro;  
aquí tienes padre, y suegro,  
y marido, y galán junto;  
mas no te ponga en estrecho  
el viejo por interés;  
él te goce, mas después  
el que te diere provecho.  
Los que aquí a la puerta dejo  
son dos soldados Guzmanes,  
que serán buenos galanes  
para cuando falte el viejo.  
El uno es un rico indiano  
y el otro un aragonés,  
que hasta en cintas de tus pies  
cubrirá de oro su mano.  
El indiano te ha de dar,  
en viéndote, una cadena  
que trae al cuello, y es buena.

BEATRIZ. Ya los tardas en llamar.  
Siempre de ti sospeché  
que me habías de hacer gusto.

LUZMÁN. Que Luzmán te sirva es justo,  
y que provecho te dé.  
Pero ¡vive Dios! que estoy  
sin un cuatrín.

BEATRIZ. ¿Ya te pagas?

LUZMÁN. Cuando esto me satisfagas,  
¿no es más lo que yo te doy?  
Yo he de servirte adelante  
en cosas que importen más.

BEATRIZ. Toma; acaba.

LUZMÁN. ¿Qué me das?

BEATRIZ. Un doblón.

LUZMÁN. No hay para un guante;  
pero tú lo harás mejor.  
Yo los llamo.

BEATRIZ. Aquí te aguardo.  
Basta que el hombre es gallardo  
para correo de amor;  
pero es buen mozo en verdad  
y importante para mí,  
porque éste conoce aquí  
lo mejor de la ciudad,  
y es lo que yo he menester.  
Dichosa es aquesta casa,  
y más dichoso el que pasa  
si acaso me aciata a ver.  
Con todo eso, cierta amiga  
me la quiere zahumar,  
que sabe de santiguar



y hechiza, enamora y liga,  
que en la flaqueza que estamos  
con este censo se vive.

(Salen LEONATO y CAMILO.)

LEONATO. Pues ve y la cena apercibe,  
que con Beatriz te esperamos.

CAMILO. El deseo que he tenido  
de serviros, Beatriz bella,  
haciendo a Luzmán la estrella  
al puerto me ha conducido.  
Dadme esas manos.

BEATRIZ. Las vuestras  
os suplico que me deis.

(Salen FILIBERTO, TRISTÁN y LOMBARDO.)

TRISTÁN. ¿Beatriz es ésta que veis?

FILIBERTO. Beatriz es la que me muestras.

TRISTÁN. Dame el cofre.

LOMBARDO. Vesle aquí.

TRISTÁN. Adiós.

FILIBERTO. Vete en hora buena.

BEATRIZ. ¿Fuése Luzmán?

CAMILO. Por la cena,  
que ya dineros le di.

FILIBERTO. (¿No es éste, Lombardo, aquel  
con quien reñí?)

LOMBARDO. ¿Qué lo dudas?

Mas ya de color te mudas.

FILIBERTO. Y su amigo está con él.

Déjame hablar con la ingrata.

LOMBARDO. Danza de espadas tenemos.)

FILIBERTO. Yo soy. ¿De qué haces extremos?

¿Tanto ya el verme te mata?

Yo soy Filiberto, yo;

yo, cruel, el que dejaste;

yo, quien te quiso y burlaste

porque alma y vida te dió.

Yo soy aquel que por ti,

de celoso y de corrido,

loco he sido y preso he sido,

que hoy de la cárcel salí.

¿Qué quieres de mí, cruel?

¿Qué quieres de un hombre triste

a quien fe y palabra diste

de nunca apartarte de él?

Si acaso el quererte así

es injuria y amor furia,

con ésta venga tu injuria

y dame la muerte aquí.

Toma esta daga. ¿No quieres?

Pues piadosa no te nombres,

y mataránme estos hombres,

para quien piadosa eres.—

Ea, señores, matadme.

LEONATO. Tened la espada; estad quedo.

FILIBERTO. ¿De matarme tenéis miedo?

No he de defenderme. ¡Dadme!

CAMILO. Este soldado, señora,

os ama, y mucho ¡por Dios!

Ya le veis loco por vos,

justo es remediarle agora.

Ya ninguno ha de serviros

de los que estamos aquí.

FILIBERTO. Señores, rogad por mí.

LEONATO. Esto habemos de pedirnos

y no otra cosa.

BEATRIZ. Ahora bien,

yo veo que esto es razón;

él me tiene a mí afición

y yo obligación también.—

Si me perdonas te doy

los brazos.

FILIBERTO. Pues ¿eso dudas?

Circe, hoy en hombre me mudas,

que animal y piedra soy.

LEONATO. Las amistades son justas,

y yo soy testigo de ellas,

y con él hoy quiero hacellas.

CAMILO. Y yo, pues de hacellas gustas.

FILIBERTO. Amigo soy de los dos

y esclavo.

BEATRIZ. Con esto, entremos.

FILIBERTO. ¿Somos amigos?

BEATRIZ. Seremos.—

Adiós, mis reyes.

LEONATO. Adiós.

BEATRIZ. ¿Es Lombardo?

LOMBARDO. ¿No lo ves?

BEATRIZ. Dame esos brazos, amigo.

LOMBARDO. ¡Agora tierna conmigo!

Ahora bien, dame tus pies.

(Vanse, y queda LEONATO y CAMILO.)

LEONATO. ¿Qué buenos hemos quedado!

¡A fe que la moza es buena!

CAMILO. El hombre me daba pena,  
que es honrado y buen soldado.

LEONATO. Que no hay que disimular.

Picadillo estáis ¡por Dios!

CAMILO. Bien lo podéis estar vos.

LEONATO. Luego ¿no le he de buscar?

CAMILO. ¿A Luzmán? ¿Dónde?

LEONATO. En su casa,  
aunque más le valga Apolo.

CAMILO. ¿Pensáis vos hallarle solo?  
 Bien entendéis lo que pasa.  
 Más tiene de diez criados,  
 y cuando no, yo os prometo  
 que no le falte un soneto  
 de versos esdrújulados.

LEONATO. Si él me engañare, a mi daño.

CAMILO. Él os dirá su canción.

LEONATO. ¡Qué bien os cogió el doblón!

CAMILO. ¿Ya me fisgáis?

LEONATO. ¡Lindo engaño!

(*Vanse, y salen LUZMÁN y TRISTÁN.*)

TRISTÁN.

¿Tanto dinero en este cofre cabe?

LUZMÁN.

¿No ves que el oro siempre fué discreto,  
 que ocupa menos que metal ninguno  
 y hace poco ruido donde cae? (1)  
 Dos mil ducados, por lo menos vienen.

TRISTÁN.

Agora veo que Isabela es cuerda,  
 que no me dijo que era plata ni oro,  
 sino algunas camisas y aderezos,  
 aunque en el peso vi que me engañaba;  
 mas bueno hubiera sido que el soldado  
 se me hubiera quedado con el cofre.

LUZMÁN.

¿Que estuvo mi ventura en tal peligro  
 y que el valón no conoció la suya?  
 Agora digo que nació ese hombre  
 con desdichada estrella en triste signo;  
 pero pues ya, Tristán, la mar furiosa  
 de mis trabajos y fortunas varias  
 se queda tan atrás y gozo el puerto,  
 puerto dorado, rico y venturoso,  
 donde todas las piedras son escudos,  
 ya no es tiempo de andar en devaneos,  
 ni por esta ciudad sagrada y libre  
 bebiendo el viento tras mujeres locas,  
 cortesanos hinchados y avarientos,  
 sustentando la vida de milagros.  
 España, buen Tristán, *me fecit*, díome  
 la vida España y vi la luz del mundo  
 en la ciudad famosa de Toledo.  
 Allí quiero vivir; allí me parto;  
 con esto y con mi industria vivir pienso.  
 Compraré un caballo y un esclavo,

(1) En la impresión de la V. de A. Martin, "cabe".

y, procurando alguna mujer rica  
 para dichoso y santo matrimonio,  
 podré vivir, sin envidiar al príncipe,  
 en servicio de Dios, que es lo que importa.  
 Pillate este doblón, Tristán carísimo,  
 mientras que hallas otro mejor comodo,  
 y Dio ti guardi, que español lo sono  
 y mene vollo andar al país con questi,  
 belle fiorini. A reveder, Tristano.

TRISTÁN.

¿Búrlaste?

LUZMÁN.

¿Si me burlo? ¡Bueno es eso!  
 Despide esos lacayos y criados,  
 y di a Lofraso lo que tú quisieres;  
 que la mayor industria de las mías  
 es no gastar en locas necedades  
 un oro tan hermoso, limpio y rubio.

TRISTÁN.

Sospecho que te vas.

LUZMÁN.

Voime, sin duda.

TRISTÁN.

Luego ¿no volverás a la posada?

LUZMÁN.

¿A la posada yo? ¿Para qué efeto?

TRISTÁN.

¿Para qué efeto?

LUZMÁN.

A reveder, Tristano.

(*Vase LUZMÁN.*)

TRISTÁN.

¡Ah, infame, vil y mal intencionado!  
 Habiéndote servido en tu pobreza  
 en tu prosperidad me desamparas.  
 ¡Venganza venga sobre ti del Cielo!  
 Mas ¿qué mejor que la que yo imagino  
 que puede ser castigo de tus obras?  
 ¿De esto sirvió cubrir tus invenciones,  
 tus maldades, tus máquinas y ardides?  
 Esta sombra le cubre justamente  
 al hombre que se arrima a tan ruin árbol.  
 La casa de Isabela es ésta, y creo  
 que mi ventura la ofreció a mis ojos.

(*Sale ISABELA.*)

ISABELA.

Oí tus voces, Tristán, y salgo  
 a saber la ocasión por que te quejas.

¿Hante tomado el cofre por ventura?

TRISTÁN.

¡Pluguiera a Dios, pues que mayor lo fuera!  
 ¡Mira de quién te fías! ¡Mira el hombre  
 a quien le das tu hacienda locamente,  
 que, por cogerte como a boba y simple,  
 conmigo y con Lofraso aquella tarde  
 fingió las cuchilladas y el herido,  
 haciendo que los dos, para este efeto,  
 hablásemos en daño de tu honra!  
 Con lo que tú le has dado ha sustentado  
 infinitas rameras y alcahuetas,  
 siéndolo él de sus amigas mismas,  
 sin otras mil bajezas de su trato.  
 Ni es caballero, ni es hidalgo o noble,  
 sino un villano de una pobre aldea  
 que está dos leguas de la gran Toledo.  
 Eso de don Luzmán es risa y fábula,  
 que ni tiene Mendozas ni Girones,  
 y últimamente, en viendo el gran dinero  
 que agora en este cofre le enviaste,  
 se parte a España y, como ves, te deja,  
 y a sus criados tristes y a mí triste,  
 que con solo un doblón quiso pagarme  
 dos años de servicio y mil de afrenta.

ISABELA.

No digas más, Tristán, que pierdo el seso.  
 ¿Que el español se va? ¿Que al fin se parte?

TRISTÁN.

No ha querido volver a la posada  
 para partirse más seguramente.  
 ¿Has visto ingratitud como ésta?

ISABELA.

Calla,  
 no te enternezcas, que aunque yo pudiera,  
 por el amor que siempre le he tenido;  
 vence al amor la fuerza del agravio.  
 que a tanto agravio todo amor es poco.  
 Búscame algunos hombres de esa gente  
 que viven mal por Roma, y dales parte  
 del dinero que tiene en oro y joyas,  
 y la causa también por qué le tiene,  
 y di que libremente se lo entrego  
 si se lo quitan esta misma noche.

TRISTÁN.

¿Será posible hallarle?

ISABELA.

¿Quién lo duda?

Aquí los hostales de las postas.

TRISTÁN.

Dices, señora, bien. Con Dios te queda.

ISABELA.

Venme a contar después lo que pasare,  
 que en mi casa tendrás, Tristán amigo,  
 tú, y Lofraso también, partido y casa.

TRISTÁN.

¡Guárdete el Cielo, veneciana ilustre!

(Vase.)

ISABELA.

¡Ah, traidor español! ¡Ah, ingrato amante!  
 ¡Fingiste amor! ¡Por interés me amabas!  
 Matárame sin duda a no ser cierta  
 la venganza que espero. ¡Espera un poco,  
 mientras que yo, burlada, desespero,  
 que yo te haré matar, español fiero!

(Vase, y salen DEOFRIDO y OTAVIA.)

OTAVIA.

No pienses detenerme  
 con tus vanas retóricas, Deofrido,  
 que mientras Amor duerme  
 despierta la razón al justo olvido.  
 No he de amarte a despecho,  
 galán valiente y gusto sin provecho.  
 A Nápoles me lleva  
 el capitán que digo en viendo el alba.

DEOFRIDO.

¿Hoy quieres hacer prueba  
 de mi intención en tus agravios salva?  
 ¿Qué pensamiento es éste  
 que la vida permites que me cueste?

Conozco que soy pobre;  
 mas de esto poco un Alejandro he sido,  
 y no es razón que cobre,  
 para tan largo amor, paga de olvido;  
 que tales beneficios  
 desdicen de la fe de mis servicios.

De Luzmán te he librado,  
 y de Leonato, espadachín famoso,  
 mil celos he pasado  
 en el discurso de este mal forzoso,  
 y mil pesares justos,  
 justos, pues fueron por tan dulces gustos.

Y agora que he perdido  
 tanto tiempo y trabajo mal gastado,  
 me pagas con olvido.

¡Qué buena paga a mi servicio has dado!



OTAVIA.

Pues ¿qué he de hacer contigo  
si locamente tus intentos sigo?

¿No es mejor, como sabía,  
con aquesta ocasión darte de mano?

DEOFRIDO.

Es la mujer, Otavia,  
rey en servirse y en pagar tirano.  
¡ Bueno, por Dios, me dejas!

OTAVIA.

Injustamente de mi amor te quejas.  
¿Que quieres que te siga?  
Di, ¿qué quieres que haga?

DEOFRIDO.

¡ Ya te entiendo,  
ya te entiendo, enemiga!  
Que me case contigo estás diciendo.  
Si sólo en eso estribas,  
no quiero que de mí quejosa vivas.

Contigo he de casarme,  
que ya conozco que estas invenciones  
son red para engañarme.

OTAVIA.

Hoy cumplirás con mil obligaciones.  
Eso sólo quería.

DEOFRIDO.

Esta es mi mano, toma.

OTAVIA.

Esta es la mía. (1)

¿ Soy tu mujer?

DEOFRIDO.

Sí eres.

OTAVIA.

Pues entra, que aunque pobre me imaginas,  
todas esas mujeres  
de estrados, telas, ropas y cortinas,  
pueden ser mis criadas.

DEOFRIDO.

Tú sola, Otavia mía, tú me agradas.

(Vanse, y sale LUZMÁN.)

LUZMÁN. Ya las postas tengo habladas.  
Todo se va haciendo bien;  
pero impórtame también  
huír de aquestas posadas;  
que es en el hombre el dinero

veneno que trae consigo,  
y del más perfeto amigo  
hace enemigo más fiero.  
Pero yo ¿por qué ocasión  
quiero llevarlo en mi seno  
si es enemigo y veneno  
y no seguro el jubón?  
Porque si los coso en él,  
de este veneno el rigor  
pasará al pecho mejor  
que estando más lejos de él.  
Bueno es, si los trueco y cambio,  
llevarlo en papel seguro;  
pero dejállos procuro;  
bien hago, vayan a un cambio.  
Mas ¿cómo me he de ausentar  
de este divino calor  
que es para el vital humor  
epítima singular?  
¡ Oh, dinero! ¡ Qué bien dijo  
aquél que os llamó cuidado?  
Vaya conmigo a mi lado.  
¿De qué me temo y me aflijo?  
¿Qué haré yo en llegando a España?  
Triunfar, gastar, damas, juego.  
Tendré mil amigos luego,  
y el mayor que me acompaña;  
y como llaman indiano  
al que trato en Indias tiene,  
quien rico de Roma viene  
se ha de llamar el romano.  
Hablaré la lengua bien;  
diré fratelo, vitela,  
bela dona, cuesta y cuela,  
fanchulo y pillar también;  
diré de los cardenales,  
del papa y embajadores...

(Salen TRISTÁN y LOFRASO, LEONATO y CAMILO, con  
rodelas y máscaras en las manos, y pónenselas luego  
en saliendo.)

TRISTÁN. Vayan muy quedos, señores.

LEONATO. (Cúbrete, y no le señales.)  
¡ Suelta las armas, villano,  
o morirás!

LUZMÁN. (¡ Ah, fortuna,  
no hay hora en tu bien ninguna  
que no la enturbie tu mano!)

¡ Señores, no me matéis,  
que soy un pobre español!

CAMILO. Que ya le hemos visto al sol.

LUZMÁN. En fin, que me conocéis.  
Basta; veis ahí la espada.

(1) El texto dice "Y ésta es la mía"; pero el verso resulta largo.

LOFRASO. La capa suelte.

LUZMÁN. ¿También?

TRISTÁN. Jubón y grigüesco es bien,  
por que no le quede nada.

LUZMÁN. (¿Cómo esconderé el dinero?)

LEONATO. ¿Qué es lo que en el suelo echó?

LUZMÁN. Nada ¡por Dios!

CAMILO. ¿Cómo no?

Guarde los pies.

LUZMÁN. (Ya, ¿qué esperó?)

CAMILO. El dinerillo arrojaba.

LUZMÁN. ¡Señores, dadme la muerte!

LOFRASO. ¡Bueno queda de esta suerte!

TRISTÁN. Desnúdate presto. acaba.

LUZMÁN. Ya, señor, estoy desnudo.

Menos mal fuera morir.

LEONATO. Vámoslo luego a partir.

(*Vanse, y quede LUZMÁN desnudo.*)

LUZMÁN. En desesperarme dudo.

¡Venga la muerte! ¡Venga aquí una sogal

¿Posible es que en matarme se acobarda

mano tan desdichada y afligida?

¡Oh, fortuna, del mundo burladora!

¡Oh, vida de los hombres, sueño fácil!

Mas ¿ya qué me atormento? Aquesto es hecho.

Sin duda me espíaron los ladrones

cuando al maestro de las postas iba,

o cuando por señal le di el escudo.

¿Costóme este dinero algún trabajo?

Pues ¿qué he perdido en ello? ¡Oh, gran con-

En esto veo el buen ingenio mío. [suelo!

El que quiere vivir no se dé a penas,

que más vale la vida y más importa.

Isabela me dió aqueste dinero,

y cuatro tanto me dará Isabela.

Esta es su casa; llamo. ¡Ah de la casa!

Decirle quiero todo lo que pasa.

(*Sale ISABELA a la ventana.*)

ISABELA. ¿Quién es?

LUZMÁN. Luzmán soy, señora.

ISABELA. ¿Luzmán de noche en camisa?

LUZMÁN. (Ella se muere de risa  
de verme en camisa agora.)

ISABELA. No es posible que es Luzmán,  
sino alguno que me engaña,  
que está camino de España  
ese fingido galán.

Y ojalá que yo le viera  
para decille el concierto  
que hizo del paje muerto,

sus costumbres y quién era,  
que sé yo que es un villano  
y no Enríquez ni Toledo.

LUZMÁN. (Del todo perdido quedo.  
Todo mi negocio es llano.)

ISABELA. A los ingratos y ruines  
da el Cielo ese galardón.  
¡Bueno le han puesto al ladrón  
sus pajes y espadachines!  
Váyase a España, galán,  
con el oro de Isabela.

LUZMÁN. Como a noble es bien te duela  
la miseria de Luzmán.  
¡Mira que el llanto me ahoga!

ISABELA. Y es razón y justo celo.

Tome, amiga, ese consuelo.

LUZMÁN. ¡Vive Dios, que echó una sogal  
y que cerró la ventana!

¡Acabóse! ¡Yo soy muerto!

ISABELA. ¿Hola? ¿Eugenio? ¿Arcadio? ¿Al-

LUZMÁN. Gente llama la villana. [berto?

Huir quiero de la calle.

¡Ah, Dios! ¿Qué será de mí?

¡Pobre estoy! Así nació.

Ved mi arrogancia y mi talle.

Sin duda Isabela hizo

que me quiten el dinero.

¡Oh, mujer, animal fiero,

qué presto se satisfizo!

Pero aquí está la francesa,

que me podrá socorrer.—

¡Ah de casa!—Quiero ver

si de mi daño le pesa.—

¿Beatriz?

(*Sale BEATRIZ.*)

BEATRIZ. ¿Quién llama?

LUZMÁN. Luzmán.

BEATRIZ. ¿Aquí vienes? Tú eres muerto.

LUZMÁN. ¿Cómo?

BEATRIZ. Está aquí Filiberto.

Y a fe que vienes galán.

Contóme cómo le hiciste

prender por loco.

LUZMÁN. ¡Ay de mí!

¡Cierra!

BEATRIZ. ¿Cómo andas así?

¿Eres ánima?

LUZMÁN. ¡Y qué triste!

¡Bien se traza mi consuelo!

¡Buen camino mi bien lleva!

Sólo me falta que llueva

granizo y piedras del cielo.  
Mas Otavia vive aquí,  
que fué mi primero amor.—  
¡Ah de casa!—¿Qué rigor  
del tiempo me trata así?

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Quién llama a tal hora?

LUZMÁN. Yo.

OTAVIA. ¿Quién?

LUZMÁN. Luzmán, Otavia mía.

OTAVIA. ¿El caballero del día?

LUZMÁN. Abreme.

OTAVIA. No puedo.

LUZMÁN. ¿No?

OTAVIA. No, pues.

LUZMÁN. ¿Por qué?

OTAVIA. Estoy casada.

LUZMÁN. Y ¿con quién?

OTAVIA. Con Deofrido.

LUZMÁN. ¿Cuándo ha sido?

OTAVIA. Ahora ha sido.

LUZMÁN. Ya no hallo remedio en nada.

OTAVIA. ¿Hante robado?

LUZMÁN. Un traidor.

¿Tienes que me cubra acaso?

OTAVIA. Un caldero de agua.

LUZMÁN. ¡Paso!

OTAVIA. Adiós, señor nadador.

LUZMÁN.

Ya de todo remedio desespero;  
dando a mis enemigos mil venganzas,  
o aquesta noche me doy muerte o muero  
entre temores y desconfianzas.  
Pero volverme a mi posada quiero,  
que son ya las postreras esperanzas.  
Esta es la calle, y esta que veo enfrente (1)  
la casa en que me vi con fausto y gente.

Salí a caballo con lacayo y pajes  
¡oh, casa amiga, cuando Dios quería,  
y agora con afrentas, con ultrajes,  
entrar desnudo merecer querría!  
¡Que tan presto me subas y me bajas  
de un bien a tanto mal, fortuna mía!—  
¡Ah de casa!

(TRISTÁN arriba.)

TRISTÁN.

¿Quién es?

(1) Así en el texto. El verso es largo: deberá leerse "frente" y no "enfrente".

LUZMÁN.

Tristán amigo,  
Luzmán soy, tu señor.

TRISTÁN.

¿Quién?

LUZMÁN.

Luzmán digo.

TRISTÁN.

Pues señor don Luzmán Cerda y Toledo,  
Girón, Mendoza, Enríquez, ya es muy tarde,  
y ciertamente que bajar no puedo.

LUZMÁN.

¡Mira que me han robado!

TRISTÁN.

No me aguarde.  
Váyase a España a hacer algún enredo  
el ingrato, villano, vil, cobarde.  
"Píllate este doblón, Tristán carísimo."

LUZMÁN.

Abre, amigo Tristán, que estás bonísimo.

TRISTÁN.

"Y Dio ti guardi, que españolo sono,  
y mene vollo andar al país lontano."

LUZMÁN.

Abre, que todo aquesto te perdono.

TRISTÁN.

"Ojo el picaño: reveder, Tristano."

LUZMÁN.

Fuése, entróse, no hay más, está en su trono.  
Que tengo de irme a un hospital es llano.  
En sólo un pensamiento, si se advierte,  
rico y pobre me veo ¡ah, triste suerte!

De milagro al fin subí  
y por milagro bajé;  
grave ejemplo en mí se ve.  
¿Qué he de hacer, triste de mí?  
¡Ah, humilde fortuna y brava!  
A España quiero partirme,  
que en Roma podrán decirme:  
"Quien mal anda, mal acaba."  
Esto es más claro que el sol  
que este fin se me aguardaba,  
y aquí, senado, se acaba  
el arrógante español.

FIN



# COMEDIA FAMOSA

## DEL

# CASTIGO DEL DISCRETO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

|                              |                            |              |                         |
|------------------------------|----------------------------|--------------|-------------------------|
| RICARDO, <i>caballero.</i>   | ROBERTO, <i>su criado.</i> | ROBERTO (1). | FABRICIO.               |
| PINABEL, <i>su criado.</i>   | CASANDRA.                  | HIPÓLITA y   | FLORINO.                |
| LEONELO.                     | TEODORA.                   | INÉS.        | ALVAREZ.                |
| FINEO.                       | ALBERTO.                   | LISENO.      | [ <i>La JUSTICIA.</i> ] |
| LAMBINO.                     | PEREDO.                    | JULIO.       | [ <i>Un ESCUDERO.</i> ] |
| FELISARDO, <i>caballero.</i> |                            |              |                         |

### ACTO PRIMERO

(Salen RICARDO y PINABEL.)

RICARDO. ¿Que osaste dar el papel?

PINABEL. Pues ¿qué muralla asaltaba?

RICARDO. ¿Qué contradique pasaba?

PINABEL. Una condición cruel,  
que no hay muro en Flandes hoy  
con más defensas.

PINABEL. No creas  
en sueños si ver deseas  
lo mismo que viendo estoy.

RICARDO. Pues ¿qué ves?

PINABEL. Respuesta.

RICARDO. ¡Cielos!

PINABEL. ¿Hipólita respondió?

PINABEL. Si el sol entonces la vió,  
¿qué dudo que tenga celos?

PINABEL. No la vió el sol, que sería  
de noche cuando escribió,  
y entonces presumo yo  
que algún candil la vería.

RICARDO. ¡Lindo loco estás, por Dios!

PINABEL. Besar quiero, Pinabel,  
treinta veces el papel.

PINABEL. Bastará una vez o dos,  
que a una provisión real  
no se guarda más respeto  
y es todo un rey en efeto.

RICARDO. ¿Y este papel no es igual  
y alcanza la misma ley?

PINABEL. ¿Cómo?

RICARDO. Escrito de una reina  
que sobre las almas reina,

si en los cuerpos reina un rey.  
Mira, Pinabel; decir  
amores a mujer fea,  
¿cuál hombre habrá que no crea  
que luego se ha de rendir?  
Porque una fea imagina  
que si aquel hombre se va  
ninguno después vendrá,  
y así al primero se inclina.  
Pero una hermosa, que piensa  
que merece más y más,  
a todo el mundo verás  
que desprecia y hace ofensa.  
Y esta razón puede darse  
por qué tan presto se casan  
las feas y un siglo pasan  
las hermosas sin casarse.

PINABEL. ¡Vive Dios, que dices bien!

PINABEL. Que he visto mil hermosuras  
colgar del árbol maduras  
sin que una mano les den,  
y mil feas a quien dar  
remedio a uno se permite,  
por querer cualquier embite  
casarse por madurar.

RICARDO. Por eso estimo el papel,  
porque Hipólita se precia  
de hermosa.

PINABEL. Pienso que es necia.  
(*Lea el papel.*)

RICARDO. Eso veremos en él.

PINABEL. Y sabrémoslo por ella,  
si el rostro nos ha engañado.  
(*Lea otra vez el papel.*)

RICARDO. “¿Qué quiere un hombre casado  
con una mujer doncella?”

(1) Este ya le nombró antes.

PINABEL. ¿Cómo es eso?

RICARDO. ¡Vive Dios,  
que sabe mi casamiento!

PINABEL. Sobre un falso fundamento,  
¿qué podéis fundar los dos?

Tú casado, ella doncella,  
¿no es locura pretender  
el fin que no puede haber?

RICARDO. ¿Tú no ves que adoro en ella  
y que amor no se gobierna  
por discurso de razón?

(Salen LEONELO, FINEO y LAMBINO.)

LEONELO. (Deteneos, que éstos son.)

PINABEL. Si verla rendida y tierna,  
señor, te hubiera movido,  
a ella te aficionaras;  
mas no es justo si reparas  
en tanto desdén y olvido.  
Prosigue con lo demás.

(Mientras lee, dicen aparte los tres:)

FINEO. (¿Qué es lo que piensas hacer?)

LEONELO. Hablarle.

LAMBINO. No es menester,  
que habiendo de hacer jamás  
se ha de gastar tiempo en eso.  
Llegar sacudiendo es cosa  
muy airosa y venturosa  
para cualquiera suceso.

RICARDO. ¡Extraño papel!

PINABEL. Responde.

RICARDO. Ahora bien, hablarla quiero  
por la reja.

PINABEL. ¿Agora?

RICARDO. Sí.

Que traiga el caballo di  
Meneses, que aquí le espero.

PINABEL. Voy, señor, a obedecerte.

(Vase.)

LEONELO. (El criado le dejó.  
Esperad, llegaré yo  
[a] hablarle.

LAMBINO. El término advierte.)

LEONELO. En vuestra busca he venido.

RICARDO. ¿En qué os puedo yo servir?

LEONELO. En oírme.

RICARDO. Para oír  
me ha dado el Cielo un sentido  
con que suelo hacer merced  
a quien escucho. Si viene  
a lo que no me conviene...

LEONELO. Lo que os diere gusto haced,  
con tal condición que oigáis.  
¿Conocéisme?

RICARDO. Nunca os vi,  
con que ya sabréis de mí  
más de lo que preguntáis.

LEONELO. Pues un caballero soy.

RICARDO. Yo soy otro caballero.

LEONELO. Que haréis como tal espero  
en lo que a deciros voy.

RICARDO. Estragar la cortesía  
cuando se comienza a hablar,  
suele a no hacerla obligar.  
Perdonad ¡por vida mía!  
y decid en lo que puedo  
serviros.

LEONELO. Cierta mujer  
que adoro, que lo ha de ser  
mía...

RICARDO. Oíd, hablemos quedo.

(Salen FELISARDO, caballero, de camino, y ROBERTO, criado.)

FELISARDO. Según dice el sobrescrito,  
esta es la calle.

ROBERTO. Hay dos calles  
de este nombre.

FELISARDO. ¿Que no halles  
aquesta casa!

ROBERTO. ¿Es delito  
no hallar en Madrid, señor,  
gran corte del Rey de España,  
una casa?

FELISARDO. Es cosa extraña.

ROBERTO. Desde la calle Mayor,  
o la Vitoria lo menos,  
llaman la calle del Prado.  
Hasta el mismo yo he llegado  
a sus olmos, de hojas llenos,  
y no hay quien sepa decir  
adónde vive ese Alberto.

FELISARDO. Pues ¿qué he de hacer si no acierto?  
(Hablan los otros mientras éstos miran.)

LEONELO. Yo vi la ventana abrir  
y que Hipólita metió  
la mano y le dió un papel,  
flecha de celos cruel  
que el alma me traspasó.  
Seguí al criado, y llegué  
donde leyéndole estáis.

RICARDO. De que a Hipólita sirváis  
y que ella lugar os dé  
no tuve nueva hasta agora.

LEONELO. Ni yo de que a vos os quiera,  
pues os escribe.

RICARDO. No fuera  
justo que mujer que adora  
en vos, como me decís,  
a mí me tuviera amor.

LEONELO. Vos me habéis de hacer favor,  
si lo que es celos sentís,  
de mostrarme ese papel.

RICARDO. ¿Qué os muestre el papel?

LEONELO. ¿Es cosa  
muy grave y dificultosa?

RICARDO. Si al amigo más fiel  
le escondiera y le negara,  
¿no fuera notable error  
mostrarle al competidor?

FELISARDO. En esta gente repara.  
¿Por dicha sabrán quién es?

LEONELO. Vos me lo habéis de mostrar,  
o me tengo de matar  
con vos.

RICARDO. Ya sois descortés,  
y aunque no hay secreto en él,  
antes mostraros me agrada  
la hoja blanca de la espada  
que la escrita del papel.

LEONELO. ¡Mirad lo que hacéis!

RICARDO. No puedo  
sufrir término tan loco.

LEONELO. Ni yo estimarme en tan poco.

ROBERTO. ¿Es pendencia?

FELISARDO. Estate quedo.)

LAMBINO. (Ya han metido mano, llega.)

FINEO. ¡Muera el traidor!

FELISARDO. ¿Tres a uno?  
(*Llegan los dos, metiendo mano.*)  
Eso no, que mira alguno  
a quien la cólera ciega  
(*Pónese al lado de RICARDO.*)  
en viendo una sinrazón.  
Caballero, defendeos,  
que mi espada y mis deseos  
hoy de vuestra parte son.

LEONELO. ¿Qué hombre es éste?

ROBERTO. Un hombre honrado,  
¡perros!

FELISARDO. ¡A ellos, Roberto!

ROBERTO. Aquí estoy.

LAMBINO. ¡Ay, que me ha muerto!

ROBERTO. ¡Mueran!—Yo estoy a tu lado.

CASANDRA. Como no sabes la fuerza,  
Teodora, de un grande amor,  
que no hay valor que no tuerza,  
piensas que a tanto dolor  
propia condición me fuerza.  
Pues no es propia condición  
tener de Ricardo celos,  
que celos, Teodora, son  
unas sombras y desvelos  
de nuestra imaginación.  
¿No has visto cuando un pintor  
forma una ciudad en lejos?  
Pues así verás mejor  
que los celos son los lejos  
de las verdades de amor.  
Es la principal figura  
Amor en esta (1) pintura  
del lienzo de mi esperanza,  
y celos lo que no alcanza  
la vista entre niebla oscura.  
Aquel estar yo mirando  
si es ciudad o no es ciudad  
me mata, porque en llegando  
los celos a ser verdad,  
descansa el alma llorando.

TEODORA. De Amor y de sus pinturas,  
de sus cercas y sus lejos  
estoy, como ciego, a oscuras;  
mas si al mirar desde lejos  
forman los celos figuras,  
yo creo que al acercarse  
lo que ciudad parecía,  
vendrá por ventura hallarse  
una sombra en que podría  
el alma desengañarse.

CASANDRA. Pues en eso está mi daño:  
que los celos atormentan  
mientras que dura el engaño,  
porque en el punto se ausentan  
que los mira el desengaño.

TEODORA. ¿Qué recelo, qué ocasión  
te ha dado imaginación  
de que mi señor te ofende?

CASANDRA. Amor por señas entiende,  
que los celos mudos son.  
¿No has visto un mudo que hace  
señas? Pues señas me han hecho.

TEODORA. Y ¿qué dice Amor?

CASANDRA. Que nace

(1) En la edición de Barcelona, "Amor en que esta".

(*Vanse riñendo, y salgan CASANDRA y TEODORA.*)



de la traición de su pecho,  
que nuestra lealtad deshace.  
Si está Ricardo a mi lado,  
con poco gusto me mira;  
si ausente, está sin cuidado;  
si está acostado, suspira;  
si a la mesa, muestra enfado;  
si le digo amores, duerme;  
si me los dice, son hielos, (1)  
Teodora, estos mudos celos,  
ni yo a ti para entenderme.

TEODORA. Señora, tu discreción  
no permite a mi ignorancia,  
consejo en esta ocasión;  
mas siento que es de importancia  
no aventurar la opinión.  
Ya es tu (2) marido, en efeto;  
si a entender tus celos das  
vendrá a perderte el respeto,  
pues le muestra que no estás  
de ti misma en buen concepto.  
Aunque la pena te asombre,  
haz que el valor la reprima,  
que a la mujer de más nombre,  
en lo mismo que se estima,  
en eso la estima un hombre.  
No pidas celos; mas piensa  
que quien los (3) pide, ese día  
la vergüenza y la defensa  
quita y rompe al que tenía  
en duda el hacer la ofensa.

CASANDRA. Pues ¿cómo podré sufrir  
de la sospecha el rigor?

TEODORA. Con un honesto fingir.

(Sale PINABEL.)

PINABEL. ¿No vino acá mi señor?  
O ¿acaso ha vuelto a salir?

CASANDRA. ¿Dónde vas de aquesta suerte?  
Pinabel, ¿qué ha sucedido?

PINABEL. ¡Que en una ocasión tan fuerte  
faltase yo!

CASANDRA. Pues ¿qué ha habido?

PINABEL. No me atrevo a responderte.  
Voile, señora, a buscar.

CASANDRA. Primero me has de contar  
qué es lo que le ha sucedido.

PINABEL. Que tres hombres le han querido,  
según me han dicho, matar.

CASANDRA. ¿Está herido?

PINABEL. No, señora.

(Sale RICARDO.)

RICARDO. ¡Hola! Cerrad esa puerta.

CASANDRA. ¡Señor mío, en quien adora  
mi alma, ya estaba muerta!  
¡Vengáis, mi bien, en buen hora!  
¿Qué es esto? ¿Cómo o por quién  
mataros a vos?

RICARDO. ¿Tan presto  
os lo han dicho?

CASANDRA. ¡Ay, Dios, mi bien,  
en qué trance me habéis puesto!  
¿Queréis que una silla os den?  
¿Queréis algo? ¿Qué traéis?  
¿Estáis herido o cansado?

RICARDO. Paso, no os alborotéis.  
Ya queda todo acabado.

CASANDRA. ¡Por Dios, que me lo contéis!

RICARDO. Yo llegué, Casandra mía,  
a cierta casa de juego,  
donde hallé conversación  
seis o siete caballeros.  
Rogáronme que jugase;  
jugué por entretenerlos,  
que, por no darte disgusto,  
ha días que ya no juego.  
Gané quinientos escudos,  
enviaron por dineros,  
dije que yo volvería,  
mas fué por librarme de ellos.  
Con el gusto del ganar,  
que es dulce cosa en efeto,  
bajé a la calle del Prado  
libre de tal pensamiento.  
Vuelvo el rostro y veo tras mí  
venir tres hombres de aquellos  
que miran, juzgan y asisten  
en semejantes sucesos.  
Todos tres, con falsa risa,  
quitándose los sombreros,  
me dan, del haber ganado,  
mil parabienes diversos.  
Yo, con igual cortesía,  
sin cubrirme, lo agradezco;  
mas ellos me hacen cubrir,  
y así me dice el más necio:  
"Vuestra merced nos dejó  
de su valor satisfechos,  
y así a servirle venimos,  
y en toda ocasión lo haremos."

(1) Falta un verso a esta quintilla.

(2) En el texto, "su".

(3) En el texto, "quien no los", por errata.

Agora vamos a ver ciertas damas, sin dineros; vuestra merced nos los preste, que a la noche nos veremos.”

“Nunca doy de lo que gano —respondí a los tres riyendo—, fuera de la mesa o casa adonde otras veces pierdo. Allá nos podremos ver...”

Mas ¿por qué te canso en esto, pues se resuelve en que juntos mano a la espada pusieron? Tiranme todos, reparo, allí caigo, allí me tengo, que adonde el ánimo sobra suele faltar el aliento. En fin, los tres me mataran si no llega un forastero, ángel de mi guarda entonces, y por milagro del Cielo. No sé yo cómo te pinte este gallardo mancebo, su galán vestido y talle, su brío, su airoso cuerpo, con la gracia que la capa en el brazo revolviendo, sacó la espada y me dijo: “¡Animo, hidalgo, y a ellos!” Cumplió las obligaciones tan bien de ser caballero, del talle, el brío y las galas, que aunque lo posible hicieron los tres con mucho valor, si hay valor en tales pechos, quedó la calle por él y las espaldas volvieron. Cuando le quisiera dar debido agradecimiento, veo venir la justicia, envaino y la calle dejo. Diera, Casandra, mi hacienda; diera, si tuviera, un reino por saber quién era el hombre y servirle como debo. Y ¡vive Dios! que he de hacer tanta diligencia en esto, que le he de hallar y traerle donde conozca que tengo sangre noble que le dar, porque esta vida no puedo decir que esta vida es mía: después de Dios se la debo.

CASANDRA. A quien sois correspondéis en estar agradecido a quien la vida debéis. Gran peligro habéis tenido; bien será que descanséis.

RICARDO. ¿Cómo descansar? No creo que descansaré en mi vida si aqueste hidalgo no veo.

CASANDRA. Como en la corte resida, cumpliréis vuestro deseo.

RICARDO. ¡Qué talle! ¡Qué gallardía! ¡Qué buena presencia de hombre!

CASANDRA. ¿Que tan buen talle tenía?

RICARDO. Fuera de ser gentilhombre, mucho más lo parecía con las galas de camino y con la desnuda espada.

CASANDRA. A notable ocasión vino. Julia estuvo aquí enojada de esto del pleito de Urbino. Por vida mía, mis ojos, que en pasando estos enojos lo negociéis, pues podéis.

RICARDO. Digo que si fueran seis fueran de sus pies despojos. ¡Qué tajos! ¡Qué cuchilladas! ¡Qué estocadas! ¡Qué valor, y con qué pulso tiradas!

CASANDRA. No tratéis tanto, señor, de cosas que son pasadas. Mirad también que ha venido aquí a buscaros don Juan, y las cartas ha traído que esperaba el Capitán, y que ha de llevar Leonido.

RICARDO. Sin haber conocimiento, Casandra, ayudar un hombre, arguye buen nacimiento. Sólo con saber su nombre tuviera agora contento. Yo pienso que habrá salido alguno de ellos herido. Es imposible otra cosa. ¡Qué destreza tan airosa!

CASANDRA. ¡Por Dios, que venís perdido! Yo digo que un ángel sea y que es bien que agradezcáis la vida que os dió, y que crea que de la deuda en que estáis sabréis salir cuando os vea; pero entre tanto es razón que oigáis las cosas que son

de importancia y que yo os pido.

RICARDO. ¿Quién me decís que ha venido?

CASANDRA. Don Juan ¡extraña pasión!;  
y después con mil recados,  
porque se parte mañana,  
ha enviado sus criados.

RICARDO. ¡No tuviera yo una hermana  
con cincuenta mil ducados!

CASANDRA. ¿Para qué?

RICARDO. Para casalla  
con este hidalgo.

CASANDRA. ¡Qué bien!

TEODORA. ¡i Necedad!

PINABEL. Teodora, calla.)

RICARDO. Pues dime, Casandra, ¿en quién  
tan bien pudiera emplealla?

CASANDRA. En otros hombres que son  
de más prendas.

RICARDO. ¿Cómo prendas  
de mayor estimación?

¿Posible es que así le ofendas?

¿Eso es, Casandra, razón?

¿Por qué le quieres quitar  
a un hombre lo que merece?

CASANDRA. ¿Pues de eso te has de enojar?

PINABEL. ¿Mas que han de reñir?

RICARDO. Parece  
que te da, mi bien, pesar;  
que quisieras verme muerto.

CASANDRA. No, mi bien; Dios te me guarde.

RICARDO. Voy a buscarle.

CASANDRA. No acierto  
a servirte. Escucha.

RICARDO. Es tarde.

(Vase RICARDO.) (1)

CASANDRA. ¡Qué notable desconcierto!—  
Dame recado, Teodora,  
de escribir.

TEODORA. Ya voy, señora.

PINABEL. Oye primero.

TEODORA. ¿Hay criado  
del forastero alabado  
que tú me alabes ahora?

PINABEL. Puesto que criado había,  
no te le quiero alabar,  
que gran necesidad sería  
darte ocasión de pensar  
su talle y su valentía.  
Y de un hombre tan discreto

como es mi señor Ricardo  
me he espantado, te prometo,  
que alabe de tan gallardo  
un hombre extraño, en efeto.

TEODORA. La seguridad que tiene  
de la virtud y valor  
de mi señora a ser viene  
de ese recelo fiador.

PINABEL. Siempre el recato conviene.  
Alábale [a] una mujer  
la cara de Lucifer,  
y hará por verle un conjuro.  
Ningún discreto hay seguro,  
o lo ha de dejar de ser.  
Si una mujer se desalma  
de un antojo, y puesta en calma  
malpape o le ha de cumplir,  
también puede malparir  
su honor, que es hijo del alma.

TEODORA. Él sabe su gran lealtad. (1)

PINABEL. Muy necio estuvo, en verdad;  
mas ¿qué discreto se lee  
que sin puerta falsa esté  
de muy fina necesidad?

TEODORA. Confieso que necio ha estado.

PINABEL. Yo no te alabara un hombre  
temiendo darte cuidado,  
y soy un necio.

TEODORA. Ese nombre  
diste a mi señor prestado.

PINABEL. Después nos podremos ver,  
que me está llamando.

TEODORA. Vete, .

que alabar y encarecer  
es el más fino alcahuete  
de la más cuerda mujer,  
y aun hay mil que se previenen  
de no decir mal de un hombre,  
que también a amarle vienen  
pensando, por sólo el nombre,  
que es de envidia que le tienen.

(Vanse, y salen FELISARDO, ALBERTO, PEREDO y ROBERTO.)

ALBERTO.

El portador merece acogimiento  
por ser quien es, mejor que por la carta.

FELISARDO.

Bésoos las manos por merced tan grande.  
Vuestra nobleza suplirá mis méritos.

(1) "Y CASANDRA", añade el texto.

(1) En el texto, "verdad"; será errata.



ALBERTO.

Aquí dice mi primo, y lo pudiera excusar siendo vos quien la traía, que os regalemos y de ningún modo os dejemos posar fuera de casa, y así suplico la tengáis por vuestra.

FELISARDO.

Yo tengo ya posada conveniente al servicio que traigo y para el tiempo que he de estar en la corte, y así os pido no permitáis, Alberto, que os ocupe, que ya sé que sois hombre de negocios.

ALBERTO.

No tratéis de excusaros, que no puedo exceder de esta carta sólo un punto. Sé las obligaciones que allá os tienen y sé también que no querrá mi hermana que allá piensen que somos tan ingratos a muchos beneficios recibidos.— Llama, Peredo, a Hipólita.

PEREDO.

Ya sabe (1) que has tenido estas cartas, mas no el huésped.

ALBERTO.

Di que le venga a ver.

PEREDO.

Voy a servirte.

(Vase.)

FELISARDO.

Si no está su merced para que pueda besar sus manos, ya que estoy en casa, después habrá ocasión.

ALBERTO.

De cualquier modo habéis de conocer con el contento que os recibe esta casa, Felisardo, y suplico os dejéis toda sospecha de nuestra voluntad.

FELISARDO.

Perdón os pido si al favor que me hacéis me muestro escaso, que el no haberos servido no detiene de recibir merced.

ALBERTO.

Mi hermana viene.

(Sale HIPÓLITA.)

FELISARDO. Bésoos, señora, las manos.

HIPÓLITA. Por muy vuestra me tened.

FELISARDO. Más en hacerme merced que en la sangre sois hermanos. Suplícoos que me tengáis por muy vuestro y servidor.

HIPÓLITA. Pues que de vuestro valor con veros indicios dais, no para qué lo mostréis en palabras ni humildades.

FELISARDO. Para que diga verdades licencia darme podéis.

HIPÓLITA. Esta casa es vuestra ya; tratad los huéspedes de ella con más llaneza.

FELISARDO. (¿No es bella?

ROBERTO. Bella y de sazón está.

FELISARDO. ¡Vive el Cielo, que es gallarda cuanto en mi vida la vi!

ROBERTO. Ya no te echarán de aquí aunque te echen una albarda. Hazla alcorza ¡por tu vida!, pon el alma a derretir, porque aun antes de venir den prisa a nuestra partida. ¿Con qué estrella de manteca naciste al mundo tan blando?

FELISARDO. Quien al cielo está mirando y alaba al cielo, ¿en qué peca?

ROBERTO. Pues ¿quién es el cielo aquí?

FELISARDO. El rostro de esta mujer.

ROBERTO. ¿Su rostro?

FELISARDO. ¿Quiéreslo ver?

ROBERTO. Sí ¡por Dios!

FELISARDO. Escucha.

ROBERTO. Di.

FELISARDO. La luna es barba hermosa, sus labios Mercurio son, por su mucha discreción y retórica famosa; el cielo, de Venus es su lengua y del sol sus ojos al dios Marte, y sus despojos en sus blancos dientes ves.

ROBERTO. ¿En sus dientes?

FELISARDO. Sí, que son puntas de armas del dios Marte, y así está en aquella parte su cielo, y forma escuadrón Júpiter con sus mejillas

(1) En el texto, "sale", por errata.

de blanco y rojo matiz;  
Saturno está en su nariz.  
ROBERTO. ¡Qué notables maravillas!  
La Astrología le llama  
a Saturno cruel y airado;  
no es sin causa tan sonado  
si es la nariz de esta dama.  
El cielo de las estrellas  
¿adónde, estará?

FELISARDO. En su frente,  
siendo rayos de su oriente  
pestañas y cejas bellas;  
sus oídos son los polos.

ROBERTO. No digas más disparates.  
Aunque como tú la trates  
no serán aquestos solos.

FELISARDO. Necio, este mundo pequeño  
es cifra del superior,  
y no pienses que es error  
si en él al cielo te enseño;  
porque más que el cielo alcanza  
el alma que le ennoblece,  
que más que el cielo merece  
quien es de Dios semejanza.

ROBERTO. Si me llevas por ahí,  
son muy góticas mis letras.

FELISARDO. Pues si aquesto no penetras,  
déjame entenderlo a mí.

ALBERTO. Ese aposento es mejor  
por tener recebimiento.

ROBERTO. (Trazando están tu aposento.)

FELISARDO. Ya me le ha dado su amor.

ROBERTO. ¿Dónde?

FELISARDO. En sus ojos.

ROBERTO. ¿No escapas  
de abrasado?

FELISARDO. ¿Cómo?

ROBERTO. El sol.

FELISARDO. Serán del alma crisol.

ROBERTO. Toda la vista le tapas.

FELISARDO. Cuando algunos ojos miras  
¿no te ves allí?

ROBERTO. Sí veo.

FELISARDO. Pues de esa suerte deseo  
vivir allí. ¿Qué te admiras?

ROBERTO. Tuerta por fuerza ha de ser,  
o en las dos miras (1) ¡por Dios!,  
que han de verse o vivir dos;  
mas yo lo vengo a entender,  
que tú tendrás aposento

en un ojo y yo estaré  
en otro, y así podré  
darte respuesta al momento;  
que algunas veces me huelas,  
que no respondo, y te enojas,  
que las ¡holas! que me arrojas  
no hay mar donde tantas veas.

FELISARDO. ¡Bestia! En los ojos divinos  
de un ángel ¿inmortal velo  
quieres teñir siendo cielo?

ROBERTO. Si son cielos cristalinos,  
como espejos han de ser,  
que a cuantos miran retratan;  
que por eso ausentes matan  
los celos de la mujer.)

ALBERTO. Lo que es ropa blanca, dejo,  
Hipólita, a tu elección.

HIPÓLITA. Todas esas cosas son  
de tu cordura y consejo;  
mas lo que me toca a mí  
no es bien que te dé cuidado.

(Sale PEREDO.)

PEREDO. Aquí Ricardo ha llegado.

ALBERTO. ¿Por quién pregunta?

PEREDO. Por ti.

ALBERTO. ¿Sabes tú quién es?

HIPÓLITA. Yo, no.

ALBERTO. ¿Y tú?

PEREDO. Sé que es caballero.

ALBERTO. Di que entre.

FELISARDO. (Mi muerte espero.)

ROBERTO. Bravo flechazo te dió.)

(Sale RICARDO y PINABEL.)

RICARDO.

Después, ilustre Alberto, hermosa Hipólita,  
de besaros las manos, que es deseo  
que muchas veces he tenido, vengo  
a suplicaros que me deis licencia  
para que hable [a] aqueste caballero,  
según me han informado, huésped vuestro.

ALBERTO.

Vos la tenéis de hablarle, y juntamente  
de servirlos, señor, de aquesta casa.

RICARDO.

¿Conocéisme?

FELISARDO.

No sé que os haya visto.

RICARDO.

Dadme esos pies.

(1) En el texto "minas", por errata.

FELISARDO.  
¡ Señor!

RICARDO.  
Dadme esos brazos.

FELISARDO.  
Ya os conozco, si acaso no me engaño.

RICARDO.  
Yo soy a quien la vida agora distes;  
yo soy el que os la debe.

HIPÓLITA.  
(¿ Qué es aquello?

ALBERTO.  
Deben de ser amigos.)

FELISARDO.  
Yo quisiera  
valer entonces algo, que en serviros  
mi estrella me inclinaba.

RICARDO.  
De la mía  
estoy seguro que me obliga a amaros,  
aunque no hubiera deuda tan forzosa.—  
Señor Alberto, a aqueste caballero  
debo la vida, que de tres espadas,  
todas contra mi pecho, hoy me ha librado  
con el valor que su persona muestra.  
No lejos de esta calle me salieron  
tres enemigos; vió la infame hazaña,  
metió mano y libróme de tal suerte,  
que quedaron (1) los dos bien castigados.  
La obligación y la afición es tanta,  
que me fuerza a pedirlos seáis servido  
se sirva de mi casa todo el tiempo  
que tuviere negocios en la corte,  
para que acuda yo, con regalarle,  
a las obligaciones que le tengo.

ALBERTO.  
Señor Ricardo, Felisardo viene  
agora de Sevilla, y estas cartas  
no piden otra cosa, siendo el dueño  
la persona a quien más debo en el mundo,  
sino que en esta casa le regalen.  
Es imposible que yo os sirva en eso;  
otra cosa mandad.

RICARDO.  
Si no es posible  
que merezca la mía bien tan grande,

no os quiero replicar; pero os suplico  
le deis licencia para que la sepa.

ALBERTO.  
Eso es razón, pero volviendo juntos  
a cenar con Hipólita y conmigo.

RICARDO.  
Yo aceto la merced.

FELISARDO.  
Y yo, contento,  
voy a saber donde a serviros vaya.

ALBERTO.  
Yo quiero acompañaros.—Tú, entre tanto,  
harás el aposento como digo.

RICARDO.  
(¿ Has visto, Pinabel, por dónde el Cielo  
me trujo a ver y hablar mi hermosa Hipólita?

PINABEL.  
No ha de ser Felisardo buen tercero.

RICARDO.  
¿ Mírale?

PINABEL.  
Sí ¡ por Dios!

RICARDO.  
¡ De celos muero!

(*Vanse y queda HIPÓLITA, y ase de la capa a ROBERTO.*)

HIPÓLITA. ¿ Ah, gentilhombre?

ROBERTO. No sé  
cómo responda a ese nombre,  
porque no soy gentilhombre.

HIPÓLITA. Llegaos más cerca.

ROBERTO. Sí haré.

HIPÓLITA. ¿ Qué gente trae Felisardo?

ROBERTO. ¿ Para qué lo preguntáis?

HIPÓLITA. Para que en casa tengáis  
posada.

ROBERTO. Aguarde.

HIPÓLITA. Ya aguardo.

ROBERTO. Somos...

HIPÓLITA. A decir comienza  
qué gente.

ROBERTO. Es gran confusión.

HIPÓLITA. ¿ Cuántos, por mi vida, son?

ROBERTO. Tres pies y poca vergüenza.

HIPÓLITA. No entiendo.

ROBERTO. Pues no se asombre:  
tres criados y un rocín.

(1) En el texto, "quedar con", por errata.



HIPÓLITA. ¿Y es ese su nombre, en fin?

ROBERTO. En fin, es este su nombre.  
Poca vergüenza le llamo  
porque con cierto portante,  
sin mirar que voy delante  
de Felisardo, mi amo,  
diez y seis leguas camina  
de sol a sol sin vergüenza,  
que no hay viento que le venza.

HIPÓLITA. ¡Linda bestia!

ROBERTO. ¡Peregrina!

HIPÓLITA. ¿Es grande?

ROBERTO. Es largo de talle.  
Ayer, señora, pasó  
por Getafe, y pienso yo  
que es todo el pueblo una calle;  
mas la cabeza advertid  
lo que de largo tendría,  
que de la calle saldría  
al camino de Madrid,  
cuando aseguráros puedo  
que la cola aún no llegaba  
al lugar cuando aún andaba  
el camino de Toledo.  
Por dondequiera que fuese  
la gente de aquel lugar,  
no la dejaba pasar,  
y aguardaba a que saliese.

HIPÓLITA. ¿Son los criados así?  
Que no habrá casa en que estén.

ROBERTO. Grandecillos son también;  
pero no vendrán aquí.

HIPÓLITA. Ese rocín me alborota.

ROBERTO. El rocín no os dé pesar;  
de aposento le han de dar  
el juego de la pelota.

HIPÓLITA. ¿Qué trae más?

ROBERTO. Un papagayo  
y una mona harto famosa.

HIPÓLITA. ¿Cómo?

ROBERTO. Que no habla cosa  
y ella se come un lacayo.  
Mandada estaba ahorcar  
en Sevilla por la muerte  
de once niños.

HIPÓLITA. De esa suerte  
no tendremos que guardar.  
¿Es casado vuestro dueño?  
¿Vendrá su mujer acá?

ROBERTO. Ni es casado ni vendrá;  
no perdáis por eso el sueño.

HIPÓLITA. ¿Que no es casado?

ROBERTO. No a fe.

HIPÓLITA. Pues ¿por qué no se ha casado?

ROBERTO. Aún no se lo he preguntado,  
yo se lo preguntaré;  
demás, que él se halla mejor  
con engañar cuanto mira.

HIPÓLITA. ¿Cómo?

ROBERTO. Por lo que hoy suspira  
no tiene mañana amor.  
Es hombre que a diez escribe  
y requiebra a cuantas ve,  
busca siempre quien le dé  
y cuanto le dan recibe.  
En pidiéndole dinero  
dice que es necia y es fea,  
supuesto que un ángel sea.

HIPÓLITA. ¿Juega aqueste caballero?

ROBERTO. Este caballero juega.

HIPÓLITA. ¿Mucho?

ROBERTO. Lo que tiene y más  
lo que le prestan.

HIPÓLITA. (Jamás  
Amor a buen tiempo llega.  
¡Siempre con dificultades!  
¡Siempre con mil imposibles!)

ROBERTO. (Medios busca Amor terribles  
para juntar voluntades.  
Yo entiendo que éstos pretenden  
dar principio a un grande error,  
porque es una cifra Amor  
que cuantos la ven la entienden;  
pero yo haré de manera  
que no se encienda la llama.)

(Sale INÉS.)

INÉS. Tu hermano aprisa te llama.

HIPÓLITA. ¿Vino?

INÉS. No ha salido afuera.

HIPÓLITA. Mira, Inés, si ese criado  
te da alguna ropa.—Adiós.

(Vase.)

INÉS. ¿Qué ropa es ésta?

ROBERTO. ¡Por Dios,  
que no sois de mal hilado!

INÉS. ¿Eres tú de los que vienen  
con aqueste caballero?

ROBERTO. Suyo fui; mas ya ser quiero  
de ojos que tal gracia tienen.

INÉS. ¿Qué tiene por gracia de ellos?

ROBERTO. Aquel cierto no sé qué  
que entre las niñas se ve

INÉS. y está niñeando entre ellos.  
¿No sabe lo que ha de hacer,  
señor músico sin tiento,  
del rascativo instrumento?  
Irse al pesebre a tañer.

ROBERTO. Pues, señora fregatriz,  
¿ella no tañe también?  
cuando al plato, a la sartén  
le quita el negro barniz?  
Pues ¿cómo recibe así  
un caballero?

INÉS. ¿Qué es eso?

ROBERTO. Oiga, que no es mucho exceso  
decir lo que soy y fui.  
¿No llaman retratador  
a un pintor cuando retrata,  
tratante al hombre que trata,  
al que labra labrador  
y al que forja el hierro herrero?  
Pues al que trata en (1) caballos  
curalios y regalallos,  
le han de llamar caballero.

INÉS. Ahora bien, ¿qué ropa es ésta?

ROBERTO. Agora por ella voy.

INÉS. Pues agora no te doy  
de esa voluntad respuesta.

ROBERTO. Eres un oro de tibar.  
¿Querrásme?

INÉS. Si lo mereces.

ROBERTO. Mereceré treinta veces,  
que soy lacayo en almíbar.

INÉS. Quedo, amigo, y no se alcorce  
conmigo de esa manera.

ROBERTO. Adiós, señora platera.

INÉS. Adiós, señor (2) pan y catorce.

(Vanse. Sale FINEO y LEONELO.)

LEONELO.

¿Qué me dices, Fineo?

FINEO.

Lo que pasa,  
y que aquel hombre forastero  
que hirió a Lambino posa en esta casa.

LEONELO.

Mayor desdicha, mayor daño espero,  
que me dieron los celos de Ricardo.

FINEO.  
Bien dices, que es gallardo caballero.

LEONELO.  
No le he visto en mi vida más gallardo.  
¿Dijéronte su nombre?

FINEO.  
Sí dijeron.

LEONELO.  
Y ¿cómo se llamaba?

FINEO.  
Felisardo.

De Sevilla sospecho que vinieron  
él y otros tres, o deudos o criados.

LEONELO.  
Todos agüeros de mi muerte fueron.  
Pues que no siendo entonces agraviados,  
me vi tan cerca de perder la vida,  
entre sus brazos sin razón airados.

FINEO.  
Disculpa me parece conocida,  
un hombre defender que tres mataban.

LEONELO.  
Dicen que es peligrosa aquella herida. (1)

FINEO.  
Con gran sospecha de su vida estaban.

LEONELO.  
Ojalá que muriese, por que huyese.

FINEO.  
Con lástima notable le curaban.

LEONELO.  
Que muera o viva, mi remedio es ése  
para echarle de aquí.

FINEO.  
Su ropa es ésta;  
mira si es cierto.

(Sale ROBERTO, LISENO y FABRICIO con unas maletas.)

ROBERTO.  
Dijo que estuviese  
también su ropa aquí.

LISENO.  
¿Que con tal (2) fiesta  
le han recebido en casa de esta dama?

(1) En el texto, "traen". Corregido por la de Barcelona.

(2) Así en el original; pero, como el verso es largo, diría "seo".

(1) En el original, "vida"; pero es errata notoria.

(2) En el texto, "tu".

ROBERTO.  
El contento común lo manifiesta.

FABRICIO.  
¿Cómo se llama?

ROBERTO.  
Hipólita se llama.

FABRICIO.  
¿Es hermosa?

ROBERTO.  
Pregúntalo a tu amo,  
si no lo sabes de la misma fama.

LEONELO.  
¿Ah, hidalgo?

LISENO.  
¿Quién nos llama?

LEONELO.  
Yo los llamo.  
¿Quién es el huésped del señor Alberto?  
Oigan, su deudo soy, sus cosas (1) amo.

ROBERTO.  
(Este es de la pendencia.

FABRICIO.  
¿Cierto?

ROBERTO.  
Cierto.

FABRICIO.  
Pues hable y no te cause maravilla.

ROBERTO.  
Túvela por pensar que estaba muerto.)  
Este es un (2) caballero de Sevilla.

LEONELO.  
¿A qué viene a la corte?

ROBERTO.  
Sólo a vella.  
con algunos lugares de Castilla.

LEONELO.  
¿Qué tiempo, si sabéis, estará en ella?

ROBERTO.  
El que bastare para ver sus calles,  
con todas las demás grandezas de ella.  
Sus bellas damas de gallardos talles,  
el insigne Palacio, la Armería,  
templos, jardines, montes, prado y valles.

(1) En el texto, "casas".

(2) En ídem, "mi".

Al famoso Escorial irá algún día,  
al Pardo alegre, Aranjuez florido,  
que los huertos Pensiles (1) desafia.  
¿Qué otra cosa mandáis?

LEONELO.  
Agradecido  
estoy a la merced que me habéis hecho.

ROBERTO.  
(Cuanto me ha preguntado fué fingido.)  
Adiós.

LEONELO.  
Adiós.—Terrible mal sospecho;  
mas yo sabré fingir que es muerto el hombre  
de la estocada que le dió en el pecho.)  
¿Qué cosa habrá, Fineo, que le asombre  
mejor que la justicia?

FINEO.  
Yo te juro  
que le espante la sombra de su nombre.

LEONELO.  
Como se ausente quedaré seguro.  
¡Oh, sospecha cruel, oficios, celos,  
cárcel del alma, laberinto oscuro,  
infierno en obras y en el nombre cielos!

(Vanse. Sale FELISARDO, RICARDO, CASANDRA y TEODORA.)

FELISARDO. A tanta merced no puedo  
satisfacer sin quedar  
más obligado.

CASANDRA. Yo quedo  
tan vuestra, que de pensar  
lo que os debo tengo miedo;  
porque dar vida a Ricardo  
será, señor Felisardo,  
de inmortal obligación.

TEODORA. ¿Qué sientes?

CASANDRA. Que con razón  
le encarecen de gallardo,  
y luce mucho, en efeto,  
sobre tan gentil persona  
ser en extremo discreto.

TEODORA. Lo que Ricardo le abona  
le da valor, te prometo.

CASANDRA. Eso, Teodora, es error,  
que una cosa encarecida  
vista parece menor.)

RICARDO. Quedaos aquí ¡por mi vida!  
FELISARDO. Estimo tanto favor;

(1) "perfiles" en el original.



pero es la noche primera,  
que allá los pongo en cuidado,  
y descortés huésped fuera.  
Antes pienso que he tardado  
y que ya Alberto me espera,  
y así os suplico me deis  
licencia, que tiempo queda  
en que el favor que me hacéis  
recebir de espacio pueda  
y en esta casa me honréis.

RICARDO. Casandra, ya se nos va.

CASANDRA. Agravio nos hacéis ya.

FELISARDO. Ricardo sabe que es justo  
dar a mis huéspedes gusto.

RICARDO. Bien dice. obligado está,  
y fuera descortesía  
faltar a lo que es razón.

FELISARDO. Acá me tendréis un día.

CASANDRA. Conoced nuestra afición.

FELISARDO. Corra a cuenta de la mía.  
Adiós.

RICARDO. Con vos quiero ir.

FELISARDO. De aquí no habéis de salir.

RICARDO. Tengo allí cerca que hacer.

CASANDRA. Mirad que habéis de volver.

FELISARDO. Siempre os tengo de servir.

(*Vanse los dos.*)

CASANDRA. Si fuera mi condición  
como otras muchas, ligera,  
dado me había ocasión  
Ricardo de que pusiera  
en Felisardo afición.  
Sus hechos encarecidos  
pudieran causarme enojos,  
que a una voz de mis sentidos  
han confirmado los ojos  
lo que oí por los oídos.  
Mas yo fui siempre, Teodora,  
mujer que su honor adora,  
después del Cielo, de suerte  
que antes me diera la muerte.

TEODORA. Así lo entiendo, señora;  
pero no me negarás  
que gustas de hablar en él.

CASANDRA. El alma viéndome estás.  
Sólo aquesto diré de él,  
y no me preguntes más,  
que holgara de haber nacido  
sin tantas obligaciones.

TEODORA. Yo me acuerdo que has tenido  
otras veces ocasiones;

pero jamás te han vencido.

CASANDRA. Ni agora vencida estoy,  
que esta licencia que doy  
a los ojos no la he dado  
al cuidado, que el cuidado  
es honra, y honrada soy.  
Es gusto no más de ver  
hombre tan encarecido,  
que esto no puede ofender.

(*Sale ROBERTO.*)

ROBERTO. Ya se deben de haber ido.

CASANDRA. A una principal mujer.

ROBERTO. ¿Es ido ya mi señor?

CASANDRA. ¿Quién eres?

ROBERTO. Soy un criado  
de Felisardo.

CASANDRA. (El honor,  
Teodora, ha desafiado  
este mal nacido amor.  
¿No es bueno que me turbé  
así como el nombre oí?  
Responde que ya se fué.)

TEODORA. Tu señor se fué de aquí.

ROBERTO. ¿Sabes dónde?

TEODORA. No lo sé.

ROBERTO. Estánle aguardando allá,  
y él muy despacio se está  
en buena conversación.

CASANDRA. ¿Quién?

ROBERTO. Sus huéspedes.

CASANDRA. ¿Quién son?

ROBERTO. ¿Luego no lo sabéis ya?  
Alberto y un ángel bello,  
su hermana, [en] cuya belleza  
el fin del poder, el sello,  
echó la naturaleza  
desde la planta al cabello.  
Una mujer que es agravio  
llamarla mujer.

CASANDRA. Detente.

ROBERTO. Que hizo el pincel más sabio  
campo de jazmín su frente  
y como un clavel su labio.  
Yo soy un pobre escudero;  
mas ¡por Dios! que ya la quiero  
de suerte, que si igualara  
con su valor...

CASANDRA. Oye y pára,  
escudero o caballero,  
que es término descortés  
si está una dama presente,

no siendo propio interés  
 alabar la que está ausente,  
 fuera de que sé quién es.  
 Mas debe de haber venido  
 a casarse tu señor.

ROBERTO. Ni aun pensamiento ha tenido,  
 y de mi pasado error  
 humilde perdón te pido.

CASANDRA. ¿Hate dicho que le agrada?

ROBERTO. Que le agrada me contó.

CASANDRA. ¿La mujer o la posada?

ROBERTO. La mujer presumo yo,  
 y aun ella...

CASANDRA. ¿Qué?

ROBERTO. Está picada.

CASANDRA. ¿En qué lo has visto?

ROBERTO. Subiendo  
 esta tarde las maletas  
 me estuvo a solas diciendo  
 cosas; pero son secretas.  
 En fin, que es amor entiendo;  
 que yo bien sé qué es amor,  
 aunque me ves de este modo.

CASANDRA. ¿Es muy tierno tu señor?

ROBERTO. Oye, y pintaréle todo,  
 aunque grosero pintor.  
 Los ojos son de cristal,  
 cualquier luz entra sin mengua;  
 la boca es toda un panal,  
 cera el labio y miel la lengua.

CASANDRA. No le vas pintando mal.

ROBERTO. Sus dulces palabras son  
 vino santo y diacitrón;  
 sus requiebros son grajea;  
 sus pensamientos, jalea,  
 y almíbar su condición;  
 limas dulces y ponciles  
 sus blandos suspiros llama;  
 sus entrañas son pasteles,  
 donde es la carne su dama  
 y la hojaldre sus papeles.  
 Su corazón es ciruela  
 de Génova, y es su voz  
 ámbar que el gusto consuela;  
 su alma es papía (1) y arroz  
 con su azúcar y canela.

CASANDRA. Bien pintas a tu señor,  
 aunque entre lienzo grosero  
 más me parece, en rigor,  
 guisar como cocinero

que pintar como pintor.  
 Prometístele pintado  
 y hásmele dado guisado.  
 ¡Extraña ensalada has hecho!

ROBERTO. Sé que es bueno para el pecho  
 mejor que para mirado.  
 Pero licencia me da,  
 porque truje hachas y coche,  
 que en la calle esperan ya.

CASANDRA. Si le hablares esta noche  
 dile que esta casa está  
 muy a su servicio toda.  
 ¿Tu nombre?

ROBERTO. Roberto.—Adiós.  
*(Vase.)*

TEODORA. ¿Qué dice?

CASANDRA. Que se acomoda  
 y se trata entre los dos  
 aquesta noche la boda.

TEODORA. Ahí te duele.

CASANDRA. ¿A mí, por qué?

TEODORA. En tus ojos se te ve.

CASANDRA. Y aun en las obras se viera  
 si este honor lo permitiera.—  
 ¿Fuése el hombre?

TEODORA. Ya se fué,  
 y a fe que me ha contentado  
 la plática y el humor,  
 y que si hubieras pensado  
 querer bien a su señor,  
 que no era bobo el criado.

CASANDRA. Mucho tengo que te hablar  
 adonde estemos seguras.

TEODORA. Puedesme el alma fiar.

CASANDRA. ¡Villano Amor! ¿Qué procuras  
 donde no te dan lugar?  
 Mira que soy de Ricardo.  
 Si no es infamia, ¿qué aguardo  
 de un desatino tan cierto?)

TEODORA. (¿No tiene gracia Roberto?)

CASANDRA. ¡Muerta voy por Felisardo!

## ACTO SEGUNDO

del CASTIGO DEL DISCRETO.

*(Salen FINEO y PINABEL.)*

PINABEL. No está en casa mi señor.

FINEO. ¿Adónde hallarle podré?

PINABEL. No sé; mas pienso que fué  
 hacia la calle Mayor,

(1) En la impresión de Barcelona, "papin".

que allí, con los ginoveses,  
negocia algunas mañanas.  
FINEO. Que son amistades llanas  
querría que presumieses.  
PINABEL. Que sea o que no su amigo,  
te digo que no sé de él.  
¿Qué quieres?  
FINEO. Darle un papel.  
PINABEL. Ven a buscarle conmigo  
si no le fias de mí.  
FINEO. De ti le osara fiar;  
pero tengo de llevar  
respuesta.  
PINABEL. ¿Respuesta?  
FINEO. Sí.  
PINABEL. ¿Y no sabré yo también  
cómo tú vienes acá?  
Llévale el papel allá.  
FINEO. Sospecho que dices bien.  
Este es el papel; no tengas  
descuido en dárselo luego.  
PINABEL. Ve con Dios.  
FINEO. Esto te ruego,  
porque voy...  
PINABEL. No te detengas.  
FINEO. Allá con otro recado.  
PINABEL. Hoy de mi cuidado está cierto. (1)  
FINEO. Adiós.  
PINABEL. ¿Qué quiere encubierto  
este amigo disfrazado?  
Debe de pensar Leonelo  
que ha de vengar mi señor,  
como si perdiese honor,  
que de esto tendrá recelo,  
el haberle acuchillado  
con tal ventaja y traición:  
pero si amistades son,  
mejor es perder cuidado  
y acetar cualquier partido  
por que Casandra no entienda  
su liviandad.

(Sale TEODORA.)

TEODORA. ¡Que esto emprenda  
quien tiene honor y sentido!  
Pero ¿quién me pone a mí  
en cuidado de su honor?  
¿Adónde está tu señor,  
Pinabel?  
PINABEL. ¿Búscasle?

TEODORA. Sí.  
PINABEL. Yo lo mesmo. ¿No ha venido  
a casa?  
TEODORA. No ha vuelto más.  
PINABEL. ¡Qué descuidada que estás  
de mi abrasado sentido!  
¡Qué lejos de imaginar  
en lo que al alma le cuestas!  
¿Qué gargantillas son éstas?  
TEODORA. ¿No puede hablar sin tocar?  
PINABEL. Las manos, Teodora, son  
los ministros de los ojos:  
no recibas de esto enojos,  
y si erré, dame perdón.  
Luego que los ojos ven,  
las manos van a servir  
de señalar y decir  
lo que les parece bien.  
¡Bravos azabaches tienes!  
¡Bravas perlas y granates!  
TEODORA. Siempre con mil disparates  
a pedirme celos vienes.  
Mira que vengo de prisa  
y en tu busca.  
PINABEL. ¿Qué se ofrece  
en que te sirva?  
TEODORA. Parece  
que todo te mueve a risa.  
Pues mira que mi señora  
tuvo agora, Pinabel,  
de cierta amiga un papel,  
que le has de llevar agora  
al nuevo huésped de Alberto.  
PINABEL. ¿A Felisardo?  
TEODORA. Sí.  
PINABEL. Muestra.  
Y ¿quién es la amiga vuestra?  
TEODORA. Su hermana de Filiberto,  
que es, cual sabes, religiosa,  
y tiene que le vender  
ciertas camisas.  
PINABEL. Ayer  
supe que Hipólita hermosa  
le presentó una docena  
que de albas pueden servir  
al sol si quiere salir  
sobre jazmín y azucena.  
No vendrán a coyuntura.  
TEODORA. Dale el papel de tu mano,  
que es, cual sabes, sevillano,  
y las querrá por ventura;  
que allá es costumbre tener

(1) Sobra una sílaba: el "Hoy" probablemente.



muchas cualquiera persona,  
cuanto más a quien abona  
tanta gala.

PINABEL. Y ha de ser  
en bien de esa religiosa.  
Iréle luego a dar.

TEODORA. Pues no te has de descuidar,  
mira que es obra piadosa;  
y voime, porque sospecho  
que viene ya mi señor.

PINABEL. ¿Has de pagar este amor  
con que me abrasas el pecho?

TEODORA. Si traes de este papel  
respuesta, empeño estos brazos. (1)

PINABEL. Traeré mil respuestas de él.

TEODORA. Métele en la faltriquera  
no le vea mi señor.

PINABEL. En fin, ¿pagarás mi amor?

TEODORA. Quien bien ama bien espera.

(Vase.)

PINABEL. ¡Que no puedo convertir  
esta fregona a mi fe!

(Sale RICARDO.)

RICARDO. (Loco amor, ¿dónde hallaré  
a tal penar tal sufrir?  
¿Qué importa, Hipólita bella,  
representaros mi mal  
si sois mujer principal,  
yo casado y vos doncella?)

PINABEL. ¿Qué haces [aquí], Pinabel?  
¡Por Dios! que andaba a buscarte,  
que tengo un papel que darte.  
¡Válgate Dios por papel!

(Buscándole.)

RICARDO. ¿Sabes de quién?

PINABEL. De Leonelo,  
que aquí le trajo un criado.  
Lee en tanto que un recado  
doy a un ángel de tu cielo.

RICARDO. ¿Ángel de mi cielo? ¿A quién?

PINABEL. A Felisardo.

RICARDO. Pues parte,  
y, si la ves, de mi parte  
di mi amor a su desdén.

PINABEL. Voy, que es negocio de prisa.

RICARDO. ¿De quién?

PINABEL. De una religiosa.

RICARDO. ¿Es labor?

PINABEL. Es cierta cosa...

RICARDO. De lo que pasa me avisa.  
Si vieres mi sol...

PINABEL. Sí haré.

(Vase.)

RICARDO. ¿Papel de Leonelo a mí?  
¿Qué podrá decirme aquí?  
Disculpas de que amor fué,  
que ya yo sé que es amor;  
pero amor no ha de obligar  
a que me intente matar.  
¡Ay, Cielos, extraño error!  
Esta es letra, o estoy ciego,  
de Casandra, mi mujer.  
Pero ¿cómo puede ser?  
Ojos, la verdad os niego.  
¡Vive Dios que es letra suya!  
Pero ¿a qué efeto me escribe  
quien entre mis brazos vive?  
Traición, Pinabel, fué tuya.  
Mis amores le has contado.  
Yo apostaré que se ha ido  
con sus padres, y que ha sido  
de todos tres acordado  
que me escriba este papel.  
Quiero leerle. Dice así:

(Lee el papel.)

“Después que a Ricardo oí...”  
No habla conmigo en él.  
“Vuestras grandes alabanzas.  
Felisardo, estoy de suerte...”  
¡Cielos! ¿Qué es esto? Es mi muer-  
y el fin de mis esperanzas. [te  
“Que por más que he procurado  
que no me abraséis el pecho,  
más la resistencia ha hecho  
que viva el pecho abrasado.  
Culpa de Ricardo fué,  
porque, si a la mesa estaba,  
vuestras gracias me contaba,  
que de su boca las sé.  
Si en la cama, allí decía  
cosas que un hielo encendieran,  
y que poderosas fueran  
a abrasar la nieve fría.  
No me ha dejado vivir,  
comer, ni dormir sin vos...”  
A mí me culpa ¡por Dios!  
¡Qué bien lo sabe fingir!  
“Fatigábase en pensar  
que si una hermana tuviera

(1) Falta un verso a esta redondilla.

para mujer os la diera:  
yo me ofrezco en su lugar..."  
No puedo pasar de aquí.  
Las manos me están temblando.  
¡Cielos! ¿Qué lo estoy dudando?  
¡Muerto soy! ¡La culpa fui!  
Perdí mi honor; esto es hecho.  
Daréle mil puñaladas.  
Mejor fueran empleadas,  
pues fui la causa, en mi pecho.  
Su hielo pude encender.  
Segura Casandra estaba.  
¡Mal haya el hombre que alaba  
ninguna cosa a mujer!  
¿Qué me detengo en entrar?  
Con esta punta cruel  
en su pecho este papel  
lo tengo de trasladar.  
¡Válame Dios, qué de cosas  
se me ofrecen! Mas pues fui  
causa, como dice aquí,  
de hazañas tan afrentosas,  
bien sabré buscar un modo  
de diferente castigo,  
pues en público me obligo,  
Cielos, a perderlo todo.  
Porque si a Casandra mato,  
¿qué causa tengo de dar,  
si no es el papel mostrar  
en que a mi honor soy ingrato?  
Pues he de andar de hombre en hom-  
mostrando que le alabé [bre  
el hombre que causa fué  
de la afrenta de mi nombre.  
También culpa me darán,  
fuera de perder mi honor,  
y en la justicia, en rigor,  
tampoco le admitirán,  
que no permiten las leyes  
su muerte por un papel,  
que por dolor más cruel  
dieron licencia los reyes.  
¡Qué confusión! ¡Qué quimera!  
Ya no he de hacer cosa honrada,  
que se resfría la espada  
cuando el fin se considera.  
Mas ya que no fui discreto  
en alabar a mi amigo,  
ser discreto en el castigo  
a todo el Cielo prometo.  
Casandra no me ha ofendido  
más que en pensar mi deshonra;

hasta agora estoy con honra,  
cuanto a no haberla perdido.  
Pues matarle el pensamiento  
será grande discreción,  
que después habrá ocasión  
de impedir mi casamiento.  
Ya Pinabel vuelve aquí.—  
Mil años ha que te aguardo.  
¿Has hablado a Felisardo?

(Sale PINABEL.)

PINABEL. Llegué y el papel le di;  
pero de casa salía  
y detenerme no pude.  
RICARDO. (Dios mis principios ayude.)  
Perro infame, afrenta mía  
(Saca la daga.)  
¿quién te ha dado este papel?  
PINABEL. ¿Qué papel?  
RICARDO. El que me has dado.  
PINABEL. Señor, díomele un criado  
de Leonelo.  
RICARDO. Pinabel,  
ya no es tiempo de mentir.  
El alma en la boca tienes.  
PINABEL. ¿Ese premio a darme vienes  
después de tanto servir?  
¿Qué ofensa te hice en darte  
lo que cerrado te di?  
RICARDO. ¿Criado papel a ti?  
¿Has estado en otra parte?  
¿Hante dado otro papel?  
PINABEL. Teodora el papel me dió  
que di a Felisardo yo.  
RICARDO. ¿Juntaste aquéste con él?  
PINABEL. Metíle en la faldiguera  
adonde el otro tenía.  
RICARDO. (¡Dios vuelva por la honra mía!)  
PINABEL. El papel me dijo que era  
de una cierta religiosa  
que unas camisas vendía.  
Troquélos, y eso sería.  
¿Tienes contra mí otra cosa?  
RICARDO. Este papel que me has dado,  
míralo, que fío de ti,  
es de Casandra.  
PINABEL. ¡Ay de mí!  
RICARDO. Tú naciste hidalgo honrado  
en tierra donde jamás  
hombre desleal nació;  
mi vida y honra eres.  
PINABEL. ¿Yo?

RICARDO. Tú.

PINABEL. ¿De rodillas estás?  
Alzate, señor, del suelo.

RICARDO. ¡Duélete de mí!

PINABEL. Señor,  
si yo te fuere traidor  
pártame un rayo del cielo.  
A Guipúzcoa no han llegado  
ni aun señas de la traición.  
RICARDO. Nobles y hidalgos son.  
Tú harás como hombre honrado.  
Casandra, de oír loar  
a Felisardo, le escribe  
que loca amándole vive  
y que le espera gozar.  
¿Puede decir un señor  
más que esto a un hombre de bien?

PINABEL. Fuera de callar, ¿también  
querrás que vengue tu honor?

RICARDO. ¡Ay, Pinabel, pues yo fui  
causa de este infame efeto,  
sea el castigo discreto.

PINABEL. ¿De qué suerte?

RICARDO. Escucha.

PINABEL. Di.

RICARDO. Yo le tengo de quitar  
a Casandra ese deseo  
sin perder amor.

PINABEL. Bien creo  
que lo podrás remediar;  
y si fueses tan discreto  
que sin sangre lo alcanzases,  
no dudes de que enseñases  
a castigar con secreto.  
El matar una mujer,  
puesto que al honor deleite,  
es hacer la sangre aceite  
y la deshonra extender.  
No hagas tal, que los discretos  
que han sido tan desdichados  
salen bien de esos cuidados  
con ciertos polvos secretos.

RICARDO. Yo he pensado responder  
a este papel y fingir  
que el hombre vuelve a escribir  
y que la quiere querer;  
pues no ha visto letra suya,  
creerá que es suyo el papel.

PINABEL. Crecerá su amor con él  
y será la culpa tuya.

RICARDO. Lo que más quiero de ti  
es que no has de replicar;

el papel le has de llevar.

PINABEL. Yo lo haré, señor, así.

RICARDO. Que al fin verás de qué modo  
quito a Casandra el amor  
sin matarla, y que mi honor  
viva y lo remedie todo.

PINABEL. Pues responde, y con secreto  
iré a llevarle el papel.

RICARDO. Presto verás, Pinabel,  
cómo castiga el discreto.

(*Vanse. Salen ALBERTO y FELISARDO.*)

FELISARDO.

Hame enviado este papel que os digo,  
y salir no he querido al campo solo,  
que pues de sus traiciones soy testigo,  
debo temer el mismo fraude y dolo.  
Mas antes de saber si este enemigo,  
que he de esperar hasta ponerse Apolo,  
viene con gente a aqueste desafío,  
que os escondáis es el intento mío.

ALBERTO.

En aquesta pared que veis presente,  
tela de los caballos y carrera  
de caballeros de la corte, hay gente  
que por momentos quien la pasee espera.  
Mejor estamos de este templo enfrente,  
porque toda la calle se ve entera,  
y así veréis si viene acompañado,  
si por dicha no viene por el Prado.

Las rejas verdes de esa güerta hermosa  
hasta la esquina desde aquí se miran;  
no se os puede encubrir alguna cosa,  
porque parece que una línea tiran.  
Yo, oculto en esta fábrica famosa  
cuya grandeza y artificio admiran,  
podré salir a un silbo o a otra seña.

FELISARDO.

Notable centro el frontispicio enseña.

¿Quién hizo aqueste ilustre monasterio?

ALBERTO.

El rey Enrique.

FELISARDO.

¿El nombre?

ALBERTO.

El de aquel santo  
cuya mano escribió por tal misterio  
el pecho y el papel con pluma y canto.  
Aquí Felipe de su heroico imperio  
dió sucesión al que hoy adoran tanto:



los dos mundos que rige decir quiero,  
que fué jurado Príncipe heredero.

Aquí los actos son de más grandeza.

FELISARDO.

¿Tarda Leonelo?

ALBERTO.

No.

FELISARDO.

Dejadme a solas,

no os vea.

ALBERTO.

Aquí me escondo.

FELISARDO.

¡Qué fiereza

es esperar de aqueste mar las olas!

Al de mayor valor y fortaleza,

que considera dos espadas solas,

le hace temblar el ver que de una suerte

le está mal el morir y el dar la muerte.

(Sale LEONELO.)

LEONELO. (Mal aconsejado fui  
en acometer con dos  
a Ricardo, pues ya aquí  
veo que hay gente, y ¡por Dios!  
que vienen dos contra mí.  
Sin duda no se ha fiado  
de mi papel, pues ha dado  
cuenta al mismo caballero  
que desenvainó el acero  
para mi ofensa a su lado.  
No hizo mal si pensó  
que acompañado vendría.

FELISARDO. Solo viene.

LEONELO. Cuando yo...

Cuando un hombre desafia  
a quien su honor ofendió.) (1)

¿Cómo viene acompañado,

Felisardo, de esta suerte?

FELISARDO. Alberto ha visto si he estado  
dudoso. La causa advierte  
de haber a Alberto llamado.

LEONELO. ¿Luego Alberto viene aquí?

FELISARDO. Alberto es el que he traído.

LEONELO. Pues ¿cómo tres contra mí?

FELISARDO. ¿Cómo tres?

LEONELO. Tres habéis sido.

FELISARDO. Yo solo, Leonelo, di.

LEONELO. ¿Cómo solo? ¿No es Ricardo  
uno, tú dos, tres Alberto?

FELISARDO. ¿Ricardo? ¿Adónde?

LEONELO. Ese aguardo.

que es el dueño del concierto;

luego sois tres, Felisardo.

FELISARDO. Desafiándome a mí,

Ricardo no es menester.

LEONELO. ¿Yo te desafío a ti?

FELISARDO. Pues ¿quién?

LEONELO. ¿Cómo puede ser  
si yo a Ricardo escribí?

FELISARDO. ¿A Ricardo?

LEONELO. Si el papel  
vive, pregúntalo a él.

FELISARDO. El papel téngole yo.

LEONELO. Pues ¿quién el papel te dió,  
o por qué a ti?

FELISARDO. Pinabel.

LEONELO. ¿Quién es Pinabel?

FELISARDO. Criado  
de Ricardo.

LEONELO. Él te ha engañado.

Cobarde Ricardo ha sido.

FELISARDO. Habla bien.

LEONELO. Porque ha fingido  
que fuiste el desafiado.

FELISARDO. Cerrado el papel me dió,  
sin sobrescrito, en que veo  
que el criado se engañó;  
pues no viéndole no creo  
que lo escrito adivinó,  
y de Ricardo estoy cierto  
que saliera a este concierto  
como estuviera avisado.

LEONELO. Ya, Felisardo, que el Prado  
da lugar y campo abierto  
para que te pueda hablar,  
no ha errado mucho la flecha,  
porque me has de asegurar,  
como hidalgo, una sospecha,  
tal, que me basta a matar.

FELISARDO. Di, y haz cuenta que está aquí  
Ricardo, que para ti  
yo soy él, pues ya una vez  
entre los dos fui juez.

LEONELO. Como tú quisieres.

FELISARDO. Di.

LEONELO. Dos años ha que una fiesta,  
de aquel día celebrado  
en que la mayor Señora  
dió fin a los suyos santos;  
en esta casa real,  
donde puso Enrique Cuarto

(1) Este lugar está defectuoso.

la empresa de las granadas  
 con la letra dulce y agro,  
 vi a Hipólita, de quien es  
 vuestro amigo Alberto hermano;  
 Hipólita, que en belleza  
 es de los cielos retrato,  
 que tiene estrellas y sol  
 con que alumbra y tira rayos,  
 luna en mudanza y planetas  
 que influyen bienes y daños.  
 Quedé ciego, quedé muerto,  
 seguí sus airosos pasos,  
 que allí fueron los primeros  
 que dieron principio a tantos;  
 hasta el coche en las virillas,  
 de sus chapines dorados,  
 hice que mis ciegos ojos  
 fuesen sirviendo de clavos.  
 Que el aire de una mujer  
 es bala de tiro, y tanto,  
 que mata el aire sin golpe;  
 mira si me quejo en vano.  
 Entró en el coche (haced cuenta  
 que estáis leyendo o mirando  
 de los triunfos del Petrarca  
 un verdadero retrato);  
 ella servía de Amor  
 y yo de Sansón atado,  
 que, entre los demás cautivos,  
 era despojos del carro.  
 Contaros desde este día  
 mis servicios y cuidados  
 era hacer la relación  
 más larga que los dos años.  
 No soy de ella aborrecido,  
 ni puedo decir que amado,  
 porque he tenido papeles  
 con honrados desengaños.  
 Sólo su esposo me dice,  
 y esto con términos castos,  
 que merecerá su amor,  
 y estoy cerca de tratarlo.  
 Con recelos de un papel  
 quise matar a Ricardo;  
 Ricardo también la sirve,  
 siendo Ricardo casado.  
 Pero ya que no temía  
 la fuerza de este contrario,  
 porque pretende imposibles,  
 venís vos, mozo y gallardo.  
 Su huésped sois, ocasión  
 en que puede hacer el trato

de los milagros que suele,  
 si fuese con vos milagro.  
 Decidme ¡por Dios! si está  
 segura de vuestras manos,  
 gerifalte de Sevilla,  
 la garza de mis agravios;  
 que como encojáis las uñas  
 y no desatéis los lazos  
 al capirote y pigüelas  
 de pensamientos tan altos,  
 yo, atrevido alcotancillo  
 de Madrid, pequeño y pardo,  
 la alcanzaré de las nubes  
 aunque me pierda volando.

FELISARDO. Tarde me avisáis, Leoneño.  
 Apenas la garza vi  
 cuando, remontando el vuelo,  
 sospecho que me perdí  
 desotra parte del cielo.  
 Las pigüelas y los lazos  
 ya no serán embarazos,  
 que, abrasados en su fuego,  
 a la mar donde me anego  
 cayeron hechos pedazos.  
 Y no hayas miedo que falte  
 por temor al gerifalte,  
 que pudo tan alto verse,  
 de remontarse y perderse,  
 aunque por las nubes salte.  
 Esta garza, de quien van  
 mis pájaros fugitivos,  
 no es para vuestro alcotán,  
 que es para sacres altivos  
 que sobre la luna están.  
 Yo no os debía respeto  
 cuando comencé a volar:  
 volemos a un mismo efeto,  
 y el que la pueda alcanzar  
 que pierda al otro el respeto,  
 que lo que yo puedo hacer  
 es dejarla pretender.

LEONEÑO. Agradecimiento os debo.

FELISARDO. Si yo soy pájaro nuevo,  
 ¿qué daño podéis temer?

LEONEÑO. Dadme vos armas iguales,  
 y yo aceptaré el partido.

FELISARDO. ¿Los hombres tan principales  
 piden igualdad?

LEONEÑO. No han sido  
 jamás mis recelos tales.  
 Haced que yo viva en casa  
 y pretendamos los dos,

y si de imposible pasa,  
desde la calle yo y vos  
podremos ver quién la abraza;  
que si la suerte me abaja  
y ella vuela y de los dos  
huye y las nubes ataja,  
lo que estáis en alto vos  
me llevaréis de ventaja.

FELISARDO. Ni yo me puedo bajar  
ni vos donde estoy subir;  
ya no hay en esto que hablar,  
que vos la podréis seguir,  
mas yo la podré alcanzar.

LEONELO. No será viviendo yo.

FELISARDO. Pues ¿cómo no?

LEONELO. Como no.

FELISARDO. Si Alberto aquí no estuviera,  
vos sabéis si os respondiera.

LEONELO. No fui yo quien le llamó,  
que solo he venido aquí.

FELISARDO. Si lo truje no sería,  
Leonelo, porque os temí,  
sino saber que venía  
más de un hombre contra mí;  
que vos estáis enseñado  
a traer para uno tres,  
y de quien sois, infamado,  
pensé tantos, que de pies  
no cupieran en el Prado,  
para los cuales no es mucho  
que seamos yo y Alberto.

LEONELO. ¿Esto a un hombre y mil escucho?  
(*Metén mano, y sale ALBERTO.*)

ALBERTO. Contra el tratado concierto  
con mil pensamientos lucho.  
Deténganse, caballeros.

LEONELO. ¿Dos a uno?

ALBERTO. No ¡por Dios!,  
que, sin gusto de ofenderos,  
hoy, Leonelo, entre los dos  
pongo estos nobles aceros.

FELISARDO. ¿Por qué causa habéis salido  
viéndonos solos?

ALBERTO. Senti  
por aquesta parte ruido,  
y ya que salí y os vi  
mi obligación he cumplido.  
Yo no os he de ver reñir  
sin que me digáis por qué.

LEONELO. Yo no lo puedo decir;  
pero ocasión buscaré  
para alcanzar y seguir

lo que sabéis, Felisardo,  
puesto que soy alcotán.

(*Vase.*)

FELISARDO. No haréis, porque yo lo guardo,  
que un gerifalte galán  
no teme [a] un pájaro pardo.

ALBERTO. ¿Qué alcotanes son aquestos  
y qué gerifaltes?

FELISARDO. Yo  
y él buscaremos dos puestos.

ALBERTO. Mal ¡por mi vida! quedó,  
pues que quedáis descompuestos.  
Si habéis de reñir después,  
ya me pesa que salí.

FELISARDO. ¿No trujera dos o tres?

ALBERTO. ¿Qué es esto?

FELISARDO. Echad por aquí,  
que yo os contaré lo que es.

(*Vanse, y salen CASANDRA y TEODORA.*)

CASANDRA. ¡Bien escribe!

TEODORA. ¡Por tu vida!  
que lo vuelvas a leer.

CASANDRA. "El que pudo merecer  
rendido veros (1) rendida  
al Cielo se lo agradezca,  
que no a sus merecimientos;  
y pues nuestros pensamientos,  
para que os quiera y merezca,  
se encontraron cuando os vi,  
sin duda fué su favor,  
pues el contrario mayor  
tercia entre vos y entre mí.  
A los dos agradecido,  
por lo que os quiero le quiero;  
mas quiéroos a vos primero;  
y a él licencia le pido  
para que me dé lugar  
que una noche venga a veros,  
que lo que pienso quereros  
os quiero a solas contar..."

TEODORA. No leas, que viene aquí  
Pinabel.

CASANDRA. Y en ocasión  
que no tendrá dilación  
la respuesta.

TEODORA. ¿Vaste?

CASANDRA. Sí,

(1) Por errata, "verás", en el original.



que le quiero responder.  
Entretenle ¡por mi vida!

(*Vase, y sale PINABEL.*)

PINABEL. (Hoy mi lealtad conocida,  
si fué temida, ha de ser.  
En gran peligro me vi  
de que mi dueño temiese  
mi deslealtad.)

TEODORA. (¡Que éste fuese  
quien dió el papel que le di  
y el que trujo la respuesta!)

PINABEL. ¿Teodora?

TEODORA. Ya queda ahora  
respondiendo la señora.

PINABEL. ¡Por Dios, que es linda la fiesta;  
háganme su corredor!

TEODORA. Creo que te han de pagar.

PINABEL. Pues ¿qué es lo que me ha de dar?

TEODORA. (De azotes fuera mejor.  
¡Que este tonto no presuma  
que es alcagüete!)

PINABEL. (Esta necia  
me murmura y me desprecia.)  
(*Apártanse ambos.*)

TEODORA. (¡Qué palos!

PINABEL. (¡Qué miel!)

TEODORA. (¡Qué pluma!)

PINABEL. (¡Qué castigo que le espera!)

TEODORA. (El lo pagará después.)

PINABEL. (¡Quién le dijera quien es!)

TEODORA. (¡Quién le dijera quien era!)

(*Sale CASANDRA con un papel.*)

CASANDRA. ¿Está Pinabel aquí?

PINABEL. Aquí a tu servicio está.

CASANDRA. Basta, que esta necia da  
en cansarte a ti y a mí.

PINABEL. Yo no me canso en servirte.

CASANDRA. Aunque quiere regalarte,  
porque en un papel aparte,  
que esto más (i) quiero decirte,  
estos seis lienzos te envía,  
y te ruega, Pinabel,  
le lleves este papel.  
Toma.

PINABEL. Señora mía,  
agradezco este presente.

CASANDRA. Dice que si se concierta  
esta labor y ella acierta

que a Felisardo contente,  
dos camisas te han de dar  
que valgan veinte ducados.  
PINABEL. Dios concierte sus cuidados;  
pero vengo a sospechar  
que tratan sus aficiones,  
y temo, señora mía,  
que se vuelvan algún día  
esas camisas jubones;  
que es, aunque te mueva a risa,  
de azotados opinión  
ponerse siempre el jubón  
debajo de la camisa.

CASANDRA. Maliciosillo se ha hecho,  
Teodora, tu vizcaíno.

PINABEL. Quiero hacer este camino,  
pues me ha de ser de provecho.  
Quédate, señora, adiós,  
y ojalá que se concierte  
aquesta venta de suerte  
que no perdamos los dos.

(*Vase.*)

CASANDRA. La color se me ha mudado.

TEODORA. ¿Por qué? ¿Qué importa que crea  
que amor de una mujer sea  
si está de ti descuidado?

CASANDRA. Bien dices, que él no ha de dar  
en que yo soy.

(*Salen ROBERTO y FELISARDO.*)

ROBERTO. Entrar puedes  
donde te hacen mil mercedes.

FELISARDO. ¡Alto! ¿Yo me atrevo a entrar?

TEODORA. ¡Ay, señora, Felisardo!

FELISARDO. Perdonad, Casandra hermosa,  
mi visita perezosa,  
que no haber visto a Ricardo  
fué causa de dilación,  
por no venir sin licencia.

CASANDRA. Ya estaba yo sin paciencia;  
mal pagáis tanta afición.

FELISARDO. Sabe el Cielo que os la pago.

CASANDRA. Sospecho que no podéis,  
que es mucho lo que debéis.

FELISARDO. Lo que puedo satisfago  
en confesar me deudor.

CASANDRA. Aquella persona está  
muriendo por vos.

FELISARDO. No hará;  
basta que me tenga amor.

CASANDRA. ¿Cómo amor? Está perdida.

(i) "esto tomas", en el texto original.

FELISARDO. (¿Roberto?

ROBERTO. ¿Señor?

FELISARDO. ¿Qué es esto?

¿Mi amor se sabe tan presto?

ROBERTO. ¡Bueno es eso, por mi vida!

• Como es Hipólita hermosa

pensará que ya la quieres.

Esto es envidia en mujeres.

FELISARDO. ¿No es ¡por tu vida! otra cosa?

ROBERTO. No ¡por Dios!

FELISARDO. Dime verdad:

¿has dicho acá que la quiero?)

CASANDRA. Mirad, señor, que os espero.

Esos secretos dejad.

¿Trataréis con el criado

que es Hipólita más bella?

FELISARDO. (Bien dices, celos son de ella.)

Lo que con él he tratado

es que no se iguala a vos.

CASANDRA. ¿Lisonjas?

FELISARDO. ¿Yo lisonjero?

Amor sabe lo que quiero.

TEODORA. Mirad cómo habláis los dos  
y no os deis mucho a entender,  
que alguien os puede escuchar.

CASANDRA. Habéis comenzado a hablar,  
principios son de querer.

FELISARDO. No he dicho a Hipólita nada;  
que hay gigante que defiende  
la puerta, y que la pretende  
a puro golpe de espada.

CASANDRA. Aquella persona está  
llena de dos mil recelos.

FELISARDO. No tiene que tener celos  
de quien ningunos le da.  
Yo le soy gran servidor.

CASANDRA. Pena sé que le costáis.

FELISARDO. Si vos me la aseguráis  
tendréle doblado amor.

CASANDRA. Yo sé que por vuestro gusto  
no habrá cosa que no intente,  
que por miedo de la gente  
no os habla como era justo.

FELISARDO. Algún día habrá lugar.

CASANDRA. Ya le traza y le desea.

FELISARDO. (¿Roberto?

ROBERTO. ¿Señor?

FELISARDO. ¿Que crea  
quieres que esto es envidiar?  
¡Vive Dios, que le ha contado  
Hipólita que me quiere,  
porque me dice que espere.

ROBERTO. ¿Luego las dos se han hablado?

FELISARDO. De las razones lo arguyo.

Y, más, dice que este amor  
le encubre por el temor  
quizá del hermano suyo.

ROBERTO. No quieras mejor tercero;  
habla y dile que te ayude.)

FELISARDO. Casandra, puesto que dude  
del bien que sabéis que espero,  
Amor me fuerza a pedirlos  
que mi remedio tratéis.

CASANDRA. Presto, amores, lo veréis,  
y que pretenda serviros.

FELISARDO. (¿Dijo amores?

ROBERTO. No, señor.

FELISARDO. Pues ¿qué?

ROBERTO. Amor por los favores  
de Hipólita.

FELISARDO. Sí, que amores  
no es tratar de ajeno amor.  
Yo entendí mal.)

CASANDRA. Si se ausenta  
la persona que sabéis,  
presto en los brazos veréis  
la prenda que os atormenta.

FELISARDO. Ojalá que se ausentase;  
suya algunas veces fuera, (1)  
porque una noche siquiera  
con algún espacio hablase.  
(¿No ves, Roberto, que dice  
que se ha de ausentar su hermano  
de Hipólita?

ROBERTO. Y es muy llano.

FELISARDO. ¡Qué buena venida hice!  
¡Oh, bien haya el movimiento  
primero que allá en Sevilla,  
para venir a Castilla,  
tuve con tanto contento!  
¡Bien haya, amén, el camino,  
el caballo que saqué,  
las espuelas que calcé,  
la senda por donde vino!  
¡Bien haya Sierra Morena,  
vuelva cristales sus hielos,  
las ventas, los arroyuelos,  
el cielo y oro su arena;  
la puente por donde entré,  
cuando volvamos los dos,  
piedra se vuelva!

(1) Si no es Casandra quien dice este verso, el sentido resulta oscuro.

ROBERTO. Y ¡por Dios!  
que lo ha menester.

FELISARDO. ¿Por qué?

ROBERTO. Porque de su mismo estado  
se está a pedazos cayendo.  
Mas ya que estás bendiciendo  
el camino, el monte, el prado,  
no bendigas al rocín  
como caballero andante.  
¡Maldiga Dios su portante  
desde la cola a la clín;  
que si a quince leguas fueras  
delante!...

FELISARDO. Calla, que es gloria.

ROBERTO. Yo le vea en una noria,  
que es de rocines galeras,  
o servir algún cuitado  
alguacil de comisiones,  
que cercene sus razones,  
o ¡plega a Dios! que prestado  
algún poeta le lleve,  
que en un pesebre al sereno  
se olvide quitarle el freno  
mientras invoca a las nueve.)

FELISARDO. Paso, que viene Ricardo.

(Sale RICARDO y PINABEL.)

RICARDO. (Ya, Pinabel, le he leído.

PINABEL. Responde.)

CASANDRA. Aquí os ha venido  
a ver, mi bien, Felisardo.

RICARDO. ¿Quién (¡) si no tan bella aurora  
diera nuevas de ese sol?  
Es el mejor español  
que celebra el mundo ahora.

FELISARDO. Es quien serviros desea  
y quien os desea hablar,  
si acaso tenéis lugar.

RICARDO. Todo el de mi vida sea  
para serviros no más.

FELISARDO. Negocios son de Leonelo.

RICARDO. Lo que puede ser recelo.  
Vamos.

CASANDRA. Señor, ¿ya te vas?

RICARDO. Casandra, no puedo menos.

FELISARDO. Adiós, señora, que es tarde.

CASANDRA. Felisardo, el Cielo os guarde.

RICARDO. (¡ Ojos de traiciones llenos,  
ya sé que venís tras él;  
pero yo haré que amor tanto

os cueste sangre por llanto!)

CASANDRA. Oye, escucha, Pinabel,  
¿diste el papel?

PINABEL. Ya le di,  
que en la puerta le topé  
señora, cuando bajé.

CASANDRA. ¿Daráte respuesta?

PINABEL. Sí;  
pero no puedo entender  
qué venta los dos tratáis  
que tanto al tercero honráis.  
Gran cosa debe de ser,  
porque este anillo me dió  
luego que el papel le di.

CASANDRA. Muéstrale a ver.

PINABEL. Vesle aquí.

CASANDRA. Quiero feriártele yo,  
que me ha parecido bien.

PINABEL. ¿A qué, señora?

CASANDRA. A un vestido.

PINABEL. ¡Dichoso tercero he sido!

CASANDRA. Presto te hablaré también  
en cosa que importa más.—  
Ven, Teodora.

TEODORA. (No te arrojes.

CASANDRA. Ni repliques ni me enojés,  
que estoy ciega y necia estás.)

(Vanse los dos.)

PINABEL. ¡Ah, Cielos! ¿Qué irá tratando  
Ricardo con tal secreto?  
Castigo será discreto,  
pues que es la traza callando.  
En el papel respondió  
Casandra que le adoraba  
y que su ausencia esperaba.  
Aquí es donde tiemblo yo.  
¿Que quiere intentar Ricardo  
que se trata de ausentar?  
Porque mal podrá matar  
inocente a Felisardo,  
que este pobre caballero  
es muy sin duda que inora  
que aquesta mujer le adora.  
Alguna desdicha espero.  
Algo le ha de suceder,  
que ya de pensar lo acaba.  
¡Mal haya el hombre que alaba  
ninguna cosa a mujer!

(Vase, y salen ALBERTO y INÉS, y él con una daga desnuda.)

(1) "¿A quién", verso largo y sin sentido.



ALBERTO.

¡No dudes, perra. que te pase el pecho!  
Di la verdad.

INÉS.

¡Ay, triste! ¿Por qué causa,  
señor, me matas de esta suerte?

ALBERTO.

¡Infame,  
ya sé que sabes tú lo que pregunto!  
¿Con quién trata de amores?

INÉS.

¿Quién?

ALBERTO.

Hipólita.

¿A quién escribe? ¿Presto! ¿Qué te turbas?

INÉS.

Señor, una doncella que ya fuera  
justo haberla casado, y aun forzoso,  
¿no es mucho que la sirvan? Que bien sabes  
que no aguardan a tanto los discretos.  
Ricardo la ha servido.

ALBERTO.

¿Qué Ricardo?

INÉS.

Ese rico marido de Casandra.

ALBERTO.

Pues ¿cómo o para qué?

INÉS.

Ten por muy cierto  
que le aborrece y desengaña.

ALBERTO.

¡Ah, Cielos,  
qué fuerte hacienda es la mujer en casa!  
¡Antes guardara un áspid en el seno  
que de esta hermosa fiera me encargara!  
¡Qué lejos di del blanco!—Dime, aleve,  
¿no la escribe Leonelo? Que mis celos  
por las pendencias de hoy y ayer pensaron  
que de amalla Leonelo procedían.

INÉS.

Verdad es que la quiere bien Leonelo,  
pero yo sé también que le aborrece.

ALBERTO.

Si aborrece a Leonelo y a Ricardo,  
y por fuerza ha de haber algún querido,  
aún faltan más amantes, más deshonoras,  
más celos, más traiciones, más sospechas.

INÉS.

Mi señora, señor, no quiere a nadie;  
sólo quiere su honor, sólo le estima;  
su virtud agradece y sus propósitos;  
mas por que no se rinda a tantos ruegos,  
que una mujer no es Troya, ni es posible  
que sufra la conquista de diez años,  
cásala, pues estás agora a tiempo.  
Toma ejemplo de un árbol, que en teniendo  
la fruta en su sazón, si no la cogen,  
la desprecia y arroja por el suelo.

ALBERTO.

Con mal anda el discreto si en desprecio  
de lo que sabe le aconseja el necio.

(Sale HIPÓLITA.)

HIPÓLITA. Pues ¿cómo, Alberto? ¿Qué es esto?  
¿Daga para mis criadas?

ALBERTO. Calla, y concede con esto,  
supuesto que son honradas,  
que es muy justo este supuesto.  
Me falta cierto dinero  
del escritorio.

HIPÓLITA. No quiero  
que de hoy más imaginéis  
cosa fea, pues sabéis  
su lealtad.

ALBERTO. No considero,  
cuando me enojo, lealtades.  
Tengo un escritorio honrado  
que no admite falsedades,  
que, de mis padres dejado,  
se ha de guardar con verdades.  
Sé que llave falsa han hecho  
para sacarme el honor,  
y las guardas contrahecho,  
que siendo alma era mejor  
que se guardara en el pecho.  
Mas como no puede ser,  
no quiso el Cielo poner  
a nuestro pecho ese nombre,  
porque de espaldas del hombre  
sabe mucho la mujer.

(Vase.)

HIPÓLITA. ¿Qué es esto?

INÉS. Que me ha querido  
matar.

HIPÓLITA. Dime lo que ha sido.

INÉS. Celos de Leonelo son,  
que en aquesta confusión  
le habrán tocado al oído.

Apresura el pensamiento  
de este hidalgo sevillano,  
si quieres tener contento,  
porque celos de un hermano  
son el mismo atrevimiento.

HIPÓLITA. Si pueden ojos, si puede  
un mirar, si un tierno hablar  
que a mil hechizos excede,  
si regalos obligar  
para que obligado quede,  
tú verás mis esperanzas  
en el límite postrero,  
que tienen tantas mudanzas.

(Salen RICARDO, FELISARDO y ROBERTO.)

RICARDO. Yo quiero ser el tercero.

FELISARDO. ¿Qué más seguras probanzas?

RICARDO. Haréis casamiento rico  
y lleno de gran nobleza.

FELISARDO. Que lo tratéis os suplico,  
aunque sólo a su belleza  
mis pensamientos aplico.

ROBERTO. Advertid que están aquí  
Hipólita y su privanza.

HIPÓLITA. A dicha tengo que os vi.

FELISARDO. Pues yo con esta esperanza  
como el sol amanecí;  
sino que la ocupación  
de ver aqueste lugar  
me detuvo.

HIPÓLITA. Y es razón;  
quien menos suele gozar,  
señor, los huéspedes son.  
Pues ¿cómo en casa os tenemos  
y en todo el día no os vemos?

FELISARDO. Hablad, Ricardo, por mí.

RICARDO. No sabré mirando aquí  
tres tan notables extremos.

FELISARDO. Vi, Hipólita, más belleza  
que la mayor luz del cielo,  
hoy gran parte de Madrid  
todo admirado y suspenso.  
Vi su Palacio, edificio  
de antiguos reyes, que fueron  
haciendo ilustre esta villa  
desde Fernando Primero,  
aunque después ampliado  
del gran Carlos Quinto, agüelo  
del soberano señor  
nuestro Felipe Tercero.  
No pude ver su armería;

vi algunas casas y templos,  
y en Santo Domingo vi  
al notable rey Don Pedro,  
feroz delante el altar,  
con el rostro tan severo  
como cuando a doña Blanca  
mandó dividir el cuello;  
vi... Mas ¿para qué te digo  
que vi grandezas? No; puedo  
decir, pues que no te vi,  
que vi de este más lo menos.

INÉS. Y él ¿qué vió? ¿No me lo dice?

ROBERTO. Vi cuatro mil y quinientos  
y cincuenta y siete coches  
para limpiarle harto buenos;  
vi tres mil tabernas, muchas  
con vestidos a lo nuevo,  
puesto que sus colegiales  
más se honraran con lo viejo;  
vi mucha carne y pescado,  
y de esto tan poco fresco,  
que muchos de calza de obra  
se pasan con abadejo;  
vi... Mas ¿cómo diré yo,  
si eres ojos con que veo,  
Inés, pues que no te vi,  
que vi de este más lo menos?

HIPÓLITA. En casa está Alberto; vamos  
donde le hables, que quiero  
que le quites cierto enojo.

FELISARDO. ¿De qué ha sido?

HIPÓLITA. De unos celos.

FELISARDO. Vamos, dirásme lo que es.

RICARDO. ¡Ay, honra, si antes de veros  
en el peligro que estáis  
escuchara estos requiebros,  
qué mal lo sufriera el alma!  
Pero ya no sólo entiendo  
sufrillos, que pienso ser  
de sus amores tercero.  
La honra es vidrio. Un papel  
dióle aquel golpe pequeño;  
mas si el segundo no estorbo  
¡qué presto diera en el suelo!  
Responder quiero al papel  
y decirle que me ausento,  
a Casandra, de la corte,  
porque de esta suerte espero  
dar favorable principio,  
para industria, para ejemplo  
de semejantes desdichas  
al *Castigo del discreto*.

ACTO TERCERO

del CASTIGO, DEL DISCRETO.

(Salen CASANDRA y TEODORA.)

CASANDRA. ¿Poniéndose de camino?  
¿Qué es lo que dices, Teodora?

TEODORA. Pinabel me dijo agora,  
cuando con los postas vino, (1)  
mas que luego ha de volver.

CASANDRA. Pues ocasión ha de ser  
para hablar a Felisardo.  
Que estando una noche ausente  
por lo menos, hay lugar  
para que me venga a hablar,  
pues no hay remedio presente;  
que es Ricardo, como sabes,  
en extremo cuidadoso,  
no de su honor sospechoso,  
de su familia y sus llaves.  
Jamás se acostó sin ellas,  
que para dormir le agrada  
que le sirvan de almohada  
y cierra el cuidado en ellas.  
Jamás salí de mi casa  
sin que supiese a qué y dónde,  
cuidado que [a] amor responde,  
pero no que a celos pasa.  
Una ciuita no he tenido  
que él mismo no me haya dado;  
pero a todo este cuidado  
fué estando mi amor dormido;  
que agora que despertó,  
llaves, sospechas, desvelos,  
honra, honestidad y celos  
falseó, engañó y burló,  
olvidó, perdió y deshizo.  
Las llaves, con la maestra  
en puertas del gusto diestra,  
donde el honor guardas hizo;  
las sospechas, con fingir;  
los desvelos, con velar;  
la honra, con no estimar  
lo que se puede decir;  
la honestidad, con olvido  
de ser principal mujer,  
y los celos, con tener  
recogimiento fingido.

TEODORA. Ya que estás determinada  
y le has de escribir que venga,

porque tu gusto le tenga  
mayor...

CASANDRA. ¿Cómo?

TEODORA. Acompañada,

hazme placer de escribir  
que venga con él Roberto.

CASANDRA. Pues eso tenlo por cierto,  
que los dos han de venir.

Doblaráse mi placer  
en que no tengas lugar  
para poder murmurar  
el daño que voy a hacer;  
porque ya que soy tan loca,  
aunque quieras no podrás  
decirlo, porque tendrás  
tu error por freno en la boca.

TEODORA. Si piensas el mal que haces,  
mucho del contento pierdes.

CASANDRA. Deja el honor, no le acuerdes,  
que todo el placer deshaces;  
y con decir mi disculpa  
que Ricardo me engañó,  
lo que él quiso quiero yo.

TEODORA. Digo que él tiene la culpa.

(Sale PINABEL con botas.)

PINABEL. Mientras se queda calzando  
mi señor, vengo a decirte  
si hay en qué pueda servirte.

CASANDRA. ¿Ya os partís?

PINABEL. Queda esperando.

CASANDRA. Aguarda aquí, Pinabel;  
llevarás a Felisardo,  
mientras se viste Ricardo,  
de aquella dama un papel.

PINABEL. ¡Oh, qué contento me has dado!  
porque con esta ocasión  
pienso pedirle un jubón  
y calzas que me ha mandado,  
porque como vió el vestido  
que me diste, se corrió.

(Íase CASANDRA.)

TEODORA. ¿Jubón te mandó?

PINABEL. Pues ¿no,  
si le tengo merecido?

TEODORA. (Este habla en profecía.)  
Pues a fe que os le han de dar.

PINABEL. (Mas vos le habéis de llevar  
antes que amanezca el día.)

TEODORA. ¿Qué me has de traer?

PINABEL. Tú puedes

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.



mirar lo que hay en Toledo,  
conforme a lo que yo puedo,  
para que servida quedes.  
Qué, ¿quién que traiga una fragua  
de sus espadas famosas,  
o las ruedas ingeniosas  
del artificio del agua  
acaso para la fuente?  
¿Quieres algún torreón  
de la puerta del Cambrón,  
o algún ojo de la puente?  
Pues mi pecho te consagra  
sus muros para tu hiedra,  
¿quieres el ángel de piedra  
de la puerta de Visagra?  
¿Algún Cigarral acaso?  
¿O en la Vega quieres ya,  
adonde más rasa está,  
algunas varas de raso?  
¿Quieres de Zocodover,  
Teodora, alguna ventana,  
o acaso de Galiana  
quieres los palacios ver?  
Resuélvete, ¿qué me pides?

TEODORA. ¡Famoso hablador te han hecho!

PINABEL. Un enamorado pecho  
tiene los hombros de Alcides.

TEODORA. Quiero que traigas de allá,  
por vuestros moldes ligeros,  
dos burlados majaderos  
para hacer randas de acá.  
Tráeme del agua del Tajo,  
por adonde más se ensancha,  
para lavar cierta mancha  
que ha de salir con trabajo.  
De la Casa de los locos  
los cuentos que se encarecen,  
que muchos cuerdos parecen,  
mas yo sé que lo son pocos.  
Tráeme dos alcarrazas  
de agua de Lengua de buey,  
y de la Huerta del Rey  
dos famosas calabazas;  
y porque son importantes  
a un mal ganado portillo,  
dos almenas del castillo  
que llaman de San Cervantes.  
Y si al volver sin enojos  
por Aranjuez, te agradas,  
traime algunas empanadas  
de venados ¡por tus ojos!  
PINABEL. ¡Que ésta se burle de mí!

No me espanto, que no sabe  
lo que le espera.)

(Sale CASANDRA.)

CASANDRA. (Hoy se acabe  
mi honor, hoy se pierda así.)  
Toma, Pinabel.

PINABEL. Yo voy.

(Vase PINABEL.)

CASANDRA. Volando, que está vestido  
tu señor.

TEODORA. ¡Lo que he reído!

CASANDRA. ¿Cómo?

TEODORA. Palabra te doy  
que en toda mi vida vi  
hombre menos malicioso.

CASANDRA. Es vizcaíno.

TEODORA. Es forzoso  
tratarle, señora, así.  
Díceme amores, promete  
traerme mil desatinos,  
y yo, por lindos caminos,  
le digo que es alcahuète.  
¿Qué has escrito?

CASANDRA. Que a las doce  
venga Felisardo aquí.

TEODORA. ¿Y Roberto?

CASANDRA. Ya escribí  
que también la ocasión goce.  
Mil cosas tengo que hacer.

TEODORA. Para que toda la gente  
se recoja, es conveniente  
decir que quieres tener  
cuidado en aquesta ausencia.

CASANDRA. Él viene ya de camino.

(Sale RICARDO.)

RICARDO. Casandra, el pleito de Urbino  
pide aquesta diligencia.  
Dios sabe que no quisiera  
apartarme de tus ojos.  
No tengas, mi vida, enojos;  
mañana a cenar me espera,  
que sola esta noche puedo  
detenerme.

CASANDRA. ¿Y una noche  
es poco?

RICARDO. Ya tuve un coche  
fletado para Toledo,  
y viendo cuán a mi costa  
había de ser tardar,

mandé a Pinabel trocar  
su espacio, y voy por la posta.  
Por la misma volveré,  
que sólo he de hablar allí  
a quien sabes.

CASANDRA. ¡Ay de mí!  
¡Qué noche sin vos tendré!  
Toda la pienso pasar  
con lágrimas y tormento.

RICARDO. Creo lo del sentimiento,  
mi bien, que te pienso dar;  
ya sé yo que has de tener  
mil pesares, mil enojos.

CASANDRA. No se enjugarán mis ojos  
hasta que te vuelva a ver.

RICARDO. Deja, Casandra querida,  
el llorar y el suspirar,  
que bien tendrás que llorar  
después que yo me despida.  
Harto tienes que sufrir,  
no comiences desde agora.

CASANDRA. ¿Que te vas?

RICARDO. Adiós, señora.

CASANDRA. Yo quiero verte partir.

RICARDO. Ten cuidado ¡por mi vida!  
de la familia y la casa,  
porque el vecino, el que pasa,  
sepa que estás recogida.

CASANDRA. No se abrirán estas puertas  
sino de llanto, Ricardo.  
(Abriránse a Felisardo,  
que están las del alma abiertas.)

RICARDO. ¡Ay, honra, con cuánta costa  
te tengo de asegurar!  
La posta voy a tomar.

CASANDRA. Y yo a morir por la posta.

(Vanse, y salen ALBERTO y HIPÓLITA y INÉS.)

ALBERTO. Esto me ha dicho Ricardo,  
y yo conozco también  
que te emplearás muy bien,  
Hipólita, en Felisardo.  
Pero hay este inconveniente  
de que le quieren prender,  
pues mal tercero ha de ser  
quien es también pretendiente.  
Leonelo ha sembrado fama  
que Felisardo mató  
a Lambino. Bien sé yo  
que es todo celosa llama;  
pero lo que fuere sea;  
mal lo podremos tratar,

cuando es menester guardar  
de que en la cárcel se vea.  
Y ¡por mi vida! que mires  
que Leonelo es principal  
y a tus méritos igual,  
aunque por otro suspires,  
que quizá ni sangre tiene  
ni hacienda, pues suele ser  
la elección de la mujer  
lo que menos le conviene.  
Que casarse enamorada  
más de alguna le acontece,  
y quiere lo que aborrece  
después que se ve casada,  
que otras se casan queriendo.

HIPÓLITA. ¿Que aborrecen lo que amaron?  
En lo que muchas erraron  
no es lo que acertar pretendo;  
pero advierte que ni yo  
a Felisardo apetezco,  
ni [a] ese Leonelo aborrezco.

ALBERTO. Eso, Hipólita, es sí y no;  
y no y sí son dos contrarios  
que no comen a una mesa.  
De que los tenga me pesa  
por otros sucesos varios,  
aunque nacidos de ti;  
que a Ricardo, hombre casado,  
ocasión de amante has dado.

HIPÓLITA. Es verdad, porque nací;  
que si nacido no hubiera,  
no me viera ni me hablara;  
no viéndome, no me amara;  
no amando, no pretendiera.  
Si pretendiendo le doy  
por él a Leonelo celos,  
¿qué me hicieron como soy?

ALBERTO. Luego ¿culpa no has tenido?

HIPÓLITA. La de haber nacido así.

ALBERTO. Haz una cosa por mí  
si no apetece marido.

HIPÓLITA. ¿Cómo?

ALBERTO. Elige un monesterio.  
Lleva tu dote contigo.

HIPÓLITA. ¡Harto bien!

ALBERTO. Pues ¿qué mal digo?

HIPÓLITA. No hablabas tú sin misterio.

ALBERTO. Pues ¿qué misterio has hallado?

HIPÓLITA. Quererme apartar de ti  
para casarte.

ALBERTO. ¿Yo?

HIPÓLITA. Sí,

que ya lo habrás concertado.  
¿Piensas tú que no sé yo  
que tiene Leonelo hermana  
viuda?

ALBERTO. ¿Quién?

HIPÓLITA. Feliciano.

ALBERTO. ¿Yo la he visto?

HIPÓLITA. Luego ¿no?

¡ Por tu vida, que los dos  
andáis ya por ser cuñados!

ALBERTO. ¡ Qué términos tan cansados!  
¡ Enojado me has, por Dios!  
Sigue, Hipólita, tu gusto.  
No soy tu hermano.

HIPÓLITA. Sí haré.

(Vase ALBERTO.)

INÉS. Con qué disgusto se fué.

HIPÓLITA. No quedo yo sin disgusto.

INÉS. ¡ Ay, señora, de camino  
viene Roberto!

(Sale ROBERTO.)

ROBERTO. Licencia (1)  
para hablarte, en esta ausencia,  
pide aquí tu desatino,  
aquel cuitado Amadis,  
aquel Macías o mazo,  
que quiere darte un abrazo  
a la usanza de París.

HIPÓLITA. ¿ De qué vienes tú tan triste?  
¿ Es fineza de criado?  
¿ Acaso Inés te ha flechado  
después que sus arcos viste?

ROBERTO. Ni es fineza, que no soy  
tinta ni paño, señora,  
ni Inés me ha flechado ahora,  
que por blanco en negro estoy;  
que voy de un rocín delante  
cuyo endiablado portante  
mi destrucción ha de ser.  
Ven ¡ por tu vida!, que allí  
se está embotando, señora,  
y dile, pues que te adora,  
que tenga duelo de mí;  
que no pique de tal suerte,  
pues caminamos en balde,  
que ni me basta albayalde  
ni hay cura que me concierte.  
Quitábale la cebada

por sólo desanimalle,  
creyendo que fuera dalle  
desmayos a la jornada;  
pero con esto verás  
qué rocín debe de ser,  
que por llegar a comer  
camina otro tanto más.  
Pues quitalle la ración  
no siente, voile a ensillar,  
y él comiézame a mirar  
con boca tuerta y traición,  
donde en tan breve distancia  
juega de suerte el embés,  
que se han pasado a sus pies  
los doce pares de Francia.

HIPÓLITA. Pues ¿ dónde vais desde aquí?

ROBERTO. Al Escorial, a Segovia;  
mas si él no fuere a Moscovia,  
di que estoy fuera de mí.

HIPÓLITA. También, si tú le regalas;  
pero maltrátale en duda.

ROBERTO. Pienso que ha de ser aluda,  
porque le han de nacer alas.

HIPÓLITA. ¿ Dice cuándo ha de volver  
Felisardo?

ROBERTO. No podrá,  
que el rocín le llevará  
en casa de Lucifer.

HIPÓLITA. Ahora bien, a hablarle voy.

(Vase HIPÓLITA.)

ROBERTO. Inés, ¿ qué mandas?

INÉS. No sé,  
que de ver que vas a pie  
con notable pena estoy.

ROBERTO. ¿ A pie? ¿ Cómo no dirás  
que por el viento, y aun creo,  
puesto que volar deseo,  
que me ha de dejar atrás?  
Hazme decir una misa  
por si acaso me arrastrare.

INÉS. Hipólita hará que pare  
Felisardo tanta prisa.

ROBERTO. Si acaso de tu labor,  
para hilas, te ha sobrado  
algún lienzo, ten cuidado  
de este matado amator.

INÉS. Para la vuelta tendrás  
los brazos con que te espero.

ROBERTO. Lienzo y albayalde quiero,  
que no vendré para más.

(Vanse, y sale CASANDRA y TEODORA.)

(1) En el original, "Lucía".



CASANDRA. Díome, al partir en la siesta,  
que fué milagro, Teodora.

TEODORA. Pues veámosle, señora.

CASANDRA. Gran contento manifiesta.

(*Lec el papel.*)

“Casandra mía, estoy loco  
de que Ricardo se vaya,  
y que en mis infiernos haya  
de tu hermoso cielo un poco.  
Recoge toda tu gente;  
haz quitar todas las luces,  
que unas tuyas andaluces  
se conocen fácilmente;  
y espera tú con Teodora  
debajo del cenador  
de tu jardín, que el Amor  
ama las flores, señora.  
Y allí... Mas diciendo allí  
callo la gloria que aguardo.  
Tu querido *Felisardo*.”

TEODORA. ¿No dice Roberto ahí?

CASANDRA. Necia, ¿había de firmar  
en papel de su señor?

TEODORA. Aunque es cédula de amor,  
¿cómo la podrás cobrar,  
pues no la firmó el testigo?

CASANDRA. La necedad disculpaste;  
pero tiempo no se gaste.  
¿Vino de fuera Rodrigo?

TEODORA. Rodrigo está en su aposento.

CASANDRA. ¿Y Alvarez?

TEODORA. Está acostado,  
que el buen viejo no ha tocado  
la oración de este convento  
cuando, con seis tocadores  
y el bonete del Sofí,  
espera el sol desde allí.

CASANDRA. ¿Qué hacen Elvirilla y Flores?

TEODORA. Elvirilla en la cocina  
dormirá como un lirón;  
Flores hará su oración  
devota.

CASANDRA. Di a Catalina  
que no friegue, porque estoy  
con gran dolor de cabeza.

TEODORA. Esa negra es mala pieza,  
que yo la he visto hablar hoy  
con cierto amante tiznado  
y la requiebra de noche.

CASANDRA. ¿Quién es?

TEODORA. El que lleva el coche  
de este vecino letrado.

CASANDRA. Hagámosla recoger,  
y ciérrala por de fuera.  
¿Qué hay de Meneses?

TEODORA. Espera,  
que en eso hay mucho que hacer,  
que juega con unos pajes  
del Conde y viene a las dos.

CASANDRA. Pues avísale ¡por Dios!

TEODORA. Paréceme que han llamado.

CASANDRA. ¿Ya es tan tarde?

TEODORA. No te espantes,  
que el reloj de los amantes  
anda siempre anticipado.

CASANDRA. Si el corazón lengua tiene,  
él me dice que es mi bien.

(*Salen RICARDO y PINABEL.*)

PINABEL. (¿Y piensas hablar?)

RICARDO. También.)

TEODORA. (¡Ay, señora!

CASANDRA. ¿Es él?

TEODORA. Ya viene.)

RICARDO. Buenas noches te dé Dios.

CASANDRA. ¿Es Felisardo?

RICARDO. Y tu esclavo.

CASANDRA. Que vengas temprano alabo.  
Quedo, y seguidme los dos.

TEODORA. ¿Por adónde?

CASANDRA. Por aquí.

TEODORA. ¿Vienes tú, Roberto mío?

PINABEL. No te hallo, aunque porfío.

TEODORA. Aquí estoy, llégate a mí.

PINABEL. Descanso de mis enojos,  
¿dónde estás?

TEODORA. Detente, loco,  
que me metieras por poco  
las dos manos por los ojos.

CASANDRA. Bien podéis desembozaros,  
que no os han de conocer.

RICARDO. ¿Qué luces son menester  
donde están tus ojos claros?  
Mátenlas todas.

CASANDRA. No temas,  
que aquel necio va camino.

RICARDO. Que va camino adivino  
del remedio de sus penas.  
¿Quiéresme bien?

CASANDRA. Habla quedo,  
que te adoro, Felisardo.

RICARDO. ¿Y a Ricardo?

CASANDRA. ¿Qué es Ricardo?  
¡Nunca vuelva de Toledo!

(*Vanse, y salen LEONELO y la JUSTICIA y un CRIADO con linterna.*)

LEONELO.

He querido decir que el paje es muerto, porque se ausente el hombre de esta casa donde trato casarme.

JUSTICIA.

Ya lo entiendo;  
la herida, que aún tiene tal peligro.  
En efeto, ¿queréis que la visite?

LEONELO.

Vos haréis vuestro oficio en visitalla, y prenderéisle si estuviere en ella, no haciendo mucha diligencia en esto, que si se esconde bastará asombralle para que huya, que es lo que pretendo.

JUSTICIA.

¿Quién duda que querréis también de paso ver la señora Hipólita?

LEONELO.

Si fuera cosa menos honrosa que casarme, no intentara ponerlos de por medio.  
¡Yo estoy perdido! Lo que intento es justo. Tened por bien...

JUSTICIA.

Digo que estoy en todo y que, fuera de ser caso tan lícito, haré mi oficio.

LEONELO.

Pues llamad.

JUSTICIA.

¿Quién sale?

LEONELO.

¿Tan tarde sale gente? ¡Caso extraño! Él y Roberto podrá ser que sean, que se deben de ir. Si fueren ellos, dejados huyan, que es mi intento sólo.

(*Salen HIPÓLITA y INÉS en hábito de hombres, con sus espadas y broqueles.*)

HIPÓLITA. Arrebózate muy bien  
que hay gente, Inés, en la calle.

JUSTICIA. Dos hombres son de buen talle.

LEONELO. Armados vienen también.

INÉS. ¿Para qué me has puesto así?

HIPÓLITA. Está ya resuelto ¡ay, Cielo! de casarme con Leonelo, [mi hermano.

INÉS. ¿Que es cierto?

HIPÓLITA. Sí. (1)

Hoy me lo ha dicho, y sin duda lo tengo por cosa llana, codicioso de su hermana, hermosa, rica y viuda.

INÉS. Pues ¿dónde vas a esconderte?

HIPÓLITA. Voy en casa de una amiga, a quien mi desdicha obliga, pues del peligro me advierte; y porque a tal hora fuera peligroso el manto y saya, así me dice que vaya y que a la puerta me espera. Desde allí podré avisar a Felisardo, si vuelve.

INÉS. A mujer que se resuelve no queda que aconsejar. Animosa siempre has sido; mas no creyera de ti lo que estoy mirando aquí. ¡Qué bien que te está el vestido!

HIPÓLITA. De noche, Inés, cualquier cosa se disimula y encubre.

LEONELO. (Llega, pregunta y descubre.)

HIPÓLITA. Gente viene, y sospechosa. ¿Quién diré que soy si a dicha es justicia?

INÉS. Felisardo, tu huésped.

HIPÓLITA. Ya me acobardo; ya temo alguna desdicha; pues di tú que eres Roberto.

INÉS. Ya lo tengo imaginado.

JUSTICIA. ¿Quién va?

HIPÓLITA. Un forastero honrado.

JUSTICIA. Téngoos de ver descubierto.

HIPÓLITA. Quedo, un caballero soy.

JUSTICIA. El nombre, señor, aguardo.

HIPÓLITA. Felisardo.

JUSTICIA. ¿Felisardo?

(1) Hemos arreglado este pasaje, que en el texto dice:

"IPOL. Estoy resuelto, ay cielo, de casarme con Leonelo.

IPOL. Sí, oy me lo ha dicho, y sin duda..."

Lo mismo la de Barcelona.

HIPÓLITA. ¿Dónde bueno?  
A rondar voy,  
que traigo cierto requiebro  
con una grave señora,  
que me manda verla agora,  
puesto que el recato quiebro  
de mi huésped, que no sabe  
que tan tarde abro sus puertas.

JUSTICIA. ¿Y habéislas dejado abiertas?

HIPÓLITA. No, que me dieron las llaves.

JUSTICIA. Tengo noticia de vos  
y afición os he cobrado.

¿Queréis ir acompañado?

HIPÓLITA. Yo os lo agradezco ; por Dios!

JUSTICIA. Por buenas nuevas que ya  
tenemos de vuestra espada,  
media corte aficionada  
de vuestro término está.  
Dadme licencia y iré  
con vos.

HIPÓLITA. A no ser viuda  
mi ocasión fuera sin duda;  
porque después que llegué  
me hace merced de hablarme;  
pero ir solo me conviene  
por un hermano que tiene,  
que ha procurado matarme.  
Anda celoso de mí  
por una hermana de Alberto.  
mi huésped; pero lo cierto  
es que a la suya serví.

JUSTICIA. Apostaré que es Leonelo.

HIPÓLITA. Habéis el nombre acertado.  
Y pues me basta el cuidado,  
mil años os guarde el Cielo,  
que yo quedo agradecido  
y muy vuestro servidor.

JUSTICIA. Adiós.

HIPÓLITA. ¿Roberto?

INÉS. ¿Señor?

HIPÓLITA. Sígueme.

INÉS. Voy.

(Vanse HIPÓLITA y INÉS.)

LEONELO. Pues ¿qué ha habido?

JUSTICIA. ¿Oíste decir quién era?

LEONELO. Oí decir Felisardo;  
pero lo demás aguardo.

JUSTICIA. Mejor no aguardarlo fuera.  
Mi amigo sois; advertid  
que éste sirve a Feliciano.

LEONELO. ¿A mi hermana?

JUSTICIA. A vuestra hermana.

Que después que está en Madrid  
la misma le solicita,  
y de noche hablan los dos.

LEONELO. ¡Bueno va mi honor, por Dios!

Celos con celos me quita.  
¡Basta que yo imaginaba  
que éste a Hipólita quería,  
y es la misma hermana mía!

¡Cuán lejos del blanco daba!

¡Oh, peligroso guardar  
mujer hermosa y viuda!  
Pero primero que acuda  
adonde la suele hablar...  
Quiero esperarle y poner  
remedio.

JUSTICIA. Yo iré con vos.

LEONELO. ¡Todo es alquimia, por Dios,  
cuanto se busca en mujer!

(Vanse, y salen CASANDRA y TEODORA, RICARDO y PINABEL.)

CASANDRA. Baste ya tanta crueldad;  
que tú no eres caballero,  
sino un monstruo.

RICARDO. Callad,  
que os mataré.

CASANDRA. Pues di, fiero,  
¿por qué has hecho tal maldad?

RICARDO. Porque yo a Hipólita adoro,  
y esto me mandó que hiciese.  
Abre aquí.

TEODORA. ¿Qué alarbe o moro  
que a un preso en guerra pidiese  
la escondida plata y oro  
me hubiera, infame Roberto,  
de esta manera tratado?

PINABEL. Abre aquí, que estoy muy cierto  
que el ser mujer me ha obligado  
para que no te haya muerto:  
que Inés, que esto me mandó,  
es ley de mi voluntad.

TEODORA. Ya está abierto.

RICARDO. Cuando yo  
fingí estimar tu amistad,  
castigarte me obligó,  
para aquesto te serví.  
Hipólita vive en mí.  
Tú, casada, ¿qué me quieres?  
¿Cómo las nobles mujeres  
infaman su honor así?—  
Vamos, Roberto.



PINABEL. Camina,  
Felisardo, mi señor,  
que ya la noche declina.  
(*Vanse RICARDO y PINABEL.*)

TEODORA. ¡Notables gustos de Amor!

CASANDRA. Que quedo (1) muerta, imagina.

TEODORA. Pues yo ¿cómo quedará,  
que de golpes que me ha dado  
no puedo tenerme en pie?

CASANDRA. ¡El Cielo me ha castigado!  
¡Castigo del Cielo fué!  
Ricardo no merecía  
la ofensa que hacer quería  
injustamente a su honor;  
mas volvió el Cielo mejor  
por su honra y por la mía.  
De lo que corrida estoy  
es que Hipólita lo sepa.

TEODORA. De todo culpa le doy.

CASANDRA. ¡Que en pecho de mujer quepa  
sabiendo que mujer soy,  
Teodora, tanta crueldad!  
¿Supe yo la voluntad  
que a Felisardo tenía?  
Dime: ¿qué traición le hacía  
sobre pasada amistad?  
¡Oh, cruel hombre, que has muerto  
una inocente mujer!

TEODORA. Pues si vieras a Roberto...

CASANDRA. ¡Oh, mal pensado placer!  
¡Oh, mal trazado concierto!  
¡Oh, maldito el pecho sea  
que así aventura su honor  
por una cosa tan fea!  
¡Oh, maldito sea el amor  
y quien sus gustos desea!  
¡Plegue a Dios que si en mi vida  
tal pensamiento tuviera (2)  
primero el alma despidiera  
o mi pensamiento muera (3)  
a mi honor agradecida!  
Y, aunque estoy tan castigada,  
quiero quedar consolada  
que a Ricardo no ofendí.

TEODORA. Ni yo a Pinabel, que fué  
de Pinabel siempre amada.

CASANDRA. ¿Diste algún grito?

TEODORA. No sé.

(1) En el original, "quando".  
(2) En ídem, "tuviere".  
(3) En ídem, "muere".

CASANDRA. Notablemente callé  
por los criados de casa.  
¿Esto es amor?

TEODORA. Así pasa.  
Vente a acostar.

CASANDRA. No podré.

TEODORA. Arrimada a mí podrás.

CASANDRA. Para que el dolor mitigue  
¿qué haré?

TEODORA. Remedio tendrás.

CASANDRA. Ricardo, Dios me castigue  
cuando te ofendiere más.

(*Vanse. Salen ALBERTO y dos pajes, JULIO y FLORINO; ALVAREZ, escudero viejo.*)

ALBERTO.  
De mi casa, villanos, salid todos,  
que no me ha de quedar un hombre en ella.

JULIO.  
Señor, nosotros no tenemos culpa.

FLORINO.  
Tiempla, señor, la ira.

ALVAREZ.  
Señor, mira  
que estamos inocentes.

ALBERTO.  
¡Alcahuetes!  
¿Cómo estáis inocentes de mi infamia?  
¿Pudíerose esto hacer sin vuestra ayuda?

JULIO.  
Si era, señor, tu huésped Felisardo  
y pudo cuando quiso hablar a Hipólita,  
¿qué papeles serían necesarios?  
¿Qué ventana le abrimos o qué puerta?

FLORINO.  
Si tenías hermana hermosa y moza,  
discreta, rica y por casar, ¿no adviertes  
que fué tuya la culpa, pues trujiste  
encendida la cuerda entre la pólvora?  
Si un vidriero trae a casa (1) un gato  
para que juegue entre los vidrios, dime:  
¿de quién se quejará si se los quiebra?

ALVAREZ.  
Dice Florín muy bien. Si tú sabías  
que era galán y mozo Felisardo,  
y forastero, que es miel sobre hojuelas,  
y lo que más obliga a las mujeres,

(1) En el original, "a caso".

¿para qué le metiste en nuestra casa?  
Si no fuera el troyano Paris huésped  
del rey de Grecia, no robara a Elena.

ALBERTO.

¿Es posible que alguno de vosotros  
no supo este concierto?

JULIO.

En vano intentas  
por nosotros, señor, hallar a Hipólita.  
Hoy fingió Felisardo que se iba,  
y fué para aguardarla, a lo que pienso.  
No dudes que en Madrid están agora.

ALBERTO.

¿Qué nuevo mal, qué nueva desventura  
amenaza mi honor?—Camina, Julio,  
en casa de Leonarda, que por dicha  
sabrás donde los dos están agora.—  
Tú, Florio, (1) parte en casa de Clavela,  
y mira si hay rumor secreto o público.

JULIO.

Tú verás mi cuidado y diligencia.

(Vase.)

FLORINO.

Y la mía verás, que en un instante  
visitaré cuantas amigas tienes.

ALBERTO.

Vos, Alvarez, iréis, y con recato  
mirad de Santa Cruz los escritorios.  
Sabed si acaso está depositada;  
sabed si ponen pleito.

ALVAREZ.

Yo sospecho  
que esta debe de ser la intención suya;  
que partirse a Sevilla es desconcierto,  
pues no había de escapar o preso o muerto.

(Vase.)

ALBERTO.

No por guardar a la (2) mujer se puede  
tener segura; que en el agua escribe  
quien de cuidado y celos se apercibe,  
que mayores sucesos le concede.

Y así es razón que de su industria quede  
burlado el que su gusto le prohíbe;

(1) Parece que es el mismo que antes y después  
llama Florino.

(2) En el texto, "No por guarda de la".

que es animal que en confianza vive,  
y, en queriéndole asir, al viento excede.

La privación que a la mujer destruye,  
alguna vez su perdición ordena  
y a desatinos su flaqueza atiza:  
que mientras más la aprietan más se huye;  
porque es como tomar puño de arena,  
que por cualquiera dedo se desliza.

(Vase, y sale RICARDO y FELISARDO, ROBERTO y PINABEL.)

RICARDO. A gran ventura he tenido  
el haberos encontrado.

FELISARDO. Para mí, Ricardo, ha sido.

RICARDO. ¿Vais o venís?

FELISARDO. He tornado  
aun antes de haber partido.

RICARDO. ¿De qué suerte?

FELISARDO. Con temor  
de este cuidado y rumor  
de la muerte de Lambino,  
aquel valiente que vino  
con vuestro competidor.  
Quise ausentarme de aquí;  
pero vi el error que hacía,  
y, como veis, me volví,  
porque yo solo sabía  
lo que de Alberto entendí.  
Y, porque si verdad fuese,  
mejor negociar pudiese  
escondido o retraído.

RICARDO. Amor, Felisardo, ha sido,  
y de haber vuelto no os pese.  
Hipólita os quiere bien  
y yo deseo casaros;  
esos cuidados no os den  
pena, que yo he de libraros  
y remediaros también.  
Si fuere Lambino muerto,  
pues que por mi causa fué;  
que tengo hacienda os advierto,  
y no quiero yo que os dé  
cuidado alguno el concierto.  
La justicia ha de buscaros  
en casa de Alberto luego;  
mas porque no pueda daros  
en ella desasosiego,  
aquí quiero regalaros.—  
Corre, avisa, Pinabel,  
a Casandra que está aquí  
Felisardo y yo con él.

PINABEL. ¿Daráme albricias?

(Vase.)

FELISARDO. Creí  
que este Leonelo cruel  
sólo vengarse tratara  
por la espada, como noble.

RICARDO. Si ya en quitaros repara  
la prenda que estima al doble,  
y su pretensión declara,  
no querrá más de ausentarnos  
de Hipólita y, con prisión  
larga, la ocasión quitaros.

FELISARDO. A no perder la ocasión  
pondremos yo y vos reparos,  
y pues merced me habéis hecho  
de que vuestro huésped sea,  
no le será de provecho  
la traición con que desea  
sacarme este bien del pecho,  
porque desde aquí veré  
a Hipólita.

RICARDO. Y yo haré  
que, viniendo a visitar  
a Casandra, haya lugar.

(Salen PINABEL y CASANDRA y TEODORA.)

PINABEL. Aquí han tratado que esté.

CASANDRA. ¿Aquí? Pues ¿mejor no fuera  
que a Sevilla se partiera?  
¡Lindo huésped, en verdad!

FELISARDO. Señora, esos pies me dad.

CASANDRA. (La muerte, infame, quisiera.)  
¡Oh, señor, seáis bien venido!

FELISARDO. ¿Cómo, mi señora, estáis?

CASANDRA. Poca salud he tenido.

TEODORA. (Y vos, infame, ¿aquí estáis?

ROBERTO. ¿Qué dices?)

CASANDRA. ¡Pierdo el sentido!

RICARDO. ¿Pinabel?

PINABEL. ¿Señor?

RICARDO. ¿No adviertes  
con qué caras los reciben?

PINABEL. No es posible que conciertes  
estos huéspedes.

RICARDO. Si hoy viven,  
sin duda traen petos fuertes,  
pues solos han de quedar.  
Finge de aquí a un poco alguno  
que viene y me quiere hablar,  
por que haya tiempo oportuno  
en que se puedan quejar.)  
¿Casandra?

CASANDRA. ¿Señor?

RICARDO. ¿Ansí

recibes a Felisardo?

CASANDRA. No estoy buena.

FELISARDO. (Escucha.

ROBERTO. Di.

FELISARDO. Bien conozco que Ricardo  
nos trae con gato aquí;  
pero, Casandra, ¡por Dios!  
que le pesa de tener  
por huéspedes a los dos.

ROBERTO. No muestra mucho placer  
y finge que tiene tos.  
Resfriada y mal contenta,  
mala huésped te aguarda.  
Pica más bajo a otra venta.

FELISARDO. Yo la vi alegre y gallarda.  
No sé lo que ahora intenta.

ROBERTO. Esto será necesario.

FELISARDO. Todo lo veo al contrario.

ROBERTO. Ella debe de saber  
que a casa quieres traer  
aquel rocín temerario.  
Dile que allá buscaremos  
una huerta donde esté.)

RICARDO. ¿Esto, Casandra, tenemos?  
¿Para quien mi vida fué  
este hospedaje le hacemos?  
Cuando fuera un ganapán,  
¿no bastaba ser mi gusto?

ROBERTO. (Riñendo sobre ello están.

FELISARDO. Pues si ha de ser con disgusto...

ROBERTO. Quedo, señor, que oirán.)

CASANDRA. ¿Qué ropa tengo yo ahora  
a propósito?

RICARDO. ¡Por Dios,  
que no me enfades, señora!

ROBERTO. (Mira cuál están los dos.

FELISARDO. También le pesa a Teodora..

ROBERTO. La cara que me ha mostrado  
no se pudiera mostrar  
a un huésped de mucho enfado.

FELISARDO. Si le venimos a dar  
aun antes de haber llegado,  
¿qué haremos después de un mes?)

PINABEL. Aquí te busca don Juan.

RICARDO. (No me afrentes, pues que ves  
lo que éstos decir podrán,  
o ¡vive Dios! que me des  
ocasión para matarte.

CASANDRA. Tengo mil ocupaciones.

RICARDO. ¿Esto qué puede ocuparte?  
Abreviemos de razones,  
que todo el mundo no es parte



para que deje de estar  
en mi casa Felisardo.)

PINABEL. Don Juan te vuelve a llamar.

RICARDO. Ya voy.

CASANDRA. (Pues vengarme aguardo.

(Vase RICARDO y PINABEL.) (1)

Hoy me tengo de vengar.)

¿Fuése?

TEODORA. Ya se fué.

CASANDRA. ¡Traidor,

infame, vil caballero,

perjuro, falso, embaidor,

mal cristiano, alarbe fiero,

ingrato, indigno de amor!

¿Merecía el que te tuve

siendo quien soy?

FELISARDO. ¿Qué es aquesto?

CASANDRA. ¿Y el ver que tan loca estuve

que me rindiese tan presto,

que aun apenas me detuve

a pensar en el honor

de Ricardo, mi marido,

hombre de tanto valor,

para que no hubiera sido

correspondido mi amor?

Y cuando el talle, la cara,

el ingenio, la nobleza,

cruel, no te contentara,

o porque en otra belleza

tu alma su centro hallara.

¿no era mejor responder

que amabas a otra mujer,

o que respeto tenías

a quien amistad debías?

FELISARDO. ¿Qué es aquesto?

CASANDRA. ¿Qué ha de ser?

¿Y no engañarme, traidor,

con palabras y papeles

hasta rendir mi valor?

Si hacer con infames sueles

que así te tengan amor,

las mujeres principales

no se enamoran a coces

ni con bofetadas tales.

FELISARDO. Señora, o no me conoces.

o aquí de tú misma sales.

o tú no eres la que fuiste.

o yo no soy lo que soy.

CASANDRA. Cuando mil coces me diste.

de que casi muerta estoy,

ni yo te vi, ni me viste;

¿quién querías tú que fuese?

FELISARDO. ¿Yo coces? ¿Estás en ti?

CASANDRA. Cuando Hipólita tuviese

tanto poder sobre ti

que enloquecerte pudiese,

no le había de tener

para mandarte matarme,

ni tú lo habías de hacer,

pues bastaba para honrarme

la inmunidad de mujer.

TEODORA. ¡Infame Roberto, fiero,

lacayo, loco, villano,

hombre bajo, vil, grosero!

¿tú para mí pones mano

al virgen cobarde acero?

¿Tú petrinazos (1) a mí?

¿Tú me dejas medio muerta?

ROBERTO. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

TEODORA. ¡Nunca yo abriera la puerta!

ROBERTO. ¿Qué puerta? ¿Cuándo te vi?

TEODORA. ¿Cuándo, perro?

FELISARDO. Advierte, advierte.

Casandra, que eso es locura.

CASANDRA. ¿Esto mereció quererte?

FELISARDO. Mira que es descompostura.

CASANDRA. Hoy haré darte la muerte,

y con mis manos; ¿qué aguardo?

FELISARDO. Detente, loca.

TEODORA. Y tú, ¿perro?

ROBERTO. Loca, tente.

CASANDRA. Felisardo,

¿quererte era tanto yerro?

FELISARDO. Paso, que viene Ricardo.

(Compónense y disimúlense todos, y salen RICARDO y ROBERTO.)

RICARDO. Cansado es este don Juan.—

Pues, Felisardo, ¿en qué hablabas

con Casandra?

FELISARDO. En que no están

las cosas que tú pensabas...

RICARDO. (Descomponiéndose van.)

FELISARDO. En el lugar que deseas

para que yo quede en casa.

RICARDO. Cuando nuestro pecho veas

que de lo posible pasa.

es bien que esa falta creas;

(1) Así en el texto. En la de Barcelona, "petrinazos".

(1) En el texto, "(Vanse RICARDO y FELISARDO.)"

pero si llegas agora,  
agravio grande nos haces.—  
Y tú ¿qué tienes, Teodora?  
¿Cómo no te satisfaces  
y miras a tu señora?  
¿Qué cara es ésa? ¿Qué es esto?

FELISARDO. Si tenéis ocupación  
yo tengo posada.

RICARDO. Presto  
verás que nuestra afición  
forma un alcázar compuesto.  
Pues Alberto mereció  
que su casa, Felisardo,  
honrases, merezca yo  
que honres la mía.

FELISARDO. Ricardo,  
yo no he de estar.

RICARDO. ¿Cómo no?

FELISARDO. Está Casandra indispuesta.

RICARDO. ¿Cómo?

FELISARDO. Pues [que] me porfías,  
apartaos; daré respuesta,  
porque mejor entendáis  
que el irme es con causa honesta.

RICARDO. Decildo, que por ventura  
os querréis ir con razón.

FELISARDO. Hale dado una locura  
que me ha puesto en confusión.  
Hacelda poner en cura,  
y quedaos, Ricardo, adiós.

RICARDO. Son lúcidos intervalos.  
Sosegaos, y veréis vos  
que luego con mil regalos  
os quiere y sirve a los dos.

FELISARDO. ¿Que ésto suele darle? (1)

RICARDO. Sí,  
y antes lo habéis de tomar  
por desenfado.

FELISARDO. Si así  
me pensáis desenfadar,  
contadme por muerto aquí.

ROBERTO. ¿Señor?

RICARDO. Pues ¿qué hay, Roberto?

ROBERTO. ¿Dan los lúcidos también  
a Teodora desconcierto,  
que a un mismo tiempo les den?  
Porque me cuento por muerto.

RICARDO. ¿Que también ella está loca?

(1) En el texto:

Ric. "Qué es esto? suele darle?"  
Di".

ROBERTO. Es negocio (1) temerario.  
(Sale JULIO.)

JULIO. Pues la razón me provoca  
y el hablarle es necesario,  
quiero hacer lo que me toca.—  
¿Señor Ricardo?

RICARDO. ¿Quién llama?

JULIO. Un paje soy de una dama  
que ser huésped querria  
de vuestra casa.

RICARDO. La mía  
no tiene muy buena fama.  
Sabed que es casa con duende;  
todos la quieren dejar.

JULIO. Lo que esta dama pretende  
yo sé que os ha de agradar,  
aunque pensáis que os ofende.  
En una iglesia os aguarda,  
hablalda si sois servido.

RICARDO. Felisardo, una gallarda  
dama.

FELISARDO. Ya le tengo oído.  
Dios sabe que me acobarda  
de Casandra el loco humor.  
Id con Dios, mas venid luego,  
antes que le dé el furor.

RICARDO. Que aquí me esperéis os ruego,  
que no hay que tener temor.—  
Vamos. Pero ¿no sabré  
el nombre?

JULIO. Yo os lo diré.  
Hipólita.

RICARDO. Ya lo entiendo.  
Vamos, que ya os voy siguiendo.

JULIO. Venid, que yo os llevaré.

(Vanse RICARDO, PINABEL y JULIO.)

FELISARDO. (Roberto, llégate a mí,  
que estoy temblando.)

ROBERTO. ¿Y yo estoy  
mondando nísperos?)

CASANDRA. Di,  
villano, ¿sabes quién soy?

TEODORA. Pues, perro, ¿es poca ocasión?

ROBERTO. Teodora, ¿por qué me matas?

(Salen FLORINO y ALBERTO.)

FLORINO. Entra, señor, que éstos son.

ALBERTO. Sevillano Felisardo,

(1) En el texto, "necio".

que sin vergüenza y respeto  
de tantas obligaciones  
de ti y de mí, y aun del Cielo,  
después de darte en mi casa,  
y aun en mi alma aposento,  
de la casa me robaste  
la mejor prenda que tengo,  
y del alma el honor mío,  
en vez de agradecimiento,  
¿dónde a Hipólita llevaste?  
Pues tu partida fingiendo  
la sacaste a media noche  
con ese infame Roberto.  
¡Dime luego dónde está!  
¡Villano, dámela luego,  
o con la que traigo al lado  
te la sacaré del pecho!

FELISARDO. ¿Qué dices, Alberto? ¿Yo  
te robé a Hipólita?

ALBERTO. ¡Bueno!  
¡Dame a Hipólita, enemigo!

FELISARDO. ¡Detente!

ROBERTO. Señor, ¿qué es esto?

CASANDRA. Bien conoces al infame,  
que, en forma de caballero,  
es un ladrón de las honras.

FELISARDO. (Sin duda Casandra a Alberto  
le ha pegado la locura.  
¡Locos están!)

(Salen LEONELO y FINEO.)

LEONELO. Entra presto,  
que aquí dicen que Ricardo,  
encubridor y tercero,  
los tiene a los dos.

FINEO. Señor,  
aquí está también Alberto.

LEONELO. Felisardo, si por bravo  
te parece que es buen hecho  
alabarte a la justicia  
y a tus amigos o deudos  
que mi hermana Feliciano  
tiene contigo requiebros;  
que a media noche la gozas  
y que la ves cuando duermo,  
no porque sea viuda  
pienses, atrevido y ciego,  
que le ha de faltar marido.  
Yo vengo en lugar del muerto  
para quitarte la vida.

FELISARDO. ¿Qué es lo que dices, Leonele?  
Cielos, ¿qué tiene esta casa?

ROBERTO. Todos están de concierto.

FELISARDO. ¿Qué diluvio de desdichas,  
de penas, de amor, de celos  
sobre mi inocencia llueve?

CASANDRA. ¿Tú inocente, lobo fiero?  
¡Quitalde luego la vida!

FELISARDO. Sin duda es burla; no creo  
que así de veras me traten.  
Si eso es burla, caballeros,  
páreceme muy pesada,  
y si me enojo, sospecho  
que he de hacer un desatino.

ALBERTO. ¿Fieros haces? ¡Bueno es esto!  
Veras son éstas.

FELISARDO. ¿De qué?  
¿Qué me pedís? Yo ¿qué os debo?  
¿Estáis locos? ¿Qué decís?—  
¿Qué es esto, Roberto?

ROBERTO. El Cielo  
me saque con bien de aquí,  
que más ir delante quiero  
de aquel rocín tragaleguas  
por ventas, sierras y puertos.

(Salen RICARDO y el ESCUDERO con HIPÓLITA y INÉS  
descubiertos los mantos.)

RICARDO. ¿En mi casa, Pinabel?

PINABEL. Esto pasa.

RICARDO. Dime, Alberto,  
dime. Leonele, ¿es razón  
que en casa de un caballero  
hagáis aqueste alboroto?

ALBERTO. Si de Felisardo tengo  
queja porque me ha robado  
mi hermana, también me quejo  
de ti, pues hoy en tu casa  
le has guardado y encubierto.

LEONELO. La misma queja es la mía,  
pues por ventura de celos,  
ya que con obras no pudo,  
con las palabras ha hecho  
a mi hermana Feliciano  
tal deshonra.

FELISARDO. ¡Impíreo Cielo,  
que miras desde tu altura  
los humanos pensamientos!  
¿Cuándo? ¿Cómo? ¿De qué suerte  
yo robé su hermana Alberto,  
di de palos a Casandra  
ni he deshonrado a Leonele?  
Pártame un rayo, señores,  
si aun lo que decís entiendo.



ROBERTO. Y, Teodora, ¿por qué a mí me levanta que la he muerto a pueros palos y coces, que, sin piedad ni respeto, en cabeza y barba apenas me ha dejado seis cabellos?

RICARDO. Alberto, de Felisardo puedes estar satisfecho, que trataba de ausentarse a la justicia temiendo; y que Hipólita se fué, bien lo sabe el escudero que agora viene con ella, porque temió que a Leonelo la darías por mujer. Y eso de tener requiebro con Feliciana, es engaño que ella quiso hacer, fingiendo, ella y Inés disfrazadas. En mi casa estáis; no es justo que deis que decir con esto al vulgo, infamia de nobles.

ALBERTO. ¿Hay tan notable suceso?

Hipólita, ¿es esto así?

HIPÓLITA. Todo es verdad.

ALBERTO. Yo lo creo.—

Felisardo, ¿qué respondes?

FELISARDO. Que por mi mujer la aceto, si Leonelo no replica.

LEONELO. Antes yo mismo lo ruego, que no quiero yo forzada quien amada no merezco.

ALBERTO. Y tú, Roberto, ¿qué dices?

ROBERTO. Que a Inés por mi esposa quiero.

ALBERTO. ¿Y tú, Inés?

INÉS. Que es mi marido.

RICARDO. Casandra, pues que se ha hecho en nuestra casa estas bodas, madrina has de ser.

CASANDRA. No pienso que tendré salud.

RICARDO. Sí harás.—

Senado [a] aqueste suceso llamó un discreto en Madrid  
*El castigo del discreto.*

FIN DE LA COMEDIA DEL *Castigo del discreto.*

# LA GRAN COMEDIA

DE

## LOS CAUTIVOS DE ARGEL

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

### LAS PERSONAS QUE HABLAN EN LA PRIMERA JORNADA

|                                |                   |                    |                   |
|--------------------------------|-------------------|--------------------|-------------------|
| FRANCISCO, morisco valenciano. | AJA, mora.        | BRAHÍN, hebreo.    | PEREDA, cautivo.  |
| DALÍ, moro.                    | FÉLIX, cautivo.   | BASURTO, cautivo.  | HERRERA, cautivo. |
| LEONARDO, cautivo.             | MARCELA, cautiva. | SAAVEDRA, cautivo. | MÚSICOS moros.    |
|                                | SOLIMÁN, moro.    | DORANTES, cautivo. |                   |

### JORNADA PRIMERA

(Salen FRANCISCO, morisco del reino de Valencia, en su hábito, como ellos andan, y DALÍ, turco de una galeota.)

FRANC. ¿Dónde la dejas?  
DALÍ. Francisco,  
en esa ensenada o cala  
por donde el mar se resbala  
a las peñas de este risco  
pienso que estará segura.  
¿Tendré presa que llevar?  
FRANC. El alboroto del mar  
y el hacer la noche oscura  
a sus pueblos recogió  
los pescadores. No hay cosa  
que pueda ser provechosa.  
DALÍ. ¡Notable asalto nos dió!  
No estuvo de zozobrar  
un dedo la galeota.  
FRANC. Dalí, cuando se alborota  
es soberbia bestia el mar.  
Si antes de ayer allegaras,  
hermosa prisión hicieras.  
DALÍ. ¿Dónde quedan las galeras  
de los Orias?  
FRANC. Si reparas  
en la dicha que ha tenido  
ese diestro ginovés,  
con remos, alas y pies  
no podrás ser defendido.  
A Barcelona sospecho  
que bajaban.

DALÍ. De estas playas  
nos quitan las atalayas,  
las presas de más provecho.  
¿Cómo le va de jinetes  
a la costa?  
FRANC. Bien le va;  
pero no te quitará  
la suya (1) que te prometes.  
DALÍ. Más de una vez la ocasión  
me ha quitado de gran presa  
la roja cruz de Montesa  
y de San Jorge el pendón.  
¿Qué dicen de aquel Toledo?  
FRANC. A llevar el Virrey fué.  
No hay, Dalí, por qué te dé  
su ángel blanco y azul miedo.  
DALÍ. Por poco asiera una barca  
de Génova, y por su mal.  
FRANC. ¿Dónde iba?  
DALÍ. A pescar coral  
a la fuerza de esta barca;  
mas vi lejos otras tres  
con viento, y volví las velas.  
FRANC. La sangre me pone espuelas,  
la ocasión y el interés,  
para pasarme contigo,  
que si cosario me hiciese,  
no pongas duda que fuese  
de los cristianos castigo.  
Nací morisco en Valencia;  
sé la tierra y ocasión

(1) Así en el original.

de hacer cualquiera prisión  
con más segura experiencia.  
Sin esto, deseo, Dalí,  
vivir en mi ley primera.

DALÍ. ¿Tu cobardía qué espera  
teniendo tal muro en mí?  
Pásate a Argel, que vendrás  
con dos o tres galeotas  
de amigos con que a las flotas  
de España envidia pondrás,  
que no es tan cierta la plata  
como en cristianos cautivos.

FRANC. Unas casillas y olivos  
en tierra que no es ingrata  
me han detenido hasta agora.

DALÍ. Véndelo.

FRANC. Echarán de ver  
que me voy.

DALÍ. Si puede ser  
trueco una gallarda mora,  
mi hermana, y seis mil ducados,  
deja la cristiana ley.

FRANC. ¿Trátaos allá bien el Rey?

DALÍ. Los nobles son respetados,  
los renegados tenidos  
en alta veneración,  
y siendo de la nación  
son mucho más admitidos.

FRANC. ¿Qué tal es la tierra?

DALÍ. Aquí  
quiero pintártela.

FRANC. Creo  
que me has de poner deseo.

DALÍ. Escucha, Francisco.

FRANC. Di.

DALÍ. Entre la mulvia (1) y el río  
mayor, que en los mares bajos  
de Bujía desemboca,  
bajando de montes altos,  
y Tremecén en los llanos  
fértiles de la marina,  
de sierras ceñido al austro,  
abrazan cuatro provincias  
a Tremecén todas cuatro.  
De sus ciudades se nombran,  
como el reino valenciano,  
Fenecén, Fenez, Bujía  
y Argel; mas sólo ha quedado  
Fenez agora y el fuerte  
Tremecén, que oprimen tantos;

(1) En el texto dice "muluia".

es reino largo y angosto,  
porque hasta el mar munidraño,  
apenas por cuenta nuestra  
tiene quince millas de ancho.  
Defiéndose mal con esto  
de los continuos asaltos  
que le dan árabes diestros  
en lanza, adarga y caballos. (1)  
Diez y ocho mil fuegos tuvo,  
más las guerras que siete años  
le dió Juzaf, rey de Fez,  
y después el Quinto Carlos,  
que en su protección la tuvo,  
y últimamente los bravos  
turcos, que agora la tienen,  
su grandeza aniquilaron.  
Aquí tiene el Rey de España  
a Mazalquivir, gallardo  
puerto, y a su lado Orán,  
fortaleza que ganaron  
un Cardenal de Toledo  
y el conde Pedro Navarro;  
aquel soldado, aunque fraile,  
y éste, aunque humilde, soldado.  
Tendrá diez mil españoles,  
sin otros vecinos varios,  
o allí, Francisco, nacidos,  
[o] allí naturalizados.  
Argel fué de Tremecén;  
pero por verse apretado  
se entregó al Rey de Bujía,  
que no supo conservarlo.  
Estuvo después sujeto  
al católico Fernando;  
pero fué después de Horruvo (2)  
que Barbarroja llamaron.  
Cercóle Carlos, y fué  
el mar con Carlos tan bravo,  
de una hechicera famosa,  
según dicen, conjurado,  
que fué la primer conquista  
que perdió en el mundo Carlos,  
porque contra el mar no hay armas,  
experiencia ni soldados.  
Ha crecido tanto Argel  
con los robos, que es su trato,  
y el Rey, o el lugartiniente  
del Turco, a quien respetamos,

(1) En el texto, "en lanzas, adargas"; pero el verso es largo.

(2) En el texto, "Horruuo".



que vale un millón de escudos,  
que no se cuenta del Cairo,  
solamente el alcabala  
del sustento necesario.

A las espaldas de un monte,  
Francisco, está Argel sentado,  
que en las espaldas le tiene  
porque no pudo en los brazos.

De tres millas de contorno  
viven y están alojados  
más de ochenta mil vecinos,  
sin sus familias y esclavos.

Dos puertas hay en Argel,  
con que Argel está guardado,  
una al mar y otra a la tierra,  
de los intentos cristianos;  
que después que (1) Carlos fué  
de sus murallas espanto;  
de fuertes y baluartes  
le tienen fortificado.

Aquí podrás, si tú quieres,  
con hacienda y con regalos,  
vivir en tu ley primera  
y poblar del Rey los baños.  
Enriquecerás, Francisco,  
si Celindo y yo te damos  
nuestras cuatro galeotas  
de a tres remeros por banco,  
y gozarás de una mora  
negro cabello, ojos garzos,  
más blanca que nieve en copos,  
más cándida que alabastro,  
de quien serás recibido  
con regalados abrazos  
cuando vuelvas de correr  
los márgenes valencianos.

FRANC. Incitado me has de suerte,  
que en tus fragatas me parto;  
ni quiero casas, ni padres,  
viñas, huertas, montes, prados.  
Adiós, España, que voy  
al África, en que habitaron  
mis abuelos y mayores  
en su ley por siglos tantos.  
Ya no quiero ser Francisco;  
desde hoy más Fuquer me llamo.  
No conozco frailes tuyos,  
gózalos tú si son santos.  
Mis deudos prendes, España,  
por la ley que profesamos;

allá no habrá que temer.  
Moros, a Argel me paso;  
mas ¡ay de ti! que he de ser,  
como en tu reino criado,  
ladrón de casa y robarte  
tus hijos, hacienda, esclavos.—  
Guía, Dalí.

DALÍ.

¡Oh, buen Fuquer,

dame primero esos brazos!

FRANC.

Vamos al mar.

DALÍ.

Ven tras mí;

esa plancha acosta al barco.

(LEONARDO, *cautivo*.)

LEONARDO. ¡Fiera esclavitud esquiva,  
del Cielo el mayor castigo,  
donde es dueño el enemigo  
que de tanto bien os priva!  
Argel, retrato en la tierra  
del castigo del profundo,  
porque tenga infierno el mundo  
como en su centro se encierra;  
de ti es claro testimonio  
que un infierno y muchos nacen,  
adonde los turcos hacen  
el oficio de demonio;  
que si allá a los condenados  
obligan a blasfemar,  
aquí es más, que a renegar  
fuerzan a los bautizados.  
Pues en dar igual tormento  
¿qué competencia mayor,  
al alma con el rigor,  
al cuerpo con el sustento?  
Bizcocho duro y mezclado  
de lágrimas, que han de dalle  
los ojos para ablandalle,  
que ha de ir en agua bañado.  
Posento una fajena (1)  
cama el suelo, y compañía  
la de esta cadena fría,  
que a todas las horas suene;  
en males tan excesivos  
no hay otro reloj mejor,  
porque es el despertador  
del sueño de los cautivos.  
Trabajar eternamente,  
cortar leña, cultivar  
los campos, edificar,  
sufrir un dueño insolente

(1) En el original, "de".

(1) En el texto, "faxena".

son aquí nuestros regalos;  
que solamente se teme  
que el pobre cautivo reme  
donde le dan tantos palos,  
que, aunque no faltan acá,  
es diferente el trabajo.

(Sale AJA, mora.)

AJA. A ver los cautivos bajo; (1)  
dile tú que vuelvo ya.

LEONARDO. (Esto, pues, no se compara  
con el más cruel rigor.  
Mi ama me tiene amor,  
y amor que en mi muerte pára.  
A que la goce me incita,  
con que su fuego inhumano  
a la espada del tirano  
atada un cabello imita.  
Caer tiene sobre mí.  
Que será mi muerte creo.)

AJA. ¿No me has visto?

LEONARDO. Ya te veo.

AJA. ¿Qué estás hablando entre ti?

LEONARDO. ¿Parécete que no tengo  
de [qué] hablar si preso estoy?

AJA. Donde yo tu dueño soy  
y a ser tu cautiva vengo,  
¿de qué te puedes quejar  
si no es de ti mismo, ingrato?  
Trátasme mal, bien te trato,  
¿a quién pretendes culpar?  
Aborrésceme y te adoro;  
doite el alma, huyes de mí,  
vivo muriendo por ti,  
triste de ver que lloro. (2)  
¿Cuál de los dos es cruel?  
¿Quién a quién trata más mal?

LEONARDO. Mi amor fuera al tuyo igual  
si hubiere igualdad en él;  
mas si nos ha dividido  
el Cielo en patria y en ley,  
costumbres, gobierno, rey,  
condición, lengua y vestido,  
que no basta a conformar  
de todo el poder del suelo;  
que lo que divide el Cielo,  
¿qué amor lo puede juntar?

AJA. Aunque bárbara nació,

nombre que allá nos ponéis  
porque pensáis que nacéis  
con otras almas que aquí,  
no quiero que de esa suerte  
pienses que tienes razón  
para probar tu intención.

LEONARDO. Luego ¿no es verdad?

AJA. Advierte:  
¿Dios no fué el autor primero  
de cuanto vive?

LEONARDO. Es, sin duda;  
no habrá criatura tan ruda  
que lo niegue.

AJA. Espera.

LEONARDO. Espero.

AJA. ¿El alma tiene vestido?

LEONARDO. No.

AJA. ¿Tiene patria?

LEONARDO. Sí.

AJA. ¿Cuál?

LEONARDO. El Cielo, a todas igual,  
que para esa patria han sido.

AJA. ¿Qué rey tienen?

LEONARDO. Dios.

AJA. ¿Qué ley?

LEONARDO. La de Dios.

AJA. ¿Qué centro?

LEONARDO. Él mismo;  
pero si van al abismo  
tendrán diferente rey.

AJA. ¿De quién son?

LEONARDO. De Dios es obra.

AJA. ¿Qué lengua tienen?

LEONARDO. Igual,  
aunque en el cuerpo mortal  
por sus instrumentos obra.

AJA. ¿Dónde está amor?

LEONARDO. [Ese está]  
en las almas, si es pasión  
del alma.

AJA. Si iguales son,  
si una patria se les da,  
si un rey, un príncipe, un centro,  
si amor en ellas está  
y en el hábito de acá  
no se viste el alma dentro,  
¿cómo dices que no quieres  
quererme por desigual,  
pues en el alma inmortal  
tan igual, Leonardo, eres?  
¿Ves cómo tratas engaño?  
¿Ves cómo eres mal nacido?

(1) En el texto, "va".

(2) Así en el original. Quizá deba leerse:  
"te alegras de ver que lloro".

¿Ves cómo yo te he querido  
y tú procuras mi daño?  
¿Qué respondes?

LEONARDO. Bien pudiera  
deshacer tus argumentos. (1)  
Mi peligro considera.

AJA. ¿Luego tienes temor?

LEONARDO. Sí.

AJA. Señas de que no hay amor,  
que no tuvieras temor  
cuando hubiera amor en ti.  
Ninguno que ama temió.

LEONARDO. No es eso lo que más lloro.

AJA. Pues ¿qué es? (2)

LEONARDO. Que ese Dios que adoro  
no quererte me mandó.

AJA. ¿Por qué?

LEONARDO. Porque en esta ley  
se prohíbe.

AJA. Eso es mentira,  
que sé lo que manda y mira  
ese tu Dios y tu Rey.

LEONARDO. ¿Cómo en este ciego abismo?

AJA. ¿No te manda, y con rigor,  
que a tu prójimo, traidor,  
le quieras como a ti mismo?

LEONARDO. No eres capaz de entender  
el cómo eso se entiende,  
que antes nuestro Dios defiende  
amar la ajena mujer.

AJA. Dime tú que no quisieras  
la esclava por quien suspiras,  
que tú...

LEONARDO. Como esas mentiras,  
como esas vanas quimeras,  
te hará ver con sus antojos  
de larga vista el Amor.

AJA. Si tu Dios y tu señor,  
cristiano, infiernan tus ojos,  
Dios con su ley soberana  
y tu señor con temor,  
dime, ¿con tanto rigor  
guardáis vuestra ley cristiana  
que allá jamás ningún hombre  
ofende a Dios?

LEONARDO. Mucho excusa  
ofendelle.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

(2) Este pasaje está en el original;

AJA. Pues ¿qué?

LEONARDO. Ves que ese Dios que adoro."

AJA. ¿Ni se usa  
querer ni hay allá tal nombre?

LEONARDO. Amor hay.

AJA. ¿A quién se tiene?

LEONARDO. Tiénese a alguna doncella  
para casarse con ella,  
que con nuestra ley conviene.

AJA. ¿Nunca algún hombre se halló  
que haya querido a casada?  
¿Jamás ofendéis en nada  
al Dios que esa ley os dió?

LEONARDO. Alguno habrá habido allá.

AJA. ¿Alguno no más, cristiano?  
Miraldo bien.

LEONARDO. Esto es llano.

AJA. Al revés se suena acá.

Que allá ventanas tenéis,  
aquí no se usan ventanas;  
allá tardes y mañanas,  
aun las noches, si queréis,  
las mujeres visitáis;  
acá no se ve mujer.

LEONARDO. Eso todo viene a ser  
para que en más nos tengáis;  
que esa licencia de allá  
es porque son tan leales,  
tan castas, tan principales;  
pero si se usara acá  
y esa libertad os dieran,  
no hubiera... Quiero callar.  
Dame licencia y lugar,  
que otros esclavos me esperan,  
que voy por leña.

AJA. No sé  
qué más leña que tú mismo,  
fuego de mi fuego mismo.

LEONARDO. Señora, yo volveré.

Suelta, que...

AJA. Dame la mano.

LEONARDO. ¡Señora!...

AJA. Dámela, perro.

LEONARDO. ¿No ves, señora, que es yerro  
querer?

AJA. ¡Ay, dulce cristiano!

LEONARDO. No me puedo detener.

AJA. ¡Perro, yo te haré matar!  
Hechizos te pienso dar;  
por fuerza me has de querer.  
Ya sabes que hay quien te hará  
que me quieras y que dejes  
tu ley.



LEONARDO. No hay por qué te quejes  
de mi intención.

AJA. Tarde es ya.

Por fuerza te haré querer.

LEONARDO. Oye.

AJA. No me digas nada,  
que soy mujer despreciada,  
y soy principal mujer.

*(Váyase muy enojada.)*

LEONARDO. ¡ Triste de mí! ¿ No bastaba  
mi esclavitud? ¿ Qué consuelo  
me queda? ¡ Oh, piadoso Cielo,  
flechas son de una aljaba!  
¡ Mis pecados las merecen!

*(Sale FÉLIX, sacerdote cautivo, con un almaizar  
blanco y una cadena al pie.)*

FÉLIX. Ya pensé no hallarte aquí.  
Triste estás.

LEONARDO. Nunca me vi  
más. Tristes cosas se ofrecen  
que se atreven al valor,  
al ser hombre, al ser cristiano.  
¡ Ay, Félix, resisto en vano  
de esta mujer el amor!  
No dudo de mi flaqueza;  
mas de esa perseverancia,  
aunque hay tan grande distancia  
de su intento a mi firmeza,  
vi en esa grande ocasión.  
Sacerdote eres y amigo.

FÉLIX. Descansa el pesar conmigo  
en hombros de mi afición.  
¿ Trátate mal Solimán?  
¿ Vas acaso a la galera?

LEONARDO. Ojalá, Félix, yo fuera  
de esa galera galán.

FÉLIX. ¿ Es algo de tu señora?

LEONARDO. En esto estuvo mi mal.

FÉLIX. Amor es furor mortal,  
fuego que el honor devora;  
ley que a naide guarda ley,  
tirano del albedrío,  
pues llega su señorío  
a ser de las almas rey.  
Debes de haberte rendido  
o quiéreste ya rendir;  
algo que temes cumplir,  
Leonardo, le has prometido.  
Confíesate, que es gran medio  
para enderezar tus pasos.

Llama a Dios, que en tales casos  
es el más cierto remedio.  
Dime la verdad.

LEONARDO. No fuera  
ella ni el mundo bastante  
a volver este diamante,  
Félix, en blanda cera.  
Vive la ley que profeso,  
que es fuerza que ha de vivir,  
que en ella pienso morir  
como Dios me guarde el seso;  
y dígolo de esta suerte  
porque Aja juró aquí  
que, quitándome, (1) así  
será causa de mi muerte.  
Ya sabes tú que en Argel  
hay hechiceras que quitan  
el seso y que a Circe imitan  
en transformaciones de él.  
Han hecho muchos cristianos  
renegar, llenos del fuego  
de este amor lascivo y ciego. (2)  
Viendo sus intentos vanos,  
que al que no pueden vencer  
con hechizos, le transforman  
en cera, y de cera forman  
lo que de él quieren hacer.  
¡ Triste de mí! Félix mío,  
dame consejo. ¿ Qué haré?

FÉLIX. No hay cosa, y es cierta fe,  
que fuerce (3) el libre albedrío.  
Al demonio invocarán;  
mas si el cristiano resiste,  
¿ qué fuerza tiene él?

LEONARDO. ¡ Ay, triste!  
Veneno darme podrán  
como me quiten el seso.

FÉLIX. ¿ En qué?

LEONARDO. En la comida.

FÉLIX. Espera;  
tu señora persevera  
y tú temes mal suceso.  
Tráeme un vaso de agua aquí.

LEONARDO. ¿ Para qué?

FÉLIX. Ya lo sabrás.

LEONARDO. Voy.

FÉLIX. Dios ha de poder más;

(1) Así en el texto. Quizá diría Lope: "que en-  
hechizándome".

(2) Aquí faltan versos para el sentido.

(3) En el original, "fuerça".

hoy vuelve el Cielo por ti.  
Hoy con divino trofeo,  
que al Cielo estas glorias dan,  
dirá amor como Julián:  
"Bonyistam Galileo." (1)

(Sale LEONARDO con un vidrio de agua.)

LEONARDO. Aquí está el agua.

FÉLIX. Ya sabes  
que, aunque al demonio le pesa,  
soy de la Cruz de Montesa;  
del Cielo tengo las llaves  
porque sacerdote soy  
de Cristo.

LEONARDO. Basta esa cruz,  
que fué [la] llave de luz  
en el peligro que estoy.

FÉLIX. Traigo al cuello, que he guardado,  
Leonardo, toda mi vida,  
de esta escuela esclarecida  
y del báculo sagrado  
con que el Patriarca Santo  
pasó el Jordán caudaloso,  
de la vara que el precioso  
fruto nos dió por bien tanto,  
del palo dulce que hizo  
el agua amarga de Mara,  
del holocausto y del ara  
en que el Padre satisfizo  
aquel Cordero inocente,  
de aquel asta celestial  
que la sierpe de metal  
levantó divinamente,  
de la que fué aquellos días  
la bendición de Efraín,  
del agua y bandera, en fin,  
que profetizó Isaías;  
al fin, de la Cruz sagrada  
una parte, aunque pequeña,  
del valor que toda...

LEONARDO. Enseña.

FÉLIX. Detente, no digas más,  
no nos sientan estos perros;  
pero en virtud de que Cristo  
colgado en ella fué visto,  
por nuestro bien, de tres hierros,  
en esta agua pura y clara  
la pongo, y así serán (2)  
estos cristales Jordán

y ella la divina vara. (1)  
Bebe un trago y da a beber  
a esa esclava que persigue  
Solimán, por que mitigue  
el daño que os piensa hacer.

LEONARDO. Retírate, que sospecho  
que viene él mismo.

FÉLIX. Ya voy  
adonde acabando estoy  
de aquel nuevo cuarto el techo;  
que sirvo de dar madera,  
yeso y ladrillo estos días.  
Si tienes lugar podrías  
verme allí.

LEONARDO. Si hoy salgo fuera  
no dudes que vaya a verte  
y a darte cuenta de mí.

FÉLIX. Fía en Dios.

(Vase FÉLIX.)

LEONARDO. Harélo así,  
y por El vida es la muerte.

(Entre MARCELA, cautiva.)

MARCELA. Rato ha que espero un rato  
en que descansar contigo.  
¿Quién estaba aquí?

LEONARDO. Un amigo  
con quien mis desdichas trato.  
Es Félix, que hacer profesa,  
por todo esclavo cristiano,  
del hábito de Montesa.  
Contéle que Aja quería  
darme hechizos, y mandóme  
que un trago de agua tomase  
por ventura cada día  
en que la reliquia santa  
de la Cruz puso.

MARCELA. También  
me vendrá, Leonardo, bien  
tomarla en desdicha tanta,  
que Solimán ha jurado  
hacer lo mismo conmigo.

LEONARDO. Pues contra el fiero enemigo  
prueba este licor sagrado,  
y no temas su veneno;  
porque si a mí me lo dan  
sin esclavo quedarán  
y yo de descanso lleno,  
que me pienso fingir loco.

(1) Así en el texto.

(2) En ídem, "serena".

(1) En el texto, "veras".

MARCELA. Pues lo que te viere hacer  
no dudes de que ha de ser  
mi remedio.

LEONARDO. Escucha un poco.

MARCELA. ¡Ay, triste, que es Solimán!

LEONARDO. Yo buscaré algún enredo.

(Sale SOLIMÁN.)

SOLIMÁN. ¿Juntos, perros?

MARCELA. (¡Muerta quedo!)

LEONARDO. (Ducientos palos me dan.)

Señor...

SOLIMÁN. ¿De qué estás turbado?

LEONARDO. No me turbo. Escucha.

SOLIMÁN. Di.

LEONARDO. Pasando yo por aquí,  
de Marcela descuidada,  
la vi casi desmayada  
de la nueva de saber  
que es muerto su padre.

MARCELA. Ayer  
vino un fraile ¡ay desdichada!  
del Redentor compañero,  
y hoy me lo dijo.

LEONARDO. Yo fui  
y truje este vidrio aquí.—  
Toma, bebe.

MARCELA. Beber quiero.  
(Bebe MARCELA.)

SOLIMÁN. ¿No tengo mandado yo  
que no entren papas a ver  
mis esclavos?

MARCELA. Llegó ayer,  
y Afende me lo contó.  
Es mi padre; helo sentido.

SOLIMÁN. No te pongo culpa a ti.—  
Y tú ¿por qué entras aquí?

LEONARDO. Sentí, señor, el ruido  
y, por que no la perdiese,  
la quise dar este trago,  
no presumiendo que en pago  
tales enojos me diese;  
pues confío en Dios que sea  
esta bebida su vida,  
porque está en esta bebida  
el remedio que desea;  
que es contrahierba famosa  
para desmayos de fe,  
donde el Icornio (1) fué  
un ramo de palma hermosa.

Aquí una piedra bezar  
tendrá tal virtud no oída, (1)  
que le asegura la vida  
que puede a mil hombres dar;  
aquí un divino madero  
que el palo santo retrata,  
y una tierra sigilata,  
con la sangre de un Cordero,  
son contra todo veneno.

SOLIMÁN. ¿Sabes tú de confecciones?

LEONARDO. ¿No lo ves?

SOLIMÁN. De mil pasiones  
tengo, esclavo, el pecho lleno,  
muero de melancolía;  
hazme alguna confección  
que me vuelva al corazón  
la libertad que tenía.

LEONARDO. Yo lo haré.

SOLIMÁN. Pues vete agora,  
que entre tanto en estos ojos  
podrá templar sus enojos  
el alma que los adora.

LEONARDO. Yo me iré.

SOLIMÁN. Vete.

LEONARDO. (¡Ay de mí!  
Aunque es amor de los Cielos,  
como son moros mis celos  
no tendrán fe para mí.)

(Váyase.)

SOLIMÁN. Esclava, que mejor puedo  
llamar dueño de este esclavo  
en inmortal prisión quedo, (2)  
¿cuándo darás libertad  
a este corazón cautivo  
de esos ojos, por quien vivo  
en tanta cautividad?  
¿Cuándo, Marcela, mi suerte  
será tan favorecida  
que, mejorando tu vida  
des vida a mi injusta muerte?  
No somos, cristiana, aquí  
como allá sois los cristianos.  
No son pensamientos vanos  
estas promesas en mí;  
que, puesto que soy casado,  
puedo hacerte mi mujer,  
que si allá no puede ser

(1) En el texto, "lo diga".

(2) Falta un verso antes de éste para la redondilla.

(1) Quizá deba leerse "Unicornio".



no ha sido en mi ley vedado.  
¿No hablas?

MARCELA. ¿Qué puedo hablar,  
Fendo, a persuasiones tuyas,  
si de mi ley con las tuyas  
me manda el Cielo callar?  
¿Qué puedo, aunque fueras rey  
de Argel, Trípoli y Viserta,  
decir sin ofensa cierta  
de la lealtad de mi ley?

SOLIMÁN. Perra, si al cristiano loco  
que agora se va de aquí  
no le quisieras así  
no me tuvieras en poco;  
que ni tu ley te obligara,  
pues a muchas no ha obligado,  
que aquí en Argel le han dejado,  
ni el mismo Dios te forzara;  
pero si te fuerza Dios,  
es amor; y si algún rey,  
el gusto; y si alguna ley,  
la que os ha puesto a los dos.  
Pues, perra, yo probaré  
que la palabra me has dado  
de renegar.

(LEONARDO *éntre.*)

LEONARDO. Ya he pensado  
la confección que te dé,  
y he menester, Solimán,  
ir por unas hierbas.

SOLIMÁN. Creo  
que celos a tu deseo  
esa confección te dan.

Perro, ¿a qué vuelves aquí?

LEONARDO. ¿No me mandaste que hiciese  
una bebida, y que fuese  
para alegrarte?

SOLIMÁN. Es así.

LEONARDO. Pues yo tengo prevenidas  
esmeraldas y coral,  
oro, perlas y cristal,  
que pueden darte mil vidas.

SOLIMÁN. Necio, cuando están presentes  
esmeraldas en sus ojos,  
coral en sus labios rojos,  
perlas en sus blancos dientes,  
cristal en aquellas manos,  
oro en su mucho valor,  
¿me das bebida de amor  
hecha de celos cristianos?

Anda, vete, y si jamás  
osas volver...

LEONARDO. (Yo me iré  
donde la bebida haré  
del veneno que me das;  
echaré en mi propio llanto  
celos, desesperaciones (1)  
del alma, que pesan tanto.  
Todas son flechas de amor,  
todas raíces del fruto  
de amarte, injusto tributo  
que paga el alma el sabor.)

SOLIMÁN. ¿No te has ido, viva Alá?

LEONARDO. Señor, ya me voy.

SOLIMÁN. ¿Qué hacías?

LEONARDO. Pensaba en que me decías  
que no entrase más acá,  
y ponderaba entre mí  
la obligación de un esclavo.

SOLIMÁN. Que la ponderes alabo,  
pero no ha de ser aquí;  
vete allá donde te alojas.

LEONARDO. Ya, Fendo, me voy.

SOLIMÁN. Acaba. (2)

MARCELA. Que sin ocasión te enojas,  
y que sin dártela yo  
me presumes levantar  
que he querido renegar.

SOLIMÁN. Testigos tengo.

MARCELA. Eso no,  
que serán falsos testigos.

SOLIMÁN. O falsos o verdaderos,  
tú lo harás.

MARCELA. No me hagas fieros.

(AJA *salga.*)

AJA. ¿Tan juntos ya y tan amigos?  
Dos mil años, Solimán,  
goces la esclava española.

SOLIMÁN. ¿Por qué más de aquesta sola  
que de las que en casa están?

AJA. Porque más bien te parece.

SOLIMÁN. No estoy para celos.

AJA. ¿Vaste?

SOLIMÁN. ¿Qué he de hacer si me enojaste  
y mi amor no lo merece?

AJA. Éntrate allá, vil esclava.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

(2) Falta otro verso.

MARCELA. ¿Cómo os he de contentar  
si he de estar y no he de estar? (1)

SOLIMÁN. Aquí con Leonardo estaba,  
y esto sólo la reñía.

AJA. ¿Por qué con Leonardo estás?

MARCELA. Porque no acierte jamás  
tu gusto, señora mía.  
Si estoy con tu Solimán,  
notables celos te doy,  
y si con Leonardo estoy...  
AJA. Calla, infame, que dirán  
los que te oyeren decir  
que de que os habléis me pesa;  
siendo vuestra invención ésa  
y vuestro común mentir.  
A propósito sería,  
por no dar que sospechar,  
que dejásemos hablar  
los esclavos todo el día.  
Pues, aunque, perra, os valgáis  
de esa invención, no penséis  
que con Leonardo hablaréis,  
aunque a Solimán habláis.  
Salid al punto de aquí,  
y os venderé a algún hebreo.

MARCELA. Sólo servirme deseo.

(Váyase.)

SOLIMÁN. ¿Por qué la tratas así?

AJA. Esa palabra esperaba.

SOLIMÁN. No es palabra sospechosa,  
pues eres tú más hermosa  
y ella vil mujer esclava.

AJA. ¡Oh, qué contento me has dado!  
Por eso abrazarte quiero.

SOLIMÁN. Eres mi bien verdadero;  
vive, amores, sin cuidado,  
y vende la esclava luego;  
no tengas celos de mí.

AJA. Quererte me tuvo así,  
ya sabes que Amor es ciego.  
Mas quiero darte una nueva  
con que estos esclavos goces  
con más gusto y menos voces.

SOLIMÁN. Eso habrá más que te deba.

AJA. Ciertos hechizos me ha hecho  
una amiga...

SOLIMÁN. Cuerda eres.

AJA. Con que harán lo que quisieres.

SOLIMÁN. ¿Es bebida?

AJA. Eso sospecho.

SOLIMÁN. Que fuesen moros deseo.

AJA. Eso es lo menos que harán.

SOLIMÁN. ¡Por vida de Solimán,  
que en estos ojos me veo! (1)  
Ven y dales la bebida  
sin que lo entiendan.

AJA. Si haré.

SOLIMÁN. (Y mi esclava gozaré.)

AJA. (Por Leonardo estoy perdida.)

SOLIMÁN. (Finjo que a esta loca ofrezco  
el alma, y téngola en poco.)

AJA. (Finjo querer a este loco,  
y en extremo le aborrezco.)

(Vanse, y entra BRAHÍN, hebreo, y BASURTO, esclavo  
cristiano.)

BASURTO. Paréceme que te vi  
en España.

BRAHÍN. Sí verías,  
que allá viví muchos días.

BASURTO. Pues ¿cómo veniste aquí?

BRAHÍN. Mi padre es noble y cristiano,  
pero fué mi abuela hebrea.

BASURTO. Judía, dirás.

BRAHÍN. Que sea  
ese nombre.

BASURTO. Hablemos llano:  
tu abuela ¿guardaba allá  
la ley de Moisés?

BRAHÍN. Sí hacía,  
efectos era judía,  
pues esto en mi honra va. (2)  
Crióme, y de esta crianza  
resultó creer su ley;  
temí la vara del Rey,  
por donde sabes alcanza,  
y, por no manchar la fama  
de mis padres, me he pasado  
a Argel, donde estoy casado.

BASURTO. Yo sé bien cómo se llama  
tu padre.

BRAHÍN. Calla ¡por Dios!,  
si estimas ya mi amistad.

BASURTO. ¿Vísteme en nuestra ciudad?

BRAHÍN. Más de una vez y aun de dos.  
Tu cautiverio me pesa.  
¿Cómo fué?

(1) Este pasaje dice en el texto:

"MARCELA. Como os he de contar  
si he de saber y no he de saber."

(1) En el texto, "mi ver".

(2) En ídem, "ya".

BASURTO. Es (1) cosa muy larga.

De mi remedio te encarga.

BRAHÍN. 'Téngolo por fuerte empresa.

BASURTO. Verdad es, porque mi amo me estima.

BRAHÍN. Escucha un enredo con que libertarte puedo, y conoce que te amo.

BASURTO. Sois los hebreos sutiles.

BRAHÍN. Di que eres hebreo.

BASURTO. ¿Yo?

BRAHÍN. Tú, pues.

BASURTO. Brahín, eso no, que son pensamientos viles.

BRAHÍN. Pues ¿no lo sabrás fingir por ganar tu libertad?

BASURTO. Supuesto que es liviandad sí haré, que va el vivir.

BRAHÍN. No puede ningún hebreo ser esclavo. Yo diré que eres mi deudo.

BASURTO. Y yo haré por la patria que deseo cuanto quisieres, Brahín; transformarme en perro, en galgo, que, aunque he nacido hijodalgo, seré diablo y puercoespín. Y porque de puerco digo, advierte que he de comer tocino y he de beber de aquel licor que bendigo.

BRAHÍN. Basurto, discreto eres; procura tu libertad, que en tu patria y tu ciudad comerás cuanto quisieres. Viendo Dalí que naciste judío, te venderá por vil precio.

BASURTO. Bien está. (Notable enredo finge éste.) (2) Pero cómprame y seré tuyo hasta pagarte el precio; que, dándome a menos precio, entre amigos lo hallaré.

BRAHÍN. Soy contento, y serás mío hasta que puedas pagar.

BASURTO. ¡Qué gatazo le he de dar a este bellaco judío!

Pero es decir mal de mí mientras su pariente soy.)

BRAHÍN. Pues, Basurto. a hablarle voy; mas oye, que éste es Dalí.

(Sale DALÍ y el morisco que salió al principio, ya en hábito de moro, y llamado FUQUER.)

FUQUER.

Paréceme mejor este vestido.

DALÍ.

Estás, Francisco, más galán, al doble.

FUQUER.

No me llames Francisco.

DALÍ.

No es posible llamarte de otra suerte hasta que vayas a la mezquita y niegues, como suelen los cristianos, la fe que allá tomaste.

FUQUER.

Pues si yo era morisco.

DALÍ.

¿Eso qué importa, que en efecto te dieron el bautismo? Ve donde digo, porque juntos vamos a la mezquita, y nuestra seta jures.

FUQUER.

Pues voy a hablar al faquí.

DALÍ.

Yo aguardo.

BRAHÍN.

Dalí, guárdete Alá.

DALÍ.

¿Qué es lo que quieres, judío noble?

BRAHÍN.

A Jordali. pasando el Mesus, topé un cautivo tuyo.

DALÍ.

¿Es éste?

BRAHÍN.

El mismo.

DALÍ.

¡Buena pieza!

BRAHÍN.

¿Buena?

(1) En el texto, "Si es".

(2) No es consonante "éste" de "naciste"



DALÍ.

No hay quien le sufra en casa, a todos burla, a todos hace mal, porque el sustento que es para todos se lo come todo, y eso estima los palos que las voces, y porque todos le aborrecen tanto le quiero bien.

BRAHÍN.

Has de saber que tiene deudo conmigo.

DALÍ.

¿Cómo?

BRAHÍN.

Lo que oyes.

DALÍ.

¿Hebreo es este mozo? ¡Alá divino!  
¿Basurto hebreo? ¿Qué es lo que me dices?

BRAHÍN.

Basurto hebreo.

DALÍ.

¿Cómo le conoces?

BRAHÍN.

Si somos de una patria y de una sangre,  
¿no quieres que conozca un primo mío?

DALÍ.

Ven acá, esclavo.

BASURTO.

¿Qué me quieres?

DALÍ.

Dime, ¿tú eres hebreo?

BASURTO.

Sí, señor.

DALÍ.

Pues, perro,

¿no te da vergüenza de decillo?

BASURTO.

Había

callado de vergüenza, y conocíome  
Brahín.

DALÍ.

Por Alá santo que me pesa  
que un hombre de tu talle y de tu ánimo  
sea de aquesa gente. ¡Oh, perro, escupe!  
Cierra los ojos. ¡Rabia que te acabe!  
Mirad qué sin vergüenza que lo dice.

BRAHÍN.

Siendo de esta manera, ya tú sabes  
que no puedes tenerle.

DALÍ.

Dime, infame,  
¿el nombre de Basurto fué postizo?  
¿Cómo te lo llamaste?

BASURTO.

Mis pasados  
iban, señor, a la prisión del Huerto,  
y aquél de quien diciendo iba delante,  
y al llegar a la puerta dijo Judas:  
“¿Va surto el escuadrón?” Y él respondióle:  
“Va surto.” Y los demás, desde este día,  
le llamaron Basurto.

BRAHÍN.

¿Cuánto quieres  
por lo que sabes que tener no puedes?

DALÍ.

Cien escudos no más, que ¡por Mahoma!  
que si fuese cristiano que eran pocos  
dos mil ducados.

BRAHÍN.

Esa bolsa lleva  
cien escudos sencillos portugueses. (1)

DALÍ.

Voime por no lo ver.

(Váyase.)

BRAHÍN.

Guárdete el Cielo.  
Ya eres mi esclavo. Acude luego a casa  
en tanto que del zoco doy la vuelta.

(Váyase.)

BASURTO.

En grande obligación, Brahín, te quedo.  
Yo solicitaré los cien escudos.  
¡Qué sutil invención! Pues ¡vive el Cielo!  
que os he de dar tal vida, que si agora  
lo que vale dos mil compráis por ciento,  
que lo que vale ciento deis por uno.

(Sale SAAVEDRA, FÉLIX, DORANTES, LEONARDO, PEREDA, HERRERA, con haces de leña y segures.)

SAAVEDRA.

Hablemos aquí un poco antes que vamos  
cada cual a su casa como puercos.

FÉLIX.

Temo que nos acusen.

LEONARDO.

¿Quién es éste?

(1) En el texto, “cencillos por tu Iesus.”

HERRERA.

Basurto, ¿no le veis?

BASURTO.

¡ Hermanos (1)

Dorantes, Félix, Saavedra, Herrera,  
Pereda, Leonardo!

DORANTES.

¿Dónde bueno?

BASURTO.

De libertarme.

PEREDA.

¿Qué es lo que nos dices?

¿Vino la Redención, o han enviado  
de España tu rescate?

BASURTO.

Peor que todo  
cuanto me ha sucedido en esta vida.

DORANTES.

¿Hante vendido?

BASURTO.

Sí.

PEREDA.

¿Quién te ha comprado?

BASURTO.

Un judío español.

LEONARDO.

Cuéntate muerto.

Mas tú le tratarás como tú sueles.

BASURTO.

¡Vive Dios! que ha de darme por un cuarto  
antes de cuatro días, porque pienso  
darle humazos terribles como a diablo.

LEONARDO.

¿Con qué?

BASURTO.

Con hacer lonjas de tocino,  
que yo sé un mercader que aquí las tiene.  
¿Qué es esto? ¡Ay, triste!

PEREDA.

Un renegado viene.

*(Salgan todos los MOROS que pudieren en procesión,  
y detrás, si puede ser a caballo, y si no a pie,  
aquel FRANCISCO morisco, muy galán, de moro,  
con una flecha grande en la mano.)*

(1) Verso incompleto. Pudiera ser: "¡Salud,  
hermanos".

FÉLIX.

Señores, ¿qué aguardáis? ¿No veis que es  
el día que reniega algún cristiano [vuestro  
[de] dar mil palos a todos los cautivos?  
Por ver quién es es justo que esperemos.

FUQUER.

¡Alá! ¡Ilé! ¡Alá! ¡Mahomet resule Alá!

*(Canten los Músicos, como zambra, las mismas pa  
labras.)*

FÉLIX.

¿De qué tierra es este mozo? (1)  
¿De qué nación?

MORO.

Morisco de Valencia.

FÉLIX.

Eso no importa nada, compañeros;  
los ojos enjugad, dejad las lágrimas,  
morisco es éste.

LEONARDO.

¡Oh, Cielos, alegrías!

Yo [ya] sé que en su seta viven todos  
los más de aquellos reinos, pues castiga  
el Santo Oficio tantos cada día.

*(Tornen a cantar la zambra y danzarla y denles en-  
tre tanto muchos palos a los cautivos con unos  
rebenques, con que acabe la primera jornada.)*

#### LAS PERSONAS QUE HABLAN EN LA SEGUNDA JORNADA

|                         |                          |
|-------------------------|--------------------------|
| FRANCISCO o FUQUER.     | BERNARDO, viejo cautivo. |
| Cuatro MOROS, soldados. | SAAVEDRA.                |
| El CAPITÁN CASTRO.      | HERRERA.                 |
| RIBALTA, soldado.       | BASURTO.                 |
| ZULEMA.                 | DORANTES.                |
| AMIR.                   | FÉLIX.                   |
| Un PREGONERO.           | SOLIMÁN.                 |
| LEONARDO, cautivo.      | AJA.                     |
| LUCINDA, cautiva.       | MARCELA.                 |
| LUIS, muchacho.         | CIGALA, mora.            |
| JUANICO, muchacho.      | MAZOL, moro.             |

#### JORNADA SEGUNDA

*(FUQUER, ya en las costas de Valencia, con cuatro  
MOROS.)*

FUQUER. Bien queda en este recodo  
la galeota escondida.

MORO. La barca del propio modo  
queda en la cala.

(1) Verso incompleto. Como la pregunta se di-  
rige a un moro, quizá diría:

"Di, amigo: ¿de qué tierra es este mozo?"

FUQUER. No hay vida  
como ésta. Miradlo todo.  
Nadie parece en la playa,  
desde donde el agua raya  
margen en la blanda arena,  
hasta donde a mano llena...  
MORO. Fuego enciende tu atalaya.  
FUQUER. ¡Oh, primera patria mía,  
valle antiguo de Segó!  
¿Quién os dijera algún día  
que viniera a veros yo  
sin el traje que solía?  
No hay árbol aquí, no hay risco  
que no conozca a Francisco  
ya transformado en Fuquer,  
si no es que he trocado el ser  
desde ser moro a morisco.  
En la ley de mis agüelos  
vivo yo, Valencia hermosa:  
dente (1) mis mudanzas celos,  
que con mi espada famosa  
te han de castigar los Cielos.  
MORO. Así en las mismas entrañas  
crió España a Julián.  
FUQUER. Yo haré las mismas hazañas.  
¿Dónde (2) fuego haciendo están?  
Pienso, Tafir, que te engañas.  
MORO. No me engaño, es fuego aquél;  
haciéndolo está la posta.

(En un alto, con un hacha encendida, una ATALAYA.)

ATALAYA. ¡Moros hay! ¡Moros de Argel!  
FUQUER. Los jinetes de la costa  
vienen a los rayos de él.  
¡Por Alá que habemos sido  
sentidos.  
MORO. Camina al mar.

(Salgan algunos CRISTIANOS, soldados de la costa,  
con lanzas y adargas.)

CASTRO. Tarde habéis, moros, venido.  
¡Daos a prisión!  
FUQUER. ¿Cómo dar?  
¡Tente, cristiano atrevido!  
CASTRO. ¡A ellos, si no se dan!  
¡San Jorge, soldados míos!  
RIBALTA. A la mar huyendo van.  
CASTRO. Pero tú me muestras bríos.  
FUQUER. ¿Quién eres?

CASTRO. El Capitán.  
FUQUER. ¿Qué capitán?  
CASTRO. Castro soy.  
FUQUER. ¿Don Diego?  
CASTRO. Sí.  
FUQUER. A ti me doy.  
CASTRO. Suelta la espada.  
FUQUER. ¡Ay de mí!

(Entre RIBALTA.)

RIBALTA. Dos se han muerto y dos prendí.  
FUQUER. (En grande peligro estoy.)  
RIBALTA. Los demás a una barquilla  
que dos peñas escondieron,  
saltaron desde la orilla,  
puesto que apenas movieron  
de sus arenas la quilla,  
como cuando sobresaltan  
aquel silencio sombrío  
con que los bosques se esmaltan,  
desde los juncos al río  
las ranas parleras saltan.  
CASTRO. Aquí su arráez quedó.—  
¿Quién eres, moro, en Argel?  
FUQUER. No sé quién soy.  
CASTRO. ¿Cómo no?  
Déjale morir en él. (1)  
RIBALTA. Este hombre conozco yo.—  
¿Tú no eras de Faura, di?  
CASTRO. ¡Habla, perro!  
FUQUER. ¿Yo? ¿Qué dices?  
De Argel soy y de Argel fuí.  
RIBALTA. ¿Cómo la lengua desdices?  
Morisco, en Faura te vi.  
Francisco es tu nombre, perro;  
cristiano has sido.  
FUQUER. Señores,  
mirad que es notable yerro.  
CASTRO. Todos estos son traidores;  
su vida llaman destierro.  
El que se puede pasar  
de Valencia a Argel se pasa;  
después nos vuelve a robar,  
que, como ladrón de casa,  
sabe las costas del mar.  
Mejor es que se dé cuenta  
al Santo Oficio.  
RIBALTA. Eso apruebo.  
FUQUER. (Mi vida corre tormenta  
en mar de peligro nuevo.

(1) En el texto, "desde".

(2) En ídem, "cuando".

(1) Este verso no hace sentido.



Fuego el agua, el viento afrenta.)  
¡ Señores, doleos de mí!

RIBALTA. Tira, perro, por ahí.

FUQUER. ¡ Ah, patria, justo castigo,  
pues vine a ser tu enemigo  
y en tus entrañas nací!

(Váyanse, y éntre ZULEMA y AMIR.)

ZULEMA. ¿ En Cerdeña fué, en efeto,  
la galima, Amir amigo?

AMIR. Tal gente traigo conmigo,  
que el mar me tiene respeto.  
No hay, Zulema, en todo Argel  
galeotas como aquí, más bien armadas, más prestas.

ZULEMA. Díjome ayer Moraicel  
que os habían dado caza  
los Orías.

AMIR. Traen gran peso.  
Que las temí te confieso,  
y eran del corso la traza,  
que debieran ir ligeras:  
llenas de mercaderías  
pierden gente y gastan días.

ZULEMA. ¡ Qué bien, Amir, consideras!  
Apenas se ve el extremo  
del estandarte o color  
del guión, cuando el mejor  
pone las manos al remo.

AMIR. Allí todo es gravedad;  
acá, si el mismo Rey fuera,  
enojando el "ropa fuera"  
dejarán la majestad.  
Las obras muertas bajamos  
donde hagan lastre y no impidan  
para que los vientos midan  
con las alas que llevamos;  
tendemos para crujía  
el árbol y la mesana,  
con que su esperanza vana  
dejemos el mismo día;  
seguro estoy que podrán  
a mí alcanzarme a lo menos.

ZULEMA. ¿ Hay buenos esclavos?

AMIR. Buenos.

ZULEMA. ¿ Dónde los tienes?

AMIR. Ya están  
vendiéndolos en el zoco. (1)  
Mas por aquí pasan ya.

(Salen un PREGONERO, dos o tres MOROS, BERNARDO,  
viejo; LUCINDA, su mujer; LUIS y JUANITO, mu-  
chachos cautivos.)

PREGON. ¿ Quién da más? ¿ Quién más me da?

MORO 1.º ¿ Lo que os doy por él es poco?

PREGON. Ciento por el más pequeño  
me dan a luego pagar.

MORO 2.º Ciento y diez os quiero dar.

MORO 1.º ¿ Qué nación?

BERNARDO. Corzo y isleño.

MORO 2.º ¿ Está sano este muchacho?

PREGON. Miradle.

JUANITO. ¡ Ay, madre! ¿ Qué es esto?

AMIR. Abre aquesa boca presto;  
abre, no tengas empacho.

JUANITO. Buenas las tengo, señor;  
ninguna me duele agora.

ZULEMA. ¡ Bello muchacho!

JUANITO. ¡ Señora!... (1)

ZULEMA. Menea esos brazos bien.

AMIR. Con vos aceto el concierto (2)  
por menos que otros me den.

ZULEMA. Ciento y diez, Amir, os dan;  
ciento y veinte os doy.

AMIR. Ya es [vuestro;]  
ya es, que amistad os nuestro.

ZULEMA. Tristes los padres están.  
Niño, ven conmigo.

JUANITO. ¿ Adónde?

ZULEMA. A mi casa.

JUANITO. ¡ Ay, madre mía!

LUCINDA. ¡ Llegó de mi muerte el día!  
¡ Tierra, en tu centro me esconde!  
¡ Hijo!

AMIR. Déjale.

LUCINDA. Señor,  
dejadme el niño (3) abrazar.

JUANITO. Madre, ¿ que me han de llevar?

LUCINDA. ¡ Ay, hijo, extraño rigor!  
Mas pues no puede ser menos,  
mi Juan...

ZULEMA. ¡ Oh, qué bríos! ¿ Juan dijo?

LUCINDA. Mirad, mi bien, que sois hijo  
de padres nobles y buenos.  
Muy tierno os llevan de mí.  
Abrid los ojos, amores;

(1) Falta el último verso a la redondilla.

(2) Falta el verso anterior a éste.

(3) En el original,

"Señora,  
dejándome el mismo abrazar."

(1) En el texto, "coso".

los regalos y favores  
no os muden; hacedlo así.

JUANITO. Sí, madre.

LUCINDA. Dad la palabra  
a Dios.

JUANITO. Palabra la doy  
de estar en la fe que estoy  
aunque la tierra se abra.

LUCINDA. Acordaos siempre, mis ojos,  
de rezar, pues lo sabéis;  
que si rezáis y ofrecéis  
vuestras prisiones y enojos,  
[a] aquel Santo Redentor  
de la Trinidad Sagrada  
y de la Merced fundada  
en su soberano amor,  
Él abrirá con la llave  
de su cruz vuestra cadena.

JUANITO. Señora, no tenga pena  
si mi buen intento sabe;  
que ni el regalo ni el palo  
me mudarán de este intento.

LUCINDA. Hijo, aunque el castigo siento,  
temo en extremo el regalo.

ZULEMA. Déjale ya, que mañana  
ha de ser moro.

LUCINDA. Antes vea  
su muerte.

LUIS. En lo que desca  
será su esperanza vana.—  
Acuérdate, dulce hermano,  
de que eras cristiano allá.

JUANITO. Yo lo haré.

ZULEMA. Déjale ya.

LUIS. Pues haz, Juan, como cristiano.

JUANITO. Luis, ¿no me irás a ver?

LUIS. Sí, hermano.

ZULEMA. Suelta el muchacho.

LUCINDA. Al cielo un ángel despacho.  
Mártir, Juan, habéis de ser.

JUANITO. Madre, adiós.

LUCINDA. Él te defienda  
de los engaños crueles  
de estos perros infeas.

BERNARDO. Paso, y ninguno te entienda,  
que se vengarán en él.—  
Hijo, adiós.

JUANITO. Mi padre, adiós.)

MORO I.º ¿Ya os concertastes los dos?  
Y éste, ¿cuánto piden de él?

PREGON. Por éste dan ciento y veinte.

AMIR. Ya veis que es mayor.

MORO I.º Quisiera  
a otro aunque menor fuera.

AMIR. Buscad otro que os contente,  
que a fe que habéis de pasar  
de ducientos.

MORO I.º No es razón.

PREGON. Es una perla el garzón.  
Dejádmelo pregonar.

MORO I.º Quedo, que estoy en concierto.  
Ea, los docientos doy.

AMIR. Vuestro es.

LUIS. ¿Que vuestro soy?

MORO I.º Sí.

LUIS. Más quisiera ser muerto.

BERNARDO. ¡Luis!

LUIS. ¡Padre de mi vida!

BERNARDO. Bendito vas.

LUIS. Voy sin vos.

BERNARDO. ¿Has de olvidarte de Dios?

LUIS. ¿Cuál hombre de Dios se olvida?  
Antes veréis las estrellas  
como peces en el mar,  
y los delfines nadar  
por donde relumbran ellas;  
antes la tierra pesada  
sobre la esfera del fuego,  
el sol en el limbo ciego,  
cuerpo y peso a lo que es nada;  
antes veréis que el sol yerra  
su curso...

MORO I.º Calla, rapaz.

LUIS. En los elementos paz,  
entre los humildes guerra,  
que verme, padre, sin fe;  
Luis soy, tengo de imitalle.

MORO I.º Eso de Luis se calle  
después que yo te compré,  
y Juf y Zuf te apellida.

LUIS. No, sino Luis, señor.

MORO I.º Con castigo y con amor  
verás que el Luis se te olvida.

PREGON. ¿Queréis vos esta cristiana?

MORO 2.º ¿Por cuánto me la darán?

(*Entran SAAVEDRA y HERRERA.*)

SAAVEDRA. (¿Que concertados están  
de verse hoy por la mañana?)

HERRERA. Aquí se quieren juntar.  
Félix lo ha trazado así.)

AMIR. Otra no tan buena di  
en más precio.

MORO 2.º Esto he de dar.

AMIR. Ahora bien, la esclava es tuya.

PREGON. Del viejo ¿qué hemos de hacer?

AMIR. Pues nadie le ha de querer  
por ser larga la edad suya,  
en mi casa quedará  
para andar una atahona.

LUCINDA. ¡Ay, mi Bernardo!

MORO 2.º Perdona,  
que otro dueño tienes ya.  
¿Cómo te llamas?

LUCINDA. Lucinda.

MORO 2.º Pues, Lucinda, tu marido  
yo soy ya.

BERNARDO. ¡Que me divido  
de ti sin que el alma rinda!

LUCINDA. ¡Adiós, mi Bernardo!

BERNARDO. ¡Adiós,  
prendas por mi mal perdidas!

AMIR. Ven donde tu premio pidas.

PREGON. Bien has ganado en los dos.

(Váyanse, y queden SAAVEDRA y HERRERA, cautivos.)

SAAVEDRA. Si donde viene tan muerta  
la cristiana religión  
con alguna devoción  
no resucita y dispierta,  
vendráse a perder del todo.

HERRERA. Ya está Saavedra aquí.

SAAVEDRA. Esperad.

(Sale PEREDA y DORANTES.)

PEREDA. Amigos, [oí:]  
hoy se ha de ordenar el modo  
como mejor alivemos  
este Jueves Santo.

HERRERA. Quiere  
Félix, quiera Dios no altere  
a los amos que tenemos,  
que se haga una procesión  
famosa de disciplina.

DORANTES. No hay duda de que es divina,  
más que humana inspiración,  
porque haremos monumento,  
y [a] mil cristianos dormidos  
abriremos los oídos  
con este santo instrumento.  
Oirá nuestras voces Dios,  
y nuestra sangre vertida  
recibirá.

(BASURTO *entre*.)

BASURTO. ¡Que tal vida  
Basurto pase por vos!

¿Esto se puede sufrir?

¿Soy hombre o bestia?

SAAVEDRA. ¿Qué es esto?

¿Basurto con ese gesto?

DORANTES. ¿Dónde vas?

BASURTO. Voy a morir.

Topóme el diablo, señores,  
con un bellaco judío  
que se hizo amigo mío  
y no hay contra nos mayores;  
que me compró de mi amo  
fingiéndose mi pariente,  
que como sabéis del amo, (1)  
donde paso hambre mortal  
y la desnudez que veis.

Mirad si acaso tenéis  
entre todos medio real,  
que estoy como el perro en fiesta  
cuando el dueño no ha venido.

PEREDA. ¿Que tan mal te ha sucedido?

BASURTO. Es propia ventura aquesta  
de los que son desdichados;  
no hay miseria cual la mía;  
como a perro, a mediodía,  
me ponen agua y salvados;  
y porque el sábado, que era  
fiesta suya, eché en la olla,  
[en] donde estaba una polla  
y un pedazo de ternera,  
dos deditos de tocino  
rancio, que me dió un francés,  
por comérmelo después  
con cuatro veces de vino  
que de limosna busqué  
entre ciertos mercaderes,  
fué mi dicha...

SAAVEDRA. ¿Llorar quieres?

BASURTO. El caldo entonces lloré,  
porque dándome con ella  
el traidor, ¡quién tal pensara!,  
lloré el caldo por la cara  
que me vertieron por ella;  
mas como tan bien me olía  
y tanta lengua sacaba,  
lo que en la nariz topaba  
en la boca lo metía.  
Mas pagóme lo.

DORANTES. ¿Cómo? (2)

(1) Falta un verso para la redondilla, y éste está errado.

(2) Verso incompleto.



BASURTO. Una cuerda que hallé  
de [una] vihuela corté  
en pedacitos pequeños  
y echéelos otro día  
en la olla.

HERRERA. ¿Y al sacalla?

BASURTO. Que dos mil gusanos halla  
en ella se parecía,  
porque ya cuerda cocida  
todo parece gusanos.

DORANTES. ¿Quién duda que fué a tus manos  
toda entera remitida?

BASURTO. Diómela; mas yo, fingiendo  
asco, aun no quería vella,  
y me forzaba a comella,  
"Cómela, perro—diciendo—,  
que estos gusanos que ves  
te han de comer dentro vivo."  
Yo decía: "¡Que a un cautivo  
ponzoña y gusanos des!"  
"Justicia del Cielo, perro  
—el judío replicaba—;  
come." Yo que no jaraba;  
pero, en fin, con ella cierro, (1)  
y diciendo: "Por que pierdas  
el esclavo, vil hebreo,  
tengo de ser el Orfeo  
....." (2)  
Y asiendo el pie de una polla,  
ternera tierna y perdiz,  
debajo de la nariz  
me fuí metiendo la olla.

PEREDA. ¿Y a eso tan triste vienes?

BASURTO. Notables burlas le hago,  
con que con esto me pago.

HERRERA. Dichosa desdicha tienes.

BASURTO. ¿A qué os juntastes aquí?

SAAVEDRA. A honrar nuestro Jueves Santo,  
que queremos hacer cuanto  
hacen en España.

BASURTO. ¿Así?

SAAVEDRA. Sí, Basurto, procesión  
de disciplina ha de andar.

BASURTO. Esa podéis excusar,  
pues tan ordinarias son,  
y hagamos el monumento.

PEREDA. Estas que por fuerza son  
no tienen la devoción

que la que ordenar intento.  
Disciplinas ha de haber,  
túnicas, andas y cera.

HERRERA. ¿Quién viene?

(FÉLIX *entre.*)

FÉLIX. Quien os quisiera  
juntos en España ver.

SAAVEDRA. ¡Ah, Félix! Ya está trazado  
el hacer la procesión.

FÉLIX. Mover vuestra devoción  
es lo que tengo pensado,  
y que enternezcáis los pechos  
de estos fieros renegados  
y algunos determinados  
por ejemplo de los hechos,  
que se quieren hacer moros.  
¿Cómo llevaremos cera?

HERRERA. Contribuyendo cualquiera  
de aquestos pobres tesoros.  
Más de alguna ama sé yo  
que dará dinero.

PEREDA. En todo  
se buscará el mejor modo.

FÉLIX. No hay túnicas.

PEREDA. ¿Cómo no?  
Aunque el jaleco se vuelva  
lo de atrás para adelante.

FÉLIX. Algún paso es importante  
que en lágrimas nos resuelva.

HERRERA. ¿Qué paso?

FÉLIX. La Cruz a cuestras  
mueve a grande devoción,  
sacando a su obstinación  
lágrimas si están dispuestas.

BASURTO. Haya alguno que el Dios mío  
que la Cruz ha de llevar,  
cristianos os quiera dar,  
que yo os prestaré un judío.

FÉLIX. ¿En qué le harás?

BASURTO. Ya está hecho.

DORANTES. ¿A tu amo?

BASURTO. El mismo es,  
y aun irá sin interés,  
que no está bien satisfecho.

FÉLIX. Agora bien, el guardián  
viene por aquí; no es bien  
que antes disciplina os den.

BASURTO. ¿Queríisme hacer sacristán  
de estos pasos? Que veréis  
qué andas llevaréis.

(1) En el texto, "perro".

(2) Falta un verso. Pudiera ser éste u otro pa-  
recido: "que cante con estas cuerdas".

FÉLIX. Una mañana. (I)

BASURTO. ¿Dónde?

FÉLIX. En casa de Sultana.

BASURTO. Adiós.

FÉLIX. Allá me hallaréis.

(Váyanse, y entren SOLIMÁN y AJA.)

SOLIMÁN. ¿Qué les has dado, enemiga?

AJA. Lo que Fátima me dió.

SOLIMÁN. No es posible.

AJA. ¿Cómo no?

Celia, Solimán, lo diga.

SOLIMÁN. ¿Cómo están locos los dos?

AJA. Tomaron más cantidad.

SOLIMÁN. Aja, dime la verdad.

AJA. Esta es la verdad ¡por Dios!

(Salgan, fingiéndose locos. MARCELA y LEONARDO.)

MARCELA. No hay que tratar; yo he de ser su esposa de Solimán.

LEONARDO. Y yo soy de Aja galán.

MARCELA. ¿Quién es Aja?

LEONARDO. Es mi mujer.

MARCELA. Malos años para vos.

Aja no tendría migaja de vos, porque yo soy Aja, y haré rajas a los dos.

SOLIMÁN. ¡Tente, loca!

AJA. ¡Tente, loco!

MARCELA. ¡Tente tú!

LEONARDO. ¡Tú también tente!

SOLIMÁN. ¡Qué locura!

AJA. ¡Qué accidente!

MARCELA. ¡Todo es nada!

LEONARDO. ¡Todo es poco!

SOLIMÁN. ¿Sabes que soy tu señor?

MARCELA. ¿Sabes que soy reina ahora?

AJA. ¿Sabes que soy tu señora?

LEONARDO. ¿Sabes que soy el mayor de cuantos reyes han dado ley al mundo?

SOLIMÁN. Las prisiones te harán cuerda.

MARCELA. Si me pones de hierro un monte labrado, no es peso para mis pies, que soy espíritu.

AJA. Esclavo, ¿sabes que el loco más bravo por la pena no lo es?

LEONARDO. ¿Sabes como no hay más pena que la que tengo en el alma? Apretó Amor con la palina y está la madera llena. ¡Viva España!

MARCELA. ¡Viva España!

SOLIMÁN. Locos nos han de volver.

MARCELA. Aún no debéis de saber en qué pára la maraña; pues sabed que hay encubierta una cosa contra vos que la trazamos los dos.

AJA. (¡Triste, mi desdicha es cierta! Ésta debe de querer decir que a Leonardo quiere.)

SOLIMÁN. (Que por su hermosura muere hoy le dice a mi mujer.) ¿Oyes, Aja?

AJA. ¿Qué me quieres? Éstos son locos; no obligan a crédito en cuanto digan.

SOLIMÁN. Así es verdad, cuerda eres; que quien no tiene sentido como el reloj siempre está, que no entiende lo que da.

LEONARDO. (Cuerda la invención ha sido.)

SOLIMÁN. Ea, Leonardo, hoy has de ir al monte a hacer leña.

LEONARDO. Bien; haced que presto me den esa bestia en que salir; que he de traer seis encinas para quemaros.

SOLIMÁN. ¿A mí?

LEONARDO. Pues ¿a quién mejor que a ti?

SOLIMÁN. ¿No adviertes que desatinas?—Aja, gran mal me has causado; los dos esclavos mejores he perdido.

AJA. Estos rigores de la fuerza han resultado; principios son, no te espantes; vamos, pasará el furor.

SOLIMÁN. ¡Qué mal se conquista amor con violencias semejantes! Amor de blandura nace, de regalo y de amistad, que es libre la voluntad y vive en la ley que hace. Cuéntalos ya por perdidos. Déjalos estar un poco.

(1) Verso largo. Todo este pasaje está muy variado.

SOLIMÁN. Tarde o nunca vuelve un loco,  
Aja, a cobrar los sentidos.

(Váyanse Aja y SOLIMÁN.)

LEONARDO. ¿Quién eres tú?

MARCELA. ¿Quién? Yo soy  
la reina de Trapisonda.

LEONARDO. Da una vuelta a la redonda.

MARCELA. Digo que una vuelta doy.

LEONARDO. Es verdad, la reina eres;  
mas ¿quién dirás que soy yo?

MARCELA. El primer sabio que [dió]  
por las murallas de Amberes.

LEONARDO. ¡Pardiez, no me has conocido!  
Como vengo disfrazado...

MARCELA. ¿Quién eres?

LEONARDO. Antón Pintado.

MARCELA. Cobra, mi bien, el sentido.

LEONARDO. Sí haré, pues a verte llego,  
y tales mis llamas son,  
que ya soy pintado Antón  
por las que traigo de fuego.  
¿Cómo, mis ojos, te ha ido  
con la bebida cruel?

MARCELA. El antídoto fiel  
único remedio ha sido.  
Como aquel agua bebí,  
que el unicornio ha templado,  
la ponzoña que me ha dado  
fué epítima para mí.

LEONARDO. Lo mismo me ha sucedido,  
que aquella vara divina  
que revolvió la piscina:  
toda mi salud ha sido.  
Yo fui el pobre, el ángel fué  
Félix, la vara el madero,  
leña de Isaac el cordero  
que sobre el monte se ve,  
tan firme, que vendrá día  
en que nos den libertad.

MARCELA. ¿Qué soy de tú voluntad?

LEONARDO. El dueño.

MARCELA. Tú de la mía.

LEONARDO. Muero por darte un abrazo.

MARCELA. Ya espero que tengas vida.

(Abrácela, SOLIMÁN éntre.)

SOLIMÁN. ¿Qué es esto?

LEONARDO. ¡Suelta, atrevida!

MARCELA. ¿Cómo?

LEONARDO. (Hanos visto el perrazo.)

Dice ésta, y son embelecos, (1)  
que es la reina de Marruecos.

SOLIMÁN. Si puede, por hermosura.

MARCELA. Pues ¿qué tengo yo de hacer  
si él dice en esta ocasión  
que es él un pintado Antón?

LEONARDO. Le hago.

MARCELA. No puede ser,  
que entonces fué desatino,  
porque para ser Antón (2)  
os faltaba este cochino.

SOLIMÁN. ¿Cuál decís?

MARCELA. ¿Luego no os vais?

Pues dad una vuelta en cerco,  
que vos mismo sois el puerco,  
por más que no le comáis;  
y es linda transformación,  
si bien lo consideráis,  
que siendo perro os volváis  
en puerco de San Antón.

SOLIMÁN. Bella esclava, hermosos ojos;  
que agora tenéis en calma  
la mejor parte del alma  
sólo para darme enojos,  
¿qué cruel estrella mía  
os quitó el entendimiento?  
¿Quién de tan rico aposento  
osó desterrar el día?  
¿Quién puso en este tesoro  
un encanto semejante?  
¿Quién desengastó el diamante  
de tales esmaltes y oro?  
Tiros y vaina bordada  
sin espada parecéis,  
que a nadie servir podéis  
mientras os falta la espada.  
Fuerte consejo me dió  
Aja, mi loca mujer.  
Lo que yo pensaba hacer  
con su invención me estorbó;  
que con dos falsos testigos  
y con menos pesadumbre,  
como es en Argel costumbre  
jurar criados o amigos,  
que me dijiste probara  
que queríades ser mora,  
y lo fuérades agora  
y yo con vos me casara;  
mas ya ¿cómo puede ser?

(1) Falta un verso antes de éste.

(2) Falta otro verso para la redondilla



LEONARDO. ¡Hola, galgo! No te entones,  
ni digas esas razones  
a la reina mi mujer;  
que cuando le levantarás  
ese falso testimonio,  
[e] inducido del demonio  
a renegar la llevaras,  
yo con mi ejército fuera  
y la mezquita abrasara,  
a la cristiana cobrara  
y a las ancas la subiera  
de mi caballo Hipogrifo  
y la llevara a París.

SOLIMÁN. ¡Perdido está!

LEONARDO. ¿Qué decís?

MARCELA. Que soy sierpe.

LEONARDO. Yo soy grifo.

MARCELA. Cierra con él.

SOLIMÁN. Quedo, esclavos,  
que os haré echar en prisión.

LEONARDO. ¡Oh, qué linda colación,  
que no se me da dos clavos!

SOLIMÁN. (Quiero dejarlos un poco,  
que debe de ser temprano.)

(Vase SOLIMÁN.)

LEONARDO. Prisiones al viento vano  
es ponérselas a un loco.  
La mayor prisión del mundo  
es la de la voluntad.

MARCELA. Decís, Leonardo, verdad;  
en la que tengo me fundo.

LEONARDO. El mayor rey es Amor.

MARCELA. La suya ¿es fuerza o es ley?

LEONARDO. No lo sé, mas sé que es rey.

MARCELA. No es rey.

LEONARDO. Pues ¿qué es?

MARCELA. Atambor.

LEONARDO. ¿Qué dices?

MARCELA. Lo que has oído.

LEONARDO. ¿Cómo pruebas que es verdad?

MARCELA. Porque es todo vanidad  
y hace notable ruido.

LEONARDO. Bien dices, que el atambor  
está vacío de dentro,  
y infama y toca en el centro  
de la hacienda, del honor;  
mas déjate de locuras  
y háblame, mi bien, de veras.

MARCELA. ¿Qué veras, Leonardo, esperas  
de este mi amor más seguras?  
Esclava, libre, en prisión,

o en la patria aquí en Argel,  
o en España, soy de aquel  
que me cuesta estas prisiones. (1)  
En estos brazos descanso;  
este es mi centro, mi bien.

(Entre AJA.)

AJA. (Si estará ya su desdén  
llorado, templado y manso.)  
¿Qué es ésto, perros?

LEONARDO. Desata  
el lazo, Marcela mía.

AJA. ¿Tú eres la loca? Desvía.

MARCELA. ¡Oh, qué graciosa beata!  
¿Sabéis vos lo que buscaba  
en este hombre?

AJA. Lo que yo  
jamás hallé.

MARCELA. ¿Por qué no?

AJA. Porque en ti, Marcela, estaba.

MARCELA. ¿Qué buscáis?

AJA. La voluntad.

LEONARDO. La voluntad ya se fué.

AJA. Mi bien, ¿dónde la hallaré?

LEONARDO. ¿Queréisla hallar?

AJA. Sí.

LEONARDO. Escuchad.

AJA. Haz verdadero el retrato,  
cristal, pues eres mi espejo.

LEONARDO. En la cocina la dejo  
colgada de un garabato.

AJA. ¡Ay, loco del alma mía,  
si loca te conquistase,  
no dudes de que intentase  
esta cautiva este día!  
¿Quién me dió tan mal consejo  
que tal veneno te he dado?  
Si yo la vena he quebrado,  
¿por qué del cristal me quejo?  
Mas si cuerdo me aborreces,  
¿cómo no me quieres loco?  
¿Dudas lo mucho y lo poco?  
¿Tienes el rigor que a veces? (2)  
Si ya no tienes sentido,  
o el que tuviste a lo menos,  
¿cómo están los tuyos llenos  
de mi desdén y tu olvido?  
Si la memoria no mengua,  
¿cómo el seso, que es ser loco?

(1) "Prisiones" no consuena con "prisión" ni  
es la voz propia.

(2) En el texto, "otra vez".

MARCELA. ¡Hola, galga; poco a poco,  
que os haré cortar la lengua!  
¿Sabéis que no habéis de hablar  
en cosas que a mí me ofenda?

AJA. Pues ¿quién es éste?

MARCELA. Una prenda  
que os quiso el Cielo empeñar;  
guardalda y no os sirváis de ella,  
pues la tenéis empeñada;  
que si vuelve maltratada  
no os darán un cuarto de ella.

AJA. Ahora bien, ningún provecho  
se saca de que estéis juntos,  
que crece el rigor por puntos  
de que mis celos le han hecho.  
Vete, Leonardo, de aquí.

LEONARDO. Vete tú, Marcela.

MARCELA. Quiero  
que éste se vaya primero.

LEONARDO. Luego ¿tienes celos?

MARCELA. Sí.

AJA. Lo que cuerda me negaba  
ya me lo confiesa loca.

MARCELA. Es blando el Amor de boca,  
y si le corréis...

AJA. Acaba.

MARCELA. Vete, Leonardo.

LEONARDO. Por ti  
yo me iré.

MARCELA. Pues yo también.

LEONARDO. Adiós, loca.

MARCELA. Adiós, mi bien.

AJA. ¡Por Alá que he de venderos  
por un real al redentor!  
De celos es hijo (1) Amor.  
¡Fuego, y qué padres tan fieros!

*(Vanse, y entren con algunas disciplinas y luces  
los CAUTIVOS que puedan, y BASURTO con un  
báculo.)*

BASURTO. Ténganse los de adelante  
y esto vaya como ha de ir;  
la orden se ha de seguir;  
poco a poco, Bustamante;  
llevad de espacio el pendón;  
no venga tan presto el paso.

*(AMIR y ZULEMA.)*

ZULEMA. Digo que es notable caso.

AMIR. Y ¿qué es ésto?

ZULEMA. Procesión.

(1) En el texto, "rudo".

Úsase esto en su tierra,  
y que llaman Viernes Santo.

BASURTO. Ya digo que no anden tanto.

*(Entre DALÍ.)*

DALÍ. ¿Qué es esto, canalla perra?

SAAVEDRA. Quedo; nuestro amo ha venido.

DALÍ. ¿Quién fué de esto el inventor?  
Hablad presto.

FÉLIX. Yo, señor.

DALÍ. ¿Tú, perro?

FÉLIX. Yo he sido.

DALÍ. ¿Por qué mandas azotar  
mis esclavos? ¿Qué te han hecho?

FÉLIX. Bien estarás satisfecho  
que no lo puedo mandar;  
rogar sí, y si se azotan  
porque yo se lo he rogado...

DALÍ. Y esto, perro, ¿no es pecado?  
¿No ves que a Argel alborotan  
y que pueden enfermar  
de la sangre que han vertido?  
¿Hombre cristiano ha podido  
mis esclavos castigar?

FÉLIX. Esta es una imitación  
de lo que en España hacemos  
cuando celebrar queremos  
de nuestro Dios la Pasión.

*(MOROS con alabardas, CIGALA y MASOL.)*

CIGALA.

¡Alá te guarde!

DALÍ.

Capitán, ¿qué queréis  
con guardas en mi casa?

CIGALA.

Dalí, escucha.

DALÍ.

¿Quién os envía?

MASOL.

El Rey.

DALÍ.

¿El Rey? ¿Qué quiere

CIGALA.

¿Conociste a Francisco, aquel morisco  
que se volvió a la seta de sus padres  
y se llamó Fuquer?

DALÍ.

Bien le conozco,

si yo le truje y la tomó a mi ruego  
y vuelve con mi gente y galeotas  
a las playas y costas de Valencia...

MASOL.

Pues sabe que es perdido.

DALÍ.

¿Qué me cuentas?

MASOL.

Perdióse entre las guardas de la costa  
y, siendo conocido de un cristiano,  
fué llevado a la cárcel, que en España  
le llaman el Santo Oficio, donde en breve  
fué quemado en un palo. Al Rey lo escribe  
una espía que vive en Alicante.  
El Rey está informado que en tu casa  
tienes un sacerdote valenciano  
de la Cruz de Montesa, y éste pide  
para quemarle vivo por venganza.

DALÍ.

¿Quién es de mis esclavos sacerdote?

FÉLIX.

Yo lo soy.

DALÍ.

¿Que es de la Cruz que aquéste dice?

FÉLIX.

Debajo del alquicel la traigo siempre.  
Vesla aquí en el jaleco.

DALÍ.

Pues llevadle.

FÉLIX.

Señor, ¿que tal ha sido mi ventura?  
¡Oh, qué bueno que voy para imitaros!  
Dadme, moros, el palo y llevaréle  
sobre los hombros ya que me habéis dado  
estos azotes.

CIGALA.

Si llevarle quieres  
yo te daré ese gusto.

FÉLIX.

Adiós, cristianos.—

Amigo Saavedra, adiós.

SAAVEDRA.

No puedo  
responderte de lágrimas.

FÉLIX.

Pereda,  
quedaos con Dios.—Adiós, Herrera amigo.  
Todos me encomienden a Dios, y luego  
los pobres vestidillos que tenía  
daréis, por Dios, a los cautivos pobres.

DORANTES.

Yo haré lo que mandas. Dios te quiere.

FÉLIX.

Basurto, adiós.

MASOL.

Acaba ya, perrazo.

ZULEMA.

Vámoslo a ver.

DALÍ.

Yo voy a ver su muerte  
para vengarme de lo que he perdido.

CIGALA.

El Rey quiere pagarte lo que vale.

DALÍ.

¡Ay, mi amigo Fuquer!

SAAVEDRA.

Vamos, amigos,  
a llorar esta pérdida notable.

BASURTO.

El paso que faltaba al fin se ha hecho.

PEREDA.

Sí, pues imita al sumo sacerdote  
aqueste sacerdote valenciano.

HERRERA.

¡Padre perdemos!

DORANTES.

¡Dios nos dé consuelo!

SAAVEDRA.

Hoy hay correo de la tierra al cielo.

(*Entrense, y salga JUANICO, vestido de moro, y diga:*)

JUANICO. · Agora sí estoy contento,  
bien vestido y regalado;  
basta lo que he porfiado,  
pues era imposible intento.  
Dió Zulema en azotarme,  
hízome por fuerza moro;  
verdad es que a Dios adoro,



de quien no puedo olvidarme.  
 Pero ¿cómo he de sufrir  
 tanto castigo tan tierno?  
 Mas si he de ir al infierno  
 cuando me venga a morir,  
 creo que fuera mejor  
 dejarme matar del moro.  
 Mas ¡qué lindo es este oro,  
 qué rica tela y labor!  
 Mas no quiero detenerme,  
 que hoy empalan a un cautivo  
 y querría verle vivo.

(Su hermano LUIS *entre*.)

LUIS. Por aquí pienso esconderme  
 hasta que pasar le vea.  
 Aquí hay un muchacho moro,  
 él me dirá de quien lloro  
 y verle también desea.—  
 Niño, que te guarde Alá.  
 Mas ¡ay, Dios! ¿Qué es lo que he  
 Juanico, ¿dejaste a Cristo? [visto?

JUANICO. Luisico, ven acá.  
 ¿Cómo, Luisico, te ha ido?

LUIS. ¿Qué ropas son éstas, di?

JUANICO. Mi Fendo me puso así,  
 que me tiene mucho amor.

LUIS. ¡Quítate, perro, desvía;  
 no me toques!

JUANICO. ¿Por qué, hermano?

¿Piensas que no soy cristiano  
 y adoro en Cristo y María?

LUIS. ¡Traidor, los más renegados  
 estáis en ese loco temor!  
 ¿Morir no fuera mejor?  
 ¡Ay, mis padres desdichados!  
 ¿qué harán cuando así te vean?

JUANICO. Pues, dime, ¿no se holgarán  
 de verme andar tan galán?

LUIS. Desnudo verte deseau,  
 ¡traidor!, y puesto en un palo  
 como al sacerdote de hoy.

JUANICO. Yo, Luisico, bueno soy;  
 el vestido ha sido el malo.

LUIS. Si no viera tu inocencia  
 y que hablas con ignorancia,  
 firme estaba en mi presencia;  
 trocarase en ese fin  
 de Abel la sangre fiel,  
 que yo fuera el justo Abel  
 y diera muerte a Caín;  
 que puesto que eres menor

y ser Abel te tocaba,  
 ya eras Caín.

JUANICO. No pensaba  
 que esto fué tan grande error;  
 antes, hermano, quería,  
 para que madre me viera,  
 buscarla en saliendo afuera.

LUIS. No le des tan triste día.  
 Desnúdate ese vestido  
 que te ha puesto Satanás.

JUANICO. No pienso vestirme más.  
 Perdón, hermano, te pido.

LUIS. Desnuda, desnuda presto.

JUANICO. Quítale, llévale allá,  
 si en este vestido está  
 la desdicha en que me han puesto.

LUIS. Quita apriesa.

JUANICO. Ya no hay más.

LUIS. ¿Y por fuerza te hizo moro?

JUANICO. ¿Estoy mejor sin el oro?

LUIS. ¡Cuán mejor desnudo estás!

JUANICO. Adiós, mi querido hermano. (1)

LUIS. Advierte que eras cristiano.

(Váyase LUIS con los vestidos, y *entre* ZULEMA.)

ZULEMA. ¡Qué bien en éstos se emplea  
 castigos de tal rigor!  
 ¿Qué es esto, (2) ay de mí?  
 ¿Qué niño es el que está aquí?

JUANICO. Tu Juanico soy, señor.

ZULEMA. ¿Mi esclavo?

JUANICO. Pues ¿no me ve?

ZULEMA. ¿Quién te ha puesto de esta suerte?

JUANICO. Pues escapé de la muerte,  
 no poca ventura fué.  
 Un cristiano me ha robado  
 y me ha querido matar.

ZULEMA. Pues ¿cómo tuvo lugar?

JUANICO. Un lienzo me tuvo atado  
 para que no diese voces.

ZULEMA. ¿Conocerásle?

JUANICO. Muy bien.

ZULEMA. Conmigo a los baños ven,  
 veamos si le conoces.—  
 ¡Perro! Por Alá supremo  
 que ha de morir si es de moro,

(1) Falta un verso antes de éste.

(2) Probablemente este pasaje se escribiría así:  
 “¿Qué es esto?

JUANICO. ¡Mi amo! ¡Ay de mí!”

aunque valiese un tesoro,  
y si del Rey, irá al remo.  
JUANICO. Cristo, mi Rey soberano,  
yo os adoro y reconozco.  
ZULEMA. ¿Qué dices?  
JUANICO. Que le conozco  
como [a] Luisico mi hermano.

LAS PERSONAS QUE HABLAN  
EN LA TERCERA JORNADA

|           |                  |
|-----------|------------------|
| PEREDA.   | LEONARDO.        |
| HERRERA.  | AJA.             |
| DORANTES. | AMIR.            |
| SAAVEDRA. | ZULEMA.          |
| FÉLIX.    | LUCINDA.         |
| BRAHÍN.   | LUISICO.         |
| BASURTO.  | DALÍ.            |
| SOLIMÁN.  | Una GUARDA.      |
| FÁTIMA.   | El REY DE ARCEL. |
| MARCELA.  | [Unos MORILLOS.] |

JORNADA TERCERA

(Entre PEREDA, HERRERA y DORANTES, y unos MORILLOS tras ellos.)

PEREDA.  
¿Queréis dejarme, perros enemigos?  
DORANTES.  
¿Queréis dejarnos, vil canalla [infame?] (1)  
HERRERA.  
Siempre os halláis en nuestro mal testigos.  
MORILLOS.  
Rey Heliipe morir, no rescatar,  
no fugir; acá morir, acá morir.

PEREDA.  
Murió, perros, aquel que es bien que llame  
prudente el mundo y Salomón cristiano,  
por quien España lágrimas derrame;  
pero vive su hijo, en cuya mano  
quedó la misma España vencedora  
del rebelde Flamenco y Africano.

MORILLOS.  
Rey Heliipe morir, no rescatar,  
no fugir; acá morir, acá morir.

DORANTES.  
Murió aquel sol que ya los Cielos dora;

pero dejó por su lugarteniente  
otro Felipe, a quien España adora;  
Presto, perros, veréis la tierna frente  
del laurel Africano coronada  
sobre el cristal del húmido tridente.

MORILLOS.  
Rey Heliipe morir, no rescatar,  
no fugir; acá morir, acá morir.

HERRERA.  
Viva quedó la morisma espada (1)  
de Carlos Quinto, que a sus plantas tuvo  
la rica Túnez. Con gloriosa armada  
de estas murallas a la vista estuvo,  
y si no las tomó fué porque el viento  
de tantas glorias envidioso anduvo;  
que a no forzarle todo un elemento,  
contra quien no hay valor, el fuerte hado  
derribara por tierra el fundamento.

PEREDA.  
Pues si os pensáis arrepentir a todo (2)  
y a los muchachos respondéis en seso,  
les daréis ocasión.

HERRERA.  
Pereda hermano,  
que no puedo sufrillos os confieso.  
(Entre SAAVEDRA.)

SAAVEDRA.  
¿Qué corazón, qué sufrimiento humano  
podrá tener en tanto mal paciencia?  
¿Qué pecho habrá con alma de cristiano?

DORANTES.  
¿Qué es eso, Saavedra?

SAAVEDRA.  
La violencia  
de aquesta fiera cueva de ladrones.

PEREDA.  
Mas ¿que han ejecutado la sentencia?

SAAVEDRA.  
Españoles, cristianos corazones,  
que gozáis libertad en vuestras tierras,  
libres de ver tan ásperas prisiones,  
pues no os tocan las lágrimas, las guerras,  
la hambre y sed que aquí el cautivo pasa  
en estas de piedad desiertas sierras;

(1) Este verso dice en el texto:

"¿Queréis dejarnos, perros, vil canalla?"

(1) Verso sin sentido y corto.

(2) Faltan versos, antes de éste, para el sentido y la rima.

cuando llegare alguno a vuestra casa  
a pediros limosna de cautivos  
cristianos, no la deis con mano escasa.

PEREDA.

¿Qué han hecho estos alarbes vengativos  
en nuestro Félix, Saavedra?

SAAVEDRA.

Intento  
deciros sus martirios excesivos,  
y enlázame la lengua el sentimiento,  
que me baña, cual veis, en tierno llanto.

HERRERA.

Sosiega, di el suceso.

SAAVEDRA.

Estáme atento,  
si la piedad del alma puede tanto.

Viendo los moros de Argel  
que en España el Santo Oficio  
de los Católicos Reyes,  
intento heroico y divino,  
había puesto en un palo  
al valenciano morisco  
porque renegó la fe  
que recibió en el Bautismo,  
movidos de sentimiento,  
y de venganza movidos,  
buscaron un español  
que fuese de aquel distrito,  
y hallaron al santo Félix,  
que a su propósito vino.  
Caballero valenciano,  
Castelví por apellido,  
del hábito de Montesa;  
padre, hermano, amparo, abrigo  
de los cautivos de Argel,  
todos lo sabéis, cautivos.  
Éste, que habiéndole dado  
sus deudos y sus amigos  
cuatro veces el rescate  
nunca rescatarse quiso,  
y si no de aquel dinero  
iba rescatando niños,  
y son los que de perderse  
tienen, como Luis, peligro;  
éste, que nos confesaba,  
y donde siempre tuvimos  
reprensiones y consejos,  
católicos exorcismos;  
éste, que se desnudaba

para darnos su vestido;  
éste, que era fiel retrato  
de un Leonardo, de un Paulino,  
lleváronle, al fin, al Rey,  
y azotado, porque a Cristo  
en todo imitase Félix,  
que en todo imitarle quiso,  
atan; como otro Pilato  
a Félix dió por Francisco,  
por el morisco al cristiano,  
por el lobo al corderillo,  
por el ladrón al fiel,  
por el comprado el vendido,  
por el infame el honrado  
y por el traidor el limpio.  
Hicieron un palo agudo  
¡ah, triste!, labrando un pino,  
porque sirviese de leño  
al nuevo sacerdote ofrecido; (1)  
y, en viéndole, dijo: "Moros,  
por última vez os pido  
que me lo dejéis llevar  
al altar del sacrificio."  
De buena gana le dieron,  
que una burra habían traído,  
a quien quitaron el palo  
por hacer lo que les dijo.  
Besólo, y con mil abrazos  
y amores enternecido,  
le puso al hombro y tomó  
de aquesta puerta el camino,  
donde, habiéndole fijado  
entre dos ásperos riscos,  
no le clavarón en él,  
como su costumbre ha sido,  
sino atándole no más;  
tomó un alarbe atrevido  
el jaleco donde estaba  
la roja cruz... No prosigo  
de dolor, que ya no puedo.  
PEREDA. Ni quien te escucha sufrillo.  
SAAVEDRA. Miró, en efeto, la cruz,  
y queriendo el enemigo  
hacer la misma en el pecho  
que adoraba en el vestido,  
otra le hizo (¡ay de mí,  
piedra soy, pues esto os digo!)  
con un cuchillo afilado,  
que fué pincel el cuchillo.  
La sangre dió la color.

(1) Verso largo y con obscuro sentido.



la tabla el pecho bendito,  
y así, en cruz, quedó en él  
de esmalte rojo encendido.  
Si le queréis ver, miralde  
al sacerdote divino,  
ofreciendo a Cristo el alma,  
que es hostia del sacrificio.

(Descúbrase una pintura de lienzo y un risco; se vea el palo en que esté puesto FÉLIX descubierto el pecho, y en él hecha la cruz de Montesa con sangre, y diga elevado:)

FÉLIX.

A vos ¡oh, Sacerdote soberano!,  
que al Padre en el altar de aquel madero  
os ofreciste, cándido cordero,  
por el remedio del linaje humano;  
yo, indigno sacerdote valenciano,  
de la cruz de Montesa caballero,  
mi sangre ofrezco y confesando muero  
el santo nombre militar cristiano.

Quisiera yo imitar esas guirnaldas  
de espinas y esa cruz; mas no me han hecho  
dignas de tales palmas y esmeraldas.

Pero voy de una cosa satisfecho;  
que si no la merezco en las espaldas,  
ya muero en cruz, pues que la llevo al pecho.

SAAVEDRA. ¡Félix santo, allá te acuerda  
de estos cautivos.

FÉLIX. ¡Oh, amigos,  
.....sean testigos (1)  
sí lo haré luego que os pierda.  
Vivid bien, ninguno yerre,  
ninguno niegue al buen Dios.

SAAVEDRA. Teniendo tal padre en vos,  
que nuestras causas procura, (2)  
ninguno hará tal.

FÉLIX. Pues, hijos,  
yo salgo de Argel también,  
que voy a Jerusalén  
con eternos regocijos.  
Uno de la Trinidad  
me rescató, ya me voy;  
con fe y esperanza estoy  
de ver mi Patria.

SAAVEDRA. Llorad,  
llorad, cautivos, el día  
de vuestro mayor dolor.

FÉLIX. En vuestras manos, Señor,  
encomiendo el alma mía.

PEREDA. ¡Ya expiró! Cubrid al punto  
este espectáculo triste.

HERRERA. ¡Dichoso tú que naciste  
como otro fénix, difunto!  
¡Qué envidia a todos nos das  
y qué gloria a tu Valencia!

DORANTES. Lloremos tu eterna ausencia;  
pero cantémosla más,  
y quedad con Dios, hermanos,  
no me echen menos.

(Váyase DORANTES.)

SAAVEDRA. Adiós.

PEREDA. Vámonos también los dos,  
que nuestros dueños tiranos  
nos habrán buscado, Herrera.

HERRERA. Adiós, Saavedra amigo.  
¡Qué envidia llevo conmigo  
del mártir que el Cielo espera!

(Váyanse PEREDA y HERRERA. SAAVEDRA, solo, diga:)

SAAVEDRA.

Si llegase, Felipe, a tus oídos  
de veras nuestro llanto lastimoso,  
y si tu augusto corazón piadoso  
moviese el ¡ay! de tantos afligidos.

Si de tu sol los rayos encendidos  
tocasen este limbo temeroso  
y el ceptro de tu brazo poderoso  
fulminase estos bárbaros vencidos.

Si a un risco a las cadenas prometeas  
estos ladrones de la mar atases,  
sus viles naos fuesen las de Eneas.

Si a sus luñas tus cruces enseñases,  
¿quién duda, pues de Europa te laureas,  
que Africano Felipe te llamas?

(BASURTO éntre, y BRAHÍN, hebreo, con un palo.)

BASURTO. No pongas en mí la mano,  
Brahín; detenla y detente,  
que no es bien que tan vil gente  
la ponga en ningún cristiano.  
¡Por aquel (1) Dios que tu agüelo  
puso en la cruz...!

BRAHÍN. ¡Vil cautivo,  
hoy de quien soy te apercibo  
para que entiendas mi celo!  
No soy de capote humilde,  
caballero hebreo soy.

SAAVEDRA. ¿Qué es eso, Brahín?

BRAHÍN. Estoy...

(1) Falta el principio de este verso.

(2) "Procura" no es consonante de "yerre".

(1) En el texto, "el"; pero el verso queda corto.

SAAVEDRA. ¿Qué estáis? No le deis, reñilde,  
que basta que le riñáis,  
pues no es vuestro, y aunque fuera  
vuestro, ninguno os sufriera  
la vida que vos le dais.

BRAHÍN. ¿Juntáis a darme muerte,  
perros?

SAAVEDRA. Yo no os hago mal;  
pero no es castigo igual  
a un hombre de vuestra suerte.

BRAHÍN. ¿Sabéis lo que ha hecho?

SAAVEDRA. No;  
pero sé que está empeñado  
en cien escudos.

BASURTO. No he dado  
causa.

BRAHÍN. Mil causas me dió.  
Cuanto a lo primero, en casa  
no hay quien pueda ya comer.

BASURTO. ¿Qué puede un esclavo hacer  
que tal hambre en ella pasa?

BRAHÍN. Echa tocino en la olla  
por comérsela después;  
no he gozado en todo un mes  
pichón, palomino o polla;  
huevo no hay tratar, si fuera  
para nuestras medicinas,  
que pienso que mis gallinas  
ponen en su faltriquera.  
Ayer tenía un conejo,  
que es por lo que me he enojado,  
y el perro un gato ha buscado  
casi del mismo pellejo,  
y éste me ha dado a comer  
y el conejo se ha comido.

SAAVEDRA. ¿Haslo hecho?

BASURTO. Halo fingido.

SAAVEDRA. Créolo, no puede ser.—  
¿Para qué le levantáis  
testimonios?

BRAHÍN. Bien ¡por Dios!  
Bueno me pondréis los dos  
si a darme pena os juntáis.  
Di, perro, ¿quién derritió  
aquellos panes de cera  
por debajo, de manera  
que entre el pan se quedó  
hasta que lo eché de ver?

BASURTO. ¿Yo cera?

BRAHÍN. Pues ¿quién ha sido?

BASURTO. Ni aun la tengo en el oído,

que Ulises quisiera ser  
para sirena tan fiera.

BRAHÍN. Perro, de lo que has hurtado  
¿cómo no te has rescatado?

SAAVEDRA. No le habléis de esa manera,  
que es Basurto hombre de bien  
y os ha de matar un día.

BRAHÍN. Esa amenaza es muy fría  
y ese remedio también;  
no, aunque soy español  
como ellos, y que mi hacienda  
pondría a sus intentos rienda  
antes que hoy se ponga el sol. (1)

SAAVEDRA. ¿Qué harás?

BRAHÍN. Luego lo verán.

BASURTO. Ansí, pues, espera.

BRAHÍN. Di.

BASURTO. Hoy seré moro.

BRAHÍN. ¿Tú?

BASURTO. Sí.

BRAHÍN. Y tus deudos ¿qué dirán?

BASURTO. Digan, lloren, desatinen;  
moro he de ser sólo a efeto  
de ponerte en tanto aprieto  
que tus casas se arrüinen,  
que tu dinero se gaste,  
que tu crédito se pierda.

BRAHÍN. De tus cosas se me acuerda  
y que siempre me engañaste.  
¿Miedo me querías poner?  
Ve, perro, que no lo harás.

BASURTO. ¿No, Brahín? Hoy lo verás.

BRAHÍN. Pues ¡sus! hoy lo quiero ver.

BASURTO. ¡Vive Dios, que te he de dar  
dos mil palos cada día!

BRAHÍN. ¿Hablas de veras?

BASURTO. Desvía,  
que hoy tengo de renegar.

(Váyase BRAHÍN.)

SAAVEDRA. ¡Jesús, Basurto! ¿Qué dices?

BASURTO. Pues, hermano, ¿qué he de hacer  
viéndome en este poder?  
No hay de que te escandalices. (2)  
Libraréme de vivir  
con tanta necesidad.

SAAVEDRA. ¿Qué buen ejemplo, en verdad,  
del que acaba de morir!  
¿Eso Félix te imprimió?

(1) Este pasaje no tiene sentido; pero así está  
en el original.

(2) En el texto, "escandalizar".

¿Eso su sangre este día  
en tu alma ¡ah, piedra fría!,  
Basurto amigo, escribió?  
¿No le viste en aquel palo  
morir confesando a Cristo?

BASURTO. Saavedra, ya le he visto;  
a un mártir santo le igualo;  
yo nunca tan bueno fui  
que eso merezca del Cielo;  
Dios conocerá mi celo  
y se dolerá de mí,  
porque yo en el corazón  
tendré su nombre y su fe.

SAAVEDRA. ¡Oh, cuánto ese engaño fué  
causa de gran perdición!  
¡Oh, cuántos hoy en Argel  
que habiendo a Dios renegado,  
porque en el alma han guardado  
alguna memoria de Él,  
porque le creen y adoraron  
dentro de su corazón,  
porque esperan ocasión,  
porque en secreto la hallaron,  
piensan que se han de salvar  
y que se irán algún día  
a España!

BASURTO. ¿Y ser no podría?

SAAVEDRA. ¡Oh, cómo sabe enlazar  
aquí el demonio las almas!  
¡Triste de ti y de los tales  
que de esperanzas iguales  
sembráis (1) aquí ingratas palmas!

BASURTO. ¿Es mejor desconfiar?

SAAVEDRA. No, Basurto. Pero di:  
los que renegáis aquí,  
¿cómo os pretendéis salvar?  
Luego os casáis; luego amáis  
la mujer; luego la hacienda,  
que más que el alma estimáis;  
luego decís: "Si me voy  
a España, seré afrentado;  
llamaránme el renegado,  
afrenta a mis deudos soy;  
nadie querrá andar conmigo;  
pues mis hijos ¿qué han de hacer  
sin mí, y mi amada mujer,  
la hacienda, el gusto, el amigo,  
la libertad, el mandar,  
que allá todo es sujeción?"  
Y entre aquesta dilación

suele la muerte llegar  
y llévanse los demonios  
el alma que a Dios negó;  
porque ese apóstol nos dió  
evidentes testimonios,  
porque era muerta la fe  
donde no hay obras, Basurto.

BASURTO. ¿Qué he de hacer si cuanto hurto  
de éste que de aquí se fué,  
y cuanto con mil engaños  
como a cristianos no llega  
a mi rescate?

SAAVEDRA. Eso ciega  
tus ojos a tantos daños.  
Ya vendrá la Redención  
y cien ducados yo haré  
que el mismo día los dé.

BASURTO. Tenga hora cual confusión. (1)

SAAVEDRA. ¿Qué confusión?

BASURTO. Di a entender  
a unos cautivos que había  
un barco y nos llevaría  
a España.

SAAVEDRA. ¿Sabéislo hacer?

BASURTO. No era con esa intención.

SAAVEDRA. ¿Pues?

BASURTO. El coger el dinero,  
y hoy, Saavedra, los espero.

SAAVEDRA. Esa es poca confusión.

BASURTO. Pues ¿cómo no, si me han dado  
para clavos, lienzo, estopas,  
brea y madera sus ropas  
y el dinero que han ganado?

SAAVEDRA. Pues ¿no lo tienes hoy, [di]?

BASURTO. Algo de ello.

SAAVEDRA. Pues yo haré  
que lo demás se te dé.

BASURTO. ¡Ah, triste, a Dios ofendí! (2)

SAAVEDRA. Hince la rodilla en tierra  
y pide perdón al Cielo.

BASURTO. ¡Perdón, Señor!

SAAVEDRA. Besa el suelo.

BASURTO. ¡Tierra, en tu centro me encierra!  
Pero di, ¿cómo podré  
vengarme de este judío?

SAAVEDRA. Alzate.

BASURTO. ¡Ay, amparo mío,  
esos pies te besaré!

(1) Así en el texto. Quizá deba decir:  
"Tengo ahora una confusión".

(2) En el texto, "ofendo".

(1) En el texto, "sombra hay".



SAAVEDRA. Tú tienes, Basurto hermano,  
gran ingenio en invenciones;  
a la que una vez te pones  
no se te va de la mano.  
¿Tú no le dijiste aquí  
que querías renegar?

BASURTO. Sí.

SAAVEDRA. Pues yo te quiero dar  
vestido. Escucha.

BASURTO. Di.

SAAVEDRA. Irás de moro vestido,  
y lo que en efeto harás, (1)  
muchos palos le darás.  
Aquí estarás escondido  
hasta que la Redención,  
que ya se suena que viene,  
te rescate.

BASURTO. Gente viene.

SAAVEDRA. Pues no más conversación.  
Quédate, Basurto, aquí,  
que ha rato que falto allá.

BASURTO. Dios supremo te dará  
Cielo, que has hecho por mí.

(SAAVEDRA se vaya, y entren SOLIMÁN y FÁTIMA,  
mora.)

FÁTIMA.

Esto darás a los cautivos luego  
contra el veneno que les ha quitado  
el sentido que dice que han perdido.

SOLIMÁN.

¿Y volverán con eso al que tenían,  
Fátima sabia?

FÁTIMA.

Cuando no le cobren,  
avísame y sabré de qué procede.

SOLIMÁN.

Alá te guarde, y si yo tuviera  
el que también perdí cuando di crédito  
a las locuras de Aja, ya gozara  
mi bella esclava...

(Váyase SOLIMÁN.)

BASURTO.

(Aquesta es una mora  
que en todo Argel tiene notable fama.)  
Guárdete el Cielo, Fátima.

FÁTIMA.

Basurto,  
¿cómo te va con el hebreo dueño?  
¿Tan mal estabas con Dalí?

BASURTO.

No estaba,  
que es caballero, en fin; en fin, es noble.  
Hice aquella invención por su consejo,  
y estoy desesperado de serville.  
Di ¡por tu vida!, ¿qué remedio es este  
que dabas a este moro?

FÁTIMA.

Dos esclavos  
que tiene Solimán, Leonardo el uno...

BASURTO.

Ya le conozco, natural de España.

FÁTIMA.

Y una esclava que adora, están sin seso  
de una bebida que a los dos han dado  
para obligarlos a su amor; que Aja  
adora el español y éste a Marcela.

BASURTO.

Conozco los esclavos, y en el alma  
me pesa del suceso. Pero dime,  
así los Cielos tu ventura logren  
y tengas mayor fama por tu ciencia  
que la que tuvo allá aquella que tuvo,  
alterando el mar la fuerte armada  
del valeroso César Carlos Quinto:  
¿cómo podré salir de estas prisiones  
y volver a mi patria?

FÁTIMA.

Si tú fueses  
tan noble que en llegando a España diceses...

BASURTO.

¿Qué tengo que no te diese?

FÁTIMA.

A un hombre,  
que allá te diré yo, los cien escudos  
en que estás empeñado en este hebreo  
para que él de prisión te rescatare,  
yo te pondría en libertad. (1)

BASURTO.

Señora,  
fálteme el Cielo si en llegando a España  
no diera...

(1) En el texto dice:

"y lo que en efes le dieras".

(1) En el texto, "verdad".

FÁTIMA.

¿Cuánto? Y si a España llegas,  
no sólo no darás los cien escudos,  
mas ni te acordarás de que he nacido.

BASURTO.

¿Quién es aquel esclavo y dónde vive?

FÁTIMA.

Vive en la corte, y es Selín, mi hermano,  
que cautivó don Pedro de Toledo  
y envió desde Nápoles a España  
el Virrey a sus hijos los Marqueses  
de Sarria, (1) a quien, según de (2) allá me  
de llevar una silla sirve. [escribe,

BASURTO.

El Cielo,

Fátima, me castigue por ingrato  
si allá no procurare su rescate,  
como quieran venderle esos señores.

FÁTIMA.

Él con este dinero y el que tiene  
probará su ventura.

BASURTO.

¿De qué modo  
podré librarme yo?

FÁTIMA.

Muy fácilmente.

BASURTO.

¿Cómo?

FÁTIMA.

Yo quiero darte una manzana,  
que sólo con llevarla puedes irte  
por la puerta de Argel, por el camino,  
que no toparás hombre que te vea.

BASURTO.

¡Válame Dios!

FÁTIMA.

Será lo que te digo.  
Ven de noche a mi casa.

BASURTO.

Iré sin falta.  
¡Notable ciencia, Cielos! Si me libro  
con lo que Adán perdió tanta ventura,  
yo pongo por mis armas un manzano

y una letra que diga: "Adán Basurto."  
Mas ¿quién ha de creer que iré invisible?  
Sin duda me verán cuantos me quieran.  
¡Oh, qué palos palpables que me esperan!

(Salen LEONARDO y AJA.)

LEONARDO. ¿Quiéresme dejar, arpia?

AJA. ¡Mi bien, con tanta crueldad!

LEONARDO. ¿Sabéis qué es la necedad? (1)

AJA. ¿Qué, amores?

LEONARDO. Una porfía.

AJA. ¿Sabes tú qué es la locura?

LEONARDO. ¿Qué puede ser?

AJA. Una tema.

LEONARDO. Cierra esa boca con ne na.

AJA. Si hubiese sello, sí haría.

LEONARDO. Pues ¿cuál sello?

AJA. El de tus labios.

LEONARDO. ¿Con armas cristianas quieres  
sellar tu boca?

AJA. No alteres  
la casa.

LEONARDO. ¿Hay tales agravios?

AJA. No son agravios, mi bien  
y [mi] dulce esclavo mío,  
que en mis deseos confío  
que he de vencer tu desdén.

(Entre MARCELA.)

MARCELA. (¿Qué es esto que ven mis ojos?  
Solos están. ¡Ay de mí!)

LEONARDO. (¿Cómo hablaré desde aquí  
a aquellos dulces enojos?  
Ya veo a Marcela; quiero  
fingir que le digo amores  
a esta mora.)

MARCELA. (¿Qué mayores  
indicios? De celos muero.  
¡Ah, traidor!)

(Haga que habla con la MORA.)

LEONARDO. Señora mía,  
si hasta aquí mi amor callé,  
porque nos miraba fué;  
todo fué porque nos vía;  
ya que mis ojos os ven,  
cesarán estos enojos.

MARCELA. (¡Que esto le diga a mis ojos!)  
AJA. Cristiano, ¿quiéresme bien?

LEONARDO. Como la imagen que está  
detrás de alguna cortina

(1) En el texto, "Dessearia".

(2) En ídem, "segurarle".

(1) En el texto, "necesidad"

a religión nos inclina  
y luz como el sol nos da,  
así te adoro también,  
y verte, señora, espero  
cuando ya el tiempo ligero  
corre la cortina bien.

AJA. (Sin duda el agua le ha hecho  
provecho y Fátima sabía.)

MARCELA. (Quien de esta suerte me agravia,  
mi amor obliga a un despecho;  
haré locuras de veras,  
diré que lo fuí de burlas,  
pues que con mi honor te burlas.)

AJA. ¿Que merezco que me quieras?

LEONARDO. Que [te quiero] como quien  
es nube del sol que adoro,  
es arca de mi tesoro  
y tesoro de mi bien.  
En ese vidrio en quien veo  
un ángel que me ha guiado  
en camino tan errado  
a la patria que deseo.  
Eres un diamante fino,  
que en el fondo está el valor,  
y eres alba y resplandor  
del sol que a alumbrarme vino.  
Llega, abrázame.

AJA. ¿Que yo  
te abrace?

(Abraza a AJA, alargando los brazos para asir a  
MARCELA.)

LEONARDO. Sí, que mis brazos  
eran; que sobran abrazos  
para quien llegá.

MARCELA. Eso no;  
ya no invenciones conmigo.

LEONARDO. Llega, pues.

AJA. ¿Ya no lo estoy?

LEONARDO. Llega, que tu esclavo soy.

AJA. Dueño, dirás.

LEONARDO. Llega, digo.

MARCELA. Que no hay tratar de engañarme.

(SOLIMÁN éntre.)

SOLIMÁN. ¿Qué es esto?

AJA. Tengo de este loco,  
que no fué tenerle poco.

SOLIMÁN. ¿Cómo?

AJA. Ha querido matarme.

SOLIMÁN. ¿Matarte?

MARCELA. No se lo creas.  
Los dos te engañan.

SOLIMÁN. ¿A mí?

LEONARDO. ¿Qué dices, Marcela?

MARCELA. Aquí  
quiero que mis celos veas.)  
Nuestra locura es fingida;  
los dos la habemos trazado.

LEONARDO. ¡Marcela!

MARCELA. Tarde has llegado.

LEONARDO. ¡Mi vida!

MARCELA. Que ya no hay vida,  
ni quiero vida, ni honor,  
ni patria, ni libertad.)

SOLIMÁN. Marcela, ¿eso es verdad?

MARCELA. Esto es la verdad, señor.

AJA. Más loca debe de estar...  
Notable es que se fíe en sí.

SOLIMÁN. Con el cristiano te vi;  
esto no puedes negar.

AJA. No fíe en su atrevimiento,  
porque matarme quería.

LEONARDO. (¿Qué has hecho, Marcela mía?  
¿Dónde está tu entendimiento?  
Remedia, mi bien, el daño  
que a los dos ha de venir.)

SOLIMÁN. (¡Que éstos pudiesen fingir  
tan de veras este engaño,  
y que Aja me haya tenido  
este respeto!)

AJA. (Si das  
crédito a locos, podrás  
dar a una piedra sentido.

SOLIMÁN. Luego ¿loca está Marcela?

AJA. Pues ¿no?)

SOLIMÁN. Dime, esclava hermosa,  
¿has dicho acaso de loca  
esta verdad, o es cautela?

¿Estás loca? Habla conmigo  
si otra causa te provoca.

MARCELA. Pues si no estuviera loca  
¿dijera yo lo que digo?  
Loca estoy, loco es Amor,  
creció mi locura aquí  
porque vi... Pero no vi,  
que es ciego Circe el temor.  
Dejadme estar en mi estado,  
que hoy el rey me viene a ver.

AJA. ¿Es esto para creer?

LEONARDO. (¡Qué bravo susto me has dado!

MARCELA. Y tú, ¿qué me has puesto a mí?

LEONARDO. Yo contigo hablando estaba  
cuando con la mora hablaba.

MARCELA. ¿Creerélo, mi vida?



LEONARDO. Sí.)  
 SOLIMÁN. No quiero esta confusión.  
 ¡Vive Dios, que he de vendellos!  
 AJA. Y ¿qué te han de dar por ellos?  
 SOLIMÁN. Hoy viene la Redención:  
 por una pieza de grana,  
 por una holanda, un escudo  
 los he de dar.

AJA. (Poco pudo  
 durar mi esperanza vana.)

(Entre DALÍ.)

DALÍ. El Rey me envía a llamarte.  
 SOLIMÁN. ¿Qué me quiere el Rey?  
 DALÍ. No sé.  
 SOLIMÁN. Aja, a tu cuadra te ve.  
 AJA. (¿DALÍ?)  
 DALÍ. ¿Llamas?  
 AJA. Oye aparte.  
 Solimán quiere vender  
 estos esclavos.

DALÍ. ¿La esclava?  
 AJA. Es loca, y furiosa, y brava.  
 Una merced me has de hacer,  
 de comprarlos para mí,  
 que los dará en bajo precio.  
 DALÍ. ¿La esclava vendes tú, necio?  
 AJA. Véndela porque está ansí.  
 Allá los has de guardar.  
 DALÍ. Yo te serviré.)

SOLIMÁN. ¿No vamos?  
 DALÍ. Voy.  
 SOLIMÁN. ¿Qué quiere?  
 DALÍ. Que salgamos  
 hoy a holgarnos por el mar.

SOLIMÁN. (Oye aparte.)  
 DALÍ. Di.  
 SOLIMÁN. Yo quiero

vender estos esclavos,  
 no por furiosos ni bravos,  
 ni por falta de dinero,  
 sino por echar de casa  
 a Leonardo, y con cautela  
 podré gozar a Marcela;  
 y a la tuya los pasa,  
 y di que los has comprado.  
 DALÍ. Yo lo haré.) (Pero ¡por Dios!  
 que he de burlar a los dos,  
 que la esclava me ha picado.)

SOLIMÁN. Entraos vosotros de aquí.

LEONARDO. Ya nos venden.

MARCELA. Si es a un dueño

será peligro pequeño,  
 porque no hay vida sin ti.

AJA. Ya sin ésta, esclavo, estoy.

SOLIMÁN. (La esclava pienso gozar.)

DALÍ. (A los dos pienso engañar.)

LEONARDO. (¿Cúya serás?)

MARCELA. Tuya soy.)

(Sale BASURTO, vestido de moro gracioso, dando de  
 palos a BRAHÍN.)

BRAHÍN.

¿Por qué me matas, perro renegado?

BASURTO.

Acuérdate, Brahín, de la cruel vida  
 que en esta casa sin razón me has dado;  
 mala cena, peor cama, ruin comida;  
 pues hoy, por castigarte, me he tornado  
 moro. (Miento ¡por Dios!, porque es fingido  
 el almalafa, [las] cocas y bonete.)

BRAHÍN.

¡Basta, por Dios, no más; déjame y vete!

BASURTO.

¿Que te deje? ¿Oh, qué lindo! Dame luego  
 cien ducados; que juro por Mahoma,  
 y pues le juro bien creerás que llego  
 a la furia que viéndote me toma,  
 que si no me los das te ponga en fuego  
 y como a puerco de tus carnes coma.

BRAHÍN.

¿Cien ducados?

BASURTO.

Es poco cien ducados.

BRAHÍN.

¡Qué licencia de infames renegados!  
 Que afrentaste, Basurto, a tu linaje.

BASURTO.

¿Y tú has honrado el tuyo? ¡Vive el Cielo  
 que he de escribir, y para mayor ultraje,  
 tu infamia hebrea, honra, patria y suelo,  
 y que todas las tardes que el sol baje  
 de esta montaña al mar bañado  
 yo te he de venir a dar sesenta palos.

BRAHÍN.

Renegados, al fin; cristianos malos.

¿Qué nombre te has llamado?

BASURTO.

Si él importa,  
 yo Muley Arambel me llamo.

BRAHÍN.

Espera,  
toma esta bolsa, y tu crueldad reporta.

BASURTO.

¿Qué lleva?

BRAHÍN.

Cien cequíes.

BASURTO.

Mil quisiera.

BRAHÍN.

Dios me libre de ti.

BASURTO.

La lengua acorta.

BRAHÍN.

Ya me voy. Lo que has hecho considera;  
quejarme tengo al Rey sobre tu robo;  
mas es pedir el corderillo al lobo.

(Váyase.)

BASURTO.

Por el rancio pernil del gran Profeta,  
si no te vas...—La mosca le he cogido,  
con que me voy, y el hábito, y la seta  
fingida dejo aquí con el vestido.

(Desnúdese y quede con el hábito.)

Esto de la manzana sí me inquieta.  
Sacarla quiero y ver si burla ha sido.  
¡Oh, manzana, si fuédes la estrella  
que me guíase hasta mi España bella!

(Sale AMIR, dando palos a BERNARDO, viejo cautivo.)

AMIR. ¡Camina, perro!

BERNARDO. ¡Señor,  
duélete de mi vejez!

AMIR. Acabarás de esta vez  
y cesará mi rigor.

BERNARDO. Si fuera en mi mocedad,  
con más fuerzas te sirviera.

BASURTO. (Para probar si es verdad,  
que parece desatino,  
que con llevar en la mano  
esta manzana esté llano  
para España el camino,  
mas que la pierde en pasar.  
¡Vive Dios, que no me ve!)

AMIR. ¿Quién va?

BASURTO. (¡Ay, triste, engaño fué!)

AMIR. ¿Dónde vas?

BASURTO.

Voime a embarcar.

AMIR. ¿A qué parte vas?

BASURTO. A España.

AMIR. Vete en buen hora.

BASURTO. (¿Hay tal cosa?

¡Oh, manzana bella, hermosa,  
que ya dicha me acompaña!  
Si todos dicen así,  
por tierra a España me voy.)

(Salen DALÍ y LUCINDA, su mujer.) (sic)

DALÍ. El cargo de ella te doy.

LUCINDA. Para servirte nació.

DALÍ. Hela comprado a desprecio,  
porque dicen que está loca;  
su hermosura me provoca,  
por su donaire la precio.  
Tú has de saber qué pasión  
la obliga a tal desvarío.

LUCINDA. Yo la hablaré, señor mío,  
y le diré tu afición.

BASURTO. (Pasar quiero por Dalí  
para confirmar, si puedo,  
salir de Argel. Tengo miedo.)

DALÍ. Paso. ¿Quién va?

BASURTO. Yo.

DALÍ. ¿Tú?

BASURTO. Sí.

DALÍ. ¿Dónde vas?

BASURTO. A España voy.

DALÍ. ¿A España?

BASURTO. Sí.

DALÍ. Alá te guarde.

BASURTO. (Cielos, ¿de qué estoy cobarde  
cuando tan seguro estoy?  
Yo parto a España por tierra  
con mi manzana en la mano.  
¡Bendiga el Cielo el manzano  
que tan linda fruta encierra!)

(Váyase.)

DALÍ. ¿Lucinda?

LUCINDA. ¿Fendo?

DALÍ. Ya voy  
por la bellísima esclava.

LUCINDA. Yo te aguardo.

AMIR. Parte, acaba,  
contento de aquesta voz.

BERNARDO. Flaco y desmayado estoy  
y de mil palos molido.  
Déjame tomar aliento.

LUCINDA. ¡Ay, Cielo, la voz que siento

es (1) Bernardo, mi marido!  
No bastaba ¡ay de mí!  
ver mis dos hijos cautivos,  
que apenas sé si están vivos,  
según los tratan aquí  
para que se vuelvan moros,  
sino ver su padre ¡triste!  
preso y herido.

AMIR. Tú fuiste  
por quien perdí mil tesoros,  
negándome que eran nobles  
los cautivos que vendí,  
pues a desprecio los di.

BERNARDO. ¿No ves que eran tratos dobles  
y en España infames son  
los que a los amigos venden,  
los que van con los que prenden  
dando causa a la prisión?  
Tanto, que no es el verdugo  
más vil que el que da noticia  
de un delito a la justicia.

(Luis entre, el hijo de éstos dos.)

LUIS. Ojos, que nunca os enjugo,  
no os llaméis ojos ya más;  
llamaos fuentes, pues corréis  
del alma, sin que ceséis  
de vuestro llanto jamás.  
¡Si está aquí mi triste madre!

LUCINDA. ¡Luis mío!

LUIS. Madre querida,  
¿qué es esto?

LUCINDA. La triste vida  
que dan a tu amado padre.

LUIS. ¡Esto nos faltaba aquí!

LUCINDA. Pues ¿hay otro más?

LUIS. Tan grave,  
que cuando el dolor me acabe  
no hará milagro en mí.  
Juanico estaba en poder  
de Zulema, hartó cercano  
de dejar de ser cristiano;  
vínolo el Rey a saber  
y, estimando su hermosura,  
con grandes galas, señora,  
le lleva a su baño agora.  
LUCINDA. ¡Triste mujer! ¡Suerte dura!  
Allí un marido azotado,  
allá un hijo vuelto moro,  
otro que en prisiones llora

y yo en miserable estado.

¿Qué he de hacer?

LUIS. ¿Qué es esto, Amir?

¿Cómo no mudas consejo  
de tratar tan mal a un viejo  
que ya no puede servir?  
¡Pluguiera a Dios yo pudiera  
servir en su lugar!

AMIR. ¡Ah, perro,  
sin ser flojo, persevera  
que le castigue y maltrate!

LUIS. Esa flojedad no es vicio,  
sino edad.

AMIR. De tanto indicio  
de que quiero su rescate,  
y mientras no me le dé  
le he de hacer estos regalos,  
y aquí le daré cien palos  
no más de por quien lo ve.

LUIS. Deja el palo, Amir, detente;  
dámelos a mí por él.

AMIR. Después de dar ciento a él  
te daré a ti ciento y veinte.

LUIS. No, sino todos a mí.

AMIR. Esas lágrimas son vanas.

LUIS. Respeta, Amir, esas canas.

AMIR. Arrancarélas por ti.

LUIS. Suelta, Amir, que ¡vive Dios!...

LUCINDA. Hijo, ¿qué haces?

LUIS. No quiero  
vida.

AMIR. ¿A mí, perro? ¿Qué espero  
que no doy muerte a los dos?

LUIS. Esa te daré yo aquí.

(Dale con un cuchillo.)

BERNARDO. Hijo, no estés pertinaz.

AMIR. Cielo, ¿a manos de un rapaz  
vengo a morir así?

(Entrese cayendo.)

BERNARDO. ¿Qué has hecho?

LUIS. Padres, adiós.

BERNARDO. ¿Adónde vas?

LUIS. A esa sierra.

LUCINDA. Hijo, ¿sabes tú la tierra?

LUIS. Madre, y se van otros dos  
que saben bien el camino  
hasta tierra de Orán.  
Huír, porque os matarán  
si os hallan.

BERNARDO. ¡Qué desatino!

LUIS. No es, que pensado había

(1) En el texto, "de".



huírme para enviar  
con que os poder rescatar  
a vos, padre y madre mía;  
aunque de limosna sea,  
seré a todos importuno.

BERNARDO. Huyamos, no venga alguno  
que con el cuerpo nos vea.

(Acompañamiento de MOROS, y detrás AJÁN, rey de  
Argel, y JUANICO, vestido de turco, a su lado;  
siéntase en estrado con autoridad.)

REY.

Decid que entre a quejarse el que quisiere,  
que para hacer justicia y gobernaros  
me envía el Gran Señor.

SOLIMÁN.

Habla, Zulema.

ZULEMA.

Si el Gran Señor a gobernar te envía  
y si el hacer justicia es el oficio  
de los reyes, autores de las leyes,  
¿qué justicia nos guardas, qué gobiernas,  
si las haciendas sin razón nos quitas?

REY.

¿Qué hacienda te he quitado?

ZULEMA.

Este esclavo.

REY.

Este no te lo quito, que lo quiero  
para enviar al Gran Señor, Zulema,  
de quien tengo una carta en que me manda  
que le compre muchachos españoles.  
¿Cuánto quieres por él?

ZULEMA.

Diez mil ducados.

REY.

Ningún hombre puede pedir, vendiendo,  
sino el justo valor.

ZULEMA.

Vendo a mi gusto,  
y mi gusto no tiene precio humano.

REY.

Tu gusto al Gran Señor ¿de qué le sirve?  
El muchacho no más es lo que compra.

ZULEMA.

Yo no vendo el garzón.

REY.

Ya respondiste  
que le vendías, y pediste precio,  
y pues que le pediste, lo que vale  
se te ha de dar.

ZULEMA.

Él vale lo que digo.

REY.

Perro, ¿de esa manera me respetas  
representando al Gran Señor del mundo?  
Llevalde a un calabozo.

ZULEMA.

Eres tirano.

REY.

Llevalde, digo.

ZULEMA.

Yo sabré escribirle  
que robas los esclavos en su nombre.

REY.

¡Matalde!

SOLIMÁN.

¿Señor?

REY.

¿Qué esclavos  
son estos dos que tienes?

SOLIMÁN.

No son míos,  
que a Dalí los vendí.

REY.

Dalí, ¿qué son de ellos?

DALÍ.

Están locos.

REY.

¿De qué?

DALÍ.

De algún veneno  
que Solimán les dió para obligarlos  
a su gusto.

REY.

Pues, perro, ¿a los cautivos  
das veneno y los fuerzas de ese modo?  
Delito has cometido.

SOLIMÁN.

¿Qué delito,  
si en bien de nuestra ley lo hice?

REY.

Al punto

me traed los esclavos.

DALÍ.

Voy por ellos.

*(El GUARDIÁN del Baño y SAAVEDRA, PEREDA, HERRERA y DORANTES.)*

GUARDIÁN. Pasá, perros, adelante.

HERRERA. ¿Qué es esto?

GUARDIÁN. Un gracioso cuento.

HERRERA. ¿Cómo?

GUARDIÁN. En fiestas del aumento  
de las cosas de Levante,  
estos perros se han juntado,  
y en tu baño, en partes varias,  
han puesto mil luminarias  
y mil romances cantado.  
Hallélos juntos, pensé  
lo que esta junta sería  
por dos veces en un día,  
y respondiéronme...

HERRERA. ¿Qué?

GUARDIÁN. Que prueban una comedia  
allá a la usanza de España;  
pero temo que es maraña  
que su peligro remedia,  
porque deben de trazar  
alguna barca en que huir.

REY. Como eso sabrán fingir.

¿Quién mejor sabe engañar?

Español. ¿Quién más fingir?

Español. ¿Quién se levanta?

Español. ¿Quién no se espanta?

Español. ¿Quién se ve huir?

Español. ¿Quién rico esclavo?

Español. ¿Quién nos da muerte?

Español. ¿Quién es más fuerte?

Español, que siempre es bravo.

Decid: ¿qué ha tenido España  
que tanto os regocijáis?

SAAVEDRA. A Denia enfrente miráis,  
que este mismo mar la baña,  
donde desde Argel se ven  
en sus castillos los fuegos  
entre los nublados ciegos  
de la noche.

REY. Pues ¿por quién?

SAAVEDRA. Porque Felipe Tercero,  
que Dios muchos años guarde,  
ha estado en Denia estos días,

que fué a Valencia a casarse. (1)  
Hale hecho allí el Marqués  
fiestas, Rey de Argel, tan grandes,  
que se han visto desde aquí;  
y no es mucho que el mar pasen,  
que los fuegos del castillo,  
del mar, dando en los cristales  
los mostraba como espejo,  
que muestra la propia imagen.  
Vino un cautivo español,  
que nos dijo que una tarde  
la serenísima Infanta,  
Archiduca que fué en Flandes,  
entró en el mar para ver  
una cueva que combate,  
adonde agua suele hacer  
tu amigo Morate Arráez,  
y trújonos dos retratos  
de las personas reales,  
a cuyas nuevas, señor,  
y copias tan semejantes,  
hemos hecho estas fiestas  
como vasallos leales,  
puesto que en Argel cautivos...

REY. Disculpa tienen bastante.

Id por los retratos luego.

DORANTES. Aquí Solimo los trae,  
que nos los tomó, señor.

*(El retrato del Rey con un tafetán.)*

REY. El rostro del Rey mostradme.  
¡Gallardo mancebo!

MORO 1.º ¡Hermoso!

MORO 2.º ¡Fuerte!

REY. Conoci a su padre.

Dios os le guarde, cautivos.

HERRERA. Alá por eso te guarde.

*(El de la señora Reina.)*

REY. ¿Es éste el de vuestra Reina?

PEREDA. Sí, señor.

REY. Parece un ángel.

Gran virtud muestra y valor.

Mil años viva. Tapalde.

Id en buen hora, cautivos,  
y, sin que os estorbe nadie,  
haced fiestas ocho días.

SAAVEDRA. Mahoma, señor, te ensalce.  
Gran Turco vengas a ser,  
y nunca de tu linaje  
salga esta gran monarquía.

(1) Según esto, esta comedia es de 1599.

(Salen DALÍ, LEONARDO y MARCELA.)

DALÍ. Los esclavos que llamaste  
están aquí.

REY. Di, español,  
¿eres hombre de rescate?

LEONARDO. Noble soy, verdad te digo,  
y rico de hacienda y sangre,  
y esta mujer lo es también.

REY. Pues ¿cómo lo confesaste,  
que todos sabéis negar  
vuestro nacimiento y patria  
por rescataros por menos?  
Pero debe de faltarte  
el sentido, como dicen.

LEONARDO. No quiera Dios que me falte.  
Nunca fui loco, señor;  
que por poder rescatarme  
esta locura fingí;  
y si no quise negarte  
la nobleza, que hasta agora

he negado en tantas partes,  
fué porque siendo tú Rey  
como a noble me obligaste  
a decirte la verdad,  
que el Rey nunca miente a nadie,  
y, por guardar el decoro  
a tu majestad, quise antes  
quedarme esclavo en Argel.

REY. Hidalgo, valor mostraste.  
¿En efeto no estás loco?

LEONARDO. No, señor.

REY. Pues si tú honraste  
con decir verdad al Rey,  
bien es que el Rey te lo pague.  
A los dos libertad doy,  
fiando en vuestro rescate,  
que enviaréis a Solimán.

LEONARDO. Eres Rey, como Rey haces.

FIN DE ESTA COMEDIA



LA FAMOSA COMEDIA  
DE  
LA COMPETENCIA EN LOS NOBLES  
DE  
LOPE DE VEGA

PERSONAS (1)

DON JUAN GIRÓN.  
DON PEDRO.  
HERNANDO.  
GUZMÁN.  
El REY.

DON LUIS.  
DON DIEGO.  
DOÑA JUANA.  
DOÑA MARÍA.  
LEONOR, criada.

BELTRÁN.  
Un ALGUACIL.  
Un ESCRIBANO.  
Dos TOREADORES.

PRIMERA JORNADA

(Salen DON JUAN GIRÓN, HERNANDO y LEONOR.)

LEONOR. Siendo el entrar imposible,  
¿de qué sirve porfiar?  
D. JUAN. Si es imposible el entrar,  
el morir será posible.  
Déjame siquiera ver  
en este eclipse mortal  
el esplendor celestial  
del cielo de una mujer. (2)  
Mas ¿cómo ¡triste de mí!  
remiso estoy de esta suerte  
cuando (3) publican tu muerte  
y tengo mi vida en ti?  
Yo la he de ver.

LEONOR. Harás mal.  
D. JUAN. ¿Por qué?  
LEONOR. Porque no es razón  
aventurar la opinión  
de una mujer principal.

(1) En el manuscrito A, "Figuras siguientes."

(2) En ídem, al margen y de otra letra, siguen estos versos:

"Claro sol por quien me abraso,  
no dejes tan fácilmente  
los celajes de tu oriente  
por las sombras de mi ocaso.  
Abreviado mundo soy,  
y desta abreviada esfera  
tú eres la luz verdadera."

(3) En A, falta esta palabra por rotura del papel.

Demás que es solamente  
un desmayo que la dió  
y, precipitada yo,  
di voces y llamé gente.

D. JUAN. Pues ¿por qué no puedo entrar  
si tan bien te pude oír?

LEONOR. Porque tú entras a sentir  
cuando otros a consolar.  
Déjame, que yo entraré  
y veré si ha vuelto en sí.

D. JUAN. Aquí te espero.

LEONOR. Y aquí  
nuevas de su mal traeré.

(Vase.)

HERNANDO. Si viniste a pretender  
un hábito y has gastado  
en andar enamorado  
de este sol o esta mujer  
el dinero y la paciencia  
con una y otra porfía,  
¿cuándo, di, será aquel día  
que te traiga la experiencia  
al último desengaño?

D. JUAN. Sólo en mi muerte podrá.

HERNANDO. A gentil tiempo vendrá  
el remedio de tu daño.  
Acuérdate que ha dos días  
que de milagro comemos,  
señor, y que no tenemos  
otro cuervo como Elías;

de pedir vienes prestado  
sólo un doblón, y recelo  
que ignora el arco del cielo  
las colores que ha mudado.  
Doña Juana de Castilla  
tiene muy bien saneados  
de renta dos mil ducados,  
y es octava maravilla  
y la hermosura de España;  
y, siendo así, sólo advierte  
que para andar de esta suerte (1)  
algún demonio te engaña.  
Con don Pedro de Toledo  
su casamiento se trata,  
y aunque agora se dilata,  
casi asegurarlo puedo;  
hombre es que de una sentada  
juega doce mil ducados  
y viste veinte (2) criados  
sin pedir a nadie nada.  
Y tal has llegado a estar,  
que en el día que tenemos  
más ventura, si comemos,  
nos quedamos sin cenar.

D. JUAN. Quien ama por elección  
puede abstenerse de hacella.  
Yo amo (3) por fuerza de estrella  
y sigo mi inclinación.

HERNANDO. ¿Resuelto, en efeto, estás?

D. JUAN. Si de mi vida pudiera  
darle parte, se la diera  
para que viviese más.

HERNANDO. Su hermosura reverencio;  
pero tú eres ya, señor,  
en el infierno de amor,  
amante *nulla est redemptio*.

(Sale BELTRÁN con un vaso de plata.)

D. JUAN. ¿Qué es esto, señor Beltrán?

BELTRÁN. Ya está menos afligida,  
y voy por una bebida  
que recetado le han  
con oro y coral molido.

HERNANDO. Codiciosito es el mal  
que tiene en oro y coral  
el remedio.

D. JUAN. Id advertido  
que suelen echar escaso  
el oro.

BELTRÁN. Lo que he de hacer  
es solamente poner  
la diligencia y el vaso,  
lo demás yo no lo entiendo.

D. JUAN. Este doblón por mi cuenta  
hará menos avarienta  
su condición.

BELTRÁN. Conociendo  
la de mi ama, sería  
el tomarle grande error.

HERNANDO. El darle es mucho mayor.

D. JUAN. Esto haced ¡por vida mía!

BELTRÁN. Sólo por no porfiar  
y la prisa con que estoy,  
le tomo, obedezco y voy.

(Vase.)

HERNANDO. Todo, menos el tomar, (1)  
me estaba muy bien a mí.  
¡Qué liberal has andado!  
¡Buenos habemos quedado! (2)  
¡El doblón le diste?

D. JUAN. Si;  
y también el corazón  
a ser posible le diera,  
porque en la bebida fuera  
a informar de mi pasión.

HERNANDO. A lo menos tu poder  
o tu industria es ya sabida,  
pues hoy has hecho bebida  
lo que era para comer.

D. JUAN. Aunque de poco valor,  
este diamante nos queda.

HERNANDO. No hay cosa que a mí me pueda  
consolar en tal dolor  
si no es eso.

D. JUAN. El no saber  
qué es amor te hace hablar.

HERNANDO. Y a ti el no considerar  
que no hay amor sin comer.

(Sale LEONOR, alegre.) (3)

LEONOR. Dame albricias.

D. JUAN. Di que yo,  
Leonor, las mando.

(1) En B, "Al menos, el no tomar".

(2) Este verso y el anterior faltan en A, con lo cual la redondilla resulta incompleta. Al margen, de otra letra, tachados y con la palabra "no" encima, hay estos dos:

"Ya, ¿qué habemos de comer?  
¡Lleve el Diablo la mujer!"

(3) En A, falta la palabra "alegre".

(1) En B, "tras la muerte".

(2) En B, "treinta".

(3) En A, "ame".

LEONOR. En sí ha vuelto,  
y, con un suspiro envuelto  
en lágrimas, descansó.

D. JUAN. Si a este diamante estuviera  
la luz del sol reducida,  
en albricias de tal vida  
también, Leonor, te le diera.  
Toma.

HERNANDO. (¡Juro a Jesucristo  
que da (1) también el diamante!)

D. JUAN. ¿Hay más venturoso amante?  
¿Quién en el mundo se ha visto  
tan dichoso?

LEONOR. Aunque no pido,  
le tomo sin replicar. (2)

D. JUAN. ¿Qué tengo más que te dar?

HERNANDO. (La camisa y el vestido.)

LEONOR. Yo le diré a mi señora  
lo que has sentido su mal,  
y en mí tu pecho leal  
una fiel procuradora  
tendrá.

(*Vase.*)

D. JUAN. Yo lo creo así.—  
Un diamante y un doblón  
me han dado en esta ocasión  
la vida.

HERNANDO. (Y la muerte a mí.)

D. JUAN. Yo he de sufrir esperando  
por merecer padeciendo.

HERNANDO. (Y yo he de sufrir gruñendo  
por no reventar callando.)

(*Vanse. Sale Doña JUANA DE CASTILLA y LEONOR.*)

LEONOR. Parece que ya en tu pena  
te alivias más.

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí, Leonor;  
algo me siento mejor,  
aunque no del todo buena;  
y temo esta adversidad,  
porque tal vez un desmayo  
es relámpago del rayo  
de una grave enfermedad.  
¿Cómo, dime, se juntó  
la gente que en casa estaba?  
LEONOR. A las voces que yo daba,  
despuelsada y muerta, entró;

y como eres comúnmente  
querida por varios modos,  
en las entrañas de todos  
se repartió el accidente.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Quién, de todos los que entraron,  
ha sentido mis enojos  
con más efeto?

LEONOR. Unos ojos  
que a la puerta se quedaron,  
y a quien yo detuve allí  
por los extremos que hacía:  
vivas lágrimas vertía.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Es don Juan?

LEONOR. Señora, sí.  
¿Quién sino él puede ser  
en estos tiempos constante,  
verdadero y firme amante  
en sentir y padecer?

D.<sup>a</sup> JUANA. No soy de piedra, Leonor;  
bien siento y bien sé obligarme;  
pero es fuerza no mostrarme  
agradecida en su amor;  
porque tú sabes con quién  
se trata mi casamiento,  
y supuesto que al aumento  
de mi casa le está bien,  
y que mis deudos por mí  
lo tratan, ¿qué puedo hacer?

LEONOR. Muy lejos de agradecer  
está quien responde así.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dame tú que en mí no fuera  
bajeza el arrepentirme,  
y me vieras menos firme,  
con voluntad verdadera.  
¿Qué he de hacer?

LEONOR. (Hoy es el día  
que en sus extremos advierte.  
Del primer foso del fuerte  
pasa ya a la artillería.)

(*Sale BELTRÁN.*)

BELTRÁN. Entra, señora, a tomar  
la bebida que he traído.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué echaron?

BELTRÁN. Oro molido  
y coral para alegrar  
tu corazón desmayado,  
y una advertencia amorosa  
la hace venir copiosa  
y traer el oro doblado.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues ¿cómo?

BELTRÁN. Don Juan Girón,

(1) En B, "dió".

(2) En A, tachada esta palabra y sustituida al  
margen por la de "porfiar".



porque tal vez la malicia  
suele obrar en la codicia  
del oro, me dió un doblón  
para que lo hiciese echar  
demás de lo que ordenaba  
la receta que llevaba.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Hay tal modo de obligar?  
¿Hay tan extraño advertir?  
¡Miren en qué niñerías  
repara el Amor!

LEONOR. Podrías,  
puniéndote a discurrir  
sus finezas, admirarte.  
Tan amante en todo está,  
que pienso que puedes ya,  
por justicia, enamorarte.  
Por sólo decirle yo  
que habías ya vuelto en ti,  
con mil abrazos a mí  
este diamante me dió.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues ¿es posible, Leonor,  
que para no le tomar  
no te pudo a ti obligar  
su pobreza? ¡Extraño error,  
que le dejaste sin él!

LEONOR. (¡Albricias, Amor, que ya *(Aparte.)*  
cerca de quererle está  
quien se va doliendo de él!)

(Sale HERNANDO con un azafate de mimbres con  
unos barro, y por la otra puerta DON PEDRO DE  
TOLEDO y GUZMÁN, su criado, con una fuente de  
plata, y en ella búcaros de cristal y plata; llega  
HERNANDO como temblando viendo a DON PE-  
DRO.) (1)

HERNANDO. Corrido de no poder  
don Juan, mi señor, mostrar  
su intención en el obrar  
y su amor en su poder,  
dice, hermosa desmayada,  
que en fe de lo que quería  
mostrar el alma, os envía  
y que os sirve con no nada.

(Cáense los barro, y vase.)

GUZMÁN. (Él se fué por el atajo  
y dió en el suelo con todo.

(1) Esta acotación dice en A: "(Sale HERNANDO  
por una puerta, con una salvilla de barro y unos  
búcaros; y por la otra, DON PEDRO DE TOLEDO y  
GUZMÁN, su criado, con otra salvilla de plata y bú-  
caro de cristal y plata.)"

LEONOR. No me descontenta el modo  
de presentar hacia abajo.  
Sin duda que se cortó  
de ver a don Pedro aquí.

GUZMÁN. Y ella, ¿se ha turbado?

LEONOR. Sí;  
turbada está.)

D. PEDRO. Cuando yo  
de vuestro rostro, señora,  
no supiera vuestro mal,  
de un corazón tan leal  
como el mío, y que no ignora  
vuestros males, informado,  
llegar pudiera ¡por Dios!  
de ese desmayo que en vos  
tanto disgusto me ha dado.  
¿Cómo estáis?

D.<sup>a</sup> JUANA. Mucho mejor  
con la merced que me hacéis.

D. PEDRO. (¡Ah, celos! ¿Qué me queréis?)

D.<sup>a</sup> JUANA. (Demudado está, Leonor.

LEONOR. ¡Jesús, Dios me libre de él!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Y en qué tu temor repara?

LEONOR. En que pienso que a la cara  
se le ha subido la hiel.)

D. PEDRO. Mucho quisiera, señora,  
teneros tan obligada,  
que sin reparar en nada  
pudiera decir agora  
parte de mi condición;  
pero a tiempo os la diré  
que puede juzgarse a fe  
mi resuelta inclinación.  
Por vuestra salud mirad,  
que de ella consta la mía,  
y creed que no podía  
hacer vuestra voluntad  
más acertada elección  
para vivir más querida,  
más estimada (1) y servida;  
y agora, en esta ocasión,  
sólo hacer me satisfizo  
el regalo que miráis,  
por que en barro no bebáis,  
que suele ser quebradizo.  
En plata y cristal podéis  
beber más seguramente,  
si con el nuevo accidente  
lo peor no apeteceís.  
Advirtiendo que este error

(1) En B, "regalada".

en nada os disculpa ahora,  
supuesto que está, señora,  
el peligro en lo peor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Señor don Pedro, el presente  
estimo como es razón;  
pero culpo la intención,  
que dar maliciosamente  
con intento de injuriar,  
no es dar, sino introducir  
la malicia en el decir  
con la grandeza del dar;  
y aunque el modo es cortesano,  
a más ira me provoca  
ver maliciosa la boca  
y generosa la mano.  
Si vuestra me habéis de hacer,  
es el regalo mayor  
el fiaros de mi honor; (1)  
y si en mí halláis que temer,  
vos sois el culpado aquí,  
pues, con pecho liberal,  
pagáis con oro y cristal  
las sospechas que hay en mí.

D. PEDRO. Bien sé lo que sois, señora;  
pero cuando considero  
partes de un gran caballero  
en don Juan, el alma llora  
lo que ya tímida siente (2)  
mis pocas partes; por Dios!

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo no soy buena por vos,  
sino por mí solamente,  
y esto lo debo a mi honor;  
que fundar en causa ajena  
una mujer el ser buena,  
no es virtud, sino temor.

D. PEDRO. Escuchadme agora a mí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Las que son tan principales  
como yo, en malicias tales  
se determinan así.

D. PEDRO. Mandad que esta niñería  
se reciba.

D.<sup>a</sup> JUANA. Hacerlo es justo,  
que en mí faltar puede el gusto,  
pero no la cortesía;

(1) En A, este verso está antes que el anterior,  
y parece acertado este orden.

(2) Estos dos versos se escribieron primero así  
en A: pero luego se enmendaron:

"en don Juan, el alma agora  
celosa y tímida siente."

En B, constan en la primera forma: por eso los  
dejamos.

y quiero, por no ser yo  
sólo en esta parte escasa,  
que el presente quede en casa,  
pero la malicia no.

(Vase.)

GUZMÁN. (Esto va malo, y tan malo,  
según el caso se ordena,  
que nos llevamos la pena  
y se queda acá el regalo.)

D. PEDRO. Que puede en ella faltar  
el gusto dijo. Esto es hecho.  
A don Juan Girón sospecho  
que ha de venir a premiar.  
El perder esta mujer  
es poderoso a matarme,  
y así pienso aventurarme  
a cuanto pudiera hacer.

GUZMÁN. Del don Juan puedo informar  
que es un César en reñir.

D. PEDRO. Con el riesgo de morir  
me determino a matar.

(Sale DON JUAN y HERNANDO.)

HERNANDO. (Aquí está, y será razón  
volver atrás.

D. JUAN. No será,  
habiéndome visto ya.

HERNANDO. Eso cuentan del león,  
y sólo debo yo aquí  
ser el trueno de ese rayo,  
y dar cuenta del lacayo,  
que es lo que me tocó a mí.)

D. PEDRO. Guárdeos el Cielo.

D. JUAN. Y a vos  
lo que merecéis os dé.

GUZMÁN. (¡Aquí fué Troya!)

HERNANDO. (Aquí fué  
la de "aquí yacen los dos".)

D. PEDRO. Señor don Juan, muchos días  
ha que en esta casa os veo  
salir y entrar, y deseo  
saber si vuestras porfías  
no son con más ocasión  
de la que vos mismo os dais  
en el amor que mostráis;  
que siendo así, no es razón  
que en casa de una mujer  
tan principal, sin licencia  
con una y otra asistencia,  
os atreváis a ofender  
su opinión y mi decoro.

D. JUAN. Confieso el haber entrado;  
pero mi amor me ha costado  
y vuestra ventura ignoro.  
¿Qué cédula me mostráis  
en que doña Juana diga  
que a daros a vos se obliga  
la mano que deseáis?  
A lo que vos venís vengo  
y pretendo lo que vos;  
demás de que entre los dos  
el derecho que yo tengo  
es justo ser admitido,  
que si es en la voluntad  
mérito la antigüedad,  
yo he de ser el preferido.

D. PEDRO. Pues haré yo aquí...

D. JUAN. Eso no,  
que no es bien que sea aquí.

D. PEDRO. Pues ¿dónde?

D. JUAN. Venid tras mí,  
que esto es lo que pienso yo  
que me habéis de agradecer,  
pues quiero en esta ocasión  
que no pierda la opinión  
la que tan vuestra ha de ser.—  
¿Dónde vas?

HERNANDO. A ser testigo  
por sólo no preguntar.

D. JUAN. Las piernas te he de cortar  
si vas, Hernando, conmigo.

(Vase.)

D. PEDRO. Lo mismo te digo a ti.

(Vase.)

HERNANDO. No es pendencia de criados,  
pues nos dejan tripulados  
como a los cientos.

GUZMÁN. Aquí  
¿qué habemos de hacer?

HERNANDO. Señor,  
supuesto que los debemos  
imitar, que nos matemos  
los dos también por Leonor.

GUZMÁN. Ella nos puede sacar  
de esa dudosa porfía.

HERNANDO. Para un amante con tía  
y agüela, es buen negociar,  
señor, el de la doncella.

GUZMÁN. ¿Qué doncella?

HERNANDO. La de Juanes.  
Yo no soy de los galanes

que dicen "dígalos ella";  
que es muy de algunos mozuelos  
que, al fuego de su rigor,  
hacen gavilla el amor  
con llamarada de celos,  
por su gusto y por su amiga  
el irse al campo a matar,  
para venirse al lugar  
a sólo que ella lo diga.  
Pues, maricón, que a reñir

(A la gente.)

ibas, ¿qué tiene que ver  
lo que tú puedes hacer  
con lo que ella ha de decir?  
Yo voy.

GUZMÁN. Paréceme bien.

(Salen DOÑA JUANA y LEONOR.)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Adónde?

HERNANDO. A matarnos vamos.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque nuestros amos  
se van a matar también.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Son celos?

GUZMÁN. Señora, sí.

D.<sup>a</sup> JUANA. A sus padres avisad,  
pues están en la ciudad.

HERNANDO. Seré un corzo.

GUZMÁN. Yo un neblí.

(Vanse los dos.)

LEONOR. ¿De cuál de los dos, señora,  
sientes el peligro más?

D.<sup>a</sup> JUANA. Tú misma lo juzgarás  
en lo que verás ahora.  
Esos pedazos, Leonor,  
de aquel presente caído,  
mal dado y bien recibido,  
levanta.

LEONOR. Ya de tu amor  
en esto me ha informado.

D.<sup>a</sup> JUANA. Quién da cuando pobre está  
es solamente quien da,  
pues da en su amor su cuidado.  
Recoge en ese lenzuelo  
estas partes divididas,  
pues son almas y son vidas  
estos barrotes que en el suelo  
mi vida han tenido en calma;  
porque, como no le sobre,  
en los presentes del pobre  
cada pedazo es un alma.



LEONOR. Huélgome tanto, señora,  
de verte tan advertida,  
tan noble y agradecida,  
que quisiera ser agora  
el mismo agradecimiento  
de don Juan para ofrecerte  
una vida hasta la muerte  
con todo mi entendimiento.

D.<sup>a</sup> JUANA. Mucho temo, Leonor mía,  
que se han de matar.

LEONOR. No harán,  
que sus padres los pondrán  
en paz.

D.<sup>a</sup> JUANA. Enviar quería  
otro recaudo mayor;  
que suelen, si los criados  
son propios, ser descuidados.

LEONOR. ¡Vitoria por el Amor!  
Todos los de casa irán,  
si tú gustas, con la priesa  
que es justo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Sólo me pesa  
por el pobre de don Juan.

(*Vanse, y salen DON JUAN y DON PEDRO.*)

D. JUAN. Aquí me podéis decir  
vuestro enojo y vuestro intento,  
excusando el sentimiento  
de quien nos pudiera oír.  
Allá empuñaste la espada,  
y se quedó para aquí  
el sacarla. Sólo a mí  
me toca el no decir nada.

D. PEDRO. Primero quiero saber  
en lo que estáis admitido,  
premiado y favorecido  
del amor de esta mujer.

D. JUAN. Aquí os sobra el preguntar,  
supuesto que a reñir vengo  
tan sin dicha, que aun no tengo  
nada que poder callar.  
Doña Juana no es mujer  
que pueda dar ocasión  
a más que una remisión  
de intentar y padecer.

D. PEDRO. ¿Y si le hago declarar  
que yo soy el venturoso?

D. JUAN. Ya será entonces forzoso  
el sentir y no inquietar.

D. PEDRO. Pues volvamos, y le haré  
que así lo diga.

D. JUAN. En rigor,

en cuanto toca a su amor (1)  
satisfecho quedará.

Pero de hacerme salir  
al campo desde el lugar,  
yo no lo puedo excusar  
sino sólo con reñir.

Muchos que al campo han venido  
no riñen en la ocasión  
sólo por tener razón,  
sino porque ya han salido;  
y aquí pretende tener,  
olvidado de mi amor,  
satisfacción mi valor.

D. PEDRO. Alto, pues, si ello ha de ser.  
Gente viene al desafío.

D. JUAN. Pues esa barca tomemos  
y con ella pasaremos  
a esotra parte del río.

D. PEDRO. Al fin, Girón.

D. JUAN. El poder  
de vuestra espada me absuelve,  
que el que con vos se resuelve  
a todo se ha de atrever.

(*Vanse. Salen DON LUIS y DON DIEGO, viejos; HERNANDO y GUZMÁN.*)

HERNANDO. En la barca se han metido,  
y pienso que a reñir van  
a esotra parte.

D. DIEGO. ¿Ah, don Juan?

D. LUIS. ¿Ah, don Pedro?

D. DIEGO. En el oído  
hace defensa el valor  
a las voces que les damos,  
que ya en vano los llamamos,  
aunque nos miran mejor. (2)

D. LUIS. Con tan noble valentía  
pienso que quieren los dos  
darnos que invidiar ¡por Dios!

HERNANDO. Echarme, señor, quería  
al agua.

D. DIEGO. ¿Sabes nadar?

HERNANDO. Poco contra la corriente,  
y por eso solamente  
pienso que lo he de dejar.

D. LUIS. Cien ducados le daré  
al que de los dos, volando,

(1) En A, "a su honor", y encima "a mi amor"

(2) En A, tachado este verso y de otra letra:  
"que los incita el honor".

por la puente rodeando,  
a tiempo llegue.

GUZMÁN. Seré  
un torbellino.

HERNANDO. Eso no.

GUZMÁN. Suelta.

HERNANDO. Arrancaste primero,  
y a toda ley llevar quiero  
esto de ventaja yo.

(*Vanse.*)

D. LUIS. Señor don Diego, esto es hecho;  
las espadas han sacado;  
mídase con mi cuidado  
el valor de vuestro pecho;  
y pues no lo remediamos,  
volver el rostro es mejor  
al peligro y al dolor.

D. DIEGO. Bien decís, no los veamos.  
Sois valeroso y prudente.

D. LUIS. No los quiero ver.

D. DIEGO. Ni yo.

D. LUIS. Nunca el alma se animó  
en mí tan cobardemente,  
porque ya en tales enojos  
me resisto arrepentido,  
que el hijo menos querido  
siempre es imán de los ojos.

D. DIEGO. Aunque quisiera volver,  
no me sé determinar,  
que el alma quiere mirar  
y el honor no quiere ver.  
Pues está igual en los dos  
la nobleza y la osadía,  
propongo de parte mía,  
haciendo testigo a Dios,  
de perdonar, si muriese  
mi hijo, al vuestro.

D. LUIS. Eso es dar  
a mi valor que envidiar.  
No porque si el mío muere  
no os doy, como caballero,  
la misma palabra, no,  
sino que quisiera yo  
haberlo dicho primero.

D. PEDRO (*dentro*). ¡Muerto soy!

D. LUIS. ¡Válgame el Cielo!

Aquél, si yo no me engaño,  
es mi hijo.

D. DIEGO. Y mío el daño,  
aunque con algún consuelo.

¡Ojalá que se trocara  
la suerte; pluguiera a Dios!  
D. LUIS. Lo mismo os dijera a vos  
si a vos el daño os tocara.

(*Salen un ALGUACIL y un ESCRIBANO.*)

ALGUACIL. El uno cayó en el suelo  
y el que le dió viene ya  
con la barca.

D. LUIS. Aquí tendrá  
amparo en mi desconsuelo.  
¡Teneos!

(*Saca la espada*)

ALGUACIL. El que viene allí  
deja muerto a un caballero.

D. LUIS. Ese es mi hijo, y no quiero  
que le prendáis, que yo aquí  
soy la parte solamente.

ALGUACIL. Cuando eso a mí me constara,  
lo que sólo me obligara  
es prender al delincuente.

D. LUIS. Aquí no hay que replicar,  
y esto en efeto ha de ser,  
que le sabrá defender  
quien le sabe (1) perdonar.

ALGUACIL. ¡Aquí del Rey!

D. LUIS. Yo, villano,  
le doy al Rey mi favor;  
pero tiene el ofensor  
hoy el (2) sagrado en mi mano.

D. DIEGO. Mirad, señor, que os perdéis.

D. LUIS. Poned vuestro hijo en cobro,  
que para estos dos yo sobro.

(*Mételos a cuchilladas.*)

D. DIEGO. Eterno al mundo os hacéis.

(*Sale DON JUAN con la espada desnuda y la valona ensangrentada.*) (3)

¿Qué es lo que has hecho, trai-  
D. JUAN. A don Pedro dejo herido. [dor? (4)  
¿Qué es aquello?

(1) En A, "pudo".

(2) En A, "su".

(3) En A, "y el cuello ensangrentado".

(4) En A se enmendó después esta redondilla  
así:

"¡Ah, traidor! ¿Qué es lo que has hecho?

D. JUAN. A don Pedro dejo herido.

¿Qué es aquello?

D. DIEGO. Ha defendido  
tu prisión con noble pecho."

D. DIEGO. Ha defendido  
tu prisión con su valor.  
D. JUAN. Pues siendo así, no es razón (1)  
que agora, señor, me cuadre,  
que hijo de tan noble padre  
se muera sin confesión.  
Por él vuelvo.

D. DIEGO. ¿Solo? Advierte,  
demás de estar convencido...

D. JUAN. Nunca a un noble agradecido  
le hizo estorbo la muerte.

(Vase.)

D. DIEGO. Mi confusión dividida,  
mis sentidos tiene en calma,  
que allí me llevan el alma  
y aquí me dejan la vida.

(Sale el REY DON FERNANDO con gente de caza y  
DON LUIS.)

D. LUIS. Vuestra majestad, señor,  
me escuche.

REY. ¿Quién fué el herido?

D. LUIS. Mi hijo, señor, ha sido,  
y defiendiendo al ofensor;  
que don Diego, que está aquí,  
lo mismo pienso que hiciera  
si su hijo, señor, fuera  
el desdichado. ¡Ay de mí!

REY. (Casi tengo envidia yo.)  
¿Adónde el herido está? (2)

D. LUIS. Con él, señor, viene ya  
el mismo que le hirió,  
y no se atreve a llegar.

REY. Advertilde que aquí estoy  
y por seguro le doy  
mi palabra.

D. DIEGO. Eso es mostrar  
tu católica grandeza,  
inmortal contra el olvido.

(Vase.)

REY. En todos ha competido  
el valor con la nobleza.  
¿Por qué riñeron?

D. LUIS. Yo creo  
que por celos, y no sé  
quién, señor, la causa fué.

REY. Ni yo saberla deseo;

que de cualquiera mujer  
que sea, es justa razón  
no aventurar la opinión,  
y no lo quiero saber.

(Saca DON JUAN a DON PEDRO en los brazos herido,  
y DON DIEGO con los LACAYOS.)

D. JUAN. Señor...

REY. No me digas nada,  
que ya tu culpa sabida  
y de don Luis defendida,  
de mí ha de ser perdonada.—  
¿Cómo estáis?

D. PEDRO. Con tal favor  
de estar don Juan perdonado,  
me siento más alentado.

REY. (No he visto mayor valor  
en mi vida.) En un caballo  
de esos llevarle podéis.—  
Y vos, don Juan, no dejéis  
su persona hasta curallo;  
que quien supo convertir  
la ofensa en obligación,  
sábrá obligar y asistir.

D. JUAN. De su lado, gran señor,  
no me apartaré un momento.

REY. Sea vuestro sentimiento  
castigo de vuestro error;  
al lugar volverme quiero,  
pues donde vine a buscar  
una garza que matar,  
hallo herido un caballero.

(Entranse con el REY, llevando en peso a DON PE-  
DRO, con que se da fin a la jornada primera.) (1)

FIN (2)

## JORNADA SEGUNDA (3)

(Salen BELTRÁN, DOÑA JUANA y LEONOR.)

BELTRÁN. Pasa, sin que falte un punto,  
como aquí lo he referido.

(1) Falta esta acotación en A.

(2) A continuación hay, en una hoja que ha ser-  
vido de cubierta, el siguiente reparto:

|                            |                                     |
|----------------------------|-------------------------------------|
| Antonio.—Don Juan.         | Salcedo.—Beltrán.                   |
| Simón.—Don Pedro.          | Ana de Moya.—D. <sup>a</sup> Juana. |
| Autor.—Hernando.           | Catalina.—Doña Maria.               |
| Cánovas.—Guzmán.           | La mujer de Navarrete.              |
| Navarrete.—El Rey.         | —Leonor.                            |
| Damián.—Don Luis.          | Toreadores.—Marcos y                |
| Luis de Salazar.—D. Diego. | Grajales.                           |

(3) En B este encabezado dice: "2.<sup>a</sup> jornada de  
la famosa comedia de *La Competencia en los no-  
bles*."

(1) Se enmendó en A luego este verso, así:  
"su padre.

D. JUAN. Pues no es razón".

(2) En B, "El herido, ¿dónde está?"



- D.<sup>a</sup> JUANA. Si después de estar herido  
volvió por él, te pregunto;  
que siendo así, no creo yo  
que ha sucedido en España  
tan piadosa y noble hazaña.
- BELTRÁN. A los pies del Rey llegó  
con el herido en los brazos,  
haciendo en esta piedad,  
delante su majestad,  
caracteres de sus lazos.  
Y pienso que si bajara  
Marte a matar desde el cielo  
y en la humanidad del suelo  
su valentía ostentara (1)  
con poder irresistible,  
herir pudiera matando;  
pero ofender obligando  
parece cosa imposible.
- LEONOR. El negocio es como quiera.  
Comparado con don Juan,  
lo que cuentan de Roldán  
es fábula y es quimera.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Cuando él no hubiera hecho más  
que teneros obligados  
siendo vosotros criados  
y él pobre, no me dirás  
tanto como yo, Leonor,  
creeré; mas de su parte  
tengo yo para escucharte  
los principios de tu amor.  
Mas porque no me juzguéis (2)  
tan fácil en mis acciones,  
que fundo mis opiniones  
en mí, quiero que me deis  
vuestro parecer, a quién  
me está más a cuenta a mí  
el dar la mano.
- BELTRÁN. Al que a ti  
te pareciere más bien,  
y así será en tus enojos  
el error menos injusto,  
porque las culpas del gusto  
se han de comprar con los ojos.  
Y aunque ya pasan los bienes  
por méritos, yo, señora,  
a don Juan me inclino agora.

(1) En A, "sustentara".

(2) En A se enmendaron este verso y el siguiente así:

"Pero porque no juzguéis  
tan fáciles mis acciones".

- D.<sup>a</sup> JUANA. Bonísimo gusto tienes.—  
¿Y tú?
- LEONOR. Lo mismo te digo,  
y el primer voto concedo.
- D.<sup>a</sup> JUANA. De esa suerte muy bien puedo  
resolverme yo conmigo.  
Don Juan, a mi parecer,  
no me quiere ya, Leonor,  
porque es el fin del amor  
principio de aborrecer.  
Hoy hace que no le veo  
ocho días justamente,  
y pienso que se arrepiente,  
cansado ya en su deseo,  
de esperar y de asistir.
- BELTRÁN. Don Juan está disculpado.
- D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué disculpa le has hallado?
- BELTRÁN. La del no poder venir,  
Su majestad le mandó  
que a don Pedro no dejase  
en tanto que le curase,  
y de suerte obedeció  
el valiente caballero,  
que un punto no se ha quitado  
de su cama y de su lado.
- LEONOR. ¿Qué valor tan verdadero!
- BELTRÁN. Tal ha sido su asistencia,  
que en lo que asiste y padece  
pariente pobre parece  
con esperanza de herencia.
- D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Don Juan, en efeto, ha sido  
su enfermero?
- BELTRÁN. Y tan piadoso  
como he dicho.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Valeroso  
por dos caminos ha sido,  
pues ha sabido mostrar,  
según se deja advertir,  
que es valiente para herir  
y piadoso en el curar.  
Su mismo presente quiero  
enviarle de sangría  
a don Pedro, Leonor mía,  
con dos fines: el primero,  
porque empiece a conocer  
mi poco gusto, pues yo  
le vuelvo lo que él me dió  
sin que se pueda ofender;  
y el segundo sólo mira  
a despertar a don Juan,  
que los celos siempre dan  
desvelo a quien se retira,

y así podremos quedar conformes con nuestro intento. (1)

LEONOR. A tu claro entendimiento rindan la tierra y el mar suspensas admiraciones. (2)

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya por don Juan y por mí se han de reputar aquí por lisonjas tus razones.— Mucho me importa, Beltrán, que mi intento logres bien, que sí harás como estén juntos don Pedro y don Juan; que yo de tu entendimiento confío esta vez ¡por Dios!, el conocer en los dos el gozo y el sentimiento.

BELTRÁN. ¿Y podré decir tu amor al que quieres?

D.<sup>a</sup> JUANA. No, Beltrán, que mis disgustos están cifrados en ese error. Déjale desconfiar si le quieres firme amante, que nunca hay amor constante en llegando a confiar.

(*Vanse, y salen HERNANDO y GUZMÁN.*)

GUZMÁN. La buena comodidad con que en casa habéis estado pienso, Hernando, que os ha dado prestada la caridad. Píadoso enfermero hacéis, y presumo cabalmente que os ha inclinado al doliente (3) lo que a su costa coméis. Y aun pienso, si a tantear me pongo vuestra alegría, que tomarais cada día una herida que curar.

(1) Los seis versos anteriores están tachados en A y sustituidos, al margen, de otra letra, con las variantes que siguen:

“desvelos a quien los mira;  
y así podemos quedar conformes en nuestro intento.

LEONOR. Señora, tu calidad, tu valor y tu experiencia no debe hacer diligencia”;

y de éstos también tachados los cinco últimos.

(2) En A falta este verso y sustituido, con la letra de las enmiendas, con este otro:

“parias por tus invenciones.”

(3) En A, “que os inclina del doliente”.

No hay en esto más substancia que lo espléndido del gasto, que sois enfermero a pasto como caminante en Francia. Ya está bueno.

HERNANDO. ¿Que nos vamos queréis? Aún no está cerrada la herida.

GUZMÁN. No importa nada, que por cerrada la damos.

HERNANDO. ¡Juro a Dios que no ha de haber señal de que allí se dió estocada cuando yo me vaya!

GUZMÁN. Eso es hacer mi razón mal entendida; pues ¡vive Dios! que os estáis porque la hambre matáis más que por curar la herida.

HERNANDO. Eso está mal dicho.

GUZMÁN. Aún bien, que mal pensado no está: mi amo está bueno ya y bien curado también, y quien en eso ha dudado no sabe de cirugía.

HERNANDO. Ya no está la enfermería para ningún hombre honrado.

(*Salen DON PEDRO y DON JUAN.*)

D. PEDRO. Tanto obligado me habéis, que por justa recompensa se me ha olvidado la ofensa con la merced que me hacéis; y dudo cuál en su grado mayor extremo haya sido, el valor de haberme herido o el bien de haberme curado. Y vengo a considerar que sólo sabéis herir para enseñar a reñir, pero no para matar; y el alma, al fin, dividida en la piedad y el rigor, por el gusto del favor os agradece la herida.

D. JUAN. Tan generoso os preciáis de honrar y de agradecer, que no os quiero responder cuando sé que me obligáis. En el campo conocí vuestro animoso valor,

y que sois el vencedor  
en todo os confieso aquí.  
Que si os herí peleando  
esa fué ventura mía,  
y la mayor valentía  
es el vencer obligando.

D. PEDRO. Sólo que advirtáis es justo  
que en un tan gran caballero  
no cabe el ser lisonjero.

D. JUAN. Tanto hablando en vos ajusto  
lo que siento a lo que digo,  
que nacen de una impresión  
la alabanza y la intención.

D. PEDRO. Sois mi verdadero amigo,  
y os ruego que lo dejéis.

HERNANDO. (Aprended.

GUZMÁN. Lo que en ios dos  
es pura nobleza, en vos  
cariño a lo que coméis;  
y en mi ignorancia sería  
hacer, Hernando, igualdad  
de lo que es noble amistad  
con pura glotonería. (1)

HERNANDO. Plebeyo al fin. (2)

GUZMÁN. Pero sano  
y en los tiempos prevenido,  
que un lacayo mal vestido (3)  
sólo vive en el verano.

HERNANDO. Agradeceldo al respeto  
que debo.

GUZMÁN. ¿Tan pobre estáis  
que aun respeto no pagáis?

HERNANDO. Ando, Guzmán, en efeto  
con la cara descubierta.

GUZMÁN. Y con el cuerpo también.

HERNANDO. Como lacayo de bien (4)  
puedo andar...

GUZMÁN. De puerta en puerta.)

D. PEDRO. ¿Qué es ésto?

GUZMÁN. Retazos son  
que de un enojo han sobrado.

HERNANDO. (Sois un necio confiado.

GUZMÁN. Vos un pobre comilón.)

(1) Los cuatro anteriores versos, tachados en A.  
(2) Tachada en A la palabra "Plebeyo", y sustituida por la de "Pícaro".

(3) Tachadas en A estas dos palabras, y sustituidas por la de "descosido".

(4) Este verso y el siguiente enmendados, de otra letra, en A, así:

"HERNANDO. Ando como hombre de bien.

GUZMÁN. Sí; pero de puerta en puerta."

D. PEDRO. ¿Queréisme, don Juan, decir  
una verdad, satisfecho  
de la lealtad de mi pecho?

D. JUAN. Nada os tengo de encubrir.

D. PEDRO. Lo que yo saber querría  
es sólo si os da cuidado,  
con el desvelo pasado,  
vuestro amor.

D. JUAN. ¡Por vida mía,  
que pongamos en olvido  
disgustos que ya pasaron,  
supuesto que me obligaron  
a ser con vos atrevido!

D. PEDRO. Pues esta merced, don Juan,  
me habéis de hacer, que no es justo  
que puedan darnos disgusto  
los que ya pasado han.

Y si recatado os veo,  
diré que me habéis curado  
la herida que me habéis dado,  
pero no la del deseo.

D. JUAN. Bien sé que fué un imposible  
el que pretendió mi amor  
con tan gran competidor;  
pero tampoco es posible  
el poderme persuadir  
a olvidar y no querer,  
supuesto que el padecer  
es menos mal que el morir.

Y cuando a volver atrás  
se reducen mis intentos,  
son mis propios pensamientos  
los que me enamoran más.  
Quiero resistirme y temo,  
quiero alentarme y suspiro,  
cierro los ojos y miro,  
huyo del fuego y me quemo.  
Y, viéndome padecer,  
me determino, en rigor,  
por no acrecentar mi amor,  
a no dejar de querer.

D. PEDRO. De una causa los extremos  
padecemos igualmente,  
siendo en un mismo accidente  
un dolor el que tenemos;  
y, estimo mucho que aquí  
me deis vos esa disculpa,  
porque después de mi culpa  
no podáis culparme a mí.

D. JUAN. De vuestro padre y el mío  
quedamos alicionados  
en la pendencia del río;



pues viendo en los dos igual  
el intento y la osadía,  
con gallarda valentía  
y con pecho liberal  
se pusieron a esperar  
conformes el mal y el bien,  
resolviéndose también  
a sentir y a perdonar.

Y pues en ellos tenemos  
una imagen que nos da  
vivo ejemplo, bien será  
que también los imitemos.  
En este amor compitamos  
sin que se ofenda ninguno,  
y pretenda cada uno  
el premio que deseamos.  
Sea el más favorecido  
el que más dicha tuviere,  
y no se ofenda el que fuere  
de los dos el excluido.  
Introduzca la nobleza  
su valor en la codicia;  
que el pretender con malicia  
toca en acto de bajeza.

D. PEDRO. Sólo aceptaré el partido  
en competencia de amor;  
que a ser en las del valor  
yo me diera por rendido.  
Cada uno ha de oponerse  
fiado en su diligencia,  
sin que en esta competencia  
pueda ninguno ofenderse.  
Y, porque en nada podáis  
tener queja de mí, quiero  
desengañaros primero  
que vuestro amor resolváis.  
Con doña Juana he tratado  
mi casamiento, y ha sido  
solamente detenido  
por lo que se ha dilatado.  
Y como no juzgo en ella  
disposición de quereros,  
en el alma siento el veros  
tan lejos de aborrecella.

D. JUAN. Hasta que lleguéis a unir  
las almas podrá durar  
este engaño en que he de estar  
por no dejarme morir;  
y después de vos casado  
pagaré el haber vivido  
de mi ignorancia ofendido  
con morir desengañado.

(Sale BELTRÁN con el presente.) (1)

BELTRÁN. Doña Juana, mi señora,  
cuidadosa justamente... (2)

D. PEDRO. Esperad; pues sois prudente,  
que lo mostraseis agora  
quisiera con tal valor  
en no escuchar el recado  
que me trae este criado,  
que presumo que es favor.  
Y cuando en este lugar  
éste y otros muchos entren  
no quiero yo que se encuentren  
mi dicha y vuestro pesar;  
que saben, don Juan, los cielos  
cuánto mi gusto limito  
si a esta gloria no le quito  
la pena de vuestros ceios.  
Porque aunque pretendo yo  
el premio de mis suspiros,  
sólo quiero competiros,  
pero disgustaros no;  
y en decir que os vais os doy  
el más conveniente medio.

D. JUAN. Pues conirme ¿qué remedio,  
si sé por lo que me voy?  
Consuelo fuera al dolor  
irme sin saber por qué,  
pero no con lo que sé;  
y supuesto que en mi amor,  
viendo favores ajenos,  
es fuerza volver atrás,  
cada desengaño más  
es una ignorancia menos.  
Demás de que sólo en mí  
será consuelo, por Dios,  
el ver que se emplea en vos  
la dicha que yo perdí;  
y conirme hago mayor  
en la desdicha el desvelo,  
porque aquí nace el consuelo  
de la causa del dolor.  
Da tu recado.

BELTRÁN. Si aquí... (3)

D. JUAN. No tienes de qué turbarte;  
que también me cabe parte

(1) En B se añade: "cubierto con un tafetán en un canastillo o fuente de plata.)"

(2) En B este verso dice:  
"os envía este presente."

(3) En A se enmendó de otra letra este verso,  
que dice solo BELTRÁN en esta forma:

"Señor don Pedro, si aquí..."

del bien de don Pedro a mí.  
Y si el haberte turbado  
es de parte de tu dueño,  
este generoso empeño  
del alma está disculpado;  
porque tan bien obra y piensa,  
que con muy justa razón  
se acredita en su elección  
y se disculpa en mi ofensa.

BELTRÁN. (No he visto en toda mi vida  
tan hidalgo competir.

¡Qué bien se sabe medir  
una paciencia ofendida  
con un noble corazón!)

D. PEDRO. Dad el recado, Beltrán;  
que desto gusta don Juan,  
y obedecerle es razón.

BELTRÁN. Mi señora doña Juana,  
en fe del gusto que siente  
de veros convaliente,  
piadosa, amante y humana,  
a suplicaros me envía,  
por el cuidado en que está,  
que le digáis cómo os va  
de salud y mejoría. (1)

D. PEDRO. Cuando en mi vida faltara  
natural conocimiento,  
justamente en mi contento  
mi salud se acrecentara.  
Y por que quede mejor  
mi regocijo entendido,  
di sólo que he recibido  
su presente y su favor;  
y ven, llevarás, Beltrán,  
una joya de diamantes.

(Vase.)

GUZMÁN. Estos sí que son amantes.  
Al tope el pobre don Juan  
boqueó en la competencia;  
porque el amo y el criado  
por ser pobres se han quedado  
a la luna de Valencia.

D. JUAN. Aquí, Hernando, se acabó  
mi esperanza y mi quietud.

HERNANDO. Que no tuviera salud

(1) En A, y de la letra de las enmiendas, se  
añade al margen:

"Y conociendo, señor,  
el disgusto con que estáis,  
os suplica recibáis  
este pequeño favor."

don Pedro quisiera yo;  
porque en esta adversidad  
como sanguijuela he sido,  
supuesto que estoy asido  
a su misma enfermedad.  
Y tengo razón, señor,  
de sentir su mejoría;  
pues la buena dicha mía  
consta de su mal humor.

D. JUAN. ¡Oh, nunca al Cielo pluguiera  
que el esplendor oriental  
del sol en ningún metal  
alma de luz infundiera;  
y que, sin ser diferentes  
el poder y la pobreza,  
constara nuestra riqueza  
de los campos y las fuentes!  
Porque al ser noble repugna  
con injusta emulación  
la desigual división  
de los bienes de fortuna.  
¡Ay, Hernando!

HERNANDO. ¡Ay, mi señor!

D. JUAN. ¿Quéjaste también?

HERNANDO. Me admiro,  
y aforro en otro suspiro  
el tuyo.

D. JUAN. ¿Hay tan gran dolor  
como el verse despreciado  
un hombre?

HERNANDO. El verse acabar,  
sin poderlo remediar,  
con un dolor de costado,  
es mayor.

D. JUAN. Desde este punto  
entre mil ansias escribo:  
"En este sepulcro vivo  
yace un corazón difunto."  
Ya murió mi sufrimiento.

(Paséase.)

HERNANDO. ¡Háyale Dios perdonado!,  
que murió de enamorado  
por falta de entendimiento.

D. JUAN. Sólo el alma viva está,  
(Paséase furioso.) (1)  
supuesto que nunca muere,  
y miente quien no dijere  
que yo estoy sin vida ya. (2)

(1) Esta acotación y la anterior faltan en A.

(2) En A se tachó este verso y puso encima este  
otro:

"que quedo sin vida ya".

HERNANDO. Conforme el libro del duelo  
de los difuntos, quedara  
cargado si replicara.  
Téngate Dios en el Cielo,  
que eras una palomita,  
y agradezco a tu dolor  
que te hayas muerto, señor,  
sin paso de locurita.

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¿Qué tiene don Juan, Hernando?

HERNANDO. Caprichos de buen amante;  
pero no os pongáis delante,  
que pienso que está rabiando.  
Que en vuestra ama es cosa clara,  
según se ha visto en don Juan,  
que está mordiendo, Beltrán,  
un palmo de buena cara.

BELTRÁN. Pues ella ¿en qué puede ser  
ocasión destos desvelos,  
siendo un ángel de los Cielos?

HERNANDO. También lo fué Lucifer,  
y trata ya solamente  
de aligir y atormentar.

BELTRÁN. Pues yo le he de consolar.

HERNANDO. Si habéis traído un presente  
que es causa deste dolor,  
¿qué nos queréis?

BELTRÁN. Yo confieso  
que le he traído.

D. JUAN. ¿Qué es eso?

HERNANDO. Beltrán está aquí, señor.

D. JUAN. El sin dicha, al fin, hê sido.  
¿Es ésta la recompensa  
de mi amor?

BELTRÁN. Quien eso piensa  
a sí mismo se ha ofendido.

D. JUAN. ¿Qué llevas a doña Juana?

BELTRÁN. Una joya de diamantes,  
señor; pero no te espantes  
de que, piadosa y humana,  
disfrace su inclinación;  
que en esto hay mucho escondido  
para ti, y no has entendido  
el alma de la intención.  
Si verte dichoso quieres,  
asiste, espera y confía,  
y corran por cuenta mía  
los desaciertos que hicieres.

D. JUAN. ¿Qué dices?

BELTRÁN. Que tus cuidados  
tienen el mejor lugar,

y que no dejes de amar,  
si es que quieres ver premiados  
tus intentos siempre buenos;  
que ella, aunque afligido estás,  
ni puede quererte más  
ni puede ofenderte menos.

(Vase.)

D. JUAN. Ya vuelvo a vivir con esto  
con más alma y más sentido.

HERNANDO. ¡Gracias a Dios que has venido  
del otro mundo tan presto!

D. JUAN. ¿Hacia extremos?

HERNANDO. ¿Pues no?

Sólo te faltó el dejar  
caer la capa y pensar  
que era doña Juana yo.  
Y si Dios no lo remedia,  
hay requiebro y tarquinada,  
una cosa muy usada  
en amantes de comedia.  
Don Pedro viene hacia aquí;  
por ser su criado me holgara  
que el viento se nos trocara.  
Tráeme sin juicio a mí  
con tu pobreza.

D. JUAN. Pues fía  
de mí el sufrir y el callar;  
que siempre, Hernando, ha de estar  
tu suerte asida a la mía.

(Salen DON PEDRO y GUZMÁN.)

D. PEDRO. En las pendencias de amor  
dos corazones leales  
deben, con armas iguales,  
mostrar, don Juan, su valor.  
Y, según esto, querría  
que en aquesta competencia  
no hubiese más diferencia  
que vuestra suerte y la mía.  
En lucir y en pretender  
mi hacienda habéis de gastar;  
que en nada os ha de llevar  
la ventaja mi poder,  
y así mostraréis mejor  
lo que sois, porque es vileza  
que perturbe la pobreza  
los méritos del valor.  
Que seamos quiero los dos  
iguales en el vencer,  
que en nada me he de valer  
de lo que no podéis vos.



Su Majestad quiere honrar las fiestas que ha publicado Toledo, y me ha convidado; y después de tornear entrar en las cañas quiero, porque Toledo me deja que pueda yo en mi pareja elegir el compañero;

y que lo fueseis querría, que doña Juana ha de estar en la fiesta, y es lograr los dos igualmente el día.

D. JUAN. Tanto me habéis obligado, que cuando en algo pudiera competiros, no lo hiciera llevándome a vuestro lado; y quiero que sólo vos esta ventura logréis, que por la que a mí me hacéis, que no haré, os juro por Dios, jamás diligencia alguna que a vos os pueda estorbar, si no es dejarme llevar en brazos de mi fortuna.

(Sale DON LUIS.)

D. LUIS. Bien puedes, hijo, atreverte a tu mal, bizarreando, que el Católico Fernando entra en casa y viene a verte. Y ya con razón podrán en el tiempo volador hallar con este favor mis años otro Jordán. Que, por justísimas leyes, en la mayor senetud pueden infundir salud las visitas de los Reyes.

D. JUAN. Inadvertencia sería el esperarle yo aquí; que ya, por lo menos, fui delincuente, y no querría que pruebe este atrevimiento lo que con él merecéis.

D. PEDRO. Antes quiero que fiéis de mí su agradecimiento.

(Sale el REY DON FERNANDO y acompañamiento.)

Deme Vuestra Majestad los pies.

(De rodillas.)

REY. Que os levantéis quiero,

si no es que esperáis primero el premio desa humildad. ¿Cómo os sentís?

D. PEDRO. Ya, señor, pudiera verse en mi vida mi salud restituída con tan inmenso favor, cuando no hubiera tenido a don Juan por enfermero, porque es tan buen caballero, que dejarme no ha querido un punto desde aquel día que noblemente me hirió.

REY. En mi vida he visto yo tan hidalga valentía. Estos los soldados son que yo he menester llevar cuando vaya a conquistar a Granada; al fin, Girón. Muy bien nos dais a entender de vuestra sangre el valor.

D. JUAN. Esto ha sido, gran señor, solamente obedecer. Vuestra Majestad mandó que un punto no le dejase en tanto que se curase; y hasta que le he visto yo levantarse no he querido apartarme de su lado.

REY. Lo que sois habéis mostrado, de que estoy agradecido.

D. PEDRO. Tan en su favor están sus méritos, que podré suplicar por él.

REY. Bien sé lo que merece don Juan.

D. PEDRO. Tanto, señor, ha servido en diversas ocasiones, que puede, por mil razones, ser a muchos, preferido; y demás desto, señor, su calidad...

REY. Bien está: por mi cuenta corre ya el premio de su valor. Vos, al fin, salud tenéis.

D. PEDRO. Y tan alentado estoy, señor, que de fiestas soy con la merced que me hacéis. Antes que parta a Granada venturosa hacer querría con principios de alegría

la intención de mi jornada.

¿Don Juan?

D. JUAN.

¿Señor?

REY.

Informado

de vuestra nobleza, quiero  
consultar el compañero  
a quién he de dar mi lado  
con vos.

D. JUAN.

Si posible fuera  
que nuevos mundos criara  
el Cielo, en ello faltara  
quien merecerlo pudiera;  
pero supuesto, señor,  
que es forzoso el darle aquí,  
nadie me parece a mí  
que lo merece mejor  
que don Pedro.

REY.

Al fin, tú has hecho

elección muy acertada.

D. LUIS.

Humilde rinda Granada  
a tu católico pecho  
su coronada cabeza.

D. PEDRO.

Rendida veas también  
de la gran Jerusalén  
la inexpugnable grandeza.

REY.

La dama de la pendencia,  
¿por quién quedó?

D. PEDRO.

Por quien fuere

más venturoso y tuviere  
en aquesta competencia  
mejor fortuna.

REY.

¿Ha de ver

las fiestas?

D. PEDRO.

Pienso que sí

REY.

Armas te da contra sí  
don Juan, pues te quiere hacer  
mi compañero ese día,  
favorable en vuestro amor.

D. PEDRO.

Los que compiten, señor,  
con prudencia y cortesía  
no de su naturaleza  
degeneran deseando;  
que el competir estorbando (1)  
es en los nobles bajeza.  
El que en sí no pudo hallar  
partes para competir  
sólo aspira a deslucir  
las que pudiera envidiar;  
y como don Juan por sí

tiene su causa segura,  
aventajarse procura  
honrándome siempre a mí.

REY.

Venid conmigo los dos.

D. JUAN.

Segundo Pilades nuevo,  
la vida y el ser os debo.

D. PEDRO.

Y yo mi salud a vos.

(Vanse.)

GUZMÁN.

Hombre rico a toda ley;  
¿qué le dice al seo Reclamo  
esto de correr mi amo  
parejitas con el Rey?

HERNANDO.

Sí; pero fué menester  
que el mío se lo dijese  
para que el vuestro corriese.

GUZMÁN.

Eso fué a más no poder.  
Con esta grandeza humana,  
que ha de ser, apostar quiero  
a pagar de mi dinero,  
de mi amo doña Juana,  
y Leonor me toca a mí.  
¿Qué será de verme entrar  
en la plaza a torear  
con el brillante tabí,  
segurísimo decoro  
de todo peón gallego?

HERNANDO.

Lo seguro es lo que niego;  
porque hay en Jarama toro  
que anda desde mayo a mayo  
y de San Juan a San Juan  
pensando, hermano Guzmán,  
en las calzas de un lacayo.  
Y yo en tales ocasiones  
a más de uno he visto entrar  
en la plaza a torear  
cargado de sus rejonas,  
fiado en su buen gobierno,  
su ligereza resuelta,  
y andar a la primer vuelta  
hecho arracada de un cuerno,  
muy desgobernado y flojo  
al pueblo que está mirando,  
como ciclope, mostrando  
la cara con solo un ojo.

GUZMÁN.

¡Juro a Dios que le he de dar  
al mejor toro en la cola  
una cuchillada sola,  
y que se la he de cortar!

HERNANDO.

Sólo advertid que tenéis  
muchas cuchilladas vos  
por quien mirar.

(1) En A se enmendó este verso así:  
"que el pretender injuriando".

GUZMÁN. ¡Vive Dios,  
que lo he de hacer!

HERNANDO. Bien podéis,  
si sois tan determinado  
con la de Juanes desnuda;  
pero yo me atengo, en duda,  
al toro y pierdo doblado.

(Vanse, y salen DOÑA JUANA y LEONOR.)

LEONOR. Muy pensativa te veo.

D.<sup>a</sup> JUANA. En pensamientos de honor  
pienso que pago a mi amor  
las tardanzas del deseo.

LEONOR. Pues no es bien, si ya se van  
tus deseos aumentando,  
que así vayas engañando  
a don Pedrô por don Juan;  
y dar, al fin, es error  
con aparentes favores  
causa a dos competidores  
siendo uno solo el amor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Que en parte tienes razón  
confieso; pero no ha sido,  
Leonor, lo que has entendido  
el alma de mi intención.  
Don Pedro es muy poderoso,  
y fué a quien primero di  
las esperanzas del sí  
que pretende cuidadoso;  
y despedir con desdén  
resueltamente sería  
faltar a su cortesía  
y a mi obligación también.  
Demás de que pienso yo  
que un poco le satisfizo  
favor, Leonor, que se hizo  
de lo mismo que él me dió. (1)

(Sale un PAJE.)

PAJE. Doña María de Luna  
dice que te quiere hablar,  
y me ha empezado a informar  
de su contraria fortuna  
con los ojos, porque viene  
muy afligida y llorosa.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dile que éntre; cuidadosa  
de su venida me tiene.

(Sale DOÑA MARÍA DE LUNA con manto.) (2)

D.<sup>a</sup> MARÍA. Esperaos todos ahí.

(Vase LEONOR.) (1)

D.<sup>a</sup> JUANA. Señora doña María,  
¿en mi casa?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Aunque este día  
pudiera ser para mí  
de mucho gusto, mis penas  
no me dejan alegrar.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si os venís a consolar  
conmigo, aunque son ajenas,  
seguramente podéis  
creer que las siento tanto  
como vos. Toma este manto,  
Leonor.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Sólo que escuchéis  
os suplico, doña Juana (2)  
de Castilla y de la Cerda,  
amiga del alma mía  
y dignamente heredera  
de la más ilustre sangre  
que en España se celebra.  
Como a mujer, como a noble,  
como a prudente y discreta,  
mi pasión vengo a deciros  
y a confesar mis flaquezas. (3)  
A don Pedro de Toledo...,  
—¡triste yo, y cómo quisiera  
olvidar memorias mías,  
por no referir ofensas!—,  
creí, y marchitó las flores  
de mi cándida pureza,  
dilatando con engaño  
su intención dos primaveras.  
Vivas lágrimas vertía  
escribiendo en cada letra,  
y en el papel iban todas  
con su rejalga envueltas.

(1) Falta en A esta acotación.

(2) En A este lugar está enmendado, de diferente letra, así:

“como vos. Toma este manto,  
Leonor.

MARÍA. Que sola os quedéis  
aquí os suplico.

JUANA. Leonor  
es mujer de quien yo fío  
mis secretos.

MARÍA. No porfio,  
aunque le pese a mi honor,  
generosa doña Juana”, etc.

(3) Los seis versos anteriores y los cuatro que  
siguen están tachados en A; pero restablecidos, de  
otra letra, al margen, sin más diferencia que este  
verso, que dice:

“y mi sentimiento en ella”.

(1) Los cuatro versos anteriores, tachados en A.

(2) En A dice esta acotación “(Entra DOÑA MARÍA.)”



Pero lágrimas vertidas  
sobre razones discretas  
aún resistencia no hallaran  
en un corazón de piedra.  
¡Ay de mí! Que yo pensaba  
que siempre en los hombres eran  
las palabras y las obras  
hijas de una causa mesma,  
y a un mismo tiempo conozco  
el desengaño y la ofensa  
cuando voy pagando yo  
mi ignorancia con mis penas.  
Más de lo que yo pedía  
me ofrecieron sus cautelas;  
que todos son generosos  
entre tanto que desean,  
y he venido a conocer  
en lo que agora me niega  
que sólo para engañarme  
tenía el alma en la lengua.  
Tan dulcemente obligaban  
sus palabras halagüeñas  
que, aun cometida la culpa,  
están negando la ofensa.  
Tales fueron sus razones, (1)  
que entonces es cosa cierta  
que hizo más en fingirlas  
que agora en desconocellas.  
Esta cédula presento  
de su firma y de su letra  
ante el tribunal supremo  
de tu piadosa clemencia.  
Este fué el primer ardid  
y esta la industria postrera  
con que rindió mis sentidos  
y sujetó mis potencias.  
Y agora, después que ya  
triunfó de mi honor, alega  
que los contratos del gusto  
hasta alcanzar tienen fuerza,  
y, finalmente ¡ay de mí!,  
porque te adora me deja,  
y por sólo hacerte suya  
quiere que yo no lo sea.  
Mi honra, puesta (2) a tus pies,  
te pide que sólo adviertas  
que a ti sin él no te falta  
y que yo quedo sin ella;

(1) En B. "caricias".

(2) En B. "postrada". También en A; pero fué tachada la palabra y sustituida por la que aceptamos.

y, si no lágrimas mías,  
tu misma sangre te mueva,  
pues, siendo mujer, te hago  
jüez en tu causa mesma.  
Desagravia y favorece  
sin pasión, por que se vea  
si mi agravio en mis desdichas  
tu virtud en mi sentencia.

D.<sup>a</sup> JUANA. De suerte has sabido aquí  
justificarte obligando,  
que quisiera, ña de mí,  
querer mucho deseando  
para hacer algo por ti.  
Noble soy y te has fiado  
de mí; en mi casa has entrado  
a rogar y persuadir,  
y de ella no has de salir  
sin remediar tu cuidado.  
Tanto me dejó obligar  
de quien de mí se confía,  
que quisiera yo comprar  
agora con sangre mía  
lo fácil de remediar. (1)  
Pero poco he de poder  
o esta cédula ha de ser  
cumplida sin argüir,  
y para hacerla cumplir  
jüez y parte he de ser.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Déjame besar tus pies  
por tan dichoso interés,  
que sólo a tan grave mal  
pudiera en nobleza tal  
hallar remedio.

(Sale BELTRÁN.)

BELTRÁN. Después  
que yo a don Pedro le di  
el presente y el recado  
que llevaba, me dió a mí  
esta joya, en que ha mostrado  
su voluntad.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Ay de mí!

D.<sup>a</sup> JUANA. Poco satisfecha está  
quien se turba de esa suerte.  
Que has puesto en mis manos ya  
toda tu justicia advierte.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Ese recado podrá...

D.<sup>a</sup> JUANA. Sólo en la apariencia son

(1) En A. tachados estos cinco versos y al margen la nota "No" de los cómicos. En otros casos semejantes ponían "Si", o bien "Dicese".

culpas las que tú has de ver:  
pon la fe en el corazón  
y resuélvete a creer,  
sin los medios, la intención.

(Sale LEONOR muy alborotada.)

LEONOR. ¡Jesús mil veces!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué tienes  
que tan demudada vienes?

LEONOR. Hoy verás, por nuestro mal,  
una batalla campal  
si el remedio no previenes.  
Por dos puertas diferentes  
a un mismo tiempo han entrado  
en casa tus pretendientes,  
y los dos, en igual grado,  
son resueltos y valientes.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues don Pedro no ha de verte.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Qué quieres que haga? (1)

D.<sup>a</sup> JUANA. Esconderte.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Amiga, hermana, señora,  
que está mi remedio agora  
en tus manos sólo advierte.

(Vase, y salen DON JUAN y DON PEDRO, cada uno  
por su parte, y quitanse los sombreros a un  
tiempo.)

D. PEDRO. Señora...

D. JUAN. Señora mía...

D. PEDRO. Proseguid, que sólo espero  
a que habléis; por vida mía!

D. JUAN. Empezastes vos primero,  
y será descortesía...

D.<sup>a</sup> JUANA. Dos almas quisiera agora  
para escucharos.

D. JUAN. Señora,  
si merece algún favor  
el siempre constante amor  
de un corazón que os adora,  
que aquí a don Pedro escuchéis  
primero que a mí os suplico.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tanto obligado me habéis,  
que obedezco y no replico:  
ya es fuerza que vos habléis.

D. PEDRO. Lo que os vengo a suplicar  
es que me deis un favor  
para entrar a tornear. (2)

LEONOR. (Nunca se puede olvidar  
el noble de su valor.)

(1) Tachado este verso, y de otra letra:

"Pues ¿qué he de hacer?"

(2) En A se enmendó esta palabra para decir  
"torear".

D. PEDRO. Y que en la plaza os halléis  
si es que celebrar queréis  
mi ventura, pues me ha dado  
el Rey, mi señor, su lado  
en las cañas que veréis.

D.<sup>a</sup> JUANA. Bien mostró su majestad  
su prudencia en su elección,  
como yo mi voluntad  
en la justa estimación  
de tanta felicidad,  
y el pláceme tanto bien  
será muy justo que os den,  
porque si algo en él faltó,  
es el no haber sido yo  
a quien se da el parabién. (1)  
El favor que habéis pedido  
es éste: en la gorra quiero  
(Dale su misma joya.) (2)

que le saquéis, advertido  
que es mi amor tan verdadero,  
que no le habéis conocido;  
que en esta casa tenéis  
persona a quien vos debéis  
más de lo que imagináis.

D. PEDRO. Bien, señora, la mostráis  
en la merced que me hacéis.  
Y para que mi ventura  
fuese en todo más segura,  
que hiciédeses hoy quisiera  
la plaza dichosa esfera  
del sol de vuestra hermosura; (3)  
que con esto será el día  
más festivo en su alegría,  
más nobles mis pensamientos,  
y lograré mis intentos  
con gustosa gallardía.

D.<sup>a</sup> JUANA. Seguro podéis entrar  
de que en la plaza ha de estar  
quien ha de ser vuestra esposa.

D. PEDRO. Con suerte tan venturosa  
ya no tengo a qué aspirar. (4)

D.<sup>a</sup> JUANA. Agora os toca el decir  
a vos lo que pretendéis.

D. JUAN. Fácil está de advertir

(1) Este y los cuatro versos anteriores, borra-  
dos en A, con la nota marginal "No".

(2) Esta acotación dice en B: "(Dale la joya de  
diamante que le dió.)"

(3) Este y los cuatro versos anteriores, tacha-  
dos en A; pero restablecidos al margen, de otra  
letra. En el verso tercero falta la palabra "hoy".

(4) En A, "sperar"; pero debe ser descuido.

tras lo que ya dicho habéis,  
que no tengo que os pedir,  
y sólo ya mi impaciencia  
llega a culpar mi imprudencia;  
que con tal competidor  
fué ignorancia de mi amor  
esperar vuestra sentencia. (1)

(1) En B termina el acto con la acotación que dice: "*Vase DON JUAN muy despedido y DON PEDRO con DOÑA JUANA, con cortesías, con que se da fin a la segunda jornada de LA COMPETENCIA EN LOS NOBLES.*")

En A acababa también en la primera copia el acto aquí con la palabra *Finis*. Pero después se añadió lo siguiente:

"Ya está tan puesto en razón  
la justísima elección  
que ya en don Pedro habéis hecho,  
que me deja satisfecho  
la culpa de mi intención.  
Nunca mi amor aprobó  
la esperanza que me dió,  
porque yo, señora mía,  
sus deseos competía,  
pero con sus partes no.  
Tantos años os gocéis  
uno en otro transformados  
si para en uno os queréis,  
que del principio olvidados  
aun del fin no os acordéis.

(*Vase DON JUAN.*)

LEONOR. ¡Ay, señora, no le aumentes  
los pesares a don Juan!

D.<sup>a</sup> JUANA. Créeme, Leonor, que en mí están  
hoy sus méritos presentes.

(*Vase DOÑA JUANA, y quedan los tres.*)

GUZMÁN. Por fámulo del dichoso  
me toca a mí el ser esposo  
de Leonor.

HERNANDO. Eso sería  
estando yo en Berbería,  
o no siendo tan forzoso  
quien, llegando a competir  
el comparar a Torote...

GUZMÁN. ¿Con quién?

HERNANDO. Con Guadalquivir,  
y a Judas Iscariote  
con Tito.

GUZMÁN. Yo sé escribir  
y [sé] leer de tirado  
y soy hombre que ha soñado  
que me han de hacer botiller.  
Y no se ha de anteponer  
a mí un lacayo menguado.

LEONOR. Aquel que más animoso  
aquesta tarde en el coso,  
de una cuchillada sola

## ACTO TERCERO

DE *La competencia en los nobles.*

(*Salen DOÑA JUANA, DOÑA MARÍA y LEONOR.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo pensé, (1) doña María,  
que me estabas escuchando  
lo que con él pasé hablando. (2)

D.<sup>a</sup> MARÍA. Torpe bajeza sería.  
Tus nobles intentos sé,  
y así no quise escuchar  
por no desacreditar  
los méritos de mi fe.  
En ti puse mi esperanza,  
y no sería razón  
que donde hay satisfacción  
faltase la confianza. (3)

D.<sup>a</sup> JUANA. Holgárame por que vieras  
dos pechos tan ajustados  
en dos amantes osados, (4)  
que apenas juzgar pudieras  
la desdicha y el contento;  
porque en esta competencia,  
dudosa la diferencia,  
se encubría el sentimiento  
cuando pensé (5) que hallaría  
esta sala en que yo estaba  
sangrienta, porque no hallaba  
remedio a su valentía,

cortase al toro la cola,  
aquése ha de ser mi esposo.

GUZMÁN. Vaya, puez. (*sic*)

HERNANDO. Yo me despido.

GUZMÁN. Yo he de salir vitorioso.

HERNANDO. Yo, Guzmán, soy el vencido.

GUZMÁN. Yo, Leonor, el venturoso  
si llego a ser tu marido.

(*Fin de la 2.<sup>a</sup>*)

A la vuelta de esta hoja hay la siguiente nota:  
"Con la noticia que tengo de sus buenas comedias  
de v. m. e benido a buscar ésta porque me an dicho  
es muy buena, estamos en duda si es conforme v. m.  
la igo i así le supp.co me la aga de pasar los hojos  
por ella esta noche queio lo serbiré y mañana a las  
nueve seré aquí a vesar a v. m. sus manos quia vida  
g.<sup>o</sup> dios.—Don Joan Alonso de moscoso." (*Rúbrica.*)

Con este acto acaba también el ms. B de la Biblioteca Nacional.

(1) En C, "creí". \*

(2) En C, "hablé con don Fernando". Este es el nombre que en este texto lleva don Pedro.

(3) Estos cuatro versos en A de otra letra y al margen. Constan en C.

(4) En C, "trocados".

(5) En C, "creí".



- tan cortésmente se hablaron  
y tan cuerdos anduvieron,  
que, no sólo no riñieron,  
pero a mí me consolaron.  
Y tal fué su gallardía,  
que, con causas de reñir,  
vinieron a competir  
en sólo la cortesía.
- LEONOR. Poco en eso se parecen  
los amos a los criados;  
animales encubados,  
no rifan y se enfurecen  
como los dos.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Es bajeza;  
que éstos pagan por tributo  
a su ser, porque es el fruto  
que da su naturaleza  
sangre, nobleza y valor  
a toda ley.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Si me queda  
consuelo que serlo pueda  
en la culpa de mi error,  
es sólo el haberme dado  
palabra de ser mi esposo  
un hombre tan valeroso.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Pues pierde, amiga, el cuidado,  
que yo de tu parte estoy,  
y tú, si puedo, has de ser  
su legítima mujer,  
o no he de ser la que soy.  
Yo dije, hablando por ti,  
que la que ha de ser su esposa  
irá a la plaza, y forzosa  
será tu asistencia allí;  
pero advierte que has de estar  
cubierta en ella de suerte (1)  
que no puedan conocerte.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Dónde?
- D.<sup>a</sup> JUANA. En el mismo lugar  
que yo para mí tenía;  
que esto sólo va trazado  
para engañar su cuidado  
mientras ocupo yo el día  
en lugar menos sabido.  
Leonor, llámame a Beltrán;  
que quiero hacer a don Juan  
un favor desentendido.
- LEONOR. Volando voy.

(Vase.)

(1) En C, "encubierta de tal suerte".

- D.<sup>a</sup> JUANA. Si éste fuera  
tu dueño en tu voluntad,  
con menos conformidad  
de tu gusto te sirviera.  
¿Qué juzgas de mi intención?
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Que está muy bien empleado  
tu amor y que me has mostrado  
tu buen gusto en tu elección.  
(Salen LEONOR y BELTRÁN.)
- LEONOR. Beltrán está aquí.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Beltrán,  
hoy fío mi pensamiento  
de tu buen entendimiento.  
Tú has de decir a don Juan,  
como que tú se lo adviertes,  
que no soy de fiestas hoy  
y que a mi jardín me voy  
por no ver ajenas suertes.
- BELTRÁN. Está tan desconfiado,  
que no ha de saber lograr  
la ocasión que le has de dar.
- D.<sup>a</sup> JUANA. En el pecho enamorado  
de un amante, si es fiel,  
cuando más muerto se vió  
nunca del todo faltó  
el fuego que estuvo en él. (1)  
Que él piense que yo lo ignora
- BELTRÁN. Yo, señora, pensaré  
el modo y te serviré  
con el debido decoro  
que debo a ser tu criado.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Así lo debes hacer.
- BELTRÁN. (El amor de esta mujer  
trae a don Juan mareado.)  
(Vase.)
- D.<sup>a</sup> MARÍA. Por curiosidad quería  
saber, si le quieres bien,  
por qué quieres que le den  
por sombras esta alegría. (2)

(1) Desde aquí varía algo el texto en C, así:

"Demás de que un buen amante  
nunca perdió la ocasión.

- BELTRÁN. Que te obedezca es razón.  
D.<sup>a</sup> JUANA. Lo que aquí es más importante  
es que él piense que lo ignora.  
BELTRÁN. Yo, señora, pensaré  
el modo y te serviré  
con el ingenio y decoro".

(2) En C sigue así:

"Los ardides del amor  
acrecientan la ventura,  
hacen la dicha segura

D.<sup>a</sup> JUANA. Desconfiado le quiero  
por no le vanagloriar;  
que esto es para conservar  
el camino verdadero.  
Demás de que es poderoso  
su contrario, y su poder  
límite con no le hacer  
públicamente dichoso. (1)

D.<sup>a</sup> MARÍA. La disposición y el modo  
muestran tu ingenio de suerte,  
que en todo quiero creerte  
para obedecerte en todo.  
A la plaza voy a ver  
al dueño de mi albedrío.

D.<sup>a</sup> JUANA. Y yo al campo a darle al mío  
la ocasión que ha de tener.

*Vanse. y salen DON PEDRO y GUZMÁN. DON PEDRO  
con gorra, capa corta y borceguies.* (2)

GUZMÁN. Narciso, pienso, señor,  
si te vieras como estás,  
que no pudiera hacer más  
por su gala y por su amor.  
Segunda vez se pudiera  
Júpiter, para morir  
a tus manos, convertir  
en toro.

D. PEDRO. Como yo viera  
trocar en satisfacción  
la gala, entrara, Guzmán,  
más alegre y más galán  
y más quieto el corazón. (3)

GUZMÁN. Pues ¿qué te falta?

D. PEDRO. No sé.

y el vencimiento mayor.

Demás de que es poderoso", etc.

También en A, de la letra de las enmiendas, se  
quiso añadir algo, comenzando por el verso "Los  
ardides del amor"; pero no se escribió más, lo que  
prueba que estas adiciones son de otro autor.

(1) En A, al margen y de la otra letra, y en C,  
en el texto, siguen estos versos:

"Y, finalmente, el que alcanza  
más ventura, más se arroja,  
y así quiero que le coja  
a traición la confianza."

(2) Esta acotación en C dice: "*Vanse y salen  
DON FERNANDO con capa y gorra y borceguies para  
torear y GUZMÁN.*")

(3) Dejamos este verso como está en C, porque  
en A dice:

"y menos dudas pusiera";

que no rima. Enmendólo después el que hizo lo pro-  
pio en otros casos, escribiendo:

"y alegre en esta ocasión",

que es un disparate.

GUZMÁN. ¿No eres tú el favorecido  
de doña Juana, y no ha sido  
premiada sola tu fe?  
¿No te dije que estaría  
la que tu esposa ha de ser  
en la plaza, para hacer  
mayor tu dicha y la mía?  
¿Qué causa te puede dar  
disgusto en esta ocasión  
que esté fundada en razón?

D. PEDRO. El no poderme alegrar. (1)  
Doña Juana me ha mostrado  
poco amor, y me entristece  
el ver que me favorece  
con lo mismo que la he dado.  
Esta joya que me dió  
es la misma que le di,  
y los búcaros que a mí  
presentados me envió  
son los que le di también,  
y con justa causa siento  
alterado el pensamiento  
y poco seguro el bien. (2)

GUZMÁN. Fácil remedio tendrán,  
si te confías de mí,  
esos rigores en ti.

D. PEDRO. ¿Cómo?

GUZMÁN. Matando a don Juan;  
y no hay culpa que te den,  
aunque aquí el rigor te sobre,  
que antes el matar un pobre  
pienso que es hacerle bien.  
D. PEDRO. ¡Viven los Cielos, traidor,  
que si no advirtiera ahora  
lo que tu bajeza ignora,  
que te matara!

GUZMÁN. Señor,  
esto va sólo fundado  
en remediar tu disgusto.

D. PEDRO. ¿Qué remedio, siendo injusto,  
lo será para el cuidado?

(1) Después de este verso siguen:

"y el estar triste ¡ay de mí!  
son evidentes razones  
que tienen los corazones  
su república por sí";

versos que no pudo escribir LOPE.

(2) Después de éste siguen en C estos otros ver-  
sos:

"Demás de que don Juan tiene  
partes para ser querido,  
y quizá el favor fingido  
engañado me entretiene."

- Haz que empiencen a sacar los caballos que han de ir.
- GUZMÁN. ¿Cómo se han de repartir los jaeces para entrar?
- D. PEDRO. Don Juan lo dirá.
- GUZMÁN. Señor, (1)  
¿quién será tan de tu parte, que no procure engañarte, siendo tu competidor?
- D. PEDRO. Quien no funda en tu bajeza los pareceres que da.
- GUZMÁN. (Poco a poco me va ya cansando tanta nobleza.)  
(Vase. Sale DON LUIS.)
- D. LUIS. Ya, hijo, este es el día en que con justa razón se aumentará tu opinión y crecerá mi alegría. También yo rompí rejonos cuando mozo, y quiero darte, sólo a fin de aconsejarte, algunas breves liciones. Procura entrar muy airoso, que es lo que más satisface, advirtiéndote que esto nace de un descuido cuidadoso. Y aun que anduvieses querría con la gorra lisonjero, porque allí el lance primero consiste en la cortesía. (2) Resuelto y determinado, busca al toro frente a frente, y sacarás fácilmente el caballo por un lado. (3) No le acometas volviendo las espaldas en tu vida; que nunca es buena la herida que se ejecuta huyendo. Si vieres necesitado

(1) Este verso en C está así:

FERNANDO. Llama a don Juan.

GUZMÁN. Pues, señor,".

(2) Siguen después de este verso en C:

"No te apresures jamás a tomar el garrochón; que aquí la reportación es lo que se estima en más."

(3) En A, al margen y de la citada distinta letra, sigue:

"quedándole el cuerpo todo, por ser fuerza atravesarte, ha de hallar más en que darte y menos seguro el modo."

Constan también en C estos cuatro versos.

a algún hombre de tu ayuda, socorre sin poner duda en el premio del cuidado, aunque el temor te lo impida; que el excusar una muerte es siempre la mejor suerte y la más agradecida. (1) Y, finalmente, procura de tu parte en la ocasión poner siempre el corazón, y obre siempre la ventura.

(Vase. Sale DON JUAN y HERNANDO.)

- D. JUAN. Muy presto, a mi parecer, será hora, que aguardando os están.
- D. PEDRO. Y yo esperando (2)  
os estoy para saber qué jaeces se pondrán.
- D. JUAN. Yo me conformo y ajusto con vos, que de vuestro gusto ya me ha informado Guzmán.
- D. PEDRO. Entra y avisa que espero.
- D. JUAN. También puedes ayudar.
- HERNANDO. El caballo que ha de dar principio a las fiestas quiero aderezar de mi mano.  
(Las cinchas he de poner tan flojas, que ha de caer.
- D. JUAN. ¡Viven los Cielos, villano! que a no ser tu pensamiento tan fácil de remediar, que te había de cortar las manos por el intento.)
- D. PEDRO. Adiós.
- D. JUAN. Hágaos tan dichoso como vos lo merecéis; [por]que siendo así, saldréis de la fiesta vitorioso.
- D. PEDRO. Todo venga a suceder como vos lo deseáis.

(1) En A al margen, de dicha letra, y en C en el texto, siguen:

"Y si sacares la espada, al toro te has de arrimar, y no podrá ejecutar al darle la cuchillada."

En C llevan estas variantes:

"al toro te has de pegar, y no podrá desarmar".

(2) Estos dos versos en C dicen:  
"será, señor don Fernando, hora de entrar.

FERN. Esperando".



D. JUAN. ¡Galán en extremo vais!  
A caballo os quiero ver.

(*Vanse. Sale GUZMÁN, de fiestas.*) (1)

GUZMÁN. ¿Qué le dice el vestidillo  
al competidor de a pie?

HERNANDO. Que a la noche lo diré.

GUZMÁN. Y agora puede decillo  
sin miedo de terminada; (2)  
porque es, para no mentir,  
un determinado huir  
reliquia contra cornada.  
Haciéndole mil mamonas,  
por vida de doña Juana,  
le he de hacer desde mañana  
un serrallo de fregonas. (3)

HERNANDO. ¡Pícaro!

GUZMÁN. ¡Pobre!

HERNANDO. ¡Indigesto!

GUZMÁN. ¡Pobre, tengo dicho ya!

HERNANDO. ¡Sois un corito! (4)

GUZMÁN. ¡Efetá!

HERNANDO. Y un gallego descompuesto, (5)  
hecho de polvo y de lodo,  
y aun menos para conmigo.

GUZMÁN. Pobre he dicho y pobre digo;  
que en esto se encierra todo.

(*Vase. Sale DON JUAN.*)

HERNANDO. ¿Fuése el enjaezado ya?

D. JUAN. En este punto se ha ido.

(*Sale BELTRÁN.*)

BELTRÁN. ¡Qué desdichado he nacido!  
Mi ama al jardín se va,  
y soy tan aficionado  
a toros yo, que quisiera  
que tu favor le pidiera (6)  
licencia.

(1) Falta esta acotación en A; consta en C, y la conservamos por la claridad.

(2) Así en A. En C, "miedo de destarada", que no es más claro. Quizá sea "testarada".

(3) Los ocho versos anteriores a éste, que constan en C, están tachados en A y escrito encima de la repetida letra:

"Después de hacelle el cuchillo,  
pienso hacelle seis mamonas  
y fundar desde mañana,  
por vida de doña Juana,  
un serrallo de fregonas".

(4) Tachada esta palabra y escrito a continuación "judío". En C, también "judío".

(5) En C, "deshonesto".

(6) En C, "que para mí le pidiera".

D. JUAN. Si ha consultado  
mi pena tu pensamiento  
y me consuelas así,  
¿para qué te importa a ti  
conservar mi entendimiento?  
¿A don Pedro no le dió  
palabra de que estaría  
en los toros? Ya sería,  
Beltrán, ignorante yo  
si creyere que se va  
al campo la que ha de ser,  
según dijo, su mujer.

BELTRÁN. En lo que fácil está  
de probar, sería error  
atreverme yo a mentir:  
al campo puedes salir,  
y verla.

HERNANDO. Vamos, señor;  
que en esto ¿qué perderá  
tu amor?

D. JUAN. El haber creído,  
cuando sin dicha he nacido,  
lo que a mí tan bien me está.

HERNANDO. En aquesta competencia  
sus ojos me han advertido  
que en ella hay algo escondido.

D. JUAN. ¿Daráte, Beltrán, licencia  
si la pido para ti?

BELTRÁN. Y tan satisfecho estoy  
si al campo vas, que me voy  
a la plaza desde aquí.

(*Vase.*)

D. JUAN. Y yo al campo a idolatrar  
esta fénix de hermosura;  
que si he de tener ventura,  
ella me vendrá a buscar.

(*Vanse. Salen DOÑA JUANA y LEONOR.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. Verde está el campo, Leonor.

LEONOR. Pagóle la primavera,  
y desde su edad primera  
se viste de este color. (1)  
Ya don Juan tarda.

(1) En C siguen a este verso los siguientes:

"cada vez que ella le da  
el tributo que le debe,  
si tal vez de blanca nieve,  
de verdes alfombras ya  
y de ese cristal, o el río  
honestas hojas y flores

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ay de mí!

Que no vendrá, según creo.

LEONOR. ¿Por qué?

D.<sup>a</sup> JUANA. Porque lo deseo.

(Salen HERNANDO y DON JUAN.)

HERNANDO. ¡Juro Dios que están aquí! (1)

Este es ya lance jugado;

no hay sino embestir.

D. JUAN. Espera,

que es discreta y no quisiera,

Hernando, entrar desairado.

HERNANDO. En mi vida pensé el modo

que he de tener en hablar

que después, al empezar,

no se me olvidase todo. (2)

LEONOR. ¡Don Juan!

D.<sup>a</sup> JUANA. Vuelve el rostro acá;

no conozca en tu cuidado

que le habemos esperado,

y quizás ensanchará.

HERNANDO. Esto, en efeto, ha de ser.

Llega, o dame a mí el recado;

temerosos acreedores  
por la quiebra del estío.

LEONOR. Vistosamente amanece  
en estos tiempos la aurora.

D.<sup>a</sup> JUANA. Bizarrea el campo agora  
lo que el invierno padece.  
El que menos se recrea  
pajarillo en su reclamo  
en el facistol de un ramo  
dormido contrapuntea,  
y en los bienes y en los males  
goza el bien, siente el rigor;  
que aun para el campo, Leonor,  
no son los tiempos iguales.

LEONOR. Esta es la hora que están  
en la fiesta, y don Fernando  
en la plaza toreando.

D.<sup>a</sup> JUANA. Y yo esperando a don Juan.

LEONOR. ¡Mucho tarda!

D.<sup>a</sup> JUANA. Y para mí  
es mucho más, según creo.

LEONOR. ¿Por qué?

D.<sup>a</sup> JUANA. Porque lo deseo."

(1) Después de este verso siguen en C:

"No hay sino desenvainar  
tres o cuatro mil concetos  
perfilados y discretos  
y empezar a rodar,".

(2) En C, después de este verso, sigue:

"D. JUAN. Yo aquí no me he detenido  
porque me he turbado, no;  
sino porque no sé yo  
cómo he de ser admitido".

hablaré de desposado  
que se casa por poder.

LEONOR. El viene ya.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues, Leonor,  
cojamos flores agora. (1)

LEONOR. Eso pienso yo, señora,  
que es la verdadera flor.

D. JUAN. El venir, señora mía, (2)  
aquí ha sido ocasionado  
de Beltrán, vuestro criado,  
y disculpa mi osadía.  
La falta que hoy os ha hecho  
suplico le perdonéis,  
de la merced que me hacéis  
confiado y satisfecho:  
que la grandeza del día  
permite cualquier error.

D.<sup>a</sup> JUANA. Cuando éste fuera mayor,  
por el padrino que envía  
también se lo perdonara.  
Pero ¿cómo no estáis vos  
en la fiesta?

D. JUAN. ¡Sabe Dios,  
señora, cuánto me holgara  
de ver en ella lucir  
a don Pedro, en quien ya veo  
bien logrado mi deseo, (3)  
tanto, que, sin discurrir,  
le llego a considerar  
tan valiente y atrevido,  
que aun la envidia no he querido  
que halle en mi pecho lugar.

LEONOR. (¡Qué discreción cortesana!

D.<sup>a</sup> JUANA. Es pobre.)

HERNANDO. (¡Dios me destruya,

(1) Este y los seis versos anteriores, tachados en A y sustituidos por estos otros:

"LEONOR. Pienso que te ha visto ya.

D.<sup>a</sup> JUANA. Cojamos flores, Leonor,  
por disimular agora".

En C también está así, con la variante del primero de estos tres versos:

"LEONOR. El, señora, viene ya".

(2) Estos cuatro versos que siguen dicen en C:  
"HERNANDO. Embiste.

D. JUAN. Señora mía:  
el venir ocasionado  
de Beltrán, vuestro criado,  
disculpará mi osadía".

(3) Este verso y el anterior dicen en C:

"a don Fernando, en que veo  
cumplido en fe mi deseo,".

si no tiene de aleluya  
los ojos la doña Juana!) (1)  
(*Dentro ruido de silbar.*)

LEONOR. ¡Jesús, mil veces, señora!  
Un toro viene hacia acá.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Triste de mí! ¿Quién podrá  
defenderme de él ahora?

D. JUAN. El que ha guardado su vida  
para aventurarla aquí.

(*Vase.*)

HERNANDO. Hoy verás, Leonor, en mí  
un lacayo toricida.

(*Vase.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Jamás vi tan gran valor  
ni hombre tan determinado:  
al toro ha desjarretado!

LEONOR. ¿Dijete bien?

D.<sup>a</sup> JUANA. Si, Leonor;  
mi esposo ha de ser.

LEONOR. Ya estoy  
más vana que un penitente  
de túnica transparente,  
y a mí el parabién me doy.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué hace Hernando?

LEONOR. Está cortando  
la cola, como pudiera  
Rodamonte, si viviera.  
¡Vitor la cola de Hernando!

(1) Después de este verso siguen en C los siguientes:

D.<sup>a</sup> JUANA. De que yo me baya venido  
hoy al campo, ¿qué juzgáis?

D. JUAN. Con lo que hacéis explicáis  
de esa pregunta el sentido;  
que la voluntad constante  
de una principal mujer  
pocas veces quiere ver  
los peligros de un amante.  
Pero habiendo prometido  
espléndida y generosa,  
que había de estar su esposa  
en la plaza, engaño ha sido  
que a su esperanza habéis hecho.

D.<sup>a</sup> JUANA. En eso también mostráis  
cuán ignorante juzgáis  
los cuidados de mi pecho.  
El que enamora y pretende  
poco debe a sus sentidos  
si juzga con los oídos  
y por los ojos no entiende.  
Y baste para entender  
mi intento el deciros ya,  
don Juan, que en la plaza está  
la que ha de ser su mujer."

(*Salen DON JUAN y HERNANDO con la cola en la mano.*) (1)

D. JUAN. Ya podéis seguramente,  
cuando fuéredes servida,  
iros menos afligida.

D.<sup>a</sup> JUANA. Con defensor tan valiente,  
ignorancia fué temer.

D. JUAN. Ese animal pienso yo  
que de la plaza salió  
por veniros a ofrecer  
su vida, entre sus enojos;  
y tan acertado vino,  
que el norte de su camino  
fué la luz de vuestros ojos.  
Y viéndose en tal presencia,  
por conseguir su ventura,  
ofreció a vuestra hermosura  
el no hacerme resistencia. (2)

D.<sup>a</sup> JUANA. Su vida pudo perder;  
pero más he agradecido  
la que nie habéis defendido  
que la que él vino a ofrecer.  
Y, por que veáis que estoy  
en extremo agradecida,  
con el alma y con la vida,  
llegad, que la mano os doy,  
por valor tan peregrino,  
para que a mi casa vamos  
vos y yo, por si encontramos  
otro toro en el camino.

D. JUAN. Con favor tan impensado  
un nuevo ser me he vestido,  
y de mi fortuna he sido  
segunda vez engendrado.

(*Vase.*)

HERNANDO. ¿Qué es aquello?

LEONOR. ¿Qué ha de ser?  
Ir de las manos los dos,  
como se lo manda Dios  
al marido y la mujer.

HERNANDO. De esa suerte, Leonor mía,  
tuyo de derecho soy.

(1) Esta acotación dice en C: "(Sale DON JUAN  
con la espada ensangrentada.)"

(2) Después de éste siguen en C estos cuatro  
versos:

"Y agradecile el intento;  
porque en el mal y en el bien  
aun en las fieras también  
se estima el conocimiento".



Y adiós, que a la plaza voy  
esto que falta del día.

(*Vanse. Dentro, silbos y voces; sacan a GUZMÁN en los brazos desatacado dos o tres TOREADORES.*)

TOREAD. 1.º Déjenle, que es hombre honrado,  
y él solo se atacará.

SEGUNDO. ¿Es por aquí?

GUZMÁN. Por acá: '  
pienso que estoy destripado.

PRIMERO. Sólo está el daño en el terno.

SEGUNDO. Como una lesna tenía  
las puntas; coger podía  
una paja con el cuerno.  
Si no le hace jigote  
vuestro amo a cuchilladas,  
os hace, a puras cornadas,  
salpicón.

PRIMERO. Aquí el cogote  
brujulea hociadura.

SEGUNDO. Nadie llegue, o ¡vive Dios!  
que lo ha de haber con los dos.

GUZMÁN. ¡Jesús, Jesús, qué ventura!

PRIMERO. Vos solo os podéis coser;  
y adiós, que quieren cerrar  
la puerta, y me vuelvo a entrar.

(*Vanse los TOREADORES y sale HERNANDO.*)

HERNANDO. Por aquí, si puedo entrar,  
dentro en la plaza ha de ser.  
¿Qué es aquesto?

GUZMÁN. ¿Qué sé yo!

HERNANDO. Pues el brillante tabí  
¿de qué provecho fué aquí?

GUZMÁN. De la puta que os parió.

HERNANDO. ¡Lindamente lo habéis hecho!

GUZMÁN. Aunque lo hiciera peor,  
para ser mía Leonor  
tengo adquirido derecho;  
porque mi amo mató  
el toro, y a la ventana,  
disfrazada, doña Juana  
todo cuanto hizo vió. (1)

(1) Después de este verso hay en A, al margen  
y de la mencionada letra, éstos:

"Y casándose también  
Leonor, como ella decía,  
legítimamente es mía,  
lo fué y lo será.

HERNANDO. Muy bien."

Constan en C, con la variante en el segundo verso,  
que dice:

"Leonor, como yo decía".

HERNANDO. Aquí pudiera encajar  
aquel refrán de Castilla:

"Uno piensa y otro ensilla."

GUZMÁN. Yo pienso y he de ensillar. (1)

(*Vanse.*)

HERNANDO. Pues para mi amo solo  
está la dicha y la mano,  
y para mí, que ésta, hermano,  
es la verdadera cola.

(*Vanse. Salen DOÑA JUANA, DOÑA MARÍA y LEONOR*)

D.ª JUANA. Algo cansada vendrás,  
aunque hayas estado bien.

D.ª MARÍA. Y tú lo estarás también  
por lo que has andado más.

D.ª JUANA. Qué me contases querría  
lo que en la fiesta ha pasado.

D.ª MARÍA. En lo que puse el cuidado  
fué sólo en la gallardía  
de mi don Pedro, y así  
dél sólo podré contarte.

D.ª JUANA. Por sólo lisonjearte  
en tu gusto escucho; di.

D.ª MARÍA. Después que dieron principio  
silbos y voces del pueblo  
a la salida de un toro  
a sus propias manos muerto,  
entró mi dueño al segundo  
en un bayo, cabos negros, (2)

(1) En A, al margen, y de dicha letra, hay solas  
estas palabras:

"O me romperé con vos  
la cabeza."

Pero en C siguen en el texto estos versos:

"o me romperé, por Dios,  
la cabeza.

HERNANDO. Si ello fuera  
calzar, el toro cumpliera  
el juramento por vos:  
esta es la hora que está  
determinado el dichoso.

GUZMÁN. ¿De quién?

HERNANDO. Del Cielo piadoso,  
que imagino que me da  
a mí esta ventura sola  
y Leonor también la mano,  
porque ésta, Guzmán hermano,  
es la verdadera cola."

(*Vanse.*)

(2) En A están tachados los dos versos que si-  
guen y sustituidos, en la consabida letra, estos otros:

"tan bien hecho, que parece  
que lo engendró en su deseo,  
y él tan airoso y galán,

tal que informaba en senados  
de un alza sus movimientos.  
Quitando la gorra andaba  
las cuatro esquinas midiendo  
de la plaza, y la ocasión  
le estorbó los cumplimientos.  
Toma el rejón, parte airoso,  
y él y el brazo a un tiempo dieron  
rotas astillas al aire,  
miedo al toro y sangre al suelo,  
y vistoso, aunque ofendido,  
sacó el animal soberbio  
por penacho de la frente  
la tercer parte del fresno. (1)  
Tocaron las chirimías,  
y acabó con él el pueblo;  
que a detenerse, esta gloria  
fuera del golpe primero.  
Espera el tercero, y sale  
tan vengativo y resuelto,  
que un volcán en dos pedazos  
eran sus ojos sangrientos.  
Puso en don Pedro la vista; (2)  
parte a buscarle, y torciendo  
el camino, a Guzmán coge  
atravesado en los cuernos.  
Encarnizado le aflige,  
y el valiente caballero  
saca la espada y le embiste,  
anhelando y socorriendo;  
y tal anduvo en la fiesta  
el animoso don Pedro, (3)  
que trinchando un toro vivo,  
fué maestresala del pueblo.  
Cayó tan hecho pedazos  
el bruto, que no tuvieron  
las heridas de la plebe  
lugar suyo en todo el cuerpo.  
Vitoréanle igualmente

que, siendo un mismo sujeto,  
se competían en él  
la gala y los movimientos."

La misma interpolación hay en C.

(1) En A, después de este verso, hay al margen  
y de la repetida letra, estos otros:

"Con torpes manos y pies  
iba en la arena escribiendo,  
de la penetrante herida,  
los parasismos postreros."

(2) En C, "Pónelos en don Fernando".

(3) Tachado este verso en A y sustituido al lado  
por este otro:

"por hacer plato al deseo."

Este es también el de C.

los nobles y los plebeyos;  
y él, por salir en las cañas,  
con dos almas dejó el puesto;  
entró gallardo a jugarlas. (1)  
Decirte el alma en los cuerpos,  
la destreza en el batir  
y el parar a un mismo tiempo;  
el esconderse en la adarga  
sobre el revolver ligeros;  
el acometer tirando  
y volver el rostro huyendo, (2)  
quien más sepa te lo diga,  
que en mi corto entendimiento  
es el decirlo imposible,  
aunque no lo ha sido el verlo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues, doña María, advierte  
en lo que agora te digo,  
para que después conmigo  
no tengas de qué ofenderte.  
Hombre que con tal valor  
acrecienta nombre y fama  
y delante de su dama,

(1) Tachado en A este verso y reemplazado al  
margen, en la dicha letra, por estos que siguen:

"y entró después con el Rey,  
tan conforme y tan parejo,  
que informaba por los lados  
de dos caballos un cuerpo.  
Y a no estar, porque era pardo  
el día, el sol encubierto,  
con una sombra no más  
pudiera pasar corriendo,  
y tan veloces corrían,  
que hasta el Betis, lisonjero,  
les tributó en dos caballos  
hechos pedazos el viento.  
Pintarte su bizarria,  
decirte el alma en los brazos,  
la gallardía en los cuerpos".

En C también se interpolan, pero con variantes,  
así:

"Y entró después con el Rey,  
tan conforme y tan parejo,  
que dos caballos corrían  
transformados en un cuerpo.  
Y a no estar, porque era pardo  
el día, el sol encubierto,  
con una sombra no más  
pudiera pasar corriendo.  
Y, finalmente, imagino  
que hasta el Betis, lisonjero,  
le tributó en dos caballos  
hechos pedazos, el viento.  
Decirte el alma en los brazos,  
la gallardía en los cuerpos".

(2) En C, en lugar de este verso, dice:  
"y el recatarse en volviendo".

(*Salen* BELTRÁN y GUZMÁN.)

estando firme en su amor,  
mata un toro, ha de ser mío,  
si se juntara en el suelo  
todo lo que no es el cielo  
contra mi propio albedrío.  
Antes que el sol de mañana  
a otro hemisferio se ponga  
y abismos de luz trasponga  
entre celajes de grana,  
será, sin que yo lo arguya,  
mi esposo con fe cumplida  
el que defendió una vida  
aventurando la suya.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> JUANA. Que lo que digo  
he de hacer por ser razón.  
(Déjala en su confusión,  
Leonor, y vente conmigo.)

(*Vanse las dos.*)

BELTRÁN. De parecer ha mudado:  
sin duda se enamoró  
por la relación que oyó;  
y pues he de ser criado  
de don Pedro, ganar quiero  
las albricias. Luego vamos,  
y a tu amo le digamos  
lo que pasa.

GUZMÁN. El majadero (1)  
de Hernando ha de ver agora  
cifrado su mortuorio  
con aqueste desposorio.)

(*Vanse.*)

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Qué has hecho, lengua traidora, (2)  
basilisco, en mis agravios,  
que para matar mejor  
se disfrazó en un error  
y se escondió entre dos labios?  
¿Qué hiciste? Pero ¡ay de mí!,  
que eres lengua, y no cumplirías

(1) En C, estos cuatro versos dicen:  
"de don Fernando, yo quiero  
gozar las abricias.

GUZMÁN. Vamos,  
y a mi amo le digamos  
lo que pasa. El majadero"

(2) Después de este verso siguen en C:  
"escorpión con voz humana,  
víbora que en mí nació  
porque reventase yo  
con una culpa inhumana;"

con tu ser si no hicieras  
el daño que has hecho aquí.  
Mi propia muerte he buscado:  
con alabanzas ajenas,  
yo solicité mis penas,  
yo acrecenté mi cuidado. (1)  
Y en aquesta adversidad  
sólo mi error me castiga,  
pues de mi propia enemiga  
confié mi voluntad. (2)  
¡Oh, nunca al Cielo pluguiera  
que yo a don Pedro alabara;  
nunca las fiestas contara,  
nunca su valor dijera!

(*Sale* LEONOR.)

Ya se acabó, Leonor mía,  
con mi necia confianza,  
una engañada esperanza  
y una ignorante alegría.

LEONOR. Doña Juana, mi señora,  
te llama.

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Con qué disculpa  
podrá, en tan resuelta culpa,  
disculpar la suya agora?

LEONOR. Mejor con ella podrás  
dar alivio a tus enojos.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Bien dices; lloren mis ojos.

LEONOR. Pues entra, y descansarás.

D.<sup>a</sup> MARÍA. En desventura tan cierta  
llorando descansaré;  
mas ¿cómo, Leonor, podré,  
si de ofendida estoy muerta?

(*Vanse, y salen* DON DIEGO y DON JUAN.)

D. DIEGO. Según lo que me has contado,  
convencida de tu amor,  
de tu fe y de tu valor,  
la fortuna te ha premiado.

(1) Después de este verso siguen en A, al margen y de la dicha letra, estos otros:

¿Qué remedio he de tener,  
si en su misma casa estoy?  
¿Adónde iré si me voy?  
Si me quedo, ¿qué he de hacer?  
¿A quién le diré mi daño,  
teniendo la culpa yo,  
que no diga que nació  
mi ignorancia de un engaño?"

También en C se mantiene esta intercalación.

(2) En C, después de este verso, siguen:  
"Remedio, Cielo piadoso,  
os pide un alma ofendida,  
una lealtad desmentida  
y un corazón lastimoso."



¿Que te dijo que sería  
tu esposa?

D. JUAN. Y tan cierto estoy  
de que el venturoso soy,  
que antes faltará del día  
el sol, en su carro atado,  
y luz clara en una estrella,  
que pueda faltar en ella  
la palabra que me ha dado.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. Tu contrario entra, señor,  
en casa.

D. JUAN. Si algo he sentido  
es sólo el haber vencido  
contra tal competidor.

(Salen DON LUIS y DON PEDRO.)

D. PEDRO. Muy mal pudiera mostrar  
lo que yo os estimo y quiero  
si otro os trujera primero  
las nuevas que os vengo a dar.  
Merced el Rey os ha hecho  
de Capitán de su guarda,  
de persona tan gallarda  
confiado y satisfecho,  
y en una encomienda os da  
tres mil ducados de renta.

D. JUAN. De Alejandro es avarienta  
la opinión desde hoy, y ya  
cuanto soy os debo a vos.

D. DIEGO. En hijo y padre tenéis  
dos esclavos.

D. LUIS. Bien podéis  
juzgar lo mismo en los dos.  
Y pues por mayor elijo  
siempre vuestra cortesía,  
que nos honraseis querría  
en la boda de mi hijo (1)  
cuando la mano le dé  
doña Juana de Castilla.  
(¡Qué confusión!

D. DIEGO. D. JUAN. ¡Qué mancilla!  
¡Vive el Cielo, que no sé  
si le desengañe aquí!  
Pero ya es fuerza en su error,  
so pena de ser traidor,

(1) En C, estos cuatro versos dicen:

"Ya que siempre estáis mostrando  
vuestra mucha cortesía,  
que nos honraseis querría  
en las bodas de Fernando."

y que él se queje de mí.)  
No quiera Dios que entendáis,  
cuando vos me estáis haciendo  
tanto bien, que yo os ofendo,  
ni que engañado viváis.  
Concierto fué entre los dos  
que el que más dicha tuviere  
la gozara, sin que hubiere  
queja del contrario, y vos  
lo dijistes.

D. PEDRO. Es verdad;  
yo lo dije.

D. JUAN. Pues tened  
paciencia, y de mí creed  
que la injusta voluntad  
de doña Juana ha elegido  
otro dueño, otro cuidado,  
y que vivís engañado  
si os juzgáis favorecido.  
Y ya que de vuestro daño  
no soy el remedio aquí,  
no quiero que os falte en mí  
la verdad del desengaño.

D. PEDRO. Pues ¿en qué fundó el decir  
doña Juana que era mía?

D. JUAN. En que con eso quería  
entretener y fingir.

(Salen GUZMÁN y BELTRÁN.)

LOS DOS. ¿Señor...?

GUZMÁN. Yo llegué primero.

BELTRÁN. Aún no había visto a don Juan.  
Yo te renuncio, Guzmán,  
el derecho.

GUZMÁN. Albricias quiero.

D. PEDRO. ¿Qué buena nueva hay que llegue  
menos que a matarme a mí?  
Si son de mi muerte, di,  
seguro que no las niegue.  
Corrido estoy ¡vive el Cielo!

GUZMÁN. Yo sé que te has de alegrar,  
señor, y que me has de dar  
desde la capa al lenzuelo. (1)  
Doña Juana se ha resuelto  
en que luego quiere ser  
tu legítima mujer.

D. PEDRO. ¿Qué dices?

GUZMÁN. Libre y absuelto  
de tus temores, te pido

(1) Estos cuatro versos, tachados en A.

- des el pésame a don Juan  
y algo de plus a Beltrán. (1)
- BELTRÁN. Por las nuevas que ha traído.
- GUZMÁN. Habla tú; ¿qué estás dudando?
- BELTRÁN. Doña Juana, mi señora,  
se quiere casar agora  
con don Pedro; porque cuando...  
Pero, sabe Dios, señor...
- D. JUAN. Detente, y no digas más;  
que bien sé cuán libre estás  
en la parte de mi error;  
y yo solamente he sido  
en mi ignorancia culpado,  
pues dos veces engañado,  
son tres las que la he creído.  
En aquello que ignoraba  
pagaré lo que perdí,  
pues fácilmente creí  
lo mismo que deseaba.
- D. PEDRO. Otro que no os conociera  
como yo, imaginaría  
que vuestro amor pretendía  
que del mío desistiera.  
Pero yo, que he conocido  
vuestra lealtad, muy bien sé  
que de algún engaño fué  
vuestro ingenio persuadido;  
pero ya todo se acaba  
con olvidar y creerme.
- D. JUAN. Muy bien hacéis en volverme  
el desengaño que os daba; (2)  
y habéis sabido enseñarme  
con tal prudencia a sufrir  
en las causas del sentir, [me. (3)]  
que aun no me atrevo a quejar-  
Mi padre y yo, es justa cosa  
que ahora os acompañemos,

(1) Después de este verso sigue en C así:

"BELTRÁN. El demonio me ha traído  
a mí en esta adversidad  
de don Juan, al parecer  
neutral; pero, ¿qué he de hacer,  
pena de decir verdad?"

(2) En C siguen estos versos:  
"qué, pues se viene en los dos  
a notar la suerte aquí,  
sólo me debéis a mí  
lo mismo que os dije a vos.  
Habéis sabido enseñarme", etc.

(3) En C siguen estos otros versos:  
"que tan prudente estuvistes  
que imagino, y con razón,  
que os advirtió el corazón  
que era lición que me distes".

- os sirvamos y os llevemos  
a casa de vuestra esposa.  
Y desde allí iré a besar  
la mano al Rey, mi señor.
- D. PEDRO. Sólo admito este favor  
por iros a acompañar  
a Palacio yo también.
- D. JUAN. (Corazón, tened paciencia,  
si es que ha de ser la prudencia  
igual en el mal y el bien.)

(Vanse.)

- GUZMÁN. Basta, que el día ha llegado.  
¿No escucha?
- HERNANDO. No es éste el mío,  
y ésa ha de dar en vacío,  
ya que he sido desgraciado.

(Vanse. Salen DOÑA JUANA y LEONOR.)

- LEONOR. ¡Por amor de Dios, señora,  
que la desengañes ya,  
que de lágrimas está  
hecha un mar! Y como ignora  
la cifra, el peligro siento;  
porque no hay en esta vida  
seguridad conocida  
cuando es tanto el sentimiento.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Enviar quiero a llamar  
a don Juan por que me dé  
la mano, y así podré  
desengañarla.
- LEONOR. Eso es dar  
fin a todos sus enojos,  
y pagar, señora mía,  
con réditos de alegría  
las lágrimas de sus ojos.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Llama a Beltrán.

(Sale BELTRÁN.)

- LEONOR. Aquí viene.—  
Hoy eres, Beltrán, dichoso.
- D.<sup>a</sup> JUANA. Que me llames a mi esposo  
luego al momento conviene.
- BELTRÁN. Ya, señora, viene aquí  
con bravo acompañamiento,  
porque de tu pensamiento  
sabe ya el alma...
- D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ay de mí!  
¿Qué es lo que has hecho, traidor  
¿Quién duda que no has pensado  
que es don Juan el que he llamado
- BELTRÁN. ¡Bueno estuviera el error,

si tú misma le advertiste  
tu gusto a doña María!  
¿Soy tan necio yo que había  
de trocar lo que dijiste?  
Don Pedro esta dicha tiene, (1)  
y así viene a ser tu esposo  
muy contento y muy glorioso,  
y acompañándole viene  
el mismo don Juan.

D.<sup>a</sup> JUANA.                               ; Leonor,  
este hombre me ha destruído!  
LEONOR.       ; Ésta, Beltrán, buena ha sido!—  
Señora, todo este error  
nació de tu pensamiento.  
Quisiste en ajeno daño  
hacer un gustoso engaño,  
y hásenos trocado el viento;  
mira lo que se ha de hacer,  
que vienen.

D.<sup>a</sup> JUANA.                               Aunque turbada  
estoy, confusa y cortada,  
mi ingenio me ha de valer.  
Todo lo que ha sucedido  
le cuenta a doña María,  
y dile que hoy es el día  
en que ha de ser su marido  
don Pedro.

LEONOR.                               Yo ruego a Dios  
que me lo crea.

D.<sup>a</sup> JUANA.                               Sí hará.  
Entretenla un poco allá  
y salid juntas las dos.

(Vase LEONOR. Salen DON JUAN, DON PEDRO, DON  
DIEGO y los demás.)

D. PEDRO. A vuestros pies tenéis hoy  
el que es vuestro.

D.<sup>a</sup> JUANA.                               Y vos aquí  
una servidora en mí.

D. JUAN. (Esto es hecho. ¡Muerto soy!)  
(Dentro DOÑA MARÍA.)

D.<sup>a</sup> MARÍA. Déjame, entraré llorando,  
aunque su fe se perjure.

(1) Este verso y los tres que siguen están en  
C así:

“No, señora; don Fernando  
es quien viene a ser tu esposo,  
tan contento y tan glorioso,  
que le viene acompañando  
el mismo don Juan”, etc.

D.<sup>a</sup> JUANA. (Justo es que yo la asegure  
de lo que ella está temblando.) (1)

D. PEDRO. ¿Qué es aquello?

D.<sup>a</sup> JUANA.                               Un acreedor  
que pide que le paguéis  
una deuda que debéis;  
y, como sabe mi amor,  
viene a ver si le pagáis;  
que es una joya estimada,  
que dice que os dió fiada  
y que vos se la negáis,  
aunque consta por escrito  
el deberla.

D. PEDRO.                               Avergonzado  
del crédito que habéis dado  
a semejante delito,  
si parece firma mía,  
palabra os doy de pagar  
en este mismo lugar  
antes que se pase el día,  
si yo quedo convencido.

D.<sup>a</sup> JUANA. Es mucha la cantidad.

D. PEDRO. No importa, siendo verdad.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues esa palabra os pido.  
Y por que veáis, señor,  
que esta es deuda sin respuesta,  
la cédula vuestra es ésta  
y aquéste es el acreedor.

(Salen DOÑA MARÍA y LEONOR.)

Y, por que podáis primero  
animaros a pagar,  
en mí misma os quiero dar  
un ejemplo verdadero.  
En obligación estoy

a una voluntad que apruebo,  
y por pagar lo que debo  
la mano a don Juan le doy.

D. JUAN. (¡Cielos, si esto no es soñado,  
fuerza es perder el sentido!)

(1) Este verso y el anterior fueron tachados en  
A; luego, restablecidos, y además, al margen, se  
escribió, por la referida letra:

“¿No basta que yo asegure  
que pagará don Fernando?”,

que es justamente como dice en C. Ahora bien: el  
nombre de Fernando, en lugar del de Pedro, nos  
demuestra que las interpolaciones del autógrafo son  
posteriores a esta refundición que llamamos C y  
corresponde al texto impreso que conocemos. De  
todos modos, sólo un valor crítico pueden tener en  
cuanto aclaren el texto primitivo; pero no para  
desvirtuarle.



HERNANDO. Este ¡juro a Dios! que ha sido  
de limiste golpeado.

D. LUIS. ¡Traición hay aquí!

D. PEDRO. Eso no;  
que tal nombre se le dé  
no consiento, que esto fué  
lo que don Juan me avisó. (1)

BELTRÁN. Trocado el sentido fué;  
a ti te juzgué el dichoso.

D. PEDRO. En parte soy venturoso,  
si debo lo que pagué.  
El honor y la opinión  
le debo a doña María.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Tu voluntad es la mía.

D. LUIS. Y tuya mi bendición.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Vuestra esclava os da, mi bien,  
todo el ser de su albedrío. (2)

(1) En A, después de este verso, hay al margen, de la letra dicha:

D. PEDRO. Pues, Beltrán...

D.<sup>a</sup> JUANA. Su culpa ha sido  
el hablar yo por don Juan  
y haber pensado Beltrán  
que erais vos el escogido.

(2) Desde aquí sigue en C:

"HERNANDO. ¿Y éste?

LEONOR. También es mío,  
y que es justo que le den.

GUZMÁN. Y una higa para mí.  
Con sus dobles y redobles  
a morir estoy dispuesto.

D. JUAN. Porque tenga fin con esto  
*La Competencia en los nobles.*"

HERNANDO. ¿Y éste?

GUZMÁN. Tampoco es el mío,  
y así, soy sordo también.

HERNANDO. Elija Leonor aquí.

LEONOR. Tuya de derecho soy,  
y así, la mano te doy.

GUZMÁN. Pues denme un cordel a mí.

HERNANDO. Con sus dobles y redobles  
fué su esperanza enterrada.

D. JUAN. Y aquí da fin, perdonada,  
*La competencia en los nobles.* (1)

(1) Parece que se quiso dar otro título a esta comedia; pues a continuación de este final hay este otro, de la consabida letra:

"tu es coxido no te espantes,  
escudero Gandalín;  
y aquí, senado, dan fin  
*Los más cortesés amantes.*"

A renglón seguido van estas aprobación y licencia:

"He visto esta comedia intitulada *la competencia en los nobles* por mandado del señor Vicario Jeneral y no ay en ella cosa contra la Sta. fe chatolica. y así se puede dar licencia para que se represente en Pamplona a 16 de noviembre de 1628.—DON JOAN DE VELASCO.—(Rúbrica.)

"Vista i reconocida se puede representar y se da licencia para ese fin. Dado en Tud.<sup>a</sup> (Tudela) a 25 de dezienbre 1628.—EL DR. D. P.<sup>o</sup> (PEDRO) FRANCES DE VRRUTIGOITI.—(Rúbrica.)"

# CON SU PAN SE LO COMA

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

A LA ILUSTRISIMA SEÑORA DOÑA FRANCISCA SALVADOR

Como en las armas se conocen los dueños de las casas, y en las imágenes de las puertas los títulos de los templos, así conocerán en este principio los que vieren el nombre de V. Señoría Ilustrísima, cuyo soy todo: y con más propiedad, que en el divino sagrado de su entendimiento me defendí de la detracción de aquellos a quien también llamó Séneca vulgo. Confieso el atrevimiento; pero en alguna manera da licencia el peligro para que, el que viene huyendo, pueda asirse del altar con el debido respeto. No es ésta la ocasión en que se ha de escribir y celebrar las excelentes partes de tan único sujeto ni osar con tan humilde ofrecimiento tratar del ilustrísimo señor don Andrés Roig, vicecanciller de Aragón, cuyo gobierno, con tanta satisfacción de aquel reino y de toda España, es tan insigne, que, para mayor lugar, lo remiten las Musas a la cultura heroica de más alto estilo; pues, como los que deben, sólo pretendo con tan pequeño servicio entretener la paga. Dios guarde a V. S. Ilustrísima muchos años, como sus criados deseamos.

Capellán de V. S. Ilustrísima,

LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

|                             |                               |
|-----------------------------|-------------------------------|
| FILARDO, <i>viejo.</i>      | FIDELIO, <i>labrador.</i>     |
| FABIO, <i>labrador.</i>     | DAMÓN, <i>labrador.</i>       |
| CELIO, <i>labrador.</i>     | [RICARDO.                     |
| INARDA, <i>labradora.</i>   | VILLANOS, <i>músicos.</i>     |
| RAMIRO, <i>rey de León.</i> | SOLDADOS.                     |
| NUÑO, <i>caballero.</i>     | Un PORTERO.                   |
| SANCIO, <i>lacayo.</i>      | PONCIANO, <i>maestresala.</i> |
| ELVIRA, <i>dama.</i>        | Un CAMARERO.                  |
| CAZADORES del Rey.          | MÚSICOS.                      |
| LAURETA, <i>criada.</i>     | CABALLEROS.                   |
| TOMÉ, <i>criado.</i>        | MANTENEDOR.                   |
| SILVERIO, <i>labrador.</i>  | AVENTUREROS y PADRI-          |
| BELARDO, <i>labrador.</i>   | NOS.                          |
| RISELO, <i>labrador.</i>    | FLORO.]                       |

Representóla Valdés.

## ACTO PRIMERO

(Salen FILARDO, *viejo labrador*, y<sup>a</sup> FABIO y CELIO, *sus hijos*.)

FILARDO.

Queridos hijos, cuando un hombre trata partirse de la tierra donde vive,

mientras que la partida se dilata, las cosas necesarias apercibe.

Esta partida la vejez retrata, adonde ya la anciana edad recibe nuevas del fin que por la posta viene, que el necio olvida y el sagaz previene.

Yo os he criado en este monte, cerca de la insigne León, honor de España, en una quinta que, sin esta cerca, humilde arroyo la defiende y baña. Aquí, donde jamás la vida alterca de la ambición, que tanto al hombre daña, habéis de mis consejos aprendido cuanto a la vuestra necesario ha sido.

Yo me retiro a prevenir la muerte, último fin de cuanto vive; en tanto, oíd al blanco cisne, que os advierte vuestro remedio en el postrero canto. Ya fué ser labradores vuestra suerte, y pues para vivir no os pone espanto la esteva, el azadón, la hoz, los bueyes, no envidiéis los palacios de los reyes.

Por ningún caso ni suceso humano mudéis el traje, el trato ni el oficio, que en este humilde, sosegado y llano quiero que conservéis vuestro ejercicio. Sus galas traiga el noble cortesano entre el vulgar estrépito y bullicio; vosotros el sayal con que os he dado tan quieta vida entre un arroyo y prado.

Si fuérais tan pobres que os hiciera un vil jornal la costa de la vida, justa disculpa el desterraros fuera del nido y de la patria conocida; pero si desde el campo hasta la era, y desde el monte al valle, no hay que pida vuestro deseo que no goce y tenga,

¿qué es menester que a las ciudades venga?

Tendréis los dos cuarenta mil ducados; partidos, bien podéis vivir con veinte; lavaderos de lana hacéis los prados, bajando las ovejas a la fuente.

De las mayores reses y ganados  
ese monte, a los otros eminente,  
parece que cubrís a manchas de oro,  
desde la roja vaca al rubio toro.

Son tantos por dehesas y por valles  
vuestros criados, que no va más gente  
por la ciudad en las pobladas calles  
el día de fiesta, del trabajo ausente.  
Buenos rostros tenéis y buenos talles,  
buenos ingenios y ocasión presente  
para vivir en paz. Ésta os encargo;  
vivid en breve patria tiempo largo.

FABIO.

Padre y señor, después que al sentimiento  
de tu partida nos moviste a llanto,  
si bien es prevención y pensamiento,  
y más que ejecución discreto espanto,  
ningún humano bien, desde el sustento,  
hasta el oro, que el hombre estima en tanto,  
nos puede dar contento, que a tu vida  
como a principio nuestro estaba asida.

Mi hermano y yo prestamos obediencia  
a tu gusto, que es ley tan inviolable,  
que, aunque llegase tu perpetua ausencia,  
ha de guardar[se] con valor notable.  
Ya tiene de nosotros experiencia  
tu larga edad, un siglo venerable;  
a descansar contento te retira,  
y en nuestra condición tu imagen mira.

CELIO.

Donde Fabio, señor, te ha prometido  
justa obediencia, si excusarme puedo,  
¿qué tengo de decir sino que he sido  
quien de los dos más obligado quedo?  
Con él a un mismo tiempo fuí nacido;  
ni me excede en edad ni yo le excedo;  
esta igualdad nos hace hacer iguales.

FILARDO.

Esa gocéis por siglos inmortales.

Dame los brazos, que ya el tiempo quiere  
que me sirva de báculo la cama,  
aunque lo sois los dos mientras difiere  
la muerte el soplo de esta inútil llama.

FABIO.

Tu vida el Cielo, padre mío, prospere.

FILARDO.

Ya el seco tronco aquel humor derrama,  
que le destila del amor el fuego.  
Dios os dé paz; que la tengáis os ruego.

(Váyase FILARDO.)

CELIO.

Ya el viejo es ido.

FABIO.

¡Ay, Cielo, cuál me deja!

CELIO.

Y a mí rompida el alma, hermano Fabio.  
Tú agora lo que importa me aconseja.

FABIO.

Tú a mí mejor, que eres prudente y sabio.

CELIO.

De cumplimientos nuestro amor aleja,  
que será hacer a nuestra sangre agravio,  
y pues no le ha de haber de nuestra hacienda,  
ninguno, hermano, partición pretenda.

FABIO.

Mientras que no te casas, ni me caso,  
así se puede estar, pues vive el viejo.

CELIO.

De cuanta hacienda tengo no hago caso;  
toda a tu gusto desde aquí la dejo.

FABIO.

Yo, hermano Celio, a tu gobierno paso,  
a tu ley, a tu imperio, a tu consejo.

CELIO.

No me obligues así.

FABIO.

Yo así te quiero.

CELIO.

Yo soy tu hechura.

FABIO.

Yo lo soy primero.

(Sale INARDA, villana, prima de éstos.)

INARDA. Parece que aún os estáis  
en el vientre de Constanza,  
pues que nunca os apartáis.  
Haced un hora mudanza,  
pues que dos almas gozáis;  
mas una debe de ser  
en dos cuerpos.

FABIO.

Puede ser,  
prima Inarda, pues la mía  
en mí apenas viviría  
por pesar ni por placer,  
a no le ver en mi hermano.



CELIO. Y si yo a Fabio no viese  
alegre o triste, es muy llano  
que ni del mal cuenta hiciese  
ni de todo el bien humano.  
¿Dónde vas dando a las flores  
nueva olor, nuevas colores?

INARDA. Eso de rosa y jazmines  
a cortesanos chapines  
les dirás cuando enamores.

FABIO. Antes no, que allá, pisando  
alfombras, nacer no pueden,  
o el lodo y las piedras, cuando  
en las ciudades exceden  
lloviendo, Inarda, o nevando.  
Aquí, que se pisan prados  
de diferentes colores,  
por esta margen bordados.  
le harán alquimia de flores  
tus pies, del alba envidiados.  
¿No has visto los que hacen oro?

CELIO. A la fe que dice bien  
Fabio; y si no hacer tesoro  
consiste en que no le den  
oro del mismo decoro,  
aquí, que ves tantas flores,  
¿qué mucho que aumento des  
a sus hojas y colores  
si son del alba tus pies?

INARDA. ¿Los dos me decís amores?

FABIO. Yo te los digo por mí.

CELIO. Y yo por mí, prima mía,  
que también adoro en ti.

INARDA. Pues yo del uno querría  
solo escucharlos aquí.

CELIO. Antes que digas de quién,  
me voy al monte y te dejo  
por no escuchar tu desdén.

(Vase CELIO.)

INARDA. Escucha.

FABIO. De ti me quejo.

INARDA. Yo, Fabio, de ti también.

FABIO. ¿Por qué?

INARDA. Porque a Celio quiero.

FABIO. ¡Oh, cuál eras para ser  
o juez o consejero,  
porque el despachar y el ver  
no sé cuál fuera primero!  
Pésame; pero el amor  
que a Celio tengo me obliga  
a no ser competidor,  
si bien queda en la fatiga

que me ha puesto tu rigor.  
Ya que no soy principal,  
servir quiero de tercero.

INARDA. ¿Quién ha visto amor igual?  
Pues dile lo que le quiero.

FABIO. Pues ¿cómo me quieres mal?

INARDA. Eso no, y es imposible  
que no te quiera también.

FABIO. ¿A mí?

INARDA. Sí, que es conveniente,  
pues quieres a Celio bien,  
quererte bien.

FABIO. ¿Es posible?

INARDA. Bien me lo puedes creer.

FABIO. Como golpe viene a ser  
tu amor, que, dando en mi hermano,  
resulta en mí.

INARDA. No es en vano  
quererte.

FABIO. Pues ¿qué es querer?

INARDA. Querer todo lo que quiere  
el sujeto a quien yo quiero.

(Sale TOMÉ, villano.)

TOMÉ. Así tu vida prospere  
el Cielo, como lo espero,  
y de su piedad se infiere.  
Que atiendas, mi buen señor,  
a ver de tus labradores,  
que vienen de su labor,  
la traza de las mejores  
fiestas que ha inventado Amor.  
Ya sabéis como es mañana  
de mayo el primero día,  
pues verás la tierra cana  
que se traslada a porfía  
a la vega verde y llana.  
Esta noche encerrarán  
los vaqueros diez novillos,  
que mañana correrán,  
que a los arados y trillos  
salir de mansos podrán.  
Con haber entre ellos tres  
hijos del toro chapado,  
que por estas sierras es  
como en Roma celebrado  
el fuerte cartaginés.  
Hay novillo negro y hosco  
que, si antiyer no me embosco  
y me subo en un taray,  
le pareciera cambray  
mi paño grosero y tosco.

Ayer al pobre Ginés  
le dió dos vueltas o tres,  
porque tiene el cerviguillo  
con más rayas que un ovillo  
y el mismo viento en los pies.  
Así el rejón desmenuza,  
que hecho de puntas espín;  
en el río se champuza  
veloz, que quitó a Crespín  
de un salto la caperuza.  
Brotó de los ojos ira,  
por la boca fuego espira  
y llámanle el mal casado  
porque anda siempre enojado  
y le enfada cuanto mira.  
Tienen, sin esto, sortija  
que han de correr en sus yeguas,  
que alguna del viento es hija,  
porque sólo el tragar leguas  
la sustenta y regocija.  
A su castaña Pascual  
hizo labrar en la villa  
del más famoso oficial,  
caparazón de palmilla  
y de venado el pretal.  
Hay vestidos, yo los vi,  
de frisa y de bocací,  
con capellares y mantos  
que, por costuras y cantos,  
guarnece guadamecí.  
Comedia tienen también,  
lindo rato de dos horas;  
si el auditorio oye bien,  
gaitas y flautas sonoras.

FABIO. Pues haz, Tomé, que te den  
mi overo para salir  
en albricias de la fiesta.

TOMÉ. Dos siglos has de vivir.

FABIO. Tú, Inarda, galas apresta,  
que sin ellas no hay lucir  
la más perfeta hermosura.

INARDA. Adonde hay tales zagalas  
de vencida estoy segura;  
pero suplirán las galas,  
como tu gusto procura.

TOMÉ. Dejando a Marte dormido  
dicen que Venus tomó  
sus armas, hecho atrevido,  
y que Palas se burló  
de verla el arnés vestido.  
Mas por no poner en duda  
la hermosura confirmada,

dijo Cupido en su ayuda:  
“¿Veisla cómo vence armada?  
Pues mejor vence desnuda.”

FABIO.

La overa sola te di,  
y ahora, para que salgas,  
un vestido.

TOMÉ.

¿Cierto?

FABIO.

Sí.

TOMÉ.

Beso esas manos hidalgas.

FABIO.

Vamos, Inarda, de aquí,  
que yo seré buen tercero  
con Celio, aunque más te quiero.  
Ni compra ni amor confíes  
de interesado, ni fíes  
de rocín ni de escudero.

(Váyase, y salen DOÑA ELVIRA, darda, y NUÑO, caballero.)

ELVIRA.

¿Quién tuvo la culpa?

NUÑO.

Yo.

ELVIRA.

¿Luego tú fuiste?

NUÑO.

Yo fuí.

ELVIRA.

¿Y de ti te quejas?

NUÑO.

Sí.

ELVIRA.

¿Que a mí no me culpas?

NUÑO.

No.

ELVIRA.

¡Gran ventura!

NUÑO.

De los Cielos.

ELVIRA.

Hoy más para mí.

NUÑO.

¿Por qué?

ELVIRA.

Por no ser culpada.

NUÑO.

¿En qué?

ELVIRA.

En tus celos.

NUÑO.

No son celos.

ELVIRA.

¿Cómo los llamas?

NUÑO.

Desdichas.

ELVIRA.

¿Nombre nuevo?

NUÑO.

Éste les doy,

porque cuando no lo estoy  
llamo a los favores dichas.

ELVIRA.

¡Ay, Nuño, el no confesalles  
es la señal de tenellos!

NUÑO.

Celos, Elvira, tan bellos,  
bien puede Amor envidiallos.

ELVIRA.

Sí, porque celos de un Rey  
más que ofenden dan honor.

NUÑO.

No es rey, Elvira, el amor  
que se sujeta a otra ley.  
Y de mis justos recelos  
crece el rigor que se causa,  
pues mientras mayor la causa  
mayores serán los celos.

ELVIRA. ¿Tú no me mostraste, Nuño,  
al Rey?

NUÑO. Por eso me quejo  
de mí y de mi mal consejo;  
y por la señal que empuño  
que he estado más de una vez  
por arrojarle sobre ella.

ELVIRA. Haríaste mal en ella.

NUÑO. Pues yo muera esclavo en Fez  
si hay cosa que más me ofenda  
que verte libre, y que creo  
que ha sido causa el deseo  
del Rey.

ELVIRA. Tu engaño no entienda  
que me ha dado su afición  
aquesta arrogancia a mí:  
que no es burlarme de ti  
tener del Rey presunción.

NUÑO. ¿De mí te burlas?

ELVIRA. Pues ¿no,  
si al Rey me enseñaste?

NUÑO. Había  
favorecidome un día  
tanto, que le dije yo  
que amaba cierta señora  
principal, porque trataba  
de amor, y aun pienso que amaba  
algo que aborrece agora.  
Preguntóme si era hermosa;  
dijele que eras retrato  
de un ángel, y, sin recato  
de una afición poderosa,  
tus gracias, tu entendimiento  
de tal suerte encarecí,  
que causa y principio fui  
a su nuevo pensamiento.  
“Llévame, Nuño, a su casa  
—me dijo—, que quiero ver  
tan peregrina mujer.”

(Sale SANCCHO.)

SANCCHO. ¿Señor?

NUÑO. ¿Qué hay, Sancho?

SANCCHO. El Rey pasa.

NUÑO. ¡Qué bien anda Amor conmigo!

SANCCHO. Y porque ya de lacayo  
me transformo en papagayo,  
el Rey que va a caza, digo.  
Pues ¿a caza y por aquí?

NUÑO. Ya dirás que por mí viene.

ELVIRA. ¿A esotra parte no tiene  
el monte?

SANCCHO. Mi señor, sí;  
pero no me maravillo,  
que estas calles montes son;  
pues siendo Amor el halcón  
aquí hay perdiz del pinillo.

ELVIRA. Gente suena en la escalera

NUÑO. ¡Vive Dios, que sube acá!

SANCCHO. ¿Cómo sube, y dentro está?

NUÑO. Iréme.

ELVIRA. Ya es tarde, espera.

(Sale el REY de caza y criados.)

REY. Allá os salid.

ELVIRA. Gran señor,  
¿tanto honor a tan humilde  
casa?

REY. Señora, decilde  
esas quejas al Amor,  
que el gran señor sólo es él,  
pues a los reyes oprime.

ELVIRA. Luego es razón que lo estime  
si vos lo venís por él.

REY. También quiero yo que a mí  
el venir me agradezcáis.

ELVIRA. En el traje, al monte vais;  
¿cómo venís por aquí?

REY. ¿Paréceos mucho rodeo?  
Pues os prometo, señora,  
que a veces corre en un hora  
toda la tierra un deseo.

ELVIRA. No, sino que a fieras vais  
y comenzastes por mí.

REY. Que lo habéis de ser temí,  
y agora lo confesáis.—  
Nuño, ¿acá estás?

NUÑO. Sí, señor.

REY. Excusa el estar acá,  
porque en esta casa ya  
ha de haber dueño mayor.

NUÑO. Yo pensé...

REY. No pienses nada,  
que no queda qué pensar  
cuando se ha de ejecutar  
una ley determinada.—  
Quedad, señora, con Dios;  
cuando vuelva nos veremos.

ELVIRA. Son desiguales extremos.

REY. Mi alma queda con vos;  
tratadla bien.

ELVIRA. Es mi pecho  
pobre aposento, señor,  
y a un alma de tal valor



REY. vendrále por fuerza estrecho.  
Dadme el caballo.

(Vase el REY.)

ELVIRA. ¿Dirás  
que soy en esto culpada?  
NUÑO. Si aun no puedo pensar nada,  
¿para qué he de hablarte más?  
“Nuño, ¿acá estás?” ¿Hay tal cosa?  
Y muy enfadado ya:  
“Excusa el estar acá.”

ELVIRA. Esa obediencia es forzosa.  
Discreto eres.

NUÑO. Ya quieres  
que en obedecer lo sea.  
Pero ¿quién hay que no crea  
que sois cristal las mujeres?  
Mientras mirar me dejaste  
fuí tu viva imagen yo;  
luego que el Rey se mudó  
la figura retrataste.  
Estarás desvanecida  
de que el alma te dejó.

ELVIRA. No me desvanezco yo  
por cosas de la otra vida.

NUÑO. Ahora bien, estos enojos  
me has de quitar con tus brazos,  
que se está haciendo pedazos  
Amor por verse en tus ojos.

ELVIRA. Tu amor a darlos me obliga;  
mas como el Rey me dejó  
su alma, no quiero yo  
que lo vea y se lo diga.  
Quédate con Dios, y advierte  
que el Rey diciendo te está  
que excuses venir acá.

(Vase ELVIRA.)

NUÑO. Pues vuelve a darme la muerte.

Con nombre y forma de mujer pintaron  
el vicio y la virtud antiguamente;  
a firmeza y mudanza juntamente  
estatuas de mujeres fabricaron.

La inclinación al bien y al mal hallaron  
en su ingenio sujeta un accidente;  
de la luna menguante y la creciente,  
de su inconstancia el símbolo sacaron.

Pero como se quejan tantos buenos  
despreciados por viles, ya te alejas  
de ser mujer en esto por lo menos.

Que si de las mujeres son las quejas,

que dejan lo que es más por lo que es menos,  
no lo eres tú, pues por lo más lo dejas.

(Vase. Sale CELIO en el monte, con sus pastores  
BELARDO y SILVERIO; RISELO, cabrero; FIDELIO,  
vaquero; DAMÓN, porquero.)

CELIO.

¿Hay, pastores, belleza semejante  
como la de estos prados, que parece  
que en sus lazos, labores y realces  
Naturaleza al arte desafía,  
ni en ser menos riqueza que la mía?  
¿Hay cosa como ver aquestas fuentes,  
de su velo de plata revistiendo  
las moradas pizarras en que caen  
de estos pelados riscos despeñadas,  
y el ver cómo se paran sosegadas  
en el remanso de ese verde prado,  
que las tiene un estanque fabricado  
de tanta variedad de hermosas flores  
que se pierde de vista en sus colores?  
Y ¿hay cosa como ver tantos ganados  
subir los montes y cubrir los prados,  
agotando las aguas a los ríos,  
y que digan las aves que son míos  
desde que al alba gorjeando salen  
hasta la negra noche que se valen  
del lúgubre ciprés de hojas espesas  
contra las uñas y voraces presas  
del gavián solícito y ligero,  
que duerme con el pardo y el silguero  
toda la noche entre ellas, y al aurora  
le suelta libre? ¿Hay cosa como agora  
tomaros cuenta a todos del ganado  
y que a un silbo bajéis del monte al prado?  
Allá se viva el cortesano y goce.  
Levántese a las dos, cene a las doce,  
que más quiero la oveja y la colmena  
que todo su regalo, pues la pena  
nunca viene a buscar las soledades,  
ni sale la traición de las ciudades.—  
¿Qué hay, pues, Belardo? ¿Cómo están las ye-

[guas?

BELARDO.

¡Pardiez, amo y señor, que están famosas,  
sino que hemos tenido una pèndencia!

CELIO.

¿Cómo?

BELARDO.

Decía yo que pues se llaman  
potros los nuevos machos, será justo

que llamásemos potras a las hembras;  
y hay tantos bachilleres de vocablos,  
que ellos de las sentencias saben poco,  
que me quieren a voces volver loco.

CELIO.

Belardo, cosas hay que el uso tiene  
recebidas y cosas que no. Advierte:  
pobre decimos, no decimos pobra;  
que si es común a entrambos, uno sobra.—  
Los caballos, en fin, ¿están famosos?

BELARDO.

Buenos están, señor; pero Dios sabe  
que siento a veces el tratar con bestias;  
mas yo debo de ser de aquella gente  
que mataba Sansón.

CELIO.

¿Qué, filisteo?

BELARDO.

Sí, señor.

CELIO.

Pues ¿por qué?

BELARDO.

Porque me matan,  
hablando con perdón, quijadas de asno.

CELIO.

La mala condición causan los años.—  
¿Qué hay, buen Riselo? ¿Cómo van las ca-  
[bras?

RISELO.

¡Pardiez, señor, dirélo en dos palabras!  
Tienen la condición de las mujeres,  
que lo que está más lejos apetece;  
lo que tienen en casa es como hierba  
de vega llana; lo que fuera miran  
es como los cogollos de los árboles,  
que por cogerlos por los riscos trepan.  
Parécenlas, al fin, en bulliciosas,  
y más...

CELIO.

¿En qué?

RISELO.

En saltar y ser golosas.

CELIO.

Y vos, Fidelio, ¿cómo estáis callando?  
¿Qué hay de las vacas?

FIDELIO.

Andan estos lobos

de Asturias de tal suerte encarnizados,  
que de día las quieren en los prados  
quitar las crías.

CELIO.

¿No aprovechan trampas?

FIDELIO.

Conocen ya las huellas, las estampas.  
Con todo eso, habemos estos días  
quitado a cuatro las pequeñas crías.

CELIO.

Pues, amigo Damón, ¿qué hay de los puercos?

DAMÓN.

Luego vide que a mí me preguntabas.  
A su servicio están. ¡Dios los bendiga!

CELIO.

¿Aprovechan el pasto? ¿Engordan? ¿Medran?

DAMÓN.

Así cual su mercé; tal más, tal menos.

CELIO.

¡Linda vida se tienen! Ni dan lana,  
ni leche, ni provecho.

DAMÓN.

En un librito

leía estotra noche mi carillo,  
pienso que eran las trápulas de Isopo,  
que un asno, viendo a un puerco como un topo,  
siempre echado a pacer en la pocilga  
con envidia que ell ánima pecilga,  
decía: “¡Que éste engorde y yo trabaje;  
que el mozo el pan y el amo a veces baje  
cáscaras de melón y otros regalos,  
y a mí con agua y leña me den palos!”  
Pero llegado el día de San Lucas  
agarraron al puerco, y al pescuezo  
pusieron el cuchillo; y cuando el asno  
oyó los gritos, dijo: “Hermano puerco,  
sí para eso os engordaba el amo,  
igual es trabajar; asno me llamo.”

CELIO.

Aún se tiene las mañas el porquero.  
Ahora bien, aquí quiero quedar solo.  
Dad una vuelta, amigos, al ganado.

DAMÓN.

Dios guarde a su merced.

FIDELIO.

De mal casado.

BELARDO.

De un corrimiento di, de un testimonio,  
que hay hombres con salario del demonio  
que andan a desquiciar vidas ajenas.

RISELO.

¡Qué azotes!

DAMÓN.

Con coraza y berenjenas.

*(Vanse todos y queda CELIO.)*

CELIO.

¡Oh, santas soledades, cómo vemos  
que sólo es sabio quien vivir os sabe  
sin envidiar el oro de la nave  
que besa de la tierra los extremos!

¡Oh, cuánto al Cielo aquellos le debemos,  
que en parte de vivir un monte cabe,  
si la muerte ha de abrir con igual llave  
las puertas de las vidas que tenemos!

Aquí son estos prados los amigos;  
las selvas, el palacio y la carroza,  
y el silencio y verdad, los enemigos.

Dichoso el que descansa en pobre choza;  
que no se logra el bien donde hay testigos,  
ni en las ciudades la quietud se goza.

*(Sale el REY con una ballesta.)*

REY. (Espantóle este villano.  
Estoy por tirarle a él.)

CELIO. (Aquí viene un cortesano.  
Bien será que huyendo de él  
baje del monte a lo llano,  
que aun su vista me es odiosa.)

REY. ¿Ah, buen hombre?

CELIO. ¿Quién me llama?

REY. Quien esta selva espaciosa  
contó de una en otra rama,  
tanto es la caza sabrosa.  
Y ya que hallando un venado,  
que al arroyo de este prado  
bajaba, puse al coral  
la mira, y él en cristal  
tuvo el hocico bañado.  
Dándole el aire al pasar  
ha medido con tal prisa  
las sendas, si no es volar,  
que las flores donde pisa  
se vuelven a enderezar.

CELIO. Pésame, señor hidalgo,  
de haberos quitado el gusto;  
pero, si a buscarle salgo,

veréis que estimar es justo  
lo que en este monte valgo.  
REY. No os vais; que, según el talle  
y buen modo que en vos veo,  
me espanto que en este valle  
se ocupe vuestro deseo  
y vuestra esperanza calle.  
¿Quién sois?

CELIO. De este monte el rey,  
como Ramiro en León,  
aunque él da a vasallos ley,  
y acá mi jurisdicción  
se extiende a una cabra y buey.  
Pero en razón del mandar  
tengo bien, gracias a Dios,  
quien me desea agradar;

REY. y con ser reino entre dos,  
pensamos que ha de durar.  
Eso tened por muy llano  
que no podrá ser.

CELIO. Ya sé  
que del pecho soberano  
son esas palabras fe;  
pero es el otro mi hermano.  
De un parto habemos nacido,  
con que quedáis advertido  
que es un alma en cuerpos dos,  
pues si es uno, ya veis vos  
que no será dividido.

REY. ¿Con tanta conformidad  
vivís los dos?

CELIO. Es, en fin,  
más que el deudo la amistad.

REY. En el reino de Caín  
tuviera Abel la mitad  
y no cupieron en él.

CELIO. Ese fué un hombre cruel,  
que abrió a la muerte la puerta,  
y acá no hay lumbre tan muerta  
como las espigas de él.  
Somos, como veis, hermanos,  
y por profesión cristianos,  
cuyo sacrificio sube  
en pan de Dios, que no en nube,  
a los Cielos soberanos.

REY. ¿Sabe tanto como vos  
vuestro hermano?

CELIO. Y mucho más.  
REY. ¿Qué cría en los montes Dios?  
¿Qué labradores jamás  
se vieron como los dos?  
¿Tenéis de comer?



CELIO. Muy bien,  
y aun pienso que de cenar,  
y para darlo también.

REY. ¡Buen modo de convidar!  
Como en el monte me ven...

CELIO. Huélgome que me entendáis,  
que desde el punto que os vi  
con el talle me alegráis.  
Posada y cena hay aquí  
si acaso perdido vais.

REY. Ya por haberos hallado  
huelgo de haberme perdido,  
que si yo os he contentado,  
del alma, por el oído,  
posesión habéis tomado;  
y estimaldo, amigo, en algo,  
que soy un honrado hidalgo  
muy deudo del Rey.

CELIO. Bien creo,  
por las señas que en vos veo,  
que sois noble y hijodalgo.  
Un filósofo decía  
que en nuestros cuerpos vivía  
otra alma después de muertos.  
Y aunque éstos son desconciertos  
para vuestra fe y la mía,  
digo que si ser pudiera  
fueran de algunos amigos  
nuestras almas.

REY. (¡Quién dijera  
que entre robles y quejigos  
tal entendimiento hubiera!)  
¿Sabéis leer?

CELIO. Y escribir,  
y aun tengo algunos librillos  
que me enseñan a vivir,  
que son mudos para oillos  
y dan voces al sentir.

REY. ¿Qué libros tenéis?

CELIO. Algunos  
filósofos en romance.

REY. ¿De caballerías?

CELIO. Ningunos,  
que en amor, en cualquier trance  
son, batallando, importunos.

REY. ¿Poetas?

CELIO. Muchos.

REY. ¿Y vos  
los poetas entendéis?

CELIO. ¿Difíciles son, por Dios?

REY. ¿En efeto los leéis?

CELIO. Y me alegran más de dos.

REY. Lo que entiendo es para mí  
cosa de grande placer;  
y si algo no entiendo, allí  
digo: "¡Oh, cuál debe de ser  
aquello que no entendí!"

CELIO. Bien decís.

CELIO. Estos combates  
con la verdad se defienden;  
pero hay hombres tan orates,  
que las cosas que no entienden  
las juzgan por disparates.  
Y es que no quieren creer  
que lo que no han entendido  
lo pueda nadie entender.

REY. Por eso en el mundo ha sido  
tan estimado el saber.

CELIO. ¡Pardiez con este galán!  
Más precio un libro discreto  
que cuanto esquilmo me dan  
estos montes, que en efeto  
por mis vasallos están.

REY. Notablemente me agradas.

CELIO. Luego ¿cenaréis conmigo?

REY. ¿Qué me daréis?

CELIO. En guardadas  
servilletas, como amigo,  
cuatro perdices asadas,  
y no todas para vos,  
que habemos menester dos  
yo y mi hermano, y otra Inarda,  
mi prima, mujer gallarda.

REY. ¿Gallarda aquí?

CELIO. Sí; por Dios!  
Pero si hiela o si abraza  
no lo habéis vos de juzgar,  
que al huésped noble que pasa  
no le está bien preguntar  
por las mujeres de casa.

REY. Ahora bien, yo voy allá,  
aunque esperándome está  
alguna gente en el monte.

CELIO. Ya en el último horizonte  
el sol a la mar se va.  
Mejor es que descanséis  
y nuestra casa veáis,  
que aun en plata cenaréis,  
no toda, si acá pensáis  
que es de la que allá tenéis.  
Barro os traerán una vez  
y otra vez de plata un jarro,  
y cosas de este jaez,  
que anda la plata y el barro

como piezas de ajedrez.  
También sabréis que mañana  
hay una fiesta villana  
que pareceros podría  
mejor que la cortesana  
en vuestra casa y la mía.  
Ea, pues, venid tras mí,  
veréis encerrar diez toros.

REY. Ya voy tras vos.

CELIO. Eso sí,  
que los seguros tesoros  
no están allá, sino aquí.

REY. Bien lo ha mostrado el efeto.  
Digo que envidioso estoy.

CELIO. Que lo estaréis os prometo.

REY. Pagado en extremo voy  
de labrador tan discreto.

(*Vanse, y sale FABIO, INARDA, LAURETA, villanos.*)

INARDA. Prevenida está la cena.

FABIO. Admirome de que tarda;  
mas con tu cuidado, Inarda,  
¿qué puede causarme pena?

INARDA. Como ha de venir cansado,  
he doblado la ración.

FABIO. Justas prevenciones son  
de amor tan bien empleado.

INARDA. ¡Qué muerto, Fabio, que andas  
por encajar tus celillos!

FABIO. Tenellos y no decillos  
es ley de amor, si tú mandas,  
y decillos sin tenellos  
corre por lisonja ya.

INARDA. Celio a ti no te los da.

FABIO. Como lo dijera ellos.  
Si mis palabras te suenan  
a celos, eso serán.

(*Sale TOMÉ y los VILLANOS músicos.*)

TOMÉ. A la fe, juntos están.

SILVERIO. Laureta, ¿cómo no cenan?

LAURETA. No ha venido Celio.

SILVERIO. ¿No?

LAURETA. Fabio esperándole está.

INARDA. La música viene ya.

FABIO. ¿Y quién lo ha ordenado?

SILVERIO. Yo.

FABIO. ¿Quién duda que cansaréis  
esta noche todo el monte?

TOMÉ. Sobre ese repecho ponte,  
veránsos cantar a seis.

FABIO. Tomé, ¿en saliendo veránsos?  
Lá música lo será.

TOMÉ. ¿Qué quieres? Yo voy allá.

INARDA. Si tú vas, alegraránsos.

TOMÉ. ¡Asnos, y dalle a la fe!  
Pues en verdad que os casamos  
y hay almagre y lindos ramos.

INARDA. ¿Con quién?

TOMÉ. Allá lo diré.

INARDA. ¿Luego tales mozas casas?

TOMÉ. Todo está por pluma y tinta,  
y Tirse los ramos pinta  
a las puertas de las casas.  
Hay romances de arroyuelos,  
esmeraldas, perlas, flores,  
y lloran ríos, pastores,  
más de hambre que de celos.  
No hay mozo estos alcaceres  
que no haya poetizado.

INARDA. Dame después un traslado.

TOMÉ. Escucha aparte.

INARDA. Y ¿qué tal es?

TOMÉ. Fabio te ha escrito una letra  
muy secreto.

INARDA. Y ¿qué tal es?

TOMÉ. Muy mala y larga de pies.

INARDA. Pues él piensa que penetra  
por la esfera de cristal.

TOMÉ. Puede ser que esté muy bien;  
mas soy poeta también  
y es fuerza que diga mal.

INARDA. ¿Tú poeta?

TOMÉ. Adocenado,  
de estos que por gruesas van.

(*Sale el REY y CELIO.*)

CELIO. Aquí, caballero, están.

FABIO. ¡Oh, hermano, bien seas llegado!

CELIO. Saludad un huésped noble  
que honra esta noche esta casa.

FABIO. La fiesta a ser doble pasa,  
porque con él será al doble.—  
Seáis, señor, bien venido  
a esta pobre casería.

REY. Rica de tanta alegría,  
podrá poner en olvido  
las casas de Crespo y Midas.

FABIO. Que ella lo quisiera ser  
para serviros y hacer  
paredes de oro vestidas,  
no lo dudéis.

REY. No lo dudo.—

Señoras damas, perdón,  
que el huésped, y con razón,  
me manda miraros mudo.

INARDA. Un día que un cortesano  
de milagro llega aquí,  
no es justo que venga así,  
que será precepto en vano;  
que en verdad que hemos de hablar  
hasta reventar con vos.

REY. Haréisme merced ¡por Dios!,  
que deseo transformar  
un ciudadano deseo  
en un gusto labrador.

CELIO. Para que dure mejor  
la conversación que veo,  
cene el huésped, que después  
podréis hablar sobre apuesta  
y verá a placer la fiesta.

FABIO. Bien dice.

INARDA. Lo mejor es.

FABIO. Inarda, ¿está prevenido?

INARDA. Para los dos, y no más.

FABIO. Algún postre nos darás  
de tu mano.

REY. Sólo os pido  
que me tratéis con llaneza.

FABIO. En la mesa lo veréis,  
que en un monte no hallaréis  
sino aspereza y pobreza.—  
(Prevenid cama famosa,  
así Dios os haga bien,  
que parece hombre de bien.

CELIO. Sangre tiene generosa,  
que es de la casa del Rey.)

FABIO. Los músicos entren. ¿Hola?

(Quédanse INARDA y LAURETA.)

INARDA. No será la fiesta sola.

LAURETA. Quebrarse tiene la ley  
del estilo labrador  
en habiendo cortesanos.

INARDA. Muertos estos dos hermanos  
por vivir a lo señor,  
yo te aseguro que están  
más anchos con el hidalgo,  
pensando que adquieren algo,  
porque su mesa le dan,  
de aquello que es señoría  
y silla vuelta al dosel;  
que si estuviesen en él,  
imágenes todo el día.

LAURETA. Ea, que bien te parece

el traje, el habla y la gala.

INARDA. Alguna cosa que es mala  
por novedad se apetece.  
Cuando veo un infanzón  
con su calcita y cadena,  
y los bigotes en pena,  
más torcidos que un cordón;  
lleno de vocablos nuevos  
despejar aquí y allí,

enamorado de sí  
y pisando sobre huevos,  
tórnome a ver mi sayal  
y a un Celio que, a lo villano,  
tiene un pecho cortesano,  
limpio, honesto y liberal.

LAURETA. Ya esperaba que parases  
en Celio.

(Sale TOMÉ.)

INARDA. ¿Qué hay, buen Tomé?  
¿Cenan bien?

TOMÉ. Bien, a la fe;  
y espántome que no entrases  
a ver siquiera cenar  
este ilustre caballero.

INARDA. Tendrá muy bajo el sombrero  
para más grave mirar.  
El pan en la servilleta,  
el cuchillo sobre el plato,  
la punta con gran recato  
que un átomo no se meta  
de la margen del trincheo.  
En la vianda hará pausas  
si dan las preguntas causas,  
respondiendo de rodeo,  
y, sacando entre dos aires,  
dirá muy falso y pagado  
lisonjas a lo criado  
y a lo príncipe donaires.  
Limpiarás muy aprisa  
la boca, y para tapalla  
levantará la toalla  
disimulando la risa.

Dirá que la nieve es fuego  
y que si hay tazas penadas.  
TOMÉ. Cosas tan bien retratadas  
que las escribas te ruego.  
Pero advierte que te pide  
Celio que en estos trincheos  
me des...

INARDA. ¿Qué pide, deseos?

TOMÉ. No hayas miedo que me olvide



de esa palabra jamás;  
 porque postres me pidió,  
 y otra cosa no sé yo  
 que se le parezca más;  
 que si es lo mismo que fines,  
 eso es postres que deseos.

INARDA. Él merece otros empleos.  
 Tomé, sirve y no adivines.  
 Esta llave te dará  
 caja, alcorzas y bocados.

TOMÉ. ¿Fíasla?

INARDA. De los honrados.  
 Cierra, y vuelve luego acá.

(Vase TOMÉ.)

LAURETA. Que se la dices me pesa.

INARDA. ¿Es goloso?

LAURETA. ¿No podría?

INARDA. Escucha ¡por vida mía!,  
 que están cantando a la mesa.  
 (Cantan dentro.)

“Por las sierras de Altamira  
 huyendo va el rey Marsilio  
 un domingo de mañana,  
 si entre moros hay domingos.  
 Siguiéndole va don Sancho  
 en un caballo morcillo,  
 que a quien hizo este romance  
 lo dijo el caballo mismo.”

INARDA. Ahora, Laura, se ríe  
 el cortesano muy tibio.

LAURETA. Estos romances, señora,  
 nacen al sembrar los trigos.  
 (Vuelven a cantar.)

“Llamaba el moro a Mahoma,  
 pero no le daba oídos,  
 que estaba haciendo buñuelos  
 con tres o cuatro moriscos.”  
 (Dan voces dentro.)

¡Linda suerte! ¡Dios te valga!  
 ¡Huye, hombre!

INARDA. Ya han venido  
 con los novillos los mozos.

LAURETA. ¡Brava grita!

INARDA. Todo es silbos.

LAURETA. La mesa deja el hidalgo.

INARDA. Con este alegre ruido  
 todo el mundo se alborota,  
 desde la monja al novicio.  
 (Sale FABIO, CELIO y el REY.)

REY. Yo perdono lo demás.

FABIO. ¿Para qué los han traído  
 hasta que hubieran cenado?

CELIO. La culpa ha tenido Tirso.  
 (Digan dentro.)  
 ¡Guarda al toro! ¡Guarda al toro!

(Salga TOMÉ con dos platos, y tropiece y los eche  
 a rodar.)

TOMÉ. El diablo es este novillo.

FABIO. Tente. ¿Sabes dónde vas?

TOMÉ. Bien lo sé, pues he caído.

FABIO. ¿Dónde?

TOMÉ. Aquí, donde caí.

CELIO. ¿Aquí turbado y perdido  
 y los toros en la plaza?

TOMÉ. Casi en sus cuernos me he visto;  
 porque, en saliendo al balcón,  
 apenas al hosco miro,  
 cuando de un brinco que dió  
 me zumba por los oídos.

INARDA. ¡Lindo miedo!

REY. El brinco alabo.

TOMÉ. Pues ¿qué pensó que era el brinco?  
 ¿De estos de diamantes y oro?

CELIO. Pues ¿por qué los han traído  
 con tanta prisa, Tomé?

TOMÉ. Porque al pasar de ese río  
 unos negros cazadores  
 que acudieron a los gritos,  
 los han seguido y picado,  
 y, sin poder resistillos,  
 los rejonean y acosan;  
 pero el gacho y el hosquillo  
 han hecho tal riza entre ellos,  
 que por el olor me han dicho  
 que algunos calzones verdes  
 se les han vuelto amarillos.

CELIO. Haré que los prendan luego.  
 (Salen seis CAZADORES bien puestos.)

REY. ¿Podréis vos?

CELIO. En estos riscos  
 tengo yo jurisdicción,  
 mis leyes, horca y cuchillo.

CAZADOR. Decid que a cenar nos den,  
 o poned fuego a esos pinos.

FABIO. Con menos bríos, soldados.

CELIO. Soldados, con menos bríos.  
 Basta, aunque seáis del Rey,  
 que hayáis los toros corrido,  
 sin poner fuego a las casas.

REY. ¿Hola?

SEGUNDO. Rey y señor mío.  
 TERCERO. ¿Aquí estaba vuestra alteza?  
 REY. Aquí estoy.  
 CELIO. (¡Yo soy perdido!  
 ¿Este es el Rey?  
 FABIO. ¿No lo ves?)  
 CELIO. Señor, esos pies pedimos  
 mi hermano y yo y mi familia.  
 FABIO. Señor, a haberlo sabido,  
 ¿qué sabido! sospechado,  
 nadie se hubiera atrevido  
 a ponerse al lado vuestro.  
 REY. De ningún modo me sirvo  
 con tanto gusto en mi casa;  
 y por que veáis que digo  
 lo que siento y que el ingenio  
 y valor de Celio estimo,  
 le he de llevar a la corte  
 y allá tenerle conmigo;  
 que en lo que he hablado con él  
 méritos he conocido  
 para que reyes le tengan  
 por consejero y amigo.  
 CELIO. Bésoos mil veces los pies.  
 FABIO. (¿Celio?  
 CELIO. ¿Fabio?  
 FABIO. Escucha. Digo  
 que te acuerdes que Filardo,  
 nuestro padre, ayer nos dijo  
 que procuremos vivir  
 sin salir de nuestro nido  
 y conservar llanamente  
 el estado en que nacimos.  
 Guárdate, Celio, y advierte,  
 sin pensar que yo te envidio,  
 que profetizan los padres.  
 ¿Qué te falta en este sitio?  
 Para habitación, ciudad;  
 para huerta, paraíso,  
 donde eres señor de todos  
 y ellos y yo te servimos.  
 ¿Qué sabes tú de las cortes,  
 donde es verdad que los grillos  
 son de oro; pero, en fin,  
 aprisionan los sentidos?  
 Goza de tu libertad.  
 Si hubieras, Fabio, leído  
 historias de tantos hombres  
 humildemente nacidos  
 que llegaron a ser reyes,  
 pontífices y arzobispos  
 por dejar sus pobres patrias,

y en hombros de reales pinos  
 como hiedras levantaron  
 los pimpollos de sus hijos,  
 no me impedirías el bien  
 que la suerte me ha traído  
 hasta el umbral de mi casa  
 sin ruegos y sacrificios.  
 Sin rey ninguno medró.  
 Tan bestias como al principio  
 del mundo fueran los hombres  
 a no haber armas y libros,  
 y naves que al arrogante  
 mar hiciesen dar bramidos.  
 FABIO. Vete con Dios, que algún día...  
 CELIO. No prosigas.  
 FABIO. No prosigo.)  
 CELIO. Señor, aquí me tenéis  
 humilde a vuestro servicio.  
 LAURETA. (¿No escuchas cómo se lleva  
 el Rey a Celio?  
 INARDA. He tenido  
 por sueño lo que aquí pasa;  
 pero esta noche me obligo,  
 con dos lágrimas, hacerle  
 desdecir de lo que ha dicho.)

(Sale SILVERIO.)

SILVERIO. ¿Qué hacéis aquí de esta suerte,  
 señores, que el regocijo  
 mayor dejáis de gozar  
 que se ha visto ni se ha oído?  
 Al novillejo bragado  
 tiró un reguilero Timbrio,  
 y con el dolor de verse  
 las plumas en los hocicos  
 y en las ternillas el hierro,  
 corrió tras él, y de un brinco  
 se ha entrado por la bodega,  
 donde, por trepar a asirlo,  
 ha reventado una cuba;  
 y por remediar el vino  
 han entrado dentro Bras,  
 Pascual, Giraldo, Jacinto,  
 Riselo y otros, y todos,  
 entre el vino y el novillo,  
 hacen mil graciosas suertes.  
 REY. A la fiesta me convido.  
 Hoy quiero ser labrador.  
 INARDA. En fin, ¿te vas, Celio mío?  
 CELIO. Yo no lo sé, bella Inarda.  
 Si me voy, tú irás conmigo.

## ACTO SEGUNDO

(Salen LAURETA y INARDA.)

LAURETA. Ten sosiego.

INARDA. No es posible,  
que es el dolor insufrible  
de una ausencia irreparable.LAURETA. No hay mal de amor tan notable  
que tenga el fin imposible.INARDA. Pues a un Celio labrador  
cerca del Rey cortesano,  
que tuve y que tengo amor,  
¿podré volver a villano  
ya transformado en señor?  
La mudanza del vestido,  
que al estilo corresponde  
adonde el Rey le ha subido,  
¿volverá algún tiempo adonde  
fué tan vilmente nacido?  
¡Ay, Laureta! ¿No es mejor  
ponerme en desconfianza  
que acrecentar mi dolor?  
¿No sabes que es la esperanza  
la que sustenta al amor?  
Mejor es desconfiarme  
de que no he de verle más,  
si pretende remediarme.LAURETA. ¿Luego a la corte no irás  
a verle?

INARDA. A verle y matarme.

LAURETA. Vamos, señora, a León,  
que no faltará ocasión  
de comprar y de vender.INARDA. Iré a comprar mi placer  
y vender mi corazón.

(Sale FABIO.)

FABIO. Ociosa de tus amores,  
lejos de tus pensamientos,  
dando perlas a las flores,  
esperanzas a los vientos  
y venganza a mis dolores,  
Inarda bella, te veo.  
¿Cómo te va de deseo  
de aquel nuevo cortesano?  
¿Hay cortesía a lo llano,  
o mercedes de rodeo?  
¿Qué te dice en esta ausencia?  
¿Acuérdase ya de ti?  
¿Mírate con diferencia?INARDA. Que te vengases de mí  
me ha quitado la paciencia.FABIO. Engañaste, y es rigor  
juzgarme tan labrador,  
que, en pudiéndose vengar,  
no vengarse y perdonar  
es condición de señor.  
Que me he holgado no te niego  
que Celio se haya partido,  
por ver si hallase mi ruego  
para tu memoria olvido  
y para mi amor sosiego.  
Que siendo imposible ya  
volverle a ver en tu aldea,  
posible, Inarda, será  
que menos tu desdén sea.  
Si desengañado está  
un bien puedes desealle,  
mientras que piensas gozalle  
y está en potencia el deseo.  
Pero, perdido, yo creo  
que es el remedio olvidalle.  
Olvida, Inarda, así vivas  
imágenes fugitivas  
del entendimiento ya,  
que luego el amor hará  
que en tu memoria me escribas.  
Celio a las cortes se atreve;  
ya toda su hacienda es mía,  
y toda a ti se te debe,  
hasta aquella sierra fría  
donde eres alma de nieve.  
Aquí tendrás el enero  
ardiendo en conversación  
cada noche un pino entero,  
y en el esparto el melón  
hasta los fines de hebrero;  
comerás por marzo olivas,  
frescos quesos en abril,  
en mayo las primitivas  
frutas que al junio gentil  
ciñen las sienes estivas;  
en el julio sazonado  
esos blancos pies pondrás,  
Inarda, al trillo empedrado,  
y a Venus parecerás  
llevando mi amor al lado;  
agosto te dará trojes  
y nogales que despojes,  
y avellanas al septiembre,  
uvas octubre, y noviembre  
cubas en que el vino alojes;  
ya, por el diciembre cano,  
secas frutas, dulces vinos,



y aquel día soberano  
que los ángeles divinos  
celebran a Dios humano,  
de todo aquel horizonte  
a su aguinaldo disparte,  
cabritos, corderos, bueyes;  
y la noche de los Reyes  
te haré reina deste monte.  
¿Qué dices?

INARDA.

Que en cortesía,  
Fabio, te quise escuchar,  
y que la desdicha mía  
no me da tanto lugar  
como a tu amor se debía.  
Yo soy agora ocupada.  
Después te responderé.

FABIO.

Amas, y estás disculpada.

LAURETA.

¿Dónde vas?

INARDA.

¿Adónde iré,  
que tengo el alma engañada?

(Vase. Queda FABIO.)

FABIO.

De la prisión del Etna se desata  
hinchado Bóreas; Euro, Noto y Coro  
desnudan la sabina; el verde loro,  
al limbo el sol, la tierra al mar retrata.

La nieve por los campos se dilata,  
que el año labrador llama tesoro,  
y las eras que vieron parvas de oro  
se quejan de sufrir montes de plata.

Perdióse el color verde; el conejuelo  
cristales lame en vez de hierba, y muerde  
el venado carámbanos de hielo.

Todo se trueca, se deshace y pierde;  
está la tierra blanca y pardo el cielo,  
y sola mi esperanza se está verde.

(Sale TOMÉ en hábito de lacayo.)

TOMÉ.

Basta; que en aquesta casa  
no hay quien conozca a Tomé.

FABIO.

¿Eres Tomé?

TOMÉ.

Sí, a la fe.

FABIO.

Quien de extremo a extremo pasa  
no se espante de no ser  
en su casa conocido.

TOMÉ.

Pues ¿mudé el ser?

FABIO.

El vestido  
te pudo desconocer.  
¿Cómo estás? ¿Cómo te va?  
¿Qué hay de Celio? ¿Es buena vida  
la de la Corte?

TOMÉ.

Escogida.

FABIO.

¿Está bueno?

TOMÉ.

Bueno está.

FABIO.

¿Anda a caballo?

TOMÉ.

¡Pues no;

es la privanza del Rey!

FABIO.

¡No fuera mal tras el buey  
por el campo en que nació!

TOMÉ.

Quiérole de tal manera  
Ramiro, rey de León,  
que, cerca de su afición,  
es la persona primera.  
Las galas de su persona,  
las libreas de sus pajes,  
los cintillos, los plumajes  
en que el aire se aprisiona,  
la casa y tapicería,  
las camas, la rica mesa...  
—de que lo diga me pesa  
la tosca ignorancia mía—  
no se negocia sin él:  
él es la puerta de todo.

FABIO.

¿Que se ha hecho dese modo?

TOMÉ.

Todo se rige por él.

Pero a fe que lo merece  
su entendimiento y valor,  
y el ver el modo señor  
con que a todos favorece.

Todos le echan bendiciones;  
a todos hace mil bienes.

FABIO.

Al bien y al mal libre tienes,  
Fortuna, las ocasiones.

Pero di, Tomé querido:

¿a qué hora come y duerme?

TOMÉ.

Eso es lástima, y ponerme  
en borrar lo referido.

El con el alba se acuesta

y con el sol se levanta;

que el sueño apenas quebranta  
cuando a levantar se apresta.

El come entre cinco y seis,  
y cena, si le importunan,  
cuando otros se desayunan.

FABIO.

¡Muy linda vida tenéis!

¿Vais a fiestas?

TOMÉ.

No hay lugar

para cortar una flor  
a un jardín.

FABIO.

Frío y calor

¿cómo se suele pasar?

TOMÉ.

Pásale el calor y el frío.

escribiendo y negociando,  
 y a mil necios escuchando.  
 FABIO. ¡Oh, santo descanso el mío!  
 TOMÉ. Y si no van despachados  
 y a su gusto, las orejas  
 cubren los Cielos de quejas.  
 FABIO. ¡Oh, bien hayan estos prados!  
 TOMÉ. Pues ¿qué diré de envidiosos,  
 que, con lenguas de serpientes,  
 son lisonjeros presentes,  
 y ausentes son venenosos?  
 Ello, en efeto, fatiga;  
 pues mientras más bien hacemos,  
 más enemigos tenemos.  
 FABIO. ¡Ay, fuentes; Dios os bendiga!  
 TOMÉ. Apenas ha dado un bien  
 al que otro mayor aguarda,  
 cuando se queja.  
 FABIO. ¡Ay, Inarda;  
 más quiero yo tu desdén!  
 TOMÉ. Si agrada a unos, a otros  
 desagrada.  
 FABIO. ¿Que, en efeto,  
 le murmuran?  
 TOMÉ. De secreto.  
 FABIO. ¡Montes, tenedme en vosotros!  
 Si no duerme trabajando,  
 y si no come escribiendo,  
 y si a tantos bien haciendo  
 todos le están murmurando;  
 si no puede levantarse  
 a las nueve, por lo menos,  
 gozar los días serenos,  
 y entre diez y once acostarse;  
 si no puede una semana  
 estar sin oír y ver  
 un pretensor bachiller  
 con su retórica vana;  
 si no puede, sin testigo,  
 entretenerse y reírse;  
 si no puede divertirse  
 con un libro o un amigo;  
 si ningún descanso toma,  
 y si a eso a la Corte fué,  
 dile a mi hermano, Tomé,  
 que *con su pan se lo coma*.  
 Más precio, después del sol,  
 salir a ver estos prados,  
 ya verdes y ya dorados,  
 a manchas de su arrebol;  
 más precio ver retozando  
 el bien harto corderillo

de la leche y del tomillo,  
 y a su pastor aserrando  
 las tres cuerdas de un rabel,  
 o ver cómo mis vaqueros  
 hierran sus novillos fieros  
 detrás de un olmo o laurel;  
 más precio sobre esta alfombra  
 de narcisos y claveles  
 tender rústicos manteles  
 de ese peñasco a la sombra;  
 más precio tirar a un gamo,  
 a una liebre o a un conejo,  
 y echar al galgo el pellejo  
 cuando le espeto en un ramo;  
 más precio unas fiestas, digo,  
 el baile de mis zagalas,  
 que con sayuelos y galas  
 son amapolas en trigo;  
 y más precio en el verano  
 dormir sobre el heno tierno,  
 y a la lumbre en el invierno  
 oír un cuento villano,  
 que cuantas grandezas tiene;  
 que si es la vida tan corta,  
 pasalla en descanso importa,  
 mientras que la muerte viene.  
 Que al fin del año el señor  
 y el labrador han comido,  
 y por ventura dormido  
 con más gusto el labrador.  
 TOMÉ. ¡Ah, Fabio! ¡Gran cosa es  
 el mandar y el gobernar!  
 FABIO. No te quiero replicar;  
 dígalo el tiempo después.  
 Ven, por que Inarda te vea.  
 TOMÉ. ¿Celoso estás?  
 FABIO. No, por Dios.  
 Montes, el que vive en vos  
 ¿qué más descanso desea?

(*Vanse. Sale LAURETA y INARDA.*)

LAURETA. ¿Temor tienes?  
 INARDA. ¿No es razón  
 que una humilde labradora  
 éntre por Palacio ahora  
 con temor y confusión?  
 ¿Con los pies de pisar cardos  
 quieres que mármoles pise?  
 Volverme, en viéndolos, quise,  
 Laura, a mis sayales pardos.  
 ¡Mira qué hermosas columnas,  
 algunas con chapiteles

de oro y hojas de laureles  
y de un rico jaspe algunas!

¡Mira en estas escaleras  
qué labrados artesones,  
y cubrir estos balcones  
cristalinas vidrieras!

¡Mira qué de varia gente  
entra y sale a negociar!

LAURETA. ¡Qué debe, Inarda, de entrar  
de ambicioso pretendiente!

¡Qué de arbitrios y quimeras!  
¡Qué de pleitos mal fundados!

INARDA. ¡Bien haya, Laura, los prados  
y aquellas solas riberas;  
cuando mucho, un ruiseñor,  
divinamente cantando,  
estará el Cielo informando  
de los pleitos de su amor;  
cuando mucho, un verde pino  
será columna por quien,  
a pesar de su desdén,  
halle una piedra camino!  
¿Qué hará Celio en la grandeza  
destas cosas?

LAURETA. Olvidar  
su monte, casa y lugar  
y su primera bajeza.  
Pero escucha, por tu vida.  
¿No es éste?

INARDA. Parece a él.  
¡Que esto pueda el traje en-él!  
¡Naturaleza se olvida!

(Sale CELIO muy galán de caballero, algunas perso-  
nas dándole memoriales.)

SOLDADO 1.º

Éste has de ver con tus piadosos ojos.

SOLDADO 2.º

En éste advertirás tantos servicios.  
que te fuercen a hablar al Rey sobre ello.

SOLDADO 3.º

No quiero yo favor para contigo  
como tu mismo claro entendimiento.

SOLDADO 4.º

Más que este memorial tiene renglones  
moros me han dado en este pecho heridas.

CELIO.

Yo los veré, soldados, muy despacio,  
y a su alteza hablaré, sin que me canse

de pedirle una vez y muchas veces  
la remuneración de estos servicios.

SOLDADO 1.º

¿Qué os parece de Celio?

SOLDADO 2.º

Que es tan llano,  
comedido y de grande entendimiento,  
que ya, sin ir pagado, voy contento.

(Vanse los SOLDADOS.)

INARDA. ¿Has visto cuántos soldados  
le hablan y dan papeles?

LAURETA. Háblale y no te desveles  
en pensamientos pasados.

INARDA. ¿Entre tantos memoriales  
podrá una mujer que aguarda  
hallar memoria?

CELIO. ¿Es Inarda?

INARDA. ¡Con lindos descuidos sales!  
Vuelve bien el rostro acá;  
no te esperes, Celio, así,  
que la misma soy que fui  
y cómo me hablaste allá.  
¡Válate Dios y qué grave!  
Los ojos no se te ven;  
levanta el sombrero bien.  
¿Tienes la vista con llave?  
Haz cuenta que soy soldado  
y que pretendo contigo  
guerra. Es Amor tu enemigo,  
y yo quien ha peleado.  
Heridas tengo de ti.  
¿Qué premio me das?

CELIO. Si fueras,

Inarda, la que debieras,  
no hubieras entrado aquí.  
No son aquestos los tiempos  
en que allá por verdes prados  
pastamos blancos ganados  
con bailes y pasatiempos.  
No es el tiempo en que solias,  
al espejo de una fuente,  
dar al aire libremente  
tu cabello algunos días.  
Y yo, que detrás estaba  
de algún saúco o verde oliva,  
a hurtar por reliquia iba  
lo que al peine le sobraba.  
Como los tiempos se mudan  
se han de mudar las acciones;



no igualan las ocasiones,  
sino solamente ayudan.  
Ayudaré donde estoy,  
pero no me igualaré.  
Vete con Dios.

INARDA. Yo me iré  
si tanto enfado te doy;  
y tú aquí me ayudarás,  
que desde hoy pretender quiero  
algún gobierno.

CELIO. Eso espero.

INARDA. ¡Jesús, qué endiosado estás!  
Que es verte hablar con helada  
voz, que a lo débil desmedra,  
por boca de azúcar piedra,  
palabras de agua rosada.  
Tan presto de los terrones  
pasaste a la adoración.  
¡Extraña transformación!  
CELIO. ¿Cómo, Inarda, aquí te pones  
a gracejar con criados  
de su alteza?

INARDA. Celio, no,  
que cuando gracejo yo  
es a criados en prados.  
Así Dios me dé ventura;  
que me enfadas de manera,  
que no pienso en la ribera  
de tu sombra estar segura.  
Pedazos tengo de hacer  
mi propia imaginación.  
¡Qué graciosa elevación!  
Arrobos deben de ser.—  
Ven, Laureta; por aquí  
dará el aire a este señor.

LAURETA. ¿Que aquí esté fué labrador?

INARDA. Oye, amigo, vuelva en sí,  
y con hierbas de San Juan  
acuéstese perfumado,  
que le habremos aorado  
por lo lindo y lo galán.—  
¡Perdida voy!

LAURETA. Disimula.

INARDA. ¡Quién se vengará!

(Vanse las dos.)

CELIO. ¡Qué mal  
habla a la seda el sayal!  
¡Qué mal un villano adula!  
No me pueden ofender  
estos necios labradores  
más que en venir de colores

y quererme hablar y ver.  
En el campo, como allá,  
que aquí no es bien que me afrenten  
ni que dar ayuda intenten  
a las envidias de acá.

(Sale el REY.)

REY. ¿Celio?

CELIO. ¿Señor?

REY. ¿Qué haces?

CELIO. Vengo

cargado de memoriales  
de soldados principales,  
cuyas protecciones tengo.

REY. Hoy quiero hacerte un favor.

CELIO. ¿Cuándo no lo estoy de ti?

REY. ¿Has querido?

CELIO. Señor, sí.

REY. Celio, yo muero de amor.

CELIO. Habrá poco que el sujeto  
que allá en mi aldea tenía  
a buscarme aquí venía.

REY. Y ¿qué te pasó, en efeto?

CELIO. Que como por ti olvidé  
la patria y naturaleza,  
de su rústica belleza  
también el alma aparté.

REY. Pues ¿eso estuvo en tu mano?

CELIO. El olvidar es querer.

REY. Hoy verás una mujer  
fin del pensamiento humano.  
Echaremos las cortinas  
a una carroza, y verás  
que no hay en la tierra más.  
Serán sus partes divinas.  
CELIO. Mientras firmo unos papeles  
REY. haz que la pongan.

CELIO. Yo iré.

(Vase el REY y sale TOMÉ.)

TOMÉ. Acá me he entrado.

CELIO. ¿Tomé?

TOMÉ. Si tanto esconderte sueles,  
no te espantes que me atreva.

CELIO. ¿Qué hay de Fabio?

TOMÉ. Hase burlado  
de tu vida y tu recado  
como de cosa tan nueva.

CELIO. Villano, en fin, aunque hermano,  
de poco talento y honra.

TOMÉ. Sospecho que se deshonorra  
de que seas cortesano.

CELIO. Si le vieras con la risa  
que tus galas celebró,  
y lo que el campo alabó  
y los céspedes que pisa,  
sospecho que te correrías.  
Si él supiera las historias  
que nos dejaron memorias  
tan altas y verdaderas  
de los hombres que han subido  
desde las cabras y bueyes  
a ser príncipes y reyes,  
poco se hubiera reído.  
Mauricio, esclavo ordinario,  
fué emperador del Oriente;  
nacido de oscura gente,  
siete veces cónsul Mario;  
Narses, de cartero a Cónsul  
subió con muchos vasallos,  
y de mozo de caballos  
llegó Ventidio a procónsul.  
De Galerio y Tolomeo  
fueron los padres pastores;  
los de Proto, agricultores,  
y pobres los de Perseo;  
pero es proceso infinito.  
Dile a Fabio que me vea,  
aunque ya sé que en su aldea  
tiene las ollas de Egipto.  
Dile que le quiero hablar.  
TOMÉ. Pienso que no ha de venir.  
CELIO. Sí hará, y puédesle decir  
que tengo aquí que le dar.  
TOMÉ. Por interés vendrá menos.  
CELIO. Pues alzarse de la tierra  
ánimo y valor encierra  
en los hijos de los buenos.  
Quédese para villano  
si tanto el verme le enfada  
que ponga pluma y espada  
y no al arado la mano.  
Que yo soy hijo, Tomé,  
de mis propios pensamientos;  
nací en mis altos intentos,  
y en mi valor me crié.  
TOMÉ. Fabio se contenta así.  
CELIO. Quien no sale de quien es,  
¿qué puede dejar después  
para memoria de sí?  
TOMÉ. Todas aquestas grandezas  
juzga Fabio a desatinos,  
respeto de aquellos pinos.  
CELIO. ¿Esas tiene por riquezas?

TOMÉ. Alaba las claras fuentes;  
y tus entoldadas salas,  
mesas, camas, pajes, galas,  
memoriales, pretendientes,  
papeles que a cargo tomas  
y el reino a tus pies sujeto.  
dice...  
CELIO. ¿Qué dice, en efeto?  
TOMÉ. Que *con tu pan te lo comas*.  
CELIO. Pues dile que sus pradillos,  
ovejuelas, fuentecillas,  
villanejos, pastorcillas,  
cabras, puercos y novillos  
pues que pensamientos bajos  
no son para hombres de bien,  
que se los coma también  
con cebollas y con ajos;  
que con mi pan y mi polla,  
o mi perdiz regalada,  
comeré en plata dorada  
lo que él con pan y cebolla;  
y que, al fin, no me dirán,  
cuando canten "el villano",  
que me dan, como a mi hermano,  
"la cebolla con el pan".

(Sale DON NUÑO y DOÑA ELVIRA.)

NUÑO.

Este lugar le ha dado el Rey.

ELVIRA.

Don Nuño,

espántome que Celio lo merezca  
si ayer guardaba cabras en un monte;  
pero en las voluntades de los reyes  
a la disposición del Cielo mira.

NUÑO.

Con el Cielo tuvieron valor siempre  
méritos y servicios de los hombres.

ELVIRA.

Hablo, Nuño, de solas influencias,  
donde se engendra el rayo y viene a tierra  
por donde más la nube se enrarece,  
sin respetar palacios ni pirámides.  
Las figuras celestes nos imprimen  
las calidades por primeras causas;  
levanta los vapores el sol claro;  
de unos se engendra fuego y de otros hielo,  
y en esto son los reyes como el Cielo.  
Tal vez un monte cubre de mil flores,  
y roba a un verde llano las colores.

Crían los altos príncipes los hombres  
como a las plantas débiles la tierra,  
con grandes hojas y terribles frutos,  
para que duren solamente un año,  
y tarda ciento en una verde palma.

NUÑO.

Con tu discurso se consuela el alma.  
Quisiérale escribir con letras de oro;  
pero si me ha quitado mi tesoro,  
¿cómo puedo dejar de tener queja?  
Ya mis servicios y nobleza deja,  
sin ver, Elvira, el bien que en ti me quita,  
y quiere bien un labrador, un monstro,  
que ayer bañó en sudor, cavando, el rostro.

(Sale SANCHE, lacayo.)

SANCHE.

Desdicha tengo en esperarte.

NUÑO.

¿Cómo?

¿Viene, por dicha, el Rey?

SANCHE.

Apenas queda  
ocupando los poyos de la puerta,  
cuando conozco una carroza, echadas  
las dos cubiertas a los dos estribos.  
Llegó, paró, quitaron los botones  
y sale el Rey.

NUÑO.

Acorta de razones.

SANCHE.

Con Celio sale, y suben los dos.

ELVIRA.

Corre,  
y escóndete detrás de aquellos paños.

NUÑO.

¿Celio también aquí?

ELVIRA.

Pues ¿qué remedio?

NUÑO.

Él debe de ser sombra que me sigue.

ELVIRA.

Si el Rey te encuentra aquí, cuéntate muerto.

NUÑO.

Que lo debo de estar es lo más cierto.

(Sale el REY y CELIO.)

REY.

¿Con quién, hermosa Elvira, te entretienes?

ELVIRA.

Sola, señor, estaba; aunque segura  
de esta merced, acompañaba el alma  
de mil memorias tuyas.

REY.

¿Ha venido

Nuño por esta calle algunas veces?

ELVIRA.

Desde el día, señor, que le mandaste  
que no volviese aquí, no he visto a Nuño.

REY.

No suele Amor obedecer al dueño.

ELVIRA.

Quien sirve bien, quien ama lo que sirve,  
antes se precia más de la obediencia,  
porque de aquello sólo tiene gusto.

REY.

Bien puede ser que Nuño me obedezca;  
mas no me agrada a mí que le disculpes.

ELVIRA.

El decir la verdad, no es disculparle.  
¿Quién es este criado de buen talle  
que trae vuestra alteza siempre al lado,  
que nunca tanto en él he reparado?

REY.

Este es Celio, el mayor entendimiento  
que en estos tiempos ha formado el Cielo.  
Pudiera honrar como Catón a Roma,  
y como otro Demóstenes de Grecia.

ELVIRA.

Ya sé que vuestra alteza [le] ama y precia.

REY.

Y enseñar a los padres del Senado  
un arte nuevo de razón de Estado.  
Escucha, un hombre a quien estimo y quiero

ELVIRA.

En eso cifras cuanto Celio vale.

REY.

Téngole puesto en el lugar primero.  
Trata verdad, a mis intentos sale;  
gran bien al reino de su ingenio espero.



ELVIRA.

No habrá, si tú le abonas, quien le iguale.

REY.

Un Principe no puede por sí solo ser de la carga del Imperio el polo. Como el cielo se mueve en dos, conviene que tenga quien le ayude. Mas dejando partes de Celio, que conmigo viene, y en las que tiene tu belleza hablando, ¿qué es lo que agora, Elvira, te entretiene? Nunca me pides nada, imaginando que Amor es obras y que hacerlas puedo.

ELVIRA.

Si yo te tengo, a tu poder excedo.

REY.

Dices muy bien.

ELVIRA.

Por eso no te pido, que tú me has de pedir si yo te tengo.

REY.

¿Hay tal donaire?—Celio, ¿no has oído esta razón?

CELIO.

Muy bien.

REY.

Cuando yo vengo adonde tengo el alma y el sentido, ¿qué puedo dar?

CELIO.

En la razón detengo, todo mi ingenio es un profundo abismo.

REY.

Pedirla quiero que me dé a mí mismo. ¿No es muy perfeta en todo?

CELIO.

Ingenio y talle me parecen rarísimos.

REY.

¿Qué sientes?

CELIO.

Que cuanto pudo el Cielo quiso darme.

REY.

Celio, ¿no tiene partes excelentes?

CELIO.

(Pienso que al Rey le pesa de que calle;

seguir su gusto en todos accidentes es la ley del servir.) Señor, yo veo altamente empleado tu deseo.

Es esta dama aquella imagen bella que de cinco doncellas hizo el griego, de todas la mejor, poniendo en ella segunda causa del troyano fuego, cual suele, antes del sol, la blanca estrella, que pone las tinieblas en sosiego. Así parece en tu presencia agora, siendo yo el campo que corona y dora.

Vila y temblé; que a tal respeto mueve, que me dejó, mirándola, suspenso. No la enseñes a nadie, ni que apruebe su belleza le pidas con tal censo, que bien será, señor, de helada nieve el que no la tuviere amor inmenso. El alma lleva de la vista asida.

REY.

¿Que te has enamorado, por tu vida?

CELIO.

Sí, señor; que enamora esta señora las piedras como yo.

REY.

Pues ¡vive el Cielo! que he de ser Alejandro desde agora, y tú mi Apeles con el mismo cielo.

CELIO.

Decir, señor, que agrada y enamora por encarecimiento un monte, un hielo, no es decir que estoy muerto, que era justo hablar así por abonar tu gusto.

Yo estoy vivo, y tan lejos de tu ofensa como verás, pues con licencia suya me voy.

REY.

Yo te conozco, Celio. Piensa en que de hoy más esta mujer es tuya. Si calidad te falta, en recompensa te quiero dar...

CELIO.

Señor, no se concluya tan presto un pensamiento tan extraño. Mira que no la quiero, y que es engaño.

REY.

Celio, de hombre de bien me dices eso. Yo te vi sin color luego que entraste, y agora estás turbado.

CELIO.

Yo confieso  
que con lo que dijiste me turbaste.

REY.

Yo quiero hacer de Amor tan grande exceso.

CELIO.

¿Qué exceso, si en mirarme te engañaste?  
¿Vive Dios, gran señor, que no la quiero,  
y que tu amor me hace lisonjero!

No te quites el gusto que tenías  
para darle a quien no te lo agradece.

REY.

Aquí no valen ya filosofías.—

¿Elvira?

ELVIRA.

¿Gran señor?

REY.

¿Qué te parece  
de Celio?

ELVIRA.

Que es gallardo.

REY.

¿No tendrías  
por dichosa, pues ves lo que merece,  
la mujer que llegase a ser su esposa?

ELVIRA.

(Lisonjearle es acertada cosa.

Quiero decirle bien de lo que ama.)  
Señor, Celio es galán y gentil hombre,  
y a nopreciarme yo de ser tu dama,  
no hay que dudar, apeteciera el hombre.  
Es Celio como el nombre que se llama,  
porque el Cielo le ha dado hasta su nombre.  
Si visitares damas no le lleves,  
que podrá ser que a ser celoso pruebes.

REY.

Celio, Elvira, es hidalgo caballero  
de mi mano, y desde hoy es tu marido.  
Ser liberal y no celoso quiero.  
Tu mano para dársela te pido.—  
Desde hoy, Celio, serás mi tesorero.

CELIO.

(¡Cuánto de hablar estoy arrepentido!)

ELVIRA.

¿Marido me traías?

REY.

Daos las manos.

ELVIRA.

¿Hablas de veras?

REY.

Cumplimientos vanos.

¿Sabes quién te lo manda?

ELVIRA.

¡Fuerte cosa!

No creyera de ti...

REY.

Ya está acabado.—

Tú eres su esposo y ella es ya tu esposa.  
Ve a apercibir el coche.

CELIO.

(¡Voy casado!)

ELVIRA.

Mira, señor...

REY.

Adiós, Elvira hermosa.  
A la noche vendrá tu desposado  
por ti, que quiero que en palacio sean  
bodas y fiestas.

ELVIRA.

¡Harto bien se emplean!

(Vase el REY. Sale NUÑO.)

NUÑO.

¿Qué es esto?

ELVIRA.

¿No lo has visto?

NUÑO.

Bien lo he visto;

pero no lo he creído.

ELVIRA.

Yo tampoco.

¡Casóme el Rey con este su bienquisto!

NUÑO.

No trata más que de volverme loco.  
¿Cómo la furia y el dolor resisto?

ELVIRA.

¿Y yo no te parece que provoco  
las piedras a volverse lenguas vivas?

NUÑO.

Su muerte he de trazar.

ELVIRA.

En aire estribas.

Vete, Nuño, con Dios; que soy esposa  
del señor tesorero, de un villano,  
de un montañés, de un monstro.

NUÑO.

¡Extraña cosa!

No quiero consolarte.

ELVIRA.

Fuera en vano.

NUÑO.

Ya estás casada. Goza en paz dichosa  
un hombre tan dichoso que la mano  
de un Rey tiene en la suya, pues es tuya.

ELVIRA.

Primero seré muerta que ser suya.

(Vase NUÑO.)

Suben las aguas de las fuentes claras  
por la misma medida que decienden;  
si de los altos montes se desprenden,  
vuelve segunda vez a ver sus caras.

Por el conducto ocultamente avaras  
desde su origen los arroyos tienden;  
pero después en ancha copa extienden  
las puras linfas de sus venas raras.

Bajé de Nuño aprisa, y, como fuente,  
subí de un Rey hasta los cercos de oro,  
sirviéndole de perlas a su frente.

Mas díome a Celio; y, convertida en lloro,  
derramo el agua en el dolor presente.  
Huyó mi fin, y mi principio adoro.

(Vase. Sale FABIO y BELARDO.)

FABIO. Aquí tiene su aposento.

BELARDO. ¡Bravas columnas y puertas!

¿Que en éstas vive tu hermano?

FABIO. Sí vive.

BELARDO. ¿En éstas?

FABIO. En éstas.

BELARDO. ¡Válame Dios!

FABIO. ¿Qué te admiras?

BELARDO. ¿Que un hombre enseñado, pueda  
a vivir techos pajizos  
mudar la naturaleza!

FABIO. ¿A ti más te agrada el campo  
y una cabaña cubierta  
de ciprés, pino y taray?

BELARDO. Fabio, yo vivo en aquéllas  
como el cortesano grave  
en esta pompa y riqueza.

FABIO. Llamemos.

BELARDO. Tú, como hermano,  
toca.

FABIO. Ya han abierto.

BELARDO. Llega.

(Sale un PORTERO.)

PORTERO. ¿Quién es?

FABIO. ¿Podremos hablar  
al señor Celio?

PORTERO. Están llenas  
estas cuadras de mil hombres  
que hablarle al salir esperan,  
¿y tenéis vos presunción  
de entrar donde sólo entran  
príncipes?

FABIO. Si erré, os suplico  
que perdonéis mi rudeza.  
Soy un villano, ya veis.

BELARDO. ¿Entróse?

FABIO. ¿No ves que cierra?

BELARDO. ¡Pardiez, Fabio, si te agrada,  
volvámonos a la aldea!

FABIO. No, Belardo, que en Palacio  
importa tener paciencia.

BELARDO. Otro criado ha salido.

(Sale PONCIANO, maestresala.)

FABIO. ¿Ah, caballero? Aunque sea  
atrevimiento, os suplico  
me digáis de qué manera  
podré hablar al señor Celio.

PONCIANO. Agora Celio despierta.  
Vestiráse muy despacio.

FABIO. Pues cuando otros duermen siesta  
¿de la cama se levanta?

PONCIANO. ¿Pensáis que es esta la sierra,  
adonde al alba salís  
de entre cuatro pardas peñas?  
Acá hacemos el día noche  
y noche el día.

FABIO. ¿Y concierta  
bien con la orden que Dios  
tiene en el gobierno puesta  
de la vida de los hombres?—  
Vamos, Belardo, y no creas  
que yo le despierte más.

BELARDO. Vámonos, Fabio, y no vuelvas;  
que a la fe que por los campos  
no pacen todas las bestias.

PONCIANO. Volved, volved, labradores,  
que en la cuadra de estas rejas  
quiero que esperéis un rato,



por vuestra pura inocencia.

Ea, arrimaos por aquí.

FABIO. Aunque es bien que os lo agradezca,  
más me quisiera volver.

BELARDO. De mala gana te quedas.

(Sale CELIO, con ropa de levantar, lavándose; un  
CRIADO con el cuello en una salva, sombrero y capa  
y espada en una fuente, y toalla, y CAMARERO.)

CELIO. Pienso que es tarde.

CAMARERO. No es mucho.

CELIO. ¿Serán las tres?

CAMARERO. Dos y media.

CELIO. Pienso que he dormido un poco.

FABIO. (¿Hay locura como aquésta?)

CAMARERO. Julio y Mendo están aquí.

CELIO. ¡Hola! Cantad una letra.—  
Y tú llégame ese espejo.

BELARDO. (¿Qué es aquello que le llegan?)

FABIO. El espejo, en que se pone  
aquella flamenca rueda  
con que es pavón del pescuezo.  
¿Ves toda aquesta grandeza  
de este que ayer fué mi hermano  
y ya se imagina estrella?  
Pues *con su pan se lo coma*.

BELARDO. Ya cantan.

FABIO. Cántenle endechas.)

MÚSICOS. "Pensativo está Rodrigo..."

CELIO. No me digáis lo que piensa.  
Cantadme una cosa alegre.

MÚSICOS. "Melisendra está en Sansueña..."

CELIO. ¿Qué os parece que me importa  
que esté agora Melisendra  
en Sansueña o en París?

MÚSICOS. "En un arroyo de perlas..."

CELIO. Como hay pastor que llorando  
con sus lágrimas le aumenta,  
de puro cristal las aguas  
y de esmeralda las hierbas.

MÚSICO. Señor, los términos son  
de la poesía nueva  
con que escribimos agora.

CELIO. Apartaos.—¿Qué gente es ésa?

PONCIANO. Unos labradores son.

FABIO. Tu hermano soy, que no acierta  
a hablarte ni aun a mirarte.  
Dos horas [ha] que me hubiera  
vuelto a mi casa cansado  
de porteros y de puertas,  
de guardas, de gentilhombres

y de otras impertinencias.

Mándame dar una silla.

CELIO. ¿Quién, sino tú, me pudiera  
hacer en esta ocasión,  
Fabio, tan notable afrenta?

¿Tú vienes a verme así?

¿No fuera bien que vinieras  
en traje de hermano mío?

FABIO. De esas locuras te deja.  
Manda traer una silla.

CELIO. Cuando el Rey me casa y premia  
con un oficio tan alto,  
¿tú vienes a que yo pierda  
lo que mi ingenio me ha dado?  
Di, si mi esposa te viera,  
¿en qué me tuviera?

FABIO. Acaba,  
Celio, no te desvanezcas.  
O me siento o me voy.

CELIO. Vete,  
que en mi casa no se sientan  
unos sayales tan bajos  
en respaldares de tela;  
no quiero que las ensucies.  
Vuélvete, necio, a tu sierra,  
y si hubieres de volver  
a mi desposorio, sea  
en hábito de hombre honrado.

(Vase CELIO, y los CRIADOS tras él.)

BELARDO. ¿Fuése?

FABIO. Abridle bien las puertas,  
que es gigante de arrogancia  
y no ha de caber por ellas.—  
¿Tomé? ¿Tomé?

TOMÉ. ¿Qué me mandas?

FABIO. ¿Qué boda y qué novia es ésta?

TOMÉ. No sé. Pienso que una dama  
que era del Rey.

FABIO. ¿Del Rey era?—  
Echa por aquí, Belardo.

BELARDO. ¿Dama del Rey? ¿Qué me cuentas?

FABIO. Vámos al campo a dar voces,  
que esto es bueno para piedras.

(Vanse, y sale INARDA y LAURETA.)

LAURETA. Justo fué tu desengaño.

INARDA. No más corte ni ciudad.

LAURETA. ¡Qué notable autoridad!

INARDA. Llévome, Laura, mi engaño.  
Pensé que Celio me hablara.

LAURETA. ¡Bonitos los hombres son!

En cesando la afición  
todo el buen respeto pára.  
INARDA. ¡ Bendígaos Dios, prados míos!  
En vosotros me crié,  
que no en la ciudad.

LAURETA. Yo sé  
que le ha de bajar los bríos  
el tiempo a Celio.

INARDA. Eso creo,  
que lo violento no dura.

LAURETA. Con la venganza segura  
puedes templar el deseo.

*(Salen la música y todos los PASTORES bailando.)*

“A los verdes prados  
baja la niña,  
riense las fuentes,  
las aves silban.  
A los prados verdes  
la niña baja,  
las fuentes se ríen,  
las aves cantan.”

SILVERIO. Tu ausencia, a la fe, señora,  
lloraban las verdes selvas.

FIDELIO. Muy en hora buena vuelvas  
a ser de estos campos Flora.

RISELO. ¿Cómo fué por la ciudad?  
¿Sobra allá tanta alegría?

INARDA. Noche me parece el día,  
confusión su variedad;  
esto es natural en mí.

Más precio veros cantando,  
las puras almas mostrando,  
que cuantas grandezas vi.

LAURETA. ¿No parece Fabio aquel  
que baja por el pinar?

INARDA. Recíbidle con cantar,  
que ya me alegro con él.

*(Cantan los Músicos y sale FABIO y BELARDO.)*

“Con el alto pino  
calle la oliva,  
y a la gala de Fabio  
todos se rindan.  
Con las azucenas  
callen las rosas,  
y a la gala de Fabio  
se rindan todas.”

FABIO. Pareciórame muy bien  
la fiesta si no trajera  
nueva que a Inarda le diera  
pesadumbre.

INARDA. ¿A mí? ¿De quién?  
FABIO. De Celio, a quien ha casado  
el Rey.

INARDA. Pues bien, ¿a qué efeto  
presumes, Fabio discreto,  
que me puede haber pesado?

FABIO. Eso, Inarda, ¿quién mejor  
que tú lo puede saber?

INARDA. Ya he mudado parecer.

FABIO. ¡Ojalá fuera el amor!

INARDA. Y el amor sabré mudar.

FABIO. ¿En quién?

INARDA. En ti, que mereces  
mucho más.

FABIO. Hoy me enloqueces.

Los pies te quiero besar.

INARDA. Tente, que dirán los brazos  
mal de mi propio deseo.

FABIO. Si en esta gloria me veo,  
haga su rueda pedazos  
la fortuna, que levanta  
Celios y Fabios humilla,  
si la tela de su silla  
de mis sayales se espanta.  
Ea, zagales, que hoy  
es día de gran placer.  
Mercedes os quiero hacer;  
yo he ganado, rico estoy.  
Den a Fidelio seis cabras,  
cuatro ovejas a Damón.  
Y tú, que en esta ocasión,  
Silverio, tu casa labras,  
corta diez pinos valientes.  
Tú, Riselo, escoge un toro  
de dos años. Y tú, Floro,  
seis cabritillos recientes.  
Tú, Belardo, los librillos  
que eran de mi hermano hereda.  
Tú, Laura, cofia de seda  
y de plata dos zarcillos  
tendrás el primer mercado.

LAURETA. Mil años goces tu amor.

BELARDO. Y yo por todos, señor,  
te ofrezco un baile en el prado  
y una comedia famosa  
para el día de tu boda.

FABIO. Pues, Belardo, hacelda toda  
de esta mi pena amorosa.

BELARDO. Yo no sé cómo han de ser;  
que me sucede, señor,  
como al otro labrador  
que llevó el asno a vender

que él y un hijo que tenía iban a pie tras la bestia, y la gente, con molestia, ver libre al asno sufría. Subió el viejo, y no faltó quien dijo: "El mozo lleváis a pie y caballero vais." Luego el viejo se bajó y subió el mozo. Mas luego hubo quien dijo: "El anciano va a pie, y el mozo, villano, va caballero. ¡Oh, mal fuego!" El viejo entonces subió con el mozo, y un lugar entero empezó a gritar: "¿Dos en un asno? Eso no." Viendo tal desasosiego los pies le ató, y, en un pino, llevaba al hombro el pollino de él y del hijo; mas luego se burlaron de los dos diciendo: "¿De esa manera lleváis, necios, quien pudiera mejor llevaros a vos?" El viejo entonces, tomando el asno, le despenó a un río. Y sospecho yo que en estas vísperas ando; que viendo el ingenio mío que no puede contentar a todos, habrá de dar con todo el asno en el río. (1)

(Sale TOMÉ.)

TOMÉ. Después que Mercurio soy, alas me he puesto en los pies.

FABIO. ¿Quién es?

TOMÉ. Tomé. ¿No me ves?

FABIO. ¿A qué vienes?

TOMÉ. Tal estoy, que me he de venir acá. Tu hermano te ruega...

FABIO. ¿A mí?

TOMÉ. Que a sus bodas vayas.

FABIO. Di

TOMÉ. que no soy yo para allá. Ruégate que en traje honrado vayas a honrarle, y que veas una sortija, o que seas

juez, que se ha concertado para mañana en la corte.

FABIO. Dile, Tomé, que no quiero, aunque pienso aventurero ir a lo que a mí me importe.— Belardo, mi yegua saca, que tú serás mi padrino.

BELARDO. Tú harás algún desatino.

FABIO. Inarda, el rigor aplaca, y yo quiero andar galán.— Tañed y cantad, pastores.

INARDA. Venganzas hacen favores; a do las toman las dan.

(Váyanse, y toquen atabales y salgan los CABALLEROS, y el REY, y CELIO y DOÑA ELVIRA de las manos.)

REY.

No es bien que dilate la sortija, y así he querido que hoy se corra.

CELIO.

En todo

se ha seguido tu gusto.

NUÑO.

(¿Ya que espero?

: Qué miro? ¿Qué deseo? Ya es Elvira de un villano, y lo saben mis sentidos y no quieren perderse. Pues si es poco, seguro vivo de volverme loco.)

REY.

No estás con mucho gusto, hermosa Elvira.

ELVIRA.

Teniendo yo marido de tu mano, ¿cómo puedo dejar de tener gusto?

NUÑO.

(Ya sólo para mí se hizo el disgusto.)

CELIO.

Los de la fiesta vienen.

ELVIRA.

¡Qué gallardo entra el mantenedor!

(Cajas, y vayan pasando MANTENEDOR y AVENTUREROS, con su lanza cada uno, y su letra y su padrino.)

CELIO.

La letra dice:

"A buen árbol se arrimó,

(1) Como se ve, habla Lope en propia persona.



que, como en montes vivía,  
los árboles conocía."

REY.

¿Qué trae por divisa?

CELIO.

Un aito pino  
que una hiedra a su sombra se levanta.  
Querrá decir que mi ventura es tanta.

(Toquen, y sale otro AVENTURERO.)

CELIO.

La letra de éste de esta suerte dice:  
"Dondequiera llueve el Cielo."

REY.

¿Qué trae por divisa?

CELIO.

Algunos cardos  
muy verdes y altos y de flores llenos.  
Dirá que soy villano, por lo menos.

OTRO.

La de este aventurero así comienza:  
"La de Alejandro y Apeles,  
probó cetros y pinceles."

REY.

¿Qué trae?

CELIO.

Una tablilla de colores  
y debajo, señor, una corona.  
Mi dicha grande y tu valor pregoná.

OTRO.

Esta, señor, de esta manera dice:  
"Icaro, guarda las alas,  
que hay mucho sol si resbalas."

REY.

¿La divisa?

CELIO.

Es la fábula pintada.  
Dirá que Icaro soy y que el sol eres,  
que me derretirás cuando quisieres.

(Sale FABIO, muy galán, de aventurero, con BELARDO de padrino.)

FABIO.

(No es fea.

BELARDO.

Es como un ángel.

FABIO.

Da la letra.)

CELIO.

La de este aventurero no me agrada.  
Trae pintado un hombre que, sentado  
en una mesa, tiene muchas joyas  
y debajo los pies en unos grillos  
hechos de unas culebras retorcidas.

REY.

¿Cómo dice la letra?

CELIO.

Ya la leo:

"Con su pan se lo coma."

REY.

Necios vienen.  
No corran hoy, que no me siento bueno.

CELIO.

Entra, Elvira, a saber lo que el Rey lleva.

ELVIRA.

Pienso que debe de llevar enfado.

(Queda solo CELIO.)

CELIO.

Con su pan se lo coma, y enojado  
el Rey de oír la letra. ¡Vive el Cielo,  
que no he casado bien y que hay engaño!—  
Ponciano, escucha.

PONCIANO.

No hay de qué te aflijas,  
que este sin duda es Nuño. Que este Nuño  
se pretendió casar con doña Elvira.  
Enamoróse el Rey, y como agora  
te la da el Rey, por sólo hacerte afrenta  
dice la letra...

CELIO.

Calla, que con llanto  
y no con pan podrá ser que esta boda  
la coma alguno.

(Sale TOMÉ.)

TOMÉ.

Ya la fiesta toda  
es acabada.

CELIO.

¿Qué hay, Tomé?

TOMÉ.

Que dice  
tu hermano que no viene a ver tus fiestas  
por estar en las tuyas ocupado.

CELIO.  
¿Cómo?

TOMÉ.  
Que con Inarda se ha casado,  
y te suplica, corto es el camino,  
que a honrarle vayas y serás padrino.

CELIO.  
¿Con Inarda?

TOMÉ.  
Esto pasa.

CELIO.  
Que le envidio  
la mujer, el sosiego y el aldea,  
no te puedo negar. Para bien sea,  
y tan mal para mí mi casamiento,  
que ya el veneno en las entrañas siento.  
"¡Con su pan se lo coma!" ¡Extraño caso!  
Engaño fué. ¡Yo muero! ¡Yo me abraso!  
¡Oh, padre! ¡Cuán mejor me hubiera sido  
obedecerte y no dejar mi nido!

### ACTO TERCERO

(Salen música y los PASTORES, INARDA y FABIO, de novios.)

FABIO.  
A mi ventura, Inarda,  
no se puede igualar otra ventura.  
Que esposa tan gallarda,  
de tal entendimiento y hermosura,  
quererla dar a Fabio,  
parece que es del mismo Cielo agravio.

Pastores de esta sierra,  
envidiad mi fortuna y celebralda.  
De mi amorosa guerra  
la paz me dió pacífica guirnalda,  
la paz del matrimonio,  
de fe y lealtad eterno testimonio.

Bajen de las montañas  
los rústicos vaqueros a hacer juegos;  
por todas las cabañas  
en torno enciendan los pastores fuegos  
de correosas teas;  
adórnenlas de junco y verdes neas.

No quede en todo el soto  
novillo que no alegre nuestra aldea  
con rústico alboroto;  
mátense tantos, que teñir se vea  
su sangre estas atochas;

licencia doy a dardos y a garrochas.—  
Ea, mi dulce esposa,  
alegra el día de mi bien, haciendo  
una danza amorosa.

INARDA.  
Ya la estaba trazando y componiendo.—  
Tañan Feniso y Floro.

FLORO.  
Las hierbas volverás tapetes de oro.  
(Dancen así.)

"Al casamiento de Fabio,  
mayoral del monte nuestro,  
previenen fiestas y bailes  
los pastores y vaqueros.  
A danzar sale *Gallarda*  
la bella Inarda y Fineo,  
y aunque fuera diferente  
fuera la *gallarda* en vellos.  
Con una y otra mudanza  
dan vueltas y trocan puestos,  
ya de guerra, ya de paz,  
siguiendo los instrumentos.  
¡Al arma! ¡Al arma!  
¡Al arma, pensamientos,  
que quieren defenderse los deseos!  
En alto me veo,  
capillo de oro tengo.  
Moros veo venir;  
no puedo huir,  
y aunque pudiera no quiero.  
Ten, Amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo.  
Érame yo niña,  
y niña en cabello,  
guardaba ganado,  
no guardaba el pecho.  
Andando cazando  
vióme el caballero;  
palabras me dijo  
que me enternecieron.  
Ten, Amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo.  
¡Al arma! ¡Al arma!  
¡Al arma, pensamientos,  
que quieren defenderse los deseos!  
En alto me veo,  
capillo de oro tengo.  
Moros veo venir;  
no puedo huir,  
y aunque pudiera no quiero.

Ten, Amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo."

(Sale CELIO con TOMÉ.)

TOMÉ. Tarde vienes.

CELIO. No seré  
ya de las bodas padrino.

TOMÉ. Aquí está Celio.

FABIO. ¡ Oh, Tomé!

¿ Mi hermano a mis bodas vino?

CELIO. Pienso que tarde llegué.

FABIO. ¿ Eres tú?

CELIO. Pues ¿ no lo ves?

FABIO. ¿ Cómo vienes tan galán?

CELIO. A tus bodas, justo es.

FABIO. ¿ Justo? Engañado te han,  
como en nuestro estilo ves.  
Aquí todos son vaqueros,  
pastores y ganaderos,  
y viven como villanos;  
allá para cortesanos  
los padrinos caballeros.  
Si entendimiento tuvieras,  
a bodas de labradores  
como labrador vinieras,  
que no han de estar los señores  
entre pajas y las eras.

Aquí con todos me igualo;  
no tengo asiento que pueda  
hacerte tan vil regalo,  
ni es bien ensuciar tu seda  
entre mis sillas de palo.

Y puedes considerar  
que si allá, por ser grosero,  
aun no me quisiste hablar,  
aquí a ti, por caballero,  
no puedo darte lugar.

Allá en tus grandezas pasa  
esa ambición que te abrasa,  
y permite que te diga  
que la más pequeña hormiga  
halla respeto en su casa.

Yo fui a la tuya en el traje  
y paños en que nací,  
principios de tu linaje,  
no pensando que de ti  
recibiera tanto ultraje.

¿ Qué culpa tuve en nacer,  
como ninguno la tiene?

Y si lo fué el irte a ver,  
la misma tiene el que viene  
adonde no es menester.

Pienso que somos hermanos  
de un parto, crianza y cuna;  
mas no todos los villanos  
hallan luego la fortuna  
para que les dé las manos.  
Vete con Dios, que me enoja,  
porque estoy muy enfadado;  
que en este campo y rastrojo  
cómo mi pan sin cuidado,  
como yo le siembro y cojo.

Allá tú, que del ajeno  
comiendo con pena estás;  
aunque lo tienes por bueno,  
no sé si le comerás  
sin sospecha de veneno.

CELIO. Fabio, Fabio, Fabio mío,  
oye a tu misero hermano.  
Oye, que es muy diferente  
esta venida a tu campo.  
No te vengues, que con ésto  
te confirmas por villano,  
que en lo demás eres noble.

FABIO. ¿ Tienes algún fuerte caso  
a que yo pueda ayudarte?  
Porque entonces de los brazos  
y del alma, si hay en ella  
sangre, haz cuenta que la saco.

CELIO. Sí, hermano; sí, Fabio mío.  
Yo llego muerto y turbado,  
perdido, a pedir consejo  
a tu entendimiento claro.  
Manda que nos dejen solos.

FABIO. Inarda, Laura, Belardo,  
Riselo, Fidelio y todos,  
despejad las eras.

INARDA. Vamos,  
que en viendo tan solo a Celio  
vi que del estar en alto,  
como no lo tiene en uso,  
algún vaguido le ha dado.

(Vanse todos, y quedan FABIO y CELIO.)

FABIO. ¿ Qué te ha sucedido?

CELIO. Escucha.

¿ Cuánto los hombres erramos  
en no creer los mayores!

Aquí mi padre Filardo  
me dijo que no dejase  
las pajas del nido patrio;  
y yo, con grandes ejemplos  
de las historias de tantos  
que a la sombra de los reyes



a sus coronas llegaron,  
sin mirar que son mil mares  
las cortes y los palacios  
donde mil naves se anegan,  
si alguna se pone en salvo,  
seguí el cuerpo de mis gustos.  
Llegué, de humilde villano,  
al gobierno de estos reinos,  
donde el Cielo, hermano Fabio,  
me quitó luego la vida.  
Si he dormido con descanso,  
si he dormido con sosiego,  
ni perdonado trabajo  
por remediar y hacer bien  
a pretendientes soldados,  
a hombres de letras, a todos,  
a extranjeros y vasallos,  
no hice agravio jamás,  
ni fuí en mi vida ingrato  
por interés, por amor,  
ni por accidente extraño.  
Mas la envidia, que la envidia  
de donde levanta el paso  
la virtud allí le pone  
de aqueste dichoso estado,  
me ha puesto en tanta desgracia  
del Rey, que vengo rodando  
con más furia que subí.  
¿Qué dices?

FABIO.

CELIO.

Que si le hablo,  
tuerce el rostro, que solía  
mirarme benigno y manso.  
Y Elvira, mi esposa Elvira,  
que recibí de su mano,  
nunca yo la recibiera  
y para tiempo tan largo,  
pues en las pasadas fiestas  
hubo quien trajo en mi daño  
una letra en que me dicen,  
para que sienta mi agravio,  
que "*con mi pan me lo coma*";  
conocidos desengaños,  
de que su fama sería  
con circunstancias que callo,  
viendo que ya desvalido,  
osa llamarme villano  
a cualquiera pesadumbre  
de las que hay entre casados.  
Ya se me atreve la gente;  
que, cuando resbala el alto,  
no hay piedra de testimonio  
que no apresure sus pasos.

¡Sabe el Cielo cuántas veces  
a mis solas he llorado  
de mi padre los consejos  
y tus avisos, hermano!  
¿Qué haré? ¿Por dónde saldré  
de este laberinto? ¿Cuándo  
pondré el hilo de Tesec?  
FABIO. Quedo, no des voces; paso.  
Secreto veniste aquí;  
con ese mismo te encargo  
que al Rey vuelvas y le pidas  
licencia.

CELIO. ¿Para qué, Fabio?

FABIO. Para verte a tu monte  
con tu mujer, que en llegando  
te diré lo que has de hacer.CELIO. ¡Ah! ¡Pluguiera al Cielo santo  
que yo pudiera volverme  
a mi primero descanso!FABIO. Si te aborrece, no dudes  
la licencia.

CELIO. ¿Y si la traigo?

FABIO. Volverte a tu natural,  
pues muda consejo el sabio;  
trocando la espada y pluma  
por el azadón y arado,  
y haciendo cuenta que estabas  
todo este tiempo soñando,  
y que despertaste, Celio,  
en las flores de este prado.  
No hagas rostro a la fortuna;  
ríndete, que en comenzando  
a declinar de su extremo,  
no para hasta lo más bajo.  
Yo voy.

CELIO.

FABIO.

CELIO.

El Cielo te guíe.  
La culpa soy de mi daño,  
pues que con alas de cera,  
desde un monte, desde un árbol,  
quise subir hasta el sol,  
donde, el calor de sus rayos,  
cuando más cerca le tuve,  
me arroja al mar de mi llanto.

(Sale NUÑO y RICARDO.)

NUÑO.

Seas otras mil veces bien venido.

RICARDO.

Si en ti fidelidad hallo, serélo.  
si no, vendré tan mal como he temido.

Nuño.

Antes, Ricardo, la Etiopia en hielo  
y la Escitia en calor verás bañada.  
mudándose los climas de aquel cielo,  
que falte Nuño a la amistad jurada.  
¿Qué hay del Rey de Navarra?

RICARDO.

Que, agraviado,  
jura mostrarle del León la espada.

Mas su sobrino Alfonso, desterrado  
del reino que le quita injustamente,  
más que en la guerra en el ardid fiado,  
tanto la vida de Ramiro siente,  
que porque se le mate con veneno,  
o por otro camino diferente,  
me da del reino la mitad, y es bueno  
que se le diera todo siendo mío,  
por sólo un bien de mil riquezas lleno.

Amo a Leonor con tanto desvarío,  
que por ella no habrá difícil cosa,  
si por remedios a Tesalia envío.

Es, Nuño, mi Leonor su prima hermosa,  
cuyo amor y codicia me ha traído  
una empresa tan alta y peligrosa.

Si me ayudas habré restituido  
a Alfonso en este reino; que la parte  
que él me promete para ti la pido.

Sólo quiero a Leonor.

Nuño.

Para ayudarte  
también me ayuda amor.

RICARDO.

¿De qué manera?

Nuño.

Naturaleza, transformada en arte,  
pintó una dama que vencer pudiera  
la bella Elena, la española Cava.  
Mostréla al Rey. ¡Ay, nunca el Rey la viera!

No porque, enamorado, la gozaba,  
mas porque a Celio se la dió, a un villano  
que ayer el campo con la reja araba.

La envidia de este bien, Ricardo hermano,  
no habrá cosa por ti que no la intente.

RICARDO.

Pues, Nuño, muera el bárbaro tirano  
y goza de tu bien, que yo...

Nuño.

Detente,  
que viene el Rey.

(Sale el REY.)

REY.

¿Está aquí Celio?

Nuño.

Agora

supe que estaba de León ausente.

REY.

¿Sin mi licencia?

Nuño.

El campo, en que hoy adora,  
debe divertirle.

REY.

Acude al centro,  
lugar que a cuantos viven enamora.

Nuño.

No pudieras ponerle más adentro  
de donde le has tenido, y, levantado,  
le salieron sus montes al encuentro.

REY.

Bien me ha servido.

Nuño.

Bien se lo has pagado.

REY.

¿Quién está aquí?

RICARDO.

Ricardo, a tu servicio.

REY.

Ricardo amigo, seas bien llegado.

¿Cómo está Alfonso?

RICARDO.

Tiene por oficio  
seguir al oso y al ligero gamo.

REY.

Es imagen del bélico ejercicio.

Celoso estaba ya de ti.

RICARDO.

Si te amo  
sábelo el Rey navarro y tu sobrino.

REY.

Sé tu lealtad, y su codicia infamo.

RICARDO.

Ofrecióse ocasión en un camino  
de hablar de ti; llamóte el Rey tirano,  
y respondí con este desatino:

“Dejando aparte, Rey, el soberano título y majestad, quien lo dijere miente y le haré entender que es un villano.”

Alteráronse todos. “No se altere ninguno—dije—aquí, sino en la raya, donde voy a esperarle, o él me espere.”

Pero ni de Navarra ni Vizcaya salió ninguno al puesto, y yo con esto volví a León, volví a tus pies.

REY.

Bien haya

la buena sangre.

RICARDO.

Si saliera al puesto alguno de sus nobles, admiraras mi heroico brazo a mi lealtad dispuesto.

REY.

Como si en la campaña le mataras te lo agradezco, y premio te prometo.

RICARDO.

Tus manos beso, en el premiar tan raras, como muestran ejemplos, que en efeto allá cuentan de un Celio grandes cosas, aunque ya tienes de él menor concepto.

REY.

Hícele con mis manos generosas y podré deshacerle cuando quiera, que ya me son sus gracias enojosas.

No hay ocasión de culpa, que si hubiera lugar, adonde entrara mi castigo a mi real piedad perdón pidiera.

RICARDO.

Y ¿cuál mayor que desprivar contigo?

(Sale CELIO.)

CELIO. Habiendo, invicto señor, considerado que fuí un humilde labrador, que por tu mano subí a tantos grados de honor; y viendo mi insuficiencia, para mi correspondencia, de lo que en palacio pasa, para volverme a mi casa te vengo a pedir licencia. Cuando un rey a un caballero tan noble y tan principal como el agrado primero levanta y hace su igual,

corto su poder infiero; pero cuando al que vivía cual hierba vil que no crece levanta a gran monarquía, que le vuelve a hacer parece y que de nuevo le cría. En esto sí que se encierra más poder que en hacer guerra a un mundo entero ni a dos, porque es condición de Dios hacer hombres de la tierra. En el teatro del mundo representando un villano el acto primero fundo, y el papel de un cortesano luego en el acto segundo. Acabéle, y al tercero vuelve a hablar el labrador; y así desnudarme quiero, que represento mejor mi nacimiento primero. Dadme licencia si erré lo que esa mano me dió, que el villano acertaré, porque es figura que yo desde que nací la sé. Entré [en] lo que no sabía; dad licencia, y perdonad; volveré a la patria mía, que en aquella soledad me aguarda mi compañía. Cuando yo, Celio, te vi, otra cosa imaginé de lo que ya miro en ti. Yo, señor, no te engañé. Mina de hierro nací; si de oro imaginaste, tuyo fué el engaño.

REY.

CELIO.

REY.

Baste, Celio, el arrepentimiento. Parte a tu campo contento del estado en que llegaste.—A ti, Ricardo, te doy su oficio.

RICARDO.

Beso tus pies. REY. No dirás que ingrato soy. Si me serviste, ya ves el premio.

RICARDO.

Obligado estoy a tu servicio y lealtad. REY. La que en Navarra tuviste obligó mi voluntad.



NUÑO. (Bien la fábula fingiste.  
RICARDO. Como si fuera verdad.  
NUÑO. Pero pues ya le divierte  
de Celio, podrás hacerte  
igual suyo en su desgracia.  
RICARDO. Déjame entrar por su gracia,  
que yo saldré por su muerte.)

CELIO.

A jugar me senté con la fortuna  
el bajo cobre de mis verdes prados  
contra el oro que vi de sus ducados,  
de dos caras, en fin, como la luna.

Eché una suerte sin pedir ninguna,  
y con sólo un encuentro de tres dados  
un Rey me dió su pecho y sus Estados,  
que a veces con los bienes importuna.

Pensé que de esta mano me vendría  
la ganancia mayor que fué pensada;  
pero, echando un azar la suerte mía,  
tiróse el oro la fortuna airada;  
mas si me deja el cobre que tenía,  
aunque he perdido, no he perdido nada.

(*Vanse, y salga INARDA y LAURETA.*)

INARDA. Esto manda prevenir.  
LAURETA. Pues ¿es posible, señora,  
que a nuestros campos agora  
Celio se vuelva a vivir?  
INARDA. Él viene con su rigor,  
mas no sé yo si a quedarse.  
LAURETA. No querrá tanto humillarse  
mujer de tanto valor.  
INARDA. Yo pienso, por la tristeza  
de Fabio, que hay en la corte  
mudanza.  
LAURETA. Si ha errado el norte,  
condénale a su bajeza.  
INARDA. Los aposentos he puesto  
lo mejor que yo he podido.  
Camas no, que no he querido  
parecer villana en esto.  
Ellos las traerán doradas,  
con ricas colchas de seda.  
LAURETA. Algo que pensar te queda.  
INARDA. Con la malicia me agradas.  
¿Pensarás que envidiaré  
a doña Elvira a su lado?  
LAURETA. Si no es el amor pasado,  
no es mucho que te la dé.  
(*Salen los pastores BELARDO, FABIO y SILVERIO.*)  
BELARDO. Digo que contento soy  
de que lo juzgue nuesa ama.

INARDA. ¿Es apuesta?  
FIDELIO. Así se llama.  
SILVERIO. Está atenta.  
INARDA. Atenta estoy.  
SILVERIO. Contra un cabrito y un cinto  
pongo un vaso de taray,  
que en el monte no le hay  
mejor, labróle Jacinto,  
sobre cuál pena es mayor  
de tres penas.  
INARDA. Ya la aguardo.  
SILVERIO. Los celos dice Belardo,  
Fidelio dice el amor  
y yo digo que el agravio.  
BELARDO. Los celos son desatino  
del alma, son descamino  
de la razón del más sabio,  
son tinieblas del sentido,  
limbo de los ojos son.  
FIDELIO. ¿Y el deseo no es pasión  
que mil veces le ha perdido?  
¿Qué diferencia hay de un loco  
a un amante? Amor es ciego,  
es furia, es tormento, es fuego.  
SILVERIO. Todo me parece poco  
con el agravio cruel,  
en quien están esas penas  
de otras infinitas llenas  
y todo el infierno en él.  
El agravio a amor ofende,  
y, aunque los celos sosiega,  
a quitar la vida llega,  
porque hasta el honor se extiende.  
¿Habemos de alegar más?  
INARDA. Dadme de término un día.  
LAURETA. Voces dan, señora mía.  
INARDA. Celio viene.  
LAURETA. Alegre estás.  
(*Salen los VILLANOS músicos. CELIO, FABIO, DOÑA  
ELVIRA y TOMÉ.*)  
MÚSICOS. "Al cabo de los años mil,  
vuelven las aguas por do solían ir."  
CELIO. Nunca vino la canción  
más a propósito, hermano,  
que agora.  
INARDA. Dadme esa mano.  
ELVIRA. Los brazos es más razón.  
INARDA. Bendígaos Dios. ¿Qué hermosura!  
ELVIRA. A vos os está mejor  
ese requiebro y favor.

INARDA. De envidiosa estoy segura.

ELVIRA. Quedo, señora cuñada,  
mirad que me correré.

CELIO. Parte a mi gente, Tomé,  
pues toda queda pagada,  
y di que sólo un instante  
ninguno quede en la aldea.

ELVIRA. ¿Solo quedáis?

CELIO. No hay quien sea  
para este monte importante.—  
¿Hola? Vuélvase el cochero,  
que carro ha de ser desde hoy.—  
Labrador, señora, soy,  
que ya no soy caballero.—  
Ea, Fabio, ¿qué te ríes?

FABIO. Den a mi hermano un gabán.

CELIO. Y a Elvira ¿qué le darán?

INARDA. Esas perlas y rubies  
no las cubra tosco traje.

CELIO. Pues, prima, ¿qué pareciera  
que yo a labrador volviera,  
como lo es todo linaje,  
y Elvira fuera muy dama  
al estilo de la corte?

ELVIRA. Si importare que se corte  
de la más silvestre rama,  
siendo gusto de mi esposo  
le tengo de obedecer.

CELIO. No mudas, Elvira, el ser  
de tu nacimiento honroso;  
sólo mudas el vestido.

ELVIRA. Y aunque el propio ser mudara,  
el amor me sustentara  
al gusto de mi marido.  
Celio, yo he echado de ver  
que vienes determinado;  
no te dé nada cuidado,  
Celio, yo soy tu mujer;  
cuando necesario sea  
sabré con mucho contento  
tomar un rudo instrumento.

CELIO. No te traigo yo al aldea,  
Elvira, a tratarte mal;  
y, cuando así te trajera,  
esa humildad mereciera  
reconocimiento igual.  
Antes pienso que has de ser  
la mujer más regalada,  
más servida y estimada  
que se haya visto mujer.  
No habrá en el campo nacido  
fruta, cabritillo ni ave,

hasta el perdigón süave  
sobre su caliente nido;  
no habrá producido el Cielo  
cosa que este campo esmalte  
que de tu regalo falte.

FABIO. Y yo de tan justo celo  
salgo, Elvira, por fiador.  
Bien hay con qué regalaros.

INARDA. Todos habemos de amaros  
y estimar vuestro valor.  
Reina seréis de este prado,  
de este monte y de esta sierra.

CELIO. Pastores, a vuestra tierra  
hoy vuelve un desengañado.  
No más corte. Aquí nací,  
y aquí a morir me resuelvo.  
Este es mi centro, a él me vuelvo;  
vamos, y decid por mí...

MÚSICOS. "Al cabo de los años mil,  
vuelven las aguas por do solían ir."

(*Vanse. Sale el REY, NUÑO y RICARDO de caza.*)

REY.

Parece que ya es tarde.

RICARDO.

A toda prisa el sol, señor, deciendo  
y viene haciendo alarde  
de las estrellas que en su manto extiende  
la noche, siempre fría,  
a las espaldas de la luz del día.

Paréceme que puedes  
quedarte aquesta noche en esta aldea,  
pues cuando aquí te quedes,  
no ha de haber cosa que importante sea  
que en ella no te sobre,  
aunque a la vista nos parece pobre.

REY.

¿Qué dice Nuño de esto?

NUÑO.

Que para que mejor al alba puedas  
salir, señor, dispuesto  
a tomar de este monte las varedas,  
es bien que aquí repares  
que todas estas casas son lugares.

León está muy lejos  
y viene ya la noche a grandes pasos  
mostrando mil espejos  
entre la sombra de sus negros rasos.

REY.

Quedo, que he visto un gamo.

RICARDO.

Acercarte podrás de ramo en ramo.

REY.

Entrad en esa casa  
a decir que esta noche quedo en ella.

(*Vase el REY.*)

NUÑO.

No da con mano escasa  
la suerte, el tiempo y nuestra buena estrella  
favor a nuestro intento.

RICARDO.

Todo nos va saliendo al pensamiento.

(*Sale CELIO en hábito de villano.*)

CELIO. (Al alzar de mi labor,  
que en pago de mi arrogancia  
adonde hay tantos criados  
huelgo de tomar la azada,  
he visto gente que viene  
por estos montes a caza,  
y puede ser que el Rey sea.)

RICARDO. Si él cena en estas cabañas,  
cuéntale, Nuño, por muerto.

CELIO. (Nuño dice, y del Rey habla.  
Dos hombres son. ¡Santo Cielo,  
si fuese Nuño de Lara,  
que de todas mis fortunas  
su envidia ha sido la causa!  
Entre estas ramas me escondó.)

RICARDO. Para que todo se haga  
más a lo seguro, Nuño,  
y pueda el Rey de Navarra  
meter a Alfonso en León,  
no hay más segura jornada  
que matar a don Ramiro.

NUÑO. El monte ofrece mil trazas;  
pero no ha de ser de suerte  
que quedemos en España  
con nombre que nos afrente.

RICARDO. La que se me ofrece aguarda.  
Entre estas casas está  
la de Celio, y es la casa  
donde mejor puede el Rey  
aposentarse.

NUÑO. Repara  
en que Elvira vive en ella.  
¡Si fuese mi dicha tanta

que desde aquí la llevase!  
RICARDO. No lo dudes. Oye y calla.  
Serviréle al Rey la copa  
de esta hierba preparada,  
con que morirá esta noche;  
y, en viéndole con las ansias,  
habemos de echar la culpa  
a Celio.

NUÑO. Y será muy clara,  
porque, con odio del Rey,  
creerán todos la venganza.  
Vámosle a buscar.

RICARDO. Camina.

NUÑO. Por esas encinas baja,  
que en ese valle la tiene.

RICARDO. Aquí hay un villano.

NUÑO. Aguarda.

RICARDO. Como se cerró la noche,  
no le vi.

NUÑO. ¿Qué hace?

RICARDO. Cava.

NUÑO. Él ha de morir.

RICARDO. Espera.—

¿Ah, buen hombre, el de la azada?  
¿Sois de la casa de Celio?

CELIO. Al pie de aquesta montaña  
hay algunos jabalíes  
que suelen bajar al agua.

NUÑO. No es eso lo que os decimos,  
sino que cuál es la casa...

CELIO. Y venados hay también.

RICARDO. No os preguntan por la caza.

CELIO. ¿Si tengo vino? ¡Pardiez,  
que como el hombre trabaja,  
que no le ha quedado gota!  
Hueca está la calabaza.

RICARDO. Llegaos acá.

CELIO. Ya lo entiendo.

Entre esas verdes retamas  
va el camino de León.

RICARDO. ¿Hay tan extraña ignorancia?

NUÑO. ¿Por dicha es sordo?

RICARDO. ¡Ojalá!—

¿Sois sordo, hermano?

CELIO. ¿Qué manda?

RICARDO. ¿Si sois sordo?

CELIO. A media legua  
toparán una cruz blanca  
con las de los dos ladrones.

NUÑO. Él es sordo.

RICARDO. Cosa llana.

NUÑO. Asegurémonos bien.



RICARDO. ¿No ves que trabaja y canta?  
(Canta CELIO.)

CELIO. "Quien madruga, Dios le ayuda."  
"Quien mal anda, en mal acaba."

NUÑO. ¿Has visto gente del Rey?

CELIO. ¿Que me quede en hora mala?  
¿Pues puñilas? Oigan, esperen.

NUÑO. ¿Daréle una cuchillada?

CELIO. Malos años para vos...

RICARDO. Déjale ya.

CELIO. Mala Pascua,  
mal San Juan, mal corrimiento,  
mala cox de buey de arada,  
mala peladilla venga  
sobre sus cejas y barbas,  
mal suceso en cuanto emprenda,  
mal fin y mala pedrada.

NUÑO. Déjale, que es loco y sordo.

CELIO. Responde, boca de tabla.

(Vanse. Queda CELIO.)

¡Ah, Cielo, juez piadoso,  
cómo se ve que te cansa  
la envidia y traición del mundo!  
¡Ved lo que en el mundo pasa!  
Los leales se destierran  
y los traidores se ensalzan.  
Pero gente viene aquí.

(Sale el REY.)

REY. Ya no pensé que acertara  
a tomar aquesta senda.  
¿Ah de mi gente?

CELIO. ¿Quién llama?

REY. ¿Es Nuño? ¿Es Ricardo?

CELIO. No,

sino un labrador que cava  
pensamientos de su Rey  
y de su vida asechanzas.

REY. (Celio parece en la voz.)

CELIO. (El Rey es éste, que anda  
entre la vida y la muerte.)

REY. (No quiero decirle nada,  
para ver lo que me dice.)  
Dí, buen hombre, que bien hayas,  
siendo un rudo labrador,  
¿en los pensamientos hablas  
del Rey?

CELIO. ¿Sois vos su criado?

REY. Sí soy.

CELIO. Buen provecho os haga.

REY. ¿Por qué?

CELIO. Porque hoy os busca  
y os despedirá mañana;  
que yo sirvo a Celio aquí,  
un labrador que llamaba  
su amigo, y de quien fué sol  
que los vapores levanta  
para subirlos al cielo  
y deshacerlos en agua.

REY. Celio ocasión le daría.

CELIO. Ninguna, que su inconstancia,  
por escuchar lisonjeros  
en tantos peligros anda,  
que apenas tiene dos horas  
de vida si no se guarda.

REY. ¿El Rey?

CELIO. El Rey.

REY. ¿De qué suerte?

CELIO. Nuño y Ricardo trataban  
entre estos robles agora,  
y así pienso que se llaman;  
Ricardo por que a León  
vuelva Alfonso de Navarra,  
y Nuño por que dió a Celio  
el Rey a Elvira, su dama.  
Que cene esta noche aquí  
por darle hierbas que matan  
cuando la copa le sirvan;  
y, entre las mortales ansias,  
decir que Celio le ha muerto,  
como le ha visto en su casa,  
por vengarse del agravio.

REY. Yo sospecho que te engañas,  
porque por Celio, a quien sirves,  
debes de tomar venganza.

CELIO. Cuando le sirvan su copa  
verá la experiencia clara  
haciendo prueba del vino.

REY. La verdad de tus palabras  
pienso que confirma el Cielo  
con alborotarme el alma.

CELIO. Yo ni Celio no tenemos,  
después de ver en qué pára,  
voluntades de señores,  
pretensiones ni venganzas;  
que si el Rey me diese a mí  
su reino, no le trocara  
por un hora de este monte.

REY. Los reyes también se llaman  
jueces; lo escrito juzgaran.

CELIO. Bien pienso que los engañan.  
Pero ¿qué disculpa tiene

si estando Celio en su gracia  
se casó mal?

REY. Quien lo ha dicho  
miente; y antes que el Rey salga  
de aquestas casas de Celio,  
sabr  que si fué su dama  
lo fué siempre honestamente.

CELIO. Pues   cómo le haréis la salva,  
a un *con su pan se lo coma*,  
en la sortija pasada?

REY. Porque la envidia procura  
quitar con mentiras falsas  
a los hombres el honor  
y a las mujeres la fama.  
Hazme placer de ir delante,  
que yo no s  bien la casa.

CELIO. Y aunque a las espaldas fuera,  
van seguras las espaldas.

(*Vanse. Sale NUÑO y FABIO.*)

NUÑO. Aquí ha de cenar el Rey.

FABIO. Mal con las cenas nos va;  
pero obedecer es ya  
fuerza, voluntad y ley.  
Casas y almas no podemos  
negarle como a señor.  
P same que sólo amor  
para servirle tenemos  
y una voluntad sujeta.

(*Sale DOÑA ELVIRA y INARDA y LAURETA.*)

ELVIRA.   Qué es, señor, lo que mand is?

NUÑO. (Ojos,   qué es lo que mir is?)

FABIO. Elvira, vos sois discreta.  
Lo que sospechado había  
de que el Rey os quiere bien,  
hoy nuestros ojos lo ven,  
para más desdicha mía.  
 l viene a cenar aquí,  
que es invención que ha buscado,  
porque le dar  cuidado  
veros tan lejos de s .

Mirad que Celio, mi hermano,  
no merece deshonor.

ELVIRA. Sois hasta aquí labrador,  
y desde aquí sois villano.  
Mirad que soy mujer, Fabio,  
que en otros paños nací.

FABIO. Perdonad si os ofendí,  
temeroso de mi agravio,  
que bien estoy satisfecho  
de vuestro raro valor.

ELVIRA. Si no lo est is de mi amor,  
hoy lo estaréis de mi pecho.  
FABIO. Yo me voy a prevenir  
la cena al Rey.

ELVIRA. Id con Dios.

NUÑO. En fin,   nos vamos los dos?

ELVIRA. Sólo divide el morir.

NUÑO.   Cómo en este traje est s?

ELVIRA. Porque quiere el que es mi dueño.

NUÑO. Pues mi palabra te empeño  
que no lo ha de ser jamás.

ELVIRA. Pues   cómo lo has de impedir?

NUÑO. Eso yo lo sé.

ELVIRA. No creas  
que tan poderoso seas.

NUÑO. Com nzate a aperebir,  
Elvira, a una gran mudanza,  
para prendas de la cual  
me da una mano en señal.

ELVIRA. Pierde esa loca esperanza.  
De Celio soy y he de ser.

NUÑO.   Y est s muy contenta?

ELVIRA. S ;  
que para Celio nací,  
pues que nací su mujer.

(*Salen CELIO, RICARDO, el REY y FABIO.*)

REY. No es esta la vez primera  
que ceno en esta posada.

CELIO. Y de ser de vos honrada  
aún no ha de ser la postrera.  
Fabio, mi hermano, est  aquí.  
REY.   Oh. Fabio!

FABIO. Bésoos los pies.

REY. D cenme que Inarda es  
vuestra esposa.

FABIO. Señor, s ,  
aunque faltan bendiciones  
de la Iglesia.

REY. De este camino  
soy huésped y soy padrino,  
por justas obligaciones.

CELIO. Tamb en est  Elvira aquí.

REY.   Oh, Elvira, dadme la mano!

ELVIRA. No podrá, aunque tanto gano,  
daros lo que nunca os di;  
esa mano sola es  
de Celio.

REY. Yo la pedía  
como a Rey, que no ca a  
en que era mejor los pies.

Vos la distes a quien sólo  
en el mundo os mereció.  
ELVIRA. No le hallara mejor yo,  
gran señor, de polo a polo.  
CELIO. Muchas honras nos hacéis.  
¿Quién habrá que os satisfaga?  
REY. Por muchas, Celio, que os haga,  
mayores las merecéis.  
¿Dónde vuestro padre está?  
CELIO. Días ha que está impedido  
en una cama tullido.  
REY. Pues vamos todos allá.  
FABIO. Compondráse el aposento.  
Cenad primero, señor.  
REY. ¿Vuestra gente de labor?  
FABIO. Vendrá si os causa contento,  
que no los deja atrever  
la natural rustiqueza  
para ver vuestra grandeza.  
REY. Entren, que los quiero ver.

(*Salen todos los VILLANOS de casa.*)

BELARDO. Dadnos esos pies reales.  
REY. Alzaos, amigos, del suelo.  
FIDELIO. Habla tú.  
DAMÓN. Cúbreme un hielo.  
REY. ¡Bravos mozos!  
FABIO. Naturales  
de estos montes, sus vasallos.  
REY. ¿Qué sois vos?  
BELARDO. El caballero  
de Fabio.  
REY. Entenderlo quiero.  
BELARDO. Soy quien guarda sus caballos.  
Si de andar, que así lo siento,  
a caballo se llamó  
caballero, mejor yo,  
que los guardo y los sustento.  
REY. ¿Y vos?  
FIDELIO. Yo guardo las vacas.  
REY. ¿Hay buena vacada?  
FIDELIO. Bella;  
volvió la hierba por ella,  
que de antaño andaban flacas.  
REY. ¿Vos, hermano?  
RISELO. Cabras llevo  
por esos riscos arriba.  
Si queréis alguna chiva  
o algún cabrito mancebo,  
aún hay bien que os presentar.  
REY. ¿Y vos?

DAMÓN. (Que topó conmigo.)  
Soy de Mahoma enemigo.  
REY. Bien os podéis declarar.  
DAMÓN. Pues sepa que puercos guardo,  
como su merced se informe.  
REY. ¡Buena gente!  
NUÑO. ¡Y qué conforme!  
REY. Fabio, vuestra esposa aguardo.  
FABIO. Anda ocupada en la cena  
y la mesa. Viene ya.  
NUÑO. (¿Qué hay de aquello?)  
RICARDO. A punto está.  
NUÑO. Hasta el fin estoy con pena.)

(*Saquen la mesa, manteles, y toalla y principios, lleguen una silla, y salen los MÚSICOS y INARDA, LAURETA y TOMÉ.*)

INARDA. Perdonad, invicto Rey,  
que, aunque rústica pastora,  
he querido que esta noche  
cenéis de mi mano sola.  
REY. Inarda, yo os lo agradezco,  
y seáis de Fabio esposa  
por muchos años.  
INARDA. Señor,  
¿quién puede dar tanta honra  
sino un Rey tan generoso?  
REY. Celio la merece toda.—  
Ea, venga de cenar  
y cantadme, que no hay cosa  
para mí como canciones  
de esta sierra.  
CELIO. Cantad, ¡hola!

(*Cantan los MÚSICOS, y el REY comiendo su cena, sirviendo NUÑO.*)

MÚSICOS. "El que vive libremente  
vida estragada y ociosa  
y muere como ha vivido,  
que *con su pan se lo coma*.  
Quien enriquece del juego,  
o el arcaduz de su esposa  
otro conduce a su casa,  
que *con su pan se lo coma*.  
El que por ser descortés  
a nadie quitó la gorra  
y vive y muere malquisto,  
que *con su pan se lo coma*.  
El que por sólo alabarse  
no hay mujer buena en su boca,  
si no lo fuere la suya,  
que *con su pan se lo coma*."



El que no teniendo hacienda  
de ser gastador blasona,  
si en el hospital muriere,  
que *con su pan se lo coma*.  
El que hiciere a su señor  
una traición alevosa,  
si le cogieren en ella,  
que *con su pan se lo coma*.”  
REY. Esperad ¡por vida mía!,  
que es esta letra graciosa.  
¿Quién la hizo?  
FABIO. Yo, señor;  
porque de Celio en las bodas  
yo fui quien llevé la letra,  
que él tuvo por afrentosa,  
pensando que doña Elvira  
no era tan grande señora,  
y por eso dije a Celio  
que *con su pan se lo coma*.  
ELVIRA. ¿Tú fuiste, hermano?  
FABIO. Yo fui;  
si fué necedad, perdona.  
REY. ¿Hola? Denme de beber.  
NUÑO. Ricardo, servid la copa.  
CELIO. (¿Acordáisos, gran señor,  
del villano de la historia  
que os contó de los azores  
que mataban la paloma?)  
REY. Sí, Celio; que no me olvido.  
(Sale RICARDO con toalla, salva y copa.)  
CELIO. Pienso que es el punto ahora.)  
REY. Esperad, Ricardo, un poco.  
CELIO. (¿Traeremos armas?)  
REY. No importa.)  
Sabad, amigos, que hoy  
me han venido por la posta  
nuevas del Rey de Aragón.  
Por mujer me da a Leonora,  
de que es tanto mi contento,  
que pues esta casa es sola  
y la gravedad depuesta  
no le ofende mi persona,  
quiero brindar a los nobles  
por la salud de mi esposa;  
digo a Nuño y a Ricardo.  
Tú, Celio, sirve la copa,  
que la que Ricardo tiene  
quiero que reparta en otra  
y que beban él y Nuño.  
CELIO. Aquí, señor, están todas.  
REY. Tomo la que Celio trae.

Tú, Nuño, la mitad toma  
del vino, y bebed los dos,  
que os brinda el Rey por Leonora.  
NUÑO. ¡Señor!  
REY. No hay que replicar.  
RICARDO. ¡Señor!  
CELIO. Mirad que se enoja.  
REY. Quitad la mesa de aquí,  
que ya la comida sobra;  
el beber es lo que falta.  
CELIO. ¡Qué turbación enfadosa  
es ésta, si el Rey os brinda!  
RICARDO. Son nuestras fuerzas muy pocas  
para tan grande merced.  
REY. ¡Mataldos!  
RICARDO. (La culpa propia  
a la muerte nos condena;  
la mejor es la más corta.)  
NUÑO. A fe que el sordo villano  
nos ha engañado a la sorda.)  
REY. Llevaldos luego de aquí  
y de esa sierra frágosa  
los despeñad.  
CELIO. Bien has visto  
mi lealtad.  
REY. Mi vida toda  
ha estado, Celio, en tus manos.  
Menester es que dispongas  
el volver a mi servicio,  
donde mil títulos y honras,  
mil gobiernos, mil mercedes  
son corto premio a tus obras.  
CELIO. Señor, yo he probado ya  
las ciudades populosas,  
la vida de los palacios,  
las cansadas ceremonias,  
la comida, el sueño, en fin.  
Perdona que te responda  
que no he de volver allá  
si me dices tu corona.  
Yo he vuelto a mi propio sitio,  
estoy en mi esfera propia,  
gozo descansada vida,  
sé qué es noche y qué es aurora,  
sé qué es comida y qué es sueño  
y si es la vida una sombra,  
y el alma es sol. aquí quiero  
esperar a que se ponga.  
REY. ¿De mí no fías?  
CELIO. ¿Quién duda?  
Mas si tú por darme honra

me quitas años de vida,  
¿cuál de esto quieres que escoja?  
REY. Fabio, ruégale.

FABIO. Señor,  
antes, si él tiene memoria  
de mis consejos, no irá  
donde viven por la posta.

REY. Elvira, acábalo tú.

ELVIRA. Después que soy labradora,  
a las de esa corte digo  
que aquellas galas costosas,  
músicas, saraos, fiestas  
llenas de invenciones locas,  
no trocaré por sayales  
y por estas pobres ropas,  
llenas de contento y paz,  
centro en que vive la honra.  
REY. Basta, Celio; bueno está.  
Pues, alto; si no os provoca  
mi poder, hareos mercedes  
que a lo que sois correspondan.  
Doy privilegio a esta casa,  
por esta hazaña notoria,

para solar de un linaje  
que tanta nobleza adorna.  
En él, desde aqueste día,  
pondréis por armas tres copas  
con tres coronas encima,  
y por toda la redonda  
de este monte os doy diez villas.

FABIO. Vivas con eterna gloria  
de tu nombre largos años.

TOMÉ. Y a mí, que de la pelota  
de tu fortuna fuí choza,  
¿no hay un rincón en Zamora?  
REY. ¿Qué pides?

TOMÉ. Una mujer.

REY. ¿Haila aquí?

TOMÉ. Laura se nombra.

REY. Daos las manos.

TOMÉ. Soy tu esposo.

LAURETA. Yo en serlo tuya dichosa.

FABIO. Pues dad a la historia fin  
cantando por los que tornan  
al mar en que se perdieron,  
que *con su pan se lo coman*.

# COMEDIA FAMOSA

DE

## LA CORTESIA DE ESPAÑA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CELIA,  
FLORA,  
HERVASIO, } *villanos.*  
TOMÉ,  
MARCELO, *caballero.*  
LUCRECIA, *su mujer.*

CLAUDIO.  
DON JUAN DE SILVA.  
ZORRILLA, *lacayo.*  
JULIA.  
ANTONIO.  
DON JORGE.

OLALLA, *moza de mesón.*  
LEONARDA.  
LISARDO.  
*Un ARRIERO.*  
*Un ESCUDERO.*  
[MESONERA.]

### ACTO PRIMERO

(*Salen CELIA y FLORA, labradoras.*)

CELIA. Daréle parte al señor  
de mi nuevo pensamiento;  
que a quien ama no hay contento  
como tratarle de amor.  
Y si le parece bien,  
nos será padre y padrino.

FLORA. Paréceme buen camino,  
y es obligación también.  
¡Dichosa tú, Celia amiga,  
que por tu gusto te pasas!

CELIA. Yo sé los celos que pasas.  
Quien ama, a celos se obliga.  
No se diera el bien de amor  
sin la pensión de los celos;  
que no quisieron los Cielos  
que se coma sin dolor.  
¿No has visto agradar el gusto  
un dulce manjar, y en él  
hallar una piedra, y de él  
trocar el gusto en disgusto?  
Así, comiendo de amor  
los regalos y consuelos,  
sale una piedra de celos,  
que trueca el gusto en dolor.

FLORA. La ventura del casar  
no se compra ni se vende;  
que el más discreto no entiende  
ni el encuentro ni el azar.  
Sucédate a ti mejor  
que me ha sucedido a mí.

CELIA. ¿Es éste nuestro amo?

FLORA. Sí.

(*Salen MARCELO VIVALDO con un gabán de aldea, y  
CLAUDIO, su criado.*)

MARCELO. ¿Esta es condición de amor?

CLAUDIO. Ya yo sé que amor no tiene  
contento sin lo que ama;  
mas nunca ausencia se llama  
la que por su gusto viene.  
Si dejaste a mi señora  
en Génova por venir  
a tu quinta y por vivir  
sin ciudad y pueblo un hora,  
no le des nombre de ausencia,  
pues mañana volverás;  
que ausencia llaman no más  
a lo que es fuerza y violencia.

MARCELO. Vine, Claudio, por un día  
sólo a olvidar la ciudad;  
pero siento soledad  
de su dulce compañía;  
que he hallado que hacer aquí  
y no me puedo volver.

FLORA. Llega, que no hay que temer.

CELIA. Váyase Claudio de allí.

CLAUDIO. En fin, ¿a qué te resuelves?

MARCELO. A que a Génova te partas  
y le lleves estas cartas.

CLAUDIO. ¿A ser su galán te vuelves?

MARCELO. Claudio, en el casado apruebo  
que siempre procure ser  
tan galán de su mujer  
como cuando era mancebo.  
No los tengas por discretos  
a los que, casados, vieres  
groseros con sus mujeres  
y descubrir sus defetos.  
Como el honor es tesoro



- que se les puede quebrar,  
hasta en vestir y calzar  
se ha de guardar el decoro.  
Si ve la propia mujer  
muy descompuesto al marido  
y al de fuera muy pulido  
y de galán proceder,  
¿qué mucho que cuando menos  
el pensamiento le ofenda,  
que es caballo que sin rienda  
corre entre malos y buenos?  
Usar del modo que basta  
con un galán proceder  
hace que esté la mujer  
contenta, segura y casta.
- CLAUDIO. Si ha de suceder desdicha,  
ni el ser galán, ni grosero,  
ni humilde, ni caballero  
lo ha de mejorar de dicha.  
Esta carta ¿qué contiene?
- MARCELO. Que venga Lucrecia aquí  
a estar conmigo, que a mí  
sólo su bien me entretiene.  
Ni la quinta, ni la caza,  
ni las aguas, ni las flores,  
ni los dulces ruseñores,  
ni de esta florida plaza  
los cuadros, adonde el arte  
vence a la naturaleza,  
ausente de mi belleza,  
para alegrarme son parte.  
Parte y di que mi deseo  
no halla su centro sin ella;  
que sólo mi esfera es ella,  
después del cielo que veo.
- CLAUDIO. ¿Vendrán con ella criadas?
- MARCELO. ¿Para qué, si hay labradoras?
- CLAUDIO. Pues pasa alegre estas horas  
tan dulces y enamoradas  
imaginando el contento  
que su vista te ha de dar.
- MARCELO. Date prisa a caminar,  
pues vas en mi pensamiento.
- CLAUDIO. (Antes voy lejos del tuyo.  
¡Oh! Soberana ocasión  
para dar a mi pasión  
descanso en el cielo suyo.  
Hoy le vendré contemplando  
sin que lo estorbe el respeto.  
¡Oh, qué gran bien me prometo  
hablando, mirando, amando,  
persuadiendo, respondiendo,
- dando a entender mi cuidado!)
- MARCELO. ¿No partes?
- CLAUDIO. (No he declarado  
mi pena de amor temiendo;  
pero en ocasión igual,  
aunque castigo me den  
que venga a perder el bien,  
tengo de decir mi mal.)
- (Váyase CLAUDIO.)
- CELIA. Dios te guarde muchos años.
- MARCELO. ¡Oh, Celia! ¡Oh, Flora!
- CELIA. Aguardé  
que estuvieses solo, a fe,  
entre estos verdes castaños,  
para suplicarte adviertas  
cierto bien que me has de hacer.
- MARCELO. ¿Soledad es menester?  
Mas si importa, bien aciertas,  
porque responderme puedes  
que las paredes oirán,  
pues oídos ya les dan,  
y en el campo no hay paredes.—  
Y tú, Flora, ¿quieres algo?
- FLORA. Sólo vengo a acompañar  
a Celia.
- MARCELO. Comienza a hablar.
- CELIA. A tu noble pecho hidalgo  
vengo a pedir un favor.
- MARCELO. Otra cosa imaginé.
- CELIA. Bien conoces a Tomé.
- MARCELO. Pienso que te tiene amor.  
¿Es alguna libertad?  
Que le echaré de la quinta.
- CELIA. Quien no ve amor por la pinta  
nunca tuvo voluntad,  
antes es encogimiento.
- MARCELO. ¿Cómo?
- CELIA. Desea tratar  
casarse.
- MARCELO. No hay desear  
como un igual casamiento.  
Hábleme Tomé.
- CELIA. Tomé  
tiene vergüenza notable.
- MARCELO. ¿Qué quieres tú?
- CELIA. Que le hable  
a su padre su mercé,  
y que, todo concertado,  
fuese liberal padrino.
- MARCELO. Notablemente me inclino  
a la quietud de este estado.

Celia, casaré a Tomé  
y a todo aqueste lugar,  
que de acertarme a casar  
tengo esta notable fe.  
Casé con un ángel bello;  
casé con mi igual, y soy  
tan venturoso, que estoy  
preso de un solo cabello.  
No tengo más voluntad  
que la de mi esposa, y gusto  
de tener por ley su gusto,  
su prisión por libertad.  
Fuí mozo libre; serví  
mujeres que me juraban  
que me amaban y guardaban  
fe y lealtad; mi hacienda di,  
y al cabo de todo hallé  
que hasta mis propios amigos  
fueron y son los testigos  
del agravio de mi fe.  
Ellos eran desleales,  
y ellas, fingidas y viles;  
las lágrimas, mujeriles,  
y los peligros, mortales.  
Aventuraba el honor  
por quien por poco interés  
me le quitaba después  
de haberme fingido amor.  
Que quien piensa de mujer  
que fué con él liberal  
que ha de ser buena y leal,  
poco debe de saber.  
Luego que el trato se acaba  
acuden los desengaños;  
luego se saben los daños  
que el ciego amor ocultaba.  
Y así yo con los que tuve  
me he retirado al sagrado  
de casado, y vi casado  
la ceguedad en que estuve.  
Vivo, como, duermo, tengo  
honor, quietud y descanso,  
no me desvelo y me canso,  
seguro a mi casa vengo,  
entro a la mitad del día,  
no me acuchillan, no hay celos;  
en fin, no han hecho los Cielos  
ventura como la mía.  
Con esto seré padrino  
y tercero de casar,  
no sólo de este lugar  
al criado y al vecino.

mas de toda la comarca,  
Celia, de este mismo modo,  
y de cuanto el mundo todo  
por cuatro partes abarca.  
Los animales quisiera  
por las montañas casar,  
los peces dentro del mar  
y las aves en su esfera.  
Casara al sol con la luna,  
con la ventura al amor,  
con la esperanza al temor  
y al tiempo con la fortuna.  
Finalmente, no se hiciera  
casamiento honesto y justo  
que no fuera con mi gusto  
y que el tercero no fuera.

CELIA.

Aunque muy desconñada  
de casarme hubiera estado,  
sólo de haberte escuchado  
saliera, señor, casada.  
Bendígate el Cielo, amén,  
que así hablas satisfecho.

MARCELO.

Tengo ya casado el pecho  
y el alma, Celia, también.  
Tengo los brazos casados,  
los ojos y los oídos,  
las potencias, los sentidos,  
y todos bien empleados.

FLORA.

Con esto ver no querría  
cosa que no lo estuviese.  
Yo, por que no pareciese  
mujer y bachillería,  
no os decia, de muy necia,  
que, si tan casado estáis,  
me espanto de que viváis  
sin mi señora Lucrecia.

MARCELO.

Agrádame la objeción;  
mas cuando vine creí  
que estuviera un hora aquí,  
que dos muchos años son.  
Después fué fuerza quedarme;  
mas si por ella envié,  
bien doy a entender que fué  
por descansar de quejarme.

FLORA.

Luego ¿vendrá?

MARCELO.

Ya la espero.

CELIA.

Albricias voy a pedir.

FLORA.

Celia, no hay más que decir;  
haya guitarra y pandero.  
Recibamos a señora  
con bailes y villancicos.

CELIA. Hoy quedan los prados ricos  
de tal primavera, Flora.

(*Vanse las dos.*)

MARCELO.

Quien no sabe del bien del casamiento  
nó diga que en la tierra hay gloria alguna,  
que la mujer más necia y importuna  
la vence el buen estilo y tratamiento.

Trasladar a los brazos soñolientos  
un hijo en bendición desde la cuna  
es la más rica y próspera fortuna  
que puede descansar el pensamiento.

Necedad es sembrar tierras ajenas;  
conoce el pajarillo el huevo extraño,  
y el amante engañado el hijo apenas.

Oigame aquel que se llamare a engaño.  
Los hombres hacen las mujeres buenas,  
y sólo por su culpa viene el daño.

(*Sale LUCRECIA.*)

LUCRECIA. Si puede alguna mujer  
decir que acertó su estado,  
de cuantas hoy se han casado,  
¿quién como yo puede ser?  
No me dieron a escoger,  
y parece que escogí;  
tanto se conforma en sí  
mi voluntad con Marcelo,  
que pienso que la del Cielo  
estaba entonces en mí.

Es Marcelo de buen talle,  
limpio, galán, cuidadoso,  
liberal, tierno, amoroso...  
Pero mejor es que calle,  
no sea que de pintalle  
a alguna parezca bien,  
y tantos celos me den  
que turben mi buen estado;  
que el bien, de muy alabado,  
se suele perder también.

Pero ¿quién podrá olvidar  
tus gracias, Marcelo mío?  
Y si amar es desvarío,  
¿qué loco supo callar?  
Si me puedo consolar  
de no contarlas, no es  
por los celos, que después  
yo les pusiera defensa;  
mas porque verás mi ofensa  
cuando al espejo te ves.

Tus regalos me enloquecen

toío el discurso del día;  
tu gala, tu cortesía,  
de un rey del mundo parecen.  
No sólo envidias merecen  
mis dichas, siendo tu esposa,  
de la fea y de la hermosa,  
pero no te estimo a ti  
cuando yo misma de mí  
no vengo a estar envidiosa.

(*Sale CLAUDIO.*)

CLAUDIO. Bien podré entrar sin licencia  
hasta el estrado.

LUCRECIA. Esa tienes  
hasta el alma, pues que vienes  
de su dueño en esta ausencia,  
que lo que de su presencia  
traes te ha dado lugar  
para que puedas entrar.  
¿Viene?

CLAUDIO. Esta carta te escribe.

LUCRECIA. Quien de espacio ausente vive,  
no tiene prisa en amar.

(*Lea.*)

“Las cosas de nuestra quinta  
no están, mi vida, en estado...”  
El “mi vida” me ha turbado.  
¡Qué tierno mi bien se pinta!

(*Lea.*)

“Que pueda ser tan sucinta  
la ausencia como pensé.  
Si me quieres, lo veré  
en que con Claudio te partas.”  
¿Dónde callaran las cartas,  
mi bien, si el alma te ve?

Ea, no hay que detener.  
¿En qué te dijo que fuese?

CLAUDIO. En aquello que pudiese  
más presto esos ojos ver.

LUCRECIA. ¿Iré sola?

CLAUDIO. Si ha de ser  
para volveros los dos,  
claro está.

LUCRECIA. Pues, casa, adiós,  
que por lo que no es el Cielo  
no quiero bien sin Marcelo  
ni vivir en él sin vos.

Dichosa yo que veré  
su presencia. ¡Qué contento!  
Gozaré su entendimiento  
y a su lado asistiré.  
¡Qué descanso les daré



a mis brazos y a mis ojos!  
 ¡Qué paces a mis enojos!  
 Y en tan dichosos empleos,  
 ¿qué dejaré de deseos  
 de su regalo en despojos?

(Vase.)

CLAUDIO.

Traidor fué Paris por la bella Elena;  
 Aquiles, por Briseida la Greciana;  
 por Medea, Jasón; por la Tebana  
 Marfisa, Apolo, y Jove amó a Alcumena.

Hércules español robó a Pirena;  
 Rómulo, a Hersilia; a Andrómaca Troyana,  
 Pirro, y Teseo el que burló a Ariana,  
 y un rey hubo traidor por Filomena.

Muchos, o por la industria o por la espada  
 (que no hay traición que por amor asombre)  
 hallaron fin a su esperanza honrada.

Que de cuantas traiciones tienen nombre,  
 ninguna puede haber más disculpada  
 que la que por amor comete el hombre.

(Vase, y salen TOMÉ, villano, y HERVASIO, su padre.)

HERVASIO. Confíesame lo que pasa,  
 que, pues a llamarme envía,  
 algo de tu amor sabía,  
 y no poco, pues te casa.  
 ¿Qué amores son éstos, di?  
 ¿Tienes vergüenza, Tomé?

TOMÉ. Padre, yo se los diré;  
 pero no me culpe a mí.

HERVASIO. ¿Cómo viste a esta mujer?  
 ¿Qué ocasión la diste?

TOMÉ. Espere.  
 ¿No diz que saberlo quiere?  
 Pues poco a poco ha de ser.

HERVASIO. ¿Para mi cólera es bueno!

TOMÉ. Yo fui una mañana al prado  
 y topé con el ganado  
 de su compadre Tirreno.  
 Salieron cuatro mastines  
 a morderme; échelos pan,  
 que en la manga del gabán  
 llevaba para otros fines.  
 Conociéronme, y las colas,  
 mosqueando alrededor,  
 me quitaron el temor  
 que con ellos tuve a solas.  
 Pasando más adelante  
 con la borrica encontré,  
 díjome: “¡Tomé! ¡Tomé!”

con una voz arrogante,  
 y rasquéle las orejas  
 de agradecido que soy.  
 Tras esto adelante voy,  
 y el manso de las ovejas  
 vino a lamerme las manos;  
 hozáronme los cochinos,  
 que, aunque suelen ser mohinos,  
 me trataron como hermanos.  
 Llegué donde estaba al fuego  
 la junta de los zagales;  
 hacían migas ¡qué tales!,  
 y diéronme de ellas luego.  
 Anduve considerando  
 qué sería la razón  
 de tan extraña afición,  
 y, mi caletre aguzando,  
 dije: “Pues mastines, burra,  
 manso, cochinos, zagales  
 hoy me han hecho amores tales,  
 mas que el dimuño me aburra  
 si la hija de Tirreno  
 no me quiere por velado.”

HERVASIO. ¿Ella hate visto o hablado?

TOMÉ. No, padre.

HERVASIO. ¡Todo esto es bueno!

TOMÉ. Verdad es que yo me fui  
 aquella noche a su puerta.

HERVASIO. ¿Estaba, por dicha, abierta?

TOMÉ. Cerrada siempre la vi.

HERVASIO. Pues ¿qué hiciste?

TOMÉ. ¡Pardiez, padre!  
 Por un resquicio aceché  
 y vi (¿cómo lo diré?)  
 que se acostó con su madre.

HERVASIO. ¿Y luego?

TOMÉ. Luego me fui  
 y acostéme.

HERVASIO. ¿Que eso pasa?

Pero ¿adónde fué?

TOMÉ. En mi casa.

HERVASIO. ¡Una higa para ti!

TOMÉ. Pues ¿qué pensábadis vos?

HERVASIO. Bestia, todas esas cosas  
 no obligan ni son forzosas  
 para que os caséis los dos.

TOMÉ. A fe que si le dijese...

HERVASIO. Eso, sí; di la verdad.

TOMÉ. Días ha que a la ciudad  
 me mandó el amo que fuese,  
 y al salir de nuesa casa  
 con Celia, padre, encontré.

que iba al horno.

HERVASIO. Aun eso fué principio. Di lo que pasa.

TOMÉ. Miróme y rióse.

HERVASIO. Bien.

TOMÉ. Miréla y reíme.

HERVASIO. Son las señas del corazón de dos que se quieren bien.

TOMÉ. Pasóse de largo, y yo también de largo pasé.

HERVASIO. Pues ¿qué hubo más?

TOMÉ. ¿Poco fué reírse y reírme yo?

HERVASIO. Luego ¿no pasó adelante?

TOMÉ. No, padre.

HERVASIO. O a tu rudeza no ha hecho Naturaleza, bestia, animal semejante, o me hablas de malicia.

TOMÉ. Ahora bien, de aquésta va, que de saberlo estáis ya, padre, con mucha codicia.

HERVASIO. Es así; que yo no soy quien te ha de hacer fuerza; que an- para cosas semejantes, [tes, hijo, de por medio estoy.

TOMÉ. ¿Solo has estado con ella?

TOMÉ. Muchas veces.

HERVASIO. Eso pido. Eso obligación ha sido, que, en fin, es Celia doncella.

TOMÉ. ¿Cómo fué?

TOMÉ. Siempre en el prado y en el monte solo estoy, por dondequiera que voy voy solo con mi ganado. Siempre la noche me vió solo y el día me hallaba solo.

HERVASIO. Y Celia, ¿dónde estaba?

TOMÉ. En su casa, pienso yo.

HERVASIO. Pues ¿no dices que con ella estabas solo?

TOMÉ. Eso digo. Pensando en ella y conmigo, era con ella y sin ella.

HERVASIO. ¿Sabes, hijo, por ventura, qué animal hizo mayor Naturaleza?

TOMÉ. Señor, yo no entiendo de escritura.

Un león es grande; un toro es mayor, y con su cuello terrible y largo un camello; pero de hermoso decoro un caballo rozagante, y un elefante, señor, mayor que todos.

HERVASIO. ¿Mayor?

TOMÉ. Sí.

HERVASIO. Pues déjame, elefante.

(Vase.)

TOMÉ.

¡Fuése enojado! Amor, ¿qué culpa tengo si no nací más sabio y entendido?

Alumbra tú mi rústico sentido, que ya para la ciencia le prevengo.

Algunas esperanzas entretengo.

Un leño soy. Desbástame te pido.

Por Celia a mi ganado voy perdido.

Yo no sé nada. De mis viñas vengo.

¿Cómo podré por mi mujer tenerla si el principio no sé de requerirla y me acobarda el miedo de ofenderla?

Dame el hablar, pues das el desearla; que como tú me enseñes a quererla, el tiempo, Amor, me enseñará a olvidarla.

(Vase, y salen LUCRECIA y CLAUDIO.)

LUCRECIA. ¿Para qué puede ser bueno que del camino me aparte?

CLAUDIO. Para que es razón, señora, que en este bosque descanses. Los caballos arrendé a los troncos de estos sauces, colgué del arzón los frenos porque a la hierba se alarguen. Mira entre juncia y mastranzos qué sesgo tiende cristales sobre arenillas menudas ese arroyuelo agradable. Mira los azules lirios qué fresco dosel le hacen, que no le tiene en su casa tan hermoso el rey ni el grande. Mira entre esas blancas piedras cómo emprende despeñarse, y la espuma que las deja por prendas de que se parte. Mira esas vides agrestes cómo a manera de amantes

se las cuelgan de los cuellos  
a los olmos de su margen.  
Mira tantas varias flores  
de este verde paño esmalte,  
las azules campanillas  
que abiertas al alba tañen.  
Mira estos blancos narcisos  
que procuran apartarse  
del agua, en que fueron flores  
las que eran faciones antes.  
Mira estas cabañas frescas  
de estos espinos cobardes,  
porque llevando vil fruto  
se armaron para guardalle.  
Todo te convida a sueño.  
Duerme hasta tanto que baje  
el sol por aquellas sierras  
entre nubes de oro y sangre.

LUCRECIA. No hay sueño, Claudio, a quien ama  
que le descansa ni agrade,  
que para sufrir desvelos  
es Amor infatigable.

Yo me querría partir,  
que por más que el sol me abrase,  
más me abrasa de Marcelo  
amor que al poniente yace.  
Vamos solos y no es bien  
que al que camine le aguarde  
el día, porque la noche  
de toda traición es madre.  
Desata nuestros caballos,  
que mis cuidados no pacen  
hierbas, flores ni arroyuelos,  
espinos, vides ni sauces,  
sino deseos y penas,  
ansias, celos y pesares  
de un bien ausente que sólo  
puede en el mundo alegrarme.

CLAUDIO. ¡Ay, señora, que el dolor  
y la compasión de amarte  
me fuerza a que te entretenga  
y que tu muerte dilate!

LUCRECIA. ¿Qué dices?

CLAUDIO. No sé qué diga;  
mas sé que vengo a matarte  
en este bosque.

LUCRECIA. ¿Estás loco?

CLAUDIO. ¡Cielos, ya es tiempo que hable!

LUCRECIA. La color se me ha perdido.

CLAUDIO. Pues no esperes que la hálles,  
que a la sangre se pasó  
como teme que la saquen.

LUCRECIA. ¿Matarme, Claudio?

CLAUDIO. Lucrecia,  
dicen que no eres constante  
ni imitas a la de Roma;  
ya tu marido lo sabe.  
El caballero francés  
que solía visitarte  
manchó su honor, y no hay agua  
con que esta mancha se lave.  
La de tu sangre, Lucrecia,  
piensa que será importante.  
No se engaña tu marido,  
pésame que no se engañe,  
que darme la ejecución  
de tu muerte fué matarme,  
pues me ha de obligar tu amor  
para que después me mate.

LUCRECIA. Detente, Claudio, detente,  
que palabras semejantes,  
aun de burlas, son traiciones  
en personas desiguales.  
Sabes que eres mi criado  
y que soy tu dueño sabes,  
y burlas de esa manera  
son, más que alegres, infames.  
Vuélveme a dar el caballo.

CLAUDIO. Señora, si es animarte  
contra la fiera sentencia  
de tu esposo inexorable,  
ya es tarde para remedios,  
y agora verás si es tarde,  
que esta es la espada.

LUCRECIA. Detente,  
y aun de burlas no la saques.

CLAUDIO. Que no son burlas, Lucrecia.  
No finjas, para engañarme,  
que no entiendes que ofendiste,  
como libre, loca y fácil,  
a Marcelo, tu marido.

LUCRECIA. Claudio, si estas son verdades  
y a darme muerte venías  
por testimonios tan grandes,  
que tú sabes que lo son,  
¿de qué servía pintarme  
hierbas, flores, fuentes, vides,  
arroyos, lirios y sauces,  
sino testimonios, iras,  
pensamientos, liviandades,  
celos, enojos, locuras  
y engaños de hombres mudables?  
¿Yo francés? ¿Qué dices, hombre?  
¿Ha habido Porcia ni Evadnes



que a mi castidad y amor  
Roma ni Grecia comparen?  
A la fe, Claudio, el francés  
es que tan claras maldades  
vienen en francés a efeto  
que no las entienda nadie.  
Marcelo se habrá cansado  
de mí, y por dicha tú sabes  
que quiere alguna mujer.

CLAUDIO. Si yo pudiera excusarme  
de darte muerte, señora,  
holgárame de contarte  
la traición de tu marido.  
Mas decir que es traición baste  
para que mueras contenta  
de que él sabe que eres mártir  
de su tirano deseo.

LUCRECIA. ¡Por Dios, Claudio, que declares  
la intención de ese traidor!

CLAUDIO. Querer bien en otra parte;  
ser doncella la mujer,  
de claros y nobles padres,  
y que es vano su deseo  
si no es que con ella case.  
Casarse, siendo casado,  
no es posible.

LUCRECIA. Que me mates  
es justo, pues que mi esposo,  
viva yo, no ha de casarse.  
Démosle, Claudio, ese gusto.

CLAUDIO. ¡Oh, que los pechos le pase  
mala pistola francesa  
o degüelle turco alfanje!  
Verte responder así  
y que en tiempo semejante  
se te caigan de los labios  
tan profundas humildades  
me obliga a que no obedezca  
su traición, sino que ampare  
tu inocencia, y así digo  
que ya no quiero matarte,  
sino llevarte conmigo  
a estos vecinos lugares,  
de donde secretamente,  
Lucrecia, a Francia te pase;  
que allí me tendrás por tuyo  
mientras mi vida durare,  
sirviéndote yo de esclavo,  
conociendo lo que vales.  
No te merece Marcelo,  
pues que no supo estimarte.

Él goce su hermosa dama,  
y plegue a Dios que le trate  
de suerte, que de otra suerte  
testimonios le levante;  
que estas deshonras que finge  
que le has hecho sean verdades,  
tan verdades, que en castigo  
quede su honor por infame.  
Dame esas manos hermosas.  
Ven, mi Lucrecia, no aguardes.  
Véngate de un hombre fiero.  
Mira que estos arrayanes  
son árboles del amor;  
aquí duerme y de aquí sale,  
batiendo las alas libres  
y enamorando los aires.  
¿Qué miras, que estás suspensa?  
¿Era mejor que tu sangre  
bebieran estos arroyos  
que de aquellas peñas caen?  
¿No es mejor que al dulce son  
que forman de jaspe en jaspe  
esperemos que el aurora  
nos corone de diamantes?  
¡Ea, mi bien!

LUCRECIA. Si Marcelo,  
Claudio, con tantas crueldades  
a tu desvergüenza abrió  
la puerta, disculpa hallaste;  
pero no tanta que llegues  
a tocar a los altares  
de la honestidad, que son  
las manos que han de matarme.  
Por eso a la mujer dieron  
guantes las antigüedades,  
por que al altar de las manos  
fuesen cortinas los guantes.  
No las tengas, porque quien  
estos altares deshace  
perderá el respeto al Cielo,  
pues que se atreve a su imagen.  
Mátame, y goce Marcelo  
su esposa; mátame, dame  
tantas heridas, que veas  
dentro del alma en qué parte  
tuve a Marcelo tan firme,  
que, aunque más me despedaces,  
no podrás sacarle della.

CLAUDIO. Eso es locura notable.  
Goza la ocasión, Lucrecia;  
véngate.

LUCRECIA. ¡Cielo, ayudadme!

(Salen DON JUAN DE SILVA, caballero español, de camino; ZORRILLA, lacayo, con un cojín a cuestas, con sus estribos.)

DON JUAN. (Dentro:)

Ataja por allá. ¡Maldito seas!

ZORRILLA.

Si no dejo el cojín ¿cómo es posible?

DON JUAN.

Que me lo has de pagar quiero que creas.

ZORRILLA.

¿Hay hombre tan extraño y insufrible?

¡Pienso que verme despeñar deseas!

(Salen.)

DON JUAN.

¡Corre!

ZORRILLA.

Señor, correr es imposible; porque los dos estribos por los lados me tocan atabales destemplados.

LUCRECIA.

¿No hay quien me dé favor?

DON JUAN.

Escucha aquéllo.

ZORRILLA.

En siendo bosque y el rocín perdido, ha de haber aventura.

DON JUAN.

Un ángel bello

se queja allí.

ZORRILLA.

Gigante habrá salido.

DON JUAN.

Al viento tiene ya suelto el cabello. Yo llevo.

LUCRECIA.

¡Oh, caballero! Favor pido a vuestra cortesía.

DON JUAN.

Lo que valgo sirviéndoos lo veréis.—¿Qué es esto, hidalgo?

CLAUDIO.

Que vais vuestro camino os pido y ruego.

DON JUAN.

Soy español, y el amparar las damas desde la cuna lo aprendemos.

CLAUDIO.

(Ciego

me tiene Amor al humo de sus llamas.)

DON JUAN.

Ya que a este bosque, aunque perdido, llevo tras un caballo que en sus verdes ramas se me pudo esconder mientras dormía, le ha de valer con vos mi cortesía.

¿Quién es esta señora?

CLAUDIO.

Mal pudiera, no siendo mi mujer, tenerla agora donde castigue un mal que persevera y que mi honor destruye de hora en hora.

LUCRECIA.

¡Ay, señor español! Cuando no fuera notorio su valor, desde la aurora a los cercos antárticos, bastara ser yo mujer que de esos pies se ampara.

Este bárbaro infame es mi criado. Cerca está mi marido en una quinta.

DON JUAN.

Criado, dame un ramo de ese prado, porque sacar la espada de la cinta parece afrenta a un caballero honrado.

CLAUDIO.

Su dueño soy, y no como me pinta.

DON JUAN.

Anda, pícaro infame.

ZORRILLA.

A espaldarazos le haré, si me le dejais, mil pedazos.

CLAUDIO.

Si sois dos españoles, ¿es nobleza?

DON JUAN.

Síguele tú, Zorrilla.

ZORRILLA.

Aguarda un poco.

DON JUAN.

Yo quedo a consolar vuestra tristeza. Decid verdad: ¿quién es aqueste loco?

LUCRECIA.

Es mi criado.

DON JUAN.

¡Bárbara fiereza!

A volver a buscallo me provocho.  
 Más bién le hará que deje el soldadillo  
 la espada y vida.

LUCRECIA.

A vuestros pies me humillo.

DON JUAN.

¿Dónde os llevaba?

LUCRECIA.

Cerca está un aldea,  
 donde está mi marido, que hoy me ha escrito  
 una traidora carta en que desea  
 verme.

DON JUAN.

¿Traidora?

LUCRECIA.

Sí.

DON JUAN.

¿Por qué delito?

LUCRECIA.

Ama, y casarse el bárbaro rodea  
 fingiendo agora que el honor le quito.  
 Que me maten mandó, y este villano  
 trocó el acero a su lasciva mano.

Soy noble, ya lo veis si lo es el traje.  
 No le he ofendido; el fiero me aborrece;  
 adora una mujer de gran linaje,  
 que sólo con casarse la merece.  
 Si os parece que vuelva y que le ultraje  
 de esta traición... Un medio se me ofrece,  
 y es contar a mis padres el suceso.

DON JUAN.

Será si le queréis ver muerto o preso.

Y si él ha dicho que traición le hicistes,  
 vos perderéis en Génova la fama.  
 Mas ¿qué sangre es aquésta?

LUCRECIA.

Si la vistes,  
 que a no mostrarla algún valor me llama,  
 sabed que aquel traidor por quien tuvistes  
 de noble defensor la verde rama  
 que ciñe vuestra frente, hirió mis brazos  
 por resistir sus bárbaros abrazos.

DON JUAN.

¡Oh, pesia mi desdicha! Iré en el viento  
 a quitarle la vida.

LUCRECIA.

Esa española

gracia agradezco; pero mucho siento  
 quedar sin vos y en este bosque sola.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA.

No vuelva más al encender violento  
 del ardiente cañón redonda bola,  
 que en Flandes y en Italia llaman bala,  
 que el pícaro veloz que al viento iguala.

Tiréle dos hurgones carranceños,  
 por línea diametral volvió las ancas  
 como suele, al latir galgos cenceños,  
 la liebre al cazador, cédulas blancas;  
 tiréle dos guijarros berroqueños  
 más fuertes que el archivo de Simancas,  
 tales, que resistieron de aquel bote,  
 descalabrando el aire y el cogote.

Perdióseme de vista, aunque pudiera  
 sacarle por el rastro de la sangre.

DON JUAN.

Mayor dolor, mayor pesar me altera.  
 Temo que esta señora se desangre.

ZORRILLA.

¿Herida está?

DON JUAN.

Con una daga fiera  
 la hirió el traidor.

ZORRILLA.

Mal aprendiz le sangre  
 de suerte que, cortándole una arteria,  
 llegue a morir por última miseria.  
 ¡Oh, perro!

DON JUAN.

Al brazo le ataré esta liga.

ZORRILLA.

Yo sé un ensalmo.

DON JUAN.

¡Lindos disparates!

¡No le siguieras!

ZORRILLA.

La razón obliga.

Yo volveré mientras sus brazos atcs.

LUCRECIA.

Ya es tarde para todo. No le siga.

DON JUAN.

No llores, dama hermosa, ni te mates.



Noble soy y español, que español basta.  
Si casta fuiste, permanece casta.

Viven los Cielos de no darte enojos;  
si me abrasara Amor, que no me abraza,  
soy de un linaje noble, que en despojos  
los de Alejandro y de Trajano pasa,  
más libre que las niñas de mis ojos.  
Si a España vas te guardaré en mi casa;  
ésta tengo en Toledo, la que baña  
el Tajo, la Imperial ciudad de España.

Es mi nombre don Juan, y mi apellido  
Silva. De Portugal principio tengo.  
Mi sangre de sus reyes ha tenido  
la original, de que me precio y vengo.  
Fía de mí, que soy tan bien nacido,  
y de la casa que a tu bien prevengo,  
adonde vivirás con una hermana  
que es la virtud y gracia toledana.

Si vas a tu marido, por sin duda  
tengo tu muerte injusta y tu deshonra;  
luego es mejor que tu inocencia acuda  
a conservar su honestidad y honra.  
Después el tiempo, que los montes muda,  
y la verdad, que a sus amigos honra,  
darán satisfacción de tu inocencia  
y volverás alegre a su presencia.

LUCRECIA.

Conozco, caballero generoso,  
vuestra rara nobleza y cortesía;  
vuestro apellido, en Génova famoso,  
harto asegura la inocencia mía.  
Mirando estoy un hombre riguroso,  
lleno de amor y loca tiranía.

Mi fama me da voces a que pida  
por ella y no por mí tan triste vida.

¡Válame Dios! ¡Que una mujer segura  
en su casa, español, amaneciese,  
de ver sola una calle y que la dura  
fortuna a tanto mal la redujese!  
¡Que fuera de tener la desventura  
en que me veis me obligue, aunque me pese,  
a ver el mar y a España con un hombre  
que no ha un instante que escuché su nombre!  
¡Oh, ejempls de la vida miserable!

ZORRILLA.

Vamos, señora, a España alegremente,  
que es tierra de los Cielos, favorable  
a todo extraño de la suya ausente.  
No es, como otras naciones, desamable,  
despegada, celosa y impaciente;

camínase de noche en sus ciudades  
sin que se teman armas ni crueldades.

Aunque es el español, por sus blasones  
en guerra y paz y por su gloria y fama,  
aborrecible a todas las naciones,  
él a todas las quiere, estima y ama,  
con todas trata en todas ocasiones,  
con todas casa y de su sangre llama;  
si riñe un extranjero, el caballero  
y el oficial acude al extranjero.

No tiene el español por las ventanas  
ladrillos, ollas, piedras, que reserva  
para pendencias de extranjeros vanas;  
cuando mucho, de noche, agua y conserva.  
España tiene las ciudades llanas;  
no entran por fosos, todo es verde hierba,  
no hay moneda de reinos extranjeros,  
cuanto come la cuesta sus dineros.

Id a gozar su paz y cortesía;  
no vais donde os espera injusta muerte.

LUCRECIA.

Si esto ordena, español, la suerte mía,  
o lo permite Dios, porque no hay suerte,  
yo aceto vuestra dulce compañía.  
Vamos al mar.

DON JUAN.

No quiero agradecerte  
la merced que me has hecho. Sólo digo  
que soy Silva, español, y vas conmigo.

*(Vanse, y salen TOMÉ, CELIA, FLORA y HERVASIO, y otros con instrumentos, y MARCELO, el marido de LUCRECIA.)*

MARCELO. Bien prevenidos estamos.  
Yo me espanto que no venga.

CELIA. Ya poco puede tardar.

FLORA. La oscura noche se acerca;  
y si no es que descansaron  
para tan pequeñas leguas,  
no parece que de Amor  
ha sido la diligencia.

MARCELO. ¿Qué dirá, pastores míos,  
mi amada esposa Lucrecia  
cuando vea que la aguardo  
con tal regocijo y fiesta?

HERVASIO. No pienso que es el menor,  
amo y señor, cuando sepa  
que habéis casado a Tomé,  
mi hijo, y la hermosa Celia.

MARCELO. Antes el mayor de todos.

TOMÉ. ¡Pardiez, amo! Como él quiera,  
que en honra de mi señora  
baile un brando a la flamenca.

CELIA. Ruido he sentido en casa.

MARCELO. No dudéis de que ella sea.

(Sale CLAUDIO, herido en la cabeza y la espada desnuda.)

CLAUDIO. ¿Si me ha de bastar aliento?

MARCELO. ¡Cielos! ¿Qué fantasma es ésta?

CLAUDIO. Claudio soy. ¿No me conoces?

MARCELO. ¿Claudio?

CLAUDIO. Que nunca lo fuera.  
Con mi señora, mal dije,  
con aquella mujer fiera  
salí de Génova solo,  
y muy pocas millas de ella  
me salieron embozados  
con unas capas francesas  
dos caballeros gallardos,  
pienso que romanos eran.  
“Suelta la dama”, me dijo  
el más galán, y Lucrecia,  
tu mujer, me dijo entonces:  
“Vuélvete, Claudio, a la aldea,  
que esto quiere mi ventura.”  
El otro a este punto llega,  
y de dos espaldarazos  
dió con mi persona en tierra.  
Metí mano y dije: “¡Infames,  
de mi señor la nobleza  
no merece esta traición!”  
¡Ay! ¡Nunca yo lo dijera!  
Cinco heridas traigo, y todas  
de tan poca resistencia,  
que se llevan tu mujer.

MARCELO. ¿Por dónde, Claudio, la llevan?

CLAUDIO. Eso es seguir el viento,  
que por esos montes vuelan  
al mar, y a lo que yo juzgo,  
deben de ser de Marsella.

MARCELO. ¡Oh! Maldiga Dios el día  
que mi loca parentela  
me persuadió que pidiese  
para mujer a Lucrecia!  
¡Salid, villanos, de aquí!—  
Y tú excusaras las nuevas  
hasta que estuviera solo,  
pues va mi honor en sus lenguas.

CELIA. Vámonos, Flora.

HERVASIO. Tomé,  
grande mal.

TOMÉ. ¿Qué digo, Celia?

Descásome de contigo;  
no quiero capas francesas,  
que la más larga no cubre,  
cuando más te lo parezca,  
más de los pies, y esta fruta  
asoma por la cabeza.

(Todos los VILLANOS se vayan.)

MARCELO. ¡Miserio de mí! ¿Qué haré?

¿Yo era aquel que tanta priesa  
me daba a casar el mundo?

¿Yo quien la paz y la guerra,  
la fortuna y el amor,  
la esperanza y la paciencia,  
el mar, los peces, las aves,  
árboles, prados y selvas,  
fuentes, ríos, plantas, flores?  
Hablabla sin experiencia.

¡Fiera Lucrecia! ¿Qué has hecho?

¿Dónde vas? ¿Dónde me dejas?

¡Mira que infamas el nombre!

CLAUDIO. Señor, si la voz no tiempas,  
cuenta tu honor por perdido.

MARCELO. No es bien que a Génova vuelva.

Tú ve a Génova y dirás  
que, saliendo del aldea,  
nos salieron dos ladrones,  
y di que muertos nos dejas  
a mí y a Lucrecia, y di,  
pues esas heridas llevas,  
que te las dieron ¡oh, Claudio!  
de nuestra vida en defensa.  
Con esto nos buscarán  
para darnos casa eterna,  
y tú vendrás a buscarme,  
Claudio, ya que convalezcas,  
y los dos, con otro traje,  
nos iremos a Venecia  
o adonde el dolor nos lleve.

CLAUDIO. Bien tu desdicha remedias.  
El consejo es de tu honor,  
y así es bien que le obedezcas.  
Yo parto, a Génova luego.

MARCELO. No te cures por que crean  
el engaño y nuestra muerte.  
¡Pluguiera a Dios fuera cierta!

Que no es la vida buena  
no habiendo honor a quien de honor se precia,  
y escriba sobre el agua su fortuna  
quien en mujer halló firmeza alguna.

ACTO SEGUNDO

(Salen DON JUAN, LUCRECIA y ZORRILLA.)

LUCRECIA. Ya por lo menos no engaña  
la fama que la corona.

D. JUAN. Esta llaman Barcelona,  
primera ciudad de España.  
Si la fama que tenías  
con la vista se aumentó,  
bien dices que no engañó  
a lo que pensado habías.

LUCRECIA. ¡Oh, cómo tiene hermosura!

ZORRILLA. Vidros se labran aquí.

LUCRECIA. Algunos curiosos vi,  
y de extraña arquitectura.

ZORRILLA. Compiten ella y Venecia.  
Mas labrando de mil suertes  
vidros hay hombres tan fuertes,  
que la tierra y mar los precia.  
Ayer dijo una persona,  
entre ciertos bachilleres,  
que se hicieron las mujeres  
de vidrio de Barcelona.  
Su claro lustre celebran,  
que al cristal tiene en despojos;  
resplandecen a los ojos  
y a cualquier golpe se quiebran.  
Mas no se dirá por ti.

LUCRECIA. No, porque mi resistencia  
muestra en la fuerza y paciencia  
que de acero y bronce fuí.

D. JUAN. Cuenta Ovidio que nacieron  
de piedras la vez segunda  
los hombres, y en esto funda  
la dureza que les dieron  
cierto poeta latino.  
Tú, si de piedras naciste,  
a las heridas lo fuiste  
y al marítimo camino,  
que, por falta de galeras,  
nos puso aquella tartana  
en gran peligro.

ZORRILLA. ; Inhumana  
furia y bravas ondas fieras!  
Si yo lo puedo excusar,  
señor mar, no me veréis  
otra vez donde me deis  
tanta ocasión de rezar.  
; Yo devoto! ; Yo contrito!

D. JUAN. Antes lo has de agradecer.

ZORRILLA. Con ventas quiero entender.  
A las mulas me remito.

; Oh, mar hinchado y cruel!  
LUCRECIA. ; Notables traiciones fragua  
al huésped!

ZORRILLA. Basta ser agua  
para no fiarse de él.  
Si el mar fuera todo vino,  
durmiendo un hombre pasara;  
mas agua, y apenas clara,  
todo es aire y torbellino.  
Que el camino algunas veces,  
aunque en ásperos distritos,  
mejor es entre mosquitos  
que entre ballenas y peces.

D. JUAN. En fin, Lucrecia, tú vienes  
buena ya de tus heridas.

LUCRECIA. Bastaba a darme mil vidas  
ese cuidado que tienes;  
éstas te debo, don Juan;  
bendita tu patria sea.

D. JUAN. Tu bien el alma desea.

LUCRECIA. Con justa razón están  
mil naciones envidiosas  
del español.

D. JUAN. No he podido  
regalarte, aunque he tenido  
ocasiones tan forzosas.  
Mas pues a mi patria vas,  
y a mi casa, estoy seguro  
que allí veas que procuro  
servirte y honrarte más.  
Paréceme que irás bien  
en un coche hasta mi tierra,  
que me da tu herida guerra,  
y es más decencia también.

LUCRECIA. Como yo vaya contigo  
segura va mi salud  
y mi honor en tu virtud,  
por quien alegre te sigo;  
y pues que tu cortesía  
oficio de hermano ha hecho,  
honra mi sangre mi pecho  
en esta desdicha mía,  
aunque te llames mi hermano.

D. JUAN. Yo gano, Lucrecia, honor,  
y es justo, por que mi amor  
camine a paso más llano.  
Entra en la posada un poco  
mientras busco tres mujeres  
que te sirvan.

LUCRECIA. Tanto quieres  
honrarme...

ZORRILLA. ; Tres? ; Estás loco?



D. JUAN. Con tres dueñas irá bien  
en un coche acompañada.

ZORRILLA. ¿Tres dueñas?

D. JUAN. Quiero que honrada  
vaya con dueñas también.

ZORRILLA. Hagamos cuenta.

D. JUAN. ¿Tenemos  
algo del humor, Zorrilla?

ZORRILLA. ¡Tres dueñas!

D. JUAN. ¿Y es maravilla  
que de esta suerte la honremos?

ZORRILLA. Que pueda un hombre sufrir  
una sola se ha tenido  
por milagro.

D. JUAN. ¿No has oído  
allá en Castilla decir  
como de haciendas madrastra  
aquella que arrastra honra?  
Pues las dueñas causan honra,  
que es como cosa que arrastra.

ZORRILLA. ¿Sabes qué hizo un discreto  
para tener dueñas?

D. JUAN. No.

ZORRILLA. De bulto las fabricó  
y hicieron el mismo efeto;  
que si son para sentadas  
y el silencio es menester,  
lo mismo vienen a ser  
las vivas que las pintadas.  
Por Dios te ruego, señor,  
que no lleves estas dueñas.

D. JUAN. ¡Qué bien, Zorrilla, me enseñas  
para que tenga valor!

ZORRILLA. No impido tus manos francas.  
Mas es lo mismo si llevas  
dos o tres bayetas nuevas  
y encima unas fundas blancas.  
La primer dueña nació  
de una tumba y un difunto.

D. JUAN. ¿Qué has sentido, te pregunto,  
de Lucrecia?

ZORRILLA. ¿Yo?

D. JUAN. Tú.

ZORRILLA. ¿Yo?

D. JUAN. ¿Qué te admiras?

ZORRILLA. ¿No es razón?

Si yo te lo preguntara,  
más justo fuera y pensara  
que era mayor discreción.  
Y pues ocasión me has dado  
para que te hable así,  
di qué llevamos aquí,

que estoy confuso y turbado.

¿En tu casa qué dirán,  
y en Toledo, cuando vean  
que aquí tus guerras se emplean?

D. JUAN. Alabanzas de don Juan,  
que es hecho de caballero  
amparar una mujer.

ZORRILLA. ¿Osaréte responder?

D. JUAN. Antes tu respuesta espero.

ZORRILLA. Esta mujer es hermosa.

D. JUAN. Y entendida sumamente.

ZORRILLA. ¿Qué es lo que tu pecho siente  
de carga tan peligrosa?  
Que yo, cuando un plato llevo  
de la cocina a la mesa,  
pesco, si puedo, una presa  
y en el camino le pruebo.

D. JUAN. Zorrilla, este hermoso plato  
hale guisado el honor;  
si es la fama buen olor,  
yo le doy sólo el olfato.  
No le tengo de comer  
aunque más hambre me mate.

ZORRILLA. ¡Que un hombre de llevar trate  
para olfato una mujer!  
A gran peligro te pones,  
que la mejor es perdiz.

D. JUAN. Será una empresa feliz  
y gloria de mis blasones;  
pues yo te juro, Zorrilla,  
que no hago en esto poco,  
porque voy por ella loco.

ZORRILLA. Esa es mayor maravilla;  
y aun ella también me mira  
agradecida en extremo.

D. JUAN. Bien sabe Dios lo que temo,  
que soy hombre.

ZORRILLA. ¡Tararira!

D. JUAN. No hay que tratar; si me viese  
muerto entre una y otra ola,  
la cortesía española,  
aunque a mil naciones pese,  
ha de quedar celebrada.

ZORRILLA. Que nadie diga, a la fe,  
de esta agua no beberé,  
y más si la fuente agrada.

D. JUAN. Yo me dejaré morir;  
pero esta noble mujer,  
Zorrilla, no ha de entender  
que yo la intento servir  
más que por la cortesía  
que debo al ser español.

ZORRILLA. Bien, que no se ha puesto el sol;  
todo pasa bien de día.  
Librete Dios, aunque asombre  
a tu noble pensamiento,  
de un primero movimiento,  
que no está en mano del hombre.  
Yo sé que a una guerra sales  
de alto precio y hondo abismo,  
porque el vencerse a sí mismo  
es más que de hombres mortales.

D. JUAN. ¿No has visto que algunos sabios  
a quien la modestia avisa  
para detener la risa  
se sueñen morder los labios?  
Pues yo, de la misma suerte,  
para excusar sus ojos,  
me sabré morder los ojos  
para no mirar mi muerte.

ZORRILLA. ¿Morder los ojos? ¿Hay cosa  
más notable? Pero es cierto  
que te vendrás a hacer tuerto.

D. JUAN. Si Lucrecia fuere hermosa,  
yo sabré ser continente;  
que, por honra de español,  
no ha de ser más limpio el sol  
que yo en la ocasión presente.

ZORRILLA. ¿No has visto en las disciplinas  
decir al que va llagado  
"Dios te oiga"?

D. JUAN. Si has dudado  
de las fuerzas peregrinas  
de una determinación,  
tú verás, necio, este día  
la española cortesía  
dando al mundo admiración.

ZORRILLA. Yo lo he de ver y creer,  
que hay cosas, por no mentir,  
fáciles para decir  
y difíciles de hacer.  
Mas lo que sabes se doma;  
mas si vences tu pasión,  
véngate la maldición  
de las tres higas de Roma.

(*Vanse, y salen CLAUDIO y MARCELO.*)

CLAUDIO.

No hay en Génova un hombre que no crea  
que eres muerto.

MARCELO.

No quiso mi fortuna  
que toda triste y desdichada sea,  
y ésa puedo tener por dicha alguna.

¡Ay, Dios! Si aquesta herida infame y fea,  
que con tantos dolores me importuna,  
se pudiera curar como las tuyas.

CLAUDIO.

Fía del tiempo y de las manos tuyas.

MARCELO.

El tiempo no podrá curar mis males  
mientras viviere esa mujer traidora,  
de quien sólo en mi agravio ves señales,  
pues corre sangre la memoria agora.

CLAUDIO.

Si en las cosas, señor, que son mortales,  
por más que industria las encubre y dora,  
no dicen que secreto alguno cabe,  
¿cómo de aquella ingrata no se sabe?

MARCELO.

Si era francés el dueño que la tiene  
y la ha llevado a Francia, ¿qué te admiras?  
Salir, Claudio, de Italia me conviene.  
Trágueme el mar en sus profundas iras.  
Apenas viento de mi patria viene,  
apenas sombra de mi patria miras,  
cuando pienso que ya saben que vivo.  
¡Tan grande afrenta de vivir recibo!

Que aunque es verdad que luego te creyeron,  
y nos tienen por muertos y han buscado,  
los tiempos, que jamás cosa encubrieron,  
no guardarán secreto a un desdichado.  
Si los indicios verdaderos fueron,  
en ir a Francia estoy determinado;  
que sabré del adúltero sospecho,  
en otro traje y con fingido pecho.

CLAUDIO.

¿A Francia quieres ir?

MARCELO.

¿No te parece  
que vivirá con tal descuido en Francia  
que le demos la muerte que merece?

CLAUDIO.

¿Cómo podrás si es hombre de importancia?

MARCELO.

Claudio, el agravio la ocasión ofrece  
al que ofende. ¿Qué importa el arrogancia,  
la presunción, riqueza y el oficio?  
La muerte es como el sol, basta un resquicio.

Guárdate de ofender, que el ofendido,  
si a su venganza está determinado,  
en cas del ofensor hace su nido,

y a veces en su pecho descuidado.  
 ¡Dios te libre de agravio conocido!  
 Sin sombra dicen que anda el agraviado,  
 y que tiene dos sombras el que agravía:  
 al sol y a su enemigo.

CLAUDIO.

Enigma sabia.

MARCELO.

Dinero tengo y armas prevenidas;  
 que con dinero, y en país extraño,  
 no dudes que hallaré más homicidas  
 que pensamientos me ha de dar mi engaño  
 para quitar las honras y las vidas.  
 Como nos muestra el mundo el desengaño,  
 compra testigos falsos el dinero;  
 luego mejor un homicida fiero.

CLAUDIO.

Dondequiera, señor, que tu venganza  
 ponga la proa, mi lealtad me anima  
 a seguirte, con justa confianza  
 de que tu amor mi buen deseo estima.  
 Sangre me cuesta tu servicio.

MARCELO.

Alcanza

siempre su premio Amor.

CLAUDIO.

Y el que se arrima  
 a un árbol como tú.

MARCELO.

Si yo me vengo,  
 hacerte dueño de mi hacienda tengo.

(Vanse, y salen DON JUAN y ZORRILLA.)

D. JUAN. Muy tarde habemos llegado.

ZORRILLA. Quien camina con tres dueñas  
 por Cataluña y peñas,  
 él lleva un mundo abreviado.

D. JUAN. ¿Apeáronse?

ZORRILLA. Ya están  
 en la venta, y muy quejosas.

D. JUAN. ¿Quejosas?

ZORRILLA. Son enfadosas  
 por todo extremo, don Juan.

D. JUAN. Pues ¿qué les falta?

ZORRILLA. No, nada,  
 y siempre hay quejas y voces.

D. JUAN. No es posible.

ZORRILLA. Mal conoces  
 una dueña mareada.

¿Hay mula en carro de noche  
 que perfume tan grosera  
 los que van en delantera  
 como una dueña en un coche?  
 Pues lo que meten consigo  
 de trapillos y envoltorios,  
 pues ¡qué olor! Mil refitorios  
 no huelen como ellas.

D. JUAN.

Digo

que les levantas a éstas  
 mil testimonios, pues son  
 limpias como de Aragón.

ZORRILLA. Presto gozarás las fiestas,  
 que viene con mal de hambre  
 la más vieja.

D. JUAN. ¿Qué humor tienes!

ZORRILLA. Habrá vísperas solenes  
 por el siglo de mi padre.  
 Mas dejando estas ballenas,  
 ¿cómo vienes de tu amor?

D. JUAN. Cada día voy peor,  
 siempre se aumentan mis penas.

ZORRILLA. El trato es cosa terrible;  
 porque esto de afratelarse,  
 verse, hablarse, regalarse,  
 rompe el mayor imposible.  
 ¿Ya le habrás dicho tantito  
 de lo que sientes?

D. JUAN. ¿Por Dios,  
 que hemos venido los dos  
 rezando!

ZORRILLA. ¿Amador bendito!

D. JUAN. Como estoy determinado  
 a la palabra que di,  
 como español, traigo en mí  
 todo su valor cifrado.  
 Hermanos somos los dos.

ZORRILLA. Harás que pierda el sentido.  
 ¿Es posible que no ha habido  
 "Ojos, decídselo vos"?

D. JUAN. ¿No te dije el otro día  
 que aun no me atrevo a mirar?  
 Entra a ver qué hay que cenar.

ZORRILLA. Perdices pienso que había,  
 y pelando está un capón  
 el mozo del coche.

D. JUAN. Mira  
 qué hay de Lucrecia.

ZORRILLA. Suspira  
 en tanto, amante frión,  
 que a quien la ocasión se humilla  
 y a verla gigante aguarda,



que le pongan una albarda  
dice el refrán de Castilla.

(Vase.)

DON JUAN.

Extraños aunque nobles pensamientos,  
¿qué pretendéis de un hombre enamorado  
que la prenda que adora lleva al lado  
y por testigos árboles y vientos? [tos

¿Qué mares? ¿Qué montañas? ¿Qué cimien-  
de fuertes muros? ¿Qué escuadron armado  
os impide llegar? ¿Qué puerto helado?

¿Qué guerra de contrarios elementos?

¡Cielos! no soy Hipólito con Fedra;  
legítimos parecen mis empleos;  
no me hagáis muro de tan verde hiedra.

Amor, fortuna, tiempo, deteneos,  
que, aunque español, soy hombre, no soy piedra.  
Quitadme la ocasión o los deseos.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. Un encubierto dolor  
que va saliendo a los ojos,  
un nuevo morir de antojos,  
¿quién no dirá que es amor?  
Cuando el honesto valor  
resiste los pensamientos  
de los tiernos sentimientos  
que engendra la obligación,  
llamarla honrada afición  
son justos atrevimientos.

Confieso al noble español  
que me sirve y me regala  
con limpieza que se iguala  
al oro puro en crisol,  
que como a la flor del sol  
los pensamientos me lleva,  
no porque a mi honor me atreva,  
a mi pensamiento sí;  
si con esto le ofendí,  
no hay muerte que no le deba.

Mas ¿quién hay que hasta pensar  
no llegue, si está obligada,  
que pensar determinada  
de no ofender no es obrar?  
¡Oh! ¡Quién viera en mi lugar  
las Porcias y las Lucrecias!  
Diránme muchas: "Si precias  
tu honor, ten firme, mujer."  
Bien dicen; quiero creer  
que no hay en el mundo necias.  
(¡Jesús! Don Juan está aquí.

Si el pensamiento tuviera  
lengua, entendido me hubiera.)  
¿Señor?

D. JUAN. ¿Lucrecia? (¡Ay de mí!)

LUCRECIA. Mil años ha que no os vi;  
tantos ha que aquí llegué,  
y no ha un momento que fué.

D. JUAN. Siempre vuestras cortesías  
aumentan las deudas mías,  
como en las firmas se ve.

Pesame que hayáis llegado  
a venta que no es posible  
regalaros.

LUCRECIA. (¡Qué invisible  
anda Amor disimulado!  
Mírame don Juan turbado;  
la celosía le abona  
con que se encubre. Perdona,  
honor, lo que es natural,  
que, aunque mira por cristal,  
se trasluce su persona.

Yo veo que soy querida  
y quiero lo que no quiero;  
miro bien lo que no espero  
gozar en toda mi vida,  
que antes seré homicida  
que hacer ofensa a mi honor.  
Pero de tener amor  
a un caballero cortés  
no se ofenda el Cielo, que es  
linaje de ingratitud  
no amar la gala y virtud  
donde es la fuerza interés.)

D. JUAN. (¿Hay Tántalo como yo  
entre el agua y las manzanas?  
¿Qué es esto, leyes humanas?  
¿Qué rey esta fuerza os dió?  
A estado mi amor llegó  
que, como en otro estuviera,  
yo pienso que le venciera;  
que sólo más nobles son  
Alejandro y Escipión  
en ser su hazaña primera.

Y tanto más deben fania  
a mi nombre estas vitorias,  
cuanto son mayores glorias  
quererme bien esta dama.  
Que aunque la vista derrama  
para no ponerla en mí,  
tal vez que a mirarla fui,  
a ver si entonces la vía,  
detrás de la celosía

de su vergüenza la vi.

En gran peligro me veo.

¿Qué habemos de hacer, Amor?

¿Por qué me niega el honor

lo que me pide el deseo?

Conmigo mismo peleo.

Defiéndame Dios de mí.

A buen tiempo viene aquí

mi criado. Estorba, amigo,

este pelear conmigo

para que me venza a mí.)

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. Ea, bien podéis cenar.

D. JUAN. Entra, señora, a sentarte.

(Que solo temo mirarte,  
cuanto más llegarte a hablar.)

ZORRILLA. (Hoy no puedes excusar  
de romper la cortesía.)

LUCRECIA. (Ya la soledad temía.

¡Oh, bien venido, criado!)

(Vase LUCRECIA.)

D. JUAN. ¿Qué dices, que estoy turbado?

¡Gran resolución la mía!

ZORRILLA. Digo que dice el ventero  
que hay en la casa que estás  
un aposento no más  
y que en él hice al cochero  
que echase los traspontines,  
y dos sábanas saqué;  
la colcha de raso eché,  
y los morados cojines  
les puse por cabecera,  
con la sábana cubiertos.

D. JUAN. Pues bien...

ZORRILLA. Indicios son ciertos  
de la boda que te espera.  
No hay más en la venta toda,  
o habrá noche toledana.

D. JUAN. ¡Qué ocasión!

ZORRILLA. Segura y llana.  
Mas es bastarda la boda.

D. JUAN. Ahora bien, la manga aplica  
y las maletas a un poyo.

ZORRILLA. Mas ¿echarte en un arroyo?

D. JUAN. A la virtud ¿quién replica?

ZORRILLA. ¡Pardiez! Ello pudo ser  
virtud, honra y cortesía,  
mas linda mentecatía,  
a mi pobre parecer.  
¿Tú fuerzas aquí a Lucrecia,

o el ventero, que no tiene  
más que un aposento?

D. JUAN. Pene  
quien su honor estima y precia.  
Yo la tengo en confianza;  
ella se fió de mí.

ZORRILLA. Digo que lo creo así;  
del tiempo fué la mudanza.  
Sigue el tiempo y la ocasión  
que te muestra los cabellos.

D. JUAN. A mí me está bien perdellos.  
Déjame aquí, tentación.

ZORRILLA. Si no es la venta más ancha...

D. JUAN. ¡Que esta bestia me alborote!

ZORRILLA. ¿Qué hiciera más don Quijote  
con la dama de la Mancha?

D. JUAN. ¿Aposentaste las dueñas?

ZORRILLA. Sí, señor.

D. JUAN. ¿Dónde hay lugar?

ZORRILLA. Todas tres en el pajar,  
como damas borriqueñas;  
y más otra desventura,  
que allá tengo de dormir  
o al campo me he de salir.

D. JUAN. Eso es abrigo y ventura.

ZORRILLA. ¿Abrigo? ¡Lindas carracas!

D. JUAN. ¿Ya es malo?

ZORRILLA. ¿Y no lo ha de ser,  
si tengo de parecer  
asno matado entre urracas?

D. JUAN. Ahora bien, voime a cenar  
ansias, deseos y penas.

ZORRILLA. Bien harás si capón cenas  
y perdices por asar.

D. JUAN. Cielos, vuestra ayuda espero.

ZORRILLA. Aunque su virtud te inspiran,  
algunos, don Juan, te miran  
que te llaman majadero.

(Váyanse, y salen LEONARDA, dama, y JULIA, criada,  
y ANTONIO.)

LEONARDA. Si otra vez os atrevéis,  
haré que os cueste la vida.

JULIA. En vano estás ofendida.

LEONARDA. Bien mi condición sabéis.  
¿Papel a mí?

ANTONIO. ¿Quién pensara  
que de un papel te ofendieras  
tan de burlas?

LEONARDA. Todo es veras  
en lo que el honor repara.

JULIA. Antonio me le dió a mí.

LEONARDA. Y a Antonio ¿quién se le dió?

ANTONIO. Un caballero me habló  
hoy cuando a la iglesia fui;  
y como me habló entre santos  
y delante de un altar,  
puedes pensar...

LEONARDA. No hay pensar  
para desatinos tantos.

ANTONIO. Dijo que eran casamientos.

LEONARDA. Pues ¿cómo, ausente don Juan?  
Y papeles no se dan  
adonde hay merecimientos,  
que en habiendo memoriales  
necesidades aprietan.

JULIA. Pocas veces se sujetan  
los hombres tan principales  
a terceros, que mil veces  
por componer, descomponen,  
y, en fin, sus costumbres ponen  
a vista de mil jüeces;  
y por eso por papel  
negocian lo que pretenden.

ANTONIO. Mejor por cartas se entienden  
y un secretario fiel.  
Y cuando esto errado sea,  
con responderle enojada  
queda la historia acabada.

LEONARDA. Luego ¿queréis que le lea?

ANTONIO. Y ¿qué se puede perder,  
si ya el enojo has templado,  
en ver un papel casado,  
que a nadie puede ofender?  
Por lo menos quedarás  
sin sospecha y sin temor,  
y con más seguro honor  
respuesta darle podrás  
por palabra o por escrito.

LEONARDA. Muestra a ver.

JULIA. (Pienso, y aun creo,  
que era mayor su deseo  
que el nuestro.)

LEONARDA. La nema quito.

ANTONIO. Bien puedes seguramente;  
no es escritorio un papel.

LEONARDA. Antes sí, si escribe en él  
un corazón lo que siente.  
No trae cruz. Tómale allá.

ANTONIO. ¿Por qué?

LEONARDA. ¿Qué más testimonio  
que el papel no es matrimonio  
viendo que sin cruz está?

ANTONIO. Antes muestra bien en él

que ya tiene sus cuidados,  
porque las de los casados  
no son cruces de papel.

LEONARDA. Ahora bien, a verle vuelvo.  
No hago poco. Dice aquí:

(Lea.)

“¡Oh, Leonarda! Pues que así  
a escribirte me resuelvo...”  
Entra con exclamación.  
Poético estilo tiene.

(Lea.)

“Mas mi atrevimiento viene  
de amor, que es fuerte pasión.  
Amo tu rara hermosura...”  
¿Es buen atributo rara?

ANTONIO. Quien ama sólo repara  
al alma de la escritura,  
y raro es único.

LEONARDA. Bien.

¿Única soy?

ANTONIO. Fénix eres  
de las gallardas mujeres  
que en esta ciudad se ven.

LEONARDA. (Lea.) “Amo tu rara hermosura  
con el debido respeto...”  
¿De petición fué el conceto?  
Pienso que apelar procura.

ANTONIO. Di adelante.

LEONARDA. (Lea.) “Y ella obliga,  
por abreviar mi deseo,  
que para el santo himineo  
te solicite y te siga.”  
¿Es fiesta acaso que guarda  
la Iglesia al santo Himineo?

ANTONIO. Fué poético rodeo  
y una figura gallarda  
no decir “Casarme quiero”.  
Porque las fábulas todas  
dan este dios a las bodas  
por felicísimo agüero.

LEONARDA. ¿Fábulas me escribe a mí?  
Luego no trata verdad.

ANTONIO. Fué por más curiosidad.

LEONARDA. Respóndele tú por mí,  
y pongan el coche luego,  
porque del jardín me voy.

JULIA. Aún hace sol.

LEONARDA. Cierta estoy  
que no me queme ese fuego.

(Tase.)

JULIA. Fuése con melindre extraño.



ANTONIO. Es primerizo el papel.

JULIA. ¿Don Jorge está en el vergel?

ANTONIO. Tan cerca, que oyó su daño.

Julia, si me quieres bien;  
Julia, si mi amor te obliga,  
de mi señora mitiga  
ese melindre y desdén.  
Háblala en don Jorge y di  
que es bueno para marido.

JULIA. Necio estás.

ANTONIO. Siempre lo he sido.

JULIA. ¿Leonarda es doncella?

ANTONIO. Si.

JULIA. Pues ¿cuándo has visto doncella  
rigurosa a casamiento?

Si vieras su pensamiento  
como los melindres de ella,  
vieras que lleva a don Jorge  
de medio a medio clavado.

ANTONIO. Pienso que en lo cierto has dado.

Para las casadas forje  
doblores el interés;  
pero para las doncellas  
sólo el casarte con ellas  
el mayor del mundo es.

JULIA. Voila a dar el rebocino,  
que está lejos la ciudad.

ANTONIO. ¿Conoces su enfermedad?

JULIA. Al Amor le pintan niño  
porque regalos le engañan.  
Dile a don Jorge que escriba,  
por más que se muestre esquiva,  
que los ruegos nunca dañan.  
Pase la calle mil veces,  
y los domingos le avisa  
que vaya galán a misa.

ANTONIO. A Celestina pareces.

JULIA. Adiós, que aquestas bobillas  
se han de llevar de este modo.

(Váyase.)

ANTONIO. Yo le avisaré de todo,  
que del Tajo en las orillas  
está templando su fuego.

(Sale DON JORGE.)

D. JORGE. Y aún más cerca, Antonio, estoy,  
que entre estos álamos doy  
a mis tormentos sosiego.

ANTONIO. Ya las diligencias mías  
habrás oído.

D. JORGE. Por ver  
a Leonarda quise hacer

los jazmines celosías,  
y temí que se alterasen.  
Pero, en fin, tan cerca estuve,  
que a mis suspiros detuve  
para que no la abrasasen.  
Ya vi romper el papel;  
que, a serlo de desafío,  
no pudiera el color mío  
mudarse más que por él.  
Enojéme con las aves,  
que me estorbaban oír  
su voz, para competir  
la de sus labios suaves.  
Que estas sonoras azudas,  
aunque son de agua, al ruego  
de las ruedas de mi fuego  
parece que estaban mudas.  
¿Qué dijo, en fin?

ANTONIO. El papel  
tomó con dos mil desdenes;  
pero buen negocio tienes  
si ya te escuchan por él.  
Julia me dijo que a misa  
no faltases muy galán,  
y a la calle, pues don Juan  
sus Flandes y Italías pisa.  
Negociarás... Pero mira  
que se parte y verla puedes  
detrás de aquellas paredes.  
D. JORGE. Por verla el alma suspira.  
Creo cuanto me prometes.  
Voy a verla. Antonio, adiós.

(Váyase DON JORGE.)

ANTONIO. No sois buena finca vos  
para juro de alcahuetes.  
¿Qué gracioso majadero!  
Pues si al principio no da,  
cuando le quieran, ¿qué hará?  
De Amor es alma el dinero.  
No gozaréis de favor,  
señor amante novicio,  
porque el dinero es el quicio  
de las puertas del Amor.

(Vase, y sale un ARRIERO.)

ARRIERO.

Oya, señora huésped, ¿qué digo!  
no hay un mozo siquiera.

MESONERA.

Gil, levántate.

ARRIERO.

Acabe ya, que quiero estar mañana temprano en el mercado de Toledo, si place a Dios.

MESONERA.

Levántate, muchacha, que el mozo habrá bebido, como suele.

(Sale una MOZA del mesón.)

MOZA.

¿Qué quiere? Lleve el diablo sus entrañas, que nos hace salir a media noche de donde no ha media hora que dormíamos.

ARRIERO.

Tengo que madrugar, señora Olalla. Por eso me quedé en Orgaz temprano.

MOZA.

Pues ¿para cinco leguas tantas voces? ¿Qué tiene?

ARRIERO.

Seis almudes de cebada.

MOZA.

¿Almudes? ¿Andaluz?

ARRIERO.

A su servicio.

MOZA.

¿Qué lleva?

ARRIERO.

Algunos tercios de pescado.

MOZA.

Seis almudes, a treinta, son seis reales . menos seis cuartos. ¿De la cena?

ARRIERO.

Tengo un conejo y un lomo de carnero.

MOZA.

Dos y medio el conejo, y tres el lomo, son doce reales menos un cuartillo. ¿El vino?

ARRIERO.

Seis azumbres, y no es mucho, que somos cuatro.

MOZA.

A veinte, son tres reales

y medio, y doce menos un cuartillo, son quince y un cuartillo. ¿Pan?

ARRIERO.

Ninguno,

que pan trajimos.

MOZA.

Pues aquesto debe.

¿Y de posada y buena gracia?

ARRIERO.

Basta

que la posada le paguemos.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA.

Nunca

pensé de mí que el diablo me tentara en un mesón. A tanto desatino llegamos con aquesta cherrichota, que a mi señor don Juan sin alma trae, a Orgaz anoche.

MOZA.

Lléguese a la lámpara, que no conozco bien esta moneda.

ARRIERO.

Bien se puede fiar.

MOZA.

Así lo creo; mas nunca cuento bien lo que no veo

(Vanse los dos.)

ZORRILLA.

Llegamos en mal punto, o fué el camino, que dicen que es la cosa más ociosa, y vi una moza del mesón que tiemblo en pintar la figura que tenía. La cara sin afeite y desgredadas unas ciertas madejas al descuido, y toda con un cierto descontento, que parece que a todos obligaba a quitalle el enojo que tenía. Los ojos socarrones y calzados a lo bellaco; el habla sacudida, y la boca, a lo pícaro, torcida. Decir el brío, el codo y el despejo, el "qué le digo", el "oiga" y el "quedito", el "no se burle", el "téngase" y el "déjeme" son cosas que rindieran la modestia de los siete filósofos de Grecia.

Habléla tierno y respondiome airado;  
mas púsele las armas de Filipe  
con los rayos que sacan de Segovia,  
y sonriyóse a un lado de la boca,  
como quien trae alcorza con la lengua,  
que el plus crece el amor y el desdén mengua.  
Esta es mi historia trágica. A estas horas  
anda el pobre Zorrilla levantado  
en el mesón de Orgaz. Mas gente viene.  
Retirarme a esta puerta me conviene.

(Sale DON JUAN con un gabán, medio desnudo.)

DON JUAN.

¡Amor, no puedo más, ya pierdo el seso,  
y, como esta es la última jornada,  
que estoy desesperado te confieso!

Yo me acosté con alma sosegada;  
mas acudieron tantos pensamientos,  
que el sueño huyó de todos ocupada.

No puedo resistir tantos tormentos,  
y, en fin, como ya loco me levanto  
porque los tiempfen los delgados vientos.

Allí duerme Lucrecia. ¡Ay, Cielo santo,  
que importa que me atreva; hasta la puerta  
dame licencia, pues padezco tanto!

No sé si llame y diga que está abierta  
la del alba, aunque mienta, y la levante  
a que hablemos los dos, si está despierta.

¡Tened lástima, Cielos, de un amante  
que él propio es enemigo de sí mismo,  
pues no se ha visto pena semejante!

¿Yo no tengo mi prenda en el abismo  
de un mesón? De la tierra soy Orfeo.  
Pues que me mate yo ¿no es barbarismo?

Llego a llamar. Un blanco bulto veo.  
¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? Y sin espada.

ZORRILLA.

¿Quién es?

DON JUAN.

¿Quién está ahí?

ZORRILLA.

(Que es don Juan creo,  
o que en él viene Olalla transformada.)

DON JUAN.

Diga quién es.

ZORRILLA.

Señor, ¿no me conoces?

Zorrilla soy.

DON JUAN.

Pues ¿cómo en esta puerta?

ZORRILLA.

Anoche me acosté zorra, y levántome  
Zorrilla, a tu servicio.

DON JUAN.

¡Vive el Cielo,  
villano, que a la puerta de Lucrecia  
no estás sin ocasión!

ZORRILLA.

¿Hablas de veras?

DON JUAN.

Tan de veras, que a haber daga traído  
te pasara ese pecho fementido.

ZORRILLA.

¡Qué lindo fin tuvieran tus locuras!

DON JUAN.

Perro, ¿qué es esto? ¡Ah, Cielos! Yo he tenido  
la culpa, enamorando con los ojos  
todo el día a Lucrecia y despreciándola  
las noches, que por dicha ocupa un monstruo;  
que en gusto de mujer las elecciones  
más son que por razón por ocasiones.

ZORRILLA.

(El diablo en gargantillas y en muñecas  
del cuello y brazos de la limpia Olalla  
me ha puesto en el peligro en que me veo.)  
Señor, ¿yo con Lucrecia?

DON JUAN.

Pues ¿qué hacías,  
Zorrilla, en el vivir, si no aguardabas  
la caza que perdí por cortesía,  
pudiendo yo tirarla cada día?

ZORRILLA.

Señor, tu loco amor...

DON JUAN.

No me repliques.  
Mas, hijo mío, ¡ten de mi amor lástima!  
Dime verdad ¡por Dios! Tú eres mi amo,  
yo tu esclavo, sin duda te perdono.  
Si fué tu dicha, gózala mil años.  
¿Quiérete bien Lucrecia? ¿Habláis de noche?

ZORRILLA.

¿Dijera más la mula de aquel coche?  
¡Plega a Dios!

DON JUAN.

¿Niegas, perro?—¿Hola, Bernardo?  
¿Adónde está mi espada?



(Sole LUCRECIA medio desnuda.)

LUCRECIA.

¿Qué es aquesto?

DON JUAN.

Señora mía...

LUCRECIA.

¿Dónde con tal furia?

DON JUAN.

Matar quería este ladrón bellaco.

LUCRECIA.

¿A Zorrilla? ¿Por qué?

DON JUAN.

Porque es Zorrilla.

ZORRILLA.

Yo soy muy buen hidalgo y decendiente de las zorras que dice la escritura que echó Sansón con fuego por los trigos.

LUCRECIA.

¿Vos con vuestra privanza?

DON JUAN.

Es un bellaco, que le hallé levantado procurando sacar de la maleta...

ZORRILLA.

¿Yo?

DON JUAN.

El dinero.

LUCRECIA.

Pues los hombres de bien ¿hurtan, Zorrilla?

ZORRILLA.

(¿Hay tan grande mal? ¡Oh, falsa Olalla, qué olas de congoja por ti sufro! ¡Plega a Dios que si no eres la maleta que él pensó que yo quise abrir sin llave, que me mate la jara de un jarabe!)

LUCRECIA.

La gente se levanta. No es cordura, señor don Juan, que así afrentéis a un hombre que os ha servido con lealtad tan grande. Volveos a vuestra cama ¡por mis ojos!

DON JUAN.

Yo quiero obedeceros.

LUCRECIA.

Tú, Zorrilla, éntrate en mi aposento, que contigo tengo de averiguar...

DON JUAN.

(Sin duda es cierto. ¡Vive Dios, que le mate si entra dentro!) Salga el villano del mesón afuera. Duerma en el coche o en el campo.

ZORRILLA.

¡Ah, Cielos!

LUCRECIA.

¿Qué fué, Zorrilla?

ZORRILLA.

Zorras son de celos.

(Vanse, y salen con unas capas gasconas y sombreros de plumas y con tahalíes con pistolas MARCELO y CLAUDIO.)

MARCELO. No veo en toda París un indicio de mi mal. Cielos, ¿esto permitís? Vos lince, sol celestial, ¿cómo una fiera encubris? ¿Cómo puede una mujer tan vil hallar vuestro amparo?

CLAUDIO. Las postas dejaste ayer ¿y hoy quieres saber tan claro lo que al sol le puede ser? No te fatigues así, que el tiempo descubrirá lo que pretendes.

MARCELO. Si aquí la fiera Lucrecia está no es bien que sepa de mí. Será, Claudio, buen acuerdo que a un astrólogo consulte.

CLAUDIO. Nunca los consulta el cuerdo.

MARCELO. ¿Qué mal habrá que resulte después del honor que pierdo?

CLAUDIO. Decir que está en un lugar tan lejos y ser mentira, que nos haga caminar dos mil leguas.

MARCELO. Claudio, mira que algo suelen acertar.

CLAUDIO. Todo es a tienta ¡por Dios! porque pocos o ninguno saben la ciencia.



ANTONIO. ¿Don Juan, mi señor, venido?

LEONARDA. Que está en la Huerta del Rey dicen muchos, que le han visto acompañando una dama.

ANTONIO. ¿Dama?

LEONARDA. Y de rostro divino, aunque extranjera en el traje; y que a Zorrilla su hijo, del escudero de casa, vieron que ataba a un aliso, mientras ellos descansaban, dos rocines de camino.

¿Cómo sabré si es verdad?

ANTONIO. De que es mentira te aviso, porque son las once ya y alguien hubiera venido; porque no se han de quedar entre azucenas y mirtos, como suelen los amantes de los pastoriles libros.

LEONARDA. También puede ser que aguarde, por excusar el ruido y llegar con más secreto.

(Sale JULIA.)

JULIA. ¡Albricias, albricias pido!

LEONARDA. Ya sé que mi hermano viene.

JULIA. Sí; mas no sabes que vino.

LEONARDA. ¿Que vino?

JULIA. Aquí está Zorrilla.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. Aquí estoy, a tu servicio. Dame esos pies reverendos, que de manos no soy digno.

LEONARDA. Mil veces vengas con bien.

(Sale DON JUAN, y dé la mano a LUCRECIA.)

D. JUAN. Todos, hermana, venimos.

LEONARDA. ¡Hermano don Juan!

D. JUAN. ¡Leonarda!

LEONARDA. ¿Qué es lo que a tu lado miro? ¿Vienes casado?

D. JUAN. ¡Ojalá tan dichoso hubiera sido! Abrazad a esta señora, porque es prenda de un amigo que tendréis presto por huésped.

LUCRECIA. El encogimiento mío perdone vusñoría.

JULIA. (¿Vusñoría le dijo?)

ZORRILLA. Hablan en Italia así, porque son muy comedidos.)

LEONARDA. Mi madre, yo y esta casa estamos para servirlos.

ZORRILLA. Antonio. ¿dónde pondremos cierto rucio y un morcillo?

ANTONIO. En esa caballeriza.

ZORRILLA. Julia, una vela.

JULIA. ¡Oh, qué lindo! Átelos a tiento agora.

D. JUAN. Leonarda, los dos venimos cansados. ¿Qué es de mi madre?

LEONARDA. Yo quiero verla contigo y gozar parte con ella de tan justo regocijo. ¿Cómo se llama esta dama?

LUCRECIA. Lucrecia, a vuestro servicio.

LEONARDA. Pues deme vuseñoría la mano.

LUCRECIA. El Cielo bendigo que tal hermosura os dió.

LEONARDA. Por vos estaba bien dicho.

(Vanse.)

ANTONIO. ¡Gallarda mujer!

JULIA. ¡Notable!

ANTONIO. ¿Qué encanto es éste?

JULIA. Adivino que se ha casado en Italia.

ANTONIO. Y yo sospecho lo mismo. Voy a saber si es verdad.

(Vase.)

JULIA. Yo menos bien imagino, porque pienso que es su dama.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. ¿Esta es casa o laberinto?

JULIA. ¿Qué tenemos, que ya en casa contigo ha de haber ruido? ¡Pues es verdad que me abraza!

ZORRILLA. Julia, en habiéndote visto sola, te hubiera abrazado; mas salgo ¡por Dios bendito! fuera de mí.

JULIA. ¿Por qué causa?

ZORRILLA. Entré a tiento por el sitio de vuestra caballeriza, y con miedo de algún tiro del zaino o del alazán, que curaba en tiempo antiguo, "¡Jo! ¡Jo!" comienzo a decir, y apenas "¡Jo! ¡Jo!" les digo, cuando una voz me responde desde un rincón no muy limpio:



"Aquí estoy. ¿Es hora ya?  
Don Jorge soy; llega, amigo."  
Si a "¡Jo! ¡Jo!" responde Jorge,  
que me declares te digo  
quién enseña a hablar caballos.

JULIA. Sería acaso el relincho.

ZORRILLA. ¡Oh, qué lindo! En voz humana  
digo que Jorge me dijo.

JULIA. Diciendo "¡Jo!" pudo el eco  
responderte en lo vacío  
de los pesebres. Mas deja  
esos locos desatinos  
y dame tus brazos.

ZORRILLA. Julia,  
cuanto a brazos no replico,  
que yo soy el bienvenuto,  
y harto deseo he traído  
de hablarte con señoría;  
mas cuanto al eco, te digo  
que he de entrar a ver lo que es.

JULIA. Alguna desdicha ha sido,  
porque nombrarte a don Jorge  
es eco de algún delito.  
Ven conmigo, que primero  
te diré cierto martirio  
de un Narciso de mi ama.

ZORRILLA. Pues ¿hay caballos Narcisos?

JULIA. Como esos caballos, hablan  
y presumen que son lindos.

ZORRILLA. Pues, Julia, freno al caballo  
y albarda y palo al pollino.

### ACTO TERCERO

(Salen DON JORGE y LISARDO.)

LISARDO. Vos sólo en esta ocasión  
sois peregrino en Toledo.

D. JORGE. Fuíme a Madrid con el miedo  
de aquella loca afición,  
donde todos mis sentidos  
detuvo su variedad.

LISARDO. Suspende la novedad  
los ojos y los oídos,  
y no poco lo estuvieran  
si os quedárades aquí.

D. JORGE. Sospecho que para mí  
de mayor tormento fueran.

LISARDO. Ha hecho a su ginovesa  
notables fiestas don Juan,  
que los amigos están  
codiciosos de la empresa.

Que dicen que es casamiento  
noble y con dote excesivo;  
yo os aseguro que vivo  
con el mismo pensamiento,  
que es en extremo gallarda.  
¿Casamiento? Si don Juan  
se tiene por su galán.

D. JORGE.

LISARDO. Eso a ninguno acobarda;  
porque si su dama fuera  
no la hubiera festejado  
con tan público cuidado  
ni tales fiestas le hiciera.  
Hubo sortija en su calle,  
y la visitan sin miedo  
las señoras que en Toledo  
tienen nobleza y buen tálle.  
Ha habido un sarao bizarro  
de damas y caballeros;  
representóle Cisneros  
seis comedias de Navarro.

En fin, es la ginovesa  
celebrada en la ciudad,  
o ya por la novedad,  
o ya por la rica empresa.

D. JORGE. ¿Qué causa a don Juan pudiera  
mover sino afición sola?

LISARDO. Ser cortesía española  
de una señora extranjera;  
que ya sabéis que en España  
estiman los extranjeros.  
Hoy habéis de entreteneros,  
si la fama no me engaña,  
que dicen que hay grande fiesta.

D. JORGE. No me atrevo a entrar allá,  
que aun aquí me tiembla ya  
toda el alma descompuesta.

LISARDO. ¿Es amor?

D. JORGE. Vergüenza es.

LISARDO. ¿De qué?

D. JORGE. Si he de hablar con vos  
como con deudo ¡por Dios!,  
que os ha de pesar después.  
Escribí ciertos papeles  
a Leonarda, y respondió  
con un tercero, a quien dió  
palabras menos crueles.  
La noche que me dejastes,  
cuando ella hablarme quería,  
quiso la ignorancia mía,  
que tan mal aconsejastes,  
que aguardase a que saliese  
en esa caballeriza.

LISARDO. Si Amor vuestro fuego atiza,  
de que haya paja no os pese.

D. JORGE. No serían las diez dadas  
cuando su hermano llegó,  
que, en sintiéndole, vi yo  
mis desdichas declaradas.  
Y sin mirar que bastaba  
lo que de pulgas sufrí,  
terrero de mozo fui  
cada vez que alguno entraba.  
Porque el vino de las ventas  
todo sobre mí llovía  
en un rincón que tenía  
dispuesto a iguales afrentas.  
Y en esta tormenta brava  
diciendo un lacayo “¡Jo!”  
que era Jorge pensé yo,  
y respondí que allí estaba.  
Éste, espantado de ver  
que hablase un caballo amante,  
fué por luz; yo, en el instante,  
busqué donde me esconder;  
y, en fin, hallando un pajar,  
pasé en él toda la noche,  
hasta que el mozo del coche  
la vino al alba a sacar,  
donde, echándola en su harnero  
el rostro me descubrió.  
Dió voces: “¡Ladrones!” Yo  
salto del pajar ligero,  
y no paro hasta la calle  
y hasta mi casa cubierto  
de paja y pulgas, tan cierto  
de que el alba no lo calle.  
que tuve por más ventajas  
ausentarme de temor,  
que Amor es mal pagador  
y basta en pulgas y pajas.

LISARDO. ¿Esa tormenta pasastes?

D. JORGE. Esa tormenta pasé;  
tanto, que con miedo entré  
y porque vos me forzastes.  
Vámonos ¡por vida mía!  
que tiemblo en ver esta casa.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. Todo llega y todo pasa,  
toda esta vida es un día.

LISARDO. ¿Podremos acaso entrar  
a visitar a Lucrecia?

ZORRILLA. Es presto, aunque no es tan necia  
que gaste mucho en llorar.

LISARDO. ¿Cómo llorar?

ZORRILLA. ¿Por ventura  
pensáis que hay fiestas acá?

LISARDO. Luego ¿no?

ZORRILLA. Pasaron ya,  
que la mayor poco dura.  
Todo se ha trocado en pena.

LISARDO. ¿Por qué razón?

ZORRILLA. Es muy cierto  
que el señor Marcelo es muerto.

LISARDO. Pienso que está muy ajena  
de saber quién es Marcelo  
la ciudad.

ZORRILLA. Es su marido  
de Lucrecia.

LISARDO. No he sabido  
que era casada.

ZORRILLA. Recelo  
que se les da poco o nada,  
que ha mandado mi señor  
que no haya luto.

LISARDO. Es mejor,  
pues no saben que es casada.

ZORRILLA. No lo entiendo de esa suerte;  
que estos dones de Pelayo,  
por no vestir un lacayo,  
se tragaran una muerte;  
aunque pienso que muy presto  
Lucrecia se ha de casar.

D. JORGE. Lisardo, si he de aguardar  
no ha de ser en este puesto;  
allá fuera me hallaréis.

LISARDO. Mucho tengo que os contar.

D. JORGE. Aquí no.

LISARDO. Si habéis de entrar  
a casarme ¿qué teméis?

D. JORGE. Tercero hallaréis mejor.

LISARDO. Leonarda es quitapesares.

D. JORGE. Sí; mas pulgas y pajares  
me quitaron el amor.

(Vanse.)

ZORRILLA.  
Ciudad, yo me ausenté, que no debiera,  
de tu Zocodover a las Italías;  
dejé mil ninfas fregatrices alias,  
hermosas Venus de mi quinta esfera.  
Volvi roto de calzas y de cuera,  
y hallé, con tantos ámbares y algalías,  
las que eran estameñas y sandalias,  
que cómo vaca a falta de ternera.  
Julia quedó llorando en esta casa.

Salióme a acompañar hasta la puente;  
mas lo que masa fué ya es argamasa.

No hay que fiar de animal que llora y miente,  
que como el humo por el aire pasa,  
así por la mujer el hombre ausente.

(Sale un ESCUDERO.)

ESCUDERO. ¿Qué haces aquí sin ver  
lo que me ofende tu vista?

ZORRILLA. ¡Lindo alivio a letra vista!

ESCUDERO. Demonio debes de ser.  
¿No te dije que a la sala  
no subas?

ZORRILLA. ¿Por qué razón?

ESCUDERO. Baja luego, pícarón,  
allá, al zaguán, noramala.

ZORRILLA. Aquí puedo estar, que soy  
vuestro hijo.

ESCUDERO. A Dios pluguiera  
que antes un áspid lo fuera.  
Vete al zaguán.

ZORRILLA. Ya me voy.

ESCUDERO. Vete a almohazar, picaño,  
las bestias.

ZORRILLA. Iréme, espere.

ESCUDERO. ¡Que éste deshonrarme quiere!  
¡Yo le haré matar!

ZORRILLA. ¡Mal año!

ESCUDERO. Un traidor que era estudiante  
y por irseme a la guerra  
vuelve lacayo a su tierra  
y en hábito semejante,  
¿qué merece?

ZORRILLA. Si mi estrella  
a las armas me inclinó,  
¿para qué he de estudiar yo?

ESCUDERO. ¡Qué bien mi honor atropella!

ZORRILLA. ¿Sois vos más que un escudero,  
que ayer fuistes oficial?

ESCUDERO. ¿Y no habrá algún principal  
que lo haya sido primero?  
La virtud enseña al bien.  
De fama, rentas y nombres,  
las letras hacen los hombres.

ZORRILLA. Y los caballos también.

ESCUDERO. Verle loco me lastima.

¡Oh, nunca se fuera a Flandes!

ZORRILLA. Pues ¿no los hacen más grandes  
cuando los llevan encima?

ESCUDERO. ¡Qué desiguales el Cielo  
los ingenios repartió!

ZORRILLA. Antes, padre, pienso yo

que los dió iguales al suelo.  
Veo mil hombres quejar  
que el Cielo no les ha dado  
hacienda, nobleza, estado,  
ventura en tierra o en mar;  
pero no he visto hombre alguno,  
padre, que no esté contento  
de su mismo entendimiento  
sin que se queje ninguno.  
Preguntad a un mentecap  
lo que sabe su vecino,  
y dirá que es hombre indino  
y de una bestia retrato.  
No hay quien no piense que sabe  
más que cuantos Dios crió.

ESCUDERO. Pues maravillome yo  
de que alguno los alabe.

ZORRILLA. Padre, no os maravilléis,  
que haberme maravillado  
alguna ocasión ha dado  
de hablar mal a más de seis.  
Pero es escarbar ceniza  
donde aún calor no se siente,  
que el hablar generalmente  
a nadie singulariza.  
Perdón pido con decir  
que es cosa muy desigual  
querer un hombre hablar mal  
y no le querer oír.

ESCUDERO. Vete abajo, majadero,  
y en tu vida más...

ZORRILLA. Yo os doy  
la palabra.

(Vanse, y salen LEONARDA y LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¡Triste estoy!

LEONARDA. Pues consolarte no quiero,  
sino reñirte.

LUCRECIA. ¿Por qué?

LEONARDA. Porque no ha de dar dolor  
muerte de un hombre traidor,  
sin honra, lealtad y fe.

LUCRECIA. En fin, era mi marido,  
y estimara que quisiera  
don Juan que conforme fuera  
a mi estado mi vestido;  
no quiere que ponga el luto  
que celebra estos pesares.

LEONARDA. Por no cubrir los altares  
de amor, ofrenda y tributo,  
y porque dice que basta  
lo que has estado viuda,



sin que en tu honor haya duda,  
más que en Penélope casta.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. Dos caballos han llegado  
con un esportillo aquí.

ESCUDERO. ¿Quién te ha hecho paje a ti?

ZORRILLA. Es del caballo el recado.

LEONARDA. ¿Caballos con esportillo?

ZORRILLA. Llamo al coche de este modo,  
cuando es zarandajas todo,  
blanco, verde y amarillo.  
¿Un esportillo no viene  
de la plaza y de él se saca  
tocino, carnero y vaca,  
y hasta nabo y berza tiene?  
Pues coches hay de esta traza.  
Una gorda viene aquí  
tan vaca, que para mí,  
no hay en el mundo mostaza;  
viene una descolorida  
como tocino de ijada,  
y otra en berza transformada,  
toda de verde vestida;  
y de dos dueñas también  
no falta nabo zocato;  
mira si es propio el retrato.

LUCRECIA. Mal fuego te queme, amén.  
Ellas me buscan a mí.  
Dame licencia.

LEONARDA. Ha de ser  
con que no llores.

LUCRECIA. ¿Placer  
querrás que les muestre?

LEONARDA. Sí.

(Vase LUCRECIA.)

ESCUDERO. Salte, bestia, de la sala,  
que don Juan, mi señor, viene.

ZORRILLA. Quien tan viejo padre tiene,  
que se vaya noramala.

(Sale DON JUAN.)

DON JUAN.

Quisiera hablarte sola.

LEONARDA.

En esa puerta  
os poned, sin dejar entrar a nadie.—  
¿Qué tenemos de amor?

DON JUAN.

Que pierdo el seso.

LEONARDA.

Mas ¿que sé lo que quieres y a qué vienes?

DON JUAN.

¿Mas que dirás que trato de casarme,  
pues muerto su marido de Lucrecia,  
hizo fin la española cortesía?

LEONARDA.

¿Temes que yo te riña?

DON JUAN.

¿No pudieras?

LEONARDA.

No, porque quiero como tú a Lucrecia  
y de su entendimiento estoy cautiva.  
Cásate y deja de morir amando,  
pues es mujer tan noble y virtuosa.

DON JUAN.

¡Ay, Dios, y quién pudiera!

LEONARDA.

Pues ¿qué temes?

DON JUAN.

El no saber si su marido noble  
la mataba culpada o inocente,  
y tengo para mí que fué culpada.

LEONARDA.

¿Por qué, si ha sido ejemplo de mujeres?

DON JUAN.

Tras una gran desgracia fué forzoso,  
y en tierra extraña, donde sólo tiene  
la virtud por defensa.

LEONARDA.

Nunca creas  
que la mujer que tuvo estos principios  
tanto tiempo encubriera su flaqueza.  
Pocas he visto yo; pero esto basta.

DON JUAN.

Yo temo que Lucrecia no fué casta.  
Por esto, por mi madre, por Toledo,  
por mis deudos, por ti, por Silva noble,  
he tratado, Leonarda, mi remedio.

LEONARDA.

¿Es monasterio?

DON JUAN.

No, porque he pensado  
mayor desasosiego.

LEONARDA.

Pues ¿qué ha sido?

DON JUAN.

A Madrid escribí que me buscara Fabricio un caballero de Cicilia, amigo mío y camarada en Flandes, algún hidalgo honrado y extranjero que se casase con aquesta dama; y, por que veas a lo que ha llegado la cortesía de español y Silva, he prometido veinte mil ducados de dote, siendo noble y caballero. La carta apenas allegó a sus manos, cuando en las mías la respuesta tengo, y dice que con él en su posada un caballero ginovés, como ella, y viudo también, vive en efeto. Le escribí las vistas concertando, y hoy le espero a las vistas.

LEONARDA.

¿Estás loco?

DON JUAN.

Por cortés español, todo esto es poco.

LEONARDA.

Apenas tienes veinte mil ducados.

DON JUAN.

Adoro esta mujer; doile mi hacienda, y, en casándola aquí, me parto a Flandes.

LEONARDA.

¡Hermosa necedad!

DON JUAN.

Hónrese España y sepa Italia tanta cortesía.

(Sale el ESCUDERO.)

ESCUDERO.

No he podido excusar el perturbaros, que un hidalgo extranjero y su criado se apean de dos postas y me dicen que de Fabricio traen unas cartas.

DON JUAN.

Éste es el novio.

LEONARDA.

Buena priesa es ésta.

DON JUAN.

No hay campana sonora como el oro.—  
¿Qué talle?

ESCUDERO.

Muy buen talle, aunque pequeño; blanco, y rojo, y gala.

DON JUAN.

¿Mozo?

ESCUDERO.

Muy mozo; las piernas no le he visto con las botas; mas con ellas parecen muy bien hechas.

DON JUAN.

Di que entre.—Tú, entre tanto, hermana mía, llama a Lucrecia sin decirle nada.

LEONARDA.

Yo voy, aunque en extremo alborozada.

(Vase, y salen MARCELO y CLAUDIO, muy bravos, de camino.)

MARCELO. Alargue vuesa merced sus manos.

D. JUAN. ¡Jesús, señor, tanta merced y favor!

MARCELO. Vos me habéis de hacer merced. Esta carta es de Fabricio.

D. JUAN. Pues sentaos mientras la leo.

MARCELO. Leed primero.

D. JUAN. (Yo creo que he de perder el juicio. Celos el novio me ha dado sólo en verle tan galán. Quiero leer.) “A don Juan de Silva.”

MARCELO. (Español honrado.

CLAUDIO. Y de buen talle; por Dios!

MARCELO. Ten cuenta, Claudio, en los nom-

CLAUDIO. Si los yerro no te asombres. [bres.

MARCELO. Perderémonos los dos.

Ya sabes cómo he trocado El Marcelo en Florián.)

D. JUAN. (Galán novio, y tan galán, que por mirarle de un lado apenas la carta leo. Celoso estoy.)

MARCELO. (Tú en Otavio mudaste el Claudio.

CLAUDIO. Es agravio tanto advertirme.

MARCELO. Deseo que no erremos.

CLAUDIO. No erraremos, pues estos nombres usamos

después que en España estamos.  
Pero a mucho nos ponemos  
si te atreves a casarte  
si acaso Lucrecia es viva.

MARCELO. Cuando esta nueva reciba  
del cuerpo el alma se aparte.  
Yo las tuve de su muerte;  
esto basta, no te asombre.)

D. JUAN. (Temo que el ser gentilhombre  
nuestra boda desconcierte;  
que en estos locos desvelos,  
por que el amor no me abrase,  
busco quien con ella case,  
pero no quien me dé celos;  
que estoy de suerte afligido,  
celoso y enamorado,  
que él puede ser el casado,  
pero yo el arrepentido.)  
La carta he visto, y os doy  
los brazos.

MARCELO. Bésoos los pies.  
¿Sabéis ya quién soy?

D. JUAN. No es  
tanto como viendo estoy  
lo que de vos me han escrito.

MARCELO. Deseo en obras mostrar  
lo que no podré pagar,  
y que pagar solicito.

D. JUAN. Esta carta dice aquí  
que es Florián vuestro nombre,  
que sois allá gentilhombre  
y aquí me parece a mí.

MARCELO. Gentilhombre es caballero  
en mi tierra.

D. JUAN. Aquí gentil  
de cuerpo; y tenéis tres mil  
escudos de renta.

MARCELO. Espero  
otra herencia, en que serán  
más de cinco mil muy presto.

D. JUAN. A serviros me ha dispuesto  
veros, señor Florián,  
más que la carta y la renta.  
¿A qué venistes a España?

MARCELO. Por una fortuna extraña,  
de que pienso daros cuenta.

(Sale el ESCUDERO, LEONARDA y LUCRECIA, JULIA y ANTONIO.)

Mas ¿quién es y cómo está  
aquesta señora aquí?

D. JUAN. Ella, pues viene por mí,  
pienso que os responderá.

Esta primera es mi hermana;  
el que viene por bracero,  
un viejo antiguo escudero,  
de este muro barbacana;  
el que trae de la mano  
a la casta en obra y nombre,  
es Antonio, un gentilhombre  
de mi casa...

MARCELO. (No era en vano  
mi sospecha.)

D. JUAN. La que viene  
con ellas es su criada.

MARCELO. ¿Linda persona!

D. JUAN. ¿Extremada!  
Y eso es lo menos que tiene,  
que es divino entendimiento  
el suyo.

MARCELO. Dadme esos pies.  
Mas temo que digan que es...  
(Cielos, ¿qué es esto que siento?)  
la primera necedad,  
que este refrán castellano  
también es italiano.

LEONARDA. ¡Jesús, señor, levanta!

LUCRECIA. Mal hizo vuesa merced  
en no haberme avisado.  
(¡Cielos, mi muerte ha llegado!)

D. JUAN. ¿Hola? Sillas nos traed.

ESCUDERO. Aquí las sillas están.

D. JUAN. Sentaos.

MARCELO. Hay tanto que ver,  
que en pie fuera menester,  
o de rodillas, don Juan.

D. JUAN. Sentaos aquí; por mi vida!,  
que ya toman almohadas.

LUCRECIA. ¡Tristes fortunas pasadas!  
¿no es aquéste mi homicida?  
¿No es éste el traidor Marcelo?)

CLAUDIO. (Señor, ¿no es esta Lucrecia?)

MARCELO. Calla, que nunca desprecia  
la justa inocencia el Cielo.  
Llegado habemos a ver  
lo que jamás parecía.  
¿Posible tanto encubría  
mi desdicha esta mujer?)

LEONARDA. Lucrecia, viendo mi hermano  
que ya tu marido es muerto,  
y teniendo por tan cierto  
que fué de tu honor tirano,  
y lo intentó de tu vida;  
para más demostración  
de su cortés afición,



de tu virtud merecida,  
para tu dote ha ofrecido  
veinte mil escudos hoy,  
y yo en joyas mil te doy.  
Pobre soy, licencia pido  
a mi madre. Ya mi hermano  
escribió a Madrid su intento,  
y a tan noble casamiento,  
tal virtud, dote tan llano,  
se ofrece este caballero,  
que es, como tú, ginovés.

LUCRECIA. Después de besar tus pies,  
y los de don Juan primero,  
Silva de tanto valor,  
que no hay en ella sin fama  
un árbol, sin virtud rama,  
sin fruto planta ni flor,  
digo que, aunque me ha pensado  
honrar y favorecer,  
mi crédito viene a ser  
en su virtud agraviado;  
que ha muy poco que murió  
mi marido, y aunque fué  
sin honra, lealtad y fe,  
pues que matarme mandó,  
con testimonio tan fiero  
debo, por honor siquiera...

D. JUAN. No prosigas; oye, espera.

LUCRECIA. Que me place; oigo y espero.

D. JUAN. Si hubiera sido tu esposo  
un hombre honrado y leal,  
como noble y principal,  
bien nacido y generoso,  
fuera a su muerte el respeto  
debido; pero a un villano  
que por caso tan liviano  
mandó matarte, en efecto  
no es justo, ni que se pase  
tu vida en lutos injustos.

MARCELO. Si le dió tantos disgustos,  
bien es que luego se case.  
Pero ¿quién fué aquel ingrato  
que de ese término usó?

LUCRECIA. Un hombre que pienso yo  
que es vuestro mismo retrato;  
el cual, a un criado suyo,  
mandó matarme inocente.

MARCELO. (¿Qué es esto, Claudio?)

CLAUDIO. Esta gente  
sale al pensamiento tuyo  
y quiere asegurarse;  
y ella, que te ha conocido,

con este enredo fingido  
se procura disculpar.

MARCELO. Dices bien.) Con mil razones  
de vuestro esposo os quejáis,  
como tan ciertas sepáis  
sus maldades y traiciones.  
Mas ¿cómo os mandó matar?

LUCRECIA. Por casar con otra, a quien  
quiso por extremo bien;  
y es tan fácil de casar,  
que, no hallando ya en su tierra  
quien no le conozca, engaña  
a las mujeres de España;  
pero en engañarlas yerra,  
porque si en España son  
cortesés con los amigos,  
dan espantosos castigos  
a quien les hace traición.

MARCELO. Mucho me habéis alterado.

LUCRECIA. Yo sé que vos me entendéis,  
y aun el ángel que traéis,  
para lo que digo, al lado.

MARCELO. En Génova oí decir  
que una dama ¿quiera Dios  
que no se diga por vos...!

LUCRECIA. No habléis si habéis de mentir;  
que aún tengo aquí los testigos  
de mi inocencia y verdad.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. A ver mi señora entrad,  
hijos, y deudos, y amigos,  
que le ha dado un accidente,  
de que muriendo se queda.

D. JUAN. Corre, Leonarda.

LEONARDA. Aunque pueda  
remediarlo fácilmente,  
tu presencia importa más,  
por lo que te quiere bien.

D. JUAN. Bien dices; conmigo ven.—  
Tú espera aquí donde estás.

(Vanse todos. y queda allí MARCELO y LUCRECIA.)

MARCELO. Algún ángel ha llevado,  
ingrata y fiera Lucrecia,  
de aquí tu galán cobarde,  
para que en mis manos mueras.—  
Ponte en esas puertas, Claudio.

CLAUDIO. Aquí te aguardo a la puerta.

LUCRECIA. ¿Piensas, villano Marcelo,  
desleal Marcelo, piensas  
con los fieros y la daga

y con las palabras fieras  
poner temor a quien tiene  
las armas de su inocencia,  
sabiendo que no hay aceros  
para una mujer que es buena?

MARCELO. ¿Buena tú?

LUCRECIA. Mejor que tú,  
que enviaste de la aldea  
por mí con Claudio y mandaste  
que me matase en la selva  
para casarte con quien  
te había hecho ofensas ciertas.  
Pero de la selva un Silva  
me libró, para que veas  
que hay armas para las almas  
y Silvas para las selvas.  
Tú, como a Dios y a los hombres  
has perdido la vergüenza,  
sobre dos veces casado  
quieres probar la tercera.  
España no es Berbería  
ni su libertad Ginebra.  
Envaina la daga y mira  
que soy cristiana y Lucrecia,  
que no dar voces aquí  
para que muerte te dieran,  
es respetar en tu nombre  
la bendición de la Iglesia;  
que si no, con estas manos...

MARCELO. Loca. ¿piensas que esta tierra  
ni esta casa pondrán miedo  
a quien de quien es se precia?  
Yo supe que este don Juan  
fué dueño de tus flaquezas,  
y que, cansado de ti,  
para volverse a la guerra,  
te deja con este dote.

Y vine para que entiendas  
que a Génova has de volver,  
donde, desde sus galeras,  
te he de arrojar en la mar.

LUCRECIA. Cuando tú fueras ballena  
para recibirme en ti,  
yo seré entonces profeta.

MARCELO. La comparación me agrada,  
porque, por tu inobediencia,  
te han de sepultar los peces.  
Ea, tu partida apresta,  
que te he de sacar de aquí.

LUCRECIA. ¿Estás loco?

MARCELO. Suelta, suelta  
la daga.

LUCRECIA. ¿Nadie me ayuda?

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. Fué desmayo. Mejor queda.--  
¿Qué es esto?

LUCRECIA. En Italia usamos,  
cuando quieren darse prendas  
dos de que se han de casar,  
partir un listón de seda.  
Éstas que de mi tocado  
de nácar y verde cuelgan,  
queríamos dividir,  
por eso estoy descompuesta.  
Yo tenía los listones,  
y, aunque me ha dado vergüenza,  
y la daga aqueste hidalgo,  
éste doy y éste me queda.

D. JUAN. ¿Pues tan presto os concertastes?

MARCELO. La patria presto concierta.

D. JUAN. ¿Los terceros excusastes?  
Para bien, señores, sea.  
Luego que te vi tan brava  
con este hidalgo que hoy llega,  
vi que había de agradarte;  
tales son las más Lucrecias.  
Venid, que mi madre os llama,  
y vos prestaréis paciencia,  
que habéis de ser nuestro huésped  
mientras esto se concierta.

MARCELO. Yo os tengo de obedecer.

D. JUAN. Vamos.

LUCRECIA. (De temor voy muerta.)

MARCELO. (Claudio, nuestra ropa sube.)

D. JUAN. (Ya de casarla me pesa.)

(*Transc.*)

CLAUDIO.

¿Qué es esto, que tan presto en la templanza  
del mar sereno levantó las olas  
de mi desdicha, y en dos horas solas,  
adonde al pensamiento el agua alcanza?

No puede en la fortuna haber bonanza,  
porque tiene los pies sobre dos bolas.

¡Ay, nunca a las columnas españolas  
llegara con mi nave mi esperanza!

Mas yo, que estoy en la tormenta fiera  
y no hay tierra en que huya, aunque resulte  
de esto mi muerte, es bien que espere y muera.

No importa que mi bien se dificulte;  
que, si he de llegar muerto a la ribera,  
mejor será que el golfo me sepulte.

(Sale JULIA.)

JULIA. ¿Eres Otavio?  
 CLAUDIO. El lugar  
 lo dice y también Amor.  
 JULIA. La ropa de tu señor  
 me han mandado acomodar.  
 CLAUDIO. La ropa envidia.  
 JULIA. ¿Por qué?  
 CLAUDIO. Por acomodarme a mí.  
 JULIA. ¿Tan presto?  
 CLAUDIO. A tener aquí  
 donde acomodado esté,  
 con otro espacio estuviera.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. (No en vano de aquestos dos  
 tuve miedo. Ya ¡por Dios!  
 que me muero de celera.  
 ¡Oh, Julia! A decir verdades,  
 no Julia, furia diré,  
 ¿quién de vosotras no fué  
 amiga de novedades?  
 Agradóle el Gandalín  
 del desposado extranjero.)  
 JULIA. Cásase mi ama, y quiero  
 amores al mismo fin.  
 CLAUDIO. Yo me casaré contigo  
 si él con tu ama se casa,  
 pues nos quedamos en casa.  
 JULIA. Yo eso pido.  
 CLAUDIO. Yo esto digo.  
 JULIA. Pues la mano.  
 CLAUDIO. Que me place.  
 ZORRILLA. Por muchos años y buenos,  
 que no dirán, a lo menos,  
 que sin testigos se hace.  
 Casamiento de repente  
 parece boda en comedia,  
 que en un punto se remedia  
 por no cansar a la gente.  
 Pues, Julia, si te apretó  
 la brama del casamiento,  
 ¿no estaba yo aquí?  
 CLAUDIO. ¿A qué intento  
 lo dice?  
 ZORRILLA. A quererla yo.  
 CLAUDIO. ¡Miente!  
 ZORRILLA. ¿A Zorrilla?  
 CLAUDIO. Y al diablo.  
 ZORRILLA. Confíesate, mariol.  
 CLAUDIO. Tente, marrano español.

(Sale el ESCUDERO, metiéndolos en paz.)

ZORRILLA. ¿Marrano? Infame vocablo.  
 ESCUDERO. ¡Fuera! ¿A mi hijo?  
 JULIA. (No quiero  
 que vea que por mí fué.)  
 CLAUDIO. Por serlo vuestro, me iré.  
 (Váyanse.)  
 ZORRILLA. Desviaos, padre escudero,  
 que me ha llamado marrano.  
 ESCUDERO. ¿Marrano? Si lo supiera  
 antes que de aquí se fuera,  
 hiciera un hecho romano.  
 ZORRILLA. Padre, aquesto es, conclusión.  
 Julia se quiere casar,  
 y éste me ha querido hurtar  
 la conyugal bendición.  
 Hablad luego a mi señora,  
 y desposadme con ella.  
 ESCUDERO. ¿Con ella?  
 ZORRILLA. Celos de vella  
 se me han revestido agora  
 para hacerla mi mujer.  
 ESCUDERO. Pues ¿cómo un pobre hijodalgo?  
 ZORRILLA. Yo bien pienso que soy algo,  
 pues que tengo vida y ser.  
 Pero ¿qué falta le halláis?  
 ESCUDERO. Ser una humilde criada.  
 ZORRILLA. Si es criada y yo soy nada,  
 antes que perdéis, ganáis.  
 ESCUDERO. ¿Sabes quién eres?  
 ZORRILLA. Señor,  
 yo sirvo, ¿quién puedo ser?  
 ESCUDERO. Quiérote dar a entender  
 tu nacimiento y valor.  
 Tú eres hidalgo, y sabrás  
 que lo menos es Zorrilla.  
 ZORRILLA. Sí, porque zorra en Castilla  
 debe de ser mucho más.  
 ESCUDERO. Tú eres Malo de Molina.  
 ZORRILLA. Pensé que de enfermedad;  
 que si no es sarna, en verdad  
 que no hay otra, aunque ésta es fina  
 ESCUDERO. Tú eres Lumbrera de Atienza.  
 ZORRILLA. Con eso en mi aposentillo  
 hay tantas, que el airecillo  
 entra y sale sin vergüenza.  
 ESCUDERO. Tú eres Quirós.  
 ZORRILLA. ¿Qué locura!  
 Pensé que *kyrieieisón*.  
 ESCUDERO. También te llamas Montón.  
 ZORRILLA. Debe de ser de basura.



ESCUDERO. Tú eres Cabrera.

ZORRILLA. Adivino,  
las cabreras de Buñol.

ESCUDERO. Cueto, limpio como el sol.

ZORRILLA. No, sino cuero de vino.

ESCUDERO. Tú eres Carrillo y Quijada.

ZORRILLA. Y aun mandíbula seré.

ESCUDERO. Y Salado, a buena fe.

ZORRILLA. Mas tocino o ensalada.

ESCUDERO. Tú eres Mozo.

ZORRILLA. ¿Qué fin tomo  
para hacer cortes en mí?

ESCUDERO. Solís también.

ZORRILLA. Más Sofí.

ESCUDERO. Y aun Zurita.

ZORRILLA. ¿Soy Palomo?

ESCUDERO. Si vieses tu ejecutoria  
llena de tantos cuarteles,  
leones, tigres, lebreles...

ZORRILLA. ¿Qué espantosa pepitoria!  
Padre, ¿vos tenéis dinero?

ESCUDERO. No, hijo; pasó solía.

ZORRILLA. Pues poned esa hidalguía,  
si es pergamino, a un harnero,  
que ya no hay más de tener.  
La hidalguía os sé decir  
que es cédula de pedir,  
y aun a veces de alquiler.  
Tened vos estos cuarteles  
llenos de muchos doblones,  
haced puercos los leones  
y carneros los lebreles,  
y veréis que sois hidalgo,  
franco de necesidad,  
que es la mayor libertad  
de aquel que se estima en algo.  
Id con Dios, que viene aquí  
el novio, y quiérole hablar.

ESCUDERO. Naciste a darme pesar.

ZORRILLA. De vuestro placer nació.

(*Vase el ESCUDERO, y sale MARCELO.*)

MARCELO.

¡Pluguiera a Dios que nunca yo viniera,  
ciudad famosa y celebrada, a verte,  
pues vengo a hallar en ti mi muerte fiera  
si a mi fiera mujer le doy la muerte!  
Cuanto me ha dicho es fábula y quimera,  
por ver si se disculpa de esta suerte.  
A Claudio herido vi. ¿Qué dudo? ¡Ay, Cielos!  
¿Qué quiere Amor donde hay honor y celos?  
¡Triste de mí! ¿Qué haré?

ZORRILLA.

Si hablar merece  
un hombre que otro tiempo fué estudiante,  
con quien amar a un serafín se ofrece,  
por ser también de otro sujeto amante,  
sepa vuesa merced que me enloquece  
Julia, como las olas inconstante,  
a quien su siervo solicita agora.

MARCELO.

¿Cómo, si apenas ha que vino un hora?

ZORRILLA.

¿Qué poco se le entiende de mudanzas,  
condiciones y varios pareceres,  
que hay mujeres!...

MARCELO.

Bien saben mis venganzas  
la varia condición de las mujeres.  
Mas, tú, que tanto de tu dueño alcanzas  
y su privanza en los caminos eres,  
¿adónde halló esta dama ginovesa?

ZORRILLA.

De referiros la verdad me pesa.

De esta casa os salid, por que sin duda  
yo sé que no os conviene el casamiento.

MARCELO.

¿Es dama suya acaso esta viuda?

ZORRILLA.

No digo tal ni juzgo el pensamiento.  
Es peligrosa la verdad desnuda;  
y pues que vos tenéis entendimiento,  
no os amanezca en esta casa el alba,  
que no es honor comer mujer con salva.

(*Vase ZORRILLA.*)

MARCELO.

¡Ay, triste! Yo ¿qué aguardo? ¿Qué imagi-  
[no?

¿Qué más clara deshonra? ¡Yo soy muerto!  
¡Oh, nunca fuera a España mi camino!  
Verdad me dijo Claudio; todo es cierto.  
Matar esta mujer me determino.  
Para una noche de éstas lo concierto.  
Su aposento sabré. Daréle muerte.

(*Salen LEONARDA y DON JUAN.*)

DON JUAN.

Estoy, como te digo, de esta suerte.

LEONARDA.

¿Tanto has sentido que se case?

DON JUAN.

Tanto,  
que me matara si lo hubiera hecho.

LEONARDA.

¡Extraños celos!

DON JUAN.

De sufrir me espanto  
la viva llama que me abrasa el pecho.  
Dícenme que su rostro baña en llanto  
Lucrecia hermosa, y la ocasión sospecho.

LEONARDA.

¿Qué es la ocasión?

DON JUAN.

Casarla.

LEONARDA.

Pues ahora

¿qué piensas?

DON JUAN.

Pienso, hermana, que me adora.

LEONARDA.

¿Yo no te aconsejé que te casaras?

DON JUAN.

Nunca pensé que tanto lo sintiera.

LEONARDA.

Y de casarte ahora, ¿en qué reparas?

DON JUAN.

En que éste viene y que lo mismo espera.

LEONARDA.

Yo te daré un remedio si no paras  
más que en la burla.

DON JUAN.

¡Ay, Dios, si alguna hubiera!

LEONARDA.

Si al galán ginovés casas conmigo,  
Lucrecia, hermano, casará contigo.

DON JUAN.

Pues ¿tú querrás aqueste caballero?

LEONARDA.

Si te digo verdad, no le he mirado  
con malos ojos.

DON JUAN.

Abrazarte quiero  
en prendas de la vida que me has dado.

MARCELO.

(Lo que dicen oí. Cielos, ¿qué espero?  
Mi mal está del todo declarado;  
pues por quedarme en casa a darla muerte,  
quiero que el casamiento se concierte.)  
¿Señor don Juan?...

DON JUAN.

Hablaros quiero aparte.

MARCELO.

Y yo también a vos.

DON JUAN.

Vos sois discreto.

Sabed que amo a Lucrecia, y no soy parte  
para que lo tratado tenga efeto;  
a la naturaleza supla el arte  
cuando en sus obras hay algún defeto.  
Para que nadie mi inconstancia note,  
supla mi hermana con el mismo dote.  
Ésta os daré si de esto sois servido.

MARCELO.

Habéisme adivinado el pensamiento;  
que desde que la vi pierdo el sentido  
y de Lucrecia aun no he tenido intento.

DON JUAN.

Hermana, a mi contento ha sucedido.

LEONARDA.

Pues ¿cómo ha sucedido a tu contento?

DON JUAN.

El señor Florián te estima y quiere.

MARCELO.

Vuestro seré si tan dichoso fuere.

LEONARDA.

Si esto del Cielo estaba concertado,  
no sé qué responder a mi ventura.

MARCELO.

Que soy esclavo, y que me habéis comprado  
con el precio y valor de esa hermosura.

DON JUAN.

Basta que aquesto quede en este estado.

LEONARDA.

(Perdido estás.

DON JUAN.  
Y con razón perdido.)

MARCELO.

(Por matar a Lucrecia lo he fingido.)

(*Vanse los dos.*)

LEONARDA. ¿Hay mujer más venturosa?  
¿Hay dicha como la mía?  
La que del bien desconfía  
más es que cuerda envidiosa.  
Quien vió aqueste caballero  
ya con Lucrecia casado,  
¿qué dijera? Mas ha entrado;  
decirle mis dichas quiero.

(*Sale LUCRECIA.*)

Lucrecia, albricias.

LUCRECIA. ¿De qué?

LEONARDA. Ya te casas con don Juan,  
porque quiere Florián  
que yo la mano le dé.  
Dice que aun no puso en ti,  
cuando te vió, el pensamiento;  
codició mi casamiento,  
y pienso que adora en mí.  
He tenido gran ventura,  
porque me agrada en extremo.

LUCRECIA. (¡Cielos, sola el alma temo,  
que sufrir tanto es locura!)

LEONARDA. Dame el parabién a mí,  
y yo a ti te le daré.

LUCRECIA. (Para mal de mi bien fué.  
¡Cielos, que esto pase aquí!  
¡Cielos, que no haya justicia!)

LEONARDA. ¿Qué dices?

LUCRECIA. Que ya no puedo  
tener respeto ni miedo,  
Leonarda, en tanta malicia.

LEONARDA. ¿De quién?

LUCRECIA. Si digo de quién  
oblígame a tanto mal,  
que ya estuviera mortal  
si hubiera esperado el bien.  
¿Que ha tratado de casarse  
contigo ese caballero?

LEONARDA. Firmar el concierto espero.

LUCRECIA. Y mi amor desesperarse.  
¿Qué aguardo que no doy voces?  
¿Qué temo? ¿Qué me acobarda?  
Diréte quién es, Leonarda,  
el hombre que no conoces.  
Pero temo que don Juan  
le mate.

LEONARDA. ¿Por qué, Lucrecia?

LUCRECIA. Porque sé lo que me precia  
y que es traidor Florián.  
¿Qué linaje de paciencia,  
Amor loco, es éste mío?  
¿A quién el vengar confío  
esta agraviada inocencia?  
¿Qué cabellos, qué ocasión  
puede esperar mi venganza?  
Esta mi loca esperanza  
¿cuándo será posesión?  
Que se casara en mi ausencia  
pase; pero ¿aquí, en mis ojos?

LEONARDA. No entiendo aquestos enojos.

LUCRECIA. Ni yo mi injusta impaciencia.

(*Sale CLAUDIO.*)

CLAUDIO. Para la nueva escritura  
que habéis de firmar, señora,  
Florián os llama.

LUCRECIA. Agora  
confirma mi desventura  
a lo que puede llegar.—  
Id, lobo disimulado,  
de la cordera manchado  
que empezastes a matar,  
y decid a aquel villano  
que mire que hay Dios.

CLAUDIO. Señora,  
¿conocéisme?

LUCRECIA. Y la traidora  
daga.

CLAUDIO. Detened la mano;  
que si tenéis accidentes  
de locura, no es razón  
poner en ejecución  
intentos impertinentes.

LUCRECIA. Que estoy loca no lo niego;  
pues, temiendo ajenos daños,  
callo mis propios engaños  
y en mar de agravios me anego.  
Justicia de Dios aquí,  
que un hombre quiere casarse  
tres veces, sin acordarse  
que vivo y que vive en mí.

LEONARDA. Lucrecia, si te ha pesado  
que te quite a Florián  
y aborrecas a don Juan,  
hubiérame declarado.  
Vuelve en ti, que la escritura  
no se firmará por mí.

CLAUDIO. (Pienso que Lucrecia aquí



sólo mi muerte procura.  
Ya no es tiempo de esperar.  
Irme quiero de Toledo.  
Pero ¿ha de faltarme enredo  
con que me pueda librar?)

(Salen el ESCUDERO y DON JORGE y LISARDO.)

ESCUDERO. Aquí dice que esperéis.  
que luego a veros saldrá.

D. JORGE. (Aquí vuestra dama está.

LISARDO. Y la que vos pretendéis.)

LEONARDA. (Dime quién es Florián.

LUCRECIA. Un traidor.

LEONARDA. ¡Extraño intento!)

(Sale JULIA.)

JULIA. Que le aguardéis un momento  
envía a decir don Juan.

D. JORGE. El señor Lisardo y yo  
le aguardaremos aquí.

(Sale ZORRILLA.)

ZORRILLA. (Tras Julia vengo sin mí  
desde que celos me dió.  
La primer cosa que tiene  
un niño en naciendo es celos,  
que este azote de los Cielos  
de primer discurso viene.  
Si ve un niño que a otro niño  
regala el padre amoroso,  
llora y pretende, celoso,  
le muestre el mismo cariño.  
Pues si en naciendo heredamos  
el celar como el llorar,  
bien nos puede disculpar  
si cuando grandes lo estamos.  
Tanto, que el hombre de bien  
que no es celoso, aun del nombre,  
cuando le dejen el hombre  
bien pueden quitarle el bien.  
Comiérame un bellacón  
que ve y calla ¡oh, santos Cielos!,  
a tener sal, que los celos  
la sal de la honra son.)

(Salen DON JUAN, MARCELO y ANTONIO.)

ANTONIO. Aquí te están aguardando.

D. JUAN. ¿Señor don Jorge?

D. JORGE. Aquí estaba  
esperando a que acabéis  
para hablaros dos palabras.

D. JUAN. ¿Señor Lisardo?

LISARDO. A lo mismo  
vengo.

D. JUAN. Ocupaciones tantas  
no permiten cumplimientos.  
LISARDO. Yo traía a vuestra hemana  
un casamiento.

D. JUAN. Es merced  
que debéis a vuestra casa.  
¿Quién es?

LISARDO. El señor don Jorge.

D. JORGE. Y yo a Lucrecia, esta dama  
tan celebrada en Toledo,  
otro que en valor la iguala.

D. JUAN. ¿Quién es?

D. JORGE. El señor Lisardo.

D. JUAN. Los dos pudieran honrarlas,  
y fuera ventura mía;  
mas ya están las dos casadas.

D. JORGE. ¿Casadas?

D. JUAN. Vuestas mercedes,  
aunque testigos no faltan,  
por más honrados lo sean,  
de que Lucrecia se casa  
conmigo, y así le pido  
la mano.

LUCRECIA. Un momento aguarda  
para abono de mi honor,  
aunque mi inocencia es clara.  
Como caballero y Silva,  
como español, que esto basta,  
di dónde me hallaste y cómo.

D. JUAN. En una selva o montaña,  
donde, por forzarte un hombre,  
te dió cuatro puñaladas.  
Supe que dicho te había  
que su señor lo mandaba  
para casarse con otra.

LUCRECIA. ¿Es este el hombre?

D. JUAN. Fué tanta  
la prisa con que él huyó,  
que desconozco su cara.

LUCRECIA. Zorrilla, ¿es aqueste el hombre  
a quien tu brazo y espada  
hirieron por mi defensa?

ZORRILLA. Para todo tiene traza.  
Él es gentil bellacón;  
no le conozco, y la causa  
es que, como huyó de mí,  
siempre le vi las espaldas.  
Mas si los que son traidores  
con dos caras dicen que andan,  
por la que yo le conozco  
bien puede haber azotaina.

LUCRECIA. ¿En qué posesión me tienes,  
don Juan?

D. JUAN. De tan noble y casta,  
que por mi mujer te quiero  
tan pobre y de tierra extraña.  
Y para que Florián  
de quien soy se satisfaga,  
Leonarda le dé la mano.

LEONARDA. Yo la doy.

LUCRECIA. ¡Teñte, Leonarda!

LEONARDA. ¿Por qué?

LUCRECIA. Porque  
con mi marido te casas.

LEONARDA. ¿Con tu marido?

LUCRECIA. Señores,  
Marcelo, por su venganza,  
se ha fugido Florián  
y por matarme os engaña.  
Este es Claudio, no es Otavio;  
aquella la misma daga  
con que me dió cuatro heridas,  
que, a ser justicia romana  
la que me escucha, pudiera,  
en defensa de mi fama,  
mostrar como Escipión,  
y en ocasión más honrada,  
las señales en el pecho,  
que aún no están del todo sanas.—  
Habla, villano. ¿Qué tiemblas?  
¿No es esto verdad? ¿Qué callas?

ZORRILLA. Habla, pícaro, o ¡por Dios!  
que te dé cuatro mohadas.

CLAUDIO. (Callar es hablar aquí.  
Justa vergüenza me ataja.)  
La muerte merezco.

MARCELO. Y yo  
soy quien ha de ejecutarla.

D. JUAN. Tened la espada, Marcelo;  
no manchéis tan noble espada

con la sangre de un traidor.—  
Vete, Claudio; vete a Italia.

ZORRILLA. ¿Cómo vete? Espera, harélo  
que ande en puntos con su cara.

CLAUDIO. Palabra os doy de morirme  
de vergüenza.

ZORRILLA. Mucha os falta.

D. JUAN. Dad los brazos a Lucrecia,  
Marcelo.

MARCELO. Con vida y alma.

LUCRECIA. ¿Que te he de abrazar?

ZORRILLA. ¿Agora  
pucheritos, Julia, gazmia?  
Daca los tuyos, y aprendan  
sin cheriba y risa falsa.—  
Bendecidnos, padre mio.  
escudero del rey Wamba,  
non fagades ende al,  
pena de ruestra desgracia.

ESCUDERO. Ello es fuerza, y sólo digo  
que mi linaje se acaba  
en ti.

ZORRILLA. Como esos linajes  
han venido a ser tinajas.

D. JUAN. Mi hermana al señor don Jorge  
dé la mano.

D. JORGE. ¡Dicha extraña!

ZORRILLA. A falta de buenos sois  
hoy marido de mi ama.  
Don Juan y Lisardo quedan.  
Apostaré que se casan.

D. JUAN. Si cumplí mi obligación  
por el honor de mi patria,  
senado, decildo vos,  
que aquí la comedia acaba  
llamada, para serviros,  
*La cortesía de España.*

FIN

# EL CUERDO LOCO

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

AL DOCTOR DON TOMAS TAMAYO DE VARGAS

Hablando Cicerón del filósofo Panecio en el libro IV de *Finibus*, dijo, para alabarle, que era digno de la amistad de Cipión y Lelio: *Homo quidem ingenuus, & gravis, dignus illa familiaritate Scipionis, & Lelii*. Y yo, hablando de v. m., sólo dijera que había sido digno de la familiar amistad del padre doctor Juan de Mariana; porque aquella infinidad universal de letras, graves costumbres y venerables años no admitieran menos iguales excelencias, aunque en la edad desiguales. Vi su defensa, si merece este nombre quien no ha ofendido, contra las objeciones, mejor dijera ignorancias y atrevimientos libres, a su famosa y verdadera historia; doy gracias a v. m. por tan bien empleado cuidado, y se las deben todos los que saben y que no ignoran lo que va de escribir a censurar y de enseñar a reprehender. Salió un libro de este reprehensor; fué parto ridículo y ofensivo; borróse de la memoria de las gentes, aunque ya de la de su dueño lo estaba. Con la ignorancia no hay más venganza que dejar que ella la tome de sí misma, cual sucedió al referido, a quien, faltando el poderoso muro en que se arriaba, cayó marchito; pues ya su atrevimiento quería frisar con Alejandro, como Diógenes, y imitar las libertades de los filósofos con los Reyes, *De hoc satis?*, y porque hay tantas especies de locuras, no tan grandes, advierta v. m. que esta comedia, que le dedico, la fingí en un hombre cuerdo, cosa de que se hallará ejemplo en las Sagradas Letras, que la que por soberbia de sangre, hacienda, ciencia o lugares altos, anda en el mundo, no merece memoria, si ya no fuese para reprehenderla: no veo a los hombres doctos arrogantes, no veo a los ignorantes humildes: aquí bien se ofrecía desatar el Abecedario de los lugares comunes para v. m. cuales no lo fueran: andamos, finalmente, defendiéndonos de cartas y de objeciones. Mi *Jerusalén* padece: algunos no tienen por poema el que no sigue a Virgilio: digo yo que volver a escribir su historia sería acertado, pues no conocen que las imitaciones no son el mismo contexto, sino la alteza de las locuciones, términos y lugares felicemente escritos, las sentencias, el ornamento, propiedad y hermosura exquisita de las voces. En dos estancias latinas del libro VI dice: *Missile telo*. Buscó la *i* un docto que no sabía cuán ordinaria cosa es en ella mudar la *e* en *i* y la *i* en *e*, como se ve en Ovidio, en la Epístola de Paris a Elena:

*Hoc mihi non recolo fore, ut a coeleste sagitta.*

Aquí está coeleste por coelesti. Pues ¿qué más

tiene Missile? Y no hay decir que es yerro de la impresión; que no consta el verso de otra suerte. Idem in epist. ad Her.

*Hument incultae fonte perenne genae.*

Lucrecio, en el libro VI, Cupedo por Cupido.

*Et finem statuit Cupedinis, atque timoris.*

De la *e* en *i*, Ausonio, en la imagen de la ocasión:

*Occipiti calvo.*

Plauto: *Sorti sum victus.*

Varrón, en el libro V de la Lengua latina:

*In campo cum prima luci.*

Como, *Vespero pro Vespere.*

Y en las inscripciones antiguas: *Deana* por *Diana*, *Dolea* por *Dolia*, *Genetrix*, *Mereto*, *Soledas*, por *Genitrix*, *Merito* y *Solidas*; *Cavias*, *Camina*, *Mircurius*, *Pontifex*, por *Caveas*, *Camena*, *Mercurius* y *Pontifex*, como se hallarán muchas en el índice de Sinecio. Más se espantara este lego objetador si yo hubiera hecho alguna Paragoge o adución *qua fini jungitur aliqua syllaba*, como *Dicier* por *Dici* (Horatio a *Filida*, Od. II.)

*Azet inmolato.*

*Spargier agno.*

La razón de colocar bien una oración, dice Dionisio Alicarnaseo que se conoce *Ex aspero aut molli concursu literarum*.

Y así se ve con cuánta más elegancia está *Missile* que *Missili telo*, como se ve en su pronunciación. Esto dicen algunos por lo que oyen, que realmente aún les falta lo necesario para decirlo de su Marte propio: *Turpe vero est judicare, que pulchra sint maiore ex turbe murmure*, como dijo el doctísimo Pedro de Valencia, en la prefación a los Himnos de Arias Montano, porque, *ex collatione, requè ipsa, non es opinione estimare, ac discernere equum est*. Con v. m. pudiera haber excusado esta digresión, pues fuera más bien empleada en su alabanza; pero tal vez se deja llevar la pluma de la ofensa propia, pues por leyes divinas y humanas parece justa, aunque donde no había que defender, como dice la ley. *Domitus: Fatua quaestio, quac non habet rationem dubitandi*. V. m. lea el cuerdo loco que ingeniosamente se hizo señor de sus enemigos con industria, en tanto que con obras más dignas de su excelente ingenio y universales letras, griegas, hebreas y latinas, en tan floridos como bien empleados celebros su ilustre nombre, si las Musas me dan favor y el cielo vida. Guarde Dios la de v. m. como deseo y merece la honra que ha hecho a esa ilustrísima ciudad en que ha nacido.—Capellán de v. m., *Lope de Vega Carpio*.



FIGURAS DE LA COMEDIA

|           |                   |
|-----------|-------------------|
| LUCINDA.  | ARISTEO.          |
| ANTONIO.  | FILIPPO.          |
| PRÓSPERO. | SOLDADOS.         |
| DINARDO.  | GUARDAS.          |
| TANCREDO. | Un CAPITÁN.       |
| LEONIDO.  | [BELARDO.         |
| SULTÁN.   | TIRSE.            |
| TEBANDRO. | El MAESTRESALA.   |
| ROBERTO.  | Un PAJE.          |
| FINARDO.  | Un CABO.          |
| CELIA.    | MUCHACHOS.        |
| ROSANIA.  | Dos ALABARDEROS.] |

Representóla Granados.

ACTO PRIMERO

(Salen el PRÍNCIPE ANTONIO, rebozado; el Conde PRÓSPERO con la espada desnuda para matarle, y LUCINDA, su hermana, poniéndose en medio.)

LUCINDA. Tente, hermano.

PRÓSPERO. Aparta, infame, o harás que primero muerta sirva ese pecho de puerta por quien su sangre derrame. ¿En mi casa hombre embozado y que no se me defiende?

LUCINDA. Yo pienso que no te ofende, y que por eso ha callado.

PRÓSPERO. Diga a lo menos quién es, si es que te buscaba a ti.

LUCINDA. ¿A mí? ¿Por qué?

PRÓSPERO. Pues ¿a mí? Tú misma di lo que ves. Déjame pasar.

LUCINDA. ¿Detente!

PRÓSPERO. Muestre a lo menos la cara.

LUCINDA. Antes que mostrarla hablara si fuera cosa decente; pues él no se desemboza, su secreto da a entender.

PRÓSPERO. ¡Traidora! ¿Quién puede ser sino un hombre que te goza?

LUCINDA. Hablad, hermano, con tiento, que yo quise ver quién era cuando vos por la escalera subistes de mi aposento. Y aunque porque sois mi hermano parte os toca de mi honor, no es de marido el rigor, aunque uséis de lengua y mano. Una y otra refrenad,

que damas hay en mi casa con quien por ventura pasa esa ciega liviandad.

PRÓSPERO. Cuando yo quiera creer que éste no viene por ti, por honra de quien nació, que fué tu madre, y mujer, ¿cómo me he de persuadir que aquí por verte no está, pues ni se mueve ni va viendo que le voy a herir? Descubra el rostro.

LUCINDA. Eso no.

PRÓSPERO. ¿Es posible que me aguarde? O me tiene por cobarde, o es mayor señor que yo.

LUCINDA. Debe de aguardar a ver si pones en mí la mano.

PRÓSPERO. Hombre, sombra o viento vano, ¿qué buscas?

ANTONIO. A mi mujer.

(*Í asc.*)

PRÓSPERO. ¿Es ésta?

LUCINDA. Ya se partió.

PRÓSPERO. Déjame seguirle.

LUCINDA. Espera, no tenga gente allá fuera.

PRÓSPERO. Pues ¿qué es esto?

LUCINDA. ¿Qué sé yo!

PRÓSPERO. Pues ¿cómo dice aquel hombre que aquí busca a su mujer, que él debe de conocer, y no sabes tú su nombre?

LUCINDA. Habiendo tantas mujeres que me sirven, bien podía ser alguna dama mía.

PRÓSPERO. ¡Ay, Lucinda, que tú eres!

LUCINDA. ¿Yo?

PRÓSPERO. Pues ¿quién?

LUCINDA. Alguna dama de mi servicio.

PRÓSPERO. De suerte estoy, que a darte la muerte mi honor me provoca y llama. Dime lo que es, enemiga, por que remedie mi honor; si este es hombre de valor, su justa esperanza siga, que yo no quiero estorbar tu remedio.

LUCINDA. Yo, en mi vida

fuí, Conde, tan atrevida.  
¿Cuándo me has visto culpar  
de desenvuelta ni he dado  
ocasión que me sirviese  
algún hombre que te diese  
celos, enojo y cuidado?

PRÓSPERO. Antes eso es contra ti;  
que una mujer principal  
que se sirve en general  
segura vive de sí;  
y pues nadie has admitido,  
Lucinda, en público amor,  
vive en secreto perdido.  
¡Ah, desleal! ¿Aprendiste  
de nuestros padres a ser  
tan vil y infame mujer.  
que hombre humano te conquiste?  
¿Hombre embozado en la puerta  
de tu aposento en mi casa?

LUCINDA. Pon a las blasfemias tasa,  
con que mi honor desconcierta,  
o dejaréla y tendré  
la libertad que quisiere  
donde ni tu pecho altere  
ni el mío ocasión te dé.  
Y si aquí viven mujeres  
hermosas, no he de ser yo  
a quien aquéste buscó  
para que luego te alteres,  
ni menos pudiera ser  
cuando lo que dices fuera,  
porque ni aquéste dijera  
que buscaba a su mujer.

(*Salen dos ALABARDEROS.*)

ALABARD. El Príncipe, noble Conde,  
os llama.

PRÓSPERO. ¿El Príncipe?

ALABARD. Sí.

PRÓSPERO. Decid que ya voy.

ALABARD. ¿Ansí  
a su alteza se responde?  
Venid luego, que ha mandado  
que no fuésemos sin vos.

PRÓSPERO. ¿Y venís más que los dos?

ALABARD. Treinta a la puerta han quedado.

PRÓSPERO. ¿Para qué?

ALABARD. Para que gusta  
que os acompañen.

PRÓSPERO. ¿A mí?

ALABARD. A vos.

PRÓSPERO. ¿Qué es esto?

ALABARD. Que así  
te ha querido honrar.

PRÓSPERO. ¡Ah, injusta!  
sin duda el Príncipe fué.

LUCINDA. Ya qué verás que no sea  
lo que piensas.

PRÓSPERO. ¿Que no crea  
quieres lo que aquí se ve?  
Voy, que es fuerza, y no las tengo  
contra las que tiene un Rey.  
¡Ah, necesidad sin ley!

ALABARD. ¿No venís, Conde?

PRÓSPERO. Ya vengo.

(*Vase la GUARDA y el CONDE.*)

LUCINDA. Menos daño ha sucedido  
del que tuve imaginado.  
Esta Guarda que ha enviado  
guarda de mi vida ha sido;  
sospecho que la perdiera.  
Ya el Conde entendiendo va  
que un Rey de por medio está  
y que ser mi esposo espera;  
y cuando pierda el decoro  
al Príncipe de otra suerte,  
venga mil veces la muerte,  
pues es la vida que adoro.

(*Vase, y entren DINARDO, duque de Iberia, y ROSANIA, madrastra del PRÍNCIPE ANTONIO.*)

DINARDO.

La ocasión nos ofrece los cabellos  
para gozar de aqueste Principado;  
si agora no procuras asir de ellos,  
el viento romperá con vuelo airado.  
Yo tengo mil amigos que por ellos  
pud'era con el mundo habermie alzado,  
y tú, muerto Filipo, eres, Rosania,  
madrastra vil del Príncipe de Albania.

Este querrá casarse, y en trayendo  
nucra a su casa, ha de querer mandarte,  
y él también, tu imperio aborreciendo,  
ha de querer de su palacio echarte.  
El que, vivo su padre, obediendo  
tu voluntad estuvo en toda parte,  
no dudes de que muerto le parezca,  
que es infamia a su honor que te obedezca.

Y cuando sólo vea por venganza  
de algunas malas obras que le has hecho  
mientras vivió su padre, en confianza  
del grande amor que le rindió a su pecho,  
agora que de Albania el cetro alcanza

se ha de poner tu vida en tanto estrecho, que desees la muerte, si no aspiras al verde lauro que en su frente miras.

Quítale el Principado, pues que tienes la ocasión que te digo entre las manos; que si a perderla por descuido vienes, tarde se lloran pensamientos vanos. ¿Cuáles armas esperas o previenes, si él mismo, contra turcos otomanos, me ha hecho general de diez mil hombres, soldados viejos y de ilustres nombres?

Estos, que viven ya por mi obediencia y yo tengo a mi gusto sobornados; los que, obligados con mayor violencia, conmigo le echarán de sus Estados. No estés remisa; advierte con prudencia estos arbitrios en tu bien trazados. Serás señora de ellos muerto Antonio, y yo tu esclavo en dulce matrimonio.

ROSANIA.

Dinardo, aunque el mayor atrevimiento nace de Amor, que a toda alevosía suele animar, yo he visto en lo que siento que es propia en la mujer la cobardía. Ya he visto en tu animoso pensamiento volar sin alas la esperanza mía; pero la femenil piedra le oprime.

DINARDO.

No puedo yo creer que Amor no anime.

Si tú le tienes y tu daño adviertes, ¿por qué tus esperanzas desanimas viendo tu estado en tan diversas suertes? Pero eso nace de que no me estimas. Yo sé que las mujeres son tan fuertes, aunque su esfuerzo con temor reprimas, que si a sola Semíramis contemplo, sus hazañas me bastan por ejemplo.

El Príncipe de Albania ha dado indicios de generosos pensamientos altos; mira sus militares ejercicios llenos de gloria y de experiencia faltos. Si mudan los consejos los oficios y a padecer comienzan sobresaltos de madrastra, querrá mudar, no dudes, le que esa alteza en bajo estado mudes.

ROSANIA.

Duque, ni la esperanza del Imperio, ni el miedo de venir a humilde estado, pasado bien, presente vituperio, pueden más que el Amor, que me ha forzado. Si el Principado albanio es el misterio

por donde habéis mi voluntad ganado, y no merezco nada por mí, quiero que gocéis lo que amáis y el bien que espero.

DINARDO.

El Cielo y sus esferas celestiales, desacordando toda su armonía, hagan, por triste agüero de mis males, obscura noche el más sereno día; sus cometas y frías señales sólo se entiendan de la muerte mía; el fuego, el mar, la tierra y fieros vientos atropellen en mí sus elementos.

Mi honor padezca el más cruel desastre; mi nombre en los infames se registre; su nave un turco de mi hacienda lastre; mis estados un bárbaro administre; fiero caballo indómito me arrastre cuando la lanza en la batalla enristre, y toda aquesta máquina terrestre para tragarme sus entrañas muestre.

Piérdase de la fama la memoria que con los hechos que sabéis obligo; atado al carro aumente la vitoria del Persiano y del bárbaro enemigo; jamás os goce, que es la mayor gloria; muera de celos del mayor amigo, que es de las maldiciones la más fiera. si ha hecho cosa Dios que yo más quiera.

¿Yo Imperio más que vos? ¿Yo rey de Albania más que a Rosania? En toda vuestra vida [nia, me habéis de ver virrey, como en Hircania, del fiero cazador la tigre herida.

ROSANIA.

Duque, duque Dinardo...

DINARDO.

Ya, Rosania, de mi esperanza en vuestra fe perdida, ¿qué puedo yo querer?

ROSANIA.

Querer que os quiera.

DINARDO.

Quien quiere cree, y teme quien espera.

ROSANIA.

Influyan en mi daño las estrellas sus aspectos, Dinardo, infortunados; jamás los buenos, pues los hay en ellas, miren mi honor, mi vida y mis Estados; de Troya en las reliquias y centellas



de mi patria los muros abrasados  
llore como Casandra, o con más pena,  
que en las aras de Pirro, Policena.

Falte la tierra al suelo que pisare,  
falte a mi sed el agua que se ríe,  
jamás el fuego en su calor me ampare,  
el aire de mi aliento se desvíe,  
gozar os vea, cuando yo os gozare,  
de la mujer que mis secretos fie,  
que es maldición sobre las otras fiera,  
si ha hecho cosa Dios que yo más quiera.

Trazad a vuestro gusto de qué modo  
podréis volver con la albanesa gente  
contra vuestro gran Príncipe, que en todo  
me habéis de hallar, aunque su muerte intente.

DINARDO.

No estuvo sobre Roma Atila Godo  
cuando el rigor del Cielo vió presente,  
como yo sobre Albania, con que agora  
me ayudéis contra el Príncipe, señora.

ROSANIA.

Cuando el ser su madrastra y ser difunto  
su padre no bastara, el amor sobra.

DINARDO.

Pues, alto, yo pondré la gente a punto  
y la esperanza de mi intento en obra.  
O Buda se verá como Sagunto,  
o su Príncipe yo.

ROSANIA.

Pues parte y cobra  
estos Estados que perdí.

DINARDO.

Voy loco.

ROSANIA.

Sol te coronará, laurel es poco.

(*Vanse. Entren el PRÍNCIPE y el CONDE y la GUARDA.*)

PRÓSPERO. Téngolo a mucha merced;  
mas quejaráse Dinardo.

ANTONIO. Conde, lo que os digo haced.

PRÓSPERO. Ya, señor, el alba aguardo.

ANTONIO. La gente en orden poned;  
cuando el alba al campo escarche,  
todo el ejército marche  
y esté alojado a las once.  
Suene guerra, el aire embronce  
y responda guerra el parche;  
no quiero que el Turco fiero

entienda que estoy ocioso  
ni que en los muros le espero.

PRÓSPERO. Quedará el Duque quejoso,  
que fué general primero.  
Y pues ya con él salía  
y al tiempo que va a salir  
das a la inocencia mía  
lo que no sabe fingir  
y él de experiencia sabía,  
¿qué dirá Albania de ti?

ANTONIO. Próspero, nunca a los reyes  
se ha de responder así.  
Si ellos derogan las leyes,  
¿no es porque las hacen?

PRÓSPERO. Si.

ANTONIO. Pues yo hice general  
al Duque, y deshacer puedo  
lo que hice.

PRÓSPERO. ¿Y si haces mal?

ANTONIO. A la culpa con que quedo  
vendrá a ser el daño igual.

PRÓSPERO. Es mi amigo el Duque.

ANTONIO. Sea.  
Tú no me pides su oficio;  
yo te le doy.

PRÓSPERO. Cuando él vea  
que yo llevo su ejercicio,  
no es posible que lo crea.

ANTONIO. Pensara que es cobardía,  
Conde, tanto replicar.  
¿Temes al Turco?

PRÓSPERO. Podía  
temer que se ha de quejar  
de lo que no es culpa mía.  
Pero pues tú me lo mandas,  
no habrá puesto el sol los pies  
del Oriente en las barandas  
cuando tu campo albanés  
despida sus camas blandas.  
Yo haré que los capitanes,  
por que mi valor presumas,  
más soberbios que alemanes,  
den a las celadas plumas  
y al aire los tafetanes.

¿Hasle dicho ya a Dinardo  
que aqueste cargo le quitas?

ANTONIO. Aquí, Próspero, le aguardo.

PRÓSPERO. Dios te guarde.

ANTONIO. A Marte incitas,  
Conde valiente y gallardo.—  
Ya partió.—¿Guarda?

GUARDA. ¿Señor?

ANTONIO. ¿Adónde hallastes al Conde?

GUARDA. Con su hermana.

ANTONIO. (En qué rigor me puso el amor adonde sólo me sacara Amor. Si Próspero porfiara a desembozarme, creo que la vida le quitara. Tuvo de su honor deseo, mas no de verme la cara. Con este cargo, en efeto, va el conde Próspero honrado, y yo en público o secreto, de su estorbo descuidado, no quedo a nadie sujeto. Gozaré a Lucinda bella, con quien la mayor estrella que acuesta y levanta el día, no tiene luz si porfía a mirar la suya en ella. Sola esta madrastra fiera me pone ahora en cuidado. Enviarla a Francia quisiera; pero fué sujeto amado de aquel que nunca lo fuera. Respeto a mi padre debo. Es, en fin, prenda que amo, y, aunque a mi pesar lo llevo, será, amar a quien desamo, hecho famoso, aunque nuevo.)  
¿Hola?

GUARDA. ¿Señor?

ANTONIO. ¿Qué hora es?

GUARDA. Pienso que más de las tres.

ANTONIO. A las cinco me despierte el camarero.

SEGUNDO. ¡Hombre fuerte!

GUARDA. Es, en efeto, albanés.

SEGUNDO. ¿Qué habrá sido la ocasión de quitar al General con el cargo la opinión?

GUARDA. Ser el Conde al Duque igual y estorbar su pretensión.

SEGUNDO. Pienso que matar quería a Lucinda.

GUARDA. Orden tenía el Capitán de matalle, y la casa derriballe si la casa defendía.

SEGUNDO. Halló al Príncipe con ella hablando en un corredor; y así, para defendella

o asegurar su temor, al pobre Duque atropella.

GUARDA. Es el Duque muy bienquisto.

SEGUNDO. Él satisfará su ofensa cuando haya su ofensa visto. En lo que hemos de hacer piensa, que va saliendo Calixto.

GUARDA. Ya el alba clara matiza el manto blanco del cielo, y el sol su cabello enriza en las lágrimas del hielo con que el campo fertiliza. Nuestro cuarto se acabó. Camina hacia la posada.

SEGUNDO. Ya la nueva Guarda entró. Y de esto no digas nada.

GUARDA. Yo soy piedra.

SEGUNDO. Bronce yo.

Quien de este palacio es hiedra, que sólo arrimado medra, tenga los ojos dormidos, como pared los oídos y la lengua como piedra.

(Vanse, y salgan cuatro o seis con arcabuces, y muchachos con ropa de bagaje.)

PRIMERO. Pese al bando, ¿en esta armada, que sólo tocando a leva, se puede hacer la jornada?

SEGUNDO. Con linda priesa nos lleva, y todo después es nada.

TERCERO. Mala Pascua te dé Dios, que así nos sacas, amén.

CUARTO. ¿No diréis que tenga dos?

TERCERO. Tenga ciento.

QUINTO. ¡Que a éste den el cargo!

SEXTO. Y ¿qué se os da a vos?

QUINTO. Pésame porque es un loco, y en la primera ocasión nuestras vidas tendrá en poco.

TERCERO. El Conde es como un león.

A servirle me provoco. Pero ¿qué causa habrá sido la que puede haber movido su cólera, que de Buda nos saca, si no es que acuda a fuerza o sitio perdido?

CUARTO. Del Turco no dicen nada.

No sé qué puede querer.

QUINTO. ¿Si es arma falsa?

SEXTO. Es jornada,  
sin duda.

PRIMERO. ¡Ay, pobre mujer,  
cual vid de olivo cortada  
dejé tu lado amoroso  
entre lienzos y damascos!  
Tomé el arcabuz furioso,  
puse pólvora en los frascos,  
cargué el metal sonoro.  
No hay más, estamos sujetos.

SEGUNDO. Y yo que dejo llorando  
entre divinos conceptos...

PRIMERO. Pregón de muerte es un bando.

SEGUNDO. Y el amor para discretos.

PRIMERO. ¿Qué goza bueno el soldado?  
¿En qué dura que sea bien?  
¿Dónde está bien alojado  
que algún descanso le den?

SEGUNDO. Como es bestia, duerme en prado.  
Allá, para el cortesano,  
que todo lo tiene y manda,  
será en invierno y verano  
la felpa y la blanda holanda.  
Muramos acá desnudos  
donde la arena nos raspe;  
comamos los bueyes crudos  
y el bizcocho como un jaspe,  
siempre trabajando y mudos.  
Bebamos en mortrones  
agua turbia y mal cogida  
con el arena y terrones;  
marchemos toda la vida  
más rotos que los pendones,  
y pidamos galardón  
cuando responda el portero  
que no hay ahora ocasión.

TERCERO. Al galope un caballero  
pica un castaño frisón.

CUARTO. Ya se apea, y nuestra gente  
con un pedazo de lanza  
detiene confusamente.

QUINTO. ¡Ay del soldado que alcanza  
brazo, costillas y frente!

(Sale DINARDO, duque.)

DINARDO.

Teneos, bisoños. ¿Dónde vais, soldados?  
¿Quién os llamó? ¿Qué furia ha sido aquesta?  
¿Adónde juntos camináis armados?

SEGUNDO.

Detente, o ¡vive Dios! que la respuesta  
será la de esta esguízara pistola.

DINARDO.

¿Hay desvergüenza ni maldad como ésta?

PRIMERO.

No mereces, Dinardo, aquesta sola,  
pues no siendo tu bando ni presencia  
la que aquestas banderas enarbola,  
nos tratas con tan áspera insolencia,  
haciéndonos volver, cuando salimos,  
debajo de otro nombre y obediencia.

SEGUNDO.

Duque, cuando sujetos estuvimos  
a tu gusto, bien sabes que obedientes  
más que soldados de Alejandro fuimos.

Ahora que a gobiernos diferentes  
nos ha entregado el Príncipe, no es justo  
que con palabras y obras nos afrentes.

DINARDO.

Oíd ¡por Dios!, que de sabello gusto.  
No he sabido que el Príncipe haya dado  
mi cargo a otro.

QUINTO.

Sea justo o injusto,  
hoy por el conde Próspero se ha echado  
un bando en la ciudad que antes de una hora  
marche sin dilación cualquier soldado.

SEXTO.

No despertó más presto al sol la aurora  
que nosotros al bando, imaginando  
que Alba se pierde o que abrasada llora.

DINARDO.

¿Qué dijo el conde Próspero a ese bando?

PRIMERO.

Sin duda es General.

DINARDO.

¡Sucedio nuevo!

SEGUNDO.

Parece que lo vienes ignorando.

DINARDO.

Pedir perdón de mi arrogancia os debo,  
señores albaneses, de rodillas.

PRIMERO.

¡Tente, señor!

DINARDO.

¡Oh, Antonio, al fin mancebo!  
Hará con este cargo maravillas



el Conde. Yo le he visto por mis ojos  
hacer mil lanzas en el Turco astillas.

Plegue a Dios que volváis con mil despojos  
a vuestras casas, donde, al sol o al fresco,  
contéis en paz los bélicos enojos.

Y que arrastrando del pendón turquesco  
por esas piedras los azules cabos,  
el Conde, con quien tengo parentesco,  
vuelva glorioso con dos mil esclavos,  
tan rico, que les ponga a sus frisiones  
de oro herraduras y de plata clavos.

SEGUNDO.

¡Oh, como tuyas son estas razones!

(Sale un CABO.)

CABO.

Marchad, soldados. que ocupáis la puerta,  
y quieren ya salir las municiones.

DINARDO.

¿Quién es aquéste?

PRIMERO.

Un cabo.

DINARDO.

Por muy cierta

os juzgo la vitoria.

TODOS.

Dios te guarde.

(Vanse.)

DINARDO.

A entierro toca mi esperanza muerta.

Voime a quejar al Príncipe cobarde.

Pero ¡válame Dios! ¿Si lo ha sabido  
de algún traidor amigo aquesta tarde?

¿Si algún deudo le ha dicho que he querido  
alzarme con aqueste Principado  
de invidia o celo a traición movido

volviéndole las armas que me ha dado?

No hay cosa menos firme que el secreto.

¿Si huiré? Mas, no; por dicha me he engañado.

Antonio es mozo, y vario y imperfeto  
el pensamiento en esta edad, y ahora  
a la hermana de Próspero sujeto  
sin duda por honrarle, pues la adora,

le dió este cargo. Ir a quejarme quiero,  
que lo contrario de mi ser desdora  
y pierdo el bien que de Rosania espero.

(Vase, y sale el PRÍNCIPE ANTONIO.)

ANTONIO.

Salen los rayos del señor de Delo  
dorando el monte y esmaltando el prado,  
y del arroyo, por la noche helado,  
vuelven reflejos a su mismo cielo.

Esparce el ave por el viento el vuelo,  
en nudoso redil bala el ganado,  
marcha al són de las cajas el soldado  
por julio al sol y por diciembre al hielo.

Alégrase la mar, de espumas cana;  
por cuanto sustenta el cielo y cría  
vive de nuevo en viendo la mañana.

Y levántome yo, Lucinda mía,  
al sol de tu hermosura soberana,  
porque en tus ojos amanece el día

(ROSANIA *entre.*)

ROSANIA. ¿Tan de mañana, señor?

ANTONIO. Mi madre y señora, sí,  
que el príncipe y el pastor  
duermen y velan ansi,  
y con un mismo temor.

Heme levantado a ver  
marchar el campo, señora,  
que a Julia va a socorrer.

ROSANIA. ¿Luego sale el campo ahora?

ANTONIO. Y aun le he visto amanecer;  
apenas resplandecía  
el sol en el limpio acero,  
cuando ya en orden salía,  
tanto, que pensó el lucero  
que se adelantaba el día.  
Ya tremolando pendones  
y granados morriones,  
van dando a los aires plumas  
y a la fama largas sumas  
en sus imaginaciones.

ROSANIA. No me ha dicho el Duque nada  
de esta jornada improvisa.

ANTONIO. No va el Duque a esta jornada.

ROSANIA. ¿Cómo no?

ANTONIO. Porque es de prisa  
y él trae suspensa la espada.  
El conde Próspero parte.

ROSANIA. ¿Y es mejor soldado el Conde,  
de más experiencia y arte?

ANTONIO. No, que la fama responde  
que el Duque es el mismo Marte;  
pero para mi gobierno  
le he menester junto a mí.

ROSANIA. Próspero es muy nuevo y tierno.

ANTONIO. Cipión comenzó así

ROSANIA. y mereció lauro eterno.  
Que agravias al Duque pienso.  
(Algo le han dicho.)

ANTONIO. La parte  
viene.

ROSANIA. Y con dolor inmenso,  
pues se ha quedado, en mirarte,  
como una piedra suspenso.

(Sale el DUQUE.)

DINARDO. ¿Has mandado tú, señor,  
que Próspero, con la gente  
que ha ajuntado mi valor,  
marche a Julia?

ANTONIO. ¡Qué impaciente  
trae a este necio el furor!

¿Paréceos a vos que fuera  
si yo no se lo mandara?

DINARDO. Pues ¿cómo de esa manera,  
sin verte el Duque la cara,  
das al Conde tu bandera?  
¿He dejado algunas tuyas  
en poder del Turco fiero,  
o he traído muchas tuyas?

¿No fuera bien que primero...

ANTONIO. ¡Paso, Duque, no me arguyas!

DINARDO. ¿He perdido alguna gente  
por descuido o por codicia?

¿Rendíme afrentosamente?

¿Soy bisoño en la milicia?

¿Es Próspero más valiente?

¿Soy el que a tu padre di  
dos importantes victorias,  
del bajá Daú y Alí?

¿Así heredaste las glorias  
del Filipo a quien serví?

¿Tal premio a la sangre das  
que de la sangre otomana  
sirviéndote vertió más?

¿Es porque no tengo hermana,  
por quien tan sujeto estás?

ANTONIO. Callad, Duque; esa braveza  
y servicios de mi padre  
dichos por vos son bajeza.  
Agradeced a mi madre  
que no os cortan la cabeza.  
Próspero es un gran soldado.  
Ni su hermana me ha obligado,  
ni sabéis lo que decís.

DINARDO. Yo digo verdad.

ANTONIO. ¡Mentís!

ROSANIA. ¡Señor, señor! ¡Tan airado!

¿Vos la espada, y para un hombre  
como el Duque?—Duque amigo,  
echaos a sus pies.

DINARDO. El nombre  
de tu esclavo tu castigo  
tiemple, aunque mi culpa asombre.  
(Hincase de rodillas.)

Conozco que el gran valor  
de esta afrenta me ha forzado  
a quejarme a tu valor.

ANTONIO. Dinardo, habéisme enojado.  
Habladme después.

DINARDO. ¡Señor!

(Vase el PRÍNCIPE.)

ROSANIA. Fuése.

DINARDO. Señora, ¿qué es esto?

ROSANIA. No lo sé.

DINARDO. ¿Si le han contado  
nuestro oculto presupuesto?

ROSANIA. No; mas habrá sospechado  
que yo y vos tratamos esto;  
porque quitaros la gente  
y hablaros con tanta furia,  
cuando era cosa decente  
satisfaceros la injuria  
que os ha hecho injustamente,  
¿de qué puede proceder?

DINARDO. Ahora bien, ¿qué hemos de hacer  
en su desgracia y sin gente?

ROSANIA. Matarle.

DINARDO. Luego se intente,  
que esto es morir o vencer.

ROSANIA. Tancredo y Leonido vienen.

DINARDO. A buen tiempo, que ellos tienen  
cuidado de mi deseo.

ROSANIA. Confusos, Duque, los veo.

(TANCREDO y LEONIDO vienen, Grandes del PRÍNCIPE.)

LEONIDO.

Llega, que bien podemos.

TANCREDO.

Si es secreto,  
saldremos de la cuadra yo y Leonido.

DINARDO.

Antes os busco para el mismo efeto,  
que nuestro intento el Príncipe ha sabido.

ROSANIA.

Sospechado dirás.

DINARDO.

El gran sujeto

de aquel ingenio fácil, y advertido  
por verme tan privado de Rosanía,  
a! Conde ha hecho General de Albania.

De suerte que, quitándome la gente,  
me ha quitado el amor de los soldados  
y me ha tratado vil y áasperamente.

LEONIDO.

Los dos venimos del suceso airados.  
¿Qué quieres aguardar de un inscélto?  
Si le podéis echar de los Estados...

DINARDO.

Sin gente no es posible.

TANCREDO.

Dalde muerte.  
Esto es mejor que agora se concierte.

ROSANIA.

No creo que acertáis.

DINARDO.

¿De qué manera?

ROSANIA.

Siempre el consejo de mujer fué cuerdo,  
y cuerdo el que bien piensa lo que intenta,  
y el que intenta dichoso en lo que hace,  
si lo hace mirando el fin. El Príncipe  
es mozo y es amado de sus súbditos;  
si le matáis sin dar razón, ¿quién duda  
que Albania toda ha de tomar las armas  
; que el Emperador y Rey de Hungría,  
o el Turco, ha de querer para sí el reino  
y conquistallo haciéndoos sus vasallos?  
¿Cuánto mejor es dalle una bebida  
con que se vuelva loco, y en estando  
inhíbil para el cetro del gobierno,  
con gusto general obedecerme,  
y entregándome yo en las fortalezas  
dar de ellas y de mí, como a marido  
la posesión al Duque?

LEONIDO.

¡Extraña industria!

DINARDO.

¡Oh, ingenio de mujer!

TANCREDO.

¡Notable engaño!

Porque excusáis con él de ensangrentaros

en vuestro Rey, ocasionando al Cielo.  
Mas ¿cómo podrá darse la bebida?

DINARDO.

Esa dificultad lo impide todo.

ROSANIA.

Yo os lo diré.

DINARDO.

Prosigue.

ROSANIA.

Antonio toma  
cierta epítima todas las mañanas  
contra el humor que tiene melancólico.  
Ésta forma Roberto, cocinero,  
porque en una substancia se resuelve  
oro, coral, bezar, perlas, jacintos,  
unicornio, canela y ámbar. Éste  
es hombre bajo, al fin, y será fácil  
hacer que con dinero entre estas cosas  
mezcle las que pusiéredes, que pueden  
volverle loco.

DINARDO.

Yo lo doy por hecho.

Parte por él, Leonido.

LEONIDO.

Voy.

TANCREDO.

El Cielo

guíe tus pasos.

DINARDO.

Vamos entre tanto  
a prevenir las hierbas, y está cierta,  
luz de estos ojos, que si a verme alcanzo  
de estos sucesos en el fin que espero,  
tú serás la corona de esta frente.

ROSANIA.

Tu vida el Cielo y tu esperanza aumente.

(*Tanse, y entran LUCINDA y el PRÍNCIPE.*)

LUCINDA. Ya, como del alma, Antonio,  
de esta casa eres señor.

ANTONIO. No quieras tú de mi amor,  
Lucinda, otro testimonio  
que haberle al Duque quitado  
cargo tan bien merecido,  
por lo mucho que ha servido,  
con su persona, mi Estado.

LUCINDA. En tantas obligaciones,  
¿cómo podré salir de ellas?



Si es pagallas conocellas,  
bien lo muestran mis razones.  
Toma de casa y persona,  
aunque humilde, posesión,  
que quien te da el corazón  
te diera cetro y corona  
del Imperio de Alemania.  
¿Cómo te va, señor mío,  
con Rosania? ¿Pierde el brío  
de ser madrastra Rosania?  
¿Habla ya como solía?  
¿Persigue tu juventud?

ANTONIO. Habló entonces en virtud  
del padrino que tenía.  
Ya, Lucinda, se han mudado  
los tiempos. Teme que seas  
mi dueño y que al fin poseas  
la corona de mi Estado.  
Y témesese con razón,  
pues no me supo agradar,  
cuando pudiera ganar  
mil prendas de mi afición.  
Mucho yerra el que confía  
más luz, a mi parecer,  
del sol que se va a poner  
que del que comienza el día.  
Yo he menester no dormir  
en materia de traidores.

LUCINDA. Si son tus rayos mayores,  
más sombras te han de seguir.  
¿Qué quieres esta mujer,  
envidiosa de tu vida,  
culebra a tu planta asida  
que no se atreve a morder?  
Písala el cuello o desvíala  
de su envidia la ocasión.  
Quien pierde la posesión  
hasta la muerte porfía.  
Mira que te quiero bien  
y no te aconsejo mal.  
La que fué furia infernal,  
¿cómo será ángel también?  
Fiar del que es falso amigo,  
¿a quién le fué de provecho?  
Una mujer de mal pecho  
es el mayor enemigo.  
No te engañe con amores  
en que disfrace tus daños,  
que ceremonias y engaños  
son muy propias de traidores.

ANTONIO. Lucinda y luz de estos ojos,  
tú me aconsejas muy bien;

pero ahora no te den  
esos recelos enojos,  
que yo enviaré a Francia luego  
a Rosania.

(Entra TEBANDRO, criado.)

TEBANDRO. Aquí ha llegado  
un hombre a buscarte y dado  
gran prisa a verte.

ANTONIO. ¿Estás ciego,  
Tebandro, que no me ves  
con Lucinda?

LUCINDA. A mí me da  
gusto que entre.

ANTONIO. Vuelve allá;  
sabe, Tebandro, quién es.—  
Pues ¿cómo estando contigo,  
y en tu casa, me han de hablar?

LUCINDA. Yo me quiero de esto honrar,  
si es hombre noble y tu amigo.

(TEBANDRO *éntre.*)

TEBANDRO. Diceme que es tu criado.

ANTONIO. ¿Hay hombre tan atrevido?  
¿A buscarme aquí ha venido?

LUCINDA. Cesa de mostrarte airado.  
Háblale ¡por vida mía!

ANTONIO. Haréle matar.

LUCINDA. ¡Detente!

ANTONIO. Vuelve y di a ese impertinente,  
pues tanto hablarme porfía,  
que te diga de qué oficio  
me sirve.

TEBANDRO. Yo voy.

LUCINDA. Si ven,  
señor, que me quieres bien,  
por uno y por otro indicio,  
y no te hallan por allá,  
no es mucho buscarte aquí.

ANTONIO. ¿Mas que es soldado?

LUCINDA. Ese, en mí,  
muy buen amparo hallará.

(TEBANDRO *éntre.*)

TEBANDRO. Señor, dice que es...

ANTONIO. Di, pues.

TEBANDRO. Temo...

ANTONIO. Acaba.

TEBANDRO. Un cocinero.

ANTONIO. ¿Cocinero? ¿Tal espero?  
¿Tal oigo?

TEBANDRO. Eso dice que es.

ANTONIO. Dile que le haré matar.  
 LUCINDA. Mira, mi bien, que es de sabio  
 príncipe oír el agravio.  
 Quizá se viene a quejar.  
 Por ser hombre bajo quiero  
 recogerme en mi aposento.  
 Oyele tú.

ANTONIO. Soy contento.—  
 Di que entre ese cocinero.  
 (*Vase LUCINDA.*)

TEBANDRO. Voy por él.

ANTONIO. Por ignorante  
 perdonársele podía,  
 que es grande descortesía  
 buscar donde ama al amante.  
 (*Entra ROBERTO y TEBANDRO.*)

TEBANDRO. Este es el hombre.

ROBERTO. Esos pies  
 me da.

ANTONIO. ¿Qué quieres, buen hombre?

ROBERTO. Hablarte a solas.

ANTONIO. ¿Tu nombre?

ROBERTO. Roberto.

ANTONIO. Ya sé quién es.—  
 Vete, Tebandro, y la llave  
 tuerce a esa cuadra.

ROBERTO. Señor,  
 si en la humildad hay valor,  
 hoy de experiencia se sabe.  
 Preámbulos no los sé,  
 aunque hombre de bien nació;  
 sin ellos te aviso aquí  
 de que...

ANTONIO. Prosigue.

ROBERTO. De que...

ANTONIO. ¿Qué miras?

ROBERTO. Si lo dirán  
 las lenguas de estas pinturas.

ANTONIO. ¿Tanto secreto procuras?

ROBERTO. ¿Podrán hablar?

ANTONIO. No hablarán.

ROBERTO. De que el Duque...

ANTONIO. ¿Y quién?

ROBERTO. Rosanía,  
 tu madrastra, con los Grandes  
 del reino, por que no mandes  
 más los Estados de Albania,  
 loco te quiere volver,  
 y, por inhábil, quitarte  
 el reino. Escúchame el arte  
 con que lo quieren hacer.

ANTONIO. ¿Cómo?

ROBERTO. Yo soy, gran señor,  
 el que saco y conficiono  
 la epítima...

ANTONIO. ¿Extraño abono  
 de un noble y propio valor!

ROBERTO. Que te lleva el camarero  
 las mañanas. Hanme hablado  
 y prometido un condado  
 —¿quién vió conde un cocinero?—  
 si ciertas hierbas, que son  
 las que loco han de volverte,  
 pongo en la epítima. Advierte  
 mi lealtad y su traición.

ANTONIO. ¿De dónde eres?

ROBERTO. Español.

ANTONIO. Español habías de ser.

ROBERTO. ¿Sabes qué puedes hacer?  
 Mira que el alma es el sol,  
 que no, porque toca el lodo  
 se mancha, y así la mía  
 no se estraga aunque se cría  
 en esta bajeza.

ANTONIO. En todo  
 te tendré por mi ángel bueno.  
 Di, amigo.

ROBERTO. Yo les diré  
 que en las aromas eché  
 las hierbas de aquel veneno.  
 Bébele en mi confianza;  
 fíngete loco, y entiende  
 quién, cómo y cuándo te vende;  
 que quien sufre mucho alcanza,  
 y, cuando con gran secreto,  
 puedas venganza tomar,  
 podrás a Albania mostrar  
 la salud de tu sujeto.

ANTONIO. Angel, cielo, hombre de Dios,  
 un Rey se fía de ti;  
 si vivo y reino por ti,  
 hemos de reinar los dos.  
 Como Alejandro he de ser.  
 Yo beberé ese veneno,  
 que de un español tan bueno  
 ¿qué puede nadie temer?  
 Sígueme y no digas nada.

ROBERTO. Refrena, señor, la furia  
 hasta que el tiempo a la injuria  
 ponga en la mano la espada.  
 (*Éntranse, y salen LUCINDA y TEBANDRO.*)

LUCINDA. ¿Fuése el Príncipe?

TEBANDRO. Ya es ido.  
 LUCINDA. ¿Sin avisarme se fué?  
 ¿Qué dijo el hombre?  
 TEBANDRO. No sé.  
 Larga la plática ha sido.  
 Mandóme cerrar la puerta.  
 LUCINDA. ¿La puerta mandó cerrar?  
 Pues ¿en qué le pudo hablar  
 que no pudo estar abierta?  
 TEBANDRO. A mí díome admiración  
 ver que le hablase, y tan bajo,  
 un extranjero, hombre bajo.  
 LUCINDA. Y a mí me da el corazón  
 que es recado de mujer.  
 TEBANDRO. Yo, por no darte pesar,  
 que lo quise sospechar  
 no quise darte a entender.  
 LUCINDA. ¿A quién, Tebandro, pasea  
 el Príncipe?  
 TEBANDRO. El otro día  
 por las dos fuentes venía  
 donde Flora y Amaltea  
 agua vierten por sus copias,  
 y a cierta dama quitó  
 la gorra.  
 LUCINDA. ¿Es hermosa?  
 TEBANDRO. No.  
 LUCINDA. ¿Y es junto a las fuentes propias?  
 TEBANDRO. Enfrente.  
 LUCINDA. ¿Y ha vuelto allá?  
 TEBANDRO. Otras dos veces.  
 LUCINDA. ¡Ay, Cielos!  
 TEBANDRO. ¿Qué suspiras?  
 LUCINDA. Tengo celos.  
 TEBANDRO. ¿Cómo?  
 LUCINDA. Enamorado está.  
 TEBANDRO. No lo creas.  
 LUCINDA. Sí lo creo.  
 TEBANDRO. Mucho te quiere.  
 LUCINDA. Eso dudo,  
 que hoy le he visto...  
 TEBANDRO. ¿Cómo?  
 LUCINDA. Mudo.  
 TEBANDRO. ¿Y ayer?  
 LUCINDA. Con mucho deseo.  
 A ver voy esa mujer.  
 Pongan el coche.  
 TEBANDRO. A eso voy.  
 LUCINDA. Celosa de Antonio estoy.  
 TEBANDRO. Pues no la vayas a ver.  
 LUCINDA. ¿Cómo?  
 TEBANDRO. Es hermosa.

LUCINDA. No puedo  
 dejar de ver su valor,  
 que el mayor mal del Amor  
 es no sosegar el miedo.

(Váyanse, y entren ROSANÍA, TANCREDO, LEONIDO y el DUQUE.)

DINARDO.

Aquí estaremos retirados todos  
 mientras se acaba de vestir el Príncipe,  
 y si el efeto que pensamos hace  
 la bebida, saldremos al escándalo.

TANCREDO.

Dices muy bien. Retírate, que viene.

DINARDO.

¿Quién le viste?

LEONIDO.

Finardo, y de los pajes,

Lucindo y Cloro.

DINARDO.

¡Oh, Cielo, favorece  
 nuestra intención, si tu favor merece!

(Retirados, salga el PRÍNCIPE lavándose, con una  
 ropa de levantar, y desabotonado; un PAJE con  
 fuente, el MAESTRESALA con la toalla en la mano,  
 y él diga, lavándose:)

ANTONIO. Agradóme aquel caballo.

FINARDO. ¡Bien pisa!

ANTONIO. Con gran donaire.

FINARDO. Si corre, le envidia el aire  
 y el sol se pára a mirallo.

ANTONIO. Hacedle ensillar, que quiero  
 ir al campo.

FINARDO. ¿Luego?

ANTONIO. Al punto.

FINARDO. Es un traslado y trasunto  
 de aquel tu estimado overo  
 que diste al Embajador.

ANTONIO. Dadme la toalla.

FINARDO. ¿Quieres  
 que canten?

ANTONIO. No, mientras fueres  
 tú el poeta y tú el cantor.

FINARDO. ¿Escribo muy mal?

ANTONIO. No haces  
 cosa buena.

FINARDO. ¿La razón?

ANTONIO. Porque escribes sin pasión  
 y a ninguna satisfaces.  
 Si no estás enamorado



no trates de Amor, que yerra mucho quien habla de guerra no habiendo sido soldado.

PAJE. Y yo, ¿canto mal?

ANTONIO. También.

PAJE. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque no declaras la letra, y jamás reparas en que te oigan mal ni bien.

FINARDO. Ya la epítima está aquí.

(Sale CELIO con la epítima.)

ANTONIO. ¿Qué hay, Celio?

CELIO. Ya vuestra alteza lo puede ver.

ANTONIO. ¿Cómo va de amores?

CELIO. Así se está fuerte aquella buena pieza.

ANTONIO. ¿No se rinde?

CELIO. Ya promete piedad.

ANTONIO. ¿Prometes dineros?

CELIO. Poco.

ANTONIO. Serás majadero desde una vez hasta siete, y desde siete hasta mil.

CELIO. Bebe, señor.

ANTONIO. Bebo.

CELIO. Has hecho mal rostro.

ANTONIO. Siento en el pecho un cierto dolor sutil que camina al corazón.

CELIO. ¡Válame Dios!

ANTONIO. ¡Tenme aquí!

FINARDO. ¿Qué le has dado?

CELIO. ¿Qué le di? La ordinaria confesión; oro, perlas, ámbar.

ANTONIO. ¡Ay!

FINARDO. ¿Qué dices, Celio?

CELIO. Esto digo.

FINARDO. ¿Qué le has traído, enemigo?

CELIO. Lo que siempre (1) el vaso tray.

FINARDO. ¿Quién te lo ha dado?

CELIO. Roberto.

FINARDO. ¿Vístelo hacer?

CELIO. No hay veedor.

FINARDO. ¡Oh, Cielo, tú eres traidor!

CELIO. ¿Traidor?

FINARDO. Al Príncipe has muerto.

CELIO. Mira lo que dices.

FINARDO. Digo que has muerto al príncipe Antonio.

CELIO. Finardo, que es testimonio.

FINARDO. ¡Oh, sacrilego enemigo!—

¡Ah de Palacio!

(Entren ROSANIA, DUQUE, TANCREDO y LEONIDO.)

ROSANIA. ¿Qué es esto?

DINARDO. ¿De qué das voces?

FINARDO. ¡Ay, triste!

¿Qué es, traidor, lo que trujiste? Dilo, y remédialo presto.

ROSANIA. ¿Qué tiene Antonio. Finardo?

FINARDO. Hanle muerto.

ROSANIA. ¡Ay, hijo mío!

DINARDO. ¡Desmayóse!

LEONIDO. ¡Oh, fiero impío!

¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?

TANCREDO. No le mates, que es mejor prenderle y saber quién fué el autor.

CELIO. Pues ¿yo qué sé?

LEONIDO. ¿Quién te dió el vaso, traidor?

CELIO. Roberto.

TANCREDO. Préndanle luego.

DINARDO. Ya, Rosania, ha vuelto en sí.

ROSANIA. Siempre, Antonio, lo temí.

ANTONIO. ¡Oh, pueblo bárbaro y ciego!

¿No veis que soy inmortal?

¿Qué decís de darme muerte?

ROSANIA. (Bien obra.

DINARDO. Veneno fuerte.

LEONIDO. No se ha visto fuerza igual.)

ANTONIO. (Por mi vida que estoy bueno, como estaba concertado; basta que han imaginado que es la epítima veneno.) Que no tengo nada, no; bueno estoy, ¿qué me queréis?

ROSANIA. Mi señor, que os soseguéis.

ANTONIO. (Ya no lo puedo estar yo, que es fuerza andar desvelado mientras este pleito dura.)

DINARDO. Poner el Príncipe en cura será lo más acertado.

Tráiganse luego triacas y diferentes bebidas.

ANTONIO. ¿Tanto te duelen las vidas que como manchas las sacas?

(1) En el original, "suele".

Pues yo espero que he de ver  
ensalzada esta humildad,  
y esta mentira verdad;  
mira cómo puede ser.

FINARDO. Ya está preso el cocinero.

ANTONIO. ¿A mi amigo el español?  
¿Al que es más claro que el sol?  
¿Afuera, librarle quiero!  
Traigan tiros, traigan balas,  
que el Príncipe le socorre;  
arrimad luego a la torre  
mantas de guerra y escalas.

DINARDO. Ah, Roberto? ¿Afuera, perros!

ANTONIO. A los culpados disculpa.

ANTONIO. Yo sé quién tiene la culpa.

ROSANIA. ¿Quién, para que le echen hierros?  
Decid en quién sospecháis,  
gran señor.

ANTONIO. En ti, y en ti,  
y en vos, y en todos, y en mí.

ROSANIA. Decid más, no enmudezcáis,  
pues estáis de esa manera;  
no haga efeto el amor,  
que algún corazón traidor  
os quiso dar muerte fiera.

ANTONIO. ¿Y cómo si lo quería!

DINARDO. Ya he caído en lo que es esto.  
Prendan a Lucinda presto.

ANTONIO. ¡Oh, hermosa Lucinda mía!

DINARDO. Sin duda por que la amase  
este veneno le dió,  
con que el efeto trocó,  
o por que el Conde reinase.

TANCREDO. Mil mujeres a hombres dan  
hechizos para querer.

LEONIDO. Este lo debió de ser.  
Llamad luego al Capitán.

PAGE. ¿Cuál, señor?

LEONIDO. El de la guarda,  
y ponga presa a Lucinda.

ANTONIO. ¿Cómo queréis que se rinda  
la que fué mi ángel de guarda?  
No vaya allá el Capitán,  
que le costará la empresa  
la vida.

ROSANIA. Llévenla presa.  
¿A un loco escuchando están?  
Ya no manda Antonio aquí.

ANTONIO. ¿Qué gracioso desconcierto!  
¿Herédasme sin ser muerto?  
Pero estoilo para ti.

ROSANIA. Antonio, aquesto conviene;

el bien de Albania se mira.

ANTONIO. No prendáis a Deyanira;  
advertid que Hércules viene.  
Yo soy Hércules, que pienso  
matar alguna serpiente  
cuando a mi salvo lo intente,  
y así os doy mi reino en censo.

DINARDO. ¡Qué notable enloquecer!

LEONIDO. Mándale luego llevar.

ANTONIO. Mirad que es censo al quitar,  
y que le habéis de volver.

TANCREDO. Ponedle en fuerte prisión.

DINARDO. ¡Bien se ha hecho!

ROSANIA. A reinar torno.

ANTONIO. ¿Cualque chorno, cualque chorno  
será la nuestra, patrón?

## ACTO SEGUNDO

(FILIPPO, el DUQUE y ROSANIA; siéntense, y diga el  
DUQUE DINARDO:)

DINARDO.

La gran desgracia, nobles albaneses,  
que, como sabéis todos, ha venido  
por nuestra patria, ya que de franceses,  
húngaros y alemanes libre ha sido,  
es que por amorosos intereses  
haya nuestro gran Príncipe perdido  
el mayor bien del hombre, que es el seso.  
A todos pesa con igual exceso.

Y tanto más, cuanto era más amado  
y digno del gobierno y señorío  
de este noble y antiguo Principado.  
¡Bien sabe el Cielo el sentimiento mío!;  
pero habiendo tan huérfano quedado,  
que todos juntos miraréis confío  
por el público bien, como cristianos,  
y no el particular de intentos vanos.

Si alguno con razón lo pretendiera,  
bien sabéis que soy yo con razón justa  
que tengo a él; mas nunca Dios lo quiera.  
Viva Rosania, su Princesa augusta;  
ella debe elegirse la primera,  
si por ventura del gobierno gusta,  
pues veis en ella un cierto ejemplo y tipo  
de vuestro muerto príncipe Filipo.

Y porque puede ser que Antonio vuelva  
a su primero ser, es justo acuerdo  
que en tanto en este voto se resuelva,  
que vuelva a estar como primero, cuerdo,

no ha de dejar el arte, monte o selva, de cuantas viven en humano acuerdo, donde no se procuren hierbas tales que le puedan librar de tantos males.

Con esto excusaréis las disensiones sobre reinar, y al tiempo limitado, si le tiene este mal, claros varones, a Antonio volveréis su Principado.

TANCEDO.

¿Quién ha de repugnar a tus razones viendo tu parecer tan ajustado con la razón ¡oh, Duque valeroso! de nuestro bien y el público celoso?

Yo, por mi voto, digo que sería escándalo elegir príncipe nuevo ni a Rosania quitar la monarquía. Esto digo, esto siento y sentir debo.

LEONIDO.

Lo mismo afirmo y es la intención mía.

FILIPO.

¿Cómo contradirán los más remotos lo que dicen y aprueban tales votos?

ROSANIA.

Yo os agradezco, nobles albaneses, el favor que me hacéis; pues, olvidados de los particulares intereses, me dais la posesión de estos Estados. Mas como en pinos altos y cipreses, en torres y edificios levantados dan los rayos más presto, no querría ver sus centellas en la altura mía.

Vosotros elegid un varón justo de entre vosotros, sin poner distancia en el público bien, porque yo gusto, viendo a mi Antonio así, volverme a Francia.

DINARDO.

No nos des, gran señora, ese disgusto, pues allá no es tu vista de importancia. Mira que pones esta humilde tierra en dura confusión y eterna guerra.

TANCEDO.

Echarémonos todos a tus plantas para pedirte que este cetro admitas. Mira, señora mía, que levantas gran confusión y que la paz nos quitas.

FILIPO.

Toma en tu amparo voluntades tantas por el público bien, y no permitas que sobre la elección haya mil muertes.

LEONIDO.

Todas, señora, son causas bien fuertes.

ROSANIA.

Ahora bien, pues decís que lo es de Albania, forzada acepto el reino.

DINARDO.

Traigan luego

al Príncipe, y la causa de Rosania se justifique con el pueblo ciego. Escribase al César de Alemania, al Papa y al Francés que, por sosiego de aquesta tierra, esta elección se ha hecho.

(El Príncipe y la Guarda.)

GUARDA.

El Príncipe está aquí.

ANTONIO.

(Lo que es sospecho.)

DINARDO. Tomad, Príncipe, lugar junto a quien ya tiene el vuestro.

TANCEDO. ¿No habla?

LEONIDO. No quiere hablar.

DINARDO. Ya veis al Príncipe nuestro inhábil para reinar.

ROSANIA. Pueblo, bien le veis suspenso, loco y fuera de sentido.

TANCEDO. Crece el accidente; pienso que no ha de ser socorrido sino del Médico inmenso.

DINARDO. Si os queréis certificar, pueblo, de que gobernar el Principado no puede Antonio, y es bien que herede la Princesa su lugar, para justificación de su conciencia y la nuestra se os dará satisfacción muy a gusto de la vuestra, y como es obligación. Tinta y pluma me traed.— Entre tanto, gran señor, hablad, nombrad, conoced. ¿Yo quién soy?

ANTONIO. Un gran traidor.

DINARDO. Esto que dice entened. ¡Mirad qué mayor locura!

ROSANIA. Pues aún más habéis de ver.— Y yo ¿quién soy?

ANTONIO. La mujer de ese traidor.



ROSANIA. ¿Qué más prueba?  
 ANTONIO. Todas aprendistes de Eva  
 a quitar al hombre el ser.  
 TANCREDO. ¿Conócesnos?  
 ANTONIO. Como en Flandes  
 al hielo, el mundo a los ricos.  
 TANCREDO. ¿Quién somos por que nos mandes?  
 ANTONIO. Otros traidores más chicos  
 que vais siguiendo a los grandes.  
 LEONIDO. ¡Privado está de sentido!  
 TANCREDO. Pluma y papel han traído.  
 DINARDO. Escribe una carta aquí.  
 ANTONIO. Y ¿para quién?  
 DINARDO. Para mí.  
 ANTONIO. Pues ¿adónde te has partido?  
 ¿Cartas para hombres presentes?  
 Pero bien decís; guardaldas,  
 traidores; contra inocentes  
 presentes están ausentes,  
 que andan siempre a las espaldas.  
 Yo escribiré para ti.  
 FILIPO. Cuanto dice es desvarío.  
 DINARDO. Ya no escribas para mí.  
 ANTONIO. Escribiré a quien confío  
 que ha de librarme de ti.  
*(Escribe el PRÍNCIPE.)*  
 TANCREDO. La torre de la ciudad, (1)  
 con cuatro guardas o seis,  
 la tiene en guarda.  
 LEONIDO. Mirad  
 que tiene el Conde, su hermano,  
 las fuerzas de nuestra gente  
 en Alba Julia en su mano;  
 no sea que, airado, intente  
 pasarse al campo otomano.  
 DINARDO. Bien dice Leonido.  
 ROSANIA. Haced  
 un engaño.  
 TANCREDO. ¿De qué modo?  
 ROSANIA. Con ella a Antonio poned  
 y contalde el caso todo,  
 y que le hago merced  
 de la vida y libertad.  
 Y, al abrazarse los dos,  
 matalde y la daga echad  
 en el suelo...  
 DINARDO. Bien ¡por Dios!  
 ROSANIA. Y luego mil voces dad  
 de que el Príncipe la ha muerto

como loco, y escribid  
 al Conde ese desconcierto,  
 y que traiga, le advertid,  
 la gente a Buda o al puerto;  
 que él vendrá y le dará muerte  
 en venganza de su hermana.  
 DINARDO. ¡Notable industria! ¡Gran suerte!  
 ANTONIO. (Vuestros intentos allana.)  
 DINARDO. ¿Hay furia, hay cosa más fuerte  
 como una mujer airada?  
 LEONIDO. El Príncipe ha escrito ya.  
 ANTONIO. Ya la carta está acabada.  
 DINARDO. ¿A quién?  
 ANTONIO. Ella lo dirá,  
 aunque de letra cifrada.  
 (Mucho hablo, por mi daño.  
 Quiero fingirme más loco,  
 no caigan en el engaño.)  
 TANCREDO. Leelda.  
 DINARDO. Escuchad un poco,  
 veréis un gran desengaño.

*(Lea DINARDO:)*

“Al Rey de Tres Personas y Uno solo  
 escribe Abel contra Caín, su hermano,  
 con sangre en el arena de aquel llano,  
 por donde corre néctares Pactolo.

Señor, en cuyos pies estriba el Polo,  
 besándolos el ángel soberano,  
 a cuya inmensa y sacrosanta mano  
 pide su luz la lámpara de Apolo.

Caín, ciego del humo de su trigo  
 tan invidioso está de mi cordero,  
 que de mi sangre le manchó conmigo.

Apelo a Vos, pues que sin culpa muero.  
 No le matéis, Señor; tiemble en castigo;  
 no lllore Adán, porque venganza espero.”

LEONIDO. ¿Hay mayores desatinos?  
 Mirad lo que escribe a Dios.

ANTONIO. ¿Eso no os agrada a vos?  
 Decid, hermano Longinos.  
 Afuera, que va la carta  
 volando al Trono y la Corte,  
 donde no se paga porte  
 ni la justicia se aparta.  
 Quedo, que entra por el Cielo.  
 Paso, que la escucha un Rey  
 que puso margen y ley  
 al mar y dió vida al suelo.  
 Ea, amigos albaneses,  
 haced fiestas, que responde  
 que sabrá librar al Conde

(1) Faltan dos versos a la quintilla y al sentido.

de esos tajos y reveses.  
 Mas ¿cómo estoy tan contento  
 habiéndome el dios Neptuno,  
 tan áspero y importuno  
 cchado de mi elemento?  
 Pues Venus nació en el mar,  
 por eso le da su ayuda;  
 mas mientras estoy en duda,  
 quiero una armada formar.  
 Salgan cuatrocientas velas  
 que velen bien mis cuidados,  
 con cuarenta mil soldados,  
 contra engaños y cautelas.  
 La verdad es general,  
 porque la verdad es Dios;  
 general a mí y a vos,  
 si voy bien o si voy mal.  
 Sea luego mi inocencia  
 en esta guerra cuatralbo,  
 que es la nave en que me salvo  
 con lastre de mi paciencia.  
 Vayan también por pilotos,  
 mis ruegos mirando al Norte  
 de aquella celestial Corte  
 entre esos árboles rotos.  
 La bitácora y la quilla  
 de esta nave capitana  
 lleve la prudencia cana  
 hasta que tope en la orilla.  
 ¡Leva! ¡Leva! ¡Leva ferros!  
 Suenen tiros y arcabuces,  
 que a las soberanas luces  
 manifiesten vuestros yerros.  
 ¡Zarpa! ¡Zarpa! Ya me aparto.  
 Mi querida patria, adiós,  
 que Él sabe bien que de vos  
 con harta pena me parto.

TANCREDO. ¡Tenelde! ¡Asilde!

DINARDO. Sin duda  
 que por las calles se fuera.

ANTONIO. ¿Qué queréis, canalla fiera,  
 contra la verdad desnuda?

DINARDO. Llevalde a la torre luego  
 adonde Lucinda está.

ANTONIO. Vamos, que el alma tendrá,  
 viendo sus ojos, sosiego.

(*Métenle*.)

DINARDO. ¿Quién irá a darle la muerte?

LEONIDO. Yo.

DINARDO. Pues ve luego, Leonido,  
 de una daga apercebido.

ROSANIA. ¡Oh, quiera el Cielo que acierte!

TANCREDO. Parte, Leonido, y presume  
 que das honra y libertad  
 a nuestra patria.

LEONIDO. Fiad,  
 que si en esto se resume,  
 yo os cumpla bien el deseo.

(*Vase.*)

DINARDO. Vamos, querida señora.

ROSANIA. Disimula, Duque, agora,  
 mientras al reino poseo.

(*Entranse el DUQUE y ROSANIA.*)

TANCREDO. Estos traidores entienden  
 que no entiendo su intención.  
 Bien sé que la posesión  
 de aqueste reino pretenden.  
 Mas como en revuelto río  
 es tan cierta la ganancia,  
 en su traición y arrogancia  
 consiste el provecho mío.  
 Quiérolos dejar hacer;  
 que si este reino en sus brazos  
 se viniese a hacer pedazos,  
 alguno me ha de caber.

(*Vase, entra el CONDE PRÓSPERO y el SULTÁN BAJÁ  
 con alardes de albaneses y turcos.*)

PRÓSPERO.

¿Puedo abrazarte?

SULTÁN.

Puedes, que las treguas,  
 cristiano, dan lugar a nuestros campos,  
 y el deseo de hablarme que has mostrado  
 por tus embajadores y trompetas.

PRÓSPERO.

En extremo, Sultán Bajá famoso,  
 deseaba conocerte.

SULTÁN.

Habiendo visto  
 que no eras tú Dinardo, mi enemigo,  
 el General con quien por varias veces  
 he probado la espada, holgué de verte,  
 y de oírte holgaré.

PRÓSPERO.

Pues oye un poco  
 un agraviado noble.

SULTÁN.

Pues atento escucho,  
 que el daño es poco y el favor es mucho.

PRÓSPERO. Yo soy, gallardo Sultán,  
nacido en la noble Albania,  
aunque de francés abuelo,  
que casó mi padre en Francia.  
Es Próspero mi apellido,  
tan poco próspero en nada,  
que fué mi nombre ironía  
para mis muchas desgracias.  
Murieron mis nobles padres,  
a cuyas canas honradas  
dió la virtud mil coronas  
y mil laureles la fama.  
Sucedí en su estado mozo,  
porque aún apenas la barba  
las mejillas me ofendía  
y los labios me adornaba.  
Quedóme, para mal mío,  
algo menor una hermana  
que el sol, por verla, amanece,  
antes que al mundo, en su casa.  
Como era mozo, olvidéme  
de que moza y libre estaba.  
Entendí en juego, en amores,  
en armas, caballos, galas;  
ella, con ésto, servida  
de Antonio, el que ahora manda,  
por la muerte de Filipo,  
el Principado de Albania,  
dióle entrada por los ojos  
hasta el corazón y el alma,  
y una noche y muchas noches  
también se la dió en su casa.  
Esta (1) que vine de fuera  
al postrer cuarto del alba  
de gozar una mujer  
más que sus estrellas clara,  
porque, al fin, en eso topa,  
Sultán, quien en esto anda,  
vi dos bultos a un balcón  
ventana de una antecuada;  
y ellos, como me sintieron,  
que como con llave entraba  
por las puertas de un jardín,  
que éstas siempre fueron falsas,  
no pudieron retirarse;  
entonces lo procuraban,  
a quien yo seguí, sacando  
el acero de la vaina;  
y ya que los voy a herir  
veo delante mi hermana

diciendo: "Detente un poco;  
reporta, Conde, la espada."  
Yo le dije que quería  
ver de mi infamia la causa,  
porque luego vi, Sultán,  
que era de entrambos la infamia  
Púsose delante el hombre,  
como si fuera fantasma,  
encubriendo el traidor rostro  
con la guarnecida capa;  
y, en ver que no me temía,  
me dió el alma, y bien me daba,  
que era el Príncipe, pues fué,  
porque nunca el alma engaña.  
Fuése, y quedando yo triste,  
con razón determinada  
de dar la muerte a Lucinda,  
que así se llama mi hermana,  
veo entrar en un instante  
en mi aposento la guarda,  
quedando más de cien hombres  
a la puerta de mi casa.  
Dicen que me llama Antonio;  
voy, y, con falsas palabras,  
me dice que le conviene  
que con la gente alistada  
parta, Sultán, contra ti;  
y, quitándole sin causa  
al Duque el honroso oficio,  
el bastón que ves me encarga,  
no por hacerme esta honra,  
mas por gozar de la ingrata,  
sin que yo se lo impidiese,  
tardes, noches y mañanas.  
Obedecíle, Sultán,  
que no fué por la ganancia;  
mas me pudiera prender  
con alguna falsa traza  
y cortarme la cabeza  
en una pública plaza.  
Dábanme en secreto hierbas; (1)  
salí, en efeto, de Albania,  
y, en llegando a estas fronteras,  
di a mis soldados diez pagas,  
y en una larga oración  
les dije mi historia larga.  
Mis lágrimas les movieron  
de suerte, o fuese la plata,  
que soldado bien pagado

(1) Así en el texto; quizá sea "Cierta".

(1) Parece equivocado este verso. Quizá sea:  
"o darme en secreto hierbas".



morirá por quien le paga,  
que todos me prometieron  
de procurar mi venganza,  
perdiendo por mí la vida  
contra la tirana patria.  
Agora, Sultán famoso,  
llega ocasión en que hagas  
gran servicio al gran señor  
y a mí mercedes tan altas.  
Los ejércitos juntemos,  
y, juntos, en tres semanas  
serás de Albania señor  
y en Buda pondrás tus armas.  
Darásme tú el reino a mí;  
yo al Turco pagaré parias,  
y siempre que se te ofrezca  
pondré esta gente en campaña.

SULTÁN.

Atento, conde Próspero, a tu historia,  
y de tus desventuras lastimado,  
te he cobrado afición. ¡Ah, traidor Príncipe!

PRÓSPERO.

Esto que digo ha hecho.

SULTÁN.

Pues yo juro  
por los huesos que están colgando en Meca  
del aire mismo, en su virtud, de darte  
favor; aunque no fuera interés mío,  
el gran señor se sirve ¡oh, Conde! en esto.  
Todos interesamos: tú este reino,  
él sus parias, yo el lauro de esta empresa.  
Dame esa mano.

PRÓSPERO.

Y estos brazos.

SULTÁN.

Vamos. Júntense, Capitanes, los ejércitos;  
marchemos juntos turcos y albaneses.

PRÓSPERO.

El Cielo te dará vitoria y palma.

SULTÁN.

Ya llevo tus peligros en el alma.

(Vanse, y entran LUCINDA y el PRÍNCIPE y la GUARDA.)

LUCINDA. ¿Es posible que te ven  
mis ojos?

ANTONIO. Como los tienes,  
no es mucho si a verme vienes.

¿No tengo yo ojos?

LUCINDA. También.

ANTONIO. Pues también te veo yo a ti.

LUCINDA. Dicen que te he dado hechizos.

ANTONIO. Bellacos advenedizos  
deben de andar por ahí.

LUCINDA. Si con mi vida pudiera,  
mi señor, guardar la tuya,  
¿qué piedra habrá que no arguya  
de mi amor, que te la diera?  
¿Yo a ti veneno, mi bien?

ANTONIO. Seguro estoy.

LUCINDA. Yo querría...

ANTONIO. ¿Qué se te da, vida mía,  
de que la culpa te den?

LUCINDA. ¿Hablas en eso?

ANTONIO. ¡Oh, qué lindo!

Yo seso nunca le vi,  
que anda gente por aquí  
por quien agora me rindo.  
Aunque ¿qué mayor veneno,  
Lucinda, me puedes dar  
que quererme tú mirar  
con ese cielo sereno?  
Veneno me diste, digo.

GUARDA. (Mirad cómo lo confiesa.)

ANTONIO. (Advierte que la Princesa  
con el Duque, mi enemigo,  
a Leonido le han mandado  
que te mate cuando yo  
te abrace.

LUCINDA. ¡Ay, triste!

ANTONIO. Eso no.  
Leonido también ha entrado.  
Leonido ha entrado quedito.  
Esté todo el mundo alerta.)

(LEONIDO *entre*.)

LEONIDO. ¿Hola? Cuenta con la puerta.

GUARDA. Ni un punto de ella me quito.

LUCINDA. (Pues matarme a mí, ¿por qué?  
Mira, señor, que estás loco.

ANTONIO. No lo estoy, viéndote, poco;  
mas da a mis palabras fe,  
que yo soy un loco cuerdo,  
hasta que llegue aquel día  
que vuelva. Lucinda mía,  
en mi reino y en mi acuerdo.

LUCINDA. ¿Qué dices?

ANTONIO. Esto que digo.

LUCINDA. Si estás loco o si es de veras  
esto que dices...

- ANTONIO. En quimeras (1)  
anda, Lucinda, conmigo.)  
Hoy que se ha soltado el diablo  
andan los niños en cueros.  
Oíd, señor don Gaíferos,  
lo que como amigo os hablo:  
que los dones del amigo  
son los consejos más sanos.
- LUCINDA. Daré voces.
- ANTONIO. Cuentos vanos.  
¡Afuera, afuera, Rodrigo!
- LUCINDA. (Pues ¿qué haré siendo verdad  
que me quieren dar la muerte?)
- ANTONIO. Cerrar con la llave fuerte  
la puerta de la ciudad.
- LUCINDA. ¿Qué ciudad?
- ANTONIO. El aposento,  
y una sábana coser  
como costal.
- LUCINDA. Voy a hacer  
lo que dices. ¡Bravo intento!)\*  
(Detiénela LEONIDO.)
- LEONIDO. Pues, señora, ¿dónde vais?
- LUCINDA. Da este loco en que he de ser  
hoy por fuerza su mujer.
- LEONIDO. Y en eso ¿qué aventuráis?
- LUCINDA. Dice que he de estar vestida  
de boda, y que entonces quiere  
abrazarme.
- LEONIDO. A lo que hiciere  
estad, señora, advertida,  
que dicen que es su remedio.  
Dejad que os dé mil abrazos.
- LUCINDA. Temo que me haga pedazos,  
puesta de su fuerza en medio.  
Pero quíerole de suerte,  
que allá me voy a vestir,  
y a traer, si he de morir,  
la mortaja de mi muerte.
- LEONIDO. Id en buen hora, y sea presto.
- LUCINDA. Al punto vuelvo.
- ANTONIO. ¿Quién es  
el que aquí puso los pies?
- LEONIDO. (Ved qué furioso se ha puesto.)  
Un criado tuyo soy.
- ANTONIO. ¿Cómo te llamas?
- LEONIDO. Lecnido.
- ANTONIO. ¿Eres traidor?
- LEONIDO. Nunca he sido  
traidor, ni agora lo soy.
- ANTONIO. ¿Por qué me guardan a mí?
- LEONIDO. Señor, por que no te mates,  
que entre tantos disparates  
eso se teme de ti.
- ANTONIO. ¿Yo matarme? ¿Luego soy  
yo mismo el que me he ofendido?
- LEONIDO. No; pero estás sin sentido.
- ANTONIO. Sin cetro, Leonido estoy;  
pues cree que estoy con seso.
- LEONIDO. ¿Cierto?
- ANTONIO. ¿Tú quíereslo ver?
- LEONIDO. Sí; mas ¿cómo puede ser?
- ANTONIO. Pregúntame algún suceso;  
y, si te respondo bien,  
verás que tengo sentido.
- LEONIDO. Bien dices.
- ANTONIO. Si le he perdido  
se conocerá también.
- LEONIDO. ¿Qué es Dios?
- ANTONIO. Una esencia, un ser.
- LEONIDO. Y ¿qué más?
- ANTONIO. Son tres personas  
como en una, tres coronas,  
que el Papa suele traer.
- LEONIDO. ¿Qué es cielo?
- ANTONIO. Yo no estudié  
Filosofía, Leonido.  
Hablaré con mi sentido  
no más de aquello que sé.  
(Bien le entretengo.) Es el cielo  
esta superficie clara  
que nos cubre y nos ampara  
como soberano velo.  
Hay otros muchos sobre él,  
con nombres de sus planetas,  
hasta aquél de las perfetas  
almas que perdió Luzbel.
- LEONIDO. ¿Qué es hombre?
- ANTONIO. Un pequeño mundo  
hecho a la imagen de Dios,  
que nació de aquellos dos  
en que todo el resto fundo.
- LEONIDO. ¿Qué es alma?
- ANTONIO. Es una forma  
substancial que perficiona  
todo el compuesto.
- LEONIDO. Eso abona  
tu seso, y que es cierto informa,  
si no es que con la locura  
hablaste en filosofía.
- ANTONIO. Alguna supe algún día  
que tuve seso y ventura.

(1) Verso largo.

LEONIDO. ¿Qué es sentido?

ANTONIO. Una potencia  
que lo de fuera aprehende,  
y el entendimiento entiende  
por aquella misma ciencia.

LEONIDO. ¿Qué es voluntad?

ANTONIO. Es por quien  
el hombre quiere y no quiere,  
y que, entendiendo, refiere  
al bien o daño también.

LEONIDO. ¿Qué es la memoria?

ANTONIO. Un tesoro  
de las intenciones es.

LEONIDO. No hay cosa de que no des  
respuesta con gran decoro.  
Puesto me has grande temor.

ANTONIO. No temas, que es disparate,  
mientras no veas que trate,  
Leonido, cosas de Amor.

*(Vuelve LUCINDA con una sábana, cosida como  
costal, y una daga.)*

LUCINDA. Ya vuelvo.

LEONIDO. ¿Qué traes, señora?

LUCINDA. La mortaja de mi muerte.

LEONIDO. ¡Válgame Dios, si ésta advierte  
que la he de matar ahora!

ANTONIO. ¿Traes la daga?

LUCINDA. Toma.

ANTONIO. Quedo.)

LEONIDO. ¿Qué os ha dado?

ANTONIO. Fué un papel.

LEONIDO. ¿Puedo ver lo que hay en él?

ANTONIO. Sí.

LEONIDO. Pues muéstrale.

ANTONIO. Bien puedo.

LEONIDO. Toma, y lee.  
Gran señor,  
si estás cuerdo daré aviso  
a Rosania. (De improviso  
me cubre un frío temor.)

ANTONIO. No hayas miedo que esté cuerdo  
hasta el fin de la batalla.  
Lee ese papel y calla,  
verás lo que gano o pierdo.

*(En empezando a leer le da el PRÍNCIPE con la  
daga a LEONIDO.)*

¡Muere, traidor, por que seas  
el primero en mi venganza!

LEONIDO. ¡Castigo de Dios me alcanza!

ANTONIO. ¿Es ya razón que me creas?

LUCINDA. ¿Qué he de hacer?

ANTONIO. Este costal  
me ayuda a vestir a este hombre.

LUCINDA. Dame lugar que me asombre.  
*(Pónele la sábana.)*

ANTONIO. Llegas presto.

LUCINDA. Estoy mortal.

ANTONIO. Ayúdame bien.

LUCINDA. No puedo.

ANTONIO. Presto, mi señora.

LUCINDA. ¡Ay, Dios!

ANTONIO. O no hay amor en los dos,  
o no es posible haber miedo.  
Miedo y amor no andan juntos,  
sino el temor y el amor,  
porque el miedo no es temor.

LUCINDA. Siempre temo a los difuntos.  
*(Atale por abajo.)*

ANTONIO. Atado así, por los pies,  
con esta liga, señora,  
verás lo que intenta ahora  
un corazón albanés.  
Debajo de los tapices  
te esconde.

LUCINDA. ¡Libreme el Cielo!

ANTONIO. Calla, no tengas recelo,  
ni de esto te escandalices.—  
¿Ah de la guarda?

GUARDA. ¿Quién llama?

ANTONIO. Yo.

GUARDA. ¿Qué es aquesto, señor?

ANTONIO. No es menos de que el traidor  
Leonido mató a mi dama  
porque dicen que me ha dado  
veneno, y la ha amortajado  
como ves.

GUARDA. ¿Dónde se entró?

ANTONIO. Fuése el villano afrentado  
diciendo que la maté  
por darme la culpa a mí.

GUARDA. En fin, ¿su cuerpo está aquí?

ANTONIO. Sí, porque el alma se fué.  
Escondióse el alma mía  
en los tapices del cielo,  
donde ya está, sin recelo  
de quien matarla quería.  
Dejádmela, amigos, ver;  
la cara veré siquiera.

GUARDA. Eso, señor, darte fuera  
mayor pesar que placer.

ANTONIO. ¡Ah, pobre dama!

GUARDA. Traemos  
orden de echarla en la acequia



del jardín, última obsequia  
que a sus reliquias debemos.  
Y si tú la has dado muerte,  
no lo niegues, ni a Leonido  
culpes.

ANTONIO. ¡Traidor, él ha sido  
quien aquí su sangre vierte!  
Él digo que la vertió.  
Dios sabe que esto es verdad.

GUARDA. (Creerán con dificultad  
que él a Lucinda mató.)  
Ahora bien, tomad en brazos  
el cuerpo, y vamos de aquí.

ANTONIO. ¿Sabéis qué lleváis ahí?

¡Ay, mis últimos abrazos!

GUARDA. Deja el cuerpo, gran señor.

(Métenle.)

ANTONIO. Dejaréle muerto y frío  
hasta el tiempo que el bien mío  
resucite a ver mi amor.  
Alma, que estás escondida  
entre figuras hermosas,  
sal a ver mis amorosas  
ansias, ya segunda vida.  
Ven, Lucinda; oye mi ruego.

(Sale LUCINDA.)

LUCINDA. Ya salgo, amado señor,  
llena de temor y amor,  
metida entre hielo y fuego.  
¿Cómo me piensas ahora  
asegurar de estos fieros?

ANTONIO. Vete a esos montes primeros  
por ese jardín, señora,  
antes que vuelva esa gente.

LUCINDA. ¿Sola?

ANTONIO. Si yo voy contigo,  
buscándome mi enemigo,  
moriremos juntamente.  
¿Dónde está Roberto preso?

LUCINDA. En lo bajo de esta torre.

ANTONIO. Pues allá, señora, corre,  
que por él supe el suceso.  
Yo le quitaré los grillos,  
yo la puerta romperé.

LUCINDA. ¿Tienes, Antonio, con qué?

ANTONIO. Pies y manos son martillos.  
Dos piedras no han de faltar.  
Con él irás muy segura.

LUCINDA. El Cielo te dé ventura...

ANTONIO. Para volver a reinar.

(Éntrense, y salgan ROSANIA, el DUQUE y la  
GUARDA.)

GUARDA. ¿Que acá no vino Leonido?

ROSANIA. Yo no le he visto.

DINARDO. Ni yo.

GUARDA. Pues ya a Lucinda mató.

DINARDO. ¿Habéislo visto?

GUARDA. Sentido,  
y el muerto cuerpo arrojado  
en una acequia del huerto.

DINARDO. En fin, que su cuerpo muerto  
¿habéis en hombros llevado?

GUARDA. Sí, señor.

ROSANIA. Y ¿qué decía  
Antonio?

GUARDA. El cuerpo abrazaba,  
que, aun muerto, señales daba  
de que su llanto sentía.  
Era cosa extraña ver  
su notable sentimiento.

ROSANIA. ¿Si tiene ya entendimiento?

GUARDA. Ya le debe de tener;  
porque, a tenerlo perdido,  
mostrárale en el furor.

DINARDO. Como dicen que el dolor  
suele quitar el sentido,  
en quien no lo tiene entiendo  
que le debe de poner.  
Pero ya no hay que temer,  
ni de recelos me ofendo;  
que quien una vez fué loco  
tarde o nunca vuelve a cuerdo.  
Reinar por común acuerdo  
y el favor del pueblo es poco.  
Lo que importa conquistar  
es al Conde y diez mil hombres,  
cuyos valerosos nombres  
conozco en tierra y en mar.  
Vaya al instante Tancredo  
y diga que Antonio, airado,  
mató a Lucinda, hechizado  
o por un celoso miedo.  
Y llévele de Rosania  
cartas en que le confirme  
el cargo, por que más firme  
a vengarse venga a Albania,  
con otras muchas mercedes  
que le puede prometer.

ROSANIA. ¿Quién como tú puede hacer,  
Duque, todo lo que puedes?  
Parte y despacha a Tancredo.

DINARDO. Voy a buscarle.

ROSANIA. Ya él viene.

(Sale TANCREDO.)

TANCREDO. ¿Qué es lo que mandas?

DINARDO. Previene siempre defensas el miedo.  
Murió Lucinda, y querría que lleves cartas al Conde.

TANCREDO. ¿Dónde está?

DINARDO. Tú sabrás dónde en viendo el confín de Hungría. La Reina y yo nos entramos a escribir.

(Vanse.)

TANCREDO. Yo aguardo aquí. Bien se va ordenando así. Ya es Reina, y todos reinamos en nuestra imaginación, donde no hay grande en Albania que en la muerte de Rosania no sepa su posesión. Sea verdad que la mía, que es más piadosa que fuerte, menos fía de su muerte que de su vida confía. No me ha parecido mal. Tengo envidia de Dinardo. Al reino y Rosania aguardo. ¡Ay, esperanza inmortal!

(Sale ANTONIO.)

ANTONIO. ¿Dónde está el conde Leonido?

TANCREDO. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?

ANTONIO. ¿Dónde está? Dímelo presto.

TANCREDO. Señor, a buscarte es ido.

ANTONIO. ¿A buscarme?

TANCREDO. Sí, señor.

ANTONIO. Mientes.

TANCREDO. Es muy gran verdad. (No es pequeña novedad verte con tanto furor.)

ANTONIO. ¿Quién eres tú?

TANCREDO. Soy Tancredo.

ANTONIO. Tancredo, mató a mi dama Leonido, apagó la llama de mi amor, a oscuras quedo. Escondióseme el sol mío por las alfombras de seda del Cielo impíreo; ya queda su cuerpo en un monte frío. Ya se fué mi sol, Tancredo, a sombras de un español; mira tú, si se fué el sol,

en qué negra noche quedo. Ya salió de la prisión; ya las cadenas rompidas van a asegurar sus vidas, todo por una traición. Yo le di muchos abrazos y muchos besos le di; alma y corazón perdí con ella en sus mismos brazos. ¡Oh! ¡Si la vieras partir de aquesta vida, Tancredo! No lo dudes, tengo miedo de que pudieras morir. Tuvieras el galardón que tuvo aquel que ya es muerto, todo por un desconcierto, todo por una traición.

TANCREDO. ¿Que te han muerto a tu Lucinda?

¡Vive Dios, que es gran maldad!

ANTONIO. Mira, en tanta adversidad, ¿quién habrá que no se rinda? Pues no me he rendido yo; que otra vez me habéis de ver con la espada del poder que la envidia me quitó. Agora todo es pasión, todo suspiro y enojos, todo abrir muy bien los ojos, todo por una traición.

TANCREDO. Tú te quejas justamente. (¡Brava locura le ha dado! Con la muerte se ha aumentado su peligroso accidente.) Descansa de ese dolor, que nos mueve a gran tormento; alivia ese pensamiento de las congojas de amor. Todos estamos perdidos sólo con ver que lo estás, que no tendremos jamás alegres nuestros sentidos. Ya no esperamos quietud; murieron nuestros placeres mientras tú no los tuvieres.

ANTONIO. Tal os dé Dios la salud.

(Entran ROSANIA y el DUQUE y la GUARDA.)

DINARDO. Esta es la carta, Tancredo. Parte y promete a tu gusto.

TANCREDO. (En mi vida mayor susto me ha dado cobarde miedo como en aquesta ocasión.

ROSANIA. ¿Por qué?

TANCREDO. Porque está furioso  
el Príncipe, y es forzoso  
que le pongáis en prisión.

DINARDO. Pues ¿de qué?

TANCREDO. Del gran dolor  
de la muerte de Lucinda.

ROSANIA. ¿Posible es que tanto rinda  
este poderoso amor?

TANCREDO. A un loco le dió sentido  
para volverle a quitar;  
que a no volvelle a cobrar,  
¿cómo le hubiera perdido?  
Y q parto en busca del Conde.  
Mirad no haga un disparate,  
o se despeñe o se mate.)

(Vase.)

ANTONIO. En fin, ¿que mi bien se esconde?  
En fin, ¿que enviáis a Leonido  
para que esconda mi bien?

ROSANIA. (Engañado le han también.  
Dice que Leonido ha sido.)

DINARDO. Señor, toda la ciudad  
dice que a Lucinda has muerto.  
Esto se tiene por cierto.

ANTONIO. Y dicen mucha verdad;  
que yo la he muerto de amor,  
teniéndosele muy fuerte,  
que también se llama muerte  
morir de pena y dolor.  
Yo soy quien quité su vida  
de traidores, y yo fui  
quien en tierra la escondí,  
que estará bien escondida.  
Sólo estoy con gran cuidado  
de que no la podré hallar.

DINARDO. Allá la podrás buscar,  
adonde la has enterrado.

ANTONIO. ¡Oh, traidores! ¿Cómo hicistes  
que yo perdiese mi bien?  
Dadme la muerte también,  
pues a Lucinda la distes.  
Ya que a Lucinda he perdido,  
¿cómo tengo de vivir?

ROSANIA. (Mándale a la Guarda asir,  
que, rematado el sentido,  
se saldrá por la ciudad  
y dirá cosas que mueva  
al pueblo, a quien cualquier nueva  
mueve a pedir libertad.)

DINARDO. Asidle, y en la prisión,  
con cien guardas, le poned.

ANTONIO. Haréisme mucha merced.

DINARDO. ¡Asidle!

ANTONIO. Llega. ¡Traición!  
¡Traición al Príncipe! ¡Afuera!

GUARDA. ¡Ay, que me ha muerto!

ROSANIA. ¡Asid bien!

ANTONIO. (¿Que éstos la muerte me den  
de esta afrentosa manera?  
Venderé muy bien mi vida.)

GUARDA. ¡Ay! ¡Ay!

ANTONIO. ¿De aqueso te quejas?

GUARDA. Llevado me ha las orejas.

ANTONIO. Eres ladrón y homicida.

DINARDO. Acabad ya.

GUARDA. ¡Pesía tal!

Ásgale vueseñoría.

ANTONIO. Llegā tú, fingida arpía  
y general de mi mal;  
general de hacer traiciones,  
general de hacer enredos,  
donde son soldados miedos  
y las armas invenciones;  
donde es el campo mentira  
y mi vida la batalla,  
que vuestras ofensas calla  
sólo porque Dios las mira.—  
Y llega tú, vil serpiente,  
que diste muerte a mi padre.  
Serás madrastra y no madre,  
que quien eso dice miente;  
que mi madre fué una santa  
a quien sucedió tu ser  
para no más de poner  
en padre y hijo la planta.  
¿Qué me miras y no llegas?

ROSANIA. ¡Asidle o dadle la muerte

si más se os hiciere fuerte!

ANTONIO. ¿Que ya a la muerte me entregas?  
Basta, dejaréme asir.

ROSANIA. Llevadle, pues, a la torre.

ANTONIO. (Si el Cielo no me socorre  
hoy pienso que he de morir.)

(Llévanlo.)

DINARDO. Mejor es tenerlo preso.

ROSANIA. En confusión y temor.  
me ha puesto.

DINARDO. Pienso que Amor  
le ha vuelto, Rosania, el seso.

ROSANIA. Pues quitémosle la vida.

DINARDO. Bien dices. Leonido venga  
para que dos vidas tenga  
a cargo el fiero homicida.



Que en aquesta pretensión  
de pleito del Principado,  
ya los oficios se han dado  
de esperanza y posesión.  
Tú y yo somos los jueces;  
Tancredo es el secretario;  
relator, el vulgo vario,  
que informa bien las más veces,  
y Leonido es el verdugo.

ROSANIA. Mándale luego buscar,  
porque hoy me quiero quitar  
del cuello oprimido el yugo.

(*Entren LUCINDA, y ROBERTO y BELARDO, villanos.*)

BELARDO. No faltará qué os vistáis,  
si es que aquí queréis vivir,  
ni aun faltará a quien servir  
para que mejor viváis.

¿Que del mar venís así?

ROBERTO. Así el mar nos arrojó.

BELARDO. Nunca el mar he visto yo;  
estanques y fuentes, sí.  
¿Es muy grande?

LUCINDA. Es sin medida.

ROBERTO. Tanto, que a Dios llaman mar.

BELARDO. ¿Suélese mucho alterar?

ROBERTO. Es una fiera homicida.

Sustenta a mil en sus palmas,  
y tiene después el fiero  
más gargantas que el cerbero,  
con que se sorbe las almas.  
No tienen tantos difuntos  
las espadas y las manos,  
todos los fieros tiranos,  
todos los médicos juntos.

BELARDO. Y ¿cómo se altera?

LUCINDA. El viento  
es causa de estos enojos.

BELARDO. ¿Qué tendrá allá de despojos  
en su pedregoso asiento?

ROBERTO. Más riqueza que la tierra,  
ni que la imaginación.

BELARDO. ¿Tan ricos los peces son?

LUCINDA. Mil Indias su centro encierra.

BELARDO. Algún bellaco atrevido  
inventó, por interés,  
aquellas casas con pies,  
que de tanto daño han sido;  
y diz que saben volar,  
haciendo unos lienzos alas.

ROBERTO. Yo no sé si fueron malas;  
sé que nos ha muerto el mar.

Danos, pastor, acogida  
con secreto hasta tener  
algún remedio.

BELARDO. ¿Ha de ser  
en tanto aquí vuestra vida?

LUCINDA. Aquí queremos estar.

Mi marido irá a la corte  
con la leña que se corte  
de este secreto encinar,  
hasta que Dios traiga un día  
que nuestro remedio sea.

BELARDO. Lejos de una breve aldea,  
patria derribada mía,  
que solía ser mejor,  
y la habitó gente honrada,  
mi cabaña está fundada  
junto al arroyo mayor.  
Que después que faltó gente  
ando a vivir por acá,  
que cada día se va  
diez a diez y veinte a veinte.  
Mi nombre propio es Belardo,  
más conocido, sin duda,  
que de las brujas la ruda,  
por ese capote pardo  
y por algunas desdichas.  
Aquí podemos vivir  
los tres, y me oiréis decir  
cosas ni vistas ni dichas.  
Que he andado más de mil mundos,  
aunque dije que no había  
visto el mar, de quien sabía  
sus altos y sus profundos.  
Ea, vamos a comer,  
que soy hombre liberal  
de mi bien y de mi mal,  
y sé ganar y perder.

Veréis allá una serrana  
que, aunque saque su ganado  
antes del sol, piensa el prado  
que amanece la mañana.  
No es bachillera ni es loca,  
aunque he pensado ; par Dios!  
que en llamarse como vos  
por alguna parte os toca. (1)

LUCINDA. Huélgome de que tendré  
con quien hablar en ausencia  
de mi esposo.

(1) Este pasaje demuestra que esta comedia se  
escribió en Toledo, hacia 1602. La alusión a *Camila*  
*Lucinda* es evidente.

BELARDO. Y en presencia,  
que bien lo sabe, a la fe.

LUCINDA. ¿Que es tan bella?

BELARDO. Yo la vi  
cuajar una blanca encella  
de leche, cándida y bella,  
una vez que a verla fui.  
Y junto a su mano helada,  
nunca yo tenga opinión,  
si no parecía carbón  
en las mimbres la cuajada.  
Una vez la vi pasar  
descalza un arroyo claro,  
que por mármoles de Paro  
los pies le quise tomar;  
que después, con gusto y miedos  
de ofender su nieve y rosa,  
limpié la arena envidiosa  
que se le entró por los dedos.  
¿Qué os diré de la garganta?  
No sé yo si vez alguna  
se ha visto blanca coluna  
que tenga lisura tanta.  
Yo le truje de la villa  
una gargantilla ayer,  
que, por ceñirla a placer,  
quisiera ser gargantilla;  
y entre sus venas azules  
de tal suerte me perdí,  
que hasta agora estoy sin mí.

LUCINDA. (¿Qué haremos?)

ROBERTO. Que disimules.

LUCINDA. ¿Y si nos conocen?

ROBERTO. Creo  
que no nos conocerán.)

LUCINDA. ¿Qué zagales allá están?

BELARDO. Dos no más, y éste que veo  
que ahora viene de la villa.

(TIRSE *entre.*)

Pues, Tirse, ¿qué hay?

TIRSE. No sé.  
Toda la ciudad hallé  
cubierta de maravilla.  
Dicen que a Lucinda ha muerto  
el Príncipe, y en la torre  
le han puesto con guarda.

BELARDO. Corre  
a la fuente y llama Alberto,  
que estos huéspedes tenemos.

LUCINDA. ¿Que el Príncipe está en prisión?

BELARDO. Allá unas contiendas son

en que nunca nos metemos,  
ni vos agora os metáis  
como mucho no os importe.  
Confusiones son de corte  
más pesadas que pensáis,  
si es, como se dice acá,  
que al Príncipe han vuelto loco.

LUCINDA. En eso nos va muy poco.  
(¡Ay, Roberto, preso está!

ROBERTO. Calla, que yo le iré a ver  
disfrazado de villano.

LUCINDA. Mi vida vive en tu mano.)

BELARDO. Güéspedes, alto, a comer.

ROBERTO. (Presto sabré lo que pasa.)

LUCINDA. Pues tú sabes, tú nos guía.

BELARDO. Nunca tengo mejor día  
que el que hay huéspedes en casa.

### ACTO TERCERO

(*Salen el Duque, ROSANIA y TANCREDO.*)

DINARDO. ¿Tanta desdicha nos sigue?

TANCREDO. Encarecella no puedo.

ROSANIA. Vuelve a contarla, Tancredo.

DINARDO. Tancredo amigo, prosigue.

TANCREDO. No caminé cuatro leguas,  
Duque, por el monte espeso  
que cerca nuestra ciudad  
lleno de pinos soberbios,  
cuando por un verde prado  
que casi se forma en medio,  
oigo de confusas voces  
no menos confusos ecos.  
Atento más al ruido,  
cajas y trompetas sienten,  
como en galeras o naves  
retumba el mar desde lejos.  
Admirado, y con razón,  
la posta paro y detengo,  
como al descubrir la caza  
se queda el bravo flamenco.  
En esto unas grandes nubes  
de polvo y confuso estruendo  
veo, por un largo espacio,  
cubrir los ojos del cielo.  
Al fin, acercado más,  
declaradamente veo  
un ejército formado  
dando banderas al viento,  
como parece escuadrón

de abejas pasado enero,  
 marchar con las varias flores  
 de los romeros y brezos.  
 Tal se me ofreció a los ojos  
 con los colores diversos  
 de plumas, banderas, bandas,  
 astas, celadas y petos.  
 No quise volver atrás  
 sin que entendiese primero  
 si era el Conde que volvía  
 al alboroto del reino.  
 No me engañé, y engañéme,  
 pues cuando a la frente llevo  
 de la vanguardia, veo juntos  
 albanos y turcos fieros.  
 Danme paso, y voy entrando  
 por el cuerpo del ejército,  
 mirando por todas partes  
 caso tan notable y nuevo.  
 Allí miraba un cristiano  
 con espada, arnés y yelmo;  
 allí un turco berebey  
 turbante y alfanje persio;  
 allí un infante cargado  
 de horquilla y mosquete, y luego  
 de la otra parte un turco  
 en el arco y flechas diestro;  
 allí banderas cristianas  
 llenas de lirios del cielo,  
 y allí turcos estandartes  
 de lunas menguantes llenos.  
 Llega, en fin, la retaguardia  
 tras dos mangas de piqueros,  
 y entre alabardas al Conde  
 veo en un caballo negro,  
 negro el arnés, la casaca,  
 espuelas, estribos, frenos,  
 sombrero, bastón y plumas,  
 como en militar entierro.  
 Venía un turco feroz,  
 gallardo, a su lado izquierdo,  
 con una morada aljuba  
 hasta la espuela cubierto,  
 un turbante de Bengala,  
 como si en el mes de enero  
 cayeran en su cabeza  
 copos de nieve del cielo.  
 Apéome de la posta,  
 llevo admirado y suspenso  
 a sus brazos, conóciome,  
 y así me dijo: "Tancredo,  
 si me vienes a estorbar

tan justo, tan santo intento,  
 vuélvete sin decir nada  
 y no alborotes mi pecho;  
 que aunque eres embajador  
 no podrán sus privilegios  
 defenderte de mi furia  
 de la manera que vengo.  
 Antonio dice la fama  
 que a mi hermana amada ha muerto  
 después de haber infamado  
 mi sangre, padres y deudos.  
 Unos dicen que pensando  
 que ella le diese un veneno  
 con que le amase, y que ha sido  
 causa de perder el seso.  
 Otros dicen que en venganza  
 de unos sospechosos celos  
 que tuvo Antonio de un paje,  
 archivo de sus secretos.  
 Que aquesto o aquello sea,  
 hoy, contra mi patria he vuelto  
 las armas, determinado  
 de poner sobre ella cerco.  
 Mi amigo el Sultán Bajá  
 trae, para el mismo efeto,  
 los genizaros que miras,  
 defensa del turco Imperio.  
 Di a Rosania y dile al Duque,  
 si ellos tienen el Gobierno,  
 que me entreguen preso Antonio,  
 pues allá le tienen preso;  
 que con verle en mi poder  
 me dejarán satisfecho,  
 y licenciaré a la gente  
 a sus casas y a sus pueblos."  
 Lo que dije y lo que hice,  
 señores, no lo refiero,  
 pues finalmente a vosotros  
 con este partido vengo.  
 Haced alto hasta saber;  
 la respuesta dalda luego,  
 porque si se acerca a Buda  
 la ha de poner por el suelo.

DINARDO. ¡Caso extraño!

ROSANIA. ¡Peregrino!

Pero no nos viene mal.

Darle [a] Antonio determino.

Antes parece que igual

para nuestro intento vino,  
 porque él le dará la muerte  
 que nosotros, de cobardes,  
 no hemos osado.



DINARDO. ¿Tan fuerte viene?

TANCREDO. De tantos alares, turcos y albanos se advierte.

DINARDO. ¿De qué sirve hablar en eso? Aunque resistir pudiera su furia con tanto exceso, de mejor gana le diera, Rosania, al Príncipe preso.

¿Qué podemos desear más de que le mate el Conde?

¿De qué nos pueden culpar?

TANCREDO. De entregalle.

DINARDO. A eso responde el pueblo que quiere entrar, porque si le entra y saquea, más querrá que muera Antonio que no que en eso se vea.

TANCREDO. (Ya parece que el demonio a esta gente señorea.)

¿De suerte que un hombre das por la salud que este día cobran por él los demás?

Esta misma profecía de Cristo dijo Caifás.

(Mas para mi pretensión, ¿qué me importa esa traición?)

Yo mis manos lavar puedo.

DINARDO. También Pilatos, Tancredo, dijo esa misma razón.

Ahora bien, él se ha de dar.

TANCREDO. Y ¿quién se le ha de entregar?

DINARDO. Tú o Leonido.

ROSANIA. De Leonido no hay tratar. No ha parecido Leonido en todo el lugar.

Tú le has de llevar.

TANCREDO. Yo iré.

ROSANIA. Sácale de la prisión.

DINARDO. Ven, que yo te le daré, y no juzgues a traición lo que piedad justa fué; que por la vida de un loco no se han de perder millones de vidas.

TANCREDO. Aunque provoco mi pecho en esas razones, todo me parece poco; pero, si es fuerza, en alguna ha de estribar.

DINARDO. Esta es una.—

Tú serás Reina, mi bien.

ROSANIA. Tú mi rey.

TANCREDO. (Y yo también, si lo quiere la fortuna.)

(Vanse, y sale ANTONIO con una cadena.)

ANTONIO.

¿Cuándo verán mis tristes pensamientos sereno el sol algún alegre día?

¿Cuándo de esta prisión oscura y fría saldrán mis alas a romper los vientos?

¿Cuándo mis ojos, a tu cielo atentos, verán la luz que espera el alma mía?

¿Cuándo este mar, que contrastar porfía mi nave, amansará sus movimientos?

¿Cuándo podrán mis tristes ojos verte; oh, luz del alma en tanto bien perdida!, siendo la estrella que mi norte encierra?

Yo pienso que será cuando la muerte, rotas las velas de mi triste vida, la nave esconda en siete pies de tierra.

(Sale LUCINDA, de villana, y las GUARDAS; ella trae una canastilla.)

LUCINDA. Si non la queréis comprar, al Príncipe la daré.

GUARDA. No le puede nadie hablar.

LUCINDA. Huerte bestia sois.

GUARDA. ¿Por qué?

LUCINDA. Porque os pueden ensillar. Si Dios me dió lengua a mí, ¿no le podré hablar, queriendo?

SEGUNDO. No, que está mandado así.

ANTONIO. ¿Qué es eso?

LUCINDA. Yo soy, que vendo fruta, señor, por ahí. Llegué a la puerta del huerte y aquí, por pellizcarme, me han metido acá.

ANTONIO. De suerte que ya te dejan hablarme.

LUCINDA. ¿Cómo os va?

ANTONIO. Estoy a la muerte.

SEGUNDO. (¿Hablará esta villana?)

GUARDA. ¿Qué importa aquella inocencia?

LUCINDA. Yo, aunque só pobre aldeana, siento la vuestra dolencia.

ANTONIO. Y ¿de dónde eres, serrana?

LUCINDA. ¿Habláis en seso?

ANTONIO. Yo, sí.

LUCINDA. Luego ¿no estáis loco?

ANTONIO. No.

LUCINDA. Allá en mi aldea lo oí.

ANTONIO. Loco soy cuando soy yo,  
cuerdo cuando soy quien fui.

LUCINDA. Pues sabed, señor, que soy  
de aqueste monte vecina.

ANTONIO. Y di: si acaso te doy  
señas de un ángel divino,  
por quien suspirando estoy,  
¿dirásme de él, labradora?

LUCINDA. ¿Es, por ventura, mujer?

ANTONIO. Y mi mujer.

LUCINDA. Pues agora  
acabo, señor, de ver  
la luz que vuestra alma adora;  
que, forzada de un villano  
que la llevaba, la hallé  
quejándose al viento vano.

ANTONIO. ¡Cielos! ¿Roberto no fué  
con ella? ¡Oh, fiero tirano!  
Agora sí que estoy loco.

LUCINDA. Pues que no me conocéis,  
no lo debéis de estar poco.

ANTONIO. Ojos, ¿qué es esto que veis?  
¡Cielos, vuestras luces toco!  
¡Mi bien!

LUCINDA. Habla quedo.

ANTONIO. Di,  
¿cómo te atreviste a entrar?

LUCINDA. Amor, revestido en mí,  
me manda, Antonio, intentar  
sacarte agora de aquí,  
porque temo que tu vida  
está en peligro.

ANTONIO. Estoy muerto.  
Mas ¿cómo, prenda querida,  
podré salir encubierto  
de tanto fiero homicida?

LUCINDA. Yo lo tengo ya trazado.  
Y pues hasta haber entrado  
la fortuna me socorre,  
o tú saldrás de la torre  
o yo moriré a tu lado.  
Dos guardas están aquí;  
una me requiebra, a ésta  
abrazaré y, fía de mí,  
que ha de ver lo que le cuesta  
la pretensión.

ANTONIO. ¿Cómo así?

LUCINDA. Porque le tendré muy fuerte  
mientras que tú das la muerte  
a la otra guarda, y después,  
entre los dos, cierto es  
que la suya se concierte.

Que otra guarda, que sola  
está en el campo, Roberto  
tiene a punto una pistola,  
que allá me aguarda encubierto  
con la lealtad española,  
apenas verá que sales  
cuando la vida le quite  
dentro los mismos umbrales.

ANTONIO. Hoy, Lucinda, Amor permite  
que a las romanas iguales.  
¿Qué es de la daga?

LUCINDA. Aquí está.

ANTONIO. ¿En la cesta?

LUCINDA. Sí, señor.

ANTONIO. Habla a la guarda, que ya  
murmuran.)

LUCINDA. No tengo amor  
a gente que viene y va.—  
¿Sabéis lo que me decía  
el Rey?

GUARDA. ¿Qué, por vida mía?

LUCINDA. Que a cuál de los dos amaba.

SEGUNDO. Y tú ¿qué decías?

LUCINDA. Juraba...

GUARDA. ¿Qué?

LUCINDA. Que a ninguno quería.  
Mas si a gente palaciega  
acaso hubiera de amar,  
os amara a vos.

GUARDA. Pues llega,  
labradora, a confirmar  
lo que Amor permite; llega,  
y abrázame.

LUCINDA. No querría  
que lo viese el Rey.

GUARDA. No hará.

SEGUNDO. Corta fué la dicha mía.

LUCINDA. Para ti también habrá,  
que yo vendré acá otro día  
y te traeré una serrana  
bella como el sol, mi hermana.  
SEGUNDO. ¿Haráslo?

LUCINDA. Sin duda.

GUARDA. Andronio,  
entretén y engaña Antonio  
mientras hablo a esta villana,  
que de oro me ha parecido.  
SEGUNDO. Yo voy. — ¿Qué hace vuestra alteza?  
ANTONIO. Estoy aquí divertido  
viendo la mucha belleza  
del árbol que ha producido  
tales manzanas.

SEGUNDO. Son bellas.

ANTONIO. Y advirtiéndome que el comellas  
fué la perdición de Adán,  
pienso que ocasión te dan  
de que te pierdas por ellas.

SEGUNDO. Harto mejor a este punto  
me quisiera yo perder  
por aquel bello trasunto.

ANTONIO. También ha de haber mujer  
para que esté todo junto.  
Adán serás tú, y aquélla  
será Eva, y yo seré  
la serpiente, que por ella,  
con mi engaño, te daré...

SEGUNDO. Dilo.

ANTONIO. Esta manzana bella.

SEGUNDO. ¿Qué extrañas locuras!

ANTONIO. Ten.

GUARDA. Pues abrázame, mi bien.

LUCINDA. Que me place.—Ahora, Antonio.

ANTONIO. ¡Muere, infame, en testimonio  
de que esto es verdad también!

(*Abrázale LUCINDA a la GUARDA, y ANTONIO dé al  
otro con la daga.*)

GUARDA. Suelta, traidora mujer.

SEGUNDO. ¡Muerto soy!

LUCINDA. Llega, señor.

GUARDA. ¡No me mates!

ANTONIO. Por tener  
culpa de tu yerro amor,  
esa piedad quiero hacer;  
aquí quedarás atado.

LUCINDA. ¿No es mejor matarle?

ANTONIO. No,  
que hombre por amor culpado,  
cuando soy el juez yo,  
no puede ser condenado.

(*Atenle.*)

GUARDA. Pague, gran señor, el Cielo  
esta piedad.

ANTONIO. Gente viene.  
Escóndete, que recelo  
que es el Alcaide.

LUCINDA. No tiene  
mayor desventura el suelo.  
¿Adónde me meteré?

ANTONIO. Donde otra vez estuviste.

(*Escóndese LUCINDA, salen TANCREDO, cuatro SOL-  
DADOS con arcabuces.*)

TANCREDO. El Cielo, señor, os dé  
libertad.

ANTONIO. Tancredo, ¡ay, triste!

TANCREDO. ¿Qué es esto que aquí se ve?

GUARDA. Llega, Tancredo. ¡Ah, señor!  
¿No miras Andronio muerto  
y a mí puesto en tal rigor?

ANTONIO. (Calla lo que está encubierto,  
pues te dió vida el amor,  
hombre, si lo eres de bien.

GUARDA. Esta palabra te doy.)

TANCREDO. ¿Qué es lo que mis ojos ven?

ANTONIO. Si preso o si loco estoy,  
¿qué te admiras que así estén?  
Quiseme ir, y maté  
esta guarda y a ésta até.  
Pídemelo en residencia.

TANCREDO. ¡Asilde!

ANTONIO. Es impertinencia,  
si lo estoy, que más lo esté.  
¿Esta cadena no basta?

TANCREDO. Llevarte quiero de aquí.

ANTONIO. Vamos, que en vano se gasta  
el tiempo que contra mí  
tantos disinnos contrasta.  
¿Dónde me llevas, Tancredo?

TANCREDO. Decirlo, señor, no puedo.  
Un coche afuera te aguarda,  
dos compañías de guarda  
y el capitán Godofredo.

ANTONIO. ¿Es morir?

TANCREDO. De ningún modo.

ANTONIO. Pues dejadme despedir  
de esta prisión y de todo.—  
Prisión, yo voy a morir;  
ya la garganta acomodo  
al cuchillo del tirano.  
Quedaos adiós, mi prisión,  
pues fué nuestro intento vano;  
los que desdichados son  
en nada ponen la mano  
que tengan ventura alguna.  
Yo os amé, aunque no os servi,  
por no querer la fortuna.  
Para vos, prisión, nací,  
aunque en conjunción de luna.  
Acordaos, si sois servida,  
de que en vos pasé la vida  
y de que muero por vos.  
¡Adiós, mi prisión, adiós!

TANCREDO. ¿Tan mal la prisión se olvida?

ANTONIO. No la olvidaré, Tancredo,  
porque fué mi compañía.

TANCREDO. Vamos, señor.

ANTONIO. Voy, y quedo,



porque dejo la luz mía  
entre mil sombras de miedo.

TANCREDO. Soldados, alerta un poco.

SOLDADO. A lástima me provoco.

SEGUNDO. Cuerdo le hacen los cuidados.

ANTONIO. ¿Agora sabéis, soldados,  
que yo he sido un cuerdo loco?

(Métarle, y salga LUCINDA de donde estaba escondida.)

LUCINDA. ¿Es posible que he podido,  
viendo que llevan mi bien  
a la muerte, haber sufrido  
que no me lleven también?  
Cobarde y ingrata he sido.  
Movidos tuve los pies  
mil veces para salir;  
mas no saber bien si es  
llevar Antonio a morir  
tuvo mis pasos después.  
Que no es posible que sea  
Rosania mujer tan mala,  
aunque, en el mal que se emplea,  
ya las crueldades iguala  
de Tulia, Circe y Medea.  
Teme amor y la piedad  
me esfuerza si iré tras él.  
Aunque haya dificultad  
le he de seguir, que con él  
va del alma la mitad,  
y es bien, si le dan la muerte,  
que ponga mi media vida.

(ROBERTO éntre.)

ROBERTO. ¿Adónde vas de esa suerte?

LUCINDA. ¡Oh, Roberto, estoy perdida!  
La vida me ha dado el verte.  
¿Qué hay de Antonio?

ROBERTO. En el lugar  
que me dejaste escondido  
le vi en un coche pasar.

LUCINDA. Tan mal nos ha sucedido,  
que estoy por desesperar.  
Las guardas ve, mi Roberto,  
una muerta y otra atada,  
como estaba en el concierto.

ROBERTO. No hay fortuna más airada  
que la que anega en el puerto.  
¿Tancredo, entonces, vendría?

LUCINDA. Ya lo ves.

ROBERTO. De la ciudad  
por el monte se desvía.

LUCINDA. Ya de su mucha crueldad  
está cierta el alma mía.  
¡Ay, que van ya caminando  
a matarle en esta selva!

ROBERTO. Pues no estemos esperando  
a que el fiero Alcaide vuelva,  
que allá los va acompañando,  
y te conozca y nos prenda.

LUCINDA. Vamos, que quiero morir  
luego que su muerte entienda.

ROBERTO. Sígueme.

LUCINDA. No he de vivir  
sin vos, mi adorada prenda.

(Vanse, y salen ROSANIA y el DUQUE con una carta.)

ROSANIA. ¿Esto escribe?

DINARDO. Y que vendrán  
los Generales a verte.

ROSANIA. Vendrán el Conde y Sultán  
para que aquí se concierte.

DINARDO. Y ¿quién vino?

ROSANIA. Un Capitán.

DINARDO. Como están bien confiados  
en que veinte mil soldados  
a las espaldas les quedan,  
¿qué habrá que intentar no puedan?

ROSANIA. Puesta estoy en mil cuidados.  
¡Ah, si prenderlos pudiera!

DINARDO. Es imposible, señora.  
El partido considera  
que piensas tomar agora.

ROSANIA. Duque, el que Próspero quiera.

DINARDO. Pues avisen a Tancredo  
que no lleve al campo Antonio.

ROSANIA. Ya fueron.

DINARDO. Rosania, un miedo  
del alma es gran testimonio,  
cuando vencer no le puedo,  
de algún siniestro suceso.

(Un PAJE.)

PAJE. Aquí están los Generales.

DINARDO. ¿Tan presto? ¡Notable exceso  
de arrogancia!

ROSANIA. Son iguales  
a las iuerzas.

(El CONDE y SULTÁN.)

PRÓSPERO. Tus pies beso.

ROSANIA.

Dame esos brazos, Próspero valiente,  
que tuve gran deseo de este día.

PRÓSPERO.

Dalos al gran Sultán, en cuya frente resplandece el laurel de Berbería.

ROSANIA.

¡Oh, Capitán famoso!

SULTÁN.

No consiente, señora, esta humildad la indigna mía.

ROSANIA.

Llegad sillas aquí.

PRÓSPERO.

¡Duque!

DINARDO.

¡Buen Conde, esta visita a vuestro ser responde!

Que vos, aunque llegáis tan enojado, así os habéis de entrar por lo que es vuestro, que sois amparo de este Principado.

PRÓSPERO.

Antes vos, Duque, sois amparo nuestro. Yo he venido del Príncipe agraviado, de la manera que en mi luto nuestro. Mató a mi hermana y perderé la vida, o me pienso vengar del homicida.

DINARDO.

No desea Rosania, señor Conde, otra cosa ¡por Dios! con más afecto.

PRÓSPERO.

Rosania, el Duque en eso corresponde a la alta estimación de mi concepto.

DINARDO.

Sultán habla con ella.

PRÓSPERO.

Él sabe adónde me halló la nueva en diferente efeto del que me vuelve así, porque quería acometer su campo el mismo día.

SULTÁN.

Tratar, señora, con el Duque puedes este partido, que mi intento sólo es servir a Celín.

ROSANIA.

Y hacer mercedes, tal fama tiene ya de polo a polo.

SULTÁN.

Duque, por que de mí informado quedes, que por seguir a Marte ignoro a Apolo, con poca arenga te diré mi intento; yo pienso que es del Conde el pensamiento.

Yo le acompaño en esta justa empresa porque él me ha prometido que, ganada con nuestra gente turca y albanesa esta tierra a partido o por la espada, será de él gran señor con voz expresa de que viva a sus parias obligada, que son cada año cien muchachos bellos, de ellos comunes, aunque nobles de ellos.

Añádense también cien mil ducados y poner en campaña seis mil hombres cuando del gran señor fueren llamados, y él os quiere de reyes dar los nombres con tal que repartáis de los Estados, que no del reino, porque no te asombres, con él lo que merece su persona, pues os ofrece a entrambos la corona.

Y sobre todo darle [a] Antonio preso, porque todo va a fin de su venganza.

DINARDO.

Mucho pudiera responder a eso a no tener de entrambos confianza; pero pues ya lo quiso el mal suceso de Lucinda, que a todos parte alcanza, moderad el dinero y los esclavos.

SULTÁN.

Los genízaros son soldados bravos.

No los llames esclavos; pero sean cincuenta y el dinero sea otro tanto.

DINARDO.

¿Qué dices, gran señor?

ROSANIA.

Que ellos se emplean en servir un gran Príncipe. El espanto de las armas, que el mundo señorean, hace hablar de esta suerte.

DINARDO.

¡Cielo santo, perdona aquesta injuria hasta aquel día que ponga en libertad la patria mía!

PRÓSPERO.

En fin, ¿en qué quedamos convenidos?

DINARDO.

En que se entregue el Príncipe, y, casados

Rosania y yo y contigo repartidos,  
Próspero, como el alma los Estados,  
se paguen a Sultán los escogidos  
esclavos y cincuenta mil ducados.

PRÓSPERO.

Tomad, Duque, los tiempos como vienen,  
que otros tras éstos esperanzas tienen.

DINARDO.

Vamos, y háganse fiestas y alegrías.

SULTÁN.

Alójese primero nuestra gente.

ROSANIA.

Así será, Sultán.

DINARDO.

Las compañías  
despida el Conde luego que él se ausente.

SULTÁN.

Haced las bodas estos mismos días,  
que quiero hallarme a vuestro bien presente.

ROSANIA.

Yo soy tuya, Sultán.

SULTÁN.

Yo tu cautivo.

Escribe al gran señor.

ROSANIA.

Luego le escribo.

*(Vanse, y entren todos los SOLDADOS que puedan,  
con armas.)*

PRIMERO.

Mucha pena me ha dado ver al Príncipe,  
mi señor natural, sin culpa preso.

SEGUNDO.

La cadena que vi traigo en el alma,

TERCERO.

Cuerdo le he visto yo, que no está loco.

CUARTO.

¡Vive el Cielo, que mienten los traidores  
que le han quitado el reino con la honra.

QUINTO.

Este Tancredo que le trujo preso,  
no hallando al Conde aquí, dicen que quiere  
volver a la ciudad.

SEXTO.

Así lo dicen;

pero no lo consiente nuestra gente,  
que o le querrá matar Próspero airado,  
o la fiera Rosania, su madrastra,  
que es quien le ha puesto en tanta desventura.

PRIMERO.

¡Vive Dios, que es bajeza que albaneses  
vean su natural señor cautivo!  
Hablémosle y veámosle, y sepamos  
qué tiene este hombre, y, si estuviere loco,  
viva en algún palacio recogido,  
donde le limpien, guarden y regalen;  
y, si estuviere cuerdo, ¿por qué causa  
se han de alzar dos traidores con el reino?

SEGUNDO.

Romped aquesa tienda.

TERCERO.

Fuera, digo.

Danos a nuestro Príncipe, Tancredo.

TANCREDO.

¿Qué es esto, amigos?

CUARTO.

Danos luego al Príncipe.

TANCREDO.

El Príncipe está aquí preso por Próspero,  
que es vuestro General, y le ha enviado  
Dinardo aquí.

QUINTO.

¡Qué lindo disparate!

¿Quién puede al natural señor de todos  
prender? ¡Muera el villano!

TODOS.

¡Muera! ¡Muera!

TANCREDO.

¡Triste de mí! ¡Pagué lo que debía!

*(El PRÍNCIPE salga con su cadena, y metan a TAN-  
CREDO.)*

ANTONIO. Generosos albaneses,  
yo soy el Príncipe vuestro.  
Amigos, yo soy Antonio,  
y no loco, sino cuerdo,  
el que conocistes niño  
y el que conocéis mancebo.  
Filipo, mi noble padre,  
y Ricaredo, mi abuelo,  
os libraron de los turcos  
y en tanta paz os pusieron.



Yo puedo decir que he sido  
nacido de vuestros pechos,  
que todos me habéis criado  
y es vuestro este ser que tengo.  
Después de Dios y mis padres  
no tengo ningunos deudos  
más cercanos que vosotros,  
la sangre y la vida os debo.  
Soy lo que sois. Bien sabéis  
que a nadie en mi vida he hecho  
agravio por culpa mía;  
cuantos me levantan niego;  
y pues estoy en juicio,  
haced cuenta que soy reo.  
Diga alguno de vosotros  
contra mí, que a nadie apelo.  
Yo no he perdido una almena  
de Albania. Mas si el respeto  
de mi rostro os enmudece,  
yo mismo acusarme quiero.  
Dice Próspero que he sido  
quien, contra todo derecho,  
gocé su hermana, y que un día  
me halló en su mismo aposento.  
Verdad es; mas yo le dije  
que era mi mujer. Con serlo,  
¿qué agravio recibe el Conde?  
Ninguno.

Todos.

ANTONIO.

Pues oíd atentos.

Luego dice que maté  
a mi Lucinda por celos.  
Si a Lucinda os nuestro viva,  
¿cómo dice que la he muerto?  
¿Esta no es prueba bastante  
de que este engaño le han hecho  
Dinardo y Rosania, amigos?  
Sí, señor.

Todos.

ANTONIO.

Pues oídmme atentos.

El Duque, contra razón,  
ama a Rosania en secreto,  
quiere con ella casarse  
y alzarse, al fin, con el reino.  
No se atreviendo a matarme  
quiso que, con un veneno  
volviéndome loco, fuese  
inhábil para el gobierno.  
Avisóme de este engaño  
el cocinero Roberto,  
que es español, y ha vivido  
por ello algún tiempo preso.  
No echó el veneno en la copa;  
pero aconsejóme luego

que fingiese que lo estaba  
hasta algún dichoso tiempo.  
Hicelo así, o por librarme;  
y sabe el que rige el Cielo  
las afrentas, las traiciones,  
las calumnias que me han puesto.  
Cuerdo estoy para reinar;  
la verdad, hijos, os cuento;  
vuestro padre soy, vosotros  
hechuras de mis deseos.  
Siendo, pues, verdad, amigos,  
que está vuestro Antonio cuerdo,  
¿es bien que reine un traidor?  
No, señor.

Todos.

ANTONIO.

Pues oíd atentos.

Sultán y Próspero están  
en la ciudad satisfechos  
de que yo estoy preso aquí,  
tratando infames conciertos.  
Dicen que ha de ser el Turco  
vuestro señor por lo menos,  
y le habéis de dar cada año  
en parias cien hijos vuestros;  
tras esto cien mil ducados,  
y que, en llamándoos tras de esto,  
habéis de ir en su favor  
contra los cristianos pechos.  
Pues ¿cómo que vuestros hijos  
habéis de dar pequeñuelos,  
siendo cristianos, al Turco,  
esclavos en alma y cuerpo?  
Vuestras haciendas también,  
que aunque esto parece menos,  
que el ver que los que daís niños  
volverán, siendo mancebos,  
a echaros de vuestras casas  
y acaso, en los mismos lechos,  
a gozar sus propias madres  
y matar padres tan buenos,  
¿esto habéis de consentir  
siendo yo el Príncipe vuestro?  
¡Mueran, hijos, los traidores!  
¡Mueran!

Todos.

ANTONIO.

Pues oíd atentos.

Los turcos están agora  
descuidados y contentos  
entre sus tiendas sin armas.  
Dad de repente sobre ellos,  
quitaréisles las riquezas  
que traen, pues será cierto  
que, sin Capitán y armas,  
lo ha de ser el vencimiento.

Luego en la ciudad podéis,  
la vitoria prosiguiendo,  
entrar hasta mi palacio.  
donde, los traidores presos,  
me pagarán este agravio.

TODOS. ¡Tú eres el Príncipe nuestro!  
¡Danos esos pies a todos!

ANTONIO. Cuando me quitéis los hierros...

SEGUNDO. Haz cuenta que están quitados.

ANTONIO. Daré en los vuestros mil besos.

TERCERO. ¡Tente, señor!

ANTONIO. Ea, amigos,  
dadme alguna espada presto.

CUARTO. Esta toma y este escudo.

ANTONIO. Pues, alto. ¡San Jorge! ¡A ellos!

(*Dentro se toque caja; hagan batalla; salgan Roberto y LUCINDA.*)

LUCINDA. ¿No sientes el gran ruido?

ROBERTO. Puesto que lejos estamos,  
grandes voces he sentido.  
Las fieras buscan los ramos  
y los pájaros el nido.  
¡Válgame Dios! ¿Qué será?

LUCINDA. ¿Qué quieres que sea, Roberto,  
sino que ya Antonio está  
a manos del Conde, muerto,  
y que marcha el campo ya?

ROBERTO. No digas tal.

LUCINDA. Es, sin duda.

ROBERTO. ¿Tanta crueldad?

LUCINDA. Es desnuda  
la venganza de piedad.

ROBERTO. ¿Hay mayor temeridad?  
Miedo y propósito muda,  
que no lo puedo creer.

LUCINDA. Yo sí, porque no ha nacido  
tan desdichada mujer.

ROBERTO. Mas crece el gran ruido.

LUCINDA. Cuanto es mal he de creer.—  
¡Ay, querido Antonio mío!  
¿Cómo no me doy la muerte?  
Mas en mi lealtad confío  
que irá presto el alma a verte.—  
¿Tienes daga?

ROBERTO. Es desvario.  
Vive, señora, hasta ver  
si es verdad.

LUCINDA. ¿No lo ha de ser  
siendo cosa de mi daño?

ROBERTO. ¿Y no puede ser engaño?  
Esfuézate.

LUCINDA. Soy mujer.

Mas ¿no tengo yo veneno  
para tales ocasiones?

ROBERTO. ¡Detente!

LUCINDA. Aquí tengo lleno  
un brinco.

ROBERTO. Tales razones  
entre cristianos condeno.  
Deja.

LUCINDA. Suéltame la mano.

ROBERTO. Pues, óyeme.

LUCINDA. Huiré de ti.

ROBERTO. Ese es intento romano.  
Espera.

LUCINDA. El bien que perdí  
sólo muriendo le gano.

(*Váyanse, y salgan con gran música y con cetros el DUQUE y ROSANIA, SULTÁN y el CONDE.*)

SULTÁN. Alegre está la ciudad  
de vuestra coronación.

ROSANIA. Estos asientos tomad.

DINARDO. Tiene la ciudad razón,  
que sabe nuestra lealtad.  
Vuestra majestad se asiente.

ROSANIA. Siéntese el Bajá.

SULTÁN. Señora,  
yo tengo asiento decente.

ROSANIA. ¿Qué fiestas harán agora  
que hay grande alboroto y gente?

PRÓSPERO. Máscaras pueden entrar.

SULTÁN. Sin duda os deben de amar,  
pues hay regocijos tales.

DINARDO. No los viera el mundo iguales  
a estar en paz el lugar.  
Mucha gente está escondida  
de los grandes incitada.

PRÓSPERO. ¿Qué habrá que envidia no impida?

ROSANIA. Pronto sentirán tu espada,  
quitando a todos la vida.

(*Un CAPITÁN entre.*)

CAPITÁN.

Por las famosas puertas que a tu entrada  
coronaron trofeos y laureles.  
entra la mayor parte del ejército,  
sin que de nadie fuese resistido.

DINARDO.

¿Qué dicen, Capitán?

CAPITÁN.

Que a ver las fiestas.

DINARDO.

Vaya el Conde y deténgalos.

PRÓSPERO.

No creo  
que eso será posible.—¿Son los turcos,  
o son mis albaneses?

CAPITÁN.

Tus soldados.

PRÓSPERO.

Pues si ellos vienen a sus mismas casas,  
¿cómo quieres, señor, que los detenga?  
Todos son naturales, y, tan cerca,  
querrán gozar sus hijos y mujeres.

DINARDO.

Pues decid, Capitán, que no resistan  
la puerta a nadie.

CAPITÁN.

Haré lo que me mandas.

PRÓSPERO.

Una máscara viene.

DINARDO.

Y es famosa.

ROSANIA.

No he visto en mi vida mejor cosa.

*(El PRÍNCIPE y cinco SOLDADOS, vestidos de máscara, con sus arcabuces al hombro, entran de dos en dos al son de una caja de guerra, y al dar la vuelta apuntan los arcabuces a los cuatro.)*

DINARDO.

¿Qué es aquesto?

PRÓSPERO.

¿Qué digo? ¿tenéis seso?

Volved allá los arcabuces, máscaras.

*(Quítase el PRÍNCIPE la suya, y diga:)*

ANTONIO.

Tenemos seso, y siempre le tuvimos,  
y échase bien de ver en el suceso.  
Daos a prisión, o perderéis la vida.

DINARDO.

¿Eres Antonio?

ANTONIO.

Soy, infame, el Príncipe,  
tu señor.

DINARDO.

Pues prendelde o dalde muerte.

ANTONIO.

¿Ves como tú eres loco y yo soy cuerdo?  
Pues ves al Cielo, Duque, con la vara  
de su justicia, que indignaste tanto,  
y vesme a mí que a ejecutalla vengo  
¿y dices que me prendan?

SULTÁN.

Mira, Antonio,  
que te haremos matar.

ANTONIO.

¡Bárbaro perro!  
Yo he degollado tus soldados todos,  
que solos se escaparon los huídos.  
Ya tengo en la ciudad cuatro mil hombres.  
¿Cómo me harás matar?

SULTÁN.

¡Mahoma santo!

ANTONIO.

Daos a prisión, que yo maté a Leonido  
en lugar de Lucinda, conde Próspero,  
y éstos te han engañado, que Lucinda  
es mi mujer y yo cuñado tuyo.

PRÓSPERO.

Señor, tú eres mi Rey, tú eres mi Príncipe;  
si sabes que engañado te he ofendido,  
por tu misma piedad perdón te pido.

ROSANIA.

Príncipe, si a tu grande entendimiento  
no hubiera dado el Cielo igual ventura,  
no hubieras puesto en nuestros libres cuellos  
tan seguras las plantas. Él te ayuda,  
que siempre la justicia favorece.  
Yo soy mujer del Duque. Estos Estados  
pensé tiranizar. Hoy es el día  
que Reina me llamé.

DINARDO.

Cuerdo el más cuerdo  
que ha visto el mundo, con tu sabia industria  
has vencido la invidia y las traiciones  
mayores que se han visto. Yo no pido  
perdón que no merezco; antes quisiera  
que fuera aqueste cetro el mismo palo  
en que mandarás que me dieran muerte,  
y este laurel la sogá.

ANTONIO.

Doy las gracias  
al Cielo que en tan grandes enemigos



pongo las plantas. Disponer no puedo de vosotros, traidores, hasta tanto que venga mi Lucinda.

PRÓSPERO.

Espero en ella, que soy su sangre, y no querrás vertella.

(Entre ROBERTO.)

ROBERTO. Dame, señor, esos pies en este dichoso día.

ANTONIO. ¿Quién eres?

ROBERTO. Roberto soy.

ANTONIO. Roberto, ¿y la prenda mía?

ROBERTO. Oye, y sabráslo después. Como te vió llevar preso, fué siguiendo poco a poco tus pisadas, gran señor, desde la montaña al soto, dando notables suspiros, con que hasta la fuente, el olmo y las peñas respondían con tristes ecos: “¡Antonio!” Hicimos alto en un valle, y allí, lamentando a coro tu desdicha, nos hallamos ceñidos del campo en torno, en el cual al mediodía, que en nuestro cenit Apolo las sombras iba encogiendo, oímos grande alboroto. Creyó que fuese tu muerte y que los campos, llorosos, con sentimientos iguales abrían los Cielos sordos. Quiso tomarme la daga con ánimo valeroso; resistíla, y acordóse de un brinco de piedras y oro que por alma en su riqueza tenía un veneno. ¡Oh, monstruo de amor, de lealtad y fe!

ANTONIO. ¿Tomólo, amigo?

ROBERTO. Tomólo.

Murió Lucinda, quedando como los claveles rojos que cubre escarcha del cielo.

¡Caso extraño!

ROSANÍA. ¡Lástimoso!

ROBERTO. Púsela, Antonio, en pie en mis hombros, como Codro el cuerpo del gran Pompeyo, y aquí la truje en los hombros.

ANTONIO. Trae, mensajero triste, de Lucinda el cuerpo hermoso para que el dolor me mate.

ROBERTO. Voy, señor.

ANTONIO.guardo sólo que aquestos ojos la vean, porque, en viendo sus despojos, he de acabar con la vida.

PRÓSPERO. Si nos perdonas a todos, a Sultán por que se vuelva a Constantinopla como él lo pidiere y su honor, que es Capitán valeroso, y a tu madrastra y al Duque con un destierro, hoy te pongo viva a Lucinda en tus manos.

ANTONIO. Y yo, Conde generoso, en las tuyas este reino.

PRÓSPERO. ¿Perdónaslos?

ANTONIO. Sí perdono.

PRÓSPERO. Pues sabe que aquella joya fué mía, y que infunde sólo un sueño en mortal desmayo.

ANTONIO. ¿Qué dices, Próspero? ¿Qué oigo?

PRÓSPERO. Digo que yo la tenía en cierto caso amoroso para adormir un marido, y ella me la ha hurtado.

ANTONIO. Próspero, tuyo es mi reino y mi vida.

(Entre ROBERTO con LUCINDA desmayada en los brazos.)

ROBERTO. Esta es Lucinda, en reposo eterno.

ANTONIO. ¡Ay, luz eclipsada!

PRÓSPERO. Espera, Príncipe un poco, que con tocallo los pulsos verás qué milagros obro.

LUCINDA. ¡Válgame Dios!

ANTONIO. ¿Habló?

PRÓSPERO. Sí.

ANTONIO. Pues ya tenéis perdón todos.— ¡Lucinda del alma mía!

LUCINDA. ¿Es mi Antonio?

ANTONIO. Soy tu Antonio.

LUCINDA. ¿Qué es esto? ¿Es aqueste mundo adonde te ven mis ojos?

ANTONIO. El mismo, y los que aquí ves tus contrarios envidiosos.

LUCINDA. ¡Hermano!

PRÓSPERO. ¡Señora mía!

ROSANIA. Dadnos los brazos a todos,  
que por Reina os recibimos.  
LUCINDA. Alma, vida y sangre cobro.  
ANTONIO. Mañana parta Sultán,  
recogiendo los despojos  
de su campo al gran Celín,  
y a Francia os iréis vosotros.  
Doy a Roberto diez villas,  
y desde ahora le nombro  
con título de Marqués.  
ROBERTO. Beso tus pies.  
ANTONIO. Y aún es poco.  
Qué tales habían de ser  
los que al rey y al poderoso  
le guisasen la comida  
dígalo este ejemplo solo —

A Próspero doy mi prima,  
hija del duque Leopoldo,  
y le hago mi Almirante.  
PRÓSPERO. De tus grandezas me asombro.  
ROSANIA. Yo tengo mi merecido.  
DINARDO. Yo mucho menos.  
SULTÁN. Yo tomo  
el camino de mi patria,  
donde ya sin honra torno.  
ANTONIO. Yo doy la mano a mi esposa.  
LUCINDA. Y yo al Príncipe, mi esposo.—  
Y aquí, senado, se acaba  
la historia de *El Cuerto loco*.  
FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *El Cuerto loco*.

# LA DEFENSA EN LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTOLA OLMEDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON JUAN,  
SANCHO DE AVILA.  
DON DIEGO.  
LISARDO,

DON LUIS, *viejo*.  
TRIGUEROS, } *criados*.  
GARCÍA,

DOÑA LEONOR,  
DOÑA MARÍA.  
INÉS, *criada*.

## ACTO PRIMERO

(*Salen DON JUAN y TRIGUEROS.*)

TRIGUER. Si nos faltan dos jornadas  
para que a Madrid lleguemos,  
deja tan necios extremos  
de amor.

D. JUAN. ¡Que siempre me enfadas  
opuesto a mi sufrimiento  
y al cuidado con que vivo!  
¡Necio!: si ves que recibo,  
en el penoso tormento  
de mi lastimosa ausencia,  
alivio con la memoria,  
¿por qué perturbas la gloria  
que, con alegre apariencia,  
me muestra la imagen bella  
de mi esposa? Mientras llego  
templa su memoria el fuego  
del alma abrasada en ella.

TRIGUER. Fuego, en un hombre casado,  
no es buen vocablo, señor;  
fuego dice el pretensor,  
que a posesión no ha llegado.  
Pero el que llega a alcanzar,  
como llega a desposarse,  
hay lugar para abrasarse  
y aun para volverse a helar.  
El que es ya dueño de casa  
y goza una linda moza  
dice, contento, que goza;  
mas no dice que se abrasa.  
Porque abrasarse es mentir,  
y el mentir toca al amante;  
que, con los pies de danzante,

sabe rondar y fingir.

Mas cuando el amor se pinta  
de un casado, no hay quien hable;  
que este amor es venerable,  
con la barba hasta la cinta.  
No andar turbando celebros  
con su pretensión cansada,  
y vuelve a colgar la espada  
del templo de los requiebros.

D. JUAN. Tiene, aunque mi amor alcanza,  
la ausencia, tal condición,  
que olvida la posesión  
y me acuerda la esperanza.  
De suerte que, amante paso  
los tormentos en que muero,  
y así, cuando gozo, espero,  
y cuando espero, me abraso.  
Que, aunque cesa el pretender,  
porque he llegado a alcanzar,  
penando pago en aniar  
lo que falta en merecer.

TRIGUER. Si tanto habías de sentir  
la ausencia de mi señora,  
quejarte puedes agora  
de tí mismo.

D. JUAN. Es el servir  
a los Reyes tan hidalga  
y tan propia obligación,  
que no hay humana excepción  
que al hombre noble le valga.  
Murió el rey don Sebastián  
en Africa, y por su muerte  
le cupo a Enrique la suerte  
cuando sus años están  
amenazando la vida.



Pasó, al fin, a otra mejor,  
dejando asombro al temor  
en la Corona oprimida  
de diversos pretendores;  
pero Filipo Segundo  
la cobró, a pesar del mundo,  
teniendo por valedores  
su justicia y su razón,  
que le defiende y le salva,  
enviando al Duque de Alba  
a tomar la posesión  
con un escuadrón valiente  
de Castilla, que rindiera  
a Portugal, si estuviera  
en la zona más ardiente;  
si bien con pecho leal,  
culpando la resistencia,  
dieron al Rey la obediencia  
los nobles de Portugal.  
Mas don Antonio, el Prior  
de Crato, con vano intento,  
librando en torres de viento  
su ya rebelde valor,  
la corona pretendía;  
en el reino se ocultó  
y los pueblos alteró  
con obstinada porfía.  
Pero como iba creciendo  
el fuego, fué menester  
que lo templase el poder  
entre el militar estruendo.  
Y así, el español Monarca  
para hazañas tan grandes  
envió al rayo de Flandes,  
al cuchillo de la Parca,  
al más valiente español,  
que al furioso mar le obliga,  
que con la sangre enemiga  
puso rojo todo el sol.  
Sancho de Avila, en efeto,  
que en la docta escuela aprende  
del gran Duque de Alba a Ostende  
y Maestrique en el aprieto  
mayor de Sancho temblaron;  
al fin, a su nombre igual  
desvaneció en Portugal  
la esperanza que fundaron  
en don Antonio; siguió  
su alcance; rompióle en tres  
batallas, y el Portugués,  
temeroso, al mar huyó.  
Mas es tan corta mi dicha,

que nunca a Lisboa llegó  
Sancho, para verle yo.

TRIGUER. No es esa mi poca dicha.

D. JUAN. Pues mira en tan alta empresa,  
como aquestos reinos ven,  
que ningún hombre de bien,  
que honrado valor profesa,  
paseando se quedara  
en la Corte; al fin venimos  
cuantos en sangre tuvimos  
una obligación tan clara  
de servir al Rey; ya queda  
el Duque en la posesión  
por el Rey; mi obligación  
(sin que murmurarme pueda  
la envidia) he cumplido ya,  
y vengo, aunque en breves plazos,  
a regalarme en los brazos  
de mi esposa, que estará  
llorando lo que tardamos.

TRIGUER. Que llores también espero.

D. JUAN. Ya eres necio y majadero.

TRIGUER. Todos en Adán pecamos,  
señor compadre.

D. JUAN. ¿Qué dices?

TRIGUER. Día de Carnestolendas  
(porque esta verdad entiendas  
y contigo le autorices)  
sacó un máscara pintados  
gran fama de majaderos,  
y los demás compañeros,  
de su disfraz admirados,  
quisieron saber también  
qué letra sacado había;  
desenvolvióla, y decía:  
"Acá estamos todos."

D. JUAN. Bien;  
pero has de advertir...

TRIGUER. Espera;  
que hacia acá volando vienen  
dos postas.

D. JUAN. De los que tienen  
en Madrid dichosa esfera;  
habrán, como yo, cumplido  
su obligación y darán  
la vuelta.

TRIGUER. ¡Bravo galán  
viene el uno! Conocido  
ha de ser.

D. JUAN. Si es caballero  
de los que a Madrid pasean,  
¿qué te admiras?

TRIGUER. Ya se apean,  
pidiendo postas.  
D. JUAN. No espero  
tener más alegre día.  
Sancho de Avila es, ¡por Dios!  
TRIGUER. ¿Y sois amigos los dos?  
D. JUAN. De una misma compañía  
fuimos tres años soldados  
en Flandes.

(Sale SANCHE DE AVILA y GARCÍA.)

SANCHE. Prevén, García,  
las postas.  
D. JUAN. Aún sobra el día,  
cuando llevéis más cuidados,  
para que a Madrid lleguéis.  
SANCHE. ¡Señor don Juan! ¡Bien hallado  
seáis! Yo soy desgraciado;  
pues en la ocasión que veis,  
tras de nuestra larga ausencia,  
que ya de seis años pasa,  
quiere mi fortuna escasa  
darme tan corta licencia,  
que sólo el instante breve  
en que otras postas me dan  
podré hablarlos.

D. JUAN. No estarán  
tan a punto; no se mueve  
el huésped con tanta prisa  
que así podáis despachar.  
GARCÍA. Bien podemos esperar.  
SANCHE. ¿A qué?

GARCÍA. A que venga de misa  
el huésped, que fué al lugar.  
SANCHE. No es día de fiesta hoy.  
D. JUAN. De ello admirándome estoy,  
sino es que piensa pagar  
las que ha dejado de oír  
las fiestas de todo el año.  
TRIGUER. Aprende para ermitaño.  
D. JUAN. Pues ya que no podéis ir  
tan presto, me habéis de dar  
cuenta de vuestro suceso  
dichoso.

SANCHE. Es largo el suceso,  
y yo sabré pelear  
sin velle la cara al miedo;  
pero al contar la vitoria  
vengo a perder la memoria;  
mis hechos decir no puedo.  
D. JUAN. Ya sé que sois andaluz,  
rayo del mar, y no fuera  
razón que yo os consintiera

partir sin dejarme luz  
de tan gran vitoria.  
SANCHE. El mar  
no la ha tenido mayor;  
que, aunque en gente superior,  
la de Lepanto igualar  
puede la mortal porfía,  
y en las costas españolas,  
a las que cuenta por solas  
la fama inmortal.—García,  
mira si viene el ventero.

D. JUAN. ¿Qué queréis?  
SANCHE. Irme, don Juan.

D. JUAN. Las postas despacio están;  
saber la vitoria espero  
del Marqués en la Tercera.

SANCHE. Yo os haré la relación.  
mas con una condición.

D. JUAN. Por todo pasa el que espera.

SANCHE. Que si el huésped...

D. JUAN. Ya os entiendo:  
si viene os podéis partir.

TRIGUER. Yo sé que no ha de venir  
tan presto, porque está oyendo  
misa mayor.

SANCHE. No lo dejo  
por vos, pues sabéis que os debo  
amistad; mas porque llevo  
pliego del Duque al Consejo;  
mas pues hay espacio, oíd.  
para más blasón de España,  
una católica hazaña.

TRIGUER. (¡Tente, ventero!)

D. JUAN. Decid.

SANCHE. Ya sabéis que las mudanzas  
de Monarquías engendran  
turbaciones y alborotos  
en las naciones opuestas;  
que, justamente envidiosas,  
se arrojan luego a la empresa,  
siendo su favor industria  
y su protección cautela.  
Don Antonio, pues, medroso  
de la razón y las fuerzas  
del Rey (que nos guarde el Cielo),  
buscaba en Inglaterra,  
Francia y Holanda el favor  
que su injusticia le niega;  
a cuyos embajadores  
prestaron gratas orejas,  
no el cristianísimo rey  
Enrique; pero en su tierra,

inobedientes vasallos,  
 que contra su Rey se alteran,  
 dieron al mar tantos leños,  
 tantas escuadras francesas,  
 que pudo bien don Antonio  
 mostrar su ambición soberbia.  
 Dió aviso, pues, que la Armada  
 se arrojase a las Terceras;  
 porque, ganadas, serían  
 inexpugnable defensa  
 y plaza de armas segura  
 para prevenirse en ella  
 contra la fuerza de España.  
 ¡Tanto la ambición despeña  
 obstinados corazones!  
 La Armada, al fin, dando velas  
 al Austro, abollando espumas,  
 pareció, fuerte y ligera,  
 una selva coronada  
 de gavias y de banderas.  
 Eran sesenta bajeles  
 con gente práctica y diestra,  
 a su provecho inclinada  
 más que a la ajena defensa.  
 Llegaron, pues, a la isla  
 de San Miguel; tuvo nuevas  
 de nuestra española Armada;  
 navegaba ya tan cerca,  
 que pudo ver los faroles  
 una veloz carabela,  
 que fué luego a dar aviso;  
 al fin, con bordos y vueltas,  
 aguardó nuestros bajeles  
 con esperanzas muy ciertas  
 de una próspera vitoria,  
 que los discursos alientan.  
 Tal vez para mayor daño  
 decía que a nuestra fuerza  
 era superior la suya  
 en bajeles y en la diestra  
 plática de los soldados,  
 y que cuando acometieran  
 de cada nave española  
 se aferrasen tres francesas.  
 No era menor la ventaja,  
 porque la nueva era cierta  
 de que las naves mejores  
 de nuestra Armada se quedan  
 en puertos de Andalucía;  
 porque los aprestos niegan  
 la diligencia y cuidado,  
 aunque lo posible abrevia

Juan Martínez de Recalde,  
 su general, de quien tiembla  
 el mar, donde muere el sol,  
 y que dos urcas flamencas  
 que con el Marqués venían  
 dieron vergonzosa vuelta,  
 y que los tres galeones,  
 con gente plática y diestra,  
 que salieron de Lisboa  
 tan bien portados de velas,  
 no habían llegado a la Armada,  
 y que todas estas eran  
 causas bastantes—decía—  
 para saber que su estrella  
 dichosa le presentaba  
 la vitoria más sangrienta  
 que en las ondas del Ocaso  
 vieron pinces, no letras.  
 Aprobaron este acuerdo  
 con clarines y trompetas,  
 largando la capitana,  
 entre el aplauso, dos piezas.  
 Y el Marqués de Santa Cruz,  
 acercándose a la tierra,  
 advirtió que de las gavias  
 de la nave *Magdalena*  
 se vió la Armada enemiga,  
 con animosa soberbia,  
 bordeando sobre el cabo  
 de Punta Delgada apriesa.  
 Cambió el timón el Marqués,  
 y haciéndose mar en fuera,  
 llamó a consejo, parando  
 con sólo la cebadera  
 y el trinquete, en cuya punta  
 vió la española nobleza  
 la cifra de su valor,  
 pues dice el aviso que era  
 el Marqués de Villafranca,  
 Toledo, al fin, que dispierta  
 como blasones envidias  
 de naciones extranjeras;  
 don Francisco Bobadilla,  
 por cuya docta experiencia  
 le libraron del peligro  
 que amenazaba la tierra;  
 don Lope de Figueroa,  
 nuevo Cipión, nuevo César,  
 y don Cristóbal Eraso,  
 sin los demás, que pudieran  
 ser generales ¡por Dios!  
 de más dudosas empresas.



Hubo pareceres varios,  
 porque tan ardua materia  
 pedía claros jüicios  
 y acertadas advertencias.  
 No tenía puerto la Armada  
 donde abrigarse pudiera;  
 la ventaja conocida  
 del Francés, pues nuestras velas  
 no eran más de veinticuatro,  
 y eran las suyas sesenta;  
 el volverse era imposible  
 sin afrentosa vergüenza.  
 Ganóles el barlovento,  
 que es siempre ventaja cierta  
 en las batallas navales;  
 dudóse también, pues eran,  
 por pequeños más ligeros  
 sus bajeles; tan dispuestas  
 estaban en su favor  
 las humanas diligencias,  
 que no se hallaba camino  
 de salud sin que lo abriera  
 la espada. Este fué el acuerdo  
 con que la fatal sentencia  
 dió el Cielo en nuestro favor.  
 Cerró la' noche, y tan ciega,  
 que de lástima o de miedo  
 de las futuras tragedias  
 no salió del pabellón  
 coronado de nieblas.  
 Apagó la capitana  
 el farol (estratagema  
 prudente), por que el Francés  
 no conociese las vueltas  
 de nuestra Armada, pues iba  
 siguiendo su misma estrella  
 por la luz de sus faroles,  
 hasta que el alba rompiera  
 dudas y sombras. Al fin,  
 salió el sol; no soy poeta,  
 que yo os pintara en bosquejo  
 la más vistosa reseña  
 que sobre líquidos hombros  
 vió el escuadrón de nereidas.  
 Pero, por lo marinero,  
 cuyo término se encierra  
 en lenguaje tosco, es digo  
 que el sol con doradas trenzas  
 descubrió las dos Armadas,  
 inclinándose a la nuestra,  
 pues de tantos coseletes  
 hizo su luz vedrieras.

Era, con las pavesadas  
 rojas y las blancas velas,  
 cada galeón un monte  
 de fuego y nieve; carreras,  
 pólvora, balas y bombas,  
 abiertas las portañuelas  
 de las naves se mostraban;  
 donde abocadas las piezas,  
 eran volcanes futuros;  
 dieron en su misma esfera  
 asombro a Marte. El Marqués,  
 hecha la señal postrera,  
 llamando al Patrón de España,  
 al son de instrumentos cierra,  
 para abordarse al Francés.  
 Iba a su lado ligera,  
 como bizarra, la urca  
*San Pedro*, pues la gobierna  
 Bobadilla, a quien le fían,  
 como en valor en destreza,  
 ocho naves vizcaínas,  
 rayos de la mar, y en ellas  
 Oquendo y Villaviciosa,  
 y las demás con prudencia  
 repartidas velejaban  
 sobre la Armada francesa.  
 Quedárase atrás don Lope  
 de retaguardia, y pudiera  
 su galeón *San Mateo*  
 peligrar, si la defensa  
 no fuera casi inmortal,  
 pues cuatro naves la cercan,  
 y las dos, la capitana  
 y la almiranta, soberbias,  
 de Estroci y Ursa, que estuvo  
 dos horas en la defensa  
 de su persona y bajel  
 don Lope, dejando ciegas  
 las luces del sol el humo  
 de las tronadoras piezas,  
 y con los cuerpos y sangre  
 turbadas las ondas negras.  
 Iba el Marqués en su ayuda;  
 pero, por desgracia nuestra,  
 estaba ya a sotavento  
 y no alcanzaban las piezas.  
 A dalle favor también  
 estaba en la misma afrenta  
 don Francisco Bobadilla,  
 pues por la popa le encuentran  
 seis bajeles enemigos;  
 mas como el Cielo reserva

vitorias para su brazo,  
 hizo tan buena defensa,  
 que, llegando a cuchilladas  
 con los franceses, despejan  
 del mar la roja campaña,  
 viendo en sus mismas cabezas  
 el escarmiento mortal,  
 por que otra vez no se atrevan.  
 Acudió a dalle favor  
 a don Lope en tan extrema  
 aflicción, si bien a un tiempo  
 llegó Miguel de Beneta  
 con su nave vizcaína,  
 y con tal valor se aferra  
 al galeón del Estroci,  
 que ya don Lope pudiera  
 prometerse la ventaja,  
 pues tuvo casi deshecha  
 la capitana enemiga;  
 mas con importante priesa  
 la socorrieron diez naves,  
 aunque a la primera vuelta  
 la encontró el de Santa Cruz.  
 Vióse aquí la mayor prueba  
 del valor, de la constancia,  
 de la crueldad y la fuerza.  
 Encontráronse las dos  
 proa con proa, deshechas  
 con el prodigioso encuentro  
 penoles y cebaderas.  
 Llegóse, al fin, a los brazos,  
 donde no inventó la guerra  
 armas que no ejercitase  
 ni crueldad que no emprendiera.  
 Torre de Babel confusa,  
 mas lastimosa y sangrienta,  
 era el castillo de proa,  
 y la plaza de armas era  
 un promontorio de vidas  
 que por despedirse anhelan.  
 A piñadas, a bocados,  
 con obstinada fiera  
 se quitaban la victoria;  
 y como era tan estrecha  
 la campaña de bajeles,  
 porque no los impidieran,  
 desafiados salían  
 desde el bordo a las inquietas  
 ondas del sangriento mar,  
 que daban mortales treguas  
 a su rabiosa porfía.  
 En fin: venciendo la nuestra,

rindió al francés galeón  
 con aclamaciones nuevas  
 de vitoria; y el Estroci,  
 entre mortales sospechas,  
 de un mosquetazo en los pechos  
 despidió el alma soberbia.  
 Huyeron los que pudieron  
 dar su esperanza a las velas,  
 quedando por testimonio  
 diez y siete naves gruesas,  
 y catorce que le hicieron  
 al mar espantosa ofrenda  
 entre escollos y entre espumas  
 por pirámides de arena.  
 Murieron cuarenta hombres,  
 que serán de las Terceras  
 trompa inmortal para aviso  
 de las naciones soberbias,  
 que, viendo el naval estrago,  
 vergonzosas y suspensas,  
 dirán que, a pesar del mundo,  
 cuando oponerse pretendan,  
 es el prudente Filipo  
 de la militante Iglesia  
 columna firme y segura,  
 rayo feroz de la esfera  
 de Calvino y de Lutero,  
 nuevo asombro en las riberas  
 del Asia al Turco arrogante;  
 y hoy, que esta corona hereda,  
 gozará esta Monarquía  
 con tan dilatadas fuerzas,  
 que tiemble el ultramarino,  
 que por señor le confiesa;  
 el Ganges le reconozca,  
 el Danubio le obedezca  
 y nuestra España le goce  
 en la sucesión que deja,  
 porque España y Austria vivan  
 siglos y edades eternas.  
 D. JUAN. No pudo en esta ocasión  
 mostrársenos más risueña  
 la fortuna. ¡Gloria a Dios!  
 Que nuestro Filipo queda  
 en la posesión dichosa  
 de estos reinos.

SANCHO. Ya mi priesa  
 está culpando tardanzas.

D. JUAN. Yo he de hacer las diligencias  
 por que os podáis despachar,  
 aunque el ventero no venga.

SANCHO. ¿Hay más de mudar las sillas a las postas, sin licencia de quien lo pueda impedir?

D. JUAN. Porque os conozco, quisiera excusaros un disgusto.

SANCHO. Ninguno al que tengo llega esperando.

GARCÍA. (Oye, señor.

SANCHO. ¿Qué quieres?

GARCÍA. Si no remedias mi descuido, no podré dalle a don Juan sin vergüenza esta carta, que me dieron en Madrid.

SANCHO. Si yo supiera, necio, que tú la traías, hiciera un propio con ella para Lisboa.

GARCÍA. Señor,

SANCHO. que tú se la des quisiera para que lo sienta menos.

GARCÍA. Pues ¿cómo quieres que mienta?

SANCHO. Diciendo que te la dieron a ti no es mucha la ofensa que has de hacer a tu valor. Llamáronme de una puerta cuando íbamos a Palacio; entré a una sala, y en ella vi un hombre mozo y galán. Díome la carta, y pudiera tomar a aquel precio muchas, pues me dió un doblón con ella. Díjome: “—Si sois criado de Sancho de Avila, vea, pues habéis de ir a Lisboa, el cuidado en la respuesta de esta carta, que me importa.” Toméla, al fin, y beséla, y dándole la palabra, me despedí. ¡Buena cuenta diera yo de mi persona, si en viendo don Juan la fecha ve que ha más de mes y medio que se escribió. Tú no arriesgas la amistad, pues estuviste tan divertido en la guerra, que te basta por disculpa.

SANCHO. ¡Bien en tu causa aconsejas!)

D. JUAN. Ya vino el huésped.

SANCHO. ¿De misa?

TRIGUER. (¡Así ha entrado él en la iglesia como Barbarroja!)

SANCHO. ¡Presto, García!

GARCÍA. No te diviertas, y nos vamos con la carta.

(Vase.)

SANCHO. Los cuidados de la guerra prefieren a los demás; y así no es mucho que diera toda el alma a los peligros, negada a las diligencias que pide nuestra amistad. Esta carta, carta es vieja, truje, don Juan, para vos de la Corte.

D. JUAN. Por la letra conozco que es de mi suegro.

SANCHO. ¿Casado sois?

D. JUAN. Y pudiera envidiar mis buenas dichas quien más en Madrid se precia de dichoso y de contento; pues, sobre hermosa y discreta, es rica y es principal mi esposa.

SANCHO. ¡Un siglo lo sea, don Juan!

D. JUAN. Don Luis de Mendoza es mi suegro.

SANCHO. No pudiera, don Juan, recibir más gusto con las más alegres nuevas, porque es mi mayor amigo el señor don Luis; apenas me salió en Flandes el bozo, cuando él, dando ejemplos, era maese de campo de un tercio de españoles.

D. JUAN. Con la renta de su mayorazgo pasa vida sosegada y quieta; hablando de vos me dice muchas veces que se precia de vuestro deudo.

SANCHO. Es verdad.

(Sale GARCÍA.)

GARCÍA. Señor, las postas esperan.

SANCHO. ¡Adiós, don Juan!

D. JUAN. ¡Sancho, adiós!

SANCHO. ¡Si acompañaros pudiera!

SANCHO. No es muy grande la ventaja que os lleva agora mi prisa;



pues habéis de ver mañana  
a vuestra dichosa prenda.

D. JUAN. ¡Guárdeos el Cielo!

SANCHO. ¡El os guarde!

(*Vanse SANCHO y GARCÍA.*)

TRIGUER. Y más si acaso postea  
de noche.

D. JUAN. Veamos la carta.

TRIGUER. ¿Qué puede ser, siendo vieja?

(*Lee DON JUAN.*)

“El que os diere ésta, siendo vuestro mayor  
amigo, solicita (perdonad el lenguaje) a mi  
hija y vuestra esposa; mis años tienen atra-  
sado el valor, y así ya no puedo guardaros  
más que con avisos. Caballero sois y con obli-  
gaciones de mirar por vuestro honor; que,  
aunque vuestra esposa mira por él, el vulgo  
juzga diferente. ¡Dios os guarde!”

D. JUAN. ¡Válgame el Cielo! ¿Trigueros?

TRIGUER. ¿Qué quieres?

D. JUAN. Quiero que veas  
si va lejos Sancho de Avila.  
¡Oh, mal caballero!

TRIGUER. Apenas  
subió en un caballo arrenque,  
cuando dejó campo y venta  
en poder de otro horizonte.

D. JUAN. ¡Los Cielos conmigo sean!  
¡Sin prodigios ni señales  
tan grandes desdichas llegan  
a mi alma, porque ahora  
darme de improviso puedan  
la muerte sin prevenilla!  
¡Ah, amigo traidor, que dejas  
a un villano mal nacido,  
pues las leyes atropellas  
de la amistad! Miente el mundo  
sí, lisonjero, celebra  
tus hazañas, y tú mientes  
si de soldado te precias;  
que soldados españoles  
con adquirida nobleza  
¡vive Dios! que son leales.

TRIGUER. ¿Qué tienes, señor?

D. JUAN. ¡Ah, fuerza  
de dolor! Dame la vida  
hasta que en Madrid me vea.  
Trigueros, prevén el coche  
y partamos. ¡Que no hubiera  
más postas! Pero bien puedo

en las alas de mi afrenta  
ir siguiendo a mi enemigo.

TRIGUER. ¡Vive Dios, que es cosa recia!

¡Que nos vamos sin comer!—

Huésped, pónganos la mesa;  
que ya vamos.

D. JUAN. ¡Oh, villano;

alma que veneno prueba  
sin morir! Bástete ahora  
el mismo que la sustenta.  
Prevén luego la partida.

TRIGUER. Hase quebrado una rueda  
del coche, y está una mula  
con pujo, y sobre una estera  
está el cochero tendido,  
hecho una canasta vieja.

D. JUAN. ¡Vive Dios, si me replicas,  
que te mate!

TRIGUER. Como sea  
después de comer, aceto  
cuantas puñaladas vengan.  
¡Que esté mirando la lucha  
de los nabos y las berzas  
en el campo de la olla,  
y que salga de la venta  
lacayo camaleón  
cerca de las once y media!  
Los que salís en ayunas,  
aunque con estrellas sea,  
mirad que, a la fin, se engaña  
quien fía en cosas ajenas.

(*Vase.*)

D. JUAN. Del abrasado Faetón  
cuentan las fábulas griegas  
que, despeñado en el coche  
de su padre, iba en las selvas  
y bosques vertiendo llamas,  
dejando en polvo deshechas  
las coronas de los montes,  
sin que le quedase aldea  
ni pueblo que no abrasara;  
fué loca ambición soberbia  
la que le prestó los rayos  
para abrasar lo que encuentra.  
Más alta empresa es la mía,  
porque toca en las ofensas  
de mi honor, templo sagrado  
a quien los hombres respetan.  
Faetón despeñado soy,  
porque el coche que me espera,  
con el volcán de mi pecho,

irá abrasando la tierra.  
Vuelan tus ligeras postas,  
mal caballero, que llevas  
a tus espaldas los rayos  
que tiene el coche en las ruedas.  
Porque han de ser con mi aliento  
para alcanzarte cometas;  
y cuando yo me despeñe,  
desatado de su esfera,  
volarán por alcanzarte,  
traidor, en las mismas puertas  
de mi fermentida esposa,  
para que los hombres vean  
que, instrumento inanimado,  
con lastimosa vergüenza,  
venga el honor de un marido  
perdido por una ausencia.

*(Vase. y salen DON LUIS y DOÑA LEONOR, su hija.)*

LEONOR. Si no estuviera enterada  
de la virtud de mi madre,  
dudara que eras mi padre  
con lengua tan arrojada.  
En ofensa de mi honor,  
que al sol puede competir,  
te has atrevido a decir  
que yo puedo dar favor.  
¡Ah, Cielos! Siendo casada,  
¿a ningún hombre no sabes  
que tiene seguras llaves  
mi opinión acreditada?  
¿Tú sospechas contra mí,  
que mi recato conoces,  
cuando lo publica a voces  
la sangre que vive en ti?  
¿Qué más pudiera dudar  
el vulgo infame en mi afrenta,  
que velando se sustenta  
de ofender con sospechar?  
Tu aborrecimiento está,  
padre cruel, manifiesto;  
que no es padre quien se ha puesto  
de parte del vulgo ya.  
Pues es fuerza que si en ti  
hay dudas en mi opinión,  
tenga en tu imaginación  
un testigo contra mí.  
Ese don Diego, o quien es,  
que nuestra calle pasea,  
¿has de creer que yo sea  
el blanco de su interés?  
¿No hay ventanas, no hay balcones

de otras damas más hermosas,  
aunque, siendo virtuosas,  
darán pocas ocasiones?  
¿Cuándo me has visto a las rejas  
en ausencia de don Juan,  
si acaso hay necio galán  
que da suspiros y quejas?  
Entre las voces sonoras  
de templados instrumentos  
¿salgo a escuchar los acentos,  
turbando al sueño las horas?  
Pues adviertes mi sosiego,  
¿en qué me puedes culpar?  
¿Puedo yo acaso excusar  
las locuras de don Diego?  
Y ¿no echas también de ver  
que mi prima es moza y bella  
y que podrá pretendella  
para que sea su mujer?  
Supuesto que es venturosa,  
mira, señor, por mi honor;  
que en tu lengua este rigor  
es una acción peligrosa.  
Y de mi esposo en ausencia  
no es bien que a tu honor le cuadre,  
porque sospecha en un padre  
es en el vulgo evidencia.  
D. LUIS. Aunque saben las mujeres  
fingir con atrevimientos  
engañosos, la verdad,  
hija de un sencillo pecho,  
busca razones valientes  
y pone eficaces medios  
para descubrir su luz.  
Basta, Leonor; yo te creo;  
que por la ponderación  
que tus palabras hicieron  
conozco ya tu virtud.  
Tu prima, si con desvelos  
de su poca edad, pretende  
turbar, Leonor, mi sosiego,  
aunque sus intentos sean  
fundados en casamientos,  
que no pueden ser honrados  
como les falte mi acuerdo,  
dejará tu compañía,  
y seglar en un convento  
será bien que tome estado  
por la mano de sus deudos.

*(Sale INÉS.)*

INÉS. Para hablarte, un caballero,

- que lo muestra en la persona,  
pide licencia.
- D. LUIS. El respeto  
abona su calidad.  
¿Dijo el nombre?
- INÉS. Sí, me acuerdo  
bien; Sancho de Avila dijo.
- D. LUIS. Encubrir apenas puedo  
la alegría.—Dile que éntre.—  
Este es, hija, nuestro deudo,  
repetido tantas veces  
su nombre en casa; sus hechos  
dan materia a las historias  
para vencer a los tiempos.
- LEONOR. El sea muy bien venido  
por quien es y el parentesco  
que nos tiene.
- (Sale SANCHO DE AVILA.)
- SANCHO. En vuestros brazos  
confirmar, señor, pretendo  
las obligaciones mías.
- D. LUIS. Prisiones serán los vuestros  
para dejarme obligado.  
Ya, señor Sancho, estoy viejo;  
cuidados y años han sido,  
que aunque les debo a los Cielos  
el favor de haberme dado  
esta hija...
- SANCHO. Hermoso empleo  
del valor que vive en vos.
- D. LUIS. Tratémonos como deudos,  
por vuestra vida.—Leonor,  
dejando los cumplimientos,  
habla al señor Sancho de Avila.
- LEONOR. Yo, señor, lo que os ofrezco  
es voluntad de serviros,  
estimando y conociendo  
vuestro valor.
- SANCHO. Por soldado,  
que aunque muchos hay discretos,  
no sabré con el estilo  
tan cortesano ofreceros  
lo que puedo y lo que valgo;  
pero ocasiones y el tiempo  
me sacarán de esta deuda.
- D. LUIS. (Yo le obligaré bien presto  
a que el escándalo estorbe  
que da en mi casa don Diego.)—  
Habla a tu deudo también,  
doña María.
- D.<sup>a</sup> MARÍA. El silencio

- no excusa la obligación  
que de serviros tenemos.
- SANCHO. El Cielo, señora, os guarde.
- D. LUIS. Es mi sobrina; el suceso  
lastimoso de su padre  
será en desdichas ejemplo.
- SANCHO. ¿Quién fué?
- D. LUIS. Don Juan de Mendoza,  
que, dando piedad al Cielo,  
entre soberbios escollos,  
azotado de los vientos,  
perdió veintidos galeras  
en la Herradura. (1)
- SANCHO. Al tiempo  
pidió su fama inmortal.
- D. LUIS. Llegad sillas.
- SANCHO. También vengo  
a daros nuevas que viene  
el señor don Juan.
- D. LUIS. ¿Mi yerno?
- SANCHO. Sí, señor; yo llegué ayer  
por la posta a dar un pliego  
al Consejo, y le dejé  
de aquí dos' jornadas bueno  
y deseando llegar  
adonde tiene su centro.  
Hoy ha de entrar en Madrid,  
y ya tarda.
- D. LUIS. (Pues don Diego  
se quedó, a quien di la carta,  
pensando que algún recelo  
o alguna curiosidad  
le obligara a abrir el pliego  
y ver lo que contenía,  
y sabiendo que yo entiendo  
sus livianas pretensiones  
las dejará, y no lo ha hecho,  
y se ha quedado en Madrid,  
y ha venido tan a tiempo  
Sancho de Avila, él será  
quien ponga cuerdo remedio  
a su amor escandaloso.)  
Señor Sancho, por mi deudo,  
por soldado valeroso,  
por bizarro caballero,  
ya que llegáis a ocasión  
que está con priesa pidiendo  
mi honor que lo remediéis,  
pues también es honor vuestro,  
os suplico...
- SANCHO. ¿No decís
- (1) El texto dice, por errata, "Cerradura".



que sobran los cumplimientos en nosotros? Pues mandadme como a niño.

D. LUIS. De un don Diego Osorio, mozo galán, aunque noble caballero, está ofendida mi casa; pone en ella sus deseos, que a esto ha llegado no más; mas con tanto atrevimiento, con escándalo tan grande, que, aunque fuera, como pienso, pretensión de mi sobrina, le da ocasiones al pueblo, a costa de mi opinión, que repare en sus desvelos. Toda la noche pasea esta calle, interrumpiendo con espadas la quietud, con músicas el silencio. Poned freno a sus locuras; pues sabéis que ya, por viejo, tengo cansados los bríos, que ¡si fuera en otro tiempo!...

SANCHO. Y en éste ha de ser también; que basta el respeto vuestro para enfrenar desatinos de cortesanos mozueros. Juro a Dios, señor don Luis, que si una noche lo encuentro, que ha de tomar por partido dalle al prado los paseos.

D. LUIS. Haréis como causa vuestra.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. ¡Válgame Dios! Yo tropiezo en la afrenta que imagino.)

LEONOR. ¡Señor!

D. LUIS. ¡Hijo!

D. JUAN. ¡Airados Cielos,

pues mi afrenta permitís, no me turbéis el ingenio para tratar la venganza!)

D. LUIS. Ya vuestros brazos espero.

SANCHO. No habéis caminado mal.

D. JUAN. Vine por otro elemento más ligero que la tierra.

LEONOR. (Alguna desdicha temo; que viene don Juan turbado.) Señor, que venís sospecho con poco gusto. Decidme; ¿qué tenéis?

D. JUAN. No vengo bueno; cansancio fué del camino.

D. LUIS. (Yo presumo que le dieron la carta.) ¿Habéis recibido una carta mía?

D. JUAN. (No quiero decir que la recibí por que no piense que veo mi ofensor tan a los ojos y que de vengarme deo porque no siento el agravio o porque su espada temo.) De nadie he tenido cartas; antes, en mi ausencia quiero que no se acuerden de mí ni mis amigos ni deudos.

SANCHO. Si es que por mí lo decís, de no atravesar prometo el umbral de aquesta puerta.

D. JUAN. Y yo os pagaré en lo mismo, pues que gustáis de extrañaros.

SANCHO. Me extraño porque no entiendo el modo con que me habláis.

D. JUAN. Este es el modo que tengo.

D. LUIS. ¡Hijo, el señor Sancho de Avila, a quien le debe respeto nuestra casa...

SANCHO. Otras tan buenas se hanpreciado de tenerlo, porque sé dar honra yo en cualquiera parte que entro.

(Vase.)

D. LUIS. Sancho de Avila, oíd, ¡por Dios!

D. JUAN. (Ya os he averiguado, celos, y he de matarle, sin duda, si le defiende el Infierno.)

LEONOR. Señor, pues ¿no me diréis de vuestro desabrimiento la causa?

D. JUAN. Cuando os la diga será tan junto el remedio, que vos conozcáis el daño cuando ya esté satisfecho.

ACTO SEGUNDO

(Salen DON DIEGO y LISARDO.)

LISARDO.

¿Es posible, don Diego, que pueda más que la razón el fuego

que lascivo os abrasa?  
 Vuestra esfera mortal es esta casa.  
 Dejad esta locura;  
 no venga a ser la calle sepultura.  
 Con tan ciegos sentidos,  
 con pasos tan sin orden repetidos,  
 en los silencios de la noche fría  
 turbáis el sueño y despertáis el día,  
 y aun muchas veces amanece tarde  
 porque no os avergüence ni acobarde  
 la luz del sol, que en cárceles obscuras  
 ejecutar os ve tantas locuras.  
 Vuestro mayor amigo  
 es don Juan de Velasco. ¿Qué enemigo  
 agravios tantos a su honor hiciera,  
 ni quién tan obstinado pretendiera  
 favores imposibles de su esposa,  
 mujer tan principal y virtuosa  
 que las músicas mismas y paseos  
 condenan a morir vuestros deseos?  
 Tened piedad, ¡por Dios!, tened clemencia  
 de una simple inocencia,  
 de un recato advertido,  
 espejos del honor de su marido.  
 No queráis, si el amor os desvanece,  
 quitalle el bien que la virtud merece;  
 que no hay con qué pagar, ni aun con la vida,  
 honra por un escándalo perdida.

DON DIEGO.

Lisardo, yo os confieso  
 que me tiene el amor perdido el seso;  
 mas no hay razón que enfrene mi albedrío,  
 porque es de otro linaje el amor mío.  
 Yo he conocido amantes desvelados,  
 presos y enamorados  
 en la cárcel hermosa  
 que les pintó el amor de nieve y rosa,  
 y con doctos pinceles  
 manifestar el alma en sus papeles,  
 y a miserable ausencia reducidos,  
 llorando ausencias y temiendo olvidos;  
 mas divierten el alma  
 en tan estrecha calma,  
 y algún doblado ruego  
 les sirve de paréntesis al fuego;  
 descubren en balcones  
 serafines en forma de ocasiones;  
 miran y se detienen,  
 y si no se enamoran se entretienen.  
 Mas yo, mas yo, Lisardo,  
 con tan grande impiedad me abraso y ardo

en el fuego que toco,  
 discursos son de un loco,  
 que a no haber de morir el del abismo  
 por eterno pensara que era el mismo,  
 que en esfera más breve  
 en mi abrasado corazón se mueve;  
 y es tan inmenso, que si fe no hubiera  
 por el que yo padezco lo creyera.

LISARDO.

Sin esperanza, ¿quién lo imaginara?

DON DIEGO.

Pues si hubiera esperanza, se turbara;  
 que ese es el dolor fiero  
 que al paso que se aumenta persevero.  
 Conozco obligaciones y amistades  
 que le debo a don Juan, y estas verdades  
 son de tal calidad, que si las niego  
 disponen la materia de mi fuego;  
 conozco la virtud, mido el recato  
 de aquel prodigio ingrato,  
 y cuando quiero publicar mi pena  
 su honestidad me enfrena,  
 porque en su frente mira el alma escrito  
 el castigo mortal de mi apetito.  
 Y en esta oposición de fuego y nieve  
 es Tántalo mi amor, que, si se atreve,  
 le pagan los deseos en agravios  
 a alzar la mano y al mover los labios.  
 Este es mi estado, y ésta mi porfia,  
 y ésta la reja fría,  
 helada imitación de sus desdenes.  
 ¡Oh causa de mis males y mis bienes!  
 ¡Oh contento mortal de ciega idea!  
 Si condenas mi amor, porque desea,  
 y pintas a Leonor tan virtuosa,  
 ¿por qué te extremas en pintalla hermosa?

LISARDO.

Aunque tan ciego estáis y tan perdido,  
 razón hubiera sido,  
 si en vos la puede haber estando ciego,  
 que ya que vuestro fuego  
 no mira por la honra acreditada  
 de una mujer casada,  
 que vuestro honor mirárades siquiera,  
 cuando fué Portugal marcial esfera  
 de tantos castellanos caballeros,  
 que partieron ligeros  
 más que el viento ni el sol a señalarse  
 adonde pueda su valor mostrarse.  
 Y vos, con galas y volantes plumas,

como del mar las cándidas espumas,  
os despedisteis de los más amigos,  
haciéndolos testigos  
de la partida vuestra, y prevenida.  
como os quedasteis a dejar perdida  
vuestra opinión con liviandad tan clara,  
está obligado el vulgo, que repara,  
enemigo tan fiero,  
en la menor acción de un caballero,  
a saber que os quedáis enamorado,  
y la carta que os dieron al criado  
le dais de Sancho de Avila, escondido,  
para gozar ausencias de un marido  
que de vos se confía.  
¡Vive Dios!. que es bajeza, villanía  
indigna de don Diego.

DON DIEGO.

Todo lo que decís cabe en mi fuego;  
ni yo os pido consejo  
ni que me acompañéis.

LISARDO.

Si aquí no os dejo,  
donde tenéis el riesgo conocido,  
aunque me habéis cansado y ofendido,  
será porque no quiero  
que os maten, aunque os riño.

(Al balcón INÉS y DOÑA MARÍA.)

DOÑA MARÍA.

En vano espero  
ganar la voluntad de un hombre ingrato;  
sin remedio dilato  
las penas de mi amor.

INÉS.

Si ser pudiera

que a mi señora viera,  
como una vez la hablara.  
su amor desengañara,  
que en su desprecio honrado  
quedara tan corrido y afrentado.  
que, a mejores discursos reducido,  
pudieras ver tu amor agradecido.

DON DIEGO.

Si el alma no se engaña,  
hay gente en el balcón. ¡Pasión extraña!  
¡Desatinado fuego!

DOÑA MARÍA.

Como venga don Diego

esta noche a la calle,  
le he de dar un papel para avisalle  
que a media noche vuelva.

INÉS.

¿Con qué intento?

DOÑA MARÍA.

El mismo pensamiento  
que tú me descubriste ha sido el mío.

INÉS.

Pues será desvarío  
pensar que mi señora,  
que hasta la sombra adora  
de su esposo, querrá hablar a don Diego.

DOÑA MARÍA.

Mucho podrá mi ruego,  
supuesto que pretendo en tantos daños  
que le dé por favores desengaños;  
y cuando acaso quiera  
excusar, pues es fácil este medio,  
diré que ya el hablalle es sin remedio,  
pues está dentro en casa.

INÉS.

¿Y si viene don Juan?

DOÑA MARÍA.

Por todo pasa  
mi atrevimiento honrado.

DON DIEGO.

Quiero llegar a hablar, que mi cuidado  
tiene siempre igualdad con mi porfía.

LISARDO.

Será doña María.

DON DIEGO.

Aunque también las veces que la veo  
desengaña, celosa, mi deseo,  
he de perseverar.

LISARDO.

Muy mal hiciera  
en ser vuestra tercera  
si, como vos pensáis, os favorece.

DON DIEGO.

Al paso que me estima desmerece,  
porque es mi amor tan loco  
que todo sin Leonor lo estimo en poco.

LISARDO.

Llegad, que yo os aguardo.



INÉS.

Con los pasos que siento me acobardo.  
Pienso que es mi señora.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿está levantada?

INÉS.

Hasta la aurora;  
como don Juan se tarda,  
desvelada, le aguarda.

DOÑA MARÍA.

Pues no quiero testigo  
que me pueda estorbar.

INÉS.

Tus pasos sigo.

DON DIEGO.

El balcón eclipsado  
las luces me ha negado;  
todo huye a mis ojos  
con tan mortal desvío,  
que en la misma esperanza desconfío.

LEONOR.

En mis pasos turbados  
conocen mis cuidados  
dos peligros a un tiempo el de mi esposo,  
que anda después que vino sospechoso;  
sale de noche y vuelve cuando el día  
atropella la luz del alba fría.  
¿Qué fuera, ¡airados Cielos!,  
si sus desvelos le causaran celos,  
y en la calle encontrara  
a quien los confirmara,  
y poniendo a peligro su persona,  
informara mi honor, que el mundo abona?  
¡Oh tirano, oh enemigo, oh cruel don Diego!  
¿En qué pudo ofenderte mi sosiego,  
que así lo tiranizas y lo ofendes?  
Si abonarte pretendes  
de firme y de constante,  
eres necio ignorante,  
porque tener en la traición firmeza  
será constancia, mas será baja.

DON DIEGO.

El sol restituído  
otra vez ha nacido;  
siendo el balcón su oriente,  
no permitáis que vuestra luz se ausente,  
bellísima señora;  
mirad que un alma que por fe os adora

a tanto extremo de desdichas pasa,  
que con el hielo que mostráis se abrasa.

LEONOR.

Confirmase mi duda temerosa;  
cierto es el daño, y no osaré, medrosa,  
ni aun a decirle que se vaya luego,  
porque a un amante ciego  
la voz que escucha, si desdén espera,  
le sirve de ocasión y persevera.  
Quitarle quiero la ocasión; no venga  
quien mi muerte prevenga,  
con apariencias falsas engañado.  
¡Oh peligroso estado!  
Mas no por eso la que vive honrada  
viva desconfiada;  
que en el riesgo mayor del que la ofende  
sólo ha de ser su honor quien la defiende  
con rayos de oro de la parda nube  
que amenazando sube  
a turballe su luz. ¡Nieblas oscuras,  
no turbéis de mi honor las luces puras!

(Vase, y sale TRIGUEROS.)

TRIGUER. Enemigos hay, pues vengo  
por jinete de la costa.

D. DIEGO. Sin duda que estoy hablando  
con ilusiones y sombras,  
pues no me responde nadie.

LISARDO. Don Diego, mirad que importa  
que os retiréis, que parece  
un bulto en la calle.

D. DIEGO. Agora  
estaba yo, ¡vive el Cielo!,  
que mi intento se malogra,  
para hacer un desatino.

LISARDO. ¿Los que habéis hecho no sobran?

TRIGUER. No sé qué tiene mi amo,  
¡vive Dios!, que anda con moscas.  
Ni come, ni duerme en cama,  
con suspiros y congojas  
me tiene aturdida el alma.  
Tres noches ha que se embosca  
en los zaguanes abiertos  
hasta que el alba corona  
las veletas de las torres.  
Hecho trasgo de su honra,  
está acechando su casa.  
¡Fiera ausencia de Lisboa!

LISARDO. Don Diego, de espacio está.

D. DIEGO. Como nadie se lo estorba,  
nos dará mil pesadumbres.

TRIGUER. ¡Malhaya los que se abonan  
de valientes! Dije un día  
que a un Corregidor de Lorca  
le quité catorce presos,  
y eso le obliga a que agora  
me envíe a reconocer  
los que en su calle trasnochan.  
¡Quién pensara que tan presto  
hubiera ocasión forzosa  
en que se echara de ver  
que es mentira lo de Lorca!  
¡Cogido me han entre puertas!  
¡Dios, por quien es, me socorra;  
que he visto cuarenta bultos!

(Sale INÉS a la ventana.)

INÉS. Pues se ha entrado mi señora  
en su cuarto, he de esperar  
si a su estación amorosa  
viene esta noche don Diego.

TRIGUER. ¡Qué bien dormirán agora  
los vecinos de Marruecos!  
¡Mucho estos bultos me asombran!  
¡Aquí me han de hacer pedazos!  
¡Muerte será lastimosa  
entre cristianos y amigos,  
y todos de una parroquia!

D. DIEGO. ¿Quién es?

TRIGUER. (¡El Cielo permita  
que sin turbarme responda!)  
Soy un alguacil.

D. DIEGO. Pues bien:  
¿qué quiere? ¿Viene de ronda?

TRIGUER. De Antequera vengo; adiós,  
pues no es gente sospechosa.

(Vase, y sale SANCHO.)

SANCHO. No por el desabrimiento  
de don Juan es bien que ponga  
mi obligación en olvido,  
sin que a quien soy corresponda.  
Y guárdese el tal don Diego,  
porque si le cojo a solas  
en la calle, juro a Dios  
que he de hacer que se recoja  
por muchas noches.

LISARDO. Mirad,  
que a la ventana se asoman.

D. DIEGO. ¿Sois vos, divino imposible?

SANCHO. (¡El viene a pedir de boca!)

INÉS. Inés soy, señor don Diego.

SANCHO. (¡Bien con el nombre conforma:  
la historia está verdadera!)

D. DIEGO. ¿Aquella invencible roca  
de mis desprecios compuesta  
no se ablanda, Inés?

INÉS. Agora  
os dará doña María  
un papel.

D. DIEGO. El alma toda  
te pienso dar en albricias.

SANCHO. (También yo os pienso dar otras,  
y que os serán más posibles.)

D. DIEGO. ¡Quién pudiera verla agora;  
que la menor dilación  
en la esperanza amorosa  
puede competir con siglos!

INÉS. Pues en verdad que os importa;  
las palabras son muy breves;  
que, aunque en peligro se ponga,  
habéis de hablar a su prima  
dentro en casa.

SANCHO. (¡Ah, peligrosa  
pensión del que nace honrado!)

D. DIEGO. Inés, contaré las horas  
por minutos.

SANCHO. (¿Y aquí espero,  
sin que este necio conozca  
el delito que comete?)

TRIGUER. (¡Aquí hemos de ver a Troya  
con todas sus zarandajas;  
porque como una leona  
parida viene mi amo!  
¿Qué haré para que se esconda  
ese amante majadero?  
¡Traza es ésta milagrosa!)

(Vase.).

DENTRO. ¡La justicia, la justicia!

SANCHO. Más será misericordia  
si el don Diego se me escapa.

LISARDO. Cuando no por vos, por honra  
de la casa que ofendéis  
es, don Diego, justa cosa  
que os retiréis.

D. DIEGO. Pues volvamos,  
Lisardo, a esperar la hora  
donde Fortuna me ofrece  
una esperanza dichosa.

SANCHO. (El papel le hará volver.)

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¿Vino don Diego?

INÉS. Señora,  
ya ha rato que está esperando.  
D.<sup>a</sup> MARÍA. Don Diego, acercaos un poco.

SANCHO. Como simple mariposa  
llego a la luz en que muero.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. Ya son evidencias todas  
las sospechas de mi casa.

SANCHO. (Coger el papel me importa;  
que él me dirá la verdad.)

D. JUAN. Caballero, vi que ahora  
os echaron de esas rejas  
un papel.

SANCHO. Y ¿qué os importa,  
supuesto que sea verdad?

D. JUAN. Lo que me importa es la gloria  
de lograr un pensamiento.

SANCHO. También por acá se logran,  
porque hay quien llegue primero  
a merecer lo que goza.  
(Quiero irritalle, por ver (Aparte.)  
sí, colérico, se enoja,  
que es lo que yo he menester.)

D. JUAN. En esta casa no hay otra  
pretensión más que la mía,  
y a quien en sus rejas ponga  
los ojos, lo he de matar  
aunque las nubes le escondan.

SANCHO. Eso sí, ¡cuerpo de Dios!  
Emparejemos las bolas,  
que es lo que yo he menester;  
de la calle y las personas  
que viven dentro soy dueño,  
y si presunciones locas  
os desvanecen el alma,  
ved que en esta casa hay honra  
que no se deja ofender  
de locuras licenciosas  
como las vuestras; que yo  
soy vigilante custodia  
de esta casa, y ¡voto a Dios  
que si, con luces o sombras  
de la noche, os vuelvo a ver,  
yo os aseguro que os ponga  
tanto freno en las palabras,  
que escarmentéis en las obras!

D. JUAN. Quien ocasiones dilata,  
cuando las tiene tan propias,  
excusar quiere el peligro.

(Riñen.)

SANCHO. (¡Gallardamente le arroja!)

D. JUAN. (¡Qué desgraciado que soy!  
Gente viene, y si me estorban  
esta noche la venganza,

me ha de matar la congoja;  
pues, ánimo, honor perdido,  
que así los nobles lo cobran.)

SANCHO. (¡Voto a Dios que aprieta mucho,  
y si me descuido ahora,  
que me ha de dar el mozuelo  
en que entender!)

D. JUAN. Caballero,  
los que nacen nobles honran  
las pretensiones que tienen.  
Afrenta será notoria  
de esta dama si quien pasa  
ve la contienda celosa.  
Entre los dos, si os parece,  
mudemos el puesto y hora,  
para que no haya testigos  
más que las espadas solas.

SANCHO. Paréceme bien, y siento  
que en vos justamente abona  
el valor la calidad.  
¿Adónde?

D. JUAN. Detrás de Atocha.

SANCHO. ¿Armas?

D. JUAN. Espada y rodela,  
y, si os parece, una cota.

SANCHO. Estarémonos un año  
en reñir; espadas sobran.

D. JUAN. Id con Dios.

SANCHO. El Cielo os guarde.

D. JUAN. ¡Quién puso en mujeres honra!  
(Vanse, y sale TRIGUEROS.)

TRIGUER. ¡Si está cerrada mi puerta!  
Juráralo yo; no hay sombra  
que no me dé en qué entender  
que haya quien riña a estas horas.  
¡No sirviera yo a un letrado,  
que, con su capa y su gorra,  
se recoge a la oración!

(INÉS a la ventana.)

INÉS. Con el alma cuidadosa  
salgo a ver si mi señor  
ha reñido.

TRIGUER. Ya se asoman.  
¡Pluguiera a Dios fuera el alba!  
Pero será alguna moza  
de casa.

INÉS. ¿Es Trigueros?

TRIGUER. Sí.

(Descartar el miedo importa;  
que me tienen por Carranza,  
y es Inesilla.)



INÉS. Congojas  
de tu peligro me tienen  
sin juicio.

TRIGUER. ¡Calla, boba!

INÉS. Dime: ¿eras tú el que reñas?

TRIGUER. Pues ¿quién podía ser?

INÉS. ¡No hay gota  
de sangre en todo mi cuerpo!

TRIGUER. (Ni en el mío.)

INÉS. ¡Qué costosa  
es mi afición! Di, Trigueros:  
¿quién nuestra calle alborota?

TRIGUER. No eran más de veintiséis  
de a pie.

INÉS. Aún para dicho asombra.

TRIGUER. Pues si no me dispararan  
un petardo ¿hubiera postas  
que me huyeran más ligeras?

INÉS. Estando despiertas todas,  
¿cómo no oímos los tiros?

TRIGUER. Era la pólvora sorda,  
que la inventó cierto hereje  
para confusión de Europa  
en las islas...

INÉS. ¿Las de Holanda?

TRIGUER. Que no, sino las de Europa.  
Mas todo importara poco  
si no trujeran de escolta  
una tropa de caballos  
con celada [de] Borgoña.

INÉS. ¿Qué dices? ¿Pues en la corte...?

TRIGUER. ¿Sabes lo que pasa agora  
y te espantas de que vengan  
caballos de armas en tropa?  
Acometiéronme juntos;  
mas quiso Nuestra Señora  
que, disparando el petardo,  
como eran las balas todas  
de cadena, que se abriesen,  
y que las dos medias bolas,  
clavándose en dos esquinas,  
para mi suerte dichosa,  
atajase la cadena  
toda la calle.

INÉS. Son cosas  
las que cuentas...

TRIGUER. Peregrinas,  
que van caminando a Roma.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Es Trigueros?

TRIGUER. Sí, señor.

D. JUAN. Entremos en casa.

(Vase DON JUAN.)

TRIGUER. (Y te oigan  
los Santos.)—¡Hola, Inesilla;  
de un golpe que di, me ahoga  
el dolor; prevén seis huevos,  
aceite y vino.

INÉS. ¿Y estopa?

TRIGUER. Ni por lumbre.

INÉS. ¿Quién te ha dicho  
ese remedio?

TRIGUER. La boca;  
que he de cenarme los huevos  
y chuparme el vino a sopas.

(Vanse, y sale DOÑA MARÍA con una bujía encendida, DON LUIS y DOÑA LEONOR.)

D. LUIS. Leonor, a tanto desvelo  
tu salud puede faltar;  
no le des tanto lugar  
a la pena.

LEONOR. ¿Qué consuelo  
podrá mi vida tener  
cuando la calle se abrasa  
y no está mi esposo en casa?  
Yo he de esperar y temer  
hasta que le vean mis ojos.

D. LUIS. Vete a acostar, ¡por tu vida!;  
que de tu miedo ofendida  
recibe sin causa enojos.  
¿Qué importa que la pendencia  
en nuestra calle haya sido,  
ni que falte tu marido?  
¿Por fuerza ha de ser su ausencia  
la delincuente? Don Juan  
es cuerdo, y amigos tiene  
con quien el tiempo entretiene  
sin ofensa, y estarán  
agora en conversación  
honesta y segura.

LEONOR. En vano  
podrá el temor inhumano  
dejar libre el corazón.  
¿Qué importa que te asegure  
que yo descansar podré,  
si con fuertes ansias sé  
que aunque eternos siglos dure  
la noche, han de ser enojos  
las ausencias de mi dueño,  
por más que procure el sueño  
breve descanso a mis ojos?

No es temor el que sosiega  
ausente la causa de él,  
ni es amor seguro y fiel  
si a sobresaltos se niega.  
Tú te puedes recoger,  
pues sin que el temor te asombre,  
discurres, al fin, como hombre;  
yo temo como mujer.

D. LUIS. ¿Qué intentas?

LEONOR. Que no se ría  
el alba al mostrar su frente  
de ver que, mi esposo ausente,  
me coge durmiendo el día.

D. LUIS. En tu salud es injusto  
rigor, aunque sea virtud.

LEONOR. ¿Qué más falta de salud  
que estar el alma sin gusto?

D. LUIS. Al fin, ¿que por mí no quieres  
recogerte y descansar?

LEONOR. Otra cosa que llevar  
miedos y ausencias no esperes.

D. LUIS. Déte el Cielo la alegría  
que mi casa ha menester.

LEONOR. Bien puede el Cielo vencer,  
padre, la desdicha mía;  
mas si la jurisdicción  
deja al humano poder,  
bien tarde se podrá ver  
alegre mi corazón.

[Vase D. LUIS y sale D.<sup>a</sup> MARÍA.]

D.<sup>a</sup> MARÍA. Como el alma lo desea  
hallé ocasión y lugar.  
Prima, no te has de enfadar,  
aunque tu escrúpulo vea  
ofensas en tu decoro.

LEONOR. ¿Qué dices, que no te entiendo?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Con honesto amor pretendo  
y con fe sencilla adoro.

LEONOR. ¡Válgame Dios!

D.<sup>a</sup> MARÍA. En don Diego  
Osorio he puesto mi amor.

LEONOR. ¡Oh, amigo alevé! ¡Oh, traidor!

D.<sup>a</sup> MARÍA. Y él, desesperado y ciego,  
tan locamente te adora,  
que, con pretensiones necias,  
al paso que le desprecias  
suspira; se abrasa y llora.  
Pero como tus desprecios  
son ausentes de sus (1) ojos,

aumentan fuegos y enojos;  
condición de amantes necios.  
Mi amor, al fin, por extraño,  
ha hallado fácil remedio (1)  
en tu propio desengaño.

Dile tú misma a don Diego...

LEONOR. Doña María, ¿estás loca?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Si oye de tu misma boca  
desengaños de su fuego,  
por fuerza habrá de olvidar  
su desatinado amor.

LEONOR. ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Doña Leonor,  
desengaña con hablar.

Si yo fuera vil tercera  
de sus lascivos amores  
ejecutaras rigores,  
honrada como severa,  
y pudieras castigar  
tan errado atrevimiento;  
pero sólo, prima, intento...

LEONOR. Necia, ¿qué habías de intentar?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Que hable a quien su amor condena  
para que se desengañe.

LEONOR. (¡Teneos, honor; no os engañe  
esta fingida sirena!)

¿Que esto en mis agravios pasa?  
¡No hay de quién poder fiar!

D.<sup>a</sup> MARÍA. Pues por fuerza le has de hablar,  
porque está don Diego en casa.

LEONOR. ¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?  
Daré voces.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Si las das,  
tu misma afrenta verás.

LEONOR. Desatinada mujer,  
¿qué has hecho?

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. (¡Válgame Dios!  
¿Turbada Leonor? ¿Qué es esto?)

D.<sup>a</sup> MARÍA. De tu desengaño honesto  
somos testigos los dos.  
¿Qué puedes perder por darme  
un desengaño cruel?

El viene por un papel  
que le di para obligalle  
a que esta noche te hablara.

D. JUAN. (Y yo vi que se lo dió.  
¡Cielos! ¿A quién le costó  
una obligación tan cara?)

(1) En el texto, "son ausentando tus".

(1) Falta un verso, después de éste, o antes  
para la redondilla.

Quiero buscar al traidor,  
pues llegó la última suerte;  
mas si no le doy la muerte  
queda infamado mi honor.  
Y, al fin, es mayor cordura,  
sin que en mi casa se entienda,  
que mi venganza pretenda  
en ocasión más segura.  
Verá en Atocha mañana  
ese soldado traidor  
que los rayos de mi honor  
matan con luz soberana.)

D.<sup>a</sup> MARÍA. No tienes que discurrir,  
supuesto que te ha de hablar.

LEONOR. Al Cielo me he de quejar  
de que me deja vivir.  
¿Yo le he de ver? ¿Cómo puedo,  
si el pecho sin alma está?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Pues la luz te quitará,  
si no la vergüenza, el miedo.  
(*Llévase la luz Doña María.*)

LEONOR. ¡Espera, mujer traidora;  
no quieras vender mi honor!

D. JUAN. (Discurso, vuestro favor  
espera mi agravio ahora.  
Bien los pudiera matar,  
pues es la luz su enemiga;  
mas lo que escuché me obliga  
ni a defender ni a culpar.  
Que es buena doña Leonor  
puede en su voz advertir;  
pero si llegó a fingir  
aquí lo sabrá mi honor.

(*Entrese por la puerta donde estaba y salga por  
donde estaba Doña María, fingiéndose el galán.*)

LEONOR. Tan turbada tengo el alma,  
que aún no conoce los labios  
para entregalles la voz  
generoso desengaño.

D. JUAN. (Aquí, con la voz fingida  
y con las sombras que traigo,  
he de conocer su pecho.)  
Bella Leonor, en mis pasos  
podrás conocer mi fuego;  
mira que desdenes tantos,  
tantas iras, tanto enojo,  
dan al sol indicios claros  
de que la Naturaleza  
te dió un corazón de mármol.  
Templa el rigor invencible;  
que Amor, que ha flechado el arco

contra mi abrasado pecho,  
está, corrido, aguardando  
que con alma agradecida,  
que con recíprocos lazos,  
pagues una fe tan firme;  
que mientras lucieren rayos  
del sol, que me niega el verte,  
será tu templo bizarro  
adonde adore tus ojos.  
Y de esta verdad que trato  
tú misma fueras testigo,  
con piadoso desengaño,  
si aquí me vieras el rostro,  
porque lo vieras turbado  
de la color de mis penas  
y del fuego en que me abraso.  
LEONOR. (A ocasiones tan terribles,  
donde prometen desmayos  
las femeniles flaquezas,  
es el valor heredado  
el que anima en el peligro.  
Conquistado honor, guardaos,  
pues veis que os defiende yo.)

(*Sale Doña María.*)

D.<sup>a</sup> MARÍA. (Ya ha mucho que están hablando.  
Pero lo que más me admira  
es que está un hombre embozado  
en el corredor. Sin duda,  
como el peligro es tan claro,  
ha traído alguna ayuda.)

LEONOR. Hombre, ¿qué furias guiaron  
tus temerarios deseos  
y tus atrevidos pasos?  
El más despeñado amor,  
más loco y desatinado,  
por ocasiones te guía.  
Pero si al tuyo faltaron,  
en mis labios, en mis ojos,  
en mi clausura y recato,  
¿quién te informa de que vivo  
para turbar mi sosiego?  
Si sabes que no soy mía,  
y que tengo un dueño honrado  
por su sangre y por sus prendas,  
y que a los menores rasgos  
que de tu intento conozca  
te ha de hacer más pedazos  
que tú engendraste deseos.  
¿cómo, con traidor engaño,  
quieres perderte y perderme?  
Tus discursos fueron falsos,



si piensas que tengo vida,  
 si imaginas que me valgo  
 de las humanas acciones  
 aun para formar un paso  
 sin licencia de mi esposo;  
 que tengo tan limitado,  
 tan sujeto el albedrío,  
 que mis sentidos pensaron  
 que no hay alma que los rijan.  
 Y es ya con extremo tanto,  
 que lo que fábulas cuentan  
 de que las almas pasaron  
 a otros cuerpos en muriendo  
 pudieran acreditarlo  
 en mí, porque el alma mía  
 está con hermosos lazos  
 presa al alma de mi esposo  
 con un amor soberano.

Cuerpo fantástico soy;  
 que este aliento y estos pasos  
 licencias son de don Juan,  
 porque sin ellas no salgo  
 los términos insensibles  
 o de una peña o de un árbol.  
 Pues ¿qué pretendes tan ciego,  
 qué codicias tan villano,  
 qué buscas tan atrevido,  
 qué quieres tan temerario,  
 donde mi honesta clausura  
 te da desengaños tantos?  
 Y si del último esperas  
 los acentos de mis labios,  
 verás la cándida nieve  
 que de leños abrasados  
 sirve al pájaro fenicio;  
 verás arenoso campo,  
 todo el imperio del mar,  
 y en carámbanos helados  
 estar descansando el fuego,  
 primero que en mi recato  
 pueda tu bárbaro amor  
 ganar con mi afrenta un paso.

D. JUAN. ¡Oh, blasón de la lealtad!

¡Oh prodigioso milagro  
 de la fe con que me estimas!

LEONOR. ¿Qué aguardas, hombre? ¿Si acaso  
 quieres que mi esposo venga?

D.ª MARÍA. (Pues está desengañado,  
 quiero excusar el peligro.)  
 Tu esposo viene.

LEONOR. ¡Llegaron  
 a su extremo mis desdichas!

D. JUAN. Leonor, en tus desengaños  
 quiero obligarte conirme,  
 por ver si una vez alcanzo  
 algún favor de tus ojos.

LEONOR. Antes los verá eclipsados  
 la muerte.

D. JUAN. Mira, Leonor,  
 que entre tus luces me abraso.

LEONOR. Y yo tu sombra aborrezco.

D. JUAN. Yo te adoro.

LEONOR. Yo me agravio.

D. JUAN. Yo te estimo.

LEONOR. Yo me ofendo.

D. JUAN. Yo te busco.

LEONOR. Yo me guardo.

### ACTO TERCERO

(Salen DON JUAN y TRIGUEROS.)

TRIGUER. Señor, ¿tan de madrugada  
 sales al campo?

D. JUAN. ¡Ah, cobarde!

TRIGUER. Pues dime, así Dios te guarde:  
 ¿eres doncella opilada,  
 que anda tomando el acero?

D. JUAN. Trigueros, ¿quieres callar?

TRIGUER. Pues de aquí no he de pasar  
 si no me dices primero,  
 sin ser sábado, a qué vienes  
 a Atocha.

D. JUAN. Si lo has de ver  
 luego, ¿qué quieres saber?

TRIGUER. ¡Notable firmeza tienes!  
 No pareces español.  
 Este es el último paso  
 que he de dar, porque me abraso  
 sin darme por julio el sol.  
 Muérome porque me digas  
 a qué me traes con broquel;  
 porque es cautela cruel,  
 y con engaño me obligas  
 que guarde algún monumento;  
 nadie ha estado en Palestina  
 de mi linaje.

D. JUAN. Camina  
 para que sepas mi intento:  
 yo salgo desafiado.

TRIGUER. Más juro a Dios.

D. JUAN. Sí, Trigueros

TRIGUER. Pues no es muy de caballeros  
 el venir acompañado.

Que en tan noble religión,  
si hay desafío sangriento  
dejan siempre en el convento  
al hermano motilón.

Si vengo por coronista  
para escribir tu pendencia,  
es traerme impertinencia,  
porque yo la doy por vista.

D. JUAN. ¡Ah, qué cobarde te veo!  
Tú vienes a traer no más  
el broquel.

TRIGUER. No vi jamás  
pendencia con cirineo.  
Si yo hubiera de reñir,  
yo me trujera el broquel;  
pero es negocio cruel  
que te venga yo a servir  
de guarda-arnés. ¿Tan bien pagas?  
Pero, por consuelo mío,  
¿con quién es, el desafío?  
Con Sancho de Avila.

D. JUAN. ¿Eso te causa desvelos?  
TRIGUER. Yo he de ser en la quistión  
judío en adoración,  
que he de tenderme en el suelo.  
No he de tentar la fortuna,  
que este hombre, flux de espadas,  
trae cuchilladas sobradas,  
y me ha de tocar alguna.  
Deja, aunque tengas más bríos,  
que vuelva con devoción  
por mis reliquias, que son  
buenas para desafíos.

D. JUAN. Tanta precaución me avisa  
que hay miedo.  
TRIGUER. Ya me provoco.  
D. JUAN. ¿Qué reliquias son?  
TRIGUER. Un poco  
de lienzo de la camisa  
del mal ladrón y el cairel  
de la gorra de Pilatos;  
pues yo me vi algunos ratos  
en ocasión tan cruel,  
que ellas solas me valieron,  
día de Pascua de Flores,  
reñir con seis tundidores,  
y a dos por tres me rompieron  
los cascós.

D. JUAN. ¿Serán muy buenas!

TRIGUER. A nadie las di jamás

que no muriese. Ya estás  
detrás de Atocha. ¿Qué ordenas?  
D. JUAN. Que le llegues a decir  
a mi contrario...

TRIGUER. ¿Qué es de él?

D. JUAN. Ya viene.

TRIGUER. No tengo en él  
para empezar a reñir.

D. JUAN. Dirásle que allí le aguardo.

(Vase.)

TRIGUER. En casa fuera mejor.  
El Sancho muestra valor.  
¿Qué airoso viene y gallardo!  
¿Lástima es no aconsejalle  
que se vuelva, que podría  
llegar una punta mía  
y, como dicen, matalle!  
(Salen SANCIO y GARCÍA.)

GARCÍA. ¿Con tanto valor reñía  
el don Diego?

SANCIO. Sí, ¡por Dios!

GARCÍA. Pues muy bien tenéis los dos  
que hacer hasta mediodía.

SANCIO. Cuerpo a cuerpo no me ha dado  
tanto un hombre en que entender.

GARCÍA. Tiene opinión que perder  
el hombre que nace honrado,  
y la guarda hasta morir.

SANCIO. ¿No es criado de don Juan  
aqué!

TRIGUER. (Mirándome están.)

GARCÍA. Pues ¿a qué puede venir?

TRIGUER. ¿También vusté ha madrugado  
al desafío?

SANCIO. ¿Venís  
sin juicio! ¿Qué decís?

TRIGUER. Cara de desafiado  
tiene; ya no hay que encubrillo.  
También lo sabrá don Juan.  
Secuechas, señor, me dan  
que pudiese anoche oílo,  
pues dicen que sucedió  
en su calle.

SANCIO. Y que sintiera  
que don Juan lo presumiera.

TRIGUER. Muy gran campanada dió  
este negocio en la corte,  
y viene el mundo abreviado.

SANCIO. ¿En todo soy desgraciado!

GARCÍA. No hay cosa que más te importe  
que dar la vuelta, señor.

TRIGUER. Dice bien este mancebo.  
 SANCHO. No cumplo con lo que debo  
 a mi sangre y mi valor.  
 TRIGUER. ¿Y el alma, hombres entendidos  
 y prudentes? ¿No verán  
 que los desafíos están  
 pór el Concilio prohibidos?  
 Verdades son las que hablo,  
 y a un hombre de su presencia  
 será cargo de conciencia  
 que se lo lleve el diablo.  
 Mas allí está mi señor,  
 y con él se lo ha de haber.  
 GARCÍA. Ya lo debe de saber.  
 pues viene a darte favor.  
 (Sale DON JUAN.)  
 SANCHO. Don Juan, pues ¿quién os ha dicho  
 que yo a estas horas estaba  
 en el campo?  
 D. JUAN. ¡Bien, por Dios!  
 Estos criados se vayan,  
 porque hemos de quedar solos.  
 SANCHO. No he menester vuestra espada,  
 don Juan, aunque estimo mucho  
 vuestra prevención hidalga.  
 D. JUAN. Si sabéis a lo que vengo,  
 ¿para qué gastáis palabras?  
 ¡Vive Dios, que hemos de ver  
 quién sabe en esta campaña  
 defenderse, pues ofende  
 reputaciones honradas!  
 SANCHO. Yo basto para el que espero;  
 que viene solo y con armas  
 iguales, como las mías.  
 Don Juan, yo os rindo las gracias.  
 TRIGUER. (Hablando están en latín.)  
 D. JUAN. No arguyen vuestras palabras  
 el valor de vuestras obras.  
 Yo, señor Sancho de Avila,  
 soy el que vos conocéis,  
 y soy quien conoce España,  
 y quien sombras de un disgusto  
 las castiga a cuchilladas.  
 SANCHO. Si esas razones, don Juan,  
 tan poco cuerdas, las causa  
 el enfado que conmigo  
 tuvisteis en vuestra casa,  
 porque me hallasteis en ella  
 viniendo de la jornada,  
 ya os dije que soy quien puede  
 visitar y honrar, y basta

que cuando me despedí  
 os diese yo la palabra  
 de no atravesar jamás  
 vuestra puerta, sin que os valgan  
 temeridades tan necias  
 para buscarme en campaña  
 tan orgulloso y soberbio.  
 Y agradecedme que aguarda  
 mi honrada reputación  
 a un hombre de cuya espada  
 pudiera honrarse Castilla;  
 que anoche, por cierta causa,  
 riñó en vuestra misma calle  
 conmigo, que yo os dejara,  
 ¡voto a Dios!, tan satisfecho,  
 que os parecieran las tapias  
 de esa huerta que miráis  
 muy pequeñas y muy bajas.  
 D. JUAN. ¿Son enigmas las que escucho?  
 SANCHO. ¡Por Dios, que viene templada  
 la gaita! Salgo por él  
 a darme de cuchilladas  
 con un hombre del Infierno,  
 y viene a cansarme el alma.  
 D. JUAN. ¿Y conocisteis quién era  
 con quien reñisteis?  
 SANCHO. Ya estaba  
 informado de su nombre.  
 D. JUAN. ¿No era junto a una ventana.  
 por un papel que os echaron?  
 SANCHO. (Aún peor está que estaba.)  
 ¿Visteislo vos?  
 D. JUAN. Yo lo vi,  
 y era de mi propia casa,  
 Sancho de Avila.  
 SANCHO. ¡Los diablos  
 me han metido en esto! Estaba  
 hablando a vuestro balcón  
 (pues son cosas declaradas  
 por vos mismo) un caballero;  
 dicen que solicitaba  
 la prima de vuestra esposa.  
 Y yo, que tomo las causas  
 de mis amigos por mías,  
 pasando, vi que le echaban  
 cierto papel a don Diego  
 Osorio (que así se llama);  
 llegué fingiendo su nombre  
 por sólo que me informara  
 de la verdad del papel.  
 Y apenas cayó en la capa,  
 cuando don Diego, celoso,



metiendo mano a la espada,  
riñe conmigo, y muy bien.  
Pero viendo que pasaba  
gente, me dijo, cortés:  
"Quédese para mañana,  
si gustáis." Aceto luego  
el desafío, y no tarda;  
que aún no ha pasado la hora.

D. JUAN. Y aún vino más de mañana  
que vos el que os desafia,  
y en este campo os aguarda;  
con quien reñisteis anoche  
soy yo, y mi honor se restaura  
matándoos aquí conmigo.

SANCHO. ¿En los bosques de Tesalia  
hubo más transformaciones?  
Don Juan, mirad que os engañan  
sospechas tan peligrosas,  
que nuestra amistad agravian.  
La vez primera que puse  
en vuestra casa las plantas  
fué aquella que vos me visteis;  
antes, cuando vine a España  
de los países de Flandes,  
vino a ser mi priesa tanta,  
que estuve apenas dos días  
en Madrid, y a la jornada  
de Portugal me partí  
por la posta. Vuestra casa  
ni la vi ni conocí,  
y de suerte que ignoraba  
que érades casado vos.

D. JUAN. No lo dice así esta carta  
de mi suegro, que en la venta  
me disteis.

TRIGUER. (¡Cayó en la trampa!)

SANCHO. Mostrad.

D. JUAN. Bien podéis leella,  
pues yo llegué a averigualla.

(SANCHO leyendo:)

"El que os dará esta carta, siendo vuestro  
mayor amigo, solicita (perdonad el lenguaje)  
a mi hija y vuestra esposa..."

Miente la carta, y el suegro,  
y están las letras borrachas,  
y este villano ignorante  
ha sido la primer causa  
de tan ciego desatino.

GARCÍA. (¡Demonio ha sido la carta!)

TRIGUER. Dadme vuestra comisión;

le daré una cuchillada,  
a Dios y a ventura.

GARCÍA. A mí  
me llamaron de una casa  
y aquella carta me dieron  
para ti; mas como estabas  
en la guerra, y mi señor,  
peleando en la campaña  
contra el enemigo, apenas  
tuve lugar de miralla.  
Ofrecióse la ocasión  
de la venta, y por logrilla  
y excusar por mi descuido  
que conmigo te enfadaras,  
le supliqué a mi señor  
que te la diese. Esto pasa.

SANCHO. Y es verdad. ¡Viven los Cielos!  
Y me tengan en España,  
don Juan, por mal caballero  
cuando, informándoos en casa,  
dijere el señor don Luis  
que jamás me ha dado carta  
para vos.

D. JUAN. El desengaño  
hoy por castigo me basta.  
Dadme los brazos; que bien  
conozco la confianza  
que debo a vuestra amistad;  
que ésta, Sancho, finé la causa  
de desgraciarme con vos.  
Mas pues quieren mis desgracias  
que se me atreva al honor  
ese don Diego, que tantas  
amistades me ha debido...

SANCHO. Don Juan de Velasco, basta;  
que os ofendéis sin razón.  
Vuestra esposa es una santa.

D. JUAN. Ya yo estoy bien satisfecho,  
porque ha conocido el alma  
*la defensa en la verdad*;  
mas como es tan propia causa  
la de mi honor como vuestra,  
y nos toca averigualla,  
quiero apurar mis sospechas  
con vos mismo; que son tantas  
mis confusas diligencias,  
que ignora por dónde salga  
de este ciego laberinto.  
Mi suegro dice en la carta  
que a mi esposa solicitan.  
¿Qué más conocida infamia?

SANCHO. Engañóse, ¡vive Dios!

(Mucho rastrea y alcanza el ingenio y el discurso. No sé qué medios me valgan para deslumbrar su agravio.)

D. JUAN. ¿Y decir a mis ventanas doña María: "Don Diego, don Juan no está agora en casa; volved y podréis hablar a doña Leonor", no basta para acreditar mi afrenta?

SANCHO. ¡Mucho aprieta! No se engaña en lo que dice. ¡Oh, sospechas! ¿Quién pudiera aquí templarlas para asegurar su pecho?)  
¿Posible es que en las palabras no conocéis los intentos?  
Pues yo, que las escuchaba, lo alcancé luego. Don Diego, con diligencias fundadas en casamiento, pretende a doña María, y le paga ella con el mismo amor y con igual esperanza. Mas como don Diego es pobre y ella tiene hacienda tanta, pensando, y pensaba bien, que era forzoso negarla, si os la llegase a pedir, quiso, como más humanas las mujeres, que este ruego vuestra esposa lo alcanzara de vos y de vuestro suegro. Y así, desde la ventana dijo que volviese a hora que no estabais vos en casa para hablar a vuestra esposa.

D. JUAN. En causas propias se engañan muchas veces los sentidos. Agradezco con el alma la pretensión de don Diego; que el ser Osorio le basta para que pueda, aunque pobre, honrarse con él mi casa.

Vos, pues sabéis su intención, de mi parte aseguralda tomando la mano luego, para que quede mañana con olvido el casamiento:

SANCHO. ¡Mire a qué bodas lo llaman!  
¡Ese intento tiene el otro!

D. JUAN. ¿Qué decís?

SANCHO. Vamos a casa; que este es negocio muy llano.

D. JUAN. ¿Quién, si no vos, me sacara del abismo de mis celos?

Al Cielo le doy mil gracias.

TRIGUER. ¡Plega a Dios que se las demos, aunque corramos borrascas!

D. JUAN. Sancho de Avila es mi amigo; mas aunque conozca clara mi ofensa, la ha de encubrir, porque no es acción cristiana decir su afrenta al marido para que tome venganza. El disimula conmigo, porque escribir en la carta mi suegro que solicitan a Leonor, y en la ventana darle aviso en un papel para que volviese a hablarla don Diego, sospechas son que ya de evidencias pasan. ¡Cuidado, celos; que os mienten! ¡Cuidado, honor; que os engañan! Y advertid que sólo al dueño toca el mirar por su casa.

(Vanse, y salen LISARDO y DON DIEGO.)

DON DIEGO.

¡Que fuese anoche yo tan desdichado, que, con mis esperanzas animado, mi abrasado deseo, burlase Amor mi empleo! Pues cuando fe temía de la enemiga mía viene don Juan. ¡Ah, Cielos! ¡De su mismo marido tener celos!

LISARDO.

En nuestra edad presente no hay historia que cuente, ni en los pasados siglos se ha hallado amor desatinado ni bruto pensamiento que al vuestro iguale.

DON DIEGO.

Si abrasarme siento y a tal extremo de desdichas vine, ¿es mucho que muriendo desatine?

LISARDO.

Si vuestro padre os trata un noble casamiento, que dilata la inobediencia vuestra

el gusto suyo, pues el Cielo os muestra  
el remedio mayor de vuestra pena.

DON DIEGO.

Si tengo el alma ajena  
de la razón, que niegan los sentidos,  
los pasos de mi padre son perdidos.  
Si casándome quiere  
divertir mi dolor, en vano espere  
que alegre su vejez mi casamiento.  
Mas para descuidarle en mi tormento,  
decilde que lo trate, y es muy justo  
obedecer su gusto.

LISARDO.

¿No veis en ese engaño  
dilatarse vuestro daño?

DON DIEGO.

¡Oh, Lisardo! Esperad. ¡Dichosa suerte!  
La hermosa causa de mi injusta muerte  
sale de casa con su hermosa prima.  
Su desprecio me anima.

LISARDO.

¿Qué es vuestra pretensión?

DON DIEGO.

Hablarla espero.

(Salen DOÑA MARÍA, LEONOR y INÉS, con mantos.)

LEONOR.

¿Esto encuentro al salir? Volverme quiero.

DON DIEGO.

Señora, si mi amor os causa enojos,  
culpád a vuestros ojos;  
que como a veros vuestra luz me guía,  
ciego mi amor porfía,  
ya que no mereceros,  
hasta perder la vida con perders.

LEONOR.

Pues ¿no basta, don Diego,  
para templar el fuego  
que decís que os abrasa,  
el desengaño que en mi propia casa  
y de mi misma boca  
escuchasteis anoche? ¿Que os provoca  
tanto un lascivo amor, que viendo el daño  
y oyendo el desengaño  
de una mujer, que respetarse debe,  
pasos y labios mueve  
para ofenderla más? ¡Viven los Cielos!  
si tan locos desvelos,  
si tan necia porfía,

tan en ofensa mía,  
no reprime el temor con justa enmienda,  
que a quien ahora entienda  
el escándalo vuestro y necio enfado  
le deje mi rigor tan admirado  
con la venganza que mi agravio advierte,  
que junte a vuestros pasos vuestra muerte.

DON DIEGO.

Señora, ¿qué decís? ¿Qué enigma es ésta?  
¿Anoche os hablé yo?

LEONOR.

Y en mi respuesta  
pudiérais temer mayor castigo.  
Yo os advierto y os digo,  
tanto mi enojo y mi razón provoco,  
que con intento loco,  
que si más atrevido,  
si más desvanecido,  
más ignorante y necio,  
oyendo este desprecio,  
noble blasón de obligaciones tantas,  
pisan más estas piedras vuestras plantas  
y esperan otra vez desengaños,  
que habéis de oírme para hacer mataros.

(Vase.)

DON DIEGO.

¡Soñando estoy, sin duda!

DOÑA MARÍA.

Quien de intento no muda  
con lo que anoche oyó, muy necio vive.

(Vase.)

INÉS.

Muy falto es de memoria quien no escribe  
los desprecios de anoche en la memoria.

LISARDO.

¿Queréis ver más notoria  
vuestra necia locura?

DON DIEGO.

¡Lo que aprieta y apura  
un hombre en fe de amigo!  
Que me dejéis os digo.  
¿Anoche? ¡Loco estoy!

LISARDO.

No hay quien lo espere.

(Salen SANCHO y TRIGUEROS.)

SANCHO.

¿Cuál es de aquellos dos?



TRIGUEROS.

Al que yo diere  
beso de paz.—¡Ah, mi señor don Diego!  
¿Por estos barrios?

LISARDO.

¿Hay amor tan ciego?

DON DIEGO.

¿Qué hay, buen Trigueros?

TRIGUEROS.

Ahora lo veredes.  
¡El Sancho viene para hacer mercedes!

SANCHO.

¿Vuesa merced cónceme?

DON DIEGO.

Sería

grande ignorancia mía  
si yo no conociera  
al blasón español, de quien espera  
la fama más vitorias  
que ocuparon historias  
con plumas, o pinceles, o buriles,  
de Pirro, de Aquiles.

SANCHO.

Dios se lo pague a vuesa merced. Yo vengo (1)  
por noticia que tengo  
de la afición que tiene a cierta dama,  
con opinión y fama  
de rica y virtuosa,  
doncella principal, y tan hermosa  
que pudiera con ella haberse honrado  
cualquier señor. En suma, yo he casado  
a vuestasted.

DON DIEGO.

¿A mí?

SANCHO.

Sí, ¡por su vida!

La hacienda y calidad es conocida,  
porque es doña María de Mendoza.

DON DIEGO.

¡Válgame el Cielo!

TRIGUEROS.

¡Es excelente moza!

No tiene que quejarse.

SANCHO.

Hoy ha de efectuarse,  
porque le está muy bien, pues yo lo digo,  
y mire que soy bueno para amigo.

DON DIEGO.

Primero lo he de ver, cuando eso sea.

SANCHO.

Pues mire que lo vea  
mientras vuelvo de misa,  
porque estoy en la corte muy de prisa.

DON DIEGO.

Eso es ponerme el lazo muy estrecho.

SANCHO.

¡Juro a Dios y a esta cruz que ha de estar  
antes de mediodía. [hecho  
Ya conoce quién es doña María;  
y yo vengo informado  
que v. m. por el balcón la ha hablado  
de noche algunas veces.

TRIGUEROS.

Pues más será el ruido que las nueces.

SANCHO.

Con esto a mí me obliga  
y excusará también que el vulgo diga...  
Pero, pues ya me entiende,  
no lo apuremos más.

TRIGUEROS.

(En lo de Ostende  
no apretó más el Sancho.) Seo don Diego,  
también yo se lo ruego;  
haga lo que le digo,  
y mire que soy bueno para amigo.

DON DIEGO.

(¡Este es lance apretado!)

SANCHO. (1)

Don Diego, ¿qué tenéis, que habéis mudado  
el color?

LISARDO.

(¡Lance ha sido  
para mostrar enfado!)

DON DIEGO.

Lo que os pido  
es que a mi padre le digáis, Lisardo,

(1) Sobra una sílaba, a no ser que leamos "vuestasted", como también se decía y repite luego. El texto escribe "v. m."

(1) Así en el texto; pero quizá deba leerse LISARDO, y las palabras siguientes, en vez de a LISARDO, corresponderán al mismo DON DIEGO.

que sólo obedecer su gusto aguardo,  
y que pues ha tratado el casamiento,  
que yo estoy muy contento  
de la elección que ha hecho.

LISARDO.

Voy volando  
con tan dichosa nueva.

DON DIEGO.

¡Estoy dudando  
si han pasado por mí tales sucesos!  
Pero quien tiene los sentidos presos  
en la divina cárcel de unos ojos,  
¿cómo puede vencer nuevos enojos?  
Amor, pues me venciste,  
pues instrumento fuiste  
de que yo me perdiera,  
prosigue, persevera,  
que, sujeto y rendido,  
me doy por bien perdido,  
como le des favor a mi cautela.  
Si el honor se desvela  
en despreciar mi amor, cánsase en vano,  
porque, necio y villano,  
le he de tener por mi adorado objeto.  
Mas por guardar respeto  
a su honesto recato  
con esta industria trato  
el casamiento con su prima; y luego,  
pudiendo verla, templaré mi fuego  
dilatando el casarme;  
y en llegando a obligarme,  
por no dejar vencerme,  
podré entonces valerme  
de la justa obediencia  
que le debo a mi padre. La sentencia  
pronunció Amor; que, aunque es para mi daño,  
no puede ser mayor que el desengaño.

(Salen LEONOR, DOÑA MARÍA y INÉS.)

LEONOR. ¿Qué dices, doña María?

D.<sup>a</sup> MARÍA. Digo que no estoy en mí;

y yo por el balcón di  
el papel, y que vendría  
a hablarte me respondió.  
En el corredor le vi,  
quité la luz, y volví  
después que a hablarte llegó.

Escuchó tus desengaños;  
vino don Juan, y él se fué.  
Esto es, prima, lo que sé.

LEONOR. Aquí hay mayores engaños;  
porque en decirme don Diego,

tan confuso y tan turbado,  
que no entró a hablarme, me han  
sospechas de mayor fuego. [dado  
Tened, ¡oh, Cielos!, piedad  
de mi inocencia ofendida,  
si bien ha puesto mi vida  
*la defensa en la verdad.*

(Sale DON DIEGO.)

Enemigo, ¿qué me quieres,  
cuando a mi esposo conoces?  
¿Haces, por ventura, estudio  
de tus pensamientos torpes,  
que en mi daño los platicas.  
para que sospechas borren  
el claro honor que sustento  
con inmortales blasones?  
¿Qué pretendes en mi casa  
con tan injusta desorden?  
Si es que gobierna tus pasos  
la muerte, para que lllore  
mi honor sin culpa ofendido,  
tan conocidas traiciones,  
tan bárbaro atrevimiento,  
indigno de ningún hombre,  
desesperarse ofendiendo.

D. DIEGO. Bella Leonor, no te asombres  
cuando vengo a asegurarte.

LEONOR. ¿Qué dices?

D. DIEGO. Que si me oyes,  
verás tu seguridad.

LEONOR. ¿Cómo, si el sagrado rompes  
de mi casa?

D. DIEGO. Pues en ella  
me has de honrar.

LEONOR. Cuando dispones  
mi agravio, ¿cómo?

D. DIEGO. Pidiendo  
que mi nuevo intento logren  
los favores de tu mano,  
a tu mismo ser conformes.

LEONOR. No te entiendo.

D. DIEGO. No me escuchas;  
que por eso a tus temores  
les dejas tan libre el campo,  
para que en verme se asombren.  
Yo vengo, hermosa Leonor,  
tan libre de las pasiones  
de mi amor desvanecido,  
que ya discurro como hombre.  
Y conociendo tu ofensa,  
entre las vulgares voces

del pueblo, que, atento siempre a las humanas acciones, por la inquietud de mis pasos, escandalosa desorden, juzgaba mal de tu honesto recato, que puede en bronce irse dilatando al siglo, quiero que su lengua borre la impresión de sus sospechas con nuevas informaciones. Y así, pagando esta deuda, que mi alma reconoce, quiero que tu hermosa prima me dé, si merezco el nombre de esposo, porque don Juan, como cuerdo, lo dispone, supuesto que lo ha tratado Sancho de Avila; que importe esto a tu reputación claramente lo conoces, si ya tu rigor no quiere que para tu bien lo ignores.

LEONOR. ¡No me pidieras primero las albricias tan conformes a la quietud de mi casa!

D.<sup>a</sup> MARÍA. ¡Qué bien los Cielos disponen mis dichas, sin merecerlas!

LEONOR. No sé con qué, alegre, compre, don Diego, un favor tan grande; en mis brazos reconoce la obligación mi deseo.

D. DIEGO. Pues mi intento no socorres, Amor, por el parentesco, vengo a merecer favores que tan ciego pretendía.

(*Llegan a abrazarse, y salen DON JUAN y SANCHO DE AVILA, y DON LUIS y TRIGUEROS.*)

D. JUAN. ¿Ni aun en mi casa se esconde mi agravio?

SANCHO. Don Juan, ¿qué es esto? Pues ¿así se descompone vuestra prudencia?

LEONOR. Dejalde, señor; que si no conoce las obligaciones mías, tan debidas a mi nombre, a mi valor y a mi sangre, yo haré que presto le informe el desengaño. Don Diego, tan sujeto y tan conforme a vuestro mismo deseo,

viene para que nos honre su valor, dando a mi prima mano de esposo.

D. DIEGO. Que ignore, con tan grande ofensa mía, don Juan, mis obligaciones siento mucho, cuando vengo a cumplillas. (¡Mal dispones, ciego Amor, estos intentos!)

D. JUAN. (¡Perdido soy! Engañóse mi mal fundada sospecha; y es ya forzoso que otorgue por su opinión con su gusto.)

D. DIEGO. Don Juan, bien veis que soy pobre; pero pues sabéis quién soy, tened por bien que me honre la hermosa doña María, a quien le debo favores, mas tan honestos, don Juan, que a su valor corresponden.

SANCHO. (¿No os lo dije yo?)

D. JUAN. Ya veo que los Cielos lo disponen para nuestro bien.) Don Diego, no podéis llamaros pobre, cuando sangre os acredita para más altos blasones.

D. DIEGO. El mayor es el que alcanzo.

SANCHO. Pues no hay, don Juan, quien estor-  
tan buena suerte, las manos [be  
se den luego; conocióme  
el intento el buen don Diego.

D. DIEGO. Con alma y gusto conformes me ofrezco por vuestro esclavo.

D.<sup>a</sup> MARÍA. Será para que se logre la ventura de ser vuestra.

SANCHO. El hace como hombre noble.

TRIGUER. ¡Por Dios, que es lindo el don Die-

D. LUIS. ¡Qué bien los Cielos disponen [go!  
que las sospechas se enfrenen!

INÉS. ¡Qué alegre día!

TRIGUER. Acogióse a sagrado el buen don Diego, donde, entre varios temores, entre dudas y sospechas, descubrió con resplandores de su luz el claro honor, por más que nubes lo estorben.  
*la defensa en la verdad.*  
Vuestas mercedes perdonen.

FIN



COMEDIA FAMOSA

# DEL MAL LO MENOS

DE LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

|                                                                                                              |                                                                                       |                                                                                     |                                           |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------|
| DON JUAN DE MENDOZA.<br>MONZÓN, lacayo.<br>EL REY DE NÁPOLES.<br>BEATRIZ, reina.<br>CASANDRA, prima del REY. | SILVIA, dama.<br>El CONDE FABRICIO.<br>EL MARQUÉS OCTAVIO.<br>FABIO.<br>Un JARDINERO. | El CONDESTABLE DE DI-<br>NAMARCA.<br>El REY DE DINAMARCA.<br>Dos PAJES.<br>[SERVIO. | JACOBO.<br>MANUEL.<br>CALIFA.<br>PILOTO.] |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------|

## ACTO PRIMERO

(Salen DON JUAN DE MENDOZA y MONZÓN, lacayo, de camino.)

D. JUAN. Hoy hablo al Rey.  
 MONZÓN. Bien harás,  
 que ya se acaba el dinero.

D. JUAN. Presto las letras espero.

MONZÓN. Tarde letrado serás.

D. JUAN. El día que yo salí  
 Monzón, de España, me dieron  
 esta palabra.

MONZÓN. Si hicieron,  
 y de ella testigo fui.  
 Mas ¿qué palabra se dió  
 en materia de dinero  
 que se cumpliese?

D. JUAN. Hoy le espero.

MONZÓN. ¿Hoy le esperas?

D. JUAN. Sí.

MONZÓN. Yo no.

D. JUAN. ¿Por qué?

MONZÓN. Porque no hay amigo,  
 en las desdichas, leal,  
 y porque no viene mal  
 sin ser de otro mal testigo;  
 pues es verdad que tendremos  
 orden de volver a España.

D. JUAN. En fortuna tan extraña  
 probé, Monzón, los extremos.  
 Ya, en efeto, me ausenté  
 y a Nápoles he llegado.  
 Don Tello quedó afrentado;  
 su necio mentís vengué.  
 Consejo fué el ausentarme  
 de quien no me quiere mal,

porque de peligro tal  
 era imposible guardarme.  
 El tiempo lo hará mejor,  
 que es el que lo cura todo.

MONZÓN. Si no lo pone de lodo,  
 que es lo más cierto, señor.

D. JUAN. ¿Era mejor que aguardara  
 a una prisión o que diera  
 lugar que lavar pudiera  
 Tello su ofendida cara  
 con mi sangre?

MONZÓN. No lo apruebo;

bien en Nápoles estás,  
 que antes el no volver más  
 a España en los ojos llevo.  
 ¿Qué terribles leyes son  
 las del mundo! Por un tris  
 ha de haber luego un mentís,  
 y al mentís un bofetón.

D. JUAN. El bofetón es afrenta  
 terrible, y determinada  
 a un mentís, bien ordenada  
 al decir que un hombre mienta;  
 porque es la infamia mayor,  
 y la mayor calidad  
 de un noble tratar verdad.

MONZÓN. Loco está el mundo, señor;  
 porque si el mentir afrenta,  
 ¿cómo tantos hombres mienten?

D. JUAN. Porque está en que los afrenten  
 que un hombre la afrenta sienta.

MONZÓN. De suerte que el daño obliga,  
 para que se satisfaga,  
 no que la infamia se haga,  
 sino en que el otro lo diga.  
 Miente el que trata la dama

del amigo y la mujer;  
 miente el que le viene a ver  
 y a sus espaldas le infama;  
 miente el que dice que sabe  
 una cosa que no entiende;  
 miente el que calla y ofende  
 lo que era razón que alabe;  
 miente el que humilde nació  
 y blasona de ser noble;  
 miente el que algún trato doble,  
 por interés, cometió;  
 miente el que promete dar  
 y no da lo que promete;  
 miente el que juega, si mete  
 ayudas para ganar;  
 miente el que sustenta coche  
 sin renta ni señoría,  
 y el hipócrita de día  
 que quita capas de noche;  
 miente el que el pleito sustenta  
 donde no tiene justicia;  
 miente el que por la milicia,  
 sin servicios, pide renta;  
 miente el que siendo una dueña  
 raja, derriba y deshace,  
 y miente aquel que no hace  
 lo que a los otros enseña;  
 miente una dama que engaña  
 al que le da su dinero;  
 miente el papel lisonjero  
 con que a tantos enmaraña;  
 miente la que es roja y blanca  
 a puro afeite y color,  
 y miente fingiendo honor  
 cuando de su gusto es franca;  
 miente si, tratando a dos,  
 uno los hijos sustenta,  
 y la que en años cincuenta  
 jura que son treinta y dos,  
 y yo miento, como ves,  
 a costa de tu caudal,  
 pues de lo que cuesta un real  
 te pongo en tu cuenta tres.

D. JUAN. No pensé que hoy acabarás;  
 que en materia de mentir  
 mucho se puede decir.

MONZÓN. Píntanle al mundo dos caras;  
 y si está tan recibido  
 el mentir como decís,

D. JUAN. ¿por qué es afrenta el mentís?  
 Porque anda el mundo fingido  
 y sólo el decirlo obliga

al que lo quiere encubrir,  
 que todos quieren mentir  
 y que nadie se lo diga.

MONZÓN. El Rey.

D. JUAN. Allí te desvía,  
 que es esta buena ocasión.

MONZÓN. ¿Y las cartas?

D. JUAN. Estas son.

MONZÓN. No te turbes.

D. JUAN. No querría.

(*Salen el REY DE NÁPOLES, la Reina BEATRIZ, CASANDRA, prima del REY, y SILVIA, dama; el MARQUÉS OCTAVIO y el CONDE FABRICIO.*)

REY.

Por vos quiero dejar esta jornada.

REINA.

Obligame en extremo vuestra alteza.

MONZÓN.

(Llega, ¿de qué te turbas?

DON JUAN.

Bien pareces  
 hombre ignorante; que los reyes turban  
 con la gran majestad que representan.

MONZÓN.

Imagínale un hombre.

DON JUAN.

Fuera un bárbaro,  
 que se ha de imaginar que representa  
 una imagen de Dios, y con respeto  
 poner los ojos en sus pies. Yo llego.)  
 Dame a besar, señor, tus reales manos.

REY.

¿Quién eres, español?

DON JUAN.

Un caballero,  
 no de los inferiores de Castilla,  
 que con deseo de servirte vengo  
 desde su corte.

REY.

¿Pasas adelante?

DON JUAN.

No, gran señor; que vengo, como digo,  
 sólo a servirte, y creo que estas cartas  
 dirán la causa y el intento mío.

(*Lea el REY.*)

“Don Juan de Mendoza, mi sobrino, ha hecho elección de servir a vuestra alteza entre los muchos Príncipes que se le ofrecían, en Italia, Alemania y Francia, en tanto que se componen sus pleitos en España. Suplico a vuestra alteza le ampare y favorezca su deseo; que, fuera de los méritos de su persona, doy en la suya la mía a vuestra alteza.—*El Almirante de Castilla.*”

DON JUAN.

A vuestra alteza escribe la Duquesa.

REINA.

Leeré de espacio lo que aquí me escribe.  
¿Quedaba con salud?

DON JUAN.

Para servirlos,  
recién parida de un hermoso niño.

REINA.

Dios se le guarde. ¿Dónde queda ahora?

DON JUAN.

Queda en Valladolid; mas de partida  
para Medina de Ruiseco.

REY.

Tengo  
obligación de hacer por vos...

DON JUAN.

Merece  
la Duquesa el favor de vuestra alteza.

REY.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Señor?

REY.

¿Qué pleitos son aquéstos?

¿Importará que yo a mi primo escriba?

DON JUAN.

Señor, no por agora, que es muy presto,  
porque es cierto disgusto que tuvimos  
un caballero y yo.

REY.

¿Quedó afrentado?

DON JUAN.

Era descolorido y algo libre,  
y púsele colores en la cara.

CASANDRA.

(No es necio el español.

SILVIA.

Ni de mal talle.)

REY.

No tengas pena, que en mi casa tienes  
patria, señor y amigo.

DON JUAN.

Dios te guarde.

REINA.

En ella quedas ya, y en nuestro anparo.

DON JUAN.

¿Qué puedo yo temer, favorecido  
de vuestras manos?

CASANDRA.

(¡Qué españoles bríos!)

(*Entrense los REYES y los demás, y DON JUAN detenga  
cortésmente a CASANDRA.*)

D. JUAN. Suplico a vuestra excelencia  
que me escuche.

CASANDRA. ¿Decís a mí?

D. JUAN. Sí, señora.

CASANDRA. Hablad.

D. JUAN. Aquí  
me turba vuestra presencia;  
que os confieso no haber visto  
mayor belleza.

CASANDRA. Ya sé  
vuestras lisonjas.

D. JUAN. ¿Podré,  
si a tanta luz me resisto,  
daros algunos recados  
de deudos que allá tenéis?  
Mas en sus cartas veréis  
mis deseos y cuidados;  
digo, los que allá tenían  
de vuestra salud.

CASANDRA. Creed  
que os haré toda merced.

D. JUAN. Lo mismo de vos confían.  
Y lea vuestra excelencia  
la de la Duquesa sola.

CASANDRA. ¿La libertad española  
se turba de mi presencia?  
Pues no parece encogido  
el español. He pensado



que es gala hacerse turbado  
y que es respeto fingido.)  
(*Abra la carta y lea entre sí.*)

D. JUAN. ¡Con qué gracia rompe el pliego!  
Y no la tiene menor  
en abrir puerta al Amor.  
¡Con qué nieve enciende fuego!  
Por cierto que allá en España  
fué la fama desigual;  
de que es prenda celestial,  
con la vista desengaña.  
Si prima del Rey no fuera  
y tan alto casamiento,  
pienso que a mi atrevimiento  
licencia de amarla diera.  
¡Oh, cuánto el alma se goza  
de aqueste dulce cuidado!

CASANDRA. Yo he leído.

D. JUAN. Habéisme honrado.

CASANDRA. ¿Sois vos don Juan de Mendoza,  
el que llaman en Castilla  
el alanceador?

D. JUAN. Yo soy  
el que de veros lo estoy.

CASANDRA. ¿Que vos sois la maravilla  
de las damas españolas?

D. JUAN. No crea vuestra excelencia  
más de lo que ve en presencia,  
y en ella dos cosas solas:  
que son un alto deseo,  
y un conocimiento igual.

CASANDRA. No es, Mendoza, desigual  
a la opinión lo que veo.  
Id con Dios, que yo hablaré  
a la Reina, mi señora,  
por vos.

D. JUAN. Y yo, desde agora,  
hechura vuestra seré.  
Guárdeos mil años el Cielo.

(*Al entrarse, con grandes reverencias, se venga enderezando el LACAYO hacia CASANDRA.*)

MONZÓN. Conozca en esta ocasión  
vuestra excelencia a Monzón.  
Quedo, de que es él recelo. (1)

CASANDRA. ¿Quién sois?

MONZÓN. Un quien de aquel quien  
por quien anda en quien yo ensillo.

CASANDRA. Ya os conozco.

MONZÓN.

Y monacillo

de sus responsos también.  
Soy un terrestre animal  
que voy abriendo camino  
al hombre más peregrino  
que vió el curso celestial.  
Soy de su taberna el ramo,  
la tabla de su mesón,  
de su tablero peón  
y el lucero de mi amo;  
porque como él va delante  
siempre que amanece el sol,  
yo, de este sol español,  
soy precursor caminante.

CASANDRA. Ya os conozco, y me agradáis  
por hombre de buen humor.  
Mas quién es vuestro señor  
os ruego que me digáis.

MONZÓN. Este es hijo natural,  
si verdad, señora, os digo,  
del famoso don Rodrigo  
Enríquez, y al padre igual  
en cuantas gracias le dió  
el Cielo; el padre es hermano  
del Almirante.

CASANDRA. La mano  
Naturaleza templó  
en la celeste armonía  
formando a vuestro señor;  
tal es su fama y valor,  
su virtud y valentía,  
y que sea natural  
no pienso que es gran defeto.  
MONZÓN. Guardara, a serlo, secreto,  
como criado leal;  
mas no es cosa que desdora  
la calidad de don Juan,  
porque por madre le dan  
una principal señora.  
Fuera de que allá en Castilla,  
ya lo sabéis, esto basta.

CASANDRA. Mucho su virtud contrasta.

MONZÓN. Es espanto, es maravilla  
de los moros granadinos,  
es el jardín de las damas,  
es árbol de cuyas ramas  
se esperan frutos divinos.  
El día que mi señor  
salía con lanza al coso,  
el toro más animoso  
era un ciervo, de temor.  
No quedaba quien no alzase

(1) Probablemente será "que ignore quien es recelo".

la voz y le bendijese,  
mujer que no le quisiese,  
hombre que no le envidiase.  
Es tan franco y liberal,  
que da a todos, de manera  
que, por dar, que nunca diera,  
andamos en tanto mal.

CASANDRA. ¿Tanto ha dado?

MONZÓN. A un caballero  
dió un bofetón tan bien dado,  
que a Nápoles ha llegado  
con este pobre escudero;  
donde, si no es que provean  
los Reyes sus desatíos,  
nos iremos peregrinos  
donde gentes no nos vean.

CASANDRA. ¿Fué sobre amores, acaso?

MONZÓN. En su vida tuvo amor.  
Sólo he visto a mi señor,  
y esto que digo de paso,  
hablar bien en un retrato  
de una Casandra, que es prima  
de este Rey. Sólo éste estima,  
y es porque le halló barato  
en una rica almoneda,  
y dejámonosle allá  
por ser grande.

CASANDRA. Pues ya está  
donde ver el vivo pueda.  
Yo soy la prima del Rey,  
yo soy Casandra, yo estoy  
donde me veis.

MONZÓN. Y yo soy  
un mulo, una bestia, un buey.  
Perdonad mi descortés  
término, que soy un loco.

CASANDRA. Ni tengo a don Juan en poco,  
ni a quien su criado es.  
Venidme a ver, que no soy  
mala para amiga.

(Vase CASANDRA.)

MONZÓN. Beso  
vuestros pies.—¿Hay tal suceso?  
¡Oh, Cielo! Gracias te doy  
por el talle y proceder,  
pues que no me ve mujer  
que no diga: "Tuya soy."  
Estimarme desde aquí  
por galán es justa ley,  
pues una prima de un Rey  
se muere de amor por mí.

(Vase, y entra el CONDE FABRICIO y el MARQUÉS OCTAVIO.)

OCTAVIO.

¿Que su ayuda de cámara le ha hecho?

FABRICIO.

Así lo dicen, porque se ha informado,  
y, de sus calidades satisfecho,  
lo más conforme al español le ha dado.  
Es pobre caballero, y sin derecho  
a la hacienda del padre.

OCTAVIO.

Habéis hallado  
un término bien nuevo que disfraz  
la bastardía pública en la plaza.

FABRICIO.

Paréceme que habláis apasionado.

OCTAVIO.

No, lo he mirado bien, y estoy contento  
que el Rey humildemente le haya honrado.

FABRICIO.

El español no muestra sentimiento.

OCTAVIO.

¿No os mueve a risa verle tan hinchado  
siendo un pobre escudero?

FABRICIO.

Todo es viento  
la arrogancia española. ¿Quién osara  
mostrar a un Rey tan arrogante cara?

Si fuera el Almirante, o cuando fuera  
cabeza de Mendozas y Guzmanes,  
no pienso que más grave respondiera  
ni con más estudiados ademanes.  
¿Vistes el vestidillo?

OCTAVIO.

Y le quisiera  
preguntar si en España los galanes  
entran en aquel traje a hablar los reyes.

FABRICIO.

Con la necesidad, Marqués, no hay leyes.  
Es como Embajador, porque andar puede  
en el traje que quiere y le da gusto.

OCTAVIO.

¿Y no queréis que muy corrido quede?  
Pues siendo un escudero, fuera justo  
reconocer quién somos.

FABRICIO.

Eso excede  
de lo que entonces fué común disgusto.  
Yo hablo de las galas y el lacayo.

OCTAVIO.

De pensar en las calzas me desmayo.  
Muero de risa en ver con el toldillo  
que se quitaba, muy a lo discreto,  
después de entrado el Rey, el sombrerillo,  
para engendrar de sí mayor conceto.

FABRICIO.

Costoso era ¡por Dios! el vestidillo.

OCTAVIO.

La maleta y las postas, en efeto,  
le deslucieron; llegarán baúles  
con galas blancas, nácares y azules.

FABRICIO.

¿Para qué trata el Rey el casamiento  
de Casandra y del Rey de Dinamarca,  
pudiéndola casar con este viento  
que los dos polos con soberbia abarca?

OCTAVIO.

Pues dicen que la habló.

FABRICIO.

¡Qué atrevimiento!

OCTAVIO.

Fabricio, España es del diluvio el arca.  
No hay sabandija que no se halle en ella.

FABRICIO.

A Silvia he visto y a Casandra bella.

(*Salen a lo alto SILVIA y CASANDRA.*)

SILVIA. (Fabricio está en el terrero.

CASANDRA. Y el Marqués está con él.)

OCTAVIO. (Hablar a Casandra quiero.

FABRICIO. Yo a Silvia, si Amor cruel  
me da licencia primero.)

OCTAVIO. ¿Qué manda vuestra excelencia  
a Octavio? Que en su presencia  
no puede estar sin mostrar  
a lo que puede llegar  
un sentimiento de ausencia.

CASANDRA. ¿En qué ha parado, Marqués,  
el concierto del torneo?

OCTAVIO. Si de vuestro gusto es,  
mantendrále mi deseo  
al poder y al interés.

FABRICIO. Señora Silvia, creed  
que me va muy mal ausente...

SILVIA. Paciencia, Conde, tened.

FABRICIO. Porque me dice la gente  
que ya no me hacéis merced.

SILVIA. Pedir más demostraciones  
no cabe en gala, ni es justo  
que ande el gusto en opiniones.

FABRICIO. Las opiniones del gusto  
no se fundan en razones;  
pero las quejas lo son.

(*Sale DON JUAN y MONZÓN.*)

D. JUAN. (Espántame la razón,  
si no es que la entiendo mal.

MONZÓN. Persona tan desigual  
¿ha de mostrarte afición?

D. JUAN. "No tengo a don Juan en poco"  
¿no dijo?

MONZÓN. Sí dijo.

D. JUAN. Pues...

MONZÓN. Pues ¿qué entiendes?

D. JUAN. Que estoy loco.

MONZÓN. "Ni a quien su criado es",  
¿no es nada?

D. JUAN. Pienso que toco  
las estrellas con la mano  
en tan loco atrevimiento.  
Pero el pensamiento humano  
es libre y vuela en el viento,  
que es fénix del viento vano;  
allí nace y allí muere,  
y allí otra vez resucita.  
En fin, Monzón, ¿saber quiere  
quién soy?

MONZÓN. Tu cuidado imita,  
y en ser mujer te prefiere.

D. JUAN. ¿Dijístele que no era  
legítimo?

MONZÓN. Lo primero.

D. JUAN. ¡Mal te haga Dios!

MONZÓN. Oye, espera...

D. JUAN. ¿Qué he de esperar, majadero?

MONZÓN. ¿Pues no es mejor que te quiera  
con tus tachas, como mula?

D. JUAN. Mucho el amor disimula;  
pero hay gran desigualdad.

MONZÓN. Como eso la voluntad  
come los viernes sin bula.  
Pues también me preguntó  
si amabas, muy colorada.

D. JUAN. ¿Cierto?



MONZÓN. Y respondile yo:  
 "Ama una dama pintada,  
 y esto porque la compró  
 barata en una almoneda."

D. JUAN. ¿Dijiste el nombre?

MONZÓN. Sí.

D. JUAN. ¡ Bueno mi honor por ti queda,  
 necio! ¿Qué dirá de mí?

MONZÓN. ¿Quién hay que sufrirte pueda?  
 Di agora que has de querer  
 mujer que ha de ser mujer  
 de un hombre de más de marca.

D. JUAN. ¿Quién?

MONZÓN. El Rey de Dinamarca.

D. JUAN. Luego ¿amar no puede ser?

MONZÓN. ¿Hay amor sin esperanza?

D. JUAN. El mío.

MONZÓN. Reírme quiero  
 de tu amor y tu mudanza.

D. JUAN. Damas hay en el terrero.

MONZÓN. Pues, alto, un bocado alcanza,  
 como mula de camino  
 cuando pasa por el prado.

D. JUAN. (Yo intento un gran desatino.  
 ¿Voy bien?)

MONZÓN. Algo corcovado.

D. JUAN. Es que a Casandra me inclino.)  
 Aquí un español tenéis  
 para que de él os sirváis.

(Azóranse los dos.)

OCTAVIO. Español, ¿qué pretendéis?

D. JUAN. Hablar, señor, donde habláis  
 y ver el cielo que veis.

OCTAVIO. ¿Quién os ha dado licencia?

D. JUAN. ¿Quién a los dos os la dió?

OCTAVIO. ¡Qué graciosa impertinencia!  
 Haceos allá.

D. JUAN. Yo soy yo,  
 y a no ser por su excelencia...

FABRICIO. Ea, que es descompostura.  
 Ya sabemos quién sois.

D. JUAN. Soy  
 tan bueno, que me asegura  
 el mismo sol donde estoy,  
 pues no me abrasa y me apura.  
 Cuando el señor don Rodrigo  
 no fuera mi padre, digo  
 que por mí mismo soy tal,  
 que ningún hombre es igual,  
 del Rey abajo, conmigo,  
 y que puedo estar aquí,  
 en palacio y dondequiera

que me diere gusto a mí.

OCTAVIO. No respondo, aunque quisiera.

D. JUAN. Quiera, o quítese de ahí.

FABRICIO. ¿La espada empuñáis?

D. JUAN. Pues qué,  
 ¿traigo alguna rueca al lado,  
 como alguna que se ve?

FABRICIO. ¡Si es loco!

OCTAVIO. Así lo he pensado.

FABRICIO. Vamos.

OCTAVIO. Yo me vengaré.

(Vanse.)

D. JUAN. ¡ Gallinas! ¡ Viven los Cielos...!

SILVIA. (¡ Bravo anduvo el español!)

MONZÓN. Espérate, y seguirélos.

D. JUAN. Detente.—Esto puedes, sol,  
 cuando me abrasas de celos.

MONZÓN. Las gallinillas mojadas,  
 con las alas envainadas.  
 ¿No me dejarás?

D. JUAN. ¡ No más!

SILVIA. (Suspensa, Casandra, estás.

CASANDRA. Desmáyome en viendo espadas.  
 Vámonos de aquí. Al revolver  
 el guante se me cayó.

SILVIA. Pídele.

CASANDRA. No puede ser.

SILVIA. Pues el español le alzó.

CASANDRA. Silvia, ¿qué le puedo (1) hacer?

SILVIA. Cosa que a favor lo mida,  
 que es español y arrogante.

CASANDRA. Razón habrá que lo impida,  
 que es pobre, y es darle guante  
 para que limosna pida.)

(Quítanse.)

D. JUAN. ¿Hay ventura igual?

MONZÓN. ¿Dirás  
 que el guante es grande ventura?

D. JUAN. Pues, necio, ¿puede ser más?

MONZÓN. Di puede ser más locura,  
 que pienso que acertarás.  
 Haz ¡ por tu vida! un soneto  
 a este guante.

D. JUAN. Dentro está  
 un papel.

MONZÓN. Muestra a qué efeto.

D. JUAN. Yo te digo que tendrá  
 algún notable conceto.

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelo-  
 na, 1618, dicen "puede".

No son más que dos razones.  
 MONZÓN. ¿Qué dicen?  
 D. JUAN. ¡Qué confusiones!  
 (Lea.)  
 “España, doce, jardín;  
 que sin principio no hay fin.”  
 MONZÓN. ¿Qué dices? ¿Pares o nones?  
 D. JUAN. “España, doce, jardín;  
 que sin principio no hay fin.”  
 ¿Qué te ríes, majadero?  
 MONZÓN. Quedo; declararle quiero.  
 D. JUAN. ¡Qué ingenio!  
 MONZÓN. Soy un rocín.  
 “España” y “doce” es mostrar  
 que un español, a las doce,  
 está por desayunar;  
 “jardín”, que a nadie conoce  
 y que se vaya a cavar;  
 “que sin principio no hay fin”,  
 es que sin trabajo humano  
 no hay comer ni hay un cuatrín.  
 D. JUAN. Hablaste como villano;  
 tu oficio imitaste, en fin.  
 Yo lo entiendo de otra suerte.  
 MONZÓN. ¿Cómo?  
 D. JUAN. “España” y “doce” advierte  
 que a las doce el español  
 por el jardín hable al sol.  
 MONZÓN. ¿Tú intentas buscar tu muerte?  
 D. JUAN. Sin duda a hablarla me anima  
 por el jardín, y a este fin  
 dice Casandra en su enima  
 “España, doce, jardín”,  
 y el fin del principio estima;  
 porque quien no se atreviere  
 al principio, dice, en fin,  
 que ningún remedio espere,  
 “que sin principio no hay fin”  
 y ha de buscarle el que quiere.  
 Ea, toma una rodela,  
 y esta noche al jardín vamos.  
 MONZÓN. ¡Lindo engaño te desvela!  
 Tú verás si no llevamos,  
 como muchachos de escuela.  
 “España” y “doce”, es, en fin,  
 pues no hay esperar regalos  
 de un jardín, donde hay mal fin,  
 que nos darán doce palos  
 con la tranca de un jardín.

(Váyanse, entren la REINA y CASANDRA.)

CASANDRA. Esta merced me has de hacer.

REINA. ¿Qué te obliga?  
 CASANDRA. Haberme escrito,  
 a quien yo quiero infinito  
 y a quien debo agradecer  
 otros oficios mayores  
 que hace en España por mí.  
 REINA. Mejor lo hará el Rey por ti.  
 CASANDRA. Haz que me salgan colores.  
 El Rey es mi primo hermano,  
 pero tú del Rey mujer.  
 Sin esto, puedes creer  
 que merecimiento humano  
 no llega al de este español;  
 es deudo del Rey y es hombre  
 que tiene puesto su nombre  
 entre los rayos del sol.  
 ¿Nunca has oído decir  
 don Juan el alanceador?  
 REINA. Yo le haré todo favor.  
 CASANDRA. Pues esto le has de pedir;  
 que a tanto merecimiento  
 oficio de ayuda es poco.  
 REINA. Tú verás que le provoco  
 a toda merced.  
 CASANDRA. No intento  
 esto con más interés  
 que servir a quien me escribe.  
 REINA. Basta que en tu amparo vive.  
 CASANDRA. Don Juan de Mendoza es  
 de lo mejor de Castilla.  
 REINA. Todo lo entiendo muy bien.  
 CASANDRA. Que tan corto oficio den  
 al monstruo, a la maravilla  
 del mundo, ofende el valor  
 de tan generosos reyes,  
 porque también tienen leyes  
 de hacer merced y favor.  
 REINA. Vete y fíate de mí.  
 CASANDRA. Advierte bien que a don Juan  
 en otras partes le dan  
 más favor que tiene aquí.  
 REINA. Digo, Casandra, que haré  
 lo que por mi propio hermano.  
 CASANDRA. Es don Juan gran cortesano.  
 REINA. Sí, Casandra, ya lo sé.  
 CASANDRA. Ha de ser muy efectivo  
 este ruego con tu esposo;  
 efectivo y cuidadoso.  
 REINA. Digo que ya me apercibo.  
 Bien puedes irte; no creas  
 que ha de haber descuido en mí,  
 que basta agradarte a ti

para que servida seas.

CASANDRA. Pues advierte que el Rey viene.

REINA. Hoy tendrá tu gusto efeto.

CASANDRA. ¿Dijete que era discreto  
y el buen donaire que tiene?

REINA. Extraña estás ya, cuñada.  
Que es un ángel entendi;  
que lo que me obliga a mí  
es el saber que te agrada.  
El Rey viene; aguarda un poco.

CASANDRA. (¡Qué mal se encubre el amor,  
porque es su oficio y rigor  
volver al más cuerdo loco!)

(Sale el REY y vase CASANDRA.)

REY. Daréisme esos memoriales  
cuando tenga más lugar.—  
¿Señora?

REINA. Yo os vengo a hablar.

REY. Ya lo he visto en las señales  
del regocijo que ha hecho  
el alma en que la mandéis.

REINA. Cuantas mercedes me hacéis  
tan dignas de vuestro pecho,  
no igualan con las que ahora  
os vengo a pedir.

REY. Pues creo  
que conocéis mi deseo.  
No lo dilatéis, señora.  
Mandadme, que obedeceros  
hace, y aun es justa ley,  
que me alegre de ser Rey,  
porque, después de quereros,  
se ha de seguir el serviros,  
y serviros sin poder  
me había de entristecer.

REINA. ¿Luego bien podré deciros  
con mucha seguridad  
lo que os quiero?

REY. Y de tal suerte,  
que me ofreceré a la muerte  
por mostraros voluntad.

REINA. Mil años el Cielo os guarde.  
Don Juan de Mendoza tiene,  
como el que extranjero viene,  
atreimiento cobarde  
para deciros que es poco  
el oficio que le dáis.

REY. Señora, engañada estáis,  
cuanto él arrogante y loco.  
¿Sabéis bien su calidad?

REINA. ¿No basta ser forastero?

REY. Su padre es gran caballero  
y yo le tengo amistad;  
pero llaman en Castilla  
a éstos hijos de ganancia.

REINA. Que sea en Castilla o Francia  
no es milagro o maravilla,  
que no todos los que han sido  
reyes legítimos son,  
ni es en don Juan ocasión  
para ser mal admitido;  
que es hombre cuyo valor  
único celebra España,  
y a todo un reino no engaña  
sin méritos el amor.

¿Jamás oísteis decir  
el alanceador Mendoza?

REY. Su fama ese nombre goza;  
pienso que lo pude oír.  
Pero ¿qué tiene que ver  
con que vos mostréis pasión?

REINA. Ser lo que digo razón  
y tan posible de hacer.  
Cuando levantan los reyes  
a quien quieren, desde el suelo  
a las estrellas del cielo,  
¿con qué razón, con qué leyes  
más que ser su voluntad?

¿Qué disculpa dan si es culpa?  
REY. No dan los reyes disculpa,  
que es libre la majestad;  
y hacer hombres de la tierra  
es en lo que imita el rey  
a Dios.

REINA. Luego es justa ley.

REY. (Esto algún misterio encierra.)

REINA. Es gallardo este español;  
es deudo del Rey, y es hombre  
que tiene puesto su nombre  
entre los rayos del sol,  
y a tanto merecimiento  
oficio de ayuda es poco.

REY. (Casi a enojo me provoco.)

REINA. Mudad ¡por mi vida! intento  
y haced a don Juan merced.

REY. (¡Válame Dios! ¿Qué será?)

REINA. ¿Qué decís?

REY. (¡Qué necia está!)

REINA. Que no es mi interés creed.

REY. (Su afición me maravilla.  
No habla sin interés.)

REINA. Don Juan de Mendoza es  
de lo mejor de Castilla.



REY. Digo que lo creo así.  
 REINA. Cualquier príncipe le hiciera  
 merced si ampararse fuera  
 de su reino, como aquí  
 a vuestra grandeza viene.  
 REY. Todo lo entiendo, en efeto.  
 REINA. ¿Heos dicho cómo es discreto  
 y el buen donaire que tiene?  
 REY. Yo lo tengo visto bien.  
 Bien os podéis ir, señora,  
 que, aunque no le den ahora  
 de otro aumento el parabién,  
 por vos le tendrá muy presto.  
 REINA. Guárdeos muchos años Dios,  
 que yo sé bien que los dos  
 tenemos ganancia en esto.

(Váyase.)

REY.

¡Qué extrañas confusiones! ¡Qué desvelos  
 causa en amor una pregunta incierta!  
 Que como el alma está tan encubierta,  
 sólo puede el temor correr sus veios.

Igual hicieron el amor los Cielos,  
 y la primer sospecha descubierta,  
 a no cerrarles el Amor la puerta,  
 donde sale el valor entrarán celos.

¡Qué poco la grandeza le aprovecha  
 a la sospecha del honor tirano  
 si tiene el miedo la opinión deshecha!

¿Qué sirve el cetro en poderosa mano?  
 Que poderse librar de una sospecha  
 no cabe en fuerzas del poder humano.

(Vase, y entra DON JUAN y MONZÓN de noche, con  
 rodela.)

D. JUAN. ¿Entiendes algo del cielo?

MONZÓN. Soy la misma Astrología.

D. JUAN. ¿Qué horas serán?

MONZÓN. Las once.

D. JUAN. ¿Quién lo dice?

MONZÓN. Las cabrillas.

D. JUAN. ¿Las cabrillas? ¿De qué modo?  
 Que pienso que desatinas.

MONZÓN. ¿No tiene el carro del Norte  
 cuatro mulas que lo tiran?  
 ¿Las cabrillas no son siete, (1)  
 con la que a lo oscuro pintan?  
 ¿Cuatro y siete no son once?  
 Pues las once son. ¿Qué miras?

D. JUAN. ¿Hay locura semejante?

MONZÓN. ¿Y es la primera, por dicha,  
 que los astrólogos dicen  
 en las cosas que adivinan?

D. JUAN. Esos son los judiciarios;  
 que cuando la Astronomía  
 es matemática ciencia,  
 toda verdad se averigua.

MONZÓN. No sé ¡pardiez!, no lo entiendo;  
 allá en el cielo imaginan  
 perros, culebras, lagartos,  
 osos, liebres, peces, liras,  
 dragones, carneros, caneros  
 y cosas tan peregrinas,  
 que han hecho su claro espejo  
 camarín de sabandijas.

D. JUAN. En fin, ¿no serán las doce  
 por tu ciencia y por la mía?

MONZÓN. Mirarélo más de espacio.  
 Muy cerca son. Dadme albricias  
 de esto, y de que dice el signo  
 Capricornio que si pisas  
 este jardín cogeremos  
 fruto a palos como encinas;  
 mas que librarnos podemos,  
 me ha dicho el signo de Libra,  
 si nõs vamos acostar.

D. JUAN. Tú, que de miedo suspiras;  
 yo no, que el signo León  
 tal influencia me inspira,  
 que he de serlo en conquistar  
 esta bella Sofonisba.

MONZÓN. ¡Oh, qué mal traída historia!  
 Pues no hay aquí Masinisa  
 ni romano Escipión.

D. JUAN. Calla, bestia, romancista.

MONZÓN. ¡Oh, tú debes de saber  
 hablar con ortografía!  
 Como si no hubiese bestias  
 entre estos que latinizan,  
 hay mil hombres, como ovejas,  
 que se les pasan los días  
 sólo en decir “¡Be! ¡be! ¡be!”,  
 llena la boca de harina,  
 y no hay al cabo del año  
 ni cosa dicha ni escrita,  
 ni hay más de “Yo sé, yo sé”  
 hasta que acaben la vida.

D. JUAN. Calla, ¡maldígate Dios!,  
 que siento en las celosías  
 del jardín una mujer.

MONZÓN. Tienes razón. ¡Y qué linda!

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice en este  
 verso “Las cabrillas son siete”.

¿Hay hombre más importuno?

¿Que des en esta porfía  
desde que ayuda te hicieron!  
Te sufro por melecina.

D. JUAN. Quedo, ¿no ves que los lirios  
suben el olor, que espiran  
las alejandrinas rosas  
y retamas amarillas?

¿No ves el azahar más fuerte?

¿Y no ves las fuentes frías  
hacer música en los cuadros  
en arroyuelos partidas?

¿Y que, quebrada en las piedras,  
hacen divina armonía  
los tiples en las arenas,  
los tenores en las guijas?

MONZÓN. Me quemen si tal he visto.  
Antes pienso que en mi vida  
tan gran disparate ha dicho  
la fabulosa poesía.

D. JUAN. ¿No estuviera aquí conmigo  
un hombre de ingenio! Mira  
que en el amor estas cosas  
son divinas energías.

MONZÓN. Herejías, pienso yo.

D. JUAN. ¿Hablan?

MONZÓN. Las fuentes serían,  
que de ver tus necesidades  
se están cayendo de risa.

D. JUAN. Dancen esas blancas perlas,  
fuentes puras, cristalinas,  
que del aurora que viene  
no es mucho que deis albricias.

(*Asómase CASANDRA.*)

CASANDRA. ¿Ce? ¿Quién es?

D. JUAN. ¿Hablaron?

MONZÓN. Sí.

O es ella, o alguna ninfa  
mármol de esas fuentes.

D. JUAN. Calla.

CASANDRA. ¿Ce? ¿Quién es?

D. JUAN. ¡Ay, voz divina!

Un español que a las doce  
de la noche de su día  
viene a este jardín a dar  
principio a empresa tan rica,  
"porque no hay fin sin principio".

CASANDRA. Ya que de vos entendida  
y de la noche ayudada  
de mi vergüenza contina  
puedo hablar, ¿cómo os diré  
a lo que el veros me obliga?

DON JUAN.

Y yo ¿cómo diré mis pensamientos  
si estoy, señora, de esperanzas falto  
por verme, sin tener merecimientos,  
en el principio ya de un bien tan alto;  
que apenas los primeros movimientos  
dan a los muros de este cielo asalto  
cuando, más abrasado que Faetonte,  
caigo en el mar del estrellado monte?

Vine de España huyendo mi fortuna,  
y di en la esfera de mi propio fuego,  
pues, sin remedio de esperanza alguna,  
por el mar de mis lágrimas navego.  
¿Pluguiera a Dios que la primera cuna,  
o la segunda, me sirviera luego  
de sepultura, o que la mar de España  
me diera fin y no la tierra extraña!

Si habéis de ser mujer de un rey, señora,  
¿qué pretende mi loco pensamiento?  
Si para estrado al sol nace la aurora,  
¿qué es lo que, siendo humilde noche, intento?  
Mas con la muerte que me espera agora  
vos quedaréis vengada y yo contento;  
que en tanta pena, en confusión tan fuerte,  
también para los tristes hubo muerte.

CASANDRA.

Don Juan, lo que conciertan las estrellas  
no han menester palabras excusadas;  
yo pienso que esto ha sido fuerza de ellas,  
y que están en mi muerte conjuradas.  
Amé en tu ausencia las virtudes bellas,  
de la fama en Italia celebradas,  
con que tu nombre al mundo dilataste,  
y sin ver tus verdades me obligaste.

No se espante, si es hombre, el que supiere  
que yo te hablo así, que Amor no espanta,  
y, si es mujer, remiendo considere  
que puede verse en desventura tanta.  
No porque yo, don Juan, gozarte espere,  
testimonio que el alma se levanta;  
que si esperara ser tu mujer, creo  
que no vieras tan fácil mi deseo.

Háblote así porque vendrán mañana,  
por ventura, por mí; y aunque quisiera  
resistirme a mi primo y de liviana  
el nombre por tu gusto mereciera,  
cuanto un amor desatinado allana;  
que tus heroicas partes considera,  
ser tan humilde tñ me dificulta,  
de donde el daño de los dos resulta.

(Salen el CONDE FABRICIO y el MARQUÉS OCTAVIO, con rodela.)

- D. JUAN. Ya no puedo responderos, que viene gente a la calle.  
 OCTAVIO. (Él parece de buen talle y no de malos aceros.  
 FABRICIO. ¿Pues por el jardín galán?  
 OCTAVIO. ¿Si es acaso el desposado, que dicen que disfrazado licencia de hablar le dan?)  
 D. JUAN. (¿Qué es esto, Monzón?  
 MONZÓN. Dos hombres.  
 D. JUAN. Dales vuelta el rostro en capa.  
 MONZÓN. Si dijeras “¡Huye! ¡Escapa!”, acertaras con los nombres.  
 D. JUAN. Pues ¿cuándo fuiste cobarde?  
 MONZÓN. Aquesto no es cobardía, sino el saber que aquí había peligro, así Dios te guarde. “España, doce, jardín.”  
 Cata aquí doce en campaña de este jardín contra España.  
 D. JUAN. Ahora cierra España, en fin, (1) que estoy ya favorecido.)  
 OCTAVIO. ¿Qué nos quieren embozados, caballeros o criados?  
 ¿Qué quieren?  
 MONZÓN. (Miedo han tenido.  
 D. JUAN. Dales, Monzón, otra vuelta; mira si conoces algo.  
 MONZÓN. Tiemblan, por la fe de hidalgo.)  
 FABRICIO. (Aquesta es gente resuelta.  
 ¿Qué haremos?  
 OCTAVIO. Sacar la espada.)  
 FABRICIO. ¿Qué quieren?  
 D. JUAN. Saber quién son.  
 OCTAVIO. Díganlo ellos, que es razón.  
 MONZÓN. Mienten, dije, y que son nada.  
 D. JUAN. ¡A ellos, Monzón!  
 MONZÓN. Yo basto.  
 Vuélvete a tu puesto.  
 D. JUAN. Voy.

(Huyen y va tras ellos MONZÓN.)

¡Bravos, a fe de quien soy!  
 Poco de la sangre basto  
 si son así los demás  
 que este terrero pasean.

CASANDRA. ¿Ah, caballero? ¿Quién sois?

D. JUAN. (Ya se os olvidan las señas.)  
 Un criado de don Juan,  
 de la española braveza,  
 que de una mortal herida  
 tiñe de sangre la hierba.

CASANDRA. ¿Es sin duda?

D. JUAN. ¿No escucháis  
 con qué lástima se queja?

CASANDRA. ¿Qué aguardas, cobarde vida,  
 pues yace tu causa muerta,  
 la del mejor español  
 que las historias celebran?  
 ¡Ay de mí!

D. JUAN. Quedo, señora,  
 no lloréis de esa manera.  
 Don Juan es vivo; yo soy.

CASANDRA. Mil veces, don Juan, lo seas.  
 Pero no te puedo hablar,  
 que viene gente a las rejas.  
 Adiós.

D. JUAN. Acordaos de mí.  
 Dadme, señora, una prenda.

CASANDRA. El guante que me quedó  
 te doy para que lo seas;  
 que pues no tienes las manos,  
 bien es que las cajas tengas.

(Vase.)

D. JUAN. ¿Qué es esto, fortuna mía?  
 ¿Para qué conmigo vuelas  
 de tu rueda a los extremos  
 si ha de bajarme tu rueda?  
 Pero gente viene aquí.

(Entre MONZÓN rebozada con tres capas, la suya y las dos de los que huyeron.)

Un hombre hacia mí se llega  
 con una capa con ojo.

Pues si es el que huyó, no vuelva,  
 que si le traté de burlas,  
 ya le emprenderé de veras.

¿Quién es? ¿No responde? ¡Bueno!

¿Quién es? ¿No habla? ¿Es de pie-  
 Pues quitaréle el rebozo. [dra?

(Quítale un rebozo.)

¡Bien, por Dios, otro le queda!

¿Qué es esto, hidalgo? ¿Quién sois?

¿Cómo sufrís esta afrenta?

¿Sois noble? ¿Por qué calláis?

¿Si es el Rey? ¿Qué enima es ésta?

Sea quien fuere, que otra vez,

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen “Abra”.



y otras muchas, como fuera necesario, os le quitara.

(*Quítale otro rebozo.*)

¡Bien, por Dios, otro le queda!  
¡Válame Dios! ¿Si es difunto  
que pena por estas huertas  
delitos que en ellas hizo?  
Pero lo que fuere sea.  
Otra vez le he de quitar  
el rebozo.

(*Quítale el rebozo y riése mucho Monzón.*)

MONZÓN. ¡Gran braveza!

D. JUAN. ¿Quién es?

MONZÓN. Monzón, ¿no lo ves?

D. JUAN. ¿Estás en tu seso, bestia?

MONZÓN. Dejaron aquellos dos  
las capas en la pendencia,  
y por no me resfriar  
las traigo de esta manera.  
¿Quién serían?

D. JUAN. Dos gallinas.

D. JUAN. ¿Cómo te ha ido?

MONZÓN. Allá fuera  
te diré lo que ha pasado.

D. JUAN. Que si tú dos capas llevas,  
yo llevo, Monzón, dos guantes  
de otra pendencia más tierna.

MONZÓN. Basta, que ha sido esta noche  
de cuatro capas la fiesta.

## ACTO SEGUNDO

*Del mal lo menos.*

(*Salen FABIO y el REY.*)

REY. Mira, Fabio, si por dicha  
está en el retrete Octavio.

FABIO. Yo voy.

(*Vase FABIO.*)

REY. Yo mismo me agravio.  
¿Puede haber mayor desdicha?  
Apenas después de dicha  
una afrenta del honor,  
debe creerla el valor;  
y yo, sin que nadie advierta  
mis celos, abro la puerta  
a mil temores de amor.

Esto sin duda es querer  
a Beatriz con tal extremo

que mis propios miedos temo  
y no lo que puede ser.  
Dice el temor que es mujer,  
mas dice el amor que es mía;  
dice el temor que podría  
tener a deu Juan amor,  
y entre el valor y el temor  
crece el amor la porfía.

¿Posible es que ha entrado en mí  
tan extraño pensamiento? [to?  
¿Qué es lo que pienso? ¿Qué inten-  
¿Qué entendí? ¿Qué vi? ¿Qué oí?

(*Salen FABIO y OCTAVIO.*)

FABIO. Señor, Octavio está aquí.

REY. Retírate un poco, Fabio.

OCTAVIO. ¿Qué es lo que mandas a Octavio?

REY. (De la cifra de un torneo  
celos sacaron deseo  
para averiguar mi agravio.

Pero sin más declararme  
que lo que basta a mi intento,  
quiero de mi pensamiento  
fingidamente informarme.  
¡Que pueda amor obligarme  
a tan injustos desvelos!  
Pero como son los cielos  
difíciles de entender,  
eso debió de querer  
decir quien os llama celos.)

Marqués, yo estoy muy servido  
de vos en este torneo.

OCTAVIO. Sólo agradarte deseo.

REY. Fiesta como vuestra ha sido.  
Sobre todos ha lucido  
vuestro valor.

OCTAVIO. Es agravio  
de muchos y honor de Octavio.

REY. Las empresas no entendí.

OCTAVIO. Yo, señor, las aprendí  
de una relación de Fabio.

REY. Holgaréme de sabellas.

OCTAVIO. Diré las que me acordare,  
y vuestra alteza repare  
que son de amor las más de ellas.  
Sacó Arnaldo tres estrellas  
con tres letras en las tres:  
"I", "C" y "F", que de Inés,  
Celia y Fenicia serían  
nombres.

REY. ¿Qué versos?

OCTAVIO. Decían:

REY. "Felice quien vuestro es."  
 Pues ese mismo es el nombre.  
 Así su dama se llama.

OCTAVIO. Sacó Leonelo una rama  
 de ciprés, tan gentil hombre  
 de negro, que ningún hombre  
 le aventajó.

REY. Bien, por cierto.  
 ¿Qué letra?

OCTAVIO. "Un triste ya es muerto."

REY. Significólo; el ciprés  
 árbol de difuntos es.

OCTAVIO. Sacó una esfinge Roberto.

REY. Ya la vi. ¿Qué alma le dió?

OCTAVIO. Medio verso del Petrarca,  
 que todo el sentido abarca.

REY. ¿Cómo?

OCTAVIO. "*Intendame chi po.*"

REY. Bien su secreto mostró  
 que para sí le reserva.

OCTAVIO. Celio, un volcán que conserva  
 su fuego en nieve.

REY. Era amor.

OCTAVIO. Dijolo el verso mejor.

REY. ¿Cuál?

OCTAVIO. "*Latet anguis in herba.*"  
 Lidio, una devanadera  
 en un pie firme traía.

REY. ¿Qué es lo que decir querría?

OCTAVIO. Que firme en sus cosas era,  
 cuanto su dama ligera.

REY. ¿En qué letra lo mostró?

OCTAVIO. "Lo alto vos, lo bajo yo."

REY. ¿Premiáronla?

OCTAVIO. No.

REY. Mal hecho.

OCTAVIO. Fabio, jamás satisfecho,  
 una lechuza sacó.

REY. ¿Sola?

OCTAVIO. No, que un sol traía  
 por lo alto.

REY. Y ¿qué blasón?

OCTAVIO. Griego.

REY. ¿Cuál?

OCTAVIO. "*Gnothi seauton.*"

REY. "Conócete a ti", diría;  
 que, como ver pretendía  
 al sol que no puede ver,  
 dió a entender que la mujer  
 que sirve es igual al sol.

OCTAVIO. Ahora viene el español.

REY. Ese pretendo saber.

OCTAVIO. Dos guantes, señor, traía  
 en un escudo y dos manos  
 entre nubes y aires vanos,  
 como que allá las perdía.

REY. Y la letra ¿qué decía?

OCTAVIO. "Las manos no merecí,  
 y los guantes sí."

REY. Yo vi  
 esa empresa con cuidado.  
 ¿Algunos guantes le han dado?

OCTAVIO. Yo lo imaginaba así.

REY. ¿Qué quiere dar a entender  
 en las manos en el viento?

OCTAVIO. Que ha puesto su pensamiento  
 en lo más que puede ser,  
 y que no ha de merecer  
 manos tan altas jamás.

REY. Octavio, en lo cierto das.  
 Poco el español me agrada.

OCTAVIO. A muchos, señor, enfada.

REY. (Tente, sospecha; no más.  
 Mira que pones mi honor  
 en temeraria aventura.)  
 ¿Octavio?

OCTAVIO. ¿Señor?

REY. (Locura  
 parece tener temor  
 adonde está mi valor.)  
 ¿Diéronle premio a don Juan?

OCTAVIO. El de más galán le dan.

REY. Así, ¿a la Reina le dió?

OCTAVIO. Harto, diciendo, le honró:  
 "Hasta en esto sois galán."

REY. ¿Buen favor!

OCTAVIO. Fué gran favor.

REY. Venme a ver después, Octavio.

OCTAVIO. Beso tus pies.

(Vase OCTAVIO.)

REY. Hombre sabio  
 ¿tuvo sin celos amor?  
 Pues ¿qué me importa el valor  
 si tengo amor, y los celos  
 son su sombra y son los velos  
 que le sirven de cortina,  
 noche en que el alma adivina  
 la luz que encubre a los cielos?  
 Son celos imaginar  
 y no acabar de entender,  
 y si envidia pueden ser,  
 también tengo que envidiar.  
 Son celos temer y amar.

Si temo y amo, bien puedo  
estar celoso del miedo,  
ya que lo esté de[!] agravio.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. Que me llamas dijo Octavio.  
REY. (En mayor confusión quedo.)

Yo, don Juan, no te llamé.  
Octavio mal entendió;  
pero pues él te llamó,  
para que te honrase fué.  
Muy justamente te dieron,  
don Juan, premio de galán;  
pero confusas están  
las damas, y me dijeron  
que te pregunte el blasón  
que sacaste en el torneo.

D. JUAN. (¿ Si sabe el Rey mi deseo?  
Indicios notables son.  
Mal hice en sacar empresa  
tan clara. ¿Qué amante es sabio?)

REY. Díjome la letra Octavio.

D. JUAN. (Dios sabe lo que me pesa.)  
Saqué, señor, unas manos  
en un cielo, y en la tierra  
unos guantes.

REY. "Que mereces  
los guantes—dice la letra—;  
pero que las manos no."

D. JUAN. Una dama de la Reina  
amé, señor, en España;  
casóse, porque yo era  
desigual a su valor;  
y cuando entraba en la iglesia  
dejó caer unos guantes;  
alcélos sin que me vieran,  
aunque no faltó una espía  
que andaba en mi competencia,  
por quien he perdido a España.  
Embarquéme con tal pena,  
que han sido estos guantes solos  
santelmo de mis tormentas.  
Hizo el Marqués el torneo;  
yo, que mis guantes quisiera  
hacer en el cielo signos  
y coronarlos de estrellas,  
retratélos en mi escudo  
diciendo en aquella letra  
que "los guantes merecí,  
pero no las manos bellas".  
porque, después de casadas,  
bien sabes que eran ajenas.

REY. (Cuanto más saber procura  
la verdad de mi sospecha,  
más testigos, más indicios  
voy hallando contra ella.  
Dice aquéste que las manos  
no mereció, en que confiesa  
que la Reina puede amar,  
y sin culpa de la Reina.  
Mas si ella le dió los guantes  
ya es culpa en tanta grandeza;  
y que no es dama en palacio  
lo tengo por cosa cierta,  
pues me dice que casada  
eran las manos ajenas.  
¿ Hay tan cruel pensamiento?  
¿ No puede ser que esto sea  
cosa que pase en España?  
Pues ¿ es razón que me tenga  
puesto en tanta confusión  
lo que en España suceda?  
¡ Oh, amor de Beatriz! ¿ Qué es esto?  
Si es quien es, ¿ qué me atormen-  
Don Juan, a decirles voy [tas?]  
a Casandra, Emilia y Celia  
que ese blasón de los guantes  
fué en España como cuentas,  
porque sé lo que han de holgarse  
de que en España suceda.

(Fase el REY.)

D. JUAN. ¿ Qué diversiones, qué indicios  
y qué preguntas son éstas?  
¿ Si ama el Rey alguna dama,  
cosa que su prima sea,  
y que, celoso de mí,  
ande con estas quimeras?  
Ya, celos, me dais asalto,  
ya embestís mi fortaleza,  
y celos de un rey. ¡ Ah, Cielos!  
¿ Quién navegó sin tormenta?  
¿ Quién no hizo sombra al sol?  
¿ Quién tuvo gloria sin pena  
y quién sin celos amor?  
Perdona, Casandra bella,  
que esto no es en culpa tuya.

(Sale MONZÓN.)

MONZÓN. De tal manera te dejás  
llevar, en entrando aquí,  
de tus pretensiones ciegas,  
que me obligas, por buscarte,  
a que a las salas me atreva



donde sólo pisan grandes  
con debida reverencia.

D. JUAN. ¡Ay, Monzón, todo es perdido!

MONZÓN. Ea, ¿tenemos tronera?  
¿Hay *celi celorum*? Pues  
¿qué tienes que te lamentas?

D. JUAN. El Rey...

MONZÓN. ¡Válame San Pedro!

D. JUAN. El Rey...

MONZÓN. ¿Dos reyes?

D. JUAN. No acierta  
el alma... El Rey...

MONZÓN. ¿Otro rey?  
Pero ¿a qué efeto me cuentas  
la historia de los tres reyes?

D. JUAN. El Rey pienso que requiebra  
a Casandra.

MONZÓN. ¿Pienso, dices?  
Húrtasme el hombre si piensas...  
Pero, cuando sea verdad,  
todo, señor, se remedia  
con este papel.

D. JUAN. ¿Papel?

MONZÓN. ¿Papel?

D. JUAN. Papel, o papela.

MONZÓN. ¡Muestra!

MONZÓN. Que no es Casandra.  
¿No lo miras por la muestra?

D. JUAN. ¿Qué letras son éstas, di?

MONZÓN. Tú las verás cuando leas.

D. JUAN. Es cartel.

MONZÓN. Esta mañana,  
en plazas, calles y iglesias,  
amanecieron pegados.

D. JUAN. Muestra. ¿Y esto me remedia?

(Lea:)

“Venga a noticia de todos  
cuantos hoy viven y venga  
a la de don Juan, que llaman  
el alanceador...”

MONZÓN. ¿Qué tiemblas?

D. JUAN. “Que en la corte de París  
don Tello Vázquez le espera  
de sol a sol en su plaza  
a catorce del mes que entra.”

MONZÓN. Y que estas mismas palabras  
hoy amanecieron puestas  
en Alemania, en Hungría,  
Francia, España, Inglaterra.

D. JUAN. Pues pesía a quien te parió,  
Monzón, ¿esto me remedia  
los celos que del Rey tengo?

MONZÓN. Pues si es forzosa tu ausencia,

y para caso tan grave,  
¿qué celos hay que te duelan?

D. JUAN. Bien dices, éste es mi honor.  
Quedo, que Casandra es ésta.

(Sale CASANDRA.)

DON JUAN.

Bien puede hablaros atrevidamente  
quien se parte de vos, y sin recato  
de la malicia y lengua de la gente.

CASANDRA.

¿Qué es aquesto, don Juan?

DON JUAN.

Seros ingrato.

CASANDRA.

¿Ingrato vos a mí?

DON JUAN.

Forzosamente.

Mirad, señora, si verdad os trato.

CASANDRA.

¿Vienen por mí de Dinamarca?

DON JUAN.

Fuera

mi muerte entonces esta ausencia fiera.

Toda Nápoles hoy... Pero ¿qué digo?  
Francia, Alemania, España, Inglaterra  
saben cómo me espera mi enemigo  
y que me llama a desafío y guerra.  
Este cartel os doy para (1) testigo,  
cuya satisfacción la suya encierra.  
En los casos de honor, señora mía,  
ni hay poder, ni hay amor, ni hay cortesía.

Turbarse los contrarios elementos,  
mezclarse el agua con la eterna lumbre  
y de sus estelíferos asientos  
mudarse la celeste pesadumbre;  
vestirse de impresiones mil los vientos  
y bajar de las alas de su cumbre  
en rayos las terrestres sequedades;  
sorberse el mar los campos y ciudades,  
no fueran parte a permitir ausencia  
de vuestros ojos; sólo honor fué parte  
para que os pida para un mes licencia,  
aunque de vos el alma no se aparte.

CASANDRA.

Pues ¿con tanto rigor, con tal violencia?  
No porque yo de vos, español Marte,

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice “por”.

tema siniestro caso en desafío;  
pero por ser tan vuestro el honor mío.

Pero ¿quién ha tenido atrevimiento  
para ausentarse por razón ninguna  
y estima en más su honor que mi contento,  
principio ilustre de una gran fortuna?  
No vuelva eternamente, ni consiento  
que carta suya ni memoria alguna.  
Vete, español ingrato, que algún día  
has de llorar tu loca valentía.

DON JUAN.

¿Señora? ¿Ah, mi señora?

CASANDRA.

¿Qué me quieres?

DON JUAN.

Mire vuestra excelencia que es disculpa  
todo mi honor.

CASANDRA.

No; mas ingrato eres,  
que honor más que mi gusto te disculpa.  
¿Estímanse en España las mujeres  
de esta manera?

DON JUAN.

Si he tenido culpa  
en irme por mi honor, ya por tu gusto  
vuelvo.

CASANDRA.

Si vuelves, perdonarte es justo.

DON JUAN.

Mas ¿cómo quedará mi honor, señora?

CASANDRA.

Haré yo al Rey que te detenga en tanto  
que escribe a España que las paces traten  
y que tome en su honor el de don Tello;  
pues en tanto que un Rey las paces trata  
no es justo que tú trates desafío.  
Y fuera de que aquesto te disculpa  
y que cumple don Tello con su honra,  
pues, en efeto, te ha desafiado,  
¿qué pierdes tú, pues quedas siempre honrado?

DON JUAN.

Mi voluntad es tuya, mi albedrío,  
mi ser, mis pensamientos, mis acciones  
dispónlos a tu gusto.

CASANDRA.

El Rey sospecho  
que te tiene afición, y es muy sin duda

que ha de gustar de detenerte. Vete,  
que quiero hablar la Reina, mi señora.

DON JUAN.

Su alteza viene a muy buen tiempo ahora.

(Vase DON JUAN y sale la reina BEATRIZ.)

REINA. ¿Ibase de aquí don Juan?

CASANDRA. De aquí, señora, se fué.

REINA. ¿Sabe el cartel?

CASANDRA. Y yo sé  
que un grande servicio harán  
vuestras altezas a Dios  
en tratar aquestas paces.

REINA. Tú sola sus partes haces.

CASANDRA. Mejor las haréis los dos  
en no sufrir desafíos,  
como Príncipes cristianos.

REINA. Bien saben los soberanos  
Cielos los intentos míos.  
Y si escribiendo al de España  
que ponga en esto remedio  
te parece a ti buen medic,  
y que a don Juan no le daña  
ni pierde reputación,  
tratarélo con el Rey.

CASANDRA. No hay en el duelo tal ley,  
aunque tan injustas son,  
que mientras el Rey compone  
las paces de dos contrarios  
y con medios necesarios  
las voluntades dispone,  
no obliga al desafiado,  
aunque llegue a su noticia,  
salir, ni pierde justicia  
el honor del agraviado.  
Al Rey ha de suplicar  
vuestra alteza que detenga  
a don Juan mientras que venga  
respuesta para tratar  
las paces, con prevención  
de que haces esto por mí.

REINA. Hoy verás, Casandra, aquí  
mi cuidado y afición.

CASANDRA. Pues él viene. Haz ¡por tu vida!  
que se detenga, que es hombre  
que, por lo que debe al nombre  
de que su sangre apellida,  
irá a dos mil desafíos.

(Vase CASANDRA.)

REINA. ¿Qué será tanto cuidado?

Sospechas ha despertado  
en los descuidados (1) míos.

(Sale el REY leyendo una carta.)

¿Señor?

REY. ¡Dulce prenda mía!

REINA. Huélgome que estéis galán,  
que una cosa por don Juan  
pediros, mi bien, querría.

REY. ¿Por el español?

REINA. Está  
el español de partida;  
detenedle ¡por mi vida!,  
que me dicen que hoy se va  
a la corte de París  
al plazo del desafío;  
y un criado vuestro y mío,  
y de quien por mí os servís  
en vuestra cámara ya  
con nombre de gentilhombre,  
no es bien que aventure el nombre,  
que en tanto peligro está,  
en desafíos vedados  
por el Pontífice. Vos  
podéis hacer que los dos  
queden amigos y honrados;  
porque si a España escribís  
que por buen celo y cristiano  
ponéis en esto la mano,  
no hay a qué vaya a París.  
Fuera de hacerlo por Dios,  
os obliga que ha venido  
a serviros, pues ha sido  
para ampararse de vos.

REY. ¿Qué decís? ¿Qué estáis suspenso?  
Digo que lo haré, señora.

(¿Qué aguardo? ¿Qué miro ahora?

¿Qué me defiendo? ¿Qué pienso?

Que cierto debe de ser  
que ya su amor agradece.)

REINA. Si difícil os parece  
cosa tan fácil de hacer,  
detened vos a don Juan,  
que yo a España escribiré.

REY. No, señora, yo lo haré;  
sólo me pesa que están  
los papeles publicados.

REINA. Publicad vos que tenéis  
hechas las paces que hacéis

y que están medio amistados.  
Id en buen hora, y decid  
a Casandra que esta carta  
me obliga a que luego parta;  
y que es tan presto, advertid,  
que hoy llegan aquí seis naves.

REINA. ¿Quién viene por ella?

REY. Un hombre

más claro que por su nombre  
por tantas hazañas graves,  
que es el Condestable noble  
de Dinamarca.

REINA. Yo voy  
por las albricias.

(Vase la REINA.)

REY. Ya estoy,  
celos, oprimido al doble.  
No en balde por vos me pinto  
en un laberinto fiero,  
pues mientras más saber quiero  
más entro en el laberinto.  
¿Qué tengo ya que dudar,  
pues quiere que la partida,  
con el temor de su vida,  
venga yo propio a estorbar?  
¿Hay más declarado amor?  
Pero yo la culpa tengo;  
pues, ya que a entenderlo vengo,  
no doy descanso a mi honor.  
Ahora bien, el hombre muera,  
que es razón de Estado clara,  
no porque el honor repara  
en que ofenderme pudiera,  
mas sólo porque ha ofendido  
a un rey la imaginación  
y a un ángel en la opinión,  
con que de quien es me olvido.  
Mas mejor será ausentalle  
que matalle. Mas no es sabio  
quien deja vivo el agravio;  
pero que tiene que calle, (1)  
tiene más que el pensamiento.  
Ahora bien, vaya a llevar  
a mi prima por el mar.  
Buena ocasión, justo intento.

(Entra DON JUAN.)

D. JUAN. (Aquí está el Rey. Bien será  
pedirle licencia.)

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice "descuidos".

(1) Este verso está, sin duda, errado.



REY. (Ansí  
podré apartarle de mí,  
y nunca vuelva de allá.)  
¿Es don Juan?

D. JUAN. Yo soy, señor.

REY. ¿Qué quieres?

D. JUAN. El honor mío  
está puesto en desafío.  
Yo precio tanto mi honor,  
que, para volver por él,  
te vengo a pedir licencia.  
REY. Cosas de tanta prudencia  
no se han de hacer de tropel.  
Yo te quiero bien, don Juan;  
y desde que te amparaste  
de mí, en mis hombros dejaste  
las que cuidado te dan.  
Yo he escrito a España, y allá  
trata tus paces mi tío,  
y salir al desafío  
hacerme agravio será.  
Demás, que me has de servir  
cuando Casandra se parta,  
que hoy sé por aquesta carta  
que ya es forzoso partir.  
A vista de la ciudad  
está ya el Dinamarqués  
que viene por ella, y es  
hombre de gran calidad  
y a quien puedo confiar;  
pero parece mejor  
que un hombre de tu valor  
vaya a servilla y honralla.  
Esto has de hacer, y ansí luego  
te apresta para el camino.

D. JUAN. A tu voluntad me inclino  
y a mi propio honor me niego.

(Vase el REY.)

¡Ay de mí! ¿Qué mayor mal  
me pudiera suceder  
como que tengo de ser  
¡oh, Casandra celestial!  
quien te lleve a mi enemigo,  
quien tus bodas acompañe?

(Sale CASANDRA.)

CASANDRA. Ya que no hay mal que me dañe,  
muera yo hablando contigo.  
¡Ay, don Juan! ¿Qué desventura  
es ésta?

D. JUAN. No sé, que agora

me dió la nueva, señora,  
el Rey. ¡Qué poco el bien dura!  
Pues después que me avisó  
de que a España escrito había  
y que mis paces hacía,  
la guerra me publicó.  
Dice que vaya contigo,  
Casandra; en esta jornada  
mejor será que a la espada  
de mi español enemigo.  
Máteme Tello en París,  
y no en Dinamarca el ver  
que eres de Carlos mujer.

CASANDRA. Ojos, ¿que aquesto sufrís  
y no os deshacéis llorando?  
¡Desdichado corazón,  
si no es esta la ocasión,  
pregúntale al alma cuándo!  
La Reina me dijo a mí  
lo que a ti el Rey.

D. JUAN. Y yo agora  
pido licencia, señora,  
para apartarme de ti.  
A París voy, y está cierta  
que nunca este brazo mío  
se defienda al desafío  
que mi contrario concierta.  
Yo daré presto lugar  
para que me rompa el pecho.

CASANDRA. Si mi llanto es de provecho  
para poderte obligar,  
por él te ruego, español,  
me acompañes en la nave;  
no permitas que se acabe  
tan presto a su lumbré el sol.  
Vente conmigo a embarcar  
que, en llegando a las riberas,  
juntos, como tú lo quieras,  
nos echaremos al mar.

D. JUAN. No es, mi señora, no es justo  
que esa vida aventuréis.  
Mas como vos estiméis  
la mía por vuestro gusto,  
haced de suerte, pues vale  
la industria donde faltó  
fuerza, que no os pierda yo  
y que este amor nos iguale.  
Fingid una enfermedad,  
quedaos por agora aquí;  
puesto que perdáis por mí  
ser reina, ser majestad,  
que yo perdiera por vos

los imperios de la tierra  
y cuanto en su centro encierra,  
y todo lo que no es Dios.

CASANDRA. ¿Enfermedad?

D. JUAN. ¿Por qué no?

CASANDRA. Sospecho que dices bien.  
Mas hay un daño también.

D. JUAN. ¿Daño no perdiéndoos yo?

CASANDRA. Pues ¿no, si estando en la cama  
no tengo de verte?

D. JUAN. Puedes  
verme, como sola quedas,  
fiando de alguna dama,  
este pensamiento mío,  
y entrar yo de noche a verte.

CASANDRA. ¡Oh, Amor, que vences la muerte,  
terribles cosas te fío!  
Ahora bien, voime a enfermar.

D. JUAN. Y a decirlo a Silvia todo.

CASANDRA. ¿Y de escribirme habrá modo?

D. JUAN. Di que te quieres sangrar  
y entrará dentro Monzón,  
siempre que a llamarle envíes,  
para que en sus manos fies  
el papel del corazón.

CASANDRA. ¿Sabrálo fingir?

D. JUAN. Muy bien.

CASANDRA. Dile que aprenda a sangrar,  
porque me puede obligar  
a ejecutarlo también.

D. JUAN. Vete adiós, enferma mía.  
Mas ¿fuera mucho que viera  
el pulso?

CASANDRA. Todo me altera  
y todo Amor lo confía.  
Mírale, que yo te juro  
que está en él el corazón.

D. JUAN. Los dos dedos pocos son  
para ver lo que procuro.

CASANDRA. Acaba, toma la mano,  
que no es cuenta de perdones,  
que no es bien que en ocasiones  
se pierda el honor en vano.  
Ya la mano has merecido,  
pues ya es imposible ser  
de otro en el mundo mujer;  
solo serás mi marido.

(Vase.)

DON JUAN.

¡Oh, sumo bien! ¡Oh, gloria inestimable!  
Bien empleado y justo atrevimiento.

Amor es Dios, en fin; la prueba siento  
en lo que quiere ser comunicable.

¡Oh, fortuna inconstante, agora estable  
en la inquietud del mismo pensamiento!

Si fueses en mis bienes firmamento,  
fábula ha sido el nombre de mudable.

¡Oh, Amor! Perdona tu real decoro  
las dulces quejas, las infamias dichas  
a tu grandeza, que desde hoy adoro.

Prometa el eco a mis desdichas dichas,  
que, como se quilata en cobre el oro,  
se conoce el amor en las desdichas.

(Entrese, y salgan el MARQUÉS OCTAVIO y FABRICIO.)

FABRICIO.

Maravillado estoy de lo que dices.

OCTAVIO.

Yo fuí el que puse anoche los carteles  
por ausentar al español de Nápoles  
y matarle, Fabricio, en el camino.  
Mas mire cuán en vano se fatiga  
la envidia contra aquel que favorece  
con ánimo gallardo la fortuna;  
pues cuando ya aprestaba su viaje  
el Rey le ha detenido y le ha mandado  
que acompañe su prima a Dinamarca.

FABRICIO.

El Condestable dicen que ha venido,  
y la salva que han hecho lo publica.  
Pero pienso, Marqués, que se dilate  
la jornada si el mal que de improviso  
a Casandra le dió pasa adelante,  
con tan grandes desmayos y tristezas,  
que da que sospechar a cuantos saben  
que no gusta de aqueste casamiento.

OCTAVIO.

¿De ser reina no gusta?

FABRICIO.

No lo entiendo;  
pero parece que es el mal fingido.

OCTAVIO.

Fingido o cierto, de su mal resulta  
todo mi bien, que en su partida tengo  
el fin determinado de mi vida.

FABRICIO.

La venida fué cierta. El Rey es éste,  
y el Condestable.

OCTAVIO.

¡Oh, Cielos! Si es posible  
que a quien se quiere bien mal se desee,  
crezca el mal de Casandra; que más quiero  
que la goce la muerte en tierra propia  
que un extranjero Rey en reino extraño,  
pues de eso me resulta menos daño.

(Sale el CONDESTABLE DE DINAMARCA, el REY y acompañamiento.)

CONDEST. Parece que en suerte mía  
esta desdicha sucede.

REY. El mal. Condestable, excede  
y aquel frenesí porfía;  
mas como fué de improviso,  
podemos imaginar  
que así la pueda dejar.

CONDEST. ¿Dióle vuestra alteza aviso  
de que en Nápoles estoy?

REY. Eso le ha dado alegría.

CONDEST. Verla, gran señor, querría.

REY. Licencia de verla os doy  
luego que un poco sosiegue.

(Sale FABIO.)

FABIO. Creciendo va el mal.

REY. ¿Qué hay, Fabio?

FABIO. Ten paciencia, como sabio,  
aunque el dolor te lo niegue,  
porque el mal pasa adelante.

REY. Haz cuenta que a mí me ha dado.

CONDEST. No, sino a mí, que he llegado  
en ocasión semejante.

FABIO. Dame licencia, que voy  
a llamar un cirujano  
que ha venido, castellano.

REY. Licencia, Fabio, te doy  
con la tristeza que puedo.

¿Manda el médico sangralla?

FABIO. Piensan que quiere ahogalla  
el mal.

REY. De eso tengo miedo.

CONDEST. Será abundancia de humor.  
Allá estará buena luego.

FABIO. Escribiendo queda un pliego  
al Rey con mucho dolor.

REY. ¿Quién tendrá en esto paciencia?  
Ve corriendo.

FABIO. Voy volando.

(Vase FABIO.)

CONDEST. Si está escribiendo y hablando,  
dame de verla licencia.

REY. Entrad solo.

CONDEST. El Cielo guarde  
tus años. A verla voy.

(Vase el CONDESTABLE.)

REY. En más confusión estoy,  
más sospechoso y cobarde.  
Ya se queda aquí don Juan.  
Pues si yo a Francia le envío  
a intentar el desafío,  
donde esperándole están,  
la Reina vendrá a tener  
sospecha de estos recelos,  
y dar a entender los celos  
es infamar la mujer.  
Como hasta verse desnuda,  
más que en el mismo tormento,  
niega y tiene firme intento  
y pone el secreto en duda,  
así la mujer es buena  
hasta que la pidan celos.  
que, corridos estos velos,  
corre al agravio sin pena.  
Matarle es más acertado,  
y esto fiarlo de mí,  
pues con ánimo nací,  
valiente y determinado.  
De noche, o en la campaña,  
fingiendo caza o camino,  
darle muerte determino  
y enviarle en cartas a España.  
Don Juan de Mendoza ¡Cielos!,  
que llaman alanceador,  
viene a darlas en mi honor  
con el hierro de estos celos.  
No más: esto se ha de hacer  
de una vez, y por mi mano.  
¿Octavio?

OCTAVIO. ¿Señor?

REY. (Que en vano  
calla el agravio el poder.)

Tristezas me dan dolor.  
Vamos al campo una tarde.

OCTAVIO. No tengas, que Dios te guarde,  
pena de este mal, señor,  
que pienso que el alegría  
del dichoso casamiento  
hará que mude aposento  
tan triste melancolía.

¿Qué hay del español don Juan?

REY. Pacés trato con don Tello.

OCTAVIO. ¿Y el español viene en ello?



REY. Mientras tratándose están,  
no pierde don Juan honor  
en no ir al desafío.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. (Mal puede el cuidado mío  
dormirse, siendo de amor.)

REY. (Disimula, que está aquí,  
y vente conmigo, Octavio.)  
(Hasta de verle me agravio.)

(Vanse el REY y OCTAVIO.)

D. JUAN. El Rey se esconde de mí.  
Sin duda que le doy celos  
de Casandra, y que la adora.  
¿Cómo sabré de ella ahora?  
Abridme camino, Cielos.  
Pero ¿quién sale de allá?

(Dos PAJES, uno con una fuente y otro echando  
agua a MONZÓN, que viene en cuerpo, lavando  
una lanceta y un listón en la pretina.)

MONZÓN. Vaya echando poco a poco.

PAJE. ¡Lindo barbero español!

SEGUNDO. Vos habéis sangrado al sol.

MONZÓN. Estoy de contento loco.  
¿Han visto mejor sangría?

D. JUAN. ¡Cielos! Aqueste es Monzón.  
¿Si puso en ejecución  
lo que Casandra decía?)

PAJE. Dalde vos esa toalla.

MONZÓN. (Bizarro oficio es barbero,  
pues siendo un pobre escudero  
paje del Rey viene a dalla.)

D. JUAN. (Sin duda que la sangró.  
¿Qué lo dudo? ¿Hay tal locura,  
y mejor diré ventura,  
si no la mancó o mató?)

(Sale SILVIA, dama.)

PAJE. Tomad la capa y sombrero.

MONZÓN. Todo es honrar la sangría.

SILVIA. ¿Maestro?

MONZÓN. ¿Señora mía?

SILVIA. Aquí aparte hablaros quiero.  
(Dale un papel.)

(Esto, y no por paga, os da  
la Reina de Dinamarca.

MONZÓN. ¡Jesús! No, no.)

SEGUNDO. (Bien lo abarca.

PAJE. Joya, sin duda, será,  
pues en la mano le cabe.)

SILVIA. (Adiós.

MONZÓN. Él os guarde a vos.)

SEGUNDO. Maestro, adiós.

MONZÓN. A los dos  
guarde.—¿Hay suceso más grave?

(Vanse los PAJES y SILVIA.)

D. JUAN. ¿Ce, ce, Monzón?

MONZÓN. ¿Quién es?

D. JUAN. Yo.

MONZÓN. Apenas tengo la risa.  
Llega presto, llega aprisa.

D. JUAN. ¿Sangróse?

MONZÓN. Ya se sangró.

D. JUAN. ¿Qué dices?

MONZÓN. Que no se pudo  
humanamente excusar.

D. JUAN. ¿Y supístela sangrar?

MONZÓN. ¿Cómo? Que ¡por Dios! que dudo  
que con una ballestilla  
me pueda albéitar ganar;  
y allá todo es alabar  
el barbero de Castilla.

D. JUAN. Celebrar a los extraños  
es muy propio de señores,  
que más quieren sus errores  
que los propios desengaños.  
En siendo extranjero un hombre  
es oficial excelente;  
libro en lengua diferente  
siempre tiene mayor nombre.  
Pero, di, ¿cómo tomaste  
aquel brazo celestial?  
¿Cómo aquel rojo coral  
del blanco cristal sacaste?  
¿No te turbaste?

MONZÓN. ¿De qué,  
yendo tan bien enseñado?  
Trece mozos he sangrado  
y a los catorce manqué.

Corra por tu cuenta el daño,  
que me enseñaste a barbero.

D. JUAN. Dímelo todo primero.

MONZÓN. Fuera detenerme un año. (1)  
Llegué, diéronme el listón,  
las vendas y el cabezal,  
así el brazo de cristal  
y échele la bendición;  
llamé la sangre...

(1) En la edición de Madrid, 1617, este verso  
y los cuatro siguientes se atribuyen a don Juan  
por evidente errata.

D. JUAN.                                ¡Ay de mí,  
que me has llamado la mía!

MONZÓN. Muestra, haréte una sangría.

D. JUAN. No está el corazón aquí.

MONZÓN. “Gran Reina de Dinamarca  
—dije—, volved las estrellas.”  
Y pregunté a las doncellas  
qué vena, y dijo del arca  
una ninfa que alumbraba,  
más flaca que una bujía.  
Ya la vena azul se vía,  
ya la sangre me llamaba.  
¡Tris!, pico, y dijo: “¡Oh, qué  
Luego una dueñaza anciana [bien!”  
aplicó una porcelana  
de la China y yo también,  
y vieras salir claveles  
de entre aquel jardín nevado.  
Yo entonces, más asombrado  
que un gato con cascabeles,  
mido cinco onzas al ojo,  
mojo el limpio cabezal,  
ato la venda al cristal  
y voy cogiendo el despojo.  
Salgo, lávome; salió  
Silvia a pagar la sangría  
y, cuando el cinco ponía,  
este papel me encajó.

D. JUAN. Muestra, historiador famoso;  
muestra, poeta gentil,  
de aquel trágico marfil  
y aquel coral vergonzoso;  
muestra y dame aquel listón,  
zodiaco de aquel cielo,  
que fué pretina del hielo  
que me abrasa el corazón.

MONZÓN. Este es el listón. Mas mira  
que importa luego leer.

(Lea.)

D. JUAN. “Pienso que bien se ha de hacer,  
bien mío, nuestra mentira,  
supuesto que estoy con pena  
si Monzón me ha de sangrar.  
Pero ¿qué me puede dar  
pena si mi bien lo ordena?  
Esta noche acudirás  
a la puerta del jardín.”  
¿Hay ángel, hay serafín  
que diga ni escriba más?

MONZÓN. No, por cierto. Quedo, quedo,  
no beses tanto el papel.

D. JUAN. Haré locuras con él.

MONZÓN. Tengo a que le rasgues miedo.  
Pero mira que anochece  
y es menester acudir.

D. JUAN. Hoy, Monzón, has de morir.

MONZÓN. ¿Dónde?

D. JUAN. ¿Dónde te parece?

MONZÓN. Diría yo que a la puerta  
del jardín, si alguien nos siente.

D. JUAN. Hoy veré, Monzón valiente,  
si tu voluntad concierta  
con la que te tengo a ti.

MONZÓN. Vamos, y déjame hacer.

D. JUAN. Casandra es ya mi mujer.

MONZÓN. ¿Cierto?

D. JUAN. Ella dice que sí.

(Vanse, y salen SILVIA, dama, y un JARDINERO.)

SILVIA. Vos me habéis de recoger  
todos esos jardineros.

JARDINERO. Andan algo placenteros,  
y no sé cómo ha de ser;  
pero de cualquiera (1) modo  
no quedará en esta huerta  
labrador de puerta a puerta.

SILVIA. Florindo, miraldo todo.

JARDINERO. ¿Qué es lo que queréis hacer?

SILVIA. Quiere pasearse aquí  
Casandra.

JARDINERO. ¿La enferma?

SILVIA. Sí.

JARDINERO. Yo los voy a recoger.

SILVIA. Sea con mucho cuidado.

(Sale CASANDRA y vase el JARDINERO.)

CASANDRA. ¿Fuése?

SILVIA. Ya, señora, es ido.

CASANDRA. ¿Con qué temor he salido!

SILVIA. Y ¿qué disculpa has dejado?

CASANDRA. Mi propia melancolía,  
diciendo que al huerto voy,  
y no dirán dónde estoy  
aunque aquí nos halle el día.

SILVIA. ¡Ay, Casandra, quién creyera  
que a esto un hombre te obligara!

CASANDRA. En que no soy yo, repara,  
la desdichada primera.  
Siéntate y háblame bien  
en aquel bello español.

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen “cualquier”.

SILVIA. Digo...

CASANDRA. ¿Qué dices?

SILVIA. Que es sol.

CASANDRA. Llámale rayo también.  
Si fuera sol, calentara;  
pues mata, debe de ser  
rayo.

SILVIA. Llaman.

CASANDRA. ¿Qué placer!  
Abre, y en la voz repara.

SILVIA. Voy.

CASANDRA. Mi determinación  
ya no tiene qué mirar.

SILVIA. Ea, bien podéis entrar.  
(Salen DON JUAN y MONZÓN.)

D. JUAN. Yo soy don Juan.

MONZÓN. Yo Monzón.

SILVIA. Allí está Casandra, llega.

D. JUAN. ¡Señora mía!

CASANDRA. ¡Mi esposo!  
Siéntate.

D. JUAN. Estoy temeroso.  
Veo que el amor te ciega.

CASANDRA. Siéntate, que no hay temor  
donde hay amor.

D. JUAN. Es verdad.

CASANDRA. Dime aquí tu voluntad.

D. JUAN. Digo que soy todo amor.

CASANDRA. ¿Requiebran así en España?

D. JUAN. Caen aquestos amores  
hacia Portugal.

CASANDRA. Mayores  
parecen de tierra extraña.

SILVIA. (Siéntese, señor barbero.

MONZÓN. Si vuesa merced me da  
licencia...

SILVIA. Siéntese ya.

MONZÓN. ¿Con vos?

SILVIA. Conmigo.

MONZÓN. Eso quiero.  
Anda con buenos, y, en fin,  
vendrás a ser uno de ellos.

SILVIA. Mientras se requiebran ellos,  
si te convida el jardín,  
cuéntame, amigo Monzón,  
tus amores, si los tienes.

MONZÓN. ¿Mis amores? De humor vienes.  
Mas dame un poco atención.  
Érase que se era... (1)

SILVIA. Di.

MONZÓN. Y que norabuena sea.  
Yo me enamoré en España  
de una moza montañesa,  
a pedazos gorda y magra  
como ijada extremeña,  
discreta como bellaca  
y más falsa que discreta.  
De esto de cox al estribo  
más determinada y diestra  
que una mula de alquiler  
o que una posta gallega.  
Érase cierto pasante  
que andaba de amor con ella,  
y éranse dos boticarios...

SILVIA. ¡Válame Dios! ¿Tantos eran?

MONZÓN. Eran tantos, que podían  
servir en una primera,  
y a ninguno entraban (1) oros,  
que siempre eran flujes de ella.  
Concertónos una noche  
a las horas que anda en pena  
el que no tiene dineros,  
pues no es posible que duerma.  
Fuí yo, fueron los hermanos  
de la dulce girapliega,  
y fué el cuitado pasante,  
todos en horas diversas.  
¡Mira qué lindo vocablo!

SILVIA. Lindo tu suceso sea.

MONZÓN. Ya ¿cómo lo puede ser  
habiendo parado en leña?  
Metiéndonos iba a todos;  
luego, en tocando a la puerta,  
el socarrón del marido,  
en unas sacas de jerga...  
¿Jerga no se dice acá?

SILVIA. ¿Qué es jerga?

MONZÓN. No es estameña.  
Sea lo que fuere, en fin.  
Nos ató por las cabezas.  
Vino el soberbio villano,  
pidió a su mujer la cena,  
respondió: "Jerga, marido",  
y él replicó: "Va de jerga."  
Y con un tronco de olivo,  
tranca antigua de una puerta,  
al tiempo que Dios quería,  
como dicen los poetas,

(1) En las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dice este renglón: "Erase que sea".

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice "entrevan".



de manera sacudió  
la jerga, que en nuestra tierra  
no hay hombre que no repare  
en oyendo decir jerga.

SILVIA. ¡Notable suceso!

MONZÓN. ¡Extraño!

SILVIA. Un poco mira a tragedia.

MONZÓN. Hay preceptos en los cuentos,  
hay arte también, o artesa;  
que hay personas que sin arte  
no escribirán a su abuela,  
porque lo manda Platón  
y Aristóteles lo enseña.  
Yo me duermo, que he bebido.  
Si quieres darme licencia,  
con cuatro dedos de falda,  
aunque atrevimiento sea,  
iré a buscar la mañana  
soñando montes y selvas,  
al dios Baco y a Neptuno  
entre dos tinajas nuevas,  
el uno diciendo gracias  
y el otro echando soletas.)

CASANDRA. ¿Don Juan?

D. JUAN. ¿Señora?

CASANDRA. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¡Vive Dios! ¡Gente en la huerta!

CASANDRA. ¡Vendida soy! ¿Si es mi primo?

SILVIA. Alzate, Monzón, no duermas.

MONZÓN. ¿Andan moros en la costa?

CASANDRA. La gente, Silvia, se acerca.—  
Ven, don Juan, a mi aposento,  
porque si en la huerta quedas  
te han de matar.

D. JUAN. Si es por ti,  
¿qué vida espero más cierta?

(*Íase DON JUAN y CASANDRA.*)

MONZÓN. Y yo, ¿qué tengo de hacer?

SILVIA. Aquí hay, Monzón, una alberca  
adonde meterte puedes.

MONZÓN. ¡Lindamente me aconsejas!

SILVIA. No tiene un estado de agua.

MONZÓN. Mas que nunca le tuviera.  
Voime a echar. Dios sea conmigo.  
Vengástete, Fuentidueña.  
Adiós, vino, que a ser voy  
pez Nicolao o ballena  
de esta inventora de berros,  
camarón, rana y truchuela.

ACTO TERCERO

*Del mal lo menos.*

(*Sale el REY de caza, el MARQUÉS OCTAVIO, FABRICIO y MONZÓN, y FABIO y DON JUAN.*)

REY. La noche nos ha cogido  
sin haber muerto un venado.

OCTAVIO. Desdicha notable ha sido,  
que no falta de cuidado.

REY. Vengo, Octavio, divertido,  
pues pasar sin mi Beatriz  
la noche, es cosa infeliz.

FABRICIO. Si tanto amor te desvela,  
aquí hay lumbre y calderuela;  
desvela alguna perdiz.

REY. Es corto entretenimiento  
para un hombre como yo  
que adora su casamiento.

FABIO. La noche ocasión me dió  
a este humilde pensamiento.

REY. En la voluntad resuelta  
anda la memoria suelta.  
Duerman, Fabio, las perdices,  
Mejor es cazar Beatrices  
dando a Nápoles la vuelta.  
¿Hola? Un caballo me dad.

FABRICIO. ¿Iremos todos contigo?

REY. Aquí todos me esperad,  
no vaya nadie conmigo.

D. JUAN. (¡Quién volviera a la ciudad!)  
Señor, no vaya tu alteza  
solo por esta maleza.

REY. Si mandas, yo iré contigo.  
Pues ven tú solo conmigo.

D. JUAN. (Ya voy, divina belleza.)

REY. (¡Vive el Cielo, que por ver  
a Beatriz debe ser  
el ansia que éste ha tenido!  
¿Cómo que un hombre atrevido  
cse mirar mi mujer?  
Yo le mato en el camino  
fingiéndole apearne.)

D. JUAN. (¡Cielos,  
veré su rostro divino!)

REY. (Perdona, Amor, que, con celos,  
vienes a ser desatino.)

(*Íanse el REY y DON JUAN.*)

OCTAVIO. ¿Qué haremos?

FABIO. Tratar de hacer  
noche en aquesta cabaña.

OCTAVIO. Yo me pienso entretener  
con la cosa más extraña  
que me pudo suceder.

FABIO. ¿Cómo?

OCTAVIO. Aquí queda el criado  
del español arrogante,  
y, regalado o forzado,  
me ha de decir de su amante  
dueño el venturoso estado.

FABIO. A solas puedes hablalle.

OCTAVIO. Déjame, que yo sabré  
engañalle y preguntalle.

FABIO. ¿Él no sirve?

OCTAVIO. Sí.

FABRICIO. Yo sé  
que es imposible que calle.

(*Vanse OCTAVIO, FABIO y FABRICIO.*)

MONZÓN. Puesto en confusión estoy.  
Don Juan con el Rey es ido  
por ver a Casandra, que hoy  
de los dos concierto ha sido,  
y no podrán si no voy.  
La noche es triste y oscura  
y amenaza tempestad  
peligrosa la espesura;  
pero para mi lealtad  
una es clara, otra segura.  
Si aquésta no le acompaña,  
él se pierde. Adiós, montaña,  
que esta hazaña digna es  
de un hidalgo montañés  
de los Monzones de España.

(*Vase, y sale el REY, con la espada desnuda, y Don  
JUAN huyendo.*)

D. JUAN. Deténgase vuestra alteza  
y diga por qué me mata.

REY. Cuando un hombre de mis prendas  
saca para ti la espada,  
bien conocerás, don Juan,  
que es honra.

D. JUAN. Señor, aguarda,  
diré la verdad de todo.

REY. ¿Tú en mi casa? ¿Tú en mi casa?  
¿Tú miras al mismo sol?

D. JUAN. Escucha, y después me mata.

REY. ¿Qué disculpa puedes darme?

D. JUAN. En fin, ¿fingiste la caza  
y el camino de esta noche  
para tu injusta venganza?

REY. ¿Qué llamas venganza injusta  
donde es la ofensa tan clara?

D. JUAN. Mi desigualdad confieso,  
porque es la prenda tan alta;  
en lo demás, yo, señor,  
soy de lo mejor de España;  
porque como un gran pintor  
hace en un poco de tabla  
una imagen de colores  
digna de pesarse a plata,  
así el varón, si es famoso,  
aunque la mujer sea baja,  
hace una figura ilustre,  
digna de toda alabanza.  
Don Rodrigo fué mi padre,  
yo la figura que saca;  
si mi madre fué la humilde,  
no repares en la tabla.

REY. Pues ¿qué me importa que seas  
lo mejor de Italia y Francia  
para quitarme el honor?

D. JUAN. Oye la causa.

REY. ¿Qué causa?

D. JUAN. A entrambos nos concertó  
una estrella, una esperanza  
del fin honesto.

REY. ¿Qué fin?

D. JUAN. Casarnos.

REY. ¿Maldad extraña!

Pues ¿pensábades matarme?

D. JUAN. ¿Matarte? Pues ¿qué importancia  
de matarte se seguía?

REY. ¿Reventando estoy de rabia!  
Pues viviendo yo ¿tratastes  
casaros en ley cristiana?

D. JUAN. No hubiera llegado a tanto,  
gran señor, nuestra desgracia  
si por la huerta una noche  
no vinieras a buscarla.

Por esconderme de ti  
detrás de su misma cama  
estuve hasta que tú fuiste  
después hablando hasta el alba.

REY. ¿Santo Dios! ¿Tú con Beatriz?

D. JUAN. Pues ¿quién, gran señor, te trata  
de la Reina, mi señora?

REY. ¿No es ella?

D. JUAN. No.

REY. ¿Quién?

D. JUAN. Casandra.

REY. ¿Casandra? ¿Mi prima?

D. JUAN. Sí,

que por eso te contaba  
mi desigualdad y el fin

REY. que en el casamiento pára.  
¿Casandra te tiene amor?

D. JUAN. ¿Luego tú, señor, pensabas otra cosa?

REY. (¡ Ah, celos, celos, cuál me habéis tenido el alma! ¿ Hay desatino mayor? )  
Don Juan, no pienses que daba culpa a Beatriz, sino a ti.

D. JUAN. Señor, en prenda tan alta, en tal virtud y valor claro está que no llegara, para que le hiciera ofensa imaginación humana.

REY. ( Ahora bien, *del mal lo menos*. Mal es que aquéste en España tan humilde a gozar venga todo lo mejor de Italia; pero, en fin, es menos mal que se case con Casandra que no que en mi propio honor tan oscura mancha caiga. ¡ Terrible caso es que esté ya por conciertos casada, y de voluntad de todos, con el Rey de Dinamarca, y que don Juan de Mendoza ponga en mi palacio escalas, y que por él, siendo Rey, quiebre a otro Rey la palabra. Pero si mayor ofensa me puso en desdicha tanta, corazón, *del mal lo menos*, y demos al Cielo gracias. Tenga lugar la prudencia, que, si el honor se restaura, bien puede darse una prima, que ha sido cuerda tan baja, cuanto más que bien podrán, pues dió en ella la desgracia, subiendo a don Juan, hacer los dos una consonancia. Títulos y principados tengo ricos en Italia. Honrarle y casarle quiero, que ser Mendoza le basta, pues que por padre lo tiene para que iguale a mi casa, que no es la primer corona que habrán tenido sus bandas.) ¿ Don Juan?

D. JUAN. ¿ Señor?

REY. Esto es hecho.  
La espada pongo en la vaina. Por su cruz, que no me pesa, ya que es hecho, que en ti caiga, que eres hombre de valor y Mendoza. Pero es tanta mi sospecha, que has de hacer dos cosas y asegurarla.

D. JUAN. Beso tus reales pies.  
Dime, señor, qué me mandas.

REY. Lo primero, has de hacer pleito homenaje, a fuer de España, metiendo tu mano en éstas, que eternamente no salga de tu boca que he tenido celos de ti.

D. JUAN. ¿ No bastaba la importancia y ser quien eres? Aunque yo tan poco valga, pongo la mano en las tuyas. Juro el homenaje.

REY. Basta.  
Mas la otra condición escucha.

D. JUAN. Di lo que falta.

REY. Contigo oculto esta noche tengo de ver si te ama Casandra.

D. JUAN. Yo soy contento.

REY. Mas no has de decirle nada.

D. JUAN. No le diré cosa alguna.

REY. Pues los caballos desata, y entremos en la ciudad, que ya la noche se pasa.

D. JUAN. (¡ En qué peligro me he visto! )

REY. ( Pues es fuerza que las haya, *del mal lo menos*, sospechas, y dejadme libre el alma. )

( Vanse, y salen SILVIA y CASANDRA. )

SILVIA. La noche pasa y no viene.

CASANDRA. Prometióme que vendría.

SILVIA. Si le halla volviendo el día, peligro el secreto tiene.  
¿ Cómo puede ya volver ni estar aquí si es tan tarde?

CASANDRA. Todo me tiene cobarde.  
Mas ya morir o vencer. No es aqueste el mayor daño, sino el decir que ya viene mi esposo, porque no tiene de mi salud desengaño.



Cartas tengo que es, sin duda,  
y que se quiere embarcar  
secreto.

SILVIA. Bien puede el mar,  
que tantos sucesos muda,  
sosegar tu corazón  
con sepultarle en su arena.

CASANDRA. Mal puede esperar mi pena  
remedio en tal confusión.  
Si viene el de Dinamarca  
querrá mi primo casarme,  
porque a sólo visitarme  
no creas que el Rey se embarca.  
Pues ¡triste!, ¿cómo ha de ser  
adorando mi español,  
siendo más claro que el sol,  
Silvia, que soy su mujer?  
¡Ay de mi ventura triste  
si porfían a casarme!

SILVIA. ¿Qué piensas hacer?

CASANDRA. Matarme.

SILVIA. Espera, sufre y resiste,  
que todo se hará mejor.  
Volver quiero por la huerta  
a ver si toca a la puerta,  
para entretener tu amor.

(Vase SILVIA.)

CASANDRA.

Hermosas plantas, árboles y flores  
que los rayos del sol resplandecientes  
mostraban con esmaltes diferentes  
y a quien la noche encubre los colores.  
Dormidas aguas, que a los ruisenores  
enseñáis a cantar en las corrientes  
de estas sonoras cristalinas fuentes,  
que no os dirán hasta el aurora amores.

Si sentís que la noche oscura y fría  
os prive de la luz, cuya presencia  
os causa tanta gloria y alegría,  
también duerme mi bien. Tened paciencia,  
que todo es noche hasta que venga el día;  
mas no la puede haber donde hay ausencia.

(Sale DON JUAN y el REY.)

D. JUAN. ¿Si habrá salido a esperarme?  
Quédese aquí vuestra alteza.

REY. Bastante es esta maleza  
para encubrirme y guardarme.

D. JUAN. Cuantos días ha fingido  
estar enferma me habló  
aquí las noches.

REY.

Que yo  
lo vea, don Juan, te pido.

CASANDRA. (Rumor oigo. ¿Si es mi bien  
o me engaña alguna fuente  
que ha aprendido su corriente  
a decir "¡Mi bien!" también?  
Un hombre veo.) ¿Sois vos,  
mi señor?

D. JUAN. ¡Casandra mía!

CASANDRA. Tardaste. Acércase el día.

D. JUAN. No he podido más ¡por Dios!  
Quiso el Rey venir a ver  
su esposa, y, por no encontralle,  
rodeé una legua a un valle,  
que es lo más que pude hacer.  
Ya, en efeto, estoy aquí,  
que basta, en premio, que veo  
todo el bien de mi deseo.  
¿Esperaste mucho?

CASANDRA. Sí.

Mas ¿no topaste al entrar  
con Silvia?

D. JUAN. No.

CASANDRA. Mucho tengo  
que hablarte.

D. JUAN. A saberlo vengo.

REY. (¿Qué tengo ya que dudar?  
Los amores y los brazos  
a un tiempo miré y sentí;  
que aunque los brazos no vi,  
en fin, sentí'los abrazos.  
Mucho de mi honor perdí.  
¡Ay, ojos, de infamia llenos!  
Pero, en fin, *del mal lo menos*,  
paciencia, y dé el rayo aquí.)

(Sale SILVIA.)

SILVIA. (No suena en toda la huerta,  
fuera del agua, otra cosa.)  
¿Quién es?

REY. Yo soy, Silvia hermosa.

SILVIA. ¿Quién?

REY. El que guarda la puerta.

SILVIA. ¿Quién?

REY. Monzón, ¿no me conoces?  
Mi amo y Casandra están  
hablando.

SILVIA. ¿Qué es de don Juan?

REY. ¿Tengo de decillo a voces?

SILVIA. Mejorado te has de olor.

REY. También lo estoy de vestido.  
Tienta.

SILVIA. ¡Bravo! ¿Cúyo ha sido?

REY. Del buen don Juan, mi señor.

SILVIA. En fin, ¿venistes acá?

REY. Está don Juan de manera que desde el polo viniera donde agora el sol está.

SILVIA. No está menos, mas peor Casandra, que pierde el seso, y temo algún mal suceso, Monzón, de este loco amor. Si lo sabe el Rey, su primo, a los dos ha de matar.

REY. Él sabrá disimular. Mucho su prudencia estimo.

Es hijo de padres buenos don Juan. Si le tiene amor ella, casarse es mejor, porque, al fin, *del mal lo menos*. Pero ¿que está tan perdida?

SILVIA. Desprecia un Rey. ¿No lo ves?

REY. ¿Eslo amor?

SILVIA. Y el mayor es.

REY. ¡Gran dolor!

SILVIA. Quita el sentido.

REY. Yo conozco otro mayor.

SILVIA. ¿Cuál?

REY. Celos.

SILVIA. Ese ya es muerte; y hoy me ha tenido de suerte que casi venció mi amor. Ya sabes cómo yo adoro al conde Fabricio.

REY. Sí.

SILVIA. Pues hoy, delante de mí, habló a Celia.

REY. El conde Floro me dicen que la servía.

SILVIA. Y la sirve. Pero ha dado Fabricio en darme cuidado.

REY. Todo será niñería. Pero ¿de qué está celoso?

SILVIA. De tu amo.

REY. ¿De mi amo?

SILVIA. Sabe Dios que le desamo y que es para mí enfadoso. (Más lo ha sido para mí.)

REY. Un gran placer me has de hacer.

REY. ¿Yo puedo hacerte placer?

SILVIA. Sí, Monzón.

REY. - Mándame y di.

SILVIA. Este papel has de dar a Fabricio.

REY. Muestra.

SILVIA. Ten.

CASANDRA. (Rumor sienta.)

D. JUAN. Yo también.

CASANDRA. Sol, yo me voy a acostar mientras veis el otro polo.) ¿Silvia?

SILVIA. ¿Qué?

CASANDRA. Vamos de aquí.

D. JUAN. (Mi bien, acordaos de mí.

CASANDRA. Vos sois mi cuidado solo.)

SILVIA. (Monzón, ¿darás el papel?

REY. ¿Eso dudas?

SILVIA. Pues adiós.)

(Vanse SILVIA y CASANDRA.)

D. JUAN. ¿Qué dices?

REY. Que os vi a los dos, y aunque fué cosa cruel para mis ojos, ajenos de ver desatino igual, como temí mayor mal, les dije: *Del mal lo menos*. D. JUAN. ¿Satisfecho estás, en fin?

REY. Don Juan, satisfecho estoy. A ver a Beatriz me voy. Salte, don Juan, del jardín; pero lleva en la memoria que al campo no he de volver, que si fuí fué por saber esta mi celosa historia. A llamar la gente envía y este papel da a Fabricio, que basta hacer este oficio contigo.

D. JUAN. Saber quería cúyo es aqueste papel.

REY. De Silvia, que me ha contado, fingiéndome tu criado, que está enojada con él.

D. JUAN. Yo haré, señor, que le lea.

REY. Dásele, don Juan, y vete, que basta ser tu alcahuete, sin que de tantos lo sea.

(Vanse, y sale el REY DE DINAMARCA y el CONDESTABLE y acompañamiento.)

REY DE DINAMARCA.

En esa isla con algún espacio tratemos, Condestable, lo más justo, que no se acierta mal lo bien pensado.

CONDESTABLE.

Yo no quisiera verte enamorado.

## REY DE DINAMARCA.

Retratos siempre lisonjeros, fama  
que aumenta en las distancias lo que oye,  
me tienen de tal suerte por Casandra,  
que vengo, como ves, con tal peligro,  
enfermo de su amor a ver la enferma.

## CONDESTABLE.

Yo te prometo que la fama dice  
menos de la verdad; porque aquel día  
que vi a Casandra en la bordada cama  
representando a Venus o a Cleopatra,  
me pareció que la Naturaleza  
afinó las colores y pinceles.  
Volverte ya parece que no es justo;  
ir público deslustra tu grandeza;  
de mi consejo, puedes ir secreto  
hablar al Rey y verla y desposarte,  
si te parece lo que a todo el mundo.

## REY DE DINAMARCA.

Pues en tu parecer sólo me fundo.  
Demos velas al viento, que mañana  
tornaremos (1) a Nápoles.

## PILOTO.

Si el viento  
refresca en popa, allá esta noche estamos.

## REY DE DINAMARCA.

¿Tan presto?

## PILOTO.

Sí, señor.

## REY DE DINAMARCA.

Pues iza y vamos.

(Vanse, y salen el MARQUÉS OCTAVIO y FABRICIO.)

OCTAVIO. Presto nos manda volver.  
Todo, Fabricio, le enfada.

FABRICIO. Con razón sólo le agrada  
su bellísima mujer.

OCTAVIO. Escapósenos Monzón.

FABRICIO. Acabemos con don Juan.

OCTAVIO. Dos mil industrias me dan  
para su muerte invención,  
y el mejor medio de todos  
es echar fama que Tello  
viene a matarle y hacello  
público de varios modos;  
y cuando Nápoles crea  
que aquí su enemigo está,  
que viene a vengarse ya  
y que matarle desea,

darle de noche, Fabricio,  
un arcabuzazo.

FABRICIO. Es cosa  
segura, industria famosa,  
y quiero hacerte servicio  
de emplear una pistola  
milanesa en él.

OCTAVIO. ¿Tú?

FABRICIO. Yo,  
que alguna ocasión me dió.

OCTAVIO. ¿Luego no es mi queja sola?

FABRICIO. Déjame hacer.

OCTAVIO. Al terrero  
acude.

FABRICIO. A esta noche aguarda.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. (El oficio me acobarda;  
mas el Conde es caballero.)  
¿Fabricio?

FABRICIO. ¿Quién es?

D. JUAN. Don Juan.

FABRICIO. ¡Oh, valiente español!

D. JUAN. Quiero  
hablarte a solas.

FABRICIO. Ya espero.

OCTAVIO. (¡Válame Dios! ¿Qué hablarán?)

D. JUAN. De Silvia es este papel.  
Que te adora me contó.

FABRICIO. ¿Tú mismo lo traes?

D. JUAN. Yo,  
para servirte con él,  
y todos los que me dieren  
de esta manera serán.

FABRICIO. Sosegado me has, don Juan;  
ya no hay temor que me altere.  
Celoso estuve de ti;  
mas ya conozco mi engaño.  
Ni he de permitir tu daño,  
ni ha de venirme por mí.  
Guárdate de noche, y cree  
que buen porte te he pagado  
de papel.

D. JUAN. ¿Han concertado  
matarme?

FABRICIO. Hay quien lo desee.  
Creo que quieren tirarte  
un arcabuzazo.

D. JUAN. ¿Quién?

FABRICIO. Guárdate, y basta.

D. JUAN. Está bien.

FABRICIO. Yo te sirvo en avisarte.)

(1) En los textos, "tomaremos".



OCTAVIO. El Rey viene. (¿Qué será lo que han hablado los dos?)

D. JUAN. (Octavio es éste, por Dios. Mi vida enojo le da.)

(Sale el REY y la REINA.)

REY.

Esta carta me escribe el Rey de España, y dice que es don Juan pariente suyo.

REINA.

Obligaciones tenéis de honrarle.

REY.

Y tanta, cuanto de hoy más conocerá en mis obras. Es don Juan un gallardo caballero; échasele de ver la buena sangre en todas sus acciones. Los Mendozas tienen estimación por todo el mundo.

REINA.

Gracias a Dios que ya ha llegado tiempo en que habéis conocido tantos méritos, tantas partes, virtudes y alabanzas como en este español celebra el mundo.

REY.

Ni España me escribió, ni he visto carta que me abone las partes que le aplico, que todo nace de mi propia ofensa; y como voy con pensamiento justo de que ha de ser marido de Casandra, voile dando caudal con que lo sea, porque del mal se ha de escoger lo menos, si alguno de los males es forzoso.) ¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Señor?

REY.

En esta carta dice el Rey que eres su deudo, y me encomienda tu amparo y honra. Yo le he respondido que, para que mejor yo pueda hacello, un hábito te envíe de Santiago y la encomienda que le diere gusto.

DON JUAN.

Beso tus pies mil veces, que bien veo que sola tu grandeza levantara un hombre tan humilde de la tierra.

REY.

Levantaos, Almirante.

DON JUAN.

Señor mío,

¿qué dice vuestra alteza?

REY.

Que de Nápoles sois Almirante, y que gocéis su título con el de Mayordomo de mi casa.

DON JUAN.

Mil años guarde el Cielo a vuestra alteza.

REINA.

Y yo también, por la merced y honra que habéis hecho a don Juan, los pies os beso.

REY.

Si vos lo agradecéis de esa manera, poco será, con mi corona, darle la investidura de este reino.

REINA.

El Cielo

os dé la vida que os deseo.

OCTAVIO.

A todos, gran señor, nos alcanza parte de esto.

REY.

Todos debéis holgaros, que es mi gusto.

OCTAVIO.

(En mi vida he tenido tal disgusto.)

REY.

Sospecho que mi prima, que de España también la escriben, honre, ampare y quiera a don Juan de Mendoza, tendrá gusto de saber que le hago mi Almirante.— Entrad, Fabricio, vos; dalde la nueva.

FABRICIO.

Yo voy, y las albricias te agradezco, que no serán de su excelencia cortas, porque sé la merced que a don Juan hace.

OCTAVIO.

(Todo su bien de mi desdicha nace.)

(Sale FABIO.)

FABIO.

Advierta vuestra alteza que se dice por toda la ciudad que está en la playa el Rey de Dinamarca.

REY.

¿De qué suerte está en la playa el Rey, secreto o público?

FABIO.

Secreto, porque viene con secreto;  
público, porque ya lo saben todos.

REY.

(A fuerte tiempo viene el Rey. Sospecho  
que ha de impedir el pensamiento mío.  
¡Oh, Casandra! ¡Oh, mujer! ¿En qué me has  
Vamos, señora, por que demos traza [puesto?]  
en recibir al Rey, que estoy confuso  
en la resolución que tome en esto.

REINA.

No os dé cuidado; y pues secreto viene,  
dejalde hacer lo que él pensado tiene.

(Váyanse los REYES y FABIO.)

OCTAVIO. Agora que el Rey es ido,  
os quiero dar parabién.

D. JUAN. De cualquiera que me den  
seréis, Octavio, servido.

OCTAVIO. Bésoos, señor Almirante,  
las manos, que ese deseo  
de vuestro valor le creo.

D. JUAN. En lo que fuere importante,  
lo que he sido y lo que soy  
seguro podéis tener,  
Marqués, cuán vuestro he de ser.

OCTAVIO. Seguro, Almirante, estoy;  
y en pago de la merced  
que me hacéis, quiero advertiros  
cierta cosa por serviros.

D. JUAN. Yo la recibo.

OCTAVIO. Creed  
que me mueve vuestro amor.  
Tello, aquel vuestro enemigo,  
está aquí.

D. JUAN. ¿Quién?

OCTAVIO. Tello, digo.

D. JUAN. ¿Tello? Mirad que es error;  
que Tello no se atreviera  
a venir donde me ampara  
un Rey.

OCTAVIO. Es cosa tan clara,  
que sé, don Juan, que os espera  
para mataros. Haced  
por guardaros.

D. JUAN. Yo os lo juro.

OCTAVIO. Sólo vuestro bien procuro.

D. JUAN. Hacéisme mucha merced.

OCTAVIO. Si de noche acaso alguna  
queréis salir, avisadme  
con tiempo y con vos llevadme,

y no tentéis la fortuna;  
que vos y yo a dos, y a seis,  
no hay que temer.

D. JUAN.

Sois muy bravo.

OCTAVIO. No es esto porque me alabo.

D. JUAN. Ni es justo que os alabéis,  
que me han dicho que a Fabricio  
y a vos, buen testigo el sol  
de un balcón, cierto español,  
pienso que de bajo oficio,  
os hizo tomar la calle,  
no contra vuestro decoro,  
pues le tuvistes por toro  
y procurastes cegalle  
con dos capas guarnecidas,  
que el hombre después vendió,  
de que más gusto sacó  
que de darles mil heridas,  
porque fué darlas al viento.  
Con esto, si acaso aquí  
viniere Tello y de mí,  
con traición o fingimiento,  
quisiere satisfacción,  
y no como caballero,  
aunque de Tello no espero  
que me acometa a traición.  
Mas por si Jacob después  
fuese a Esaú semejante,  
Nápoles tiene Almirante  
que a Tello y algún Marqués,  
si acaso no se le escapa,  
le pondrá de tal manera  
que, por ir a la ligera,  
vuelva a dejarla la capa.

(Vase.)

OCTAVIO. Enmudecido he quedado;  
no he sabido responder,  
porque es justo enmudecer  
con la vergüenza el culpado.  
¡Oh, fuerza de la verdad,  
freno en la mejor espada,  
que pierde, el alma culpada,  
la acción a su libertad!  
¡Oh, español! Favorecido  
de la fortuna ya estás,  
donde vengarte podrás  
de la envidia que he tenido.  
Ya me espanta tu ventura,  
si tu valor me espantaba;  
hoy mi venganza se acaba  
y está la tuya segura.

¡ Por qué notable camino  
me dijo tantas afrentas!  
¡ Cuán en vano, envidia, intentas  
este loco desatino!  
Mas no faltará ocasión  
de derribarte, enemigo.

(Cuatro LACAYOS sacan en hombros a Monzón.)

SERVIO. ¡ Vitor, Monzón! ¡ Vitor, digo!  
MONZÓN. Quedito.  
JACOBO. ¡ Vitor, Monzón!  
MANUEL. Ea, señor Almirante,  
pague voacé la patente.  
MONZÓN. Escuchen al pretendiente.  
CALIFA. Ya ¿para qué es importante?  
MONZÓN. Yo no sé que verdad sea  
ser Almirante don Juan.  
SERVIO. Si cuando a un pobrete dan  
una mísera librea  
convida y gasta su hacienda  
con tuta la compañía,  
siendo Almirante ¿no es día  
que gaste, se empeñe y venda?  
Ea, o la capa y la espada  
vaya a la primera ermita.  
MONZÓN. Oigan, y con menos grita.  
MANUEL. Ya está la sed alterada,  
y en no le dando refresco  
perece vuesa merced.  
CALIFA. Los vítores dan gran sed,  
que fué invención de un tudesco;  
que, como comienza en *vi*,  
el *tor* en *no* transformó.  
SERVIO. La bolsa dice que no  
y la sed dice que sí.  
Denos siquiera una vez.  
MONZÓN. Saberlo será importante,  
no sea aqueste Almirante  
se nos volviere almiréz.  
Retírense un poco allí,  
que he visto quien lo dirá.  
CALIFA. Vaya, y la verdad sabrá.  
MANUEL. ¿Pasará por ello?  
MONZÓN. Sí.—  
Suplico a vuseñoría  
me haga merced de decirme,  
porque no sé cosa firme  
y se miente cada día  
en esto de provisiones  
al gusto del vulgo vano,  
sin que le vaya a la mano  
los méritos ni opiniones,

si es verdad que es Almirante  
don Juan, mi señor.

OCTAVIO. (Sospecho  
que este villano lo ha hecho,  
no porque le es importante,  
sino por darme pesar.  
Gran paciencia he menester.)  
¿ Monzón?

MONZÓN. ¿ Señor?

OCTAVIO. Tu placer  
es cierto. Bien puedes dar  
a don Juan el parabién,  
que es Almirante, sin duda.  
MONZÓN. Pues vuseñoría acuda,  
para esta gente de bien,  
con cualquier escudo o doblón,  
que no tengo que les dar.  
OCTAVIO. (¡ Que aun esto me hacen pagar!)  
Tomad y gasten, Monzón.

(Vase OCTAVIO.)

MONZÓN. Guárdete el Cielo, señor.  
CALIFA. ¿ Es Almirante don Juan?  
MONZÓN. Este doblón beberán.  
TODOS. ¡ Vitor, Monzón!  
MONZÓN. Por mi amor,  
que beban vuestas mercedes  
con prudencia y discreción,  
no haya, pues no es razón,  
gigantes por las paredes,  
y beban a mi salud.  
SERVIO. De vítores estoy seco.  
MANUEL. ¿ Qué será, lágrima o greco?  
CALIFA. Téplame aqueese laúd.  
Eso, candia y malvasía  
y otras cien mil diferencias.  
MONZÓN. Hablen después bien de ausencias.  
CALIFA. Brindis.  
SERVIO. Caraus.  
MONZÓN. ¡ Qué alegría!

(Vanse los LACAYOS y sale DON JUAN.)

D. JUAN. ¿ Dónde me llevas, fortuna,  
en las alas del favor?  
Mira que tengo temor  
que crezca tanto la luna,  
pues es fuerza haber menguante.  
MONZÓN. ¿ Sabráme vuesa merced  
decir, por me hacer merced,  
dónde vive el Almirante?  
D. JUAN. ¿ El Almirante decís?  
¿ Preguntáis por su excelencia?



MONZÓN. Sí, señor; y esa advertencia, de que también me advertís, os agradezco en extremo.

D. JUAN. ¿Qué le queréis?

MONZÓN. Suplicalle, si fuera posible hablalle, cosa que aun aquí la temo, se acuerde que le he servido desde que salió de España, y en fortuna tan extraña lo qué él sabe he padecido. Cuando el Rey le hizo ayuda, para dármele de costa, me dió una calcilla angosta de unos grigescos [de] viuda; cuando ya fué gentilhombre de la cámara admitido, un no sé si fué vestido, que nunca le supe el nombre. Y habiéndole con la espada y la capa alguna vez hecho, de quien soy, juez, no me dió en su vida nada. Pues las noches que he pasado en un jardín son de suerte, que era lo menos la muerte, y tampoco me ha pagado. Verdad es que no ha tenido con qué este pobre señor, y que yo por sólo amor le he acompañado y servido. Cierto que es hombre de bien, y que, por velle salir a un coso, puede venir un hombre de Tremecén. Hombre es que de una lanzada clava un toro con la tierra, y que si la lanza yerra no yerra la cuchillada, porque, abierta la cerviz, saltan de las piedras llamas. Es venturoso en las damas y en las pendencias feliz, obliga a cuantos le ven a honrarle y amarle tanto... Pero es pobre, no me espanto, cualquiera cosa hará bien.

D. JUAN. Hidalgo, ese caballero que ha hecho el Rey Almirante, no tuvo cosa importante con que honrar a su escudero; por andar la bolsa estrecha

no está esa deuda pagada, porque es mejor no dar nada que dar lo que no aprovecha. Mas agora que le ha puesto la fortuna en tal lugar, yo haré que os pague, sin dar causa a que andéis descompuesto. Besalde luego los pies, que ya sois (1) su camarero.

MONZÓN. Y aun la tierra besar quiero.

D. JUAN. Vete a vestir.

MONZÓN. Justo es.

D. JUAN. Toma el vestido que yo saqué la fiesta pasada.

MONZÓN. ¿Tanta merced?

D. JUAN. Todo es nada.

MONZÓN. Quien bien sirvió, bien medró.

(Váyase MONZÓN, y sale CASANDRA.)

CASANDRA. Mal puede disimular tanto contento quien ama.

D. JUAN. Mi bien, ¿vos dejáis la cama?

CASANDRA. Con deseo de besar las manos al Almirante. Démelas vuestra excelencia.

(Detrás, OCTAVIO.)

OCTAVIO. (¿Quién tendrá en esto paciencia?)

D. JUAN. ¿Posible es que se levante vuestra excelencia por mí?

CASANDRA. Por vos fué la enfermedad, por vos la salud.

D. JUAN. Mirad que está vuestro esposo aquí.

CASANDRA. No hay esposo sino vos, y confirmenlo estos brazos.

D. JUAN. Para tan hermosos lazos salga el alma.

OCTAVIO. (Bien ¡por Dios!)

D. JUAN. Octavio estaba, señora, detrás de aquel paño.

CASANDRA. Esté, que no hay cosa que me dé pena ni recelo agora. Con todo eso, me voy, que siento al Rey.

D. JUAN. Yo también.

CASANDRA. Todo se hará muy bien.

D. JUAN. En esa esperanza estoy.

(Vanse DON JUAN y CASANDRA.)

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen "soy".

OCTAVIO. Casi delante de mí  
osan hablar libremente.

(Sale el REY.)

REY. Honrar al noble pariente  
de tan gran Rey pretendí.

OCTAVIO. Parece que a mi deseo  
viene vuestra majestad.

REY. ¿Cómo?

OCTAVIO. Hay gran necesidad  
de remediar lo que creo  
que, si pasase adelante,  
gran daño resultaría.

REY. ¿Qué es, Marqués, por vida mía?

OCTAVIO. Casandra y el Almirante  
hablaban públicamente.  
Yo los vi tiernos aquí.

REY. ¿Cosas de amor?

OCTAVIO. Señor, sí,  
y es muy grande inconveniente.

REY. Pues y cómo si lo es.

OCTAVIO. Casandra y el Almirante...  
¿Hay libertad semejante?

REY. Quedo, sin voces, Marqués;  
quedo, no os adelantéis;  
que pues yo su primo soy,  
y soy Rey, y no las doy,  
no es justo que vos las deis.  
Casandra tiene ya edad  
para ver que le conviene,  
a la calidad que tiene,  
vivir con honestidad.  
Y yo soy de parecer  
que casalla es mejor medio  
que otro cualquiera remedio,  
que, aunque es mi sangre, **es mujer.**  
Y pues hay mil libros llenos  
de males de Amor, no hay tal,  
como viendo al ojo el mal,  
escoger *del mal lo menos.*

OCTAVIO. Vos decís, señor, muy bien;  
alabo vuestra prudencia,  
sin ella hablé y sin licencia,  
ya os pido perdón también.  
Y pues casar tan aprisa  
a Casandra pretendéis,  
aunque las nuevas tenéis  
que el de Dinamarca avisa,  
suplicoos me honréis a mí  
con vuestra prima, señor.

REY. ¿No veis, Marqués, que es **error**  
que yo os la dé?

OCTAVIO. ¿Cómo así?

REY. Si vos la vistes hablar  
con el Almirante, es justo  
que deis a quien tiene el gusto  
donde os ha dado pesar.  
Esto bien lo echáis de ver,  
y así es remedio importante  
dársela al mismo Almirante,  
que es lo que yo pienso hacer.

OCTAVIO. ¿A un hombre Almirante de hoy  
y ayer un pobre soldado?

REY. Lo que es ayer ya ha pasado;  
por lo que es hoy se la doy.

(Vase el REY.)

OCTAVIO. Yo porfío sin razón.  
Mejor es volver la vela.  
Ya no ha de valer cautela.  
El Rey le tiene afición.  
Hoy pierdo las esperanzas;  
ya sólo en viento las fundo.  
¡Oh, vil estado del mundo,  
sujeto a tantas mudanzas!

(Sale el REY DE DINAMARCA, el CONDESTABLE y gente.)

R. DE DIN. Esta carta me escribió;  
lo que digo dice en ella.

CONDEST. ¿Puedo vella?

R. DE DIN. Puedes vella,  
y admírate como yo.

CONDESTABLE

“A tan gran Príncipe y tan discreto, bien  
puede una mujer pedirle amparo. Mi enferme-  
dad es amor del Almirante de Nápoles, con  
quien estoy casada. Suplico a vuestra alteza  
estime en más este desengaño que llevar mu-  
jer sin gusto, y me favorezca en decir al Rey  
que sólo viene a casarnos, porque el Rey de  
España le ha escrito que es su deudo; que en  
eso mostrará vuestra alteza ser quien es, y  
en el Almirante y en mí tendrá dos esclavos.”

R. DE DIN. ¿Qué te parece?

CONDEST. Que es cosa  
con que yo perdiera el seso.

R. DE DIN. Yo no, porque le he cobrado,  
y estoy castigado y cuerdo.

CONDEST. ¿Qué piensas hacer?

R. DE DIN. Ahora  
lo verás.—¿Ah, caballero?

OCTAVIO. ¿Qué mandáis?

R. DE DIN. Decid al Rey,  
y perdonad que me atrevo,  
por extranjero, que quieren  
hablarle dos extranjeros.

OCTAVIO. Pienso que sé ya quien sois.  
Si lo sois, los pies os beso.

R. DE DIN. El Rey soy de Dinamarca.

OCTAVIO. (¡Oh, cómo viene a buen tiempo!  
Porque la quite a don Juan,  
que éste la goce me huelgo.)

(Vase OCTAVIO.)

CONDEST. Pensando he estado, señor,  
ese tu prudente acuerdo  
que con Casandra has tomado,  
y es bueno con todo extremo;  
porque si de no casarte  
resulta a ti y a tu reino  
vergüenza, en mal tan forzoso  
escoger *del mal lo menos*.

(Sale el REY, la REINA, CASANDRA, SILVIA, OCTAVIO,  
DON JUAN, MONZÓN, galán, FABRICIO y todos.)

R. DE DIN. El Rey sale acompañado.  
Que soy conocido creo.

REY. Deme su alteza esos brazos.

R. DE DIN. Entendí venir secreto,  
y, tan público he venido,  
que ya en parte me avergüenzo.—  
A su alteza de la Reina  
pido los pies.

REINA. Aquí tengo  
los brazos apercebidos.

REY. ¿Hola? Sillas.

D. JUAN. Sillas presto.

(Siéntanse el REY, REINA, el de DINAMARCA y CA-  
SANDRA.)

R. DE DIN. ¿Habrás dado mi venida  
que sospechar?

REINA. El contento  
no dió lugar a sospechas.

R. DE DIN. Oíd, decíroslo quiero.  
Yo pensé pasar a Roma  
y desde Roma a Loreto  
a una promesa, y estando  
para el camino dispuesto,  
tuve una carta del Rey  
de España, don Juan Primero,  
que, sabiendo mi jornada,  
con mucho encarecimiento  
me ha pedido que os pidiese,

por ser su cercano deudo  
don Juan 'de Mendoza, un hombre  
que ya conocer deseò,  
le diédeses a Casandra,  
vuestra prima, en casamiento,  
y esto vengo a suplicaros.

REY. A vos y al Rey lo agradezco.  
Mas yo pensaba emplealla  
en vos, conforme el concierto.

R. DE DIN. No hay concierto que me agrade  
como éste. Esto os pido y ruego,  
y que conozca a don Juan.

D. JUAN. Aquí estoy. Los pies os beso.

R. DE DIN. Vos sois digno de Casandra.  
Adoralda en todo extremo,  
que se lo debéis, don Juan.  
Y, pues que sois caballero,  
por que lo sepáis mejor,  
ésta leed con secreto.

REY. Ahora bien; dense las manos.

REINA. A tan buen casamentero  
pido que case esta dama.

FABRICIO. Yo, señor, si lo merezco,  
la pido.

REY. Si ella quisiere...

SILVIA. Sí, señor.

REY. Yo os lo concedo.—  
Octavio, no os aflijáis.

OCTAVIO. Yo, señor, antes me alegre.

REY. Yo os hago mi Condestable.

MONZÓN. Y Monzón, que fué estafermo  
de todos estos amores,  
es de aquesta cuenta el cero,  
como dominica en *albis*.

REY. Eso no; yo te prometo  
dos mil ducados de renta.

MONZÓN. Ea, ya soy caballero.  
El caballero Monzón  
me llamo desde hoy.

REY. Advierto  
con este ejemplo, senado,  
que aquí da fin este ejemplo;  
que donde es forzoso el mal  
escojáis *del mal lo menos*.

FIN DE LA COMEDIA *Del mal lo menos* (I)  
DE LOPE DE VEGA CARPIO

(1) La edición de Madrid 1617 dice solamente  
"Fin de la comedia *Del mal lo menos*", y la de  
Barcelona, 1618, agrega: "De Lope de Vega  
Carpio".



# EL DESCONFIADO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL MAESTRO ALONSO SÁNCHEZ

CATEDRÁTICO DE PRIMA DE HEBREO EN LA INSIGNE UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

La mayor cosa que los hombres hacen unos por otros es la defensa, y así, la mayor obligación que tienen es a quien los defiende. En primero lugar, se debe al Autor de la Naturaleza, que nos dió Angeles de defensa, poniendo al más pequeño como si fuera Rey, presidio y custodia: consta de sus mismas palabras y del argumento que con las de David quiso hacerle el enemigo común. Suceden a esta obligación los padres, pues, con haberlo sido, nos defienden del no ser tan grave daño como encarece el teólogo. Luego se sigue a los que nos defienden la honra, la vida y, por sus grados, los demás sucesos. Finalmente, cuando tiene más valor, es donde el que la hace se mueve sin haberle inducido o provocado. Riente muchos de los libros de Caballerías (señor Maestro), y tienen razón si los consideran por la exterior superficie, pues por la misma serían algunos de la antigüedad tan vanos y infructuosos como el *Asno de oro*, de Apuleyo; el *Methamorphoseos*, de Ovidio, y los *Apólogos* del moral Filósofo; pero, penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de la Filosofía, es a saber: natural, racional y moral. La más común acción de los caballeros andantes, como Amadis, el Febo, Esplandián y otros, es defender cualquiera dama, por obligación de Caballería, necesitada de favor en bosque, selva, montaña o encantamiento y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado a defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los monstruos de este libro de la envidia humana contra la celestial influencia que acompañó el trabajo y el vigilante estudio de cuanto es honesto (como fué opinión de Pitágoras) fundamento y guía. V. m. tomó esta empresa movido de su misma obligación, como doctísimo príncipe en tantas Facultades y Lenguas, sacando, si no de gigantes, mi fama y nombre, de monstruos encantados y enanos viles. Estudian algunos de estos diversas ciencias, y olvidados de sus progresos, los interrumpen con la detracción de los estudios ajenos. mal leídos en Cicerón: *Quam quisque norit artem in ea se exerceat*. Esto en las *Tusculanas*, y en los *Oficios*: *Suum quisque noscat ingenium*. Pero es gracia de algunos músicos que, rogándoles que canten (que lo saben hacer), dicen que, si hubiera espadas, se holgaran de esgrimir, y pidiendo al que

esgrime bien que tome la espada, dice, que si hubiera un instrumento se holgara de que le oyeran cantar: extraña ambición de fama de lo que un hombre no sabe, que de lo que sabe ya le parece que la tiene. El que estudia Teología, ¿para qué quiere parecer poeta, señor Maestro, no siéndolo, como el doctor Garay, Marco Antonio de la Vega y el doctor Cámara, laureados por esa insigne Universidad cuando yo estudiaba en ella las primeras letras, ni gastar el tiempo en reprehender poetas? *Ministerium tuum imple*, dijo el Apóstol. Acusaba Teophrasto a la naturaleza, muriéndose, de que hubiese dado tan larga vida a las cornejas y cuervos, que no importaban, y tan breve a los hombres. *Quorum si aetas potuisset esse longinquior, futurum fuisset, ut omnibus perfectis artibus, omni doctrina hominum vita erudiretur*, y quieren gastarla en los estudios para que no tienen naturaleza ni industria y suplir con la detracción la ignorancia de la profesión ajena. Bienaventurado llamó el Príncipe de la Retórica al hombre que aun en la vejez le aconteciere: *Ut sapientiam, verasque opiniones assequi possit*, y andan éstos alabándose de sus pocos años, como si ya en ellos hubiesen alcanzado lo que tenía Cicerón por bienaventuranza en muchos. Fué reprehendido de Georgio Merula, aquel gran ingenio de Angelo Policiano porque le llamó cano: *Canos mihi obicis importuni non sunt, superest animi vigor, corporis robur, celeres ingenii motus*, etc. Y respondióle Policiano al Duque Ludovico Esforcia: *Ita mihi contingat in otio, et literis molliter consenescere*; pero la verdad es que, en esta edad, no han nacido los hombres, cuando, con dos actos en brazos del que preside, se burlan de las ajenas vigiliat, por quien prefirieron las canas a los años en el asiento del entendimiento, en cuyo regimiento hay muchas con banco de caballero, hijas del alma, y otras con menos nobleza. Es lástima que se muevan algunos hombres como los animales: *Secundum impetum, et impulsu appetitus naturalis*, habiéndose de mover *secundum regimen rationis*. Yo tengo para mí que, como melancólicos, enfermos y locos, tienen vanas fantasías; pero esto no por la ilustración que se hace por las imaginaciones de las cosas sensibles, mas por las pasiones de la naturaleza: *Et confusione spirituum ascendunt ad cerebrum, et caput*

*turbantium*. Engáñalos el común aplauso, que no saben, con Demóstenes, que: *Omniibus hominibus natura insitum est, ut maledicta, et crimina perlibenter audiant, laudantibus autem ipsi graviter succenseant*. Pero, como dice él mismo, es naturaleza de la calumnia, *in crimen vocare omnia, probare vero nihil*. Yo, a lo menos, les debo la misma ofensa, pues tuve tal defensor, que, como a la admiración debemos la Filosofía; a la enfermedad, la Medicina; a los delitos, las leyes, y a la tiranía, el reino, debo la honra y defensa que V. m. hizo a mis escritos a su calumnia y envidia, que diversa satisfacción es ofrecerle esta comedia a V. m., cuyo título es *El Desconfiado*, defendiéndome con el mismo de mi mismo atrevimiento, aunque la dieron aplauso grande en la Corte por el donaire y la novedad del argumento. No tengo en esta ocasión materia digna de su divino ingenio; que, si bien es verdad que no desprecio este género de estudio, para que he tenido alguna inclinación, el breve tiempo en que me ha sido forzoso escribir muchas ha sido causa de su imperfección, porque: *Nihil est simul, et inventum, et perfectum*, y aunque *nihil refert quam cite, si sat bene*, no puedo yo decirlo de mí, sino dejarlo a la defensa de V. m., por quien escribió un aficionado a sus grandes partes, letras y virtudes, este epigrama:

“La lengua hebrea, griega y la latina,  
por su elegancia, competir quisieron,  
como Venus, y Juno, y la divina  
Palas, y al Paris de las letras fueron,  
y aunque la hebrea pareció más digna,  
en Sánchez tan recíprocas se vieron,  
que, como las tres Gracias, se abrazaron  
y a vivir en su lengua se quedaron.”

Capellán de V. m.,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

#### FIGURAS DE LA COMEDIA

|                         |                      |
|-------------------------|----------------------|
| DON JUAN.               | DOÑA LEONOR.         |
| DON FERNANDO, su padre. | FULGENCIO, su padre. |
| PEDRO, lacayo.          | DOÑA ANA.            |
| FELICIANO.              | LISARDO, su padre.   |
| FABIO.                  | INÉS, criada.        |
| JULIO.                  | [ELISA, criada.]     |

Representóla Ortiz, famoso representante.

#### ACTO PRIMERO

(Salen FULGENCIO y DON FERNANDO, viejos.)

D. FERN. Aquesta es mi voluntad.  
FULGENC. Extraño intento tenéis.  
D. FERN. No es extraño, si sabéis  
que es justa necesidad.  
Importa la educación

de un hijo a un padre, el remedio de su casa.

FULGENC. Pues ¿qué medio tomáis en esta ocasión, siendo ya mozo don Juan, que os había de haber dado diez nietos?

D. FERN. Hase criado tan encogido, que dan sus costumbres claro indicio de que está muy ignorante en lo que es más importante.

FULGENC. En don Juan no se halla un vicio; y si aquesto es ignorar, tal me venga la ignorancia.

D. FERN. Es muy grande la distancia que habéis de considerar de lo que es encogimiento a lo que es no tener vicio; si verdad digo, es indicio de su corto entendimiento. Allí, viendo los señores, perderá el fuerte rigor que le dió el altivo honor de tratar sus inferiores. Sabrá bien la cortesía, que es ciencia con que se aprende a ser bienquisto el que entiende la moral filosofía.

Su norte será la corte; que, si ver el mundo es cosa para saber provechosa, ¿qué puede haber que le importe como la corte, en quien fundo todo el mundo, pues que vemos que cifra en sí los extremos polos del centro del mundo?

FULGENC. Yo lo había imaginado de otra suerte, y entendía que en la corte viviría más perdido que ganado. Que aunque es verdad que se aprenden buen lenguaje y cortesía, [de tal vez, como el campo cría hierba que, viciosa, ofende, son tantas las ocasiones que ofrece la tierna edad, su trato y su libertad, que a las primeras liciones podría salir letrado en ciencia que oiga leer, porque ¿qué puede aprender

un caballero enseñado  
a ver tanta confusión?  
Si un pleito solicitara,  
alguna disculpa hallara,  
Fernando, a vuestra opinión.  
Lo que hará don Juan allá  
será, de día y de noche,  
arar el prado en un coche,  
mirar lo que en otros va,  
jugar lo que le enviéis,  
darlo a una dama discreta  
y enviar cada estafeta  
a que dinero le deis,  
y, después de vuelto aquí,  
no sosegarse en seis años.

D. FERN. ¿Qué sirve andar por engaños?  
Esto me conviene a mí.  
Mi hijo es necio, Fulgencio.  
Si la corte no le enseña,  
yo crío en él una dueña.

FULGENC. ¿Necio?

D. FERN. No le diferencio,  
con ser padre, cuyo amor  
bien me pudiera obligar  
a una bestia.

FULGENC. Replicar  
no es justo a vuestro rigor.

D. FERN. No hay cosa que más le importe,  
que no es caballero honrado  
el que no está graduado  
por la escuela de la corte.

FULGENC. Y ¿cuándo habéis de envialle?

D. FERN. Hoy ha de salir de aquí.

FULGENC. ¿Con tanta cólera?

D. FERN. Sí.

FULGENC. Dineros habéis de dalle.

D. FERN. Ya los tengo prevenidos,  
y dos criados honrados.

FULGENC. Harto importan los criados.

D. FERN. Son cuerdos y bien nacidos.

FULGENC. Y allá ¿dónde ha de posar?

D. FERN. En casa de un primo.

FULGENC. Tiene  
una hija.

D. FERN. Pues ¿qué viene  
a importar?

FULGENC. ¿No ha de importar?

D. FERN. No, porque muy deudos son,  
y, cuando se case allí...

FULGENC. Bien decís.

D. FERN. Yo emprendo así  
su remedio y mi opinión.

(*Vanse, y salen DON JUAN y PEDRO, criado.*)

D. JUAN. Cuéntame todo el suceso.

PEDRO. ¿Qué te tengo de contar,  
si a los dos ha de costar,  
a mí el gusto y a ti el seso?

D. JUAN. Cuando pálido te vi.  
quedé triste y receloso.

PEDRO. Lo pálido fue forzoso,  
por los palos que temí.

D. JUAN. En fin, ¿negociaste mal?

PEDRO. Para mí negocié bien,  
pues salí de aquel desdén  
sano y salvo.

D. JUAN. ¿Hay cosa igual?

Pero ¿qué se te da a ti  
de matarme y de contarme  
lo que ha pasado en matarme?

PEDRO. Va de historia. Escucha.

D. JUAN. Di.

PEDRO. Subo la tal escalera  
y encuentro como un gigante,  
con cierto escudero andante,  
calzas, gorra, capa y cuera,  
barba peinada, flaqueza,  
que pienso que en la facción  
la cortísima ración  
le escribió naturaleza.

D. JUAN. ¿Qué tiene, Pedro, que ver  
con mi historia ese escudero?

PEDRO. Pues que pintártele quiero,  
por algo debe de ser.  
Preguntóme: “¿A quién buscáis?”  
Díjeme: “El lencero soy,  
que me mandan venir hoy,  
y entraré, si vos mandáis.”  
“Yo he menester—respondió—  
cierto lienzo.” Repliqué:  
“Pues qué tal os le daré.”  
“¿Fiáis?”, dijo, y dije: “No.  
Pero como aquí viváis  
de fiaros soy contento.”  
“Entrad—dijo—en mi aposento  
para que de él os sirváis.”  
Entré, y al rincón primero  
vi la camilla, en que estaban  
dos galgos, que la ocupaban,  
parientes del escudero.  
En ella nos recostamos,  
y en un vaso, si no era  
tintero, por la madera,  
de cierta bota brindamos.



- “Cuando se case mi ama  
—me dijo—habéis de vender  
lo que baste a enriquecer  
dos mercaderes de fama.”  
Yo, que casamiento oí,  
ya ves cómo quedaría.
- D. JUAN. Como yo, que ya tenía  
el alma fuera de mí.  
¿Que se casa mi Leonor?  
Con tu relación me has muerto.  
¿Dijo más?
- PEDRO. Sólo el concierto,  
que aún hay remedio, señor.  
Al punto que yo lo oí  
de la boda, el parabién  
le di, y pregunté con quién.
- D. JUAN. ¿Y no te lo dijo?
- PEDRO. Sí.
- D. JUAN. ¡Ay de mí! ¿Con quién te dijo?  
¿Con quién?
- PEDRO. Espérate un poco.
- D. JUAN. ¿Con quién?
- PEDRO. Con tu padre.
- D. JUAN. ¡Ay, loco;  
diría que con su hijo!
- PEDRO. No, señor; que con tu padre  
supe después que se casa.
- D. JUAN. Pedro, el alma se me abrasa.
- PEDRO. Perdona Dios a tu madre;  
que a fe que bien conocía  
en tu padre liviandad.
- D. JUAN. ¡Qué locura, si es verdad,  
y qué desdicha la mía!
- PEDRO. Con esto me despedí  
y a la sala caminé,  
donde en un estrado hallé  
al sol que en sus ojos ví.  
¡Qué engaño en mujeres bellas  
pensar que están muy hermosas  
con las galas cuidadosas!
- D. JUAN. No todas lo son sin ellas.  
De la corte puso en duda  
un discreto que era ver  
más peligro una mujer  
bien vestida que desnuda.
- PEDRO. Si entonces poeta fuera,  
¡oh, qué altamente pintara!  
el rostro, el pecho, la cara!...  
¡Oh, qué sonetos hiciera!  
El cabello descompuesto  
retrataba un serafín;  
baño de rosa, el jazmín,
- en viéndome el rostro honesto,  
y díjome: “¿A quién buscáis?”  
Saqué entonces mi papel  
y arrodilléme con él.
- D. JUAN. ¿Leyóle?
- PEDRO. Y *ainda mais*.
- D. JUAN. ¿Respondió aquella tirana?
- PEDRO. ¡Ay, Pedro, matarme quieres!  
Es purga que las mujeres  
reciben de buena gana.  
“Responded a doña Luisa”,  
me dijo, como si fuera  
verdad.
- D. JUAN. ¿Qué dices?
- PEDRO. Espera,  
“que agora estoy muy de prisa,  
y que a la tarde, temprano,  
vuelva por este cambray.”
- D. JUAN. ¿Cambray? ¿Qué invenciones hay?
- PEDRO. Beséle entonces la mano  
y dije que mi señor,  
el letrado, daba prisa.  
Aquí le tentó la risa  
y el clavel se hizo mayor,  
descubriendo algunos granos  
de nácar sobre las hojas.
- D. JUAN. ¡Qué bien pintas mis congojas!
- PEDRO. Beséle otra vez las manos,  
y, al bajar por la escalera,  
topo al padre y preguntóme:  
“¿Quién sois?”
- D. JUAN. ¿Qué dijiste?
- PEDRO. Díome  
una turbación ligera.  
Pero, cobrando valor,  
dije un caballo vendía.  
“¿Caballo? ¡Por vida mía!”,  
dijo; y yo: “Sí, mi señor.”  
“¿Qué color?” Yo respondí:  
“Celeste.” Él se santiguó.  
Pero luego acudí yo:  
“Úsanse en la corte así.”  
Él dijo: “Nunca he oído  
tal color.” Dije: “Señor,  
no os espantéis del color,  
porque anda todo teñido;  
mas, si vuestro gusto es,  
esta tarde podréis vello.”  
“Haréisme merced en ello”,  
dijo, y mandó que después  
el caballo le trajese.
- D. JUAN. Y ¿qué has de hacer?

PEDRO. ¿Yo qué sé?

D. JUAN. ¡Oh, qué necia industria fué!

PEDRO. Muy bien has dicho, si diese lugar el señor temor para escoger las mejores.

D. JUAN. Fabio viene.

(Sale FABIO.)

FABIO. Pues, señores, ¿qué hay de jornada y amor?

D. JUAN. De amor, Fabio, poco o nada; de jornada, no sé yo que se vaya nadie.

FABIO. ¿No, haciendo tú la jornada?

D. JUAN. ¿Yo, Fabio? ¿Cómo o por quién?

FABIO. Por tu padre, y a la corte. Mas bien es que se reporte tu disgusto.

PEDRO. Y tú también, que ya se me alcanza a mí esto.

D. JUAN. (Mi daño recelo. Por casarse ¡vive el Cielo! ordena mi muerte así.)

FABIO. Sabráslo; mas ten paciencia.

D. JUAN. Di, Fabio.

FABIO. ¿Dirélo?

D. JUAN. Sí.

FABIO. Que eres tonto.

D. JUAN. ¿Yo?

FABIO. Y que allí aprenderás esta ciencia que llaman cortesanía, hablar bien y sentir mal.

D. JUAN. No hay cosa a su engaño igual, si no es la desdicha mía.

(Sale DON FERNANDO.)

D. FERN. ¿Sabes que te has de partir?

D. JUAN. De Fabio, señor, lo sé: pero adónde ni por qué no me lo sabe decir.

D. FERN. A la corte es donde vas; la causa, en breves razones, a saber obligaciones de caballero, y no más.

D. JUAN. ¿Aquí no podré sabellas?

D. FERN. ¿Quién te las ha de enseñar?

D. JUAN. El uso, el tiempo...

D. FERN. Es buscar, Juan, en los hielos centellas. Hoy has de salir de aquí.

Tú tendrás tres mil ducados todos los años, contados. ¿Quieres más?

PEDRO. (Dile que sí.)

D. JUAN. ¿Tres mil al hijo de un hombre como tú?

D. FERN. Sean cuatro mil. Pedro, aunque es algo sutil y acá no tiene buen nombre, vaya contigo, que allá habrá lacayos y pajes al uso, porque los trajes no los sabemos acá. Con esto, vente conmigo, que quiero darte dinero.

D. JUAN. Yo voy.—En rigor tan fiero, ¿qué puedo hacer, Pedro amigo?

PEDRO. Sufrir a un padre, que, en fin, es padre, y saber, señor, que te está mucho mejor si deseas ver su fin. Y es hacienda en tu locura más cierta que en su consejo, porque es, el casar a un viejo, abrirle la sepultura.

(Vanse, y salen DOÑA LEONOR y ELISA, criada.)

LEONOR. Este papel escribí.

ELISA. Y ¿qué le dices en él?

LEONOR. Que mi desdicha cruel me obliga a traerle así; y que a no ser tan tirano mi padre, sé que él tuviera gusto y yo vida.

ELISA. ¿Qué fiera condición del trato humano! ¿Quererse un hombre mayor casar antes de casar su hijo!

LEONOR. ¿Quién puede dar medio en extremos de amor? Mi desdicha así lo ordena; pues yo he tenido la culpa y pues no tengo disculpa, justo es que pague la pena. Que si casada estuviera con don Juan públicamente desde que fué pretendiente de mi voluntad primera, no sintiera estos agravios. Mas pues la culpa fué mía, llore el alma, y a porfía

salgan quejas de mis labios,  
pues lo siente el corazón.

¿Qué tropel de gente pasa  
a las ventanas de casa?

ELISA. Paran. No sé la ocasión.

Una ventana han abierto  
y este papel han tirado.

LEONOR. El corazón me ha turbado.

ELISA. Abre ese papel.

LEONOR. No acierto.

Mira quién es. ¡Ay de mí!

ELISA. ¡Ay, señora! De camino  
don Juan.

LEONOR. Mi mal adivino.

Ya, sin duda, le perdí.

ELISA. Un lienzo lleva en los ojos.

Parece que va llorando.

LEONOR. Ya me está el alma enseñando  
la causa de estos enojos.

(Lee.)

“Mi padre, que contigo, Leonor mía,  
no mía, dije mal, casarse intenta,  
de ti, de sí, de mí mi vida ausenta,  
y a la corte solícito me envía.

No quiere que en Jerez asista un día,  
ni un hora, en que pudiera darte cuenta  
de aqueste dulce amor que me atormenta,  
que cuanto a ti se acerca me desvía.

Parto a morir, mi bien; y voy de suerte,  
que, con dejar el alma en la partida,  
tengo por mayor mal dejar de verte.

Cásate con mi padre y mi homicida,  
pues perderé la vida por no verte,  
y ganarás mi hacienda sin mi vida.”

¿Hay más ejemplos de amor?

¿Hay tirano más cruel?

¿Hay más piadoso papel?

¿Hay más notable valor?

Llegó al último rigor.

No puede pasar de aquí,  
que el tiempo que muda así  
en tal desdicha la dicha,  
no hiciera tanta desdicha  
si no fuera para mí.

Apenas pensé en el bien  
cuando me le quita el mal;  
desesperación igual  
sin que esperanza me den,  
y añadiéndole también  
otro mal que me ha venido,  
pues mi dicha me ha traído

a que venga a ser mujer  
de un hombre que ha dado el ser  
al mismo bien que he perdido.

Mas primero que tal sea  
será cuerda la venganza,  
necia la desconfianza,  
justa la mentira fea.

El que en murmurar se emplea  
será cuerdo y apacible,  
amor con celos posible  
y estimado sin agravio  
en su tierra el hombre sabio,  
que es el mayor imposible.

ELISA. Tus quejas son con razón,  
no por el bien que has perdido,  
que de aquello que no ha sido  
no se tiene posesión,  
mas por la fiera ocasión  
por quien pierdes este bien.

LEONOR. Antes, Elisa, que den  
a este dueño, a este tirano  
mi mano, con esta mano  
me dará muerte también.

¿Para qué son los venenos  
ni las romanas costumbres?  
Aunque donde hay pesadumbres  
los venenos son los menos.  
Los libros, de ejemplos llenos,  
animarán mi flaqueza.  
Aunque tiene tal nobleza,  
vanos intentos serán,  
pues a un tirano me dan  
vendida por su riqueza.

(Salen DON FERNANDO y FULGENCIO.)

FULGENCIO.

Leonor es ésta.

DON FERNANDO.

Dadme por turbado.

FULGENCIO.

Haréislo por mostrar en la apariencia;  
que ya principios son de desposado.

DON FERNANDO.

El efeto nació de su presencia.  
Causa a los ojos un temor sagrado  
la hermosura en imagen de apariencia  
de su divino Autor, y así se llama  
ídolo de los ojos de quien ama.

Habláda, pues podéis.



FULGENCIO.

Leonor, advierte  
que viene don Fernando a visitarte.

LEONOR.

Venga muy en buen hora (si es la muerte).

FULGENCIO.

Hoy tienes nueva causa de alegrarte.  
Tuya es su hacienda; tuya, Leonor mía,  
que a la corte a don Juan, su hijo, envía.—  
Llegad, Fernando.

DON FERNANDO.

Con estar presente,  
la ocasión me parece que se pasa  
de los ojos al alma que la siente.  
Vuestra hermosura, que de amor me abrasa,  
ha hecho que de aquí a don Juan ausente,  
y con su prima allá en Madrid se casa;  
que nadie quiero yo que os cause enojos,  
pues sois la niña vos de aquestos ojos.  
Entraréis, por lo menos, en hacienda,  
gracias a Dios, copiosa y descansada,  
y, para que mi amor mejor se entienda,  
en veinte mil ducados vais dotada.  
Bien es verdad que sois tan rica prenda  
que estáis en mucho menos empeñada;  
mas yo os prometo que el servicio diga  
a lo que tanto amor y dicha obliga.

LEONOR.

Yo, señor, lo agradezco, y, vergonzosa,  
me despido de vos.

(Vase.)

FULGENCIO.

(Tengo sospecha  
que no le ha dado gusto ser su esposa.  
Mas a las cosas hechas, ¿qué aprovecha?)

DON FERNANDO.

Nunca me ha parecido tan hermosa.

FULGENCIO.

Estáis apasionado.

DON FERNANDO.

Satisfecha  
dejo mi voluntad, de sí envidiosa.

FULGENCIO.

Aumentan los deseos la hermosura.

DON FERNANDO.

¿Quién tuvo mayor bien? ¿Quién más ventura?

(Vanse. Salen DON JUAN, PEDRO y FABIO.)

D. JUAN. ¿Dónde las postas están,  
que muero si me detengo?

PEDRO. Pienso que están boca abajo,  
y dicen que vendrán luego.

D. JUAN. ¿Hay tal padre, Fabio amigo?

FABIO. No sé qué te diga de esto;  
pero sé que le disculpa  
amor.

PEDRO. Disculpa de necios.  
En cosas que son mal hechas  
por deseos poco honestos,  
luego se acogen a Amor,  
sagrado en mozos, no en viejos.  
Amor hizo a una doncella  
deshonrar padres y deudos,  
casar sin gusto de todos,  
contra el cuarto mandamiento.  
Amor hizo a la casada  
que fuese ingrata a su dueño;  
aunque una conozco yo  
que dijo una vez riendo:  
“¡Con qué gala mi marido  
me dará agradecimiento  
de haberle puesto y honrado  
entre los signos del cielo!  
¿Cuándo pensó ser tusón  
del Rey de España en el pecho,  
saltador como un cabrito  
y ligero como un ciervo?”  
Amor hizo a la viuda  
de honesto recogimiento,  
aforrar negros monjiles  
en colorados manteos.

Amor, en fin, lo hace todo;  
él es malilla en el juego,  
es español en Italia

y renegado en Marruecos.

¡Pobre Amor, qué lleva a cuestras  
de traiciones y de enredos.

qué de engaños, qué de agravios!

D. JUAN. Lo que de mi padre siento

no es que se quiera casar,  
pues si yo soy su heredero,

¿quién duda que si se casa  
vendré a heredarle más presto?

PEDRO. Engañaste.

D. JUAN. ¿Cómo así?

PEDRO. Porque en siendo un hombre cuerdo,

antes le dará la vida  
 que la muerte el casamiento.  
 Los filósofos alaban  
 la moderación de Venus,  
 y así la pueden usar  
 con templanza los discretos.  
 Un hombre viejo que duerme  
 al lado de un ángel bello,  
 renueva luego la sangre  
 con su calor dulce y tierno.  
 Y lo que es más esencial  
 es el faltarles con esto  
 el cuidado de los hijos,  
 de los dotes, del sustento,  
 todo lo cual cesa el día  
 que vive un hombre contento  
 al lado de una mujer  
 que, con dos o tres requiebros,  
 le aduerme como en la cuna  
 las amas los niños tiernos.

FABIO. Ha dicho Pedro muy bien.  
 Mas ¿cómo dejas los celos  
 de una mujer moza, hermosa,  
 y el justo desabrimiento  
 que ha de tener su mujer?

PEDRO. Porque yo la considero  
 noble y cuerda, y, siendo así,  
 querrá más un hombre cuerdo,  
 donde halla padre y marido,  
 que un temerario mancebo;  
 éste juega o se enamora,  
 y de esto síguese luego  
 el gastar la hacienda mal,  
 las voces, los juramentos,  
 el llamarle injustamente  
 bajos nombres sin respeto,  
 afrentando de esta suerte  
 a sus padres y a sus deudos.  
 Luego muchos mojicones  
 y andar a todos diciendo  
 que rodó de una escalera,  
 para disculpar con esto  
 más cardenales que tiene  
 de Roma el Sacro Colegio,  
 y menos gusto por dicha  
 gastado en brazos ajenos.  
 Mira tú cuánto mejor  
 es un hombre anciano y cuerdo,  
 donde halla una mujer  
 un eterno despensero  
 del perdigón en agosto  
 y en octubre del conejo.

No sé ha inventado el tabí,  
 la gala y el uso nuevo,  
 cuando viene a casa el sasírc,  
 y, por ventura, el mancebo,  
 con las galas de la boda,  
 habrá sustentado el juego.

D. JUAN. Sí; mas si quería ausentarme  
 mi padre, ¿no fué mal hecho  
 que por necio me enviase  
 y me ausentase por necio?  
 ¿Para enviarme a la corte  
 me quita el entendimiento!  
 ¿No fuera mejor decir  
 que tiene en Madrid un pleito?  
 ¿Hay escuelas en Madrid  
 que enseñan a ser discretos?  
 ¿Todos son sabios allá?  
 ¿No hay en la corte algún necio?  
 ¿Cosa extraña! Pues creed  
 que todo el camino vengo  
 desconfiado de mí  
 y lleno de tantos miedos,  
 que el hablar a un cortesano  
 pienso que es atrevimiento;  
 que imagino que cualquiera  
 es un Demóstenes griego,  
 es un Cicerón romano  
 y es un Virgilio moderno.

PEDRO. Nunca yo sentí, señor,  
 falta ninguna en tu ingenio,  
 que será lisonja darte  
 tan sutil entendimiento  
 como tienes en tu edad.

D. JUAN. Ahora bien, yo no pretendo  
 ser necio por confiado  
 ni ser discreto tan presto.  
 Yo voy a Madrid, adonde  
 probar esta enigma quiero.  
 Tú, Pedro, has de ser don Juan  
 y yo tu criado Pedro;  
 que pues que mi padre dice  
 que soy ignorante y necio,  
 quiero, seguro a tu sombra,  
 ir en Madrid aprendiendo.  
 Y como en la guerra suele,  
 cuando hay peligro o concierto,  
 disfrazarse un general  
 con otras armas, yo quiero  
 ir a Madrid con las tuyas  
 y pase el primer encuentro,  
 que yo sabré, cuando sepa,  
 decir quién soy.

FABIO. Mal consejo.  
D. JUAN. ¿Por qué si de él no resulta  
daño y es cierto el remedio,  
fuera de que este es mi gusto?  
PEDRO. Yo he estado un rato suspenso,  
y en verte desconfiado  
conozco que eres discreto.  
D. JUAN. Pues siendo discreto, y tanto,  
Pedro, cuando yo resuelvo  
una determinación,  
no pido a nadie consejo.  
PEDRO. Alto. Sea, pues tú quieres.  
D. JUAN. Desde hoy, Pedro, eres mi dueño.  
PEDRO. ¿Hágome grave?  
D. JUAN. Pues ¿no?  
PEDRO. ¿Pongo de tema el sombrero?  
D. JUAN. También.  
PEDRO. ¿Voy delante?  
D. JUAN. Sí.  
PEDRO. ¿Hola?  
D. JUAN. ¿Señor?  
PEDRO. Postas, necio.

(*Vanse, y salen FELICIANO y DOÑA ANA.*)

FELICIANO. Detén el paso, doña Ana;  
no huyas de mí.  
ANA. ¿Qué es esto?  
¿Feliciano descompuesto?  
FELICIANO. No te muestres más tirana.  
Vite entrar en el jardín  
y, aunque te estuve temiendo,  
tus pasos vine siguiendo.  
¿No huyas!  
ANA. ¿Piensas, en fin,  
Feliciano, con tu amor  
tan declarado y celoso,  
de mi hacienda codicioso,  
poner manchas en mi honor?  
¿Salte fuera!  
FELICIANO. ¿Quién me ha visto?  
ANA. Las paredes tienen ojos.  
FELICIANO. ¡Ay de mí, que tus despojos  
con vano desdén conquisto!  
Dame palabra siquiera  
de agradecer este amor.  
ANA. Por huir de tu rigor  
te la doy.  
FELICIANO. También quisiera,  
pues ves que mi amor es justo,  
que me des tu bella mano.  
ANA. Tómala y vete.  
FELICIANO. Es en vano.

ANA. ¡Ay, qué gloria!  
¡Ay, qué disgusto!  
(*Sale LISARDO, viejo.*)  
LISARDO. ¿Hombre de la mano asido  
de doña Ana? ¡Hazaña honrada!  
ANA. ¡Mi padre!  
FELICIANO. No importa nada.)  
ANA. Que soltéis la mano os pido.  
FELICIANO. Esta raya es de la vida;  
tengáis la que yo os deseo,  
que será bien larga creo,  
pues no hay otra que lo impida.  
Hijos tendréis; serán pocos...  
LISARDO. ¿Esta es la quiromancia?  
Necio quien de ella se fía,  
y los que la creen más locos.  
FELICIANO. Venus está favorable,  
y en esta piramidal  
punta...  
LISARDO. ¿Hay desatino igual?  
FELICIANO. Se muestra, al fin, agradable  
de un pensamiento, que creo  
que os ha de costar cuidado.  
LISARDO. A mí el veros me lo ha dado,  
caballero, donde os veo.  
¿Qué hacéis con doña Ana aquí?  
FELICIANO. Soy hermano de Finea,  
y esta ciencia, que recrea  
y alegra este rato así,  
le pidió que le enseñara  
doña Ana, que aquesta tarde  
se visitaron.  
ANA. Que aguarde,  
es justo, a ver en qué pára.  
FELICIANO. Dadme, señor, vuestra mano,  
así Dios os haga bien,  
que quiero ver si también  
es con vos mi estudio en vano.  
LISARDO. ¿Mi mano?  
FELICIANO. Dejad que diga  
en qué mi ciencia se funda,  
que en gusto a veces redunda.  
LISARDO. Vuestro término obliga.  
ANA. ¿Hay más notable porfía?  
FELICIANO. Vos sois, señor, cuidadoso.  
LISARDO. ¿Qué es cuidadoso?  
FELICIANO. Celoso.  
LISARDO. Conservar mi honor quería.  
FELICIANO. Gana tenéis de casaros.  
LISARDO. ¿Qué decís?  
FELICIANO. Aquesto os digo.



LISARDO. Ya vuestra ciencia bendigo.

FELICIANO. Sólo puede dilataros  
este gusto el no tener  
casada aquesta señora.

LISARDO. Aparte me oíd agora.  
Digo que quiero creer  
lo que hasta aquí no he creído.

(Sale INÉS.)

INÉS. Ya de Jerez ha llegado  
don Juan, tu sobrino.

LISARDO. Dado  
me ha gusto haberos oído.  
Volvedme mañana a ver.

FELICIANO. ¿Qué he de decir a Finea?

ANA. Que aquesta noche me vea.

INÉS. Ya entran.

LISARDO. ¿Pues sin tener  
la casa a punto, por Dios?  
Que me alegre, Feliciano.

ANA. Trazas de Amor fueron todas.

INÉS. Ya tu sobrino ha llegado.

(Sale PEDRO, de galán, y DON JUAN y FABIO, criados.)

ANA. (¡Qué mal talle tiene, Inés!)

PEDRO. Dadme, señor, vuestras manos.

LISARDO. ¿Las manos para qué son  
cuando os aguardan los brazos?

PEDRO. Guárdeos mil años el Cielo.

LISARDO. Y vuestra vida otros tantos  
aumente, sobrino mío.

PEDRO. Y vos los viváis tan largos,  
que al sol, dentro de una espuerta,  
os saquen vuestros criados.  
Tengáis más nietos que el Cid...

D. JUAN. (¿Qué dice aqueste borracho?)

FABIO. ¿No le conoces?

D. JUAN. Ya temo.)

LISARDO. ¿Cómo venís?

PEDRO. Vengo andando.

Y vos ¿cómo estáis?

LISARDO. Estoy,  
de veros, maravillado.  
Cierto que sois gentil hombre  
y discreto.

PEDRO. No soy tanto,  
por no estar ducho en la corte,  
como algunos cortesanos;  
pero por eso me envía  
mi padre a que estudie cuanto  
convenga a un gran caballero.

LISARDO. (Mejor dijera a un caballo.

Cuanto me escribió su padre  
todo es verdad.)

D. JUAN. (Mentecato,  
¿cómo hablas de esa suerte?

PEDRO. Calla, señor, que yo hablo  
lo que te importa.)

LISARDO. Sobrino,  
hablad vuestra prima.

PEDRO. Aguardo  
que me la enseñéis, señor.

LISARDO. Llegad, doña Ana a abrazallo.

PEDRO. ¡Oh, magnífica doña Ana!

D. JUAN. (¿Qué dices?

PEDRO. ¿No es buen vocablo?

D. JUAN. ¿Magnífica a una mujer?

PEDRO. Ya es malo entrar con un salmo;  
demás que, como me dieron  
las pastillas en llegando,  
visperas pensé que oía.)

ANA. Seáis, señor, bien llegado.  
¿Cómo venís?

PEDRO. Ya, señora,  
gracias a Dios, me dejaron  
ciertas descomposturillas  
que tuve aqueste verano  
de achaque de unos melones.

D. JUAN. (¿Qué dices, Pedro?)

PEDRO. Si he errado,  
merezca yo, mi señora,  
de ese ingenio soberano  
perdón, como hombre que viene,  
como veis, mal enseñado  
y no está ducho en la corte.

LISARDO. Aquí lo más acertado  
es que entréis a descansar  
y que, con algún regalo,  
os aliviéis.

PEDRO. Decís bien,  
y si hay que coma algo  
mandéis que venga en volandas,  
porque las postas me han dado  
una hambre temeraria.

LISARDO. Adentro, sobrino, vamos.

PEDRO. Vamos muy en hora buena.

(Vanse los dos.)

ANA. ¿Qué digo? ¿Ah, señor hidalgo?

D. JUAN. ¿Dice a mí vuesa merced?

ANA. Sí, señor.

D. JUAN. Yo soy criado,  
y no señor.

ANA. Mejor fuera,

si por lo exterior juzgamos,  
que se trocaren las suertes.

D. JUAN. Pues ¿no os agrada mi amo?

ANA. ¿A quién queréis vos que agrade  
tosco talle, ingenio bárbaro?

D. JUAN. Trataréisle, que las cosas  
nuevas no se aplican tanto  
a la vista ni al oído.

Vos le estimaréis tratado.

ANA. Lo que no agrada al principio  
no agrada con el trato.—  
¿Hola?

INÉS. ¿Señora?

ANA. Ten cuenta,

Inés, con este criado,  
que merece que se tenga.

D. JUAN. Bésoos mil veces las manos.

ANA. ¿Cómo es vuestro nombre?

D. JUAN. Pedro.

ANA. (¡Oh, quién pudiera trocarlos!)

(Vase Doña Ana.)

INÉS. Señor Pedro, en hora buena  
sea vuesasted llegado  
a Madrid.

D. JUAN. Y vos, Inés,  
hallada, por bien de entrambos.

INÉS. ¿A qué trajistes acá  
este bárbaro?

D. JUAN. A labrallo.

INÉS. Así su padre lo escribe.

D. JUAN. Es mi señor don Fernando  
muy cuerdo.

INÉS. Y vos, para ser  
su criado, muy gallardo.

D. JUAN. Mal sabéis mi nombre.

INÉS. ¿Cómo?

D. JUAN. Soy Pedro *el Desconfiado*.

INÉS. ¿De quién?

D. JUAN. De mí.

INÉS. No eres necio.

D. JUAN. (Bien se ha trazado mi engaño.)

## ACTO SEGUNDO

DE *El Desconfiado*.

(Salen PEDRO y LISARDO.)

LISARDO. Esto vuestro padre escribe.

PEDRO. En fin, ¿él no se ha casado?

LISARDO. Como lo tiene trazado,  
con esta esperanza vive.  
Sólo me escribe, don Juan,  
cómo os va de entendimiento.

PEDRO. Harto mejor que él, pues siento  
los peligros en que están  
los hombres de aquella edad  
que se casan con mujeres  
que estiman más sus placeres  
que la mayor calidad.  
Escribilde, que le importa,  
aunque su gracia me cueste,  
que hay cierto signo celeste  
que vida y honor acorta,  
hacienda y valor abrasa,  
y que tome mi consejo;  
que, aunque está rico, está viejo  
y ya de setenta pasa.

Punto, aunque no se le acuerde,  
que al juego del casamiento  
no gana, aunque está contento,  
porque es a la ganapierte.

LISARDO. Que ya sois otro prometo,  
y que más a vos me aplico  
viéndoos tan discreto y rico.

PEDRO. Bueno, a fe; ya soy discreto.  
Pues cuando no me reporte  
contra mi buen natural,  
y comience a decir mal,  
que es discreción de la corte,  
vos veréis qué entendimiento  
tengo.

LISARDO. Y yo pretendo ya,  
pues vuestro padre lo está,  
tratar vuestro casamiento,  
que ya con gusto os escucho.

PEDRO. Todo lo aprendo de vos.

LISARDO. Corte, al fin.

PEDRO. ¡Gracias a Dios  
que voy estando más ducho!  
Mas ¡por Dios! que será bien  
casar en Madrid a efeto  
de que, pues ya soy discreto,  
ella lo sea también.  
Que una mujer en la corte  
es imposible ser necia,  
y más cuando ella se precia  
de que esta fama le importe.  
Pues para tomar el grado  
de doctas. gastan, señor,  
cursos de calle Mayor  
y *quodlibetos* del Prado.

LISARDO. La que yo os tengo de dar  
no trata de esas materias.

PEDRO. ¿Ni pide ni trata en ferias?

LISARDO. Si vos la queréis fiar,  
ha de ser a vos.

PEDRO. ¡Por Dios!

LISARDO. Aquesto os quiero advertir,  
y sólo os puedo decir  
que es tan buena como vos.

(Vase LISARDO, y sale DON JUAN.)

D. JUAN. Todo lo estuve escuchando.  
¿Él, en fin, no se ha casado?

PEDRO. Lisardo así lo ha contado;  
mas dice que está aguardando.  
Aquesta carta te escribe.  
Léela.

D. JUAN. Cuando se case,  
no hayas miedo que me abrase,  
que mi fe en doña Ana vive.

(Lee.)

“Lisardo me ha escrito que vais aprendien-  
do con gran aprovechamiento el lenguaje y el  
estilo de la corte, y me he holgado mucho.  
Hijo, mirad que la hacienda sin sabiduría es  
un caballo con un bozal y campanillas de plata.”

No leo más.

PEDRO. ¿Rómpesla?

D. JUAN. Sí;

porque como se ha casado  
por parecer desposado,  
llega el ser necio hasta aquí.  
¿Son cosas para sufrillas?

PEDRO. Esa carta en parte alguna.  
Más me parece tribuna.

D. JUAN. ¿Cómo?

PEDRO. Tiene campanillas.

D. JUAN. ¡Lindas necedades tiene!

PEDRO. Ya parece desposado  
tu padre. Un mes ha pasado  
y el dinerillo no viene,  
y en la corte el oro es  
el primero movimiento,  
es de este molino el viento  
y de este cuerpo los pies;  
es el polo de esta esfera,  
luz de aqueste caminante,  
de este reloj el volante,  
timón de toda galera;  
es de este viaje el Norte  
y el alma que le da el ser,  
que tener y no tener

son linajes de la corte.

Quien tiene en plata labrada  
armas del Rey español,  
vive en la Puerta del Sol;  
quien no, en la Puerta Cerrada.

D. JUAN. ¡Ay, Pedro! Ya ni riqueza,  
ni valor, ni honor estimo;  
sólo a conquistar me animo  
de doña Ana la belleza.

Su beldad me tiene loco.

Ya murió doña Leonor,  
al menos para mi amor.

PEDRO. Ya tus desengaños toco.  
Muy mal hiciste en no ver  
si tu padre algún dinero  
te envía.

D. JUAN. Juntar espero  
los cascos.

PEDRO. ¿Podrás leer?

D. JUAN. Aquéste dice: “Ese pí.”

¿Ese pí? ¿Mas si es dinero?

PEDRO. Juntarle con éstos quiero.

D. JUAN. ¿Cómo dice?

PEDRO. Dice así:

“Ese pícaro de Pedro...”

¡Vive Dios!

D. JUAN. ¡Lindos desdenes!

¡Oh, qué buen crédito tienes!

PEDRO. Esto, de servirte, medro.

Mas ¿qué me darás, señor,  
y aquí te daré un papel  
que tu vida estriba en él?

D. JUAN. ¿De quién?

PEDRO. De doña Leonor.

D. JUAN. No me le des.

PEDRO. ¿De esa suerte  
me respondes?

D. JUAN. El ausencia  
te responda

PEDRO. Es inclemencia  
mostralla rigor tan fuerte.  
Léela.

D. JUAN. Por ti la leo.

PEDRO. Quizá te avisa algún daño.

D. JUAN. Si en doña Ana no hay engaño,  
sólo a doña Ana deseo.

(Lee.)

“Después que te ausentaste de Jerez, deján-  
dome sin tu vista, en poder de tu padre...”

¡Oh, qué enfadoso papel!

PEDRO. ¿Rompístele?

D. JUAN. ¿Aqueso dudas?



PEDRO. ¡Oh, ausencia, todo lo mudas;  
bien te llamaron cruel!

D. JUAN. ¿Qué quieres, si ya doña Ana  
me ha vencido de manera  
que cien mil almas la diera?

PEDRO. Sí; mas es cosa tirana,  
señor, romper el papel.

D. JUAN. ¿Fueron las heridas graves?

PEDRO. ¿El apólogo no sabes  
que un sabio refiere de él?

D. JUAN. ¿Cómo?

PEDRO. El papel cierto día  
a Júpiter se quejaba  
de que cada cual llegaba  
a escribir lo que quería.  
Que se pedían en él  
siempre dineros prestados,  
y que los libres y honrados  
eran esclavos por él;  
que sólo en un "Sépan cuantos..."  
y en un "Vieren cómo yo..."  
la libertad se perdió,  
la hacienda y vida de tantos.  
Júpiter, los dos espejos  
vuelos en fuego cruel,  
respondió: "¿Sabes, papel,  
que te hicieron trapos viejos?  
Si miras por ti notorias  
tantos títulos, noblezas,  
honras, estados, riquezas,  
blasones, timbres, victorias,  
del lienzo que se vistieron  
damas y reyes salió  
esa parte que te honró,  
los demás de pobres fueron."  
Con esto se fué el papel,  
y, aunque se rasgue o se queme,  
sufre y calla, porque teme  
que le han de infamar a él.  
Que no son chuerdos consejos  
querer dar causa los hombres  
a que les digan sus nombres  
si vienen de trapos viejos.

D. JUAN. Dijo bien. Mas aquí viene  
doña Ana. Ponte el sombrero.

PEDRO. Ya soy don Juan. Fingir quiero  
lo grave.

D. JUAN. Buen aire tiene.

(Sale Doña Ana y Inés.)

INÉS. (Notable es la gallardía  
del criado.

ANA. Verle quiero.  
INÉS. El solene majadero  
está con él.)

PEDRO. ¡Prima mía!

ANA. ¡Oh, mi señor!

PEDRO. No más bella  
se muestra que vos agora  
en abril la fresca aurora,  
si viene almuerzo con ella.  
Sois tan derecha y tan linda  
como un ciprés por agosto,  
pues vuestro jubón angosto  
no hay corazón que no rinda.  
Siempre que derecha os veo  
pienso cuán bien repartida  
tendréis el alma.

ANA. Escogida  
curiosidad. Ya no creo  
que sois el que vino aquí.

PEDRO. Soy ya cortesano, y mucho,  
porque antes no estaba ducho.

ANA. Y ¿cómo entendéis que en mí,  
por ser derecha, estará  
el alma más descansada?

PEDRO. ¿No dicen que aposentada  
en todo su cuerpo está?

ANA. Así es verdad.

PEDRO. De ese modo.  
en un derecho ha de estar  
derecha, si ha de ocupar  
las partes del cuerpo todo.  
D. JUAN. (Bravos desatinos forjas.)  
PEDRO. Luego siendo contrahecho  
un hombre de espalda y pecho,  
llevará el alma en alforjas.

ANA. El alma no ocupa el todo  
como cosa corporal.

PEDRO. Soy físico mazorrall  
y búrlome de este modo;  
aunque, por ser contrahecho,  
conozco cierto letrado  
que, con haber estudiado,  
no vuelve por su derecho.  
Mas dejando lo que llama  
la corte filaterías,  
¿cómo os halláis estos días  
que hacéis estrado la cama?

ANA. No sé qué nuevo accidente  
ha dado en darme pesar.

PEDRO. Voy un médico a llamar.

ANA. ¿Para qué, si está presente?

PEDRO. ¿Luego yo puedo curaros?

ANA. Yo por los ojos me curo.

PEDRO. ¡San Blas!

ANA. ¿Qué decís?

PEDRO. Que os juro  
que voy al punto a sacaros,  
por tal favor, una gala.—  
Ven, Pedro.

D. JUAN. (¡Bravo galán!)

PEDRO. ¿Qué ensillan?

D. JUAN. El alazán.

PEDRO. Pues súbanmelo a la sala.

D. JUAN. Eso ¿cómo puede ser?

¿Ha de subir la escalera  
un caballo?

PEDRO. ¿No pudiera?

¿De qué le sirve aprender  
en la corte?

D. JUAN. ¿Estás en tí?

PEDRO. Y viendo que cada día  
la subo yo, bien podía  
tomar el ejemplo en mí.

(Vase.)

D. JUAN. Aunque se va mi señor,  
tengo que hablaros, señora.

ANA. ¿Tienes, Pedro, que decirme?

¿Estás mal? ¿Fáltate ropa?

¿No estás a gusto en Madrid?

¿Trajiste alguna memoria?

¿Quieres mudar de aposento?

¿Quieres que le diga ahora  
a mi padre que un vestido  
te saque?

D. JUAN. No, mi señora;  
yo tengo lo necesario.

Pero si tú no te enojas  
y me das licencia, aquí  
te diré lo que, con otras  
palabras más eficaces,  
me han rogado.

ANA. Di en buen hora.

D. JUAN. Un gallardo caballero,  
que Feliciano se nombra,  
galán como el mismo sol  
y de bizarra persona,  
a quien tú conocerás...

ANA. Ya le conozco, que ronda  
cada día mis ventanas  
con una traza ingeniosa.

D. JUAN. Aquéste, pues, me ha pedido  
que de su parte, señora,  
este recado te diese...

ANA. ¿Cuál es?

D. JUAN. Que su amor conozcas  
y que le pagues también;  
pues que las piedras y losas,  
las rejas y los balcones,  
con ser, como piedras, sordas,  
se han enternecido en ver  
sus pasiones amorosas.  
Desde su niñez, me dijo,  
que una alma que tenía sola  
te ofreció, y te diera mil  
si fuera dueño de todas.  
Cuando sales de tu casa  
en tu silla o tu carroza,  
va siguiendo tus pisadas,  
siendo de tu cuerpo sombra.  
Para su esposa te quiere,  
y de mi parte, señora,  
te suplico que le pagues (1)  
esta acción tan amorosa,  
pues da en la traza más cierta,  
porque es ir en mulas cojas  
enamorar a lo largo  
y el casarse es tomar postas.  
Y no me tengas a mal  
hablarte de aquesta forma,  
sino a lástima que tuve  
de verle verter, señora,  
muchas lágrimas envueltas  
entre razones piadosas.  
Respóndele ¡por tu vida!

ANA. ¿Tú quieres que le responda?

D. JUAN. Si tú gustas.

ANA. Aquí aguarda.

(Vase Doña ANA.)

INÉS. ¿Tú andas en estas obras?

D. JUAN. Pues ¿qué te parece, Inés?

¿Es por ventura deshonra  
ser casamentero un hombre?

INÉS. Lindamente sobredoras  
el oficio de alcahuete.

Si de esa suerte los nombras,  
será oficio, como muchos,  
que se venden y se compran.

D. JUAN. ¿Qué quiere decir agente?

INÉS. Hombre que hace y que negocia  
los negocios de otro.

D. JUAN. Pues

¿no te parece que toca

(1) La edición de Madrid 1620 dice: "lo pague".

aquese nombre a quien trata una agencia tan forzosa?

¿Sabes qué es conglutinar?

INÉS. No me hables jerigonza. Así te dé Dios que sepas tu lengua, que es lo que importa.

D. JUAN. Mas dejando aquesta ciencia de la cortesana pompa, ¿cómo va de amor con Fabio?

INÉS. Haz, por ventura, que ignores lo que me debes.

D. JUAN. ¿Yo a ti?

INÉS. Sí, Pedro; pues en la hora que a aquesta casa llegaste yo te ofrecí el alma propia envuelta en dos mil ternezas.

D. JUAN. Si le lavas y almidonas, si le das cintas y guantes, ¿cómo niegas que le adoras, Inés?

INÉS. Porque aquese amor no le funda en otra cosa que en decirme: "Sora Inés, jabóneme esa valona." Tú sí que a mí me desprecias, quizá por amor de otra.

D. JUAN. Si a otra quiero, mi Inés bella, fálteme tu luz hermosa.

INÉS. Dame un abrazo.

D. JUAN. Aquí estoy. Suelta.

INÉS. ¿Cómo?

D. JUAN. Tu señora.

(Sale Doña Ana.)

ANA. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¿Ya no lo ves?

ANA. ¿Queríasla tú abrazar?

D. JUAN. No, señora; que probar quiso cierta duda Inés.

ANA. ¿Qué duda?

D. JUAN. Sin duda fué esto con intento llano: si había de mano a mano lo que hay de la frente al pie, y por eso abrió los brazos.

ANA. ¿Y tú medillos querías?

D. JUAN. Era juego.

ANA. ¿Juego hacías, Pedro, con Inés, de abrazos?— ¡Vete adentro!

INÉS. Siempre fuiste rigurosa.

(Fase Inés.)

ANA. Este rigor...

¿Cuánto va que a tu señor se lo digo?

D. JUAN. Pues ¿qué viste?

ANA. Un hombre de tu persona, Pedro, que pudiera honrar a un rey, ¡se pone a abrazar una qué sé yo, fregona! ¿Estás loco? ¿Estás en ti?

D. JUAN. Yo soy tan desconfiado, que aun no merezco el cuidado de Inés.

ANA. ¿Cómo no? ¡Ay de mí! Levanta los pensamientos, pues Dios te ha dado valor, y ponle, Pedro, a tu amor otros mayores cimientos. Tú tienes talle y valor, y aunque sirves, podría ser que alguna noble mujer que te dé hacienda y honor, te estime, como yo estimo, el valor que miro en ti.

D. JUAN. Yo, señora, siempre fui siervo humilde de tu primo; dentro en su casa nació, no conozco otro señor; si es que tengo algún valor de su casa lo adquirí, cuanto y más que yo no siento en mí valor si no es que, por burlarme, me des, con tu raro entendimiento, esas alabanzas.

ANA. (Creo que ya me voy declarando.) Yo, Pedro, estoy alabando la nobleza que en ti veo; y cree que si mi primo, fuera del noble blasón, tuviera tu discreción y talle que tanto estimo, que ya estuviera casada con él; mas es el Amor un absoluto señor que quiere lo que le agrada.

D. JUAN. Si yo supiera, señora, de la materia de amar,



o aquel estilo de hablar  
del amante que te adora  
el Amor me hubiera dado,  
de uno y otro me valiera;  
y, si me amaran, no fuera  
quizá tan desconfiado.

ANA. Pues yo te quiero enseñar,  
Pedro, liciones algunas,  
con que, en dichas fortunas,  
te podrás aprovechar.

D. JUAN. Pues si en tus manos me pones  
podré salir gran letrado,  
para que me den el grado  
tan divinas perfecciones.

ANA. Sea la lición primera,  
Pedro, el procurar saber  
cómo una noble mujer,  
cuando ajeno amor la altera,  
se declara a un hombre humilde  
como tú lo eres agora.

D. JUAN. (Si es que doña Ana me adora, *(Ap.)*  
ojos, mi pena decilde.)

ANA. A quien se fió de ti  
este papel has de dar,  
y quédate a repasar  
esa lición que te di.

*(Vase.)*

DON JUAN.

¿Qué es esto, Amor? ¿Si ya doña Ana sabe  
que soy doy Juan y como a mí me adora,  
o si su liviandad ha sido tanta  
que siendo Pedro yo, y criado suyo,  
como a Pedro me adora? Mas ¿qué digo?  
¿Las estrellas del cielo de su cara  
habían de alumbrar el cielo humilde  
de un vil criado? ¡Vivé Dios! que Pedro  
o Fabio mis intentos le han contado  
y como a primo suyo me ha entregado  
su libertad y amor, honor y vida;  
que es imposible que mujeres nobles  
su calidad empleen en sujetos  
tan bajos, tan humildes e imperfectos.

*(Salen PEDRO y FABIO.)*

FABIO.

Ya no quiere a Leonor, por Ana muere.

PEDRO.

¡Quién tan grande mudanza imaginara!

FABIO.

Es el ausencia madre rigurosa  
del desdén y el desprecio.

PEDRO.

Don Juan, Fabio.

DON JUAN.

(Si esto es verdad, yo vengaré mi agravio.)  
¿Cuál de vosotros, pícaros, bergantes,  
que soy don Juan ha dicho?

PEDRO.

Yo, a lo menos,  
mi parte [te] aseguro.

FABIO.

Pues si hubiere  
en Madrid quien dijere que yo he sido  
quien lo ha dicho, la espada en cuyo puño  
pones la mano me atraviese el alma.

DON JUAN.

¿Que ninguno lo ha dicho de vosotros?

PEDRO.

Mi parte [te] aseguro.

FABIO.

Yo la mía.

DON JUAN.

Pues ¿cómo, si doña Ana no lo sabe,  
aquí como a su primo me ha tratado  
y su amor libremente declarado?

PEDRO.

Porque es mujer.

DON JUAN.

¿Porque es mujer? No, Pedro.

FABIO.

Pedro te ha dicho bien; que las mujeres  
no miran más que al gusto, no a la honra.

PEDRO.

Si vengo a ser su primo y ser su esposo,  
de toско talle y de grosero ingenio,  
y en ti mira, señor, partes tan justas  
para estimarte, ¿para qué te espantas?  
Tu traje, aunque es de Pedro, claramente  
se echa de ver que no es de Pedro el talle,  
y el talle ayuda mucho a los vestidos,  
que en quien le tiene ruin están vendidos.  
Cuando tú parecieras por tu talle  
doctor de monos, padre de mochuelos,  
¿qué importarían rasos, terciopelos,  
tabies, espolines ni cambrayes?

FABIO.

Dice Pedro muy bien y anda acertado.

PEDRO.

Cuando tú fueras mal proporcionado,  
que durmieran tus pobres pantorrillas  
en esos colchoncicos que se venden  
y a lo medio mujer enamoraras,  
bien es que tú temieras y pensaras  
que alguno de nosotros te ha vendido;  
mas tu sospecha en celos ha nacido.

FABIO.

Digo que dices bien.

PEDRO.

Es cosa cierta  
que nunca las mujeres más desean  
que su mismo apetito.

DON JUAN.

Calla, necio,  
que adoro su virtud.

PEDRO.

Y yo la precio.

(Sale JULIO.)

JULIO. ¿Quién es el señor don Juan?  
D. JUAN. (Ponte de presto el sombrero.)

PEDRO. ¿Qué preguntáis, majadero?  
En lo bizarro y galán  
¿no echáis de ver que soy yo?

JULIO. Lo discreto no sabía,  
lo galán aún no lo vía.

PEDRO. Pues apriendedlo.

JULIO. ¿Estoy yo  
obligado? ¿Es gran delito  
el saber lo que no veo?

PEDRO. Sí; pues yo en el rostro leo  
lo que está en el alma escrito.

JULIO. Y ¿qué le parezco yo?

PEDRO. Hombre de poco dinero.

JULIO. Pronóstico verdadero.

PEDRO. ¿No lo tenéis?

JULIO. Señor, no.

PEDRO. Ni yo tampoco.

JULIO. ¡Ojalá  
que yo lo tuviera así!

PEDRO. Mi tesorero está aquí,  
que ni una blanca me da.

JULIO. Feliciano, mi señor.

os viene a besar las manos.

PEDRO. Andanse estos cortesanos  
gastando muy buen humor.

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. Holgando de conoceros,  
vengo a besaros las manos,  
señor don Juan, que es razón  
que los viejos cortesanos  
visiten los que son nuevos.

PEDRO. Riñendo estos dos criados  
me hallará vuestra merced.

FELICIANO. Pues ¿cómo? ¿Han faltado en algo?  
Que parecen hombres nobles.

PEDRO. Son grandísimos bellacos.  
A éste mandé que llevase  
el alazán a Palacio,  
y hase estado con el otro  
toda la tarde jugando.—  
¡Pícaro! ¡Bergante!

D. JUAN. Mire  
vuesa merced...

PEDRO. ¿Habláis alto?

D. JUAN. Pues ¿qué culpa tengo yo  
de lo que ha tardado Fabio?

PEDRO. Fabio también ha de ir,  
que mi señor don Fernando  
me escribe que al fin de aquéste  
me enviará dos mil ducados.

FELICIANO. ¿Estáis falto de dineros?  
¿No los tenéis? ¿Queréis algo?  
Que ya sé que no queréis  
pedírselos a Lisardo.  
Decidlo ¡por [vida] vuestra!

PEDRO. Algo estoy necesitado,  
que no puede un forastero  
que viene a estar de prestado  
cumplir sus obligaciones  
si no es prometiendo y dando.  
Llevóme Fabio antiyer  
en casa de un buen letrado,  
que dan él y su mujer  
pareceres extremados,  
y dile cuatro sortijas  
para las mejores manos  
que han hecho labor en bolsas  
ni tomado tanto a tantos.  
En cas de una cortesana  
me llevó cierto hidalgo,  
y dila, para un manteo,  
veinte doblones de a cuatro.  
Escribióme doña Laura,  
Feliciano, que ha llegado  
de Calahorra empenada  
en un coche, y dile...

FELICIANO. ¿Cuánto?

PEDRO. Cien escudillos de a dos.

FELICIANO. ¡Pesía tal! Si vais gastando a esa traza, poca hacienda tiene el señor don Fernando para gastar en Madrid; porque en oliendo su trato de un moscatel a esa traza, no hay plato de miel que tanto frecuenten moscas ni casa de astrólogo judiciario como la vuestra, don Juan.

PEDRO. Algo he dado, Feliciano; demás que dar unos días es alta razón de estado, y después ir dando perros a cuenta de lo pasado, a las humildes, de falda; a las melindrosas, brazos; a las soberbias, lebreles, y a las taimadas, alanos. Mas esto aparte, yo quiero que me deis sobre un caballo docientos ducados.—Pedro, llévase luego un caballo en cas del señor.

FELICIANO. Teneos, que no es menester llevarlo. Véngase Pedro con Julio.

D. JUAN. Yo voy a cierto recado, y con Julio podré irme.

PEDRO. Quédate, Pedro.—Vení, Fabio.

FELICIANO. Da, Julio, al señor don Juan docientos ducados.

JULIO. Vamos.

(Vanse. Quedan FELICIANO y DON JUAN.)

FELICIANO.

Ya deseaba verte, Pedro amigo, iris divino que la paz señala, mensajero del Cielo a quien envío, desde la tierra de mi humilde pecho, suspiros tiernos, amorosas ansias. ¿Qué respondió aquel ángel?

DON JUAN.

Sin albricias,

te daré este papel.

FELICIANO.

El alma es tuya, y mi hacienda también.

DON JUAN.

Léele agora.

FELICIANO.

En sus letras el alma se atesora.

(Lee:)

“Mi padre tiene concertado de casarme con don Juan, mi primo, aunque contra mi gusto. Si alguno lo estorbare, aún podría tener esperanza Doña Ana.”

DON JUAN.

¡Papel notable!

FELICIANO.

Oráculos he visto que hablaban de esta suerte antiguamente. Difícil es la gloria que conquisto; pero no tanto al que estorbar intente que se case con él.

DON JUAN.

(¿Si habla conmigo doña Ana en el papel? Sí; pues ha dado esperanza a mi fe tan grande.)

FELICIANO.

¿Hay cosa tan cruel que una bestia digna sea de gozar aquel ángel soberano? Perdona, Pedro, tú; que, aunque le sirves, los celos mueven mi atrevida lengua.

DON JUAN.

Tienes razón.

FELICIANO.

¿Quieres servirme, Pedro? Serás el dueño de mi propia vida, de mi hacienda y mi casa.

DON JUAN.

A don Fernando, su padre y mi señor, debo amistades, y así no puedo hacer lo que me mandas; mas serviréte como al mismo dueño a quien yo sirvo agora.

FELICIANO.

Pedro amigo, quisiera hablalla y no sé de qué modo.

DON JUAN.

Habla a don Juan, y aquesta misma noche le saca, como sueles, y, en dejándole fuera de casa entretenido, entra. Yo estaré en esta esquina, donde puedes, estando prevenida ya doña Ana, seguramente hablalla.



FELICIANO.

Bien has dicho.

Quiero hablar a don Juan.

DON JUAN.

Ya vendrá presto.

FELICIANO.

Noche, si tal ventura me concedes,  
levantaré una estatua de alabastro  
a tu inmortalidad. Doña Ana bella,  
ten piedad de este amante, que a tus puertas  
llega por fin de su dichosa empresa.—  
Pedro, quédate adiós, y no te olvides  
de lo que hemos tratado.

DON JUAN.

Aquí te aguardo.

(Vase FELICIANO.)

Con razón dudo, y temo, y me acobardo.

Amor, ¿qué quieres de mí?  
Ya fué mi esperanza vana.  
Pero ¿si acaso doña Ana  
en el papel me habló?

(Sale DOÑA ANA, y estará escondida.)

ANA. Sí.

D. JUAN. Alguno que no advirtió  
respondió a mi intento vano.  
¡Ay, Cielos! ¿Si Feliciano  
será su marido?

ANA. No.

D. JUAN. Esto no es sin ocasión.  
¿Que vos me habéis escuchado?

ANA. ¡Oh, señor desconfiado!  
¿cómo le va de lición?

D. JUAN. Hasta agora bien me ha ido,  
y me fuera, mi señora,  
si un papel no viera agora  
donde mi muerte he leído.  
Pues cuando ya mi esperanza  
el Cielo quiso adquirir  
de vuestra gracia, al subir  
le faltó la confianza.

ANA. ¿Qué decía en solos dos  
renglones?

D. JUAN. Que el que estorbase  
el casamiento, esperase.

ANA. Estorbaldo, y seréis vos.

D. JUAN. Soy un humilde criado  
y es soberbio su poder:  
en llegando uno a querer  
¿no ha de estar desconfiado?

ANA.

Levanta los pensamientos,  
no temas; que quien te dió  
antes que te conoció  
tan altos merecimientos,  
también sabrá, Pedro, darte  
industria que valer pueda  
para desclavar la rueda  
que tiene de levantarte.  
hasta la luna; confía  
en ingenio de mujer.  
O mi honor he de perder,  
o se ha de llegar el día  
de ser tu esposa.

D. JUAN.

No puedo  
de mi ventura creer.  
¿Que en tanto bien me he de ver?  
Que a tu amante tengo miedo.  
Humilde soy, altos son  
y yo estoy desconfiado.  
Junto a los olmos del Prado,  
que es de Madrid recreación,  
se criaba un arbolillo  
en una huerta, y rogaba  
al que de él más cerca estaba,  
que era su muerte y cuchillo,  
que le dejase crecer;  
y el olmo presuntuoso,  
de sus ramas ambicioso,  
ni el sol le dejaba ver.

ANA.

“Arbolillo—le decía—,  
conténtate con vivir  
donde me puedas servir.”  
Pero llegó, Pedro, el día  
en que la villa intentó  
ensanchar el verde suelo,  
y el olmo, atrevido al cielo,  
cortado al suelo cayó.  
El arbolillo, ya dueño  
del sol, dijo: “Estos asaltos  
da la fortuna a los altos;  
más me quiero ser pequeño.”

(Vase.)

DON JUAN.

Fuése mi sol. Quedé en la noche obscura  
de mis temores. Raro y claro ejemplo  
de que lo más excelso menos dura,  
si las mudanzas de mi amor contemplo,  
pues los que estaban en inmensa altura,  
como columnas del celeste templo,  
cayeron, donde, cuantos los miraron,  
en sus desnudos troncos se sentaron.

No soy el arbolillo que imagina  
doña Ana aquí, sino un desconfiado  
que por la corte sin temor camina  
de sus Sirtes y Euripos espantado.  
Sirena ha sido, y a su voz divina  
quiere el justo temor llevarme atado;  
pues no he de descubrirme hasta aquel día  
que sepa que ya sé lo que quería.

(Vase. Salen de noche FELICIANO y PEDRO, FABIO y JULIO, criados.)

FELICIANO. No sé más casas.

PEDRO. ¡Que estén  
todas éstas tan cerradas!

FELICIANO. Bien estábamos con Silvia.

PEDRO. Los hidalgos me enfadaban.

FELICIANO. Pues qué, ¿no eran muy discretos?

PEDRO. Eso en la corte les falta.

FELICIANO. ¿Cómo?

PEDRO. Estando en un corrillo  
todos los que en él se hallan,  
de los que faltan allí  
dicen que no saben nada;  
luego, si se juntan otros  
y ellos ausentes se hallan,  
refieren de ellos lo mismo.

FELICIANO. Es verdad.

PEDRO. Por esta causa  
os he dicho que en Madrid  
no sabe ninguno nada.

FELICIANO. Muchos hay de grande ingenio.

PEDRO. De la corneja se canta  
que salió de ajenas plumas  
para unas fiestas, gallarda,  
y que, viniendo los dueños,  
se las quitaron, y estaba  
después afrentada y fea.

FELICIANO. ¿A qué propósito?

PEDRO. Aguarda.  
¿Cuál quedaría Madrid  
si Valencia, si Granada,  
Sevilla y otras ciudades  
le quitasen tantas almas  
como de todas concurren?

FELICIANO. Es la maravilla octava,  
porque es Madrid un compuesto,  
don Juan, de provincias varias,  
y con Madrid compararon  
la cueva de Salamanca;  
siempre, de los muchos que entran,  
se queda alguno.

FABIO. Aquí pára,

que parece que oigo ruido  
de músicos y guitarras.

PEDRO. ¿Quién vive aquí?

FELICIANO. Dos doncellas,  
en opinión.

PEDRO. ¡Linda chanza!

FELICIANO. Y una vieja que las rige,  
que las enseña y estafa.

PEDRO. Entremos dentro.

FELICIANO. Escuchemos  
primero.

FABIO. Hacia allí te aparta.

PEDRO. Mas vámonos, Feliciano,  
que temo en aquestas casas  
un infortunio terrible,  
y estas Ninfas no me agradan.

FELICIANO. Dichoso vos que os casáis  
con mi señora doña Ana.

PEDRO. (¡Por adónde la encajó!

FABIO. Amor, Pedro, luego trata  
de lo que tiene en el pecho.)

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. (Mi prima venir me manda  
[a] hablalla por el balcón.)

(Sale DOÑA ANA al balcón.)

ANA. (¿Es Pedro?

D. JUAN. Yo soy.

ANA. ¡Que tanta  
ventura me ofrezca Amor!

FELICIANO. (Don Juan, advierte y repara  
que anda por la calle gente,  
y que hablan en la ventana.

PEDRO. Déjame llegar, que quiero  
reconocellos.)

D. JUAN. ¿Quién pasa?

FELICIANO. ¿Ah, caballero?

D. JUAN. ¿Qué quiere?

FELICIANO. Pase adelante. ¿Qué aguarda?

D. JUAN. No quiero.

FELICIANO. Pues de esta suerte  
pasará.

ANA. (¡Desdicha extraña!)

(Metén todos mano.)

FABIO. ¡Demonio es el hombre!

PEDRO. Escucha,

¿es Pedro?

D. JUAN. ¡Señor!

PEDRO. Repara,  
pícaro, en que estoy aquí.  
¿Cómo en estas cosas andas?

D. JUAN. Púseme esta capa tuya  
por honrarme con tu capa,  
que me dijo Inés que aquí  
esta noche me aguardaba.

PEDRO. Suelta la espada, borracho.

FELICIANO. Dádsela, don Juan, que tanta  
valentía la merece.  
(Aficionado le estaba,  
y ahora estoy mucho más.)

FABIO. La casa está alborotada.

FELICIANO. Entrá a acostaros, don Juan.

PEDRO. Entro, y muy de mala gana,  
por no haber hecho...

FELICIANO. Callad.

PEDRO. Adiós, Feliciano.

FELICIANO. Acaba  
de contarme lo que ha habido,  
Pedro.

D. JUAN. Que estaba doña Ana  
aquí esperando, y don Juan  
ha venido a remontalla.

FELICIANO. ¡Hay tal desdicha!

D. JUAN. Otra vez  
podrás, Feliciano, hablalla.  
¿Diste a don Juan el dinero?

FELICIANO. Ciento en oro y ciento en plata.

D. JUAN. No le des más, que es un loco.

FELICIANO. Por conquistar a doña Ana  
daré el mundo.

D. JUAN. (El alma yo,  
que es de mayor precio el alma.)

ACTO TERCERO

DE *El Desconfiado*.

(Salen DON FERNANDO y FULGENCIO.)

FULGENC. En lo que digo porfía,  
y así yo he determinado  
ir a Madrid.

D. FERN. Habéis dado  
vida a la esperanza mía,  
pues por amor de Leonor,  
vuestra hija, no he querido  
partirme; mas ya que ha sido  
tan venturoso mi amor  
en que a Madrid la llevéis  
a ver la imagen divina  
del Buen Suceso, y se inclina  
tan poco a mí, como veis,

iré contento llevando  
en el camino el lucero,  
en cuyos rayos espero  
que irá a la luna eclipsando;  
y allá, en Madrid, posaréis  
en cas de mi hijo, adonde  
mi amor, Fulgencio, responde  
con la pena que sabéis.

FULGENC. Ya está prevenido todo,  
y recibiré merced  
en lo que decís.

D. FERN. Creed,  
Fulgencio, que de este modo  
mi hacienda os ofrecería,  
como el desdén de Leonor  
me mostrase algún amor.

FULGENC. Siempre en su tema porfía.  
Que, como a Madrid la lleve,  
se desposará con vos.

D. FERN. Extremos somos los dos:  
yo de fuego, ella de nieve.  
Si Leonor ha de cumplir  
esa palabra, quisiera  
ser el ave más ligera  
que el viento sabe medir,  
para llegar donde vea  
su hermosura soberana,  
no tan cruel y tirana  
para quien su bien desea.  
Vamos, Fulgencio, y haced  
que antes que el aurora venga  
vuestra gente se prevenga  
a la partida.

FULGENC. Creed,  
Fernando, que ruego a Dios  
que os dé la mano.

D. FERN. Dichoso  
si lo soy.

FULGENC. Yo venturoso  
si allá la caso con vos.

D. FERN. Mi amor, Fulgencio, es exceso.

FULGENC. Si tal mi ventura es,  
podremos decir los tres  
que vamos al Buen Suceso.

(Vanse. Salen DOÑA ANA y INÉS.)

ANA. No pensé llegar, Inés,  
a verme en tal confusión,  
pues mi amorosa pasión  
se va aumentando después  
que el Amor me dió lugar  
de hablar con Pedro; que Amor



descubre al fin su rigor,  
y no al principio.

INÉS. Si hablar  
me permites en las cosas  
de Pedro, engañada estás  
en amarle, y te verás  
si en acciones amorosas  
perseveras de tal suerte,  
que no te libre su amor  
del agravio que [en] tu honor  
pondrá liviandad tan fuerte.  
Don Juan es rico y honrado,  
y aunque su ingenio no es tal,  
es por lo menos igual  
a tu hacienda y a tu estado,  
y podrá ser que contigo  
casado su ingenio aumente,  
porque es la corte una fuente  
en que el extraño y amigo  
beben el néctar suave  
del trato y la discreción.

ANA. Sí; pero mi inclinación  
es a Pedro; y aunque es grave  
la mengua y el deshonor  
de mi sangre y de mi estado  
el casar con un criado,  
no puedo más con mi amor.  
Si don Juan, como es mi primo,  
de tan ilustre blasón,  
tuviera la discreción  
que en Pedro alabo y estimo;  
y si como es poderoso  
(en decillo me acobardo),  
Inés, fuera tan gallardo  
como Pedro, como a esposo  
le estimara y como a tal  
le diera luego mi mano.  
Mas ¡ay de mí, que es en vano!  
Yo vi a Pedro por mi mal.

INÉS. Aunque sé que Amor es ciego  
y no mira la razón,  
tu calidad, tu blasón,  
perdona si a decir llego  
lo que te importa, es muy cierto  
que perderá el alto nombre  
que ha tenido, pues a un hombre  
de nobleza y nombre incierto  
le das tu mano, señora.  
Tu primo es noble y galán;  
dale la mano a don Juan,  
pues que sabes que te adora.  
Si mis servicios te obligan,

si mi amor has estimado  
y si de tu honor y estado  
no quieres que en Madrid digan,  
te suplico que me cases  
con Pedro, señora, a mí,  
que Pedro no es para ti  
aunque por su amor te abrasas.  
Esto te suplico y pido  
por tu honor y por quien eres.

ANA. Dime, Inés, que a Pedro quieres  
para hacerle tu marido.  
No me aconsejes jamás.  
Yo sé, Inés, lo que me importa.  
Vete.

INÉS. Mi ventura es corta.  
No hablaré, señora, más;  
mas mira que es un criado  
Pedro y que no te está bien.

ANA. Vete, que yo sé también  
lo que conviene a mi estado  
y a mi honor.

INÉS. Dices verdad;  
mas Pedro...

ANA. No me repliques.

INÉS. No des voces, no publiques,  
señora, tu liviandad.  
Yo me voy; mas mira...

ANA. ¿Quieres  
que me descomponga, Inés?

INÉS. Voime, y mira que después  
no te pese lo que hicieres.

(Vase INÉS. Sale FELICIANO.)

FELICIANO. A tu piedad, a tus ojos  
vengo, divina doña Ana,  
viendo que el plazo se cumple  
de mi desdicha.

ANA. (Faltaba  
sola esta queja a las mías.)

FELICIANO. No vuelvas la hermosa cara.  
Espera, vuelve, detente  
y no te muestres ingrata  
a un amor tan verdadero  
y a una fe que entre las llamas  
de tu cruel hermosura  
generosamente abrasas.  
Pasé los mejores años  
de mi vida dando al alma,  
de gozar tus bellos ojos,  
alguna breve esperanza;  
sustentaba estos deseos  
contemplando tus ventanas,

que por alumbrar al mundo  
cuando su sol le faltaba,  
solías hacer oriente,  
que en los celajes del alba  
de la nieve de tu frente  
se coronaba de plata.  
Y cuando espero, señora,  
el premio de esta esperanza,  
y el pago de aquesta fe,  
¡ay, correspondencia ingrata!,  
veo que tu primo mismo  
te da la mano y que tratas  
de ejecutar hoy el plazo,  
plazo, al fin, de mi desgracia;  
y como el alma desea  
ver su fortuna contraria,  
no da crédito a las lenguas,  
no da crédito a la fama.  
Dime si es verdad, señora.  
Que me caso es verdad clara,  
el con quién no lo diré.  
Yo te avisé en una carta,  
y si el casamiento mío  
de alguna suerte estorbaras,  
no perdiéramos los dos  
tú el bien y yo la esperanza.  
No lo estorbaste, y así  
mi padre casarme trata,  
y hoy, porque mis dilaciones  
ya, como a padre, le cansan.  
Y pues que me caso, ya  
no entres más en esta casa,  
que tengo un padre celoso  
y un marido que me guarda.

(Vase.)

FELICIANO. ¿Qué es esto, desdichas mías?  
cuando mi amor me esforzaba  
con el ayuda de Pedro  
a sustentar la esperanza  
y cuando esperaba ser  
esposo de aquella ingrata,  
con desprecios, con desdenes,  
me injuria, ofende y abrasa.  
¡Plega a los Cielos, cruel,  
que antes que tu mano blanca  
se llegue a ver en la suya,  
para castigo de ingratas,  
la muerte...! Pero ¿qué digo?  
Que vivas sin gusto basta.

(Sale DON JUAN y PEDRO.)

PEDRO. Feliciano, ¿qué es aquesto?

FELICIANO. ¡Ay, don Juan, una desgracia,  
una furia del abismo  
que me abrasa las entrañas!  
Ya no te puedo encubrir  
mi amor. La ingrata doña Ana  
me ha dicho que eras su esposo  
y que hoy con ella te casas.

PEDRO. Es verdad.

FELICIANO. Pues si es verdad,  
don Juan, ¿para qué me matas  
con preguntarme qué tengo?  
Tengo un volcán en el alma  
compuesto de fuego y hielo;  
tengo injurias, tengo rabias,  
tengo amor y tengo celos.

PEDRO. Si rabias, allá te aparta.

FELICIANO. Serví a doña Ana, don Juan,  
en mi tierna edad; el alma  
la ofrecí, y ella también,  
entre fingidas palabras,  
entretuvo mi amor loco.  
Mal haya la confianza  
que me trajo a tanto mal,  
pues hoy llegas y hoy te casas,  
siendo primero mi amor.  
Esta es mi desdicha.

PEDRO. ¿Extraña  
es tu congoja! Mas dime:  
si por sentir tu desgracia  
no me casase con ella  
y fuese tuya doña Ana,  
¿qué me darías?

FELICIANO. Don Juan,  
¿búrlaste? Daréte el alma,  
daréte mi hacienda y vida,  
y el corazón, que se abrasa  
por su amor, la libertad...

PEDRO. Para un cautivo la guarda.

D. JUAN. ¿Qué dices? ¿Burlas agora  
si hoy con doña Ana te casa  
su padre?

PEDRO. ¿Soy yo doncella  
que me han de hacer fuerza?

FELICIANO. Calla,  
Pedro, que mi hacienda es tuya  
si es que conquistó a doña Ana.

PEDRO. Feliciano, estáme atento.  
Vidas, libertades y almas  
yo no las he menester;  
dame mil ducados.

D. JUAN. (Basta,

que aquéste me echa a perder.)  
Mira, señor...

PEDRO. Pedro, calla;  
yo no me quiero casar.

D. JUAN. Mira que a su padre agravias.

PEDRO. Déjeme todo criado.  
Aquí de Dios, que me casan.  
¿Hay tal cosa?

FELICIANO. Pedro amigo,  
¿no me diste la palabra  
de ayudarme?

D. JUAN. (¡Vive el Cielo!)

FELICIANO. Don Juan, yo voy a mi casa  
por el dinero, mi hacienda  
es vuestra; mas la palabra  
me habéis de dar de volverlo  
si es que os casáis con doña Ana.

PEDRO. Digo que palabra os doy  
que yo me caso mañana  
con doña Inés, y a no ser  
por un don Fabio que andaba  
visitando sus balcones  
y adorando sus ventanas,  
ya yo estuviera casado,  
porque su desdén me mata.

FELICIANO. Don Fabio, ¿si es ginovés?

PEDRO. No, que a serlo es cosa clara,  
que mi amor no agradeciera  
doña Inés.

FELICIANO. Pues ¿por qué causa?

PEDRO. En entrando a competir  
por dama, aunque más honrada.  
ginovés, músico o cresta,  
ya entiendes, volver la espalda.

FELICIANO. Voy por el dinero. Adiós.

(Vase.)

D. JUAN. ¿Qué es esto, Pedro? ¿En qué an-

PEDRO. ¿Quieres echarme a perder? [das?  
Deja el enojo y repara  
en mi provecho, que agora  
tiene crecida la calva  
la ocasión para que yo,  
con engañosas palabras,  
quite aquestos mil escudos  
a este amante tonto.

D. JUAN. El alba  
viene dando envidia al sol.

PEDRO. ¿Cómo?

D. JUAN. Que viene doña Ana.

Ponte el sombrero.

PEDRO. Aquí quiero,

por obras o por palabras,  
que eche de ver si te estima.  
D. JUAN. En lo que dices repara.

(Sale Doña Ana y Inés.)

ANA. ¡Primo!

PEDRO. ¡Señora!

ANA. ¿Qué hacéis?

PEDRO. Estoy con Pedro riñendo.—  
Alto, Pedro...

ANA. Ya yo entiendo  
vuestro disgusto.

PEDRO. No estéis  
tan mesurado. Advertid  
que sois un pícaro...

ANA. ¿Quién?

PEDRO. Pedro, y vos, Fabio, también,  
os habéis de ir de Madrid.

FABIO. Mira, señor...

PEDRO. No hay mirar.  
Esto me conviene así.

ANA. ¿Qué es esto, Pedro?

PEDRO. De mí  
os podéis bien informar.

ANA. Mirad que es hombre de bien.

PEDRO. Fáltanme en oro contados,  
prima, docientos ducados  
¿y es hombre de bien?

ANA. Pues ¿quién  
puede sospechar que sea  
quien los tomó Pedro?

PEDRO. Yo.

ANA. Mirad que Pedro...

PEDRO. No, no,  
no hay disculpa que lo sea.  
¡Nunca a Madrid le trajera!

ANA. ¡Primo!...

D. JUAN. Ahora bien, mi señor,  
¿por dar a Fabio favor  
me trata de esta manera?  
Pues yo...

PEDRO. No me repliquéis.

ANA. Averigualdo primero.

PEDRO. Sé que me falta dinero.  
¿Qué más indicios queréis?

D. JUAN. Señor, advierte...

PEDRO. ¿Qué es esto?

Pícaro, no me advirtáis.

ANA. Reportaos.

PEDRO. Sólo miráis  
aquel su talle compuesto.



Debajo de aquella cara  
hay más de lo que parece.  
D. JUAN. (Esto mi amor se merece.)  
ANA. Primo, en su pena repara.  
PEDRO. No tengo que reparar.  
D. JUAN. Yo me iré, que al fin la corte  
es patria común.  
ANA. Reporte  
tu enojo el verle llorar,  
y su talle no merece  
ser igual a otros criados.  
PEDRO. Todos son hombres honrados,  
y mi capa no parece.  
No ha de estar conmigo un hora.  
Vaya a Jerez.  
ANA. No ¡por Dios!  
Primo, pueda algo con vos.  
PEDRO. Él se ha de partir, señora.—  
Y agradeced, picarán,  
que no os echo la justicia.  
ANA. Ya es esa mucha malicia  
y mayor la sinrazón.  
Venid, que yo os quiero dar  
por él docientos ducados.  
PEDRO. (¿Ves si te adora?)  
ANA. A criados  
honrados se ha de tratar  
de otra suerte, no así.  
PEDRO. Yo  
siento perder mi dinero.  
(¿Ves si te quiere?)  
ANA. Yo quiero  
dar lo que el otro os hurtó.  
Venid.  
D. JUAN. Yo sé que algún día  
se sabrá quién fué el ladrón,  
y verás tu sinrazón  
entre la inocencia mía.  
Astrólogo soy.  
PEDRO. Decís  
verdad; mas con ciencia tal  
irá un hombre a Portugal  
y dirán que va a París.  
Hay desde aquí a las estrellas  
de leguas una gran suma,  
y quieren, con una pluma,  
saber lo que saben ellas.  
ANA. Ahora bien, venid conmigo,  
que el dinero os quiero dar.  
D. JUAN. Solamente hasta probar  
la verdad estoy contigo.  
(Vase DOÑA ANA y PEDRO.)

INÉS. ¿Quiéreme vuesa merced  
dar un adarme de audiencia?  
D. JUAN. Sí, que como tengo oídos,  
vuesa merced tiene lengua.  
INÉS. Si nuestros amos se casan,  
como su padre concierta,  
¿no imitaremos nosotros,  
Pedro, su boda en la nuestra?  
D. JUAN. ¿Con quién te casas?  
INÉS. Contigo.  
D. JUAN. ¿Con quién?  
INÉS. ¡Qué linda flema!  
D. JUAN. Jabone cuellos a Fabio,  
dele valonas y vueltas,  
y friegue allá en la cocina  
y conmigo no se meta,  
porque parece muy mal  
en personas como ella  
los pensamientos tan altos.  
INÉS. ¡Oh, qué linda gracia es ésa!  
Pues paje vil y cuitado,  
enjerto en lacayo, entienda  
que traigo mejores hombres  
debajo de mi chinela,  
y por lo menos por hurtos  
no los despiden.  
D. JUAN. (¡Paciencia!)  
INÉS. Pues una cosa le advierto;  
que si a la cocina llega,  
que le he de dar con los platos,  
o metelle en la cabeza  
un palmo de cucharón.  
D. JUAN. De esa mano, mi Inés bella,  
tendrélo yo por favor.  
INÉS. Oye, ¿dícelo de veras?  
D. JUAN. Sí, mi bien.  
INÉS. Pues entre y salga  
a la comida y la cena,  
y mande cocina y moza.  
D. JUAN. Pues dame un abrazo. Suelta.  
INÉS. Pues ¿quién viene?  
D. JUAN. Feliciano.

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. No son malas nuevas éstas.  
D. JUAN. Aquí, señor Feliciano,  
tenemos nuestra despena;  
aquí nos depositó  
el Cielo almuerzos y cenas;  
los cuellos y las camisas  
por las tales se conservan.  
FELICIANO. ¡Ay, Pedro! Si yo me caso

- con doña Ana, ten por cierta a Inés, si la quieres bien.
- D. JUAN. ¿Cómo? Me muero por ella.
- FELICIANO. ¿Dónde está don Juan?
- D. JUAN. Aquí vino doña Ana y con ella se fué.
- FELICIANO. (De celos me abraso.) Traigo el dinero, y quisiera dárselo a don Juan.
- D. JUAN. ¿No ves que te engaña?
- FELICIANO. Cuando sea el engañarme su intento, hará primero una cédula de volverme mi dinero cuando se case con ella.
- D. JUAN. De esa suerte no habrá agravio.
- FELICIANO. Quiero aguardar a que vuelva, que tengo el alma en doña Ana, y por rescatala es fuerza que aventure mil ducados y salga de tantas penas.
- (Vase, y sale DOÑA ANA.)
- ANA. ¿Qué te dijo Feliciano?
- D. JUAN. Anda, señora, celoso de que don Juan es tu esposo.
- ANA. Los dos pretenden en vano. Tú solo, Pedro, has de ser quien de mí lleve la palma.
- D. JUAN. Quisierate dar el alma por poder agradecer alguna parte, señora, de este favor soberano; mas yo imagino que en vano mi necia humildad te adora. Pues es la desconfianza en mí de tan grande efeto, que pienso que soy discreto por no tener esperanza.
- ANA. Pedro, pues viste mi amor sin conocer en ti parte para poder adorarte más que el divino valor y la rara discreción que muestras en tus acciones, ¿por qué pones objeciones a mi amorosa pasión?
- D. JUAN. Por la desigualdad grande, y por tu padre después.
- ANA. ¿Qué padre tan fuerte ves que en lo hecho no se ablande?
- D. JUAN. Tengo temor y respeto, y, aunque así tu amor me trate, temo también que te mate.
- ANA. Dame tú que venga el nieto, aunque más sienta su mengua, y colgado de las canas le diga cuatro mañanas seis gracias con media lengua, que tú le verás decir que eres su hijo mil veces.
- D. JUAN. La esperanza que me ofreces quiere en tus brazos vivir.
- ANA. Llegá, pues.
- D. JUAN. El miedo fundo en que [a] Amor pintan rapaz.
- (Abrázanse.)
- (Sale PEDRO.)
- PEDRO. Bendiga Dios tanta paz como ha dejado en el mundo.— ¿Qué es esto?
- D. JUAN. Vite venir para hablar a mi señora y vine yo, y como ahora...
- PEDRO. ¿Cómo se turba el mentir?
- D. JUAN. ¿Yo mentir? Y aqueste abrazo para ti, señor, me dió.
- PEDRO. ¿Para mí?
- D. JUAN. Sí; y así yo puse en los suyos mi brazo, como viste.
- PEDRO. Bien está.
- D. JUAN. ¿Quieres el abrazo?
- PEDRO. No; que estando presente yo ella misma le dará. ¿Para qué quiero yo el tuyo si de ella el abrazo espero? Pero de abrazar primero malas sospechas arguyo.
- D. JUAN. Pues ¿mis brazos te provocan?
- PEDRO. Las mismas gracias les pones que [a] las cuentas de perdones, que unas a otras se tocan. Bueno es abrazarle a él y luego abrazarme a mí.
- D. JUAN. Pues ¿no te llevo yo así el valor que estaba en él?
- PEDRO. No, señor; ni me convienen tan falsas filosofías, porque son mercaderías

que de reino extraño vienen.  
Y así, me viene a estar mal  
pasar por ese concierto,  
pues más se queda en el puerto  
que vale lo principal.

Y así quiero que al momento  
vuestro abrazo le volváis,  
y que otra vez no lo hagáis.

D. JUAN. Darte gusto en todo intento.

PEDRO. Prima, tomad vuestro abrazo.  
Ea, volvédselo presto.

ANA. Yo lo haré si gustas de esto.

PEDRO. ¡Qué tibia! Alargad el brazo  
y quitádselo muy bien.

ANA. ¿Todo, todo?

D. JUAN. De este modo  
pienso que se quita todo.

(*Abrázanse, y sale LISARDO.*)

LISARDO. Llama a Leonardo también,  
hijo.—Mas ¿qué es esto, Cielo?

PEDRO. No le dejes de tomar  
la medida, que a sacar  
voy el raso y terciopelo.

LISARDO. Si no estuvieras aquí  
temiera lo que sospecho.

PEDRO. Pedro, que en Jerez ha hecho  
famosas vistas, aquí  
quiero que corte las mías,  
que es único, y me ha pedido  
que no se corte vestido  
en estos dichosos días  
para mi esposa, porque  
quiere hacellos de su mano.

LISARDO. Si es tan único, en tu mano  
está el dárselos.

PEDRO. A fe  
que has de enriquecer si sabes,  
Pedro, a la novia agradar.

LISARDO. Hijo, si hoy te has de casar,  
aprende estilos más graves  
de hablar, y pues ya de estado  
mudas con la condición,  
también con la discreción  
presume que te has casado.  
El lenguaje de la corte  
aprende y no digas mal,  
que, aunque es a la corte igual,  
no será razón que corte  
tu lengua vidas ajenas.  
Sé bienquisto, y ten cuidado,  
pues a ver el desposado

de Madrid las calles llenas  
están con tan falso intento  
de ponerte muy galán.

ANA. (Vanas liciones le dan  
si falta el entendimiento.)

LISARDO. Éntrate a vestir, que ya,  
con tu esposa, alegre aguardo.

PEDRO. Yo me pondré tan gallardo.  
y tan ancho, que podrá  
vencer la presencia mía  
todo buey de Medellín.

LISARDO. No digas eso, que, en fin,  
es comparación muy fría.

PEDRO. ¿Cuántas necedades pueden  
sufrírsele a un desposado?

LISARDO. Una, y ésa, por turbado,  
la licencia le conceden.

Vamos adentro. ¿Qué hacéis?

PEDRO. Pocas son ; por vida mía !,  
y yo licencia querría  
a lo menos para seis ;  
que sobre la del casar  
cualquiera será ligera.

LISARDO. Una sola, y, por primera,  
licencia se puede dar.

PEDRO. Cierto que yo estoy turbado ;  
y pues que vos sois discreto,  
dispensad aquí en secreto,  
pues que ya soy desposado,  
en solas seis necedades.

LISARDO. Como no pasen de seis,  
yo dispenso.

PEDRO. Bien podéis,  
que todas serán verdades.

(*Vanse. Sale DOÑA LEONOR, y FULGENCIO y DON FERNANDO.*)

D. FERN. Apacible vista tiene  
Madrid.

FULGENC. Bien le podéis ver  
con gusto después que a ser  
fénix de sí mismo viene.

D. FERN. Ya estamos cerca. Bien puedes,  
doña Leonor, descansar  
en este ameno lugar.

LEONOR. Si licencia me concedes,  
con el señor don Fernando  
quisiera hablar en secreto.

D. FERN. Para semejante efeto  
está el sitio convidando.

FULGENC. Voy a prevenir el coche  
mientras habláis.



D. FERN.

Cerca estamos,  
y, aunque aquí nos detengamos,  
llegaremos esta noche.

LEONOR.

Señor don Fernando, el Cielo  
las voluntades concierta,  
y así las nuestras no quiso  
concertallas una estrella.  
A vuestro hijo don Juan  
quise bien en la primera  
edad, que es adonde Amor  
los fundamentos comienza.  
Pagóme este amor de modo  
que, aunque la fama celebrá  
a Tisbe y Píramo amantes,  
yo sé que no la tuvieran,  
ni de amor fueran ejemplo,  
si en nuestra edad verde y tierna  
de dos almas tan conformes  
los amores conocieran.  
Enviástele a Madrid  
y, no fué partido apenas,  
cuando con mayores celos  
aumentastes mis sospechas.  
Casaros queréis conmigo  
sin ver con poca prudencia  
si es mejor el puesto sol  
que el sol que a salir comienza.  
No os ofendo en el dejaros,  
pues mi amor casarme intenta  
con quien tiene vuestra sangre  
y a vos mismo representa.  
El buen suceso a que vengo  
es a que bien me suceda  
el casarme con don Juan,  
hijo vuestro y sangre vuestra.  
Si no permitís casarme  
con vuestro hijo, haced cuenta  
que, como he dicho mi intento,  
sabré haceros resistencia.  
Mas yo fío que seréis,  
alabando mi firmeza,  
piadoso padre y no esposo.

D. FERN.

(Aquí el sufrimiento es fuerza.)  
Basta, señora, no más,  
que antes el alma se alegra.  
De ese justo desengaño,  
y entre dudosa, contenta,  
os da el parabién el alma  
del agravio que me espera.  
Goce mi hijo don Juan,  
pues fué su suerte tan buena,  
tanta gloria, beldad tanta,

tanto valor, tal firmeza.  
Yo mismo quiero, señora,  
ser el tercero que tengan  
vuestros intentos.

LEONOR.

¡Ay, Dios,  
no sé si mi dicha crea!  
Viváis mil años, señor,  
cuyas obras manifiestan  
vuestra prudencia y valor,  
y plega al Cielo que excedan  
los de Néstor.

D. FERN.

(¡Triste caso!)  
¿Hola? El coche nos apresta,  
que hoy llegamos a Madrid,  
adonde quiero que veas  
que quien dió el ser a don Juan  
ninguna cosa le niega.

(*Vanse. Sale DON JUAN, y FELICIANO y PEDRO.*)

FELICIANO. Ya vengo a ser desposado.

PEDRO. Yo padrino vengo a ser.  
Tú no tienes que temer  
que falte a lo concertado.

FELICIANO. Si te casas con doña Ana  
¿no he de temer?

PEDRO. No, por cierto,  
pues que sabes el concierto.

D. JUAN. (Saldrá su esperanza vana.)

FELICIANO. Si tus deudos se han juntado  
al casamiento, ¿qué dices?

PEDRO. Feliciano, ya desdices  
del valor que has profesado.

¡Qué lindamente la mama! (*Ap.*)

FELICIANO. Mil ducados os he dado;  
pero en estando casado,  
si es que os casáis con mi dama,  
me los habéis de volver.

PEDRO. ¿Yo casarme con doña Ana?  
No, Feliciano. Mañana  
me veréis con mi mujer.

FELICIANO. ¿Qué mujer es?

PEDRO. Doña Inés,  
que he escogido como sabio.

FELICIANO. Pues ¿dejóla ya don Fabio?

PEDRO. Ya la dejó el ginovés.  
Ya viene la novia aquí,  
como el mismo sol hermosa.

FELICIANO. ¿Y no os casáis? ¿Hay tal cosa?  
Vos hacéis burla de mí.

(*Sale DOÑA ANA muy bizarra, LISARDÓ, FABIO, y JULIO, y INÉS y MÚSICOS.*)

JULIO. Ya aguardaba el desposado.

Siempre anticipa el deseo  
las dilaciones.

LISARDO. Fineo  
vaya a llamar con cuidado  
a quien los despose luego.  
FABIO. Sentaros podéis aquí.  
FELICIANO. ¿Qué estoy mirando? ; Ay de mí,  
idólatra de mi fuego  
como ciega mariposa!  
JULIO. Los de casa danzarán.  
FABIO. El desposado galán  
dance con la novia hermosa.  
PEDRO. ¿Yo, Fabio? Los entendidos,  
los discretos no danzamos,  
mayormente los que estamos  
en vísperas de maridos.  
FABIO. Antes los discretos son  
los que han de saber danzar.  
PEDRO. ¿Has visto a Plinio bailar,  
a Horacio ni a Cicerón?  
¿Supo Ovidio la chacona  
ni Catón la zarabanda?  
FABIO. Que bailen y canten manda.  
PEDRO. Yo no he de bailar, perdona.

(Cantan los Músicos.)

“A los carreteros  
del buen Getafe,  
les rogaba la niña  
que la llevasen.  
Pásese, señora,  
desotra banda,  
que es aquella mula  
falsificada.  
Unta aquellas ruedas,  
mozo de Judas,  
que ninguno se mueve  
sino le untan.  
Hacia [a]trás se hagan  
los de adelante,  
que se ahorcan las mulas  
sin ser tratantes.  
;Cómo se arrellana  
la madre tía!  
;Vive Dios que no lleve  
vieja en mi vida!  
Si en mi carro llevara  
poetas solos,  
no llevara un adarme  
de viento en todos.  
Dale aquella rucia,  
que se desmanda;

alcaceres ha visto,  
ser hembra basta.”

FABIO. A buen tiempo.  
LISARDO. ¿Cómo así?  
FABIO. Que mi señor ha llegado.  
PEDRO. ¿Qué señor, Fabio?  
FABIO. ¿Yo tengo  
más señor que a don Fernando?  
PEDRO. ¿Mi padre?  
FABIO. Tu padre, pues.  
PEDRO. ;Vive Dios que habemos dado  
con el edificio en tierra!  
LISARDO. Voy a ver si ha sido engaño  
o verdad lo que me ha dicho.)  
D. JUAN. ;Ay de mí! ¿Qué haremos, Fabio?  
FABIO. Yo, señor, ¿qué sé?  
D. JUAN. ;Ay de mí!  
¿Estoy durmiendo o soñando?  
Por ti temo, prenda mía,  
porque le has dado la mano  
en viendo a su padre.

ANA. Antes...  
D. JUAN. No lo digas. ;Tente! ;Paso!  
que en jurando una mujer  
está cerca de quebrarlo.  
;Válgame el Cielo! ¿Qué haré?  
PEDRO. Un remedio sólo hallo;  
que es decir que aquí en la corte  
todos así nos mudamos;  
que aunque vine barbirrubio  
me he vuelto barbicastaño.

(Salen todos.)

D. FERN. ;Vive el Cielo que me pesa,  
Fulgencio, de haber llegado  
a tiempo que esté mi hijo  
con su prima desposado.  
FULGENC. No importa, Fernando, nada.  
Padre y honor tiene.  
D. JUAN. (Fabio,  
temblando estoy.)  
D. FERN. ¿Y don Juan?  
LISARDO. Ya llega a besar tus manos.  
D. FERN. ¿Hijo?  
PEDRO. ;Señor!  
D. FERN. De la tierra  
te levanta hasta mis brazos.  
¿Qué es esto que abrazo aquí?  
¿Perico?  
PEDRO. ;Señor!  
D. FERN. ¿Qué aguardo?

¿Eres ya, como en Jerez,  
aquí en la corte bellaco?

LISARDO. ¿Cómo tratáis de esa suerte  
a don Juan?

D. FERN. ¿Qué don Juan, si hablo  
con su criado?

LISARDO. ¿Con quién?

D. FERN. ¡Bien, por Dios! Con su criado.

LISARDO. Fernando, aqueste es don Juan.

D. FERN. ¿Cómo don Juan? ¡Cielo santo!  
¿No eres tú Pedro? Traidor,  
¿cómo es esto?

PEDRO. Que me llamo  
don Juan de Pedro, señor;  
que en este mar oceano  
de la corte hasta los nombres  
y hasta la cara mudamos.

D. FERN. Dadme a mi hijo don Juan.

LEONOR. (Aún faltan mayores daños  
para acabar mis desdichas.)

LISARDO. Este es tu hijo.

D. FERN. ¿Qué aguardo?  
¡Vive el Cielo! ¡Qué sospechas  
con justa razón me han dado!  
Que éste ha muerto a su señor,  
por ventura, por robarlo.

ANA. (¿Si fuese Pedro don Juan?)

D. FERN. ¡Perro, con ésta te paso  
si no me das a don Juan!

PEDRO. Señor, por desconfiado  
su nombre mudó conmigo.  
De él ha nacido el engaño.  
Él, señor, se llama Pedro  
y yo don Juan me he llamado.

D. FERN. Y ¿dónde está?

PEDRO. Vesle aquí.

D. JUAN. A tus pies, señor, aguardo  
el castigo de esta culpa.

D. FERN. Levanta y dale la mano  
a doña Leonor.

D. JUAN. Perdona,  
porque a mi prima la he dado,  
y su amor lo ha merecido.

ANA. Que bien merece amor tanto  
que le paguéis de esta suerte.

FELICIANO. Quedo, señores; que cuando  
Pedro fué don Juan, me hizo  
un engaño y falso trato.  
Para que no se casase  
con doña Ana mil ducados  
le di.

PEDRO. Pues bien, ¿dónde veis  
que con doña Ana me caso?  
La doña Inés que yo dije  
es ésta, a quien doy la mano,  
y el don Fabio ginovés,  
es, señor, este criado;  
que todos están presentes,  
y así no estoy obligado  
a volveros el dinero.  
Y aprended en lo pasado,  
porque estoy ducho en la corte,  
mas es en hacer engaños.  
¡Lindamente la mamó! *(Aparte.)*

FELICIANO. Sólo de don Juan me agravio;  
que, como fingido amigo,  
ha dado causa al engaño.

D. JUAN. Reportaos y advertid  
que soy vuestro amigo, y tanto,  
que a doña Leonor suplico,  
y a su padre, pues es llano  
vuestro valor y nobleza,  
que os dé su mano, quedando  
obligado yo a serviros.

FULGENC. Yo soy el que en ello gano.

FELICIANO. Esta es mi mano.

LEONOR. Y la mía  
es ésta, y el alma.

D. JUAN. Dando  
su autor con aquesto fin  
alegre al *Desconfiado*,  
aunque lo quede su autor  
si no ha acertado a agradaros.

FIN



# EL DESPOSORIO ENCUBIERTO

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

AL LICENCIADO JACINTO DE PIÑA, HIJO DE JUAN IZQUIERDO DE PIÑA,

SECRETARIO DE PROVINCIA

Cumple v. m. justamente los deseos a sus padres en el cuidado que muestra en los estudios, y a los amigos las esperanzas del bien que le desean, prometiendo todo buen lugar a sus años y todo oficio digno a sus méritos y costumbres, de más estimación que las riquezas. *Boni mores divitiis omnibus preferuntur.* § *Fi Insti. de suspect. &c.* Todos los estudios llamó vanos Matheo Gribaldo, *Et philosophia et leges, et medicina, si Christiani dogmatis praecepta postponantur.* Séneca, en el libro de las cuatro virtudes, define la justicia diciendo que *Non nostra constitutio, sed divina lex est*, pues siéndolo, justo es que quien ha de profesar su administración sea con el mismo respeto y advertimiento. Por todo el capítulo muestra el filósofo cuál ha de ser el que la ejecute, que no ha dejado la tierra la divina Astrea, aunque la contemple imagen del cielo la Astrologia, con los rigores que pintan el Trágico en su *Octavia*, Ovidio en sus *Transformaciones* y Juvenal en sus *Sátiras*. Assegurado este principio, importa mucho la buena guía, de que v. m. ha hecho elección en el licenciado Juan Antonio de Herrera, cuyas virtudes y letras conozco desde sus tiernos años. Los consejos para esta facultad del autor referido son notables en el libro de *Ratione studendi*, y lo que se ha de leer, advertir y notar, con la buena interpretación de los autores, lo que todo hará bien, como él dice. *Qui praescriptorum Bolognini, Budei, Zazii, Alciati et Roolandi lucubrationes diligenter evoluerit*, sin esto el provecho de la asidua disputa por la sentencia de Marcelo, *Sine qua artificis ingenium rubiginem contrahit, in lege legatis.* § *Ornatricibus, &c.* Y porque este jurisconsulto no excluye la lección de los filósofos y historiadores, y tal vez de los poetas, *Recreationis gratia*, me pareció dirigir a v. m. esta comedia, pues otras son las cosas que distraen, siendo justa sentencia para la juventud, *Extraneas disciplinas principali studio non esse tractandas.* No dañaron a los profesores del Derecho las sentencias, ni a la continua lección suya la diversión. V. m. la lea por recreación del ánimo en tan fuerte suceso como haber perdido con tal desgracia tal hermana como la señora doña Clementa Cecilia, de cuyas virtudes y entendimiento hiciera aquí un largo elogio; pero no me atrevo a despertar más la memoria de tan lastimoso caso; pues con el mismo sentimiento que su padre, pues yo lo era segundo, no he acabado una elegía que le escribía a su muerte. V. m. quedó para su con-

suelo, anime a serlo, pues él lo está tanto para su educación y buen estado. *Omnis in Ascanio chari stat cura parenti*, dijo Virgilio, y viene bien a su padre de v. m. *Quem iura ipsa pro filii utilitate, perpetuo sollicitum, & vigilantem praesumunt, cap. si quae libet in fi &c.* Guarde Dios a v. m. y le haga tan gran letrado que digamos por él lo que por Baldo.

*Nemo (quod hunc latuit) scribit: si iura Monarcham. Ferre queunt, tanto hic nomine dignus erit.*

Capellán de v. m.,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

|            |           |           |
|------------|-----------|-----------|
| BEATRIZ.   | CLARINO.  | ELISA.    |
| LUPERCIO.  | ANSALDO.  | EVERARDO. |
| FELICIANO. | LEONCIO.  | OLIMPIO.  |
| LEANDRO.   | FAUSTINO. |           |
| AURELIANA. | ARSINDO.  |           |

Representóla Vergara.

## ACTO PRIMERO

(BEATRIZ, dama, asiendo a LUPERCIO, su marido.)

BEATRIZ. Aguarda ¡por vida mía!,  
que llevas mal puesto el cuello.

LUPERCIO. Si no fué prisa al ponello,  
culpa el espejo tendría.  
Mas, si verdad digo en esto,  
faltábame el de tus ojos;  
pero ya no me da enojos  
que vaya bien o mal puesto.

BEATRIZ. ¿Por qué razón, ojos míos,  
si os hace más gentil hombre?

LUPERCIO. Porque en casándose un hombre  
pierde los pasados bríos.

BEATRIZ. Basta que habláis de casado  
como si algún siglo hubiera.

LUPERCIO. ¿Y ha poco?

BEATRIZ. ¿Un mes os altera?

LUPERCIO. ¿No más de un mes ha pasado?

BEATRIZ. ¡Qué notables desengaños!

LUPERCIO. Hombre que se casa ansí,  
el día que dijo "sí"  
puede contar por mil años.  
Dame, señora, lugar,  
que tengo mucho que hacer.

BEATRIZ. ¿Pensáis tan presto volver?

LUPERCIO. Vendré, señora, a cenar.  
(¡Quién no dijera a dormir!)  
Adiós. (¡Ah, padre cruel!)

(Hace que se va.)

BEATRIZ. ¿Lleváis lienzo?

LUPERCIO. No. ¿Qué es de él?

BEATRIZ. Por él, mi bien, quiero ir.

LUPERCIO.

Templaré los discordes elementos  
con paz eterna en mínima distancia,  
y en rostro igual la pérdida y ganancia,  
el fénix entre mil entendimientos.

Templaré dos discordes instrumentos  
sin cuerdas y sin trastes de importancia,  
y con la clara y dulce consonancia  
del cielo, del infierno los tormentos.

Hará que el mar en una fuente quepa,  
los peces con los pájaros pintados,  
leones y hombres hará juntos verse;

pero no templará, por más que sepa,  
una mujer y un hombre, aunque casados,  
si no tienen estrellá de quererse.

(Salga con el lienzo.)

BEATRIZ. Aquí, mi vida, está el lienzo.

LUPERCIO. Adiós.

BEATRIZ. ¿En efeto os vais?  
Pues ¿por él no me abrazáis?

LUPERCIO. (De nuevo a hablarla comienzo,  
de nuevo habremos de estar  
en nueva conversación,  
de nuevo, como a león,  
la cuartana me ha de dar,  
de nuevo he de ver aquí  
cautiva mi voluntad.

¡Oh, Argel de mi libertad,  
sáqueme el Cielo de ti!)

BEATRIZ. ¿Con quién entráis en consejo,  
Lupercio, para abrazarme?  
¿Tengo yo algo que quitarme,  
o vos que ver al espejo?  
¿Es ya caso de conciencia  
un abrazo entre casados?  
¿Habéis de informar letrados,  
o hacer otra diligencia?

LUPERCIO. Los que negocios tenemos  
siempre andamos divertidos;  
pocas veces los maridos  
estos amores hacemos.  
No soy yo vuestro galán  
que he de hurtar estos abrazos,  
pues para mayores lazos  
mil noches vienen y van.  
Quien no tiene que comer  
hurta en viendo la ocasión;  
quien tiene, pone en razón  
las horas en que ha de ser.  
Hurte el galán el contento  
cuando la ocasión le viene,  
no el casado, que ya tiene  
las horas de su contento.

BEATRIZ. A la cuenta, aunque contado  
muy poco o nada sumáis,  
reglas de convento dais  
a los gustos del casado.

¿Campanilla es menester,  
y ésta al reloj concertar,  
para tocar a abrazar  
a las horas que ha de ser?

LUPERCIO. Gran donaire habéis tenido.  
Por él, señora, os abrazo.

BEATRIZ. Sea de galán el brazo,  
no le llaméis de marido;  
que a un desposado no dan,  
hasta que el año ha cumplido,  
ese nombre de marido,  
que todavía es galán.

LUPERCIO. Quedad, mi bien, norabuena,  
y a la cena me esperad.

(Va a irse LUPERCIO.)

BEATRIZ. Posada es nuestra amistad;  
sólo aquí se come y cena.

(Váyase LUPERCIO.)

BEATRIZ.

Gracia del Cielo, a su piedad conforme,  
que una mujer acierte, siendo a tiento,  
en la dificultad de un casamiento,  
por más que de él y su virtud se informe.

No hay entonces león que no transforme  
en cordero su altivo pensamiento,  
ni vida de mancebo tan exento  
que hasta la bendición no se reforme.

¿Quién duda que Lupercio me ha engañado?  
Con poco gusto va, con menos viene.  
Sospecho que por fuerza está casado.

De mí se cansa y otra le entretiene.

Que un hombre que se casa enamorado  
jamás con su mujer contento tiene.

(Váyase BEATRIZ, y vuelvan LUPERCIO y FELICIANO.)

LUPERCIO. En vuestra busca venía.

FELICIANO. Yo ¡por Dios! al mismo efeto.

LUPERCIO. Fórmase un mismo conceto  
con una igual fantasía.  
Allá dejó aquella lumbre  
de mis ojos.

FELICIANO. ¿Queda en casa?

LUPERCIO. Sí.

FELICIANO. ¿Ya es lumbre?

LUPERCIO. Que me abrasa.

FELICIANO. ¿De amor?

LUPERCIO. Más de pesadumbre.

FELICIANO. Mal ¡por mi vida! lo hacéis.

Lupercio, volved en vos,  
que no es servicio de Dios  
que eso hagáis, ni aun lo penséis.  
Mirad vuestra obligación.

LUPERCIO. Erróse la fantasía.

FELICIANO. ¿Cómo así?

LUPERCIO. Yo no venía  
esta tarde a oír sermón;  
y sabido ya por llano  
cuando fuese muy injusto,  
en las cosas de mi gusto  
nadie me ha de ir a la mano.  
Ayudad mi pretensión  
y dejaos de predicarme,  
que será desesperarme  
poner mi gusto en razón.

FELICIANO. Quien ya, hermano, está sin ella,  
no ha de querer admitilla,  
que es lo que hace apercibilla  
el conocimiento de ella.  
Yo os amo, y en el lugar  
no tengo mayor amigo;  
a cuanto queráis me obligo  
y dejo de predicar.  
Hasta advertir era justo,  
al despeñaros, teneros;  
mas no pudiendo valeros,  
echadme tras vuestro gusto.

LUPERCIO. Pues con esa prevención  
escuchad ¡por vida mía!  
Ya os contaba el otro día  
mi pasada pretensión.  
Ya os dije que cuatro años  
serví una hermosa mujer,  
de cuyo buen proceder

me resultaron mil daños;  
porque la correspondencia  
engendra notable amor.  
Y que en medio del favor,  
y asistiendo a su presencia,  
por hacer la voluntad  
de mi padre, me casé;  
que, puesto que justo fué,  
fué terrible necedad;  
porque el alma, divertida  
en la mujer que adoraba,  
vive con la propia esclava,  
y de mi cuerpo homicida.  
He procurado no vella;  
mas la resistencia crece  
el amor, y me parece  
imaginada más bella.  
Dase de noche a entender  
cosas mi imaginación,  
que para dichas no son,  
mas sé que me han de perder.  
Ando como loco, y creo  
que podré más sosegar  
con volverla a ver y a hablar,  
pues esto templá el deseo.  
Que del Amor dijo Apolo  
que era de una vez curallo  
querer quitar a un caballo  
la cola de un golpe solo.  
Y que mientras sin consejo  
un joven esto probó,  
cerda a cerda la quitó  
más presto un caduco viejo.  
No queramos arrancar  
de una vez tan grande amor,  
que gusto a gusto es mejor  
hasta venirle a pelar.

FELICIANO. Gallardo el remedio es;  
mas temo que de ese talle,  
cuando acabes de pelalle,  
podrá ser que tú lo estés.  
Sea industria cuerda o loca,  
huelgo de ver comparallo  
a la furia de un caballo,  
por lo que Amor se desboca.  
Dime lo que puedo hacer,  
y vámoste a remediar.

LUPERCIO. Ayudarme a conquistar  
esta divina mujer.

FELICIANO. Si es divina, es cosa llana  
que no la conquistarás;  
humánala un poco más



si quieres gozarla humana.  
¿Sabe ella que te has casado?

LUPERCIO. De ningún modo.

FELICIANO. ¿Qué ha sido la causa?

LUPERCIO. El haber venido su hermano, un cierto soldado que ha puesto en brava pretina la cintura de la casa, que apenas por lumbre pasa un niño de una vecina. Que antes yo la visitaba cuando a mí me parecía, y, como médico, al día dos veces a verla entraba. Si llevaba quien cantase no dañaba su decoro; regalarla, no que al oro ni hasta las telas llegase; pero de cosas honestas...

FELICIANO. Ramilletes la enviarías.

LUPERCIO. Nunca faltan niñerías en voluntades dispuestas.

FELICIANO. ¿Qué es lo que quieres?

LUPERCIO. Querella y amistad con ese hermano, porque si esta puerta gana tendrá de entrar a vella.

FELICIANO. ¿En qué entiende? ¿Es pretendien-

LUPERCIO. De espacio pretende ya, [te? y, mientras de espacio está, juega temerariamente.

FELICIANO. Ya está hecha el amistad.

LUPERCIO. ¿Por qué?

FELICIANO. Porque a un jugador le ganará el amor con mucha facilidad; que, por jugar, jugará la voluntad, y ésta es gente que se trata fácilmente y que más a mano está.

LUPERCIO. En esta casa se allega. Oye, que hay grande ruido.

FELICIANO. Pendencia del juego ha sido.

LUPERCIO. No faltan donde se juega.

(LEANDRO desnuda la espada, y tres contra él, ANSALDO, LEONCIO, CLARINO.)

LEONCIO. ¿Matalde! ¡Muera!

LEANDRO. Perderé mil vidas defendiendo mi honor.

LUPERCIO.  
(Este es Leandro, hermano de mi bien.

FELICIANO.  
Ponte a su lado.)

LUPERCIO.  
Reñid, hidalgo, pues tenéis amigos.

(FAUSTINO a meter paz.)

FAUSTINO.  
¡Ténganse! ¡Paz, señores! La justicia.

LEONCIO.  
Huye, Clarino.

CLARINO.  
Ven por aquí, Ansaldo.

FAUSTINO.  
Sosegaos, pues que ya la gente es ida.

LUPERCIO.  
¡Que no aguardaran!

FAUSTINO.  
Bueno está, señores.

LUPERCIO.  
¿Qué tan bueno si tres con uno riñen? ¡Bellacos! ¡Gallinazas! ¡Fanfarrones! En parte me pesó de haber llegado, que yo sé bien que aqueste caballero les hiciera correr más que de paso.— Gallardo sois ¡por Dios! Dadme esos brazos. Soldado, al fin. ¡Qué bien! ¡Qué diestramente metió los pies y la embistió de puño al de la mano diestra, y al instante revolió de revés al de la izquierda! Digo que me volváis a dar los brazos.

LEANDRO.  
Honra me hacéis en eso; que yo os juro que en mi vida me he visto para menos.

LUPERCIO.  
No se ha echado de ver. ¡Pluguiera al Cielo que tal espada viera yo a mi lado cuando mis enemigos con ventaja me acometieran! ¿Sois de aquesta tierra?

LEANDRO.  
Y nacido en Madrid, para serviros. de donde habrá que falto algunos años.

LUPERCIO.  
Si casa no tenéis muy a propósito,

por vida vuestra que ocupéis la mía,  
que en aqueste lugar hay falta de ellas.

LEANDRO.

Vivo en la de mis padres, donde tengo  
una hermana que es todo mi regalo.  
Recibo la merced y no la acepto.

FELICIANO.

¿Sobre qué es la cuestión?

FAUSTINO.

Sobre palabras  
que no faltan al juego, porque vienen  
como la sombra tras el sol. A todo  
me hallé presente, y cuando fueron ellas  
de mayor importancia, las espadas  
son para las palabras como plumas  
que borran las ofensas que la lengua  
a veces en papel de la honra escribe.

FELICIANO.

¿Vuesa merced conoce esos hidalgos?

FAUSTINO.

Sí conozco.

FELICIANO.

Pues hablelos y véngase  
poco a poco por esta calle.

FAUSTINO.

Harélo.

(Váyase FAUSTINO.)

FELICIANO.

(Harémoslos amigos, pues no hay cosa  
de que satisfacer se deba alguno.)

LEANDRO.

Que no hagáis caso de eso ¡por mi vida!  
Venid hacia mi casa, porque os quiero  
tener de hoy más por grande señor mío.

LUPERCIO.

Seré criado vuestro.

LEANDRO.

Y a este hidalgo  
el mismo amor ofrezco.

FELICIANO.

Y yo os le pago  
con la afición que os he cobrado en veros  
tan gallardo soldado con la espada  
y tan buen cortesano con la lengua.

LEANDRO.

Aquí cerca es mi casa, y la que es vuestra.

LUPERCIO.

De las nuestras decir podéis lo mismo.—  
¿Cuál hombre, Feliciano, en un instante  
se ha podido alabar de tanta dicha?  
¿No ves cómo me lleva con su gusto  
a su casa, en que ya seguramente  
entrar podré si esta amistad confirmo?

FELICIANO.

Calla, que puede presumir tu gusto.

LUPERCIO.

¡Oh, pendencia dichosa! ¡Oh, juego santo!

FELICIANO.

¿Santo dijiste? Debes de estar loco.

LUPERCIO.

Ya lo sé, Feliciano.

FELICIANO.

Porque dicen  
que en el infierno están con igual fuego  
quien inventó la pólvora y el juego.

(Váyanse, y salga AURELIANA, dama, hermana de  
este LEANDRO, y ARSINDO, criado.)

AUREL. Por más que tú me consueles,  
Arsindo, de aquesta vez  
pienso quemar los papeles.

ARSINDO. ¡Qué riguroso juez!

AUREL. Y tú blando, como sueles.  
Tráeme una vela aquí.

ARSINDO. ¿Qué deben los inocentes  
para quemallos así?

AUREL. ¿Inocentes?

ARSINDO. Pues ¿no?

AUREL. Mientes,  
que no lo son para mí.

ARSINDO. Castígalos en ausencia  
de su dueño, no me espanto.

AUREL. Lo mismo hiciera en presencia;  
que en cosa que daña tanto  
no puede haber inocencia.

ARSINDO. ¿Qué tienen?

AUREL. Tienen amores,  
requiebros, gustos, favores,  
enojos, desdenes, iras;  
en fin, todo son mentiras;  
mientras más largos, mayores.

ARSINDO. Y ¿cuándo has visto quemar  
a nadie por mentiroso?

AUREL. Merecerlo ha de bastar.  
¿Hay pecado más odioso  
y digno de castigar?

ARSINDO. La ingratitud es mayor.

AUREL. Y ¿no es mentira también,  
pues falta la fe al deudor?

ARSINDO. ¿Y la traición?

AUREL. Pues di, ¿quién  
miente como el que es traidor?  
Tráeme la luz aquí.

ARSINDO. Voy por ella.

AUREL. Ansí, enemigo,  
¿el venir mi hermano aquí  
fué delito del castigo  
que queréis hacer en mí?  
¡Tantos días sin hablarme,  
y estoy por decir sin verme!  
En éstos quiero vengarme,  
aunque sé que ha de ofenderme,  
más que me venga, el faltarme.

(ARSINDO con una luz.)

Muestra, que con propio fuego  
a encenderlos me atreviera.  
Pero ya a ser nieve llego.

ARSINDO. Antes que hagas la hoguera,  
que te despidas te ruego.

AUREL. Bien dices, hablarlos quiero.  
Estáme atento y verás  
lo que decirles espero.

ARSINDO. Ya sobre Tarpeya estás  
más rigurosa que Nero.

AURELIANA.

Aquí arderéis, pues celos os desdoran  
¡oh, papeles de historias fabulosas!,  
y no como inocentes mariposas  
entre la llama cuya luz adoran.

Casas donde jamás verdades moran,  
arded con vuestras máquinas hermosas,  
que en vuestras escrituras mentirosas  
sirenas cantan, cocodrilos lloran.

Ya es bien que ardáis sin que mi llanto prue-  
a deshacer la llama a que os entrego, [be  
que nadie al mentiroso amparar debe.

Y no os agravio; que yo sé que luego,  
si sois de fuego, el fuego será nieve,  
y, siendo nieve, mataréis al fuego.

(Entren, al quererlos quemar, LEANDRO, LUPERCIO y  
FELICIANO.)

LEANDRO. Entrad y veréis mi hermana.

LUPERCIO. La casa es un grano de oro  
y una cifra cortesana.

ARSINDO. ¡Tu hermano!

LEANDRO. Aquí, señor mío.

LUPERCIO. Y aquí mora una cristiana.

LEANDRO. Hermana, ¿qué vela es ésta?  
¿Para qué la han encendido?

AUREL. Para dos cosas se apresta.  
Ando a buscar un perdido,  
y hago, de hallarle, fiesta.

LEANDRO. Y ¿hallástele?

AUREL. Cuando entraste.

LEANDRO. Discreta en el gasto fuiste.  
¿Con lo mismo que le hallaste  
fiesta y luminaria hiciste?

AUREL. Mácala y la fiesta baste;  
que con lo mismo que hallé  
estoy a matar candelas,  
porque le ha faltado fe.

LEANDRO. ¿Por qué en buscar te desvelas  
cosa en que fe no se ve?

AUREL. Era un retrato de un moro  
que ha días que anda perdido.

(Hablen los dos de oído.)

LUPERCIO. ¿No es hermosa?

FELICIANO. Como un oro.  
Con disculpa la has querido  
y yo con culpa la adoro.

LUPERCIO. ¿Cómo dices?

FELICIANO. Que no es nada.)  
(¡Triste de mí! Que habrá un mes  
que, siguiéndola tapada,  
que iba a misa a San Andrés,  
se asió su manto a mi espada  
y, desasiéndola, vi  
su rostro, que me mató.  
Seguila, habléla y creí  
que era solamente yo  
quien este bien merecí.  
¿Qué haré? Mas quiero callar.  
Mi amor he de proseguir,  
pues hallé por donde entrar.)

LEANDRO. (Comenzamos a reñir  
y pudiéranme matar;  
pero llegaron los dos  
y, huyendo de la justicia,  
se fueron.

AUREL. ¡Válame Dios  
y cuánto el juego te envicia!

LEANDRO. Eso, sí, reñidme vos.  
Ya es hecho. Mira que quiero  
que cenén éstos conmigo.)



(ARSINDO *éntre.*)

ARSINDO. Aquí busca un caballero  
a mi señor.

LEANDRO. ¿Si es amigo?

LUPERCIO. Que es aquel hidalgo, infiero,  
que puso paz.

LEANDRO. Si, Faustino,  
que así creo que se llama.

LUPERCIO. Que son paces imagino.

FELICIANO. Id, que entre tanto a esta dama  
besar los pies determino.—  
Estaréis alborotada  
con la quistión.

AUREL. Más estoy  
con vuestra visita.

FELICIANO. En nada  
tengo ventura.

AUREL. Yo os doy  
mi fe que soy desdichada.  
Ese hombre que entró aquí  
¿es vuestro amigo?

FELICIANO. Señora,  
bien puedo decir que sí,  
porque ha diez años que mora  
sola un alma en él y en mí.  
Cuando os vi no imaginé  
que érades cosa tan suya;  
mas pues os vi y os amé,  
que hay entre los dos se arguya  
aquel alma que os conté.  
Él está muy adelante,  
yo en quereros no le ofendo,  
pues que lo dejo al instante;  
que ser vos su prenda entiendo  
y él vuestro adorado amante.  
Antes de veras os pido  
conozcáis su voluntad  
con el favor merecido.

AUREL. Si es tanta vuestra amistad  
como me habéis referido,  
sabed que este hombre es ingrato,  
y que en términos crueles  
tanto excede del buen trato,  
que hoy quemaba sus papeles  
para quemalle en retrato.  
Esta vela fué en razón  
de hacer esta inquisición,  
aunque, en fin, la suspendí,  
que a esta luz sus ojos vi,  
que luces del alma son.

FELICIANO. Yo sé bien que no ha podido  
veros porque anda ocupado,

y el haber aquí venido  
por la amistad que ha trazado,  
señora, posible ha sido;  
que el yerro fuera menor  
a no faltarle la entrada.

AUREL. Que os crea será mejor,  
que una ausencia disculpada  
enciende más el amor.  
Ya es amigo de mi hermano,  
de tal manera, que quiere  
que hoy cenéis con él.

FELICIANO. No en vano  
de su nobleza se infiere  
vuestro valor soberano.  
Díjome Lupercio allá  
que os diga de qué manera  
le mandáis que os hable ya.

AUREL. De noche, que se va fuera  
mi hermano, hablarme podrá.

FELICIANO. ¿Por dónde?

AUREL. Por esa reja,  
y escribirme, cual solía;  
pero yo sé que se aleja  
como de la noche el día  
y que por otra me deja.

FELICIANO. No hace; por Dios!, señora.  
Pero si viniendo a hora  
que esté fuera, hablar no puede,  
¿cómo haré que el papel quede  
donde le halléis?

AUREL. Quiero agora  
valerme de una invención;  
que yo dejaré al balcón  
colgado un hilo a la calle,  
donde Lupercio le halle  
las noches que oscuras son.  
Átele allí, que después  
yo tiraré desde adentro  
y le cogeré.

FELICIANO. ¿Quién es?

(LUPERCIO *éntre.*)

LUPERCIO. Yo, que a verte, mi bien, entro,  
y aquesos brazos me des.—  
Ve a la puerta, Feliciano,  
y entretendrás a su hermano,  
que ya los he hecho amigos.

FELICIANO. Voy.

LUPERCIO. ¿Qué hay? ¿Somos enemigos?  
Muestra. ¿Retiras la mano?

AUREL. ¿Que la alargue, traidor, quíeres?

LUPERCIO. ¿De qué me puedes culpar?

AUREL. De nada, que hombre, al fin, eres.

LUPERCIO. ¡Oh! ¿Podéis ejemplo dar de firmeza las mujeres?

AUREL. Y cómo si le daremos.  
¿No basta ver mis extremos para que se eche de ver que es la firmeza mujer y por eso la tenemos?

LUPERCIO. Si por ser mujer alcanza que de firmes nombre os den, que no es más de semejanza, la mudanza lo es también, luego también sois mudanza.

AUREL. No has hecho buen argumento; que aunque mudanza y firmeza son mujeres, no consiento que de una naturaleza ni de un mismo pensamiento. Lo que hay de la palma al roble hay de ésta a aquélla ventaja y de un trato honrado a un doble, la mudanza es mujer baja, la firmeza es mujer noble. Pero de que yo la tengo con esto a probarlo vengo, pues con más de un mes de agravios no he despegado mis labios ni la venganza prevengo. Y de que tomarla puedo ten crédito cierto y llano, si acaso no tienes miedo.

LUPERCIO. Con sólo nombrar tu hermano libre de tus quejas quedo. Éste, mi señora, ha sido el que no verte ha causado; mas ya que entrar he podido, de su amistad obligado, donde él mismo me ha traído, ¿cómo mi descuido retas y no echas de ver que estoy, si mi lealtad interpretas, adonde remedio doy a nuestras penas secretas? Mira que te puedo hablar, mira que servirte puedo, mira que ya puedo entrar puertas que respeto y miedo pudieron un mes guardar, mira que Mercurio he sido que de este Argos con cien ojos he con mi vara adormido. Deja esos necios enojos

si no salen de tu olvido. Lupercio soy más de veras, Aureliana, que antes fuí.

AUREL. ¿Qué no vencen tus quimeras, Siempre el crédito les di que si fueran verdaderas. Feliciano te dirá por dónde puedes hablarme. Vuélvete, Lupercio, allá, no vengas a remediarme y esté sin remedio ya.

LUPERCIO. Pues abrázame siquiera.

AUREL. Salte, mi bien, salte afuera.

LUPERCIO. Pues ¿qué he de hacer?

AUREL. Esperar, que el bien no le ha de alcanzar quien con paciencia no espera.

(*Entrense, y salgan en el Prado con mantos BEATRIZ y ELISA, criada viuda.*)

BEATRIZ. ¿Celos, Elisa, podrán mayores milagros que éste?

ELISA. Creo que son mal de peste, que sólo del aire dan.

BEATRIZ. ¡Plega a Dios que sólo sea aire de imaginación!

ELISA. Celos es mala opinión de lo que el alma desea. No entres ya tan furiosa a dos días de marido, o cree que le has perdido en pareciendo celosa. Este es el Prado. Pues bien, ¿qué ha de hacer si está en el Prado?

BEATRIZ. Mirar alguna ocupado, [do?] por quien me muestra desdén.

ELISA. Todas os perdéis así. No entras bien ¡por vida tuya!, porque en viéndote tan suya se descuidará de ti. Quieren los hombres saber que no los temen ni quieren; que, andando dudosos, mueren aun con la propia mujer. Descuídате, que si él tiene algo que le duela acá, por fuerza aborrecerá quien a estorbárselo viene. Y en viendo que estás celosa, que le estimas y le sigues, que le riñes y persigues y sabes alguna cosa,

te mirará con vergüenza  
y no te dirá verdad.  
por donde la voluntad  
a resfriarse comienza.  
Dejalle es mucho mejor,  
que si ve que sin él vives  
y que sus cosas recibes  
como quien no tiene amor,  
por traerte más contenta  
le inclinarás a tus gustos,  
que la amistad sin disgustos  
el pequeño amor aumenta.  
Porque en alzando la voz  
la mujer más que solía,  
cesa la igual armonía  
y anda el revés y la coz.  
No digo que un hombre honrado  
hará ésto; pero sobra  
que te aborrezca de obra  
y ande en palabras cansado.  
¡Ay, Elisa! Si el amor  
tuviera algún fundamento  
de razón, ¿qué más contento  
que padecer su rigor?  
No sólo es amor cansado  
por lo que hace padecer,  
mas por lo que hace hacer  
a un pecho desatinado.  
Tomar quiero tus liciones  
y no puedo.

BEATRIZ.

ELISA.

Pues entiende  
que quien agora no aprende  
hace después sinrazones.  
Fuí casada, ya lo ves;  
tuve a mi gusto marido,  
por el suyo distraído  
de la cabeza a los pies.  
Di voces, alboroté  
mi casa, mi vecindad,  
mis padres, mi autoridad;  
sus estaciones busqué,  
seguíle, vile y canséle  
de suerte, que le perdí,  
y en dos años no le vi,  
que es lo que un hombre hacer sue-  
Dejéle después, y, amando, [le.  
sirviendo y mostrando amor,  
me le tuvo, y aun mayor  
que yo estaba deseando,  
porque vino a estar celoso  
como yo estuve celosa.  
¡Oh, ciencia dificultosa,

BEATRIZ.

amar y tener reposo!  
Si os quiere, es con mil recelos;  
si no os cela, ya no os quiere.  
¡Dichosa la que viviere  
con paz y amor y sin celos!

(Salen LEANDRO y FAUSTINO.)

LEANDRO. Ciertó que lo han hecho bien  
esos hidalgos conmigo.

FAUSTINO. Muéstraseos Lupercio amigo,  
y Feliciano también.  
Dos mozos validos son  
con quien, si amistad hacéis,  
por vuestro el lugar tendréis.

LEANDRO. (Quedo, no es mala ocasión.

FAUSTINO. ¡Buena ropa!

LEANDRO. A hablarla llevo.)

BEATRIZ. (¡Qué tierno es el buen soldado!  
No hay fogón que más airado  
despida a la boca el fuego.)

LEANDRO. (Pesia a tal que es una dama  
que va a misa a San Felipe,  
a quien, por vella, anticipe  
sobre cuantas hay la fama.  
Paréceme como un oro;  
pero vive acompañada  
de una viuda ensabanada  
más que canónigo en coro;  
tan taimada y bellacona,  
que no hay plata en Potosí  
para que negocie un "sí".

FAUSTINO. ¡Qué reverenda persona!  
La otra está rebozada.  
Emprenderé con la viuda  
mientras vos la hermosa muda,  
ya como el áspid tapada.

LEANDRO. Mirad, pues, qué encantador  
hará que escuche.)

FAUSTINO. ¡Ah, mi reina!

ELISA. ¡Ah, mi rey!

FAUSTINO. ¿Quién aquí reina?

¡Ojalá que fuese Amor!

ELISA. Ya no hay Amor.

FAUSTINO. Pues qué, ¿es muerto?

ELISA. Sí.

FAUSTINO. ¿Cómo?

ELISA. Tomóle un toro.

FAUSTINO. Pues ya ¿qué hay?

ELISA. Oro por oro.

FAUSTINO. No lo entiendo.

ELISA. • Ya os advierto.



¿No les decís a las damas  
que son como un oro?

FAUSTINO. Sí.

ELISA. Pues oro por oro.

FAUSTINO. Ansí;  
pero mal nombre le llamas,  
que si nos dan su afición  
su hermosura les dejamos;  
pero el oro que les damos  
no tiene más redención.  
De suerte que allá se queda  
su hermosura y su tesoro,  
y nosotros sin el oro.

ELISA. ¿Qué quiere? Así el mundo rueda.

LEANDRO. Deteneos, no os vais, oíd.  
No hay remedio. ¿Y es viuda?

(Entrese, dando del codo a BEATRIZ.)

ELISA. Siempre que tan necio acuda,  
señor Babieca del Cid,  
no hallará puerta ni oído.

FAUSTINO. Oro dice que le deis  
si mujer de oro queréis.

LEANDRO. ¿Oro pide?

ELISA. Oro pido.

LEANDRO. Quedo. Una cadena quiero  
darte esta tarde si estás  
hasta las cuatro no más.

ELISA. Sobre esta fuente aquí espero.

(Entrese ELISA.)

FAUSTINO. ¿Qué le prometiste dar?

LEANDRO. Una cadena muy buena.

FAUSTINO. Derribaréis una almena  
por donde podáis entrar.  
Pero ¿cómo sabéis vos  
que la dama es tan altiva?

LEANDRO. Es honrada, ansí yo viva.  
Bien la conozco ¡por Dios!,  
que sé la casa en que vive  
y la he visto acompañada  
de escudero y madre honrada  
que ni admite ni recibe,  
y aun creo que un gentilhombre  
yendo a misa la llamó  
la desposada, aunque yo  
no le sé ¡por Dios! el nombre.

FAUSTINO. Mirad que sois moscatel  
y recién venido aquí.

LEANDRO. Ojalá me engañe a mí,  
que el engaño más cruel  
es perder tiempo en servir  
una mujer sin gozalla.

Y ¿qué engaño de alcanzalla  
le puede a un hombre seguir?

FAUSTINO. ¿No es engaño lo que vale  
cuatro comprar por cuarenta?

LEANDRO. Todo es una misma cuenta  
cuando el oro al tiempo iguale.  
De este que la he prometido  
quiere al momento comprar.

FAUSTINO. ¿Qué, en fin, la pensáis dar?

LEANDRO. ¿Qué queréis? Di falso envido;  
pero han querido. ¿Qué haré?

(LUPERCIO y FELICIANO.)

FELICIANO. Vuestro amigo baja al Prado.

LEANDRO. Seáis, Lupercio, bien llegado.

LUPERCIO. ¿Qué más bien, pues os hallé?  
¿Qué hay por acá?

LEANDRO. Estoy perdido.

LUPERCIO. ¿Cómo?

LEANDRO. He topado mi dama.

LUPERCIO. ¿Mas que sé cómo se llama  
y no la he visto ni oído?

LEANDRO. ¿Vos?

LUPERCIO. Yo.

LEANDRO. El nombre me decid.

LUPERCIO. ¿No os llamáis Leandro vos?

LEANDRO. Yo, sí.

LUPERCIO. Pues Ero ¡por Dios!

LEANDRO. Fáltale el mar a Madrid,  
pero pásale mayor.

Prometíla una cadena,  
que no me da poca pena.

LUPERCIO. Terrible es un mar de amor.

LEANDRO. He jugado y he perdido.

LUPERCIO. Esta cadena está aquí.  
Servíos de ella y de mí.

LEANDRO. Gozalda si sois servido,  
que a mi casa volveré,  
donde aún tengo algún dinero.

LUPERCIO. Por la fe de caballero  
que me enoje.

LEANDRO. No haré.

No hay que hablar. No he de to-

LUPERCIO. Cien escudos es su peso. [malla.  
Creed que verdad confieso.  
Tomalda y bien podéis dalla,  
que aquéstos me deberéis.  
No es cumplimiento excusado;  
que, cuando estéis muy sobrado,  
los mismos me volveréis.

FELICIANO. Tomalda ¡por vida mía!  
Pagad bien su voluntad,

pues esta misma amistad  
podéis hacerle otro día.

LEANDRO. Ahora bien; yo os soy deudor  
de cien escudos. Mostrad.

LUPERCIO. Creed que la voluntad  
os la está dando mayor.

LEANDRO. Venid conmigo, Faustino,  
y alcancémoslas yo y vos.—  
Adiós, señores.

LUPERCIO. Adiós.  
¡Lindo cuento!

FELICIANO. ¡Peregrino!

LUPERCIO. ¡Qué grande ventura fué  
darme Olimpio la cadena.

FELICIANO. Por mi vida, que era buena.

LUPERCIO. Mejor al hombre la eché  
de notable obligación.

FELICIANO. Si; mas fué hazaña pesada,  
dándoosla el otro prestada,  
darla vos sin redención.

LUPERCIO. ¿Puedo hacer más que pagar  
a Olimpio?

FELICIANO. ¿Cómo os la dió?

LUPERCIO. El peso me refirió  
por si la quería comprar,  
y vinele a responder,  
sabiendo que la vendía,  
que el dinero le daría  
si agradaba a mi mujer;  
con esto, en fin, me la dió.  
¡Mirad qué bien que se emplea!

FELICIANO. No será la dama fea.

LUPERCIO. Así lo imagino yo.  
Pensé dársela a Aureliana,  
y hésela dado a su hermano;  
pero yo sé lo que gano.

FELICIANO. Habréis de pagar mañana,  
que Olimpio no da fiado.

LUPERCIO. Pues ¿qué importa?

FELICIANO. Sois un loco.

LUPERCIO. Paseémonos un poco.

FELICIANO. Convida el fresco del Prado.

*(Váyanse, y salgan por la otra parte BEATRIZ y ELISA, tomando la cadena a LEANDRO y FAUSTINO.)*

ELISA. (Tómola con intención  
de rendir aquesa Peña.)

FAUSTINO. ¡Qué santa es la buena dueña,  
oh, fuego de San Antón!

ELISA. ¿Puédese tocar?

LEANDRO. Pues ¿no?  
Yo soy hombre de esas prendas.

FAUSTINO. Tan fino esotro le vendas,  
que sin tocarlo compró.

LEANDRO. ¿Podréla hablar?

ELISA. Sí, esta noche.

LEANDRO. ¿Por dónde?

ELISA. Por la ventana;  
o si no será mañana,  
que ha de ir a Atocha en un coche.  
LEANDRO. ¿Qué os dice, si es gente honrada?  
Coche hay.

FAUSTINO. Ese sois vos.

ELISA. Adiós, señores.

LEANDRO. Adiós.)

*(Váyanse FAUSTINO y LEANDRO.)*

BEATRIZ. ¡Oh, cómo has sido pesada!  
¿Qué te quiere ese soldado?

ELISA. ¿No le sacas por la hebra?

BEATRIZ. ¿Cómo así?

ELISA. Que te requiebra.

BEATRIZ. Pues ¿cómo a mí?

ELISA. Todo es Prado,  
y de aquí a que salgas de él  
te has de poner ésta al cuello.

BEATRIZ. ¿Dióla?

ELISA. ¿No acabas de vello?  
El soldado es moscatel.

BEATRIZ. ¡Ay de mí! Pues ¿por mi cuenta  
la tomaste?

ELISA. Que esto es risa.

¿Tiene por ventura Elisa  
otro patrimonio y renta  
sino lo que a bobos pesca?

BEATRIZ. Héchome has reír.

ELISA. Y ¿cómo?  
Toma, acaba.

BEATRIZ. Ya la tomo.

ELISA. ¡Qué linda, qué alegre y fresca!

BEATRIZ. ¿Qué he de hacer con ella así?

ELISA. Es por que el necio te vea  
y que la recibes crea;  
después será para mí.

BEATRIZ. Mira, Elisa, que soy noble  
y honrada por todo extremo,  
y que de tu ingenio temo,  
por dicha, algún trato doble.  
Una mínima esperanza  
que a ese hombre por mí le des  
vendrá sobre mí después.

ELISA. ¡Qué poquito se te alcanza!  
Si me pusiere en desvelos,  
¿hay más de volverla a dar?

- Déjame ahora gozar  
de este metal de los cielos.
- BEATRIZ. ¡Buena es!
- ELISA. Oí decir  
que el sol era de oro un día.
- BEATRIZ. Antes al oro el sol cría.
- (Entre LUPERCIO, su marido.)
- LUPERCIO. (A casa debe de ir.  
Sin duda ha salido al Prado.  
Huélgame que ya se fué  
Feliciano. Llegaré  
a Beatriz disimulado.  
Ya se ha tapado de mí.  
Fingiré no conocellas.)  
¿Dónde bueno, damas bellas,  
solas, revueltas y así?
- ELISA. ¡Qué gracioso mentecato!  
¿Qué tenemos por "ansí"?
- LUPERCIO. Ir sin escuderos.
- BEATRIZ. (Di  
que somos de bajo trato,  
veamos si pica.)
- ELISA. Diga,  
¿trae algo que darnos?
- LUPERCIO. ¡Bueno!  
¿Piensan que no sé del freno?
- BEATRIZ. (Dile, requiébrale, amiga.)
- LUPERCIO. (Aquí quiero asegurar  
a mi señora mujer,  
como que doy a entender  
que al descuido llego a hablar.)  
Algunos días atrás  
diera yo a vuestras mercedes  
hasta cubrir las paredes  
y trecientas cosas más;  
pero ahora que ha querido  
Dios darme un ángel del cielo,  
que es mi vida, mi consuelo,  
que es mi fuente del olvido,  
en que ya mis mocedades  
hicieron fin y se anegan,  
y a cuyos oídos llegan  
solamente mis verdades,  
¿queréis entender mi pena?  
No hay mujer en toda España  
a quien diese una castaña,  
si fuese la griega Elena.
- BEATRIZ. ¡Jesús! ¿Que ya sois casado?  
Desviaos, no nos peguéis  
la enfermedad.
- LUPERCIO. Bien hacéis.
- BEATRIZ. ¿Y que estáis enamorado  
de vuestra propia mujer?
- LUPERCIO. Adórola ¡vive Dios!,  
y sospecho que los dos  
nos debemos de querer.
- BEATRIZ. Y ¿mostráisselo?
- LUPERCIO. No, a fe,  
por no enseñarla a regalo,  
que es en los principios malo;  
mas yo se le mostraré.
- BEATRIZ. ¿Ha mucho que es vuestra esposa?
- LUPERCIO. Ha menos de quince días,  
y trae unas fantasías  
que me han olido a celosa.  
Y si da en esto, yo os juro  
que no le vaya muy bien,  
que a lo claro habrá desdén  
y fingimiento a lo oscuro.
- BEATRIZ. Pues ¿qué os ha de hacer?
- LUPERCIO. Dejarme.
- BEATRIZ. ¿Y si os ama?
- LUPERCIO. Darme gusto;  
que amarme y darme disgusto  
no es amor, sino matarme.
- (Descúbrase.)
- BEATRIZ. ¡Ah, perro! ¿No echas de ver  
que estás hablando conmigo?
- LUPERCIO. ¡Beatriz!
- BEATRIZ. ¡Traidor enemigo,  
eso ha de hacer tu mujer!  
Si en la calle no estuviera  
esa cara te quitara.
- (Mira la cadena LUPERCIO.)
- LUPERCIO. Ten los brazos, oye, pára.  
¡Buena estás de joya! Espera,  
espera ¡por vida mía!
- BEATRIZ. ¿Todo lo has de ver?
- LUPERCIO. Pues ¿no?  
Aquesto mismo haré yo  
con otra prenda algún día.  
¿Quién te la dió?
- BEATRIZ. Una mujer  
me la ha dado aquí en el Prado;  
digo, aquí me la ha prestado.
- LUPERCIO. Pues ¿qué quieres de ella hacer?  
¿No tienes joyas?
- BEATRIZ. No entiendas  
que la tomo por faltarme.
- LUPERCIO. ¿Quieres una hora prestarme  
la joya?
- BEATRIZ. ¿Sobre qué prendas?  
¿No ves que es de Elisa?



LUPERCIO.

¿Es tuya,

Elisa?

ELISA.

Yo se la di,  
que es de una amiga, y de aquí  
no hay que imaginar que es suya;  
que de en casa de su padre,  
fuera del dote, ni vió  
una toca de su madre.  
Ésta se vende.

LUPERCIO.

Pues muestra,  
que se la quiero comprar;  
pero quiérola llevar,  
con gusto y licencia vuestra,  
a que la vea un amigo.

BEATRIZ.

Mira que la has de volver.

LUPERCIO.

A casa podéis volver  
mientras que aquesto le digo,  
que no quiero acompañaros  
porque podrán conoceros.  
Luego, mi bien, vuelvo a veros.

BEATRIZ.

¿Qué bien sabéis disculparos!  
Anochece ya y decís  
que nos han de conocer.

¿No soy yo vuestra mujer?

LUPERCIO.

¿De eso, mi vida, os sentís?  
Vanos juntos norabuena.  
(Cielos, ¿qué puede esto ser?  
O no es buena mi mujer,  
o no es ésta mi cadena.)

(FELICIANO de noche.)

FELICIANO.

Ya que la oscura noche me convida  
a coger la ocasión que Amor me ofrece,  
quiero ver si de hablar a mi homicida  
la tiene el alma que en su luz padece.  
La industria de la reja, permitida  
para quien, ya casado, no merece  
favor de una doncella, será mía,  
como su dueño lo será algún día.

Sin alterar su amor, sin descubrielle  
que es casado Lupercio, ni otra cosa  
en que pueda enojalle y deserville,  
he de hacer que Aureliana sea mi esposa.  
En nombre de Lupercio he de escribille,  
y, cuando llegue la ocasión dichosa,  
hurtar la bendición con falsas manos  
y gozar de sus ojos soberanos.

El hilo cuelga aquí; sí, ya le atiento.  
No debe de poder salir a hablarle.  
Atar quiero el papel, que gente siento,  
y será más seguro retirarme.

(Ate el papel a un cordel que cuelga de alto. Entre LEANDRO.)

LEANDRO.

Por mil ventanas discurriendo a tienta,  
que a todas he llegado a aventurarme,  
vine a dar en aquella que deseo,  
mas ni en ella señal ni viuda veo.

Puede ser que la vista me engañase.  
Mañana, que irá Atocha, es más seguro.  
Que el otro la cadena me prestase...  
Qué mucho, pues yo, necio, la aventuro,  
que él me la dió por que se la pagase,  
lo que antes que amanezca hacer procuro,  
y yo la di a palabras, y bien pocas.  
de un demonio de Amor entre dos tocas.

Mi puerta está cerrada. Aquí he topado  
un cordel y un papel. Cielos, ¿qué es esto?  
Parece que en la reja está colgado.  
¿Si acaso algunos versos me han compuesto?  
Mas no estuviera en la ventana atado.  
Sin duda ese papel mi hermana ha puesto.  
¡Oh, qué bien a mostrar tu valor vienes!  
¿De esta suerte mi honor ahorcado tienes?

Entrar quiero a leerle y ¡por el Cielo,  
que si averiguo cosa en mi deshonra,  
que he de teñir de propia sangre el suelo  
y buscar al traidor que me deshonra!  
¿Así en mi casa fijas un libelo  
infamatorio de tu vida y honra?  
Quiero callar y verle con cordura.  
¡Qué no harán pocos años y hermosura!

## ACTO SEGUNDO

(LUPERCIO, solo.)

LUPERCIO. Grandes paciencias convienen  
para sufrir y querer  
desdichas que amando vienen,  
si de una honrada mujer  
tan grandes celos se tienen.  
Cuán desvelado he pasado  
esta noche perezosa  
sabrálo quien ha velado,  
con alma de Argos celosa,  
su honra en dudoso estado.  
No sé yo si allá en Argel  
cadena ha dado tal pena,  
con ser de hierro cruel,  
como a mí aquesta cadena  
de oro, con tal hierro en él,  
que para haberme pesado

el yerro de mi Beatriz,  
 si es que mi Beatriz ha errado,  
 vive con falso matiz  
 de esta apariencia dorado.  
 Ella es sin duda a quien ama  
 Leandro y a quien la dió;  
 luego, en fin, mi honor disfama,  
 que quien cadena tomó  
 esclava suya se llama.  
 Grandes requiebros nacidos  
 de mi pecho cauteloso  
 han llegado a sus oídos,  
 que es muy propio de un celoso  
 decir requiebros fingidos.  
 Y en medio de estas ternuras,  
 con mil razones oscuras  
 sólo confiesa que Elisa  
 se la dió.

(LEANDRO con el papel.)

LEANDRO. ¡Con cuánta prisa,  
 honor, venganza procuras!  
 Pero si aqueste papel  
 es de hombre y no dice en él  
 muy descompuestas razones,  
 fiero honor, ¿por qué me pones  
 en tomar venganza de él?  
 Si le doy parte a mi hermana  
 dejaré de averiguar  
 si fué mi deshonra llana,  
 porque se ha de alborotar  
 de cualquier cosa Aureliana.  
 Disimular es mejor;  
 que si sólo tiene amor  
 a un hombre, no es gran delito,  
 pues no consta de lo escrito  
 que haya cometido error.  
 ¿Quién será aqueste hombre ¡Cie-  
 que con tan fieros desvelos [los!  
 esta noche me ha tenido?)

LUPERCIO. (Este es Leandro, que ha sido  
 grave ocasión de mis celos.  
 Quiero con término honrado  
 ir procediendo con él,  
 y no tan desalumbrado,  
 porque mejor sabré de él  
 si la cadena le ha dado.)

LEANDRO. (Este es Lupericio. ¿Si acaso  
 de aqueste papel es dueño?  
 Sería notable caso.  
 ¡Ay, dete Dios tan mal sueño  
 como por tu causa paso!

Que creo que esta amistad,  
 nacida tan de improviso,  
 es ganar mi voluntad.  
 ¡Ay, honor, con poco aviso  
 procede tu libertad!  
 Que granjearme este hombre  
 para casar con mi hermana,  
 no es cosa para que asombre,  
 ni es justo que de liviana  
 merezca el injusto nombre.  
 Hablarle quiero, no sea  
 que aquí dudoso me vea  
 y entienda lo que presumo.)

LUPERCIO. (En hablalle me resumo,  
 que él dirá lo que desea.)  
 ¿Leandro?

LEANDRO. Lupericio amigo,  
 por muy buen agüero tengo  
 toparos, Dios me es testigo.

LUPERCIO. Y yo, que a buscaros vengo,  
 en que hayáis dado conmigo.  
 ¿Adónde bueno?

LEANDRO. A palacio,  
 para venir a las once  
 a San Felipe de espacio,  
 donde está un hombre hecho un  
 leyendo su cartapacio; [bronce  
 que en topando con amigos  
 luego allí, en discursos grandes,  
 contamos, como hay testigos,  
 las cosas de Italia y Flandes  
 con amigos y enemigos.

LUPERCIO. (¿Si le hablaré en la cadena  
 no piense que se la pido?)

LEANDRO. (¿Si le diré de mi pena  
 la ocasión, y por qué ha sido  
 mi noche de sueño ajena?)

LUPERCIO. (Quiérome determinar.)

LEANDRO. (Determinarme pretendo.)

LUPERCIO. (Mi mal quiero averiguar.)

LEANDRO. (Mi honor remediar entiendo  
 si de éste vino a enfermar.)

LUPERCIO. ¿Adónde queréis que vamos?  
 ¿Hay algo que ver?

LEANDRO. No sé.  
 De favor y gusto andamos.

LUPERCIO. (Él oirá presto por qué.)  
 Todos en buen punto estamos.

LEANDRO. ¿Cómo? ¿Estáis favorecido?

LUPERCIO. ¿Pensáis que aunque acá no demos  
 cadenas no hemos tenido

LEANDRO. esperanzas con que habemos despertado algún dormido? (Por mí lo dice. ¿Si sabe que le he tomado el papel?) Mucho es que un hombre se alabe, que con sólo ser fiel tiene de un alma la llave; que es el amor de estos días interesable en extremo. Vos, con vuestras bazarías, con "¡Ay, que me abrasso y quemó!" vencéis las cadenas mías. Yo, que ni peno ni lloro, quiero más gastar el oro que lágrimas ni cuidado. Esto tengo de soldado, que es libro que sé de coro, y creed que un presto dar brava voluntad engendra.

LUPERCIO. ¿Qué, pudistela ablandar?

LEANDRO. Está agora como almendra; hay cáscara que quitar.

LUPERCIO. ¿Es honrada?

LEANDRO. Y desposada de pocos días, ¡por Dios!

LUPERCIO. ¡Brava empresa!

LEANDRO. Regalada.

LUPERCIO. ¿No habrá allá para los dos?

LEANDRO. Sí; una viudeta extremada.

LUPERCIO. (Mi casa es ésta, ¡ay de mí!) (At.) En fin, ¿tomó la cadena?

LEANDRO. Y el cerro del Potosí. ¡Bonita es el alma en pena! Más sabe que Malgesí.

LUPERCIO. Mirad no os haya engañado. ¿Habéis a la dama hablado?

LEANDRO. Bravamente me desdena: no hay nieve, no hay dura peña como está su pecho helado; pero la Circe viuda, cuando la muchacha rabia, ella la ensalma y saluda.

LUPERCIO. ¿Qué es tan sabia?

LEANDRO. No es tan sabia la que hombres en bestias muda.

LUPERCIO. ¿Mas que lo ha de hacer con vos?

LEANDRO. Vos no debéis de querer, y así os burláis.

LUPERCIO. ¡Vive Dios! que he querido una mujer, o nos queremos los dos más que el agua por abril

la tierra, aunque aquestos días anda el demonio sutil, que traigo muchos espías.

LEANDRO. ¿Es buena?

LUPERCIO. Como un marfil.

LEANDRO. ¿Marfil?

LUPERCIO. Sí, que es blanca y dura.

LEANDRO. ¿Escribísela?

LUPERCIO. Algunas veces.

LEANDRO. (Triste, mi verdad se apura.)

LUPERCIO. Pero tengo mil jüeces para cualquiera ventura. Como vos me estáis mirando, así allá me están juzgando.

LEANDRO. ¿Gozáisla?

LUPERCIO. Por eso peno.

LEANDRO. ¿Qué es: matrimonio, o qué bueno?

LUPERCIO. Pues eso voy procurando.

LEANDRO. (Mucho me sosiega el pecho que proceda por aquí: mis sospechas ha deshecho.)

LUPERCIO. (Que algo imagina de mí de sus extremos sospecho: parece que me ha entendido, si algo le ha dicho Aureliana, que por libre me ha tenido.)

LEANDRO. (Este será de mi hermana, sin duda, honrado marido. No me quiero recelar, sino darle algún lugar.) Allá me dejo un papel: aguardad que entro por él, si es que no queréis entrar.

(Entrese LEANDRO.)

LUPERCIO. Este, sin duda, ha pensado que ser su cuñado puedo, sin saber que soy casado; tengo a que lo sepa miedo, que, en efeto, soy culpado; mas sé que tengo temor si el yerro déste es mayor. Dos mujeres disfrazadas vienen aquí.

(ELISA y BEATRIZ, tapadas.)

BEATRIZ. Así, tapadas, vamos, Elisa, mejor: él me tomó la cadena, y, sin duda, que va a dalla.

LUPERCIO. (Como traigo aquesta pena, la fuerza de imaginalla,



y no imaginalla buena,  
me hace aquí parecer  
propia la ajena mujer;  
pero no es aquel vestido  
ni suyo ni conocido.  
Gente vil debe de ser.  
Quiero entrar, que, por ventura,  
el donaire y hermosura  
de Aureliana templará  
este disgusto, y será  
día de mi noche oscura.

ELISA. El era, y allí se entró.

BEATRIZ. ¿Que aquésta es la casa?

ELISA. Sí.

BEATRIZ. Cielos, ¿cómo sabré yo,  
pues muero, quién vive aquí?

ELISA. ¿Quieres que éntre a verlo?

BEATRIZ. No,  
porque si él te ve, no hay duda  
sino que hará lo que dice.

(FELICIANO éntre.)

FELICIANO. (Noche ciega, sorda y muda,  
mal en confiarme hice  
de tu mano torpe y ruda:  
encomendéte el papel,  
por la respuesta volví;  
pero hallé sólo el cordel  
que fué no servirme a mí  
estar mi esperanza en él.  
No hallé nada, mas colgada  
la esperanza, que es nonada,  
y así la esperanza hallé;  
mal hice, pues me fié  
de una mujer embozada.  
Eso eres, noche, eso eres:  
tapada mujer, que engañas  
y enseñas a las mujeres  
más embustes y marañas  
que se ponen alfileres.  
Pero éstas lo mismo son.)

ELISA. (Pregúntale a Feliciano  
el dueño de este balcón.)

FELICIANO. ¿A dó bueno tan temprano?

¿Es la ordinaria estación?

BEATRIZ. ¿Queréis, señor caballero,  
decirnos quién vive aquí?

FELICIANO. Aquí vive por quien muero,  
y muere quien vive en mí  
por un hombre lisonjero:  
aquí vive una mujer.

BEATRIZ. ¡Ay de mí, perdida soy!

¿Y es de muy buen parecer?

FELICIANO. Tal, que las señas no os doy,  
porque temo no saber;  
pero aquí, en resolución,  
nace el sol, siendo el Oriente  
los marcos de aquel balcón,  
y la nieve de una frente  
nace las almas carbón.

ELISA. Mas ¿qué buena que será  
en invierno esta mujer,  
que, de carbón que tendrá,  
debe de ser Lucifer  
si las almas quema allá!

BEATRIZ. El verano esa señora  
aún es buena, si atesora  
en la frente tanta nieve:  
dichoso el galán que bebe  
el amor en cantimplora.  
¿Tiene más señas, decid?

FELICIANO. Pícaras, ¿no me conocen  
por criollo de Madrid?  
(Haré que se desembocen.)

BEATRIZ. ¡Teneos! ¡Pasito! Oíd,  
decidnos de esa mujer,  
porque somos alcagüetas,  
y la queremos vender.

FELICIANO. Que ya conozco esas tretas.  
¡Por Dios; que las he de ver!

BEATRIZ. Decidnos esto y veréis  
lo que quizá no penséis.

FELICIANO. Bueno; reíñas os haréis,  
y por ventura fregáis  
los platos en que coméis.

BEATRIZ. Ya el oficio dicho habemos.  
Un indiano nos envía  
para que solicitemos  
esta mujer.

FELICIANO. ¿Y si es mía?

BEATRIZ. Si es vuestra, nos volveremos.

FELICIANO. Pues bien os podéis volver,  
que es muy mía esta mujer.

BEATRIZ. Si es tan vuestra, ¿cómo entró  
aquí un galán que sé yo  
que la viene a pretender?

FELICIANO. ¿Galán? Sería su hermano.

BEATRIZ. No tiene Lupercio hermana.

FELICIANO. ¿Lupercio entró?

BEATRIZ. Y es muy llano.

FELICIANO. ¿Lupercio con Aureliana?

Eso es pensamiento vano.

Y perdonadme, señora

Beatriz, que os conozco agora.

Sosegaos y andá con Dios.  
 BEATRIZ. Mal conocéis a las dos.  
 FELICIANO. Quien esto busca, esto llora.  
 No os enseñéis a escuchar,  
 que oiréis vuestro mal.  
 BEATRIZ. No quiero  
 con tal hombre porfiar.

(Entre LEANDRO.)

LEANDRO. Por la fe de caballero  
 que los he dejado hablar,  
 porque me ha dado contento  
 sospechar que es casamiento.  
 Basta que soy alcagüete.  
 Mas ¿qué suceso promete  
 amor con encerramiento?  
 (Dos tapadas hay aquí.  
 Pues ¿cómo en verme se van?)  
 Señoras, ¿qué traigo en mí?  
 BEATRIZ. Déjenos, señor galán.  
 LEANDRO. Ea, ¿a fe búscanme a mí?

(Váyase LEANDRO con ellas.)

FELICIANO. ¿Hay suceso más gracioso?  
 Mi soldado va picando  
 en aquel manto brioso;  
 Lupericio allá dentro hablando,  
 y yo acá fuera celoso.  
 ¿Qué haré? ¿Si entraré? Ya sale.  
 LUPERICIO. (No hay gloria en Amor que iguale  
 a una pendencia aplacada,  
 y que, tras muy enojada,  
 una mujer se regale.  
 No me atreví a detenerme  
 por que no vuelva su hermano  
 y forme celos de verme.

FELICIANO. ¿Lupericio?  
 LUPERICIO. ¿Qué hay, Feliciano?  
 FELICIANO. Quien bien ama poco duerme.  
 LUPERICIO. Hoy, amigo, pude hablar  
 esta fiera.

FELICIANO. ¿Cómo fiera?  
 LUPERICIO. ¿Vino ayer a concertar  
 contigo que la escribiera?

FELICIANO. Sí, y en aqueste lugar.  
 LUPERICIO. ¿Y que ataría el papel  
 de un cordel y aquella reja  
 tendría asido el cordel?

FELICIANO. Si dijo.  
 LUPERICIO. Pues justa queja  
 tengo de tu amor fiel.  
 ¿Cómo no me has dicho nada?

FELICIANO. No entendí que anoche fuera.  
 ¿De eso Aureliana se enfada?  
 ¿Y en qué paró la quimera?  
 ¿Mas que no está desmayada?

LUPERICIO. En un abrazo paró,  
 que honestamente me dió.

FELICIANO. ¿Tocaste el rostro?

LUPERICIO. ¡Jesú!  
 Como se le tocas tú.

FELICIANO. (La sangre me revolvió.)  
 Mas ¿no sabes qué ha pasado?

LUPERICIO. ¿Hay de nuevo alguna cosa?

FELICIANO. Aquí tu Beatriz ha estado,  
 que sin duda está celosa,  
 y te ha seguido y buscado.  
 Y no pára en esto el cuento,  
 que Leandro va con ella,  
 muy galán, bebiendo el viento.  
 ¡Por Dios, que la burla es bella  
 y gracioso el pensamiento!  
 Tú allá dentro con su hermana  
 y él acá con tu mujer.

LUPERICIO. (¡Ah, mujer falsa y liviana. (Ap.)  
 que no vienes tú a saber  
 si quiero bien a Aureliana,  
 sino a buscar con más pena  
 a Leandro, que en el Prado  
 ayer te dió mi cadena!)

FELICIANO. Parece que te has turbado.

LUPERICIO. ¿Es esta desdicha ajena  
 para no sentir mis duelos?

FELICIANO. Perdona, amigo, su error,  
 que todos esos desvelos  
 nacen de tenerte amor,  
 y de este amor estos celos.  
 Hete dicho, aunque sabía  
 la pena que te daría,  
 que vino Beatriz, a efeto  
 de que, como hombre discreto,  
 sosiegues su fantasía.  
 Que si de aquí no le echara  
 con decir que es mi mujer  
 esta dama, adentro entrara  
 y te diera en qué entender  
 con decírselo en su cara.

LUPERICIO. ¿Tu mujer dijiste que era?

FELICIANO. Con eso se sosegó.

LUPERICIO. ¡Ah, celos! ¡Brava quimera!  
 Por dicha amor la obligó  
 y no el que Leandro espera.  
 Pero si con ella va,  
 ¿quién dudará que me ofende?

Ella me ha visto entrar ya;  
 si con esto se defiende,  
 por hoy disculpada está.  
 Lo que yo tengo que hacer,  
 oye aparte, Feliciano,  
 es decir que es tu mujer,  
 si en esto aprieta la mano,  
 y que lo podrá saber;  
 y Aureliana advertiremos  
 para que lo mismo diga,  
 y a que lo oiga la traeremos.  
 (Que lo que el honor me obliga (Ap.)  
 de espacio lo entenderemos.  
 No quiero arrojar el seso,  
 ni por un solo testigo  
 hacer algún mal suceso,  
 que dilatando el castigo  
 substanciaré su proceso.  
 Pero ha sido caso extraño  
 que viéndome la cadena,  
 causa de todo mi daño,  
 me la alabó por muy buena  
 Aureliana con engaño.  
 Yo de falso respondí  
 que la tomase, y tomóla;  
 mal hice, y al fin la di;  
 que por un "sí" una vez sola  
 en otra mayor me vi.  
 Diera por no haberla dado,  
 si fuera señor, mi estado,  
 mi reino si fuera rey.  
 ¡Oh, Amor, a qué dura ley  
 traes un hombre condenado!)

FELICIANO. (Cosa que esté éste celoso  
 de que Leandro acompañe  
 su mujer.)

LUPERCIO. (¡Qué perezoso  
 quiere Amor que desengañe  
 este laberinto honroso!  
 ¿Cómo no voy a saber  
 dónde van? Mas aquí viene  
 Leandro.)

(LEANDRO *vuelva*.)

LEANDRO. (¡Oh, bella mujer!)

FELICIANO. (Irnos, Lupercio, conviene;  
 mira que nos puede ver,  
 y que de estar a su puerta  
 le dará imaginación,  
 que al más dormido despierta.)

LUPERCIO. (¡Bueno voy en mi opinión!  
 Amor vivo y honra muerta.)

LEANDRO. ¡Que no se dejase ver  
 mi Beatriz hermosa y bella!  
 ¡Que un manto pudiese hacer  
 sombra a la mayor estrella  
 que sale al anochecer!  
 ¿Cómo es esto que a mi casa  
 venga a buscarme y que es mía  
 sepa, y como rayo pasa?  
 ¿Cómo en viéndome se enfía  
 y en no viéndome se abrasa?  
 Sin duda que es condición  
 ésta en algunas mujeres  
 cuando tienen afición:  
 "Cuando no me ves, me quieres,  
 y en viéndome, eres león;  
 búscame, y huyes de mí;  
 riñes como hombre cobarde  
 que viene a matar, y allí  
 no quiere el temor que aguarde."  
 Aureliana viene aquí.

(AURELIANA *éntre*.)

AUREL. (¿De qué sirve, pensamiento,  
 que sin ventura queráis  
 medir las alas al viento,  
 pues cuando más alto vais  
 vais con menos fundamento?  
 Si Lupercio tiene amor,  
 ¿por qué el casarse dilata  
 tan en daño de mi honor?)

LEANDRO. (Sin duda que aquella ingrata  
 quiere venderme el favor;  
 no porque ella no me quiere,  
 mas porque la amiga impide,  
 cuando más por mí se muere,  
 por sacar lo que me pide;  
 que mis partes considere.  
 Pues una vez puesto en dalla  
 ¡vive Dios!, que pienso hartalla  
 de oro como al rey Creso;  
 que si sólo topa en eso  
 no se me irá sin gozalla.  
 Presumo que si topase  
 un galán que requerebrase  
 esa viudeta cruel,  
 negociaría con él  
 que la casada me hablase.  
 ¿Quién será, váleme Dios?  
 Mas Lupercio es extremado.  
 Allá habemos de ir los dos,  
 aunque ha de ser mi cuñado.)

AUREL. ¿Qué habláis a solas con vos?



LEANDRO. ¡Oh, hermana! Estas pretensiones de la guerra me suspenden, que aquí pretenden razones lo que allá espadas pretenden y españoles corazones.

AUREL. Muy bien se te echa de ver.

LEANDRO. Memoriales, Aureliana, me traen a mal traer.

AUREL. Yo vi desde la ventana darlos a cierta mujer.

LEANDRO. ¿Vístela?

AUREL. Sí.

LEANDRO. ¿Descubierta?

AUREL. No.

LEANDRO. Pues es otra Diana.

AUREL. ¿Casta?

LEANDRO. En castidad enjerta.

Pero ¡por Dios!, Aureliana, que anima esta vida muerta.

AUREL. ¿Quiéresla?

LEANDRO. Como a mis ojos.

AUREL. ¿Quiérete?

LEANDRO. Pienso que sí.

Pero trae ciertos despojos de una viudilla tras sí, que es furia de mis enojos.

AUREL. ¿Pide?

LEANDRO. ¡Y cómo!

AUREL. Pues repare.

LEANDRO. No hay marqués de Mariñán *de dinare e più dinare*.

AUREL. ¿No basta ser tú galán y que en tu talle repare?

LEANDRO. Con ése, al fin, le conquisto. ¿Buena es aquesta cadena?

AUREL. No es mala.

LEANDRO. No la había visto, y por mi vida que es buena.

AUREL. De dártela me resisto, porque era de mi señora.

LEANDRO. Y prestada por un hora, ¿no me la darás?

AUREL. Si vas a ver tu dama no más...

LEANDRO. Allá voy ¡por Dios! agora.

AUREL. Irás a darle cadena a la pedigüeña dama, y para aquesto no es buena.

LEANDRO. Una concierto de fama.

AUREL. No des ésta, que es ajena.

LEANDRO. ¡Jesús! ¿De dársela había? A verla voy.

AUREL. Ve con Dios.

Qué mal hice, prenda mía, en querer daros a vos donde otras muchas tenía; mas por no le dar sospecha fué bien que no la negase. Y cuando quede deshecha y su dueño se enojase, con darle otra más estrecha, que de los brazos haría a su cuello, los enojos sospecho que quitaría.

(LUPERCIO *entre*.)

LUPERCIO. (Aquí está el sol de mis ojos y de mi tiniebla el día.)  
¿Aureliana?

AUREL. ¿Señor mío?

LUPERCIO. Ando por este tu hermano, que desvelalle porfío, trazando con Feliciano un engañoso desvío. Vile salir y entré luego a buscar mi hermoso fuego, mi incendio, mi infierno y gloria, que me mata la memoria mientras a verte no llego.

AUREL. Pues ¿qué trazas por mi hermano?

LUPERCIO. Que en viendo en toda ocasión que te habla Feliciano, le muestres grande afición, le des y tomes la mano; él te llamará mujer, tú le has de llamar marido.

AUREL. Y esto ¿para qué ha de ser, que con tal prisa has venido sólo a darme a entender?

LUPERCIO. Porque algunas deudas mías, hermanas, primas y tías, han puesto, por estorbarme que aquí no pueda casarme, en toda tu casa espías. Yo, por coger de repente con un casamiento a todos y nadie impedirlo intente, pretendo de varios modos engañar aquesta gente. Dígoles que vengo aquí por gusto de Feliciano, que, creyendo que es por ti, no creerán que es por tu hermano.

AUREL. Aciertas, Lupercio, así.

Pero ¿qué han visto esas damas  
que primas y deudas llamas  
en mí que de aquesa suerte  
no iguale, por merecerte,  
su calidad y sus famas?

LUPERCIO. No es eso.

AUREL. Pues ¿qué?

LUPERCIO. Querría  
una gran necia mi tía  
pescarse mi pobre hacienda  
y darme por encomienda  
una cierta prima mía,  
necia, si el mundo la vió;  
fea, si Naturaleza  
durmiendo alguna pintó;  
soberbia, con más pobreza  
que un poeta.

AUREL. Bien sé yo  
que no por otra razón  
puedo yo desmerecerte.

LUPERCIO. Esta es, mi bien, la ocasión.

AUREL. Pues yo quiero obedecerte,  
bien contra mi condición,  
y porque ya me ha picado  
de que en eso hayan hablado.  
Venga Feliciano aquí,  
que quiero hablarle por ti  
con estilo enamorado.  
¿Daréle manos y brazos?

LUPERCIO. Sí; pero advierte...

AUREL. ¿Qué adviertes?

LUPERCIO. Que no aprietes los abrazos.

AUREL. ¿Qué importa flojos o fuertes  
si son fingidos los lazos?

LUPERCIO. ¿Y llamarásle marido?

AUREL. Sí, pues me lo has mandado.

LUPERCIO. Y tu hermano ¿dónde es ido?

AUREL. Creo que anda enamorado.

LUPERCIO. Yo sé que está bien perdido.

AUREL. La cadena que me diste  
me pesará que lo esté.

LUPERCIO. Agravió en darla me hiciste.

AUREL. Por no darle celos fué,  
que ya se paraba triste.

LUPERCIO. En fin, ¿mi cadena lleva?

AUREL. Y con ella va a su dama,  
que es piedratoque en que prueba  
todo el oro de su llama.

LUPERCIO. ¿Con ese metal las ceba?

Pues ¡por Dios! que por momentos  
bajen aves de sus nidos  
rompiendo los claros vientos.

AUREL. Mucho estamos divertidos.

LUPERCIO. Duérmense mis pensamientos  
cuando en tu presencia estoy.  
Vete.

AUREL. A hacer labor me voy.

LUPERCIO. ¿Eres mía?

AUREL. Hasta la muerte.

LUPERCIO. ¿Firme?

AUREL. Como un mármol fuerte.

LUPERCIO. Júralo.

AUREL. A fe de quien soy.

(*Entrense, y salgan ELISA y BEATRIZ.*)

ELISA. Volvió a darme otra cadena.

BEATRIZ. Muestra a ver.

ELISA. Esta es mejor.

BEATRIZ. ¡Oh, confuso y ciego error!

ELISA. ¿Qué dices? ¿Que no es tan buena?

BEATRIZ. Digo que la misma es.

ELISA. ¿Tan presto la conociste  
de un hora que la tuviste?

BEATRIZ. Para mí más ha de un mes,  
más ha de un año y de dos,  
ha un siglo, porque en mis celos  
corren mil cursos los cielos.

ELISA. ¿La misma? ¡Válame Dios!  
¿Cómo puede ser?

BEATRIZ. No sé.

ELISA. Anda, que te has engañado.

BEATRIZ. Verdad te digo.

ELISA. ¿En qué has dado?

BEATRIZ. En lo que es y en lo que fué,  
y ya caigo en lo que ha sido.

ELISA. ¿Cómo?

BEATRIZ. Como se la dió

a la dama donde yo  
hoy vi entrar a mi marido,  
y ésta debe de tener  
por galán o esposo ya  
éste que a ti te la da,  
y, como dama o mujer,  
se la dió, y él luego a ti.

ELISA. Notable discurso has hecho.

BEATRIZ. Muestra y pondréla al pecho  
por que la conozca en mí,  
que este modo es el más bueno  
para ver este traidor,  
que no guarda bien su honor  
quien menosprecia el ajeno;  
y este soldado, o demonio,  
entreténle, aunque me mate.

ELISA. Tú harás algún disparate.

Que no sufre el matrimonio  
celos ni burlas pesadas.

BEATRIZ. Honrada soy. Vuelve el Cielo  
por mi honor.

ELISA. No es ese el celo  
de las mujeres honradas.

BEATRIZ. Déjame. Vete de aquí.

(LUPERCIO éntre.)

LUPERCIO. ¿Con quién, mi bien, tantos fieros?

BEATRIZ. Con veros y con no veros.

LUPERCIO. ¿Eso es veras?

BEATRIZ. Señor, sí.

LUPERCIO. ¿Otra cadena?

BEATRIZ. Pues ¿no?

¿Qué es de la que os di?

LUPERCIO. No sé;

a un amigo la presté  
que a cierta dama la dió.

BEATRIZ. ¿A qué amigo?

LUPERCIO. A Feliciano.

Perdonad ¡por Dios!, señora,  
que él irá a pedirla agora,  
en partiéndose su hermano,  
en casa de una mujer  
con quien se quiere casar.

BEATRIZ. (Éste me vuelve a engañar,  
o no le puedo entender.)

LUPERCIO. (¿Que otra vez ¡Cielo! le ha dado  
la cadena?)

BEATRIZ. (Que éste diga  
que es de Feliciano amiga  
y esta joya le ha prestado  
parece puesto en razón.  
No me quiero alborotar,  
pues se puede averiguar.)

LUPERCIO. (¡Con qué notable invención  
los celos le aseguré!

Así estuvieran los míos.

Pero el mostrar tantos bríos  
es señal que honrada fué.

¿Si me vende Feliciano?

¿Si fué mi mujer a ver

aquella hermosa mujer

y no al soldado, su hermano?

En peligro está mi honor.

Mal hago, pues por mi gusto

me pongo a tanto disgusto.

Quiéroos dejar, loco amor.

Pero ¿cómo ¡oh santos Cielos!,  
que me mata su hermosura?

Pero ¿no es mayor locura

si matan mi honor mis celos?

¿Si hablaré claro?)

BEATRIZ. (¿Qué intento

sino hablar con éste claro?

¿No es mi esposo? ¿En qué reparo?

¿De qué tembláis, pensamientos?)

Amigo... (Pero no es bien.)

LUPERCIO. (Yo la quiero hablar, que creo  
que esto de andar por rodeo  
destruye mi honor también.)

Señora... (Pero es error

querer dejarla advertida

de mis celos, que en su vida

tendrá respeto a mi honor.

Mejor es darla a entender

que Aureliana es dulce prenda

de Feliciano, y que entienda

que es o ha de ser su mujer.)

¿Queréis ir aquesta noche,

amores, conmigo al Prado?

BEATRIZ. A pie no. Busca prestado,  
pues hay tantos, algún coche.

LUPERCIO. Mejor irás ¡por tu vida!

a pie y verás a la dama

de Feliciano.

BEATRIZ. Su fama

me tiene a verla rendida.

¿Irá Elisa?

LUPERCIO. La primera.

BEATRIZ. ¿Irás?

ELISA. Pues ¿no, mi señora?

LUPERCIO. Pues, alto. Mientras es hora

de cenar, aquí me espera.—

Tenme tú zapatos blancos.

Quizá mudaré vestido.

BEATRIZ. No sé lo que hoy te ha movido,  
que andan los favores francos.

LUPERCIO. Siempre con igual amor

estarás en mis entrañas.

BEATRIZ. ¿De veras?

LUPERCIO. Sí.

BEATRIZ. ¿No me engañas?

LUPERCIO. No ¡por tu vida!

BEATRIZ. ¡Ay, traidor!

(ANSALDO, CLARINO, LEONCIO.)

ANSALDO.

No le he visto después de la pendencia.

LEONCIO.

¡Bravamente blasona!

CLARINO.

Ya, Leoncio,



no es buen término hablar del enemigo,  
demás de estar las amistades hechas.  
Tracemos una noche a lo tudesco,  
en que salgamos todos al escote,  
y dejemos espadas y pependencias.

ANSALDO.

Olimpio, por pagarse de una burla  
que dicen que le hizo el buen Lupercio...  
Ya sabéis por quién lo digo.

CLARINO.

Sí, el amigo  
que llegó a socorrer con Feliciano  
al soldado Leandro.

ANSALDO.

El propio digo.  
Le vendió una cadena en cien escudos  
que tiene de oro cosa de cien reales,  
y todo lo demás es pura alquimia.  
Hoy le pidió dinero, y a la cuenta  
le dió ducientos reales, con que ha hecho  
una famosa olla, y postres, y antes,  
y quiere convidarle, y tras la cena  
decirle que no es oro la cadena.

LEONCIO.

Notable burla. Pero ¿cómo el hombre  
no conoció su peso ni su lustre?

ANSALDO.

Está todo tan bien disimulado,  
que fuera del platero y piedratoque  
ninguno decir puede que es de alquimia.

CLARINO.

Según eso, ¿por qué es precioso el oro?

ANSALDO.

Porque es noble metal, rey de metales;  
por la color, el lustre, la fineza;  
por ser incorruptible y saludable;  
porque alegra los ojos, los sentidos,  
el corazón y, si es posible, el alma.

CLARINO.

Tienes razón que lo merece el oro.  
Pero un diamante que ha subido el precio  
cuanto otras piedras finas le han bajado,  
¿qué tiene bueno?

ANSALDO.

La dureza sola,  
la luz, el fondo, el resistir a todo.

CLARINO.

Anda, que no es razón que me concluye  
para valer tan espantoso precio.

LEONCIO.

Haber pocos o haber el mundo dado  
en esta estimación, aunque, por cierto,  
que tiene mil virtudes singulares.

CLARINO.

Cuéntame, Ansaldo, las de aquesa olla,  
y deja estar las del diamante fino.

ANSALDO.

Dicen que lleva un lomo de la madre  
del buey del Nacimiento.

CLARINO.

¡Santa cosa!

ANSALDO.

Dos piernas cercenadas, como cuando  
las compra el alguacil; cuatro perdices  
que han comido la hierba del pinillo;  
dos conejos reales...

CLARINO.

No lo entiendo.

LEONCIO.

Quiere decir que son del Rey, Clarino,  
y que en el Pardo y Aranjuez nacieron.

ANSALDO.

Un pernil chamuscado allá en Alcántara  
como menor de edad, por mal delito;  
seis chorizos vecinos de Plasencia,  
un salchichón de Génova, dos aves,  
dos pies, y no de coplas ni canciones,  
una vara de hermosos pasámanos  
de longaniza y dos de molinillos  
de salchicha, con otras zarandajas.

CLARINO.

Malhaya yo si no me están crujiendo  
todas las muelas, que las toma el diablo.  
¿Habémonos de hallar en esta cena?

ANSALDO.

Yo no puedo faltar.

LEONCIO.

Ni yo tampoco.

CLARINO.

Allá dicen también que va Faustino,  
y que ha de haber comedia de repente,

y un famoso que imita por extremo  
a los representantes.

ANSALDO.

¡Linda cosa!

Bajemos hacia el Prado por que luego  
volvamos con más hambre.

CLARINO.

Hacia allí cantan.

¿Ha de haber matraquita?

LEONCIO.

Si son malos.

ANSALDO.

¡Oh, quién diese a un mal músico de palos!

(LEANDRO y LUPERCIO, *de noche*.)

LEANDRO. ¿Que érades vos?

LUPERCIO. ¿No lo veis?

LEANDRO. ¡Ah, qué ventura he tenido!

LUPERCIO. ¿Buscáisme?

LEANDRO. Y aquí he venido  
tres veces desde las seis.

LUPERCIO. Pues ¿qué se ofrece?

LEANDRO. Esta tarde  
hablé a mi Beatriz que había  
rezado a Santa Lucía  
que sus bellos ojos guarde,  
y al decender de las gradas  
otra cadena le di.

LUPERCIO. ¿Otra le habéis dado?

LEANDRO. Sí.

LUPERCIO. (¡Oh, penas encadenadas!)  
¿Y ella propia la tomó?

LEANDRO. No, mas la santa viuda,  
que Beatriz está muda  
desde un aire que le dió;  
pero por la paraninfa  
supe que esta noche puedo  
verla y hablarla sin miedo.

LUPERCIO. ¿Y estará muda esa ninfa?

LEANDRO. No, que no será razón  
tras dos tan buenas cadenas.

LUPERCIO. (Esas dos serán mis penas.)

LEANDRO. Las cadenas una son.  
Sólo hay que a la viudeta  
habéis vos de requebrar.

LUPERCIO. Dicen que para ablandar  
es ésa linda receta.

LEANDRO. No la han hallado mejor  
Hipócrates ni Galeno.

LUPERCIO. Cualquier criada es veneno  
y es como araña en la flor;

pero si alegre la deja  
el buen amigo fiel,  
vuelve la ponzoña en miel  
y transfórmase en abeja.  
¡Demos miel a esta viuda  
de requiebros. ¿Y es muy fea?

LEANDRO. Si esa miel la paladea  
no pongo mi gusto en duda.  
No es mala, tiene sainete.  
(Perdona, hermana, si he sido  
del que ha de ser tu marido  
aquesta noche alcahuete.)  
Quedo, que abren la ventana.  
Embozaos bien.

LUPERCIO. Ya lo estoy.  
(Ved, Cielos, a lo que voy  
por el amor de Aureliana!  
Mas yo os hago juramento  
de dejarla y de querer  
solamente a mi mujer  
si de esta burla escarmiento.  
Esto es andar divertido  
un hombre que tiene casa;  
esto sucede, esto pasa  
al que es galán y marido.  
Yo me iré como elanguilla  
deslizándose poco a poco,  
y este honor traeré, aunque loco,  
como a perro de trailla;  
demás, que si le averiguo  
culpa, haré, como muy hombre,  
que de otro término y nombre  
de una legua me santiguo.  
Ya están hablando con él.  
Quiero llegar embozado.)

(ELISA y BEATRIZ a la ventana.)

ELISA. Quiérenos llevar al Prado:  
seguidme algo lejos dél,  
que allá nos podéis hablar.

LEANDRO. (¿Posible es que oigo esa voz,  
que ya no estás tan feroz?)

LUPERCIO. (¿Esto he venido a escuchar?)

ELISA. ¿Dónde está aquel vuestro amigo?

LUPERCIO. Aquí estoy.

LEANDRO. (Llegá, por Dios,  
que quieren salir las dos.)

ELISA. ¿No habláis, galán? ¿A quién digo?

LUPERCIO. Duélneme un poco las muelas.

ELISA. (Gentil talle de galán.)

LUPERCIO. (¿No decís que al Prado van?)

LEANDRO. Sí.

LUPERCIO. Pues vamos y hablarélas.  
 BEATRIZ. Ea, señores, adiós,  
 que allá podremos hablar.  
*(Quítense de la ventana.)*  
 LEANDRO. Esto sí que es negociar.  
 LUPERCIO. Bien negociamos los dos.  
 LEANDRO. ¿No es muy linda bellacona  
 la viuda?  
 LUPERCIO. Y cómo si es.  
 LEANDRO. Cubren las tocas que ves  
 rumbo, guitarra y chacona.  
 Yo te digo que te dé  
 mucho gusto.  
 LUPERCIO. ¿Quién lo duda?  
 Yo os conoceré, viuda,  
 y en las tocas pondré el pie,  
 que si el honor atropellas  
 deste que agora ha de hablarte,  
 ¡vive Dios, que han de enterrarte  
 haciendo mortaja dellas!

*(Entren FAUSTINO y FELICIANO, y AURELIANA con  
 sombrero y rebocillo, y ARSINDO, criado.)*  
 AUREL. Acepto la compañía,  
 que hay mucha gente en el Prado.  
 FAUSTINO. Está muy acompañado,  
 por honras del postrer día.  
 Ya acaba sus estaciones  
 el tiempo.  
 FELICIANO. Aquí habéis de ser,  
 Aureliana, mi mujer:  
 no en obras, pero en razones.  
 AUREL. Ya sabéis que estoy sujeta  
 a vuestro gusto.  
 FELICIANO. Yo soy  
 el que a vos, mi bien, lo estoy.  
 FAUSTINO. ¡Quién fuera agora poeta  
 para describir el Prado!  
 FELICIANO. Ved lo que este necio piensa.  
 AUREL. Vos lo sois haciendo ofensa  
 a un hombre en Corte criado,  
 que, adivinando que hablamos  
 cosas de gusto, ha fingido  
 que anda agora divertido  
 con las fuentes y los ramos.—  
 Sentaos, por mi vida, aquí,  
 vaya, Arsindo, y desta fuente  
 coja el cristal transparente.  
 FELICIANO. ¿Trae en qué la coja?  
 AUREL. Sí,  
 que aquí en la manga he traído  
 un búcaro.

FAUSTINO. Es extremado.  
*(Siéntense.)*  
 FELICIANO. Traila del Caño dorado.  
 AUREL. ¡Qué linda agua!  
 FAUSTINO. No ha salido  
 de la tierra cosa igual.  
 FELICIANO. Mejor la de Leganitos,  
 que esto dicen infinitos.  
 FAUSTINO. Si lo dicen, dicen mal,  
 que está pesada con ella,  
 y basta que sean iguales.  
*(ARSINDO con el agua.)*  
 ARSINDO. Ya traigo aquí sus cristales.  
 FAUSTINO. ¡Bella fuente!  
 FELICIANO. ¡Hermosa y bella!  
 AUREL. Caliente está.  
 FAUSTINO. En esa falta  
 reparan cuantos la ven.  
 AUREL. Bebe, Feliciano.  
 FELICIANO. ¿Quién  
 merece merced tan alta?  
 ¡Jesú, que pondré la boca  
 en donde la pones tú!  
 AUREL. Bien comienzas, por Jesú;  
 pero la ponzoña es poca.  
 FELICIANO. Bebí tus fuerzas, y estoy  
 como un Hércules; Faustino,  
 bebe.  
 FAUSTINO. Bríndame con vino.  
 FELICIANO. Yo, señora, aguado soy.  
*(ELISA y BEATRIZ con capotillos, y detrás LUPERCIO.)*  
 BEATRIZ. Aquí, junto a estas mujeres,  
 estaremos bien las dos.  
 FELICIANO. ¡Hermosa ropa, por Dios!  
 AUREL. Qué, ¿ya enamorarlas quieres?  
 LUPERCIO. Esa es Beatriz, Aureliana,  
 esposa de Feliciano;  
 aquí verás cómo es llano  
 que fué tu sospecha vana.  
 FELICIANO. ¡Vive Dios, que están allí  
 Beatriz y Lupericio juntos,  
 que aquellos celosos puntos  
 deben de andar por aquí!)  
 LUPERCIO. (Pon a su voz el oído,  
 verás si la llama esposa.)  
 FELICIANO. ¿No habláis, Aureliana hermosa?  
 AUREL. ¿Qué tengo de hablar, marido?  
 Estoy triste de no ver  
 a mi hermano por aquí.



FELICIANO. ¿No basta tenerme a mí,  
digo, señora mujer?

AUREL. Basta, por cierto, que en vos  
veo yo todo mi bien.

FELICIANO. Yo, en vos, el mayor también,  
que agora le pido a Dios.

LUPERCIO. (¿Ves cómo han sido tus celos  
quimeras desatinadas?)

AUREL. ¿Qué mujeres rebozadas  
nos miran y esparcen velos?

FELICIANO. Sospecho que son las tías  
de Lupercio.

AUREL. Que ellas son,  
pues esta es buena ocasión  
para desmentir espías;  
háblame, tócame y di  
mil requiebros.

FELICIANO. Sí haré.

LUPERCIO. (¡Oh, amigo de grande fe,  
qué bien lo finge por mí!)

(Entre LEANDRO.)

LEANDRO. Basta que se me han perdido  
por detenerme a escuchar  
cierto portugués cantar,  
por un balcón derretido;  
pero aquí los tres están.  
¿Lupercio?

LUPERCIO. ¿Es Leandro?

LEANDRO. Sí.

FELICIANO. Tu hermano ha llegado allí.

LUPERCIO. Por Dios, que haces buen galán.

LEANDRO. ¿Qué dicen?

LUPERCIO. Que yo no más  
las acompañe a su casa,  
porque su marido pasa  
a quien desde hoy celos da;  
porque al bajar de las gradas  
te ha visto dar la cadena.

LEANDRO. Pues ¿qué me manda y ordena?

LUPERCIO. Que mañana, a las diez dadas,  
te vea en misa.

LEANDRO. Sí haré.  
Llévalas, y pues tuviste  
ventura, díles cuán triste  
por el no hablarlas quedé.

AUREL. ¿Ah, señor hermano?

LEANDRO. ¿Quién  
con ese nombre me llama?

AUREL. Llegad, veréis una dama  
a quien parecéis muy bien.

LEANDRO. Mi dama, hermana, está aquí:

dime amores, por tu vida.  
¿Dala celos?

AUREL. Desabrida  
estuve, mi bien, sin ti.  
Ya se levantan.

LEANDRO. Tras ellas  
me puedes ir regalando,  
y yo te iré requebrando.

AUREL. Harto me holgaré de vellas.

LUPERCIO. Vente, Beatriz, acostar.

BEATRIZ. Vamos, que voy enfadada  
de aquella dama.

LUPERCIO. Es cansada.

BEATRIZ. No te debe de cansar.

LUPERCIO. ¿Agora vuelves a esto?

BEATRIZ. Ven conmigo, que estás loco.

LUPERCIO. (A lo menos puedo poco,  
pues con mi mujer me acuesto.)

AUREL. (¿Habémoslos de seguir?)

LEANDRO. Sí, por tu vida, Aureliana.

AUREL. ¿Soy tu dama, o soy tu hermana?

LEANDRO. De dama me has de servir.)

FELICIANO. (¡Buenos los trocados van!)

FAUSTINO. (¿Por qué huíste?)

FELICIANO. Por que temo  
a Leandro con extremo,  
no piense que soy galán  
de su hermana.

FAUSTINO. En amistad  
me has de decir tu pasión.

FELICIANO. Yo te he cobrado afición,  
y te diré la verdad.)

ACTO TERCERO

(LUPERCIO solo.)

LUPERCIO.

¿Qué me quieres, amor, que me persigues?  
Honra, ¿por qué me tratas desta suerte?  
Amor, vénceme tú, si eres más fuerte.  
Honra, ¿qué haré, que tu furor mitigues?  
No es justo, amor, que a tanto mal me obli-  
gues;  
hoy mi honra, amor, te quiere dar la muerte;  
amor, este propósito divierte;  
honra, déjame a mí, si al amor sigues.  
Defiende, amor, un hecho tan extraño;  
honra, vuelve por mí, que atrás me vuelvo.  
Mas ¡ay!, detén, amor, mi espada fiera;  
mas no consientas, honra, tanto engaño.

Amor, cobarde estás: ya me resuelvo;  
venza mi honra, al fin, y mi amor muera.

(FELICIANO.)

FELICIANO. Con gran prisa me avisaron  
que me llamabas, Lupercio,  
y aunque es verdad que me hallaron  
entre los de mi comercio,  
todas mis cosas cesaron,  
que me ha dado el corazón  
que estás con algún pesar.

LUPERCIO. Cuando dos un alma son,  
suele esos avisos dar  
la misma imaginación.  
¡Ay, Feliciano, yo estoy  
muerto! Ni vivo ni soy.

FELICIANO. ¿Qué tenemos? ¿Hay desdén?

LUPERCIO. ¡Oh, pesar del querer bien,  
a quien ya mil higas doy!

FELICIANO. ¿Luego no es amor tu mal?

LUPERCIO. Yo lo confieso hasta aquí;  
pero en esta ocasión tal,  
falta el menor mal en mí,  
porque ha llegado el mortal.

FELICIANO. ¿Que no es amor tu dolor?

LUPERCIO. Ahorcado muera amor,  
que tantos daños me ha hecho:  
ya le ha sacado del pecho,  
con sus conjuros mi honor.  
Si amor espíritu es,  
contradicción y deshonra,  
que pára en dolor después,  
conjurándole la honra,  
sale hasta echarse a sus pies.

FELICIANO. ¿Y sabes tú que ha salido?

LUPERCIO. Sí, pues me ha dado señal.

FELICIANO. ¿Y es?

LUPERCIO. Estar arrepentido,  
que es moneda de un metal  
en desengaños batido;  
pero con letras de celo  
tal alto, que esta moneda  
corre en la tierra y el Cielo.

FELICIANO. Pasión tienes.

LUPERCIO. No hay qué pueda  
dar a mi pasión consuelo.

FELICIANO. Dime lo que es.

LUPERCIO. Sí haré;  
mas, ¿cómo comenzaré?  
Mi mujer, hermano mío...

FELICIANO. Mal comienzas.

LUPERCIO. Yo te fío

que peor acabaré;  
obligada, por ventura,  
de mi desdén, que no creo  
de su honra esta locura,  
con vil y infame deseo,  
gozar un hombre procura.

FELICIANO. Paso, paso, loco, necio,  
digno de cualquier desprecio,  
¿eso por la boca arrojas?

LUPERCIO. Pues, y bien, ¿de qué te enojas  
si mi honor ha puesto en precio?

FELICIANO. Cesó, sabiendo quién es.

LUPERCIO. Si ha tomado dos cadenas,  
¿qué podrás decir después?  
Feliciano: muchas buenas  
ha vencido el interés.

FELICIANO. Ninguna que lo haya sido  
el interés la ha vencido,  
que, si interés la venció,  
ya desde el vientre salió  
con ese honor mal nacido.  
Dado me has, loco, a entender  
que de Leandro te quejas.

LUPERCIO. Ese sirve a esta mujer.

FELICIANO. Desengañado me dejas  
de tu necio proceder.

LUPERCIO. Feliciano, si es templarme,  
ya no tienes qué decir,  
ni en esto que replicarme:  
hoy Beatriz ha de morir,  
y luego quiero matarme.

FELICIANO. Norabuena. Si es culpada,  
yo te prestaré la espada;  
pero si no, ¿por qué quieres  
quitar de entre las mujeres  
una mujer tan honrada?

LUPERCIO. Feliciano, si lo fuera,  
no creas que estoy tan loco.

FELICIANO. ¿Qué es lo que ahora te altera?

LUPERCIO. ¿Verla hablar con él es poco?

FELICIANO. ¿Con él, dónde? Tente, espera.

LUPERCIO. Por ella digo que habló  
la viuda en la ventana,  
y ir al Prado le mandó,  
donde, con Aureliana,  
hablando anoche te vió.

FELICIANO. Mira que los celos hacen  
todas las cosas mayores,  
y más si de honra nacen,  
y que son mucho menores  
después que se satisfacen.  
Para argüir liviandad

un hombre de su mujer,  
y mujer de calidad,  
muchas cosas ha de haber  
y poca temeridad.

LUPERCIO. ¿Muchas, Feliciano amigo?  
Quien muchas aguarda, digo,  
que no quiere castigar,  
que la honra y el hablar  
quieren de presto el castigo.  
Hete llamado esta tarde  
para matarla.

FELICIANO. ¡Jesú!  
¡Dios de tal yerro te guarde!

LUPERCIO. Harto mayor le haces tú  
en hacerme tan cobarde.

FELICIANO. Espera, que me ha llamado.  
Desde hoy sepamos primero  
qué me quiere.

LUPERCIO. ¿Qué, envainado  
quieres que tenga el acero  
estando el honor manchado?  
¿Está descubierto el daño  
y está la espada en la vaina  
esperando el desengaño?

FELICIANO. Sí, que la razón envaina  
los aceros del engaño:  
escóndete allí, que sale,  
y oirás lo que hablo con ella.

(Entre BEATRIZ.)

BEATRIZ. (Poco el consolarme vale,  
pues es la mujer tan bella,  
que no hay mujer que la iguale.

(Escóndase su marido.)

Al fin, yo me determino  
a la locura que intento.)  
¿Aquí estás?

FELICIANO. Salgo al camino,  
señora, a tu pensamiento.

BEATRIZ. Pues saldrás a un desatino.

FELICIANO. ¿Cómo?

BEATRIZ. Anoche pude ver  
esa tu bella mujer.

FELICIANO. ¿Dónde la viste?

BEATRIZ. En el Prado.

FELICIANO. Verdad es, que allí sentado  
estuve al anochecer.

BEATRIZ. No, que esto más tarde fué.

FELICIANO. En fin, yo estuve; di ahora  
lo que me quieres.

BEATRIZ. No sé  
cómo lo diga.

FELICIANO. Señora,  
poco fías de mi fe.

BEATRIZ. ¿Sabes qué es amor?

FELICIANO. ¿Pues no?

BEATRIZ. ¿Y celos?

FELICIANO. ¿Cuál hombre ama  
sin ellos?

BEATRIZ. ¿Sabes que dió  
amor a Troya la llama?

FELICIANO. Y que el mundo se perdió.

BEATRIZ. ¿Sabes que es locura amar  
y celos infierno?

FELICIANO. Sí,  
resí.

BEATRIZ. Pues quíerote hablar,  
que, pues hay celos en mí,  
celos me han de disculpar:  
si acaso no te has casado  
con esa dama, te ruego,  
aunque recibas enfado,  
que la dejes, o que luego  
dejes de Lupercio el lado.

FELICIANO. ¿Cómo?

BEATRIZ. A decirte verdad,  
no te hace buena amistad:  
yo lo he visto, yo lo sé.  
y pues no te guarda fe,  
no le tengas voluntad.  
Su hermano de esa mujer  
puso los ojos en mí,  
y Elisa le da a entender  
que negociará mi "sí",  
cosa que no puede ser:  
porque antes dejará el cielo  
de hacer su curso forzoso,  
y estará el jardín del suelo  
en su asiento luminoso,  
y el fuego ardiendo en el hielo,  
que falte de lo que soy,  
y a Dios esta fe le doy  
aunque mi marido fuese  
hombre que mi honor vendiese.

LUPERCIO. (Satisfaciéndome voy.)

BEATRIZ. Quise con celos mover  
su pecho, a ver en qué estado  
tiene el desdén y el querer  
que despiertan al honrado  
los celos de su mujer.  
No duerma Lupercio tanto,  
ni tú, pues honrado eres.

FELICIANO. Esto de tomar el mando  
tras los hombres las mujeres,



es crueldad, mas no me espanto;  
mucho, señora, has sabido,  
mas cierto que son antojos  
que te ofenda tu marido.

BEATRIZ. Yo lo he visto con mis ojos.

FELICIANO. Pues tus ojos te han mentido.  
Vete con Dios, que yo haré  
que Lupercio te castigue  
el poner falta en su fe  
y que tu rigor te obligue  
a afrentarme.

BEATRIZ. ¿A mí? ¿Por qué?

FELICIANO. Porque es grande atrevimiento,  
viendo que quiero casarme,  
decirme con mal intento  
que él pretende deshonorarme.

BEATRIZ. En efeto, ¿que yo miento?

FELICIANO. ¿Pues no?

BEATRIZ. Deja los enojos,  
que, si miento, yo he mentido  
por la boca de mis ojos.  
No digas a mi marido,  
Feliciano, mis antojos,  
que si erré como mujer  
enamorada y celosa,  
tú, como hombre, has de tener  
que amparar nuestra flaqueza.

FELICIANO. Harélo a más no poder,  
porque sé que es gran baja  
el revolver a casados.

BEATRIZ. Cumplirás con tu nobleza,  
que es de los hombres honrados  
amparar nuestra flaqueza.  
Queda con Dios.

FELICIANO. Dios te guarde.

(Entrese BEATRIZ, y salga LUPERCIO.)

¿Qué te parece?

LUPERCIO. Que has sido  
ángel de guarda esta tarde.

FELICIANO. ¿Ves cómo es bien que el marido  
tenga tretas de cobarde?  
Cuando de alguna quistión  
se sale sin armas bien  
y con segura opinión,  
bien es que en la vaina estén,  
y no el dueño en la prisión.

LUPERCIO. Eres discreto, en efeto:  
no tiene precio un discreto;  
a Leandro quiero ver.

FELICIANO. Ya te aprieta la mujer.

LUPERCIO. De no amarla te prometo,

que ya no quiero burlarme  
con descuidos de mi honor. (Ap.)

FELICIANO. (La fortuna quiere darme  
lo que, si fuera traidor,  
podiera el Cielo quitarme.)

(Váyanse, y éntre con un papel y una daga LEANDRO, tras AURELIANA.)

LEANDRO. Traidora hermana, ¿qué es esto?

AUREL. Tente, no seas cruel:  
lee primero el papel,  
verás que es papel honesto.

LEANDRO. Que ya le tengo leído.

AUREL. Pues cuanto en él escribió,  
¿qué importa, si lo firmó  
con el nombre de marido?

LEANDRO. ¿No importa que una mujer  
ande en amores?

AUREL. ¿No es justo  
que se case con su gusto  
y le comience a querer?

LEANDRO. Y, en fin, ¿quién es?

AUREL. Es Lupercio:

Ya no lo quiero negar.

LEANDRO. Y a mí, ¿qué me puedè honrar  
cuando fuera más un tercio?  
¿Que andando siempre a mi lado  
la noche, tarde y mañana,  
esté de mi propia hermana  
ningún hombre enamorado?  
Hoy le tengo de matar,  
o se ha de casar contigo.

AUREL. Que es muy honrado, te digo,  
y que te pretende honrar:  
no creas que ha entrado aquí  
jamás con mala intención.

LEANDRO. Mi ausencia y tu inclinación  
se juntaron contra mí.

AUREL. Yo la tengo muy honrada,  
y en amar a este hombre, más,  
de quien no ha sido jamás  
tu noble casa infamada;  
yo soy de mis padres hija  
y él un honesto mancebo  
a quien mil respetos debo.

LEANDRO. ¿Quién hay que os enfrene y rija,  
quién hay que os gobierne y guíe  
con fuerza ni con destreza?

AUREL. Que no hay conmigo flaqueza  
que de quien soy me desvíe.  
Déjate de soldadescas:  
honrada soy, haz tu gusto.

LEANDRO. Con ese tu hablar injusto  
bien mi cólera refrescas.—  
Toma, Arsindo, aquesta ropa,  
dame mi capa y espada,  
y esta aventura encantada  
sabremos en lo que topa.

AUREL. Yo sé que al hombre hallarás  
deste mismo parecer,  
porque yo soy su mujer.

LEANDRO. No más, hermana, no más;  
no alces la voz, que no es esto  
cosa tan justa y bien hecha,  
que, amor, al fin, es sospecha,  
aunque el amor sea honesto;  
Dios juzga los pensamientos,  
pero no la vecindad,  
que hace historias de verdad  
los pequeños fingimientos.  
Vaya a llamar a Faustino  
Trebacio, porque querría  
reñir sin superchería.

AUREL. Que no la habrá.

LEANDRO. Yo imagino  
que anda siempre acompañado  
de Olimpio y de Feliciano.

AUREL. Este negocio es muy llano.

LEANDRO. Hoy ha de quedar casado,  
o no ha de volver con vida.

(Váyase.)

ARSINDO. Bravos fieros, bravos retos.

AUREL. Con enojos los discretos,  
y más en honor perdida,  
van como fuera de sí.

ARSINDO. Pues ¿piensa que te ha gozado?

AUREL. Eso mi hermano ha pensado:  
mal crédito tiene en mí.

ARSINDO. Es ordinario temer  
y que se pierdan se sabe  
los dineros sin la llave,  
sin los padres, la mujer.

AUREL. Ven, porque quiero avisar  
a Lupercio lo que pasa.

ARSINDO. Si él ha salido de casa,  
¿dónde le tengo de hallar?

(LUPERCIO y FELICIANO.)

LUPERCIO. No quiero desengañalle  
de mi casamiento, no,  
que es dar justa causa yo  
para matarme o matalle.  
Antes le daré a entender  
que eres de Beatriz marido,

porque, viéndote ofendido,  
la deje de pretender.

Y esta es gallarda invención  
para que olvide mi esposa,  
sin que venga a entender cosa  
que ofenda mi pretensión,  
porque te tendrá respeto  
y la dejará de hablar.

FELICIANO. Sí; pero ¿en qué ha de parar  
este tu amor sin efeto?

Esta dama es casamiento:  
tú no puedes ya casarte;  
tu desasosiego es parte  
de que vivas sin contento.  
Ofendes tu casa honrada,  
pretendes un imposible,  
y es pertinencia terrible  
cortarte con propia espada.  
Deja, por Dios, a Aureliana,  
que también es este engaño  
en su deshonra y su daño,  
donde más pierde que gana;  
hay mil que la miran bien  
y impídesle su remedio.

LUPERCIO. Estoy, Feliciano, en medio  
de un mar de amor y desdén.  
Dios me lleve, si es servido,  
con bien al puerto que veo,  
que, a fe de hidalgo, deseo  
que halle un honrado marido.

FELICIANO. Yo te digo que le halle  
como ella admitirle quiera.

LUPERCIO. Quisiera mucho que fuera  
de tus prendas y tu talle.

FELICIANO. No dudes que le hallará:  
no te cause aqueso pena.

LUPERCIO. Hoy, fiero amor, tu cadena  
colgada en el templo está  
del divino desengaño:  
padre de tantos perdidos,  
hoy cobran luz mis sentidos,  
hoy ven mis ojos mi daño:  
que, aunque los ciega el amor,  
y es su pena aborrecida,  
¿cuál es aquel que en su vida  
no ha hecho un notable error?

FELICIANO. Con ese arrepentimiento,  
Lupercio, tendrás perdón.

LUPERCIO. Como ángel de mi oración,  
has respondido a mi intento.

FELICIANO. (Aumentando va por puntos,  
amor, el bien que temí.)

LUPERCIO. Oye, que vienen aquí  
Leandro y Faustino juntos.

(LEANDRO y FAUSTINO.)

LEANDRO. (No ha sido poca ventura.

FAUSTINO. Llega, por Dios, reposado.)

LUPERCIO. Seas, Leandro, bien llegado.

¡Bueno tanta compostura!

¿Qué traes, qué ha sucedido?

¿No te va bien de favor?

LEANDRO. Lupercio, en cosas de honor  
vengo agora divertido:  
apártate un poco aquí.

LUPERCIO. De buena gana. ¿Qué es esto?

LEANDRO. Escucha, y sabráslo presto.

LUPERCIO. Como quisieres lo di.

LEANDRO. De Granada a este lugar  
habrá veinte años vinieron  
mis padres, que Dios perdone,  
que ya sabrás que son muertos.

LUPERCIO. Prosigue, por vida mía,  
y no me llesves suspenso.

LEANDRO. Quedamos mi hermana y yo,  
ella niña y yo mancebo.  
Yo estudiaba y ella hacía  
camisas, cuellos y lienzos.  
Oí gramática aquí  
y a Alcalá partíme luego,  
donde al primer curso de Artes  
cursé también un requiebro.  
No me salió muy de balde,  
que al fin del año primero  
tuve quistión con un hombre,  
pienso que fué sobre celos.  
Convínome que dejase,  
la dama fué lo de menos  
y mi patria lo de más,  
con esta hermana que tengo.  
Partí a Lisboa, y allí,  
con otros dos compañeros,  
me alisté en la compañía  
del capitán Juan Pacheco.  
Pasé a la Tercera y vi  
aquel heroico suceso  
del Marqués de Santa Cruz,  
Marte del cristiano suelo.  
De allí fuí a Italia, de donde  
a España medrado vengo,  
si no de riqueza y galas,  
de gallardos pensamientos.  
Éstos, y saber que soy  
nieto de honrados abuelos,

me obliga a que de mi honra  
nadie se vaya riendo.

Mi hermana me ha confesado,  
aunque con la cruz al pecho  
de esta daga, que sois vos  
la pólvora deste fuego;  
que la habéis enamorado  
y, con papeles y ruegos,  
aunque honestos, como es justo,  
incitado a casamiento.

El pensamiento es honrado,  
eso yo no lo condeno;

la dilación es injusta,  
de la dilación me quejo;

que entre tanto los que saben  
que soy de esta casa el dueño,  
saben que vos me ofendéis  
con ese tibio silencio.

Vos, Lupercio, aquesta noche,  
esta noche, estad atento,

con ella habéis de casaros  
como honrado caballero;

que si lo hacéis, yo os daré  
siete mil escudos luego,

y por cadena a mi hermana,  
una ejecutoria al cuello;

y si no, pensadlo bien,  
mirad lo que hacéis, Lupercio.

¡Viven los Cielos que os mate!

¡Que os mate, viven los Cielos!

LUPERCIO. Bien pudiérades, Leandro,  
menos furioso y soberbio,  
con menos demostración,  
palabras, fieros y retos,  
de vuestra hermana y mi esposa  
proponerme el casamiento;  
pero sois mozo y soldado,  
yo amante y cuñado vuestro,  
la dificultad que hay  
y por quien ya no está hecho  
Aureliana la ha sabido.

LEANDRO. Decídmela.

LUPERCIO. Estad atento.

Un tío que Dios me dió  
es rico, y por que juntemos  
su hacienda y la de mi padre,  
que ayer vino de Toledo,  
quíereme dar a su hija,  
un demonio que aborrezco,  
y yo, por no disgustallos,  
quiero casarme en secreto.

LEANDRO. Pues decid la traza vos,



que para todo hay remedio,  
sin que entienda vuestro padre  
que os casáis.

LUPERCIO. (¡Cielos, qué emprendo!)

Sacad licencia, Leandro,  
para esta noche, y prometo  
casarme con vuestra hermana;  
pero escuchad lo que pienso.

LEANDRO. Decid y no os congojéis.

LUPERCIO. Darle a Feliciano quiero  
un poder para casarse  
por mí.

LEANDRO. Yo estoy satisfecho.

LUPERCIO. Yo estaré en casa entre tanto,  
y por la mañana, viendo  
que sin remedio soy suyo,  
lo diré a mi padre Arsenio,  
el cual es hombre tan noble,  
tan entendido, tan cuerdo,  
que estimará mi elección.

LEANDRO. Daros estos brazos quiero.

LUPERCIO. Basta, vos sois mi cuñado.

FAUSTINO. Grande amistad habéis hecho.  
¿Podemos todos llegar?

LEANDRO. Que llegáis a tiempo creo  
que podéis dar parabién.

LUPERCIO. Quedo ¡por Dios!

LEANDRO. ¿Cómo quedo?

LUPERCIO. Eso es lo que os dije ahora.

LEANDRO. Basta.

LUPERCIO. ¿No sois más discreto?

Pero decildo a Faustino  
y id por la licencia presto;  
mientras a dar el poder  
con Feliciano me quedo.

LEANDRO. Pues yo me voy y os aguardo.

(Váyanse FAUSTINO y LEANDRO.)

LUPERCIO. El silencio os encomiendo.

FELICIANO. ¿Qué es esto, loco perdido?

Loco perdido, ¿qué es esto?

LUPERCIO. Locuras son, Feliciano,  
desatinos, desconcierto,  
que en un enredo han parado  
cifra de dos mil enredos.

FELICIANO. ¿Cómo?

LUPERCIO. Pídemle Leandro,  
ya de mis amores cierto,  
que con su hermana me case  
o que los dos nos matemos.

FELICIANO. ¿Y habrásle dicho que sí?

LUPERCIO. Sí, pero con un concierto.

FELICIANO. ¿Qué concierto puede haber,  
si estás casado?

LUPERCIO. Éste, necio.

FELICIANO. Di, veamos.

LUPERCIO. Yo le he dicho  
que darte mi poder tengo  
para que por mí te cases.

FELICIANO. Temerario atrevimiento.  
Pues aunque me case yo  
con tu nombre, majadero,  
¿no ves que quedas casado?

LUPERCIO. Mentecato, ya lo veo;  
pero antes que digas "sí"...  
Pero ven en cas de Alberto,  
que allá sabrás la invención.

FELICIANO. Más sabes que Ulises griego.

(Vanse, y salgan ELISA y BEATRIZ.)

BEATRIZ. Con aquesta libertad  
desengaño a Feliciano.

ELISA. ¡Bravos celos!

BEATRIZ. Es en vano  
reprimir la voluntad.  
Díjale que se guardase  
de Lupercio.

ELISA. Mal hiciste.

BEATRIZ. ¿Qué enfermo en tu vida viste  
que con el dolor callase?  
Hablando, la furia amansa  
este accidente furioso,  
y es máxima que un celoso  
con sólo el hablar descansa.  
Sentí en decirlo templarse  
el ardor del corazón;  
esto es, Elisa, afición;  
esto es amar y abrasarse.

ELISA. Y del soldado, ¿qué haremos?

BEATRIZ. No hables en el soldado.

ELISA. De vergüenza te he callado  
cosas que sin ella hacemos.  
¡Que no supiera yo adónde  
le pudiera hallar!

BEATRIZ. ¿Qué ha hecho?

ELISA. ¡Oh, traidor, que en noble pecho  
tan vil pensamiento esconde!  
Basta que quiso burlarte.

BEATRIZ. ¿Cómo?

ELISA. Estoy muerta de pena.  
Era falsa la cadena.

BEATRIZ. Quiero, mi Elisa, abrazarte  
por la fiesta que me has hecho,  
que esa burla tuya es.

¿Así, viene a ser después  
alquimia el oro del pecho?  
¡Ay, hombres! Fíad de ellos.  
ELISA. Llévela a un platero...  
BEATRIZ. Di,  
¿qué te suspendes así?  
Deja agora los cabellos.  
ELISA. Y díjome que era buena  
para hacer una jeringa.  
¡Maldiga Dios quien no os pringa,  
bellacos!

(Entre LEANDRO.)

LEANDRO. (Tras la cadena,  
picado como quien pierde,  
esta casadilla sigo.)  
ELISA. (Este es aquel mi enemigo.  
BEATRIZ. ¿Cuál?  
ELISA. Yo haré que se os acuerde.)  
LEANDRO. (Algo vienen a comprar.  
Esta es gentil ocasión.)  
Cintas, guantes, colación,  
cien reales he de gastar.  
¿Quieren algo, por ventura,  
reinas? Que habrá quien lo lleve.  
BEATRIZ. ¿Cómo que hablarnos se atreve  
con tanta descompostura?  
Vaya, amigo, norabuena.  
Ya este cuento tuvo fin.  
LEANDRO. ¡Señora!  
ELISA. ¿Alzaré el chapín,  
amigo el de la cadena?  
Tíre, tíre por ahí.  
BEATRIZ. Ea, galán, embaidor,  
a otra parte por amor,  
que no le venden aquí,  
y trae bellaca moneda  
para trocar aficiones.  
LEANDRO. Oídme treinta razones  
en que disculparme pueda.  
BEATRIZ. Dale con ese chapín.  
LEANDRO. Oye, casada del Cielo.  
ELISA. ¿Conoce a Chapín Vitelo?  
LEANDRO. Pienso que era un florentín.  
ELISA. Pues no es sino un valenciano.  
Camíne, bellacotón.

(LUPERCIO y FELICIANO *entren*.)

LUPERCIO. (Mi Beatriz y Elisa son.  
¿Qué hemos de hacer, Feliciano?  
FELICIANO. ¿No ves que le están moliendo?  
LUPERCIO. Cierto que es Beatriz honrada.

FELICIANO. Satisfacción extremada.  
LUPERCIO. Con esto la voy queriendo  
con mayor satisfacción  
que ver lo que pasa allí.  
¿No ves que le muelen?  
FELICIANO. Sí.  
LUPERCIO. Agora es buena ocasión  
para remediar su engaño.)  
¿Qué es esto, Leandro?  
LEANDRO. Agora  
lo veis.  
LUPERCIO. ¿Qué es esto, señora?  
BEATRIZ. No es nada.  
ELISA. Aqueste picaño  
que nos quería cansar  
con requiebros.  
LUPERCIO. Oíd aquí.  
LEANDRO. (¡Que éstas me traten así!  
LUPERCIO. Procurad disimular,  
que el que veis es su marido.  
LEANDRO. ¿Quién, Feliciano?  
LUPERCIO. Sí, a fe.  
LEANDRO. ¿Viólo?  
LUPERCIO. Creo que sí.  
LEANDRO. ¿Qué haré,  
que estoy ¡vive Dios! corrido?  
LUPERCIO. Dalde allí satisfacción,  
y hablarélas yo entre tanto.  
LEANDRO. De vos, Lupercio, me espanto,  
y tenéis poca razón;  
pues cuando anoche os mostré  
estas damas, era justo  
avisarme.  
LUPERCIO. Por mi gusto,  
y haceros burla, callé.  
Mujer es de Feliciano,  
el que se casa por mí.  
LEANDRO. Y amigo a quien ya le di  
de serlo palabra y mano.  
Quiérole hablar.  
LUPERCIO. Eso es bien,  
y prometed no la hablar.  
(*Va a hablar con FELICIANO LEANDRO y LUPERCIO  
con su mujer.*)  
LEANDRO. A ellas podéis llegar,  
y disculpadme también.)  
(Parece que está enojado  
Feliciano, y con razón.  
¿Que tuviese yo afición  
a prenda de un hombre honrado?  
Algún diablo me engañó;

y bien digo, pues fué Elisa,  
que, con su fingida risa,  
dos cadenas me pescó.)  
Señor Feliciano, habládme,  
y no os enojéis conmigo,  
y como ignorante amigo  
con vos mismo disculpadme;  
que a saber, no sólo que era  
vuestra mujer, mas criada  
despedida y olvidada  
de vos, jamás la sirviera.  
Yo os doy palabra de hacer  
enmienda en mi necedad.  
Esto es ¡por Dios! la verdad;  
de ella lo podéis saber;  
apenas la hablé en mi vida;  
mi loco amor me engañó.

FELICIANO. Vuestra inocencia sé yo  
que es disculpa conocida.  
No me deis satisfacción,  
que no es milagro querer  
hablar a cualquier mujer  
hallando un hombre ocasión.  
De mi casa os serviréis,  
como amigo, para honrilla.

LEANDRO. Servilla y reverencialla  
como adelante veréis.  
Las piedras de los umbrales  
besaré humilde ¡por Dios!

LUPERCIO. (Muy libres andáis las dos;  
del justo límite sales.  
Digo que es de Feliciano  
mujer la hermosa Aureliana,  
y que es de Leandro hermana.

BEATRIZ. Y tú su tercero hermano.

LUPERCIO. Calla, loca, que esta noche  
has de ver su casamiento.

BEATRIZ. ¿Darásme aque-se contento?

LUPERCIO. Y irás a verlo en un coche,  
que así lo tengo trazado.

BEATRIZ. ¿Y entrarás allá?

LUPERCIO. No, a fe.  
Sola esta noche será  
galán contigo embozado.  
Pide a aquel hombre perdón  
y despídete de todos,  
que a tus celos de mil modos  
quiero dar satisfacción.)

BEATRIZ. ¿Ah, caballero?

LEANDRO. ¿Es a mí?

FELICIANO. (Mi mujer te quiere hablar.)

BEATRIZ. Creed que pudo causar

haberos tratado así  
el no haberos conocido.  
Baste aquesta humilde muestra  
que soy servidora vuestra.

LEANDRO. De vos y vuestro marido  
lo seré yo eternamente,  
y ese perdón pido yo,  
pues sólo he sido el que erró.

FELICIANO. Tratalde como a pariente,  
que esta noche he de casarme,  
y es Leandro mi cuñado.

BEATRIZ. Si el parabién no os he dado  
disculpa fué el no avisarme.  
Allá irá.

LUPERCIO. Vamos de aquí,  
que hay grandes cosas que hacer.

FELICIANO. (¡Que éste engañe a su mujer,  
a sus amigos y a mí!  
¿Hay enredos semejantes?)

BEATRIZ. Elisa, vamos.

(Váyanse ELISA y BEATRIZ.)

LEANDRO. ¿Hiciste  
el poder?

LUPERCIO. Sí.

FELICIANO. (Vas muy triste.

LUPERCIO. De que lo esté no te espantes.

FELICIANO. Mira el remedio que ofreces  
si estas cosas te alborotan,  
que si digo "sí" te azotan  
como a casado dos veces.

LUPERCIO. Oye lo que determino.  
Cuando ya en la boda esté...  
Pero ya te lo diré  
despacio por el camino.)

(Váyanse todos. Entran AURELIANA y EVERARDO,  
viejo.)

AUREL. Esto me envía a decir  
Leandro, tío y señor.

EVERARDO. Así, sobrina, es mejor.  
Dios se lo deje cumplir.

AUREL. Enviábate a llamar  
para detener su furia,  
que no era tanta la injuria  
para quererle matar.

EVERARDO. Hija, estos mozos soldados,  
ejercitados en Flandes,  
traen corazones grandes  
y viénenles apretados;  
crecen con cualquier enojo  
de manera que revientan.



AUREL. Bien dices, porque se afrentan, tío, del menor antojo.

EVERARDO. Este hombre ¿viene por fuerza a hacer este casamiento? Porque es necio pensamiento.

AUREL. No, señor, que amor le esfuerza.

EVERARDO. Pues si viene por amor, gózate con él mil años, aunque de aquestos engaños no resulta mucho honor.

AUREL. Casarse por un poder no es casamiento engañoso.

EVERARDO. Estando ausente tu esposo y no lo pudiendo hacer. Mas por poder y presente...

AUREL. ¿No ves que así lo han trazado porque quiere el desposado que no lo sepa la gente, sólo en razón de excusar que su padre no lo impida?

EVERARDO. Pues, sobrina de mi vida, vete [a] acabar de tocar. Pónteme de veinticinco, que, aunque viejo, ya retozo con la boda, y no habrá mozo que dé mejor que yo un brinco. Da licencia a mis amigos.

AUREL. Con todos puedes honrarme; que aunque es secreto el casarme no es bien que falten testigos.— ¿Hola? Limpiad estas sillas. Lidia, adereza el estrado.

EVERARDO. Verás, si me desenfado...

AUREL. ¿Cierto?

EVERARDO. He de hacer maravillas. ¿Hay colación?

AUREL. Veinte platos.

EVERARDO. ¿Hay música?

AUREL. Sí, señor.

*(Váyase la novia.)*

EVERARDO. No habrá mozo que mejor rompa su par de zapatos. Alegre es aqueste día para mí, que la hermosura, puesto que tiene cordura, de esta rapaza temía. Ya dormiré descansado, que el dinero y otros cebos un escuadrón de mancebos traía desatinado.

*(FAUSTINO y LEANDRO.)*

FAUSTINO.

Habéisme hecho merced de darme aviso, como a tan vuestro servidor, Leandro.

LEANDRO.

Everardo es aquéste. ¿Señor, tío?

EVERARDO.

¡Oh, hijo! ¡Oh, mi sobrino!

LEANDRO.

Por tu vida, y así esas canas venzan a mis años, que anda en tu busca de mi parte Arsindo.

EVERARDO.

Más debo a mi sobrina; al fin conoce que la he criado. Tú, por lo robusto, por lo de Flandes, no eres ya tan tierno como cuando te tuve en estos brazos.

LEANDRO.

Siempre soy yo tu hechura.

EVERARDO.

Eres mi hijo.

¿Has visto a nuestra novia?

LEANDRO.

Está tocándose.

EVERARDO.

Haz este desposorio honradamente. No hagan falta aquí tus muertos padres. ¿Quieres dinero?

LEANDRO.

Bésote las manos, que yo tengo el que basta para agora.

*(OLIMPIO, ANSALDO.)*

OLIMPIO.

Al desposorio vengo convidado.

ANSALDO.

Yo a la fama no más, por ver la novia.

LEANDRO.

Lleguen, hidalgos.

EVERARDO.

Diles que se asienten.

OLIMPIO.

¡Oh, señor Everardo!

EVERARDO.

Llamad música.

LEANDRO.

Todo, señor, se queda previniendo.

EVERARDO.

Llamad la novia, que ya viene el novio.

OLIMPIO.

Regocijados son estos dos nombres.

ANSALDO.

Para esta noche.

OLIMPIO.

¿Y las demás?

ANSALDO.

Muy tristes.

(CLARINO y LEONCIO, y el desposado, muy galán.)

CLARINO.

A fe que viene bueno el desposado.

EVERARDO.

¡Qué bien, sobrino, el serlo representa!  
Quiérole dar mis brazos como a hijo.

FELICIANO.

Vos sois mi tío, y yo por tal os tengo.

(ELISA y BEATRIZ y LUPERCIO, embozados.)

BEATRIZ.

¿Si hallaremos lugar, que hay mucha gente?

LUPERCIO.

Para todos habrá, que aún es temprano.  
¿No está galán el desposado?

BEATRIZ.

¡Bueno!

LUPERCIO.

Pues a fe que la novia...

BEATRIZ.

¿Qué la novia?

¿Quieres que alborotemos esta fiesta?

LUPERCIO.

¡Oh, plega a Dios, amigo Feliciano,  
que no te salga esta mujer celosa,  
que más quisiera verte en las galeras  
eternamente de Morato Arráez.

ELISA.

La novia sale, ahora puedes verla.

BEATRIZ.

Dios la bendiga. A fe que es una perla.

(AURELIANA, acompañada de EVERARDO, de la mano.)

EVERARDO. Aquí está ya mi sobrina.

Mirad lo que se ha de hacer.

LEANDRO. Léase luego el poder.

LUPERCIO. ¡Oh, máquina peregrina!

FELICIANO. Esperad, porque primero  
os quiero hablar.

LEANDRO. ¿A qué efeto?

FELICIANO. El desposado secreto  
es, Leandro, el verdadero.  
Lupercio amaba a Aureliana,  
a quien yo también amé;  
casóse, que fuerza fué  
no se casar con tu hermana;  
y por que pudiese yo  
ser de Aureliana marido,  
esto que veis ha fingido.  
¿Qué dices?

AUREL. Que me engañó.

LEANDRO. Y yo que he sido engañado.  
Pero llegado a este punto,  
que aquí estuvo mi honor junto,  
si fueras menos honrado,  
si fueras un hombre vil,  
no ha de salir a la plaza  
mi honra.

EVERARDO. ¡Notable traza!

FAUSTINO. ¡Extraño enredo!

OLIMPIO. ¡Sutil!

LEANDRO. Dale, Aureliana, la mano;  
dásela.

AUREL. Yo soy tu esposa,  
porque tu industria amorosa  
te ha premiado, Feliciano.

FELICIANO. Yo sé que sabéis quién soy.

LEANDRO. ¿Que, en fin, no era tu mujer  
Beatriz?

FELICIANO. Todo fué querer  
traerme al punto en que estoy.  
Con Lupercio está casada.

LEANDRO. ¡Que aquesse traidor no viera!

(Descúbrase LUPERCIO.)

LUPERCIO. Templa la arrogancia fiera  
con quien te rinde la espada,  
y que te ha dado, imagina,  
cuñado mejor que yo.

LEANDRO. Y no diré yo que no.  
Sea Beatriz la madrina  
de estas bodas.

BEATRIZ. Aquí estoy.

LEANDRO. Señora, esta casa es vuestra.

BEATRIZ. Del sol que en su oriente muestra  
muy aficionada soy.

AUREL. Y yo muy vuestra criada.  
Perdonad, que no sabía,  
cuando a Lupercio quería,  
de este casamiento nada.

ELISA. Y vos ¿no me trocaréis  
aquella falsa cadena?

LEANDRO. ¿Cómo es eso? ¿Que no es buena?

ELISA. ¡Qué! ¿Luego no lo sabéis?

LEANDRO. Lupercio me la prestó.

LUPERCIO. Olimpio me la ha vendido.

OLIMPIO. Para todos burla ha sido,  
porque él a mí me burló.

LEANDRO. ¿Ella es alquimia?

LUPERCIO. Y es justo  
que así Elisa esté pagada  
de la pretensión pasada.

LEANDRO. Todo se ha hecho a mi gusto.

LUPERCIO. Como fué falso el concierto,  
la falsedad la pagaba.

FELICIANO. Aquí, senado, se acaba  
*El Desposorio encubierto.*

FIN





# LA GRAN COMEDIA DE LA DIFUNTA PLEITEADA

DE  
DON FRANCISCO DE ROJAS

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

|                                 |                              |                              |
|---------------------------------|------------------------------|------------------------------|
| MANFREDO, <i>galán.</i>         | ISABELA, <i>dama.</i>        | [DIODORO, <i>médico.</i>     |
| BELARDO, <i>su criado.</i>      | FELINO (1), <i>su padre.</i> | CLARINO, <i>criado.</i>      |
| LEANDRO, <i>galán.</i>          | FULGENCIA, <i>criada.</i>    | LEONARDO, <i>caballero.</i>  |
| CAMILO, <i>su padre.</i>        | HORACIA, <i>dama.</i>        | FONDALIO, {                  |
| CALIXTO, <i>escudero viejo.</i> | TULIO, <i>criado.</i>        | corineo, } <i>cazadores.</i> |
| CELÍN, <i>esclavo.</i>          | ROBERTO, <i>príncipe.</i>    |                              |
| FABRICIO, <i>viejo.</i>         | Un GOBERNADOR.               |                              |

## JORNADA PRIMERA

(*Salen ISABELA, dama, y FULGENCIA, criada, con mantos, y CALIXTO, escudero viejo, y BELARDO, criado de MANFREDO, tras ellas.*)

ISABELA. ¡Solemne ha sido el oficio!

FULGENCIA. ¡La música, singular!

ISABELA. Es de la gloria el cantar,  
Fulgencia, angélico indicio;  
y tanto se agrada Dios,  
que en todas las ocasiones  
canten salmos y oraciones.

CALIXTO. Devotas venís las dos,  
y así habláis de ese misterio  
como quien pensando estaba  
el salmo en que [a] Dios se alaba  
en el órgano y salterio.

La música sola es  
la que os pareció mejor:  
¿no habláis del predicador?

ISABELA. ¿Tan ignorantes nos ves  
y tan poco virtuosas?

CALIXTO. No es por la mucha ignorancia,  
mas por la mucha distancia  
que estáis de sagradas cosas.  
Pues donde habláis de los Cielos,  
y es su Hacedor alabado,

las dos nunca habéis quitado  
los ojos de mil mozuelos.

¿Pues ya ellos en las dos?

¡Rabía en quien osa poner  
los ojos en la mujer  
cuando los quita de Dios!

ISABELA. Basta, que os ha entrado bien  
el sermón, Calixto amigo.

CALIXTO. Por esa parte lo digo,  
y porque es fealdad también.  
La dama que de discreta  
presume nombre tener,  
dicen todos que ha de ser:  
en el estrado, discreta;  
en casa, fregona rota;  
cabra en el campo; en la calle,  
señora; reina en el talle,  
pero en la iglesia devota.  
Habéis estado inquietas  
y tan desasosegadas,  
que sois de hermosas loadas,  
pero no de muy discretas.  
Con amigas y vecinas  
tal chirriadero traéis,  
que parece que tenéis  
un nido de golondrinas.

FULGENCIA. Basta, que ya, de escudero,  
os hacéis ayo.

CALIXTO. El ser viejo  
me obliga a daros consejo.

ISABELA. ¡Qué necio!

(1) En el original FELICIO; pero es evidente que el poeta le quiso llamar FELINO, pues dice más adelante:

porque su padre es Felino.  
Ahora lleváis más camino.

FULGENCIA. ¡Qué majadero!

ISABELA. Entrad, abrid esa puerta,  
y a mi padre lo diréis,  
como otras veces hacéis.

CALIXTO. ¿Yo?

ISABELA. Vos. Pues ¿no es cosa cierta?

CALIXTO. Por el toro de San Lucas,  
que vos me lo levantáis.

ISABELA. Andá, que ya me enfadáis  
con esas gracias caducas.

CALIXTO. ¡Mirad de qué hace extremos!  
¡Loca juventud, en fin!

ISABELA. Vente, Fulgencia, al jardín,  
que tengo que hablarte.

FULGENCIA. Entremos.

(*Vanse, y queda* BELARDO.)

BELARDO. Ya, para lo que he venido,  
he hallado más que busqué,  
pues tales nuevas daré  
a un ciego amante perdido.  
Envióme mi señor  
a que esta dama siguiese,  
creyendo que fácil fuese  
el fin de su ciego amor.  
Que si alguna vez le toca  
este atributo, es aquí,  
pues en un punto le vi  
llegar el alma a la boca.  
¡Oh, cuánto es digno de nombre  
quien tal sentencia compuso!,  
que Naturaleza puso  
dos venenos en el hombre.  
Si matarse le conviene,  
no ha menester más enojos  
que echar mano de los ojos  
o de la lengua que tiene.  
Vió Manfredo aquesta dama,  
matáronle ojos y lengua,  
pues la mira y habla en mengua  
de su vida y de su fama.  
¡Oh, Amor, comparado al sueño;  
como la muerte, enemigo!

(*Sale* MANFREDO, *galán*.)

MANFREDO. ¿Hallaste, Belardo amigo?  
¿Sabes la casa y el dueño?  
¿Digo casa? ¿El paraíso  
de aquel ángel, si es el suelo,  
o de aquella estrella el cielo  
donde Dios formarla quiso?  
¿Hallaste el centro dichoso

de aquella llama divina  
que esta alma a pensar inclina  
en su Hacedor poderoso?

BELARDO. Aquí verás de tu dama,  
señor, en quitando el velo,  
paraíso, centro y cielo  
del ángel, estrella y llama.  
Y ¡por tu vida!, señor,  
que, en quitando la cortina,  
la pienses menos divina  
que la imagina tu amor.  
Que bien se puede querer  
sin ir al cielo y venir,  
pues cuanto puedes decir  
se resuelve en que es mujer.

MANFREDO. ¡Bestia, no me des molestia!  
Que por quererla no más  
de porque es hembra, me das  
naturaleza de bestia.  
El hombre, que es diferente  
al bruto que paca el suelo  
en rostro que mira al cielo  
y razón que entiende y siente,  
más ha de considerar,  
en este nombre de amante,  
que engendra su semejante,  
y más ha de desear.  
Si el alma se ha de querer  
y el alma es parte inmortal,  
¿por qué lo que es celestial  
se resuelve en que es mujer?  
Mas déjate de ser loco  
y dime cuál es la casa  
de aquel rayo que me abrasa,  
teniendo mi cuerpo en poco.  
Que, aunque me ves vivo, amigo,  
todo lo que viene dentro  
es fuego hasta el mismo centro.

BELARDO. ¿Quién ha de argüir contigo?  
¡Vive Dios, que estás sin seso!  
Esa es la casa del rayo.

MANFREDO. Ya en mirarla me desmayo,  
como [en] la cárcel el (1) preso.  
Casa es de hombre principal.

BELARDO. Las armas del frontispicio  
son, Manfredo, claro indicio.

MANFREDO. Llega a ver.

BELARDO. ¡Bravo portal!  
¡Bravas columnas y mármoles,  
corredores y patín!

(1) El texto dice "al".

Y aun se ve dentro un jardín,  
flores, fuentes, plantas y árboles.

MANFREDO. El dueño es noble ¡ay de mí!

Mas ¿cómo en tanta belleza  
pudo faltar la nobleza?

BELARDO. Un esclavo viene aquí.

(Sale CELÍN, esclavo, con unas almohadas de estrado.)

MANFREDO. ¿Qué trae?

BELARDO. Unas almohadas.

Sosígate, ¿qué te alteras?

MANFREDO. Ventura llevarlas fuera  
si allí estuvieron sentadas.

BELARDO. Llega, y aviada. (1)

MANFREDO. A lo menos,  
besarlas no fuera malo.

BELARDO. Antes extraño regalo.

MANFREDO. ¿No lo han hecho otros tan buenos?

BELARDO. Y ¿cómo?

MANFREDO. ¿En las almohadas  
te parece mucho exceso?

BELARDO. Antes gusto dar un beso  
donde estuvieron sentadas.

MANFREDO. Dime, amigo, antes que llegues  
al mucho bien donde vas,  
aunque en el traje que estás  
ni te abrases ni te ciegues:  
¿quién en esta casa vive?

CELÍN. Felino vive, señor;  
un patricio de valor.

MANFREDO. (¡Qué leyes contra mí escribe!)  
¿Es su hija la que ahora  
de la iglesia, amigo, viene?

CELÍN. Es hija que sola tiene,  
y una discreta señora  
a quien tiene bien que dar  
treinta mil en dote.

MANFREDO. Amigo,  
muy cargado hablas conmigo,  
por fuerza te has de cansar;  
muestra, yo te ayudaré.

CELÍN. No, señor, que bien estoy.

BELARDO. ¿Estás loco?

MANFREDO. Loco estoy,  
pues hablo a este ángel en pie.

BELARDO. ¿También es ángel el moro?  
(¡Ea, perdióse, no hay más!)

MANFREDO. ¿Y tú sirviéndola estás?

CELÍN. Poco mi servicio lloro,

porque la cautividad  
entre gente tan ilustre  
es de mi bajeza lustre.

MANFREDO. ¿Quieres tú mi libertad  
y darme este pobre traje?

CELÍN. Serviros, señor, quisiera  
en cosa que yo pudiera.

MANFREDO. Es turco y noble en linaje.  
Estos son hidalgos todos,  
ricos, gentilhombres, bellos  
y son citas los más de ellos,  
de quien deciden los godos.

BELARDO. Pues ángeles los hiciste,  
¿qué no los harás ahora?

CELÍN. ¿Queréis bien a esta señora?

MANFREDO. Del alma astrólogo fuiste;  
fuiste un nuevo Albumasar,  
que pronosticas tan bien  
el nacimiento a mi bien  
y principio a mi pesar.  
Todo el curso celestial  
de mis ojos inquiriste,  
y por la causa entendiste  
los efectos de mi mal.  
Améla cuando la vi,  
que ahora acabo de vella.

CELÍN. No me espanto, que es muy bella.

MANFREDO. ¿Quieres decille de mí?

CELÍN. Sí diré. ¿Cómo os llamáis?

MANFREDO. Manfredo.

CELÍN. ¿Sois noble?

MANFREDO. Soy.

CELÍN. ¿Rico?

MANFREDO. Fuílo, y pobre estoy.

CELÍN. Yo diré que vos la amáis.

MANFREDO. Toma, y perdona.

CELÍN. Bastaba  
que yo os cobrase afición  
por bastante galardón.

(Sale CALIXTO.)

CALIXTO. ¿Con ese espacio se estaba?  
Entre, señor galgo, acá.

MANFREDO. (Lo mejor se me olvidó.)

CELÍN. (Temiéndote estaba yo.)

CALIXTO. ¿Qué replica?

CELÍN. Que entro ya.

MANFREDO. (¡Que no preguntase el nombre!

BELARDO. Calla, que yo lo sabré.)

CALIXTO. Yo os haré sentar el pie.  
Entrá dentro.

BELARDO. ¡Ah, gentilhombre,

(1) Así el texto. Quizá "avía".



suplícocos no le toquéis,  
 porque yo le detenía.

CALIXTO. ¿Y sois vos de Berbería,  
 que por el perro volvéis?

BELARDO. Traigo unas cartas, amigo,  
 para esta casa, y así  
 detuve el esclavo aquí,  
 que no es digno de castigo.

CALIXTO. ¿Son para el señor de casa?

BELARDO. Para su hija Lidora.

CALIXTO. ¿Lidora? Que aquí no mora.  
 ¡Ved en lo que el tiempo pasa!

BELARDO. Digo que mora, y aquí  
 he de dar la carta.

CALIXTO. Andad  
 noramala y preguntad  
 dónde vive por ahí;  
 y si no sabéis leer,  
 buscad algún rapacito  
 que os declare el sobrescrito,  
 o procuradlo (1) aprender.

MANFREDO. ¡Terrible es la centinela!

BELARDO. ¿Que no es como digo yo,  
 Lidora?

CALIXTO. Digo que no.

BELARDO. Pues ¿cómo?

CALIXTO. ¿Cómo? Isabela.

BELARDO. ¿Ansí? Tenéis gran razón,  
 porque su padre es Felino.

CALIXTO. Ahora lleváis camino;  
 esos dos sus nombres son.  
 Fulgencilla es la criada  
 con quien de misa venía,  
 y Celín el que traía  
 el alfombra y la almohada,  
 y yo, hablando con perdón,  
 soy Calixto, el escudero.

(Vase.)

MANFREDO. Este es grande majadero,  
 y ha de ser mi perdición;  
 porque una antigualla de éstas  
 nunca la vence interés,  
 y aunque liviano le ves  
 es traer un monte a cuestras.  
 Suele un decrépito asir  
 como gigante una puerta,  
 que no la veréis abierta  
 con un cañón de batir.  
 Que, al fin, con poca destreza

se vence una cosa fuerte,  
 y éstos son como la muerte,  
 que defienden con flaqueza.

BELARDO. ¿Ya comienzas a temer?

MANFREDO. No hay empresa que me asombre,  
 que con este dulce nombre  
 todas las pienso vencer.

BELARDO. Pues quien este Argos venció  
 y le engañó con la vara,  
 hoy te defiende y ampara.

MANFREDO. Y desde hoy te sirvo yo.  
 Ya, Belardo, eres mi dueño;  
 tú me has de mandar a mí.

BELARDO. Para servirte nací,  
 lo demás es sombra y sueño.  
 Pensemos lo que has de hacer  
 en esta empresa imposible.

MANFREDO. Seguir la hasta hacer posible  
 lo que imposible ha de ser.  
 Gentileza y opinión,  
 industria y atrevimiento  
 hallan presto acogimiento  
 en mujerial corazón.  
 Leandro, cual yo, perdido  
 y en ocasión semejante,  
 en una noche fué amante  
 y antes del alba querido.  
 Ero, que también le vió  
 en un templo, como a mí,  
 mil veces le dijo "sí"  
 por una que dijo "no".  
 Aquí no soy conocido  
 si no es de dos hombres graves,  
 que a Sicilia, como sabes,  
 de Nápoles he venido.  
 Habémonos de fingir  
 moros y a este esclavo hablar,  
 que venille a rescatar  
 de Túnez pienso decir.  
 Que con algún interés  
 dirá el moro que es mi hermano,  
 quedando fácil y llano  
 lo que tan difícil es,  
 porque entraré sin recelo  
 en este cielo que adoro.

BELARDO. ¡Muy bien en traje de moro  
 vas para entrar en el cielo!  
 No te quiero replicar,  
 que sé que ha de ser sin fruto,  
 y siendo este moro astuto  
 podrás a Isabela hablar.

MANFREDO. Pues ven y no te alborotes.

(1) En el original, "procurardlo".

BELARDO. ¿De qué me he de alborotar?

Ya yo sé en qué he de parar.

MANFREDO. ¿En qué?

BELARDO. En docientos azotes.

(Vase, y sale ISABELA, FULGENCIA, criada.)

FULGENCIA. ¿Que, al fin, el napolitano  
más que todos te agradó? (1)

ISABELA. Es Amor rayo inhumano.  
Todo un hombre al alma entró  
y me quedó el pecho sano.

FULGENCIA. Eso que me dices dudo:  
que por donde un hombre pudo  
caber no se ve la entrada.

ISABELA. Dejó la puerta cerrada  
y entró, como Amor, desnudo.

FULGENCIA. En buen día, buenas obras.

ISABELA. ¡Oh, Amor, que en mil partes faltas  
y aquí, sin llamarte, sobras!  
Mas de estas sobras y faltas  
nombre de muchacho cobras.  
¡Que sin que sepa de quién  
tantos cuidados me den  
unos ojos por quien muero!

FULGENCIA. Bastaba ser forastero  
para que le quieras bien;  
que para obligar a Amor  
no sé qué hechizos se tienen.

ISABELA. Quiero disculpar mi error,  
con que son culpas que vienen  
sin tener culpa el honor;  
porque lo que es accidente  
¿no es la razón suficiente  
para arrojarle de sí?

FULGENCIA. Si sientes tu culpa así,  
señal es que el alma siente.  
Mas ¿qué has de hacer si ya es ido  
y el corazón te ha llevado?

ISABELA. Es fuego recién nacido,  
y acabaráse, engañado,  
con la ceniza de olvido;  
que mucho tiempo encubierto  
se consumirá.

FULGENCIA. ¿Y es cierto  
que lo acabarás con él?

ISABELA. Podrá la razón más que él,  
y un ausente fuego es muerto;  
que si presente estuviera,  
¿quién duda que con su vista

aumento a las llamas diera?  
Presente, es fácil conquista;  
ausente, difícil fuera.

FULGENCIA. También podré yo decir  
que tengo de quien huir.

ISABELA. ¿Cómo?

FULGENCIA. Tengo a quien querer.

ISABELA. ¿Tú?

FULGENCIA. ¿Soy piedra o soy mujer?

ISABELA. ¿De veras?

FULGENCIA. Hasta morir.

ISABELA. ¿De quién?

FULGENCIA. De aquel entonado.

ISABELA. ¿Cuál?

FULGENCIA. Aquel del ceño hermoso  
que estaba del tuyo al lado.

ISABELA. El disfraz está gracioso;  
di, Fulgencia, su criado.

FULGENCIA. ¿Criado? Su amigo di.  
Mas sea el que fuere, ya fui  
desdichada en tu desdicha.

ISABELA. Yo lo he tenido por dicha,  
para no perderme así.  
Que vista desde el arena  
menos mal suele causar  
una fingida sirena  
que dentro del fiero mar,  
donde canta, engaña y suena.  
Si visto aquel caballero  
me dió la muerte, ¿qué espero  
de su lengua venenosa  
sino música engañosa  
de sirena en mar tan fiero?

(Entra FELINO, padre de ISABELA, y CAMILO, viejo,  
y LEANDRO, su hijo.)

FELINO. Quiero que el jardín veáis;  
que, aunque es el lugar pequeño,  
podrá ser que conozcáis  
la inclinación de su dueño.

CAMILO. Y con razón la estimáis,  
aunque no sois hortelano,  
por pobreza; y esto en vano,  
Felino, se os reprehendiera,  
cuando por pobreza fuera  
tener la azada en la mano.  
Léntulos, Fabios, Pisones,  
del campo y de la labranza  
fueron tan claros varones,  
que por la toga y la lanza  
dejaron los azadones.  
Del arado al consulado

(1) En el original, "ha agradado". que no rima.

- era cada cual llamado  
y a las graves dictaduras.
- FELINO. Libre estoy de esas venturas,  
no quiero ser disculpado.  
Por sola mi inclinación  
cultivo aqueste jardín.
- LEANDRO. Y yo en este corazón  
de aquel bello serafín.  
La esperanza y la afición  
nace como el laurel, verde,  
que en el invierno cruel  
jamás la verdura pierde,  
aunque ya la envidia de él  
el tronco marchita y muerde.
- FELINO. ¡Qué embebecido ha quedado  
Leandro, tu hijo!
- CAMILO. ¿En quién?
- FELINO. ¿Eso es descuido o cuidado?
- CAMILO. En la hortelana.
- CAMILO. ¡Y qué bien  
se ha divertido y turbado!  
Ventura en vella ha tenido,  
que a un mozo de aquella edad  
no hay bien tan bien conocido.
- FELINO. Debéisme en esto amistad.
- LEANDRO. ¡Fuego en el alma y sentido!  
¡Fuego en mí; fuego en mis ojos,  
en mi lengua, en mis enojos,  
en cuanto soy fuego y luego,  
y dichasas de tal fuego  
las reliquias y despojos.  
Que cuando las lleve el viento  
nacerá fénix tan alta  
de este primer pensamiento,  
que ni en el fuego haya falta  
ni pena en el sufrimiento.  
¿Para esto vine aquí?  
Pero ¿cuándo merecí  
tanta gloria y tanto bien?)
- FELINO. Quiero que la habléis también.
- CAMILO. Leandro, apártate allí.
- FELINO. Isabela, ¿en qué entendías?
- ISABELA. Entre estas rosas y flores  
me traen melancolías.
- CAMILO. ¿No serán de mal de amores,  
aunque iguales a tus días?
- ISABELA. Diferente es mi cuidado.
- FELINO. Lléguese a conversación  
Leandro y no esté apartado.
- CAMILO. ¡Tanta merced y afición!  
Mucho me habéis obligado.  
Dejalde, bien está allí.
- FELINO. Llegue ¡por mi vida! aquí.
- CAMILO. Leandro, llegaos acá.
- FELINO. ¡Qué vergonzoso que está!
- LEANDRO. Bien estoy, señor, así.
- CAMILO. Recibid esta merced  
y conoced esta dama.
- LEANDRO. Vos a mí me conoced,  
que ya pasa vuestra fama  
por la más alta pared;  
que aunque estos cimientos duros  
de veros hacen seguros  
a los ojos más curiosos,  
vuestros hechos virtuosos  
pasan los más altos muros.
- ISABELA. A la merced que me hacéis,  
pues tenéis tal discreción,  
vos mismo os responderéis,  
y de esa buena opinión  
lo que es vuestro tomaréis;  
que, aunque decirlo consiento,  
ya sé que el merecimiento  
no llega [a] donde subís.
- LEANDRO. Ni a lo menos que decís  
alcanza mi pensamiento.  
Suele la Naturaleza  
dar la fealdad por pensión  
de una ingeniosa agudeza,  
y a la poca discreción  
una acabada belleza.  
Pero en vos, tan liberal  
repartió de su caudal,  
que hizo a las demás agravio,  
porque lo hermoso y lo sabio  
están en balanza igual.
- ISABELA. Cuando yo fuera otro Apeles  
y a Narciso retratara  
en mis tablas o papeles,  
en vuestro ejemplo ocupara  
los colores y pinceles.  
Y cuando Virginio fuera,  
vuestro ingenio encareciera,  
y, el de Eneas despreciando,  
fuera un Capitán formando.  
¿Qué valor mayor tuviera?  
(Menester es poner paz.)
- CAMILO. ¿Qué os parece de la dama?
- FELINO. ¿Qué os parece del rapaz?
- FELINO. Que ella es capaz de su fama  
y él de su opinión capaz.
- CAMILO. No niega ser vuestra hechura.
- FELINO. Ni él, de vuestra compostura,  
un átomo degenera.)



CAMILO. Ahora bien, sálgame afuera,  
que esta es ya mucha ventura.

LEANDRO. Iré, señor. (Pero advierte  
aquí aparte.

CAMILO. ¿Qué me quieres?

LEANDRO. Cuando aquesto se concierte, (1)  
eres padre, y si no, eres  
áspid, arsénico y muerte.

CAMILO. Vete y déjame, loquillo.

LEANDRO. ¡Señor!

CAMILO. No me maravillo  
que temas. Tu padre soy.

LEANDRO. ¡Oh, padre, mira que voy  
a la garganta el cuchillo!  
¡Padre y señor, padre mío,  
amado padre y mi bien,  
tú me engendraste, y confío  
que aquestas venas te den  
calor cuando estés más frío!  
¡Íréme?

CAMILO. Vete de aquí.

LEANDRO. Todo el Cielo inspire en ti,  
y la estrella de mi amor  
te infunda aquel vivo ardor  
que pudo abrasarme a mí.)

(Vase.)

FELINO. ¿No te agradaba el mancebo?  
¿No tiene buena habla y talle?  
¿No es aquel término nuevô?

ISABELA. Aunque era justo alaballe,  
por vergüenza no me atrevo.  
Él es tal como ha de ser  
rama de tronco tan noble.

CAMILO. Merced me quieres hacer,  
mas cuando lo fuera al doble,  
no os puede a vos merecer;  
que a todas, sin ofenderlas,  
que antes es encarecerlas,  
hacéis la misma ventaja  
que el ciprés a la vid baja  
y a los nácares las perlas.  
Y por que en duda no estéis  
de haber al rapaz traído  
adonde visto le habéis,  
sabad que concierto ha sido.

ISABELA. ¿Cómo?

CAMILO. Ahora lo sabréis,  
y no hay para qué, señora,  
hacer exordios ahora,  
porque con ese arrebol

ya de la vergüenza el sol  
se conoce en vuestra aurora.

Si le queréis por marido,  
de vuestro padre y de mí  
concierto, Isabela, ha sido.

FELINO. Hoy, para tan justo "sí",  
pudiendo mandarte, pido,  
no sólo pido, mas ruego,  
porque el tuyo y mi sosiego,  
hija, consiste en que des  
este dulce "sí" a los tres,  
y pues es justo, sea luego.  
No rodeos virginales,  
ni prólogos vergonzosos  
te den respuestas iguales,  
que son cansados y odiosos  
y para ocasiones tales.  
Leandro es mozo, tu igual,  
noble, rico, principal;  
tal, que a ser orden, más justo  
fuera yo a saber su gusto,  
y no me estuviera mal.

ISABELA. Señor, pues así me atajas,  
que las ordinarias dudas  
por necia vergüenza ultrajas,  
y en las palabras desnudas  
pones mayores ventajas,  
tu hechura soy y nací  
para servirte, y así  
por no ofender mi remedio,  
dejo la vergüenza en medio  
y digo...

FELINO. ¿Qué dices?

ISABELA. Sí.

FELINO. Has hecho como discreta  
sin el retórico plazo  
de la voluntad secreta.

CAMILO. Y yo, en su lugar, te abrazo.  
No tengas vergüenza, aprieta,  
que no soy Leandro yo.

(Sale LEANDRO.)

LEANDRO. Yo sí, que aquí me escondió  
el deseo de este "sí".

Dile que me abraza a mí.

CAMILO. ¿Cómo, si ha dicho de no?

LEANDRO. No dijo, que aquí escondido  
entre estas hierbas hojosas  
me he estado, y muy cierto ha ido (1)  
el "sí" de su boca hermosa  
al alma por el oído.

(1) En el original, "consiente".

(1) En el texto, "sido".

FELINO. Dadme, señor, esa mano.  
Basta, que quiso ahorrar  
de albricias.

ISABELA. No está tan llano  
que la mano os pueda dar.

LEANDRO. Pues si no de manos gano,  
con tomárosela, concluyo.

FELINO. Bien puede de lo que es suyo.  
Vamos a hacer el concierto.

LEANDRO. (Amor, tanto bien, ¿es cierto?  
¡Mucho debo al poder tuyo!)

(Vase. Salen MANFREDO y BELARDO en hábito de moros, y CELÍN, esclavo.)

CELÍN.

Siendo, cual sabes, turco, ¿dudar puedes  
de mi industria, señor? ¿Tú no imaginas  
que eso tenemos de los griegos sólo  
por vecindad, herencia y parentesco?

MANFREDO.

Por ser cual sois, tan hábiles y prontos  
a los engaños, tengo confianza,  
Celín amigo, que entrará mi pecho  
en la segura casa de Felino  
como el caballo de la diosa Palas,  
encubriendo sus penas y deseos,  
que son de esta conquista los soldados,  
y de quien es el Capitán un alma  
que va a ganar los muros de Isabela.  
Tú tienes, como digo, cien escudos  
por el Sinón famoso de esta hazaña,  
con que pondrás en libertad tu cuerpo  
y en el lugar de tu prisión mi alma.

CELÍN.

Ya digo que servirte sólo estimo,  
porque esta obligación debo a lo noble, (1)  
y, aunque bárbaro, al fin, nací con ella.  
Ya vide un tiempo en que me vi querido  
y a mayores peligros obligado,  
y tanta fuerza tiene esta memoria,  
que a tu favor sin galardón me inclina;  
Felino, aunque es discreto, es hombre llano,  
digo de entrañas fáciles, hidalgas,  
ajenas de malicia y de sospecha;  
es de engañar muy fácil cosa un noble,  
por mucho que le sobre entendimiento:  
toda la casa su bondad imita;

(1) En el original, "los nobles".

sólo aquel viejo, imagen de la muerte,  
casa de la malicia y de la envidia,  
aquel Calixto, aquél se opone a todo,  
y entre la luna de tu buena suerte  
y el sol de la hermosura de Isabela,  
hace, como la tierra, un nuevo eclipse.

MANFREDO.

Una vez puesto en el peligro y hábito  
que ahora ves, volver atrás sería  
villano efecto de temor cobarde;  
ese Calixto, que mi sol eclipsa,  
haréle yo mi estrella, norte y polo,  
como se mira la estrellada imagen:  
Calixto en tierra y Elice en el cielo.

BELARDO.

Si éste fuera mujer fuera más fácil  
de hacerle el mismo engaño que hizo Júpiter  
como te transformarás en Diana.

MANFREDO.

Del mismo autor le pienso yo hacer otro,  
en lluvia de oro convertido el pecho.

BELARDO.

¡Oh gran metal, del sol hijo legítimo!  
¿Qué diamante no vences y quebrantas?  
¿Qué Lucrecia no rindes o qué Porcia?  
¿Qué prudente Catón o qué Virgilio?

CELÍN.

Estad atentos, que, si aquésta es fábula,  
ya, por lo menos, no le falta el lobo.

(Sale CALIXTO.)

CALIXTO.

¡Que no parezca ahora aqueste perro!

CELÍN.

(Conmigo trae la tema.)

CALIXTO.

Dime, alarbe,  
como animal nacido en la campaña,  
desnudo al sol, como indio o negro etíope:  
¿es bueno que ande yo todos los días,  
como maestro de un furioso loco,  
en lengua y mano el palo y el consejo?  
Ando a buscarte y pierdo el seso a voces,  
¿y estás muy despacio en largas pláticas  
a la puerta, con moros de tu tierra?

CELÍN.

Ya el Cielo se condeule de tu lástima,  
cuyos trabajos cansan las estrellas,  
y así, quiere quitarte ese cuidado  
con darme libertad por tu respeto.

CALIXTO.

¿Cómo dar libertad?

CELÍN.

Ahora es justo  
que creas cómo soy de padres nobles  
y no, cual piensas, fronterizo alarbe,  
que a rescatarme viene Azén, mi hermano.

CALIXTO.

¿Quién es Azén?

MANFREDO.

Alaquivir.

CALIXTO.

No puedo  
sufrir un moro más que una jeringa.

CELÍN.

Aquí ha venido ahora, de la tierra,  
a traer el rescate y a llevarme,  
y mira si en el traje y la persona  
puedes conjeturar que es hombre ilustre.

MANFREDO.

Alaquivir, señor cristiano, os guarde.

CALIXTO.

Señor moro, seáis muy bien venido,  
que en verdad que si yo sabido hubiera  
que era Celín de gente tan honrada,  
que le hubiera tratado con respeto.

MANFREDO.

Yo soy venido a rescatalle ahora  
de la Armenia mayor hasta Sicilia:  
tanto la sangre y el amor fraterno  
puede obligar el corazón de un hombre.  
No vengo de la parte que dividen  
el río Araje y el cristal de Eufartes,  
adonde está la gran ciudad de Tísis,  
ni del Setentrión dejé las partes,  
donde Basilisene está fundada  
y la ciudad de Arfil y Daranisa.

CALIXTO.

Quedaldo al diablo; hablad en otra cosa,  
que no conozco nada de esa tierra:  
¿qué Palermo me nombra, o qué Sicilia,  
sino unos nombres que, de sólo oídos,  
pienso que estoy cautivo y muerto en ellos?

MANFREDO.

Es para que entendáis lo que amor puede,  
pues de la Armenia más austral me parto,  
dejando lo que abraza el río Tigris  
en las fuentes que llaman Ancitene,  
adonde tienen fama estas ciudades:  
Torlgui, Calpuri, Legerda, Colchis, Tospia,  
Mazara, Anzeta, Soyta, Arsamosata.

CALIXTO.

¡Ea, señor moro, basta, yo lo creo!  
Hablemos lo que importa a su negocio,  
que ya yo sé que son ciudades todas  
y dos dedos no estoy de hablar arábigo.

MANFREDO.

Es lo de menos de la Armenia grande  
lo que he nombrado, porque en el Oriente  
está Bragandavene con los Mardos.

CALIXTO.

Qué, ¿bragas hay también en esa tierra?

CELÍN.

Es provincia del Tigris la que dice,  
y allí pluguiera a Dios que yo estuviera. [les...  
¡Oh, que hay de palmas y de hermosos dátiles!

CALIXTO.

¡Estéme yo en Sicilia a mi contento,  
comiendo macarrones con formacho,  
y bebiendo del vino moscatelo,  
y nunca Dios me deje ver el Tigris!

MANFREDO.

¿Acuérdate, Zeldámar, una tarde  
que en Paypurti cazábamos (1) leones?

BELARDO.

¡Y cómo si me acuerdo, que en un bayo  
corriste por el monte de Colinia,  
y atravesaste dos, de un bote solo,  
de una lanza de abeto herrada en Túnez!

(1) En el original, "sacabamos".



CALIXTO.

Señores, eso quiere más espacio;  
yo me aflijo de verlos en conciencia:  
entren a hablar a mi señor, y luego,  
sobre cena, hablarán esos latines,  
que, hasta ahora, yo no entiendo *pénitus*.

MANFREDO.

Padre, si sois amigo, por ventura,  
de las cosas curiosas de esta tierra,  
yo traigo dos acémilas cargadas,  
en que hay grandezas del Arabia Félix:  
dareos oro, en la menuda arena  
que crían por allá los claros ríos;  
dós ramos de coral, si tenéis nietos;  
del árbol Drago, una redoma grande  
de aquella roja sangre que destila,  
buena para los dientes y las muelas,  
que los conserva, guarda y fortifica,  
y una piedra bezar, (1) de inmenso precio,  
con otra que, poniéndola en los ojos,  
vuelve los ojos a la luz primera,  
quitándoles las nubes y limpiando  
las cataratas de las tiernas tónicas.

CALIXTO.

Ahora sí que habláis lenguaje claro.  
Dadme esos brazos y a Felino entremos,  
que os quiero más que un hijo que he engen-  
[drado.

MANFREDO.

¿Tenéisle aquí en Sicilia?

CALIXTO.

¡Bueno es eso!  
Es bachiller lia un año por Bruselas.

MANFREDO.

¿Queréislo ver?

CALIXTO.

¿Pues no?

MANFREDO.

Pues esta noche  
yo haré que le veáis en un espejo.

CALIXTO.

(¡ Oh, moro venturoso! )

(1) En el original, "beral".

MANFREDO.

(¡ Ah, perro viejo! )

(*Vanse. Sale HORACIA, dama, y TULIO, criado de LEANDRO.*)

TULIO.

Movióme, Horacia hermosa,  
tenerte amor, a descubrirte el caso,  
aunque es injusto caso;  
pero por todos los peligros paso  
respeto de tu gusto.

HORACIA.

Haces, amigo Tulio, lo que es justo.  
En fin, ¿que se ha casado  
Leandro, mi enemigo, y que me deja?

TULIO.

Quedando concertado,  
ya tienes [de] su alma justa queja,  
pues cuando ella consiente,  
para delito es causa suficiente.

HORACIA.

¡ Voluntad consentida,  
ley es de amor que valga por efecto!  
Costaráme la vida  
o estorbaré, con término secreto,  
el que tuvo su gusto  
tan fuera de razón.

TULIO.

Y será justo.

Que, con ser su criado,  
culpo sus obras, su maldad afeo,  
debiendo a tu cuidado,  
a tus regalos y a tu buen deseo  
esa mano enemiga  
que ahora en falso matrimonio liga.

HORACIA.

Que no es tan fuerte el lazo  
mientras le falta a la coyunda el nudo;  
deja que llegue el plazo:  
hará el agravio lo que amor no pudo.  
Yo pondré impedimento  
a mi desprecio y a su loco intento;  
que no digo infamarme,  
no digo descubrirme a la justicia;  
pero si por vengarme  
de mi agraviado amor y su malicia,

me fuera de importancia,  
pasara a Roma, a Nápoles y a Francia.

Y es fácil esto solo,  
que hasta la China y Trapobana fuera  
y al más helado Polo,  
y a la desierta Arabia y Libia fiera,  
y puedes persuadirte  
que no me ha de espantar Scila ni Sirte. (1)

TULIO.

Ya sé que es animosa  
toda mujer, y más con el agravio.

HORACIA.

Diréte yo una cosa.

TULIO.

Ponme, como Alejandro, el sello al labio,  
y di lo que quisieres.

HORACIA.

Temo que mi locura vituperes.

TULIO.

Ya sé que amor es loco.

HORACIA.

Y como que lo estoy, querido amigo,  
porque, tenida en poco,  
no hay sierpe, no hay veneno ni enemigo  
como un amor pasado  
en pecho de mujer desesperado.

¿Quién duda que la abraza?  
¿Quién duda que la besa y que la toca  
y, como vid, enlaza?  
¡Maldito gusto, fementida boca!  
¡Oh, linaje imperfecto!  
Linaje de maldad, hombre, en efecto.

TULIO.

No infames de esa suerte  
todos los hombres.

HORACIA.

Todos sois villanos;  
fuego ejecuta muerte: (2)  
ponme tú aquesa espada entre las manos,  
verás si en ellos hago,  
como un rayo del Cielo, fiero estrago.

TULIO.

Calla, que estás furiosa.  
Ya me pesa de habértelo contado.

HORACIA.

Sí estoy, que estoy celosa.

TULIO.

¡Quién hubiera tu pena imaginado,  
o a ti menos discreta!

HORACIA.

¿No ves que trujo hierba la saeta?

TULIO.

¿No ves que tu cordura  
debe considerar que es gente noble,  
donde tu compostura  
se ha de juzgar y conocer al doble,  
por que el impedimento  
tenga más substancial el fundamento?

¿No miras que es Felino  
su padre de Isabela? Vuelve un poco  
a ver tu desatino,  
y, sosegando ese furor tan loco,  
harás, como discreta,  
tu causa justa y tu afición secreta.

Y dime, te suplico,  
lo que denantes me pusiste en duda.

HORACIA.

Al remedio que aplico  
he menester tu voluntaria ayuda.  
Ven, y sabrás el modo.

TULIO.

Teniendo seso lo remedias todo.  
Haz ánimo famoso  
de fuerte siciliana y de matrona  
por este muerto esposo,  
y en el Petrarca te darán corona.

HORACIA.

¡Ay! No quieran los Cielos  
que taladre sospecha y mueran celos. (1)

(*Vanse. Sale ISABELA y FULGENCIA.*)

ISABELA. Admirada me has dejado  
que se rescata Celín.

FULGENCIA. Con tu padre, en el jardín,  
hablando su hermano ha estado.

ISABELA. ¿Su hermano viene por él?

FULGENCIA. Y aun de él afirmarte quiero  
que es tu mismo forastero,  
o vivo retrato de él.

(1) En el original, "Certe".

(2) Así en el original.

(1) Así en el original: quizá "muera en celos".

ISABELA. ¿Cómo, aquel napolitano  
que vi en la iglesia?

FULGENCIA. Ese propio,  
porque sólo tiene impropio  
lo que es vestido africano.

ISABELA. Calla, que eres una loca.

FULGENCIA. Tú, señora, le verás,  
y a tus ojos culparás  
de lo que afrentas mi boca.

ISABELA. Y ¿cómo se llama?

FULGENCIA. Hazén.

ISABELA. ¿Viene solo?

FULGENCIA. ¡Bueno es eso!  
Dirás que he perdido el seso.  
Viene su amigo también.

ISABELA. ¿Quién? ¿El que con él estaba?

FULGENCIA. Ese en hábito de moro,  
con tocas de seda y oro,  
bonete y marlota brava.

ISABELA. Como la imaginación  
tienes en ello, Fulgencia,  
no quiere hacer diferencia  
en los que tanto lo son.  
No creas que ellos serán,  
que eso ¿cómo puede ser?

(Sale CALIXTO con MANFREDO y BELARDO.)

CALIXTO. Mi señora os ha de ver,  
que es hábito muy galán;  
y, en fin, por cosa notable,  
es bien que una dama os vea.

MANFREDO. Como quisiéredes sea,  
que es bien que la adore y hable;  
que a dama tan principal  
mayor humildad le debo.

CALIXTO. Gozar el presente nuevo,  
aunque a vos tan desigual,  
que os le envía mi señor  
desde Armenia presentado.

MANFREDO. Aquí, señora, humillado,  
conozco vuestro valor.  
Hermano soy de Celín;  
como tal soy vuestro esclavo.

ISABELA. El talle y respeto alabo.  
Son turcos nobles, en fin.

FULGENCIA. ¿Dijete yo la verdad?  
¿Son ellos o no?

ISABELA. ¡Ay, Fulgencia!

FULGENCIA. ¿Qué dices? ¿Hay diferencia?

ISABELA. Grande es la propia lealtad.  
Ya me dice el corazón  
que en este moro hay engaño.)

MANFREDO. Aunque en ley, señora, extraño,  
costumbre, traje y nación,  
conozco vuestra hermosura,  
y ¡por vida de mi Rey!  
que a ser también de mi ley  
fuérades rara criatura,  
y aunque cristiana os adoro.  
Mas quien en el alma mora,  
¿cómo ha de negar que es mora?

FULGENCIA. (A fe que es cristiano el moro;  
que aquel cortar tan ladino (1)  
no es de extranjera nación.)

ISABELA. Calla, que esto es invención.)  
BELARDO. Y yo me humillo, aunque indigno,  
a vuestra hermosa criada,  
de quien lo soy desde ahora.

FULGENCIA. (¿Qué te parece, señora,  
de la invención?

ISABELA. Extremada.)

MANFREDO. Como Celín me escribió  
que vuestro padre tenía  
por hija el sol de este día  
que en mi bien amaneció,  
no truje, hermosa señora,  
riquezas que vos tenéis,  
mas secretos que goceis  
de donde nace el aurora;  
que traigo tales secretos  
de uno que procede en tres,  
cuales os dirán después  
sus peregrinos efectos;  
y otros cinco de tal modo,  
que, a no ser vos celestial,  
no os estuviera tan mal  
quereros servir de todo.

CALIXTO. No le digáis, por mi fe,  
de lo de Cafarnaú,  
sino hablalda tú por tú  
y ce por ce y be por be.

MANFREDO. Todo cuanto digo es A,  
que el amor así se escribe.

CALIXTO. ¿Quién?

MANFREDO. El fuego que en mí vive.

ISABELA. ¿Quién decís?

MANFREDO. Señora, A, A,  
que es el principio de quien  
todo procede, y de él luego  
Amor.

(1) Así en el original: quizá deba ser "contar tan ladino".



ISABELA. ¿Cuál amor? ¿El ciego,  
o el que es más hombre de bien?

MANFREDO. El hijo del Cielo digo,  
que del cuerpo adentro pasa,  
que sin torpe efecto abrasa,  
de inmortal substancia amigo.

ISABELA. Pues donde Dios no se adora,  
¿lo que es ese amor se entiende?

MANFREDO. Dios todo lo comprende;  
ningún hombre a Dios ignora,  
y así este amor que os alabo  
aquí y allá puede ser.

CALIXTO. ¿Qué tiene aqueso que ver  
con rescatar el esclavo?  
Voto hago que en mi vida  
vi tan filósofo moro.  
Todo es sol, todo es adoro  
y todo es agua vertida.

¿Qué es eso que le traéis?

MANFREDO. Hierbas y aguas extremadas,  
con que veréis aumentadas  
las gracias que en ella veis.  
Mas ¿cómo ha de haber aumento  
donde no hay vacío lugar?

CALIXTO. ¿Volvéis a filosofar?

BELARDO. (1) Yo le llamaré al momento.

CELÍN. ¿Hola? ¿Calixto? Señor  
os llama presto.

CALIXTO. ¿A mí?

CELÍN. Sí.

CALIXTO. ¿A mí?

CELÍN. A vos.

CALIXTO. Quédate aquí.—  
Ya vuelvo, moro hablador.

(Vase.)

CELÍN. También me voy yo.

ISABELA. ¡Ah, Celín!

¿Solas nos dejas?

MANFREDO. Mi bien,  
no temáis al moro Hazén,  
que por vos es moro, en fin.  
Yo soy Manfredo, señora,  
de Nápoles, que ayer vi  
vuestra hermosura.

ISABELA. ¡Ay de mí!

MANFREDO. ¿Que queréis matarme ahora?  
Ya es hecho. Sed más discreta,  
ya que no os vence mi amor,  
por lo que toca al honor.

(1) En el original, "Manfredo"; pero debe de ser errata.

BELARDO. (Señor, no hay mujer perfecta.  
Mala confianza hiciste.  
Ésta nos hará matar.)

ISABELA. ¿Que aquí te atreviste a entrar?  
¿Qué es lo que en mis ojos viste?  
¿Con qué vana astrología,  
por las rayas de mi frente,  
juzgaste tan locamente  
la liviandad fácil mía?  
¿Qué juvenil confianza,  
qué satisfacción de ti  
te dió de vencerme a mí  
tan arrogante esperanza?  
¿Parecíte muy liviana,  
o tú hermoso en el espejo,  
con quien tomaste consejo  
tan necio aquella mañana?  
Dos cosas a tu locura  
forzaron mi voluntad:  
o creer mi liviandad  
o conocer tu hermosura.

MANFREDO. Yerras en entrambas cosas,  
aunque dos cosas han sido  
las que a verte me han traído,  
verdaderas y forzosas.  
La una fué tu hermosura  
y la otra fué mi amor,  
que igualara a tu valor  
si fuera con más ventura.  
Porque lo que es merecete,  
dejando lo celestial  
por lo que es parte mortal,  
lo merecí por quererte.  
Amor me dió la invención,  
Amor el atrevimiento,  
tu hermosura el pensamiento,  
su cabello la ocasión.  
Con ella entré donde ves;  
porque, aunque soy caballero  
ser, Isabela, extranjero  
puso esta piedra a mis pies.  
Si matar el cuerpo ahora,  
como el alma, te parece  
que tu victoria engrandece,  
bien podrás. Llama, señora;  
di quién soy, di que por ti  
moro y Hazén me torné,  
que muriendo yo diré  
algo que en tus ojos vi.

ISABELA. (¿No te dije yo, Fulgencia,  
que era bien fuera del mar  
esta sirena escuchar?)

FULGENCIA. Ya estás en el mar, paciencia.  
Y a fe que canta tan bien,  
que, aunque te pierdas, es justo  
escucharla y dalle gusto.

ISABELA. Y ser Ulises también.  
Yo tamaré mis oídos  
a su música engañosa,  
porque no hay más fácil cosa  
de engañar que es los sentidos.  
Lo que es el oír y el ver  
Dios lo puede remediar,  
y más si lo ha de juzgar  
pensamiento de mujer.

FULGENCIA. Pues ¿qué harás?

ISABELA. Escucha un poco.)  
¿Manfredo?

MANFREDO. ¿Señora?

ISABELA. Advierte  
que eres digno de la muerte  
y que te absuelves por loco.  
Haz este necio rescate,  
que es la invención que trujiste,  
y de lo que pretendiste  
eternamente se trate;  
que, en fin, es hecho piadoso  
dar a un hombre libertad.

MANFREDO. No se prueba esa verdad  
con tu desdén riguroso;  
que, habiéndomela quitado,  
no me la vuelves.

ISABELA. ¿Yo a ti?

MANFREDO. Tú.

ISABELA. ¿Cuándo?

MANFREDO. Ayer, que te vi,  
dulce homicida, en sagrado;  
de cuyo fiero homicidio,  
pues delante de Dios fué,  
mayor castigo te dé.

ISABELA. Ni tu fe ni traje envidio.  
A él saben tus razones,  
que el culpado con Dios fuiste  
si por su ofensa me viste.

MANFREDO. ¡Oh, hipócrita en las razones  
y en las obras tan cruel,  
que apenas te diferencio  
de un Ezzelino o Majencio!

FULGENCIA. (Señora, duélete de él.  
Mira qué triste se pone.

ISABELA. Necia, bien perdida estoy;  
pero si a dos la fe doy,  
¿qué ley habrá que me abone?)  
Manfredo, dejando a un cabo

lo que fué tu atrevimiento,  
tu talle, tu entendimiento  
y tu grande amor alabo.  
Y a venir esta invención  
en Pascua, fuera solene;  
pero has de saber que viene  
en semana de Pasión.  
Que hoy, aunque he pensado en ti,  
como verte no pensé,  
el sí, la palabra y fe  
por mi padre a un hombre di.  
Si aqueste casamiento,  
o de aquí al plazo es posible  
hallar medio conveniente,  
tú verás mi pensamiento;  
pero creo que es en vano.

MANFREDO. Mi bien, si tu amor merezco,  
al menor peligro ofrezco  
el mayor remedio humano.  
No me espantan a mí sombras,  
que serás mía.

ISABELA. Detén,  
que viene el peligro a quien  
entre los que dices nombras.  
De noche yo te hablaré.

(Sale CALIXTO.)

CALIXTO. ¡Que me llamaba decía!  
¡Qué linda bellaquería!  
Pues, perro, yo os cogeré,  
y ¡por vida de los dos!  
que os he de dar una tunda.

MANFREDO. Esa será la segunda.

ISABELA. ¡Qué de cosas hizo Dios!

CALIXTO. ¿De qué habláis?

MANFREDO. De los secretos.

CALIXTO. ¿Y son tres?

MANFREDO. Hay (1) la memoria  
de alguna futura gloria,  
que es causa de estos efectos,  
y luego la voluntad  
con el cuerdo entendimiento  
que rige este pensamiento,  
que ha de ganar la ciudad.

CALIXTO. ¿Ya volvéis a astrologías?  
Entrad, que os llama señor.  
¡Qué moro tan hablador!  
Yo no le he visto en mis días.

(1) En el original, "Así".

## JORNADA SEGUNDA

(Sale MANFREDO.)

MANFREDO. En alto lugar me ha puesto  
una esperanza atrevida  
y amor ha mi bien dispuesto,  
mas para ser la caída  
con más peligro y más presto.  
¿Qué ha servido que tan bien  
se conquistase el desdén  
de esta fiera celestial  
si amenaza tanto mal  
principio de tanto bien?  
Ya, blanda y tierna a mi ruego,  
a mis ternezas se inclina  
y se deshace a mi fuego;  
mas presto se determina  
para arrepentirse luego.  
Porque este forzado "sí"  
y el estar su esposo aquí  
mi remedio dificulta  
de suerte que de él resulta  
perdella y perderme a mí.  
¿Qué aguardan, pues, tantas penas  
y tantas melancolías  
de tantas razones llenas,  
pues las glorias que hoy son mías  
mañana han de ser ajenas?  
Como Etiope, engañado  
del vestido colorado,  
de verde esperanza estoy,  
mientras siguiéndola voy  
a esclavitud condenado.  
¿Qué importa, Isabela hermosa,  
que me quieras y te quiera  
si mañana ¡extraña cosa!  
has de ser mi muerte fiera  
siendo de Leandro esposa?  
Seré yo del mismo estilo  
que entre la cera el pabilo,  
que ardiendo más dura menos,  
pues entre bienes ajenos  
más me acabo y aniquilo.

(Sale BELARDO.)

BELARDO. Si el dilatar la sentencia  
al preso puede servir  
de hacer mayor diligencia,  
albricias puedo pedir  
a tu perdida paciencia,  
porque tu mal se dilata

y el casamiento que trata  
con tanta prisa Felino.

MANFREDO. ¿Y por cuál favor divino  
tanto mal se desbarata?

BELARDO. Estando hoy junto en la iglesia  
lo más noble de Sicilia,  
tanto ilustre caballero  
y tanta dama de estima,  
y entre todas Isabela,  
con la diferencia misma  
que hace la estrella a un diamante  
y [a] la obscura noche el día;  
con un vestido encarnado  
guarnecido de unas cifras  
que, por no entender las letras,  
yo culpo las pocas mías;  
alto el rizado cabello,  
que adornaba y guarnecía  
un tocado a la española  
de vidrios y argenterías,  
con mil garzotas y airones,  
a cuyo lado se vían  
dos azules mariposas  
mordiendo en dos clavellinas  
y un Cupido con un arco  
que con la flecha las tira,  
y esto vilo porque un hora  
no aparté de ella la vista.  
No estaba menos galán  
Leandro, a quien todos miran,  
los ya casados con celos  
y los mozos con envidia.  
Calza morada y jubón  
bordado de plata fina,  
cuera de ámbar, botas blancas,  
espada dorada y lisa,  
gorra con plumas, y en ella,  
en una medalla asidas  
con una cinta de nácar,  
las tres gracias o tres niufas;  
la capa añorrada en tela  
y de fuera guarnecida,  
con botones de diamantes  
dividida la capilla.  
Estando en la de la iglesia,  
a la mitad de la misa,  
cuando el preste toma el agua  
y entre inocentes se limpia,  
en la tribuna leyeron,  
mirando todos arriba  
cómo Isabela y Leandro  
matrimonio contraían.



Y en este instante la gente  
vi que los ojos volvía  
a escuchar un alboroto  
a la parte de la pila;  
y oí que era cierta dama  
que el casamiento impedía,  
diciendo que de Leandro  
tenía cédula y firma.  
Sosegóse por entonces,  
y, al acabar de la misa,  
vieras en voces arderse  
la iglesia y la sacristía.  
De lo que pude entender,  
sé que es de Leandro amiga  
y que su nombre es Horacia,  
mujer de humilde familia.  
Pero cuál es yo sé bien,  
que basta para que impida  
las glorias de tu contrario  
y el curso de tus desdichas.

MANFREDO. Si debo darte los brazos,  
bien lo dice la razón.

BELARDO. ¿Merezco bien tus abrazos?

MANFREDO. Digo, Belardo, que son  
de mi amor nudos y lazos.  
¡Oh, ventura incomparable;  
gozo que, de inexplicable,  
no cabe en la lengua mía,  
aunque tan alta alegría  
bien es que se diga y hable!  
¿Horacia se llama?

BELARDO. Sí.

MANFREDO. Horacio, Belardo hermano,  
la llamarás desde aquí,  
que más fuerte que el Romano  
hoy ha sido para mí.  
Que si él detuvo a Porsena  
en la puente de hombres llena,  
ésta, mucho más valiente,  
detiene en un mar sin puente  
todo un infierno de pena.  
No es dilatar la sentencia  
eso que dices, Belardo,  
que es mayor la diferencia,  
pues de aqueste pleito aguardo  
ver coronar mi paciencia.  
„En qué entiende el desposado  
y mi desposada bella?

BELARDO. Entrambos se han desnudado; (1)  
ella por él y él por ella.

MANFREDO. ¿Y el padre?

BELARDO. Brama de airado.

De negro están ya vestidos.

MANFREDO. Yo vestiré mis sentidos  
de alegría y de esperanza,  
despertando a la bonanza  
los peregrinos dormidos.  
Que cuando el puerto se ve  
no va perdida la nave,  
por lejos que de él esté.  
¿Elia está triste?

BELARDO. Está grave.

MANFREDO. ¿Si se habrá holgado?

BELARDO. No sé.

Mas ¿quién duda que se holgó,  
pues de su pecho sé yo  
quererte como a su vida,  
y que del “sí” arrepentida  
quisiera trocarle en “no”?  
Y por que esta verdad creas,  
te quiere esta noche hablar  
y que en el jardín la veas.

MANFREDO. ¡Oh, quién supiera formar  
la cueva y nube de Eneas!

Mas dime: ¿cómo será  
si casi a la puerta está  
aquella furia despierta,  
como perro de la huerta  
que del viento voces da? (1)  
Que aunque ella lo facilita,  
que nos descubra recelo.  
Mas ¡ay, desdicha infinita!  
¿qué se aguarda de un cielo (2)  
quien la del infierno imita?

BELARDO. Ya tengo hablado a Celín  
y trazada la invención  
para que no salga, en fin,  
aunque sintiese un ladrón  
abrir la puerta al jardín.

MANFREDO. ¿De qué suerte?

BELARDO. Hele contado  
que andas tú muy desvelado  
para llevarle a tu tierra,  
y así, de noche se encierra  
y anda medroso y turbado;  
porque apenas anochece  
cuando a recogerse al nido  
medrosa perdiz parece.

(1) En el original, “desnudado”.

(1) En el original, “viento va es da”.  
(2) Así en el texto original.

MANFREDO. Ese mi remedio ha sido.  
Disimula, que él se ofrece.

(Sale CALIXTO.)

CALIXTO. ¿No es buena la confusión  
que este moro socarrón  
todas las noches me ha puesto,  
que como gallo me acuesto  
y pongo encima el colchón?  
¿Basta que quiere llevarme  
y hacerme moro a su tierra,  
y de vestido mudarme,  
y entre la canalla perra  
por fuerza circuncidarme?  
Y ¡por Dios! que es maravilla  
que no levanto una silla  
con temor de verme en tal,  
ni a verter un orinal  
oso abrir la ventanilla.  
Esta noche he padecido  
tan grande tristeza y murria,  
que estoy fuera de sentido.  
¿Pues decir de la estangurria?  
¡Dios sabe lo que he sufrido!  
Finalmente, yo me encierro  
con temor de aqueste perro,  
en dando el Ave María,  
por no arrastrar en Turquía  
como mona maza y hierro.  
¡Ay! Hele aquí.

MANFREDO. Alaquivir.

CALIXTO. Mudad de salutación.  
Mantenga podéis decir.

MANFREDO. ¿Cómo va?

CALIXTO. Como es razón:  
medrar poco y buen servir.

MANFREDO. ¿Sentistes el alboroto  
de la iglesia?

CALIXTO. Yo hago voto  
que con esta ginovisca... (1)

BELARDO. Teneos.

CALIXTO. Si el hombre se arrisca,  
que derriengo y acogoto.

MANFREDO. ¿No es Isabela su esposa  
de Leandro a vuestro modo?  
¿Qué hay de nuevo?

CALIXTO. Esa es la cosa,  
que Horacia lo impide (2) y todo.

BELARDO. ¿Qué Horacia?

CALIXTO. Otra dama hermosa.  
MANFREDO. Pues cásese con las dos.

CALIXTO. ¡Qué gentil buleto vos!  
Ya dispensa el perrigalgo.

BELARDO. ¿Importa algo?

CALIXTO. Y más que algo  
donde se conoce a Dios;  
allá, en vuestra tierra, es bien.

BELARDO. Pues ¿por qué infamarnos quieres?

CALIXTO. Porque usáis allá también  
que uno tenga más mujeres  
que cerdas un palafrén.

MANFREDO. ¿Pues es de Leandro Horacia?

CALIXTO. Esa ha sido la desgracia,  
porque jura a tal por cual  
que le quebró el orinal  
en el golfo de Dalmacia.  
Y esto Zeldamar lo vió;  
que, aunque moro y turcomano,  
hoy a ver la misa entró,  
que de volverse cristiano  
a todos sospecha dió.  
Y creed que os entretiene  
mi señor porque imagina  
que haceros cristiano tiene.

MANFREDO. Esa inspiración divina  
muy justamente le viene.  
Mas ¿cuándo, decidme, quiere  
dar a mi hermano Celín?

CALIXTO. De esta sospecha se infiere.

MANFREDO. ¿No quiere dármele, en fin?

CALIXTO. Por veros cristiano muere.  
Mas decid: ¿qué piedra es ésta

(Saca una piedra.)

para remediar la vista,  
que me distes por gran fiesta,  
que por más que en ella asista  
menos veo y más me cuesta?

MANFREDO. Si el mal no se cura y doma,  
no se atribuya al poder,  
que es con la fe que se toma.

CALIXTO. Reliquia debe de ser  
del zancarrón de Mahoma;  
basta que voy viendo menos.

BELARDO. De su virtud están llenos  
los libros; mas es razón  
que aguardéis la operación.

CALIXTO. Hacedla en ojos ajenos.  
¿Qué Evangelio de San Juan!  
¿Qué reliquia de San Diego!,  
sino un hueso que me dan,  
con que estoy del todo ciego,

(1) En el texto, "ginovista".

(2) En el original, "la pide".

de algún moro ganapán.  
 Ahora bien, a la oración  
 tocan, y en oyendo el son  
 no me puedo detener.

BELARDO. Gallina debéis de ser.

CALIXTO. Cresta tengo, con perdón.

(*Vase.*)

MANFREDO. Ello está todo seguro.

Éste se ha entrado a acostar.  
 Ponerme a punto procuro,  
 que en el jardín he de entrar  
 por lo más bajo del muro.

Ven, Belardo; ven, hermano.

BELARDO. Poco a poco irás temprano.

MANFREDO. Amores sin resistencia...

BELARDO. ¡Qué Scévola tu paciencia (1)  
 para quemarse la mano!

(*Vanse. Salen CAMILO y FELINO, LEANDRO y TULIO, criado, y HORACIA.*)

CAMILO.

Pienso que os está bien este concierto.

FELINO.

Aunque vuestro negocio fuera cierto (2)  
 y excusar la vergüenza en los estrados.

HORACIA.

¿Paréceos galardón de mi honor muerto  
 en dos años de amor tan mal gastados?

CAMILO.

El no llegar con la vergüenza a prueba  
 es todo el interés mayor que lleva.

Tulio es un mozo noble veneciano,  
 y os quiere por mujer.

TULIO.

Y soy dichoso,  
 aunque bajéis del tono al canto llano,  
 de seros, bella Horacia, indigno esposo;  
 que pues Leandro no os tocó una mano  
 en el discurso de este amor forzoso,  
 sino que prometió con vos casarse,  
 bien puedo honrarme de quien pudo honrarse.

Yo os quiero bien, que ha sido el mejor dote,  
 y a vos no os está mal, porque no es justo  
 que Sicilia con esto se alborote,  
 si piensa que es honor lo que fué gusto.

(1) En el texto, "Que zebó la tu paciencia".

(2) Falta un verso antes de éste para la octava.

HORACIA.

Todas las leyes que en mi daño acote  
 han de servir para mayor disgusto,  
 porque quien pleito contra el rico tiene,  
 o a vil concierto o a perderle viene.

Leandro ingrato, ya tu amor y trato  
 de tu gran falsedad me han hecho cierta.  
 Tu firma es ésta. Mira bien, ingrato,  
 si queda tu mentira descubierta.  
 Mas hoy que prendas de tu amor remato,  
 como bienes de fe y lealtad, que es muerta,  
 por precio vil, la rasgo y doy al viento,  
 donde las esperanzas ir consiento.

Cásate con tu dama, y ruego al Cielo  
 que antes de un mes estés arrepentido;  
 que no era yo la más soez del suelo,  
 pues de ti despreciada hallé marido,  
 con el cual me contento y me consuelo,  
 y de tu engaño y vista me despido,  
 que la mujer que así por fuerza casa,  
 o es loca, o necia, o por su amor se abrasa.

LEANDRO.

Horacia, si a mis años juveniles  
 no se debe perdón, ¿cuál abrasada  
 Troya lamenta Policena a Aquiles,  
 si es, cuando mucho, una mujer burlada?  
 Ni las pasadas obras son tan viles  
 que no se llamen voluntad pasada.  
 Tú fuiste ensayo, y la verdad es ésta.  
 No esperes de mi boca otra respuesta.

HORACIA.

Si yo ciñera, como tú, la espada  
 y no me dieran por espada lengua,  
 diera a mi honor satisfacción honrada  
 cortando la que habló para mi mengua.  
 Mas guárdate de víbora pisada,  
 que llaman la mujer que se deslengua,  
 que yo... Pero no más, que, aunque soy loca,  
 tengo respeto a quien tenerle toca.

TULIO.

Cuando en algo Leandro te afrentara,  
 aunque yo le serví, de que me afrento,  
 ¡vive Dios que la vida le quitara!

LEANDRO.

¡Oh, villano, de bajo nacimiento,  
 qué bien el pan me vuelves a la cara!  
 Pero...



CAMILO.

¡Detente!

LEANDRO.

¿Tanto atrevimiento?

¿Esto consentiré?

FELINO.

Llévale, Horacia,  
que puede suceder una desgracia.

Yo iré a tu casa luego.

LEANDRO.

Y yo a buscarte.

HORACIA.

Desde hoy te quiero, Tulio, por valiente.

TULIO.

Eres propia mujer y debo honrarte.

HORACIA.

Y tú para marido suficiente.

(Vanse.)

LEANDRO.

¡No estuviera el villano en otra parte!  
Dejadme.

FELINO.

No ¡por Dios!

LEANDRO.

¡Suelta!

FELINO.

¡Detente!

CAMILO.

Mejor es que me des aquea espada  
que te deje en el cuerpo atravesada.

Que hecho fuera, a no venir Felino,  
a hacer este concierto vil, infame.

¿Tú eres mi hijo y de mi nombre digno?

FELINO.

Vos debéis de querer que loco os llame.  
¡Ahora viene bien un desatino!

CAMILO.

¿Y no os parece justo que derrame  
la poca sangre que éste tiene mía?

FELINO.

No, porque es de mi casa.

CAMILO.

¿A sangre fría?

FELINO.

Haced ahora un padre terenciano.  
Fingid, por vida vuestra, mucha ira,  
que de su edad no fuistis tan liviano.

CAMILO.

Mirad con la vergüenza que me mira.

FELINO.

Volviendo a lo que importa, está muy llano  
que, si ésta del concierto se retira,  
nos ha de hacer gran daño, y así, quiero  
coger su firma y darle mi dinero,  
y que esta noche, en viéndola apartada,  
se haga el desposorio de Isabela,  
que yo me ofrezco a daros avisada  
la una y otra honrada parentela.

CAMILO.

Agradézcaos a vos que aquesta airada  
mano de padre reporte.

FELINO.

No os duela,  
que es un oro el rapaz.

LEANDRO.

Esclavo vuestro.

FELINO.

¡Qué humilde en todo!

CAMILO.

¡Y en malicias diestro!

(Vanse. Salen ISABELA y FULGENCIA.)

ISABELA. Estando mi padre fuera,  
¿cómo le tengo de hablar?

FULGENCIA. En sintiéndole llamar,  
saldrás del jardín afuera,  
y antes estás más segura.

ISABELA. ¿Sabes, por dicha, a qué fué?

FULGENCIA. A procurar que lo esté,  
señora, tu desventura;  
con Leandro y con Camilo,  
van a sosegar a Horacia.

ISABELA. No tiene mi padre gracia  
en seguir tan necio estilo;

¿con un hombre ya casado  
quiere casarme?

FULGENCIA. Sospecho  
que piensa tener derecho  
y lleva el negocio errado;  
que la mujer está loca  
y no ha de alzar la querella  
si dan más oro por ella  
que a Creso entró por la boca.

ISABELA. ¿Cómo, si el hombre la quiso,  
de esta manera la deja?

FULGENCIA. Cansóse.

ISABELA. ¿Y ella se queja?

FULGENCIA. De lo que sabes te aviso:

¿no ves que en tu competencia  
creció el celo y el amor?

ISABELA. ¿Que es ese el negro dolor?  
No me acordaba, en conciencia;  
luego, ¿no la harán torcer  
de esa celosa opinión?

FULGENCIA. Tarde se alcanza perdón  
de querella de mujer.

ISABELA. A medida del deseo  
me viene el pleito en que están.

FULGENCIA. Mejor el moro galán,  
que ya en el jardín le veo.

(Sale MANFREDO y BELARDO.)

ISABELA. ¿Por tu vida?

FULGENCIA. Vesle aquí.

ISABELA. Calla, y la boca no abras.

BELARDO. (Aquí, el són de sus palabras  
el viento lleva.

MANFREDO. ¿Aquí?

BELARDO. Sí.)

MANFREDO. ¡Oh, dulce regalo mío  
y mi mujer, a pesar  
del mundo!

ISABELA. Aquí se ha de hablar  
más bajo, y con menos brío.  
¿Cómo tan presto veniste?  
Cierto que es tu atrevimiento  
mayor que tu pensamiento.

MANFREDO. Mentiste, por Dios, mentiste,  
que mi pensamiento es tal, (1)  
porque eres tú, que en el mundo  
es al de Atlante segundo,  
y no reconoce igual.  
Todas las cosas del suelo  
vienen cortas para aquí,

porque, cuando pienso en ti,  
pienso que sustento el Cielo.

BELARDO. Y vos, señora Fulgencia,  
¿cómo tan escasa estáis  
con el alma que abrasáis  
del bien de vuestra presencia?  
¿No me cabe parte a mí  
de este amor y atrevimiento?

FULGENCIA. Por mi vida que lo siento,  
sino que he nacido así.  
Soy zahareña de gusto  
y seca de condición,  
y traigo en el corazón  
melancólico disgusto.

Dígame algo, por sus ojos,  
que parezca enamorado,  
si es que lo trae estudiado.

BELARDO. Direos mis penas y enojos,  
direos que muero por vos.

FULGENCIA. ¿No me escribirá un papel  
que haya corazón en él,  
y "Ojos, decídselo vos"?

BELARDO. Y cómo si escribiré,  
y con dos flechas pintado,  
y escritas en cada lado  
dos efes: firmeza y fe.

FULGENCIA. Calle ahora, que es bonito.  
¿Y no me cantarán luego  
"socorre con agua el fuego"?

BELARDO. Ya es muy viejo ese delito,  
que os podré cantar, señora,  
otra mejor villanesca.

FULGENCIA. No, no, sino picaresca,  
de las que se usan ahora.

ISABELA. Son conciertos temerarios,  
y el sacarme es el mayor.

MANFREDO. Como es flaco vuestro amor,  
halla fuertes los contrarios.  
Yo os pondré en Nápoles libre,  
o, por más seguridad,  
os llevaré a la ciudad  
que riega el sagrado Tíbre.  
Mirad que en tantos partidos  
éste es el más provechoso.

ISABELA. Manfredo, ya tengo esposo:  
no he de tener dos maridos;  
porque, a no estar concertado,  
fuera, sin duda, contigo.

MANFREDO. El nacimiento maldigo  
de un hombre tan desdichado.  
¿Qué planeta me miró  
de tan malévolos aspectos,

(1) En el original, "está".

y en qué ángulo tan recto  
para mi estrella ocurrió?  
Esta desdicha heredada,  
¿de qué pecado procede?

ISABELA. De lo poco que hacer puede  
una mujer que es honrada.  
¿No te contentas, Manfredo,  
que venga yo a hablarte aquí,  
aventurando por ti  
tanto honor y tanto miedo?

MANFREDO. ¿Qué importa, señora mía,  
si de otro habéis de ser,  
darme tan breve placer  
y tan prestada alegría?  
¿Qué importa, si por mi mal  
os estáis enamorada  
y mañana desposada,  
para que yo esté mortal?  
Eso es asirme a un hilo,  
encima de una alta torre,  
o, cuando el cuchillo corre,  
poner mi garganta al filo.  
Eso es tenerme a la orilla  
cuando va creciendo el mar,  
y en medio de él navegar,  
sobre una estrecha tablilla.  
Porque empezarme a querer  
para olvidarme otro día,  
¿qué importa, señora mía,  
si de otro habéis de ser?

ISABELA. ¿Yo no te doy cuanto puedo  
conforme al presente estado?

MANFREDO. Mucho, mi bien, me habéis dado;  
pero sin todo me quedo.  
Escriben de un animal  
que nace y muere en un día,  
y ése soy, señora mía,  
que hoy vivo y estoy mortal.  
En fin, ¿es resolución  
el casarse y el dejarme?

ISABELA. ¿Cómo puedo aventurarme  
con mujeril corazón?

MANFREDO. Si tú tuvieras el mío  
en ese pecho, señora,  
fuérades hombre, y no ahora  
vil mujer en mármol frío;  
digo vil, en flaca fuerza,  
que, con el alma del hombre,  
hicieron hazañas de hombre  
mujeres que amor esfuerza.  
¿Moriré, en fin?

ISABELA. ¿Qué he de hacer?

MANFREDO. Que viva.

ISABELA. Muere mi honor.

MANFREDO. ¿Más le queréis?

ISABELA. Es mayor.

MANFREDO. Vencelde.

ISABELA. Falta el poder.

MANFREDO. ¿En qué estáis?

ISABELA. En que me pierdo.

MANFREDO. Venid conmigo.

ISABELA. No puedo.

MANFREDO. ¡Oh cruel!

ISABELA. ¡Paso, Manfredo!

MANFREDO. ¿Si estoy loco?

ISABELA. Que estés cuerdo.

MANFREDO. ¿Qué perdéis vos?

ISABELA. Fama y nombre.

MANFREDO. Llevareos por fuerza.

ISABELA. ¡Tente!

MANFREDO. ¿Resistíisme?

ISABELA. ¡Ah, padre; ah, gente!

MANFREDO. ¿Hay tal mujer?

ISABELA. ¿Hay tal hombre?

(Sale CELÍN.)

CELÍN.

Manfredo, sal del huerto apriesa, escapa,  
y de casa podrás, y aun de Sicilia,  
que ya tus pensamientos ha llevado  
toda la fuerza de un contrario viento,  
y corrieron fortuna tus venturas  
en el turbado mar de tu esperanza.

ISABELA.

No puedo detenerme; adiós, Manfredo.

(Vanse los dos.)

FULGENCIA.

Belardo amigo, adiós.

BELARDO.

Con este nombre  
parece que se hereda la desdicha. (1)

MANFREDO.

Celín, ¿puede ser más mi desventura  
que haber venido el padre de Isabela  
y perder este rato de mi gloria?

CELÍN.

Más puede ser, pues viene con Camilo.

(1) Con estas palabras parece aludir Lope a sí mismo.



MANFREDO.

Pues ¿qué importa Camilo?

CELÍN.

Y con Leandro.

MANFREDO.

¿Hay más de que uno es suegro y otro esposo?

CELÍN.

Vienen ya concertados con Horacia,  
a quien han dado cuatro mil ducados.

MANFREDO.

¡Triste nueva, Celín!

CELÍN.

¡Pluguiera al Cielo  
que aquí cesara el curso a tu desdicha!

MANFREDO.

Pues ¿qué puede ser más?

CELÍN.

Que con el miedo  
que no se vuelva del concierto Horacia,  
por los malos consejos de sus deudos;  
que la mujer es fácil de mudarse,  
ya traen licencia de casalla.

MANFREDO.

¿Cuándo?

CELÍN.

Esta noche.

MANFREDO.

¿Esta noche?

CELÍN.

Ahora luego.

MANFREDO.

¿Ahora luego? ¿Cómo?

CELÍN.

¿Qué más cierto  
que haber traído el clérigo consigo?

MANFREDO.

¿El clérigo a estas horas?

BELARDO.

Y es, sin duda,  
que ya toda la casa se alborota:  
las puertas abren, los criados salen;  
ya llaman los parientes, ya convidan,  
ya encienden hachas, ya se turban todos,  
y tú, Manfredo, estás adonde es justo  
que muestres el valor de aquese pecho.  
Animo ahora; vamos, huye, corre;  
deja el peligro y goce de Isabela  
para quien Isabela nació; vamos.

MANFREDO.

¿Que vamos dices? ¿Cómo?

BELARDO.

Pues ¿qué haremos?

MANFREDO.

Muéveme tú los pies.

BELARDO.

¿Ansí te hielas?

MANFREDO.

Si el corazón es movimiento y vida,  
¿dónde, sin corazón, quieres que vaya?  
Cuanto más que es flaqueza y cobardía  
no esperar este golpe de fortuna  
y ver mi desventura en lo que pára.

BELARDO.

¿Ahora hacemos honra este peligro?  
¿Qué bandera en Matrique, qué muralla,  
qué escala puesta, qué esguazar de río,  
qué rebellín, qué campo reconoces?  
Vuelve la espalda a Amor; huye, Manfredo,  
que huír de Amor es honra y valentía  
y esperalle es flaqueza y cobardía.

MANFREDO.

Estoy por declararme  
y por decir a voces  
la causa de mi nueva desventura,  
que no es posible menos  
de que al fin de mi vida,  
cual blanco cisne, canten mis obsequias.  
¡Oh, casa aborrecible!  
adonde habrá tan presto  
mil rótulos que digan:  
"Leandro y Isabela".

y donde yo, como otro Orlando, quedo furioso y sin sentido.

BELARDO.

No des voces, señor.

MANFREDO.

¡Estoy perdido!

BELARDO.

¿Quieres que aquí nos sientan?  
¿Quieres que aquí nos maten?

MANFREDO.

¿Y eso no fuera más alegre vida que no la que me deja  
aquella fiera que mi sangre bebe?  
Mas ¿cómo estoy suspenso?  
¿Tiempo es éste de quejas,  
ni de llorar injurias?  
¡Fuera, Belardo, fuera!  
¡Muera Medoro vil, muera Leandro,  
de Angélica marido!

BELARDO.

¡No des voces, señor!

MANFREDO.

Estoy perdido.

¡Oh, falsa y nueva Angélica,  
que dejas por un bárbaro  
un nuevo Orlando, un Capitán católico,  
y por los verdes álamos  
escribes nuevos rótulos,  
para mayor afrenta, en letras góticas!  
Mas ¿qué me tiene tímido,  
pudiendo el triunfo espléndido  
hacer comedia trágica  
y ensangrentar el tálamo,  
haciéndoos a los dos humildes víctimas  
de este brazo atrevido?

BELARDO.

¡No des voces, señor!

MANFREDO.

¡Estoy perdido!

BELARDO.

¡Vente, por Dios, ahora  
donde esa furia amanse  
de su celosa rabia la corriente!

MANFREDO.

Írme; pero entienda  
toda esta casa injusta  
que soy Manfredo, natural de Nápoles;  
Manfredo soy, Manfredo,  
hijo soy de Fabricio;  
pobre soy, pero noble.  
¡Perdí, perdí a Isabela!

CELÍN.

Yo no aguardo aquí más. Huye, Belardo.

BELARDO.

¡Vete, por Dios te pido!

MANFREDO.

Írme declarado y ofendido!

BELARDO. ¿Hay locura como ésta?

MANFREDO. ¿Qué sirve aquesta marlota?

(*Entran LEANDRO, CAMILO y FELINO.*)

FELINO. ¿Quién es el que así alborota  
nuestro regocijo y fiesta?

LEANDRO. Los moros deben de ser.

BELARDO. Aquí es mi compañero,  
que ha cargado delantero,  
no acostumbrado a beber.

CAMILO. ¿Habrále dañado el vino?

BELARDO. En verdad que, con ser poco,  
le ha vuelto furioso y loco.

MANFREDO. Que has acertado imagino,  
porque el vino y el amor  
siempre dañan igualmente.  
No es del vino este accidente,  
que es amoroso furor.  
Manfredo soy, no soy moro,  
que he fingido esta cautela  
para gozar de Isabela,  
a quien locamente adoro.  
Pero, pues la habéis casado,  
tú, Leandro, que venciste,  
toma ese despojo triste  
de la guerra que has ganado;  
que a Nápoles volveré,  
donde una jerga me cubra,  
y a quien me deje (1) descubra  
los quilates de mi fe.

(*Vase.*)

BELARDO. No le creáis, que está loco,

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "mire" o cosa parecida.

y el vino le ha hecho hablar.—  
¡ Camina, loco de atar !

(Vase.)

LEANDRO. No, sino esperad un poco.

CAMILO. Déjalos ir.

LEANDRO. Mejor fuera  
matar a queste villano.

FELINO. Creed que esta flaca mano  
tomar venganza supiera  
si no mirara al honor  
y alborotar la ciudad.

LEANDRO. ¡ Que sufráis la libertad  
de un extranjero traidor !  
¡ Que tuviese atrevimiento  
para entrar con trato doble  
en casa de un hombre noble,  
a pretender casamiento !

CAMILO. Hijo, por lo que es el punto  
del honor, se ha de sufrir,  
que no es bien dar qué decir  
al vulgo esta noche junto.  
Ya comienza a venir gente :  
disimula.

FELINO. ¡ Vive Dios,  
que los matara a los dos !  
Pero sé que está inocente,  
y que, como os engañó,  
también la ha engañado a ella.

LEANDRO. No hay que poner duda en ella,  
que de eso estoy cierto yo.  
¡ Este perro de Celín  
ha de morir !

(Sale CALIXTO.)

CALIXTO. Al ruido,  
con licencia, me he vestido.

FELINO. Hoy caso a Isabela, en fin.

CALIXTO. ¿ Esta noche ?

FELINO. Esta, Calixto.

CALIXTO. ¡ Vive el Señor, que ha de haber  
zarabanda hasta caer,  
que después, todo es un pisto !

CAMILO. Disimúlese, que viene  
vecindad y parentela.  
Vístase luego Isabela  
y la colación se ordene.

FELINO. Tomad, Calixto, esta llave  
y abrid la cantina luego.

CALIXTO. Sacarélo como un fuego.

FELINO. ¿ De cuál ?

CALIXTO. De un lindo jarabe :  
yo sé bien la candiota.

FELINO. Toda se gaste y apoque.

CALIXTO. Como yo llegue al vitoque,  
no puede quedarle gota.  
Yo me podré de mañana (1)  
del tinto que me cupiere,  
que parezca a quien me viere.  
sanguiucla en almorraña.

(Vanse, y salen MANFREDO y BELARDO.)

BELARDO.

¿ Parécete muy bien estas locuras ?

MANFREDO.

En tantas desventuras,  
¿ qué me quieres, Belardo ?  
Ya me cansa el vivir : la muerte aguardo.

BELARDO.

Creo que un hombre has muerto, y si eso es  
mal podrás escaparte de ser muerto. [cierto,  
¿ Era valor, por dicha, o loca furia,  
dar a quien no te injuria  
mil locas cuchilladas,  
y a muchos pobres hombres, sin espadas,  
que a media noche a recogerse iban ?

MANFREDO.

Tanto mis celos de razón me privan :  
un poco he descansado haciendo el loco,  
y no ha sido tan poco  
como vengué mi rabia,  
aunque no pudo ser en quien me agravía,  
que no respire y viva y cobre aliento.

BELARDO.

Bien pudiera ser loco, y no sangriento.  
¡ Ahora, a media noche, estamos buenos !  
Venga justicia, y denos  
el seso que nos falta.

MANFREDO.

Ya el mal de la ceniza al fuego salta ;  
¿ por esto ha de ser ya más negro el cuervo ?  
¿ De qué negra fortuna me reservo ?

BELARDO.

¡ Necio es el que, pudiendo, no se salva !  
Apenas ría el alba,  
si luego se efectúa,  
cuando en una prestísima falúa  
a Nápoles partamos o a Mallorca,

(1) Así en el texto. Quizá "pondré".



que temo la prisión, cuchillo y horca;  
y ahora, en esta iglesia, cuya puerta  
parece que está abierta,  
puedes estar seguro:  
que es gran defensa de la iglesia el muro,  
y a mucha gente de peligro escapa  
esta tierra santísima del Papa.

MANFREDO.

¿Cómo valdrá su inmunidad a un loco?

BELARDO.

No se entiende tampoco  
que lo has de ser en ella,  
sino, con humildad, valerte de ella,  
que todos tienen esta salvaguarda.

MANFREDO.

Ya todo me persigue y acobarda.  
¡Oh, templo santo, en vos vi yo a Isabela,  
y, en ofensa, miréla  
del respeto debido  
al sagrario de Dios! ¡Perdón os pido. [paro!  
que, aunque os tengo ofendido, en vos me am-

BELARDO.

Que recibe al humilde está muy claro.

(*Vanse y salen CAMILO y FELINO.*)

CAMILO. Ya estoy del todo contento,  
que el desposorio se hizo.

FELINO. Hoy el Cielo satisfizo  
mi deseo y pensamiento.

CAMILO. ¡Qué bien parecen sentados!  
El tan gentil hombre y ella  
por tan grande extremo bella.

FELINO. Cuando los miro abrazados  
me parecen, en el suelo,  
un olmo y parrá gentil,  
o, en el mes después de abril,  
a los dos niños del Cielo.  
Mañana pienso buscar  
aquel morisco fingido.

CAMILO. ¿Qué habéis de hacer a un perdido?

FELINO. Sólo echarle del lugar,  
que no quiero que esté aquí,  
donde Leandro le vea.

CAMILO. Como cuerdamente sea,  
eso me parece a mí.

(*Sale FULGENCIA.*)

FULGENCIA. ¡Socorred, señores míos,  
que está Isabela expirando!

FELINO. ¿Qué oigo?

CAMILO. ¿Qué estás hablando,  
loca mujer, desvarios?

FULGENCIA. Hale dado un gran desmayo,  
de que dicen que está muerta.

FELINO. ¡Ah, fuera la tuya cierta!  
¿Y con el fuego de un rayo,  
de un desmayo ha de morir?  
Vaya Calixto al doctor.

CAMILO. Todo es vergüenza y temor;  
en la cama ha de salir,  
que es la leña y colada  
de esos melindres.

(*Sale CALIXTO.*)

CALIXTO. ¡No he visto  
tan gran desmayo!

FELINO. ¡Oh, Calixto!

CALIXTO. ¡Mi señora desmayada!

FELINO. ¿Es más?

CALIXTO. ¿No ha dicho otra cosa  
esta chismosa doncella?

CAMILO. ¿Que es muerta?

CALIXTO. ¿Muerta? Como ella.  
¡Como un ángel está hermosa!

FELINO. Llamadme luego un doctor.

CALIXTO. ¿Para qué? Yo he de curalla.

FELINO. ¿Vos?

CALIXTO. Con solamente hablalla.

FELINO. ¿Dónde?

CALIXTO. Al oído, señor.

FELINO. Pues ¿sabéis algún ensalmo?

CALIXTO. ¿Y cómo? Dadme lugar,  
y veréisla despertar,  
con cierta oración y salmo.

FELINO. ¿Quién os la dió?

CALIXTO. Aqueste moro;  
pero yo no la aprendí,  
que está en griego.

FELINO. ¡Anda de ahí!

CALIXTO. Pues qué, ¿sabello de coro?

FELINO. ¡Id, majadero a llamar  
al doctor!

CALIXTO. ¡Voy!

FELINO. Ea, pues!

CAMILO. Entremos a ver lo que es.

FELINO. ¡Cuánto bien, tanto pesar!

(*Vanse y queda FULGENCIA.*)

FULGENCIA. En la confusión que estoy,  
no sé a qué me determine  
ni a cuál opinión me incline  
de mil en que vengo y voy.

Pienso si se ha desmayado,  
y esto puede más en mí,  
por haber dado este "sí"  
en casamiento forzado.  
Aunque ello, si fué a disgusto,  
bien pudiera no otorgallo;  
mas, pues que gustó de dallo,  
presumo que fué a su gusto.  
También pienso si Manfredo  
algún hechizo la dió  
cuando el propósito vió  
de su honor y de su miedo.  
Si él la mató, no me toca  
decillo, ni en ello hablar,  
que no es justo aventurar  
la cabeza por la boca.  
Sea lo que fuere, yo soy  
viva, si Dios es servido;  
si es muerta, llanto fingido;  
si es viva, su amiga soy.

(Salen CALIXTO y DIODORO, médico.)

DIODORO. Cierta que estaba acostado  
y casi vengo desnudo.

CALIXTO. Señor Diodoro, no dudo  
que os será gratificado.  
¡Entrad, por Dios, que de vos  
no hay quien remedio no espere!

DIODORO. Yo haré los que supiere  
con el ayuda de Dios.

(Entranse los dos.)

FULGENCIA. Sin duda que el mal se aumenta,  
pues ya el médico se llama:  
¡plegue al Cielo que la fama  
o que mi sospecha mienta!  
¡Oh, pobre señora mía!

(Sale CELÍN.)

CELÍN. ¿Fulgencia amiga?

FULGENCIA. ¿Quién es?

CELÍN. Yo soy.

FULGENCIA. ¿Quién?

CELÍN. ¿Ya no me ves?

FULGENCIA. ¿Celín?

CELÍN. Hablarte quería.

FULGENCIA. ¿Qué quieres, perro ladrón,  
que has metido en esta casa  
este fuego que la abrasa  
con tu morisca invención?

¿Qué aguardas? ¿Por qué no huyes?

CELÍN. Yo, ¿por qué?

FULGENCIA. ¿No tienes miedo  
de haber metido a Manfredo?

CELÍN. ¿A mí tu culpa atribuyes?  
Dijéraslo tú a señor.

FULGENCIA. ¡Bien dices! Culpa he tenido,  
y al castigo merecido  
tengo forzoso temor.

¿Quiéresme sacar de aquí?

CELÍN. ¡Sí, por Dios, si ánimo tienes!

FULGENCIA. ¿Por ánimo te detienes?  
¡Mal me conoces tú a mí!  
Llévame a un monte, a la mar,  
a la India o donde quieras.

CELÍN. ¿Tan grande castigo esperas?  
¡Sígueme, pues hay lugar!

(Vanse, y salen CAMILO, FELINO y DIODORO, médico.)

DIODORO.

Debe de ser apoplejía o letargo,  
que es mal que tiene fuerza en las mujeres,  
y así pensaban, como dice Hipócrates,  
del morbo comicial en aquel tiempo  
que los dioses hacían este efecto,  
arrebataando en éxtasis el ánimo  
o comprimido de los malos genios.

FELINO.

Pues ¿dónde tiene el mal?

DIODORO.

En el cerebro;  
porque, los que se pegan a él, o nacen  
en la más alta parte de los cuerpos,  
no solamente traen dolor, pero arrebatan  
la mente, el movimiento y el sentido.  
Por este mal que dije, los antiguos  
tablas votivas ofrecían al templo,  
pidiendo la salud a sus milagros.  
Por la constitución del cuerpo y hábito,  
por la amplitud o estrecho de los órganos,  
o redundancia del humor viscoso,  
reciben estas varias mutaciones:  
unos ladran cual perros, otros silban,  
otros dan con los dientes, gritan otros,  
otros dan voces dentro de los pechos  
y otros, como Isabela, quedan mudos.

CAMILO.

Pues ¿cuál es la razón?

DIODORO.

Estar muy lleno  
de humores densos el cerebro todo,

*o clusis atque respirandi sistulis;*  
 quiere decir: cerrados los caminos  
 de la respiración, y esta es la causa  
 que no anden los espíritus recíprocos,  
 y éstos son los que tienen más tormento,  
 y éste es mayor cuando la luna crece  
 o está en el corazón o en el cerebro.

(Sale LEANDRO.)

LEANDRO.

¡Oh, padre amado mío!  
 ¿Qué tardanza es aquesta de remedio?  
 Ya casi el cuerpo frío  
 tiene mi vida y tu esperanza en medio.  
 ¡Mira que casi es muerta  
 y que mi muerte, con la suya, es cierta!

Porque, de todo punto,  
 las bellas rosas se han trocado en nieve,  
 y un pálido y difunto  
 color, la del clavel del labio embebe.  
 ¡Ya ni siente, ni mira,  
 ni tiene movimiento, ni respira!

DIODORO.

Que no hay pensar que es muerta;  
 mas al remedio vamos, que yo tengo  
 medicina más cierta,  
 y en un momento de mi casa vengo,  
 que es de cierto animal una sortija.

(Vase.)

LEANDRO.

¡Ay, mi esposa y mi bien!

FELINO.

¡Ay, dulce hija!

CAMILO.

Mientras viene, imagino  
 algunos polvos de unicornio darle  
 en un trago de vino.

LEANDRO.

Id, buen padre, por Dios, que confortalle  
 el estómago creo que es buen medio  
 mientras que viene el médico y remedio.

FELINO.

Yo voy también, si acaso  
 a mi voz se volviese. (1)

(1) En el original, "muriese", que parece al revés.

LEANDRO.

Importa mucho,  
 padre: alargad el paso.  
 Todo me agrada cuanto veo y escucho,  
 y en nada hallo remedio verdadero;  
 pero, si muere, moriré primero.

¡Dulce señora mía!

¿Tan presto antes del gozo descado,  
 antes que pase un día,  
 pájaro solitario me has dejado  
 y tórtola viuda?

Pero, ¿cómo en mi muerte pongo duda?

Que, como Filomena,  
 iré de rama en rama suspirando,  
 dulcisima Isabela,  
 tu nombre por el aire dilatando  
 con mis amargas quejas,  
 que al fin he de quejarme, pues me dejas.

¡Oh, paredes amadas!

¡Oh, tapices queridos, suelo, techo,  
 alfombras, almohadas,  
 donde tocó sus pies, su espalda o pecho!  
 Aquí la vi dichoso  
 y aquí me visteis su querido esposo.

Ya no habla ni mueve  
 aquel divino labio de su boca;  
 ya se convierte en nieve,  
 y se ha de convertir en tierra poca  
 los pies, la espalda, el pecho,  
 pared, tapiz, alhombra, suelo y techo.  
 ¿Lloraré? ¿Daré voces?

Tendránlo por flaqueza y valor poco.  
 Mas ¡oh, pechos feroces!,  
 ¿será mayor valor volverme loco?  
 Pues loco soy, ¡afuera!;  
 mas no será razón antes que muera.

(Sale FELINO.)

FELINO.

¿Leandro?

LEANDRO.

¿Señor mío?

Padre del alma mía, padre amado,  
 ¿volvió mi cuerpo frío?

FELINO.

Ya todos los remedios se han probado,  
 hasta dalle un garrote:  
 pero debe de ser del Cielo azote.  
 Sola la medicina



de un Pedro ha de bastar o de un Elías;  
que, si no es la divina,  
no bastan nuestras fuerzas y porfías.  
Ven si abrazalla quieres.

LEANDRO.

¡Oh, claro sol, ejemplo de mujeres!  
¡Que te eclipsa la muerte!  
¡Que escurece tus ojos soberanos!  
Mas quiero entrar a verte  
y poner en tu cuerpo boca y manos,  
cual leona parida,  
que quizá con mi voz te daré vida.

### JORNADA TERCERA

(Sale MANFREDO y BELARDO.)

MANFREDO. Es imposible alegrarme,  
Belardo, muerto mi bien;  
antes pretendo también  
vivo con él enterrarme;  
que pues a este mismo tiempo  
le han traído donde estoy,  
en su sepultura doy,  
como otra Evadnes, ejemplo.

BELARDO. ¡Ah, señor! Que hubiera sido  
mejor aquesta mañana  
de la mar furiosa y cana  
la blanca espuma rompido,  
y no en la iglesia aguardar  
a ver el entierro triste,  
donde tan cerca estuviste  
de enloquecer o expirar.  
Y también ha sido yerro  
el querer aquí dormir,  
pues nos pudiéramos ir  
entre el vulgo del entierro.  
¿Qué noche piensas tener  
donde está muerta Isabela?

MANFREDO. Estaré, Belardo, en vela,  
que quiero obsequias hacer.  
Que antes ha sido ventura  
para mí verla enterrar  
adonde pueda llorar  
su trágica sepultura;  
y aun morir será razón,  
pues el dolor me consume.

BELARDO. Basta, que imitar presume  
los Amantes de Aragón.

Vuelve en ti, que no es tu esposa,  
sino de Leandro.

MANFREDO. ¡Oh, Cielo,  
que su crueldad es consuelo  
de esta alma hasta aquí celosa!  
Pero haberse muerto así  
me hace, Belardo, entender  
que por mí debió de ser;  
no dudes, murió por mí.  
Y si sabes cómo fué  
y viste su entierro, dime,  
para que a vivir me anime,  
lo que entre tanto lloré;  
porque estando del tormento  
desmayado, no lo vi.

BELARDO. Lo que he visto pasó así.

MANFREDO. Di ¡por Dios!

BELARDO. Estame atento:

Estando en las bodas tristes  
y desdichado himeneo,  
donde con lloroso rostro  
asistió la hermosa Venus,  
la desdichada Isabela  
de improviso mide el suelo,  
con un espantoso grito,  
con un desmayo violento.  
No de otra suerte que cae  
sobre los montes, gimiendo  
de la segur del villano,  
seca encina o verde fresno.  
Alborótase la boda  
y, con justo sentimiento  
llamando médicos graves  
procuran graves remedios.  
Vienen, señor, los más doctos,  
estudiando y revolviendo  
de Hipócrates aforismos  
y sentencias de Galeno.  
Procuran con hierbas y aguas  
abrir camino al célebre;  
mas ¿qué aprovechan, sin alma,  
antídotos y venenos?  
Que ya la muerte cruel,  
aposentada en su pecho,  
cerró sus ojos al mundo  
y sus estrellas al Cielo.  
Llora el desdichado padre,  
llora el afligido suegro,  
lloran esclavos y esclavas,  
alternando tristes versos. (1)

(1) En el texto, "alterando".

Y allí su esposo, cuitado,  
convertido en otro Orfeo,  
para seguir su Aretusa  
en agua convierte el fuego.  
Llega el alba y sale el sol,  
no coronando los cielos  
de arreboles carmesíes,  
sino entre nublados densos.  
Y ya después que igualmente  
estaba del cielo en medio,  
sale acrecentando el llanto  
aquel doloroso entierro.  
Hachas, clérigos y luces,  
parroquias y monasterios,  
cantando salen delante  
en tono grave y suspenso.  
En hombros de los más nobles  
viene en una caja el cuerpo,  
con un paño de brocado  
hasta la tierra cubierto.  
Detrás de él viene su esposo,  
padres, amigos y deudos,  
con lobs de negro luto  
arrastrando por el suelo.  
Luego el alterado vulgo,  
va puesto en triste silencio,  
aunque a partes dividido,  
contando el triste suceso.  
Entra la fúnebre pompa  
al triste enlutado templo,  
lleno de mil versos y armas  
fijadas en paños negros.  
En diez gradas y una tumba,  
cubierta de terciopelo,  
ponen el cuerpo, y el coro  
hace su oficio funesto.  
Acabadas las Lecciones,  
con sentimiento más tierno  
bajan el cuerpo diez nobles  
y fué en su bóveda puesto,  
donde comerá la tierra  
aquel divino sujeto,  
de discreción y hermosura  
raro y celebrado extremo.

MANFREDO. Con lágrimas te he escuchado,  
y, sin duda, aquí muriera  
si últimamente no fuera  
de tu razón consolado.  
Dime: ¿que en bóveda está,  
que no en triste sepultura,  
aquella rara hermosura  
que es tierra y ceniza ya?

Dime: ¿que ya aquella rosa  
no se trasplanta a su tierra?

BELARDO. En un bualillo (1) se encierra,  
donde no hay puerta ni losa;  
que hasta la mañana creo  
que no la quieren poner.

MANFREDO. Pues hoy cumplido ha de ser  
mi grande y justo deseo.  
Túvelo en vida, Belardo,  
de dalle un honesto beso,  
y pues entonces fué exceso,  
ahora muerta ¿qué aguardo?  
¿No es donde está aquella tierra  
ahora recién movida?

BELARDO. Allí está.

MANFREDO. ¡Oh, tierra querida  
que tan alta prenda encierra!

BELARDO. ¿Muerta la quieres besar?  
¿No tendrás miedo, Manfredo?

MANFREDO. Aguarda y verás el miedo.

(*Vase.*)

BELARDO. Ve por detrás del altar.

Mató a Isabela un pronto paraxismo,  
estando como el sol al mediodía,  
porque nuestra mortal vana alegría  
es [de] nuestra ignorancia barbarismo.

Manfredo, convertido en otro abismo,  
busca su alma en la ceniza fría,  
que a tal locura y vanidad le guía  
Amor, que vive en el sepulcro mismo.

¡Oh Amor! ¿No te contentas que en la gue-  
y entre los libros, para ejemplo abiertos, [rra  
tu fuego ardiente su veneno encierra,

que entres a ver sin alma cuerpos yertos;  
que abrazes sombra, viento, polvo y tierra  
entre las sepulturas de los muertos?

(*Sale MANFREDO con ISABELA en brazos, como muerta.*)

MANFREDO. Ayúdame aquí, Belardo,  
que aún tiene el cuerpo calor.

BELARDO. Sólo en velle me acobardo;  
no me lo mandes, señor.

MANFREDO. Llega, fanfarrón gallardo;  
llega, que no es muerta, no:  
y si es verdad que murió  
leona parida ha sido  
que a puro llanto y genido  
le he formado otra alma yo.

(1) Así en el texto: quizá "lucillo".

BELARDO. Di ¡por tu vida! herejías  
y que este milagro has hecho.

MANFREDO. ¡Ay, hermosas manos mías  
y divino rostro y pecho,  
vivas ya, pues no estáis frías!  
¡Ah, Isabela! ¡Ah, mi señora!  
¿Sabéis quién os llama ahora,  
Isabela?

ISABELA. ¿Quién me llama?

BELARDO. ¿Habló? ¡Jesús!

MANFREDO. Quien os ama,  
quien os estima y adora.  
En los brazos de Manfredo  
estáis ahora.

ISABELA. ¡Ay de mí!

MANFREDO. Viva está, y lo que hacer puedo  
es llevármela de aquí.

BELARDO. Suéltala. ¿No tienes miedo?  
Mira que no sea castigo  
de Dios.

MANFREDO. Cobarde enemigo,  
¿por qué?

BELARDO. Porque aquí le ofendes,  
y lo que Isabela entiendes  
que es algún demonio, digo.

MANFREDO. Perro, ¿en un ángel podría  
entrar un demonio?

BELARDO. Y ¿cómo?

MANFREDO. Llega aquí.

BELARDO. ¡Loca porfía!

MANFREDO. Toma este brazo.

BELARDO. Ya tomo.

MANFREDO. ¿Vióse tan vil cobardía?

ISABELA. ¡Ay, Jesús!

MANFREDO. ¿Ves que ha nombrado  
a Jesús? Di, afeminado,  
¿demonio puede tener?

BELARDO. Sí, señor, que puede ser  
algún diablo bautizado.

MANFREDO. Ten de aquí.

BELARDO. ¿Dónde la llevas?

MANFREDO. A una barca y luego al mar.

BELARDO. ¡Que a tal locura te atrevas!

MANFREDO. Ayúdame a llevar.

BELARDO. Hoy mil ejemplos apruebas.  
Cuanto se dice de amor  
digo que es verdad.

MANFREDO. Traidor,  
ten de aquí y vamos al mar.

BELARDO. ¿Dónde la quieres llevar?

MANFREDO. A Nápoles.

BELARDO. ¡Ciego error!

¿No ves que a ninguna iguala,  
llevando ajena mujer,  
hazaña tan fea y mala?

MANFREDO. ¿No la apartaron ayer  
el azadón y la pala?

Anda, necio, que ya puedo  
casar con ella.

BELARDO. ¿Qué enredo  
y qué obstinada porfía!

MANFREDO. Habladme, señora mía.

ISABELA. ¿Quién eres?

MANFREDO. ¿Quién soy? Manfredo.

(Vanse. Salen HORACIA y TULIO, su marido.)

TULIO. ¿En tanto extremo recibes  
contento de este suceso?

HORACIA. Si el contento quita el seso,  
no es mucho que de él me prives.  
Que ha sido la nueva tal  
de la muerte de Isabela,  
cuanto ya el alma recela  
hallar venganza en su mal,  
porque si no es de esta suerte  
no me quedaba esperanza.  
TULIO. En vida es justa venganza,  
pero sin honra en la muerte;  
y ese vengativo ardor  
me ha dado justos recelos  
que te ha nacido de celos,  
y aquesos celos de amor.  
Amor tienes todavía,  
que nunca ve bien el ciego,  
ni está sin reliquia el fuego  
entre la ceniza fría.

HORACIA. ¿Cansarme ya con sospechas, (I)  
si te parece muy justo,  
cuando a mi pasado gusto  
canto, como cisne, endechas!  
Pues no me canses ni alteres,  
que no es término de sabio,  
conociendo tú mi agravio  
y condición de mujeres.  
¿Téngote yo de negar  
que quise a Leandro bien?  
¿Tú no fuiste, Tulio, quien  
aquí lo vino a tratar?  
No dices; yo he de vengarme  
y hacer hoy fiesta a su pena.  
Estoy de contento llena;  
quiero vestirme y tocarme;

(I) Así en el texto original.



hoy ha de ser de color  
; por vida tuya! el vestido.  
TULIO. (Ya comienzo a ser sufrido.  
; Gran paciencia causa amor!  
Pero el hombre que se casa  
ciego a la buena opinión,  
alquile con condición  
y haga gran puerta en casa.  
Casi estoy arrepentido.)  
HORACIA. Oye, que Leandro es éste.  
TULIO. (¡Que tanto un amor me cueste!)

HORACIA. ; Qué lloroso y afligido!

(Entre LEANDRO, de luto.)

TULIO. (¡Gran luto! Tiene razón,  
porque ha perdido gran bien.

HORACIA. Pues dime tú a mí también  
qué bien perdí.

TULIO. Muchos son,  
y si te afliges así  
y sin vergüenza a mis ojos,  
podrá ser que sus enojos  
vengan a quebrar en ti,  
que es muy mal término ése.

HORACIA. ; Por qué no me he de alegrar?

TULIO. ; Por qué no te ha de pesar  
lo que es razón que te pese?)

LEANDRO. (Si vivo en esta ocasión  
serán los Cielos jüeces  
que el dolor algunas veces  
vuelve en piedra el corazón.  
Que pues con este dolor  
vivir un hora he podido,  
en piedra me ha convertido  
la fuerza de su rigor.  
Porque el corazón recelo  
que ha sido como el discurso  
del agua, que en medio el curso  
queda congelada en hielo.  
Que aún las lágrimas no salen  
para llorar a Isabela;  
si el fuego no las deshíela.  
; de quién ahora se valen?)

TULIO. (Digo que no le has de hablar  
ni tomar esa venganza.

HORACIA. ; Y faltaráme esperanza  
que será en otro lugar?  
Hoy me tengo de vestir.

TULIO. (Hoy la sacaré los ojos.)

HORACIA. Cuando me dieses enojos...

TULIO. ; Qué?

HORACIA. No lo quiero decir.

TULIO. ; Harás matarme ; oh!, villana?

HORACIA. No pongas la mano en mí.

TULIO. Anda, tira por ahí.

HORACIA. Padre tengo y tengo hermana,  
parientes tengo y amigos.

TULIO. En casa nos hablaremos.)

(I'anse los dos.)

LEANDRO. ; Qué de celosos extremos  
han hecho mis enemigos!  
Y la que sé yo de coro  
que se huelga de mi pena,  
y está de contento llena  
como yo de angustia y lloro.  
Si se estuvieran aquí  
presumo que mi tormento  
les diera más sentimiento  
del que ahora en ellos vi;  
que la vida les quitara  
haciéndolos varias piezas.

(Sale CAMILO.)

CAMILO. Ya, hijo, tantas tristezas  
te van saliendo a la cara.  
Creo que este pensamiento  
te quite, si más porfía,  
la vida, que es de la mía  
la columna y fundamento.  
Haz esto que te he rogado  
y de Sicilia te ausenta,  
que, al fin, aquí representa  
más viva historia el cuidado.  
Ya lo necesario dejo  
prevenido a tu camino,  
porque de cera imagino  
tu obediencia a mi consejo.  
Escoge el lugar que quieres  
que a tu tristeza se oponga.

LEANDRO. Tu gusto de mí disponga,  
señor, pues mi dueño eres.  
Bien veo que el ausentarme  
ha de ser de gran provecho,  
para dar quietud al pecho,  
divertirme y consolarme.

CAMILO. Pues, hijo, el camino toma,  
escoge el que más te agrada:  
España es tierra extremada;  
Nápoles, Venecia y Roma.  
En Francia tienes un primo  
que es como hermano en amor.

LEANDRO. A Nápoles es mejor;  
sólo a esta ciudad me animo.

CAMILO. Pues ¡sus! partamos de aquí  
a procurar tu consuelo.

LEANDRO. ¡Ay, tierra en que está mi cielo!,  
¿cómo me ausento de ti?

(*Vanse. Sale FABRICIO, padre de MANFREDO, y CLARINO, criado.*)

FABRICIO.

Al cabo ya de un mes no haber escrito,  
ni aquel perdido de Belardo. ¡Oh, Cielo,  
y cuán vanos remedios solicito!

Discurre al corazón la sangre en hielo  
en sólo imaginar si al hijo mío  
la tierra cubre en extranjero suelo.

CLARINO.

Has dado en ese loco desvarío;  
perdóname que así le llame y nombre.

FABRICIO.

Clarino, de su vida desconfío.

¡Que fuese aquel Belardo tan mal hombre,  
tan mal criado, que cualquier suceso  
no me escribiese! ¿Hay pecho que no asombre?

¿Si está por dicha mi Manfredo preso,  
que en Nápoles se tiene esa sospecha,  
que, al fin, era rapaz de poco seso?

CLARINO.

El tuyo es menos cuando tal sospecha,  
que antes el no escribir muestra que viene.

FABRICIO.

Ni consuelo ni engaño me aprovecha.

Porque si el mar entre sus ondas tiene  
mi querido Manfredo y en tormenta  
de llegar a la playa le detiene,

¿cómo quieres, Clarino, que no sienta  
su ausencia con igual desasosiego?

CLARINO.

Ya al mar llegamos, tu remedio intenta.

Que a Sicilia me quiero partir luego  
y traerle conmigo, donde veas  
que tus sospechas son paterno fuego.

FABRICIO.

Mi vida larga con tu bien desees.  
Mas oye; una falúa desembarca.

CLARINO.

¡Oh, si fuese tu hijo!

FABRICIO.

No lo creas.

CLARINO.

Ya viene a tierra una pequeña barca.

(*Entra MANFREDO y CELÍN, ISABELA y FULGENCIA.*) (1)

ISABELA. ¿Que ya en Nápoles estamos?

MANFREDO. Ya estamos, señora, en él,  
aunque del viento cruel  
menos bonanza esperamos.

ISABELA. Consolada vengo, en fin,  
y en parte lo debo estar,  
de topar al embarcar  
a Fulgencia y a Celín.

FULGENCIA. El haberte hallado viva  
fué tanto bien para mí,  
que por tu muerte iba así,  
de un cautivo vil cautiva.  
Gran bien te promete el Cielo,  
pues con tu resurrección  
has dado a mi perdición  
honra, paz, vida y consuelo.

BELARDO. Aunque agradecida estás  
de cobrar tu perdimiento,  
más lo está mi pensamiento,  
como quien te quiere más.  
Que pensé volverme loco  
cuando vi que concertabas  
la barca y al mar fiabas  
lo que al mar costó tan poco.  
Que cuando huyendo quisieras  
salir del peligro estrecho,  
hiciera mar de mi pecho  
en que librarte pudieras.

CELÍN. Aunque en esa voluntad  
iba más segura al doble,  
sabe que soy hombre noble  
y que guardara lealtad.

BELARDO. Celín, de eso estoy muy cierto;  
pero buen suceso ha sido  
haber los cinco venido  
a juntarnos en el puerto.

CELÍN. ¿Qué es, señor, tu pretensión  
ya que en Nápoles estamos?

MANFREDO. Que a mi padre juntos vamos.

BELARDO. Y ¿quién le dirás que son?

CELÍN. Dile que la traes robada.

MANFREDO. Dices bien, pues su belleza

(1) También entra BELARDO, que habla luego.

ha de templar la aspereza  
de su condición airada.

FABRICIO. (Clarino, ¿cómo no llego  
a abrazar al hijo mío,  
que el pecho caduco y frío  
se abrasa en paterno fuego?  
Que si detenerme puedo  
sólo por saber ha sido  
si es por ventura marido  
de alguna de éstas Manfredo.

CLARINO. No lo dudes, que ella es tal  
que merece ser mujer  
de un rey.

FABRICIO. Merécelo ser  
su hermosura celestial.)

ISABELA. (Manfredo, ya que he venido  
forzada de amor por ti,  
dime: ¿hay escrúpulo en ti  
para no ser mi marido?  
¿Puedo yo ser tu mujer  
estando Leandro vivo?)

MANFREDO. Pena de oírte recibo,  
si hablar tú lo puede ser.  
De Leandro fuiste esposa;  
pero es claro testimonio  
que se acabó el matrimonio  
con tu muerte rigurosa.  
Ya tu esposo dió a la tierra  
tu cuerpo y libre quedó,  
a quien después volví yo  
el alma que ahora encierra.  
Si otra vida viene a ser  
tu resurrección, señora,  
bien puedo casarme ahora  
como con otra mujer.

ISABELA. ¿Que en efecto está disuelto  
aquel mi primero lazo?)

FABRICIO. (¿Qué tardo que no le abrazo?  
De abrazalle estoy resuelto.)  
;Hijo! ;Manfredo!

MANFREDO. Señor,  
en tus brazos tomo puerto.

FABRICIO. Sí, que es el puerto más cierto  
un padre lleno de amor.

BELARDO. ¿Clarino?

CLARINO. ¿Belardo amigo?

FABRICIO. ¿Estas señoras quién son?

MANFREDO. No te cause admiración,  
señor, que vengan conmigo,  
porque aquesta noble dama  
es de Felino hija bella.

FABRICIO. Ya las nuevas de él y de ella

trujo a Nápoles la fama. (1)  
¿Haste casado?

MANFREDO. A lo menos  
vengo, señor, concertado,  
y honrado en haber hallado  
hija de padres tan buenos.

FABRICIO. Bien; mas ¿cómo te la dió  
Felino sin casamiento?  
Hijo, ¿es éste fingimiento?  
Di verdad, sépalo yo,  
no traigas alguna afrenta  
de mi casa y de tu honor.

MANFREDO. Ella es sin duda, señor;  
pero no es bien que te mienta.  
Yo la he robado y traído.

FABRICIO. De esa suerte puede ser,  
que no se fía mujer  
y menos que a su marido.  
Por ser noble y principal,  
rica y tu gusto este día.  
será, Manfredo, hija mía  
y a tu propia hermana igual.

MANFREDO. Lleg a háblala, señor,  
si soy tu hijo.

FABRICIO. ¿Y el nombre?

MANFREDO. Isabela, que no hay hombre  
que ignore su gran valor.

FABRICIO. Hija, Isabela, yo soy  
padre de Manfredo. Alzaos,  
no os humilléis, levantaos,  
que brazos de padre os doy.  
Yo huelgo y soy venturoso  
en que así mi casa honréis.

ISABELA. Por liviana me tendréis  
en seguir incierto esposo;  
mas cuando, señor, sepáis  
el milagro y la ocasión,  
disculparéis mi razón.

FABRICIO. Muy mal en la playa estáis.  
Venid conmigo a mi casa,  
que aunque no es cual merecéis,  
ni el alma pobre hallaréis  
ni la voluntad escasa.

¿Son éstos criados vuestros?  
Para serviros, señor.

BELARDO. Despacio sabréis, señor,  
los largos sucesos nuestros.

MANFREDO. Señor, porque yo imagino  
que en mi seguimiento vienen

(1) En el original, "bella".



y que ya en las más tienen (1)  
la venganza y el camino,  
desde vuestra casa quiero  
que a la iglesia juntos vamos.

FABRICIO. Seguros en ella estamos.  
Venid, descansad primero.

MANFREDO. Pues si aquesto no te mueve,  
hazlo, señor, por mi gusto.

FABRICIO. Que la goces es muy justo;  
pero ¿tan breve?

MANFREDO. Tan breve.

FABRICIO. Si eso importa, apercibid  
vosotros la parentela.

MANFREDO. Venid, mi dulce Isabela.

BELARDO. Dulce Fulgencia, venid.

(*Vanse. Salen CAMILO y LEANDRO.*)

LEANDRO.

Es, sin duda, mayor la bella Nápoles  
que tu fama, señor, y largo prólogo;  
que yo pensaba que el tenerme lástima  
era contarme su grandeza espléndida  
por divertir mi pensamiento mísero  
de una imaginación tan melancólica.

CAMILO.

¿No te agrada en extremo?

LEANDRO.

Estoy mirándola  
por un milagro de los siete célebres.  
¡Qué bravos edificios! ¡Qué gran máquina!  
¡Qué lindas plazas, torres y pirámides,  
y qué castillo y foso fuerte y bélico!  
Pues ¿qué es, señor, mirar tantos artífices  
y tan diversas calles de mecánicos?  
¿Qué es ver tantas naciones de mil géneros,  
de España, Francia, Italia, Córcega,  
hasta los turcos y remotos árabes?  
¡Bien la llaman la bella!

CAMILO.

¡Qué gran límite  
tiene por esta parte su gran término!  
Aquí quiero que mudes de propósito  
y que deseches ese amor intrínseco.  
Aquí hay mujeres de hermosura angélica  
que exceden a la rosa y nieve cándida;  
enamórate de una de ellas, ríndete,

(1) Así en el original. Quizá sea "y que a la mano ya tienen".

y, si te pareciere noble, cástate,  
que ya es cansado aquece tu amor trágico,  
y yace tu Isabela en triste bóveda  
cubierto el rostro de una losa frígida.

LEANDRO.

Ese cuerpo, señor, que dejó el ánimo  
tiene la mía oculta en lo más íntimo;  
tanto, que a no estar ya los miembros débiles  
pudiera andar y hablar sin dar escándalo.  
No me mandes que olvide el primer tálamo  
de mi amada mujer, muerta de súbito,  
que aquellos labios y mejillas cárdenas  
son para mí claveles, rosa y púrpura,  
y están muy frescas mis debidas lágrimas  
para agraviar su amor y honrado túmulo.

CAMILO.

No te canses ahora en esas pláticas,  
que, si amor ya no puede ser recíproco,  
¿de qué sirve querer entre unos mármoles  
unos huesos de tierra sin espíritu?  
Si amar a otra fué remedio fábulo,  
no todos los que quedan son inútiles.  
Aquí hay mil caballeros, hay mil príncipes,  
hay mil soldados fuertes y beligeros,  
con quien puedes tratar cosas políticas;  
finalmente, Leandro, harás buen ánimo.

LEANDRO.

Por agradarte esfuerzo el pecho tímido.

CAMILO.

Tras este triste vendrá un tiempo próspero,  
y para el tiempo son remedios fáciles  
los que imposibles el dolor recela.

LEANDRO.

¡Ay, difunta, bellísima Isabela!

(*Vanse. Sale ROBERTO, príncipe de Nápoles; LEONARDO, caballero, y dos CAZADORES.*)

ROBERTO. ¡Extremada caza ha sido!  
Yo me he holgado en extremo.

LEONARDO. Sí; pero mucho has corrido,  
y, sin el cansancio, temo  
al sol, por julio encendido.

ROBERTO. La frescura, prado y hierba  
de todo su ardor preserva. (1)  
Mucho me holgué cuando vi  
la industria del baharí  
y la traición de la cuerva.

(1) En el texto, "reserva".

FRONDAL. Eso, Príncipe famoso,  
ya parece artificial  
batalla y campo forzoso;  
pero lo que es natural  
se tiene por más gustoso.  
¿No te causó maravilla  
ver la triste pajarilla  
que siguió aquel alcotán?

ROBERTO. Ese fué lance galán,  
y el ver tan cerca seguilla;  
que de miedo que tenía  
del caballo entre los pies  
se me enredaba y metía,  
y en dejándola después  
huyendo otra vez volvía.

CORINEO. Lo que deseaba el lance;  
mas no pudo darle alcance.

LEONARDO. ¡Bravas puntas levantó!

FRONDAL. Pudiera tomarla yo  
casi en el postrero trance,  
que en las manos se me puso  
de miedo del alcotán.

CORINEO. Después se quedó recluso  
por las encinas que están  
en aquel monte confuso.

LEONARDO. Del Príncipe huyendo iría  
al sagrado, que podía,  
porque era delito grave  
matar a su vista un ave.

ROBERTO. No lo mostró su porfía;  
y, para decir verdad,  
ni fué temor ni piedad;  
que, no siendo yo su rey,  
no era crimen contra ley  
de la lesa majestad;  
que el águila, si le viera,  
puede ser que se agraviara.

LEONARDO. Sí; pero en esta ribera,  
cuando el águila volara  
se te humillara y rindiera,  
porque estando tan cercano  
al imperio soberano  
súbdita el águila es,  
pues la pintan a los pies  
del Emperador romano.

ROBERTO. Ahora bien; en cuanto abraza  
nuestro terreno (1) deseo  
hacer una insigne caza.

LEONARDO. A Frondalio y Corineo  
puedes confiar la traza.

CORINEO. Y podrás, cuando te fíes,  
con halcones y neblíes,  
volar cuervas, matar garzas,  
o francolines (1) en zarzas,  
o en el monte jabalíes;  
que tal vez con parda tela,  
donde tuviere la cama,  
dos días antes cercaréla.

ROBERTO. Pues esa es caza de fama.  
Sabed el puesto y haréla,  
y apercibid los sabuesos.

FRONDAL. No sea en montes espesos,  
sino en los que se conocen.

ROBERTO. Bien dices, por que se gocen  
mejor los buenos sucesos.

(Vanse. Sale LEANDRO, alborotado, y CAMILO.)

CAMILO.

¿Qué dices? ¿Estás loco?

LEANDRO.

Estoy muy cuerdo,  
y por eso te llamo con tal priesa.

CAMILO.

Leandro, vuelve en ti.

LEANDRO.

Padre Camilo,  
si no es pura verdad que vi a Isabela,  
la tierra se abra aquí, y aquí me trague.

CAMILO.

¿Qué dices, loco? ¿No quedó en Sicilia  
muerta, enterrada y dentro de una bóveda,  
con un peñasco encima, como Encélado,  
en que después pusieron estos versos,  
que yo leí después?

LEANDRO.

No los recites,  
que no estoy loco ni he menester señas.  
¡Viva es mi esposa, mi mujer es viva!

CAMILO.

¡Calla, que otra será que la parezca!

LEANDRO.

Jamás Naturaleza ni los Cielos  
tuvieron molde para hacer imágene,

(1) En el texto, "severo".

(1) En el original, "franconiles".

que, a su albedrío, pintan lo que quieren,  
y, en haciendo el borrón, rasgan la estampa.

CAMILO.

Bien digo yo, Leandro, que estás loco.  
¿Qué molde ni qué estampa? ¿Qué es aquesto?

LEANDRO.

Padre; si soy cristiano, padre mío,  
si tengo fe, creed mis juramentos:  
¡yo vi a Isabela!

CAMILO.

¿Tú?

LEANDRO.

Yo, digo, y viva.

CAMILO.

¿Cómo la viste o dónde?

LEANDRO.

En una iglesia.

CAMILO.

¿Ves si estás loco? ¡Que enterrarla viste  
en una iglesia, has de decir!

LEANDRO.

No digo,  
sino que aquí la he visto en una iglesia,  
donde llegué, por ser tan nuevo en Nápoles,  
a las voces que daba todo el vulgo,  
diciendo que había allí una novia hermosa.

CAMILO.

¿Qué novia? ¿Desatinas, rapacillo?

LEANDRO.

Yo estoy en mí: la novia es Isabela,  
que con aquel Manfredo se ha casado.

CAMILO.

¿Qué Manfredo?

LEANDRO.

Aquel moro, padre mío,  
que la sacó, sin duda, de la bóveda,  
donde, sin falta, la enterramos viva,  
pensando que era muerte su desmayo.

CAMILO.

El corazón me ha dado una sospecha;

ya te he entendido: ¡vive Dios, que es viva!,  
y que dices verdad, que la ha robado,  
¡y aun plegue al Cielo que no fuese entre ellos  
fingido su concierto y su desmayo!

LEANDRO.

Eso no creo yo de mi Isabela,  
sino que fué robada siendo muerta  
y que después vivió siendo robada;  
y como se disuelve el matrimonio  
por muerte de uno de los que contraen,  
y el otro queda libre y libremente  
puede, si quiere, hacer segundas bodas,  
Isabela, engañada, las ha hecho.

CAMILO:

Leandro, vamos luego a la justicia;  
¿qué digo a la justicia?, al mismo Príncipe,  
que éste no es pleito para andar despacio.  
¿Dijiste alguna cosa cuando viste  
el acto injusto y matrimonio errado?

LEANDRO.

¿Cómo si dije? Dije mil locuras,  
di voces en la iglesia, metí mano,  
pedí mi esposa, y viendo que la gente  
contra mí se volvía y me injuriaba,  
pedíle a Dios y díjele con lágrimas  
que se moviese a defender su causa.  
Entendiéronme bien algunos viejos,  
y, viendo el Sacramento reiterado,  
los dos maridos bellos, y Isabela,  
que confesaba serlo yo primero,  
juntos, con gran favor, deudos y amigos,  
la llevaron al príncipe Roberto,  
informando del caso a un gran letrado,  
por quien temo que falte mi justicia,  
si tú no la defiendes, pues lo eres,  
porque el letrado pienso que es su padre,  
según allí me dijo alguna gente.

CAMILO.

Si él es legista y padre, yo soy padre  
y legista también, y estoy muy cierto  
de mi justicia, que es lo más que importa;  
y ahora, solamente en esta causa,  
agradecido estoy a mis trabajos,  
a mis largos estudios, que habían sido,  
por mi hacienda y nobleza, sin provecho.  
Guía a Palacio, que por el camino,  
de improvisó y sin libros, la memoria,  
siendo despertador tu amor paterno,



me ha de ofrecer los textos y las glosas,  
las leyes, los derechos y opiniones.

LEANDRO.

En tu razón se fundan mis razones.

(*Vanse, y sale el PRÍNCIPE, un GOBERNADOR, FABRICIO y MANFREDO y ISABELA.*)

PRÍNCIPE. Todo lo tengo entendido,  
y es un caso extraño y nuevo.

GOBERNAD. Yo a juzgallo no me atrevo.

PRÍNCIPE. Guarda a la parte un oído  
y podrás, Gobernador,  
cuando información te den,  
no agraviar y juzgar bien.

GOBERNAD. Juzga tú, invicto señor.

PRÍNCIPE. Tú eres mi propia persona,  
y aunque aquí me haces ventaja,  
toma esa grada más baja.

(*Siéntase y el GOBERNADOR a los pies.*)

Respetemos la Corona,  
porque, con mayor razón,  
se te debe este lugar,  
o a mi lado habéis de estar.

GOBERNAD. Grandes tus ejemplos son  
y tu inclinación divina  
en honrar las letras tanto.

PRÍNCIPE. Quiero mirar entre tanto  
su hermosura peregrina,  
y a fe de Rey que es extremo;  
buen pleito tiene esta vez,  
tanto que, siendo el jüez,  
como condenado temo.—  
¿Quién es el segundo esposo?

MANFREDO. ¡Yo, señor!

PRÍNCIPE. Y desdichado.

MANFREDO. ¿En qué?

PRÍNCIPE. En no la haber gozado.

MANFREDO. ¡Tú, señor, me harás dichoso!

PRÍNCIPE. Y el que ahora te detiene  
tanto bien ¿adónde está?  
¿Cómo no viene?

MANFREDO. El vendrá,  
aunque ya pienso que viene.

(*Salen CAMILO y LEANDRO.*)

CAMILO. A tu trono, Rey supremo,  
indignamente me humillo.

LEANDRO. (Ya de ver me maravillo  
mi muerte, que viva temo.)

PRÍNCIPE. ¿Quién eres?

CAMILO. Camilo soy.

PRÍNCIPE. ¿Tu hijo?

LEANDRO. Yo, a tu servicio.

PRÍNCIPE. ¿Quién son Manfredo y Fabricio?

FABRICIO. Aquí, con Manfredo estoy.

PRÍNCIPE. Dicen, Leandro y Manfredo,  
que tenéis padres letrados.

FABRICIO. Los dos somos abogados  
del pleito.

PRÍNCIPE. Contento quedo,  
pues una sangre tenéis  
y un mismo pleito tratáis.  
Vos, dama, ¿qué confesáis?

ISABELA. Todo lo que visto habéis;  
que ya os he dicho, señor,  
que fuí enterrada por muerta.

PRÍNCIPE. Y tú que abriste la puerta  
movido de ciego amor.

MANFREDO. Muerta de allí la saqué  
y entre mis brazos vivió.

PRÍNCIPE. ¿Y qué le pides tú?

LEANDRO. Yo  
mi mujer pido.

PRÍNCIPE. ¿Por qué?

LEANDRO. Porque mientras alma tuvo  
no es matrimonio disuelto.

MANFREDO. Yo, señor, estoy resuelto  
en que ya sin alma estuvo,  
y, al fin, la muerte y entierro  
apartan el matrimonio,  
de que he dado testimonio.

CAMILO. Eso es yerro.

MANFREDO. ¿Cómo yerro?

CAMILO. Hablad, y luego hablaré.

FABRICIO. Prometed darme lugar.

CAMILO. Digo que os dejo informar  
y que luego informaré.

FABRICIO. Que se disuelve, y es llano,  
el matrimonio en la muerte,  
nos lo refiere y advierte,  
como sabes, Justiniano.  
en el Auténtico, (1) *De nuptiis*,  
en el párrafo *deinceps*, (2)  
*quæ mors omnia solvit*, dice:  
y si es verdad que acabó,  
quien a Isabela obligó  
ya muerta, pues contradice  
la ley *nec ab initio Codice de nup-*  
*sit*, que, para su igualdad, [tiis (3)

(1) ¿Querrá decir "En el Digesto"?

(2) Faltan dos versos para que haya redondilla,  
que es el metro que viene rigiendo en esta escena.

(3) También éste y los demás pasajes latinos  
están alterados.

matrimonio y compañía,  
 lo que en latín se diría  
 propiamente sociedad,  
 después de la muerte es vano  
 querer que dure en razón,  
 que es contra la decisión  
 que escribe Papiniano.  
 En la ley *si fratres*, parágrafo  
 ídem, *respondit pro socio*.  
 Y por estas partes vistas,  
 en los términos estamos,  
 de la cuestión que tratamos,  
 teólogos y juristas;  
 pues quieren averiguar  
 si el patrimonio dejado,  
 Lázaro, resucitado,  
 pudo volver a tomar;  
 pues es verdad que sería,  
 como de cosas tan llanas,  
 partido entre sus hermanas,  
 que fueron Marta y María;  
 y que si, siendo casado,  
 pudo otra vez compeler  
 a continuar su mujer  
 el matrimonio pasado.  
 Y aunque en esta diferencia,  
 que en mi favor testifico,  
 a Cursio, con Alberico,  
 defiendan lo que es herencia,  
 en la ley tres, *Digestis de légibus*  
 que los bienes le volviesen  
 que primero poseyó,  
 donde argumento quedó  
 que algunas leyes dijese  
 que el hombre que condenado  
 a muerte civil ha sido,  
 y después restituído  
 del Rey al primero estado,  
 vuelva a sus bienes también,  
 herencias y posesiones,  
 como muchas decisiones  
 de Emperadores se ven.  
 En el título *Códice, de sententiarum,*  
*passis et restitutis*.  
 Y que así el restituído  
 del Príncipe celestial  
 a la vida natural,  
 que, en efecto, habrá perdido,  
 se deba restituír  
 a los bienes. De otra suerte,  
 de otros la opinión se advierte  
 que debo en esto seguir,

que en este Real Teatro  
 no es bien que cansaros piense;  
 leed a Antonio Brigense  
 la cuestión cincuenta y cuatro,  
 y es opinión singular  
 que las que herederas fueron,  
 el dominio que adquirieron  
 no se les pueda quitar.  
 Ley *id quod nostrum de regula ju-*  
*ley qui res*, paragrafo *ad cam [ris;*  
*de solutionibus*.  
 Cuanto al matrimonio, fué  
 menester nuevo contrato.  
 porque aquel primero trato  
 por muerte disuelto fué.  
 Y esto quiero que oiga el Rey,  
 que, volviéndose a casar,  
 no se le pudo estorbar  
 argumento de la ley  
*Quod si minor, § scuola*  
*de minoribus*.  
 Que, si quitarle pudiera  
 después el otro marido,  
 como aquí se ha defendido,  
 un absurdo se siguiera,  
 y es que en la resurrección  
 universal de los muertos,  
 si no estuviéramos ciertos,  
 que es cierta aquesta opinión,  
 ser alguno, cuando nombres,  
 las causas que en contra quieres,  
 marido de mil mujeres  
 y una mujer de mil hombres;  
 y el casar no implica mal  
 cuantas veces se enviudara,  
 como mejor lo declara  
 el capítulo final *De sponsalibus*.

CAMILO.

¿Has dicho?

FABRICIO.

Dije.

CAMILO.

Y largamente has dicho.

Y así, pruebo que nunca fué disuelto  
 el matrimonio de Isabela y Leandro,  
 ni aconteció tampoco en estos términos  
 que has alegado en la cuestión de Lázaro:  
 que, en este caso, la común escuela  
 de teólogos prueba que fué muerte

la de Lázaro cierta, y que a su cuerpo la misina alma le fué restituida, y así. después quedó como antes Lázaro, el mismo en todo, en número y especie, y así. tan justo fué darle sus bienes, y declararle (1) fuera tan bien justo como fuera casado, que duraba el mismo matrimonio contraído, como resuelve, respondiendo a todo, Brígenes en el lugar arriba dicho, y Arcediano mejor, en el capítulo *Licet trigesima secunda quaestion octava*, donde el sentido, prueban los teólogos y canonistas, que no pudo Lázaro bautizarse otra vez, reiterando el Sacramento, que es inrepetible. Y en este lugar dice Torquemada que la cuestión de Lázaro es impropia cuando alguno se hubiese hallado vivo, pasadas de su entierro algunas horas, dentro de algún sepulcro, cueva o bóveda, porque éste bien se ve que estuvo vivo, y, cuanto a él, no hay que dudar, ni puede, en lo que es extinción del matrimonio, pues siempre duró en él; con lo cual vemos que se dice de nuestro caso *in terminis* y es llana la justicia de Leandro.

PRÍNCIPE. ¿Tenéis ya más que alegar?

CAMILO. Para tan clara razón,  
¿qué mayor comprobación?  
¡Bien puedes, Rey, sentenciar!

FABRICIO. ¿Tan seguro estás?

CAMILO. ¿Pues no?  
¡Bien sabes tú la verdad!

FABRICIO. La que digo.

CAMILO. Esa es maldad.

FABRICIO. Puedo enseñarte.

CAMILO. ¿Quién?

FABRICIO. Yo.

CAMILO. Tu alabanza es vituperio.

LEANDRO. Y si esto no es suficiente,  
acusó criminalmente  
a Manfredo de adulterio.

PRÍNCIPE. Paso, no haya más. ¿Qué dices,  
Gobernador?

GOBERNAD. Que tú eres  
juez.

PRÍNCIPE. Di lo que supieres.

GOBERNAD. Basta que tú lo autorices.  
Señor, a mi parecer,  
el matrimonio primero  
es válido.

PRÍNCIPE. ¿Cómo?

GOBERNAD. Quiero  
que lo entiendas.—Di; mujer  
de Leandro, ¿no lo fuiste?

ISABELA. Sí que lo fuí; pero advierte  
que me aparté con la muerte.

GOBERNAD. ¿Cómo, si viva estuviste?  
¿Tenías alma?

ISABELA. Sí, señor.

GOBERNAD. ¿Con qué le distes la fe?

ISABELA. Con el alma.

GOBERNAD. Luego fué  
casarse otra vez error.  
Esto es, señor, lo que entiendo.

PRÍNCIPE. Pues ¿qué hay más que confirmallo?  
Eso juzgo y eso fallo  
*pro tribunali sedendo*.

GOBERNAD. ¿Que Leandro goce de ella  
mandas?

PRÍNCIPE. Escribir se puede,  
con tal que Manfredo quede  
absuelto de la querella,  
a quien, de lástima, ofrezco  
de mi palacio una dama.

GOBERNAD. ¡Extraño pleito!

PRÍNCIPE. De fama.)

LEANDRO. ¡Victoria, laurel merezco!  
Dame esa mano, Isabela,  
y olvídense lo pasado.

ISABELA. Con tu amor me has obligado.

LEANDRO. Deuda ha sido.

ISABELA. Pagaréla.

MANFREDO. Perdí mi Isabela amada,  
pero ya el Rey me remedia  
[y aquí acaba la comedia  
de *La Difunta pleitcada*].

FIN

(1) En el texto, "declare".



# DIOS HACE REYES

COMEDIA FAMOSA DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

|                             |                             |                                 |                             |
|-----------------------------|-----------------------------|---------------------------------|-----------------------------|
| OTÓN, <i>duque.</i>         | ESTELA, <i>condesa.</i>     | DORISTA, <i>dama.</i>           | SILVIA, <i>villana.</i>     |
| LEÓPOLDO, <i>conde.</i>     | FAUSTINA, <i>dama.</i>      | LUCELA, <i>labradora.</i>       | CLAUDIA, <i>emperatriz.</i> |
| LEONIDO, <i>criado.</i>     | AMARILIS, <i>labradora.</i> | CELIO, <i>duque.</i>            | TEOFINDA, <i>infanta.</i>   |
| ALBANO, <i>criado.</i>      | LAURO, <i>labrador.</i>     | FABRICIO, <i>marqués.</i>       | [SECRETARIO.                |
| FABIO, <i>criado.</i>       | LISARDO, <i>estudiante.</i> | RUFINO, <i>criado.</i>          | SIGISMUNDO, <i>criado.</i>  |
| FLORIBERTO, <i>capitán.</i> | BATO, <i>rústico.</i>       | LIDIO, <i>criado.</i>           | CRIDOS.                     |
| CONRADO, <i>emperador.</i>  | ENRIQUE.                    | ROLANDO, <i>conde Palatino.</i> | Una Voz.]                   |

## [ACTO PRIMERO]

(Salen OTÓN, duque de Polonia, y FLORIBERTO.)

FLORIB. Pues ¿no dejarás la espada?

OTÓN. ¿Cómo la puedo dejar,  
pues sin la gloria pasada  
pierdo la que me ha de dar  
una empresa tan honrada?  
Tal fama resulta de ellas  
que, aun no pudiendo acaballas,  
dijo Alejandro por ellas  
que estaba en sólo intentallas  
la gloria de merecellas.

FLORIB. Las competencias iguales,  
a los que emprenden discretos,  
les dan glorias inmortales;  
que no hay iguales efetos  
en las causas desiguales.  
Ya no puedes hallar medio  
para que la empresa acabes:  
Conrado es rey, no hay remedio;  
ya las imperiales aves  
tienen sus armas en medio.  
Pues una vez coronado  
por emperador Conrado  
y rey de romanos, di,  
¿quién te ha de seguir a ti  
de los que te han engañado?  
Ya son pensamientos vanos,  
que, si la fortuna prueba,  
Otón, a trocar las manos,  
es primer móvil que lleva  
tras sí los pechos humanos.  
Ya no hay confianza alguna  
de las que el valor te da;  
y de la amistad, ninguna,

que el más amigo se va  
donde ve mejor fortuna.  
OTÓN. Pues ¿qué te parece a ti  
que pueda hacer en la duda  
que me propones aquí?

FLORIB. Que, pues el tiempo se muda,  
te mudes también.

OTÓN. ¿Yo?

FLORIB. Sí.

OTÓN. ¿Adónde?

FLORIB. A mejor partido,  
y vayas adonde van  
los que te han favorecido.

OTÓN. ¿Qué lisonjas me valdrán  
para conquistar su oído?

FLORIB. ¿Ha de faltarte favor,  
si quieres reconocer

OTÓN. que es tu supremo señor?  
Que me prenda podrá ser  
a título de traidor.  
Y cuando aquesto no fuese  
por asegurar su Imperio,  
podría ser que quisiese  
matarme.

FLORIB. Cuando en Valerio  
mayor ejemplo no hubiese,  
pues que ya le ha perdonado,  
se dirá por él mejor  
que podría ser culpado  
de que vengue Emperador  
las ofensas de Conrado.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Con una dama está aquí  
un gallardo caballero.

OTÓN. ¿Forastero?

CRIADO. Señor, sí.

OTÓN. Di que éntre.

FLORIB. Si es forastero,  
mira, gran señor, por ti.

(*Salen el Conde LEOPOLDO y ESTELA, su mujer.*)

LEOPOLDO. ¿Conóceme vuestra alteza?

OTÓN. ¿No eres el conde Leopoldo?

LEOPOLDO. No pensé que te acordaras  
de mi persona.

OTÓN. Tu rostro  
no ha mudado tu fortuna.

LEOPOLDO. El tiempo lo muda todo.

OTÓN. ¿Qué es esto?

LEOPOLDO. ¿Qué puede ser  
sino salir vitorioso  
tu enemigo?

OTÓN. ¿Hate vencido  
Conrado?

LEOPOLDO. No ha sido poco  
haber salido con vida.

OTÓN. Señora, el Conde fué estorbo  
para pedirlos las manos.

ESTELA. A él mismo la culpa pongo  
de no pedirlos las vuestras.

OTÓN. Bastantes indicios tomo  
de vuestra adversa fortuna,  
pues no viene el Conde solo.

ESTELA. A vuestro sagrado y casa,  
vencido, deshecho y roto,  
ilustrísimo Otón, viene  
el Conde, mi amado esposo.  
Tal es la guerra, por quien  
Conrado, en el mayor trono  
del mundo, oprime la tierra,  
y ya nos falta a nosotros.  
Alta ocasión de venganza  
movió su pecho animoso:  
diez mil hombres puso en campo;  
todos son ya sus despojos.  
Ejército más lucido  
no ha visto el sol luminoso  
desde las primeras armas  
que dieron al mundo asombro;  
pero cuando la fortuna  
muda semblante, son pocos  
los capitanes que Jerjes  
vió sobre el mar proceloso.  
Coronado en Aquisgrán  
y, al fin, vengado de todos,  
ciñen sus antiguas armas  
águilas en campo de oro.  
Mas no piense que seguro.

porque si vos, generoso  
Príncipe, al Conde queréis  
dar vuestra ayuda y socorro,  
de la silla del Imperio  
bajará más presuroso  
que cometa por el aire.

LEOPOLDO. Otón, a esos pies me postro,  
a esos pies socorro pido,  
y desde agora propongo  
no desceñirme la espada  
hasta volver vitorioso  
de vuestro enemigo y mío,  
que, juntos de polo a polo,  
conquistaremos los dos  
más fuertes que el Macedonio.  
Mal puesto, mal defendido  
de blancos y verdes olmos,  
con las hojas de dos caras,  
traidores a un manso arroyo,  
fué causa de ser rompidos  
mis soldados valerosos,  
alojados en pantanos  
hasta los rayos de Apolo.  
No me llevó las banderas,  
que las pusieron en cobro,  
de propia sangre esmaltadas,  
sus dueños, valientes godos.  
Estas verán otra vez  
que sus tierras talo y corro,  
y que, con desnuda espada,  
pierdo el respeto a sus ojos,  
y está en que vos prometáis  
lo que es justo y aun forzoso,  
que vos veréis con qué prisa  
de su laurel os coronó.  
Si el Cielo nos diere hijos,  
que a las paces interpongo,  
podrán juntar nuestra sangre,  
ligados en matrimonio.  
¡Muera Conrado, Otón fuerte,  
y antes que lo intenten otros,  
sea vuestro su laurel!

OTÓN. Por mil imposibles rompo,  
animado del valor,  
que en ese pecho conozco.  
Descansad, que más despacio  
podremos trazar el modo  
como hacer guerra a Conrado.

LEOPOLDO. Vos veréis cómo le arrojo  
a sus principios humildes  
desde sus intentos locos.

(*Vanse él y ESTELA.*)

OTÓN. ¿Qué te parece?

FLORIB. Que ha sido hoy el Conde tu remedio, porque es el más fácil medio de restaurar lo perdido. Dará Conrado por él, y por verle en cautiverio, con la mitad del Imperio, dos partes de su laurel. Escríbele que le tienes en tu poder, y verás cómo si al Conde le das, a hacerle tu amigo vienes. Deja traidores consejos de envidiosos enemigos, y advierte que los amigos son los mejores espejos, que, si quieres, yo seré el que la carta le lleve.

OTÓN. ¿Cumple mi honor lo que debe si rompo al Conde la fe?

FLORIB. Después que se ha introducido esto de razón de Estado, sólo el provecho es letrado, que da a las leyes sentido. A ti te importa tener a Conrado por amigo: si le das a su enemigo, ¿qué mejor lo puedes ser? Dale a este Conde, que ha sido el mayor competidor que el nombre de Emperador en este tiempo ha tenido, y negocia su amistad, que ya en el mundo se ve que aquello es verdad y fe que es propia comodidad.

OTÓN. Quiero tomar tu consejo y escribir que tengo aquí al conde Leopoldo.

FLORIB. En mí tienes el mejor espejo. Esto os ha de hacer amigos.

OTÓN. Tienes razón, Floriberto, que no hay camino más cierto que obligar los enemigos.

(*Vanse, y sale el EMPERADOR CONRADO, con soldados, caja y bandera.*)

CONRADO.

Dulce cosa es llegar alegremente, con la vitoria, y en la patria amada

de envidiarlo laurel ceñir la frente por el valor de la invencible espada.

LEONIDO.

Roma su fama ya olvidada aumente y reverdezcan de la edad pasada los árboles de Marte, que en tus glorias hallan mayor sujeto sus historias.

El triunfo del divino Octaviano se vuelva a ver en bronce eterno escrito; cedan también del español Trajano al arco las pirámides de Egipto; cuantas naciones cerca el Oceano tiemblen tu nombre, y si el laurel marchito de los antiguos Césares renuevas, rindan sus dueños Macedonia y Tebas.

CONRADO.

Desdicha fué no haber al Conde preso y que con las banderas se escapase, que esto faltaba a mi feliz suceso, y que su injusto pecho castigase.

LEONIDO.

Fué la vitoria con tan grande exceso, que, cuando algún aliento le quedase, no le tendrá para volver ninguna fuerza a tentar más veces la fortuna.

CONRADO.

El griego Alcides, que mató animoso aquella sierpe del sangriento busto, vía salir otro dragón furioso: lo mismo pienso de Leopoldo injusto; pero, aflojando el arco belicoso, y dando al niño amor, Marte robusto, lugar con la ocasión de la vitoria, rindamos los despojos de su gloria.

Este balcón solía ser oriente de un sol que a media noche amanecía cuando fui su dichoso pretendiente; la ausencia, en fin, al mismo sol enfrió; duerme al són de las cajas y no siente que la despierta la memoria mía, porque llegué vencido y vitorioso.

LEONIDO.

El sol te oyó.

CONRADO.

Rompió su oriente hermoso.

(*Sale FAUSTINA a la ventana.*)

FAUSTINA. Sea Vuestra Majestad muchas veces bien venido.



CONRADO. No me dice que lo he sido tan dormida voluntad.

FAUSTINA. Esas quejas mi verdad dicen que vienen ociosas.

CONRADO. Entre dudas amorosas  
no sé quién las quejas culpa;  
mas vendrán, con la disculpa de ociosas, a ser celosas.

FAUSTINA. Todo lo quiere vencer  
Vuestra Majestad, señor:  
los unos con el amor,  
los otros con el poder.

CONRADO. Quien de vos lo viene a ser,  
¿cómo dirá que ha vencido?

FAUSTINA. Y la que de vos lo ha sido,  
¿qué os podrá dar por despojos?

CONRADO. Sólo decir esos ojos  
que les pesa de su olvido.

FAUSTINA. Eso fuera si estuvieran enseñados a mentir,  
porque mal pueden decir  
que duermen cuando os esperan.

CONRADO. Cuando ofendido me hubieran,  
a todos los perdonara:  
ya todo el enojo pára.

FAUSTINA. ¿Podré preguntar agora  
cómo venís?

CONRADO. Sí, señora;  
pero no cosa tan clara.  
Pues os he visto, bien veis  
qué salud traigo y qué gusto.

FAUSTINA. De César, de siempre Augusto  
mi laureles merecéis.  
Bésoos los pies.

CONRADO. ¿Ya queréis  
escurecer mi alegría?

FAUSTINA. Es porque luego querría  
ir a besaros la mano.

(*Entrase.*)

CONRADO. ¡Al mayor César romano  
venció la grandeza mía!  
¡Tente, gallarda fortuna,  
para en aqueste favor!  
Mas tu firmeza mayor  
es el no tener ninguna.  
Pero si ya vez alguna  
diste un bien tras otro bien,  
firmes tus plantas estén,  
que no será poca gloria  
que por aquesta vitoria  
nombre de firme te den.

(*Sale FLORIBERTO, capitán.*)

FLORIBERTO.

Puesto que alguna vez, César invicto,  
me hayas visto en el campo con las armas,  
no te debe admirar que a tus pies llegue,  
atrevido, a besarlos.

CONRADO.

Floriberto,  
en la campaña ofendo al enemigo  
y en la ciudad le estimo como amigo.

FLORIBERTO.

Otón me envía a darte alegremente  
el parabién desta vitoria.

CONRADO.

¿Cómo?

FLORIBERTO.

Que Otón me envía, Emperador, a darte  
el parabién de haber vencido al Conde.

CONRADO.

Otón a su nobleza corresponde.

FLORIBERTO.

Desea tu amistad.

CONRADO.

Ansí lo creo,  
que un César de Alemania y Rey de Roma  
mejor es para amigo que enemigo.

FLORIBERTO.

En las obras verás si es ya tu amigo.  
El Conde, roto ya de tu vitoria,  
se fué a valer del Duque, y en su casa  
le tiene con engaño hasta que veas  
cómo quieres que preso te lo entregue.

CONRADO.

Con eso de su fe me satisfaces,  
y siendo así, confirmaremos paces.  
Dile a Otón, Floriberto, que agradezco  
tanto favor, y que si prendo al Conde  
puedo decir que la Corona tengo;  
que me le entregue preso, como dice,  
y seremos amigos para siempre.

FLORIBERTO.

Yo voy, señor, a hacer que le aprisionen,  
para que más seguro te le entregue.

CONRADO.

Lleva aqueste diamante, Floriberto,  
en señal de mi amor y de que es cierto.

FLORIBERTO.

Beso tus pies y de este anillo luego  
haré timbre a mis armas.

CONRADO.

Dios te guarde.

LEONIDO.

¿Qué dices de esta dicha?

CONRADO.

Que es cobarde  
y fementido Otón.

LEONIDO.

Pues ¿qué te importa  
que Otón sea traidor, si el hilo acorta  
a las empresas del valiente Conde?

CONRADO.

¿Y a un Duque de Polonia corresponde  
vender a un hombre que en su amparo tiene  
y que a valerse de su casa viene?

LEONIDO.

Aborrece al traidor, la traición ama.

CONRADO.

Por la causa el efeto se desama.  
Parte, Leonido, por la posta luego  
con una carta mía, y sepa el Conde  
que no he querido por traición prenderle,  
sino en el campo con valor vencerle.

LEONIDO.

¿Al Conde avisas y prenderle puedes?  
¿Mas que has de hacer que arrepentido quedes?

CONRADO.

Intentar las vitorias por traiciones  
nunca fué de magnánimos varones.

(Vanse, y salen OTÓN y ALBANO.)

OTÓN. ¡Bella mujer la Condesa!

ALBANO. ¿No te ha parecido mal?

OTÓN. ¡Oh, hermosura celestial!  
Mi amor la envidia confiesa.

ALBANO. ¿Del Conde la tienes?

OTÓN. Sí.

ALBANO. Pues si le has de entregar preso,  
¿qué más dichoso suceso  
que quedarse Estela aquí?

OTÓN. Temo que le tiene amor  
y que me ha de aborrecer.

ALBANO. No hay tan valiente mujer  
que ponga a un hombre temor.

OTÓN. Si viendo que a su marido  
al Emperador entrego  
tanto se enoja, que luego  
vengo a ser aborrecido  
por donde pensaba amado,  
¿qué tengo de hacer, pues veo  
imposible mi deseo  
y mi amor desatinado?

ALBANO. El tiempo sabe templar  
los corazones de acero.  
Dos remedios darte quiero.

OTÓN. ¿Cuáles?

ALBANO. Servir y esperar;  
que sirviendo y esperando  
no hay cosa humana imposible.

OTÓN. Cuanto me fuere posible  
tengo de intentar amando.  
Regalos excederán  
la misma imaginación.

ALBANO. Notables terceros son;  
tú verás lo que podrán.  
Zeuxis, antiguo pintor,  
hizo en una tabla un día  
una Venus, que excedía  
a la hermosura mayor.  
Tenía tanta beldad  
en brazos, con vista fiera,  
un sátiro, que venciera  
a Tersites en fealdad;  
pero tenía a los pies  
un infinito tesoro  
de perlas, diamantes y oro,  
por cuyo rico interés  
Venus templaba el rigor,  
y que, rompiendo el aljaba  
y flechas, mirando estaba  
al sátiro el niño Amor.  
Esta fuerza tiene el oro:  
el regalar y el rogar.

OTÓN. El Conde.

ALBANO. Si da lugar  
habla a Estela.

OTÓN. A Estela adoro.

(*Salen el CONDE LEOPOLDO y ESTELA.*)

ESTELA. Aquí esta el Duque.

LEOPOLDO. Y aquí  
está toda mi esperanza,  
que no hay otra confianza  
si no es la de Otón en mí.  
OTÓN. Paso, Conde, que lo escucha  
vuestro huésped.

LEOPOLDO. Pues creed  
que para tanta merced  
no es la confianza mucha.  
En esta casa tuvimos  
Estela y yo puerto, amparo,  
asilo y templo.

ESTELA. Está claro  
que por vos, Duque, vivimos;  
y si el Conde agradecido  
no puede mostrarse ahora,  
yo quiero ser su fiadora.

OTÓN. Las manos, señora, os pido.

ESTELA. En las vuestras solamente  
consiste ya nuestra vida,  
y así es mejor que os las pida.

(*Sale FLORIBERTO, capitán.*)

FLORIB. (No sé cómo hablarle intente.)

OTÓN. ¿Es Floriberto?

FLORIB. Yo soy.

OTÓN. Bien seas venido.

FLORIB. (Oye aparte.

OTÓN. Sin vida estoy de esperarte;  
la que me queda te doy.

FLORIB. El Emperador te envía  
los mil agradecimientos,  
y de tus buenos intentos  
la paz de su Imperio fia.  
Dice que al Conde le des  
y te dará...

OTÓN. No prosigas;  
basta que sólo me digas  
que podré besar sus pies.  
Demos traza en la prisión  
del Conde.

FLORIB. ¿Cómo será  
sin alboroto? Que está  
la Condesa en ocasión  
que puede perder la vida.

OTÓN. Esta noche, con secreto,  
tendrán más seguro efecto  
su prisión y mi partida.

Ven a prevenir la gente.)  
Yo tengo, Conde, que hacer.

(*Vanse.*)

LEOPOLDO. Guárdeos Dios.

ESTELA. No hay que temer,  
por más que Conrado intente,  
mientras nos ampara Otón.

LEOPOLDO. Estoy de él tan obligado,  
que es poco darle mi Estado.

(*Sale LEONIDO, criado de CONRADO.*)

LEONIDO. ¿Qué me detengo? Estos son.  
Dadme los pies.

LEOPOLDO.

¿Quién es?

LEONIDO.

Un caballero  
que del emperador Conrado os trae  
esta carta.

LEOPOLDO.

¿Qué es esto? ¿A mí me escribe  
Conrado, ayer vencido de sus manos?

LEONIDO.

Leed, que no es sin causa, y dadla parte  
a la Condesa, aunque secretamente.

ESTELA.

¿Qué puede haber por que escribir intente?

LEOPOLDO. (*lee:*)

“Otón me ha escrito que entregarte quiere  
preso a mis manos para ser mi amigo.  
Guárdate, Conde, de él, que es tu enemigo.”  
¿Hay caso más notable?

ESTELA.

Si no fuera  
por acabar, con todo, con la vida,  
a voces que es traidor Otón dijera.

LEOPOLDO.

No hay mayor mal que una amistad fingida.  
¿Quién, si no tú, tan gran nobleza hiciera,  
Emperador magnánimo?

ESTELA.

No impida  
tu enemistad antigua que agradezcas  
tan gran virtud y que a sus pies te ofrezcas.



LEOPOLDO.

Agora sí que me venció Conrado,  
pues a sus pies me postraré rendido.  
Mas ¿cómo huiré del Duque?

LEONIDO.

Descuidado

de que has su engaño y su traición sabido,  
no pienso que habrá gente convocado  
ni estará de soldados prevenido.

LEOPOLDO.

¿Qué te parece?

ESTELA.

Que a sus pies te arrojes  
y con tanta humildad le desenojes.

Que quien te avisa, Conde, cuando puede  
prenderte, pecho tiene generoso,  
y si perdón, rendido, te concede,  
hará mayor su nombre glorioso.  
Del tuyo harás que satisfecho quede,  
y, agradecido a su valor piadoso,  
darás materia a su imperial grandeza.

LEOPOLDO.

Vamos, aunque me corte la cabeza,  
que más vale morir entre las manos  
de la águila caudal del sacro Imperio  
que vendido entre bárbaros villanos  
con no menos traición que vituperio.

ESTELA.

Yo pienso que los Cielos soberanos  
no amparan tus desdichas sin misterio.

LEOPOLDO.

No ha hecho el Cielo más cruel castigo  
que la traición de un encubierto amigo.

(*Vanse, y salen FAUSTINA y CONRADO.*)

FAUSTINA. El Duque me dió licencia  
para que os viniese a ver.

CONRADO. No os lo quiero agradecer  
después de tan larga ausencia.

FAUSTINA. Quien ama todo es presencia;  
la voluntad toda es ojos.

CONRADO. Cuando os rendí los despojos  
de la vitoria pasada,  
no pude deciros nada  
de mis ausentes enojos.

FAUSTINA. No los tenéis con razón,  
pues de tan vuestra me precio.

CONRADO. Sólo tiene amor de necio  
la poca satisfacción.

FAUSTINA. Tenelda de mi afición  
y vuestro merecimiento.

CONRADO. Lo que fuere atrevimiento  
no me lo habéis de mandar.

FAUSTINA. Más os osara fiar  
si quisiera el pensamiento.

CONRADO. Pues vos, ¿qué podéis temer?

FAUSTINA. La Emperatriz, mi señora.

CONRADO. Segura estaréis agora,  
que está ausente desde ayer.

FAUSTINA. ¿Dónde?

CONRADO. Fuese a entretener  
a un jardín, que anda estos días  
con muchas melancolías  
de su enojoso preñado.

FAUSTINA. Ese decid que es cuidado  
para las tristezas mías.

Dios os dé un hijo que sea  
retrato vuestro y no más.

CONRADO. No tuve dicha jamás  
en lo que más se desea.

FAUSTINA. El Cielo querrá que vea  
este Imperio sucesor  
de vuestra sangre y valor.

CONRADO. Sobre tres que se me, han muerto  
estoy de mi dicha incierto  
y cierto de mi temor.

FAUSTINA. Permita esta vez el Cielo  
que suceda felizmente,  
y que veáis en su frente  
el laurel de todo el suelo.

CONRADO. Créolo de vuestro celo,  
cuando no de vuestro amor.

(Sale FABIO.)

FABIO. Aquí está el Emperador.

CONRADO. ¿Qué hay, Fabio?

FABIO. Presta paciencia.

CONRADO. Nunca hallé yo diferencia  
desde el suceso al temor.

FABIO. Apenas entró contenta  
la Emperatriz, mi señora,  
en la quinta de Albaflor,  
que agora de flores borda  
el más gentil mes del año,  
cuando de algunas congojas  
comenzó a desalentarse;  
mas no con fuerzas tan pocas  
que no diese a los jardines  
otra primavera hermosa,

otras flores a sus cuadros  
y a sus fuentes otro aljófár.  
Entretúvose mirando  
las fábulas amorosas  
de los mármoles que el Arte,  
como otro Ovidio, transforma.  
Mal hizo en disimular;  
pero, en llegando la hora  
que determinaba el Cielo,  
en la misma verde alfombra  
parió muerto un bello infante,  
diciendo así: “¿Qué otra cosa  
se esperaba de mis celos?”,  
dando aquesta causa sola  
para desgracia tan grande.

CONRADO. No digas más.

FAUSTINA. ¡Tiemblo toda!

CONRADO. Diríanla que llegué  
a ofrecerte la vitoria  
del Conde.

FAUSTINA. Estoy, gran señor,  
afligida y temerosa.

CONRADO. Vete, Faustina, y no temas,  
aunque la culpa te pongan  
algunos necios criados  
que a la Emperatriz informan.

FAUSTINA. Beso mil veces tus pies.

(Vase.)

CONRADO. Yo te veré después.—¿Hola?  
Llamad mi gente de caza.

FABIO. ¿Pues no era mejor que agora  
fueras a ver...

CONRADO. Calla, necio,  
que yo sé lo que me importa.  
¿Qué fruto dieron jamás  
los celos con menos costa?  
¿Qué monstruo no engendran celos  
como la Libia arenosa?  
Cuando hicieron los antiguos  
que fuesen las que alborotan  
el mundo tres furias fieras,  
que el infierno mismo asombran,  
bien las pudieran hacer  
cuatro, por la más furiosa  
pasión, poniendo a los celos,  
pensión que los gustos cobran.  
¿A quién no han dado disgustos,  
desde la mayor corona  
hasta la grosera abarca?  
¿Qué veneno, qué ponzoña  
con más violencia discurre

al corazón? ¡Bien os nombran  
espuelas de amor, ay, celos!  
Dadme, montañas fragosas,  
entre vuestras soledades,  
que antiguos robles adornan,  
acogida que entretenga  
mis desdichas, por que rompan  
sus quejas los imposibles  
de vuestras entrañas sordas.  
Dadme fieras a quien mate,  
y entre ellas la más traidora,  
que son los celos, y el mundo  
quedará en paz amorosa.  
Aquí dió fin mi esperanza.  
Finalmente, desde agora  
no quieró gustos de amor  
si con los celos se compran.

(Vanse, y salen AMARILIS, villana, y LAURO, labrador.)

LAURO. Tengo temor.

AMARILIS. ¿Qué temor  
si te aseguran mis ojos?  
Porque si no hubiera enojos  
no hubiera gustos de amor.

LAURO. Conozco que las pendencias  
confirman las amistades,  
y que en grandes voluntades  
caben grandes diferencias.  
Pero si se ha de pasar  
tal morir por tal vivir,  
más me quisiera morir  
que verme en tanto pesar.

AMARILIS. ¿Pásaslo muy mal sin mí?

LAURO. ¡Ay, Amarilis, no esperes  
vida sin ti, pues tú eres  
el alma que vive en mí!  
Quisiera ser cortesano  
para saberte decir.

AMARILIS. Mejor dijeras mentir  
las fuerzas de amor tirano.

LAURO. A la fe, que cuando al suelo  
bajaba la coronada  
noche, de estrellas bañada  
en el temor de su hielo,  
que en ese prado sombrío  
lloraba así mis amores,  
que despertaban las flores  
pensando que era el rocío.  
Que de Venus a mis quejas  
de las ventanas enfrente  
asomó el alba la frente

a sus cristalinas rejas.  
 ¡Qué de veces que lloraba,  
 mi llanto enjugar quería  
 el sol, a quien yo decía  
 que otro mayor esperaba!  
 ¡Qué de veces a la tarde  
 me vieron aquestas fuentes  
 competir con las corrientes  
 para esperarte cobarde!  
 Que como de tus enojos  
 no sabía la ocasión,  
 andábase mi pasión  
 del corazón a los ojos.

AMARILIS. ¿Para qué, Lauro, envidiaste  
 cortesanas discreciones?

¿Adónde tales razones  
 entre el ganado estudiaste?

LAURO. En las escuelas de Amor  
 oí la filosofía  
 de toda la pena mía  
 para saber tu favor.  
 Demás, que no soy tan rudo  
 como algunos arrogantes;  
 pero de Amor no te espantes,  
 si enseñar las piedras pudo.  
 Mas dime: ¿qué hace señor?

AMARILIS. Ya cena con los zagales.

LAURO. Pues ¿cómo, Amarilis, sales?

AMARILIS. Salgo a cenar con tu amor,  
 que he sido su convidada.

LAURO. No ven tal huésped los Cielos  
 como no convida a celos.

(Sale BATO, rústico, con un plato, y SILVIA, villana.)

SILVIA. Sal allá, bestia cansada.

BATO. Denme de cenar a mí,  
 que también yo tengo boca.

AMARILIS. ¿Qué es eso, Bato?

BATO. Esta loca,  
 que siempre me trata así.

AMARILIS. ¿Qué te ha hecho?

SILVIA. Estoy sacando  
 la olla para señor...

BATO. Yo se lo diré mejor,  
 pues que lo está preguntando.  
 ¿Hay en toda la doctrina  
 que sea pecado entrar,  
 cuando sacan de cenar,  
 un cristiano en la cocina?

AMARILIS. No es pecado.

BATO. Pues yo entré,  
 que daba voces señor,

y de la olla al hervor,  
 viéndome llamar, llegué.  
 Díjeme: "¿Qué es lo que manda?"  
 Y un pie de puerco salió,  
 que en latín me respondió,  
 que ya por los puercos anda.  
 Lleguéme más cerca, en fin,  
 y de esta suerte le hablé:  
 "¡Válate el diablo por pie!  
 ¿Quién te ha enseñado latín?"  
 Saltaban alrededor  
 unos garbanzos, que hablaban  
 de lo que al puerco escuchaban,  
 que era notable hablador.  
 Cojo el cucharón...

AMARILIS. Pues bien...

BATO. ¿Aquí fué Troya!

AMARILIS. Y paró...

BATO. En que en la cocina entró  
 Silvia por una sartén  
 y, al pescar una cebolla,  
 me dió cuatro sartenazos  
 que me ha dejado los brazos  
 como el envés de la olla.

AMARILIS. ¿Estarás muerto?

BATO. Así Dios

te dé un marido discreto  
 y que en público y secreto  
 siempre os adoréis los dos,  
 que me des de esa divina  
 mano de nieve animada  
 una licencia firmada  
 para entrar en la cocina.

AMARILIS. Dale siempre su ración,  
 Silvia.

SILVIA. ¿Pues yo qué le quito?

BATO. No se ha visto ni se ha escrito  
 Silvia de tal condición.

(Sale LEONIDO.)

LEONIDO. Ventura ha sido llegar;  
 que revuelto entre nublados  
 bajaba a la mar Apolo  
 por las gradas del ocaso;  
 y es tan oscura la selva  
 y cásanse los peñascos  
 con los árboles, de suerte  
 que es imposible apartarlos.  
 Mucho fué que la cabeza  
 sacase esta casa al campo  
 por las verdes celosías  
 de aquestos álamos altos.



Labradores hay aquí.

LAURO. ¿Quién baja del monte al llano?

LEONIDO. ¿Ah, buenos hombres?

BATO. ¿Quién es?

LEONIDO. ¿No me veis? Yo soy quien llamo.

¿Cúya es esta casería?

AMARILIS. En aquesta casa, hidalgo,  
vive un labrador, de quien  
soy hija.

LEONIDO. Los Cielos santos  
nos quieren dar su favor.  
Sabed, señores, que traigo  
dos huéspedes que alberguéis;  
que de mí no hay que hacer caso.

BATO. ¿Dos huéspedes y él también?  
¿Voto al sol, que nos quedamos  
los de casa sin cenar!  
Oye.

LEONIDO. ¿Qué?

BATO. Venga en cenando.

LEONIDO. Es una dama que viene  
con los dolores del parto.

BATO. ¡Arre allá! ¿Otro huésped más?

AMARILIS. Id por ellos.

LEONIDO. Voy volando.

(Vase.)

BATO. ¿Tres sin el que viene dentro  
como güeso de durazno?

¡Malos años para mí  
si alcanzare carne a Bato!

AMARILIS. ¿Mujer de parto?

LAURO. Eso dice.

SILVIA. Buen agüero dos casados.

BATO. Con mal pie me levanté.

AMARILIS. Piadosa soy. Silvia, vamos  
y démosle nuestra cama.

SILVIA. Límpiala en tanto que saco  
unas sábanas delgadas.

(Vanse. Salen el CONDE LEOPOLDO y ESTELA.)

LEOPOLDO. Señora mía, esforzaos,  
que antes es dicha que aquí  
os suceda este cuidado,  
por si acaso nos ha hecho  
el Emperador engaño.

LAURO. Seáis, señora, bien venida.  
Entrad, que os está aguardando  
la piedad de dos mujeres.

(Vase.)

BATO. La piedad, vaya, yo callo;  
pero la olla, ¿por qué?

ESTELA. Cielo, en tus manos aguardo  
remedio en tanta desdicha.

(Vanse LEOPOLDO y ESTELA.)

BATO. ¿Desdicha es hallar sacando  
la olla? Así me suceda  
cuando vaya caminando.  
Desde que me levanté  
lo vi con agüeros tantos  
que es imposible cenar.  
Lo primero, estaba un grajo  
diciendo mal, en latín,  
de un cisne que iba volando;  
lo segundo, cuatro veces  
rebuznó un sardesco pardo,  
envidioso de una vega  
fértil de laureles sacros;  
sobre celos, dos mujeres  
como grifos se arañaron;  
topé a un hombre a quien debía,  
que es menos topar al diablo.  
No sé qué tengo de hacer.

(Sale LAURO.)

LAURO. ¿Hay felicidad de parto  
como la de esta señora?

BATO. Pues ¿qué ha sucedido, Lauro?

LAURO. Parió un hijo.

BATO. ¿Ya parió?

¡Bendiga Dios el preñado  
que trae en la manga el hijo!

LAURO. ¿Nunca has visto, Bato, un árbol  
que tiene maduro el fruto?

BATO. Parece que aqueste caso  
pasa en alguna comedia,  
y es verdad y ejemplo claro  
de los sucesos del mundo.

(Salen el EMPERADOR, de caza, FABIO y LEONIDO.)

CONRADO. Aquí me perdí cazando.

LEONIDO. Y aquí, señor, está el Conde.

BATO. (¿Más huéspedes?)

CONRADO. ¿Caso extraño!

BATO. (Que me quemén si me alcanza  
media escudilla de caldo.)

LEONIDO. Viendo tu nobleza, quiso  
venir a verte, obligado  
del aviso que le diste.  
Dióle a la Condesa el parto,  
y quedó en esa cabaña.

FABIO. ¿Ah, labradores?

BATO. ¿Llamaron?

LAURO. ¿No lo ves?

BATO. ¿Otros tres más?  
Si me alcanzare un garbanzo,  
que tope en un día seis veces  
a quien debiere.

FABIO. ¿Ah, villanos?  
¿Sabéis quién está presente?  
¿Sabéis quién honra estos campos?  
¿Sabéis que es el mismo César?

BATO. ¿No podéis comer, hermano,  
la olla con cortesía?

FABIO. ¿No advertís que os está hablando  
su majestad?

BATO. ¿Yo qué sé,  
que jamás, o estoy borracho,  
vi olla con majestad,  
sino con cebollas y ajos?

LEONIDO. ¿Parió la Condesa ya?

LAURO. Parió un hermoso muchacho,  
que en vez de llorar se ríe.  
Veisle aquí, que van buscando  
quien le dé el pecho.

BATO. (Apostemos  
que si falta le dan caldo.  
¡Que se hallen a una olla  
condes, reyes, niños!... ¿Cuándo  
la más podrida ha podido  
sufrir en las ancas tantos?)

(Salen SILVIA y AMARILIS con un niño empañado.)

AMARILIS. Bendígate el Cielo, amén.  
¡Qué cara!

SILVIA. Es un ángel bello.

AMARILIS. ¿Qué ojos y qué cabello!  
Vida los Cielos te den.

SILVIA. Es hecho de mil pinceles,  
de mil oros, de mil platas.

AMARILIS. Parece que sobre natas  
han deshojado claveles.  
¿Qué decís? Riendo está.  
¿Hay tal gracia?

CONRADO. Fabio, di  
que lleguen el niño aquí,  
que tal envidia me da.

FABIO. ¿Ah, labradoras?

AMARILIS. ¿Señor?

FABIO. Llegad a su majestad  
ese niño.

AMARILIS. ¿A quién?

FABIO. Llegad,  
que os llama el Emperador.

AMARILIS. Perdone su reverencia.

CONRADO. Dádmele en las manos.

AMARILIS. Creo  
que os ha de poner deseo  
de ver su hermosa presencia.

CONRADO. Bello niño, Dios te guarde.  
(Diga una voz dentro.)

Voz. Ese te ha de suceder.

CONRADO. ¿Qué es esto?

LEONIDO. ¿Qué puede ser?

CONRADO. ¿Hay más desdichas que aguarde?  
¿Adónde esta voz sonó?

LEONIDO. En el aire, me parece.

CONRADO. Pues si tal agüero ofrece,  
no llego a mal tiempo yo;  
pero pudo ser engaño.

Voz. Reinará después de ti.

CONRADO. ¿Oíste lo?

FABIO. Señor, sí.

CONRADO. ¿Qué más claro desengaño?  
¿Leonido?

LEONIDO. ¿Señor?

CONRADO. Advierte.

LEONIDO. De mí te puedes fiar.

CONRADO. Este niño has de matar,  
que está mi vida en su muerte.

LEONIDO. ¡Señor!

CONRADO. El obedecer  
es el mejor sacrificio.

LEONIDO. Yo voy a hacer lo que mandas.  
(Vase con el niño.)

AMARILIS. ¿Adónde lleváis al niño?

CONRADO. A una ama que yo dejé  
entre aquellos pardos riscos,  
de la Emperatriz criada,  
que conmigo al monte vino.

AMARILIS. Dios se lo pague, señor,  
que bien con su esclarecido  
pecho dice esa piedad;  
mas sabe Dios que sentimos  
que nos le quite a nosotras.  
(Sale el CONDE LEOPOLDO.)

LEOPOLDO. ¿Aquí decís que ha venido  
el gran César de Alemania?

CONRADO. ¿Conde?

LEOPOLDO. A vuestros pies invictos  
está, señor soberano,  
preso, humillado y vencido  
el conde Leopoldo.

CONRADO. Ya,  
Leopoldo, somos amigos.  
Alzad del suelo.

LEOPOLDO. Señor,  
 conozco que fuera digno  
 de gran castigo quien fué  
 rebelde a vuestro servicio.  
 Vuestro magnánimo pecho  
 no sólo templó el castigo,  
 pero obliga en el perdón;  
 que vencer los enemigos  
 con la espada, aunque es valor,  
 es más con los beneficios.  
 Yo seré vuestro vasallo,  
 yo seré vuestro cautivo,  
 seré ejemplo de lealtad.

CONRADO. Conde, bien tengo entendido  
 que conoceréis mi amor;  
 huélgome de haberos visto.  
 ¿Cómo tenéis la Condesa?

LEOPOLDO. De manera, que no os pido,  
 gran señor, que la veáis.

CONRADO. Hoy, Conde, he perdido un hijo.  
 Muerto me nació.

LEOPOLDO. Dios sabe  
 que sintiera ver el mío  
 muerto ahora mucho menos.

CONRADO. Con esto, vuelvo al camino,  
 que aquí pensaba quedarme;  
 pero es muy pequeño el sitio  
 para que todos estemos.

LEOPOLDO. Y yo vuelvo más rendido  
 a poner en las estampas  
 vuestras mis labios indignos.

CONRADO. El Cielo os guarde.

LEOPOLDO. Y os dé  
 tal dicha, que hasta los indios  
 vuestras águilas reales  
 lleguen las dos a dos picos.

(Vase el EMPERADOR.)

¿Qué hay de mi niño, pastores?  
 ¿Qué decís? ¿No habláis?

AMARILIS. El niño  
 nos pidió el Emperador  
 contento en verle tan lindo.  
 Mas no sé que oyó en el aire,  
 que el mismo Cielo le dijo,  
 que a la fe que se le lleva  
 diciendo que entre esos pinos  
 tiene un ama que le críe.

LEOPOLDO. ¿A mi hijo?

AMARILIS. A vuestro hijo.

LEOPOLDO. Cielos, ¿qué crueldad es ésta?  
 ¡Oh, Emperador fementido!

¿En mi hijo te has vengado  
 de mis pasados delitos?  
 ¿Un inocente condenas  
 a la muerte? Si yo he sido  
 quien te ofendió, ¿por qué matas  
 un ángel? Mas daré gritos  
 como tigre al cazador.  
 Aguarda, Conrado, indigno  
 de la corona imperial;  
 solo voy, solo te sigo,  
 solo te daré la muerte.  
 Yo soy el Conde; yo mismo  
 el que te quiso quitar  
 el laurel que cuatro siglos  
 honró mi sangre. Aquí tienes  
 a Leopoldo, tu enemigo.  
 Deja en la tierra aquel ángel;  
 hartos tiene el Cielo empiro,  
 que no se ceban leones  
 en tan tiernos corderillos.  
 Aguarda, César, aguarda.

(Vase.)

AMARILIS. Sin seso estoy.

LAURO. Yo perdido.

BATO. Ved en qué paró la olla.

AMARILIS. O ha de perder el juicio,  
 o morir se la Condesa.

LAURO. Id a consolarla.

AMARILIS. Ha sido  
 la desdicha sin consuelo.  
 Ven, Silvia.

SILVIA. ¿Por qué camino  
 la diremos el suceso?

(Vase.)

BATO. Notable dicha he tenido;  
 que con aqueste alboroto,  
 pues anda revuelto el río,  
 pienso dar sobre la olla,  
 y nunca parezca el niño.

## ACTO SEGUNDO

(Salen ENRIQUE con un venablo, y el CONDE LEOPOLDO, ya viejo, con un vestido de pieles, huyendo.)

ENRIQUE. Detente.

LEOPOLDO. ¿Cómo es posible  
 que me pueda detener  
 si tras mí a todo correr



vienes, mancebo invencible?  
 ¿Piensas que soy animal?  
 ¿Piensas que soy bestia fiera?  
 Mas ¡ojalá que lo fuera  
 para no sentir mi mal!  
 Mas pon tu intento en efeto,  
 si matas fieras humanas.

ENRIQUE. A tus venerables canas  
 guardo el debido respeto.  
 Por inaccesibles ya,  
 ninguno se les atreve,  
 que siempre la blanca nieve  
 sobre los montes está.  
 Perdona haberte seguido,  
 porque, a haberme luego hablado,  
 ni tú te hubieras cansado  
 ni yo te hubiera ofendido.  
 No fué mucho ¡oh padre! agora  
 tenerte por animal  
 viéndote hurtar el cristal  
 de aquella fuente sonora.  
 Lo que digo confirmabas,  
 porque, después que bebías,  
 por la barba le volvías  
 el agua que le quitabas.  
 Tiénenme en esta montaña  
 por el mozo más veloz,  
 y parecióme tu voz  
 de las humanas extraña.  
 Amo en aquel castillejo  
 una dama, hija de un hombre  
 a quien debo vida y nombre,  
 caballero, noble y viejo.  
 Que era mi hermana pensé,  
 porque juntos nos crió;  
 mas ya me dice que no;  
 si me engaña, no lo sé.  
 En esta duda, la adoro,  
 y así, servirla deseo,  
 que la ofrezco cuanto veo,  
 fálto de diamantes y oro.  
 No hay jabalí tan cruel  
 que no haya visto a su puerta,  
 de ásperas cerdas cubierta,  
 o la cabeza o la piel.  
 Por la brama del venado,  
 las altas ramas la di:  
 ni hay toro salvaje aquí  
 que no la haya presentado.  
 Aquel ave consagrada  
 a Júpiter, la he rendido,  
 y de la garza ofrecido

la blanca nieve rizada.  
 Y si las manzanas de oro  
 no hubiese hallado Jasón,  
 fuera a matar el dragón  
 y a desencantar el toro.  
 Con esto imaginarás  
 por qué causa te seguía.  
 LEONIDO. Ya fué tiempo en que podría  
 correr más y alcanzar más.  
 Pasó la edad; cuanto vive  
 viene a poder de los años:  
 de mis sucesos extraños  
 será razón que te prive,  
 por ser el día en que ha muerto  
 mi mujer, que en esta cueva  
 te enseñaré.

ENRIQUE. Triste nueva,  
 y que me pesa te advierto.  
 El alma me has alterado,  
 aunque no sé la ocasión,  
 con tener el corazón  
 a desdichas enseñado.

LEONIDO. Mientras que voy a ordenar  
 cómo darla sepultura,  
 puedes mirar su figura;  
 yo no, para no llorar.

*(Vase. Abre una puerta de hiedra a una cueva y  
 vea sentada a ESTELA, difunta, vestida de pieles,  
 y con un libro en la mano.)*

ENRIQUE. ¡Extraña aventura! Apenas  
 creo mis ojos, mas creo  
 mis entrañas, pues las veo  
 de tal sentimiento llenas.  
 Pésame que se haya ido  
 el que me trujo a mirar  
 tal espectáculo y dar  
 esta pintura al sentido.  
 Muestras tiene de mujer  
 que tuvo grande hermosura:  
 casa, en fin, y sepultura  
 lo mismo deben de ser.  
 ¿Por qué causa habrán vivido  
 en este monte? Aquí tiene  
 un libro, mas si contiene  
 la ocasión, ventura ha sido.  
 Tiemblo en llegar a despojos  
 tan fríos; mas ¿qué razón  
 ha obligado al corazón  
 para dar agua a los ojos?  
 Quiérome quitar de aquí,  
 cerralle la puerta quiero,

*(Ciérrala.)*

no entienda aquel caballero  
que hay esta flaqueza en mí.  
El título quiero ver,  
pues de aquí al castillo puedo  
leer parte, aunque con miedo,  
por ser letra de mujer.

(Lea.)

*Historia del Conde*, dice,  
*y de Estela*; ésta sería  
la difunta; a la osadía  
de mi valor contradice.  
¡Que yo me enternezca tanto!  
Pero es cosa natural,  
viendo gente principal  
padecer, moverme a llanto;  
que yo lo debo de ser,  
puesto que no sé quién soy.  
¡Confuso y turbado estoy  
después que te vi, mujer!  
¿Quién eres, que a mi memoria  
tanta confusión ofreces?  
Pero, pues muerta enmudeces,  
sirva de lengua tu historia.  
Aquí serás conocida  
con voz inmortal y fuerte,  
pues, a pesar de la muerte,  
quedó en la historia la vida.

(*Vase, y salen DORISTA, dama, y LUCELA, labradora.*)

DORISTA. ¿Qué tienes, que tal tristeza  
traes todos estos días?  
LUCELA. ¡Pardiez, las tristezas mías  
no tienen pies ni cabeza!  
DORISTA. ¿Qué te falta en cuanto alcanza  
todo este campo que ves?  
LUCELA. A mis pretensiones pies  
y cabeza a mi esperanza.  
DORISTA. ¿Qué puedes tú pretender  
en un monte?  
LUCELA.                   Alguna fiera  
que en sus entrañas pudiera  
con más blandura nacer.  
DORISTA. Dime tu secreto a mí.  
LUCELA. No sé, a la fe, cómo pueda,  
porque sospechosa queda,  
Dorista, el alma de ti.  
DORISTA. ¿De mí? ¿Cómo puede ser?  
LUCELA. Tú eres muy dama y señora,  
y yo humilde labradora:  
mal me podrás entender.  
Cierto pajarillo  
que apenas salió

del nido con pluma  
ni cierta color,  
atrevido viene  
a los prados hoy,  
mirando las flores  
de más perfección.  
A las unas pica  
y a las otras no,  
y entre todas anda  
falso y burlador.  
Avísele el tiempo,  
castíguele amor,  
que los pocos años  
atrevidos son.  
Andanse las aves  
de él alrededor,  
de las cosas nuevas  
propia condición.  
Con los ojos llama,  
rinde con la voz,  
y en haciendo el lance,  
vuela como azor.  
Todas le codician,  
no pierde ocasión,  
mas la que le alcanza,  
nunca más le vió.  
• Ruiseñor le llaman,  
y en hacer favor,  
con unas es ruin,  
con otras señor.  
Quien a tantas burla,  
presto quiera Dios  
que alguna le prenda,  
pues será razón.  
La que menos valga  
le mate de amor,  
que para un mal gusto  
no hay satisfacción.  
¡Oh, qué justo premio  
para su traición,  
que es muy de los libres  
dar en lo peor!  
Estos pajarillos  
bachilleres son  
cuando cantan libres,  
lloran en prisión.  
Ves aquí, Dorista,  
toda la ocasión  
con que estoy sin alma  
y sin vida estoy.  
Pienso que me entiendes;  
no digas que no,

pues con estas señas  
sabes de quién soy.  
Pienso que te quiere;  
discúlpele amor,  
que tú eres señora,  
labradora yo.  
A ti te respeta  
en tu casa el sol;  
a mí, por los campos,  
me muda el color.  
Lo que en ti, señora,  
los diamantes son,  
en mí son las flores  
vista sin valor.  
No tengo esperanza  
con tener temor,  
que sólo en los males  
tengo posesión.  
Con esto, a mi historia  
demostramos fin las dos,  
pues me das tus celos  
y mi amor te doy.

(Vase.)

DORISTA. Ya responder te intentaba  
si aquí Enrique no viniera,  
para que a entender te dijera  
que yo lo imposible amaba.  
¡Ay, de mí! Si son verdades  
las sospechas, ¿en qué estoy?  
que, amando, crédito doy  
a grandes dificultades.  
¿Si será Enrique mi hermano?  
Alma, no me respondáis,  
que, si lo sabéis, me dais  
la muerte con propia mano!

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. ¿No está señor por acá?

DORISTA. ¿Para qué le quieres?

ENRIQUE. Tengo  
que hablarle.

DORISTA. Partióse ya.

¿De qué vienes triste?

ENRIQUE. Vengo  
sólo a saber dónde está.

DORISTA. Pues bien, ¿de qué estás turbado?

¿Qué es lo que te ha sucedido?

ENRIQUE. ¿No lo he de estar si he pasado,  
Dorista, mi abril florido  
preso de un monte en un prado?  
¿No es vergüenza que a mi edad  
pongan término sus peñas?

DORISTA. ¿Qué es esto? Más novedad  
muestran, Enrique esas señas.

ENRIQUE. Yo me parto a la ciudad.

DORISTA. ¿A la ciudad? ¿Qué ocasión  
te mueve a tal desatino?

ENRIQUE. Ver, Dorista, que es razón  
poner mi vida en camino  
de una honrada pretensión.  
Si un arroyo, al caminar,  
se comenzara a parar,  
nunca a ser río llegara,  
y si un río se parara,  
nunca llegara a ser mar.  
Deme mi padre licencia,  
si es mi padre, para hacer  
de aqueste castillo ausencia,  
que ya no quiero tener  
sin esperanza paciencia.  
Y por que sepas que vengo  
con causa determinado,  
oye la razón que tengo,  
que, de obediente y honrado,  
a pedirla me detengo.

DORISTA. ¿Qué razón puedes tú dar  
para matarme?

ENRIQUE. Tú debes  
mi pensamiento animar,  
por ser el alma que mueves  
mi vida a mayor lugar.  
Peinaba la blanca aurora  
sobre los paños del cielo,  
con su peine de marfil,  
al rubio sol los cabellos.  
Iban de sus blancas manos,  
entre cristales deshechos  
de los ojos de la noche,  
los ejércitos huyendo,  
cuando en ese monte, armado  
de mi venablo, me vieron  
las nieves de su cabeza  
y de sus pies los enebros.  
Llegué a una fuente que daba,  
murmurando y aun riendo,  
ocasión a unas pizarras  
para quebralle los hielos,  
y vi en ella un animal,  
que, sobre los pies corriendo,  
con el agua de la barba,  
rastro me dejaba de ellos.  
Seguíle, alcancéle, y dijo:  
"Hombre soy"; entonces, quedo  
tengo el venablo, que ya



buscaba en la espalda el pecho,  
 canas respeto y palabras.  
 Abreme una cueva, y veo  
 difunta su esposa, en traje  
 conforme al monte y al dueño.  
 Fuese por no enternecerse:  
 yo, por mirarla suspenso,  
 déjcle hurtar a mis ojos  
 la extrañeza de su cuerpo.  
 La mujer tenía un libro,  
 aquéste le quito, y veo  
 que el título es una historia,  
 causa de mi nuevo efeto.  
 Refiere que cierto Conde,  
 pretendiente del Imperio  
 cuando le adquirió Conrado,  
 el que agora tiene el cetro,  
 fué vencido en dos batallas;  
 pero que, no siendo preso,  
 andaba entre sus amigos  
 del Emperador huyendo.  
 Llegó cierta noche a un monte,  
 después de varios sucesos,  
 donde parió su mujer  
 un niño de extraño aspecto,  
 porque a quien le bendecía,  
 con no tener sentimiento,  
 pagaba en risa los brazos  
 y en belleza los deseos.  
 Pero, llegando a esta casa  
 el César al mismo tiempo,  
 tomó el niño, y, al mirarle,  
 oyó aquesta voz del Cielo:  
 "Este te ha de suceder";  
 con que, admirado (¡qué ejemplo  
 de crueldad!), mandó matarle,  
 que no hay tirano sin miedo.  
 Llevaron el niño a un monte,  
 y, por no infamar su acero,  
 le encomendaron a un árbol  
 y haberle muerto fingieron.  
 El Conde dice que anduvo  
 por estos montes sin seso,  
 dando a los peñascos alma  
 para responder con ecos.  
 Pero como el tiempo tiene  
 el libro de los remedios,  
 de las desdichas del mundo  
 halló la templanza en ellos.  
 Pero nunca más volvió  
 a sus Estados, temiendo  
 la ira de su fortuna

y la del César soberbio.  
 Allí dice que jamás  
 se cortó barba y cabello,  
 ni salió de aquestos montes.  
 Yo, si no me engaño, entiendo,  
 por lo que dicen de mí,  
 que ser aquel mismo puedo;  
 pero no, que nadie sabe  
 desde niño hasta mancebo  
 adónde o cómo he vivido,  
 y es más cierto haberse muerto  
 al pie de aquel árbol mismo  
 o por el sustento, o siendo  
 la noche homicida suyo  
 con los filos de sus hielos.  
 Como quiera que haya sido,  
 me han dado mil pensamientos,  
 después que el libro leí,  
 de levantarnos al Cielo.  
 ¡Ayuda, así Dios te guarde,  
 Dorista, mi honrado intento,  
 que si en las Cortes soy algo,  
 verás qué gallardo vuelvo!  
 Y que si no eres mi hermana,  
 con dichoso casamiento,  
 vivimos los dos los años  
 que tuviese gusto el Cielo,  
 triunfando tú de mi alma  
 como yo de tus deseos.

DORISTA. A tal determinación,  
 ¿qué ruegos míos podrán  
 forzar tu resolución?  
 Sólo mis ojos dirán  
 lo que siente el corazón.  
 No sé si vas bien fundado,  
 aunque, de ser bien nacido  
 grandes indicios me has dado,  
 y, por dicha, no lo has sido  
 del padre que me ha engendrado.  
 ¡Ay, Enrique, para mí  
 sólo quisiera saber  
 que no eres mi sangre!

ENRIQUE. En mí  
 siento un diferente ser  
 del ser que te quiere a ti.  
 Una manera de amor  
 tan abrasada en deseo,  
 no es sangre, y es el mayor  
 indicio que, si te veo,  
 pierdo a la sangre el temor;  
 que si yo tu hermano fuera,  
 sin deseo te quisiera,

sin esperanza te amara  
y la vergüenza a la cara  
la misma sangre subiera.  
Déjame partir, que creo  
que sin licencia es mejor.

DORISTA. Eso no, que si te veo  
ingrato a tan grande amor,  
culparé mi mal empleo.

ENRIQUE. Bien dices, hablarle es bien  
y tomar su bendición.

DORISTA. ¡Vida los Cielos te den!

ENRIQUE. Hasta ver en posesión  
mis esperanzas también.  
Dame esos brazos.

DORISTA. Aquí  
nos dirán la verdad ellos.  
¿Eres mi hermano, no o sí?

ENRIQUE. Si no lo sientes en ellos,  
¿qué me preguntas a mí?  
Mas que no lo soy es llano,  
y en el abrazo lo veo,  
pues el favor que en él gano,  
más corresponde al deseo  
que no a la parte de hermano.

(*Vanse, y salen el EMPERADOR CONRADO, ya viejo:  
ROLANDO, Conde Palatino, y acompañamiento de  
CRIADOS.*)

CONRADO.

Vuelve, enemigo, a renovar la guerra  
más atrevido Otón.

ROLANDO.

Darle (1) el castigo  
que merece, señor, su atrevimiento.

CONRADO.

No es, Conde, sin favor, que es lo que siento.

ROLANDO.

A tus sagradas águilas no puede  
ave inferior opuesta alzar el vuelo,  
que van ligeras penetrando el Cielo.

CONRADO.

Ha echado, Conde, algunos que le siguen  
con voz de que se harán las amistades  
si mi hija le doy para su hijo  
y le juro después Rey de romanos.

ROLANDO.

No pueden los señores soberanos

rendir partido, Príncipe invictísimo,  
a los vasallos de su mismo Imperio.

CONRADO.

He tenido por grande vituperio  
que éste se atreva a proponerla sólo.

ROLANDO.

Tú debes escoger de polo a polo  
Príncipe igual a sus divinos méritos,  
pues el Cielo te niega hijos varones.

CONRADO.

Acertando, Rolando, de razones,  
te aseguro que el hombre a quien le rinda  
la hermosura y grandeza de Teosinda,  
sea escogido de mis propios ojos;  
pero, para vengar estos enojos,  
toma las armas tú, que yo soy viejo.

ROLANDO.

La guerra apruebo por mejor consejo.

CONRADO.

Junta la gente y en vistoso alarde,  
envidie el sol las tuyas esta tarde.

(*Vase.*)

ROLANDO. ¡Altos pensamientos míos,  
que a tanto Imperio aspiráis,  
supuesto que me perdáis,  
no es bien que perdáis los bríos!  
Quien emprende desvaríos,  
no se queje del suceso,  
que yo, si verdad confieso,  
no excedo de la verdad,  
porque, donde hay igualdad,  
no puede llamarse exceso.

No tiene el Emperador  
más que a Teosinda; el que fuere  
su yerno, el Imperio espere,  
si no le falta el valor.  
De él soy primero elector  
en los Príncipes seglares.  
¡Anda, fortuna, y no pares,  
juega y gana tan gran suerte;  
pero pára, porque acierte,  
y si acierto, no repares!

Añádase el amor justo  
que a Teosinda tiene el alma,  
fuera de ganar la palma  
del Imperio siempre augusto.

(1) Así en el texto. Quizá sea "dale".

Otón me causa disgusto;  
mas ¡ánimo, corazón,  
porque si a vencer a Otón  
vuestra buena dicha alcanza,  
aseguráis la esperanza  
y acercáis la posesión!

*(Sale RUFINO, criado.)*

RUFINO. ¡Gracias a Dios que te veo!

ROLANDO. No te parezca, Rufino,  
que es muy fácil el camino  
por donde va mi deseo,  
y más ya que declarada  
está la guerra de Otón.

RUFINO. No será de tu afición  
esta ocasión deseada,  
pues te ha de obligar a ausencia.

ROLANDO. Antes la estima mi amor,  
que quiere el Emperador  
que castigue su insolencia;  
y como, venciendo a Otón,  
queda Teosinda segura,  
no ha podido mi ventura  
pedir más alta ocasión.

RUFINO. ¿Que tú serás General  
de esta empresa?

ROLANDO. ¿No lo ves?

RUFINO. Luego bien es que me des  
oficio a mi humor igual.

ROLANDO. Entre las armas de Marte,  
siempre confuso rigor,  
nunca tuvo parte amor.

RUFINO. Antes tuvo siempre parte.

ROLANDO. Demás que tú no querrás  
ir a la guerra conmigo.

RUFINO. Tú verás cómo te sigo  
y lo que valgo verás.  
Que si al gusto te serví  
en la paz de aquesta tierra,  
tú me verás en la guerra  
diferente del que fui.

Demás que, si yo te viera  
con diversa inclinación,  
siguiera tu condición,  
y lo que hicieras, hiciera;  
porque el humor del señor  
es la ley de los criados.

ROLANDO. Por agora los cuidados  
quiero que duerman de amor.  
Es muy breve la jornada:  
no hay que tratar otra cosa  
que armas y guerra.

RUFINO. Si ociosa  
culpares, señor, mi espada,  
forma esa queja de mí.

*(Fase el CONDE y sale ENRIQUE.)*

ENRIQUE. Montes de mi patria, ¡adiós!  
Aunque dejo el alma en vos,  
pues ya no he de ser quien fui.  
Perdone vuestra aspereza  
donde tuve el sentimiento,  
que, con las costumbres, quiero  
mudar la naturaleza.  
Después que en la Corte estoy,  
voy perdiendo el sentimiento:  
tal es el divertimento  
que al alma y sentidos doy.

¿Qué extrañas cosas se ven!

Un breve mundo parece;  
por la variedad que ofrece,  
parece a los ojos bien.

¡Válgame Dios, qué de gente,  
qué de dama y caballero!

¿Es posible que hay dinero  
que tanta gala sustente?

Ahora bien: por lo que veo,  
no me ha de faltar a mí.

*(Un cortesano está allí:  
hablarle temo y deseo.)*

RUFINO. ¿Buen mozo!

ENRIQUE. El Cielo, señor,  
os guarde.

RUFINO. Bien seáis venido.  
¿Sois forastero?

ENRIQUE. He vivido,  
entre hidalgo y labrador,  
en una pequeña aldea.  
Vengo a la Corte a vivir.

RUFINO. Si vos venís a servir,  
podrá ser que a morir sea.

ENRIQUE. Pues ¿cómo veo la gente  
tan llena de oro y vestidos?

RUFINO. Porque hay modos no entendidos  
que sólo el dueño lo siente.

ENRIQUE. Eso me habéis de contar.

RUFINO. No haré ni será razón,  
que la primera lición  
de las Cortes es callar.

ENRIQUE. Yo vengo bien instruido  
de un padre honrado y discreto.

RUFINO. ¿Qué os dijo?

ENRIQUE. Oíd, que os prometo  
que os holguéis de darne oído.



Viéndome determinado  
mi viejo padre a partirme  
a la Corte del Imperio,  
de esta manera me dice:  
"Tú vas, Enrique, a la Corte,  
y pues te partes, Enrique,  
cumple las obligaciones  
con que en mi casa naciste.  
A no impedir tu partida  
sola una cosa me impide:  
que es justo que los hidalgos  
junto a los Reyes se críen.  
Son los Reyes como el fuego,  
y de ellos quiero decirte:  
ni tan cerca que te abrasas,  
ni tan lejos que te enfríes.  
Pero si fuere tu suerte  
que a quien sirvieres estime  
tu valor y entendimiento,  
y te mirare apacible,  
piensa que vas por el mar,  
y lleva en la mano firme  
la verdad por astrolabio  
para que los grados mires.  
Mientras más te levantare,  
más te mostrarás humilde,  
para dar a entender que haces  
no más de lo que te dice.  
No desprecies los favores,  
pero no los autorices,  
que basta pensar del dueño  
que te paga lo que sirves;  
pero no de tal manera  
que tus iguales se olviden  
de tenerte aquel respeto  
que tan alto lugar pide.  
Procura aumentar tu casa,  
pero no lo solicites,  
que despertarás contrarios  
que en el honor te lastimen.  
Y si envidiosos tuvieres,  
que es forzoso que te envidien,  
porque es la envidia la sombra  
que al sol de la dicha sigue,  
escóge amigos discretos,  
y de ninguno te fíes,  
a lo menos en las cosas  
que algún peligro imagines.  
Los que vieres lisonjeros,  
son figuras de tapices,  
que están siempre en una acción  
que es condición insufrible.

Mira más los corazones  
que los rostros que se ríen,  
porque son traidores sellos  
que uno tienen y otro imprimen.  
Sé liberal del sombrero,  
aunque cuando te lo quites  
pienses en alguna imagen  
si son las personas viles.  
No quites merced a nadie  
para que no te malquistes,  
porque cuando no la haces,  
no digan que no la dices.  
Nunca tan afable seas  
que puedas arrepentirte  
el día que te cansares  
o quisieres estar triste.  
Haz siempre el bien que pudieres,  
y los sujetos no mires,  
que el bien los amigos guarda  
y los enemigos rinde.  
En cosas de religión  
no será bien que te avise,  
porque naciste en mi casa,  
y harás lo que en ella viste."  
Esto dijo, esto en memoria  
puse, y, llorando, partíme.  
¡No quiera Dios que en la Corte  
tales consejos olvide!

RUFINO. Vos venís bien instruído;  
discreto padre tenéis,  
y pues vos lo parecéis,  
y en el talle bien nacido,  
yo os quiero dar un señor  
tal que os sabrá conocer,  
aunque en servir suele ser  
dicha la regla mejor.

ENRIQUE. ¡Quiero echarme a vuestros pies!

RUFINO. Un consejo quiero daros,  
no cómo habéis de portaros,  
que ya lo sabréis después,  
sino, para sólo entrar,  
vos habéis de persuadir  
que no venís a servir  
con ocasión de medrar.  
Fingíos rico, blasonad  
que no pretendéis favores,  
que no quieren los señores  
hombres con necesidad.  
Buscad también un criado,  
aunque lo venís a ser,  
para que deis a entender  
que daís lo que habéis buscado.

ENRIQUE. Buscadme vos el criado,  
pues sois aquí conocido.

RUFINO. Yo lo haré.

ENRIQUE. La mano os pido.

RUFINO. La voluntad os he dado.

ENRIQUE. ¿Qué dueño me dais?

RUFINO. El Conde  
Palatino, general  
del César, sangre real.

ENRIQUE. Mi obligación os responde.

RUFINO. Es pretensor del Imperio;  
quiere casar con la Infanta.

ENRIQUE. Mi buena dicha me espanta.

RUFINO. No es, Enrique, sin misterio.  
Olvidéme de deciros  
si algunas gracias tenéis.

ENRIQUE. Ya las veréis.

RUFINO. Que podréis  
con ellas, quiero advertiros,  
ganar el pecho real  
del Conde.

ENRIQUE. Hacer mal sabré  
a un caballo.

RUFINO. ¡No pensé  
que era gracia el hacer mal!

ENRIQUE. Hacer mal pienso que oi  
que el regirle bien se llama.  
Sé cantar.

RUFINO. Si es voz de fama,  
gracia es notable.

ENRIQUE. Es así.

RUFINO. Pero si no, gran desgracia.

ENRIQUE. Hago versos.

RUFINO. Puede ser  
que si tenéis qué comer  
halléis quien diga que es gracia.  
¿Tenéis envidia?

ENRIQUE. Yo no.

RUFINO. ¿Decís mal?

ENRIQUE. ¡Nada me inquieta!

RUFINO. Basta. ¡Vos sois buen poeta!

ENRIQUE. ¿En qué lo veis?

RUFINO. Pienso yo  
que quien siempre dice mal  
no está contento de sí.  
¿Sabéis latín?

ENRIQUE. Poco.

RUFINO. Así,  
más basta el buen natural.

ENRIQUE. Un dómine gramatista  
trujeron a nuestra aldea,  
latino de ataracea,

entre ignorante y sofista.  
Enseñónos a hablar mal,  
que era lo que bien sabía.

RUFINO. Amigos negociaría,  
que es siempre el mayor caudal.

ENRIQUE. Deseaba ser famoso  
y descubrió su ignorancia.

RUFINO. Es, Enrique, la ganancia  
de un arrogante envidioso.  
Ven, para que al Conde hablemos,  
y besarásle la mano.

ENRIQUE. ¡Ya, selvas, soy cortesano,  
ya no sé si nos veremos!  
¡No soy ingrato en rigor  
aunque de veros me alejo!  
Pero, pues el alma dejo,  
¿qué mayor señal de amor?

(*Vanse, y sale DORISTA vestida de hombre.*)

DORISTA. ¡Extraña fuerza de amor,  
que a tal desatino obliga!  
Pero ¿quién hay que no diga  
que su pasión es furor,  
si la disculpa mayor  
de los humanos errores  
es cuando son por amores?  
A tener disculpa llevo,  
que Amor es ciego, y un ciego  
no juzga de las colores.

Mi padre viejo he dejado,  
ya por la edad impedido,  
y [a] aquel hermano perdido  
viene a buscar mi cuidado,  
si no es que le ha transformado  
la Corte en ser diferente,  
o que, por nuevo accidente,  
ya no tenga el que tenía,  
porque, de la Corte un día,  
vale por años de ausente.

¡Oh, qué hermosos edificios,  
qué lindas y altas portadas,  
de las armas adornadas,  
que esmaltan sus frontispicios!  
Que de diversos oficios  
ejemplo de su grandeza,  
todo es riqueza y belleza.  
No hay más bien que desear,  
que, por tanto variar,  
es bella naturaleza.

¿De qué me espanto que aquí  
se olviden los más remotos,  
como con él árbol lotos

del griego Ulises oí?  
Si te ha sucedido así,  
Enrique, a la muerte llevo;  
pero consuélome luego,  
que si algún fuego tenías,  
las mismas cenizas frías  
suelen conservar el fuego.

(Salen el DUQUE CELIO, el MARQUÉS FABRICIO y LIDIO, criado.)

CELIO.

¿Sabéis la causa vos de aquesta junta?

FABRICIO.

Como vos la sabéis, así la entiendo,  
ni más de que nos llama el César.

CELIO.

Creo

que ya, viendo su edad, tiene deseo  
de casar la bellísima Teosinda  
y hacer Rey de romanos a su yerno.

FABRICIO.

Si se gobierna la elección por votos,  
dádmele vos a mí, tendréis el mío.

CELIO.

Que lo seré por mi valor confío.

(Vanse.)

DORISTA.

¿Ah, caballero? ¿Dónde van agora  
estos señores?

LIDIO.

Entran en Consejo,  
que hoy el Emperador los ha llamado,  
o ya para las cosas de su Estado,  
o para prevenciones de la guerra  
que el duque Otón intenta por su tierra.

DORISTA.

¿Sabréis decirme acaso si en Palacio  
asiste un caballero forastero  
llamado Enrique?

LIDIO.

Aquí, señor hidalgo,  
buscar un caballero es desatino.

DORISTA.

¿Por qué, si se conoce en mil estrellas  
la que busca el dudoso navegante?

LIDIO.

Esa ya se conoce y otras muchas;  
pero en aqueste mar, en este abismo,  
será querer buscar de arena un grano.

(Vase.)

DORISTA.

Pienso que mi cuidado ha sido en vano.

(Sale RUFINO.)

RUFINO. Todo se ha hecho a mi gusto;  
que es aqueste forastero  
muy honrado caballero.

DORISTA. Hacer diligencia es justo.

RUFINO. ¡Qué buen paje! Si éste fuese  
a propósito de Enrique,  
que, como a servir se aplique,  
no presumo que le diese  
menos buen señor en él  
que a Enrique he dado en el Conde.)

DORISTA. (Si éste a mi intento responde,  
hallaré mi bien en él.)

RUFINO. Diga, hidalgo, ¿es forastero?

DORISTA. ¿No lo veis?

RUFINO. ¿Queréis servir?

DORISTA. Si aquí he venido a vivir,  
claro está que servir quiero.

RUFINO. Un gentilhombre en mi casa  
un paje me encomendó.  
¿Sabréislo ser?

DORISTA. ¿Por qué no?

RUFINO. Vos ya sabréis lo que pasa.

DORISTA. ¿Qué pasa?

RUFINO. Necesidad.

Que si quien sirve al señor  
la tiene en tanto rigor  
por lo mejor de su edad,  
¿cómo podrá estar sin ella  
el criado del criado?

DORISTA. ¿Qué bien me habéis animado  
en recibirme con ella!

RUFINO. Yo no os tengo de engañar.  
¿Sabéis jugar? Si sabréis.  
En esto os entretendréis,  
que naipes no han de faltar.  
¿Tenéis sarna?

DORISTA. No.

RUFINO. Pues bien;  
¿luego no estáis graduado  
de paje?

DORISTA. No, que he estudiado  
limpieza.



RUFINO. ; Hermoso desdén!  
Sin sábanas muchas noches  
habréis dormido.

DORISTA. Callad,  
que es mucha riguridad.

RUFINO. Poyos y cajas de coches  
ya os deben de conocer;  
camisa, una, y ninguna  
mientras se lava, si alguna  
os hace tanto placer.  
¿Alcagüete? Ya habréis sido  
de este oficio.

DORISTA. Bien supiera  
cuando ocasión se ofreciera.

RUFINO. Quedo, a la junta han venido.  
Con el Conde, mi señor,  
vendrá aqueste gentilhombre.  
¿El nombre?

DORISTA. Celio es mi nombre.

RUFINO. Y no puede ser mejor.

(*Salen CRIADOS, ENRIQUE, el DUQUE CELIO, el MAR-  
QUÉS FABRICIO, el CONDE PALATINO y el EMPERA-  
DOR CONRADO.*)

CONRADO. Tomad, príncipes invictos,  
en aquesta cuadra asientos,  
que no he de salir de aquí  
sin sucesor del Imperio.  
No por la guerra de Otón,  
cuya soberbia desprecio,  
os he llamado a esta junta,  
que ya quien la venza tengo.  
Quiero hacer Rey de romanos,  
tomar vuestros votos quiero  
para saber a quién pueda  
dar esta corona y cetro.  
Por esta cuadra en retratos,  
desde el gran César primero,  
veréis los que fueron dignos  
Alcides de tanto peso.  
Por ellos veréis qué partes  
han de tener quien tras ellos  
se ha de ceñir el laurel,  
cuidado de tantos buenos;  
que yo, si bien es verdad  
que algún pensamiento tengo,  
con amor de mi Teosinda,  
soy padre, engañarme puedo.  
Aunque tú solo pudieras,  
por tu valor, por tu ingenio,  
invictísimo Conrado,  
cuyas armas, cuyos hechos

han penetrado los mares  
y llegado al polo opuesto,  
elegir Rey de romanos,  
que, en fin, ha de ser tu yerno,  
viendo que consejo pides,  
no pienso darte consejo,  
sino ofrecer mi persona,  
pues sabes que la merezco.  
El conde Rolando soy,  
que en todo el Imperio entiendo  
que nadie iguala conmigo.  
Celio. Rolando, menos soberbio;  
tu voto piden aquí,  
no tu persona.

ROLANDO. Yo ofrezco  
mi persona en vez del voto.

CELIO. ¿Y no sabes tú que Celio  
si no es tu igual es mejor?

ROLANDO. Mira lo que dices.

CELIO. Pienso  
que lo tengo bien mirado.

ROLANDO. Al sacro César respeto;  
pero después...

CONRADO. Bueno está.

FABRICIO. César, si bien al silencio  
me obliga la majestad  
de tu persona, ya quiero  
advertirte de quién soy.

CONRADO. Basta, que habéis descubierto  
en las palabras las almas  
y en la soberbia los pechos.  
Yo he de hacer rey de mi mano.

ROLANDO. Yo a tu gusto me sujeto.

CELIO. ¿Quién puede contradecirte?

CONRADO. Traed un laurel.

FABRICIO. No creo  
que querrás determinarte,  
gran señor, sin mucho acuerdo.  
Aquí tienes el laurel.

CELIO. Miralo, César, primero.

CONRADO. Mirándolo estoy; y, en fin,  
me determino. ¿Qué es esto?  
Cayóseme de la mano.

(*Cáesele el laurel de la mano y alzáse ENRIQUE.*)

¿Quién eres tú que del suelo  
te atreviste a levantarle?

ENRIQUE. ¿Yo, señor? Un caballero

que sirvo al Conde desde hoy.

CONRADO. Pues fué mucho atrevimiento.

ENRIQUE. Cayéndose de tus manos  
juzgué, Emperador supremo,

a servicio el levantarle.  
Perdóname si te ofendo,  
porque fué ignorancia en mí  
lo que juzgas por agüero.

CONRADO.

¿Quién eres?

ENRIQUE.

No sé quién soy,  
porque sólo sé que tengo  
por padre un monte, por madre  
una selva que de enebros  
y espinas cercada yace  
entre dos brazos pequeños  
del claro y fértil Danubio.

CONRADO.

Príncipes, aquí suspendo  
la elección de Rey.

CELIO.

Bien haces,  
que no puede breve tiempo  
determinar grandes cosas.

CONRADO.

Oíd: desde aquí establezco  
ley que ninguno de hoy más  
pueda venir en mi Imperio,  
si le acusaren que ignora  
quién su padre y madre fueron.—  
Y a ti, si no lo probares  
en tres días, te condeno  
a destierro de Alemania,  
y desde aquí te destierro.

ENRIQUE.

Gran señor, Dios hace reyes  
y los hombres leyes.

CONRADO.

Pienso  
que el laurel que has levantado  
debe de tener misterio.

(*Vanse el EMPERADOR, CELIO y FABRICIO.*)

ROLANDO.

¿Qué criado, di, Rufino,  
me has dado aquí?

RUFINO.

¿Yo qué entiendo?  
Siempre al César culpan todos  
de que da crédito a agüeros.  
¿Era mucho que un criado,  
viendo el laurel en el suelo,  
le llegase a levantar?

ROLANDO.

Por él sospecho que pierdo  
ser Rey de romanos hoy.

(*Vase.*)

RUFINO.

Mejor lo ha de hacer el Cielo.)  
¿Qué es esto, Enrique?

ENRIQUE.

No sé.

RUFINO.

Parece que estás suspenso.

ENRIQUE.

¿No quieres que me suspenda  
la ley que el César ha hecho?

RUFINO.

¿No tienes padre?

ENRIQUE.

Ni aun madre.

RUFINO.

Pues yo te daré un remedio,  
que te he cobrado afición.  
Pero has de advertir primero  
que tengo un paje que darte.

ENRIQUE.

¡Paje, Rufino! ¿A qué efeto?

RUFINO.

Calla, que has de ser un hombre  
de tu linaje.

ENRIQUE.

Eso creo.

RUFINO.

Llega, Celio.

ENRIQUE.

¿Quién?

DORISTA.

Yo soy.

ENRIQUE.

(¿Qué es esto?)

DORISTA.

(¡Ay, Cielos! ¿Qué veo?  
Mas quiero disimular.)

ENRIQUE.

(No sé, Cielos, cómo puedo  
encubrir tanta alegría.)  
¿De dónde sois?

DORISTA.

Cerca tengo  
mi patria y padres.

ENRIQUE.

¿Queréis  
servirme?

DORISTA.

Serviros quiero.

ENRIQUE.

Seguidme.

DORISTA.

Yo voy tras vos,  
que sólo a serviros vengo.

RUFINO.

No vayas triste.

ENRIQUE.

Bien dices.

Dios hace reyes. ¿Qué temo  
las leyes que hacen los hombres  
a su voluntad sujetos?

### ACTO TERCERO

(*Salen, al són de cajas, el Conde PALATINO y CELIO de generales, ENRIQUE y DORISTA de soldados y RUFINO, y por otra parte el EMPERADOR CONRADO.*)

CONRADO.

Con los brazos os recibo  
agradecido y contento.

ROLANDO.

A tan corto vencimiento  
es el favor excesivo.

CELIO.

El hijo del Duque Otón  
queda vencido y deshecho.

CONRADO.

Siempre de ese heroico pecho  
tuve igual satisfacción.

ROLANDO.

Bésale, Enrique, los pies  
a su majestad.

ENRIQUE.

Señor,  
aunque me oprima el temor,  
osaré llegar.

CONRADO. ¿Quién es?  
 ROLANDO. Aquel soldado sin padre;  
 mas tan valiente y fiel,  
 que no hay romano laurel  
 que no le convenga y cuadre.  
 Por él habemos vencido;  
 que, como otro Horacio armado,  
 fué, invictísimo Conrado,  
 quien dió su nombre al olvido.  
 Que de mayor escuadrón  
 como el de Roma en el Tibre,  
 dejo nuestra gente libre  
 en el Danubio de Otón.  
 Hazle mercedes, que aquí  
 Celio por testigo viene.

CELIO. Quien en tu amparo le tiene,  
 no querrá buscarle en mí.—  
 Pero si yo te he servido  
 sólo quiero, gran señor,  
 no que premies mi valor,  
 sino el que Enrique ha tenido.

CONRADO. Yo os haré, Celio, merced.  
 Pero si de esta vitoria  
 pudo templarse la gloria,  
 que se ha templado creed  
 con traerme a este soldado  
 sin padre, como refieres,  
 pues por cumplir con quien eres  
 de quien soy te has olvidado.  
 No le haré merced primero  
 que sepa quién es.

(Vase.)

ENRIQUE. Yo soy  
 desdichado.

ROLANDO. Y yo te doy  
 palabra de caballero  
 de no olvidar tu valor.

(Vanse él y CELIO.)

DORISTA. ¡Buen premio!

RUFINO. Quieren los reyes  
 que se ejecuten sus leyes.

ENRIQUE. Volverme será mejor.  
 Bien me dijiste, Rufino,  
 la ingratitud de servir.

RUFINO. El que no sabe sufrir  
 erró, sirviendo, el camino.  
 Busca un padre por ahí,  
 pues no te falta invención.

ENRIQUE. Esas malicias no son  
 de amigo.

RUFINO. Mas antes sí;  
 que quien quiere transformar  
 en hombre a quien es mujer,  
 mejor sabrá un padre hacer.

DORISTA. Ya que has dado en porfiar,  
 verdad es que mujer soy;  
 pero soy de Enrique hermana.  
 ¿Hermana?

RUFINO. Es cosa tan llana,  
 como estar adonde estoy.

RUFINO. Pruebo que es mentira.

DORISTA. Di.

RUFINO. Enrique no ha conocido  
 padre; pues ¿cómo ha sabido  
 que eres su hermana?

DORISTA. Es así.  
 Mas ¿no podemos quedar  
 niños en su muerte?

RUFINO. Creo  
 que tenéis los dos deseo  
 de hacerme desesperar.  
 Conozco, en buena opinión,  
 mujeres que se entretienen,  
 que cuantos galanes tienen  
 todos sus parientes son.  
 ¿Qué satisfacción tan fria!  
 “Mi primo”, “mi qué sé yo”,  
 y dormir juntos.

(Sale el CONDE LEOPOLDO, ya en hábito de corte.)

LEOPOLDO. (Llegó  
 de mi desengaño el día.  
 Después que Estela murió  
 el ánimo me ha faltado  
 que tantos años me ha dado  
 la luz que su sol me dió.  
 Pasaba la soledad  
 en su dulce compañía,  
 de aquel monte en que vivía,  
 para mí corte y ciudad.  
 Quitóme el Emperador  
 mi hijo, y dió a sus soldados  
 mis estados, si hay estados  
 que tengan firme valor.  
 Y así ya, desesperado  
 de merecer su perdón,  
 o por no dar ocasión  
 a mi pecho lastimado  
 para intentar la venganza,  
 en el monte me quedé,  
 y, muerta Estela, intenté  
 esta enojosa mudanza.



Ya no conozco la corte,  
ya todo mudado está.  
esta gente me dirá  
algo que a mi vida importe.)  
¿Ah, señores caballeros?

ENRIQUE. ¿Quién es?

LEOPOLDO. Forastero soy,  
que ha días que ausente estoy.

ENRIQUE. Parece que alegra el veros.

LEOPOLDO. Y a mí, de veros, me ha dado  
una súbita alegría.

ENRIQUE. ¿Dónde os he visto?

LEOPOLDO. Sería  
imagen, que os ha burlado,  
de alguno que conocéis.  
Pero a mí me ha sucedido  
lo mismo.

ENRIQUE. Al mejor sentido...  
Vivo retrato ofrecéis  
de un caballero a quien yo  
seguí por fiera algún día,  
que en la cueva en que vivía  
con su esposa me dejó  
para no doblar el llanto  
de su muerte.

LEOPOLDO. El mismo soy,  
que a buscar mi vida voy  
adonde no dure tanto.

ENRIQUE. Padre, que quiero llamaros  
padre; vos venís aquí  
a tiempo, que honrarme a mí  
puede ser causa de honraros.  
Ha hecho el Emperador  
ley que el hombre que ignorare  
quién es su padre no pare  
en su Imperio más.

LEOPOLDO. ¿Qué error!

ENRIQUE. Y habiéndole yo servido  
no me premia.

LEOPOLDO. Hijo, que quiero  
llamaros hijo, y espero  
que en vos halle el que es perdido.  
¿queréis por dicha que diga  
que soy vuestro padre?

ENRIQUE. El Cielo  
me ofrece en vos el consuelo  
que a darle gracias me obliga.  
Eso quiero que digáis.  
Pero no nos sienta este hombre,  
que es amigo en sólo el nombre.

LEOPOLDO. Mucho me honráis si me dais  
el de vuestro padre a mí.

ENRIQUE. ¿Celio?

DORISTA. ¿Señor?

ENRIQUE. Oye aparte.  
Mucho tengo que contarte.

DORISTA. Ya te entiendo.

ENRIQUE. Desde aquí  
tu hábito has de tomar  
con nombre de hermana mía.

DORISTA. Deseo, Enrique, tenía  
de volverme a transformar;  
que pienso que no me quieres  
con tan diferente nombre,  
si bien con acciones de hombre  
no agradan mal las mujeres.

ENRIQUE. Rufino, adiós.

RUFINO. Él os guarde.

ENRIQUE. Vamos, padre.

LEOPOLDO. Enternecido  
me llena el nombre, aunque ha sido  
fingido y hallado tarde.

(Vanse ENRIQUE, DORISTA y LEOPOLDO, y sale ROLANDO.)

ROLANDO.

¿Qué haces solo aquí?

RUFINO.

Cuánto me holgara  
que hubieras, gran señor, antes venido,  
que se fuera de aquí quien te alegrara  
el alma por la vista y el oído.  
La mía, que mil veces no repara  
en lo que puede ser ni en lo que ha sido,  
ha descubierto en tu criado Enrique  
una flaqueza, cuando a tal se aplique.

¿Ves el soldado paje de las plumas,  
el que jamás se aparta de su lado?

¿Dirás tú que es mujer?

ROLANDO.

¿Que tal presumas!

Estoy de tus malicias admirado.

RUFINO.

Después de haber en infinitas sumas  
de engaños juntos la verdad negado,  
confiesan que lo es, si bien se allana  
sólo a decir Enrique que es su hermana.

ROLANDO.

¿Y crees que lo es?

RUFINO.

Casi lo creo,  
del respeto y honor con que le trata.

ROLANDO.

Tú has dado que imagine a mi deseo.

RUFINO.

No te será, si yo la emprendo, ingrata.

ROLANDO.

Háblala en mí.

RUFINO.

No tiene Amor trofeo  
que no le deba al oro y a la plata.

ROLANDO.

El César viene.

(Sale el EMPERADOR.)

CONRADO.

Si es reinar cuidado,  
¿por qué es por bien tenido y envidiado?

ROLANDO.

Pensé que en la venida de esta empresa  
del título me honraras prometido,  
invicto César, y olvidado cesa  
mi nombre y no mis quejas en tu oído.  
Ya Celio, ya Fabricio se confiesa  
inferior a mis prendas; ya he tenido  
sus votos para ser Rey de romanos,  
cuyo sacro laurel puse en tus manos.

Quisiste trasladarle a mi cabeza  
alguna vez, y, con fingido celo,  
le diste al suelo, haciendo a tu grandeza  
agravio injusto con bajarle al suelo;  
los agujeros, que son naturaleza  
de los tiranos, cansan mucho al Cielo;  
si lo fué que lo alzó criado mío,  
bien sucede a heredar tu señorío.

No pienso ya cansarte; sólo quiero  
servirte en guerra y paz, sólo agradarte,  
si bien de conseguirlo desespero  
donde tantos servicios no son parte.  
Acaba de nombrar un extranjero  
si no pueden vasallos obligarte:  
un remoto español, o un africano  
que junte lunas al blasón romano.

(Fase.)

CONRADO. ¿Esto ha de pasar por mí?

¿Hay mayor atrevimiento?

¿Por fuerza quieren que elija  
el sucesor del Imperio?

Pues yo lo haré, y ha de ser  
tan a mi gusto, que pienso  
dársele al primer soldado  
que entre agora en mi aposento.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. Vuestra real majestad  
me dé los pies.

CONRADO. ¿Qué es aquesto?

Estoy diciendo enojado  
que dar el Imperio quiero  
al primer soldado que entre,  
¿y entras tú, Enrique?

ENRIQUE. No vengo  
a darte enojo, señor.

CONRADO. ¿Que es esto? ¿Tantos agujeros?  
Apenas para tratar  
sucesión la lengua muevo  
¿cuando te pones delante?  
¿Quién eres, Enrique?

ENRIQUE. Espero  
que mi inocencia merezca  
perdón en tu heroico pecho.  
A mostrarte el padre mío  
vengo.—Padre, entrad.

(Sale LEOPOLDO.)

LEOPOLDO. Recelo  
que ofenda tus pies mi boca.

CONRADO. Levántate, honrado viejo.  
¿Eres tú padre de Enrique?

LEOPOLDO. Sí, señor.

CONRADO. ¿Cierto?

LEOPOLDO. Tan cierto  
como ser tú Emperador  
de Alemania. (Santos Cielos, ¡Ay!)  
perdonad esta mentira,  
aunque pienso que no miento.)

CONRADO. ¿De dónde eres?

LEOPOLDO. De Altaflor.

CONRADO. ¿Qué fué tu entretenimiento?

LEOPOLDO. La guerra hasta que me trujo  
a la ociosa paz el tiempo.

CONRADO. ¿Quién fué tu padre?

LEOPOLDO. Señor,  
no dice la ley que has hecho  
más de que a un hombre conozcan  
padre, o sea vivo o sea muerto.

Que si das en inquirir,  
más que padres, te prometo  
que des en un imposible  
y que revuelvas tus reinos.

CONRADO. Yo sé lo que te pregunto.

LEOPOLDO. Si tienes algún recelo  
de Enrique, es desdicha suya,  
porque este humilde mancebo  
se ha criado en una aldea,  
ya tirando, ya esgrimiendo,  
y, por saber su valor,  
le di, entre otros consejos,  
que se viniese a la Corte.  
Si te ha servido, que tengo  
noticia de sus hazañas,  
no pierda por mí, que puedo  
mostrarte algunas heridas  
que no me pagó tu Imperio.

CONRADO. ¿Qué me atormentan cuidados?  
¿Qué me persiguen agüeros  
de que de aquel mi enemigo  
vive la sangre que temo?

(Sale el SECRETARIO y el DUQUE CELIO.)

SECRETAR. El Duque Celio está aquí.

CELIO. Dicen, señor, que me has hecho  
merced por esta jornada,  
y a besarte los pies vengo.

CONRADO. ¿Secretario?

SECRETAR. ¿Señor?

CONRADO. Trae  
de aquel bufete primero,  
dos papeles que, doblados,  
junto al escritorio dejo.—

(Vase el SECRETARIO.)

Ahora, Celio, verás  
cómo tus servicios premio,  
pues hasta humildes soldados  
no me han de quedar sin ellos.  
A todos quiero animar  
para las guerras que espero,  
porque cualquiera virtud,  
premiada, recibe aumento.

CELIO. Harás una cosa digna  
de tu generoso pecho;  
aumentarás tu opinión,  
ennoblecerás tu Imperio  
y dilatarás tu nombre  
desde este polo al opuesto.

(Sale el SECRETARIO con los papeles.)

SECRETAR. Estos son los dos papeles.

CONRADO. Toma, Celio, y está cierto  
que el cetro fuera de entrambos  
si se dividiera el cetro.—  
Tú, Enrique, aqueste papel,  
y acude a mi Tesorero.

(Vase.)

CELIO. Los Cielos guarden tu vida  
por la merced que me has hecho.

ENRIQUE. Tiemblen tu nombre, señor,  
scitas blancos y indios negros.

CELIO. Quiero ver lo que me ha dado,  
pues a los pies viene puesto.

(Lea:)

“Da Vuestra Real Majestad  
diez mil ducados (¡Ay, Cielos!)  
al que este papel mostrare  
por los servicios que ha hecho  
en la jornada de Otón.”  
¿Diez mil ducados? ¿Qué es esto?  
Pues a un hombre como yo,  
pretensor de aqueste Imperio,  
que esperaba que a Teosinda  
le dieran en casamiento,  
¿paga de esta suerte el César?  
Vive Dios, que no soy Celio,  
ni noble, ni descendiente  
de mis ilustres agüelos  
si no revuelvo a Alemania!  
Tomaré las armas luego,  
y pues me da la ocasión  
yo la asiré los cabellos.

(Vase.)

ENRIQUE. Padre mío, yo he leído  
las mercedes que me ha hecho  
el César, que guarde Dios,  
y, si no es perder el seso,  
no sé qué dé a mi fortuna  
en justo agradecimiento.  
Conde de Suecia soy,  
que es lo mejor de este Imperio,  
tierra fértil, rica y grande  
entre el Danubio y el Rheno.  
No hay príncipe en Alemania,  
ni del mundo en otros reinos,  
que en riqueza ni en vasallos  
me pueda igualar.

LEOPOLDO. No quiero,  
hijo, mostrarte en palabras  
el regocijo que tengo.



Dame mil veces los brazos  
y digan los ojos tiernos,  
con el agua que los baña,  
del alma los sentimientos.

ENRIQUE. Padre, yo voy a saber  
lo que he de hacer, por que luego  
al César bese la mano.

(*Vase.*)

LEOPOLDO. Prospera tu vida el Cielo.  
¡Ay! Si supiese Conrado  
que hoy a sus plantas se ha puesto  
el conde Leopoldo, en quien  
tantas crueldades ha hecho.  
Y ¡ay, Dios! si fuese este Enrique  
mi hijo y no fuese muerto,  
como mil veces me dice  
el corazón en el pecho...  
Que si esto fuese verdad  
a mi fortuna agradezco  
tantos indignos agravios,  
tantos injustos tormentos.

(*Salen RUFINO y DORISTA, ya en hábito de dama.*)

RUFINO. El Conde lo sospechaba  
y yo dije que era así.

DORISTA. ¿Qué le dijiste de mí?

RUFINO. Que tu honor acreditaba  
la honestidad y el respeto  
con que Enrique procedía.

DORISTA. Trújome en su compañía  
Enrique, como discreto.  
Que pone, si hay larga ausencia,  
la mujer de más lealtad,  
no digo su honestidad,  
su opinión en contingencia.

RUFINO. El Conde está asegurado  
que eres su hermana, y así  
te quiso ofrecer por mí,  
con su persona, su Estado.  
Es Príncipe de este Imperio;  
no errarás en agradalle.

DORISTA. Dile a tu lengua que calle  
tanta infamia y vituperio;  
que cuando Enrique no fuera  
quien es, ni el César honrado  
sus servicios de un Estado  
tan poderoso no hubiera,  
nallara por muchos años  
la misma defensa en mí,  
porque más noble nació  
que imaginan sus engaños.

RUFINO. ¿Estado a Enrique?

DORISTA. ¿No es ya  
Conde de Suecia?

RUFINO. ¿Quién?

DORISTA. Enrique.

RUFINO. Si parabién  
de una mentira se da,  
como suele suceder  
- en pretendientes de Corte,  
tu mismo gusto le corte  
con ingenio de mujer.  
¿Conde de Suecia Enrique,  
ayer del Conde criado?

DORISTA. Por sus manos lo ha ganado,  
aunque la envidia replique.  
Esto al Conde le dirás  
y que reporte su amor,  
porque ya tiene mi honor  
aquesta defensa más.

(*Vase.*)

RUFINO. ¿Qué es esto, ingrata fortuna?  
¿Nubes de títulos ya?  
¿Cuándo en Rufino caerá  
de tus mercedes alguna?  
¿Yo también no fui soldado?  
¿He sido cobarde yo?

(*Sale ROLANDO, conde palatino.*)

ROLANDO. ¿Quién respuesta no aguardó? (1)  
¡Oh, larga esperanza vana!  
¿Adónde engañado voy,  
pues lo que prometes hoy  
es lo mismo que mañana?  
¿Rufino?

RUFINO. ¿Señor?

ROLANDO. ¿Has visto  
a Enrique?

RUFINO. Ya con respeto  
hablo de Enrique.

ROLANDO. ¿A qué efeto?

RUFINO. La risa apenas resisto.  
Hizole su majestad  
Conde de Suecia.

ROLANDO. ¿A quién?

RUFINO. A Enrique.

ROLANDO. Piensa más bien  
tus burlas.

RUFINO. Digo verdad,

(1) Falta un verso después de éste para la redondilla.

y que la mayor grandeza  
de un rey es levantar hombres  
a altos lugares y nombres  
del polvo de su bajeza,  
porque no hay cosa en que a Dios  
imiten más.

ROLANDO. Es suceso  
que puede, por este exceso,  
dar mayor nombre a los dos:  
al César, de liberal,  
y a Enrique, de venturoso.  
Mas ¿quién sino un poderoso  
pudiera criar su igual?  
Vaya a besarle los pies  
la guerra y diga que ha sido  
otro Alejandro.

RUFINO. He querido  
hablar a Celia después  
de este título en tu amor,  
y responde que es hermana  
de Enrique.

ROLANDO. Ya juzgo vana  
mi esperanza en su favor.  
Prosigue en solicitalla  
mientras doy el parabién  
a Enrique.

RUFINO. Pienso también  
que será imposible hablalla  
de títulos a esta parte,  
pues todo se ha de mudar.

ROLANDO. ¿Qué puedes aventurar?

RUFINO. La vida por agradarte.

ROLANDO. Ya de Enrique la mudanza  
a toda envidia destierra,  
porque privar por la guerra  
es la más justa privanza.

(Vase.)

RUFINO. Para todo es menester  
ventura, porque sin ella  
es servir con mala estrella  
y en vez de ganar perder.

(Sale el EMPERADOR CONRADO.)

CONRADO.

Ya con esta merced que pretendía  
estará sosegado el Duque Celio.

Rufino, ¿cómo ya no quieres verme?

RUFINO.

Antes tú no me ves, pues no me pagas  
el haberte servido en esta guerra.

CONRADO.

¿Ibas a huir o a pelear?

RUFINO.

A todo,  
que lo que viera hacer pienso que hiciera.

CONRADO.

¿Qué hay por allá?

RUFINO.

Señor, mujeres y hombres,  
buenos y malos, necios y discretos,  
mancebos sin salud y viejos locos.

CONRADO.

Y ¿qué dicen de mí? ¿No me respondes?  
Habla, Rufino. ¿Callas?

RUFINO.

A los príncipes  
no se ha de decir nada, que alaballos  
es lisonja y engaño, pues decirlos  
algo que no conforme a su grandeza,  
es poner a peligro la cabeza.  
Mas diciendo verdad, César invicto,  
¡por Dios! que te aman todos igualmente,  
y aun yo con no me dar cosa ninguna,  
porque en aquesto culpo a mi fortuna.

CONRADO.

Desdicha es de los príncipes, que sólo  
por lo que damos nos estima el mundo.

RUFINO.

Engañaste, señor, que el ser amado  
de tus virtudes nace.

CONRADO.

Di, Rufino,  
a Heraclio que te dé dos mil ducados.

RUFINO.

Dos mil años de vida te dé el Cielo,  
a ducado por año.

CONRADO.

Ya que tiene  
Celio el premio debido a sus servicios  
y Fabricio en su tierra se ha casado,  
pues a razón tan justa corresponde,  
mi hija libremente daré al Conde.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. Beso tus pies, gran señor,  
por la merced que me has hecho,  
tan digna de tu valor.

CONRADO. ¿Que siempre alteras mi pecho?  
¿Puede haber mayor temor?  
Digo que le quiero dar  
mi hija al Conde, y tú pides  
mi mano luego.

ENRIQUE. A besar  
tu mano, si no lo impides,  
me has obligado a llegar,  
y como del Conde hablaste,  
y Conde, señor, me hiciste,  
parece que te alteraste  
de ver que tu hija diste  
al título que nombraste.

CONRADO. ¿Conde yo a ti?

ENRIQUE. Sí, señor,  
de Suecia, y por tu mano.

CONRADO. ¡Troqué el papel, bravo error!  
¿Qué puede el poder humano  
contra el divino valor?  
Claramente echo de ver  
que aquéste debe de ser  
hijo del Conde, heredero  
de este Imperio; mas ¿qué espero  
entre dudar y temer?  
¿Cómo no quito la vida  
a este mozo, aunque lo impida  
su fortuna? Mas no es justo  
que con público disgusto  
sepan que soy su homicida.)  
¿Enrique?

ENRIQUE. ¿Señor?

CONRADO. Yo estoy  
del Duque Celio enojado:  
quiero que te partas hoy  
a sacarme de un cuidado.  
ENRIQUE. Tu esclavo y vasallo soy.  
CONRADO. A la Emperatriz darás  
una carta. Ven conmigo  
y escribiréla.

ENRIQUE. Verás  
que a más humildad me obligo  
cuanto me ensalzares más.

CONRADO. (Algo mi temor infiere,  
pues que tanto me combate,  
para que su muerte espere.  
Mas ¿qué importa que le mate  
si el Cielo guardarle quiere?)

(Vanse, y sale DORISTA sola.)

DORISTA.

Que amor de ociosidad principio tiene,  
y que en la ocupación anda templado,  
he visto, Enrique mío, tu cuidado  
después que en los palacios se entretiene.

Pues ya también que la fortuna viene  
a levantarte a tan dichoso estado,  
¿qué esperanza tendré de haberte amado,  
que, de perderte, el justo miedo enfrene?

De verte en alto, mis sospechas crecen,  
pues a cuantos levanta la fortuna,  
el lugar en que estaban aborrecen.

Que si principios te han de dar alguna,  
por no ver las memorias que te ofrecen,  
ya no querrás tener de mí ninguna.

(Sale el CONDE LEOPOLDO.)

LEOPOLDO. Una visita ha llegado  
que no se puede excusar.

DORISTA. Vos sí de venirme a dar  
de la visita el recado.  
Mas no será sin misterio,  
pues que vos me guardáis ya.

LEOPOLDO. Aquí no menos está  
que un Príncipe del Imperio.

DORISTA. ¿Quién?

LEOPOLDO. El Conde Palatino.

DORISTA. Entre su excelencia.

(Sale ROLANDO, conde Palatino.)

ROLANDO. ¿A dar  
un parabién puede entrar  
un deudo, amigo y vecino,  
sin sospecha ni recelo?

DORISTA. ¿Cuál sospecha puede haber  
donde vos venís a ser  
protector después del Cielo?  
Hoy Enrique se confiesa  
más vuestro que fué jamás.

ROLANDO. No tratemos de eso más,  
que de escucharlo me pesa.  
El ha de ser dueño mío,  
como, en fin, tan gran señor.

DORISTA. Vuestro ha sido su valor,  
y que ha de tener confío  
siempre el agradecimiento  
que os debe por tal ventura.

ROLANDO. Ya, señora, a esa herinosura,  
a ese raro entendimiento,  
daremos Príncipe igual,



si con vos le puede haber,  
que mal puede comprehender  
lo humano a lo celestial.

DORISTA. No pienso yo que mi hermano  
tiene ese cuidado agora.

ROLANDO. Pues yo le tengo, señora,  
de ganalle por la mano.

DORISTA. ¿Qué ruido es ése?

LEOPOLDO. Hasta aquí  
con máscaras han entrado  
algunos hombres.

DORISTA. No he estado  
sin causa lejos de mí.

*(Salen RUFINO y tres CRIADOS con máscaras y espadas desnudas.)*

RUFINO. Vuestra Excelencia nos dé  
para esta prenda licencia.

DORISTA. Si lo mandó Su Excelencia,  
sí haré.

ROLANDO. ¡Nunca tal mandé;  
antes sacaré la espada!  
¡Fuera traidores!

DORISTA. ¡Ay, Cielos!

*(Llévanla.)*

LEOPOLDO. No tuve en vano recelos  
de licencia tan mal dada;  
mas, pues la espada, señor,  
no corta en esos villanos,  
¡corte en mí, que a vuestras manos  
les dará mi sangre honor!  
Esta que veis es de un noble  
como vos.

ROLANDO. Padre, yo creo  
que daréis a mi deseo  
culpa de este trato doble;  
pero es engaño, que yo  
no conozco aquesta gente.  
Envainad la espada.

LEOPOLDO. Ausente  
Enrique, ¿esto hacéis?

ROLANDO. Yo no.

LEOPOLDO. ¡Volved, matadme!

ROLANDO. Recelo  
que, si me cansáis, lo haré.

LEOPOLDO. ¡Matadme o me quejaré  
al César y al mismo Cielo!

*(Vanse, y salen ENRIQUE, de camino, y LISARDO, estudiante, su huésped.)*

ENRIQUE. Mientras que llegan las postas  
dormiré en aquesta silla.

LISARDO. Mucho holgara que estuviera  
mi padre en la casería,  
que le pesará si sabe  
que os vais, señor, tan aprisa.  
Yo paso mis cursos ya  
en esta aldea, y querría  
tener favor en la Corte.  
ENRIQUE. Si allá fuéredes, por dicha,  
por Enrique preguntad  
en Palacio.

LISARDO. Solicitan  
mis estudios algún premio.

ENRIQUE. Merécele quien porfia  
en alguna facultad  
hasta que el laurel se ciña.  
Enfádannos por la Corte  
unos ciertos gramatistas  
que andan a vender latín.

LISARDO. Como el mar a las orillas  
suele arrojar caracoles,  
así también sabandijas  
las escuelas.

ENRIQUE. Yo me duermo;  
despertadme, por mi vida,  
luego que lleguen las postas.

*(Ponga unas cartas sobre una mesa y duérmase en una silla.)*

LISARDO. Yo seré vela y espía.  
Estos criados del César,  
que son su persona misma,  
importan a quien pretende  
más que la ciencia adquirida.  
Si voy a la Corte pienso  
valerme de éste, si priva;  
¡yo sabré ganar amigos  
haciendo a todos caricias!  
No me mostraré soberbio,  
que la necedad más fina  
es pensar que nadie sabe,  
porque es la Corte la cifra  
de las letras de Alemania;  
no como algunos que imitan  
a los gansos que en las puertas  
de las ciudades humillan  
sus cuellos, porque presumen  
topar con ellos arriba.  
¡Qué bravo sueño le ha dado!  
Gran curiosidad sería  
abrir la carta sin daño  
de la nema: ella se quita  
sin hacerla fuerza yo,

y parece que convida  
a abrirla. Leo: así dice...  
¿Quién atreverse podía,  
sino un estudiante, a hacer  
dos cosas tan atrevidas?

(Lea.)

“Importa a mi vida y a mi honra, amada  
Claudia, que a Enrique, que ya se intitula Con-  
de de Suecia, deis luego muerte con secreto, y  
me aviséis con la persona que tengáis más de  
confianza, que luego voy a veros y a daros las  
gracias por la brevedad con que pienso que lo  
ejecutéis.”

¡Cielos!, tan gallardo mozo  
¿va condenado a la muerte?  
¡No quiera Dios que despierte,  
que yo haré que trueque en gozo  
lo que el César piensa en llanto!  
Yo saco mi escribanía  
y borro donde decía:  
“Matarle con rigor tanto.”  
¡Ayudad, cuchillo bien!  
Parece que ello se quita;  
pues si la letra se imita,  
cosa que sé hacer tan bien  
que ninguno me ha igualado,  
vo le libro de la muerte,  
bien quedará de esta suerte.  
¡Oh, qué bien que se ha imitado!  
Parece que me llevó  
la mano un ángel en todo.  
Cerraré del propio modo,  
pues la nema me enseñó.  
¡Todo sucede pintado,  
aquí anda deidad secreta!  
¡Ya tocaron la corneta! —  
Caballero, ya han llegado  
las postas.

ENRIQUE. Mucho he dormido.

LISARDO. No tanto como pensáis,  
pues, gracias a Dios, estáis  
despierto de un gran olvido.

ENRIQUE. Soñaba que un pajarillo,  
que de un álamo bajaba,  
con su pluma me quitaba  
de la garganta el cuchillo.

LISARDO. ¡Buen sueño! ¡Será verdad!

ENRIQUE. Dios os guarde, que algún día  
pagaré esta cortesía.

LISARDO. Honra y vida la llamad.

ENRIQUE. Escribidme si se ofrece  
en qué os sirva.

LISARDO.

Ya escribí

lo que os sirve a vos, que a mí  
que fué razón me parece,  
pues lleváis, si no es que impida  
otra suerte vuestra suerte,  
en lo borrado la muerte  
y en lo enmendado la vida.

(Vanse, y salen la EMPERATRIZ CLAUDIA y su hija  
TEOSINDA.)

CLAUDIA. Vive en esta confusión  
el César, tu padre, agora.

TEOSINDA. Yo pienso que soy, señora,  
de su pena la ocasión,  
que el ser reyes de romanos  
mueve a Celio y a Fabricio,  
y al Conde Rolando, indicio  
de sus pensamientos vanos.  
No codician mi persona:  
quieren el primer laurel,  
pues tiene principio en él  
de este Imperio la Corona.

CLAUDIA. De Celio se dice ya  
que las armas ha tomado  
y que hace gente en su Estado;  
Fabricio, casado está,  
pero no sin pensamientos  
del laurel que estoy trazando,  
Teosinda, al Conde Rolando.

TEOSINDA. Todos los tres casamientos  
me son cansados a mí.

(Sale SIGISMUNDO, criado.)

SIGISM. Aquí, señora, ha llegado,  
y por la posta, un criado  
de su majestad.

CLAUDIA. Pues di  
que venga muy en buen hora.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. Deme Vuestra Majestad  
los pies.

CLAUDIA. ¿Quién sois? Levantad.

ENRIQUE. Don Enrique soy, señora.

CLAUDIA. ¿Qué título para daros  
las honras que merecéis?  
Aunque persona tenéis,  
que, en viéndoos, obliga a amaros.

ENRIQUE. Conde de Suecia soy,  
que a menos no se fiara  
esta carta.

CLAUDIA. ¡Es cosa clara!  
Yo leo.

TEOSINDA. ¡Suspensa estoy!

CLAUDIA (*Lea*).

“Importa a mi vida y a mi honra, amada Claudia, que a Enrique, que ya se intitula Conde de Suecia deis luego en casamiento a nuestra hija Teosinda, y me aviséis con la persona de quien tengáis más confianza, que luego voy a veros y a daros gracias por la brevedad con que pienso que lo ejecutaréis.”

CLAUDIA. ¡Extraño caso!

TEOSINDA. ¿Qué es esto?

CLAUDIA. Que el César manda casarte con el Conde.

TEOSINDA. ¿Es por burlarte?

CLAUDIA. En tal confusión le han puesto Rolando, Celio y Fabricio, que le debe de importar casarte.

TEOSINDA. ¿Cómo casar?

CLAUDIA. Esto importa a su servicio y al Imperio, porque así quedará todo en sosiego. Venga el de Tréveris luego, pues acaso se halla aquí. ¿Conde?

ENRIQUE. ¿Señora?

CLAUDIA. Esta carta me avisa de que la vida y la honra le va al César en que os case con Teosinda. Vos seréis Rey de romanos si pesa a toda la envidia de Rolando y de Fabricio.

ENRIQUE. No pensé que tanta dicha cupiera en mi humilde pecho.

CLAUDIA. Ven, Teosinda.

TEOSINDA. (Enmudecida me tiene tal novedad; pues ya que es con tal prisa, gracias al Cielo que el Conde tiene buen talle.)

ENRIQUE. (¡Querría, Fortuna, ponerte un clavo; mas es la dicha desdicha si se ha de acordar mi amor de lo que debe a Dorista!)

(*Vanse, y salen el CONDE LEOPOLDO y DORISTA.*)

LEOPOLDO.

En voz de Embajador dicen que viene.

DORISTA.

La mía le dará tal embajada que la soberbia del Estado enfrene.

LEOPOLDO.

En fin, el César no responde nada.

DORISTA.

Temor el César a Rolando tiene; con lágrimas le dije que robada fuí de él, y respondió que remitía mi causa al que en su Corte presidía.

LEOPOLDO.

Dijeron que quedaba de camino para venir aquí.

DORISTA.

Mucho me holgara, ya que su agravio ha sido mi destino, porque le hablara Enrique cara a cara. Lo que siento de aqueste desatino sólo es perder a Enrique.

LEOPOLDO.

Pues repara que el César llega, y a su lado, el Conde.

DORISTA.

¡Qué mal a su grandeza corresponde!

(*Salen el EMPERADOR, el CONDE PALATINO, RUFINO y CRIADOS.*)

CONRADO. Ya os he contado la causa y los notables agüeros, en todas las ocasiones, con que le he temido y muerto; y así, cuando me contó, Conde, su hermana el suceso, no escuché sus desatinos.

ROLANDO. ¡Portentoso nacimiento fué el de este Enrique!, y si es él, debe de ser aquel viejo el Conde Leopoldo.

CONRADO. Apenas de su rostro bien me acuerdo, pero informéme de un hombre que se halló entre los que fueron a dar la muerte a aquel niño, y díjome que, teniendo compasión de su inocencia, al tronco de un olmo o fresno le dejaron.



ROLANDO. Siendo así,  
que fuese este Enrique pienso  
criado de alguna fiera,  
como fué Rómulo y Remo,  
o entre los rudos pastores.

CONRADO. Yo, Conde, a mis pensamientos  
puse sosiego en matalle.  
¡La Emperatriz viene!

(Sale la EMPERATRIZ.)

CLAUDIA. El Cielo,  
invicto señor, os guarde.

CONRADO. Y a vos, señora, en quien tengo  
de mis cuidados descanso.

CLAUDIA. Lo que me mandáis está hecho.

CONRADO. ¿Luego muerto estará ya?

CLAUDIA. Casado sí, mas no muerto,  
que ha poco que está en la cama.

CONRADO. ¿Cómo en la cama? ¿Qué es esto?

CLAUDIA. Leed la carta, señor,  
que parecéis a Tiberio.  
¡Ya se os olvidan las cosas

(Lee el EMPERADOR a solas.)

de vuestro honor y sosiego!  
Yo hice lo que mandastes;  
si es yerro, ¿qué culpa tengo?

CONRADO. ¡Válgame el Cielo mil veces!

CLAUDIA. ¿De qué os admiráis?

CONRADO. No pienso  
que ha sucedido tal cosa  
en cuantos siglos el tiempo  
ha corrido por el mundo.  
Yo escribí "matarle", y creo  
que el Cielo borró el "matarle"  
y encima "casarle" ha puesto.

CLAUDIA. Yo, señor, esto leí.

CONRADO. Llamad a mis hijos luego,  
que ya los llamo mis hijos,  
pues es voluntad del Cielo.  
Conde, ¿no veis lo que pasa?

ROLANDO. De vuestro enojo lo entiendo.

CONRADO. Que se case dice aquí  
adonde "matarle" he puesto.

LEOPOLDO. Llega, que es buena ocasión.

DORISTA. Si Enrique hereda tu cetro,  
hazme justicia.

CONRADO. Ya, Conde,  
tengo por mejor consejo  
que, sin que lo entienda Enrique,  
recibáis en casamiento  
mujer hermana de un rey  
que ha de heredar este Imperio.

ROLANDO. Digo, señor, que ya es fuerza  
para ganar lo que pierdo.

(Salen ENRIQUE y TEOSINDA de las manos.)

ENRIQUE. Aunque he entendido, señor,  
tu riguroso decreto,  
sin temor vengo a tus pies  
y tu crueldad agradezco.

CONRADO. Enrique, tú eres mi hijo:  
Dios hace Reyes; no quiero  
ser inobediente a quien  
derriba nuestros intentos.  
al Conde he dado a tu hermana,  
y en tan alegres sucesos,  
quisiera ver a tu padre.

LEOPOLDO. Que yo lo soy, es muy cierto.

CONRADO. ¿Quién es?

LEOPOLDO. El Conde.

CONRADO. ¿El Conde?

ENRIQUE. ¡Padre y señor!

RUFINO. Tan discreto  
senado ya habrá entendido  
lo demás. Yo sólo espero  
Perdón de Enrique; mal digo:  
a tan ilustres ingenios  
le pido de nuestras faltas  
en nombre de mi deseo.

# LA DIVINA VENCEDORA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO (I)

[HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES]

|                            |                         |                              |                             |
|----------------------------|-------------------------|------------------------------|-----------------------------|
| <i>Dos MOROS.</i>          | GUADALARA, <i>moro.</i> | CARPIO, <i>soldado.</i>      | ARGÉN, <i>cautivo.</i>      |
| GALLINATO, <i>general.</i> | REY FERNANDO.           | ZULEMA, <i>cautivo moro.</i> | ALMANZOR, <i>niño moro.</i> |
| REY DE GRANADA.            | LA REINA DOÑA JUANA.    | FÁTIMA, <i>cautiva moro.</i> | SULTÁN, <i>moro.</i>        |
| ALIATAR, <i>moro.</i>      | DON LORENZO JUÁREZ.     | CAMPUZANO, <i>soldado.</i>   | DOÑA CLARA.                 |
| ZORAIDE, <i>moro.</i>      | TELLO HERNANDO.         | SALCEDO, <i>soldado.</i>     | GUEVARA.                    |
| ROSARFE, <i>moro.</i>      | NUÑO, <i>criado.</i>    | ZARABO, <i>moro.</i>         | [Otro MORO.]                |
| CARDILORO, <i>moro.</i>    | DON RODRIGO GIRÓN.      | GENILDO, <i>moro.</i>        | MOROS.]                     |

### [JORNADA PRIMERA]

(*Salen dos MOROS como huyendo de GALLINATO.*)

MORO 1.º ¡Guarda, Gallinato, guarda!

MORO 2.º ¡Huye, que viene furioso!

MORO 1.º ¡Qué hombre tan espantoso!

MORO 2.º Sólo a miralle acobarda.

Abre, portero, la villa.

MORO 1.º Toca esa caja a rebato.

(*Sale otro MORO por lo alto.*)

MORO 3.º Pues ¿quién viene?

MORO 1.º Gallinato.

MORO 3.º ¿Gallinato? Voy a abrilla.

(*Quítase del muro.*)

MORO 2.º Aquí nos ha de coger,  
que llega aqueste infanzón  
a las cuestras de Morón.

MORO 1.º Demonio debe de ser,  
pues casi a las puertas llega.

(*Sale GALLINATO con una maza en las manos.*)

GALLINATO. A la villa, al fin, llegasteis.

Basta, moros, que os dejasteis  
el viento atrás en la vega.

Si soy vuestra caza yo  
y mis perros habéis sido,  
habéis de la caza huido,  
que hombre jamás lo advirtió. (2)

(1) Antes de este título, que es de la letra del texto, hay este otro: "La famosa comedia de la divina vencedora y famosos hechos de meledon gallinato y toma de Morón de lope de vega carpio. año de 1624. Original D. jº (Juan) martínez de mora." La letra es del que lo firma.

(2) Antes decía "vió"; pero el licenciado Francisco de Rojas, cuyas son algunas correcciones de esta comedia, enmendó "advirtió".

Pero no debo de ser  
liebre, pues hús de mí.

MORO 1.º Abre aquí.

MORO 2.º Abreme aquí.

GALLINATO. ¡Ah, perros! ¡Tanto correr!

Como perros me seguisteis,  
que liebre me imaginasteis;  
después que león me hallasteis  
de coces al viento disteis.

Pues los moros africanos  
de los leones no huyen,  
que los matan y destruyen  
los moros con propias manos.  
A la puerta se han parado.  
Sin duda que no está abierta;  
llegar a la misma puerta  
será de español osado. (1)

MORO 1.º ¡Acá viene, Amete!

MORO 2.º ¡Dale!

(*Alzan las espadas como que quieren dar, retirándose atrás.*)

MORO 1.º ¡Muera! ¡Muera!

GALLINATO. ¿Cómo muera?

¡Canalla bárbara y fiera,  
Gallinato es el que vale!

(*Da tras ellos con el bastón, y ellos, retirándose de él, se entran. Salen ROSARFE y ZORAIDE riñendo contra CARDILORO.*)

CARDILORO. Si el mundo contra mí fuera,  
en tal caso despreciara.

ROSARFE. No entiendas que Guadalajara  
se gana de esa manera.

ZORAIDE. ¡Aquí dejarás la vida!

CARDILORO. Bien, si podéis defenderos.

(1) Antes decía "forçado".

(Sale ALIATAR y el REY DE GRANADA.)

ALIATAR. ¡Paso! Tened, caballeros,  
que viene el Rey.

ZORAIDE. ¡Por mi vida!

REY. ¿En el Alhambra quisiones?  
¿Qué es esto, villanos, perros?

CARDILORO. Señor, mira...

REY. Echaldes hierros.

ROSARFE. ¡Señor!...

REY. Echaldes prisiones.

Los alfanjes les quitad  
y llevados presos luego,  
antes que el bullicio ciego  
se extienda por la ciudad.

ZORAIDE. Oye y castiga...

REY. ¿Qué puedes  
decir en disculpa?

ROSARFE. Escucha...

REY. Cuando la razón sea mucha  
y tú disculpado quedes,  
ha de haber otros culpados  
que se querrán disculpar.

ZORAIDE. No es de reyes el juzgar  
los oídos atapados.

REY. Cuando algún juez ve la culpa  
con los ojos advertidos,  
es justo que los oídos  
cierre para la disculpa.

CARDILORO. Antes, entre los cristianos,  
la ley es muy diferente,  
con que el rey oye a su gente  
los oídos en las manos.  
Pues aunque a ver el delito  
el juez se acierte a hallar,  
no le puede castigar  
si no es conforme a lo escrito.

REY. Yo no castigo la culpa  
de haber las armas sacado,  
si la ocasión os ha dado  
razón para la disculpa;  
castigo el atrevimiento  
de que en el Alhambra fuese.  
Mas ¿qué diréis si os oyese?

ZORAIDE. Que es el mayor argumento  
de tu divino valor.

REY. Pues informadme.

ZORAIDE. Oye.

REY. Di.—

¿Queréislo así?

ROSARFE. Señor, sí.

REY. ¿Y tú, Alcaide?

CARDILORO.

Sí, señor.

ZORAIDE. Cuando vine de Jaén  
a tu servicio a Granada  
entre los hidalgos moros  
de Osuna, Archidona y Zahara, (1)  
ciñéndome para esto  
tu padre Arbolán la espada,  
con más sangre en la cuchilla  
que oro en el puño y [la] vaina,  
porque heredase el lugar  
que en tu defensa ocupaba,  
alegre me recibiste,  
honra me hiciste en tu casa.  
Heme hallado, como sabes,  
con tu gente en tus batallas,  
dando y recibiendo heridas,  
de que harta sangre me falta.  
Mas como Marte y Amor,  
luego que paces se tratan,  
hacen amistad y juntan  
las flechas de oro y las armas,  
puse los ociosos ojos  
en la hermosa Guadalajara,  
de cuyo agradecimiento  
mi alma quedó turbada.  
De Rosarfe y Cardiloro  
me advirtieron sus criadas  
que miraban sus balcones  
y que sus rejas miraban.  
Desprecié su competencia,  
humillé sus arrogancias:  
vestíme de sus colores,  
verde, naranjado y nácar.  
Yo, que miraba sus rejas  
y merecí sus palabras,  
que a pagar a mis suspiros  
de las ventanas bajaban;  
los dos llegaron y asieron  
los hierros de las ventanas.  
Hablarla quisieron juntos  
y con voces requiebrarla.  
Lo que hice, ellos lo digan.  
Tú, ahora con justa causa,  
me castiga o me perdona.  
REY. Basta ya, Zoraide, basta.  
ROSARFE. Suplicote que me escuches,  
no diga yo que me agravias.  
REY. Di, Rosarfe, tu defensa.  
ROSARFE. Señor, mi defensa es clara.  
Antes que Zoraide viese

(1) En el original, "Zafra", por errata.



del Genil la verde orilla,  
 en quien la nevada sierra  
 sus canos cabellos mira,  
 su fresco Generalife,  
 estanques y fuentes frías,  
 servía yo a Guadalajara;  
 y, a mi amor agradecida,  
 me honraba de sus favores,  
 que hoy se ven en mis divisas.  
 Cuando maté cuerpo a cuerpo  
 al cristiano que traía  
 el pavés de torres de oro  
 sobre las aguas marinas,  
 me dió un tocado, con quien  
 traigo el adarga partida,  
 quitado de su cabello,  
 que al sol, si le tiendo, eclipsa.  
 Si he tenido otros favores,  
 no será bien que los diga;  
 que antes que ella pierda honor  
 quiero perder mi justicia.  
 Que llegué a su reja a hablarla  
 no lo niego; mas podía,  
 justamente porque soy  
 el hombre que más estima.  
 Si en tu palacio he sacado  
 la espada en defensa mía,  
 las leyes me favorecen,  
 naturaleza me obliga.

CARDILORO. Habiendo escuchado, Rey,  
 que Alá de su mano tenga  
 hasta que Fernando el Santo  
 a Castilla huyendo vuelva,  
 a Rosarfe y a Zoraide  
 sus razones y sus quejas,  
 ¿quién duda que oirás las mías?

REY. Ya las escucho, comienza.

CARDILORO. En el castillo de Bélmez,  
 que me diste por tenencia,  
 viví en tanto que mi padre  
 era adalid en tus guerras.  
 Por su muerte y por venir  
 con tanta furia y soberbia  
 el Rey cristiano a Granada,  
 dejé a Celín mis fronteras.  
 Que te he servido, no sé  
 si preguntártelo deba,  
 que es más honra para mí  
 que los cristianos lo sepan.  
 Ya Granada algunos días  
 me ha visto entrar por sus puertas  
 sangriento el brazo hasta el codo,

lleno el arzón de cabezas,  
 no cortadas en el campo  
 de cuerpos que muertos quedan,  
 como algunos que las traen,  
 porque ya no tienen lengua,  
 sino que a sus mismos dueños,  
 a lanzadas en la Vega,  
 levantados de la silla  
 los asenté por la tierra.  
 Y asiéndoles de la barba,  
 puesto el pie sobre las grebas,  
 corté cuellos, que después  
 dejaban el alma apenas.  
 No pienses que Guadalajara  
 a ninguno de esos precia,  
 que basta servirla yo  
 para que ella lo agradezca.  
 Favores suyos no sé  
 que tocas ni bandas sean,  
 porque siendo de mujer  
 apenas valen promesas.  
 Pudiera decirte algunas;  
 pero, por no hacerle ofensa,  
 a quien tal favor me hizo  
 pone (1) silencio a mi lengua.  
 No más, Cardiloro, basta;  
 que esas bravezas no son  
 conformes a la opinión  
 de dama tan noble y casta.  
 Cuando está Fernando el Santo,  
 que así le llama su gente,  
 la espada resplandeciente,  
 con que da al Africa espanto,  
 levantada sobre el cuello  
 de Granada y Archidona,  
 por que nazca su corona  
 en su nevado cabello;  
 cuando temblando Sevilla  
 su venida está sintiendo,  
 y el Betis le está ofreciendo  
 las olivas de su orilla;  
 cuando su puente de barcos,  
 levantada sobre el techo  
 de su cristalino pecho,  
 hace diáfanos arcos,  
 y cuando entra por Triana  
 a tomar la posesión,  
 cuando el cristiano pendón  
 hasta los campos allana  
 de Jerez, donde Rodrigo

REY.

(1) Debiera ser "pongo".

esta tierra nos dejó,  
y donde Hércules llegó  
como es su blasón testigo,  
¿queréis que con mucho espacio  
juzgue quién ha de llevar  
una mujer, y sacar  
las armas en mi palacio?  
¿No era mejor que con ellas  
me sirviéades los tres?

ZORAIDE. Quiero, como me la des,  
a tu servicio ofrecellas.

Dame a Guadalajara y pide  
la impresa que más te cuadre.

ROSARFE. (Son promesas de compadre (Ap)  
si con las mías las mide.)

Lo mismo te pido y ruego.

CARDILORO. Rey, si a la mayor hazaña  
que en esa guerra y campaña  
Marte hizo (1) de Amor ciego  
a Guadalajara has de dar,  
desde hoy la cuento por mía.

REY. Pues, alto; sea ese el día  
en que la vais (2) a ganar.

ZORAIDE. ¿Qué me mandas?

ROSARFE. ¿Qué me pides?

CARDILORO. ¿Qué haré por ti?

REY. Estad atentos.

Las fábulas y los cuentos  
y historias del griego Alcides  
y Granada cada hora  
traen los moros de Osuna  
de un hombre cuya fortuna  
engrandece Marte ahora.  
Es su nombre Meledón,  
su apellido Gallinato,  
y hombre hidalgo en el trato.

ZORAIDE. ¿Dónde está?

REY. Junto a Morón,  
que ha labrado un castillejo,  
desde donde el campo corre  
nasta su puerta y su torre.

ROSARFE. Hoy en el campo te dejo.

REY. Partid, y el que le trajere  
preso o muerto, gozará  
de Guadalajara.

(Vase el REY y ALIATAR.)

ZORAIDE. ¡Oh, Alá,  
no es bien que otro acuerdo espere!

(Vase.)

ROSARFE. Voime a poner a caballo. (1)

(Vase.)

CARDILORO. Con mucha priesa os partís.  
Bizarros pechos mostráis.  
Quiera el Cielo que cumpláis  
con obras lo que decís.  
Llegad, llegad al cristiano,  
que no habrá más que llegar.  
¡Oh, cómo habéis de temblar  
verle el bastón en la mano!  
Despacio quiero partir,  
que, aunque llegue tarde, sé  
que a buen tiempo llegaré.

(Sale GUADALARA arriba, en un balcón.)

GUADAL. ¿Dónde vas?

CARDILORO. Voy a morir.

GUADAL. ¿De qué suerte?

CARDILORO. Por tu gusto.

GUADAL. Ya sé lo que el Rey ha hecho.  
Mas ¿cómo muestra ese pecho  
un corazón tan robusto?

CARDILORO. Porque en tu desgracia voy;  
que si con tu gracia fuera,  
ni al cristiano yo temiera  
ni al mundo, a fe de quien soy.

GUADAL. ¿En mi desgracia?

CARDILORO. ¿Eso dudas,

cuando van mis enemigos  
gloriosos de los castigos  
en que mis favores mudas?  
¡Ay, Guadalajara! Si fueras  
para mí la que solías  
y de las desdichas mías  
algún cuidado tuvieras,  
¿cómo de mis esperanzas  
no se burlaran dos hombres  
que ignoraste ayer sus nombres  
y hablan hoy en tus mudanzas!  
El Rey manda que posea  
tu hermosura el que venciere  
un cristiano, porque quiere  
que a costa de vidas sea.  
Y aunque van del daño ajenos,  
que esto mande no me espanto,  
porque lo que vale tanto  
no se ha de comprar con menos.  
Yo he muerto con la que ves  
que traigo al lado ceñida  
más de alguna honrada vida

(1) Será "hiciera".

(2) Deberá decir "habéis de".

(1) Verso suelto entre dos redondillas.

para ofrecer a tus pies;  
y voy tan desesperado  
de ver tu desdén tan cierto,  
que voy en mis ojos muerto  
y en los tuyos olvidado.  
Guárdete Alá.

GUADAL. Tente, espera,  
Cardiloro; escucha, advierte.

CARDILORO. Pues que gustas de mi muerte,  
¿por qué me estorbas que muera?

GUADAL. ¿Yo de tu muerte?

CARDILORO. Pues ¿quién?

GUADAL. Oye la disculpa.

CARDILORO. Es tarde.

GUADAL. Vete, pues.

CARDILORO. Alá te guarde.

GUADAL. ¡Bravo amor!

CARDILORO. ¡Bravo desdén!

*(Vanse, y sale el REY FERNANDO y la REINA DOÑA JUANA, con vaquero, espada y sombrero, DON LORENZO JUÁREZ y TELLO HERNANDO.)*

DON LORENZO.

Señor, a lo que a todos nos parece,  
en Córdoba estará mejor su alteza.

DOÑA JUANA.

Dondequiera, señor, siento en el alma  
dejar vuestra agradable compañía.

REY FERNANDO.

Y yo ¿qué sentiré cuando la vuestra  
me deje en soledad que aflige tanto?  
Hacéis oficio en el alma ¡oh, Reina!  
de una cuarta potencia, que la rige  
sobre la voluntad y la memoria,  
y más alta que el mismo entendimiento.  
La nueva de mi hijo don Alonso  
me obliga con cuidado a que prosiga  
la famosa conquista comenzada;  
que si él, tan mozo, ya merece nombre  
de sabio y por su brazo es tan valiente  
que me ha ganado a Murcia de los moros,  
y con obligaciones de mis años,  
si no gano este reino, ¿de qué título  
pido a Castilla que me nombre y llame?

DOÑA JUANA.

Vuestro valor divino, gran Fernando,  
hoy ha dado mayores atributos  
que antiguamente a los romanos Césares;  
que si ellos fueron magnos, fuertes, píos,

padres del bien común y de la patria,  
a vos os llaman santo, en que se inclinan  
mayores excelencias y grandezas.

REY FERNANDO.

Juana famosa, que entre tantas glorias  
como tiene de Francia la gran casa  
de cuyo rey Luis fuistes sobrina,  
resplandecéis por único milagro.  
Si la corona del marido llaman  
la mujer varonil, vos lo sois sola,  
y como tal sois cifra de los méritos  
que por vos se conocen y se adoran.  
Aunque consiga la conquista, espero  
volveros presto a ver; tened paciencia,  
que casos menos fuertes no pudieran  
apartarme de vos.

*(Entra Nuño.)*

NUÑO.

Aquí ha llegado  
don Rodrigo Girón.

REY FERNANDO.

Venga en buen hora.

*(Entra DON RODRIGO.)*

DON RODRIGO.

Ya se han rendido a vuestra alteza, cumbre  
del cristiano valor y sol de España,  
por pleitesía, Ecija y Estepa,  
Santa Olalla, Almodóvar, Sietevillas,  
Mirabel, Hornachuelos, Moratalla,  
Parda, Fuente Zumel, (1) Baena, Cabra,  
Osuna, Castellar, Zahara, (2) Marchena,  
Luque, Morón y otras villas suyas.

REY FERNANDO.

¿Morón se ha dado?

DON RODRIGO.

Estaba defendida  
de los valientes moros almohades;  
pero el valor de Meledón Rodríguez,  
honra del apellido Gallinato,  
hizo, desde una torre hasta sus puertas,  
tan fuertes hechos, tan extrañas cosas,  
que se rindió Morón, y se rindiera  
la peña adonde estaba el Rey de Batro,  
que fué conquista de la gran Semiramis.

(1) Será "Puente Genil".

(2) También dice "Zafra".



Doña Juana.

¿Quién es aquese hidalgo?

Don Rodrigo.

Es un sobrino  
de don Lorenzo Juárez.

Doña Juana.

¿Quién dudara  
que vuestra sangre tal valor tuviera?

Don Lorenzo.

Tiene la obligación de haber nacido  
para servirlos.

Rey Fernando.

Id ¡por vida mía!  
a estarle agradecido de mi parte.  
¿Cómo se llama aquel castillo o puesto  
donde reside?.

Don Lorenzo.

Llámase Chincoya.

Rey Fernando.

Pues llevaréisle, que estará gastado,  
diez mil maravedís de oro alfonsíes,  
con una buena espada de las mías,  
que quiero que la traiga en nombre mío.

Don Lorenzo.

Beso mil veces esos pies heroicos.

Tello.

Cuanto a la espada, asegurarle puedo  
a Vuestra Alteza que la tenga en poco,  
que es hombre Gallinato un poco rústico.  
Siempre pelea con mazas, que mil veces  
hace de las olivas y los robles,  
que no ejercita más hidalgas armas;  
y por esta razón, cuando los moros  
ven llorar a sus hijos, luego dicen:  
“¡Guarda, que viene Meledón!”, y callan.

Don Lorenzo.

(Parece, Tello, que hablas con invidia. *(At.)*  
Si mi sobrino no ejercita siempre  
la espada, que tú llamas nobles armas,  
es porque puede, con la misma fuerza  
que de don Lidamante se refiere,  
tener en brazos una peña; y viendo  
que de la maza puede sólo un golpe  
más que muchas heridas de la espada,  
en caballeros moros la ejercita.

Y espántome de ti que injustamente  
digas que mi sobrino tendrá en poco  
una espada de mano de su alteza,  
siendo el mayor blasón de sus hazañas  
y para su linaje mayor gloria.  
Mas ya vendrá sazón que tú le veas  
enfrente de tu pecho con espada.

Tello.

Cuando le vea y lo que puede vea,  
volveréme y al Rey diré al contrario.)

Don Lorenzo.

Vuestra Alteza me dé licencia ahora  
no más de para ver a mi sobrino.

Rey Fernando.

Sí doy; mas dadme la palabra luego  
que no diréis allá lo que ha pasado.

Don Lorenzo.

Él se mate es mi gusto. (1)

Rey Fernando.

¡Pues juralda!

Don Lorenzo.

¡Por vida de la Reina, mi señora,  
de no faltar en esto mi palabra!

Doña Juana.

Ved que sabré pedirla.

Don Lorenzo.

Entonces digo  
que me cortéis, señora, la cabeza.

Doña Juana.

Dadme, (2) Tello, la mano.

Tello.

Soy su amigo.

Nuño.

Ya es hora de partiros.

Doña Juana.

Pues, don Nuño,  
haced que apresten esa gente luego.

Nuño.

Todos están, señora, apercibidos.

(1) Pasaje ininteligible.

(2) Quizá sea “dadle”.

REY FERNANDO.

Yo os quiero acompañar hasta la puente  
del río de mis lágrimas ausente.

(*Vanse, y salen GALLINATO, con bastón, y CARPIO, soldado.*)

CARPIO. Deja, señor, el bastón  
y siéntate a descansar.

GALLINATO. Haz, Carpio, luego quitar  
las perdices del arzón.

CARPIO. ¿Qué perdices? ¿Has cazado,  
por tu pasatiempo, alguna  
en esos valles de Osuna?  
Que me habré en extremo holgado;  
que no tienes qué comer  
así Dios te guarde.

GALLINATO. ¿Cómo?

CARPIO. Porque has hecho mayordomo  
a este galgo desde ayer,  
y desde ayer no ha traído  
a esta casa cosa.

GALLINATO. ¡Bien!

Haz que una silla me den.

CARPIO. ¿Vienes, por ventura, herido?

GALLINATO. No, pero vengo cansado.  
Llama esos perros acá.

CARPIO. Todo, por tu ausencia, está  
el castillo alborotado;  
ya tus soldados querían  
ir a buscarte a Morón.

GALLINATO. ¿No saben mi condición?  
¡Poco de mis brazos fian!  
Haz esos perros llamar.

(*Salen ZULEMA y FÁTIMA como cautivos.*)

CARPIO. ¡Ah, Fátima!

FÁTIMA. ¿Qué querer?

GALLINATO. ¿Qué hay, Fátima, que comer?

CARPIO. ¡Ah, Zulema!

ZULEMA. ¿Qué mandar?

Darle tus pies a Zulema,  
que te jorar a esta cruz  
que, desde que echar la luz,  
estar hecho de postema.  
¡Válgate Dios, vosancé!  
¿Para qué quedarte allá?

GALLINATO. ¿Sentirlo?

ZULEMA. Saber Alá.

¿Qué haber hecho allá?

GALLINATO. No sé.

FÁTIMA. ¿No saber? ¡Válgate Deox!  
¡Vosancé sempre matar!

GALLINATO. ¿Hay algo que merendar?

Porque son más de las dos.

CARPIO. Ve, Zulema, y del arzón  
quita unas perdices luego.—  
Tú, Fátima, enciende fuego.

ZULEMA. ¿Perdices?

CARPIO. Sí.

ZULEMA. ¡Bonox son!

(*Vase.*)

GALLINATO. ¿No hay olla, aunque esté hambre?

FÁTIMA. Olla tener, mas no estar  
para comer.

GALLINATO. No hay manjar  
sin sazón a quien tiene hambre.  
¿Qué tienes?

FÁTIMA. Unas costillas  
de garnero, una soloma  
y el nemigo de Mahoma,  
con otras zarandajillas.

GALLINATO. Pues eso voy a comer.  
Carpio, sube vino.

(*Vase.*)

CARPIO. Voy.—

Contigo a solas estoy:  
¿cuándo me piensas querer?

FÁTIMA. ¡Ah, Garpio, estar quedo!

CARPIO. ¿Y vos,  
perra, a mí?

FÁTIMA. ¡Guarda el cochilio!

CARPIO. ¡Perra, tente!

FÁTIMA. ¡Ah, picarilio,  
que te morder, vive Diox!

CARPIO. ¿No estimas que yo te quiera?

FÁTIMA. ¡Vosancé buscar cristiana!

(*Sale ZULEMA con dos cabezas moras.*)

ZULEMA. ¡Ah, Garpio, si tener gana,  
bon bocadilio te espera!  
¡Catat berdices aquí!

CARPIO. ¿Aqueso traes?

ZULEMA. Estos son  
las que tener el arzón.  
¿Qué culpa poner a mí?

CARPIO. Ved lo que caza nuestro amo;  
yo, a darle de comer. (1)

ZULEMA. ¿Adónde mandar poner?

CARPIO. ¿Son de lazo u de reclamo?

ZULEMA. ¡Son del diablo que llevar!

CARPIO. ¡Perro, tus parientes son!

(1) Parece que este verso deberá decirlo ZULEMA.

ZULEMA. Estar ben, tener razón,  
mas alguna vez pagar.  
CARPIO. Clávalas en esa puerta,  
adonde están las demás.—  
Tú, Fátima, ¿no te vas?  
FÁTIMA. Ya gamenar, que estar muerta.

(Vase.)

ZULEMA. En fin, cabezas clavamos.  
CARPIO. ¡Entra, perro!  
ZULEMA. A bona fe  
que estar perro vosancé,  
que acá, bon hidalgo, estamos.

(Vase. Salen DON LORENZO, CAMPUZANO y SALCEDO.)

D. LOR. ¿Ya me habéis desconocido?  
¿A mí me negáis la puerta?  
CARPIO. De par estuviera abierta  
si antes en ella el oído  
tocara de vuestro nombre,  
don Lorenzo, mi señor.  
D. LOR. ¡Tenéis, hidalgo, valor!  
¡Sois, Campuzano, muy hombre!—  
Carpio, ¿qué hace mi sobrino?  
CARPIO. Ahora empieza a comer.  
D. LOR. Dicen que, saliendo ayer,  
ahora al castillo vino.  
¡Mal, por mi vida, se trata!

(Sale GALLINATO en cuerpo.)

GALLINATO. Dejaré la mesa luego.  
¡Que me des tus pies te ruego!  
CARPIO. ¡Bien os parece y retrata!  
D. LOR. ¡Sobrino!  
GALLINATO. Tío y señor,  
¿qué buena venida es ésta?  
D. LOR. Mejor te dará respuesta  
la fama de tu valor.  
No he podido visitarte.  
GALLINATO. Señor, ¿y en este lugar?  
D. LOR. Por el Rey te vengo a hablar  
y a visitar de su parte.  
Está muy agradecido  
que a Morón le hayas ganado.  
GALLINATO. Haberme a vos enviado  
el mayor favor ha sido.  
D. LOR. De diez mil maravedís  
te hace merced.

GALLINATO. ¡En efecto,  
es Rey!  
D. LOR. ¡Harto buen concepto  
tiene de ti!

GALLINATO. ¿Qué decís?

¿Mi nombre se sabe allá?  
D. LOR. ¿Nombre que a Granada asombra  
te espantas si allá se nombra?

GALLINATO. ¿Cómo está el Rey?

D. LOR. Bueno está.--

Muestra esa espada, Salcedo.  
Ésta es del Rey y ésta invía  
por premio a tu valentía.

GALLINATO. ¡Honrado en extremo quedo!

¡Oh, prenda del más dichoso  
Capitán que España tuvo,  
que ceñida al lado estuvo  
del Príncipe más famoso!  
¡Oh, merced que excede y pasa  
a cuantas me pudo hacer!  
¡Oh, joya que habéis de ser  
mayorazgo de mi casa!  
¡Oh, espejo de acero! ¡Oh, luz  
de mi honrado pensamiento!  
Hago voto y juramento  
sobre vuestra misma cruz  
de que, a aqueste brazo asida,  
ni bárbaro ni cristiano  
me la quiten de la mano  
sin que me quiten la vida.  
Tío, ceñídmela al lado  
y diré con justa ley  
que me la dió el mayor Rey,  
y ciñó el mejor soldado.

D. LOR. Huélgome que te aficiones  
a esta espada, que las mazas  
con que ahora te embarazas  
te han traído en opiniones;  
que hubo hidalgo allá tan loco,  
que, al darte el Rey esta espada,  
dijo que estaba empleada  
en quien la estimara en poco.  
Yo le respondí por ti,  
y a no estar el Rey presente...

GALLINATO. No me espanto, estoy ausente;  
pero ¿qué dijo de mí?

D. LOR. Dióle este hidalgo a entender  
que, como bárbaro, sales  
al campo, donde te vales  
de un roble.

GALLINATO. Eso suelo hacer,  
¡y, por vida vuestra, tío,  
que ayer maté en un tropel  
más de diez hombres con él  
sobre la margen de un río!  
En fin, con las armas salgo  
que a mi fuerza iguales son,



a mi trato y condición;  
pero, ¿quién es ese hidalgo?

D. LOR. Por esta vez no te vengas,  
que al mismo Rey he jurado  
callar su nombre.

GALLINATO. ; En cuidado  
me has puesto!

D. LOR. Pues no le tengas,  
que mayor ha sido el mío.

GALLINATO. ; Que no he de saberlo?

D. LOR. No,  
que así el Rey me lo mandó.

GALLINATO. Pues vamos a comer, tío,  
y volveréme con vos  
a besar al Rey la mano.

D. LOR. Todo cumplimiento es vano;  
quedad, sobrino, con Dios  
y no repliquéis con esto,  
que solo he de ir al real.

GALLINATO. ; Vuestra sangre tratáis mal!

D. LOR. Salcedo, salgamos presto.

GALLINATO. Vayan con vos diez soldados  
y yo.

D. LOR. No sois menester,  
sino volveos a comer  
y dejad esos cuidados,  
porque nadie ha de ir conmigo.

GALLINATO. Dios té acompañe.

D. LOR. Él te guarde.

(Vase con SALCEDO.)

CAMPUZ. Vuélvete a comer.

GALLINATO. Ya es tarde.  
Pues ¿qué hay, Campuzano amigo?

CAMPUZ. El cuidado en que nos pones  
cuando del castillo sales.

GALLINATO. ; Que entre hombres principales  
se digan malas razones!  
; Que delante de los Reyes  
habla invidioso un hidalgo!

(Entra ZULEMA.)

ZULEMA. Aquí fora estar un galgo  
que, con paz de las dos leyes,  
a ti te querer hablar.

GALLINATO. ; Moro dices?

ZULEMA. Sí, señor.

GALLINATO. ; Es noble?

ZULEMA. Tener valor.  
Ben poder dejaldo entrar.

GALLINATO. ; Hate dicho a lo que viene,  
por tu vida?

ZULEMA. Es poco o nada.

GALLINATO. ; Cómo así?

ZULEMA. Desde Granada,  
donde sus amores tiene,  
venir a probar tu lanza,  
que al Rey prometer tu vida.

GALLINATO. ; Hoy tendré mejor comida  
si verse conmigo alcanza!

ZULEMA. Clavando estaba el cabezas  
a la puerta del castilio  
cuando llegar el morilio,  
lleno de furia y braveza  
y atando un sábana blanca  
al punta de la jineta;  
lègero como un saeta,  
la yegua del porto arranca,  
y al topar conmigo viera (1)  
las cabezas que clavar,  
e ; joro a Dios! se quedar  
como si la suya viera.

GALLINATO. Pa: te, Campuzano, y di  
que éntre el moro.

CAMPUZ. A hablarle voy.

(Vase.)

GALLINATO. ; Él viene, a fe de quien soy,  
a buen tiempo!

CARPIO. ; Cómo así?

GALLINATO. Porque he de romper con él  
de aquel hidalgo el enojo.

CARPIO. ; Hoy tienes rico despojo!  
; Ya espero mi parte de él!

GALLINATO. Parte luego, Zulemilla,  
y ensillame el saltador.

ZULEMA. El bayo levar, xenior;  
ser mejor.

GALLINATO. El bayo ensilla.

ZULEMA. No axentar ben el bocado  
de aquel freno el alazán.

GALLINATO. Ve presto.

(Vase ZULEMA y sale CAMPUZANO.)

CAMPUZ. Basta, que están  
arando el inculto prado  
con las fuertes herraduras  
de sus caballos tres moros,  
más que Rugero y Medoros  
en las gallardas posturas,  
y todos tres se deshacen  
por pedirte campo.

GALLINATO. Creo

(1) Pasaje poco claro.

que es piedra imán mi deseo  
y atrae el hierro. ¿Qué hacen?  
Vete, Carpio, y diles que entren  
si se han apeado.

CARPIO. Voy.

(Vase.)

GALLINATO. ¡Hecho de ponzoña estoy!  
CAMPUZ. Así es mejor que te encuentren.  
Pero en dos años que he estado  
en este fuerte contigo,  
¡jamás he visto enemigo  
que a tu puerta haya llegado.  
¿Qué estrella cruel es ésta  
que hoy a los tres obligó?

(Entran ROSARFE, ZORAIDE y CARDILORO.)

ROSARFE. Yo llegué.

ZORAIDE. No, sino yo.

CARDILORO. Sólo que riñamos resta.  
Aunque Rosarfe llegase  
primero, no lo ha de ser.

GALLINATO. (¡Oh, qué gentil proceder! (Aparte.)  
¡Que esto en mi presencia pase!)  
¡Ah, señores moros! ¿Saben

(Toma el bastón.)

que es mío aqueste castillo?

CAMPUZ. (¡Por Dios, que me maravillo  
que de la entrada se alaben!  
El roble en la mano toma.)

GALLINATO. ¿No saben que aquí han de entrar  
como cuando van a hablar  
al zancarrón de Mahoma?

ZORAIDE. Perdona, famoso Alcaide,  
el no hacerte cortesía.

GALLINATO. ¿Quién eres, o quién te invía?

ZORAIDE. Yo soy, Meledón, Zoraide,  
hijo del Rey de Alcalá  
de los Gazules: salud  
a tu valor y virtud,  
cuya vida guarde Alá.

ROSARFE. Alcaide, yo soy Rosarfe,  
hidalgo, deudo también  
de los Reyes de Jaén  
y del linaje de Tarfe.

CARDILORO. Yo soy un humilde moro  
de Bélmez, agora Alcaide  
de la casa de Albenzaide;  
mi apellido es Cardiloro.  
No te hice cortesía  
por llegar a ti el primero,  
porque, de ser el postrero,

gran mal venirme podía,  
que nos importa a los tres  
la honra en campal batalla;  
probar hoy tu espada y malla;  
la causa sabrás después.

GALLINATO. ¿Que a eso sólo habéis venido?

CARDILORO. Sólo venimos a aquesto.

GALLINATO. Pues locura fué sobre esto  
haber al entrar reñido.

CARDILORO. ¿Cómo, si acaso el primero  
te mata y lleva la gloria  
y el premio de la vitoria?

GALLINATO. ¡No hará, a fe de caballero!  
Quedad el postrero vos,  
si lo teméis, moro hidalgo,  
que os doy palabra, si salgo,  
de daros muertos los dos.

CARDILORO. Tanto en tu valor confío  
que quiero ser el postrero,  
porque si soy el primero,  
será el vencimiento mío,  
y es gran lástima dejar  
vivos dos competidores  
de mi honor y mis amores,  
pudiéndolos tú matar.  
Creo de ti, por ser fuerte,  
que a los dos podrás vencer,  
y de mí puedo creer  
que luego te daré muerte.

GALLINATO. Moro, aunque eres arrogante,  
tan cortésmente lo eres,  
que he sospechado que quieres  
que de tu valor me espante.  
A lo menos, ser discreto  
en ser postrero has mostrado,  
porque el cogerme cansado  
te promete buen efeto;  
pero haste engañado así,  
que matar los dos primero  
es afilar el acero  
con que he de matarte a ti.  
Como el que tira ballesta  
suelo yo ser con la espada,  
que al principio está alterada  
la mano y a errar dispuesta;  
pero en los tiros postreros  
acierta mejor al blanco.  
Yo, cuando la espada arranco,  
no estoy diestro en los primeros;  
pero después, cual león  
que en la presa se encarniza,  
hago en los postreros riza

con segura ejecución.

Primero, el toro maltrata  
la capa del que le corre,  
porque de ella se socorre,  
y después al hombre mata;  
éstos, pues, serán las capas  
en que primero daré  
y después te mataré  
si por los pies no te escapas.

ZORAIDE. En fin, Cardiloro, ¿a mí  
por muerto me cuentas ya?

CARDILORO. Pues Meledón, claro está,  
que ha de quedar para mí.

ZORAIDE. Pues ahora bien; el concierto  
será como agora digo:  
que pelee yo contigo  
para que, habiéndose muerto,  
quede para mí postrero,  
cuerpo a cuerpo, Gallinato.

ROSARFE. No es válido el contrato  
en agravio de tercero;  
yo, que he callado, mejor  
es bien que a los dos os mate,  
porque, después del combate,  
pruebe el Alcaide el valor.

GALLINATO. Yo deseo concertaros,  
que, sin duda, alguna dama  
que a todos tres os desama,  
esto debe demandaros,  
y será de aquesta suerte:  
que todos tres batalléis  
conmigo, de quien tendréis  
segurísima la muerte;  
así, a los tres los despojos  
y amores os quitaré  
y a la dama serviré  
en quitaros de sus ojos.

CARDILORO. ¿A los tres juntos, cristiano?

GALLINATO. Y si escuderos traéis  
con los caballos, sean seis,  
y yo con sola una mano.  
¡Válgaos Mahoma, morillos,  
y qué traéis de arrogancia!

CARDILORO. ¡Hombres somos de importancia,  
y yo Alcaide en dos castillos!

GALLINATO. Seas quien fueres. ¿No sabes  
que hablas con Meledón,  
con Hércules, con Milón?

CARDILORO. ¡Trátanos como a hombres graves!

GALLINATO. ¿Como a hombres graves? ¿Qué es  
[esto?

¿Quién queréis ser siendo galgos?

ROSARFE. Entre moros, ¿no hay hidalgos?

GALLINATO. Dadme, Carpio, el bastón presto!

ZORAIDE. ¡Bien decían que eres loco!

GALLINATO. ¡Sin mí fe no hay hidalguía!

Todo animal sangre cría,  
toda sangre tengo en poco.  
Quien tiene a Dios es hidalgo,  
quien está sin Él es perro.

¡Moros, en esto me encierro!

¡Lo que soy cristiano, valgo!

Si no queréis pelear  
juntos, echad suertes luego:

de la gravedad reniego  
y de que os pude escuchar.

¿Quién queréis ser siendo moros?

¿Sois Mahoma o alfaquies? (1)

(Ríese.)

CARDILORO. ¿Que de Mahoma te ríes?

¡Veneno sudan mis poros!

¡Por él juro y por la casa  
de Meca!

GALLINATO. ¡Qué imagen jura  
de milagros! Por ventura,  
¿qué cojo o qué ciego pasa  
a esa infame romería  
que venga sano de allá?

(Sale SALCEDO, alborotado.) (2)

SALCEDO. El Alcaide, ¿dónde estás?

GALLINATO. Pues, Salcedo, ¿a qué te invia  
don Lorenzo, mi señor?

SALCEDO. ¡Ay, señor, nunca viniera  
a visitarte ni fuera  
solo, aunque solo en valor;  
que una encubierta emboscada  
al camino nos salió!

GALLINATO. Pues, Salcedo, ¿le mató?

SALCEDO. No, mas va preso a Granada.

GALLINATO. Moros, a librar mi tío  
me espanto (3) en esta ocasión.

ZORAIDE. ¡Buen achaque, Meledón,  
por no hacer el desafío!  
Después que en cosas propuestas  
tan arrogante has andado,  
haces que venga un criado  
con una invención de aquéstas.

(1) Quizá deba leerse "¿Sois de Mahoma alfaquies?"

(2) Esta acotación dice: "(Sale CAMPUZANO. Sale SALCEDO alborotado.)"

(3) Así en el texto. Quizá "me lanzo".



Dame una cédula a mí  
de que salir no quisiste.

ROSARFE. Dime que no te atreviste  
para que me vuelva así.

CARDILORO. Yo bien creo, Gallinato,  
que a tu tío llevan preso  
adivinando el suceso  
de haber oído el rebato  
y de que eres principal,  
que es lo más cierto también,  
y, porque te quiero bien,  
aunque tú me trates mal;  
pero, pues es imposible  
que le cobres, porque ya  
a buen recado estará  
entre una escuadra invencible,  
sal al campo que tratamos,  
que cobrarle tratarás  
despacio.

ROSARFE. Pues ¿en qué estás?

ZORAIDE. ¿En qué piensas?

GALLINATO. ¿En que vamos!

CAMPUZ. ¿Quién, señor, irá contigo?

GALLINATO. Ven tú solo, Campuzano.

(Sale ZULEMA.)

ZULEMA. Ya el alazán con la mano  
desembredar el postigo;  
bien poder, xenior, salir  
antes que el furor consuma,  
que el freno hacer más espuma  
que una olia cuando hervir.

GALLINATO. Ven, Campuzano, delante;  
dame una lanza jineta.

ROSARFE. ¡Permíteme, gran Profeta,  
que venza aqueste arrogante!

(Sale CARPIO. Vanse todos y quedan CARPIO y ZULEMA.)

ZULEMA. Garpio, ¿dónde andar xenior?

CARPIO. Estos va a matar.

ZULEMA. ¡Ah! ¿Sí?

CARPIO. ¿Conóceslos?

ZULEMA. Como a mí.

CARPIO. ¿Son personas de valor?

ZULEMA. ¡Oh, corpo de vosancé!

CARPIO. ¿Quién son?

ZULEMA. Uno estar pariente.

CARPIO. Dime, ¿es alguno valiente  
de aquéstos?

ZULEMA. ¡E como a fe!

CARPIO. Voy a verle degollar  
esos tres lobos.

(Vase.)

ZULEMA. En fin,  
mi xenior estar mastín.

(Entra FÁTIMA.)

FÁTIMA. ¿Poderte a solas hablar?

ZULEMA. Agarda el cabeza saco,  
(Mete la cabeza por el paño)  
que este Garpio andar espía;  
ben poder, Fátima mía,  
ya ser ido este beliacio.

FÁTIMA. Zulema, pues no tratar  
sacalda a mí de cautiva;  
ya no querer.

ZULEMA. Así viva,  
que te querer y adorar.

FÁTIMA. Pues a fe que te pesar,  
que ya Gallinato habelda  
cogido, e por más que hacelda  
Dios lo poder remediar.

ZULEMA. ¿Xenior, a ti?

FÁTIMA. ¿Qué podemos?  
Cando hacerle resistencia  
decirme: “¡Galga, pacencia!”

ZULEMA. ¿Tú querelde?

FÁTIMA. Vos mentemos,  
que harto dar gritos he hacer  
más que un Lucrecia romana.

ZULEMA. Mas ¿cómo tenelde gana  
caliar vos?

FÁTIMA. Alá saber.

ZULEMA. E ¿cómo estar el barriga?

FÁTIMA. Creo que dentro quedar  
un cristianilio.

(Llora.)

ZULEMA. ¿Llorar?  
¡Ay, Mahoma te maldiga!

(Vanse, y salen riendo ZORAIDE y GALLINATO con él; miralo CARDILORO.)

ZORAIDE. Por haber muerto a Rosarfe  
¿piensas que a Zoraide domas?

GALLINATO. Aunque fueras mil Mahomas  
como él fué sangre de Tarfe.

ZORAIDE. Ayúdame, Cardiloro,  
que me mata.

CARDILORO. ¿Cómo puedo?

ZORAIDE. Ten el brazo. ¡Muerto quedo!

(Entranse ZORAIDE y GALLINATO tras él y vuelve a salir.)

GALLINATO. ¿Qué miras? ¿Qué aguardas, mo-

CARDILORO. Ya meto a la espada mano. [ro?

GALLINATO. Hoy, aunque he muerto a los dos,  
haré porque quedéis vos  
tendido en el verde llano.

CARDILORO. Mal conoces mi valor.

(Batallan.)

GALLINATO. Siento que eres moro honrado,  
en que a los dos has mirado  
sin dar a nadie favor.

CARDILORO. ¿Qué te parece mi fuerza?

GALLINATO. Que es de un hombre. Mas la mía  
¿no te agrada?

CARDILORO. Mi porfía  
contra ti en vano se esfuerza.  
Oye, y la espada suspende,  
que ya sé que contra tí  
no ha de haber valor en mí,  
aunque a Granada defiende.

GALLINATO. Y yo, con probar tu espada,  
te quiero bien, que en mi vida  
vi espada más bien regida  
ni lengua más bien guardada.  
Y puesto que eres pagano,  
te estimo y casi te adoro,  
porque en el alma eres moro  
y en lengua y armas cristiano.  
Moro, estima mi valor,  
que por la cruz de este acero,  
que eres el moro primero  
a quien he cobrado amor.

CARDILORO. Yo soy, Meledón famoso,  
hijo de un moro de Vélez,  
por la sangre abencerraje,  
que fué desdichada siempre.  
Por la muerte de mi padre  
tengo el castillo de Bélmez,  
frontero de vuestras fuerzas  
y blanco de vuestra gente.  
Llamóme Benalhamar,  
que en Granada el cebo tiene,  
para servirle en la guerra  
contra vuestro santo jeque.  
Pues en llegando a mirar  
del Alhambra las paredes,  
los ojos puse en los ojos  
que a cuantos miran encienden.  
No me puedo yo guardar  
del fuego, pues vi, sin verle,  
entre dos mármoles blancos  
una figura de nieve.  
Fuí cultivando el deseo,

que, en fin, es planta que crece  
de forma, que por los ojos  
salieron ramas a veces.

Entendíolos y pensé  
que me pagara, y burléme,  
que Amor nunca menos paga  
que adonde sabe que debe.  
Pero, en fin, tuve favores.  
¡Triste del que en ellos cree,  
que al más recatado engañan  
y al más cuerdo desvanecen!  
Puse bien mis esperanzas;  
pero son vientos que suelen  
sacar del puerto el navío  
y en el golfo deshacerle.  
Pensé que estaba seguro;  
y, estando seguro, halléme  
con los dos competidores  
a quien has dado la muerte.  
Sobre hablar a Guadalajara,  
que este nombre, Alcaide, tiene,  
metí mano en el Alhambra  
en el cuarto de los Reyes.  
Impidió Benalhamar  
su desdicha con prenderme,  
reprendiendo nuestra furia  
cuando los cristianos vienen.  
Y viendo que darla a todos  
no es posible, se resuelve  
en darla a quien a Granada  
o vivo o muerto te lleve.  
A esto los tres venimos;  
y viendo lo que sucede,  
y que la peña de Martos  
menos que tu brazo es fuerte,  
que vencerte es imposible  
y que es posible vencerme,  
quiero, famoso cristiano,  
echarme a tus pies.

GALLINATO. Detente.

Ya sé, moro, lo que pides;  
ya sé, Alcaide, lo que quieres;  
ya sé que a Granada intentas  
llevarme preso, si puedes;  
ya sé que al Rey le dirás  
que me prendiste, de suerte  
que el Rey te dé a Guadalajara,  
por cuyos favores mueres.

CARDILORO. Por mi sagrado profeta,  
si a Granada, Alcaide, vienes  
debajo de mi palabra  
para que al Rey te presente

y cobre yo a Guadalajara  
y a mi castillo la lleve,

(*Dale la mano.*)

ésta te doy de sacarte  
del peligro en que estuvieres,  
o perder por ti mil vidas  
y mil almas que tuviese.  
Harás la mayor hazaña  
y digna que se celebre  
que se cuenta de Alejandro  
ni del valeroso Jerjes.  
Vuelto a Bélmez con mi esposa,  
todos los años que diere  
vuelta el sol dorado al mundo  
desde el Oriente al Poniente,  
te enviaré, luego que enero  
de estas Alpuijarras peine  
cabellos de plata helados  
con las uñas de sus fuentes,  
cuatro yeguas alheñadas  
de cola, clin y copete,  
con dos mallas jacerinas  
y dos alfanjes de Jelves,  
dos alfombras mequesinas  
y dos bordados jaeces,  
cuyas piezas esmaltadas  
se labren en Taflete;  
y el primer hijo que tenga,  
de seis años u de siete  
te enviaré para cautivo  
dondequiera que vivieres.  
Si ahora de esta verdad  
quieres, Meledón, rehenes,  
toma esta daga, cristiano,  
y en este brazo me hiere;  
daréte un lienzo de sangre,  
con juramento solemne  
por Mahoma y por Alá  
de servirte eternamente.

GALLINATO. Déjame pensar un poco.

(*Pónese pensativo.*)

CARDILORO. (¡ Ah, Cielos; haced que piense  
a mi remedio!)

(*Aparte.*)

GALLINATO. (¿ Si es engaño

lo que este moro promete?

¿ Si me quiere así prender?

Pero no, que claramente

me dice el alma el suceso.

¡ Oh, fuerte brazo! ¿ Qué empren-

¡ Ah, don Lorenzo, mi tío, [des?

sabe Dios lo que me debes,  
pues por darte libertad

a tal peligro me ofreces!

Sacarte yo de Granada

no es posible, aunque lo intente

con todo el poder del mundo,

si no es que el mundo sujete.

Llevándome aqueste moro

con este engaño, hablaréle,

y, con su favor y ayuda

sacarle podré y volverme.

Él es hecho temerario;

pero quien gloria pretende

en lo difícil la halla,

que lo fácil no la tiene.)

Alcaide, dame esa mano.

¿ Juras como hidalgo...

CARDILORO. Tenme

por infame, Gallinato,

cuando mi palabra quiebre.

GALLINATO. ¿ De volverme a mi castillo  
libre?

CARDILORO. Doila treinta veces.

GALLINATO. Mete tu mano en las mías,

que es pleito homenaje fuerte.

CARDILORO. Aquí la pongo y lo juro.

GALLINATO. Pues camina. (¿ Que esto intente?)

CARDILORO. (¿ Hay tal valor de cristiano?)

GALLINATO. (¿ Hay tal moro?)

(*Vuelve hacia el vestuario.*)

CARDILORO. ¿ Dónde vuelves?

GALLINATO. A decir que en mi castillo

una semana me esperen.

CARDILORO. Mereces que de laurel

la fama adorne tu frente.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## SEGUNDA JORNADA

DE *La Divina Vencedora*. (I)

(*Salen GUADALARA y el REY DE GRANADA.*)

REY. Como lo hubiera entendido,  
cree, hermosa Guadalajara,  
que a Cardiloro excusara  
peligro tan conocido.  
El no saber tu afición  
dió causa a tu descontento,

(1) Antes de este encabezado hay otro, de letra de Martínez de Mora, que dice: "2.ª Jornada de la divina vencedora y hechos de meledon gallinato. Original. D. J.º martinez de mora."



porque tiene el pensamiento  
la llave del corazón.  
Éste le cerró de suerte  
que, con haberlo callado,  
es sin duda que has causado  
a Cardiloro la muerte.

GUADAL. Fué su determinación  
tan breve, que apenas pudo  
dar el pensamiento mudo  
guardallave a la razón.  
Y el determinarse fué  
tan veloz en Cardiloro,  
como se arroja al tesoro  
el que en el campo le ve.  
Pero no sientas, señor,  
que haya al Alcaide perdido,  
porque el estimarle ha sido  
más inclinación que amor.  
No soy tan tierna ni creo  
que la Reina, mi señora,  
no tiene menos agora  
de mi remedio deseo.  
Cuando casarme queráis  
hidalgos hay en Granada.

REY. Al fin, ¿estás consolada?

GUADAL. Basta que merced me hagáis.  
Pero, señor, ¿tan valiente  
es ese Alcaide cristiano?

REY. Que los habrá muerto es llano,  
por opinión de mi gente;  
que de Gallinato cuentan  
cosas, que éste así se llama,  
que a los nueve de la fama  
con sus hazañas afrentan.  
Tiembra de su nombre el moro;  
hasta la envidia le alaba.

GUADAL. (Más preciara ser su esclava  
que mujer de Cardiloro.  
¿No es amor pequeña palma  
de tu poder insolente  
que la fama de un ausente  
me haya cautivado el alma?  
¿Quién es este Gallinato?  
¿Quién es este Meledón,  
que ha venido a ser ladrón  
de mi desdén y recato?  
¿Qué ordinario suele ser  
de una mujer desdñosa  
venir a querer la cosa  
más imposible de haber!  
Muere por este cristiano  
tan atajado el deseo,

que a muchas cosas que veo  
aborrezco y doy de mano.  
Gozarle y dejar de amar  
es imposible (1) y forzoso.)

(Entra ALIATAR.)

ALIATAR. ¿Hay caso más espantoso?

REY. Pues ¿qué hay de nuevo, Aliatar?

ALIATAR. Sobre un overo alheñado,  
con media lanza rompida,  
la mano sinistra asida  
en el tahelí tachonado;  
lleno de lauro el copete  
por toca de argentería,  
caído por bizzaría  
al hombro diestro el bonete,  
Cardiloro denodado,  
con Gallinato al estribo  
rendido, humilde y cautivo,  
por Vivarrambla (2) ha pasado,  
dando más admiración  
con un esclavo a Granada,  
que en tiempo a Roma sagrada  
con mil triunfos Escipión.

REY. ¿Válgame Alá!

ALIATAR. No te alteres,  
que ya llega a tu real casa,  
huyendo, por donde pasa,  
hombres, niños y mujeres.  
Que en mirar su cara puedo  
jurar por la vida tuya  
no hay hombre a quien en la suya  
no escriba su firma el miedo.

GUADAL. ¿Que Cardiloro ha traído  
a Gallinato?

ALIATAR. Esto es cierto.

(Entra CARDILORO con GALLINATO de cautivo.)

CARDILORO. Gracias doy a Alá que al puerto  
de mi honor me ha conducido.  
Dame esos pies.

REY. Cardiloro,  
los brazos te quiero dar;  
más no quisiera mirar  
estando en el coso al toro.  
¿Para qué le traes aquí?  
Que yo le viera mejor  
desde un alto corredor.  
Mas, di: ¿es éste?

(1) En el original, "importante"; pero es errata notoria.

(2) En el texto, "Viva Ramda".

CARDILORO. Señor, sí.  
 REY. ¿Eres tú de quien se cuentan tan notables hechos hoy?  
 ¿Qué dices?

GALLINATO. Que un hombre soy que a tús pies hoy me presentan.  
*(Llégase.)*

REY. Desvíate allá; no allegues a mis pies; guárdate allá.

GUADAL. *(Pues si ven mis ojos ya, (Aparte.)* Amor, no es bien que me ciegues. Robusto hombre; pero tiene talle de muy hombre. Alabo mi ventura.)

CARDILORO. Aqueste esclavo, señora, en tu nombre viene. Recíbele, que ha cortado de Rosarfe y de Zoraide las vidas.

GUADAL. Valiente Alcaide, hoy quedas eternizado con los nueve. En jaspe y bronce pondrás tu nombre esta vez, porque éste los hizo diez y tú, con tus hechos, once. Ya le recibo por mío.

CARDILORO. Y yo al Rey, con justa ley, pido la palabra.

GUADAL. El Rey la cumplirá, yo lo fio.

REY. Atentamente he mirado este hombre; y, visto bien, no hallo en él por qué le den la grandeza que le han dado. Pensé, cuando no le vía, que era Nembrot el gigante, que era Milón, que era Atlante que el cielo en hombros tenía; que era la sierpe lerneá, de Alcides fuerte conquista; que echaba fuego su vista como el dragón de Medea, y le hallo que es hombre, y hombre que, si le quitáis la fama que aqueste miedo derrama con los ecos de su nombre, osaré ¡por Alá santo! asirme a brazos con él. Aliatar, llégate a él.

CARDILORO. No le menosprecies tanto; que, puesto que le venci, merece ser estimado,

que a no cogerle cansado no le hubieras visto aquí. Dos hombres mató primero.

REY. Perdóname, Cardiloro; que, aunque eres hidalgo moro, es Amor invencionero. Antes que de Guadalajara goces, quiero saber hoy si es Gallinato.

GALLINATO. No soy, pues osas mirar mi cara. Cuando yo era Meledón y aquestos ojos abría, a cualquiera que me vía daba mal de corazón. Y si yo ahora lo fuera, como fué en otro lugar, ¿quién me viera sin temblar? ¿Quién sin morir se moviera?

REY. ¿Eres basilisco, di?

CARDILORO. Si allá en el campo, señor, visto hubieras su valor, no te pareciera así. Al que está en ventana o torre manso el toro le parece, y a muchas cosas se ofrece, mas no al hombre que le corre. Este es, señor, Meledón.

GUADAL. Bien lo muestra su ñereza. Está cierto Vuestra Alteza.

REY. ¿Habla por él tu afición?

ALIATAR. Yo tengo un gran caballero del real del rey Fernando cautivo, que prendí cuando vine de Archidona, y quiero traerle para que de él te informes.

*(Vase.)*

REY. Parte, Aliatar.— Cristiano, ¿tanto callar?

GUADAL. Es justo el silencio en él porque se ve atado y preso y era en su tierra león.

GALLINATO. *(Más callo por condición, (A ella, aparte.)* mora noble, que por eso. Por el camino he sabido que eres premio de esa impresa, por donde ya no me pesa de venir preso y vencido. Goza al Alcaide mil años,

que es el moro más gallardo  
que vi en mi vida.)

GUADAL. (¿Qué aguardo  
entre tantos desengaños?)

REY. Aún no acabo de mirarte.

GALLINATO. Creo que me has de obligar  
a volver por mí y quedar  
satisfecho de mi parte.  
Si lo que es valor de un hombre  
en el corazón está,  
¿quién le ha de ver, quién podrá  
si no se pregunta al hombre?  
A lo que has imaginado  
faltó lo que viste vivo,  
o me quieres por cautivo  
o me quieres por soldado.  
Déjame, no me rescates,  
con mi suerte mala o buena;  
cómprame como cadena,  
que quieres ver los quilates;  
caballo o yegua comprada,  
pues me pruebas, vengo a ser;  
basta, que quieres hacer  
como quien compra una espada,  
que no la puede probar  
si no es riñendo con ella,  
o viene a hacer tanto en ella  
que al fin se viene a quebrar.  
¿Qué me quieres de esa suerte?  
Basta el sarao que has tenido.  
Como me miras vencido  
no te parezco tan fuerte.  
¿A qué niño no parece  
manso en la jaula el león?

(Salen ALIATAR y DON LORENZO de cautivo.)

ALIATAR. Llega, que en esta ocasión  
una duda al Rey se ofrece.

D. LOR. ¿Qué quiere tu majestad  
saber de mí?

REY. Di primero  
quién eres.

D. LOR. Soy caballero.

REY. ¿De qué suerte o calidad?

D. LOR. Bien pudiera haber nacido  
moro y sentarme a tu lado.

REY. De esa suerte, siendo honrado,  
serás hombre conocido,  
y también conocerás  
a los hombres que lo son.  
¿Quién es éste?

D. LOR. Meledón,  
¿cómo vienes donde estás?

GALLINATO. Preso estoy, amado tío.

REY. Que, en fin, ¿este es Gallinato?

D. LOR. Sí, señor. (¡Ah, tiempo ingrato!)  
(Aparte.)

REY. ¿Sin duda?

D. LOR. Y sobrino mío.  
(¡Desdichada suerte nuestra!) (Ap.)

CARDILORO. ¿Hay, señor, más que probar?

REY. Alcaide, hoy te quiero dar  
esta fe, esta mano diestra,  
(Dale la mano.)

no sólo en que Guadalajara  
sea tuya; mas quiero darte  
de mi Granada la parte  
que antes de heredar tomara.  
Venid, que quiero casaros  
y haceros mucha merced.

CARDILORO. Tus pies beso.

REY. Esto creed.

GUADAL. (¡Qué tarde vine a miraros, (Ap.)  
prendas de los ojos míos!  
Pero ya no serán ojos,  
que el rigor de los enojos  
los han de volver en ríos.)

(Vanse el REY, ALIATAR y GUADALARA.)

CARDILORO. Oye, esclavo.

GALLINATO. ¿Qué me quieres?

CARDILORO. ¿Fuéronse ya?

GALLINATO. ¿No lo ves?

CARDILORO. Echarme quiero a tus pies.  
(De rodillas.)

Meledón, mi dueño eres.  
Tu esclavo soy; vesme aquí.  
Hierra este rostro, cristiano.  
Pon aquí tu noble mano,  
que tengo vida por ti.

D. LOR. ¿Qué es esto que estoy mirando?  
(Levántale.)

GALLINATO. Vete ¡por Dios! Cardiloro,  
que puede verte algún moro.

CARDILORO. El Rey me queda aguardando.  
Voime, y tú a la puerta aguarda  
con tu tío, a quien también  
haré que hoy libre me den,  
o romperé hierro y guarda.

GALLINATO. Eso has de hacer, moro honrado.

CARDILORO. Tu esclavo me has de llamar.

(Vase.)

D. LOR. ¿Qué es esto? ¿En qué ha de parar?



Sobrino, ¿estás encantado?

GALLINATO. Dadme esos brazos, señor, pues con aquéste he fingido venir cautivo y vencido, vencido de vuestro amor. Aquesta mora le han dado por vencerme, y él a mí a vos me ha de dar, que así queda entre los dos tratado. No tengáis pena de veros cautivo.

D. LOR. Quiero abrazarte una y mil veces y darte mil gracias.

GALLINATO. Esto es haceros el más pequeño servicio, pues sangre no me ha costado.

D. LOR. Con aquesta hazaña has dado de bravo español indicio.

GALLINATO. Retiraos, que siento gente, y parece que dan gritos.

(Salen ZARABO y GENILDO, moros, y ARGÉN, cautivo, con una caja do estaba la imagen de Nuestra Señora.)

ARGÉN. Si con ruegos infinitos vuestra dureza no siente lo que estimo esa Señora, el dinero que tenía para rescatare el día que el mundo su Parto adora, os daré y me quedaré cautivo toda mi vida.

ZARABO. Deja de tenerla asida, perro, que te mataré.

ARGÉN. Pues ¿qué ha de hacer de ella?

ZARABO. Quiero darla al fuego.

GENILDO. Si el esclavo te da el dinero, Zarabo, ¿no es mejor?

GALLINATO. (¡Oh, caso fiero! Oye, señor, lo que pasa.)

ARGÉN. ¿De qué tienes tanto enojo?

ZARABO. ¿Pensarás que ha sido antojo? Ésta es fuego de mi casa.

GENILDO. ¿Ésta! ¿Cómo?

ZARABO. Oye, Genildo: bien has visto a mi Almanzor.

GENILDO. ¿Quién?

ZARABO. A mi hijuelo mayor.

GENILDO. Pues bien, ¿qué ha hecho?

ZARABO. Oíldo:

Llevábale cada día a su mazmorra este viejo, y a esta imagen, que es su espejo, que allá la llaman María, las rodillas por el suelo le ponía y le enseñaba su ley.

GENILDO. ¡Brava cosa!

ZARABO. ¡Brava!

GALLINATO. (¡Oh, hermosa Reina del Cielo! ¿Qué haré, que temblando estoy?)

D. LOR. Calla, y déjalos, sobrino.

GALLINATO. No podré, que a su divino nombre muy devoto soy.)

GENILDO. ¿Y ha aprendido cosa alguna?

ZARABO. Vesle aquí do viene.—Argén, pregunta, y verás cuán bien te responde y te repugna. (I)

(Sale ALMANZOR, niño, de moro.)

GENILDO. ¿Almanzor?

ALMANZOR. ¿Qué me querer?

GENILDO. Ved cuál habla el aljamía.

ZARABO. Ya no sabe algarabía ni para sólo comer.

GENILDO. ¿Tú eres cristiano?

ALMANZOR. Pues ¿qué? galgo ¡mal año! que yo ser bon cristiano.

ARGÉN. Esto no.

GALLINATO. (¡Qué efecto de nuestra fe!)

GENILDO. ¿Tú cristiano?

ALMANZOR. E ben saber la dotrina e los articos.

GENILDO. ¿Quién te lo enseña?

ALMANZOR. Otros chicos.

GENILDO. ¿Y éste?

ALMANZOR. No le conocer.

ZARABO. ¿Tu ley dejas?—¿Cómo aplaco, Genildo, mi brazo fiero?

ALMANZOR. Estar Mahoma arriero; no le creer, que es beliacó.

ZARABO. ¿Esto sufro, santo Alá? Perro, aquí me vengaré.

ALMANZOR. Dalde, imagen, bona fe.

ZARABO. ¡Perdida mi casa está! No mato al esclavo perro por no perder el rescate.

GALLINATO. (Deja, tío, que le mate.

(I) Esta palabra está puesta por el licenciado Rojas. Antes decía "pregunta", que no forma sentido.

D. LOR. ¿Con qué palo o con qué hierro?

GALLINATO. Yo sé que de una puñada  
le dejaré sin sentido.

D. LOR. Y muerto el moro, o herido,  
¿cómo saldrás de Granada?

GALLINATO. La Señora que defendiendo  
me sacará.

D. LOR. Pues ¿qué, pides  
milagros?

GALLINATO. ¿Esto me impides?  
Por vengarla estoy muriendo.)  
Suelta la imagen.

(Asela.)

ZARABO. ¿Quién eres,  
que te atreves de ese modo?

GALLINATO. ¿Quién soy? Soy el mundo todo.

ZARABO. Perro, ¿quitármela quieres?

GALLINATO. Suelta, perro.

(Dale una puñada y cáese.)

ZARABO. ¡Ay, que me ha muerto!

ARGÉN. ¡Oh, cautivo, que has quitado  
la vida a un Alcaide!

GALLINATO. Y dado  
a mi vida mejor puerto.

(Vanse ARGÉN y el Niño huyendo.)

GENILDO. ¡Aquí del Rey! ¿Guarda? ¿Gente?  
¡Infame, date a prisión!

GALLINATO. ¡Ay, mi querido bastón!  
¿Qué haremos?

D. LOR. Morir.

(Sale SULTÁN con la guarda.)

SULTÁN. Detente.

GALLINATO. ¡Que no tuviera, Señora,  
algo con que defenderos!

SULTÁN. ¿Qué es esto?

GENILDO. Que estos dos fieros  
han muerto a Zarabo ahora.

SULTÁN. ¿Con qué armas?

GENILDO. No lo sé.

GALLINATO. Y si saberlo te agrada,  
no fué más de una puñada;  
llega y cómo te diré.

SULTÁN. ¿Por qué le has muerto?

GALLINATO. Quería  
dar al fuego la que ves.

SULTÁN. Pues ésa, esclavo, ¿quién es?

GALLINATO. Es la imagen de María.

SULTÁN. ¿Por eso no más?

GALLINATO. Si vieras

que un cristiano te quemaba  
a tu Mahoma y que estaba  
diciendo arrogancias fieras,  
siendo Mahoma un tizón  
del infierno, ¿no llegarías  
y la vida le quitaras?  
Pues di: ¿qué comparación  
puede tener la que es Reina  
en los Cielos, la gran Madre  
de Dios, la que alaba el Padre  
y es de los ángeles Reina?  
Por esto, no ha sido poco.  
SULTÁN. ¿No basta ser homicida,  
sino blasfemo? En mi vida  
he visto esclavo tan loco.  
¿Cúyo eres?

GALLINATO. Soy, Muley,  
del alcaide Cardiloro.

SULTÁN. Él ha muerto un noble moro.  
No importa, aunque sea del Rey.—  
Y tú, ¿cúyo eres?

D. LOR. Yo  
soy esclavo de Aliatar.

SULTÁN. Dejaos las manos atar.

GALLINATO. (Tío, ¡moriremos!

D. LOR. No,  
que con estas alabardas  
nos han de pasar: olvida  
tu valor; dure la vida.)

GALLINATO. Pues, ya ¿qué remedio aguardas?  
¡Atadme con la ocasión,  
moros, de mi muerte amada,  
que así, con ella abrazada,  
será gloria mi prisión!  
¡Si el Hijo de esta Señora  
murió por mí, muera yo  
por ella!

(Atanle las manos.)

D. LOR. ¡Que al fin se ató  
esa mano vencedora!  
¡Atad, moros, al segundo  
del mejor de los cristianos,  
que atadas aquellas manos,  
podéis atar las del mundo!

GALLINATO. De la causa alegre quedo;  
pero quisiera tener  
con qué poder ofender,  
pues defenderme no puedo.

SULTÁN. Para cosas como éstas  
no es menester consultar  
al Rey; bien podéis llevar  
la leña y el palo a cuestras.

(*Vanse, y salen el REY FERNANDO, la REINA, TELLO, NUÑO, DON RODRIGO GIRÓN.*) (1)

REY FERNANDO.

Con la buena venida de Correa,  
maestre de la cruz de Calatrava,  
marche mi campo al centro que desea.

Ya no será razón que viva esclava  
la gran Sevilla del alarbe moro,  
que humilla su cerviz, su nombre acaba.

No me lleva codicia de tesoro  
ni el ver que sea la ciudad más bella  
que vió la que pasó de Grecia el toro,  
sino amores que tengo ya con ella,  
porque sé que ha de ser mi amada esposa  
y he de tener mi eterna casa en ella.

DOÑA JUANA.

¡Mucho la amáis! ¡Mirad que estoy celosa!

REY FERNANDO.

Pues no tenéis de qué, señora mía,  
que en mí sois vos la joya más preciosa.

De aquesta gran ciudad, en profecía  
dicen que del gran mar será la puerta  
para el tesoro que la India cría,  
y que de mí vendrá, por quien abierta,  
a las columnas de Hércules agrada (2)  
la impresa de la tierra descubierta.

DOÑA JUANA.

Merece ser de vos Sevilla amada:  
conquistalda, Fernando, que esta impresa  
la fama tiene para vos guardada.

NUÑO.

Nuestra gente jamás de pedir cesa  
a voces que partáis.

DON RODRIGO.

Que ha de seguiros  
hasta la muerte con valor confiesa.

TELLO.

Pues os partís, señor, quiero advertiros  
que dejéis al castillo de Chincoya  
Alcaide tal que pueda bien serviros,  
que bien sabéis que su frontera apoya  
lo que del reino de Jaén ganastes,  
y juró el moro darle el fin de Troya.

Digoos esto, señor, porque dejastes

en él Alcaide desleal, ingrato  
a la espada y favor con que le honrastes.

REY FERNANDO.

A Meledón Rodríguez Gallinato  
puse en Chincoya y di mi noble espada:  
pues ¿cómo, Tello, en él hay falso trato?

TELLO.

Su tío y él se dice que a Granada  
se han ido a volver moros.

REY FERNANDO.

Eso, ¿es cierto?

TELLO.

Y la plaza dejó desamparada.

REY FERNANDO.

¡Extraño mal! ¡Extraño desconcierto!

DOÑA JUANA.

¿Que aquel famoso fronterizo ha sido  
traidor al Rey?

NUÑO.

Señora, será incierto.

TELLO.

Soldados estas nuevas han traído.

DON RODRIGO.

No puedo yo creer de don Lorenzo  
caso tan deshonorado y abatido.

REY FERNANDO.

Ya de haberlos honrado me avergüenzo.  
Partid, Tello, a Chincoya con mi carta.  
¡Qué mal la impresa a que salí comienzo!

TELLO.

¿A qué quieres, señor, que al fuerte parta?

REY FERNANDO.

A ser Alcaide en él. Ocupa, Tello,  
la plaza del que ya de Dios se aparta.  
Di que te den mi provisión y sello.

NUÑO.

(¡Extraño caso!)

DON RODRIGO.

(¡Extraña desventura!)

Menos lo he de creer si vengo a vello.

(1) De la mano de Rojas se añaden estas palabras: "*con vaquero y espada*".

(2) Así en el original.



REY FERNANDO.

¿Qué hice yo al Alcaide, que procura  
servir al moro tan injustamente?  
¿Qué agravio le ha obligado a tal locura?

DON RODRIGO.

Mira, señor, que Meledón valiente  
habrá hecho, sin duda, con su tío  
este disfraz para engañar la gente.

DOÑA JUANA.

Eso en el Cielo y su valor confío,  
y que a Granada a alguna cosa fueron.  
Si mi crédito vale, yo los fío.

REY FERNANDO.

Bien puede ser, aunque, en efecto, dieron  
mala cuenta del fuerte, que, entre tanto,  
a punto de perderle se pusieron.

Bien es que le defienda.

DOÑA JUANA.

El Cielo santo  
guarde tus años.

REY FERNANDO.

Vamos, Reina mía,  
que hoy mi ejército de Eciija levanto.

DOÑA JUANA.

Deseo, por ser prenda de valía,  
Rey, que os den de Sevilla la corona:  
¡del mundo merecéis la monarquía!

TELLO.

¡Guarden los Cielos tu real persona!

(*Vanse, y salen ALIATAR y CARDILORO.*)

CARDILORO. Esto ha pasado, Aliatar;  
este secreto te fío.

ALIATAR. Haz cuenta, Alcaide, que es mío;  
bien me lo puedes fiar.

CARDILORO. No he vencido a Meledón  
con la espada peleando;  
vencí su pecho rogando,  
y su noble condición.  
Dame el cristiano, su tío;  
daréte por él seis hombres,  
que allá se estiman sus nombres  
lo que entre moros el mío;  
y, si no, señala un plazo  
y una villa te daré.

ALIATAR. Rompes de mi amor la fe  
y de mi amistad el lazo.

Poco has fiado de mí,  
pues sólo estoy envidioso  
de este cristiano famoso  
que ha sido esclavo por ti;  
cuando no fuera contigo  
mi amor y amistad tan cara,  
este hombre me enseñara  
lo que he de hacer por mi amigo.  
Lleva en buen hora a los dos  
cuando lleves a tu esposa.

CARDILORO. Has hecho por mí la cosa  
que más estimo, por Dios.  
Dame esos pies.

(*Entra GUADALARA alterada.*)

GUADAL. Por Alá  
que si esto consiente el Rey,  
que sin nobleza y sin ley  
su bárbaro pecho está.

CARDILORO. ¿Qué es aquesto, esposa mía?

ALIATAR. Guadalajara, ¿qué es aquesto?

CARDILORO. ¿Quién en tus rosas ha puesto  
nieve tan pálida y fría?

GUADAL. A tu esclavo y a su tío  
Sultán...

CARDILORO. ¡Habla!

GUADAL. (¡Estoy turbada!)

¡Llevan fuera de Granada!

CARDILORO. ¿Adónde el esclavo mío?

GUADAL. A ponerle en palo y fuego  
porque mató...

CARDILORO. ¿A quién?

GUADAL. No sé.

En defensa de su fe  
y de su cólera ciego.

CARDILORO. ¿Con qué armas?

GUADAL. No tenía armas.

CARDILORO. Pues ¿qué?

GUADAL. Con las manos.

CARDILORO. ¡Oh, espejo de los cristianos  
y prez de la valentía!

¡Ponte a caballo, Aliatar,  
que me va la vida en esto!

ALIATAR. ¡Moriré contigo!

CARDILORO. ¡Presto!

¡Si podré a tiempo llegar?

GUADAL. Si en algo no te detienes,  
gozarás de la ocasión.

ALIATAR. ¡Vamos!

CARDILORO. ¡Guarda en tal sazón  
esa lealtad que mantienes!

(*Vanse, y queda GUADALARA.*)

## GUADALARA.

Esclavo de mis ojos, ya he sabido  
que nunca te venció quien te lo llama,  
que quien ama no calla a lo que ama  
lo que callar mejor hubiera sido.

A vencerme veniste no vencido;  
pero el traidor que así quiere tu fama.  
infamar, apagando aquesta llama,  
¿me ha de ganar quedando tú perdido?

Luego a Bélmez me voy; pero pretendo  
buscarte desde allí, cristiano. Espera  
y no te hieles, pues por ti me enciendo;

que en hombre no ha de haber alma tan fiera  
que, amándole, rogando y persuadiendo,  
no se convierta de diamante en cera.

(Vase, y aparecen en el muro SOLDADOS, CAMPUZA-  
NO y CARPIO, y TELLO abajo con la provisión.)

CARPIO. No entraréis en el castillo;  
bien nos podéis perdonar.

TELLO. ¡Soldados!

CARPIO. No hay que tratar;  
mejor podréis combatillo.

TELLO. Pues ¿cómo esta provisión  
del Rey en poco tenéis?

CARPIO. La provisión que traéis  
fué con mala información.

TELLO. ¡Eso es ya mucha nobleza!  
Haced luego lo que os toca.

CARPIO. A su firma doy la boca  
y a su sello la cabeza;  
pero a vos, Tello, esta vez,  
no hemos de abrir el castillo.

TELLO. ¡Haré yo por fuerza abrillo!

CARPIO. ¿Tan riguroso jüez?

¿Qué gente viene con vos?

TELLO. ¿No basto yo solo?

CAMPUZ. Así,  
¡llegad y abridle.

TELLO. ¡Eso sí!

CARPIO. Llegad y abridle, por Dios;  
que si lo pensáis hacer  
con la llave de la espada,  
está la maestra echada  
y no la podréis torcer.

TELLO. Abrirá este Fernando  
que traigo en este papel.

CARPIO. Sí abrirá, que para él  
está abierto y aguardando,  
y tú lo imposible aguardas.

TELLO. ¿Esto tiene el Rey aquí?

CAMPUZ. Venga el Rey, que para ti  
están mudadas las guardas.

CARPIO. Vuélvete, y di que a Granada  
fué su Alcaide y señor mío,  
a rescatar a su tío,  
cautivo en una celada.

TELLO. Leed sólo este renglón,  
veréis lo que dice aquí.

(Dales la provisión con algo, y tómla CARPIO.)

CARPIO. ¿A ver?

TELLO. Lee.

CARPIO. Dice así:

“Que por cuanto Meledón  
es ido a volverse moro,  
según que estoy informado...”

CAMPUZ. Miente el villano afrentado  
que ha ofendido su decoro.

CARPIO. Y vos, Tello, norabuena.

CAMPUZ. (¡Ah, invidia!, ¿qué no podrás?)

CARPIO. ¡Vive Dios, si aquí te estás,  
que te arrojen una almena!  
No lo sepan sus soldados,  
que le adoran. ¡Vete luego!

TELLO. ¡Quedad con Dios!

CARPIO. ¡Oh, reniego  
de los servicios pasados!  
¡Ved qué pasa!

CAMPUZ. ¿Tú no ves  
que es siniestra información?

CARPIO. Si lo sabe Meledón  
menester habrá los pies.

(Vanse.)

TELLO. Mucho la invidia ha podido  
del privar de aqueste hidalgo;  
corrido en extremo salgo  
y en extremo arrepentido.  
¡Falsa fué, por Dios, la nueva!  
¡Mal hice en hablar al Rey!

(Salen ZULEMA y FÁTIMA con sus hatillos, que se-  
van.)

ZULEMA. Por él dejalde su ley,  
ya no agardalde que venga. (1)

FÁTIMA. ¿Qué decir, Zulema?

ZULEMA. Digo  
que estar moro Meledón,  
y que ser bona ocasión  
para gamenar contigo.

(1) Así en el texto. Parece claro que debe decir  
“vueva”, o sea “vuelva”, para que haya rima.

Venir, Fátima, al Granada,  
que aliá parir el perrillo.  
FÁTIMA. Aquí estar un christianilio.  
ZULEMA. Ahora, (1) a Dios tenelde espada.  
TELLO. (Gente del fuerte salió.)  
¿Quién va allá?  
ZULEMA. Dos vizcaínos  
que andamos por los caminos.  
TELLO. ¿Adónde vais?  
ZULEMA. ¿Quién?  
TELLO. Vos.  
ZULEMA. ¿Yo?  
TELLO. ¡Paso; no tengáis temor!  
ZULEMA. Santiago, Galicia vaya.  
TELLO. ¿De qué lugar de Vizcaya?  
ZULEMA. Del Pujarra xer, xenior.  
TELLO. ¡Vos sois, por Dios, buen hidalgo!  
¿Voy bien a Ecija?  
ZULEMA. Sí.  
TELLO. ¿Por dó?  
ZULEMA. Andalde por allí.  
TELLO. Adiós.

(Vase.)

ZULEMA. Adiós, xenior galgo.  
¿Querer que mate este berro?  
FÁTIMA. Dejar, partamos aina.

(*Entran GALLINATO y DON LORENZO en hábito de moros y con la caja de Nuestra Señora.*)

GALLINATO. Seguro, señor, camina.  
D. LOR. Hubiéramos hecho yerro  
a no tomar este traje.  
GALLINATO. ¡Bravo moro es Cardiloro!  
D. LOR. No he visto celoso toro  
que así de los montes baje  
como al tiempo del querer  
darnos garrote llegó.  
GALLINATO. ¡Bien la amistad me pagó!  
No le queda más qué hacer,  
que si yo le di una dama,  
él me dió la vida a mí.  
FÁTIMA. (Dos moros venir allí:  
o te acercar o los llama.)  
ZULEMA. Ven, decir que compañía  
suya seguros andar.)  
Favor, hidalgos, nos dar,  
que andar huyendo este día  
deste castillo a Granada.  
D. LOR. (Por moros nos han tenido.)  
GALLINATO. (Oid, por Dios, que han caído

los perros en la celada.)  
Perros, ¿dónde vais?

ZULEMA. Decir  
que tú estar moro en Granada  
e con provisión sellada,  
otro allá, que aquí venir,  
que llaman Tello, e con esto,  
no querer servir a quien  
no xer xenior.  
D. LOR. ¡Dices bien!  
ZULEMA. ¿Dónde andar así? ¿Qué es esto?  
Volvete, xenior, a casa,  
que andar con beliaquería  
por quitarte el alcaidía.  
GALLINATO. ¿Esto hace Tello? ¿Esto pasa?  
¿Abriéronle?  
ZULEMA. No, xenior,  
que tener bonos soldados;  
decir que falsos recados  
tener el Tello.  
GALLINATO. ¡Ah, traidor!  
¿Irá lejos?

ZULEMA. Cerca andar.  
GALLINATO. Toma esta caja y al fuerte  
la lleva, y di de la suerte  
que le vamos a buscar;  
dala a Carpio o Campuzano.

(*Vanse GALLINATO y DON LORENZO.*)

ZULEMA. ¡Que me placer! Ir con Dios.—  
Vosancé, ¿qué decir vos?  
FÁTIMA. Que temblar yo de so mano.  
ZULEMA. Caliar, que mejor ha sido,  
que agora andar más seguros,  
e más con estos tesoros.  
FÁTIMA. Zolema, tú andar berdido;  
vólvete, Zolema, al forte.  
ZULEMA. ¡Volver, diablo, vosancé!  
¿Lo barriga, por me fe,  
te volvemos de esa sorte?  
Si te querer ir, adiós.  
FÁTIMA. Zolema, primero ver  
qué llevar.  
ZULEMA. Eso querer.  
Tenelde a esa parte vos.  
FÁTIMA. ¡Ay, Alá! ¿Qué venir dentro?

(*Abren la caja, ven a la Virgen, y admíranse.*)

ZULEMA. ¡Caliar, Fátima, en mal hora!  
FÁTIMA. ¿Qué ser eso?  
ZULEMA. Una Señora.  
¡Por Mahoma, lindo encuentro!  
¡Todo temblar en miralda!

(1) Quizá "¡Joro a Dios!"



FÁTIMA. Yo, Zulema, conocelda.  
 ZULEMA. Yo también; pero ¿qué hacelda?  
 FÁTIMA. No la llevare, dejalda.  
 ZULEMA. Parece en estar merando:  
 me la he cobrado afición.  
 FÁTIMA. Ya me decir corazón  
 que ser cristiana.  
 ZULEMA. ¿Tú? ¿Cuándo?  
 FÁTIMA. Ahora.  
 ZULEMA. También a mí.  
 FÁTIMA. Prometeldo.  
 ZULEMA. El Niño tierno  
 me decir guarda el infierno.  
 ¿Querer ser cristiana?  
 FÁTIMA. Sí.

(Salen CARPIO, SALCEDO y CAMPUZANO buscándolos.)

SALCEDO. Por aquí, sin duda, van.  
 CARPIO. ¡Grande enojo le daremos  
 si los cautivos perdemos!  
 CAMPUZ. Paso, Salcedo, ¡aquí están!  
 ¡Ah, bellacos, perros!  
 ZULEMA. Vos  
 estar berro, yo cristiano.  
 CAMPUZ. ¿Qué mira y tiene en la mano?  
 CARPIO. La Virgen, Madre de Dios.  
 (Vase CAMPUZANO.) (1)

¿Quién os la dió?  
 ZULEMA. Mi xenior.  
 Venir con su tío aquí  
 y ésta me haber dado a mí,  
 a quien ya tener amor.  
 Ir a buscarle aquel Tello  
 y decir que ésta guardar.  
 SALCEDO. No le vamos a buscar,  
 pues es tan cierto ofendello,  
 sino esta imagen llevemos  
 a la capilla del fuerte.—  
 ¿Quieres cristiano volverte,  
 Zulema?

ZULEMA. Allá te diremos.  
 (Vanse, y salen al muro el REY FERNANDO, la REINA, NUÑO, DON RODRIGO y TELLO; la REINA con vaquero, espada y sombrero.)

REY FERNANDO.

¿Moros decís que a nuestro muro llegan?

TELLO.

Mírelos Vuestra Alteza por el campo,  
 con la braveza que las lanzas juegan.

(1) Esta acotación es de una letra distinta de las demás.

REY FERNANDO.

Cuando la planta por su arena estampo,  
 de otra suerte se atreven.

DOÑA JUANA.

¿Ya se os niegan  
 viendo que estáis, cual de la nieve el ampo,  
 esos bríos?

TELLO.

Señor, darme el castillo  
 no quisieron. ¡Yo sé si acá llegaran!

REY FERNANDO.

(¡Notable cosa fué no recibillo!)

TELLO.

Y apostaré que al moro le entregaran.

DON RODRIGO.

Dos moros vienen.

REY FERNANDO.

¡No podré sufrillo!

DOÑA JUANA.

Junto a los muros los caballos paran.

DON RODRIGO.

Dejaldos, Rey, llegar.

REY FERNANDO.

Toca a rebato.

¿Que así se atrevan en presencia mía?

DON RODRIGO.

¡No seré yo Girón si no los mato! \*

(A caballo DON LORENZO y GALLINATO, con adargas y lanzas y unos velos en la cara.)

GALLINATO. Rey famoso don Fernando,  
 tú que a Sevilla conquistas,  
 digno del nombre que tienes  
 y de que mil años vivas.  
 Flor de Francia, doña Juana,  
 reina famosa y divina,  
 que con la casa que tienes  
 distes lises a Castilla;  
 fuerte Rodrigo Girón,  
 Nuño de Lara y Arista  
 y los demás que a ese muro  
 hacéis corona tan rica,  
 cese el rebato y oid,  
 por ser ya costumbre antigua,  
 al alcaide Cardiloro.

FERNANDO. ¿Qué le diré?

D.<sup>a</sup> JUANA. Que prosiga.

FERNANDO. Prosigue, moro; ¿qué quieres?

GALLINATO. Escucha: así de Sevilla  
goces la corona, Rey,  
hecha de su verde oliva.  
Tres moros llegamos juntos,  
porque el Rey nos prometía  
a la hermosa Guadalajara,  
mora rica y bien nacida,  
al castillo de Chincoya,  
de Gallinato alcaidía,  
para prendelle en batalla,  
porque era el precio su vida.  
Salió, y matando los dos,  
vió que yo le resistía  
y yo vi que era imposible  
vencer a la fuerza misma.  
Allí nació el amistad  
de las armas sacudidas.  
Yo le pedí que a Granada  
fuese conmigo aquel día,  
fingiendo ser mi cautivo,  
para más ventura mía.  
Él, por librar a su tío,  
que de Alíatar en cuadrilla  
cautivo llevó a Granada,  
irse conmigo imagina.  
Dióme el Rey mi amada mora  
y desposéme aquel día.  
Por que tenga Meledón  
más esclavos que le sirvan,  
queda en Granada a librar  
su tío, donde ejercita  
la industria, porque se embota  
la espada con las desdichas.  
Supe yo corriendo ayer  
esta campaña, que pisan,  
a pesar de nuestras yeguas,  
los caballos de Castilla,  
que os ha dicho cierto hidalgo,  
que Tello Hernando apellidan,  
que Meledón y su tío  
ya de vuestra fe se olvidan,  
y que le ha pedido al Rey  
de Chincoya la alcaidía,  
que se la dió, no sabiendo  
que es todo engaño y invidia,  
por lo cual vengo en su nombre  
a sustentar que es mentira,  
como su amigo, obligado,  
viendo que el honor le quitan.

Dadme licencia, buen Rey,  
que tales palabras diga:  
¡Mientes, mientes, Tello Hernando,  
de traición y de malicia!

Baja de los altos muros,  
que quien te reta se obliga  
a sustentar lo que dice  
antes que se acabe el día.

TELLO. Moro infame, lo que he dicho  
muchos hidalgos lo afirman;  
si no es verdad, no lo sé.

GALLINATO. Pues ¿para qué lo decías?  
El hidalgo honrado, Tello,  
que al lado del Rey camina,  
ni trae en su boca nuevas  
ni ajena fama lastima;  
que el que habla mal en ausencia,  
donde no hay quien le resista,  
cerca está de que le afrenten.  
¡Baja, baja, por tu vida!

TELLO. Aguarda, perro.

GALLINATO. Aquí espero.

(Vase GALLINATO y queda su tío.)

D. LOR. Vete esos valles arriba  
que yo detendré la gente  
para que nadie te siga.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Veis, señor, que Meledón  
era honrado caballero?  
En su nombre daros quiero  
tan justa satisfacción.

FERNANDO. Después de aquesta conquista  
he cumplido un gran deseo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Uno de los moros veo  
y el otro pierdo de vista.

FERNANDO. Ah, moro, que te has quedado,  
¿tienes algo que decir?

D. LOR. Sí tengo; ¿quiéresme oír?

FERNANDO. Sí quiero; di, moro honrado.

D. LOR. No soy moro, Rey cristiano.  
Don Lorenzo Juárez soy,  
que tan bien pagado voy  
de tu generosa mano.  
Pero no te culpo a ti;  
tienes malos consejeros.—  
Perdonadme, caballeros,  
que a nadie señalo aquí,  
pues quien la culpa ha tenido  
ya paga su falso trato  
a manos de Gallinato,  
que ha sido el moro fingido.  
Ya se encuentran; ya le rompe

con el asta el traidor pecho.  
 ¡Muchas traiciones le ha hecho!  
 ¡Mucho la invidia corrompe!  
 Si en tu servicio me quieres,  
 Rey, inviame a llamar.

FERNANDO. ¡Prendedle!

D. LOR. Manda bajar  
 un escuadrón si quisieres.

(*Vase.*)

FERNANDO. Id luego, Nuño de Lara.

NUÑO. Mirad, señor, que es mi amigo.

FERNANDO. Pues bajad vos, don Rodrigo.

D. RODR. Si te sirviera bajara;  
 pero don Lorenzo tiene  
 razón.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Cómo, si ha quebrado  
 la palabra que me ha dado  
 y alterar el campo viene?  
 ¡Por vida del Rey, que luego  
 le han de prender!

D. RODR. Pues yo voy.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ciega de venganza estoy.

FERNANDO. Y yo de cólera ciego.

(*Vanse, y salen CAMPUZANO, CARPIO y SALCEDO.*)

CARPIO.

¡Qué buena nueva a Meledón espera  
 volviéndose cristianos sus esclavos,  
 porque los ama por extremo!

CAMPUZANO.

El Cielo con bien le traiga a su castillo y casa;  
 que oí decir que fué a hablarle a Tello,  
 y temo que si el Rey acaso le oye  
 algún atrevimiento, parte sea  
 para que venga con desgracia suya.

CARPIO.

No temas de su ingenio que no sepa  
 en esos tiempos reprimir la cólera.  
 ¡Buena queda la imagen!

SALCEDO.

Es imagen  
 de la que fué tan buena, que ninguna  
 de todas las criaturas fué más buena.  
 ¡Oh, cómo se ha de holgar, que es en extremo  
 devoto de la Virgen!

(*Sale ZULEMA.*)

ZULEMA.

¡Presto, presto!

CARPIO.

¿Qué tenemos, Zulema?

ZULEMA.

Buenas noches.

Un moro estar al porta del castillo  
 que os pedir desafío.

CARPIO.

Dile que entre  
 y escoja el escudero que le agrade.

ZULEMA.

Ya estar peado. Veislo aquí; cataldo.

(*Entra GALLINATO con una lanza, embozado.*)

GALLINATO.

¿Hay alguno que pruebe aquesta lanza?

CARPIO.

Escoge de los tres el que quisieres,  
 o llamaremos los demás.

GALLINATO.

No quiero  
 a los demás, que tres, aunque son pocos,  
 bastan para cortar aquesta cólera.

ZULEMA.

Moro del diablo, vosancé, si quiere  
 cortar cólera, tome dos naranjas  
 e no probar soldados de mi amo;  
 yo os consejo.

GALLINATO.

¿Qué dice el perro infame?

ZULEMA.

Soltar, Garpio, la espada. ¡Solta! ¡Solta!

GALLINATO.

¿A mí, Zulema?

ZULEMA.

¿Quién ser vos?

GALLINATO.

Tu amo.

(*Descúbrese.*)

ZULEMA.

¡Joro a Dios que es mi amo, Campuzano!

GALLINATO.

Dadme esos brazos todos.



CARPIO.

¡ Señor mío !

SALCEDO.

¿ Cómo vienes así ?

GALLINATO.

Largas historias  
tengo que os referir aquesta noche.

SALCEDO.

¿ Está libre tu tío ?

GALLINATO.

Libre queda.

SALCEDO.

¿ Hallaste a Tello ?

GALLINATO.

Tello queda muerto.

CARPIO.

¿ Qué imagen es aquella que inviaste ?

GALLINATO.

También sabréis después ese suceso.

CARPIO.

Zulemilla es cristiano, y también Fátima,  
milagro que la imagen santa ha hecho.

GALLINATO.

¿ Que eres cristiano ?

ZULEMA.

No tener el agua  
hasta que tú venir a ser badrino.

SALCEDO.

Un moro de a caballo viene al fuerte.

CAMPUZANO.

Aún no has llegado, ya vendrán a verte.

*(Sale GUADALARA a caballo en hábito de moro, con  
lanza y adarga.)*

GUADAL. Noble Meledón Rodríguez,  
alcaide de esta frontera,  
oye atento si me escuchas.

GALLINATO. Dí, moro, que Alá mantenga;  
que yo soy, aunque me ves  
con tan diferentes señas,  
que el traer este vestido  
no fué gusto sino fuerza.

GUADAL. Ya yø te conozco, lobo;  
lobo que matas la oveja,  
y traes su piel vestida

por que las otras no teman.

GALLINATO. ¿ De dónde eres ?

GUADAL. De Granada

GALLINATO. ¿ Cómo te llamas ?

GUADAL. Zulema.

GALLINATO. ¿ A qué vienes ?

GUADAL. A matarte.

GALLINATO. ¿ Y podrás ?

GUADAL. Alá lo quiera.

GALLINATO. ¿ Qué te he hecho ?

GUADAL. Hasme agraviado.

GALLINATO. No lo sé.

GUADAL. Aunque no lo sepas.

GALLINATO. ¿ Cómo ?

GUADAL. Matando a mi padre.

GALLINATO. ¿ Tienes razón ?

GUADAL. Tengo fuerzas.

GALLINATO. Dime adónde.

GUADAL. Fué en Granada.

GALLINATO. ¿ Cuerpo a cuerpo ?

GUADAL. Fué sin guerra.

GALLINATO. ¿ Sobre qué ?

GUADAL. Sobre una imagen.

GALLINATO. Ya te conozco en las señas.

GUADAL. Distele, perro cristiano,  
tal puñada en la cabeza,  
que le echaste por los ojos  
la sangre en sesos revuelta.  
Sacáronte de Granada,  
llevando a cuestras la leña,  
con don Lorenzo, tu tío,  
para quemarte en la vega.  
Vino Cardiloro entonces  
con cien hombres de pelea,  
y, librándote la vida,  
me ha dejado con la afrenta.  
Cuando supé que eras tú  
y el Rey supo que tú eras,  
su enojo con mis agravios  
remite a mi diligencia.  
Yo he venido, como ves;  
hoy, Gallinato, te reta  
Zulema el moro, en el nombre  
de mi buen padre Zulema.  
Cuerpo a cuerpo he de matarte  
sin palabras descompuestas.  
¿ Quieres que me apee ?

GALLINATO. Sí;

aquí, morillo, te afea.—  
Entraos vosotros allá.

CARPIO. Subamos a las almenas.

ZULEMA. ¡ A, pobre de ti, morillo !

Por ser Zulema me pesa.

(*Vanse todos; apéase GUADALARA y desciende GALLINATO.*)

GALLINATO. Ya estás, buen moro, en campaña.  
¿Daránme lanza?

GUADAL. No quiero  
más de probarte el acero,  
fuerte defensor de España.

GALLINATO. Pues vesle aquí, saca el tuyo  
(*Mete mano.*)

y aquesta batalla hagamos;  
mas desiguales estamos,  
goce Marte lo que es suyo.  
Tú eres rapaz, yo soy hombre;  
la espada quiero envainar

(*Envaina.*)

y con la daga probar  
la arrogancia de tu nombre.

GUADAL. No es esa la diferencia.

GALLINATO. Pues ¿qué mayor puede ser?

GUADAL. Ser tú hombre y yo mujer.

GALLINATO. ¿Mujer? ¡Extraña insolencia!

GUADAL. No he venido a pelear,  
sino de ti enamorada,  
que de tu fama obligada,  
te vengo, Alcaide, a buscar.  
¿No me conoces? Yo soy  
la esposa de Cardiloro;  
Guadalara, que te adoro  
y que en tu poder estoy.  
De Bélmez, donde ya estamos,  
vine con esta invención.

¡Paga, Alcaide, mi afición!

GALLINATO. ¡Ah! ¡Cuántas cosas hallamos  
los hombres en esta vida  
en que tocar la fineza  
del valor, que a la firmeza  
de la virtud viene asida!  
Pues no piense conquistar  
una mujer la opinión  
que el más armado escuadrón  
no ha podido derribar.

(*A ella.*)

Guadalara, Cardiloro  
no me ha podido vencer,  
pues vencerme su mujer  
mucho infama mi decoro.  
Armas del contrario son  
una espada; ésta es bastante  
si hay fuerza aquí semejante.  
Si hay razón, llevar razón;  
si una malla, llevar malla;

pero entrando con mujer  
en el campo, es sólo ver  
un enemigo que calla.—  
Abre el castillo, portero.

GUADAL. ¡Ah, Meledón!

GALLINATO. Ciego estoy.

GUADAL. Oyeme.

GALLINATO. De piedra soy.

GUADAL. Yo mujer.

GALLINATO. Yo caballero.

GUADAL. ¿Qué crueldad!

GALLINATO. Ya no aprovecha.

GUADAL. Dame siquiera una mano.

GALLINATO. Por un placer tan liviano  
nó he de hacer cosa mal hecha.

GUADAL. Yo le diré a Cardiloro  
fuerza me has querido hacer.

(*Vase.*)

GALLINATO. Él verá que eres mujer,  
porque es hidalgo, aunque moro.

(*Vase.*)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA (I)

### TERCERA JORNADA

DE *La Divina Vencedora.*

(*Salen CARDILORO y GUADALARA como en casa.*)

CARDILORO. ¿Que quiso forzarte?

GUADAL. Quiso  
con este notable engaño,  
de que vengo a darte aviso.

CARDILORO. (Importante desengaño. (*Aparte.*)  
tarde tus umbrales piso;  
pero no será muy tarde.)

GUADAL. Mahoma tu vida guarde  
hasta vengarte, señor.

CARDILORO. Guadalara, el que es traidor  
tiene un jirón de cobarde.  
Yo pensé que no tenía  
el mundo en esta ocasión

(1) Después de estas palabras sigue, de letra de Martínez de Mora: "en acabando la segunda jornada se hace el entremés de *los golosos*, que le hace doña Maria, porque Mariana la acaba y comienza tercera jornada. Después saldrá a bailar sola entre esta jornada." Aquí termina el manuscrito parmense.

más nobleza y valentía  
que la de este Meledón,  
que en tanto extremo quería.  
Pensé que siendo forzosa  
una hazaña tan famosa  
al de Cartago excediera,  
y a Semíramis venciera  
en castidad prodigiosa.  
La fama que daba gritos  
ya de su nombre se aleja  
con los laureles marchitos,  
que no es hombre el que se deja  
vencer de sus apetitos.

GUADAL. A verme vino un soldado  
y de ti me dió un recado,  
que me dijo que importaba.  
Yo, Alcaide, tu villa amaba  
y di crédito al recado.  
Hago sacar el picazo,  
ya el acicate me aprieta  
sobre el borceguí de lazo,  
tomo una lanza jineta  
y una adarga de ante embrazo.  
Pico al muro de Chincoya  
como quien va sobre Acroya,  
y en su barbacana hallo  
otro preñado caballo  
para destrucción de Troya.  
Sáleme, al fin, al encuentro;  
háceme apear contenta;  
yo, con mil zalemas, entro  
y entre las hierbas me asienta  
de un prado que estaba dentro.  
Preguntéle qué quería,  
que yo sola merecía  
saberlo, y que si importaba  
tu vida yo era tu esclava,  
siendo la tuya la mía.  
Quísome hablar y turbóse,  
volvió a querer; comenzó  
dos veces y suspendióse;  
esforcéle entonces yo,  
y él, en efeto, animóse.  
Díjome: "Cuando te vi  
en Granada te rendí,  
mora, un alma de cristiano,  
cuya vida está en tu mano  
si tienes piedad de mí."  
Yo, entonces, alzando airado  
el brazo, doile impaciente,  
echándole de aquel lado  
de los jaspes de una fuente

adonde estaba sentado.  
Déjole de fuerzas falto,  
y a la puente levadiza  
me voy, subiendo de un salto,  
que aun decirlo atemoriza,  
en un caballo tan alto.

Más que el gusto que recibo  
pudo el mirar la deshonra,  
hecho ¡por mi vida! altivo;  
mas dábame el pie tu honra  
y era el temor el estribo.

CARDILORO. ¡Oh, perro, traidor cristiano!  
¿Esa fué nuestra amistad  
mil veces jurada en vano?  
¿Dirás tú que no hay verdad  
en un alarbe africano?  
Mientes, y tu falso celo  
muestra bien tu infame hazaña,  
que la verdad en el suelo  
no es de africano en España,  
sino natural del Cielo.  
Batalla mi amor en mí  
con tu agravio y con quererte;  
pero resuélvome aquí,  
que te sirvo en darte muerte;  
la razón se prueba así.  
Siempre el que es bueno se honra  
del amigo sin deshonra;  
luego mejor es matarte,  
Meledón, que no dejarte  
con un amigo sin honra.  
Pero no ha de ser así;  
yo me iré al Rey de Granada  
para vengarme de ti,  
pues que no sacaste espada,  
sino engaños contra mí.  
Ven, Guadalara, conmigo,  
que el castillo le he de dar  
al Rey.

GUADAL. ¿Cómo?

CARDILORO. Eso no digo.

GUADAL. ¡Qué bien me supe vengar  
de mi adorado enemigo!

(Vanse, y salen GALLINATO y DON LORENZO.)

GALLINATO. Mil cosas tengo, señor,  
de que darte el parabién.

D. LOR. Sobrino, dalde también  
a vuestro mucho valor.  
El Rey os ha perdonado  
el haber a Tello muerto.



GALLINATO. Eso, señor, era cierto,  
según le habéis obligado.

D. LOR. Verdad es que le he servido;  
pero no fué el galardón,  
Gallinato, la ocasión  
del servicio recibido,  
sino el haberse informado  
de los muchos que le has hecho,  
de la bondad de tu pecho  
y de tu brazo esforzado.

GALLINATO. ¿A Sevilla, en fin, ganó?

D. LOR. Sevilla se le ha rendido.

GALLINATO. ¿Cómo fué?

D. LOR. Muy largo ha sido.  
Sangre y paciencia costó.

GALLINATO. Cifraldo.

D. LOR. Es coger el viento.  
Mas por lo que mi amor debe  
haré relación y breve.

GALLINATO. Ya os escucho.

D. LOR. Estáme atento.  
Salió el rey Fernando, a quien  
apellida Santo España,  
de Jaén después de misa,  
un martes por la mañana.  
Dejó a don Ordoño Ordóñez  
por gobierno de su casa,  
haciendo un vistoso alarde  
a la segunda jornada  
de lo mejor de Castilla,  
de Aragón y de Vizcaya,  
de Galicia y Portugal,  
de León y de Navarra.  
Iba la famosa Reina  
de la gran Casa de Francia,  
Joana en nombre y en valor  
y no menos Joana en gracias;  
Alfonso, hermano del Rey,  
que llevaba la vanguardia;  
don Enrique y los maestros  
de Santiago y Calatrava,  
don Diego López de Haro,  
don Nuño Manrique y Lara,  
don Gutierre, vuestro deudo,  
y Garcipérez de Vargas;  
los Guzmanes y Toledos,  
Acuñas, Cerdas, Peraltas,  
Castros, Sandoval, Rojas,  
Enriques, Cabrer, Arias,  
Pimentes, Bobadillas  
y otros mil de varias castas,  
que en el ejército apenas

se divisaban sus armas.  
Tan gran confusión hacían,  
que así nuestra vista para  
como los prados del Betis  
cuando abril les muestra el alba.  
Campos de trigo parecen  
las multitudes de lanzas,  
cuando el manso viento ondea  
las espigas y las cañas.  
Marchaban con tal concierto  
carros, bagajes y cargas,  
que todos parece que iban  
danzando al són de las cajas.  
Llega Fernando a Carmona,  
sus campos destruye y tala;  
Alcalá de Guadaíra  
se le rinde y avasalla;  
gana el buen Rey de camino  
a Sirena y Cantillana,  
y pasa a Guadalquivir  
sobre juncias y espadañas.  
Apenas trece galeras  
tiene el cristiano acabadas,  
cuando de Tánger y Ceuta  
treinta ocupan las dos playas.  
Véncelas Rodrigo Flores,  
y, después de cosas varias,  
pone Fernando su campo  
en el campo de Tablada.  
Allí fué donde volvió  
Garcipérez el de Vargas  
por la cofia entre los moros  
y la cobró sin batalla.  
Ganó don Pelayo a Gelves  
con don Alonso de Anaya,  
y con Macarena fué  
Benaljófar saqueada.  
Quisieron quemar la flota  
los moros riñendo en Cabra;  
pero dejaron mil vidas  
entre los bordes y jarcias.  
El valiente Garcipérez  
y yo, si no es arrogancia  
igualarme a su valor,  
ganamos cuatro batallas,  
que te juro por Dios vivo  
que a ningún brazo y espada,  
sino a la de Garcipérez,  
pude confesar ventaja.  
Fernando, al fin, como vieses  
que la puente de Triana  
a los moros defendía,

determinó de quebralla;  
armadas naves famosas  
con dos cruces en las gaviás  
y con las velas tendidas  
cadena y puente quebranta;  
y, a pesar de las ballestas,  
los trabucos y bombardas,  
cercó a Triana el castillo,  
dando su real palabra  
de no alzar mientras viviese  
el cerco por hambre o falta  
de gente; y así los moros  
determinaron de darla  
después de varias consultas;  
temieron sus amenazas,  
temiendo, al primer combate,  
entregar el fuerte Alcázar.  
El gran Miramamolín,  
rey de Persia y el Arabia,  
la mitad darle quería  
del tributo y de las parias;  
mas no acetándolo el Rey,  
que les deje, le demanda,  
derribar la gran Mezquita  
con la torre ilustre y alta.  
Mandó el Rey que a don Alonso,  
su hijo, que hereda a España,  
le pidiesen la respuesta;  
y él dijo tales palabras,  
que por un ladrillo sólo  
que a la Mezquita faltara,  
cien mil vidas quitaría,  
tanto a Sevilla estimaba.  
Diéronse, en fin, a partido,  
y el de Calatrava, en guarda,  
desde Sevilla a Jerez  
trescientos mil moros saca.  
Hizo Fernando en Sevilla  
su felicísima entrada  
con solemne procesión,  
regocijo y luminarias.  
Hizo la Mezquita iglesia,  
Santa María se llama;  
dijo el de Toledo misa  
en hacimiento de gracias.  
Decirte sus edificios,  
calles, jardines y plazas,  
sus muros y torres fuertes,  
sus fosos y barbacanas,  
sería contar la arena  
y medir el aire a varas.

Basta decir que es Sevilla  
y que es Santo el que la gana.

(Sale CARPIO.)

CARPIO. Acaba, si has de venir,  
que te estamos aguardando.

D. LOR. ¿Carpio?

CARPIO. Señor, no sé cuándo  
te pueda ese amor servir.  
Vengas muy enhorabuena.

(Sale CAMPUZANO.)

CAMPUZ. Ea, señor, ¿a qué aguardas?  
Parece que te acobardas  
por la colación o cena.  
No pongas al huésped culpa.

D. LOR. Sobrino, regocijados  
están hoy vuestros soldados.

GALLINATO. Cierta fiesta los disculpa.

D. LOR. ¿Cómo?

GALLINATO. Un bautismo.

D. LOR. ¿De quién?

GALLINATO. De un hijo de cierta esclava  
que tengo.

D. LOR. Ven, pues, acaba;  
quiero darte el parabién.

GALLINATO. Oye aparte.

D. LOR. ¿Cómo así?

GALLINATO. Quiérenme padrino hacer.

D. LOR. ¿Y tú no lo puedes ser?

GALLINATO. Estoy por decir que sí.  
¿Qué quieres? Flaquezas son  
de hombres que están en fronteras.

D. LOR. Pues ¿para qué son quimeras?  
Yo vengo a buena ocasión.

GALLINATO. Por no dar a mis soldados  
mal ejemplo lo encubría.

D. LOR. ¡Qué donosa hipocresía!

GALLINATO. Esto es de alcaides honrados.  
Es la esclava como un oro.  
Ya es cristiana.

D. LOR. Es menor culpa.  
Esa hazaña te disculpa.  
¿Y el hijo?

GALLINATO. Es hidalgo y moro.

D. LOR. Hijo tuyo y de africana,  
por tu vida que ha de ser  
otro Mudarra y tener  
valor de sangre cristiana.  
¿Hay madrina?

GALLINATO. ¡Y brava dama!  
Doña Clara de Godoy.

Y ¡por vida de quien soy!  
que me ha quemado su llama.

D. LOR. Ven ¡por tu vida!, sobrino.

GALLINATO. Ya voy, señor.

D. LOR. ¿Ah, soldados?

No estéis tan regocijados,  
que se ha trocado el padrino.

CARPIO. ¿Cómo?

D. LOR. Yo lo quiero ser.

CAMPUZ. Crecerás la obligación.

D. LOR. Yo os quiero dar colación.

CARPIO. Mercedes nos has de hacer.

*(Vanse todos, y queda GALLINATO.)*

GALLINATO. Solo he quedado, pensando  
que en poco me habrá tenido  
mi tío, aunque no ha querido  
mostrarlo, disimulando.

No pude encubrirlo; fué  
forzoso que lo dijese.

De que con morisca fuese  
es bien que corrido esté.

Si dió a Alejandro alabanza  
la mujer que cautivó,

porque honrada la volvió,  
gran vituperio me alcanza.

¡Virgen santa, mi adalid,  
la que en Granada quité

al morillo que maté,  
oídme, Señora, oíd!

Palabra os doy que jamás  
mora ni cautiva trate

después ni antes del rescate  
aunque amor me fuerce más;

y si os la quebrase digo

que en poder de moros viva  
esta libertad, cautiva

por manos de un falso amigo.

Oídlo, Virgen del Fuerte,  
cuya capilla labré

de mi pobreza, y quien fué  
vida de mi cierta muerte.

Mas ¿para qué voces doy,  
pues me escucha dondequiera?

*(Salen al bautismo SOLDADOS delante con fuentes y lo necesario; ZULEMA, con el niño; DON LORENZO y DOÑA CLARA detrás, que son padrinos; todos en orden, con música.)*

CARPIO. Anden ya, que el cura espera.—

Salcedo, a fe de quien soy,  
que es don Lorenzo gallardo.

SALCEDO. Es famoso caballero.

GALLINATO. Tío, acompañaros quiero,  
que ha rato que aquí os aguardo.

D. LOR. Oh, sobrino, cómo es bella  
la madrina!

GALLINATO. Hablad más bajo,  
no nos metáis en trabajo.

D. LOR. Váseme el alma por ella.

GALLINATO. Pues, tío, el tiempo os reporta,  
porque es mujer doña Clara  
de nuestro alférez Guevara.

D. LOR. Para servirla. ¿qué importa?—  
Suplico a vuestra merced  
me dé la mano.

D.<sup>a</sup> CLARA. Señor,  
para mí será favor.

D. LOR. Y para mí gran merced.

ZULEMA. ¿Carpio?

CARPIO. ¿Qué quieres?

ZULEMA. El niño  
tirar coces al barriga.

CARPIO. Bellaco, dale una higa.

ZULEMA. Vos teneldo bon aliño.

CARPIO. Es hijo de Gallinato,  
que mil moros ha deshecho,  
y el alma, viendo tu pecho,  
le está tocando a rebato.

ZULEMA. ¡Antes el no tener fe  
que tener Zulema ahora!

CARPIO. Bríncale, ¿no ves que llora?

ZULEMA. Dal celteto vosancé.

*(Vanse, y salen el REY DE GRANADA, SULTÁN, CARDILORO y GUADALARA.)*

REY.

¿Que te atreves, Alcaide, a mi presencia,  
siendo el autor de aquel fingido trato?

CARDILORO.

De mi culpa me basta, en penitencia,  
la traición que me ha hecho Gallinato;  
pero si a verte vengo sin licencia,  
es porque no me tengas por ingrato,  
que le quiero poner preso en tus manos  
y el castillo que guardan sus cristianos.

Y digo que si no te diese preso  
dentro de un día a Meledón gallardo,  
que me castigues con mayor exceso  
y quede Guadalajara por resguardo.

REY.

Si yo le prendo, ¿qué mejor suceso  
de tu venida, Cardiloro, aguardo,



que tomar este fuerte y esta espada,  
que asegure los campos de Granada?

GUADALARA.

Cree, señor, que haberme aquí traído  
el Alcaide, mi esposo y tu criado,  
por la razón que aquí refiere ha sido  
con el cristiano bárbaro enojado.

REY.

Aunque a Martos hubiéramos rompido,  
que tan en vano habemos conquistado,  
por defendelle la Condesa Irene,  
que, con Cenobia, igual corona tiene,  
no recibiera, Alcaide, más contento  
que en tomar el castillo de Chincoya.

CARDILORO.

Yo te daré su Alcaide preso, y siento  
que en él te doy una preciosa joya.

SULTÁN.

Si él se rinde no dudo que al momento,  
pues en su vida su defensa apoya,  
el castillo te rindan sus soldados.

REY.

Quedemos de esta suerte concertados:  
que si me dieres preso a Gallinato,  
te dé dos mil cequíes.

CARDILORO.

¡Gran nobleza!

REY.

Y si hubiere traición o falso trato,  
que te quite del cuello la cabeza.

CARDILORO.

Que me place, y el tiempo que dilato  
quito a vengarme y a servir tu Alteza.

REY.

¿Qué hay, Sultán de Benyufáz?

SULTÁN.

Que corre  
de Ecija el campo y hasta el muro y torre.

Ya don Nuño de Lara queda muerto,  
y de Toledo el arzobispo Sancho,  
junto a Jaén, de una celada incierto,  
de que está Natali glorioso y ancho.  
Don Lope dicen que tenía encubierto  
de un olivar su alojamiento y rancho.  
Salió sin dejar vivo sólo un moro,  
cobró el cuerpo y la cruz de piedras y oro.

REY.

No importa, que, si tomo este castillo,  
yo pisaré sus cuellos pértinaces.

CARDILORO.

De tu heroico valor me maravillo  
que con el Rey cristiano hicieses paces.

REY.

Tengo a Benyufaz, fuerte caudillo,  
y en Málaga los moros arrayaces.  
A Chincoya camina.

GUADALARA.

(Hoy, vil cristiano,  
me venga Amor y Marte da la mano.)

(Vanse todos, y salen GALLINATO, FÁTIMA y ZULEMA.)

GALLINATO. Como a hijo te aconsejo,  
Zulema, en esta ocasión.

ZULEMA. Bonos los consejos son:  
de bon padre, bon consejo.

GALLINATO. Mira, hijo, yo te caso  
con Fátima, pues los dos  
vivís en la fe de Dios.

ZULEMA. ¿El checo no hacer al caso?

GALLINATO. De un hombre cual yo, ¿qué afren-  
se te puede seguir, tonto? [ta

ZULEMA. ¡Ah, ah! Eso estar bon conto;  
ser boda con sal pementa.

GALLINATO. Yo os doy libertad y doy  
una casa y una huerta;  
la cama ya es cosa cierta,  
y porque tan pobre estoy,  
trecentos maravedís;  
pero tendréis mi favor.

FÁTIMA. Bendecilde, mi señor.

GALLINATO. Pues, Zulema, ¿qué decís?

ZULEMA. Esto del checo me corta;  
vosancé, saber que dijo  
un cama para so hijo  
y un borro para la gorta.  
Todo entender.

FÁTIMA. ¡Anda, berro!  
Tú, ¿qué ser?

ZULEMA. Ser un esclavo.

FÁTIMA. Pues ¿de qué te mostrar bravo?  
Mi consejo echalde yerro.

ZULEMA. ¿Qué mayor poder echaldo  
que casar con vosancé?  
mas yo le hacer; el borqué,  
Dios sabeldo y yo callado.

GALLINATO. Pues alto: dale esa mano.

ZULEMA. Su marido soy, que a fe que la querer ben.

GALLINATO. Yo haré como hidalgo y cristiano.

FÁTIMA. ¡Ah, Zulema! ¿Vos a mí desprecialda de esa sorte?

ZULEMA. Por este checo estar forte.

FÁTIMA. Logo, ¿tener miedo?

ZULEMA. Sí.

Ser de Gallinato el checo, y, en creciendo, certo estar que al pobre Zulema dar más palos que a so borreco.

GALLINATO. Ve, Zulema, a Campuzano, y dile que venga aquí.

ZULEMA. Yo andar, señor.

GALLINATO. ¿Fuese?

FÁTIMA. Sí.

(Hace que se va ZULEMA y está acechando.)

GALLINATO. Dame, Fátima, esa mano, y aunque te he casado, quiero que muy amigos seamos.

FÁTIMA. Saber Alá que te amamos, que tú estar amor primero.

ZULEMA. (Acechar querer de aquí lo que hablar Meledón, que me decir corazón que esto es engañar a mí.)

GALLINATO. Fátima, tú eres mi gusto, y más mirando el retrato de otro nuevo Gallinato; es muchacho tan robusto, y está de suerte pintado, que me dobla el afición.

FÁTIMA. Hacelde mi corazón: vosancé tener traslado.

GALLINATO. (De aquesta vez, rompo el voto.)  
¡Dame, Fátima, un abrazo!

(Abrázanse.)

FÁTIMA. ¡Con alma e vida te enlazo!

ZULEMA. (¿Yo casalde? ¡Garda el pote!)

GALLINATO. Juraba no te querer, mas no lo puedo excusar.

ZULEMA. ¡Basta, que yo me casar

(Sale.)

e vos tenerme mujer!

¡Joro a Dios que vosancé tenelde poco razón!

GALLINATO. Sosiega tu corazón, que esto despedirme fué.

FÁTIMA. A bona fe, Zulemica, despedilde mi señor.

GALLINATO. Como la he tenido amor, en esto se significa.

ZULEMA. (No casamos e prengamos.  
¡Peligro tener el frente!)

(Sale CARPIO.)

CARPIO. De esotra parte del puente, por donde a Morón bajamos, apeado Cardiloro, y su yegua a un olmo atada, te espera.

GALLINATO. El Rey de Granada anda cerca, y así el moro no se atreve a entrar acá, porque alguno no le vea.

CARPIO. Que esto o que otra cosa sea, solo esperándote está.

GALLINATO. Di, por tu vida, mi Carpio, que algún caballo me den.

CARPIO. ¿A pie no irás?

GALLINATO. Dices bien, que alcanza al puesto una jara. Cierra.

CARPIO. Ya al portero llamo.

ZULEMA. ¡Entrar vos, perra del pote!

FÁTIMA. ¡Tú estar berro e alcagoto!

ZULEMA. ¡E tú pota de tu amo!

(Vanse, y sale CARDILORO.)

CARDILORO.

¡Hago testigos a estas verdes plantas. a estas aguas corrientes, a este suelo, este sol, esta luz y cuanto el Cielo ha producido en primaveras tantas, que de nuestra amistad las prendas santas rompo, obligado de tu falso celo. traidor cristiano, de mi fuego hielo, que a Marte infamas y al Amor espantas!

¡Aquí verás lo que a un honrado obliga ser de un amigo bárbaro ofendido, y que eres tú el alarbe, yo el cristiano!

¡Yo no soy, Meledón, quien te castiga; el Cielo, sí, cuyo instrumento he sido, porque él da la sentencia y yo la mano!

(Sale GALLINATO.)

GALLINATO. Era tiempo, Cardiloro, que nos viésemos.

CARDILORO. ¡Oh, amigo!

GALLINATO. La causa, por Dios, ignoro.

CARDILORO. Estorba el verme contigo  
servir tú un santo, yo un moro.  
Quebró, como ves, las paces  
con que a vuestro Rey servía  
por los moros arrayaces,  
y corre el Andalucía.

GALLINATO. Como hidalgo en todo haces:  
tiras tu sueldo y defiendes  
del que te paga la tierra.

CARDILORO. La verdad, Alcaide, entiendes.

GALLINATO. ¿Qué hay de guerra?

CARDILORO. Todo es guerra.

Pretendo lo que pretendes,  
que hablarte tengo; este prado  
nos dará su asiento y sombra.

GALLINATO. Haz cuenta que estoy sentado.

CARDILORO. La hierba sirva de alfombra;  
mi adarga sirva de estrado.

(*Tiende la lanza GALLINATO.*)

GALLINATO. Ningún Rey le ha merecido;  
de ese favor me reserva.

CARDILORO. Si a la lanza que has tendido  
has hecho funda la hierba,  
mayor confianza ha sido.

GALLINATO. Di ¿qué hay de fronteras?

CARDILORO. Vaya  
de nuevas.

GALLINATO. Basta que haya  
ese brazo por amparo.

CARDILORO. Don Lope Díaz de Haro,  
señor de vuestra Vizcaya,  
y el famoso que el valor  
de los Castros tanto loa,  
Alvar, de Asturias señor,  
con el fuerte Gil de Roa  
y Illán de Sotomayor,  
por tu Rey, inadvertidos,  
con furia que nunca para,  
corren la tierra atrevidos.

GALLINATO. ¿Cómo va con Guadalajara?

CARDILORO. ¡Es la luz de mis sentidos!  
(¡ Ah, traidor, cómo pregunta (*Ap.*)  
por ella!)

GALLINATO. ¿Quieres comer  
hoy conmigo?

CARDILORO. Andaba junta  
del Rey una escuadra ayer  
por esa elevada punta;  
no me atreveré por eso.

(*Salen el REY DE GRANADA, SULTÁN, MOROS y GUA-  
DALARA.*)

GALLINATO. Ruido siento, Cardiloro.

CARDILORO. ¡ Suelta la espada!

(*Sácasela.*)

GALLINATO. ¡ Oh, suceso  
triste! ¡ Ah, traidor, eres moro!

REY. ¡ Paso, Alcaide; date preso!

GALLINATO. ¡ Que me quitaste la espada  
tú mismo; pero no ha sido  
tu culpa!

CARDILORO. No digas nada,  
que tu traición te ha vendido  
contra la amistad jurada.

GALLINATO. ¿ Yo traidor?

CARDILORO. ¡ Si, tú traidor!

GALLINATO. ¡ Ah, perro infame, tú mientes!

CARDILORO. Matarte aquí será error,  
que estás preso.

REY. No lo intentes,  
que es infamar tu valor.  
Alcaide, que has espantado  
con tu nombre estas fronteras  
y las de tu Rey guardado  
tan bien, que de mis banderas  
tienes tu fuerte entoldado,  
tres mil hombres he traído,  
tú tienes treinta no más:  
que me le rindas te pido,  
pues no le defenderás  
ni hallarás mejor partido.

GALLINATO. ¡ Ah, Virgen! ¡ Ah, gran Señora!  
Ya sé que queréis ahora,  
por el voto que rompí,  
castigarme, pues así  
me tiene esta gente mora.  
Justamente preso estoy,  
y el no me haber defendido  
es porque por vos lo estoy.

SULTÁN. Del fuerte nos han sentido.

CARDILORO. A él acercándome voy.

(*Salen arriba en el muro DON LORENZO, CARPIO,  
GUEVARA, CAMPUZANO y SALCEDO.*)

D. LOR. ¡ Notable es el escuadrón  
de moros! Mucho me pesa  
que ande fuera Meledón.

CARDILORO. ¡ Ah, del fuerte!

SALCEDO. Alguna presa  
traen de Osuna y de Morón.

CARDILORO. ¡ Ah, del fuerte!

CARPIO. Un moro llama.

D. LOR. ¿ Qué quieres, moro? ¿ Quién eres?

CARDILORO. Quien vuestra sangre derrama.

D. LOR. Habla, moro, si hablar quieres,  
que esa arrogancia te infama.



CARDILORO. Con tres mil hombres aquí,  
el Rey de Granada viene.

D. LOR. Moro, ¿qué se me da a mí?  
¿Alcaide el castillo tiene!

CARDILORO. ¿Y que tiene Alcaide?

D. LOR. Sí,  
y tal que, si le nombrase,  
no habrá moro que, de miedo,  
la puente del fuerte pase.

CARDILORO. ¿Qué dirás de lo que puedo  
si preso te lo mostrase?

D. LOR. ¿Preso?

CARDILORO. Llega, Gallinato.

GALLINATO. Tío, por el falso trato  
de este moro, atado estoy.

CARDILORO. Dame el castillo.

D. LOR. ¿No doy,  
moro, mi honor tan barato!

CARDILORO. ¡Mataréle!

D. LOR. Si no tienes  
daga, yo te la daré.

REY. ¿Qué te cansas y entretienes?  
Di que el castillo me dé  
o ejecuta a lo que vienes.

CARDILORO. ¿Das el castillo o le paso?

D. LOR. Él responde.

GALLINATO. Mi respuesta  
es que me des.

CARDILORO. Doile.

REY. ¿Paso!

GALLINATO. Si la vida el honor cuesta,  
¿quién de la vida hace caso?

REY. ¿Cardiloro?

CARDILORO. ¿Señor?

REY. Mira:  
de hacer esto se retira  
el Alcaide con (1) mi gente.

CARDILORO. Pues ¿qué me mandas que intente,  
que tanto valor me admira?

REY. Escucha.

(Habla el REY al oído a CARDILORO.)

D. LOR. (¿Qué haré, soldados?

¿Podremos sufrir que estén  
aquellos brazos atados?

CARPIO. Eso tú lo sabes bien.

D. LOR. Sí, porque así están honrados.  
¡Muera vuestro Alcaide, amigos;  
guardemos su hacienda al Rey!  
¡Muchos son los enemigos,

pero de esta buena ley  
nago a los Cielos testigos!

CARPIO. ¡Aunque adoro a mi señor,  
no he de rendir el castillo!

GUEVARA. ¡Yo, con hidalgo valor,  
daré mi cuello al cuchillo  
de su fiereza y rigor!

CAMPUZ. ¡Todos lo haremos así!

SALCEDO. ¡Fiad en todos y de mí!

D. LOR. ¡Vamos y contra su ofensa  
prevengamos la defensa!)

(*Váyanse del muro.*)

REY. ¿Entiéndeslo?

CARDILORO. Señor, sí.

Retira tu gente luego.

(¿Podrá, por dicha, alcanzar  
del Alcaide el oro y ruego  
lo que no podrá acabar  
tan presto el acero y fuego?)  
Quédate aquí, Guadalajara.

(*Vase el REY y su gente; quedan GALLINATO y GUADALARA.*)

GUADAL. (Aquí me quedo hasta ver  
en lo que el suceso pára.)

CARDILORO. ¿Tú, atado y en mi poder?  
Alza, cristiano, la cara.

GALLINATO. No la levanto cual suelo,  
por no ver en ti, enemigo,  
al más vil que ha hecho el Cielo,  
que es el que vende a su amigo  
toda la infamia del suelo.  
De tu amor tuve bien llenas  
mis venas, y es bien de sangre  
el hierro en que me condenas;  
serás como mala sangre,  
que mata y está en las venas.  
Villano!, cuando en Granada,  
atado y preso a tu estribo,  
sin honra entré y sin espada,  
donde fué el primer recibo  
de esta fe tan mal pagada.  
Cuando gozaste por mí  
tu mujer, cuando por ti  
me vi entre el cordel y el fuego,  
¿esto merecí, a que llego?  
Mas Dios me castiga así,  
que quien por un moro infame  
hizo lo que yo contigo,  
bien es que le venda y llame,  
debajo de paz de amigo,  
a quien su sangre derrame.

(1) En el original, "por".

¿Tú eras el moro valiente?  
 ¿Tú el honrado? Bien mostraste  
 ser afición insolente,  
 pues a matar me sacaste  
 de mi casa y de mi gente.  
 ¿No te avergüenzas de ver  
 a estas manos atadas  
 que no has podido vencer?

CARDILORO. Si fueran manos honradas,  
 no supieran ofender.  
 ¿De qué te quejas, traidor,  
 si, ciego de loco amor,  
 a Guadalajara trujiste  
 a tu castillo y quisiste  
 con ella ofender mi honor?  
 ¿Eres tú aquel a quien di  
 la vida cuando te vi  
 a la puerta de Granada,  
 casi en el cuello la espada  
 y el fuego cerca de ti?  
 ¿Eres el que, en una fuente  
 de alabastro, en tu jardín,  
 quiso a mi mujer...

GALLINATO. Detente,  
 que ya estoy de todo al fin.—  
 ¡Así Dios tu vida aumente,  
 Guadalajara!

GUADAL. ¡Qué traidor!  
 ¿No es verdad que me quisiste  
 forzar?

GALLINATO. Si es verdad que amor  
 mi pecho hidalgo resiste,  
 y de mi amigo el honor;  
 si el ver que aquí me buscaste  
 y tu amor me declaraste,  
 y que yo te resistí  
 por Cardiloro y por mí,  
 y que en el fuerte no entraste,  
 te ha obligado a esta mentira,  
 ¿cómo no temes la ira  
 del Cielo? ¡Ah, moro engañado,  
 conozco que eres honrado!

CARDILORO. Yo, que tu valor me admira.

GALLINATO. Esta mujer te engañó.  
 Y por que saques de rastro  
 la fábula que fingió,  
 y que en fuente de alabastro  
 jamás la vi ni me vió,  
 yo haré que te abran el fuerte,  
 y si tal fuente se hallare,  
 quiero que me des la muerte.

CARDILORO; Guadalajara!

GUADAL. ¡Que repare  
 su traición de aquea suerte!  
 Di, enemigo, ¿no querías  
 gozarme?

CARDILORO. Ya estás turbada;  
 ya las rosas que traías  
 el miedo al alma traslada,  
 en que estos áspides crías.  
 ¿No basta haberle querido,  
 sino haberme a mí engañado,  
 para que le haya vendido  
 y a mi buen amigo honrado,  
 injustamente ofendido?  
 Pudiérame suspender  
 y averiguar lo que digo;  
 pero en caso de tener  
 honra entre mujer y amigo,  
 no doy crédito a mujer.  
 ¡Vive Alá!, que, en penitencia,  
 no vuelva a Bélmez jamás  
 ni del Rey a la presencia.

(Desátale.)

Atame como tú estás  
 y dame otra igual sentencia.  
 Ves aquí mi espada; corta  
 o ata estas manos, ¿qué aguardas?

GALLINATO. El brazo, Alcaide, reporta.

CARDILORO. ¡Dame la muerte, que tardas!

GALLINATO. Mi remedio ahora importa.  
 El Rey viene: ¿qué has de hacer?

CARDILORO. Dejar aquesta mujer  
 y irme a tu castillo.

GALLINATO. ¡Corre,  
 que ya nos abren la torre  
 como me han visto correr!

(Entranse.)

GUADAL. ¡Aguarda, infame, no huyas,  
 los dos hagamos batalla,  
 por que la verdad arguyas!  
 ¡Ya los guarda la muralla!

(Sale el REY MORO y su gente, SULTÁN y ALIATAR.)

REY. ¿Voces, Guadalajara, y tuyas?  
 ¿Qué es esto?

GUADAL. ¡Y con gran razón!

REY. ¿Por qué?  
 GUADAL. Porque Cardiloro  
 te ha hecho una gran traición.

REY. ¿Fuése el mal nacido moro?

GUADAL. ¿No lo ves?

ALIATAR. (¡Brava afición!)  
 Con palabras le ha engañado

el vil cristiano atrevido  
y en el fuerte se han entrado.  
REY. ¡Cardiloro me ha vendido!  
Mirad si hay celada al lado.

ALIATAR. No, señor, que no parece  
hombre en toda la campaña.  
SULTÁN. ¿Esta ocasión te entristece?  
Pues Alá por esta hazaña  
tres mil soldados te ofrece;  
echa el castillo por tierra,  
traed escalas aquí,  
que cien soldados encierra.

GUADAL. ¿Ciento? ¡Ni aun treinta!  
REY. Eso, sí.  
Pon escalas. ¡Cierra, cierra!

*(Arriman escalas, empiezan a subir los MOROS con sus adargas; los de arriba, a tirar alcancías.)*

ALIATAR. No entiendo que es esta parte  
la más flaca.

SULTÁN. De esa suerte,  
podrás en vano cansarte.

ALIATAR. Por aquella les divierte.

REY. Aliatar dice bien: parte.

*(Vanse los MOROS, sale GALLINATO arriba y dice a los demás:)*

GALLINATO. Haced subir piedra arriba.

SALCEDO. Tiren niños y mujeres:  
mucho el asalto se aviva.

GALLINATO. ¡Oh, muro, de mármol eres  
que, al fin, el tiempo derriba;  
mas si cada piedra fuera  
un pecho de Gallinato,  
un mundo no te rindiera!

SALCEDO. Allá tocan a rebato.  
¿Qué haces de esa manera,  
que nos rompen el portillo?

GALLINATO. Por lo flaco del castillo  
entrarán, a lo que creo.  
Guevara, en vano peleo,  
y no podré resistillo.  
¡Son tres mil hombres!

CARPIO. ¡Camina!

GALLINATO. ¡Y nosotros treinta y dos!

SALCEDO. ¡Ya se entrega, ya se arruina!  
¿Qué haces?

GALLINATO. ¡Acudo a Dios!  
¡Corre, amigo, esa cortina!

*(Con la música corren una cortina, aparece una capilla arriba del muro do estará la Imagen de Nuestra Señora.)*

GALLINATO. ¡Virgen del Fuerte, señora,  
que rescaté de Granada  
cautiva entre gente mora!  
¡Alzad vos también la espada,  
pelead, valedme ahora!  
¿Yo no os saqué de cautiva?  
¡pues libradme de cautivo!  
Vuestra imagen ¿no está viva?  
¡Ayudadme mientras vivo!

*(Tocan a rebato.)*

SULTÁN. ¡Arriba, Aliatar, arriba!

GALLINATO. ¡Ya entran, Madre de Dios!

¡Oíd, Virgen, lo que pasa,  
pues también os toca a vos  
el defender vuestra casa!

¡Defendámosla los dos!  
¡Aquí tenéis vuestro altar,  
lámparas, frontales, fiestas!  
Si entra aquí Benalhamar,  
¡cosa ninguna de aquéstras,  
Virgen, no os ha de quedar!

*(Dice dentro DON LORENZO:)*

¡Volved por vos y por mí!

*(Dentro.)*

D. LOR. ¡Aquí, soldados, aquí!

CARPIO. ¡Señor, tu tío es aquél!

GALLINATO. ¡Yo voy a morir con él!

*(Dentro.)*

SULTÁN. ¡Date, Alcaide!

CARPIO. ¿Escuchas?

GALLINATO. Sí.

*(Toma la imagen.)*

¡Virgen, yo me voy al muro,  
y allá os llevo por soldado,  
que acá no tenéis seguro  
vos ni vuestro Hijo amado!  
¡Niño, con vos me aventuro!  
¡Virgen, defended la parte  
que de este castillo os toca!  
Niño y Dios, pues sois el Marte,  
defendelda si os provoca  
vernos tratar de tal arte!  
¡Virgen, subamos allá!

*(Tornan a dar voces y a tocar.)*

CARPIO. ¡Ya la combaten de nuevo!

ALIATAR. ¡Ea, que se rinden ya!

GALLINATO. Si tales soldados llevo,  
¿quién ofenderme podrá?

CARPIO. ¡Subamos al torreón,  
porque su defensa cuadre!

GALLINATO. ¡Qué buenos soldados son  
Jesús divino y su Madre!



SALCEDO. ¡Más valen que un escuadrón!  
¡Las láminas y el cerrojo  
rompen!

GALLINATO. No te cause enojo.  
¡Virgen, pelear tenéis,  
y a la fe que, si vencéis,  
que partamos el despojo!

(*Vanse, y salen el REY MORO y su gente y GUADALARA.*)

REY. Ya queda casi rompido  
por aquella parte el muro.

SULTÁN. ¡Temerario asalto ha sido!

REY. De no me apartar os juro  
hasta haberle combatido.  
Arrima otra vez aquí  
ésas escalas, Sultán.

SULTÁN. Basta, que al Alcaide vi.

REY. El y don Lorenzo están  
en el muro contra mí.

GUADAL. ¿Posible es que Cardiloro,  
siendo granadino moro,

(*Al muro.*)

D. LOR. estime tanto un cristiano?  
Más sangriento está el tirano  
que en la plaza herido el toro.

CARPIO. ¡Jurado dicen que tiene  
de no dejar la conquista!

D. LOR. Meledón al muro viene.

GALLINATO. ¿Qué hay, tío?

D. LOR. Esa hermosa vista  
a los ojos entretiene.

GALLINATO. Mejor dijeras las manos.

REY. ¡Ea, fuertes africanos!  
¿Un castillejo tan vil  
se os defiende, y sois tres mil  
y ellos treinta y dos cristianos?  
Pon escala. ¡Arriba, arriba!

(*Ponen los MOROS escalas, empiezan a subir con mucho ruido, descúbrese en lo alto la Imagen y a los lados dos ángeles con espadas en las manos y unos escudos con cruces coloradas.*)

SULTÁN. ¡Ay de mí, que todo el Cielo  
nos atropella y derriba!  
¡Este no es poder del suelo!  
¡De vista su luz me priva!  
REY. ¡Moros: María es aquella  
que los cristianos adoran!  
¡Dejad, moros, el asalto,  
pues los Cielos fuego arrojan!

¡Esta es la Madre de Cristo!  
¡Profeta santo, perdona,  
que no puedo resistir  
tan divina vencedora!

ALIATAR. ¡Huyamos, Sultán, que he visto  
entre aquellas nubes rojas  
unos mancebos que vuelan  
con espadas vengadoras,  
cruces parten sus escudos  
y de fuego son las hojas!  
¡Huye, que no hay resistir  
tan divina vencedora!

SULTÁN. Ya voy, amigo Aliatar,  
lleno de mortal congoja,  
porque me abrasan los rayos  
de aquel Sol que el Cielo adora.  
Volvámonos a Granada:  
¡pesar del falso Mahoma,  
que en vano conquista el Rey  
tan divina vencedora!

(*Vanse el REY, los suyos y GUADALARA; están los del muro de rodillas y CARDILORO.*)

CARDILORO. ¡Virgen, Cardiloro os habla!  
¡Oídme, Virgen hermosa,  
que de volverme cristiano  
os doy palabra, Señora!

SALCEDO. ¡Virgen, en tantos milagros,  
mi lengua, muda, os adora!

D. LOR. ¡Yo lo mismo, Virgen santa!

CARPIO. ¡Yo también, blanca Paloma!

CAMPUZ. ¿Quién, sino Vos, vencer pudo?

ZULEMA. ¡Virgen, Zulema a vos sola  
por Madre de Dios confiesa  
y por su Abogada os toma!

FÁTIMA. ¡Reina de los angelecitos,  
Fátima, Virgen os nombra!

CARPIO. ¡Vuestra será, Virgen bella,  
esta famosa vitoria!

GALLINATO. Lirio, jazmín, torre, huerto,  
plátano, ciprés y rosa,  
¡este milagro que hicistes  
en el fuerte de Chincoya  
durará muchas edades,  
y con el fin de esta historia,  
le tendrá sin tener fin,  
tan divina Vencedora!

FIN

# COMEDIA FAMOSA

DE

## DON LOPE DE CARDONA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

|                                                  |                                                   |                           |                             |
|--------------------------------------------------|---------------------------------------------------|---------------------------|-----------------------------|
| DON LOPE DE CARDONA.<br><i>El CAPITÁN URREA.</i> | DON BERNARDO DE CARDONA.<br><i>Un SECRETARIO.</i> | CLENARDA, <i>su hija.</i> | BELARDO.                    |
| DOÑA CASANDRA CENTELLAS.                         | RAMIRO y                                          | ROSINDA.                  | FAUSTO, {                   |
| <i>El REY DON ALONSO DE ARAGÓN.</i>              | FÉLIX, <i>soldados.</i>                           | [LUPERCIO.                | LAURO, { <i>pescadores.</i> |
| DON PEDRO, <i>su hijo.</i>                       | LEONARDO.                                         | <i>Un CRIADO.</i>         | TEBAÑO, {                   |
|                                                  | ROGERIO, <i>Rey de Sicilia.</i>                   | FABRICIO.                 | <i>Un PAJE.]</i>            |
|                                                  |                                                   | FELINARDO.                |                             |
|                                                  |                                                   | RISELO.                   |                             |

### ACTO PRIMERO

(*Salen con caja y bandera soldados galanes y detrás de ellos, DON LOPE DE CARDONA, general.*)

D. LOPE. No paséis más adelante;  
mejor es volver atrás  
y al honor más importante,  
pues no nos celebran más  
en vitoria semejante.  
Volved a la mar, soldados,  
y no entremos en la tierra  
en tan mal punto llegados,  
pues que las puertas nos cierra  
cuando volvemos honrados.  
Gran señal de mal venidos  
no alegrar nuestros oídos  
sus trompetas y atambores,  
pues nos tratan vencedores  
como pudieran vencidos.  
Yo hice salva en presencia  
de la hermosura del alba  
a los muros de Valencia;  
mas no responde a mi salva:  
¿si anda la envidia en mi ausencia?  
¿No merece la persona  
de don Lope de Cardona  
que una pieza al viento dieras,  
cuando de tantas banderas,  
Patria, tus muros corona?  
Si el Rey de Sicilia viene  
a vengar su hijo y salgo  
adonde cien naves tiene,  
y no por lo que yo valgo,  
hago que su curso enfrene,

sino por vuestro valor,  
españoles generosos,  
¿no era bien darnos honor?  
CAPITÁN. Si a tus brazos vitoriosos  
se niega el premio, señor,  
¿en qué estarán confiados  
tus soldados, que han vertido  
su sangre, de ser premiados?  
D. LOPE. Vuestro Rey habéis servido,  
¿qué mayor premio, soldados?  
Esto no es sin (1) ocasión,  
que la envidia y la desdicha  
hijas de la patria son.  
CAPITÁN. No te aflijas, que, por dicha,  
está el Rey en Aragón.  
D. LOPE. Que en Zaragoza estuviera,  
buen Urrea, ¿qué importara  
para que cuando me viera  
Valencia a tan noble y rara  
vitoria, fiestas hiciera?  
No digo yo que la gala  
de sus damas, en su sala,  
me hiciera fiesta y sarao;  
pero que dijera el Grao  
"Aquí estoy" con una bala.  
No digo que la española  
destreza que hoy acrisola  
las armas justas me hiciera,  
mas que en sus muros pusiera  
Valencia una lumbré sola.  
Quitaos, soldados, las galas,  
buenas ayer y hoy tan malas,

(1) En impreso de 161 dice "sino".

que debe de andar la envidia,  
a quien mi dicha fastidia,  
tirando secretas balas.

Amainad los gallardetes,  
las flámulas y estandartes;  
desnudad los coseletes.

¡Ni os honran los baluartes  
ni en la costa los jinetes!

Sólo dejad la bandera  
de San Jorge desdoblada,  
que siendo sierpe tan fiera  
la envidia, podrá su espada  
ponerle espanto siquiera.

CAPITÁN. Por la puerta de la mar  
un coche he visto salir.

D. LOPE. Carro y triunfo consular,  
por mí debe de venir  
si tengo en él de triunfar.

CAPITÁN. De él una dama se apea  
y a ti endereza los pasos,  
aunque con triste librea.

D. LOPE. Ella será, en tales casos,  
sombra de mi muerte, Urrea.

(Sale vestida de negro DOÑA CASANDRA CENTELLAS.)

CASANDRA. Aunque tus brazos deseo,  
ya no te pido los brazos...

D. LOPE. ¡Cielos!, ¿qué es esto que veo?

CASANDRA. Porque no merece abrazos  
quien hoy te quita el trofeo.

D. LOPE. ¡Descubre esas dos estrellas  
para mi bien, dama hermosa!

CASANDRA. Hallarás tu muerte en ellas.

CAPITÁN. Mucho (1) parece a tu esposa  
doña Casandra Centellas.

CASANDRA. La misma, don Lope, soy.

D. LOPE. ¡Triste agüero de mi muerte!

CASANDRA. Yo, a lo menos, muerta estoy.

D. LOPE. ¿Adónde vas de esa suerte?

CASANDRA. ¡Al mar de mis ojos voy,  
donde me anegue el tormento!

D. LOPE. Casandra, ¿qué ha sucedido?

CASANDRA. Oye, Cardona, un momento.

D. LOPE. Si hay veneno en el oído,  
por él, Casandra, le siento.

CASANDRA. Luego que con esta armada  
partiste, ilustre don Lope,  
a buscar la de Rogerio,  
que la costa a España corre

en venganza de la muerte  
de su hijo, que una noche  
mató el príncipe don Pedro,  
que estaba en Sicilia entonces,  
bien que, por ser en torneos,  
no fué venganza conforme;  
pero la muerte de un hijo  
obliga a hacer sinrazones,  
el mismo Príncipe, a quien  
fuiste a servir, y conoces  
por mancebo inquieto y fácil,  
todas tus obligaciones

quiso pagar en tu ausencia,  
para que, mientras le cobres  
la tierra que le han quitado,  
en la suya te deshonren.  
Dió Pedro en solicitarme,  
y, con papeles de amores,  
hizo terceras por fuerza  
a muchas señoras nobles.

Dió en hacer públicas fiestas,  
dió en vestir de mis colores  
su persona y sus criados.  
Yo, viendo tanta desorden,  
quejéme al Rey; mas es padre,  
no le castigó, riñóle  
con más blandura que es justo,  
pues le dió licencia al doble;  
que quien de secreto yerra,  
con temor se descompone;  
pero, en viendo que se sabe,  
no hay mal a que no se arroje.  
Vino una noche, y aun muchas,  
con tantos armados hombres  
como si a Sicilia fuera  
contra el fuego de sus montes.  
Dicen que trajo instrumentos  
de música y de voces;  
pero ausentes los maridos,  
son los silencios mejores.  
Dábalas tu fama al Cielo,  
y de este delito enorme  
oyólas tu viejo padre,  
que descansaba en Segorbe.  
Descolgó la antigua espada,  
la que en tantas ocasiones  
fué defensa de su Rey,  
la que por entrambos cortes  
tiñó mil veces la sangre  
de los moros españoles,  
y ciñéndosela al lado,  
vino secreto a la Corte;

(1) En el manuscrito dice "Bueno", en lugar de "Mucho".



la noche de más ruido,  
aunque es verdad que no rompen  
voces de músicas dulces,  
oídos y honor de bronce.  
Metió mano el noble viejo,  
sin hacer las prevenciones  
que a su Príncipe eran justas,  
aunque agravien los mayores;  
mas dicen que él no pensó  
que estaba allí, y atreviöse  
como honrado, que al agravio  
no hay razón que le reporte.  
Huyó la gente de Pedro,  
porque eran aduladores  
y las manos y la lengua  
nunca en una mesa comen.  
Quedó Pedro con tu padre,  
y, por mi desdicha, hirióle,  
aunque tan poco, que apenas  
corrió sangre que le tomen;  
pero era sangre real,  
que ésta aún dicen los doctores  
que sacarla a un Rey enfermo  
es género de traiciones.  
El rey don Alfonso, airado  
contra tu padre, le pone  
en la torre de Serranos:  
cien hombres guardan la torre.  
Esta es la causa de haber  
mandado que cuando tornes  
cierre sus puertas Valencia  
y que ninguno te honre.  
Los jinetes de la costa,  
con el pendón de San Jorge,  
secretos están mirando  
en qué tierra los pies pones.  
Con guerra, Lope, te aguardan,  
y lo menos, con prisiones.  
Valencia se llamó Roma,  
y pues fué su antiguo nombre,  
hoy querrá serlo contigo  
y tú de sus Scipiones; (1)  
hoy serás el Africano,  
tan vitorioso y tan pobre.

D. LOPE. Aunque es, Casandra, el honor  
tan justa y santa defensa,  
el que es hombre de valor  
ha de anteponer la ofensa  
del Rey y propio señor.

Del Príncipe me quejara  
viendo que mi honor me quita  
cuando mi brazo le ampara,  
que ofende quien solicita  
como si el honor quitara.  
Mas no me deja lugar,  
lo que me debo quejar  
de mi padre, pues ha sido  
quien en la tierra ha perdido  
lo que he ganado en la mar.  
¿La espada contra don Pedro,  
gran Príncipe de Aragón?  
¿Bien con sus defensas medro!  
¿Perdió el tronco la opinión  
de tan levantado cedro!  
Él, que con mayor firmeza  
había de mantener  
el árbol de mi nobleza,  
¿hoy le ha querido poner  
en tan notable bajeza!  
¿Sangre al Príncipe!

CASANDRA.

¿No ves

que sólo intentó mostrar  
lo que es honor, y después,  
humildemente, mostrar  
que era su hechura a sus pies?  
Nunca creyó que metiera  
don Pedro mano a la espada,  
sino que de allí se fuera.

D. LOPE.

Si te tiene por honrada,  
¿qué es lo que a mi padre altera?  
Vuélvete, que no hay disculpa.—  
Hablar quiero al Rey, soldados.

CAPITÁN.

¿A tu padre das la culpa?

D. LOPE.

Todos tres somos culpados.

CAPITÁN.

¿Tú culpado? ¿Quién te culpa?

D. LOPE.

Mi desdicha me condena  
a la culpa de esta pena:  
mi esposa, por ser hermosa;  
mi padre, porque a mi esposa  
quiere defender, si es buena.  
Hasta la puerta guiad;  
pero advertid que no entréis,  
amigos, en la ciudad,  
porque sospecha no deis  
contra mi justa lealtad.

CAPITÁN.

¿Y si el Rey te prende?

D. LOPE.

¿Prenda!

Prenderme es la mejor prenda  
de que vuestro General  
es desdichado y leal  
cuando más el Rey le ofenda.

(1) Así en el manuscrito. En los impresos,  
"Cipiones".

(*Váyanse, y salgan el REY DON ALONSO DE ARAGÓN  
y DON PEDRO, su hijo.*)

DON ALONSO.

Y, en efeto, ¿ha llegado vitorioso?

DON PEDRO.

Vitorioso ha llegado, que, en efeto,  
parece que le tiembla la fortuna  
y que en cuanto le pide le obedece.

DON ALONSO.

¡Gran caballero, Príncipe, es don Lope!

DON PEDRO.

No tiene el apellido de Cardona  
un hombre tan insigne.

DON ALONSO.

Mucho siento  
no le poder honrar como quisiera  
y como lo merece tal hazaña.

DON PEDRO.

¡Parece que me miras con enojo!

DON ALONSO.

Miro la causa del disgusto mío.

DON PEDRO.

Pues pon los ojos en su loco padre,  
que yo, de su prisión, ¿qué culpa tengo?

DON ALONSO.

¿No es culpa la que dicen, pues le obliga  
que contra su señor tome las armas [¡lo?]  
a un noble, a un viejo, a un súbdito, a un vasa-

DON PEDRO.

Si quieres celebrar esta vitoria  
de don Lope, su hijo, no hagas salva  
a mi sangre con culpas que no tengo.  
¿Para qué le dejaste entrar sin fiestas?  
¿Para qué no responden a sus tiros  
las murallas del Grao y el baluarte?  
¿Para qué nadie sale a recibirle,  
ni los muros de luces se coronan,  
ni en la ciudad una trompeta suena?  
No mires, gran señor, que soy tu hijo  
y que su padre de don Lope ha hecho  
tan gran traición como es herir a un Príncipe.  
¡Premia [a] tu General, que con vitoria  
viene del rey Rogerio de Sicilia!  
Manda que toda la ciudad se alegre,

que yo lo estoy de que tu gusto sea,  
aunque mañana, con aqueste ejemplo,  
te quiten de la frente la Corona.

DON ALONSO.

Pues ¿es traidor don Lope de Cardona?

DON PEDRO.

Eslo su padre.

DON ALONSO.

Mira lo que dices:

que si tú solicitas libremente  
la mujer de su hijo, y él sospecha  
que son terceros tuyos los que alteran  
con instrumentos, músicas y voces  
la honra y el silencio de su casa,  
no es mucho que el primero movimiento  
le diese aquel honroso atrevimiento.

DON PEDRO.

Pues si es justo, señor, que don Bernardo  
atrevimiento tan honroso tenga,  
¿para qué será bueno hacer extremos  
cuando justicia ni razón tenemos?  
Sácale de la cárcel; yo perdono  
cualquiera cosa que en mi agravio sea,  
como tú no la tengas por agravio.  
Mudar consejo te aconseja el sabio.

(*Sale el CAPITÁN.*)

CAPITÁN. Don Lope pide licencia  
para besarte los pies.

D. PEDRO. Suplicote se la des.

D. ALONSO. ¿Está don Lope en Valencia?

CAPITÁN. Con solos dos Capitanes,  
uno de los cuales soy,  
ha entrado.

D. PEDRO. Pues yo me voy,  
porque más con él te allanes;  
que es justo honrar a quien viene  
con tal vitoria.

D. ALONSO. No es justo  
que muestres ese disgusto  
con quien la culpa no tiene.  
Aguarda, que, por ventura,  
no sabe don Lope nada,  
pues hoy llegó con su armada.

D. PEDRO. No sé si hacerlo es cordura;  
pero quiero obedecerte  
y ver lo que tengo en ti.

D. ALONSO. Sólo, Pedro, hay malo en mí  
el extremo de quererte.

(Sale DON LOPE y hínquese de rodillas en medio los dos.)

D. LOPE. Si por venir vitorioso  
de un Rey, justamente airado,  
pues cuando pensó vengado,  
vuélveme más triste y quejoso;  
si por haber destruido  
una poderosa armada  
y haber esta misma espada  
en tus contrarios teñido;  
si por haber desterrado  
de la española ribera  
las naves con que pudiera  
haber su costa abrasado;  
si, porque traigo, señor,  
el siciliano estandarte,  
sin diez banderas aparte  
de otros hombres de valor;  
si, porque apenas perdí  
una filáciga sola,  
y de la gente española  
hombre que te pese a ti,  
ni con militar oficio  
merezco besar tus pies,  
éstos pido que me des  
en premio de mi servicio.

D. ALONSO. No sé cómo responder,  
que Pedro, airado, me mira.  
¡Quiero bien, temo su ira!

D. LOPE. ¿Aun no merezco poner  
la boca en tus pies?

D. ALONSO. (¡Oh, amor!,  
¿cuál cosa nació tan fuerte?)

D. LOPE. (Volveréme, de esa suerte,  
al Príncipe, mi señor.)  
Invicto Pedro, de quien  
tiembla Italia, en cuyo nombre  
vengo de vencer un hombre  
por vuestra virtud también,  
que tiene en el mundo fama  
de ser otro Scipión,  
y a quien vos, por ocasión  
de aquella francesa dama,  
matastes (1) un heredero,  
por quien es la enemistad  
que le trajo a esta ciudad  
en los hombros del mar fiero.  
Si en vencerle os he servido,  
ponga en esos pies la boca!

D. PEDRO. Responderte no me toca,  
vitorioso ni vencido,  
cuando mi padre ha callado,  
tan ofendido del tuyo.

D. LOPE. Justamente, el rostro suyo,  
gran Príncipe, me ha negado;  
que si mi padre ofendió  
a Su Majestad, no es justo  
que me reciba con gusto,  
pues no estoy sin culpa yo,  
teniendo su sangre aquí,  
y ésta os ruego me saquéis,  
pues que por ella tenéis  
ese rigor contra mí.  
Pero suplicoos, señor,  
me digáis la calidad  
de la ofensa, que, en su edad,  
le obliga a tanto furor.

D. PEDRO. ¿No la sabes?

D. LOPE. No la sé.

D. PEDRO. ¿Que no la sabes?

D. LOPE. Quisiera  
saberla antes que viniera  
donde tu Alteza me ve.

D. PEDRO. La fama, ¿no pasa el mar?

D. LOPE. Si carga de grandes sumas,  
mójale el agua las plumas  
y no la deja volar.

D. PEDRO. Tu padre, mal informado,  
porque en tu calle servía  
una dama que tenía,  
si bien honra, libre estado,  
con gente me acuchilló  
una noche, y de manera  
que costar mucho pudiera,  
y, al fin, sangre me costó.

D. LOPE. ¡Mal padre y poco discreto!  
Falta de la edad sería.  
Cuando yo sangre vertía,  
señor, por vuestro respeto,  
él os la sacaba acá.  
¡Digno es de grande castigo!  
¿No es ya muerto?

D. ALONSO. Lope amigo,  
preso don Bernardo está.  
Ya que sabes la ocasión,  
te hablo según lo escrito;  
mucho acrimina el delito  
la bien hecha información.

D. LOPE. Matarle, señor, no puedo,  
por ser hijo, aconsejaros;  
pero puedo suplicaros,

(1) En el manuscrito, "matastis".



pues su misma sangre heredo,  
que en su lugar me matéis.  
Este es mi cuello, señor;  
estas insignias de honor  
también quitarme podéis.  
¡Hola! ¡Tomad esta espada!  
Cuanto con ella serví  
no puede limpiar aquí  
la de mi padre manchada.  
Este es, señor, el bastón:  
de vuestra mano le dad.

D. ALONSO. Ya, Cardona, tu humildad  
ha negociado el perdón.  
No te desciñas la espada,  
que no es bien que tal soldado  
esté sin la espada al lado  
de quien es su patria honrada.  
El bastón deja no más,  
y porque, a lo que has servido,  
no juzgues que ingrato he sido,  
ni te lamente jamás,  
pide mercedes, que quiero  
hacerte merced.

D. LOPE. Señor,  
de servicios sin valor,  
¿qué merced, qué premio espero?  
Mas tú, como tú procedes  
y como quien eres das,  
y por ti sólo, no más,  
te quiero pedir mercedes,  
y éstas sean que me des  
libre a mi padre, señor;  
acto de tan gran valor,  
muy digno de Reyes es.  
Su edad mira y sangre fría,  
y que el honor le obligó,  
y que mientras te ofendió  
yo te serví con la mía.  
Dame a mi padre, señor.

D. ALONSO. ¿Cuál quieres más? ¿Que su yerro  
castigue con un destierro,  
en que tú pagues su error,  
o que en la patria te quedes  
y él preso hasta su sentencia?

D. LOPE. Mi padre, con tu licencia,  
que es lo más que darme puedes,  
y alabo el piadoso oficio  
de desterrar a los dos  
por cosas que sabe Dios  
que importan a su servicio.  
¡Échome a tus pies mil veces!

D. ALONSO. ¡Hola! A su padre le dad.

¿Qué hay, Pedro?

D. PEDRO. ¿La libertad  
tan fácilmente le ofreces?  
¡No me hables que en tu vida  
me mostraste más amor!

(Vase.)

D. ALONSO. ¡Pedro! ¡Pedro! (¡Qué rigor!  
Pero hoy, amor se despida,  
que he de mirar como Rey  
lo que a los dos nos importa;  
con esto el daño se acorta:  
esto es razón y esto es ley.)  
Toma, don Lope, tu casa,  
tu mujer y padre al punto,  
y cuando lo tengas junto,  
a Italia, a Francia te pasa,  
o donde te esté más bien,  
que me conviene estorbar  
lo que puede resultar.

D. LOPE. Haz que a mi padre me den,  
que yo saldré de Valencia!

D. ALONSO. Vete y hazme este placer.

(Váyase el REY.)

D. LOPE. ¡A fe que es bien menester,  
Cielos, modestia y paciencia!

(Solo.)

¡Oh, qué materia tan profunda había  
para quejarse un hombre mal pagado,  
si no fuera mayor la lealtad mía!  
¿Cuál hombre puede haber tan desdichado?  
¿Nació ninguno en tan infausto día?  
¿Tuvo, por dicha, algún planeta airado  
más opuesto a su bien y a su fortuna  
figuras, signos, sol, estrellas, luna?  
¿Qué se quejan romanos Scipiones?  
¿Qué se lamentan ciegos Belisarios?  
¿Qué Emilios entre armados escuadrones?  
¿Qué Tarquinos, qué Césares, qué Marios,  
qué Jerjes entre bárbaras naciones?  
¿Qué Pompeyo piadoso entre los varios  
golpes de la fortuna, o Mitridates  
que en tierra y mar probó tantos combates?  
¿Yo no he sido otro César, que pudiera  
decir que vi y vencí? ¿Yo no le he dado  
honra a mi patria y la real bandera  
de Alfonso de Aragón entronizado?  
España, ¿yo no eché de tu ribera  
al siciliano, de soberbia armado?  
Pues, ¿quién fué más leal ni quién ha sido  
más desdichado en cuantos han nacido?

(Sale DOÑA CASANDRA.)

CASANDRA. ¿Es cierto que te destierra,  
don Lope, el Rey de Aragón?

D. LOPE. Ciertas las desdichas son,  
y más en la propia tierra.  
¿Cuál hombre, Casandra, en ella  
dejó de ser desdichado?

CASANDRA. ¿Qué buen galardón te ha dado  
de dar tu sangre por ella!

D. LOPE. Siendo palabras de Dios  
que en su tierra ningún hombre  
tendrá de profeta nombre,  
hoy las cumplimos los dos:  
yo con salir desterrado  
y el Rey con mandarlo así.  
¡Oh, patria, hoy pierdes en mí  
un hijo, un padre, un soldado!  
¡Da oficios al extranjero,  
honra al extraño y destierra  
al que en la paz y en la guerra  
fué tu defensor primero!  
¡Cumple con la obligación  
de patria! ¡Desprecia al bueno,  
honra al villano, que, lleno  
de soberbia y de ambición,  
ocupa el alto lugar  
que a tus hijos se debía,  
que podrá ser que algún día  
me vuelvas, patria, a buscar!

CASANDRA. ¿Es posible que no apeles,  
de tan injusta sentencia?

D. LOPE. ¡Antes fué del Rey clemencia  
sin examinar papeles!  
Yo sé cómo estará escrita  
la información que se ha hecho;  
ya los testigos sospecho.

CASANDRA. La inocencia el temor quita.

D. LOPE. Mal sabes tú que se usan  
tiendas de falsos testigos,  
que, contra los más amigos,  
juran, perjuran y acusan:  
mal sabes tú que es un dicho  
en un ligero escribir,  
y aquello del repetir  
el dicho y el sobredicho.  
¡Patria, yo huelgo que sea  
destierro tu galardón,  
antes que la información  
de mi inocencia se lea!  
Centellas es tu apellido,  
Casandra, y pues una sola,

de la grandeza española  
una vez incendio ha sido,  
mira tú qué podrán tantas  
si don Pedro es don Rodrigo.  
¡Huye, señora, conmigo,  
pues, ganando, te levantas!

CASANDRA. Si es tuya mi voluntad,  
también lo fué mi obediencia;  
no digo yo de Valencia,  
patria y famosa ciudad,  
pero del mundo contigo.

D. LOPE. Muestras heroico valor,  
y no puedes ir (1) mejor  
que desterrada y conmigo.  
¡Padecer por la inocencia  
es ir camino del Cielo!

(Salen con DON BERNARDO, padre de DON LOPE, un  
SECRETARIO, y guarda, y él traiga una cadena.)

D. BERN. A Dios, Secretario, apelo  
del rigor de esta sentencia.

SECRET. Cumplis con la obligación  
de la sangre que tenéis.

D. LOPE. (Ojos, ¿qué es esto que veis?  
¿No es vuestro padre en prisión?)  
¡Padre mío!

SECRET. Aquí os entrego,  
don Lope, libre a Bernardo,  
vuestro padre.

D. LOPE. (Ya no aguardo,  
pues a verle libre llego,  
más premio, ¡oh, premio más rico  
que el más precioso tesoro!  
¡Toda esta cadena es oro!)

SECRET. Advertid que os notifico  
que salgáis dentro de un día  
desterrados de Aragón.

D. LOPE. Que lo oigo, porque es razón,  
lealtad y desdicha mía.—  
Quitaos, padre, la cadena  
para que vamos de aquí.  
Vos decid al Rey que oí  
el decreto que condena  
un padre porque defiende  
de un hijo el debido honor,  
y un hijo por vencedor  
de quien a su Rey ofende,  
y una mujer, porque honrados  
pensamientos la movieron,  
y a todos tres porque fueron

(1) En el manuscrito, "hoy".

leales y desdichados.

D. BERN. Decid al Rey, Secretario,  
que me pesa de haber sido  
por quien la patria ha perdido  
un hombre tan necesario;  
y su servicio también  
un Capitán general  
tan importante y leal,  
que es el delito por quien  
voy con razón desterrado,  
que otro no sé que lo sea;  
pero que de los dos crea  
que en cualquier suerte de Estado  
que nos ponga la fortuna,  
le habemos de ser leales,  
que del Rey, vasallos tales,  
no toman venganza alguna.

CASANDRA. También al Rey le diréis  
de mi parte, Secretario,  
que siendo el premio ordinario  
de los servicios que veis,  
no llevo queja; antes llevo  
al Príncipe obligación,  
pues esta buena opinión  
a sus mocedades debo,  
y que haré como obligada,  
que esto confieso deber,  
porque no hay casta mujer  
hasta ser solicitada.

Por él se sabe quién soy,  
y así, es razón confesar  
que me ha podido obligar  
y que sin disgusto voy.

SECRET. Así lo haré, ¡y sabe Dios  
cuánto vuestra ausencia siento!

D. LOPE. Padre, el grave sentimiento  
de veros tan viejo a vos  
salir de la patria amada,  
temo, y es justo temer,  
que me ha de descomponer  
la más peligrosa espada,  
que llama a la lengua el sabio.  
¡Vámonos, por Dios, de aquí!

D. BERN. ¿Hablas y sientes por mí  
la calidad de este agravio?  
¡Vamos, que mejor te empleas  
en cualquier reino que pises!

D. LOPE. Si el tiempo os ha hecho Anquises,  
a mí la piedad Eneas.  
Agora, Casandra, digo,  
aunque tan sabio no soy,  
que dondequiera que voy

llevo mis bienes conmigo.  
¡Adiós, patria; adiós, España,  
que mil que su tierra entierra,  
en saliendo de su tierra  
gobiernan la tierra extraña!

(Váyanse, y salen el REY y el PRÍNCIPE.)

DON ALONSO.

Siempre a ti te parecen mal mis cosas,  
aunque sean forzosas al gobierno.  
¿A cuál mancebo tierno le da gusto  
lo que parece justo al cuerdo anciano?

DON PEDRO.

Coger el viento vano, el sol en redes;  
poner al mar paredes y altos muros,  
labrar diamantes duros, vidrio tierno,  
es persuadir gobierno al viejo el mozo.

DON ALONSO.

De oírte hablar me gozo tan fundado;  
pero aunque yo he llegado a ser tan viejo,  
no rehuyo el consejo, si me importa,  
del que en edad tan corta, a pura ciencia,  
alcanza la experiencia de los años,  
que algunos desengaños hay sin canas.

DON PEDRO.

¿Qué cosas hay más llanas que los yerros  
que has hecho en los destierros de esta gente?

DON ALONSO.

Esta mujer, presente, ¿no podría  
obligarte algún día a más locura?

DON PEDRO.

No, porque la hermosura son antojos  
del gusto de los ojos, y otra puede  
hacer que libre quede el que la mira;  
mas si lleno de ira su marido,  
con quien ingrato ha sido, a un Rey se pasa  
que tu sangre y tu casa en odio tiene,  
y con sus armas viene a hacerte guerra  
y destruir tu tierra, ¿es buen consejo  
que con su padre viejo y con su esposa  
vaya adonde es forzosa la venganza?

DON ALONSO.

Tengo gran confianza en su nobleza.

DON PEDRO.

No hay maldad, no hay bajeza que no intente  
un ofendido ausente aconsejado  
de una mujer, ni ha dado, en cuanto alcanza



el sol, la confianza buen efeto,  
ni la tuvo discreto eternamente.

DON ALONSO.

Para que no lo intente, ¿hay algún medio?

DON PEDRO.

No siento otro remedio que seguille  
si es ido, y reducille con oficios,  
cargos y beneficios, a tu pecho;  
que un hombre satisfecho está seguro.

DON ALONSO.

Si está dentro del muro de Valencia  
tráelo a mi presencia, y si es partido,  
quejoso y desabrido, gente envía  
que le traiga.

DON PEDRO.

Podría resistirse,  
y, enojado, partirse; que, en efeto,  
mucho pierde el respeto un enojado.  
Yo iré determinado, que aunque vaya  
a Argel, hasta su plaza he de seguirle,  
y, amigo, conducille a tu servicio.

DON ALONSO.

Harás, Pedro, el oficio que te toca,  
que no abrirá la boca si te mira.

DON PEDRO.

Yo templaré su ira. Adiós te queda.

DON ALONSO.

Lleva gente que pueda defenderte.

DON PEDRO.

(¡ Todo aquesto es quererte y adorarte,  
todo es ir a buscarte, todo engaño! (1)  
Procurando a mi daño algún remedio,  
¡ iré por ti si en medio el mar se pone;  
tu castidad perdone y tu famoso  
marido, que un celoso amor me mata!  
¡ Ay, mi Casandra ingrata, tus centellas  
me abrasan, pero son de tus estrellas!)

(*Salen DON LOPE DE CARDONA y DOÑA CASANDRA, y  
los SOLDADOS, y CAPITÁN.*)

D. LOPE. Quedaos, señores soldados,  
teneos todos atrás;  
nadie me acompañe más,  
ni estáis a hacerlo obligados.  
Del Rey sois, que míos no;  
ya no soy el General,

aunque, para todò mal,  
¿quién lo ha sido como yo?  
¡ Ea, soldados famosos,  
esto es más hidalga ley!  
¡ Volved a servir al Rey,  
que os dará premios honrosos!  
Hasta aquí tuve el bastón.  
Ya que al Rey se le volví,  
no hay por qué seguirme a mí,  
ya cesó la obligación.  
¡ Volved al Rey, caballeros!

CAPITÁN. Cuanto más leal pareces,  
más nos mueves y enterneces.

D. LOPE. Los vasallos verdaderos,  
los leales, los que nacen  
con sangre noble, a su Rey  
le han de guardar esta ley.

RAMIRO. Reyes que estas cosas hacen,  
no merecen ser servidos,  
pues aman los lisonjeros  
y infaman los caballeros,  
de quien son favorecidos. (1)  
Aquí está surta la armada  
que dejaste; vuelve a ella,  
y una vez entrado en ella,  
muestra a tu patria tu espada.  
Toma ejemplo en Coriolano,  
que contra Roma volvió.

D. LOPE. Españoles, no soy yo  
persa, griego ni romano:  
cristiano soy y español:  
sangre de Cardona tengo;  
del Rey desterrado vengo;  
dondequiera sale el sol:  
dondequiera hay noche y día,  
honra, amigos y sustento.  
Yo voy conmigo contento  
y la dulce prenda mía.  
No he de ser por interés  
ni venganza desleal.

¡ Mirad que parece mal!  
¿ Señor?

CAPITÁN.

D. LOPE. Alzaos de mis pies.

RAMIRO. Señor, sólo conocemos  
a don Lope de Cardona.  
Hoy de Aragón la Corona,  
y del mundo, te daremos.  
¡ Viva el de Cardona!

Todos. ¡ Viva!

(1) En el manuscrito, "y todo engaño".

(1) En los originales impresos, "son tan favorecidos"; pero el verso resulta largo.

D. LOPE. ¡No viva, que es contra ley!  
Decid todos: "¡Viva el Rey!"

FÉLIX. Haz, señora, que reciba  
esta armada y esta gente  
con el laurel de Aragón.

CASANDRA. Si sabéis su condición,  
¿cómo queréis que lo intente?

D. LOPE. ¡Soldados, dejad la playa;  
volveos luego a embarcar,  
o ¡vive Dios! de matar  
al que pase de esta raya!  
¡Ea, que no es caso justo  
que vuestra afición y amor  
me dé nombre de traidor!

CAPITÁN. Todos haremos tu gusto,  
vuelve a la vaina la espada,  
y esa raya que en el suelo  
has hecho, nunca del Cielo  
sea con aguas borrada;  
nunca la cubra la mar,  
nunca la desequie el sol,  
nunca la pise español.  
Por memoria ha de quedar  
del ejemplo de leales.  
Vamos, soldados, de aquí.

D. LOPE. Con lo que debo cumplí.

CASANDRA. ¡Eso han de hacer tus iguales!  
Aumentando vas, señor,  
el amor que te tenía.

D. LOPE. Mi padre, Casandra mía,  
tarda, y crece mi temor.  
No debe de hallar pasaje,  
según es nuestra desdicha.

(Salen DON BERNARDO, su padre, LEONARDO y FÉLIX,  
CRIADOS, y un PATRÓN.)

D. BERN. Basta, que topa en tu dicha;  
aún no parece un pataje,  
pues de la armada no hay nave  
que no esté bien advertida  
de que, pena de la vida,  
no te reciba.

D. LOPE. Bien sabe  
el Rey, padre, mi lealtad.

D. BERN. El patrón de una tartana,  
pienso que es napolitana,  
se parte; mas es crueldad  
querernos meter en ella.

D. LOPE. ¿Sois vos el patrón?

PATRÓN. Yo soy.

D. LOPE. ¿Cuándo os vais?

PATRÓN. Luego me voy.

D. LOPE. ¿Dónde?

PATRÓN. A Nápoles la bella.

D. LOPE. Padre, en ella nos metamos.

D. BERN. ¡Mira, hijo, que es locura!

D. LOPE. Si tengo en la mar ventura,  
no temas que nos perdamos.

D. BERN. Hombre a quien la propia tierra  
no sufre, ¿qué hará la mar?

D. LOPE. El agua suele amparar  
los que la tierra destierra.—  
¿Cuántos podemos caber  
para caminar sin miedo?

PATRÓN. A tres no más llevar puedo.

D. LOPE. ¡Alto! ¿Qué se puede hacer?  
Quédense aquí los criados.  
Félix y Leonardo, adiós.

FÉLIX. Pues ¿no cabremos los dos,  
aunque por lastre arrojados?

PATRÓN. No hay tratar de eso.

LEONARDO. Patrón,  
¿ni yo solo podré ir?

PATRÓN. No puedo un hombre añadir,  
o esperar mi perdición.

D. LOPE. ¡Ea, Félix, no hay remedio!  
¡Ea, Leonardo, abrazadme!

LEONARDO. ¿Señor?

D. LOPE. Esos brazos dadme,  
que aunque esté la mar en medio,  
las almas no se dividen.  
Llegad, hablad con mi esposa.

PATRÓN. La mar convida amorosa,  
los vientos las velas piden.  
¡Ea, señores!; ¿qué hacéis?  
¡Gozad esta tramontana!

D. BERN. ¿Adónde está la tartana?

PATRÓN. Entre estas peñas que veis.

(Dentro el PRÍNCIPE DON PEDRO, y gente.)

LEONARDO.

Aquellos son que están sobre las peñas  
que bate el mar.

DON PEDRO.

¡Pues mata ese caballo!

DON BERNARDO.

¡Ay, triste! ¡Voces oigo! Advierte, Lope,  
que entre aquellos jinetes resplandece  
un mancebo que al Príncipe parece.

DON LOPE.

Sin duda que es el príncipe don Pedro,  
que nos viene a prender. ¿Qué haremos, padre?

DON BERNARDO.

Hijo, embarcate luego con tu esposa  
en tanto que resisto a los que vienen.

DON LOPE.

¿No es mejor que yo muera?

DON BERNARDO.

Si don Pedro

intento trae de robar tu esposa,  
¡no aguardes, hijo!

DON LOPE.

¡Padre de mi alma,  
sola mi honra, pues al fin lo es vuestra,  
me obligará a dejaros!

DON BERNARDO.

¡Adiós, hijo!

DON LOPE.

¡Padre y señor, adiós!—Patrón, acosta.

DON BERNARDO.

¡Doña Casandra, adiós, y el Cielo os guíe  
en tantas desventuras y ocasiones!

DOÑA CASANDRA.

¡Las lágrimas, señor, serán razones!

*(Váyanse, y salen todos.)*

DON PEDRO.

Aquí está la gente de don Lope.

DON BERNARDO.

¡Tente,

que no merece su lealtad tu furia!

DON PEDRO.

¿Quién es?

DON BERNARDO.

Su padre soy.

DON PEDRO.

¿Qué es de tu hijo?

DON BERNARDO.

¿No le ves embarcar?

DON PEDRO.

¿Cómo embarcarse?

¡Tíralde, muera, detenelde!

DON BERNARDO.

¡Espera!

UN CRIADO.

¡Ya se alarga a la mar, las velas izan!

DON PEDRO.

¡Don Bernardo!: ¿delante, y con la espada,  
te pones de tu Príncipe?

DON BERNARDO.

Rendida,

la pongo, aunque desnuda. ¡Detente, espera!

DON PEDRO.

¡Tírad a Lope y don Bernardo muera!

*(Váyanse, y salen de hábito de casa ROSINDA y CLENARDA.)*

ROSINDA. Vuelve a comenzar la historia.

CLENARDA. La orilla del mar convida,  
aunque el sentimiento impida,  
resucitar su memoria;  
pero la misma sustenta  
la vida que así maltrata,  
que es como el hacha, a quien mata  
la cera que la alimenta.

ROSINDA. Yo pienso que se divierte  
el dolor comunicado.

CLENARDA. Presente vive el pasado  
hablando en él; pero advierte.  
Vino a Sicilia a unas fiestas  
el Príncipe de Aragón,  
mozo gallardo, y que hacía  
competencia al mismo sol;  
quiso, sin ser conocido,  
hacer más demostración  
que si público viniera:  
galas y libreas dió  
donde por el oro y perlas  
no se conoció el color;  
mas dicen que era la mía  
a quien mostraba afición,  
porque su padre y el mío,  
antes que a tanto rigor  
trajera el Cielo mis dichas,  
que ya desventuras son,  
trataron el casamiento,  
que para siempre cesó  
con la sangre de mi hermano.  
que hoy vive en nuestro dolor;  
porque, pensando una tarde  
que en el terrero le vió,  
que paseaba a su dama  
el encubierto español,  
con tanta furia y desprecio  
a tratarle comenzó,  
que la forzosa defensa  
le puso en obligación.



Yo, que a don Pedro debía  
 más que principios de amor,  
 que amor que de estrellas nace  
 ama en viendo la ocasión,  
 culpo a mi hermano, Rosinda,  
 unas veces y otras no,  
 que Amor se viste de celos,  
 y es celos la guarnición.  
 Celos y vino ya tienen  
 disculpa de todo error:  
 de Amor son vino los celos,  
 que enajenan la razón.  
 Muchas cosas, aunque injustas,  
 el español le sufrió,  
 justificando su causa  
 y abonando su valor;  
 hasta que, pasando cerca,  
 con un estribo le dió  
 por desprecio y por soberbia.  
 por envidia y ambición.  
 Mas el fuerte aragonés  
 bizarro le respondió  
 que más hiciera el caballo,  
 y empuñó la guarnición.  
 “¡Matalde!” dijo mi hermano;  
 pero tan mal se cumplió,  
 que, de diez que acometieron,  
 hirió a tres y mató a dos.  
 Uno de éstos fué Tancredo;  
 mas ¡mira si se escribió  
 de algún hombre, en Roma o Gre-  
 tan notable corazón, [cia,  
 que de mil hombres armados  
 el español se libró,  
 dejando a mi hermano muerto  
 y a mí muriendo de amor!  
 Hizo mi padre una armada,  
 con ella a España envió  
 al más valiente soldado  
 de esta ni de otra nación;  
 pero un Cardona valiente  
 de tal suerte le envió,  
 que está Sicilia temblando  
 y vitorioso Aragón.

(El REY ROGERIO, de caza, y gente.)

ROGERIO.

Ni me consuela el mar ni en su ribera  
 hallo cosa de gusto ni templanza,  
 porque ninguna dármele pudiera  
 perdida de vengarme la esperanza.

Vine por gusto al mar, y el mar me altera,  
 porque pensé por él tomar venganza  
 y viene de él mi ejército vencido.

CLENARDA.

Tus quejas oigo con piadoso oído.

Y paréceme a mí, pues te acompaña  
 de Italia lo mejor para esta empresa,  
 que en persona, señor, vayas a España,  
 gloriosa de que ya tu nombre cesa;  
 que si el dejarme sientes, será hazaña  
 digna de quien tan alto ser profesa  
 ir a tu lado, y, con espada al lado,  
 ocupar el lugar de algún soldado.

No es esta hazaña nueva en las mujeres.  
 Vamos a España, tiemble el mar hispano  
 en viendo que oprimir sus ondas quieres.  
 Tú vengarás tu hijo y yo mi hermano.

ROGERIO.

¡Qué bien muestras, Clenarda, ser quien eres!  
 Y así pienso, animado de tu mano,  
 hacer esta jornada, y, en persona,  
 ver en la mar su aragonés Cardona.

(Dentro DON LOPE.)

D. LOPE. Hermosa Reina del Cielo,  
 favorecednos.

ROGERIO. Oído.

CASANDRA. Divina Reina, acudid  
 a la protección del suelo.

CLENARDA. Voces orilla del mar,  
 y en lengua española son.

ROGERIO. No acudáis, que no es razón.

CLENARDA. No le dejes anegar.

ROGERIO. Si son de España, ¿qué quieres?

ROSINDA. Ni se ve barca ni nave.

(Sale DON LOPE con DOÑA CASANDRA en los brazos.)

D. LOPE. El Cielo y tierra te alabe,  
 bendita entre las mujeres.

CLENARDA. Un hombre trae en los brazos  
 una mujer.

ROGERIO. Si han corrido  
 tormenta, milagro ha sido  
 no hacerlos el mar pedazos  
 entre estas peñas.

D. LOPE. Aquí,  
 mi Casandra, he visto gente.

CASANDRA. ¿Si son cristianos?

ROGERIO. Detente,  
 hombre, y quién eres me di.

D. LOPE. ¿No lo ves? Un arrojado  
del mar furioso a esta tierra,  
y un hombre soy que destierra  
de su tierra un hombre airado.  
Esta es mi esposa, con quien  
he corrido esta mañana  
tormenta en una tartana,  
y aun en el alma también.

CASANDRA. Si sois cristianos, señores,  
algún remedio me dad.

D. LOPE. ¿Hay aquí aldea o ciudad?  
¿Habrà cabaña o pastores  
donde albergue mi persona  
y la de esta pobre dama?  
Si habéis oído la fama  
de don Lope de Cardona,  
ése soy, doleos de mí.  
¿Qué tierra es esta en que estoy?

ROGERIO. ¡Cielos, mil gracias te doy!  
¿Que tú eres don Lope?

D. LOPE. Sí;  
que yo sólo ser pudiera  
un hombre tan desdichado.

ROGERIO. Pues a buen puerto has llegado.  
Mayor tormenta te espera.  
¡Traidor, en Sicilia estás!  
Yo soy su Rey.

D. LOPE. Gran señor,  
nunca yo he sido traidor;  
injusto nombre me das.  
General de mi Rey fuí;  
si tú su enemigo fuiste,  
aquel que este nombre diste  
cara a cara le vencí.

CLENARDA. Señor, ¿qué quieres hacer  
de un hombre que no es culpado?

ROGERIO. Prenderle.

D. LOPE. ¿Que un desdichado  
dondequiera lo ha de ser!

CASANDRA. En la tierra y en el mar,  
en la propia y en la ajena,  
todo es mal, tormento y pena.

D. LOPE. Mándame, señor, matar,  
y acabe tan triste vida.

ROGERIO. Tirad con él.

CLENARDA. ¡Gran suceso!

ROGERIO. Teniendo a don Lope preso,  
no hay quien mi venganza impida.

ACTO SEGUNDO

DE *Don Lope de Cardona.*

(*Salen el REY DON ALONSO y DON PEDRO, su hijo.*)

D. PEDRO. Ya no te puedes partir  
ni dejar sola a Valencia,  
porque sola tu presencia  
puede al mundo resistir.  
Tres noches ha que hacen fuego  
las atalayas, y tanto,  
que da su número espanto  
cuando a imaginarle llego.  
Armada sin duda es,  
que cosario no trajera  
tantas velas.

D. ALONSO. Si partiera  
a Zaragoza después  
que se suena que hay armada,  
grande error, don Pedro, hiciera.  
Ya espero a ver la ribera  
de sus navès coronada;  
ya espero a saber quién es,  
aunque, si verdad te digo,  
bien conozco el enemigo  
sin que las señas me des,  
porque cosario ninguno  
tanto número juntara.  
La gente, Pedro, repara;  
no quede soldado alguno  
sin socorro y sin estar  
a punto para salir,  
que hoy con ella quiero ir  
a defendelle la mar.  
Si es por dicha el Siciliano,  
no piense para su armada  
hallar tan fácil la entrada  
ni el paso a los muros llano;  
que ha de ver tanta defensa  
solamente en mi persona,  
que del ausente Cardona  
juzgue pequeña la ofensa.

D. PEDRO. ¡Ah, señor; cuán mejor fuera  
el no le haber desterrado!

D. ALONSO. No está poco remediado  
teniendo en prisión tan fiera  
a su viejo padre aquí,  
con que de él estoy seguro.

D. PEDRO. Que le defendió, te juro,  
no solamente de mí,  
mas de todos los soldados  
de la costa, de tal suerte,

el viejo, gallardo y fuerte,  
con cuatro o cinco criados,  
que en una estrecha tartana  
se alargó don Lope al mar,  
sin que pudiese pasar  
ninguno la barbacana  
que de muro le servía,  
mientras su esposa embarcaba,  
que con perlas que lloraba  
sosiego a la mar ponía.

D. ALONSO. Yo estoy, Pedro, más contento  
de que no le hayas traído,  
que ocasión hubiera sido  
de esforzar tu pensamiento.  
Que perder un capitán,  
puesto que otro César fuera,  
menos mi sosiego altera,  
menos cuidado me dan.  
La libertad de un señor  
hase de estimar en mucho.

D. PEDRO. Rumor de tu gente escucho.

D. ALONSO. ¿Hola? ¿Qué es ese rumor?

(*El CAPITÁN LEONARDO, SOLDADOS y una espía, FABRICIO.*)

LEONARDO. Con dos remeros no más  
en una lancha salía  
a media noche esta espía,  
de quien agora sabrás  
cuanto de esta armada ignoras.  
Yo, que la playa guardaba,  
sentí que a tierra llegaba;  
las aguas murmuradoras  
me avisaron con su lengua,  
porque a la lengua del agua  
llegué cuando el mar desagua  
y de sus crecientes mengua,  
donde, aunque fingir quería  
ser pescador valenciano,  
el acento siciliano  
me dió luz de que era espía.  
Presos quedan los remeros.  
Este no ha querido hablar,  
porque debe de aguardar  
fuerza de tormentos fieros.

D. ALONSO. Notable servicio ha sido  
el que me has hecho, Leonardo.

LEONARDO. Servirte, señor, aguardo,  
que en esto no te he servido.

D. ALONSO. ¿Quién eres?

FABRICIO. Soldado soy.

D. ALONSO. ¿Cómo es tu nombre?

FABRICIO. Fabricio.

D. ALONSO. ¿Eres noble?

FABRICIO. En bajo oficio  
a un noble sirviendo estoy.

D. ALONSO. No tratando de rescate,  
¿para qué es bueno encubrirte?

FABRICIO. No tengo más que decirte,  
cuando más verdad te trate.

D. ALONSO. ¿Quién es dueño de esta armada?

FABRICIO. El Rey de Sicilia es.

D. ALONSO. ¿Qué naves trae?

FABRICIO. Ciento y tres.

D. ALONSO. ¿Qué gente?

FABRICIO. Gente alistada  
veinte mil hombres serán,  
mas muchos aventureros,  
hidalgos y caballeros  
mayor número le dan,  
porque a venticinco mil  
tengo sospecha que llegan.

D. ALONSO. ¿Y con qué intento navegan?

FABRICIO. ¿Nunca la fama sutil  
estos mares penetró?  
¿No os ha dicho que esta hazaña  
toda se dirige a España  
contra el Rey que le ofendió?

D. ALONSO. La primera vez que vino  
envié, soldado, un hombre  
de buena opinión y nombre  
que le impidiese el camino.  
Este solo le venció,  
sus banderas trajo aquí;  
él fué el vencido y yo fuí  
quien su soberbia humilló.  
Pues ¿cómo vuelve a probar  
la fortuna?

FABRICIO. Porque viene  
con quien dicen que la tiene  
segura en tierra y en mar.  
El mismo que le venció  
viene agora contra ti.

D. ALONSO. ¿Es don Lope?

FABRICIO. Señor, sí.

D. PEDRO. Di que te engañaba yo.  
¿Ves como don Lope ha sido  
traidor? ¿Ves como se fué  
a tu enemigo?

FABRICIO. No sé  
que os haya la fe rotpido,  
porque le trae forzado  
el Rey, que matar quería  
su esposa si no venía



con el cargo que le ha dado.

D. PEDRO. ¿Luego él es el General?

FABRICIO. En tanto grado le estima,  
que con él solo se anima  
a dar fin a empresa igual.

D. PEDRO. ¿Y viene Casandra aquí?

FABRICIO. Presa viene, y en su guarda  
nuestra princesa Clenarda.

D. PEDRO. ¿La Princesa?

FABRICIO. Señor, sí,  
en soldados transformadas;  
dagas y espadas ceñidas  
amenazan vuestras vidas.

D. PEDRO. ¿Para qué son las espadas?  
No hay arma tan peligrosa  
como la propia hermosura.

D. ALONSO. Mucho Rogerio aventura.  
Será jornada famosa;  
pero de toda su armada  
sólo temo una persona.

D. PEDRO. ¿A quién temes?

D. ALONSO. A Cardona,  
por su fortuna y su espada.

FABRICIO. ¿Qué fortuna ha de tener  
un hombre tan desdichado,  
que le envías desterrado  
cuando acaba de vencer  
una vitoria de mar  
como la que al Rey ganó?

(LUPERCIO, entre.)

LUPERCIO. Rogerio tierra tomó;  
no se le pudo estorbar.

D. ALONSO. ¿Qué dices?

LUPERCIO. Que puesta en ala  
toda su armada, que cerca  
dos leguas de mar, se acerca,  
con una y otra bala,  
lo más que puede a la orilla,  
espantando siempre el muro  
del Grao, que lo más seguro  
rompe, quiebra y aportilla.  
Allí en cien barcas, y más,  
de las naves gente llueve,  
que llega a la playa en breve,  
las olas dejando atrás.  
En viendo la tierra cierra  
tan aprisa con la orilla,  
que muchos, a la rodilla  
el agua, tomaron tierra.  
Conocí en esta ocasión  
a un hombre que, diligente,

como iba saliendo gente,  
iba formando escuadrón.  
Parecióme, gran señor,  
a don Lope de Cardona,  
o me engañó su (1) persona.

D. PEDRO. Di agora que no es traidor.

D. ALONSO. Pedro, si le fuerza un rey  
y quiere matar su esposa,  
disculpa tiene forzosa.

D. PEDRO. No hay disculpa contra ley,  
patria y rey.

D. ALONSO. No es tiempo agora  
de disputar si es bien hecho.  
Pon a sus armas el pecho,  
y la siempre vencedora  
bandera de nuestras barras  
no se ponga en muros, no.

D. PEDRO. ¿Piensas tú que temo yo  
sus amenazas bizarras?  
Yo pondré escuadrón enfrente  
del suyo dentro de un hora.

D. ALONSO. Tú, soldado, vete agora  
a tu campo libremente,  
y di a tu Rey que si fía  
de un Cardona su opinión,  
que todos Cardonas son  
cuantos esta tierra cría.  
Y al Cardona le dirás  
que llevo a su padre viejo  
en mi campo para espejo  
de sus lealtades no más;  
que yo le pondré tan alto  
que pueda mirarse en él.

FABRICIO. ¿Cómo puede ser fiel  
quien es de dicha tan falto?

(Vanse, y salen ROGERIO, rey de Sicilia; DON LOPE  
DE CARDONA con bastón, y CLENARDA y CASANDRA,  
con raqueros, sombreros, espadas y dagas.)

ROGERIO. No muestres tanta tristeza,  
ya que por hijo te tengo.

D. LOPE. ¿No es conforme a mi nobleza,  
si contra mi patria vengo,  
ver que es traición y es bajeza?

ROGERIO. Si un rey desnaturaliza  
a un vasallo, ¿en qué es traidor?

D. LOPE. La fama, que inmortaliza,  
hoy al fénix de mi honor  
dejá muerto en su ceniza.

ROGERIO. Muchos nobles que ha tenido  
vuestra nación a un rey moro

(1) En el manuscrito, "la".

han en la guerra servido,  
y no por eso el decoro  
de su nobleza han perdido.  
Bastante ejemplo te dan  
un Castro, un fuerte Guzmán;  
luego más disculpa tienes  
si de un rey cristiano vienes,  
Cardona, por capitán.

D. LOPE. Si como matar mi esposa  
quisiste, a mí me mataras,  
vieras mi fama gloriosa,  
y que en las sangrientas aras  
resucitara gozosa. (1)  
Su amor hizo en mí piedad  
esta fuerza, esta violencia.  
¡Patrios muros, perdonad!  
¡Perdona, madre Valencia!  
¡Perdona, insigne ciudad!  
¡Perdona, Rey de Aragón!  
¡Perdona, España! ¡Perdona,  
fama, nobleza, opinión!

CLENARDA. Ya que has venido, Cardona;  
ya que has formado escuadrón;  
ya que estás enfrente puesto  
de esta ciudad, ¿no es más justo  
echar a tu fuerza el resto,  
vengándote de un disgusto  
que es a todos manifiesto?  
Si el de Aragón te ha pagado  
con tan fiera ingratitud  
y el de Sicilia estimado,  
¿en qué ofende tu virtud  
servir a quien te ha premiado?  
Ya te desterró de sí  
el Rey de Aragón; ya sales  
de la obligación así.

D. LOPE. Los hidalgos, los leales  
que nacen como nací,  
nunca de la obligación  
de ser lo mismo que son;  
Clenarda, pueden salir.

CASANDRA. Si me dejaras morir  
no hicieras esta traición;  
mas ya, Lope, que has venido,  
haz lo que estás obligado,  
y conozca el Rey vencido  
que has sido tan desdichado  
porque tan leal has sido.

D. LOPE. Casandra, mi grande amor

y el parecerme que al Rey,  
si es fuerza, no soy traidor,  
pues hay en el mundo ley  
que deja libre mi honor,  
me hicieron venir así;  
que si como eres mi esposa  
tan adorada de mí,  
que no hay en el mundo cosa  
que no atropelle por ti,  
fueras un hijo, no haga  
el Cielo que satisfaga  
a la infamia que me dan,  
si me ganara el Guzmán  
en arrojalle la daga.

CASANDRA. Estoy, Lope, agradecida  
a tu amor, por cuya fe  
quisiera darte la vida.

(Sale FABRICIO.)

ROGERIO. ¿Fabricio es éste?

FABRICIO. Y quien fué  
a ser espía perdida;  
mas de suerte me perdí,  
que luego cautivo fuí  
que en la tierra puse el pie.  
Al Rey de Aragón hablé.

ROGERIO. ¿Qué le dijiste de mí?

FABRICIO. Que con un Cardona abonas  
mil laureles y coronas.

ROGERIO. ¿Espantóse?

FABRICIO. A esta razón  
responde que en Aragón  
cuantos nacen son Cardonas.

D. LOPE. ¡Y de mí qué te diría!

FABRICIO. Que entre su gente traería (1)  
preso a tu buen padre viejo,  
que a tu lealtad sería espejo.

D. LOPE. ¿Y no es la suya la mía?

FABRICIO. Dice que le ha de poner  
tan alto, que desde lejos  
lo puedas ver.

D. LOPE. Querrá hacer  
de don Pedro los consejos.  
Cielos, ¿esto vengo a ver?  
¡Ay de mí!—Dadme, señor,  
licencia, que quiero hablar  
al Rey.

ROGERIO. Si tanto rigor  
contigo quiere mostrar,  
¿por qué te llamas traidor?

(1) Así en el manuscrito, que es mejor lección.  
En los impresos, "resucitaba gloriosa".

(1) En el manuscrito, "traya".

Mira que podrá prenderte,  
D. LOPE. Yo le hablaré de tal suerte  
que ni me prenda ni mate.  
CLENARDA. ¿Qué puede haber que se trate  
que satisfaga a la muerte  
de tu hijo y de mi hermano,  
pues paces no se han de hacer?  
ROGERIO. ¿Paces? Es intento vano.  
D. LOPE. Señor, sólo quiero ver  
si vive mi padre anciano.  
Yo tengo temor que quiere  
cortarle el Rey la cabeza.  
ROGERIO. Pues ¿qué harás?  
D. LOPE. Rogar que espere,  
que es venganza con baja  
si un viejo inocente muere.  
ROGERIO. Vete, que no es poca prenda  
tu esposa; pero si vas  
donde el Rey te coja o prenda,  
no esperes que viva más  
de cuanto la nueva entienda.  
D. LOPE. Digo que lo hagas así.  
CASANDRA. ¡Duélete, esposo, de mí!  
D. LOPE. Casandra, yo volveré;  
que, aunque allí mi padre esté,  
está mi mujer aquí.  
Ser quiero agora un fiel  
en medio de dos balanzas  
para no serte cruel;  
que, por mi mujer, alcanzas  
más obligaciones que él.  
Mi padre me manda el Cielo  
que deje por ti; mas ya  
que él sabe mi justo celo  
entre los dos, me dará  
licencia que parta el suelo,  
esté en medio de ti y de él,  
entre Valencia y la mar,  
fiel contigo y con él,  
que el peso de este pesar  
no ha de torcer el fiel.

(Váyase.)

CLENARDA. ¡Lástima, señor, me ha dado!  
CASANDRA. ¡No sé yo qué guerra intentas  
con un general forzado!  
ROGERIO. Quedaré de mis afrentas  
presto, Clenarda, vengado.  
Mientras Lope parte al muro  
quiero hacer que esté seguro  
el sitio y puesto. Tú, en tanto,  
sosiega a Casandra el llanto.

(Váyase el Rey.)

CLENARDA. Mil imposibles procuro.  
Cuando tus desdichas miro  
de las mías me consuelo,  
porque si de amor suspiro  
sobre montañas de hielo  
balas de centellas tiro.  
Amo un hombre que te adora,  
si es la historia verdadera  
que me has referido agora,  
y bastara que quisiera  
hombre que mi amor ignora.  
De suerte que son mis males  
hoy a los tuyos iguales;  
pues darte consuelo a ti  
mal podré, si para mí  
le pido en desdichas tales.  
CASANDRA. Fué tan violenta afición  
la que me tuvo en Valencia  
el Príncipe de Aragón,  
y tal la correspondencia  
de mi ofendida opinión,  
que no tienes que temer;  
procúrale hablar y ver.  
Sosiega esta fiera guerra,  
junta a Aragón a tu tierra  
siendo de un ángel mujer;  
que si yo estado tuviera  
en que le pudiera amar,  
no dudes que le quisiera;  
pero tengo de guardar  
esta fe, que, viva o muera,  
soy quien sabes, soy Centellas,  
que de mi honor las más de ellas  
sirven de corona al sol.  
porque el valor español  
suele pisar las estrellas.  
Mas tú, señora, que puedes  
querer casarte y vivir  
donde tan gloriosa quedes,  
haz que pueda recibir  
mi patria tantas mercedes.  
Yo le enviaré a llamar  
con un papel de secreto,  
y tú le puedes hablar.  
CLENARDA. ¿Asegúrame, en efeto,  
que hallará mi amor lugar  
en su pecho desnudado?  
CASANDRA. ¿Pues no, si le está tan bien  
heredar tan alto estado  
y que este perdón le den?



CLENARDA. Alto consejo me has dado.  
Si remedio puede haber  
de la muerte de mi hermano,  
éste sólo puede ser.  
Escribele de tu mano  
para que me venga a ver;  
mas di que tú sola has sido  
dueño de este pensamiento  
por la paz que has pretendido,  
no entienda Pedro que intento  
tan libremente marido.

CASANDRA. Ven, que si escribiere error,  
tú le enmendarás; que, en suma,  
todo ha de ser con tu honor.

CLENARDA. ¡Ay, quién te diera la pluma  
de las alas de tu amor!

(*Váyanse, y salga DON LOPE.*)

D. LOPE. Pasos llenos de dolor,  
¿adónde lleváis mi vida,  
si la esperanza es perdida  
de poder cobrar mi honor?  
¡Cuánto me fuera mejor  
morir que ver que me mata  
la muerte, que se dilata  
porque es mi postrero bien!  
¡Malhaya el hombre de bien  
que sirve a su patria ingrata!  
¿Dónde, triste, yo me alejo  
de mi esposa y prenda cara?  
Pero ¿quién no se acercara  
a un padre tan noble y viejo?  
Pero si mi esposa dejo  
y el tirano Rey la mata,  
¿qué fiera su sangre trata  
con mayor crueldad también?  
¡Malhaya el hombre de bien  
que sirve a su patria ingrata!  
Cuanto miro y pienso aquí  
sólo me ofrece un remedio:  
yo estoy de los dos en medio,  
a ninguno ofendo así.  
Pero, ¡miserio de mí!  
si a esposa y padre me mata  
uno y otro Rey, que trata  
vengarse, ¿estaréme bien?  
¡Malhaya el hombre de bien  
que sirve a su patria ingrata!  
¡Patria, madre de extranjeros  
y madrastra de hijos propios,  
galardones tan impropios  
no dicen bien con tus fueros!

Si estimas los lisonjeros;  
si honra, oficios, oro y plata  
das a quien verdad no trata  
y a mí me pagas tan bien...  
¡Malhaya el hombre de bien  
que sirve a su patria ingrata!  
Al muro ¡ay, triste! he llegado.  
Gente en el real está.  
Fortuna promete ya  
un medio desesperado.  
¡Plega al Cielo que el Rey sea!

(*El REY en alto, y DON PEDRO, su hijo.*)

D. ALONSO. ¿Hay atrevimiento igual?

D. PEDRO. "Por el campo del real  
un caballero pasea."

D. ALONSO. Pienso que en mirar te alegras  
la gentileza que encubre.

D. PEDRO. "Capa del monte le cubre;  
debajo trae armas negras."

D. ALONSO. Algo en las hebillas presas  
trae sin el temple fino.

D. PEDRO. "Tahalí de lobo marino  
con dos pistolas francesas."

D. ALONSO. No ha dado el hombre pequeñas  
las muestras de su persona.

D. PEDRO. "Todos piensan que es Cardona,  
por el talle y por las señas."

D. ALONSO. ¿Qué dices de su fiereza,  
cuando ese nombre le cuadre?

D. PEDRO. "Que viene a ver si a su padre  
le corta el Rey la cabeza."

D. ALONSO. Aquí se escuchan sus quejas.  
Oír lo que dice quiero.

D. PEDRO. "Suspiros da el caballero;  
los ojos pone en las rejas."

D. ALONSO. ¿Por qué no pide licencia  
para hablar por otros modos?

D. PEDRO. "Mucho pesar muestra a todos  
que esté cercada Valencia."

D. ALONSO. Pero si es Cardona ¡muera!  
¡Tírenle cuantos le miren!

D. PEDRO. "El Rey mandó que le tiren,  
y él habló de esta manera."

D. LOPE. Caballeros del real,  
yo soy aquel que destierra  
la envidia, porque en la patria  
no hay hombre de bien sin ella.  
Lo que he medrado en los años  
que serví al Rey en la guerra  
bien lo dicen mis desdichas,  
pues vengo a tanta baja.

Arrojado de la mar  
por una cruel tormenta,  
saqué mi esposa en los brazos  
a la piadosa ribera.  
Prendióme el Rey de Sicilia, -  
que andaba a caza por ella;  
juró de matar mi esposa  
si no tomaba por fuerza  
el bastón de general  
y daba a España la vuelta  
con cien naves de su armada  
para cercar a Valencia.  
Vine por no ver morir  
del alma la mejor prenda;  
lloré, en mirando mi patria,  
algunas lágrimas tiernas.  
Luego supe que quería  
cortar el Rey la cabeza  
a don Bernardo, mi padre,  
que tiene preso en cadenas.  
Dejé mi esposa en las manos  
del Rey que la tiene presa,  
y por librar a mi padre  
llego donde el Rey me vea.  
Decid al Rey de Aragón,  
caballeros de Valencia,  
que don Lope de Cardona,  
el desdichado en su tierra,  
dice que, por excusar  
grandes batallas sangrientas,  
asaltos, muertes y robos,  
tomó de su Rey licencia  
para que entre dos personas  
que en la campaña se vean,  
cuerpo a cuerpo aquesta tarde  
se acabe aquesta contienda.  
Si venciére el caballero  
que de vuestra parte venga,  
jura volverse a Sicilia  
y descercar a Valencia;  
si venciére el que él nombrare,  
con que le deis se contenta  
sólo al viejo padre mío.  
Porque viviendo en sus tierras  
él y yo, de haber perdido  
a su hijo se consuela,  
que no quiere más venganza  
de que el Rey a los dos pierda.  
A esto (1) vengo, caballeros.  
Salid, que don Lope espera

de sol a sol en el campo,  
donde los Reyes nos vean.

(Váyase DON LOPE.)

D. ALONSO. ¡Soberbia notable!

D. PEDRO. ¡Extraña!

D. ALONSO. No ha de quedar sin castigo.

D. PEDRO. ¿Sin castigo? Yo me obligo  
salir con él en campaña.

D. ALONSO. Tú no, porque no es razón;  
pero ven, que yo sé quién  
sabrás castigarle bien.

D. PEDRO. Mal sabes mi condición,  
y es poner en contingencia  
nuestra vitoria.

D. ALONSO. Eso no.  
Hombre eres, Pedro; mas yo  
sé que hay muchos en Valencia.

(Váyanse del muro, y\* salga con su cadena DON  
BERNARDO.)

DON BERNARDO.

¡Esto faltaba a mis desdichas sólo!  
venir contra su patria el hijo mío

y extender su traición de polo a polo!

¡Oh, terrible e injusto desvarío!

Escurece tu luz, hermoso Apolo,  
y los tristes suspiros que te envío  
formen nubes que escondan tu luz clara  
por que no puedan conocer su cara.

¿Cómo es posible, Cielos, que un Cardona,  
un español, contra su patria venga,  
adonde tiene presa mi persona,  
por mucho que libramme le convenga?

¿Qué amor, qué padre, qué piedad le abona,  
o qué disculpa puede haber que tenga?

¡Ay, Dios, que la lealtad al Rey debida,  
sacando el alma, a todo es preferida!

Gente siento. ¡Ay de mí! ¿Si ya el verdugo  
por mandado del Rey, con este enojo,  
viene a quitar de mi garganta el yugo  
que oprime el alma con mortal despojo?

(Sale DON PEDRO.)

[DON PEDRO.]

Ya que a los Cielos mi desdicha plugo  
y que el solicitar un loco antojo  
me cueste tantas suertes de tormento,  
hoy, Lope, pagarás tu atrevimiento.

Tres Pedros dice España que vivimos,  
todos crueles: en Castilla el uno,

(1) En el manuscrito, "eso".

el otro en Portugal, de quien oímos venganza que jamás se oyó de alguno. Pues si el otro soy yo, ¿por qué sufrimos que se pueda alabar hombre ninguno de nuestra ofensa? ¡Muera el que lo crea, y esto de los tres Pedros verdad sea!

He pensado que salga al desafío sin que sepa con quién, el viejo preso; que si contra su hijo al padre envío, vengado quedará con grande exceso. Don Lope es fuerte y de robusto brío: matarále, sin duda, y el suceso, declarado en el mundo, hará que infame eternamente al de Cardona llame.

(Sale DON BERNARDO.)

DON BERNARDO.

¿Quién es?

DON PEDRO.

¿No me conoces?

DON BERNARDO.

¿Es mucho a un viejo, y en prisión oscura?

DON PEDRO.

¿El habla de don Pedro desconoces?

DON BERNARDO.

Mi tiniebla eclipsó tu lumbre pura.

DON PEDRO.

Hoy, don Bernardo, un siciliano a voces, de estos con quien su Rey matarnos jura, nos ha desafiado. Al fin, espera arrogante del mar en la ribera.

Estaba yo en el muro oyendo el reto. Aceté el desafío; mas pensando que soy de carne y a morir sujeto, y que Aragón por Rey me está esperando, pensé: ¿cuál hombre para aqueste efeto puedo elegir en mi lugar? Y cuando se me ofrecieron Pardos y Cruellas, Ferreres, Mercaderes y Centellas, acordéme de ti, que con la espada te vi, como otro Orlando, en las orillas del mar contra mi gente en vano armada, hacer en su defensa maravillas. Ponte mis armas y real celada, yo te pondré en secreto las hebillas; sal a vencer este enemigo fiero por mí, como valiente caballero.

Que ¡por vida del Rey! de darte al punto la calidad, Bernardo, que deseas.

DON BERNARDO.

¿Podré salir sin verme?, te pregunto.

DON PEDRO.

Yo te pondré donde (1) el contrario veas.

DON BERNARDO.

Pues cuenta al siciliano por difunto, si es bien que tanto de mis canas creas.

DON PEDRO.

Yo creo lo que vi, fuerte Bernardo, pues de tus manos la vitoria aguardo.

DON BERNARDO.

Haz que me quiten luego esta cadena y que me den tus armas.

DON PEDRO.

Yo me fío

de un escudero cuya sangre es buena; él la traerá con un caballo mío.

DON BERNARDO.

Secreto es menester.

DON PEDRO.

No tengas pena.

(¡Qué buen contrario al de Cardona envío!)

DON BERNARDO.

Hoy sirvo al Rey y al siciliano mato.

DON PEDRO.

(Hoy mata a un padre noble un hijo ingrato.)

(Vanse, y salgan DOÑA CASANDRA y la INFANTA CLENARDA.)

CLENARDA. En fin, Casandra, ¿llevó Fabricio el papel?

CASANDRA. Por ti, de mi letra le escribí.

CLENARDA. Y en él ¿nombráste me?

CASANDRA. No;

porque, para más secreto, dije que yo le quería hablar a solas.

CLENARDA. El día que mi boda tenga efeto, fuera de la libertad, todas mis joyas te mando.

CASANDRA. Yo voy, Clenarda, buscando sólo el bien de esta ciudad,

(1) En el manuscrito, "adonde".



que es patria donde he nacido  
y en quien quisiera morir,  
que me canso de vivir  
fuera de mi patrio nido.  
De estas paces nos resulta  
a mí y a Lope gran bien.

CLENARDA. Si muestra Pedro desdén,  
todo ese bien dificulta;  
pero yo tengo esperanza  
que tendrá dichoso efeto.

CASANDRA. Si él viene, el bien te prometo, [za.  
que un grande amor mucho alcan-

(Sale el REY ROGERIO, FELINARDO, CAPITÁN, y SOLDADOS.)

ROGERIO.

¿Podrá marchar el escuadrón seguro  
al muro de Valencia con las treguas,  
en tanto que se acaba el desafío?

FELINARDO.

Seguramente, nuestra gente armada,  
al campo del real, y satisfecha  
que ha de vencer don Lope de Cardona.

CLENARDA.

¿Qué prisa es ésta con que vas marchando?  
¿Asaltas la ciudad?

ROGERIO.

Ya que has dejado  
tu tienda, mi Clenarda, el campo sigue;  
verás que, por el gusto de don Lope,  
cuya opinión y valeroso pecho  
tanta seguridad ofrece al mío,  
pongo en sus manos mi venganza y honra.

CLENARDA.

Pues ¿a qué se resuelve?

ROGERIO.

A que, a la vista  
del uno y otro campo, en esta arena,  
él y el soldado que su Rey nombrare,  
decidan este caso por las armas.

CASANDRA.

¿Don Lope sale a singular batalla?

ROGERIO.

No te aflijas, Casandra, pues que sabes  
el valor de tu esposo.

CASANDRA.

¿Amor es niño!

Él teme, que yo no; que bien conozco  
el gran valor de su invencible pecho.

ROGERIO.

¡Parad, que suenan las contrarias cajas!

(Salen marchando con gente el REY DE ARAGÓN y el PRÍNCIPE DON PEDRO, rebozado.)

DON ALONSO.

Pues que ya las banderas de Sicilia  
se miran desde aquí, y están tan cerca  
que sus armas y empresas se divisan,  
haced alto, soldados, advertidos  
que puede ser ardid.

DON PEDRO.

Entre la gente,  
disfrazado, he venido a ver los campos  
y el fin de tan notable desafío.

¡Lucida cosa es ver los dos ejércitos  
regidos de dos viejos venerables!

Mas sin duda que ya don Lope viene;  
hoy dará muerte a quien le dió la vida,  
por cuya infamia le dará la muerte.

(¡Ay, Casandra, qué intento por quererte!)

(Sale DON LOPE armado de peto y espaldas, con un sombrero de plumas, y una banda.)

DON LOPE.

Por haber escógido mi enemigo  
las armas, vengo al puesto sin celada.  
Sin duda que es más diestro que hombre fuer-  
porque si fuerte fuera, confiado [te;  
en los golpes del brazo, más quisiera  
herir y dar sobre las armas todas. (1)  
Destreza tiene, pues sin armas viene;  
pero, robusto o diestro, ¡morir tiene!

(Sale DON BERNARDO con peto y espaldas también, y su sombrero de plumas, banda y caja.)

DON BERNARDO.

Las pocas fuerzas de mis largos años  
este género de armas me permiten,  
fiado en el valor antiguo mío  
y en la destreza que tener solía.

(Caja.)

Ya me aguarda el contrario, ya las cajas  
hacen señal de acometer, mas quiero  
a mi enemigo requerir primero.

¿Podréte hablar?

DON LOPE.

Bien lo podrás,

(1) Falta en el manuscrito este verso.

- y está seguro de mí  
mientras hablándome estás.
- D. BERN. Yo las armas escogí.
- D. LOPE. Yo traigo las que me das.
- D. BERN. Si [quieres] puedes traer  
defendida la cabeza,  
y esto sólo quiero ver.
- D. LOPE. ¡Preciado estás de destreza!
- D. BERN. Y fuerzas suelo tener.
- D. LOPE. Vesme aquí sin el sombrero.  
Quítate el tuyo.
- D. BERN. Sí haré.
- D. LOPE. ¡Muy blanco estás, caballero!
- D. BERN. Blanco estoy, mas no seré  
blanco en que acierte tu acero.
- D. LOPE. ¡Vive Dios!, que me ha pesado  
que tan blanco hayáis salido  
al desafío aplazado;  
pues cuando os haya vencido,  
¿qué honor puedo haber ganado?  
¡Vos lo estáis del tiempo ya!
- D. BERN. El ánimo no lo está,  
y esto blanco es que ámba soy,  
que, porque florido estoy,  
más alto valor me da.
- D. LOPE. Mal acuerdo fué escogeros  
entre tantos caballeros;  
por despreciarme habrá sido,  
pues en canas han querido  
manchar tan nobles aceros.  
La banda un poco apartad,  
que la barba os quiero ver:  
a mí seguro os llegad.
- D. BERN. Cubrir debéis de querer  
el temor con la piedad.  
Si mis canas nieve son,  
sin duda os han dado frío  
al cobarde corazón.
- D. LOPE. Llegad cerca, señor mío;  
seguro estáis de traición.  
¡Llegad, que esa nieve ha sido  
fuego que al alma ha tocado  
y el corazón encendido,  
porque sospecha me ha dado  
que de esa nieve he nacido,  
que fuego debió de ser!  
Y es blanco, porque es ceniza,  
como ha dejado de arder,  
y el fénix se immortaliza  
porque en él vuelve a nacer.  
A vos me voy allegando,  
pues no os allegáis a mí.

Vámonos los dos quitando  
los rebozos, ¿queréis?

D. BERN.

Sí.

(Descúbranse a un tiempo.)

- D. LOPE. ¡Ay, Cielos!, ¿qué estoy mirando?  
¡Padre y señor, padre mío!  
¿Yo la espada contra vos?
- D. BERN. ¡Tente allá!
- D. LOPE. ¿Qué desvarío  
del tiempo trajo a los dos  
a batalla y desafío?  
Sola mi desdicha fuera  
quien tal engaño trazara,  
y, preso vos, ¿quién creyera  
que el Rey su honor os fiara  
y que contra mí os trajera?  
¿Sabíades que era yo  
el dueño del desafío?
- D. BERN. El Príncipe me engañó,  
que, por enemigo mío,  
un siciliano me dió:  
creo que ha sido querer  
que nos matemos los dos.
- D. LOPE. Padre, ¿qué habemos de hacer?  
Diré a voces que sois vos  
quien me ha dado vida y ser;  
aunque por mejor tendría  
que al de Sicilia os paséis,  
donde está la esposa mía,  
y de su engaño tendréis  
justa venganza este día.  
Mi señor, ¡venid conmigo!
- D. BERN. Hijo, no es justo que Amor  
tanto error pueda contigo:  
tu padre ha de ser tu honor,  
tu verdad, tu solo amigo.  
Y a no estar yo satisfecho  
que contra tu patria y Rey  
te trae la (1) fuerza y despecho,  
volviera por justa ley  
las armas contra tu pecho.  
Todos están murmurando  
de ver que estamos hablando.  
¡Abrevia, que he de volver  
a la prisión!
- D. LOPE. ¿Qué he de hacer?  
(¿Cuándo, desventuras, cuándo  
acabaréis de acabarme?)  
¿Volver queréis a Valencia?

(1) En el impreso de 1618 falta el "la".

D. BERN. Cuando el Rey quiera matarme,  
¿no es mejor con inocencia  
a su cuchillo entregarme  
que perder, hijo, mi honor?  
Ya soy viejo; ya mi vida,  
¿qué puede ser, en rigor?

D. LOPE. Con el alma enternecida  
os oigo, padre y señor;  
pero ¿qué tengo de hacer,  
ya que me quiera volver,  
por no dejar a mi esposa,  
aunque fuera justa cosa  
por vos, de quien tengo el ser?  
Y aun, si queréis, padre mío,  
por vos la quiero dejar;  
pero si esto es acto impio,  
y no hay salida que dar  
al presente desafío,  
sacad la espada, que yo  
haré que con vos peleo  
y mataréisme.

D. BERN. ¡Eso no!  
Tu vida, Lope, deseo;  
quien una vez te la dió,  
¿cómo te la ha de quitar?

D. LOPE. Si vos me queréis matar,  
al Rey gran servicio hacéis,  
pues si el desafío vencéis,  
la patria habéis de librar.  
¡Matadme, que muchos fueron  
los que a sus hijos mataron  
por la patria!

D. BERN. Esos lo hicieron  
porque su fama adoraron  
y nunca a Dios conocieron.

D. LOPE. Pues ¿qué medio se ha de dar  
para poderme volver  
sin morir o sin matar?

D. BERN. Irme yo agora y poner  
prisa a entrar en el lugar.  
Tú diciendo quedarás  
que conocido me has  
por tu príncipe y señor,  
y que, por no ser traidor,  
esta licencia me das.

D. LOPE. ¡Bien dices! ¡Parte!

D. BERN. Adiós queda.

D. LOPE. Abrázame.

D. BERN. ¡Larga vida,  
hijo, el Cielo te conceda!

ROGERIO. ¿No hay quien la señal nos pida?

CLENARDA. ¡No hay quien entenderlos pueda!

ROGERIO. ¿Adónde parte furioso  
el soldado aragonés?

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

FELINARDO. Huyó temeroso  
el de tu parte, después  
que vió a don Lope famoso.

DON LOPE.

¡Ejércitos de España y de Sicilia,  
invictos Reyes, caballeros nobles,  
no os alteréis, que aquel galán soldado  
que se parte de aquí con tanta prisa,  
es de Aragón el príncipe don Pedro!  
¡Yo he nacido español y su vasallo!  
No quise ni era bien sacar la espada  
contra mi Rey, aunque otro sirvo agora.  
Suplícoos que os volváis. ¡Marchad, señores!  
¡Uno a la mar y a la ciudad el otro,  
que yo doy por ninguno el desafío!  
¡Cardona soy, leal, y el Rey lo es mío!

(Váyase.)

DON ALONSO.

(¿Que el Príncipe intentase tal locura,  
habiéndome engañado que enviaba  
a don Jaime Centellas? ¡Hola! ¡Marcha!  
¡Guardemos la ciudad!)

ROGERIO.

Ya los contrarios  
a la ciudad se vuelven. Gran contento  
me ha dado la lealtad que usó don Lope  
con don Pedro, su príncipe.

CLENARDA.

¡Es Cardona!

ROGERIO.

Toca a marchar.

CLENARDA.

¡Merece una corona!

(Los dos campos se vayan cada uno por su parte  
y quede solo el PRÍNCIPE DON PEDRO, y desem-  
bócese.)

D. PEDRO. ¡Oh, qué mal me ha sucedido!  
Y conforme a mi intención,  
la causa las armas son  
del haberse conocido;  
que si trajeran celadas,  
sin duda imposible fuera.

(Sale FABRICIO.)

FABRICIO. (Hablarle a solas quisiera;  
siguiendo voy sus pisadas,



porque cuando estuve preso  
le miré muy bien, y es él;  
si le pregunto por él,  
aseguro mi suceso.)  
¡Ah! ¿Caballero?

D. PEDRO. ¿Quién es?

FABRICIO. Un soldado siciliano.  
Treguas hay, no metáis mano.  
Veisme aquí puesto a esos pies.

D. PEDRO. ¿Sabes quién soy?

FABRICIO. Yo sospecho  
que el Príncipe de Aragón.

D. PEDRO. El mismo soy.

FABRICIO. De traición  
tened bien seguro el pecho,  
si por carta de creencia  
vale este papel.

D. PEDRO. ¿De quién?

FABRICIO. De Casandra.

D. PEDRO. ¡Dices bien!  
Quisiera darte a Valencia;  
pero esta cadena toma.  
(¡Válame Dios!, ¿qué será?  
¿Si Amor la entenece ya, (1)  
que los duros montes doma?)

(Lea:)

“Para cosa que a los dos importa, suplico a  
Vuestra Alteza venga a verme, disfrazado, con  
ese caballero, que en mi tienda estará seguro,  
y crea que, cuando hablemos, conocerá las obli-  
gaciones que me tiene, aunque no las cree.”

D. PEDRO. (¡Válgame el Cielo mil veces!  
¿Si es traición? Mas no será.)  
¿Adónde, soldado, está  
el claro sol que me ofreces,  
por que me sirvas de estrella?

FABRICIO. Seguidme, que no está lejos  
la tienda.

D. PEDRO. (¡Oh, cuántos consejos  
un loco amor atropella!  
¡Pero soy don Pedro yo,  
que llama Aragón cruel!)  
¡Guía, amigo!

FABRICIO. Soy fiel.

D. PEDRO. Que seas fiel o no,  
¡no me importa cosa alguna!  
¡Vamos a ver su belleza,  
que lleva la fortaleza  
del cabello a la fortuna!

(1) En el impreso de 1621 dice “si el amor”,  
que hace el verso largo.

(Salen CLENARDA y CASANDRA.)

CLENARDA. Pienso que tarda.

CASANDRA. Clenarda,  
quien ama y espera bien,  
aunque luego se le den,  
se queja de que se tarda.  
No ha tanto que de campaña  
salió el Príncipe.

CLENARDA. El deseo  
me aleja el bien que no veo  
y la esperanza me engaña.  
Ninguna pena Amor tiene  
con que se pueda igualar  
el temer y imaginar  
aquel si viene o no viene.  
No hay pájaro que me iguale,  
en esperar mi español,  
a ver al alba del sol,  
a aquel si sale o no sale;  
que mal puedo yo saber  
si por tu papel vendrá  
o en otro responderá,  
lo que se puede temer.

CASANDRA. Ten esperanza, que vale  
tanto en amor, que yo creo  
que al sustento del deseo  
no hay manjar que se le iguale;  
que si el dolor entretiene,  
a la posesión la igualo,  
porque es el mayor regalo  
de cuantos el amor tiene.

(Sale el PRÍNCIPE DON PEDRO y FABRICIO.)

FABRICIO. El Príncipe viene aquí.

D. PEDRO. Tan solo y tan desarmado  
como quien viene fiado,  
hermosa Casandra, en ti.

CASANDRA. Bien ha hecho Vuestra Alteza  
en fiar de mí su vida.

D. PEDRO. Fiar del mismo homicida  
es gran acto de nobleza.  
¿Quién te ha movido, ah mi bien?  
Si éste es milagro de Amor,  
pondré al templo del favor  
la tablá de tu desdén.

(Sale el REY ROGERIO, y gente.)

ROGERIO. ¿Qué es esto?

D. PEDRO. (¡Ah, Casandra in-  
esta traición tuya fué!) [grata,

ROGERIO. ¿Cómo [es] que en tu tienda esté

hombre que tu hermano mata?—  
¡Prendelde!

D. PEDRO. (¡No me da pena,  
que de esta prisión cruel  
me venga aqueste papel,  
que dice que no eres buena!)  
(*Arrójele en el suelo.*)

ROGERIO. Llevalde al mar, y poned  
en la nave capitana  
buena guarda.—Y tú, liviana,  
¿qué aguardas?

CLENARDA. Hazme (1) merced  
de oír mi satisfacción.

ROGERIO. ¡Vete de mis ojos luego!

CLENARDA. (¡Vendíome Fabricio!)

CASANDRA. (Hoy llego  
a la mayor confusión.)

(*Vanse, y sale DON LOPE.*)

DON LOPE.

¿Qué es esto, invicto Príncipe? ¿Qué ha sido  
el alboroto y causa del suceso?

¿Qué preso es éste?

ROGERIO.

El que a los Cielos pido:  
don Pedro de Aragón.

DON LOPE.

¿Don Pedro preso?

ROGERIO.

Después de muerto un hijo, me ha querido  
destruir el honor.

DON LOPE.

¡Extraño exceso  
fué venir a tu mismo alojamiento!

ROGERIO.

Este papel le ha dado atrevimiento.  
(*Dale el papel.*)

Lee, y dime lo que es.

DON LOPE.

Con más cordura  
te debes gobernar y a su persona  
tratar como a quien es. Parte y procura  
honrar en él de España la Corona.

ROGERIO.

Tomaré tu consejo. ¡Gran ventura

en el aviso tuve; mas, Cardona,  
lee el papel y vuelve a la mar luego!

DON LOPE.

¡Que mires que es mi Príncipe te ruego! (1)

(*Vanse todos. Quede solo DON LOPE.*)

El papel quiero leer;  
mas ¡ay, Dios!, ¿qué es lo que veo?  
¡Ojos, mirad, que no creo  
que es letra de mi mujer!  
Mas ¿de qué sirve engañaros?  
¡Letras de Casandra son,  
pero no será razón  
sin ver la razón culparos! (*Lee:*)  
“Para cosa que me importa,  
Vuestra Alteza venga a verme.”  
¿De qué sirve entretenerme?  
¿Qué fe, qué amor me reporta?  
Luego dice: (*Lea:*) “Disfrazado  
con aquese caballero.”  
Pues, ¡triste de mí!, ¿qué espero  
sin honra y desengañado?  
Mas ¿qué sirve hacer extremos  
hasta que su fin entienda? (*Lea:*)  
“Seguro estará en mi tienda,  
donde verá cuando hablemos  
que me tiene obligaciones,  
aunque no las cree.” ¡Ah, Cielo,  
aquí dió fin el consuelo  
de todas mis confusiones!  
¡Aquí cesó mi temor,  
que el mal suele un bien hacer,  
que es no dejar de temer,  
y es el temer el mayor!  
¡Válame Dios, que ha llegado  
lo que sólo me faltó!  
¡La fortuna el resto echó,  
pues el honor me ha ganado!  
¡Gracias al Cielo que ya  
no tiene daño que hacerme!  
Si en esto esperaba verme,  
contentísima estará.  
Más no pudieras hacer,  
Fortuna, en que te vengaras  
de mí si no te juntaras  
con Casandra, mi mujer.  
Quien quisiere al sufrimiento  
y al valor quitar el nombre,  
¡hágala mujer de un hombre  
para su mal instrumento!

(1) En el texto de 1621, “Hacedme”.

(1) Faltan en el manuscrito este verso.

¡ Ah, Casandra, si Centellas  
 fué en Valencia tu apellido,  
 no Centellas, fuego has sido  
 hoy, que me abrasas con ellas!  
 ¡ Oh, qué bien se echa de ver,  
 por más causas que la obliguen,  
 que viene a ser, si la siguen,  
 la mejor mujer, mujer!  
 La de más peso, más vana;  
 más libre la más (1) sujeta;  
 más loca la más discreta  
 y la más cuerda, de lana.  
 La más corta, con más alas;  
 la más rica, con más penas;  
 y perdónenme las buenas,  
 que hablo sólo de las malas.  
 La más humana, inhumana;  
 la más grave, más ligera;  
 la más piadosa, más fiera;  
 la más honesta, liviana;  
 la más fuerte, sin poder;  
 la más torpe, más resuelta;  
 la más cerrada, más suelta,  
 y la de más ser, sin ser.

### ACTO TERCERO

*DE Don Lope de Cardona.*

*(Salen FÉLIX y DOÑA CASANDRA.)*

FÉLIX. ¿ Por dónde, señora mía,  
 te ha venido tanto mal?

CASANDRA. Por mi desdicha, que es tal,  
 que solamente podía  
 descomponer tanta fe,  
 tanto amor y confianza,  
 el no tener esperanza  
 que me escuche; causa fué  
 de no dar satisfacción  
 a don Lope de esta afrenta,  
 porque él la pone a mi cuenta  
 contra mi buena opinión.  
 Quiérese partir la armada,  
 quédase don Lope en tierra  
 por no proseguir la guerra  
 contra su Rey comenzada,  
 y por no decir que va  
 donde llevan en prisión

(1) En los textos, "la más libre, más sujeta",  
 que es contrario sentido.

al Príncipe de Aragón,  
 de quien tan celoso está,  
 o porque acaso ha sabido  
 que el ejército dejé,  
 si darme la muerte fué  
 el intento que ha tenido.  
 Bien me dejara matar  
 si con mi honor ser pudiera;  
 pero ¡ no es razón que muera  
 si el honor me ha de costar!  
 Quedarme quiero en Valencia  
 antes que se desengañe,  
 porque el honor no le engañe  
 a hacerme alguna violencia.  
 Tú, Félix, si viene aquí,  
 le dirás que el Siciliano  
 me dió muerte por su mano  
 viendo que le deja así,  
 porque, como lleva preso  
 al hombre que le agravio,  
 en matarme se vengó  
 de que le dejé por eso.

FÉLIX. Yo haré lo que me has mandado  
 si a tu honor dices que importa.

CASANDRA. En tanto que se reporta,  
 es bien que viva engañado.  
 Yo voy a esconderme: ¡ el Cielo  
 guíe tu lengua!

*(Vase DOÑA CASANDRA.)*

FÉLIX. Él te guarde,  
 que, puesto que el tiempo tarde,  
 Él dará a tu mal consuelo.  
 ¡ Notable persecución  
 es la de este caballero!

*(Sale DON LOPE.)*

D. LOPE. Mientras más su fin espero,  
 más mis desventuras son.  
 El Rey está de partida  
 sin admitir mi consejo;  
 yo con disculpa le dejo  
 para no quitar la vida  
 a aquella ingrata mujer.

FÉLIX. Señor, ¿ dónde vais así?

D. LOPE. Félix, a saber de mí,  
 si hay quien lo pueda saber.

FÉLIX. No hay duda, triste estarás  
 si sabiendo la inocencia  
 de aquel ángel que en tu ausencia  
 mereció este nombre más,  
 lloras su temprana muerte.



D. LOPE. Félix, no te entiendo bien.  
¿Inocente dices? ¿Quién?  
FÉLIX. ¿Cómo quién? Tu esposa.  
D. LOPE. Advierte

que no doy tanta licencia  
a nadie en mi deshonor.  
FÉLIX. Casandra envió, señor,  
aquel papel a Valencia  
para concertar las bodas  
de Pedro y Clenarda, y son  
tan ciertas, que en su prisión  
se harán estas paces todas.  
Lo que hizo el Rey cruel  
de tirano, fué mandar  
a aquel ángel degollar  
porque le escribió el papel.  
Yo vi su blanca garganta,  
sobre el borde de un navío,  
segar el cuchillo impío  
del traidor con fuerza tanta,  
que, envuelta en sus hebras solas,  
en el fiero mar cayó,  
dejando por donde entró  
sangrientos círculos y olas.

D. LOPE. Félix, ¿háblasme en tu seso?  
Mira que en esas razones  
tales dos cosas propones  
que son de mi vida el peso.  
¿Casandra a Pedro llamó  
para casar a Clenarda  
y ya es muerta?

FÉLIX. Ya no aguarda  
vida que procuré yo.  
Ella tuvo aquel intento  
para su patria piadoso,  
y al fiero Rey riguroso  
le pesó del casamiento  
y en el ángel se vengó.

D. LOPE. ¿Que Casandra es muerta ya?

FÉLIX. Sí, señor.

D. LOPE. ¿Que muerta está?  
Pues ¿para qué vivo yo?  
Ángel del Cielo difunto,  
¿por qué yo os desamparé?  
Al que mensajero fué,  
¿qué albricias daré, os pregunto?  
Quítate, Félix, delante.

FÉLIX. ¿La espada, señor?

D. LOPE. Espera.

(Huya FÉLIX.)

Pero ¿no es mejor que muera

la causa, pues lo es bastante?  
Sí, bueno será morir.  
Muerta es Casandra; ¿qué espero?  
Pero miraré primero  
si el Rey se quiere partir;  
que si hay una barca sola  
en que le pueda alcanzar,  
hoy verá el Cielo en la mar  
una venganza española.  
Las velas izando van;  
ya los altos pajariles  
a los embates sutiles  
abrazos de lienzo dan;  
ya los amantillos largan,  
ya suena el "bota a babor",  
ya con la vela mayor  
por el ancho mar se alargan.  
¿Quién fuera un cisne, un delfín!  
Pero cisne y delfín soy:  
cisne, pues cantando estoy;  
delfín, pues es en mi fin.  
¡Oh, si este Grao me pusiera  
en una pieza por bala  
porque, entre el furor que exhala  
en la nave del Rey diera!  
Aquí quiero desnudarme;  
nadar quiero hasta morir.

(Salen dos pescadores, RISELO y BELARDO.)

RISELO. Ya bien podemos salir.  
La red, Belardo, se arme.

BELARDO. Los cuerdos mejor atinan,  
Riselo, con esperar.

RISELO. ¿No ves que por alta mar  
los sicilianos caminan?  
¿Hemos aquí de morir  
de hambre? En la barca entremos;  
pesquemos algo.

BELARDO. Aguardemos.

(Tres pescadores, FAUSTO, LAURO y TEBANO.)

FAUSTO. Pienso que podéis salir.

LAURO. Yo, Fausto, mejor me hallaba  
matando esta gente fiera  
que olvidada en la ribera  
por embarcarse quedaba.  
¿Qué mejor pesca que dar  
lindo remazo al pobrete  
que como nutria (1) se mete  
con su pellejo en la mar?

(1) En los textos. "nutra".

Nunca andaluz pescador,  
al sáballo o al atún,  
en regocijo común,  
dió con tan diestro furor  
con el palo en el cogote,  
entre la tierra y la mar,  
que yo al que vía quedar.  
¿Qué gente?

BELARDO. No os alborote,  
que todos somos amigos  
de estas cabañas del Grao.  
FAUSTO. ¿Qué os parece del sarao  
de estos nuestros enemigos?  
LAURO. En la gente que han dejado  
notable estrago se ha hecho.  
BELARDO. Poco ha sido de provecho  
si al Príncipe se han llevado.  
FAUSTO. Un hombre medio desnudo  
sobre aquel peñasco está.  
BELARDO. A la mar se acerca ya.  
RISELO. Si es de ellos, muera.  
TEBANO. Eso dudo.

DON LOPE.

Mar sosegado y manso  
para cosas mal hechas,  
como para robar la griega hermosa,  
que vives en descanso  
en tanto que sospechas  
que das favor a una traición forzosa.  
¿Adónde está mi esposa?

¿Dónde (1) cayó cortada  
la cabeza que el Cielo,  
contra rayos del suelo,  
vió de laurel constante coronada?  
Mas ya tu voz pregona:  
¡Muerta Casandra, morirá Cardona!  
¡Maldiga el alto Cielo  
al primer atrevido  
que sujetó tus ondas, mar profundo;  
el que pisó tu suelo  
en su ataúd metido  
y, sepultado en agua, pasó el mundo,  
y a mí, si fuí el segundo!

BELARDO.

¿Daréle?

FAUSTO.

Un poco espera.

DON LOPE.

¡Maldiga el arrogante

que en tu vidrio inconstante  
osó fundar palacios de madera!

FAUSTO.

Un rato le perdona.

DON LOPE.

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!  
¡Maldiga Dios el hombre  
que tantas cuerdas locas  
a la primera nave del mar puso,  
pues dando a todo el nombre,  
por estrellas tan pocas,  
el camino marítimo compuso,  
y en el reloj confuso  
de su varia armonía  
tantas tan varias ruedas!

LAURO.

¡Que detenerme puedas!

DON LOPE.

Mas dime dónde está la prenda mía;  
Cielos, mi honor me abona.

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!

La sangre, mar, sin duda,  
se habrá vuelto corales  
y las lágrimas perlas. Entrar quiero,  
si con olas no muda (1)  
el agua las señales,  
que enriquecer de aquel tesoro espero.  
¡Casandra, amor primero  
de don Lope, tu esposo,  
recibe el cuerpo mío!

RISELO.

¡Tenle, que es desvarío!

LAURO.

¿Adónde vas, soldado temeroso?—  
Al punto le aprisiona.

DON LOPE.

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!

FAUSTO.

Cercalde todos presto.

DON LOPE.

¿Quién sois?, decidme, amigos.

LAURO.

Pescadores de peces, ya trocados

(1) En el impreso de 1621, "Adónde", que alarga el verso.

(1) En el texto de 1621, "si con las olas", que hace largo el verso.

en este mismo puesto  
en pescar enemigos.  
Date a prisión.

DON LOPE.

Seáis muy bien llegados.

Yo soy de los soldados  
del Siciliano fiero;  
pero advertid que es justo  
que yo escoja a mi gusto  
el género de muerte, pues ya muero.

FAUSTO.

Atalde y luego diga  
qué muerte quiere.

DON LOPE.

Oíd, oíd.

LAURO.

Prosiga.

DON LOPE.

En el mar arrojado.

RISELO.

Bien dice; ni barco vaya,  
y desde alguna peña le echaremos.

DON LOPE.

¡Oh, si pudiese a nado  
llegar desde esta playa  
a la cabeza de Casandra!

LAURO.

Entremos

en el barco, y los remos  
nos dirán a la parte  
donde mejor acierte  
a topar con la muerte.

DON LOPE.

Por el agua, mi bien, voy a buscarte.

FAUSTO.

Su talle me apasiona.

[DON LOPE.]

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!

(Sale el REY DON ALONSO y el CAPITÁN LEONARDO.)

LEONARDO. Alzó las velas y fuése.

D. ALONSO. ¿Que al Príncipe se llevó?

LEONARDO. Su ventura le ayudó

a que venganza tuviese.

Y si el Rey vino a vengar  
un hijo con justo amor,

en hallando al matador  
dime, ¿a qué debe esperar?

D. ALONSO. ¡Ah, Pedro! ¡A qué graves daños  
esta determinación  
de tu ardiente corazón  
va disponiendo mis años!  
Yo pagaré tu locura,  
precipitado mancebo.

LEONARDO. Siempre de su edad fué cebo,  
invicto Rey, la hermosura.  
¿No dicen que fué culpada  
Casandra, que le llamó,  
porque sólo pretendió  
la paz de su patria amada?  
Verle el Rey y darle aviso  
el traidor que le llamó  
fué causa, pues le prendió.

D. ALONSO. Acabar con todo quiso.

Pero pues no puede ser  
mayor causa y ocasión  
para, dejando a Aragón,  
la guerra en persona hacer,  
naves y galeras luego  
se junten en Barcelona,  
porque yo quiero en persona  
poner a Sicilia fuego.  
Pediré favor igual  
a las desdichas presentes,  
a los Reyes, mis parientes,  
de Castilla y Portugal.  
Que con naves y galeras  
de los dos y las que son  
de Cerdeña y de Aragón,  
las sicilianas riberas  
verán tan presto en su playa  
mis banderas, que, aun apenas  
toque sus blancas arenas,  
cuando yo a las mismas vaya.

(Sale un PAJE.)

¿Qué ruido es ése?

PAJE.

Aquí

los pescadores, atado,  
traen un pobre soldado.

D. ALONSO. ¿De Sicilia?

PAJE.

Señor, sí.

Que por la costa del mar  
matan cuantos se quedaron,  
y éste de matar dejaron  
porque le oyeron hablar  
de cosas más importantes  
que su muerte puede ser.



(A DON LOPE, atado y medio desnudo, traigan los PESCADORES.)

D. LOPE. ¿Qué, aún no acaban de tener fin desdichas semejantes?

LAURO. Habla tú.

FAUSTO. Yo no sabré.

BELARDO. Hable Ríselo.

RÍSELO. Quisiera, si el Rey temor no me diera.

BELARDO. Hable Tebano.

TEBANO. No sé.

LAURO. Habla, Belardo, pues fuiste en Castilla palaciego.

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

BELARDO. (Temblando llevo.)

LAURO. Persínate.

BELARDO. Bien dijiste.)  
Supremo Rey de Aragón,  
andando orilla del mar  
buscando algunos soldados  
que se quedaron atrás,  
éste hallamos, que nos pide  
que, habiéndole de matar,  
él mismo escoja su muerte.  
La licencia fué piedad,  
pues dice que le arrojemos  
en el mar; pero al entrar  
en la barca con que al golfo  
todos caminando van,  
vuelta la cara a Valencia  
tales cosas pudo hablar,  
que en vez de darle la muerte  
vida tus ojos le dan.

D. ALONSO. ¿Eres de Sicilia?

D. LOPE. No;  
más cerca mi patria está.

D. ALONSO. Pues ¿de dónde eres?

D. LOPE. De España.

D. ALONSO. ¿De España? ¿De qué lugar?

D. LOPE. Si a los reyes, gran señor,  
se ha de decir la verdad,  
de Valencia soy; Valencia  
es mi patria natural.

D. ALONSO. Tres estados hay en ella;  
porque caballeros hay,  
ciudadanos y plebeyos.  
¿En qué jerarquía estás?

D. LOPE. Un tiempo que envidias fieras  
Luzbel me hicieron llamar,  
al lado del Rey me vi,  
mas sin soberbia jamás.  
Caí sin culpa a un infierno

de agua, porque el fuego ya  
quedó en el hijo del Rey,  
que Amor tal nombre le dan.  
Llevóme esta agua a Sicilia,  
de donde vuelvo a pasar  
este mar, y el de mis ojos,  
con nombre de general.  
No lo fuí contra mi patria,  
como envidiosos dirán,  
que antes por hacerla bien  
me ha venido tanto mal.

D. ALONSO. La mudanza del vestido,  
y el rostro a un villano igual,  
no me dejan conocerte  
por las señas que me das.  
¿Eres don Lope?

D. LOPE. Yo soy.

D. ALONSO. ¿Don Lope?

D. LOPE. Pues ¿quién podrá  
sin ser yo parecer yo  
ni muriendo vivir más?

D. ALONSO. Villano, infame enemigo,  
noble a tu Rey desleal,  
traidor a tu patria misma,  
¿dónde de esta suerte vas?  
¿Es este el pago que el Rey  
por quien me dejaste da?  
¿Es este el laurel del triunfo?

D. LOPE. Yo tengo a buena señal  
de que me has de dar perdón  
ver que infamándome estás,  
porque al fin quien dice injurias  
cerca está de perdonar.  
Tú me desterraste, Rey,  
sin culpa; el agua del mar  
me echó a Sicilia; Rogerio,  
contra mi amor y lealtad,  
me dió su bastón, y mira  
si vine a hacerte pesar,  
pues ya que al Príncipe lleva  
no vuelvo a ser Capitán.  
Que el hallarme de esta suerte,  
ya de sentido incapaz,  
fué porque el traidor me ha muerto  
a Casandra, a la mitad  
del alma.

D. ALONSO. ¿Qué dices?

D. LOPE. Digo  
que viéndome pertinaz  
en no conquistar tus muros  
la ha mandado degollar.

D. ALONSO. Deja, Cardona famoso,

el llanto; no eres Sifaz  
ni Casandra Sofonisba;  
si quieres hoy te darán  
justa venganza los Cielos.  
De Castilla y Portugal  
espero presto socorro;  
con él voy a castigar  
al traidor Rey de Sicilia.  
Toma mi bastón real;  
cobra mi hijo y tu padre,  
y aquel ángel celestial  
venga como noble esposo.

D. LOPE. Dame a mi padre y verás  
de la manera que vuelvo.

D. ALONSO. Amigos, a prenda tal  
como don Lope, no sé  
qué albricias os pueda dar.  
Repartid esa cadena.

RISELO. Una corona imperial  
adorne tus barras presto.

D. ALONSO. Ea, Lope, tiemble el mar;  
sienta el peso de tus fuerzas.

D. LOPE. De mis agravios dirás.  
¡Aguarda, villano fiero,  
indio bárbaro, animal  
sangriento, caribe, scita,  
monstruo del mundo...!

D. ALONSO. No más;  
no digas injurias Lope,  
a quien vas a castigar,  
porque al fin quien dice injurias  
cerca está de perdonar.

(Váyanse, y entre CLENARDA con ROSINDA.)

CLENARDA. ¿Que no es posible, Rosinda,  
que se alegre en la prisión?

ROSINDA. No hay promesa, no hay razón  
que le satisfaga y rinda.  
Cubierta tiene la cara  
de una tristeza mortal.

CLENARDA. Poco el ánimo real  
en esas muestras declara.

ROSINDA. Si le dicen cada día  
que el Rey le manda matar,  
¿cómo se puede alegrar?

CLENARDA. Con esta palabra mía:  
de que el Rey mira más bien  
un caso tan importante.

ROSINDA. No hay sombra que no le espante  
de cuantos (1) nobles le ven;

que como le amenazaba  
de que en llegando a su tierra,  
aunque sabía la guerra  
en que a Sicilia dejaba,  
le había en un cadalso  
de cortar el cuello, espera  
por puntos la muerte fiera.

CLENARDA. No lo creas, (1) todo es falso.  
Yo sé que me tiene amor;  
yo sé que está reportado.

ROSINDA. ¿Y ha de saber que has entrado  
a verle?

CLENARDA. Tengo temor  
que Fabricio se lo diga,  
puesto que avisado está.

ROSINDA. El Príncipe sale ya.

(Entra el PRÍNCIPE, preso, y un músico. FERNANDO.)

MÚSICO. ¿Quieres, señor, que prosiga?

D. PEDRO. Harásme, amigo, placer.  
Pero vuelve a comenzar,  
que de cosas de pesar  
recibo mayor placer.

(Canta.) "Cuando a doña Inés de Castro  
mira el portugués don Pedro,  
de mil fieras puñaladas  
sangriento el nevado pecho,  
y sus dos queridos hijos,  
como dos ángeles muertos,  
uno en el derecho brazo  
y otro en el brazo siniestro,  
quiere llorar y no puede,  
porque los ojos, suspensos,  
están deteniendo el agua  
por no llover a su cielo."

D. PEDRO. ¡Oh, cuánto, Fernando amigo,  
de esas tristezas me alegre,  
ya porque Pedro es mi primo,  
ya porque me llamo Pedro.  
Matáronle dos traidores  
a su bella Inés.

FERNANDO. Bien presto  
dicen que tomó venganza.

D. PEDRO. En viendo a su padre muerto.  
[Mús.] (Canta.) "Mas ya que pudo llorar,  
llora el portugués diciendo:  
"Oye, Inés del alma mía..."

D. PEDRO. No prosigas, que me muero.

FERNANDO. Tú tienes culpa, señor;

(1) En los textos impresos, "cuantas".

(1) En los textos impresos, "crea".

que a los tristes no es consuelo  
cantar ni contar tristezas.

D. PEDRO. Yo en las tristezas me alegro.  
Pero dime una canción  
alegre, si oírla puedo,  
porque oyendo alegres cosas  
quiero ver si me entristezco.

[Mús.] (*Cante.*) "En Sevilla juega cañas  
el valiente rey don Pedro,  
por dar gusto a la Padilla,  
que fué espada de su cuello.  
En la cuadrilla del Rey  
va Juan de Guzmán *el Bueno*..."

D. PEDRO. ¿Con otro Pedro mi primo  
fuiste a dar?

FERNANDO. Todos son Pedros  
los reyes que tiene España  
en esta sazón.

D. PEDRO. No creo  
que de mí, aunque Pedro soy,  
hay versos.

FERNANDO. Yo sé unos versos.

D. PEDRO. Cántalos ¡por vida tuya!

FERNANDO. Son de amor.

D. PEDRO. ¿Pierden por eso?

FERNANDO. No pierden, porque al amor  
cuanto vive está sujeto.

[Mús.] (*Cante.*) "Disfrazado está en Sicilia  
el aragonés don Pedro;  
en las fiestas de su Rey,  
a todos lleva los precios.  
Vióle la hermosa Clenarda..."

D. PEDRO. Que no prosigas te ruego.  
¿Es esa dama la Infanta?

FERNANDO. La misma.

D. PEDRO. ¡Extraño suceso!  
¿Versos se hacen en Castilla  
de su amor?

FERNANDO. Es tanto extremo  
el que ha mostrado de amarte,  
que hay otros muchos sin éstos.

D. PEDRO. ¡Vive Dios, que estoy, Fernando,  
agradecido y contento  
de ver que me quiera tanto  
habiendo a su hermano muerto!  
Y que si pudiera hablarla  
que le ofreciera mi pecho  
enamorado y rendido.

ROSINDA. ¿No le escuchas?

CLENARDA. ¡Pierdo el seso!

ROSINDA. Llégale a hablar.

CLENARDA. ¿De qué modo?

ROSINDA. Con esta ocasión, diciendo  
que has oído sus palabras.

CLENARDA. Amor me ayude. Yo llego.)  
Puesto que atreverme ha sido  
fuerza de tanta afición  
a veros en la prisión,  
Príncipe, donde he venido,  
no tuviera atrevimiento  
a hablaros si no escuchara  
que mi amor, por cosa rara,  
os pone agradecimiento.  
Pues si agradecido estáis,  
creed que en esta prisión  
ha de estar mi corazón  
hasta que libre os veáis.  
Cruel es el padre mío;  
no tengo la culpa yo.

D. PEDRO. De esta prisión, que causó  
mi bien, mil gracias le envió,  
porque ser preso por vos  
es la mayor libertad.

CLENARDA. Casandra os trató verdad;  
que concertamos las dos  
que os llamase para hablaros.  
La prisión fué porque quiso  
el traidor que os dió el aviso  
más vendederos que obligaros.  
Pero creed que esta vida  
y esta sangre ha de costar  
libraros.

D. PEDRO. Para mostrar  
alma tan agradecida  
como merece ese amor,  
verme en libertad deseo,  
que, como preso me veo,  
diréis que os habla el temor.

ROSINDA. Retiraos ¡triste de mí!,  
que vienen guardas y gente.

CLENARDA. Aquí me escondo.

D. PEDRO. (i) Y yo, ausente,  
¿qué haré entre tanto sin ti?

(*Salen dos ALABARDEROS y un capitán, FELISARDO,  
y un SECRETARIO.*)

FELISARDO. Notificad a su alteza  
ese papel, Capitán.

ROSINDA. (Buenos tus conciertos van  
si hoy le cortan la cabeza.)

D. PEDRO. ¿A mí notificación?  
¿De qué?

(i) En el impreso de 1621 dice "FERNANDO".



SECRET. El papel lo dirá.

D. PEDRO. Decid que presto verá  
quién es el Rey de Aragón.

(*Lea:*)

“Visto por nuestro Consejo el proceso que se ha causado contra don Pedro de Aragón, reo culpado en la muerte del príncipe Tancredo, nuestro serenísimo hijo, fallamos que le debemos condenar y le condenamos a que en cadalso público, delante de las puertas de nuestro Palacio, le sea cortada la cabeza.—*El Rey.*”

SECRET. Esta es la suma.

D. PEDRO. Y en suma,  
¿tengo de morir?

FELISARDO. Señor,  
aquí se muestra el valor.

D. PEDRO. Matóme (1) el Rey con la pluma;  
yo con la espada en la mano  
a su hijo, defendiendo  
mi vida.

CLENARDA. (¿Qué estoy oyendo?  
¿Nunca naciera mi hermano!)

FELISARDO. Entrad, señor. ¿No es razón  
que un momento os recojáis?

D. PEDRO. Cristiano soy, bien habláis.—  
‘Tu sol se pone, Aragón.

(*Llévanle.*)

CLENARDA. Por salir, Rosinda, estuve  
y hacer locuras.

ROSINDA. Advierte,  
Clenarda, a tu honor.

CLENARDA. ¿Su muerte  
pude escuchar y detuve  
el sentimiento? Aquí aguarda,  
verás qué remedio doy.

ROSINDA. ¡Detente!

CLENARDA. ¡A matarme voy!  
¡Hoy mueran Pedro y Clenarda!

ROSINDA. Espera, que vuelve...

CLENARDA. ¿Quién?

ROSINDA. El Capitán.

(*Vuelve el CAPITÁN y FABRICIO.*)

FELISARDO. ¿Qué me cuentas?

FABRICIO. Advierte bien lo que intentas  
y mírelo el Rey también,  
porque sin duda en Mecina  
no se trata de otra cosa.

FELISARDO. ¿Que armada tan poderosa  
contra Sicilia camina?

FABRICIO. El mismo Rey de Aragón  
dicen que viene en persona,  
y don Lope de Cardona  
trae su real bastón.  
De Castilla y Portugal  
viene lo más noble. Advierte  
al Rey que esta injusta muerte  
le está a Sicilia muy mal.

FELISARDO. A darle ese aviso voy.

FABRICIO. Ya lo debe de saber.

CLENARDA. Si puede caber placer  
en la tristeza en que estoy,  
esta nueva me le diera.  
Vente conmigo y verás  
que una afición puede más  
que todo el honor.

ROSINDA. Espera.

CLENARDA. No hay que esperar.

ROSINDA. No es razón,  
que sigas intentos vanos.

CLENARDA. Hoy me verás en las manos  
del mismo Rey de Aragón.

(*Vanse, y entren DOÑA CASANDRA en hábito de  
hombre con bastón, calza y espada, y FÉLIX.*)

FÉLIX.

Bien hasta agora te salió tu intento.

CASANDRA.

Hice en mi tierra gente, como digo,  
y, tomando a los nobles juramento,  
vistome de hombre y mis soldados sigo.  
el plebeyo escuadrón de ver contento;  
que viva estoy y que a cobrar me obligo  
mi honor perdido. Jura al mismo efeto  
tener mi nombre en tierra y mar secreto.  
Llego a la armada que Aragón hacía  
con tanta brevedad en Barcelona;  
digo que el Rey de Portugal me envía,  
y estima Alfonso en mucho mi persona.  
Mirábame turbado todo el día,  
sospechoso, don Lope de Cardona;  
mas dió, como por muerta me ha creído,  
más que a los ojos crédito al oído.

Embarcada mi gente, doy al viento  
velas contra Sicilia, y con su armada  
hoy a Mecina llego en salvamento,  
donde también le servirá mi espada.

FÉLIX.

Mereces, por tu heroico pensamiento,  
ser entre las famosas celebrada.

(1) En el impreso de 1621, “Mátanre”.

CASANDRA.

El Rey y el de Cardona toman tierra.

FÉLIX.

Espero un fin dichoso de esta guerra.

(*Salen el REY DON ALONSO y DON LOPE, de general, y DON BERNARDO, su padre de DON LOPE, y SOLDADOS.*)

DON ALONSO.

Paréceme, don Lope, buen acuerdo.  
Vaya tu padre y diga al Rey tirano  
con el intento y el poder que vengo.

DON LOPE.

Paréceme discreta la embajada.

DON BERNARDO.

Yo iré, señor, y con prudencia alguna  
le ofreceré los medios que propones  
para que, sin las guerras que se esperan,  
restituya a Aragón su preso Príncipe.

DON ALONSO.

Pues parte, don Bernardo, y de mi parte  
le promete la guerra a sangre y fuego  
si no aceta el partido; y por que vayas  
con título conforme, aunque ninguno  
es mayor que ser padre de don Lope,  
el Almirante de Aragón te llama.

DON BERNARDO.

Los pies te beso por merced tan grande.

(Vase DON BERNARDO.)

DON LOPE.

Y yo, señor, mil veces; que esta honra,  
siendo en mi padre, es más que propia mía.

DON ALONSO.

Mi Justicia Mayor, alzaos del suelo,  
que vuestro padre lo merece todo.

DON LOPE.

Otras mil veces [yo] los pies te beso.

DON ALONSO.

En tanto que despacho a Zaragoza  
a la Reina el aviso, haced que en orden  
se ponga nuestra gente y haga alarde.

DON LOPE.

¡Dete vitoria el Cielo!

DON ALONSO.

¡Dios te guarde!

(Vase el REY.)

CASANDRA. De las mercedes, señor,  
que el Rey de Aragón os hace,  
puesto que no satisface  
lo menos de ese valor,  
por la parte que me alcanza  
mil parabienes os doy,  
que de mayores estoy  
con deseo y esperanza.

D. LOPE. Generoso portugués  
y valeroso Alencastro,  
que en bronce, que (1) en alabastro  
os verá el mundo después  
de larga vida y vitorias,  
a quien yo, como a sobrino  
del Duque de Averó, inclino  
mi bastón por tantas glorias,  
las mercedes que me ha hecho  
el Rey, mi señor ¡por Dios!,  
que eran más dignas de vos  
y de vuestro heroico pecho,  
que tan mozo prometéis  
tanto valor, que la fama  
un nuevo Alejandro os llama.  
(Ojos, ¿qué es esto que veis?  
¿Es posible que haya hecho  
de Casandra la belleza  
otra vez Naturaleza?)

CASANDRA. (Que me conoce sospecho.)

D. LOPE. (¿Es posible que en formando  
a Casandra celestial,  
se partiese a Portugal,  
la misma estampa imitando?  
Mas si del Duque de Averó  
el hermano hubiera estado  
en Valencia, este traslado  
fuera original primero,  
duda pusiera ¡por Dios!,  
Casandra, en el casto pecho  
de tu madre, pues se han hecho  
en una estampa los dos.)

CASANDRA. (No sé cómo le divierta  
del pensamiento en que está.)

D. LOPE. (A no ser difunta ya,  
que es ella es cosa muy cierta.)  
¡Ay, Dionís, no os espantéis  
de este sentimiento mío,  
que, en sabiéndole, confío  
que igual disculpa me deis!  
Sois de un ángel que adoré  
tan parecido retrato,

(1) En el manuscrito, "y", en lugar de "que".

y fuíle yo tan ingrato  
poniendo duda en su fe,  
que no puedo, cuando os miro,  
dejar de pagar con llanto  
haberla ofendido tanto.

CASANDRA. De vuestro valor me admiro.  
¿Es, por dicha, vuestra esposa  
la que mató el rey Rogerio?

D. LOPE. Si de amor fuera el Imperio  
república generosa,  
libre de la sujeción  
en que le han puesto los celos,  
no hubieran hecho los Cielos  
bien de mayor perfección.  
Desamparéla, y, por mí,  
un tirano la mató.

CASANDRA. Y qué, ¿la parezco yo?

D. LOPE. Tanto, que he pensado aquí  
que el Cielo su rostro os pone,  
para que tenga presente  
mi delito.

CASANDRA. Su inocente  
sangre, don Lope, os perdone,  
que ya os habrá perdonado,  
porque no hay venganza allá.

D. LOPE. No poca la toma acá  
con vuestro hermoso traslado.  
Hacedme placer que os vais,  
que despertáis mi dolor.

CASANDRA. Si os sirvo en eso, señor,  
adiós.

D. LOPE. ¡Gran pena me dais!  
Pero, volved, deteneos,  
que más siento estar sin vos,  
y perdonadme, por Dios;  
¡todos son locos deseos!  
¿Es posible, prenda mía?

CASANDRA. ¿Qué decís?

D. LOPE. No digo nada:  
fuese el alma transformada  
al bien que tener solía.

CASANDRA. No es buena transformación  
que vuestra esposa me hagáis:  
advertid que me enojáis.

D. LOPE. Si los portugueses son  
por quien Amor ha tenido  
la perfección que sabemos,  
¿cómo hacéis de oírme extremos,  
habiéndolo vos nacido?

CASANDRA. Insufrible estáis, Cardona.  
Yo os dejo.

D. LOPE. (¡Amor vengativo,

muerto el bien, dejaste vivo  
su retrato!) Oye.

CASANDRA. Perdona.

D. LOPE. Ya vuelvo en mí.

CASANDRA. Y es razón.

D. LOPE. ¡Ordena, Dionis, tu gente,  
y iréme yo donde intente  
formar un nuevo escuadrón:  
lágrimas en la vanguardia.  
banderas de luto en medio  
y mi muerte, sin remedio,  
llevará la retaguarda;  
que cuando me venza allí,  
rendido, a sus pies diré:  
"Casandra, yo te maté,  
toma venganza de mí."

(Fase DON LOPE.)

CASANDRA.

La más altiva y próspera vitoria,  
del enemigo la mayor venganza,  
descanso en tierra, y no en la mar bonanza,  
el fin más dulce en la más triste historia.

El triunfo, el arco, la opinión, la gloria  
que espada, o pluma, o buena dicha alcanza,  
la posesión del bien tras la esperanza,  
la mayor fama y la mayor memoria,  
la hermosa paz después de los enojos,  
el oro, el muro, el reino conquistado,  
las banderas, las armas, los despojos,  
no igualan al placer de Amor vengado,  
que ve llorar unos ingratos ojos  
arrepentidos del desdén pasado.

(Sale GLENARDA en hábito de soldado, muy galán.)

CLENARDA. Si una determinación  
en una mujer se iguala  
al rayo, cometa y bala,  
y más teniendo afición,  
hoy se contará de mí  
la mayor que ha visto Amor,  
pues no puede ser mayor  
que venir Clenarda así.  
No pudiera de otra suerte  
salir del muro y venir  
adonde muestre en morir  
que el amor vence a la muerte.  
¡Oh, Pedro, cuánto me cuestas!

CASANDRA. ¿Quién va?

CLENARDA. Un soldado.

CASANDRA. ¿Qué nombre?

CLENARDA. (Ha tan poco que soy hombre,



que aún no sé bien sus respuestas.)

CASANDRA. ¿Respondéis o no?

CLENARDA. ¡Española  
furia!

CASANDRA. ¿No hay más flema en eso?

CLENARDA. Escuchad.

CASANDRA. Pues hablad presto  
o dispaño la pistola.

CLENARDA. Nombre, amigo, no lo sé,  
que ha poco que soy soldado.

CASANDRA. Tú, ¿no vienes embarcado?  
¿Quién eres?

CLENARDA. Yo lo diré;  
pero impórtame primero  
el saber con quién estoy.

CASANDRA. Dionís de Alencastro soy,  
sangre del Duque de Avero.

CLENARDA. ¿Portugués?

CASANDRA. Pues ¿no lo ves?

CLENARDA. Por ser hombre de valor  
y porque casos de amor  
oírán bien un portugués,  
sabed que yo soy Clenarda,  
hija de vuestro enemigo.

CASANDRA. ¿Y sola?

CLENARDA. Viene conmigo  
todo el amor que me guarda  
a don Pedro de Aragón:  
le tengo, amigo, de suerte  
que, con temor de su muerte,  
vengo en aquesta ocasión  
a darme al Rey, porque en mí  
pueda vengar, si le mata,  
su muerte.

CASANDRA. Quien eso trata,  
grande valor tiene en sí.  
Los brazos te quiero dar.

CLENARDA. A ti, como a caballero,  
me entrego.

CASANDRA. Servirte quiero.

CLENARDA. Tu sangre te ha de obligar  
y el parecerse a una (1) amiga  
que en mis desdichas lo fué.

CASANDRA. ¿Quién?

CLENARDA. ¡Era mujer!

CASANDRA. No sé,  
Clenarda, cómo te diga  
el valor de aquesta hazaña;  
mas cree que eternamente  
por toda Italia se cuente

y que la celebre España.

CLENARDA. Por buen agüero he tenido,  
Alencastro, haberte hallado,  
así porque eres traslado  
de quien de mi amor lo ha sido,  
como porque sé que harás  
como noble y portugués.

CASANDRA. Esa tu amiga, ¿quién es?

CLENARDA. Cierta Casandra.

CASANDRA. No más,  
que ya tengo nuevas de ella.

CLENARDA. ¿Conocéisla?

CASANDRA. Como a mí.

CLENARDA. Dadme la palabra aquí,  
por quien soy, por mí y por ella,  
que no habéis de descubrirme  
hasta que llegue ocasión.

CASANDRA. Harélo, porque es razón,  
y porque importa encubrirme, (1)  
que también veréis después  
lo que agora no pensáis.

CLENARDA. Al fin, ¿palabra me dais?

CASANDRA. Doila, a fe de portugués.

(Salen los SOLDADOS, DON LOPE, el REY DON ALON-  
so y DON BERNARDO.)

DON ALONSO.

¡Resolución extraña!

DON BERNARDO.

Esto responde,  
y que si quieres acercarte al muro,  
verás cómo degüella luego al Príncipe  
entre las dos almenas de la puerta.

DON ALONSO.

¿Esto sufrís, soldados?

DON LOPE.

Yo sospecho  
que son estratagemas y amenazas.

DON BERNARDO.

Yo no sé que lo sean, mas he visto  
que con una cadena le han sacado  
y que la guarda lo llevaba al muro.

CASANDRA.

(¿No escuchas lo que tratan?

CLENARDA.

¡Tiemblo toda!)

(1) Así en el manuscrito. En los impresos, "un".

(1) Este verso falta en los impresos.

DON ALONSO.

¡Al arma, pues, valientes españoles!  
¡Aragoneses, vuestro Rey os matan!  
¡Acometed al muro si os provoca  
la sangre de don Pedro!

• DON LOPE.

¡Al arma toca!

(Caja. En acometiendo salgan al muro el REY RO-  
GERIO y el CAPITÁN de su guarda, y el PRÍNCIPE  
DON PEDRO.)

ROGERIO. Atrevidos españoles,  
que, con las soberbias hojas,  
pensáis alcanzar del muro  
las del laurel que corona:  
¡éste es don Pedro, miralde!  
Mas mirad que si se arroja  
vuestro pecho a lo que emprende  
y otra vez al arma toca,  
¡le cortaré la cabeza!

D. ALONSO. (Habla, Lope.

D. LOPE. Mucho importa  
que se reporte la gente.

D. ALONSO. ¿No la ves suspensa toda?)

D. LOPE. Rey, la muerte de tu hijo  
fué de persona a persona:  
divinas y humanas leyes  
defienden la vida y honra.  
Ya es hecho; pues eres cuerdo,  
trata de paces agora,  
pues tienes hija heredera.  
que, con esta hacienda sola,  
te perdono haberme muerto  
sin razón mi amada esposa.

ROGERIO. Ya, Cardona, te conozco.

D. LOPE. Pues si me conoces, sobra  
para saber que es razón  
y que es la tuya tan poca.

ROGERIO. Un medio hay sólo.

D. LOPE. Pues dile.

ROGERIO. Que las banderas recojas  
y te vuelvas a la mar.

D. ALONSO. Rey, ¡no me verán sus ondas  
sin don Pedro, mi heredero!

ROGERIO. Pues, don Alonso, perdona,  
que hoy le corto la cabeza.

D. PEDRO. Padre y señor: si el volverte  
tu heroico nombre desdora,  
mejor será que yo muera.—  
¿Qué tardas? ¡Mi cuello corta!—  
¡Ea, españoles famosos;

ea, aragonés Cardona,  
vengad mi muerte!

CASANDRA. Detente,

Rogerio, que antes que rompas  
la luz del sol de Aragón,  
la hija que tanto adoras  
morirá por esta mano.

ROGERIO. ¿Mi hija?

CASANDRA. ¿De qué te asombras?  
Habla, Cienarda.

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

D. LOPE. ¡A maravilla provocas  
con lo que dices, Dionís!

CLENARDA. Padre, si los yerros dora  
Amor, que por él se hacen,  
el perdonarlos te toca.  
• Por el que tuve a don Pedro  
hice esta hazaña amorosa:  
si le cortas la cabeza,  
venganza en tu sangre tomas.

ROGERIO. No es posible que pudieras  
ser para tu honor tan loca,  
Clenarda, a no te forzar  
mis estrellas rigurosas.  
La disposición del Cielo,  
que ordena las cosas todas,  
quiere que su esposa seas;  
aguarda y serás su esposa.

(Bájense del muro.)

D. ALONSO. ¡Dadme, señora, esos brazos!

D. LOPE. ¡Dadme esos brazos, señora!

D. ALONSO. Y vos, Dionís de Alencastro,  
por esta hazaña famosa  
con que habéis dado a Aragón  
su heredero, él mismo os nombra  
Duque de Segorbe.

CASANDRA. El Cielo  
os vuelva con paz dichosa,  
generoso Alfonso, a España.

D. LOPE. El nuevo título goza,  
Dionís, por muy largos años.

CASANDRA. El Ducado y mi persona,  
Lope, son para servirlos,  
que no pretendo otra cosa.

(Salen ROGERIO y el PRÍNCIPE.)

ROGERIO. Rey de Aragón, pues que tienes  
en tu poder quien provoca  
mi sangre, dame mi hija:  
tu hijo, don Pedro, toma:  
troquemos los enemigos  
y a tu España en paz te torna.

D. ALONSO. Sí haré; mas de aqueste modo,  
que se casen, pues se adoran,  
y pues que tiene Sicilia,  
como Aragón Zaragoza,  
o vivan acá o allá.

ROGERIO. Rey, tu humilde pecho abona  
los agravios de tu hijo.  
Hoy la sentencia revoca  
mi pecho y le doy los brazos.

D. PEDRO. ¡Tomaré su mano hermosa!

ROGERIO. Bien podrás; pero también,  
don Lope, agora me informa  
de la muerte de Casandra,  
que toda Sicilia ignora,  
que sólo en tanto placer,  
su desdicha lastimosa  
pudiera darme pesar.

D. LOPE. Después que en el mundo cobras  
nombre por haberla muerto,  
más cruel que Nero en Roma,  
¿me dices que no lo sabes?

ROGERIO. Si alguna lengua traidora  
te ha dicho que yo la he muerto,

la mano a la espada ponga,  
que, aunque no sea mi igual,  
hoy le igualo a mi persona.

CASANDRA. Yo lo dije.

ROGERIO. Pues ¿quién eres?

CASANDRA. La misma Casandra.

D. LOPE. ¡Esposa!

D. BERN. ¡Hija!

D. ALONSO. ¡Casandra!

CASANDRA. Rey, padre,  
esposo, el tratar las bodas  
de Clenarda y de don Pedro  
hizo esta muerte celosa.  
Duque de Segorbe, Rey,  
me hiciste.

D. ALONSO. Y te añado agora  
todo el Condado de Urgel.

CASANDRA. Pues todo, esposo, lo goza.

D. LOPE. A tu lado muchos años,  
con que acabe con la historia  
la injusta persecución  
de *Don Lope de Cardona*.



COMEDIA

DE

LOS DONAIRES DE MATICO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON

El CONDE DE BARCELONA.  
SANCHO.  
MATICO.  
La CONDESA ROSIMUNDA.

Un CAPITÁN.  
DON RAMIRO.  
DON RIQUELMO.  
Un GOBERNADOR.

Tres CRIADOS.  
Un VENTERO.  
Una FREGONA.  
CONDE BELARDO.

[JORNADA PRIMERA]

*(Sale el CONDE luchando con una sierpe, y RIQUELMO y RAMIRO con sus escopetas, y dando voces de dentro, salen, y detrás de todos sale SANCHO vestido de pastor rústico, con un bastón en la mano.)*

RIQUELMO.

¡Ataja, ataja; suelta esos lebreles,  
y acudan tres o cuatro arcabuceros!

CONDE.

¡Ah, que sois muchos; pero poco fieles!  
¡Libreme el Cielo de tus dientes fieros,  
bestia espantosa! ¿Nadie me socorre?  
¡Llegad, llegad, valientes caballeros!  
¡Llega, Riquelmo fuerte! ¡Corre, corre!

RIQUELMO.

Temo, señor, herirte si la tiro,  
y que tu sangre mis hazañas borre.

CONDE.

¿Pues hame de matar? ¡Ah, don Ramiro!

RIQUELMO.

Lleguemos juntos.

RAMIRO.

¡Sólo el Cielo puede!

*(Entra SANCHO, pastor.)*

SANCHO.

¿Qué voces oigo? ¡Santo Dios! ¿Qué miro?

CONDE.

¿Muerto queréis que vuestro Conde quede?  
Llegad; que el que mi vida restaurare  
le doy mi hija, y que mi Estado herede.

RIQUELMO.

¡Dichoso el que su vida aventurare!

RAMIRO.

Aqué! seré yo. Riquelmo, tente.

RIQUELMO.

¡Detente tú!

RAMIRO.

¡Quien esto me quitare  
quitaréle la vida!

SANCHO.

¡Oh, fiera gente!  
¿Así a vuestro señor dejáis? ¡Cobardes!

CONDE.

¡Ah, buen pastor!

SANCHO.

Si el Cielo te consiente  
que la palabra que prometes guardes  
de dar tu hija, yo daré mi vida.

CONDE.

Al mismo Dios la doy. ¡Llega! ¡No tardes!

*(Mata SANCHO la sierpe.)*

RIQUELMO.

¡Que ha de haber fuerza que este bien me  
[impida!

RAMIRO.

¿Qué? ¿No quieres soltarme?

RIQUELMO.

¡Suelta, suelta!

Mas ya nuestra contienda se divida;  
que mientras ha durado la revuelta,  
aquel rústico goza la victoria.

RAMIRO.

¡La sierpe yace en tierra en sangre envuelta!

CONDE.

De Dios sea, pues es de Dios la gloria de aquesta hazaña, y luego de tu mano, de quien por siempre quedará memoria.

RIQUELMO.

¡Oh, noble Conde! El premio soberano fué causa, con envidia de gozalle, (1) que otro nos le ganase por la mano.

Mas ya, según se advierte por su talle, menos te costará la grave empresa, pues con dineros puedes contentalle.

(SANCHO tiene el pie sobre la sierpe, y dice:)

SANCHO.

Agora no mordéis ni, haciendo presa, me desgarráis mis antiparas pobres. Verted ponzoña, espuma en sangre espesa.

CONDE.

Yo haré, si puedo, que otra prenda cobres, y que algún Rey te las envidie tanto, que a la fortuna con la tuya sobres.

RAMIRO.

Casi los ojos me humedece el llanto; y tan corrido estoy, Conde, que apenas, apenas a mirarte los levanto.

¡Oh! ¡Si pluguiese à Dios que las arenas que en sangre de esa fiera están teñidas lo estuvieran en sangre de mis venas!

CONDE.

Esas palabras son agradecidas; mas no de la manera que las obras de quien no me las debe recibidas.

¡Oh, mi pastor; que nombre eterno cobras por una hazaña tal, que a las más grandes y hechos notables del Tebano sobras!

Dame ésos brazos.

SANCHO.

¡Oh, señor! No mandes...

CONDE.

No me repliques.

SANCHO.

Tu grandeza ofendes.

No es justo que a abrazarme te desmandes.

CONDE.

Aquesos brazos que a mis brazos prendes son y serán los dueños de la vida que agora de la muerte me defiendes.

No pienso que ha de haber cosa que impida la prometida fe; pues a cumplilla cierta secreta causa me convida.

Ese rostro me espanta y maravilla. ¿Eres vasallo mío, o de otra tierra?

SANCHO.

Puesto que tuyo soy, nací en Castilla.

De mis humildes padres me destierra la fiera envidia, y de mi patria amada, que no hay lugar seguro de su guerra.

Una montaña fuerte y celebrada por el león restaurador de España fué de mis tiernos años habitada.

Esta, como corona, ciñe y baña un pequenuelo río, y a este río, espesa enea, junco y verde caña.

Aquí, señor, el nacimiento mío fué tan humilde cuanto fué dichoso, y lo será de tu valor confío,

pues de este monstruo fiero y espantoso vine a librar tu vida.

CONDE.

¡Extraño caso!

RIQUELMO.

¡Misterios son del Cielo poderoso!

CONDE.

Estoy de suerte, que ni muevo el paso ni el pensamiento apenas, pues contemplo que no has venido, ni es posible, acaso.

Contigo pienso ser un raro ejemplo de fe inviolable, y para testimonio aquesta sierpe haré colgar de un templo.

Tú poseerás en justo matrimonio mi cara hija, de otro dueño indigna, y con ella mi Estado y patrimonio.

Esto será después que la doctrina de algún maestro tu rudeza enseñe la militar y honrosa disciplina.

Que no hayas miedo que yo coma o sueñe segura noche, ni es posible, hasta que mi palabra al Cielo desempeñe.

SANCHO.

¡Oh, gran señor! Conozco ya que basta ese agradecimiento. No procures degenerar la sangre de tu casta.

(1) En el original, "gozarle".

No es justo que tu hija darne jures;  
que el pedírtela yo fué porque agora  
de mi poca nobleza te asegures.

Goza tu hija, cájala y mejora  
(si hay en el mundo aventajada prenda)  
tu Estado y su marido. Id en buen hora;  
que me quiero volver a mi hacienda;  
que andan traviesas por aquí mis cabras,  
y temo que algún mal me las ofenda.

CONDE.

(No es posible que son estas palabras  
de rústico pastor; a mi sospecha  
no he menester que más camino abras.—  
¿Qué os parece de aquesto?)

RIQUELMO.

Que sospecha  
cualquiera de los dos lo que tú mismo.  
Yo digo que es figura contrahecha.

RAMIRO.

No es este hablar de toско barbarismo  
de la naturaleza del villano,  
mas que la luz es propia del abismo.

CONDE.

Lo que a mí me asegura y hace llano  
ser éste el propio que su honra muestra  
es ver el bien que deja de la mano.

Pero escuchemos, que la gente nuestra  
ya debe de llegar: todo hombre calle.  
De aquesto pido la palabra vuestra.

RIQUELMO.

Tu nombre llaman, y responde el valle.)

(Dicen de dentro en diferentes voces. CRIADO primero y el segundo.)

PRIMERO. ¡Hola! ¡Ahó, gente del Conde!  
Venid, que aquí suena gente.

SEGUNDO. ¿Hacia qué parte se siente?

PRIMERO. En este valle responde.  
Decended presto acá abajo.

SEGUNDO. ¿Por dónde?

PRIMERO. A mano derecha;  
por esa sendilla estrecha  
debe de ser el atajo.

SANCHO. Señor, gente suena. Dame  
licencia, y en paz te queda;  
que temo entre esta arboleda  
mis ovejuelas derrame.

No me hurten algún chivo.

CONDE. De aquesta vez no te irás;  
que hoy no puedes ganar más

que haber ganado un cautivo.  
Cree que has de ir a mi lado.

SANCHO. No, no, señor; yo me quedo;  
que hasta el agosto no puedo;  
que tengo un amo igualado.  
Perdone su reverencia.

RIQUELMO. (Sin falta que es contrahecho.

CONDE. Ya quedo más satisfecho.  
Vasallo es de su inocencia.  
Llevarle quiero conmigo  
para ver este misterio.)

(Dicen de dentro CRIADO primero.)

PRIMERO. Por esta parte, Silverio.  
Echa por el cabrahigo,  
y guarte de la maleza.

(Salen los CRIADOS.)

PRIMERO. ¿Este es el Conde?

SEGUNDO. Sí; él es.

PRIMERO. ¡Oh, señor! Danos tus pies.

SANCHO. Más pedidle la cabeza.  
¿No veis qué gesto de urraco?

RIQUELMO. (Persuadíme en este punto  
a creer que éste es un tonto  
o un grandísimo bellaco.)

SEGUNDO. Señor, ¿adónde has estado,  
que en cuantas sendas reparte  
el monte, y en cualquier parte,  
fuiste mil veces buscado,  
y nunca supimos dónde?  
Al fin, tantas vueltas dimos,  
que a doquiera que anduvimos  
aún suena el nombre del Conde.

PRIMERO. ¡Santo Dios! ¿Qué puede ser  
este fiero monstruo horrendo?

SANCHO. No huyáis, que está durmiendo.  
¿Pensáis que os ha de morder?  
¡Verá el miedo que le tienen!

CONDE. Deseoso de esta empresa,  
perdíme en la selva espesa  
yo y los que conmigo vienen.

PRIMERO. ¿Que a tal peligro te pones?—  
¡Brava boca! ¡Brava espalda!

CONDE. Criados, atravesada  
en los ándulos bastones,  
y sacarle heis muy despacio.

SANCHO. Hasta que otras bestias haya,  
así a Barcelona vaya.

CONDE. Entre cubierta en Palacio,  
y aviso que a todos nieguen;  
que esto no se ha de saber.



SANCHO. Antes soy de parecer  
que a los muchachos la entreguen,  
y démosles un buen día:  
que hagan carnestolendas:  
y aún es mejor que la vendas  
para la carnicería,  
y el menudo a un hospital.

CONDE. Hasla repartido al justo.  
Vente a mi lado, que gusto  
de hacerte conmigo igual.

SANCHO. ¿Que porfía su mercé?  
Cúmplase su voluntad,  
aunque en esta soledad  
pasar mi vida juré.  
Vamos, y el hato que tengo  
recogeré por aquí.

CONDE. No te has de apartar de mí.

SANCHO. Digo que a tu lado vengo.

(*Entrase el CONDE y SANCHO, y los CRIADOS quedan  
llevando la sierpe, y RIQUELMO y RAMIRO.*)

RAMIRO. Cargad de presto. ¿Qué hacéis?

PRIMERO. Espérese; no nos riña.  
¿Entiende que así se aliña?

RIQUELMO. ¡Donosa fuerza tenéis!

PRIMERO. Llegue, a ver si la sopesa.

RIQUELMO. Quizá con la mano sola.

SEGUNDO. ¡Sús! Tómela de la cola,  
si quiere ver lo que pesa.

(*Llevar la sierpe los CRIADOS; quedan RIQUELMO y  
RAMIRO.*)

RIQUELMO. ¡Gracias a Dios que acabaron!  
¿Qué os parece del suceso?

RAMIRO. De invidia y rabia os confieso  
ambos a dos me dejaron  
cerca de perder el seso.  
No me aflige tanto aquí  
la joya y prenda perdida;  
mas la honra que perdí  
mientras durare mi vida  
ha de vivir muerta en mí.  
Si es honra la honra muerta,  
pues más queda descubierta  
la deslealtad de los dos  
por vos, Riquelmo, por vos,  
que la habéis hecho más cierta.  
Queriendo ser el mejor,  
seguir la prenda que sigo,  
un declarado traidor  
habéis sido a vuestro amigo  
y ingrato a vuestro señor.  
¡Tierra, en tu centro me esconde;

que no he de vivir adonde  
para mi afrenta ha de ser,  
ni mis ojos han de ver  
los ofendidos del Conde!

(*Vase RAMIRO y queda RIQUELMO solo.*)

RIQUELMO. Si la espalda no volvieras  
pudiera ser que llevaras  
respuesta cual merecías, (1)  
y a tus dos fingidas caras  
otras tantas añadieras.  
¿Era yo tu desigual  
para esta ocasión tal?  
¡Qué vana arrogancia cobras!  
Eres traidor en las obras;  
en las palabras, leal.  
De ti me quejo, y mi queja  
es de ti, pues tú me quitas  
el bien que de mí se aleja,  
que lágrimas infinitas  
lloradas al viento deja.  
Quiero bien, amor tirano.  
Vime el cabello en la mano  
de la ocasión más segura;  
pero hizo mi ventura  
como sombra o sueño vaño.  
Ya yo sólo no me quejo  
de este traidor don Ramiro;  
pero del necio consejo  
de nuestro Conde me admiro,  
que es gran falta en hombre viejo.  
A un rústico, que pudiera  
contentar con justa ley  
con un gabán que le diera,  
lo llena de la manera  
cual si fuera Duque o Rey.  
Y pues ya mi suerte avara  
en matarme se declara  
a costa de mi paciencia,  
quiero estar en su presencia  
hasta ver en lo que pára.

(*Vase, y entra ROSIMUNDA, hija del CONDE, y un  
CAPITÁN.*)

ROSIM. Mucho mi padre se tarda.  
¿Será por bien, Capitán?

CAPITÁN. Tus sospechas lo dirán;  
que es propio de quien aguarda  
prendas que ausentes están.  
¿Qué sientes de su tardanza?

(1) Así en el texto: el consonante pide "mere-  
cieras".

ROSIM. Una cierta confianza  
me dice que le veré;  
y de esto puede la fe  
asegurar la esperanza.

CAPITÁN. Agora un correo vino  
y dijo que no hallaba  
del Conde rastro o camino,  
y que desde ayer andaba  
buscando el monte vecino.

ROSIM. Temo alguna desventura.  
La tierra no está segura,  
que tiene mil enemigos.

CAPITÁN. Y el mayor de sus amigos  
más presto se la procura.

ROSIM. Mal hace en seguir la costa  
tan solo y con tanto espacio:  
pienso que será a su costa.

*(Llega un CRIADO, y dice:)*

CRIADO. A la puerta del palacio  
llega el Conde por la posta.

ROSIM. Aunque albricias no pediste,  
toma este anillo en albricias.

CRIADO. Pues al que no pide diste,  
señales son que codicias  
cobrar el bien que perdiste.  
Dar por bueno me conviene  
que he corrido una gran legua.

ROSIM. ¿Y quién con el Conde viene?

CRIADO. Un villano en una yegua,  
que le sigue y entretiene.  
Ya se apeaba, y ya sube.

ROSIM. Por bajar al patio estuve;  
mas ya mi padre se ofrece,  
que a nuestros ojos parece  
cual sale el sol de la nube.

*(Entra el CONDE, como de camino.)*

ROSIM. Dame tus manos, no huyas;  
por que el bien que ellas me dieron  
con ellas me restituyas.

CONDE. Hoy en otras estuvieron  
a quien has de dar las tuyas.

ROSIM. No juraré que te veo  
si no te las beso y toco;  
que de tu ausencia el deseo  
no se contenta con poco,  
pues lo que tocaré creo.  
Las penas de mil infiernos  
pasaba en siglos eternos  
todo el tiempo que tardabas.  
Padre y señor, ¿dónde estabas?

CONDE. Andaba a caza de yernos.—  
Bien puedo aqueste secreto  
fiar de ti, Capitán.

CAPITÁN. De guardarlo te prometo  
con los que en el alma están  
para su tiempo y efecto.  
Pero a risa me provocas  
con esas cosas que tocas,  
si a cazar yernos has ido,  
que cabe grande sentido  
en esas palabras pocas.

ROSIM. ¿Burlas?

CONDE. No vengo de suerte  
que las palabras primeras  
sean burlas; pero advierte  
que son tan ciertas las veras  
como al que nace la muerte.

ROSIM. Pues ¿por qué no te declaras?

CONDE. Si en eso sólo reparas,  
dejarte sin duda quiero:  
que traigo un hijo heredero...

ROSIM. ¿Comienzas razón y paras?  
Di adelante.

CONDE. ¡Que me place!  
Andando ayer tarde a caza  
entre dos montes que hace  
de un valle una cierta plaza,  
por la hierba que allí nace  
halléme perdido y solo,  
y cuando se baña Apolo,  
con una sierpe en los brazos,  
que pudo hacerme pedazos.  
Viólo el Cielo y estorbólo.  
Y estorbólo de esta suerte:  
que don Ramiro y Riquelmo  
se hallaron a ver mi muerte,  
como apareció San Telmo,  
armado, vistoso y fuerte.  
Y viéndome en el tormento,  
porque alguno aventurase  
la vida al atrevimiento,  
a cual de ellos me librase  
te prometí en casamiento.

CAPITÁN. ¿Cuál fué de ellos?

CONDE. Ninguno;  
que el premio es a sólo uno,  
y ellos dos; y de este modo  
viniera a perderlo todo  
si no se ofreciera alguno.  
Que un ángel se me ofreció;  
que darle nombre de hombre  
al que esta sierpe mató

fuera despreciar su nombre  
y al Cielo que lo envió.  
Que, asido con ella a brazos,  
hizo sus huesos pedazos.  
Ved si es de mi hija dino  
el nuevo Jorge divino  
que me libró de sus brazos.

CAPITÁN. ¡Bravo y notable suceso!

¿Y dónde, señor, quedó?  
Que moriré te confieso  
si mano que te libró  
no la adoro y no la beso.—

Señora, ¿qué decís de esto?

ROSIM. Que a no llevar presupuesto,  
Conde y señor, que no burlas,  
tuviera tu cuento a burlas.

CONDE. Pues desengañarte he presto.—  
¡Hola, Celio! Trae contigo  
al hombre que te encargué.

CRIADO I.º Por él voy, y le traeré  
a tu presencia conmigo.

ROSIM. Con tu licencia me iré;  
que no es bien que aquí me vea  
quien ya permites que sea  
mi marido, cuando estoy  
más segura de que soy  
la que marido desea.

CONDE. Antes no te irás, perdona;  
que le veas es mi gusto.

ROSIM. ¿Es hombre de Barcelona?

CONDE. No es mi vasallo.

CAPITÁN. ¿Es robusto  
y de gallarda persona?

ROSIM. ¿Qué prendas tiene?

CONDE. Espantosas;  
pero basta, entre otras cosas,  
que tiene buena presencia.

ROSIM. Pues ¿no me darás licencia?

CONDE. Poco en la sala reposas.

¡Confusa estás!

ROSIM. No he podido  
asegurar mi sentido.

(Entra SANCHE, y pide la mano de rodillas.)

SANCHE. Deme su merced la mano.

ROSIM. ¿Quién es aqueste villano?

CONDE. Quien ha de ser tu marido.

ROSIM. ¿Burlaste?

CONDE. Sin falta es éste.

ROSIM. El Cielo en esta ocasión,  
aunque la vida me cueste,

pues te libró de un dragón,  
a mí me libre de aquéste.

(Entrase riendo.)

SANCHE. Como has visto algunos hombres  
que te tratan de otra suerte,  
no tengo a mucho te asombres  
de ver un hombre tan fuerte  
y que por monstruo le nombres.  
Que estarán tus ojos bellos  
hechos a ver cuerpos tales,  
y no mis largos cabellos  
criados para animales,  
o por ventura con ellos.  
Mira tus arcas abiertas  
de las riquezas inciertas,  
oro, perlas y esmeraldas,  
y no a mi pecho y espaldas,  
de piel de tigres cubiertas.

CAPITÁN. No te espantes que así huya,  
ni de su desdén te asombres,  
que es naturaleza suya,  
pórque el huir de los hombres  
juzguen a venganza suya.

CONDE. Capitán, éste es mi gusto;  
de lo demás me disgusto.  
Si éste es la escoria del suelo,  
ya di mi palabra al Cielo;  
mirad si cumplirla es justo.  
Con mi hija ha de casar,  
aunque mi Estado lo impida.  
Aquéste me ha de heredar,  
que algo me ha de costar  
haber quedado con vida.  
Cuanto más que de secreto,  
antes que llegue su efecto,  
haré que maestros míos  
le enseñen y pongan bríos  
de caballero perfecto.

Que en la tierra de labor  
se agradece el beneficio.  
CAPITÁN. Si éste es tu gusto, señor,  
en premio de mi servicio  
quiero pedirte un favor.  
Y el favor que pido es  
que de las armas me des  
el cargo de su maestro;  
que prometo darle diestro  
en menos tiempo de un mes.

CONDE. Yo te concedo ese cargo.—  
¡Hola! Pedí al Camarero  
un manto y vestido largo;



que de hacerle caballero desde este punto me encargo.  
¿No te pondrás un vestido como aquéste?

SANCHO. Antes te pido que la puerta me des franca; que el corazón se me arranca por mi ganado perdido. Que yo volveré despacio.

CAPITÁN. Irse quiere.

CONDE. No lo creas.—

¡Hola, capitán Estacio!  
Su guarda quiero que seas dentro y fuera de Palacio. Y ahora, aunque se resista, hazle que mis ropas vista; éntrate dentro con él.

CAPITÁN. Temo al quitarle la piel que el diablo se le revista, que me mira de mal ojo.

CONDE. Anda; no le tengas miedo.

CAPITÁN. Anda; desecha el enojo.

SANCHO. ¡Pardiez, que muy bueno quedo si de esta piel me despojo; que al fin me mandas polir!

CONDE. Por darme contento has de ir, que quiero verte galán.

SANCHO. Id conmigo, Capitán, y daréisme de vestir.

CAPITÁN. ¿Qué te parece, señor, de la gravedad extraña?

CONDE. Anda; que si algún valor su tosco pecho acompaña, crecerá con el honor.

(*Vanse SANCHE y el CAPITÁN, y queda el CONDE solo.*)

CONDE. ¡Extraña fortuna es ésta que así, tan ligera y presta, me lleva, provoca y llama a dar historia a la fama, que cante con voz dispuesta. Por extraña empresa muero, a gran bajeza me allano o a gran soberbia, pues quiero hacer de un tosco villano un perfecto caballero. Pero no es grande misterio; que de un bajo captiverio, de guardar cabras y bueyes, contemplo romanos reyes a Justino y a Valerio.

(*Entra MATICO, vestido como SANCHE.*)

MATICO. Diz que no tengo de entrar.  
¡Pardiez, que he de entrar y entro cuando a su merced encuentro, aunque me mande azotar!

CONDE. ¿Heis visto los pajarotes?  
¿Qué es esto? ¿A tal se desmanda?

MATICO. Agora es cuando me manda abrir su merced a azotes.

CRIADO. Este grosero villano se quiso por fuerza entrar.

CONDE. Dejalde. ¿Queréisme hablar?

MATICO. No sé; yo busco a mi hermano, que diz que vino con él. Si acá le tiene, concluya: démele ¡por vida suya!, que no me hallo sin él.  
¿Quiere? Diga.

CONDE. ¿Hay cosa igual?

MATICO. Démele.

CONDE. Espérate, pues.

Negro de bonito que es,  
¿para qué le hiciste mal?  
¿Ofender su hermosa cara no os obligara siquiera?

MATICO. Si por mi hermano no fuera, ¡pardibre!, que acá no entrara. Que tiene un mal estropezo, y esta gente es de mal trato; que se han holgado un buen rato a costa de mi pescuezo. Pero en descuento se vaya. Dame a mi Sancho.

CONDE. ¿Qué dice?

CRIADO. Sancho dice.

MATICO. Así se dice, por mi abuelo que Dios haya, cuya sangre en las montañas es más blanca que el armiño.

CONDE. Tú ¿cómo te llamas, niño?

MATICO. Yo, señor, Comecastañas.

CONDE. ¿No veis qué donoso pico? Acaba: tu nombre di.

MATICO. ¿Dice el de la pila?

CONDE. Sí.

MATICO. ¿El propio?

CONDE. El propio.

MATICO. Matico.

CONDE. Señor Matico de perlas, muy buena cara tenéis, y las que de ella vertéis sólo un rey puede cogerlas.

- Cuando no bastara el veros  
prenda de hombre semejante,  
ese donaire es bastante  
para obligar a quereros.  
Vení acá; llegaos a mí.
- MATICO. No, no, que le ensuciaré;  
antes, si manda, me iré,  
que ha mucho que estoy aquí.  
Sólo una cosa me valga,  
si le ha parecido bien:  
que mande que no me den  
sus zagaes cuando salga.  
Que alguna vuelta recelo,  
porque hay de ellos mocetón  
tan diestro de un pescozón  
que dió conmigo en el suelo.
- CONDE. Excusen de darme enojos,  
y el que os ofendiere aquí  
crea que me ofende a mí  
en las niñas de mis ojos.  
Mas vos quedaréis conmigo,  
y yo os pondré tan galán,  
que los que en mi casa están  
os deseen por amigo.
- MATICO. Pues ¿quiere hacerme su paje?
- CONDE. Sí, mi paje os quiero hacer.
- MATICO. El primer hombre he de ser  
que sirva de mi linaje.
- CONDE. Ven acá. ¿Tus padres son  
gente rica y estimada?
- MATICO. No ha nacido más honrada  
en los montes de León.  
Es gente de dentro y fuera,  
liberal, noble y sencilla.  
¡Por Dios!, no tiene él vajilla  
más limpia que su espetera;  
porque es tan lustrosa y bella  
que, en queriendo convidar,  
el señor de mi lugar  
holgaba servirse de ella.  
Desterrónos a perder  
Fortuna, que fué contraria;  
que, por inconstante y varia,  
le dan nombre de mujer.  
Al fin, nuestra amada paz  
trocó por la guerra suya.
- CONDE. ¿Quién hay que no le atribuya  
a monstruo el sabio rapaz?
- CRiado. Su hermano sale, y tan bravo,  
que dudaba en conocerle.
- CONDE. Llega, si gustas de verle.  
Echó la Fortuna el clavo.

(Sale SANCHO, muy galán.)

- CAPITÁN. No hay más bien que desear.  
¡Bravo tallo!
- SANCHO. Al suyo (1) ofendes.
- CONDE. Niño, ¿por qué te suspendes?  
Llega, si quieres llegar.
- SANCHO. ¿Asiéntame bien el traje,  
Conde señor?
- CONDE. Y tan bien,  
que en vos se muestra muy bien  
de lo que es vuestro linaje.  
Y si yo no os conociera,  
como primero os juzgara,  
que cualquiera os respetara,  
puesto que príncipe fuera.  
Pero ¿cómo no volvéis  
los ojos a aquella prenda?
- MATICO. Prenda soy que, aunque me venda,  
poco precio le daréis,  
y no la tengo por mía.
- SANCHO. ¡Hermano mío!
- MATICO. ¿Su hermano?  
¡Tenga allá, tenga la mano!  
¿Cómo? ¿Abrazarme quería?
- SANCHO. Luego ¿no me das tus brazos?  
Llega; que abrazarte quiero.
- MATICO. No; que estáis muy caballero  
y yo muy hecho pedazos.  
Mi hermano no andaba erguido  
en palacio, sino en soto:  
sepa que el hermano roto  
no viene con el vestido.  
¡Guárdese dende!
- CONDE. ¡Por Dios,  
que tiene razón en esto!  
Tráiganle un vestido presto,  
y estén galanes los dos.
- SANCHO. Tiene su merced razón;  
que la envidia lo ha causado  
por verme tan bien tratado,  
y él con abarca y zurrón.  
Hermano, no estés así.  
¿Qué tienes? Quitla la mano.
- MATICO. ¡Malos años! ¿Yo su hermano?
- SANCHO. Esos serán para ti.  
Toda tu vida tuviste  
ser envidioso y grosero.

(1) Quizá sea "tuyo" y no "suyo", si no es que se refiera al del Conde por respeto.

- MATICO. Es verdad, que caballero antes de agora lo fuiste.  
 ¿Tantas veces te he envidiado porque te ponen galán?  
 ¿Eres, por dicha, truhán?  
 ¿Qué necios te han engañado?  
 ¿Así te vienes de espacio, y entre dos zarzas me dejas solo y entre diez ovejas?  
 ¿Tú a la sombra y en Palacio?  
 Para quererme tan poco de mi tierra me trujiste?  
 Desde que de allá saliste vi que habías de dar en loco.  
 Paga tengo merecida.
- SANCHO. Antes, engañado estás; que agora te quiero más que te he querido en mi vida.
- CAPITÁN. En viéndose en otro talle él perderá el sobrecejo.
- MATICO. Eso no; que este pellejo la muerte puede quitalle.  
 Que de traerle hice voto hasta que a mi tierra vuelva, aunque el tiempo le resuelva en ceniza de muy roto.  
 Que aunque llamas me le tienen a peligro de abrasar, lágrimas sé yo llorar que le ablandan y entretienen.
- CONDE. ¡No he visto tal discreción!
- SANCHO. Oh, mi hermano es muy sabido!
- MATICO. Cuéstame lo que he sabido gran parte del corazón, que se consume y no medra después que tú le engañaste.
- CAPITÁN. Aunque es de plomo el engaste, a fe que es muy rica piedra.
- SANCHO. Llega: ¿no somos amigos?
- MATICO. No sé cómo puede ser mientras te veo en poder de mis propios enemigos.
- (Entra un CRIADO alborotado.)
- CRIADO. Entra en la cuadra, señor, que le ha dado a mi señora en el corazón ahora, de improviso, un gran dolor. Todos llorándola están y no saben qué se hacer.
- CONDE. Desmayo debe de ser. Ven conmigo, Capitán.

(Entrase el CONDE con todos los suyos; quédanse MATICO y SANCHO.)

- SANCHO. Si se fueron; ya se han ido; solos quedamos ahora.  
 ¡Ay, doña Juana; ay, señora!  
 ¿Tanto os enfada el vestido?  
 ¿Por él no me habéis de hablar, no me habéis de hablar por él?  
 ¡Mal fuego se encienda en él aunque me venga a abrasar; o, si no, de la alta mano caiga un rayo que me pase, con que cuerpo y alma abraze y quede el vestido sano!  
 ¡Dame esos brazos, mi bien!
- MATICO. Ellos los hagan pedazos primero que tales brazos entre los suyos estén.  
 ¿Para aquesto me sacabas de mis padres y mi tierra?  
 ¿Tantas maldades encierra el pecho que me mostrabas?  
 ¿Cómo ya te has olvidado de lo mucho que me debes?  
 ¿Parécete, ingrato, leves los trabajos que he pasado?  
 Perdí mi patria por ti, mis padres, perdí mi bien y perdí mi honra también, qué fué lo más que perdí.  
 Perdí mi ser y mi nombre, que he perdido el ser mujer, aunque esto no fué perder, pues he ganado el ser hombre.  
 Mas si perdí, que hombre eres, y si todos tales son, ser quiero en esta ocasión la más vil de las mujeres.  
 ¿Qué me has dado? ¿En qué me tu alma y ingrato pecho, [paga que el menor mal que me has hecho en parte me satisfaga?  
 Un vestido de pobreza, esta abarca, esta piel, que, por vestirme tú de él, lo tuve a suma riqueza, y estas plantas peregrinas, que no descansan jamás, siguiéndote por do vas, por mil montes que caminas, ¿acertarán a volver donde salieron sin ti?



¿Habrá padres para mí  
que me quieran acoger,  
ya que en este traje pobre  
hemos venido encubiertos,  
gustando por los desiertos  
hierba seca, agua salobre,  
y aguardando tantos días  
galeras para pasar  
de Italia el soberbio mar,  
como tú, traidor, decías?  
Para que entiendas que fuiste  
el que no debieras ser,  
vienes a buscar mujer  
y dejas la que trajiste.

¿Qué sierpe es aquésta, di,  
qué mujer y qué concierto?  
No creo que la hayas muerto,  
que viva está para mí.

¿Así, traidor, me dejabas?  
¿Pensabas que no supiera  
entrar de cualquier manera  
adondequiera que estabas?  
¡Fuera en balde tu malicia,  
aunque al Cielo te subieras,  
y ojalá que allá estuvieras,  
que allá me hicieran justicia!  
Mas yo espero ver cumplidos  
los deseos de mi celo:  
desde la tierra oye el Cielo,  
que tiene grandes oídos.

SANCHO. No más, no más, que si tengo  
culpa del presente caso,  
verás, sin mover el paso,  
de qué manera te vengo.

¿Afuera, vestido loco,  
(Desnúdase.)

que no cabemos los dos;  
que, aunque soy rico por vos,  
soy pobre y tenido en poco!  
¡Venga mi piel, que es ejemplo  
de un hombre noble y leal,  
hasta que al fin de mi mal  
la pueda colgar de un templo!  
¡Al sol y a las nieves frías  
desnudas anden mis piernas!  
Desnudas tus carnes tiernas,  
¿han de cubrirse las mías?

(Aquí se desnuda el vestido.)

MATICO. ¿Estás loco? ¿Qué es aquesto?  
Rugero, ¿así te descubres?  
Lo que tanto tiempo encubres,  
¿quieres descubrir tan presto?

Torna a ponerte el vestido,  
que siento que viene gente.

(Entra el CONDE y su gente.)

CONDE. Este mal es accidente.

CAPITÁN. Y es accidente entendido.  
(Aquí hace SANCHE que quiere saltar.)

CONDE. Ha sido causa bastante  
ver que la quiero casar.

SANCHO. Mas que me atrevo a saltar  
cuatro pasos adelante.  
¿Señalaste bien la raya?

MATICO. Sí, que muy bien se divisa.

CONDE. (Oíd, que me mueve a risa.)

SANCHO. De aquesta vez salto.

MATICO. Vaya.

CONDE. ¡(De risa pierdo el sentido!  
Él es de juicio falto,  
que, para dar aquel salto,  
se ha desnudado el vestido.)

¡Hola, Sancho! ¿Qué es aquesto?  
SANCHO. ¡A muy buen tiempo, par Dios!  
Prueben a saltar los dos  
desde aqueste sitio al puesto.

CONDE. (¿Hase visto rustiqueza  
que a aquésta pueda llegar?  
Ella es mala de curar,  
que, al fin, es naturaleza.)  
Sancho, ponelos el vestido,  
no estáis en el campo ahora.

CAPITÁN. ¿Qué importa? En Palacio mora,  
mas fué en el campo nacido.

SANCHO. Yo digo, señor, que el vicio  
sucle estragar la salud.

MATICO. Y a todo tiempo es virtud  
buscar algún ejercicio.

CAPITÁN. ¿En esto vino a parar  
el hacer las amistades?

MATICO. Y aun si va a decir verdades,  
están por averiguar.

SANCHO. Mal conocéis los aceros  
del rapaz, bien entendéis;  
por el vestido que veis  
me estaba haciendo mil fieros,  
y por eso me le quito.

CONDE. ¡No, no, bien estáis vestido!  
Ya la esperanza he perdido  
del premio que solicito.

CAPITÁN. Tenla de mí, tenla de él,  
que esto muy poco ha importado.  
Al trabajo está enseñado;  
mal puede hallarse sin él.

Haz que traigan unas armas,  
y si quiere trabajar,  
las podría ejercitar  
si de ellas los hombros le armas,  
y teniendo en qué entender  
en este ejercicio honrado,  
se olvidará del arado.

CONDE. Yo soy de tu parecer.—  
Descuelga de mi armería,  
Celio, unas armas.

CRIADO. Ya voy.

MATICO. (Ya desengañado estoy  
de tu locura y la mía.)  
¡Sancho con armas!

SANCHO. ¿Qué quieres?

Aquí me hacen potajes,  
que ya me ponen plumajes  
prendidos con alfileres,  
ya me hacen Capitán,  
ya caballero al revés.

MATICO. Mi fe, Sancho, que eso es  
baptizarte por truhán.

CONDE. Si hay alguna buena raza  
en aquel rústico pecho,  
sólo las armas sospecho  
la podrán sacar a plaza.  
Si a un caballo anima y mueve  
oír sonar la trompeta,  
y entre una y otra escopeta  
entra furioso y se atreve,  
¿por qué un hombre al són de un  
no moverá el pensamiento? [arma  
Muestra.

CAPITÁN. Escogilas a tiento.

CAPITÁN. Ten, esta gola te arma.

SANCHO. ¿Cálzase ésta por el pie?

CAPITÁN. No, sino al cuello.

SANCHO. ; Está bien!

CAPITÁN. Peto y espaldar me den.

CRIADO. Véislos aquí.

SANCHO. ¿Para qué?

CAPITÁN. Para la espalda y el pecho.

SANCHO. Pues si las queréis mudar,  
puedo en la mano llevar  
muchas más y mayor trecho.

CAPITÁN. ¡Calla! ¿No entiendes que son  
porque el pecho te defienda,  
porque el herir no te ofenda  
ese noble corazón?

SANCHO. ¿Que tengo corazón noble?

CAPITÁN. Ponte agora esta celada;  
toma esta lanza.

(Blandéala, y dice SANCHO:)

SANCHO. Es delgada,  
parte y desgárrame un roble.  
En mi tierra, con aquéstar  
suelen varear bellota.

CAPITÁN. (¿Veis, señor, si se alborota  
teniendo las armas puestas?

CONDE. Pienso que ha de aprovechar.

CAPITÁN. Es muy fácil de entender.)

CONDE. Aquí, ¿qué resta que hacer?

SANCHO. ¡Por Dios, echarme a rodar!

CAPITÁN. Subiréle en un caballo

y haré que principios tome.

SANCHO. ¿Luego queréis que le dome?

Mejor sabré yo pensallo.

CONDE. Entremos, que ya deseo  
verte a caballo. ¡Ea, Sancho,  
vamos!

MATICO. ; Pardiez, que se va Sancho...  
(Como solías te veo.)

Señor, déjanos y iremos  
hasta nuestra tierra ansí,  
que tengo un pariente allí,  
y en viéndole volveremos.

CONDE. Después iréis, te prometo.

MATICO. Pues que ya aquesto no es,  
ponle la sierpe a los pies,  
será San Jorge perfecto.

## JORNADA SEGUNDA

(Salen RAMIRO y RIQUELMO.)

RAMIRO.

¿Que esto ha pasado en esta breve ausencia?

RIQUELMO.

Esto ha pasado, y otras muchas cosas,  
para quitar el seso y la paciencia,  
el sosiego y las vidas poderosas.  
El Conde, resistienado a la violencia  
de cortesanas lenguas mentirosas,  
las letras y armas a su yerno enseña.

RAMIRO.

¡Hará diamantes de una blanda peña!

RIQUELMO.

No lo digas de burlas, don Ramiro,  
que en una y otra disciplina crece  
tanto su torpe ingenio, que me admiro  
de ver un seco tronco que florece.

Un Tulio Hostilio en su presencia miro,  
que en uno y otro ingenio resplandece;  
que si tales raíces prende el suelo,  
pregonará su fama hasta el Cielo.

Yo te podré decir la vez primera  
que, puesto el pie al estribo y acicate,  
a los ijares del caballo bate;  
tan a tiempo pasó, que en la carrera  
tan firme pára y vuelve por de fuera,  
sacando el codo, el brazo hasta el remate  
del diestro oído, que, porque concluya  
por verle, puede el sol parar la suya.

RAMIRO.

Luego, de esa manera, ¿la Condesa  
tendrále amor?

RIQUELMO.

¿Quién dices, Rosimunda?

Ya por los bellos ojos lo confiesa  
tenerle amor de voluntad profunda,  
y de esto sé que al Condę no le pesa,  
porque la vez primera y la segunda  
que le vido correr, y no fué acaso,  
quedáronsele junto[s] lengua y paso.

Y de esto no me espanto, que, al fin, viole  
como un salvaje rústico y cubierta  
una grosera piel, y desdeñóle,  
pensando verse entre sus brazos muerta.  
Mas ya que es hombre nuevo, contentóle,  
y en tanto que la boda se concierta,  
sospecho que la tiene su deseo  
en el extremo que mi vida veo.

RAMIRO.

Mejor dirás en el que está la mía,  
que ya me la consume un dolor fuerte.  
¡Oh, nunca amaneciera el triste día  
de aquella caza, causa de mi muerte!  
Mas si la pena a resistir porfía,  
el corazón y el alma están de suerte  
que, con la voluntad ligera y presta...  
Pero no más, que Rosimunda es ésta.

(*Entran ROSIMUNDA y MATICO.*)

ROSIM. A tu niñez atribuyo  
que no mudes, rapacillo,  
ese traje.

MATICO. Mi carillo  
basta que ha mudado el suyo.  
Juré de no hacer mudanza,  
aunque os pese más a vos,  
hasta aquel tiempo que a Dios

plegue cumplir mi esperanza.  
ROSIM. Pues ¿cómo esperanza tienes?  
MATICO. ¿Agora con eso sales?

¡Y aún espero que estos males  
vengan a trocarse en bienes!

ROSIM. Caballeros, ¿qué hay de nuevo?

RAMIRO. De tu suceso tratamos,  
que es lo más nuevo que hallamos  
de todo lo que hay más nuevo.  
Admirábase Riquelmo  
de ver tu esposo, señora,  
de libros cargado agora  
y anteayer con lanza y yelmo.  
Y yo le dije, en efeto,  
no porque presente estás,  
que ha de caber mucho más  
en tan divino sujeto.

ROSIM. La burla ha estado extremada,  
y por él no importaría:  
el recibirla por mía  
es el sentirme agraviada.  
Dejemos lo que es divino,  
bajad un poco la mano,  
que para un sujeto humano  
tiene ingenio peregrino.

RIQUELMO. Sin razón te has alterado:  
nuestro honor se restituya;  
bastaba ser prenda tuya  
para que fuese estimado.  
¿Quién dice de Hércules mal?

ROSIM. Basta así, bien os entiendo.

RAMIRO. Dentro del alma me ofendo  
que de mí presumas tal  
ni te des por ofendida;  
que el fuego que te provoca  
sólo al salir de tu boca  
abrasa más de una vida,  
y merécelo también,  
que es hombre muy bien nacido.

MATICO. ¡Buen cuerpo tiene y crecido!  
¡Mirad si ha nacido bien,  
no miréis en las semejas!  
Padre tiene el de la abarca,  
que con flor de lisas marca  
más de quinientas ovejas;  
y mi madre, que hace fieros  
a cuantos serán y son,  
con un sello de león,  
más de noventa carneros.

RAMIRO. De todo aqueso me admiro.

MATICO. Bien lo sabéis entender.

RAMIRO. Muy ricos deben de ser.



ROSIM. Paso, señor don Ramiro.

RAMIRO. Digo que es rica su madre.

MATICO. ¿Ramiro se llama?

RAMIRO. Sí.

MATICO. Como esos Ramiros vi entre ovejas de mi padre. Por allí andaban al trote, topándose cada día, y a fe que Sancho sabía pegarlos con su garrote, y no se le habrá olvidado, que si alguno se le entona, sabrá hacerle la corona por beneficio curado.

RIQUELMO. Eso le estuviera bien, y no casarse.

MATICO. Es así; casado, no es para mí: más le quiero sacristén; que de obsequias muchos días cairán roscas dos a dos, y si se casa, por Dios, alguno cante las mías. Mas, señores cortesanos, ellos que siempre presumen saberlo todo y consumen los desdichados villanos, arguéntelo conmigo; quizá les preguntaré lo que no saben.

RAMIRO. Yo sé que me tienes por amigo. Con Riquelmo te concierta.

MATICO. Y aun con entrambos me atrevo, que cierta esperanza llevo de tener vitoria cierta.

ROSIM. ¿Qué les quieres preguntar?

MATICO. Con su licencia dirélo, y ¡voto al sol! que recelo que los tengo de engañar.— Ya va la pregunta afuera: ¿Por qué está más descansada la mujer estando echada que en pie ni de otra manera?

RIQUELMO. ¡Qué galana necesidad! Es porque el cuerpo se asienta.

MATICO. No; digo si más contenta que guardar la honestidad.

RIQUELMO. ¿Más contenta? Aquello ignoro, si con malicia no hablas.

MATICO. Mi negocio desentablas, que a todas guardo el decoro.

RIQUELMO. Pues ¿cómo echadas se advierte que tenga contento igual?

MATICO. Porque está en su natural, y fuera de él de otra suerte. ¿Dónde tiene las raíces un árbol?

RAMIRO. Siempre en el suelo; que si las vuelve hacia el cielo secaráse.

MATICO. Muy bien dices. Que pues son de la mujer las raíces los cabellos, y mientras está con ellos en pie no tiene placer; así que echada ha de estar para estar más descansada; y esta es prueba averiguada que echada se ha de alegrar.

RIQUELMO. Donaire ha tenido a fe. ¿No veis que está avergonzada la Condesa?

MATICO. Antes quejosa de que la tengan en pie. Es árbol, y, al fin, recelo que a su natural se viene: secaráse si no tiene las raíces en el suelo.

RIQUELMO. El rapaz es como un oro.

MATICO. Harto perdí por rapaz.

ROSIM. Ya viene quien ponga en paz la contienda.

MATICO. (Y quien adoro.)

(Sale SANCHE y su PRECEPTOR.)

SANCHE. ¿Estoy bien en la lición?

RIQUELMO. De aquí nos vamos, señora; queda adiós.

ROSIM. Id en buen hora.

(Vanse RAMIRO y RIQUELMO.)

PRECEPT. Vuelve a decir la oración.

SANCHE. No, sino haréla primero, que está quien adoro aquí.

MATICO. Mas que lo dice por mí, como sabe que le quiero.

SANCHE. ¿Tengo de cumplir con vos? ¡Oh, mi señora!

(Aquí se pone de rodillas.)

ROSIM. Levanta, que no es la imagen tan santa. La oración se debe a Dios.

- MATICO. Mi hermano me debe algunas,  
que siempre rezo por él.
- SANCHO. Calla, niño.
- MATICO. ¿Hablo con él?
- SANCHO. ¿No sabes que me importunas?
- MATICO. Mas no me diréis que no  
ha pasado tiempo alguno  
que erais vos el importuno  
y el importunado yo.
- SANCHO. No pasesos adelante.  
Digo que en esta ocasión,  
maestro, que no es razón  
mientras os tengo delante;  
después trataremos de ello.
- ROSIM. Antes haréis que me pese,  
cuando yo ocasión os diese  
a que no salgáis con ello.  
Antes por mi gusto quiero  
estar ahora delante,  
por veros hoy estudiante,  
que ayer os vi caballero.
- MATICO. Quien hoy un cetro profana  
y ayer un leño hecho piezas,  
hoy será sietecabezas  
y galápago mañana.
- SANCHO. En efeto, ¿quién oírme?
- ROSIM. Muy de mi gusto será.
- SANCHO. Ea, pues, de lición va.—  
Teodoro, empieza a instruírme.
- PRECEPT. Que me place. Di “Yo amo”.
- SANCHO. Ego amo.
- PRECEPT. Está muy bien.
- ROSIM. ¿No le preguntas a quién?
- SANCHO. De quien esclavo me llamo  
bien sabe que yo la adoro.  
Muy bien me puede enseñar,  
que es la materia de amar  
ciencia que sabe de coro.
- MATICO. Toda esta ciencia es fullera  
si sólo aprendes, en fin,  
decir “Yo amo” en latín;  
eso yo me lo dijera.  
Pregúntame si te amo.
- PRECEPT. ¿No veis que es la primer cosa?
- MATICO. Y es harto dificultosa,  
aunque tan fácil la llamo.
- PRECEPT. Amo es oración activa.  
Vuélveme aquí esta oración.
- SANCHO. Si supieses su pasión  
tú la llamaras pasiva.  
¿Qué sentido tan trocado  
tiene amor en su lugar,
- que está en pasiva el amar  
y en activa el ser amado!  
Pero aquesta oración quiero  
vaya entera.
- PRECEPT. Entera llamas  
en señalando a quien amas.
- SANCHO. ¿Que te diga por quién muero?
- PRECEPT. No, sino que así parece.  
Pon un nombre a tu motivo,  
como esté en acusativo  
la persona que padece.
- SANCHO. No puedo, que esa persona  
soy yo, que el principio es.
- PRECEPT. Pues vuélvela del revés.
- SANCHO. Tampoco al revés me abona.
- PRECEPT. Pues no te canses en esto.  
Haréte algunas preguntas  
de los tiempos.
- SANCHO. Dilas juntas  
por que se sepan más presto;  
que es largo el tiempo que paso  
para el que aguardo.
- MATICO. Decí,  
hermano, si es para mí,  
que a fe que no hable acaso.
- SANCHO. Todo para ti lo quieres.
- MATICO. Como yo para ti, hermano.
- PRECEPT. Pues tienes tiempo en la mano,  
ocupa el que más quisieres.
- SANCHO. Pregúntame.
- PRECEPT. Di “Yo amé”.
- SANCHO. “Ego amavi”; y aun fué tanto,  
que si a mirar me levanto  
pierdo de vista mi fe.  
Por amor estoy así.
- MATICO. Ese tiempo me cuadró,  
porque también amé yo  
aquel de quien sólo fuí.
- PRECEPT. Di “Ama tú”.
- SANCHO. No permitas  
que mande a nadie tal cosa,  
que en la nobleza amorosa  
la mayor suya le quitas.  
Amor no ha de ser mandado  
sino por la voluntad,  
y, si va a decir verdad,  
reniega de amor forzado.  
Pues ¿qué quieres?
- PRECEPT. Dime ahora:  
“¿Oh, si amase!”
- SANCHO. ¿Para qué,  
si esa esperanza es la fe

del bien que mi alma adora?

ROSIM. Agrádame esa oración.

MATICO. ¿Pues entiende ella latín?

ROSIM. No, Matico; pero, al fin, conozco aquella lición.

MATICO. Mal entiendes sus engaños, porque es un latín aquel que me cuesta aquella piel ir al estudio seis años.

PRECEPT. Ya puedes tomar el grado.

MATICO. Para otra tierra le quiero.

SANCHO. Estórbale el tiempo fiero, que ya lo hubiera tomado.

PRECEPT. Señora, ¿no te enloquecen las gracias de los hermanos?

ROSIM. Parécenme más que humanos, y divinos me parecen.

PRECEPT. Señor, ¿por qué no mudáis ese traje que traéis, y pues discreción tenéis, a vuestro hermano imitáis? Mirad que parecéis mal en Palacio de esa suerte.

MATICO. Maestro, sólo la muerte me puede obligar á tal.

ROSIM. Roguélo yo primero y ha sido mi ruego en vano.

MATICO. Yo nací para villano y no para caballero; y ya me he probado el traje y me viene muy estrecho. ¡Este sí que es de provecho a costa de mi linaje!

ROSIM. Es por demás. Ahora bien, entrarme será razón por que estudies tu lición.

SANCHO. Repasaréla muy bien, que aquí me queda mi hermano.

ROSIM. Voime, pues.

SANCHO. Guárdete el Cielo.

*(Vase la CONDESA.)*

Mi maestro, yo recelo que he de salir hoy temprano. A tu academia te vuelve.

PRECEPT. Si es eso así, yo me voy.

*(Hace que sale el PRECEPTOR.)*

SANCHO. Abrázame, pues estoy contigo solo.

MATICO. ¿Que vuelve!

PRECEPT. ¿Cuándo me mandas volver?

SANCHO. Mañana puedes venir.

*(Aquí se va del todo.)*

¡Nunca te acabes de ir ni yo me acabe de arder! ¿Qué de días han pasado, doña Juana de mis ojos, que nuestras penas y enojos no habemos comunicado! Quiere este Conde casarme pensando que sirve a Dios, y no sabe que de vos sólo Dios puede apartarme. Que si supiera por dicha quién sois y lo que yo os debo, y que ha seis años que os llevo y que os lleva mi desdicha por varias tierras huyendo de vuestro padre el furor, a quien yo, como traidor, en la mejor prenda ofendo, la que darme prometió pienso que no me la diera, si de la vuestra tuviera la satisfacción que yo. Mas ¿cómo estoy divertido? ¡Dame esos brazos!

MATICO. ¡Ah, fiero!

¡Mal haya el día primero que me pusiste el vestido! No digo el de este animal, que éste yo lo romperé; el del alma sí que fué para vivir inmortal. Hoy serás hecho pedazos, y así...

SANCHO. No le rompas, tente.

MATICO. ¿Que no le rompa? Detente.

SANCHO. Mira que...

MATICO. Suelta los brazos.

SANCHO. ¿Que los defiendes de mí?

MATICO. Hoy te quitaré la vida.

SANCHO. ¿Estás loca?

MATICO. No, corrida de que lo estuve por tí.

SANCHO. ¿Matarásme?

MATICO. Bien quisiera, y aun me basta el corazón, que aquesta piel de león me ha vuelto leona fiera. Qué como, ingrato, el traella por tu causa y mi amor fué,



tanto al alma la pegué,  
 que me ha transformado en ella.  
 SANCHO. No son tus mañas ingratas  
 de león, pues él no ofende  
 a quien no se le defiende,  
 y tú, rendido, me matas.  
 Márame, que arrepentida  
 llorarás tales ofensas,  
 si ya con gritos no piensas  
 volver a darme la vida.  
 Que cuando los vea abiertos (1)  
 moriré si así te place,  
 que la leona eso hace  
 sobre los pedazos muertos.  
 MATICO. Ya, Rugero, tus engaños,  
 a otra menos maestra;  
 que me han sacado muy diestra  
 engaños de muchos años.  
 ¿Con esto piensas mudarme?  
 Rugero, ¿casarte intentas?  
 SANCHO. Mira, mi bien, que me afrentas,  
 y estoy por desesperarme.  
 No me toques en la honra,  
 que en mi palabra hay valor  
 para más, [y] que el amor  
 regala cuando deshonra.  
 Sepa tu celoso pecho  
 como en nada te ofendí,  
 y esto sabráslo de mí,  
 como quien vive en mi pecho.  
 MATICO. Eso no, viva tu esposa  
 mil años sin faltar punto,  
 que es mujer de mucho punto,  
 menos necia y más hermosa.  
 ¿A fe, Rugero, estoy fea?  
 Temo que quieres decillo.  
 No os riáis del vestidillo,  
 que es del Amor la librea.  
 ¿No está curioso el zapato?  
 ¿Qué buena hechura y qué justo!  
 SANCHO. ¿Por Dios, amores, que gusto  
 de verte graciosa un rato!  
 MATICO. Sirve tu nueva querida  
 y más palabras no gastes,  
 que cuando tu tiempo gastes  
 habré gastado la vida.  
 Quitarme quiero el vestido.  
 SANCHO. En donosa tema has dado.  
 Eres tesoro hurtado  
 y es bien que estés escondido.

(1) Parece faltar algo para el sentido.

MATICO. Está roto por mil partes  
 y veráme ya quien quiera.  
 ¡Ay, Dios, si el del alma fuera!  
 SANCHO. ¡Que le rompes! ¡Que le partes!  
 Ya casi el pecho has abierto.  
 MATICO. Calla; que lo rompo, amigo,  
 porque no es bien que contigo  
 esté secreto encubierto.  
 (Entra la CONDESA.)  
 ROSIM. Quedaos adentro vosotras.  
 ¿No hay algún paje de guarda?  
 SANCHO. ¿Así, rapacillo? Aguarda:  
 ¡por aquéstras!...  
 MATICO. Por esotras;  
 que a fe que si las tuviera  
 que os visitara la cara,  
 aunque el diablo me llevara  
 que agora salió acá fuera.  
 ROSIM. ¿Dístele?  
 SANCHO. Señora, no.  
 MATICO. Si dió.  
 ROSIM. ¿Pues con vuestro hermano?  
 SANCHO. Con mi hermano. Es un villano.  
 MATICO. ¿Qué quiere? ¿Paríle yo?  
 SANCHO. No; pero puede parir...  
 ROSIM. ¿Cómo?  
 SANCHO. Mil bellaquerías,  
 que las entiende en dos días  
 y me las hace sufrir.  
 ROSIM. ¿Sobre qué fué la pendencia?  
 MATICO. Sobre el diablo.  
 ROSIM. A redro vaya.  
 SANCHO. ¿Que aún respondes? ¡Ah, mal ha-  
 ROSIM. ¿Qué ha de haber mal? [ya!  
 SANCHO. Tu presencia.  
 ROSIM. ¿Mi presencia?  
 SANCHO. Decir quiero  
 que tu presencia me quita  
 que a este villano permita...  
 MATICO. ¡Villano! ¿Es él caballero?  
 SANCHO. Yo me quitaré de vos,  
 Matico.  
 MATICO. Y aun yo me iré;  
 no ha de durar esto, a fe,  
 que pienso llegarme a Dios.  
 SANCHO. ¡Matico!  
 ROSIM. Calla, muchacho.  
 MATICO. Yo me meteré en la iglesia;  
 no ha de durar la pelleja,  
 que no siempre el hombre es macho.  
 SANCHO. ¡Matico!

MATICO. Pegaos a ella.  
 ROSIM. Enojado está el rapaz.  
 ¿No podré yo poner paz?  
 MATICO. Bien puede con no ponella.  
 ROSIM. Ea, pues llégate a mí.  
 MATICO. Sí; mas no se llegue aquél.  
 ROSIM. ¿Envidia tiene?  
 SANCHE. Es cruel.  
 MATICO. Menos que pude lo fuí.  
 ROSIM. Ea, no más ¡por tu vida!  
 ¡Jesús, qué coraje tienes!  
 SANCHE. (¡Ay, doña Juana, a qué vienes!  
 Casi a llorar me convida...)  
 ROSIM. Basta ya.  
 MATICO. Mi padecer...  
 SANCHE. ¡Matico!  
 ROSIM. Es niño muy hombre.  
 MATICO. De ese tengo sólo el nombre,  
 pues lloro como mujer.  
 ¿Sabe qué quiero, aunque veo...  
 ROSIM. ¿Qué? ¡Por tu vida, comienza!  
 MATICO. Impídem la vergüenza.  
 ROSIM. Acaba.  
 MATICO. Ya lo deseo.  
 Que ella nos hiciese amigos  
 como que de ella salió.  
 ROSIM. Suplicaréselo yo.  
 SANCHE. Nunca fuimos enemigos;  
 mas pues convida con paz,  
 bien ve el rapaz que mentía  
 en lo que aquí me decía.  
 MATICO. Aprendió de otro rapaz.  
 SANCHE. Ea, pídemle perdón  
 y bésame aquesta mano,  
 que soy tu mayor hermano.  
 ¿Yo besar?  
 ROSIM. Tiene razón.  
 MATICO. ¡Malos años!  
 ROSIM. Ea, niño;  
 por tu vida, que la beses.  
 MATICO. (¡Ay, si tu engaño supieses!)

SANCHE. ¡Matico!  
 MATICO. ¡Gentil aliño!  
 ROSIM. Ea, acaba, porfiado,  
 que aquí está quien lo hiciera,  
 y aun el perdón le pidiera  
 por el desprecio pasado.  
 SANCHE. Ea, cesen los enojos.  
 MATICO. Hora bien; échala acá.  
 SANCHE. Toma.  
 ROSIM. (¡Qué envidia me da!  
 ¿También la pone en los ojos?

MATICO. Y nunca de ellos la quito.  
 Y ahora que en paz me deja  
 hago la paz de la iglesia  
 cuando dan el pan bendito.  
 ROSIM. Gente suena. Ya no puedo  
 estar aquí un punto. Adiós.

(Vase la CONDESA.)

SANCHE. ¿Somos amigos?  
 MATICO. ¿Yo y vos?  
 Cuando me quitéis el miedo.  
 Todo aquesto fué fingido.  
 Bien os habéis engañado.  
 ¿Yo amistades? Excusado.  
 Tenéisme muy mal vestido.  
 Quedaos adiós.

(Vase.)

SANCHE. ¿Dónde vas?  
 ¿Tanta crueldad es posible?  
 ¡Dura condición, terrible!  
 Huyendo se fué. ¡No más!  
 ¿Qué hago con tanto espacio?  
 Seguir la será mejor,  
 que según lleva el furor  
 se me saldrá de Palacio.  
 ¿Huyen tus pies? Seguirélos.  
 Ya temo cualquiera mal,  
 que no hay tan fiero animal  
 como una mujer con celos.

(Vase tras MATICO, y sale BELARDO con DON RIQUELMO.)

BELARDO.

Que se queden [aquí] todos sus criados,  
 que requiere la historia gran secreto.

RIQUELMO.

Quedad atrás.—Ya quedan apartados.

BELARDO.

¿Bien puedo hablar?

RIQUELMO.

Bien puedes.

BELARDO.

En efeto,

como te digo, soy un caballero,  
 un hombre soy a bien querer sujeto.

Soy de León, adonde amé primero  
 la misma hija del Rey, que no la amara,  
 pues desde entonces desterrado muero.

Costóme mucho, al fin; costóme cara;

y cuando yo pensé que mi esperanza la merecida posesión gozara, mudóse el tiempo, y, vuelta la mudanza del amoroso gozo, la tormenta rompió las velas de mi confianza.

Con el Rey de León, por cierta afrenta, el de Navarra a fuego y sangre guerra, y que esta (1) ocasión vengar ya intenta.

Un hijo de este Rey supo en su tierra la hermosura de esta bella Infanta.  
¡Oh, cuántos daños el amor encierra!

Creció el amor y la pasión fué tanta, que si vino a León en pobre traje, vino secreto en él, cosa que espanta.

Dicen que el tiempo y un discreto paje le fué tan buen tercero, que muy breve supo su amor, sus prendas y linaje.

Y así, secreto, en un jardín se atreve a entrar a hablarla, con estar guardado del propio viento que las hojas mueve.

No sé qué fué; debió de ser mi hado. Tan bien le pareció, que en pocos días amó la ingrata y él quedó obligado.

Buscaron trazas por diversas vías de poderse hablar, y fué la traza como quisieron las desdichas mías.

Salimos todos una tarde a caza; mas no volvimos todos.

RIQUELMO.

¡Bravo caso!

BELARDO.

El monte hicimos descubierta plaza.

Por todas partes, atajando el paso, perdidos anduvimos; pero en vano, que no fué la cruel perdida acaso.

Buscóse el monte, soto, prado y llano; contáronse las piedras y las ramas, ya con los ojos y otras con la mano.

Lloraba el Rey, los pajes y las damas, lloraba yo.

RIQUELMO.

¡Extraño desconcierto!

Di tu dolor.

BELARDO.

Sabráslo si bien amas.

RIQUELMO.

¿Qué se entendió?

(1) Así en el original. Quizá deba leerse: "y en aquesta ocasión vengarse intenta".

BELARDO.

Que fué su cuerpo muerto de algún fiero animal. Yo entonces, triste, quedé sin alma.

RIQUELMO.

Con razón, por cierto.

¿Y qué se sabe de él? Dime: ¿no hiciste, o tú o el Rey, la justa diligencia?

BELARDO.

Cuanto en poder de padre y rey consiste.

Mas nunca de los reyes (1) la inclemencia permitió que supiesen cosa alguna; yo entonces hice de mi patria ausencia.

Mil veces arrojóme la fortuna a parte donde vi cierta mi muerte; mas no lo fué, pues no llegó ninguna.

Y agora, agora... Pero temo...

RIQUELMO.

Advierte

que estamos bien seguros, ¿qué enmudeces?

BELARDO.

Temo el rigor de mi enemiga suerte.

Si la palabra no me das y ofresces tu fe de caballero de encubrirme lo que...

RIQUELMO.

No más; medroso me pareces.

Yo te la ofrezco tan segura y firme cuanto en nobleza puedo.

BELARDO.

Yo la acepto.

RIQUELMO.

Comienza, pues.

BELARDO.

Comienzo a descubrirme.

Y es un negocio tal, que te prometo que si me...

RIQUELMO.

¿Qué imaginas?

BELARDO.

Imagino

que tengo de...

RIQUELMO.

¿Qué tienes?

(1) Así en el texto; pero deberá ser "Cielos".



BELARDO.

En efecto.

Con aqueste vestido peregrino  
entré en la iglesia ayer. ¡Oh, caballero,  
(*Aquí se hinca de rodillas.*)

a mi dificultad abrí camino!

De esa nobleza mi remedio espero,  
de aquesas manos...

RIQUELMO.

Alzate del suelo.

BELARDO.

Tus dignas plantas besaré primero.

RIQUELMO.

Alzate, pues.

BELARDO.

Tu piedad ¡oh, Cielo!  
mueva mi lengua. Sabe que en el templo,  
casi al abrir el sacerdote el velo,  
alcé los ojos.

RIQUELMO.

¿Y qué más?

BELARDO.

Contemplo  
al enemigo Príncipe en la misa,  
y para que no diese mal ejemplo,  
disimulé del corazón la risa.  
Al fin del Evangelio me levanto  
y a la puerta me fuí con mayor prisa,  
y aguardo que saliese, y entre tanto  
cubríme bien. Salió, limosna pido  
por el Apóstol de Galicia santo.

Dióme un escudo; y, siendo conocido  
claramente de mí, fuíme a Palacio,  
adonde sus maldades he sabido.

No es este Sancho, no.

RIQUELMO.

Vete despacio.

¿De Sancho dice? ¡Pese a tal conmigo!  
Buen huésped, el aviso te regracio  
y sabe que ese Príncipe enemigo  
adora la Condesa, a quien yo adoro,  
y que de sus maldades soy testigo.

Quiere casarla el Conde, que eso lloro,  
mi perdición, y más si acaso sabe  
que de Navarra tiene el cetro de oro.

BELARDO.

tengas pena que el traidor se alabe

de tantas burlas. Yo sospecho cierto  
que tiene aquí la Infanta.

RIQUELMO.

El caso es grave.

BELARDO.

Si acaso el homicida no la ha muerto  
por verse libre.

RIQUELMO.

No es posible. Espera,  
que entre los dos haremos un concierto.  
¿Cómo es tu nombre?

BELARDO.

Desmentir quisiera  
mi nombre, mas no puedo, que es Belardo.

RIQUELMO.

Pues, Belardo, ¡el navarro muera!

BELARDO.

¡Muera!

RIQUELMO.

Dame esa mano.

BELARDO.

Por la tuya aguardo

vida y remedio.

RIQUELMO.

Aguarda, gente viene.

(*Entra el CAPITÁN y uno con él.*)

CAPITÁN.

¡Qué bien lo ha hecho!

CRIADO.

Es fuerte y muy gallardo.

CAPITÁN.

¡Qué buenos brazos!

CRIADO.

¡Grande destreza tiene!

CAPITÁN.

¡Bien ha jugado de la fuerte lanza!

RIQUELMO.

(Aguarda fuera.

BELARDO.

Hacerlo me conviene.)

(*Entrase el PEREGRINO, y sale el CONDE.*)

CONDE.

¿Ah, Capitán?

CAPITÁN.

¿Señor?

CONDE.

Ya mi esperanza  
ha tenido un efecto muy glorioso.

CAPITÁN.

El Cielo agradeció tu confianza.  
Bien ha salido el joven poderoso  
conforme tu deseo.

CONDE.

Como el Cielo  
fué causa, fué el suceso milagroso.  
¿Qué os parece, Riquelmo, si mi celo  
ha merecido bien tanta ventura?

RIQUELMO.

Tú mereciste la mejor del suelo.  
Y quien sus esperanzas asegura  
en tan alto lugar, buen premio espera.

CONDE.

¡Que aquéste fuese de progenie oscura!  
¡Extraño caso! Pero Dios no quiera  
que yo le niegue el premio prometido,  
que sobre la palabra verdadera...

¿Sabes que de secreto he prevenido  
que se confirme aqueste casamiento  
por sosegar al pueblo inadvertido?

Dicen que son contrarios a mi intento  
muchos vasallos, que por fuerza quieren  
señor a mi disgusto y su contento.

Los que a mi voluntad obedecieren  
no se amotinen, porque soy un hombre  
tan sólo bueno a los que buenos fueren.

RIQUELMO.

¿A quién habrá que tu rigor no asombre  
cuando tu amor y deseo no le obligue?

CONDE.

Basta que yo por sucesor le nombre.

RIQUELMO.

¡Ah, Conde, el mismo Cielo te persigue!

CONDE. ¡Ah, Capitán! ¿Dónde estoy?  
Entra y llama a la Condesa,  
quiero saber si le pesa  
de aqueste intento.

CAPITÁN.

Yo voy.

RIQUELMO. De lo que es tu voluntad  
no tendrá la suya ajena.

[CONDE.] Quiero excusarle la pena  
que causa la novedad.

(Entra MATICO comiendo.)

MATICO. ¡Por Dios! que sois muy mandón,  
y que si una piedra tomo...

CONDE. ¿Qué es queso?

MATICO. El Mayordomo,  
que me ha dado un bofetón.

CONDE. Cortaréle yo la mano.

MATICO. No, que la habrá menester.

CONDE. Pues ¿qué te mandaba hacer  
el atrevido villano?

MATICO. No se lo diré, en verdad.  
Déjele, yo le perdono,  
no murmuren que me entono;  
como él me tien voluntad.

CONDE. Matico, por justo empleo  
el tiempo ha llegado ya  
en que forzoso será  
que me cumpláis un deseo.  
Yo tengo determinado  
que [de] mi hija y vuestro hermano  
quede, con darle la mano,  
el desposorio acabado.

Justo será que mudéis  
aquesa piel, que os molesta,  
y por honor de la fiesta  
es justo que os la quitéis.  
Decid: ¿no lo haréis así?  
¿Qué respondéis? Qué, ¿lloráis?

MATICO. Lloro porque me quitáis  
lo mejor que me vestí.  
Al alma pegada está  
a gusto y a mi contento;  
pero tan buen casamiento  
por fuerza la romperá.

CONDE. ¿Tanto estimas el dejarla?

MATICO. Daba en este desvarío,  
que hasta el casamiento mío  
no pensaba yo dejarla.

RIQUELMO. Donaire tiene sin falta.

¡Como es de niños aquello!

MATICO. Ahogarme puede un cabello;  
tan sólo expirar me falta.

CONDE. ¿Quieres que te case a ti?

MATICO. Ya, Conde, adelante pasas.

CONDE. ¿Cómo?

MATICO. Si a mi hermano casas,  
¿qué puedes dejarme a mí?

RIQUELMO. ¡Oh, qué gracia!

CONDE. Pues qué, ¿quieres

MATICO. a la Condesa, su esposa?  
 ; No me faltaba otra cosa!  
 ; Han de faltarme mujeres?  
 Aunque me veis en oficio  
 que no valgo para ellas,  
 he tenido mil doncellas,  
 y aun dueñas, a mi servicio.  
 Hora bien; digo que ufano  
 el vestido quitaré.

CONDE. Pues anda, adentro te ve  
 y llamarás a tu hermano.

MATICO. Ya voy. (Cielos, ¿qué es aquesto?  
 Yo soy muerta. ; Oh, pobre Infanta!  
 ; Cómo la muerte me espanta?  
 Ven, muerte, acábame presto;  
 no quiera Dios que yo vea  
 casar al traidor Rugero.  
 Moriré, sí, ya primero  
 que ajena prenda posea.  
 Tengo en el pecho guardada  
 la cédula que me hizo,  
 con que mi honor satisfizo,  
 y de su nombre firmada.  
 Mostraréla, aunque me pesa;  
 no para obligarle, no,  
 que sé que me aborreció  
 después que vió a la Condesa.  
 Rasgaréla ante sus ojos;  
 procuraréme ausentar,  
 dando a la tierra y la mar  
 con mi muerte mil despojos.)

(Vase MATICO, y ha estado el CONDE hablando con  
 RIQUELMO por señas.)

CONDE. Paréceme bien tu intento.  
 Si una vez casada queda.  
 ; qué vasallo habrá que pueda  
 impedir su casamiento?  
 Don Ramiro es éste.

(Entra DON RAMIRO.)

RAMIRO. Vengo  
 del alboroto movido,  
 porque de la fama ha sido  
 cierto en el alma que tengo,  
 sólo por saber si es cierta  
 la nueva que se reparte.  
 De tus nobles la más parte  
 quedan, señor, a la puerta.  
 Dicen que desposas hoy  
 tu hija con un villano.

CONDE. Alzada tuve la mano,

infame, a fe de quien soy.  
 ; Que sufro que así lo nombres?  
 Si la alzares...

RAMIRO.

CONDE. ; Qué?

RAMIRO. Está bien.

CONDE. Riquelmo, de guarda estén  
 en esa puerta cien hombres.

(Vase DON RAMIRO.)

RIQUELMO. La Condesa viene ya.

CONDE. Venga en buen hora; no dude,  
 que aunque la tierra se mude  
 mi palabra firme está.

(Entra ROSIMUNDA.)

ROSIM. Aquí estoy a tu servicio.

CONDE. Rosimunda, aquí te llega.

(Habla el CONDE con la CONDESA, y dice, entre tan-  
 to, RIQUELMO:)

RIQUELMO. Ya, triste, el dolor me ciega  
 como veo el sacrificio.  
 No me dió pena el altar  
 ni el cuchillo que aquí tiene;  
 mas la víctima que viene,  
 que muerte (1) me ha de matar.  
 El pueblo está alborotado;  
 quiero ayudar al motín:  
 estorbaremos, al fin,  
 el desposorio tratado.  
 Mi peregrino y devoto  
 buscaré, pues es de suerte,  
 que podrá darle la muerte  
 entre el confuso alboroto.  
 Ramiro está ya contrario;  
 el pueblo las armas toma;  
 será Barcelona Roma,  
 pues ha de haber Sila y Mario.

(Vase RIQUELMO.)

ROSIM. Tu voluntad es la mía;  
 lo que ordenas obedezco.

(Dan voces dentro.)

"De estorbárselo me ofrezco.  
 ; Libertad, no tiranía!  
 Pedid todos libertad."

TODOS. ; Libertad!

CONDE. ; Qué ruido es ése?

(1) Así en el texto: quizá estaría mejor "a  
 morir", en lugar de "que muerte".



(Dicen de dentro:)

("Libertad, aunque le pese,  
y dejemos la ciudad!")

(Entra un CRIADO, y dice:)

CRIADO. El pueblo y Gobernador  
romper las puertas pretende.

CONDE. Pues ¿cómo no las defiende  
mi gente?

CRIADO. Es grande el furor.  
¿Así un vulgo se resiste?

(Entra el GOBERNADOR.)

GOBERNAD. No te alborotes, buen Conde.  
Déjame hablar y responde.

CONDE. ¿Es esto bien hecho?

ROSIM. ¡Ay, triste!  
¿Qué quiere esta gente aquí?

GOBERNAD. Pedirte con justo celo,  
de rodillas por el suelo,  
mires por ella y por ti.  
¿Qué bárbaro y qué pastor  
es este fiero atrevido

que a ti te dan por marido  
y a nosotros por señor?

Tú, que justicia gobiernas,  
¿quieres sucesor villano?

Antes que le des la mano  
le cortaremos las piernas.

CONDE. Pueblo loco, inadvertido,  
¿mi hija es de algún extraño  
que, procurando mi daño,  
la diese a extraño marido?  
¿Queréis saber su valor?:  
que ella le escoge y le adquiere.

Pues marido que ella quiere,

¿no le queréis por señor?

Vedle, oídle, y si a una voz

no le admitís, no le quiero.

Manso es don Sancho, no es fiero;

tratable es, que no feroz;

es un hombre muy galán,

de buen tallo y proceder,

cuerdo y de buen parecer,

valiente como un Roldán,

brioso a pie y a caballo,

un ángel de condición.

GOBERNAD. Con esa satisfacción  
yo me nombro su vasallo,  
y los demás en su nombre.

CONDE. Venga. (¡Extraño atrevimiento!)  
Si le quieren a contento,  
hagan de su mano un hombre.

(Entra SANCHO vestido en sus pieles, como al principio.)

SANCHO.

Conde señor, ¿hay algo en que te sirva?

GOBERNADOR.

¿Es éste por ventura el que nos dabas  
por señor? ¿Es el galán, brioso, (1) -  
cuerdo, amoroso, fácil y tratable?

¿De qué Libia o de qué Scitia trujiste  
un bárbaro y un monstruo tan terrible?

CONDE.

¡Cielo! ¿Qué desventura es ésta, Sancho?

¿Qué locura te obliga tan extraña?

¿Por qué has dejado el hábito tan noble?

GOBERNADOR.

Valiente puede ser, yo no lo niego,  
que poco o nada diferencia a Hércules;  
pero galán, a Bercebú le ofrezco.

SANCHO.

Trujéronme una cédula firmada  
de parte de mi alma, y esa sola  
ha podido mudar mi pensamiento.

GOBERNADOR.

O es loco o mentecato, o algún diablo/  
Roberto.

SANCHO.

Soy un hombre solo,  
pues, al fin, me ha faltado el alma mía.

CONDE.

¡Extraño disparate!

(Dan voces de dentro:)

("¡Muera! ¡Muera!")

¡Ah, pérfidos, villanos! ¡Ah, traidores!

[Tú,] Rosimunda, súbete a esta torre.

ROSIMUNDA.

¡Ay, Cielo santo!

CONDE.

Abrid aquesas puertas.

(Entra un tropel de gente.)

RIQUELMO. ¿Adónde está el desposado?

GOBERNAD. Veislo allí.

RAMIRO. ¿Qué bestia fiera!

(1) Verso incompleto. Pudiera leerse:  
"por señor? ¿El galán éste es, brioso."

GOBERNAD. ¡Muera, amigos, muera, muera!  
 SANCHE. A buen tiempo habéis llegado.

(Meten todos mano para él, y él con ellos con un bastón: "¡A ellos, a ellos!", y métense todos adentro huyendo.)

Solo quedo, y satisfecho;  
 pero seráme mejor  
 dar la espalda a su rigor  
 que no a sus armas el pecho,  
 aunque no temo la muerte.  
 Buscar quiero a mi querida;  
 pero si acaso es perdida,  
 ¿qué me importa de esta suerte?

### JORNADA TERCERA

(Empieza MATICO solo.)

MATICO. ¡Buenos quedamos, Amor!  
 ¡Buen galardón me habéis dado  
 de mi servicio pasado!  
 Vos pagáis como señor.  
 Tendréis un vasallo menos,  
 que para paga tan ruin  
 yo quedo corrida al fin  
 de que hayan sido tan buenos.  
 Vengo huyendo de aquel fiero,  
 de aquel fiero, aquel villano,  
 de aquel monstruo, aquel tirano,  
 aquel hombre, aquel Rugero.  
 Hele nombrado, aunque estaba  
 disimulado su nombre.  
 Rugero es, porque es hombre,  
 y decir hombre bastaba.  
 Y que el traidor se casase  
 sin falta debió de ser,  
 que todo fué menester  
 para que yo le olvidase.  
 ¡Ay, Rugero, vida mía!  
 ¿Qué dije, tirano, fiero?  
 Mas ¡ay! que en decir Rugero  
 me lleva a lo que solía.  
 Gente suena. ¡Ay de mí, triste!  
 Aquí me quiero apartar.

(Entra BELARDO vestido como romero.)

BELARDO. No me acabo de espantar  
 lo que mi vida resiste.  
 ¡Cuán avarienta es la muerte  
 a quien la llama y le pide!

MATICO. (Este sin causa me impide  
 que busque el fin de mi suerte.  
 ¿Qué haré si me conociese  
 y por dicha le agradase?  
 Sospecho que le matase  
 si alguna fuerza me hiciese.)

BELARDO. (Espantado estoy de ver  
 la fuerza de aquel traidor.  
 ¡Con cuán divino valor  
 resistió tanto poder!  
 Huyendo vengo a su furia,  
 que no fué mi brazo airado,  
 con un pueblo amotinado  
 poderoso, a hacerle injuria.  
 ¿Si con encantos contrasta  
 la muerte aqúeste traidor?  
 Pero no, que el gran rigor  
 de mis desdichas le basta.  
 ¿De cuál poderoso Achiles  
 fueron las hazañas tales,  
 que las de Rugero iguales  
 no se tuvieron por viles?  
 Ya de Riquelmo entendí  
 que aquí la Infanta no tiene,  
 y por eso me conviene  
 llorar el bien que perdí.  
 Sin falta que la mató,  
 que dejarla de cobarde  
 no es posible.)

MATICO. El Cielo os guarde.  
 (¿Llégole a hablar? Pero no;  
 mas sí; mas no. Hablarle quiero.  
 Con éste haré mi camino,  
 que, al fin, viene peregrino  
 y parece caballero.  
 Mas ¿qué miedo me venciera,  
 vil corazón de mujer?  
 ¿No soy hombre al parecer  
 y al parecer no soy fiera?  
 Pues ¿qué me detiene? Vaya,  
 mostrarme quiero feroz;  
 quiero hacer gorda la voz  
 puesto que el pecho desmaya.)  
 ¿Ah, caballero?

BELARDO. ¿Quién es?

MATICO. Este pobre caminante.

BELARDO. ¿Cómo? ¿Aún te tengo delante...

MATICO. Delante vesme a tus pies.  
 Detente y toma alegría.

(Tiéndele de la mano.)

BELARDO. Porque pareces, cruel,  
 en parte al alma de aquel

- por quien yo perdí la mía,  
quisiera darte la muerte.  
Levanta.
- MATICO. Con razón tuve  
temor de ti.
- BELARDO. Cerca estuve  
de ofender mi brazo fuerte  
si un muchacho hubiera muerto (1)  
casi mujer.
- MATICO. ¡Ay de mí!
- BELARDO. ¿Qué dices?
- MATICO. Que fuera en ti  
un femenil desconcierto:  
que un niño en fuerzas igualo  
con mujer.
- BELARDO. Tal me pareces.
- MATICO. ¿Echas pullas?
- BELARDO. Pocas veces.
- MATICO. Bueno ¡vive Dios!
- BELARDO. No es malo;  
basta, que ese ¡vive Dios!  
me ha quitado mil sospechas.
- MATICO. Y si hay todavía sospechas  
envido con otros dos.
- BELARDO. No quiero que vaya doble.  
Cara tienes de hombre honrado;  
y a fe que a estar bien tratado  
parecieras hombre noble.
- MATICO. Hombre yo nunca lo fuí.
- BELARDO. Pues qué, ¿mujer?
- MATICO. No, muchacho.  
Noble fuí; mas un borracho  
burlóme y dejóme así.  
Sacóme de mi regalo.  
¡Plegue a Dios que yo le vea  
como mi alma desea,  
asaeteado en un palo!
- BELARDO. Muy soberbio me pareces.
- MATICO. Merece esta maldición,  
que es un bellaco, ladrón,  
que se ha casado dos veces.
- BELARDO. ¿Sacóte, al fin?
- MATICO. Con engaño  
de casa de un tío mío,  
que es de corona, y te fio  
que yo lo fuera en un año.  
Mira el provecho que medro.
- BELARDO. ¿Hijo de clérigo eres?
- MATICO. Honra mejor las mujeres,  
y hazme nieto de San Pedro.
- BELARDO. ¿Servíasle?
- MATICO. A mesa puesta,  
y estábame en la tribuna  
tan alto como la luna.
- BELARDO. ¿Cantabas?
- MATICO. Los días de fiesta.
- BELARDO. ¡Gran bellaco me pareces!
- MATICO. Bien grande pienso que soy.
- BELARDO. ¿Quiéresme servir?
- MATICO. No estoy,  
señor, como tú mereces,  
ni aun como yo lo merezco.
- BELARDO. ¿Cómo veniste tan roto?
- MATICO. Es historia que alboroto  
dentro del pecho padezco.
- BELARDO. ¿Fué guerra?
- MATICO. Guerra y furor.
- BELARDO. ¿O sabe hacer maravillas?
- MATICO. Estas negras quinollillas  
y otro poquito dé amor.
- BELARDO. ¿Que has tenido amor?
- MATICO. Terrible.
- BELARDO. ¿A quién, dime?
- MATICO. A un alma ingrata.
- BELARDO. ¿Trátate mal?
- MATICO. Mal me trata.
- BELARDO. ¿No hay remedio?
- MATICO. Es imposible.
- BELARDO. Ahora bien; tú me has vencido.  
Servirásme, te prometo.  
Roto te quiero y discreto,  
que no necio y bien vestido.  
¿Irás conmigo a Castilla?
- MATICO. Ese ha de ser mi camino.
- BELARDO. ¡Qué mozo de peregrino,  
peregrino a maravilla!  
¿Cómo te llamas?
- MATICO. Don Diego.
- BELARDO. No, no ¡pese a tal! Bien basta  
Diaguillo.
- MATICO. Ofendes mi casta;  
mas a tu gusto me entrego.
- BELARDO. ¿Diego?
- MATICO. ¿Señor?
- BELARDO. Toma, lleva  
estas alforjas.
- MATICO. ¿Hay pan?
- BELARDO. No, que de otras cosas van  
más nobles.

(1) Así en el texto. Mejor estaría para el sentido

"de ofender, con brazo fuerte,  
y a un muchacho hubiera muerto"



MATICO. ¿Verélo?  
 BELARDO. Prueba.  
 MATICO. ¿Son dineros?  
 BELARDO. Sí.  
 MATICO. ¡Oh, buen amo,  
 la mejor nobleza llevas!  
 Doquiera que el paso muevas  
 te sigo, te quiero y amo.  
 ¿Y las alforjas me fías?  
 BELARDO. Y por tu buena opinión  
 las prendas del corazón  
 sean tuyas como mías,  
 que algunas llevas ahí.  
 MATICO. Beso tus pies.  
 BELARDO. Ya tardamos.  
 ¿Diaguiillo?  
 MATICO. ¿Señor?  
 BELARDO. Partamos.  
 Ven conmigo.  
 MATICO. Voy tras ti.  
*(Vanse, y dicen de dentro:)*

¡Mueran los bandoleros atrevidos  
 que contra su señor tomaron armas!

RAMIRO.

No emprenderemos ya, Riquelmo, empresa  
 adonde no llevemos la peor parte.  
 Algún demonio es éste o algún Hércules.  
 ¡Oh, fuerzas dinas de varón robusto!

GOBERNADOR.

¿Qué tal valor se encierra en pecho rústico  
 que así, desnudo, se defiende tanto?  
 Echónos de la sala, y, no contento,  
 con dos criados que del Conde tiene  
 nos obliga a dejar los patrios muros.

RAMIRO.

Hoy no estimara que del Conde fuera  
 batida la ciudad, como intentamos;  
 pero que este villano...

RIQUELMO.

Don Ramiro,  
 no le llames villano, que te juro  
 que tiene más valor del que imaginas.

RAMIRO.

¿Cómo, en linaje?

RIQUELMO.

Sí, en linaje digo.  
 Siempre te dije que dudaba mucho  
 que éste fuese villano; y ayer tarde  
 supe de un caballero peregrino,

que de Santiago a Monserrate vino,  
 que aqueste era Rugero, fuerte Príncipe,  
 y de Navarra sucesor legítimo.  
 Y supe más; que andar en este traje  
 era por encubrirse de la gente  
 del Rey de León, a quien robada trujo  
 su hija y sucesora de su reino.

RAMIRO.

¿Es cierto eso?

RIQUELMO.

Verdad te digo en todo.

RAMIRO.

Calla, no [me] lo afirmes, que me espanto.  
 Bien lo dan a entender sus fuertes obras,  
 a tanta costa de la vida nuestra.—  
 Gobernador, ¿qué haremos?

GOBERNADOR.

Lo que el tiempo  
 y la dificultad ofrece. Vamos  
 a la heredad de don Ramiro y juntemos (1)  
 la gente de labranza y los gañanes,  
 y hagámonos bien fuertes de aquel monte.

RAMIRO.

Bien has dicho.

RIQUELMO.

¿Qué hacemos?

Fortifiquemos la arruinada plaza  
 y no quede extranjero o caminante,  
 ni propio morador de Barcelona,  
 que no deje la vida con la hacienda.

GOBERNADOR.

Al caminar disponte.—  
 ¡Soldados, hacia el monte!

*(Dicen de dentro: "¡Al monte!", y asómase la  
 CONDESA al muro.)*

ROSIM. ¿Cómo van los enemigos!  
 ¡Huye, Riquelmo traidor!  
 Don Sancho, de tu valor  
 hoy los Cielos son testigos.  
 La ciudad se le aficiona.  
 Ya le sigue el vulgo loco,  
 y a quien ayer tuvo en poco  
 hoy le ofrece la corona.  
 No apellides la verdad,  
 pueblo, y rígete por mí,

(1) Así en el texto: sobra una sílaba; quizás el "don".

que a quien mi alma le di  
bien puedes dar la ciudad.  
Don Sancho es aquel. ¡Oh, Cielos!  
¿Cómo no llega a palacio?

(Entra DON SANCHE.)

SANCHE. ¿Cómo me dan tanto espacio  
amor y rabiosos celos?

Después del primer combate,  
con alguna poca gente,  
nice valerosamente  
que la ciudad se rescate.  
No sé qué pueda decir,  
no sé qué duda me esfuerza (1)  
no lo atribuyo a mi fuerza,  
sino al gusto de morir;  
que como yo lo deseo  
huye la muerte cobarde.

ROSIM. ¡Ah, don Sancho!

SANCHE. (Vendrá tarde,  
si primero no te veo.)

ROSIM. ¿Don Sancho?

SANCHE. ¿Sois vos, mi bien?

Esposa mía, ¿sois vos?

ROSIM. Yo soy.

SANCHE. (¡Maldígate Dios

y digan todos amén!

¿Qué me quiere este tormento,  
por quien perdí mi regalo?)

ROSIM. Para abrazaros igualo  
los brazos al pensamiento.

¿Estáis herido, señor?

SANCHE. Herido estoy de sospecha.

ROSIM. ¿Fué de lanza, espada o flecha?

SANCHE. Fué de la flecha de Amor.

ROSIM. Entrad, veremos la herida;  
mis manos os curarán.

SANCHE. Hanme muerto y no podrán  
volverme otra vez la vida.

ROSIM. Agradézcoos el favor,  
que en mayor amor me enciende.

SANCHE. (Favor dice; bien lo entiende.  
Llámale rabia y furor.)

ROSIM. Aqueste lienzo os atad,  
pues que no queréis subir.

SANCHE. (No se quiere persuadir  
de mi poca voluntad.

¿Atarle? Ni aun levantarle.  
Pero engañado me veo,  
que si yo morir deseo,

¿qué ponzoña como atarle?  
Pondréle como en la flecha;  
será hierba que me mate.)  
Si queréis que yo le ate,  
bajaré.

ROSIM.

SANCHE. (Pedazos hecha.

No le faltaba a mi mal  
sino tu odiosa presencia.

Ella baja; no hay paciencia  
para mi tormento igual.

La carta que le escribí,  
pues partirme determino,

haré salirle al camino  
a responderle por mí.

Partamos, pues, alma mía,  
a buscar la media parte,

que sin ella no sé parte,  
para que tenga alegría.

¿Qué queréis, mis desvarios,  
de tantas congojas llenos,

que guarde muros ajenos  
abrasándose los míos?

Conde, si es deslealtad,

Amor te responde a ti:

que porque él me ofende a mí  
no defiende tu ciudad.

Quédese aqueste papel

en mi lugar, pues me voy;

que si yo cruel te soy

Amor me ha sido cruel.

(Entrase SANCHE, y sale ROSIMUNDA.)

ROSIM. De esta humildad no me afrento,  
que aunque no fueras mi esposo,  
al que viene victorioso  
se debe el recibimiento.

El alma que... Y ¿qué es aquesto?

¿Se fué don Sancho? ¡Ay de mí!

¿Agora no estaba aquí

y me aguardó en este puesto?

¡Triste! ¿Si le han obligado

algunos contrarios fieros?

Cielo, ¿en qué pudo ofenderos

la honestidad de mi estado?

¿Quiero yo más de marido?

¿Obligame otro deseo?

¿Qué carta es esta que veo?

¿Cómo, que don Sancho es ido?

(Levanta la carta.)

Quiero leerla. "Rosimunda,

(Carta.)

por ésta podrás saber

(1) En el texto "ofrezca", que no rima.

que en vida de mi mujer  
no puedo admitir segunda.  
Yo soy Rugero francés,  
del Rey de Navarra hijo..."  
¿Qué esto? ¿Rugero dijo?  
Sin falta alguna lo es.  
Y por el mucho valor  
que de él la fama comprueba,  
veo que éste es el que lleva  
de mis prendas la mejor.  
¿Qué dice más? "El desdén

(*Prosigue la carta*)

de la que adoro me obliga  
a que te deje y la siga.  
Perdona, si quieres bien."  
¡Ay, falso y tirano Eneas,  
bien pagas el hospedaje!  
¿Posible es que de linaje  
de tan nobles padres seas?  
¿Qué esposa es esta que vas  
buscando con tantas quejas?  
¿Es mejor que la que dejas?  
Mejor, pues la quieres más.  
¡Triste! Pues la dura suerte  
así se venga de mí,  
si Dido en la vida fui  
que Dido sea en la muerte.

(*Entran el CONDE y el CAPITÁN.*)

CONDE. Con grande fuerza defiende  
nuestro don Sancho los muros.

CAPITÁN. Por su brazo están seguros  
de quien los nuestros ofende.

CONDE. Los contrarios ¿qué se han hecho?

CAPITÁN. Al monte se han recogido,  
que de la ciudad han sido  
echados a su despecho.

ROSIM. Padre, si como piadoso  
eres por paterno amor  
fuiste de tu noble honor  
y el de tus padres celoso,  
después de mi desconsuelo,  
mira en qué punto me ha puesto  
aquel traidor.

CONDE. ¿Qué es aquesto?  
Hija, levanta del suelo.  
¿Qué caso te ha sucedido?  
Y que no me adviertas más.

ROSIM. De esta carta lo sabrás,  
de que mi muerte ha nacido.  
Mira, señor, qué esperanza  
tan bien cumplida, y advierte

si a tu honor de alguna suerte  
puede quedar confianza.

Hay fama que fué mi esposo.

Si agora se va y me deja,  
¿qué dirá, tras tanta queja,  
este pueblo malicioso?

¿Qué dirá el mundo de mí?

CONDE. ¿Cómo? ¿Que aquéste es Rugero,  
rey de Navarra? ¿Qué espero?

Mi honor se atraviesa aquí.—

Capitán, mi honra y vida

y mi alma se atraviesa;

en la ocasión de esta empresa

es perdida o no perdida;

yo aventuro grande imperio.—

¡Oh, Sancho! ¡Oh, falso villano!

A fe que el fingido hermano  
no carece de misterio.

Si se va no ha sido cuerdo.

Yo quedo bien deshonorado.

Piérdase todo mi Estado

hasta cobrar lo que pierdo.

CAPITÁN. ¿Cómo, señor, que es Rugero  
este don Sancho?

CONDE. Sí, él es;

aquesta carta después

te dirá su intento fiero.

Apenas reposo tengo.

Junta, Capitán, mi gente,

que en el alma fuego ardiente  
me abrasa si no me vengo;

y por Barcelona echad  
bando que el que se atreviese

y ese traidor me trujese

vivo y sano a la ciudad,

digo, que lo traiga aquí,

le doy perdón general

de cualquier querella o mal

aunque sea contra mí.

CAPITÁN. Esa industria es ingeniosa  
y por la mejor la apruebo.

Señor, esperanza llevo

que le cobrarás; reposa.

CONDE. Vamos, que de aquesta suerte  
mi honor cobrará su falta.

ROSIM. Si aqñese remedio falta  
acudiré al de la muerte.

(*Entrase, y sale BELARDO, peregrino, y MATICO con las alforjas.*)

BELARDO. ¿Vienes cansado?

MATICO. Un tantico.



BELARDO. Son ásperas estas cuestras  
y las alforjas molestas.

MATICO. ¡Qué bien a todo me aplico!

BELARDO. Iguala el peso parejo.

MATICO. No soy en pesares nuevo.  
No me pesa lo que llevo,  
más me pesa lo que dejo.

BELARDO. ¿Qué dejas?

MATICO. Aquel amigo;  
que como fué amistad larga,  
fué dura y pesada carga;  
pero ya vengo contigo;  
que a fe que obliga tu trato  
a más de un buen pensamiento.

BELARDO. Bachillerico te siento.  
¿Descansaremos un rato?

MATICO. Como querrás.

BELARDO. ¿No es mesón  
aquel de la tabla?

MATICO. Sí;  
lo mismo que aquésta fuí.  
Bien haya mi condición,  
que tan bien aprendí de ella.

BELARDO. ¿Tablilla fuiste?

MATICO. Así pasa;  
metí un hombre en una casa  
y quedéme yo sin ella.

BELARDO. Llama el huésped.

MATICO. ¿Hola? ¿Hala?

(Sale el MESONERO y sin MOZA.)

MESONERO. ¿Sabina?

MOZA. ¿Quién está ahí?

MATICO. (Moza tiene ¡pese a mí!)

MESONERO. Esperad, [en]horamala.

FREGONA. ¿Quieres posada, mis ojos?  
Entrad muy enhorabuena;  
tendrá de perlas la cena.

MATICO. Hora excusemos enojos  
y pasemos adelante.

FREGONA. Pues ¿no quiere entrar a verla?

MATICO. No, que si la cena es perla  
la cama será diamante,  
y no la quiero tan dura.

FREGONA. El rapacillo me agrada.

MATICO. ¿Es limpia aquesa posada?

FREGONA. Sí.

MATICO. Cual sea tu ventura.

FREGONA. (El niño es como una sal.  
¡Ay, qué carrillos que tiene!)

MATICO. (Ya la moza se me viene  
toda la noche al portal.)

FREGONA. ¿Dormirémosla sin duda?

MATICO. Es más llano que la palma.

FREGONA. Suelta la alforja, mi alma.

MATICO. No la quiero tan aguda.  
Regáleme a mi señor,  
y mire la muy badana  
que echaré por la ventana  
la venta.

FREGONA. ¡Pasito, amor!  
Mi señor sale.

(Sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¿Y no entráis?

BELARDO. ¡Oh, señor huésped!

HUÉSPED. ¡Oh, amigo!

FREGONA. Ea, véngase conmigo.

HUÉSPED. En buena hora vengáis.  
¡Pardiez! que hay buen aparejo.  
Bien podremos regalaros.

BELARDO. ¿Qué hay de bueno?

HUÉSPED. Podré daros  
dos perdices y un conejo;  
mejor que cuando pasastes,  
que bien me acuerdo de vos.

MATICO. ¿Hay camas?

HUÉSPED. Para los dos.  
Buen mozo, ¿dónde lo hallastes?

MATICO. Adonde yo me perdí.

BELARDO. Es prenda muy estimada.

FREGONA. Entrad, veréis la posada.

BELARDO. Diaguillo, vente tras mí.

MATICO. Ya entro.

FREGONA. Ven acá, amores;  
¿quieres algo?

MATICO. Que me aguarde  
esta noche un poco tarde.  
Mire, y no conmigo flores,  
no me la pesque mi amo,  
sino haga lo que debe.

FREGONA. ¿Pescar? El diablo me lleve  
si no te adoro.

MATICO. Yo te amo.

FREGONA. ¿No es bueno que me ha prendado  
el diablo del rapacillo?  
¡Ay, señores, qué bonillo!  
¿Quiéresme abrazar?

MATICO. De grado.

No me aprietes tanto.

FREGONA. Adiós,  
porque después nos veremos.

(Entrase la FREGONA.)

MATICO. Muy bien nos combatiremos,  
de iguales armas los dos.  
Solos estamos. Yo muero.  
¿Qué intento es este que sigo?  
¿Aborrezco a mi enemigo  
o por ventura le quiero?  
¡Afuera, Rugero, afuera!  
¡No más memoria, no más!  
¡Rugero, casado estás,  
murió la mujer primera!  
Un deseo me ha traído  
suspensa todo el camino,  
por ver lo que el peregrino  
trae aquí dentro escondido.  
¿Hay alguno que me vea?  
Sospecho que estoy secreto,  
y si me ve algún discreto  
quizá lo mismo desea,  
y ya sé que ha de callar.  
¿Qué papeles son aquestos  
con tanto concierto puestos?  
(*Saca unos papeles de las alforjas.*)

1. La carta de marear.
2. Memoria de lo que vi  
en Roma, que fué notable.
3. Forma del monstruo espantable  
que de Francia vino aquí.
4. Cuarenta estancias del Dante.
5. Curiosa quiromancia  
que compré en Bolonia un día  
de un preceptor nigromante.
6. Papel que escribí a la Infanta  
sobre el premio que gané  
cuando en la plaza jugué.  
¿Infanta? ¡Cosa que espanta!  
¿Cómo? ¿Y que a Infanta escribió?  
Este hombre es de linaje,  
y por ventura su traje  
es éste que traigo yo.  
Ved si fortuna levanta  
al que está más abatido,  
que si éste a Infanta ha servido  
agora le sirve Infanta.  
Quiero ver este papel.

(*Entra el HUÉSPED.*)

HUÉSPED. ¡Hola, rapaz! ¿A quién llamo?  
Dale mil voces su amo  
y él, sordo, burlase de él.  
¿Cómo, cómo? Apostaré  
que quiere hurtar el dinero.

MATICO. ¡Oh, santo Cielo!

HUÉSPED. ¿Qué espero?

Al amo se lo diré.  
Fiad de estos rapacitos.  
Si no llego a la sazón  
él le daba un madrugón.

(*Vase el HUÉSPED.*)

MATICO. Oh, mis papeles benditos,  
poneros quiero en mis ojos!  
¡Oh, prendas de mi remedio,  
pues hoy me sacáis de en medio  
del golfo de mis antojos!  
Este es el conde Belardo;  
yo conozco este papel,  
que aún tengo memoria de él.  
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?  
No en balde mi corazón,  
ías veces que le miraba,  
de haberle visto me daba  
alguna declaración.  
Cielo, ¿que tanta ventura  
tengo al cabo de mis daños?  
Bien lo merecen mis años  
de mi mucha desventura.  
El sale. Sin alma estoy.

(*Entran BELARDO y el HUÉSPED y la FREGONA.*)

BELARDO. ¿Que esto pasa?

HUÉSPED. Como digo.

BELARDO. No estará un punto conmigo;  
no, por la fe de quien soy.—  
Suelta la alforja, villano!

MATICO. Señor, ¿en qué te ofendí?

BELARDO. Cuando la cara te vi  
olvidéme de la mano.  
Buena cara y malos hechos.  
¡Suelta la alforja, ladrón!

HUÉSPED. Dejalde de un mojiçón  
ambos carrillos deshechos.

FREGONA. Sabréle yo defender.

BELARDO. Vos veréis si me acobardo.

MATICO. Detén la mano, Belardo,  
que ofendes una mujer.

BELARDO. ¿Qué es esto? ¿Nombró mi nombre  
y por mujer se confiesa?

HUÉSPED. ¡Oxte, puto! ¿Pulla es esa?

FREGONA. ¿Cómo, cómo? ¿Que no es hombre?  
Pues mátenle a mojicones.

BELARDO. ¿Quién eres?

MATICO. La Infanta soy.

BELARDO. Huésped, decidme si estoy  
entre algunas ilusiones.

HUÉSPED. Mas, arre allá, ¿qué sé yo?

MATICO. ¿Desconócesme, señor?  
Yo soy la que tanto amor  
y lágrimas te costó.  
Soy doña Juana, señor;  
que, con Rugero perdida,  
gasté seis años de vida  
y seis mil años de amor.  
Aunque te puedo jurar  
que elirme fué la deshonra,  
porque prendas de la honra  
no le consentí tocar.  
Puros honestos abrazos  
tuvo de mí solamente.  
Casóse, y tiene al presente  
mujer que adora en sus brazos.  
Mátame agora si quieres.  
BELARDO. ¿Que te mate? ¿Para qué?  
A quien te rompió la fe,  
si acaso por él no mueres.  
MATICO. ¿Yo morir? Fálteme el Cielo  
si no le aborrezco.

BELARDO. ¡Oh, suerte!  
¿Cómo puedo agradecerte  
tanto bien y honra en el suelo?  
Ya te conoce el sentido,  
porque en él son reducidas  
las imágenes perdidas  
que el tiempo cubrió de olvido.  
Holgárame de llevarte,  
pues con mi intento salí;  
los seis años que perdí  
hoy se cobran con hallarte.  
Irás segura conmigo.

MATICO. Debajo de juramento.

BELARDO. Pues disponlo a tu contento,  
que para todo me obligo.

MATICO. Que me des palabra y mano  
de que serás mi marido.

BELARDO. ¿Tanto bien ha merecido  
fe de pensamiento humano?  
¿Vos queréis que pierda el seso!  
La mano va temerosa.

MATICO. La que os doy será de esposa.

BELARDO. Por esclavo me confieso.

HUÉSPED. Alcánceos mi bendición.

FREGONA. Y la mía os multiplique;  
que una vez estuve a pique  
de obispar con un jubón.

BELARDO. ¿Puédote dar un abrazo?

MATICO. Conde, yo soy tu mujer.

HUÉSPED. Yo no acabo de entender

aqueste negro embarazo.  
¿Mirad qué talle de Infanta!

FREGONA. Calle, que andaba escondida.

BELARDO. Hoy mi esperanza, perdida,  
hasta el Cielo se levanta.

FREGONA. ¿Ah, señora? Dos razones  
si no os enfada.

BELARDO. ¿Qué quieres?

FREGONA. ¿Célos tiene de mujeres?  
Escuchad, aunque perdones:  
"La fregona se me viene  
toda la noche al portal;  
no le he parecido mal."

MATICO. ¿Que me juzga?

BELARDO. Razón tiene.

FREGONA. "Regáleme a mi señor,  
o mire la muy badana  
que echaré por la ventana  
la venta."

MATICO. "¡Pasito, amor!"

FREGONA. ¿Córrese?

MATICO. Me maravillo  
de que tal haya pensado.  
"¿No es bueno que me he prendado  
del diablo del rapacillo?"

BELARDO. Bueno, pagado se han.—  
Buen Huésped, ¿no cenaremos?

HUÉSPED. Eso poco que tenemos,  
con buen vino y blanco pan.  
Quisiera tener la cena  
como para tales bodas.

BELARDO. Así las tuviéra todas  
las que he tenido de pena.  
No pagará mano escasa  
aqueste bien tan profundo,  
pues lo que no hallé en el mundo  
vine a hallar en tu casa.  
Mas tu casa no está en él;  
que después que aquí llegó  
en Cielo se convirtió.

HUÉSPED. ¿Bueno andáis de cascabel!

BELARDO. Vamos, mi bien, ¿qué hacemos?

HUÉSPED. Sabinilla, di a tu ama  
que saque para otra cama  
ropa limpia.—Entrad.

MATICO. Entremos.

(*Entranse, y salen RIQUELMO y RAMIRO y el GOBERNADOR.*)

RIQUELMO.

Aquí, Gobernador, está, sin duda.



RAMIRO.

Tenéis razón, que yo subí en el monte.  
Al pie de aqueste risco está la venta.

GOBERNADOR.

Perdone de esta vez el pobre huésped,  
que no le ha de quedar cosa que tenga.

RAMIRO.

¡Oh, si tuviese algún venado muerto  
para que coma hoy la gente nuestra!  
Que no le falte, y cuando esto no sea,  
tendrá mil cosas que llevar podremos.

GOBERNADOR.

¿Habéis cargado bien las escopetas?  
Estén a punto por si hubiere gente.—  
¿Ah de la venta?

HUÉSPED.

Acude, Sabinilla.

FREGONA.

¿Quién es?

RIQUELMO.

Aguárdate, o pasarte he el pecho.

FREGONA.

¡Ay, desdichada! No me mates, tente.—  
Bandoleros son; tome sus armas.

RAMIRO.

Entremos dentro por que no las tome.

*(Entranse, y sale SANCHE.)*

SANCHE. ¿A quién no causara espanto  
la fe de dureza tanta,  
cómo que tan tierna planta  
pudiese caminar tanto? [za?  
¿Qué es aquesto? ¿Quién te esfuer-  
¿Quién te anima y da tormento?  
¿Díote sus alas el viento,  
o mi desdicha su fuerza?  
¿Yo me había de casar  
y la palabra quebrarte,  
que la muerte no era parte  
para poderla quebrar?  
Cansado estoy. Bien será  
que el cuerpo solo se canse  
y el alma sola descanse,  
que siempre velando está.  
¿Es casa aquésta? Sí es.  
Echarme quiero a la puerta;  
si ya que estuviera abierta  
bastaránme siete pies.

*(Duerme, y salen de la venta el GOBERNADOR, RI-  
QUELMO y RAMIRO; BELARDO, MATICO, el HUÉSPED  
y la FREGONA.)*

RAMIRO. Mucho nos hemos holgado,  
Belardo, del buen suceso.

BELARDO. A tal merced me confieso  
eternamente obligado.

RIQUELMO. Vos, Princesa de León,  
dadnos las manos reales.

MATICO. Por cierto que vienen tales.  
Corrida estoy, no es razón.

HUÉSPED. No se olvide, mi señora,  
cuando en su tierra se vea,  
de quien servirla desea  
y de esta su servidora. (1)  
A lo menos un vestido,  
cuando aquesta piel la deje.

MATICO. Ninguno habrá que se queje  
si vuelvo a mi patrio nido.

HUÉSPED. ¿Qué dijo de nido?

FREGONA. Calle,  
que por su tierra lo dice.

RAMIRO. Ese vestido desdice,  
Belardo, al gallardo talle,  
que es vestido deshonesto.  
Vamos a mi quinta, adonde  
le mudaréis.

SANCHE. ¿Quién esconde,  
ojos, vuestra luz?

BELARDO. ¿Qué es esto?  
¿No es Rugero? Este es Rugero.

RAMIRO. ¿Rugero? ¡Brava ocasión!  
Llegad, quitadle el bastón.

SANCHE. ¿Las armas me quitas, fiero?

GOBERNADOR. ¡Date o pasaréte el pecho!

SANCHE. Aqueso sólo deseo.

Pero ¿qué es esto que veo?

¿O lo sueño o lo sospecho.

¿Mi doña Juana querida!

MATICO. ¿Paso! ¿Conocéisme vos?

SANCHE. Si; que cuando quiso Dios  
fuí vuestra alma y vos mi vida.

MATICO. Muy engañado ha venido,  
hermano. Ya está casado.  
Hable un poco bien criado,  
que tengo aquí mi marido.

SANCHE. ¿Marido? Harélo pedazos.

BELARDO. Eso será si pudieses.

SANCHE. ¡Malditas seáis, mujeres!

¿Que ya le diste los brazos?

(1) Quizá sea la FREGONA quien diga estos versos.

MATICO. Por tu mucha ingratitud.  
Casado estás; ¿qué querías?

SANCHO. ¿Que en ese engaño porfías?

MATICO. Yo procuro mi salud.

SANCHO. Si tal casé, Dios permita  
me parta un rayo por medio.

MATICO. Rugero, ya no hay remedio;  
otro mejor solicita.  
¿No basta que lo intentaste?

SANCHO. Que nunca tal intenté.

MATICO. Rugero, ya me casé  
pensando que te casaste.

SANCHO. Mujeres, vuestros engaños  
siempre aqueste fin tuvieron.  
Ved el pago que me dieron  
del servicio de seis años.

(*Entran el Conde y la Condesa y el Capitán.*)

CAPITÁN. Paréceme que, a mi cuenta,  
como seis millas iremos  
del monasterio.

CONDE. Paremos  
de secreto en esta venta.

CAPITÁN. El huir es necesario.  
Perdidos somos, señor,  
que hemos dado en el furor  
de las armas del contrario.

CONDE. Espera un poco, detente;  
no ha sido secreto el caso,  
pues que me han salido al paso.

GOBERNAD. ¿Qué gente es ésta? ¿Qué gente?

CONDE. De paz, y el Conde la pide,  
si por dicha conocéis  
lo mucho que le debéis.

BELARDO. Ninguno el paso le impide.

RAMIRO. Tu palabra cumple, Conde.  
Ves, aquí traigo a Rugero.

CONDE. ¿Rugero?

RAMIRO. Rugero.

CONDE. ¡Ah, fiero!  
¿Dónde caminabas, dónde?—  
¡Prendedle luego!

SANCHO. No es justo  
mostrar tan soberbio celo,  
que ya, Conde, ha vuelto el Cielo  
todo tu trabajo en gusto.  
El villano de la piel

es la Infanta de León,  
a quien yo, Conde, a traición  
saqué por amores de él.  
Viéndome casar, se vino;  
por ella no me casé;  
huyóse, y al fin la hallé  
con aqueste peregrino.  
Casóse por varios modos;  
pues lo quiere, no me pesa;  
dame, Conde, a mi Condesa  
y remediémonos todos.  
¡Bravo suceso!

CONDE. ¡Oh, señora,  
danos las manos!

MATICO. Yo soy  
la que por las vuestras voy.

GOBERNAD. Tu perdón, buen Conde, agora.

CONDE. Que os perdono y digo así:

que a Rugero le recibo  
cual si fuera un hijo vivo  
que en este lugar perdí.

BELARDO. Ese, buen Conde, soy yo;  
que aquel bando sarracino  
que me robó en el camino  
dentro de Argel me vendió.  
Serví al Rey con tantas veras  
y tanto le satisfizo  
mi servicio, que me hizo  
General de sus galeras.  
Mas tuve tal ocasión,  
que las entregué en un día  
a las que entonces tenía  
don Sancho, rey de León.  
Este una villa me dió  
con el título de Conde.  
Servíle en su casa, adonde  
la Infanta me enamoró.  
Robóla por varios modos  
Rugero; partí por ella;  
halléla, casé con ella  
y remediémonos todos.

CONDE. ¡Oh, mi hijo, y cuánta gloria  
en este punto me has dado!—  
Lo demás juzgue el senado,  
que aquí fenece la historia.

AQUÍ ACABA LA COMEDIA DE *Matico*.

# ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG. COL. LÍN.

- 2 2 19 Quizás el primitivo texto dijera:  
"no ignoro los desengaños".
- 3 1 41 La puntuación de este verso sería mejor:  
"y con su corte: merezca".
- 6 1 44 Dice "hallará"; léase "hallaré".
- 6 2 9 Acaso esta redondilla sonaría mejor así:  
"Ya se fueron, y ha quedado sin esperanza y sin bien quien muere de pena y quien todo su ser ha trocado."
- 8 1 15 En el manuscrito dice "será" y no "sea", como en el impreso.
- 9 2 14 Este verso sonaría mejor así:  
"en esta elección que he hecho".
- 10 1 2 Este verso, que falta en el manuscrito, tampoco es necesario para el sentido ni la rima.
- 11 2 41 Falta en ambos textos un verso a esta quintilla.
- 15 1 31 Así en los dos textos; pero el sentido y la rima piden "cante" y no "cause".
- 18 1 31 Este verso es corto en el impreso: en el manuscrito dice "escribir a mujer, no", que no rima ni hace sentido.
- 21 2 28 En ambos textos "niegue": el sentido pide "ruegue".
- 21 2 40 Así en los textos. Debe querer decir:  
"la rebeldía del pesar".
- 25 1 9 Dice "graves": léase "grave";.
- 27 2 3 En el manuscrito está mejor este verso así:  
"que perdonara la afrenta".
- 35 2 23 En las ediciones posteriores a la primera se ha puesto, como pide la rima, "compralle", y no "comprarle".
- 39 2 29 Dice "constante": léase "constantes".
- 39 2 41 Este verso debe decir:  
"Si se vendieran estrellas".
- 55 1 9 Dice "y me matase"; léase "o me matase".
- 60 1 17 Dice "da mil conciertos"; léase "de mil conciertos".
- 63 2 3 Dice "que salga": léase "que salgan".
- 66 1 21 La palabra "sangre" de este verso parece impropia; pero así está en todos los textos.
- 69 1 7 Dice "tomo" en lugar de "como".
- 69 1 26 Este verso deberá leerse:  
"Tiempo fué que conocí".

PÁG. COL. LÍN.

- 76 1 35 Este verso estaría mejor así:  
"De castigarse [a] Gerardo".
- 78 2 26 Este verso está así en los textos; pero quizá deba leerse:  
"dormiré sueño profundo".
- 80 1 9 Dice "se trae"; debe decir, por la rima, "se tray".
- 80 1 45 También aquí el consonante pide "oyas" y no "oigas".
- 81 2 22 "que fuesen" dicen los textos; pero estaría mejor "que fuese", pues se trata de un pregonero.
- 102 1 32 Dice "Has", debe ser "Haz".
- 106 1 29 Este verso está así en los textos; parece que sonaría mejor:  
"no se le puede aguantar".
- 110 1 12 Este verso deberá puntuarse así:  
"No, son de padres tan buenos."
- 136 2 40 Sonaría mejor este verso así:  
"y más en su centro está";
- 146 2 5 Así en el original; pero acaso deba decir:  
"cuál quita con vidrio el vello".
- 152 1 11 Hoy escribiríamos así este verso:  
"yerro con hierro sacó";
- 157 1 47 Este verso y el subsiguiente deberán puntuarse:  
"OTAVIA. ¿Qué quieres? Enhorabuena: que una ropa, una cadena me cuesta el vivir Leonato."
- 157 2 14 Dice "me ha pagado", en lugar de "me he pagado".
- 159 2 3 En lugar de "vuelva", como dice el texto, debe ser "vuelve".
- 169 2 23 "Candía" no rima con "ruín". Quizás este primer verso de la redondilla debería ser:  
"¿Dónde está aquel viejo, arpía?"
- 169 2 45 Debe puntuarse así este verso:  
"¿qué hay que escuchar? ¡Guardaos de él!"
- 170 2 4 El consonante pide "veis", y no "ves".
- 177 1 40 Este verso así en el original; pero mejor diría:  
"loco he estado y preso he sido".
- 196 1 37 No rima "ponciles" con "pasteles" ni "papeles" de la quintilla. Puede suponerse que en el siglo XVI se pronunciase también "poncelles".
- 206 1 19 Dice "razones" en lugar de "raciones".
- 209 1 7 En vez de "los postas" léase "las postas".
- 212 1 36 En el texto falta un verso después de éste, que había de ser primero de la redondilla siguiente.



- 218 2 6 Sin duda está equivocado este verso, y debe decir:  
"nos trae con gusto aquí;".
- 219 1 46 Léase "de ti misma".
- 225 1 38 Este verso, como se comprende, diría:  
"Aposento una fajena".
- 226 1 17 Este verso debe ser así:  
"atada [a] un cabello imita".
- 228 2 7 El verso es incompleto. Quizá deba decir:  
"Félix en [tan] blanda cera".
- 231 1 17 Deberá leerse la "han dejado".
- 232 2 32 Verso errado. Acaso se escribiría así:  
"en efecto, era judía".
- 233 1 40 Este verso está equivocado en el texto. El sentido y la rima piden que diga:  
"¡Notable enredo fingiste!"
- 234 1 25 Estos versos deben colocarse así:  
"DALÍ.  
Ven, esclavo.  
BASURTO.  
¿Qué me quieres?  
DALÍ.  
Dime:  
¿tú eres hebreo?  
BASURTO.  
Sí, señor.  
DALÍ.  
Pues, perro,".
- 235 2 2 Dice "vuestro"; léase "uso".
- 235 2 2 Sobre el [de].
- 239 1 2 Quizás este verso deba decir:  
"Si donde vive tan muerta".
- 240 1 23 Dice "jaraba"; léase "juraba".
- 243 2 3 Quizá este verso deba leerse:  
"que me cuesta esta pasión".
- 244 1 20 Este verso parece que debe decirlo AJA, y no LEONARDO.
- 246 1 18 Deberá leerse:  
"si verle también desea".
- 246 1 33 Este verso es largo. Quizá sea:  
"estáis en loco temor!"
- 246 1 45 Falta un verso, antes o después de éste, para que conste la redondilla.
- 248 1 43 Este verso debiera escribirse:  
"que son los que de perderse".
- 254 1 6 Léase "corra la cortina".
- 254 2 35 No es consonante "loca" de "hermosa". Quizá deba leerse este verso:  
"¿has dicho acaso celosa?"
- 255 1 37 Este verso es corto. Se escribiría:  
"vender estos [dos] esclavos".
- 255 1 43 También es corto este otro. Diría:  
"y [así] a la tuya los pasa".
- 255 2 13 Este verso y los siguientes deberán escribirse así:  
"¿Acuérdaste, Brahín, de la cruel vida

- mala cena, peor cama, ruin comida?  
Pues hoy, por castigarte, me he tornado."
- 256 2 46 El verso "contento de aquesta voz", aunque consta en el texto, sobra para el sentido y la rima.
- 257 2 8 y 9 Falta un verso antes o después de éste, que, a su vez, es largo.
- 259 1 9 En lugar de "HERRERA" es seguro que deberá leerse "REY". Y lo mismo en las líneas 11 y 22.
- 269 2 22 Después de este verso debe añadirse este otro:  
"con piadosa condición".
- 304 2 22 Dice: "Y ¿qué tal es?", por errata. Debe decir "¿Qué quieres?"
- 317 1 19 El texto dice "vuelve"; pero el sentido pide "vuelven".
- 320 2 18 Mejor estaría 1 verso así:  
"No es bien que [se] dilate la sortija;".
- 325 1 9 También mejor este otro así:  
"jura mostrarle [al de] León la espada".
- 325 1 24 Y este otro así:  
"[a] una empresa tan alta y peligrosa".
- 341 2 8 Así en el original; pero es claro que debe ser:  
"manchó tu honor, y no hay aquí".
- 348 2 34 También el sentido pide se diga "te mira".
- 378 1 antep. En lugar de "embronce" léase "en bronce".
- 383 2 19 Dice "pusiéredes"; léase "supiéredes".
- 387 1 22 Léase "dinero", y no "dineros".
- 391 2 pen. Dice "pues atento escucho". Sobre el "pues".
- 401 1 37 Dice "frenos"; léase "freno".
- 403 1 4 Dice "vecina"; léase "vecino".
- 411 1 11 Así en el impreso; pero la rima pide "Roberto es", y así dice el manuscrito también.
- 426 1 18 Este verso y el siguiente debían formar uno solo para el pareado; y como sería largo, lo dejamos como está en el original. Probablemente faltarán versos.
- 497 2 37 El "si lo soy." del texto no forma sentido. Estaría mejor "¡o sería!".
- 511 2 36 Dice "castígalos"; pero mejor sería "castígaslos".
- 512 2 4 Así en el texto; pero la rima y sentido piden que diga: "Aquí, señor, moro."
- 531 2 pen. Dice "mi espada", en lugar de "tu espada".
- 532 1 41 En vez de "tal alto" estaría mejor "tan alto".
- 535 1 32 Dice "honor perdida". Mejor diría "honra perdida".
- 543 2 21 Así está en el texto; pero quizá se escribiese primero:  
"La dama que de perfeta".
- 552 2 8 La rima y el sentido piden se diga:  
"aunque es injusta cosa;".

- 561 2 4 La ortografía de esta frase será mejor así:  
"¡Ah, sangre fría!"
- 566 2 30 Dice "pudiera"; léase "pudieras".
- 571 2 46 Léase "leona parida he sido".
- 576 1 19 Debe decir "su fama" y no "tu fama".
- 579 2 46-47 Quizás estos dos versos formarían uno solo que dijese: "Ley que para su igualdad", sin tener en cuenta la cita legal.
- 581 1 12 Léase "*quaestio*".
- 582 en el encabezado, columna cuarta, dice: "Teofinda", léase "Teosinda".
- 589 2 ant. Este verso deberá decir, a pesar del texto:  
"¡Qué de veces a mis quejas".
- 590 1 1 La ortografía de éste será:  
"a sus cristalinas rejas!"
- 591 1 18 Debe llevar interrogantes, así:  
"¿Oye?"
- 597 2 19 Dice "levantaros"; léase "levantarlos".
- 599 2 9 El sentido y la rima piden que se diga:  
"donde tuve el ser primero".
- 608 2 39 En este y otros lugares dice el texto "Conde de Suecia". sin duda por error, en lugar de "Conde de Suevia" o Suabia, aunque la geografía de nuestros dramáticos era muy caprichosa.
- 624 2 9 Dice "cabezas"; léase "cabeza".
- 631 2 17 Dice "fué"; léase "fui".
- 644 1 17 Así en el original; pero creemos deba decir:  
"Yo, Alcaide, tu *vida* amaba."
- 647 2 27 Dice "el", debe entenderse "él".
- 656 2 8 La puntuación de este verso y el siguiente, será:  
"obliga a hacer sinrazones.  
El mismo príncipe a quien".
- 662 2 35 Dice "ha sido"; deberá leerse "has sido".
- 669 1 37 Como el verso según está es corto, si no se hace sílaba de la "y", pudiera leerse:  
"con una y [con] otra bala.".
- 675 2 21 Más bien que como está en el texto debiera leerse:  
"por cuya infamia se dará la muerte."
- 696 2 34 Dice "lo llena"; léase "lo lleva".
- 699 2 22 Este verso no tiene sentido; pero no sabemos cómo corregirlo.
- 703 2 19 Diráse: "¡Par diez, se va Sancho..."

## VARIANTES

QUE OFRECE EL MANUSCRITO DE LA COMEDIA *EL CUERDO LOCO*

## EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

El encabezado dice: "Comedia intitulada el cuerdo loco o veneno saludable." Pasa en Albania. Año de 1602.

Acto primero. Personas que hablan en él. El Príncipe Antonio.—El Conde Próspero.—El Duque Dinardo.—Rosania, princesa, madrastra de Antonio.—Lucinda, hermana de Próspero.—La Guardia.—Seis soldados.—Dos pajes.—Un maestresala.—Un camarero.—Un cabo de escuadra.—Leonido, Tancredo, caballeros.—Tebandro, criado.—Roberto, cocinero.

PÁG. COL. LÍN.

- 375 1 18 poniéndose delante.
- 375 1 pen. *conque* useis.
- 375 2 16 *que* es mayor.
- 375 2 22 (*Vuelve las espaldas el PRÍNCIPE ANTONIO y se va.*)
- 375 2 35 que me sirven *no podría*.
- 376 1 8 que una *dama*.
- 376 1 12 Lucinda al público amor.  
*sin duda el tuyo y mi honor* (1).

PÁG. COL. LÍN.

- 376 1 18 embozado a la puerta.
- 376 1 21 con que *tu* honor.
- 376 1 26 *Que* si aquí.
- 376 1 34 (Falta la acotación.)
- 376 2 4 *que* sin duda el Príncipe fue (1).
- 376 2 11 ; *Oh*, necesidad.
- 376 2 12 ¿No *vienes*, Conde?
- 376 2 14 (Falta la acotación.)
- 376 2 39 nueva a *tu* casa.
- 376 2 46 solo *fuese* por venganza.
- 376 2 49 rindió a *tu* pecho.
- 377 1 1 *te* ha de poner, *Rosania* en tanto.
- 377 1 14 *zuelto* a *Buda* con mayor.
- 377 1 19 tu esclavo *con* dulce matrimonio.
- 377 1 32 en tan *distintas* suertes.
- 377 2 8 *confusa* noche.
- 377 2 9 y *fulgidas* señales.
- 377 2 20 tragarme *las* entrañas.
- 378 1 14 contra *su* nuevo Príncipe.
- 378 1 43 el alba *el* campo.
- 378 2 7 a la *ignorancia* mía.

(1) Este verso falta en el impreso.

(1) Verso largo.

- 378 2 8 no sabe *regir*.  
 378 2 32 *Podría*.  
 378 2 44 y al viento los.  
 378 2 48 Dios te guarde. (*Vase el Conde*.)  
 379 1 13 en publico y secreto.  
 379 1 29 amar *quien me ofendió*.  
 379 1 36 el camarero. (*Entrase*.)  
 379 1 50 PRIMERO. Hallo.  
 379 1 51 SEGUNDO. *Hablando*.  
 379 2 3 GUARDA I.º  
 379 2 7 *ya se esconde* Calixto.  
 379 2 8 GUARDA I.º  
 379 2 18 y *bronze* yo.  
 379 2 24 y *salen* cuatro o seis *soldados* con arcabuces y.  
 379 2 26 TERCERA. Pese al bando, *¡es esta*.  
 379 2 27 solo *en tocando*.  
 379 2 29 CUARTA. Con linda.  
 379 2 33 PRIMERO. ¿No direis.  
 379 2 35 SEGUNDO. ¡Que a éste.  
 379 2 37 TERCERO. ¿Y qué os dan.  
 379 2 38 SEGUNDO. *Dáseme*, porque.  
 379 2 39 y a la primera.  
 379 2 48 PRIMERO. Del Turco.  
 379 2 50 SEGUNDO. ¿Si es arma.  
 380 1 1 PRIMERO. Es jornada.  
 380 1 3 TERCERO. ¡Ay dulce mujer.  
 380 1 4 vid de *olmo* cortada.  
 380 1 11 PRIMERO. Y yo que dejo.  
 380 1 14 y el amor.  
 380 1 15 CUARTO.  
 380 1 19 (No hay la palabra SEGUNDO)  
*nunca goce cama blanda* (1).  
 380 1 23 la *blanca* holandá.  
 380 1 27 como *el jaspe*.  
 380 1 37 SEGUNDO. Al galope.  
 380 1 39 TERCERO. Ya se apea.  
 380 1 42 costillas o frente.  
 380 1 48 TERCERO.  
 380 1 49 *sea* la de *aquesta* esguízara.  
 380 2 3 SEGUNDO.  
 380 2 10 TERCERO.  
 380 2 18 que de *saberlo* gusto.  
 380 2 21 PRIMERO.  
 380 2 25 *mueva* o *marche* señor cualquier.  
 380 2 31 conde Próspero *de ese*.  
 380 2 41 TERCERO.  
 381 1 3 *Plega* a Dios.  
 381 1 4 donde al *fuego ofrezco*.  
 381 1 12 CUARTO.  
 381 1 27 (*Vanse los soldados*.)  
 381 1 31 Pero ¡*válgame* Dios!  
 381 1 35 *invidia* o *celos* o *traición*.  
 381 1 44 que lo contrario de mi valor des-  
*dora* (2).  
 381 2 16 (*Sale ROSANIA*.)  
 381 2 26 Y aún *he visto*.  
 382 1 18 de *esta* manera.  
 382 1 20 *lleva* el Conde.  
 382 1 pen. ¡*Mentís!* (*Empuña la espada*.)
- 382 2 3 *echaos* a sus pies. (*Echese a sus pies el Duque*.)  
 382 2 6 *presto* de mi *cuello* asombre.  
 382 2 7 (*Falta esta acotación*.)  
 382 2 37 (TANCREDO y LEONIDO, *grandes del Principado*.)  
 382 2 46 el *Príncipe sabido*.  
 383 1 11 ¿Qué *queréis* aguardar.  
 383 1 17 *Eso* es mejor que *ahora* se.  
 383 1 30 Emperador o el Rey.  
 383 1 32 y *conquistalle* haciéndoos.  
 383 1 últ. (*Este verso y el siguiente faltan*.)  
 383 2 2 podrá *darle* la bebida?  
 383 2 13 Roberto el cocinero.  
 383 2 14 *se resuelven*.  
 383 2 37 (*Vanse y salen el PRÍNCIPE y LUCINDA*.)  
 384 1 24 a su parecer.  
 384 1 48 que *disfraza* tus daños.  
 384 2 15 quien es. (*Vase TEBANDRO*.)  
 384 2 18 de *eso* honrar.  
 384 2 20 (*Vuelve TEBANDRO*.)  
 384 2 32 *Voy* yo.  
 384 2 41 (*Falta esta acotación*.)  
 385 1 13 perdonársele *podría*.  
 385 1 19 me *dad*.  
 387 1 2 quien habla *en la guerra*.  
 387 1 11 (*El Maestresala con una toalla al hombro y una salvilla y un vasillo*.)  
 387 1 18 aquella *honrada* pieza.  
 387 1 34-35 ANTONIO. ¡Válgame Dios!  
 CELIO. ¡Tenle aquí!  
 387 1 38 La ordinaria *confación*.  
 387 1 pen. ¡Oh, Celio tú eres.  
 387 2 14 y *remédiese* presto.  
 388 1 3 que esta mentira.  
 388 1 4 *mirad* como.  
 388 2 7 mi reino a censo.  
 388 2 16 (*Después de este verso dice:*) *Fin del acto primero*.  
 388 2 17 ACTO SEGUNDO.  
 Personas que hablan en él:  
 Leonido.—Aristeo.—Filipo.—Rosania.—El Duque Dinardo.—El Conde Próspero.—Sultán, *baja*.—Antonio.—Lucinda.—Belardo.—Tirseo.—Guardas de Alabarderos.  
 (*Salen los Grandes de Albania*.  
 LEONIDO, TANCREDO, ARISTEO, FILIPO, EL DUQUE y ROSANIA. *Siéntense y habla el Duque DINARDO*.)  
 388 2 25 *en* que por amorosos.  
 389 1 4 le puedan *curar* de tantos.  
 389 1 19 Lo mismo *afrino* y es la intención [mía].  
 ARISTEO.  
 Yo lo mismo con mi voto *apruebo* (1).  
 389 1 42 a tus plantas. (*Todos de rodillas*.)

(1) Falta este verso en el texto.

(2) Verso largo.

(1) Falta este verso en el impreso.



- 389 1 43 para pedirte que este cetro admitas.  
LEONIDO.  
Mira señora nuestra que levantas.
- 389 2 1 ARISTEO.  
389 2 14 GUARDA primero.  
389 2 34 para más satisfacción.  
390 1 7 LEONIDO. ¿Quién somos.  
390 1 26 (Escribe el Príncipe.)  
LEONIDO. *Mientras escribe tratad  
lo que de Lucinda hacéis (1).*
- 390 2 2 al Conde este desconcierto.  
390 2 7 TANCREDO.  
¡Notable industria!  
ROSANIA.  
*Que acierte,  
vuestros intentos allana.*
- 390 2 38 Agrada a vos? (*Levántase furioso.*)  
391 1 6 en la mar.  
391 1 17 o si vais mal.  
391 1 34 Ya me parto.  
391 1 37 Harta pena me aparto.  
391 1 50 Pues porta Leonido (2).  
391 2 11 (*Vanse EL DUQUE y ROSANIA.*)  
391 2 24 (*Salen por una parte un mar de  
turcos, caja y bandera y SUL-  
TÁN, bajá, y por otra el de los  
Albaneses, caja y bandera y el  
CONDE PRÓSPERO.*)
- 392 1 21 Yo mozo y libre olvidéme.  
392 1 32 dió en mi casa.  
392 1 36 como sus estrellas.  
392 1 37 en esto topa.  
392 1 40 de un antecudra.  
392 1 pen. delante a mi hermana.  
392 2 19 veo entrar por mi aposento.  
392 2 20 en un instante la guarda.  
392 2 39 o cortarme la cabeza.  
392 2 41 o darme en secreto hierbas;.  
392 2 ant. lágrimas los movieron.  
393 1 11 que juntos en tres semanas.  
393 1 16 se le ofrezca.  
393 1 29 sirve, Conde, en esto.  
393 2 16 ¿Hablas en seso?  
393 2 22 me quieres dar.  
393 2 26 GUARDA 1.º  
393 2 34 Eso no; Leonido ha entrado;.  
394 1 5 Creed, señor.  
394 1 41 Al punto vuelvo. (*Vase LUCINDA.*)  
394 1 pen. traidor.  
ANTONIO. Ni yo loco estoy.  
LEONIDO. Tú estás loco.  
ANTONIO. Si tú eres  
traidor.  
LEONIDO. ¿Qué falso argumento!  
ANTONIO. Yo te digo lo que siento  
y tú dices lo que quieres. (3)
- 394 2 4 esto se teme de ti.  
395 1 5 por aquesta misma.  
395 1 8 quiere o no quiere.  
395 1 10 al bien o al daño.  
395 1 42 el fin de esta batalla.

- 395 2 2 a vestir este hombre.  
395 2 4 (*Levántase en pie y le pone la  
sábana.*)
- 395 2 22 Debajo de estos tapices.  
396 1 17 (*Mótenlo.*)  
396 1 34 vuelva esta gente.  
396 2 2 no lo he visto.  
396 2 22 mostráralo en el furor.  
397 1 12 (*Vanse ROSANIA y el DUQUE DI-  
NARDO.*)
- 397 1 19 no ponga su posesión.  
397 1 29 está el cruel Leonido?  
398 1 últ. de Lucinda le poned.  
398 1 3 ; Traición! (*Le da.*)  
398 1 43 (No hay esta acotación.)  
398 2 22 Mi propio nombre es Belardo.  
398 2 24 por este capote.  
398 2 28 cosas no vistas.  
400 1 39 (*Sale TIRSEO.*)  
400 1 40 Pues, Tirseo, ¿qué hay?  
400 2 8 En eso no va.  
400 2 17 (Después de este verso dice:) *Fin  
del Acto segundo.*
- 400 2 18 ACTO TERCERO. *Personas que ha-  
blan en él:* Rosania.—El Duque  
Dinardo.—El Conde Próspero.—  
Dos guardas.—Un Capitán.—  
Tancredo.—Seis soldados.—Un  
paje.—El Príncipe Antonio.—  
Lucinda.—Sultán. bajá.—Rober-  
to, cocinero.
- 400 2 22 Vuelve a contalla, Tancredo.  
401 1 1 pasado hebrero.  
401 1 22 un turco belenbey.  
401 1 26 parte un arapo.  
401 1 34 alabardas el Conde.  
401 1 35 miro en un caballo.  
401 2 37 Señores, no os lo refiero.  
401 2 39 este partido vuelvo.  
401 2 41 respuesta dadla luego.  
401 2 47 Darle a Antonio.  
402 1 3 De tantos alardes.  
402 2 44 siento la ruesa dolencia.  
403 1 39 fortuna nos socorre.  
403 2 8 dentro en los mismos.  
403 2 32 permite: ruega.  
404 2 1 que aquí se ve. (*TANCREDO y el 4.º  
Soldado con arcabucés.*)
- 404 2 3 ¿No miras a Andronio.  
404 2 10 o si loco soy.  
405 1 42 Las guardas ri, mi Roberto.  
405 2 4 en esa selva.  
405 2 37 cuando vencerle no puedo.  
406 1 últ. tal fama teneis ya.  
406 2 2 a Marte y no a Apolo.  
406 2 21 darle a Antonio.  
406 2 22 todo se funda en su venganza.  
406 2 34 gran señora?
- ROSANIA. *Que se emplean.*  
406 2 37 en servir un gran Príncipe. El es  
espanto (1).  
406 2 40 PRÓSPERO.  
406 2 44 (No hay esta palabra.)

(1) Estos dos versos faltan en el impreso.  
(2) Verso corto.  
(3) Esta última redondilla falta en el impreso.

(1) Verso largo.

- 407 1 13 Así se hará, Sultán.  
 407 1 27 (*Levántanse, vanse y salen todos los soldados albaneses que se pueden, con sus pistolas y armas.*)  
 409 2 42 coronaron versos y laureles.  
 409 2 46 ¿Qué dicen Celio, pues?  
 410 2 15 me hareis matar?  
 411 2 1 Tráeme, mensajero.  
 412 2 14 Fin del acto tercero y de toda la comedia. (1)

"En Madrid a 11 de noviembre. Año de 1602.—LOPE DE VEGA CARPIO.—*Licencias.*—Examine esta comedia, entremeses y cantares de ella el secretario Tomás Gracián Dantisco y dé su censura. Valladolid, a 2 de abril de 1604. Esta comedia, intitulada *el veneno*, se podrá representar mudando el (*Aquí un hueco en blanco.*) reservando a la vista lo que fuere de la lectura se ofreciere, y lo mismo en el entremés y cantares. En Valladolid a 5 de julio de 1604.—El secretario, Tomás Gracián Dantisco.

Podrase representar esta comedia guardando la censura en ella. Dada en Valladolid a 5 de julio de 1604.

Por mandado de los señores Inquisidores, Jueces Apostólicos de Valladolid, vi esta Comedia intitulada *el Veneno saludable*, y no hay en ella cosa contra nuestra Santa Fe Católica ni contra buenas costumbres y así me parece que se puede dar licencia para representarse; fecha en 9 de mayo de 1607.—Fray Gregorio Ruiz.

(1) Como esta copia tiende a modernizar el lenguaje no hemos anotado las correcciones de las voces *así, agora, truje, dalje*, etc.; las del lenguaje pastoril y algunos insignificantes cambios en algunas acotaciones.

Visto por los señores Inquisidores de Valladolid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz, lector de Teología del Convento de San Francisco, de esta ciudad, dieron licencia para que se pueda representar la comedia de atrás, llamada *Veneno saludable*. Fecho en Valladolid, a 9 de mayo de 1607.—Juan Martínez de la Vega.

Por mandamiento del Arzobispo mi señor he visto esta comedia *del Veneno saludable*, y digo que se puede representar, reservando para la vista lo que es fuera de la lectura. Así lo firmo en Zaragoza a 22 de octubre de 1608.—El Dr. Domingo Villalba.

Por mandado del señor Gonzalo Guerrero, provisor de este Obispado de Jaén, he visto esta comedia intitulada *El Cuerdo o veneno saludable*, excepto algunas planas y partes que están borradas, y dicen que no se representen, como toda ella es humana, no he hallado palabra ni sentencia que ofenda las cristianas y piadosas orejas, por lo cual se le puede dar licencia al autor para representar lo que en este cuaderno hay. No he visto los cantos y entremeses que se suelen representar. En Jaén, 10 de julio del año 1610.—El doctor Salcedo.

Por mandado de los señores Inquisidores, Jueces Apostólicos de esta Inquisición de Murcia, vi esta comedia llamada *el Cuerdo loco o veneno saludable*, y no he hallado cosa alguna que sea contra nuestra santa fe católica ni contra las buenas costumbres. Y así, me parece que se puede dar licencia para representarse. Fecha en San Francisco de Murcia a 5 de junio de 1611.—Fray Pedro Galán.

Esta comedia se puede representar. En Granada, 3 de diciembre de 1615.—El doctor Francisco Martínez de Rieba.

Corregida y concertada, con su original, correcciones, censuras y licencias. Madrid y mayo 9 de 1781.—Miguel Sanz de Pliegos. (Rubricado.)"





















